



LAS GRANDEZAS DE LA SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA



o sea,



La Inmaculada Madre
de Dios

debe ser amada, alabada y servida
por sus amantes hijos.



En conmemoración del Glorioso Año Santo Palmariano 2025,
50° Aniversario de la Fundación de la Orden de
los Carmelitas de la Santa Faz





Las Grandezas de la Santísima Virgen María

INTRODUCCIÓN

Queremos alabar a la Santísima Virgen María y verla muy amada por todos, por lo que trataremos de encender, en el corazón de todos, las benditas llamas de amor a nuestra amada Reina; porque la salvación de todos depende de amar a María y de confiar en su intercesión. Más que hablar de los grandes privilegios de María Santísima, queremos hablar aquí de su gran compasión y de su poderosa intercesión, para así inspirarnos una gran confianza en su misericordia y poder.

Este libro es para ayudarnos a ver cuán grandes son las glorias y excelencias de la Divina Madre, cuán grande es el poder de María, en lo que el hombre puede comprender, para alcanzar de Dios todo cuanto pide para sus devotos; cuánto les favorece, y cuán grande es la necesidad que todos tenemos del patrocinio de nuestra Madre Celestial para salvarnos, ya que todas las gracias que el Señor nos dispensa pasan por manos de María, que es Medianera de todas las gracias. Y así es que no pudiendo alcanzar de Dios gracias sino por medio de María, por ser esta la Voluntad de Dios, nadie se salva sino por medio de María.

Entre las grandes y tiernas demostraciones de amor con que el género humano ha sido favorecido de Dios, y por los cuales le debemos todo el amor de nuestro corazón, uno de los mayores es haber creado de nuestro linaje tal criatura como María Santísima, Virgen de vírgenes, admiración y pasmo de los Ángeles, gloria de los hombres, ostentación de la Omnipotencia Divina, a quien escogió por querida Madre nuestra.

¡Cuánto debemos amar a Dios, porque creó así a María y la hizo Madre suya, y nos la dio por Madre nuestra! Debemos agradecerle con infinito amor, y de infinitos corazones, este tan gran bien, que creó a María no sólo para que más le amásemos a Él, sino que quiso que esto fuese, amándola y reverenciándola a Ella.

Dios gusta y manda que le amemos y reverenciamos y sirvamos, amando y sirviendo a María; porque Él se halla inmensamente endeudado a esta criatura, su Madre. ¡Oh, buen Jesús!, si a los que te quitaron la vida hiciste bien, a la que te la dio, ¿cómo puedes dejar de ser agradecido? Sirvamos pues a Jesús, amando y sirviendo a María.

Debemos este gusto a Jesús en lo que tanto y tan justamente desea, de ver servida a su Madre. Debemos este gusto a toda la Santísima Trinidad, reverenciando a su Templo. Demos este gusto a los Ángeles, reconociendo a su Reina. Demos este gusto a los Santos, amando a su Madre. Demos este gusto a todas las criaturas, honrando la que es honra de todas. Todas las cosas nos exhortan y fuerzan a esto con su ejemplo. El Padre Eterno la ama como a querida Hija y primogénita de las criaturas puras. El Hijo de Dios la quiere como a Madre, que lo es verdaderamente muy tierna y amada. El Espíritu Santo como a Esposa, estimando más a María sola, que a todos los Santos y a las jerarquías enteras de los Ángeles. Los espíritus soberanos la aman como a legítima Reina. Los mayores Santos la tuvieron por más que Madre. Y Ella, finalmente, merece nuestro amor por innumerables títulos, porque cuanto debemos a nuestro Redentor, lo debemos también a María; porque su Hijo no nos hace bien alguno, que no sea por su Madre; porque así como la causa de nuestra perdición fue Adán, por persuasión de Eva, así ha ordenado Dios que la causa de nuestra salvación sea Jesús, interviniendo María. Merece, pues, nuestro amor por los beneficios que nos ha alcanzado; por lo mucho que nos ama y está solícita de nosotros, siendo nuestra abogada; por su grandeza y dignidad; por ser nuestra Reina; por ser nuestra Madre; por su hermosura de alma y cuerpo; por sus admirables virtudes; por su gran agradecimiento; por ser honra nuestra; porque Dios así lo desea, y por el amor que a nuestro Redentor Jesús debemos, por el cual debemos amar a su Madre.



Estimemos haber nacido en estos postreros años dichosísimos en que María está coronada por Reina de Misericordia, en estos tiempos del Reinado de María, por poder conocer y amar a esta excelsa Señora.

1. Veamos cuánto gusta Dios que amemos y sirvamos a María Virgen y Madre suya.

Dios quiere que reverenciamos a su Madre; y así, muchas cosas que si las pidiéramos sin mediar Ella, nos negaría, pero cuando acudimos a María nos las concede con gran gusto, como clara señal de lo mucho que le agrada que la sirvamos, y que si amamos a Jesús, debemos amar a su querida Madre. Por eso dijo un Santo: “¿Quién no ve la infinidad de milagros y prodigios que se obran cada día por medio de María? Porque si se consideran las imágenes milagrosas que hay, son muy pocas las de Cristo e innumerables las de la Virgen María, y más frecuentadas y famosas por hacerse en aquellos lugares más y mayores milagros. ¡Oh humilde Jesús!; si de los otros Santos dijiste que harían algunas mayores maravillas que las tuyas, ¿por qué no habías de conceder esta gracia a la que te alumbró de sus entrañas, y es la más Santa de los Santos, que hiciese mayores maravillas que las tuyas y las de todos los Santos juntos, como lo experimentamos hoy en día?”

Porque es tanto lo que ama Dios a María, y tanto le complace que la amemos y sirvamos, que ha determinado no hacer ni conceder gracia que no sea por su medio; por lo cual dijo San Bernardino que María tenía jurisdicción sobre los dones del Espíritu Santo. Todo es verdad muy fundada, que no se despacha gracia del trono de Dios, que no sea por María; de modo, que de Ella depende todo el bien del mundo.

¡Oh dulce ocupación es esta de María nuestra Madre, y Madre de todos los pecadores! ¡Con cuánto gusto suyo recuerda a su Hijo las veces que le aderezó su comida; las penalidades que pasó desterrada de su casa y patria por Él; los pasos que dio, siguiéndole en su predicación; las lágrimas que derramó en su Pasión!; y quiere la humildísima María hacer de nuevo todo lo que hizo y padeció por Él, por criarle y guardarle la vida, y ejecutarlo por nosotros como miembros que somos de Cristo.

María nos dispensa todo bien, porque sabe que por la reverencia que la tiene su Hijo, y el deseo que tiene de honrarla, Él ha determinado no hacer ninguna merced si no es por su medio, y no se descuida María en esto; antes tiene tal gracia y tan buena mano con su Hijo, que nunca ha sentido el mundo más misericordioso a Dios, ni recibido de Su Majestad más mercedes, que después de que María fue coronada Reina de los Cielos; la cual ha sabido bien hacer lucir la Bondad y Misericordia Divinas.

Verdaderamente bien supo Dios a quién encomendaba este cuidado. Bien conoció a María para fiar de Ella su honra y el cumplir con los hombres, ya más preciosos delante de Sí después que los vio comprados y apreciados a peso de la Sangre de su Unigénito querido. Bien entendido tuvo cuán piadosas entrañas tenía María para que fuera la repartidora de las infinitas riquezas de misericordia; y así fue acertada elección de la Bondad Divina, cuando confió toda la distribución de sus gracias a esta piadosa Doncella, a nuestra propia Madre, y Madre que tanto nos quiere. ¿Puede haber en el mundo mayor felicidad que la nuestra? ¡Que tenga tanto poder la que es más que nuestra madre carnal, la que nos quiere más, la que desea más nuestro bien, y más viéndose así obligada por razón de este gran oficio que tiene de ser la Limosnara de Dios y la Dispensadora de sus Misericordias! ¡Oh amantísima Madre mía! ¡Oh Señora mía! ¡Oh consuelo y alegría mía! ¿Era necesario estar obligada a hacerme bien por razón de vuestro cargo, para que os deis prisa en hacerme misericordia? No. Bastaba, por cierto, sin más obligación, vuestra ardiente caridad, que no os permite olvidar las necesidades de aquellos que quiso tanto vuestro querido Hijo Jesús, que dio por ellos su sangre y vida.

Pues si esto es así, ¿por qué había Dios de tolerar que fuéramos desagradecidos a tan grande Bienhechora, a tales entrañas de Madre y a tan cordial solicitud? ¿Cómo podía Dios callar, y no manifestarnos algo de lo mucho que debemos a María, para que la fuéramos

agradecidos? Esta piadosísima Doncella es su Madre; y Dios quiere que se agradezca lo mucho que la debemos, y su misericordia y solicitud por nosotros, tan cuidadosa de nuestro bien; y esta es una causa por qué Dios gusta con tanto extremo de que amemos y sirvamos a María, porque gusta mucho de la virtud del agradecimiento, y más para con quien le cae tan de cerca, y de quien Él gusta tanto, y gusta más por su indiscutible caridad que por haber nacido de sus entrañas. Por lo cual, así como todas las cosas se nos conceden por María, agrada muchísimo a Dios que en todas acudamos a Ella; y así, Él quiere que imploremos a María, y que la sirvamos en todo cuanto podamos; y que la seamos agradecidos recordándola y confiando en su intercesión, y porque le debemos mucho cariño y lealtad a quien nos es tan amorosa y fiel.



2. Por qué gusta tanto Dios que amemos y sirvamos a María Virgen Santísima.

Además de lo que complace a Dios el vernos agradecidos, hay otras muchas causas por las cuales se complace en que reverenciemos y sirvamos y amemos con gran ternura y fidelidad a María, y que le entreguemos todo nuestro afecto y amor. El Señor hace y quiere hacer mayores obras por María que las que hace por Sí mismo. Y no dispensa ninguna gracia ni misericordia, que no sea por María; si bien, fue un infinito bien y misericordia que nos hizo al encomendar a tal criatura, a nuestra misericordiosa Madre, este cuidado de hacernos siempre el bien.

Y para esto, ¿qué mayor causa y razón que ser María Madre suya, y la obligación de Hijo? Porque el humildísimo Jesús honra tanto a los que no debe nada y los que fueron sus enemigos y esclavos del demonio, concebidos en pecado, que quiso que hiciesen mayores maravillas que Él, como se vio en San Pedro, que perjuró y negó a su Maestro tres veces, y después no sólo con la orla de su vestido, sino con su sombra, en tocando a un enfermo, sanaba a todos los que le esperaban; lo cual no llegó a hacer Cristo. Pues, ¿cómo no había de querer este Señor honrar a su Madre, a quien debía tanto y no fue concebida en pecado, ni jamás lo tuvo, y le fue fidelísima y santísima siempre? No se contentó Jesús con sólo enseñarnos de palabra, sino con las obras quiso edificarnos; y así lo hace ahora aun estando en el Cielo, cumpliendo lo que se dice en el cuarto precepto de honrar a los padres, honrando Él tanto a su Madre, y queriendo que la honren tanto sus redimidos. Porque si se humilló y se arrodilló a los pies de los discípulos, dando tanta honra a sus siervos, a los cuales no debía nada; a su Madre, a quien le debe la vida, ¿cómo no había de honrarla y querer que todos lo hiciésemos?

Nadie podrá entender bien esta razón, si no entiende la inmensa humildad del Hijo de Dios y su sumo agradecimiento, y por otra parte la gran obligación que hay de honrar a los padres, que es la primera después de la honra que se debe a Dios, y lo bien que hizo la Virgen oficio de madre. Pues así como no ha habido en el mundo hijo más hijo que lo fue Jesús de María, ni más humilde, ni más agradecido, ni más santo, ni más honorable, ni que más amor tuviese a sus padres; y por otro lado, no ha habido en el mundo madre más madre, que lo fue María de Dios, ni mejor, ni que más amase a su hijo, ni que más le haya obsequiado, ¿qué honra podrá Jesús dejar de hacerla?, ¿qué agradecimiento podrá dejar de tenerla? y ¿qué gusto recibirá de que todos honren a su Madre, a quien debe más que otro hijo nacido! Los otros hijos no deben a sus madres la particular voluntad de haberlos querido engendrar a ellos más que a otros. Porque Jesús debe a su Madre, no sólo haber nacido de sus entrañas, sino también esta particular voluntad de haber querido ser Madre de Él, y no de otro; porque por haber dado Ella su consentimiento, nació Jesús en el mundo. Y así el Hijo de Dios se siente tan obligado, que no se harta de ser agradecido y honrarla; y, no contentándose con lo que la honró en vida, al partir de este mundo dejó como sustituto de su amor y reverencia a todos sus fieles, para honrar a su Madre en todos sus miembros, ya que quiere que seamos sus hijos, porque quedamos en su lugar; y la obligación que Él quiere pagarla, es la de hijo.

Miró a María como a quien debía bien infinito, habiendo recibido de Ella la vida y el ser hombre, y como a quien fue causa de su naturaleza humana encarnada, porque voluntariamente le quiso engendrar, teniendo de esta manera Dios semejante obligación de agradecimiento a una Virgen que las criaturas tienen a Dios.

3. De otras causas porqué quiere Dios que amemos a María Virgen Santísima.

Pero aun aparte de ser María Madre de Dios, hay otra importante razón por la cual se complace Su Majestad de que la amemos y admiremos: por ser la mayor obra y más excelente hechura de su mano entre todas las puras criaturas, en quien empleó todo su gran poder y saber, para sacar una obra perfectísima que fuera ostentación y gala de su omnipotencia. Hizo verdaderamente Dios a María para vistas, obra muy suya y remirada, en cuya comparación toda la hermosura del Cielo, toda la luz del sol es escoria, toda la alteza de los serafines y la santidad de los santos no tienen comparación. Pues como la hizo Dios para muestra y prueba de su infinita Sabiduría, y donde más campea y luce su bondad, es grande el gusto que recibe con que la estemos admirando y alabando: porque ¿qué artífice hay que no quiera que alaben una obra singular que haya hecho y de la cual más se precia? Porque toda la alabanza y honra viene a redundar en su propia persona; y es así, que quien honra a María, honra a Dios, honra a todas las Personas de la Santísima Trinidad, porque afecta muy especialmente a cada una, y es cosa muy propia suya. Honra al Padre Eterno, por la hechura de tal criatura y la gloria de su Hija predilecta. Honra al Hijo de Dios, por la elección de tal Madre y la coautora de su Obra de Reparación y Redención. Honra al Espíritu Santo por el amor de tal Esposa y habitación de tan límpido tabernáculo. Honra a las tres Personas, por la compañera que escogieron de sus obras. Al Padre, por crearla como Reina de todo lo que creó y tenerla como Madre de su Hijo. Al Hijo de Dios, por tomarla por Corredentora al Eterno Padre y Corredentora del mundo, en cuanto se sirve de Ella para los misterios de nuestra salud, aplicando con eficacia sus infinitos merecimientos por quien Ella le pide. Al Espíritu Santo, por escogerla por universal instrumento de la comunicación de sus gracias y dones.

Además de esto, como sabe Dios lo mucho que interesa a nuestro provecho y utilidad, servir y amar a su Madre, es grande el gozo que recibe al vernos muy aficionados a Ella. Fuera de esto, la Virgen Santísima es con justísimo derecho nuestra legítima Reina, Señora de todas las criaturas y Emperatriz de todos los ángeles y hombres. Pues si a los ángeles y bienaventurados debemos gran veneración siendo ellos consiervos nuestros, a la que es Reina de todos, ¿con cuánta más preferencia había de querer Dios que la reverenciemos y amemos? Porque si Cristo Jesús se hizo tan a favor de los reyes y superiores; y gusta tanto de la obediencia, del reconocimiento y lealtad con los mayores, que encargó por Sí y por sus Apóstoles reverenciarlos y obedecerlos, aunque fueran malditos e infieles, que les tuviéramos semejante respeto como a Él mismo; y Él, con ser Señor del mundo, los quiso obedecer para obligarnos más con el ejemplo, claro está que a la que es más Señora y más Reina nuestra y superiora en todo, que había de gustar que la reverenciemos con toda nuestra alma y que la tengamos gran lealtad y amor. Finalmente, por el amor que Jesús tiene a María, quiere que todos la amemos: porque así como la ama más que a todo lo criado, sobre todos los espíritus y almas santas, así quiere que no tengamos cosa más amada. Pues si amamos a Dios, y es gusto suyo que amemos a María, ¿cómo podemos dejar de darle este contento, y más?: pues amando a su Madre, no dejamos de amarle a Él; antes le amamos como Él quiere, y es para amarle más.

Este contento que tiene Jesús de ver amada a su Madre, lo ha declarado con varias demostraciones muy tiernas que ha hecho a sus santos, remitiéndolos a su Madre para remedio y consuelo de sus tribulaciones, no queriendo Él dar por sí inmediatamente, para que con esto la cobrasen más cariño, como sucedió con Santa Gertrudis varias veces. Pero entre todas fue singular demostración, cuando Cristo pidió a su Madre mirase por la Santa y recibiese su afecto, como si no bastara que le recibiese el mismo Señor y se contentase en ello. Vio una vez esta gloriosa virgen al dulce Jesús, que con gran amor y regalo abrazó a su

benditísima Madre, haciéndola tiernas caricias de amado Hijo; y luego le dijo amorosamente: ‘Acuérdate, Señora Madre muy querida, que por Ti he tenido Yo misericordia de los pecadores, y mira con tal afecto a esta mi escogida Gertrudis, como si todos los días de su vida te hubiera servido y agradado siempre con suma devoción.’ Por cierto que es gran señal de lo que quiere Jesús que amemos a María, ver que así Él quiere que María nos ame.

4. Del amor que toda la Santísima Trinidad tiene a María Santísima, por el cual quiere que la amemos.

Consideremos qué grande y tierno es este amor que Dios tiene a María, para que imitemos el ejemplo que Él nos da de amarla; y hallaremos cómo la ama con todas las maneras posibles y todas las especies de amistad que cuentan los filósofos. Tres son los géneros que hay de amor: uno natural, otro útil, otro de amistad, pues por todos estos títulos ama Dios a María con infinito afecto y ternura, y en cada género con todas las especies que encierra. Empecemos por el amor natural, que se funda en el parentesco, o en la afinidad, o en el nacimiento; y los más estrechos de estos lazos son: el amor de los padres con los hijos, el de los hijos con los padres, el de un esposo con su esposa, y el que se tiene a la patria. Cualquiera de estos amores es muy debido y de suyo vehementísimo y perseverante: ¿qué será cuando se amontonasen en un sujeto, como se juntan en María para ser amada de Dios? Porque María es Hija especialísima y muy amada de Dios Padre; y Ella es Madre natural de Dios Hijo, a quien dio cuerpo y vida nueva; Ella es Esposa fidelísima del Espíritu Santo; Ella es como la Patria de toda la Santísima Trinidad, pues es su domicilio o lugar más amado: porque si bien es verdad que como Dios no tiene origen ni hay tampoco lugar que le contuviese, sin embargo, ha querido tener equivalente, esto es, adonde tuviese su cariño, en quien con particularidad habitase y fuese como su patria querida. Y así como el pájaro tiene su querencia y casa y la tórtola su nido, así también tiene Dios los altares por lugar propio. ¿En qué altar ha estado con más gusto que en el Corazón de María? ¿Qué nido más dulce para el Espíritu Santo que la pureza de esta Doncella, cuya alma es el templo más estimado de Dios? Veamos qué finezas han hecho y a qué extremos han llegado los hombres poseídos de algunos de estos afectos, esto es, o del amor de los hijos, o de los padres, o de los esposos, o de su patria y casa, para que de aquí deduzcamos qué harán todos estos afectos juntos, y más en Dios, donde su inclinación es amor.

¿Qué no han hecho los padres y madres por sus hijos, estimándolos más que a su vida? ¡Oh Padre Eterno!, ¿qué gusto tendrás en que tu Hija primogénita y heredera de tus misericordias, entre todas las criaturas la más querida, reine e impere en el mundo, y que en la tierra y en el cielo y en el infierno se reverencie su nombre y se inclinen de rodillas? Porque aunque es verdad que María no es hija natural de Dios, es Hija del Padre propiamente y en todo rigor por adopción en el primer momento de la Creación, y la filiación adoptiva de Dios es más íntima y mayor que la natural de los hombres; y en la Virgen es mucho más estrecha: porque no sólo la adoptó Dios por hija, sino por Hija primogénita, y por su primogenitura, la hizo universal heredera; y así la levantó al trono de tan inmensa gloria, para que imperase sobre todos los ángeles.

Otra cosa es ser Dios Hijo de María, porque es Hijo natural de Ella, por cierto título de inexplicable amor, en que excede sin comparación alguna a todo el respeto que los hijos han tenido a sus padres. El emperador Alejandro Severo tuvo tanto amor a su madre, que acataba cuanto ella disponía en el imperio, aunque fuese contra su gusto. El emperador León no pudo sufrir reinar él solo sin que reinase su padre: y así se quitó la corona de la cabeza y se la puso a él. No iba a ser Jesús más seco y distanciado con su Madre, pues su Corazón no soporta negarla nada de cuanto Ella le pide, ni tampoco sufrió su Corazón reinar Él a solas, sino que la coronó también por Emperatriz y Señora de todo lo criado,



como Él lo es legítimamente por la unión de su Sacratísima Humanidad con la Persona del Verbo. El mayor gozo que tenía Coriolano, insigne capitán romano, fue dar gusto a su madre, y que ella se complaciese en él y no negar nada de lo que ella le pedía. Estando una vez muy airado contra Roma, y queriéndola destruir, no tuvieron otro remedio los romanos sino llamar a su madre para que le saliese al encuentro; y viéndola a ella dijo: “Has conquistado y vencido mi enojo, madre: yo perdono a mi patria por respeto a ti y te concedo merced no destruyéndola, aunque con tan justa causa estoy airado con ella.” Pues, ¿Jesús había de respetar y querer menos a su Madre y perseverar enojado en su presencia? Lástima que los hombres todos no han aprendido lo fácil que es ganar el favor de Jesús por intercesión de su Madre Santísima.

Además, María no sólo fue Madre corporal de Cristo, sino espiritual también; porque Ella es Madre total del Cristo total, y no sólo concibió en sus entrañas a la Cabeza y Salvador de todo el cuerpo místico (que es la Iglesia); sino que en el Corazón concibió a todos sus miembros, mostrándose Madre de ellos en espíritu, cooperando con su inmensa caridad a que naciesen en la Iglesia fieles; porque así como en la creación del género humano, no sólo hizo Dios a Adán, sino que le dio a Eva por compañera y ayuda, para que fuese madre de todos los vivientes, así en la Redención quiso nuestro buen Jesús tener compañera y ayuda; y ¿a quién mejor que María, Madre suya?, para que fuese espiritualmente y con más verdad Madre de los vivientes eternamente, Madre del siglo venidero. Y así la ama, no sólo como a Madre de su cuerpo natural, sino de todo su cuerpo místico, esto es, de todos los santos, redimiendo con la colaboración de Ella a todo el resto del linaje humano.

El amor de esposo, ¿qué finezas no ha hecho? ¿Jacob, qué no hizo por Raquel? Después de servir como esclavo tantos años, todo le parecía poco por la grandeza de su amor. El rey Asuero levantó a una pobrecita cautiva a la majestad de su trono y cetro, y no negó nada que desease, dando libertad, por habérselo pedido ella, a todo el pueblo. ¿Pues había de ser más mezquino el amor del Espíritu Santo, Esposo amoroso de María? ¿Cómo podía dejar de dar la jurisdicción sobre todas sus gracias a la que escogió por dulce compañera y ayudadora a la obra de glorificación de los hombres? La grandeza de su amor no soportó aguardar, y llenó el Alma de María de su gracia con sobreabundancia en la Creación, como lo dijo el Arcángel San Gabriel; la llenó de sus gracias, le dio riquísimas dotes, y le entregó todos sus dones, para que a su gusto los repartiese, siendo María como las manos y la limosnera del Espíritu Santo.

No ha obrado menos que todo esto el amor a la patria, por cuyo bien muchos quisieron morir, antes en parte es mayor y más obligatorio por cuanto en ella se mira el bien público, que se debe anteponer a todo el bien particular. Pues el amor que toda la Santísima Trinidad tiene a María, no es mirándola el Padre Eterno sólo como a Hija, ni el Hijo sólo como a Madre, ni el Espíritu Santo sólo como a Esposa, sino como a bien público y descanso y paraíso común de todas las tres Personas Divinas, en quien todas se solazan y recrean dentro de su Alma. Bien público es María, porque es bien para Dios, para los ángeles, para los hombres, para toda la naturaleza; y así el Padre Eterno se enternece con Ella, y la ama, no sólo como a su Hija primogénita, sino como a Madre admirable de su Hijo, y Esposa tierna del Espíritu Santo, y Templo y Paraíso común de todas las tres Personas, y bien general de todas sus criaturas. Dios la tiene por tálamo de su amor, por trono de su Majestad, por tabernáculo de su inmensidad, por templo de su Santidad.

No hay criatura más útil para Dios; porque si bien a Su Majestad nunca le faltó ni le falta nada, ni necesita cosa alguna, ni recibe comodidad de sus criaturas; pero tiene tanto amor a los hombres, que la utilidad nuestra la asume como propia y la tiene como tal, y se complace en que le den gloria todas las naturalezas racionales. Dios no ha hecho ni hará una pura criatura que le haya sido causa de mayor gloria, ni que sea de más provecho a los hombres, que María; y así como lo que interesa a Dios en la Virgen María es tanto, es infinito lo que la estima, y la quiere más, sin comparación, que a todo lo criado después de la sacratísima

Humanidad de Cristo. Porque, además de que María es ocasión que otras criaturas glorifiquen a Dios, la gloria sólo que Ella le da, las gracias que le hace, los loores con que le engrandece, es más que cuanto en esta parte hacen los nueve coros de los ángeles, y los demás bienaventurados mártires, confesores y vírgenes. Y aunque respecto de la Divinidad no puede haber con propiedad cosa que sea necesaria a Dios, y así en todo rigor no se hallará que Dios tenga este género de amor de utilidad; pero respecto de la humanidad de Cristo, fue verdadera y propiamente en todo rigor necesaria y provechosa la Santísima Virgen a su Divino Hijo, por lo cual se puede decir rigurosamente, que María es necesaria a Dios su Hijo y, por tanto, necesaria a las Tres Personas Divinas.

Tampoco falta en Dios con esta bella criatura y santísima alma, el más noble amor de todos, que es el de la verdadera amistad, cuando ni se pretende interés, ni le causa otra obligación, ni vive sólo de sangre, sino que se ama a una persona por sus buenas cualidades, su bondad y virtud, aun cuando no sea por intereses, ni se le debiera amar por otro lado; porque es tanta la grandeza de bondad y de santidad de María, y la excelencia de su persona, que aunque no fuera Madre suya, ni tuviera Dios provecho alguno en ella, la amaría más que a todos los santos juntos, ángeles y hombres, por su dignidad y santidad. Pues si cada título de amor de estos es tan vehemente, todos juntos, ¿qué harán? ¿Con qué incendio de caridad amaré Dios a María? ¿Cómo podrá dejar de complacerle, que amemos a quien tanto ama: a su Hija, a su Madre, a su Esposa, a su Paraíso, a su más estimada y provechosa prenda, al Bien Público del mundo, a la que causa más gloria a Dios y más salud a los hombres, a la que es más santa y pura que todos los ángeles y santos del Cielo y de la tierra?

Y porque lo que se valora mucho en el amor es la antigüedad, la persona humana a quien primero amó Dios fue María, escogiéndola para Sí, predestinándola antes que a todas las demás santas, y amándola más que al resto de la Iglesia. Y, porque es del que ama manifestarse a la persona amada, el Alma de María en el estado glorioso gozó siempre de la visión de Dios, en la que participaron siempre los dos Cuerpos en ese estado, menos en su Muerte Espiritual en el Calvario. Fue una gran señal del amor a la Virgen el que no guardase con Ella leyes, permitiendo que viese a Dios como es en Sí, desde la creación de su Divina Alma al principio, y aun estando Ella en esta vida.

5. Del amor que tienen todas las jerarquías de los ángeles a María Madre de Dios, y cómo los debemos imitar.

Cuando los santos ángeles vieron la manera en que ama Dios a María, ¿cómo podían ellos dejar de tomar su ejemplo y hacer aquello en que se esmera tanto su Criador, y darle este contento tan justo, como es que amen y sirvan a su querida criatura y su primogénita Hija, a la Madre de Jesús y Esposa amada de su Divino Amor, y Reina de los mismos ángeles? Por cierto que es para sacarnos los colores al rostro, ver nuestra vileza y desagradecimiento, que siendo María de nuestro linaje y recibiendo nosotros tantos beneficios de su mano, nos descuidamos en su servicio; y que los Ángeles, con no ser de su linaje, se regocijan vivamente de hincar la rodilla a una Doncella que es de extraña naturaleza, y menos noble que la suya. Por cierto, que aunque no hagan mucho en sujetarse a María por lo que les excede, como inmensamente en gracia y otros favores divinos, con todo eso es de estimar la humildad y llaneza de los más altos serafines, y cuán sin interés, sin envidia ni respeto propio, ni segunda intención, aman, sirven y se sujetan a una Mujer, que tienen por gran favor verse mandados de Ella, y la tienen tal ley y estima de lo que les encarga, que a Santa Brígida le fue revelado ser el respeto y obediencia que tienen los ángeles a la Virgen tan grande, que antes quisieran padecer todas las penas del infierno que faltar un punto a lo que les ordena.

Los espíritus que más se esmeran en esta sujeción son los más altos, que tienen por gran



favor ser escogidos para servir a María y echarse a sus pies, y estar en su presencia; y esto aun cuando no era coronada en el Cielo por Reina suya. Y San Gabriel, que es uno de los mayores espíritus, aun cuando no era Madre de Dios, tuvo por singularísimo favor ser señalado para servir a tal Señora, y, como se cree, ser su principal ángel de guarda, porque muchos asistían perpetuamente a la que había de ser coronada su Reina, que estarían con gran gusto en su presencia, admirados de tal criatura y tal santidad como en Ella conocían; porque así como a la majestad de un rey pertenece tener mucha gente de guarda que le acompañen, así María, Reina de los cielos, había de tener muchos ángeles que la asistiesen y siguiesen dondequiera que fuese. Por cierto que sería de ver aquel acompañamiento que harían cuando subía con San José por las montañas de Judea a la casa de Zacarías, o cuando iba con San José a empadronarse y pagar tributo al César, el cual nunca tuvo tal acompañamiento ni triunfo en Roma como tuvo aquella humilde Doncella en los desiertos. ¿Qué cosa de mayor admiración sería (si a uno se le abriesen los ojos del alma) ver millares de millares de espíritus siguiendo a una pobrecita? Mas los ángeles no se desdénaban de servir y acompañar como humildes esclavos a la que se tuvo por Esclava del Señor, e iba a obedecer a un hombre tirano.

Pero entre los ángeles que más se preciaron de ser criados de María, y que hicieron mayor honra de servirla, fue San Gabriel. Y San Miguel, que es capitán general de la milicia de Dios y guarda de toda la Iglesia, estuvo lleno de devoción a la Reina del Cielo, sujetándose a Ella y a su Hijo cuando, encendido de celo divino, echó del Cielo a los espíritus rebeldes que, según San Bernardo y otros Doctores, fue por su soberbia, por no querer reconocer sobre sí a quien era de inferior naturaleza. Mas San Miguel bandeo los ángeles buenos para que se sujetasen a naturaleza extraña y menos noble que la suya, que fue una grande fineza y servicio que hizo a Jesús y a su Madre; y reconociendo ser tal María, no le pareció había hecho mucho, y que no era humildad sino mucha honra y gloria suya sujetarse a Ella. Es preciso que San Miguel sea devotísimo de esta Señora, y que tenga con Ella gran valimiento, acudiendo y postrándose muchas veces a sus pies; porque como es guarda y patrón de toda la Iglesia militante que está a su cuidado, necesita mucho a la Madre de Dios, para alcanzar de Ella los favores que pretende se hagan a los fieles, porque si no es por María, no puede negociar nada. Además, dice Santa Gertrudis que todos los espíritus y bienaventurados, cuando oyen nombrar al glorioso patriarca San José, se inclinan y hacen reverencia por la dignidad tan grande que tiene de ser Esposo Virginal de la Madre de Dios.

De otras revelaciones consta con cuánta devoción saludan los cortesanos del cielo a su Reina, diciendo a coros el avemaría, dándonos ejemplo a nosotros de rezar devotamente el Rosario; y no solamente en el cielo, sino cuando estaba María en carne viadora en la tierra, bajaban ejércitos de ángeles a decir la salutación del avemaría, como los oyó Santiago.

Se alegran también tanto que nosotros la honremos y la tomemos por Madre y abogada, que quien a María pide algo, es pedirlo en particular a todos los ángeles del cielo; porque (como dijo su devoto capellán y fortísimo mártir de Jesucristo el Padre Edmundo Campión), cuando uno pide a María alguna cosa, todos los bienaventurados la piden por ver honrada a su Reina.

Consideremos cuán grande es el amor que tienen los ángeles a María, Madre de Dios. El amor y lealtad que tienen los ángeles a María, es intensísimo y firmísimo y fundado en muchas razones: si bien la principal es ver que Dios se complace en ello, y el ejemplo que les da Su Majestad Divina, hay otras muy fuertes, como son la grandeza, hermosura y gracia de la misma Virgen, y el ser su Señora y Reina legítima.

Y ya que María es su Superiora y Reina, equivaliendo Ella sola a una cuarta y suprema jerarquía después de Dios, la miran como a Madre, con amor de hijos por su imperio tan suave y amoroso y benéfico. También les obliga mucho a tenerla cariño, ver que todos los favores que reciben de Dios, dependen de María, y que Ella es su Maestra y su iluminadora; porque así como los ángeles de inferior jerarquía son iluminados de la superior, así los

espíritus de la más alta jerarquía son iluminados y enseñados y perfeccionados de la Virgen, recibiendo muchas ilustraciones, revelaciones y mandatos de Dios por esta su Señora; que Ella sola (pues con incomparables ventajas no tiene igual) está como una cuarta y suprema jerarquía criada; y así, según orden y disposición de la casa de Dios, se han de sujetar todos los espíritus celestiales a María, de manera que no sólo todo el bien de los hombres nos viene por esta Señora, sino el de los ángeles también.

La misma Virgen por Sí les ayuda, y Ella es más guarda de los hombres, ciudades y reinos, que los mismos ángeles de guarda, arcángeles y principados. Además de esto, por la enseñanza que les da con su ejemplo; porque en todos sus ministerios tienen por dechado a María, que Ella sola ejercita todos esos ministerios, sin comparación mejor que todos los ángeles juntos. María Santísima cumple el oficio de todos los distintos coros angélicos: Ella guarda a los hombres, y a cada uno en particular; Ella tiene cuenta con



las naciones; Ella mira por los reinos; Ella encarcela y reprime a los demonios, más que las potestades mismas; Ella hace más poderosos milagros que las virtudes del cielo; Ella íntima las órdenes de Dios con más autoridad que las dominaciones; en Ella descansa Dios con más gusto y majestad que en los tronos; Ella alcanza y penetra la Esencia Divina para enseñar e ilustrar a los otros ángeles, más que los querubines; Ella se abrasa más en amor de Dios que todos los serafines, y les enciende con su ejemplo; y se podría decir que al mismo Dios le enciende aun más en amor y caridad: que si bien Dios es causa de todo el bien y grandeza y amor de María, y que está en Su Majestad todo bien eminente e infinitamente, y que el amor de Dios siempre es y fue infinito; pero en cuanto a sus efectos, por María han crecido las gracias que hace a los hombres, y parece ha crecido su amor, y que el Espíritu Santo, que es Amor de Dios, codicia y ama por emulación, como si fuese por competencia de María. Procuremos entender esta piedad de María, y cómo estimuló y avivó la de Dios, en la forma que se ha dicho, para que creciese la misericordia divina. Verdaderamente si se comparan los efectos del amor de Dios con los hombres y la misericordia divina antes que María naciese o después, entonces parecerá niño el amor de Dios antiguo, respecto de lo que ahora pasa; porque, después de nacer María y por María, nos dio Dios a su Hijo, envió al Espíritu Santo, que es su mismo Amor, a los hombres, y sus misericordias son sin comparación mucho mayores, pues los santos Sacramentos de la Iglesia dan claro testimonio de esta verdad; y podemos decir que por el amor María deseó ardentísimamente que viniese luego el Hijo de Dios al mundo para remedio suyo; no quiso Dios ser menos fervoroso en el ejecutar que María en el desear, y lo cumplió luego. María con sus piadosas entrañas deseó mayores gracias para los hombres, y que Dios se comunicase más que antes: obró luego Su Majestad lo que esta Virgen deseó. Y por la misma razón, no hay causa piadosa que desee María que no otorgue la infinita bondad de Dios. Y para que no fuese menos liberal Dios en dar, que María en desear que diese, de una vez el Espíritu Santo encargó a María la jurisdicción de sus gracias y dones; ¿pues qué mucho que enseñe María a los serafines a amar? y ¿qué mucho que así amen los serafines a quien así ama a Dios y a los hombres?

¡Oh amorosísima Madre mía! ¡Oh paraíso de caridad! ¡Oh Maestra del amor de Dios! Enseñad a este vuestro hijo necesitado y rudo lo que enseñasteis a las más levantadas e intelectuales naturalezas (porque de las madres es enseñar a los hijos) para que, amando a Dios, os ame a Vos por el mismo Dios, que quiere lo haga así. ¡Oh Señora amabilísima! Y, ¿quién para amaros tuviera tantos corazones, como miembros tiene en su cuerpo! ¡Quién tuviera las voluntades abrasadas de los serafines en su pecho, para que, ardiendo con todo este incendio en amor de Dios, ardiera en amor vuestro!

Por todas las causas dichas, los espíritus celestiales aman a su Reina ardentísimamente;

y no sólo acuden ellos con su gran presteza a las cosas de su servicio, sino que, cuando ven a alguno honrar a su Señora, le asisten y acuden a ayudarle.

6. Cómo fue deseada María Virgen, Madre de Dios, por los patriarcas y profetas.

Después que Adán pecó y cayó de aquel dichoso estado, Dios le declaró cómo por una Doncella había de tener remedio muy aventajado su daño; que fue para él sumo contento y el mayor que tuvo en su vida, afligida con la gran penitencia que hizo; y amó y deseó con toda su alma a tal Hija suya, que había de ser Madre de su Vida y de su Bien.

Abrahán recibió el mismo consuelo, como dijo el ángel a Santa Brígida; y que amó más a María que a su hijo Isaac; y se gozó mucho más en Ella, y la deseó; y que estimó más a Ella sola que a todos los demás descendientes suyos, aunque habían de ser como las estrellas del cielo y arenas del suelo. Su hijo Isaac y su nieto Jacob se regocijaron también en el alma con la esperanza de María, que por revelación entendieron. Pues David, que también vio en el espíritu a esta Señora, ¿qué amor y que estima tuvo de Ella? Cantando con gran gozo su grandeza, y la variedad hermosa de sus virtudes divinas. Salomón celebró a María en todo un libro, donde dice de Ella mil grandezas, llamándola la toda Hermosa, la Inmaculada, la Esposa, la Amiga, la Paloma de Dios, el Pozo de agua viva, el Jardín cerrado. Isaías, Jeremías, Ezequiel, Daniel y otros profetas se regocijaron con su esperanza y dieron a entender su grandeza, celebrándola con varios símbolos y figuras. María Virgen, la Madre de Dios, fue la deseada por los patriarcas y profetas, y muy especialmente por San Elías que en honor de Ella fundó la primera orden religiosa.

San Juan Bautista sin ver a María, sólo con oírla, dio saltos de placer y gozo, quedando perfectamente devoto de esta su Madre espiritual, con cuya visita recibió la Presantificación por la bendición del Niño Jesús desde el vientre de su Madre. Fue el Precursor de Nuestro Señor Jesucristo, que imitó la virginidad de María y fue el abanderado de esta virtud, dando después la vida en defensa de la castidad. Con esto mostró el Precursor lo que estimaba la pureza, que tanto resplandeció en su capitana María; de la cual fue siempre tan devoto que mereció cuando estaba preso, que con su Divino Hijo la Virgen y Madre de su Redentor le visitase en la cárcel y le consolase y animase al martirio.

7. Del grande amor y reverencia que tuvieron los Apóstoles y discípulos de Cristo a María, Madre de Dios; y del amor y ternura que otros santos varones han tenido para con la Virgen María.

Los Apóstoles y discípulos de Jesús, que conocieron de vista a María y la trataron, experimentando su dulzura, y recibieron sus prudentísimos y santísimos consejos y vieron sus heroicos ejemplos, ¿cómo podían dejar de amar a la Madre de su querido Maestro, y estársela mirando y remirando atónitos de su grandeza, divina modestia de su rostro y las demás virtudes que en Ella resplandecían y admiraban todos? Fue tan grande la devoción que la tuvieron y lo que dijeron de Ella a las gentes que predicaban, comunicándoles su devoción, que se iban los fieles a verla, haciendo por esta causa peregrinaciones muy lejos, como consta de bastante testimonios y también revelaciones. Se dice también, y lo confirma autoridad de grave y antiguo escritor, que desde España viajaron algunos a ver a este prodigio de santidad; porque con ocasión de la persecución que en Jerusalén, cuando fue apedreado San Esteban, se levantó contra los fieles y discípulos de Cristo, el primer Papa, San Pedro, mandó a los setenta y dos discípulos, ya ordenados, a predicar el Evangelio por las diversas provincias, y algunos llegaron a España, donde dijeron tantas grandezas de la mujer Virgen que había sido elegida por Madre de Dios, quien se había encarnado para la redención del mundo, que muchos, dejando sus casas, se fueron a ver aquel milagro de gracia; y no hay duda sino que de otras provincias hicieron otros la misma peregrinación. Uno de estos fue San Dionisio Areopagita, que se convirtió con motivo de la predicación de San Pablo en Grecia, a principios del año 49. Hizo un largo camino por sólo ver a Aquella, de la que tantas alabanzas había oído de San Pablo; y, luego que la vio, quedó prendado y fuera de sí.

En una carta que escribe al mismo Apóstol, agradeciéndole que, por haberle enviado con una recomendación para San Juan Evangelista, había llegado a ver a María, y dice esto: “Digo la verdad como si estuviera delante de Dios, que exceptuando al mismo Dios, no creí que fuera posible tener ante mi vista, ni entender por hombre alguno, lo que yo vi, no sólo con los ojos del alma, sino también con los del cuerpo. Porque miré y remiré con mis propios ojos a la mayor sobre todos los Espíritus Celestiales, a la rayana a la divinidad, la Madre de Cristo Jesús, Nuestro Señor; a la cual la Bondad de Dios, la autoridad de la cumbre apostólica y la clemencia inagotable de la misma Virgen Santa, me permitió ver. Digo y confieso otra vez y más veces delante de la omnipotencia de Dios, de la clemencia del Salvador y de la gloria y majestad de la Virgen, su Madre, que, cuando el Apóstol Juan me llevó ante la presencia de la altísima Virgen, vi que Ella, aun habitando en su cuerpo viador, resplandece como un sol en el Cielo; fue tanto lo que su resplandor divino e inmenso me hirió por defuera, e interiormente me llenó de mayor luz, y tan grande la fragancia de todos los aromas y perfumes, que me cubrió todo, y ni el cuerpo miserable ni el espíritu podían sufrir tantas muestras de la eterna felicidad. Se me desmayó el corazón; se me desmayó el espíritu, oprimido con la gloria de tan grande majestad. Pongo por testigo a Dios que estaba con la Virgen, que yo habría creído que era Ella Dios verdadero, si la divina doctrina cristiana no me hubiera enseñado otra cosa, porque me parecía que no puede ser mayor la gloria de los bienaventurados que aquella bienaventuranza que yo experimentaba, y entonces dichoso, gustaba; desdichado ahora que no la tengo igual. Gracias doy a Dios Omnipotente y Benignísimo, a la Divina Virgen, al eminentísimo Apóstol Juan y a ti, Pablo, cumbre y príncipe de la Iglesia, por quien alcancé tales cosas.” San Pablo también había hecho una peregrinación para ver y comunicar y ser enseñado por la Madre de Dios, como escribió Juan Menesio; y le sucedió semejante admiración que a San Dionisio, porque, pasmado de la sabiduría y aspecto sacrosanto de la Virgen, dijo: “Hasta ahora, desde el día de mi conversión he creído que Cristo es Hijo de Dios y ahora he conocido la divinidad del Hijo, por la divina presencia de la Madre.” También visitó a esta Señora San Ignacio, mártir, con cuya presencia cobró más afición a Jesús, de modo que tenía siempre presente en la memoria este pensamiento: “Jesús Hijo de Dios y de María, Jesús Hijo de Dios y de María.” Moviéndose a querer ver a la Virgen por las grandezas que de Ella oía, que en parte manifiesta en una carta que escribe a San Juan Evangelista, donde le dice: “Conforme con lo que nos han contado personas dignas de toda fe, en María, Madre de Jesús, se ha juntado la naturaleza de una santidad angélica con la naturaleza humana; y tales cosas oímos, que nos estimulan el corazón y las entrañas y nos fuerzan a desear vehementemente ver este prodigio del Cielo o sacratísimo espectáculo.” Pues los Apóstoles que tuvieron más luz y conversaron con María siempre hasta que se repartieron por el mundo, ¿qué sentirían en su corazón? ¿Qué afectos, qué devoción le tendrían? Y así, por este grande y casi inmenso amor que Cristo vio que tenían sus discípulos a María, se la dejó acá cuando subió al Cielo, por no desconsolarles del todo, y para que con su presencia confirmase en la fe a los recién convertidos y con sus consejos y providencia mirase por su Iglesia e hiciese crecer aquella planta tierna: y así lo hizo, correspondiendo al amor y confianza que en Ella tenían los Apóstoles. Ella los recogió en el Cenáculo, como dice la santa Biblia, para que viniese a ellos el Espíritu Santo; Ella, con su ejemplo, les ejercitaba en orar continuamente; Ella les aconsejaba lo que convenía a la gloria de Dios. No dudo que no hubiera poder en la tierra que les apartara de la presencia de María, si no fuera la fuerza de caridad y necesidad que tenía el mundo de su predicación, y que partirían a cumplir su oficio, llevándola en el corazón, predicando en todas partes sus grandezas, como dice el sabio Raimundo Jordano, y comunicando su devoción y ensalzando su Purísima Concepción sin pecado original. Mas, al partir de esta vida la Virgen, ¡cómo se



descubrió el amor y afecto que los Apóstoles y todos los fieles la tenían! Aumentó la devoción y el afecto de los Apóstoles cuando subió en Cuerpo y Alma al Cielo “plena de luz y majestad,” cantando todos a porfía, y, como fuera de sí, por su gran devoción, entonando muchas alabanzas a esta Señora. El no haber alabado más los Apóstoles a María mientras vivía en la tierra, dicen que fue porque quisieron condescender con su humildad, y no darla ocasión de sentimiento por verse alabada; pero, después de su Dormición y Gloriosa Asunción, bien se desquitaron deshaciéndose en alabanzas suyas.

De los Apóstoles sabemos que dijeron grandes cosas de María, y se enternecían dulcemente en sus loores y alabanzas con la memoria de su intercesión; y sería de gran consolación si lo tuviéramos ahora escrito. San Juan Eusebio Nieremberg halló que éstos compusieron la Salve Regina, con que imploraban el auxilio de su Reina y Madre de Misericordia, si bien se ha atribuido a otros esta oración, por haberla renovado cuando había caído en el olvido. Ellos también en el avemaría enseñaron a invocar a esta Señora, pidiéndole que orase por nosotros pecadores, frase que también con el tiempo quedó olvidada.

Sería interminable contar el afecto y amor con que los santos sucesores de los discípulos de Cristo han reverenciado y servido a su Madre, María Santísima; porque como los Apóstoles, por haberse aventajado en santidad a los demás santos, también se aventajaron en el amor y devoción a esta Señora; de la misma manera los mayores santos, que después han florecido en la Iglesia, se han destacado en su devoción. Por la misma causa los patriarcas de las órdenes religiosas, en las cuales estuvo como en un arca de agua recogida la grande santidad y espíritu que de ellos se había de comunicar a sus hijos, se esmeraron en esta devoción. ¿Qué ternura no tuvo San Bernardo con María, como con su querida Madre? ¿Qué trabajos no sufrió Santo Domingo por publicar su devoción? ¿Qué otra abogada para sí y para los suyos escogió San Francisco? ¿Qué obra emprendió San Ignacio, que no fuese con las alas que le daba esta Señora, por la gran confianza y devoción que la tenía? Él experimentó siempre su amparo, y Ella le visitó muchas veces, trayéndole del Cielo el don de castidad, enseñándole las reglas de aquellos divinos Ejercicios Espirituales que escribió, dirigiéndole en las constituciones que ordenó para su orden religiosa y confirmandolas. Ella también le puso junto a su Hijo y al Padre Eterno; y San Ignacio la vio muchas veces rogando por él. Finalmente, María tuvo tanto amor a éste su siervo, que se apareció a muchos estando él vivo y les dijo que se hicieran sus hijos, y entrasen en su orden. Pero porque la devoción de estos y otros santos Padres antiguos de la Iglesia para con la Virgen es muy sabida, no me quiero detener en contar sus ternuras y finezas con esta Señora; sólo me contentaré con traer algunos ejemplos de lo que hicieron algunos santos varones para servir a María, a fin de animarnos nosotros a lo mismo, y para que entendamos hasta qué extremo (si extremo puede haber) debemos amarla y servirla.

San Pedro Damián escribe de su hermano Mariano, que se encendió tanto en amor de María, que, deseoso de agradarla y servirla y de ser su perpetuo esclavo, se ofreció delante de un altar de esta Señora por su humilde siervo; y para mostrar lo que se honraba con ser su esclavo, se puso al cuello una especie de argolla. Y la Virgen Santísima, que es agradecimiento, no sólo a obras, sino a dos palabras con que la saludamos ¿cómo podría dejar de agradecer esta fineza? Tuvo siempre por hijo a quien se hallaba indigno de ser su esclavo; y en la hora de la muerte le fue a consolar y asegurar de su salvación; porque sus cadenas son ataduras de nuestra salvación.

Cesáreo escribe otro tanto del devoto siervo de María, Gualterio de Birbech, el cual, encendido del amor que tenía a esta gran Señora, puesta una soga al cuello, se consagró por su esclavo delante de un altar suyo pagándola un tributo, y reconociéndola cada año con



semejante pensión por su única Señora, recibiendo en pago extraordinarios favores de su agradecida mano, en vida y muerte. ¡Oh Reina del Cielo!, ¡oh Madre mía!, ¿qué tibieza es la que veo en mí, que, aunque en el corazón y deseo me ofrezco por vuestro esclavo, en la ejecución y en la obra no parece que me precie aun de ser vuestro hijo, pues no hago obras de tal, ni os sirvo como esclavo, ni os reverencio como hijo? Por cierto que es grande nuestra vileza que, viendo a tantos santos que tuvieron por la mayor honra del mundo ser esclavos de María, no queramos nosotros siquiera ser verdaderos y fieles hijos suyos, y servirla y amarla como merece el amor que más que de madre nos tiene.

El fervoroso Padre Juan de Trejo, de la Compañía de Jesús, fue uno de los que más se preciaban de ser esclavo de María, en cuyo reconocimiento iba a pie a una lejana ermita de esta Señora, y la regaba y barría, no así como quiera, sino con una admirable y nunca oída invención en que mostraba el ardiente amor y profunda reverencia que tenía a la Madre de Dios; porque no regaba el suelo con otra agua que de sus ojos, vertiendo de ellos copiosas lágrimas de devoción y ternura que bastasen a regarla. Después él mismo, teniendo por mucha honra ser el más vil instrumento del mundo, con tal de ocuparse en servicio de esta gran Señora, no con otra escoba barría aquella iglesia que con su misma boca y rostro, dando mil besos muy a menudo a aquel suelo santo, por ver que era casa de su Señora y Madre tan amada. En las demás cosas iba semejantemente cuidando del servicio de su Señora con increíble celo y vigilancia; de suerte que, habiéndole encomendado los superiores un seminario de estudiantes que está a cargo de la Compañía, él tenía tanto celo de ellos, por ser congregantes de la Virgen y dedicados a su nombre, que para que no disgustasen ningún día a su Señora, ni faltasen en nada a la pureza, de que sabía gustaba Ella tanto, casi no dormía de noche, sino se iba adonde estaban todos durmiendo, y al pie de la cama de cada uno, hincado de rodillas, hacia devota oración por cada cual en particular, con ser muchos, para que al día siguiente no ofendiesen a Dios, ni disgustasen a su bendita Madre; la cual le correspondió con grandes mercedes y favores que le hizo. El santo Rey de Hungría Esteban tuvo por título más glorioso que el de Rey, ser esclavo de María; y así quiso que su casa real de allí en adelante se llamase la familia de la Virgen. Comunicó esta reverencia a sus vasallos, que por el ejemplo de su rey no se atrevían a pronunciar el nombre de María, sino sólo nombrarla nuestra Ama, o simplemente la Señora.

Al santo Padre Martín Gutiérrez, humilde y fiel esclavo de María, ¿qué visitas y favores no le hizo esta Señora?, ¿qué mercedes no le concedió? Sin detenernos a escribir su vida, sólo diremos algo de la devoción de este siervo de María, callando otras ternuras y extremos que han hecho muchos santos jesuitas por el amor que tenían a la Madre de Dios. Pues este mismo Padre vio una vez a la Reina del Cielo que debajo de su manto tenía a todos los de la Compañía. Y encendió tanto la vista de la Reina del Cielo a este gran siervo de Dios, que dondequiera que iba y estaba, comunicaba tal fuego de su devoción, que no había persona, a quien cosa que pidiese por María no hiciese; y era esta petición como un conjuro y divino encanto para no atreverse nadie a negar nada, al ver que él hacía lo mismo, pensando, hablando y enterneciéndose siempre con su memoria, y con el concepto que hacía de sus grandezas, y andando tan atónito de su majestad, que todos los días, por estar a la puerta del refectorio una imagen de esta Señora se quedaba, después de comer, elevado de su gran afecto y suspenso por media hora contemplando la caridad y majestad de María, quedando después tan poco señor de sus sentidos, que no podía hablar. Su devoción sensible era tan continua y las frecuentes visitaciones de Cristo tan fuertes, que le derribaban en tierra, quedando muchas veces con una gran conmoción de manos y labios, y con tal semblante que parecía se le quería saltar el corazón del pecho de puro afecto, y daba con



él en tierra, principalmente si quería reprimir estos afectos de su devoción. Por menear muchas veces los labios muy aprisa y recio, sin pronunciar palabras claras, parecía que estaba como ebrio y fuera de sí por su devoción a María: los sollozos y suspiros se alcanzaban unos a otros, haciendo entre tanto semejantes actos de devoción como el hijo de Santa Brígida. Dice esta santa de su hijo Carlos que solía decir de todo corazón: ‘Tanto me alegro de que ama Dios a la Virgen María, su Madre, sobre todas las cosas, que no hay para mí cosa ni criatura que más me deleite; y si posible fuere que por un instante dejara de tener la dignidad que tiene, padeciera yo todas las penas del infierno eternamente para evitar que esta gran Reina perdiese un solo grado de su grandeza’: todos estos afectos valieron la salvación a este devoto y tierno mancebo.

Tan encendidos eran estos siervos de María en su devoción, y tan tiernos amantes suyos. Procuremos imitar a estos esclavos de la Emperatriz del Cielo, e introducirnos en su santa familia, que con tal Ama y Señora, y tal Madre, en esta vida seremos privilegiados y en la herencia de la otra mejorados, que aun en el Cielo los bienaventurados se precian de haber sido siervos de esta gran Señora, y hacen gala de ser conocidos por sus esclavos.

Luego, por todo el mundo se esparció la devoción a María, por todas las edades, por todos los estados, por todas las naciones, como lo profetizó esta Señora, diciendo que porque miró Dios la humildad de su esclava, la habían de llamar bienaventurada todas las generaciones, esto es, todas las naciones y en todos los tiempos. Por cierto que en España esto se vio muy cumplido, porque en ella sólo hubo, habiéndose hecho diligente cómputo, más de ochenta mil templos dedicados a la Virgen María en el siglo xvii.

Pero ¿qué mucho es que las naturalezas intelectuales y los hombres racionales honren y reverencien a la que es Reina de todo lo criado?, ¿que los ángeles la venerasen?, ¿que los Patriarcas la deseasen?, ¿que los profetas se consolasen con su esperanza?, ¿que los Apóstoles la admirasen?, ¿que los santos la sirviesen?, ¿que todas las naciones la honren?, si hasta por las mismas criaturas irracionales María fue racionalmente deseada (si es lícito hablar así). Gimiendo estaba la naturaleza, y como reventando de dolor toda criatura, hasta su nacimiento, esperando que por María había de ser reformada y revelada, y conforme a San Bernardino, mejorada y perfeccionada; porque, dice, no tuvo el mundo su última perfección sino por María: por lo cual escribe San Juan Damasceno, que los siglos competían entre sí para ver su natividad y advenimiento.

8. Del amor y devoción a María que muestran los Santos en sus sentencias.

Ensalza, dice San Bernardo, a la que no supo qué era concupiscencia cuando concibió, ni dolor cuando dio a luz. Predica a la que es reverenciada por los Ángeles, deseada de las gentes, conocida antes por los Patriarcas y Profetas, escogida entre todos. Magnifica a la inventora de la gracia, la Medianera de la salud, la restauradora de los siglos. Ensalza a la que en su Asunción fue ensalzada a los reinos celestiales y coronada Reina sobre los coros de los ángeles. Estas cosas me canta la Iglesia de Ella: a mí me enseñó a cantar y a alabar a la misma María. Calle tu misericordia, Virgen dichosa, si hay alguno que se acuerde, que habiéndola invocado en sus necesidades, le haya faltado. De lo más íntimo de nuestros corazones, con todos los afectos de nuestras entrañas, con todos nuestros deseos veneramos a María; porque esta es la voluntad de Aquel que a todos nos quiso tener por María. ¿Quieres tener una abogada para con Cristo?: acógete a María, y Ella será oída por su reverencia; porque el Hijo oírà a la Madre, y el Padre oírà al Hijo. Hijuelos míos, ésta es la escala de los pecadores; ésta es confianza grandísima; ésta es toda la razón de mi esperanza. A Ella como a medio, como al Arca de Dios, como a la causa de las cosas, como al negocio de los siglos, miran los que están en el Cielo y en el purgatorio; los que ahora somos, y los que se seguirán, y los nacidos, y los que nacerán después de ellos; los que están en el cielo, para su mayor felicidad; los del purgatorio, para que salgan de allí: los que pasaron, para que prueben ser verdaderos amantes de María; los que se siguen, para ser glorificados. Por lo cual te dirán Bienaventurada todas las generaciones, Engendradora de Dios, Señora del

mundo, Reina del Cielo, que engendraste la vida y la gloria para todas las generaciones; en Ti hallaron los ángeles alegría; los justos gracia; los pecadores perdón para siempre. Con razón han puesto los ojos en Ti todas las criaturas, porque en Ti y por Ti y contigo la benigna mano del Omnipotente reparó y recreó todo lo que había criado.

Concluimos finalmente con lo que el devoto Dionisio Richel dice: “Con todas nuestras fuerzas alabemos, veneremos, amemos y reverenciamos a la excelentísima Madre de Dios; y después que lo hayamos hecho así, reconozcamos que no hemos hecho cosa digna, y que no se pueden pagar sus beneficios con suficiente agradecimiento, diciendo con San Agustín: ¿Qué podremos nosotros tan pequeñuelos, y obrando como niños, agradecer con nuestros loores? Porque aunque nos volviésemos lenguas, no podríamos alabarla suficientemente.”

9. De los títulos que hay para amar a María Madre de Jesús, y del primero, que son sus beneficios.

Veamos las causas que hay además para servir y amar a María con todas nuestras fuerzas; porque, fuera del ejemplo con que nos invitan toda la Santísima Trinidad, los ángeles, los patriarcas, los Apóstoles, los santos todos, amando el Padre Eterno a su primogénita Hija y a su querida criatura; el Hijo de Dios a su tierna y amada Madre; el Espíritu Santo a su Esposa escogida entre millares; los ángeles a su Reina, su admiración, su ejemplo, su regocijo; los patriarcas a su esperanza y blanco de sus deseos; los Apóstoles a su Maestra; los santos todos a su Madre, su abogada, su gloria y su vida; hay muchas razones, fundamentos y títulos que nos han de obligar a servir a esta gran Señora, por los bienes que nos ha hecho, por los que nos puede y quiere hacer, por lo que de Ella esperamos, por lo que la necesitamos, por lo que nos ama y cuida de nuestro bien, por lo que sufrió y padeció por nosotros, por su estupenda grandeza, por su hermosura, por su bondad, por sus virtudes, por su agradecimiento, por ser Madre de nuestro Dios, porque nos dio a su Hijo, y, sobre todos estos títulos, porque Dios tanto lo quiere, que es la razón concluyente. ¡Oh gran acreedora de los hombres! ¡Por cuántas razones te debemos servir! ¡Con cuántas obligaciones tienes dulcemente empeñados nuestros corazones! ¿Acaso es poco los beneficios que por Ti he recibido, que son tantos cuantos he recibido? ¿Qué obligación es esta, en que van (en cierta manera) a la par María y Dios, en cuanto no debo gracia que haya recibido de Jesús, que no la deba también a su Madre? Estas dos son las causas universales de mi bien: Jesús la original, María la instrumental; pero tan universal y principal instrumento de mi bien, que no se me ha hecho bien alguno ni hará jamás que no sea mediante Ella, y pasando por sus manos. Piense el alma que cuantos son los beneficios divinos recibidos, tantas son las obligaciones del amor y de la devoción que debe a María; porque a Ella debemos todas las inspiraciones que hemos recibido del Cielo, todas las ocasiones en que nos hemos librado de pecar, toda la gracia y justificación con que nos hemos hermoñado para parecer con la cara descubierta delante del Padre Eterno; pues Cristo Jesús, Hijo querido de esta gran bienhechora nuestra, no nos aplica sus merecimientos infinitos en cosa alguna con eficacia si no es por medio de su amada Madre, previniendo Ella con su intercesión nuestras necesidades, así del alma como del cuerpo, remediando Ella más de lo que nosotros la pedimos, ni conocemos, ni podemos conocer. Esta obligación que tenemos para con María, porque le debemos todo nuestro bien, no es sólo porque Ella nos dio en una pieza todo lo que es bien nuestro, que es Cristo Jesús, lo cual bastaba para dar a María mil corazones si los tuviéramos, porque es un bien infinito que de una vez nos dio; sino también porque María nos alcanza en particular cualquier beneficio divino, hasta el más mínimo buen pensamiento que tenemos.

Es tan grande y universal el bien que nos hace que, conforme a lo que dicen algunos Santos, el mundo se hubiera acabado, si no fuera por María, por cuyos merecimientos e





intercesión perdura hasta ahora. San Bernardino añade que, miles de años antes de que naciese esta gran Señora, su Divina Alma preexistente conservó al mundo, esto es, desde que Adán pecó; y que no lo aniquiló Dios por la reverencia especial y el singularísimo amor que tenía a la Virgen María de quien tenía que nacer el Divinísimo Niño Jesús. Y así dice, que por esta nobilísima criatura salvó Dios a nuestros primeros padres cuando traspasaron su precepto, y concedió después otros muchos beneficios que se hicieron a los Padres antiguos. No dudo, dice, sino que todo lo hizo Dios sólo por reverencia de esta bendita Doncella y amor que por Ella tuvo, pues con tanto arte determinó desde la eternidad anteponerla a todas las demás obras suyas en la predestinación y honra. Estos santos intuían la doctrina de la preexistencia de las Divinas Almas de Cristo y María, cuya paternidad ejercieron desde el principio del mundo y durante todo el Antiguo Testamento, aplicando anticipadamente las gracias del Calvario, conforme

a las enseñanzas de San Gregorio XVII: “Nos, como Doctor Universal de la Iglesia, os enseñamos infaliblemente que la Divina Alma de María fue llena del Espíritu Santo desde el mismo momento creador. Esta Alma Divina de María fue colmada de todas las virtudes, de todos los dones, y el Alma Divina de María recibió gratuitamente la ciencia infusa, elevada a grados insospechables. La Divina Alma de María fue llena de la sabiduría y de todos los dones, entregados por el que se llama Don Sobrenatural. El Alma de María fue llena de la Gracia y en Ella residió para nunca más separarse. El Alma Divina de María fue creada a imagen y semejanza de la Divinísima Alma de Cristo. Poseía pleno conocimiento de que no pertenecía al número de los redimidos, pues pertenecía al número de los Reparadores y Redentores; lo que quiere decir: Plenamente asociada a Cristo. También recibió perfectísima luz para conocer que un día estaría envuelta con Cuerpo, por donde correría Sangre; y sabía perfectamente que, con la intervención del Espíritu Santo, sería la Madre del Verbo Divino Encarnado; y sabía perfectísimamente que sería la Madre de un Hombre Verdadero y, al mismo tiempo, Dios Verdadero. Como, asimismo, sabía que ese Cuerpo y esa Sangre que iba a dar a Dios, para envoltura de la Segunda Persona de la Santísima Trinidad, sería al mismo tiempo comida y bebida verdadera para la salvación de los hombres; pues cumplida la infinita Reparación, vendría la gratuita Redención para los hombres. De igual manera, entendió, con toda nitidez, que sería la Madre de Cristo; como sabía que sería la Madre de la Iglesia que su Hijo fundaría. Nos, enseñamos que la Santísima Trinidad se volcó con aquella Alma, pues esa Santísima y Augustísima Trinidad no podía negarle nada, por puro amor, de cuantas gracias fueron santísimamente reclamadas por la Divinísima Alma de Cristo, para que fueran otorgadas al Alma Divina de María.”

Tampoco se limitan los beneficios de esta grande y poderosísima Emperatriz a lo que en esta vida podemos recibir; sino que extiende su clemencia a la otra, librando a las almas de sus devotos de las terribles penas del Purgatorio. Ella misma dijo al devotísimo Padre Jerónimo Cavalio cuánto cuidado tenía de sacar a los de la Compañía de Jesús del purgatorio; y lo mismo hará con otros devotos suyos. Y al bienaventurado Amadeo fue manifestado del Cielo, cómo la Virgen, antes de subir en cuerpo y alma al trono de su gloria, fue a sacar del purgatorio a todos sus devotos; porque era conveniente que subiese victoriosa al Cielo con ricos despojos.

No sólo debemos a María el bien que nos ha hecho siendo en todo tan provechosa para nosotros, sino también la honra que nos ha dado; porque nos quiso adoptar por hijos queridos, dándonos la honra de ser hijos de una Reina, y no de una reina cualquiera, sino de aquella que tiene a los serafines por esclavos.

No es ésta la mayor deuda que debemos a María, pues no sólo debemos a Ella cuanto bien nos hace, sino también cuanto debemos a su Hijo, el cual quiere que cuanto le estamos obligados se lo paguemos a su Madre sirviéndola y amándola con todas las ansias de nuestro corazón; y como estas obligaciones para con Jesús son infinitas, debemos infinitamente a María. A María debemos los azotes que Jesús, manso Cordero, soportó por nosotros pacientísimamente, sin abrir su boca. A María debemos las espinas con que fue coronado Jesús. A María debemos la bofetada que recibió Jesús delante del Pontífice. A María debemos la hiel y vinagre que gustó Jesús. A María debemos la venida del Espíritu Santo que nos envió Jesús. A María debemos la predicación de los Apóstoles de Jesús. De modo que a María debemos, no sólo nuestros merecimientos, en cuanto los tenemos por la gracia que nos alcanza por su Hijo, sino los mismos merecimientos de su Hijo y toda su vida y muerte, toda nuestra Redención, justificación y salvación. Pues quien reconoce que Jesús ha señalado a su Madre por acreedora de lo que debemos, ¿cómo puede dejar de darle gusto en lo que tanto beneficio nos da, y, por otra parte, que le debemos? Bendito sea Jesús que quiere que sirvamos y reverenciamos a quien Él reverenció como obediente Hijo.

10. Cómo debe ser amada y servida María, Madre de Dios, por lo que depende de Ella el incomparable beneficio de nuestra salvación eterna.

Así, pues, la perseverancia necesaria para la salvación no es una gracia solamente, sino una multitud, o por mejor decir, infinidad de gracias que hace a un santo, hasta que le ponga en el Cielo; y esto se lo debe a María. Claro está que no sólo la debemos servir por los beneficios que de Ella y de Dios hemos recibido, sino también por los que esperamos recibir; no sólo en agradecimiento de los pasados, sino para negociar otros nuevos. Debemos llegar a María como a un sacramento general de todas las gracias y mercedes de Dios, que por medio de Ella nos vienen; que si de veras acudimos a tal Madre, y la pedimos como debemos, las alcanzaremos. Y así el santo Padre Martín Gutiérrez, devotísimo hijo de esta Señora, decía que no había pedido cosa a la Virgen María que no se le hubiese concedido.

Es muy importante entender esto de María, y la gran fuerza de su intercesión por lo cual obtiene de Dios lo que para nosotros es imposible; y aunque Dios es tan observante de sus leyes, si se interponen los ruegos de María, no repara en nada. Y así se ha visto resucitar hombres para confesar sus pecados, por intercesión de esta gran Señora; pues siendo Reina de todo, para que se cumpla su voluntad, no se repara en nada y quiere su Hijo mostrar la majestad de su imperio, en mostrarla Señora de las leyes, atropellando las inviolables y fijas, y queriendo que todas las cosas la sirvan y estén a su mandato. Pero, ¿qué mucho es que obedezcan todas las cosas a quien obedeció el Creador de todas, que aun ahora en el Cielo (dicen San Pedro Damián, y Godofredo Abad) mira las peticiones de María, no como ruegos, sino como imperios y mandatos, reconociendo el derecho de madre?

Consideremos también qué es lo que mereció María con un solo acto de virtud, no para sí sino para los demás, para que acabemos de comprender la fuerza de su intercesión, en la cual alega todos los merecimientos de su vida. Porque con sólo un acto, aun antes de ser Madre de Dios, esto es, con sólo decir de corazón aquella respuesta que dio al Ángel: “He aquí la Esclava del Señor, hágase en Mí según tu palabra”, la Virgen María mereció para sus hijos más que todas las criaturas juntas, ángeles y hombres, en todos cuantos buenos pensamientos tuvieron, y obras hicieron y harán. Reafirmó con este acto el principado sobre los serafines del cielo, el imperio sobre toda criatura, el cetro del reino de su Hijo, la plenitud de todas las gracias, de todos los frutos y dones del Espíritu Santo, y el ser Madre de Jesús, y Corredentora y coprincipio de nuestro bien. Pues ya que fue Madre de Dios, ¿qué no merecía para nosotros? y ¿qué no obtendrá con tanta inmensidad de actos interiores, y obras y trabajos exteriores que realizó toda su vida?

San Anselmo y otros doctores dijeron que era imposible que pereciera el verdadero devoto de la Virgen; y al contrario dijo el mismo Santo que era muy posible perderse el que se apartaba de esta tan gran Patrona.

11. Cómo debe ser amada María, Madre de Dios, por lo mucho que nos ama.

Qué hacemos los redimidos de Jesús, si no servimos y amamos con mil corazones, si los tuviéramos, a su querida Madre, y gran bienhechora nuestra; pues las obligaciones que tenemos para ello (aun fuera de su amor, al que debemos corresponder) son infinitas verdaderamente, sin encarecimiento ni exageración alguna; porque dejando lo que le debemos por los innumerables bienes que nos ha hecho, hace y hará con una increíble lealtad y fe, sólo porque Jesús nos la ha señalado por la acreedora, a quien quiere paguemos lo que le debemos por habernos redimido con tan lastimosa muerte como la de la Cruz, estamos infinitamente obligados, y muchas veces, a servirla y amarla, dando este contento tan justo a nuestro amado Redentor. De modo que el derecho que por esta causa tiene María Santísima a nuestros corazones es infinito, aunque Ella por sí no nos hubiera hecho limosna, ni nosotros hubiéramos recibido ningún bien de su liberal mano, ni nos tuviera afición alguna, ni Ella fuera tal cual es, digna por sí misma de ser amada, servida y venerada por Reina de millones de coros de serafines. Juntemos ahora a esta obligación infinita, la que le tenemos por sus buenas obras ofrecidas a Dios en provecho nuestro, y luego la que le tenemos por su buena voluntad, que es tal y tan fina y leal para nosotros, y con tan gran amor y deseo de nuestro bien, que por sólo esta predilección que nos tiene, aun sin obras algunas, merece y tiene muy merecido mucho mayor amor que el que la podemos tener, y mucho mayor que todo afecto y devoción posible a nosotros. Y ¿a quién no enternecerá lo que esta Señora respondió al Hermano San Alfonso Rodríguez de la Compañía de Jesús? Estaba un día regalándose este siervo de Dios con su Madre, y llevado en su simplicidad del encendido afecto de su pecho, le dijo sin pensar: “¡Oh, Señora mía!, mucho más os amo sin comparación, que a mí mismo; más os amo, Madre mía, que Vos me amáis.” Mas la Virgen, apareciéndosele luego, le corrigió diciendo: “No es así, mi Alfonso, que Yo mucho más sin comparación te quiero, que tú a Mí me amas.” Y ¿con qué mayor ternura se puede mostrar el amor que nos tiene esta amorosa Madre nuestra, que con las demostraciones que ha hecho por nuestros padecimientos y males espirituales? En una isla de las Canarias había una mujer devota de la Virgen, que, engañada por el demonio, dejó de confesar unos pecados que había cometido, hasta que un día vio a nuestra Señora con rostro lloroso y triste, derramando continuas lágrimas de sus ojos; se dolió mucho aquella mujer del dolor que mostraba la Virgen, y preguntándola la causa de su llanto, respondió: ‘Porque no te confiesas bien, y pierdes tu alma;’ con lo cual movida la mujer a gran contrición de sus pecados, se confesó enteramente. Por cierto, es un gran testimonio de lo mucho que nos ama la Virgen María, mostrarse tan compasiva de nosotros.

Si los hombres lo que más estiman en los beneficios es la voluntad, de tan grande voluntad como se ve en María, acompañada con tales obras, ¿qué hemos de decir, o qué hemos de hacer, pues nos faltan fuerzas y posibilidades para corresponderla? Es incomprensible, por cierto, cómo puede caber en nosotros olvido o descuido de quien tanto se acuerda de nosotros y solicita nuestro bien, según lo grande de su amor: y su amor es tan grande como lo es su excelencia y dignidad; pues así como la Virgen María es más que cuantas criaturas hay, y más santa que los serafines y todos los justos, tanto Ángeles como hombres; de la misma manera su caridad sola, y su amor es mayor que cuanta caridad han tenido y tendrán todos los Santos juntos y los más altos abrasados Serafines en amor de Dios. ¡Oh qué dicha nuestra es vernos así amados, con un amor tan invencible, de tan gran Señora, y de la misma Madre de Dios! Con tal extremo y magnitud, que todo amor, cuanto han tenido y tendrán las madres más tiernas del mundo a sus hijos más queridos, es sombra y nada, respecto del que María nos tiene.

María Santísima de suyo es inclinada a la bondad y amor, y más suave y dulce que la miel; y como es más buena que cuantas cristianas hay, su ternura y afecto es también mayor para con nosotros, aunque fuéramos extraños, y no nos viera queridos ni redimidos por Jesús, su Hijo del alma; pero se agrega a esto que nos ha adoptado también por hijos, empeñándose

por esta razón a amarnos más, y esto ayuda a su piedad y condición bondadosísima y amorosa; y, sobre todo, como vio por sus ojos lo que Jesús hizo y padeció por nuestro amor, y Ella ama tan inmensamente a Jesús, consintió en sufrir con Él toda la Pasión, mostrando así lo que también nos ama a nosotros; porque así como tiene estima de la Sangre y Pasión del Hijo de Dios, así es mayor la inclinación y amor que tiene a los que fueron redimidos tan costosamente. Antes de haber padecido con su Hijo muerto por el amor de los hombres, y aun antes de ser Madre de Dios, cuando era niña, su ocupación y mayor cuidado era (como fue revelado a Santa Isabel, monja) rogar a Dios por el género humano, y que le concediese su gracia, enviando ya a su Hijo para bien suyo y para reparar al Padre Eterno. Pues si tan temprano nos tuvo tan gran amor, ahora después de haber sufrido la Pasión con Jesús, su Hijo y el Unigénito del Padre, crucificado por nosotros, y ver a los hombres tan estimados de Dios, ¿qué no hará?



Si como prueba del inmenso amor que Dios Padre tuvo al mundo, se dice que ‘le dio a su Unigénito, Jesús’, eso mismo podemos decir de la caridad de la Virgen María, que dio muchas veces por nosotros tan buen Hijo Dios, y podemos exclamar: ‘De tal manera amó María al mundo, que le dio a su Hijo unigénito.’ Nos lo dio cuando lo alumbró; nos lo dio cuando lo presentó en el Templo; nos lo dio cuando le guardó la vida, para que no le matase Herodes; nos lo dio cuando con su beneplácito salió de su casa para predicar; nos lo dio cuando no rehusó saliese del cenáculo la noche en que le prendieron; nos lo dio cuando preso, acusado, maltratado, afrentado, azotado, coronado de espinas, no habló una palabra por Él; nos lo dio mil veces al pie de la cruz. ¡Oh, Señora! con qué arroyos de lágrimas, con qué afectos de vuestro corazón ofrecisteis por nosotros entonces a vuestro Hijo, haciendo sacrificio de Él y de Vos, siendo en espíritu Cosacerdote de Cristo, y todo con tan ardiente y ansioso deseo de la Reparación al Eterno Padre y de la salvación del mundo, que si no se hallara quien crucificara a vuestro Hijo para que se salvase el mundo y se cumpliese la Voluntad de Dios, Vos le pusierais en una cruz, por más que lo amaseis, y por más que os llegase al alma perder tal Hijo. Porque claro está, que no había de tener la sacratísima María menor perfección y obediencia que Abrahán, el cual ofreció a Dios su propio hijo, estando decidido a traspasarle el corazón con sus propias manos y a ofrecerlo en holocausto.

¡Digno es esto por cierto de gran ponderación, y de gran agradecimiento! Miremos cómo premió Dios aquella sola buena voluntad de Abrahán, dándole por el hijo que quiso sacrificar, que fuese padre de muchos, y prometiéndole sus bendiciones. Más, por cierto, sin comparación debemos nosotros a la Virgen María, que Dios debió a Abrahán; infinitamente mejor hijo fue el que María ofreció por nosotros, e incomparablemente más querido, y no sólo su primogénito, sino mucho más unigénito. Más nos ama María por su inefable caridad y amor de Dios, que Abrahán amó al mismo Dios. Pues, esta mejor voluntad, este amor tan fino y extremado, ¿ha de quedar sin agradecimiento y memoria? No sería justo por cierto, sino que nos debemos por hijos a María, y no debemos cansarnos de bendecirla y alabarla. Aprendamos de Dios a ser agradecidos, quien por lo que le había honrado aquel santo Patriarca Abrahán, con aquella acción y señal de su voluntad, le dijo: “Por Mí mismo juro, palabra de Dios: que, por no haber perdonado a tu hijo por amor de Mí, Yo te llenaré de bendiciones y multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo y las arenas del mar; tu posteridad poseerá las ciudades de sus enemigos, y en un Descendiente tuyo serán benditas todas las naciones de la Tierra, porque has obedecido a mi voz.” Pues con semejante fervor y determinación digamos nosotros: ‘Como he jurado Señora, y determino con una resolución irrevocable, como juramento, y más firme que una roca, bendeciros y alabaros por este vuestro amor tan grande; yo multiplicaré vuestra familia; yo aumentaré el número de vuestros hijos, pues disteis vuestro Unigénito por mí, dándome yo por hijo vuestro, y procurando que

todos lo sean, y muy devotos vuestros; y esto no será a medias, sino que procuraré ser hijo vuestro, como una estrella del cielo en pureza y santidad, y como el polvo de la tierra en humildad y silencio, y como la arena del mar en paciencia y sufrimiento; y me esforzaré para que este vuestro nuevo hijo domine las puertas de sus enemigos, con la perfecta mortificación de los sentidos, procurando también que en mí sea bendito vuestro Hijo Jesús, vistiéndome yo de su caridad y de su mortificación de pies a cabeza, cuidando con mi vida y palabras de que todos bendigan y alaben a Jesús, a quien ofrecisteis por mí.' Abrahán, en premio de haber querido ofrecer a Isaac, que no fue mejor que él, mereció tener en su linaje al Hijo de la Virgen María, Jesús Dios y hombre; pues María por haber ofrecido por nosotros a su Hijo Dios infinito, y Hombre bendito, ¿qué premio merecerá?, ¿con qué le podremos pagar este su amor, sino con amarla, con servirla, con admirarla, con bendecirla, con alabarla, con ser sus hijos, con ser hermanos de Jesús?

Ni solamente debemos a la Virgen María el haber ofrecido el bendito fruto de su vientre a la muerte natural, sino también que aun viviendo le ofreció a una muerte moral (o quizás mejor dicho civil): porque le ofreció, por amor de los hombres, a tal vida que los hombres la tuviéramos por muerte, esto es, a una vida penosa, trabajosa, humilde, perseguida y tal que ningún esclavo del mundo la tuvo más trabajosa, queriendo por amor nuestro que el Hijo que tanto amaba fuese como nuestro esclavo en la diligencia, y trabajo y humildad, para obrar nuestra salud; por lo cual dijo Ricardo de San Lorenzo esta memorable sentencia: "La caridad de María para con nosotros se echó de ver en la Anunciación, cuando respondió: 'He aquí la Esclava del Señor,' deseando engendrar hijo que se hiciera nuestro siervo, por lo cual se llamó siervo, porque el hijo hereda la condición de la madre. Cristo se presentó como Siervo del Padre e Hijo de su Esclava; porque nos sirvió el Hijo de la Virgen con consentimiento y beneplácito de la Madre, hasta el lavar los pies, y hasta el sufrimiento de la Pasión, 'porque el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida para la Redención de muchos.' Por lo cual debemos nosotros al Hijo y a la Madre retribución de su servicio, para que tornen los ríos al lugar de donde salieron. Debemos dar a Cristo su paga y jornal, y lo mismo a la Madre con mucha razón." Todo esto es de Ricardo. Agradezcamos, pues, a María todas estas finezas de amor ofreciéndonos por sus esclavos fieles, que así seremos sus hijos amados.

12. Cómo debe ser amada María, Madre de Dios, por lo que padeció por nosotros.

Pues por este amor tan ardiente y fino que nos tiene María, debía ser servida y amada con más amor del que nuestras fuerzas alcanzan, y más, viendo que su amor no es estéril, sino muy fecundo en tantos bienes como nos ha hecho, y muy probado con la más fina piedra de toque, que es la paciencia: porque no sólo ha mostrado los quilates de su amor, haciéndonos innumerables beneficios, sino pasando por nosotros por los trances más arduos y dificultosos que ha habido en el mundo; y no ha habido persona humana, ni la habrá, que tanto haya padecido; y todo lo padecía de buena gana por nuestro bien. Lo que padeció el corazón de nuestra amorosísima Madre la Virgen en un día sólo, esto es, desde que su Hijo se despidió de Ella la noche de la Cena para ir a morir, hasta que le dio sepultura, fue más que cuanto han padecido y padecerán los mártires desde el principio del mundo hasta su fin, desde Abel hasta el último que atormentará el Anticristo, sin duda que no excederán todos estos dolores corporales que padecieron tantos Santos en todos sus miembros al solo dolor espiritual que padeció María en su Corazón; lo cual no parecerá imposible a quien entendiere el aprecio que hacía la Virgen de la persona divina de su Hijo, el inmenso amor que le tenía, y la lastimosa y afrentosa muerte que padeció Jesús ajusticiado por traidor, por embaucador y agitador de los pueblos, siendo así que Ella le reconocía tan inocente y tan santo como el mismo Espíritu Santo; y por esto fue incalculable la compasión que de Él tuvo, y a esto hay que añadir lo que participó de sus dolores en el cuerpo y en el alma. Pues todo lo que Jesús padecía en el cuerpo, lo padecía María en su cuerpo real y espiritualmente por su unión con Él; y así como el amor que tenía esta Señora a su Hijo, que también era Hijo de Dios (por lo

cual le amaba todavía más que por ser hijo), fue mayor amor que el que han tenido y tendrán los mártires a sus cuerpos, y también como más padeciese Jesús que todos los mártires juntos, es cosa clara, que María padeció corporal y espiritualmente mucho más que ellos. San Bernardino dice, que si el dolor que tuvo la Madre de Dios se repartiese entre todas las criaturas, con la parte que a cada una le cupiera, se morirían de pura pena. Añádase a esto que hubo tormento que sintió María y no lo sintió Jesús: pues cuando la cruel lanza atravesó el Corazón de nuestro Redentor ya muerto, María, que estaba toda en Jesús, recibió este golpe, porque Jesús ya no lo sintió por no estar allí su Alma. Este fue el mayor dolor que padeció la Sacratísima Virgen, su Muerte Espiritual; y San Bernardo afirma que fue en él más que mártir. Y pues tal herida recibió el Corazón de esta Señora, se podrá decir lo que el mismo Cristo dijo a Santa Brígida: “Mi Madre y Yo como un mismo Corazón salvamos al hombre: Yo padeciendo en el Corazón y en la carne; mi Madre con el dolor en el Corazón, y con su amor.”



Crecía también el dolor de María por los pecados de los hombres, que fueron otra inmensa materia de llanto y sentimiento, por la infidelidad de los judíos, por el desagradecimiento de todos los hombres y por la compasión que también tuvo a los Santos sus hijos previendo sus martirios, penitencias y enfermedades que habían de padecer.

¡Oh hijos de la Iglesia! Miremos cuánto debemos a nuestra Madre María, a la Santísima Madre de nuestro dulce Jesús, nuestro Redentor y nuestra vida: y cómo se lo pagamos con tan pequeños servicios y tan corto y mezquino afecto, y aunque tuviéramos el afecto de un Serafín, nos ha de parecer mezquino, si nos formamos cabal concepto de nuestras obligaciones y del incomprensible afecto que Ella nos tiene, probado con tal paciencia. ¡Qué amor tan fino el de María para con nosotros sus hijuelos adoptivos, cuando sufrió por nuestro bien ver ajusticiar a su Hijo natural y el unigénito, que nació de sus entrañas, padeciendo Ella en su propio cuerpo y alma todos los sufrimientos de su Hijo! ¿Qué espectáculo hay más lastimoso, que el ver delante de una tierna madre, cómo se ajusticia con pena de muerte atroz, y en público, a su hijo único, a quien quería más que a su vida, y esto siendo inocente? María llevó este sufrimiento pacientísimamente por nuestro bien, y aceptó que muriese su unigénito Hijo, y tal Hijo, para que nosotros, miserables criaturas, no muriéramos eternamente. ¡Oh qué admirable constancia la de María! Tener ánimo para ver a Jesús, pendiente de un madero, afrentado de todos, dándole gritos los que por allí pasaban, llenándole de mil injurias, con lo que añadían tantas injurias a sus inmensos dolores.

A Jesús debemos infinitamente, ya que padeció tanto por nosotros sometiendo su alma y cuerpo a tantos tormentos y dolores. María sometió su alma y cuerpo a todos esos tormentos también por nosotros: miremos, pues, qué la deberemos por esto. Claro está, que por ser la persona de Jesús infinita, pues es Dios, y por amarnos infinitamente, debemos más a Él; pero si esto no fuera así, sino que las personas fuesen iguales, mucho se puede dudar, a quién se debe más: a esta tierna Madre, en permitir ajusticiar a su único Hijo inocente, y tan querido, con pena de muerte, o al Hijo en morir. A todo esto se sujetó María voluntariamente y habiéndolo previsto. Conviene recordar aquí aquello que reveló esta Señora a una gran sierva suya: que la embajada del Arcángel San Gabriel duró algunas horas en las cuales el Arcángel refirió a la Virgen los sufrimientos, Pasión y muerte, y el gran desamparo que debía padecer Jesús, quien iba a ser su Hijo, que aun el mismo Padre Eterno lo había de dejar, con lo cual se enterneció tanto María, que dio de muy buena gana el ‘sí’ de ser Madre de Hijo que había de ser Varón de tantos Dolores, para no desampararle en el trance en que los Apóstoles le iban a dejar, queriendo Ella cooperar a nuestra Redención, padeciendo con gran voluntad todo lo que por ser Madre del Redentor del mundo se le había de seguir, y



ayudando a toda costa con su conformidad y sangre al bien del mundo, en cuanto dependía de Ella: para que veamos, que si para cosa tan importante, como redimir el mundo, aguardó Dios el 'sí' y el consentimiento de María, también para mi salvación oírás sus ruegos. Con su 'fíat' en la Encarnación, "la Divina María ofreció su sacrificio más grande, agradable y excelso, que sólo sería superado en el Calvario. Además, Ella dio su aceptación con gran gozo y dolor al mismo tiempo; pues, por una parte, conocía que así el Eterno Padre sería infinitamente reparado, y por medio de esta reparación vendría la sobreabundante Redención para los hombres; y por otro lado, sentía dolor porque su Divino Hijo, concebido en su Seno Virginal, sería el oprobio de las gentes, rechazado y crucificado por su propio pueblo; y, además, porque otros muchos, pisoteando la Sangre de Cristo, desaprovecharían la Redención." (Tratado de la Santa Misa).

Con gran razón, pues, dice San Bernardino, que la Virgen fue crucificada con Cristo en la hora de la Encarnación, cuando le concibió en sus entrañas; porque en aquella hora se sometió, y determinó a padecerlo todo, y participar en tantos tormentos como iba a padecer su Hijo.

Podemos sacar una gran confianza en María, conforme al argumento que hace el Apóstol, de la infinita caridad y liberalidad de Dios: "Si Dios está con nosotros, sus hijos, auxiliándonos con su Gracia, ¿quién podrá contra nosotros? Pues, Dios Padre que, aun a su propio Hijo no perdonó, sino que le entregó a la muerte para salvación nuestra, ¿cómo después de habérmole dado a Él, dejará de darnos cualquier otra cosa que nos convenga, y máxime las Gracias para poder salvarnos?" Esto mismo podemos decir de la Madre de Jesús. Si María está con nosotros, ¿quién podrá contra nosotros? La que por nosotros entregó a su Hijo para que muriese para nuestro bien, ¿cómo no nos dará también con Él todas las cosas? ¡Oh estupenda caridad de los Padres de Jesús (Dios Padre y María) para con los hombres! ¡Oh asombrosa benignidad y liberalidad de Dios y de María, que a Jesús, Hijo obedientísimo de entrambos, así le entregaron por nosotros por el inmenso amor que nos tenían, por el cual sufrieron verle padecer inocentemente en la Cruz! Y como por amor nuestro le desamparó el Padre en aquel momento, también la Madre por semejante amor no quiso hablar en su favor. A esto se junta que este dolor de la Virgen duró toda su vida; porque desde que concibió a Jesús supo lo que le había de suceder; y así sintió el dolor en sus entrañas antes y después de muerto. Aun mucho antes que supiese que había de ser su Madre, tuvo gran compasión al Redentor del mundo; porque sabía por su ciencia infusa y por la Sagrada Escritura lo que había de padecer el Hijo de Dios encarnado; y siempre le tuvo grande compasión y ternura.

13. Cómo debe ser amada María, Virgen Santísima, por su admirable majestad y bondad.

El más fuerte título para amar firmemente a María con pureza de amor y sin mezcla de egoísmo, interés propio, es ser Ella quien es: digna de toda reverencia y amor. Este motivo para amarla es mucho más poderoso que los beneficios, y que el amor con que solicita nuestro bien. No hay persona criada, de mayor majestad, de mayor dignidad, de mayor santidad, de mayor bondad, más digna de admiración, ni más allegada a Dios, y querida de aquel Bien Infinito, que María. Porque es en todo grande, en todo admirable: en su maternidad, en su virginidad, en su santidad, en su bondad, en su dignidad, en infinitos privilegios y en la inmensa excelencia con que supera a las más admirables criaturas y supremos serafines. San Jacob Rem, sacerdote de la Compañía de Jesús, finísimo siervo de Dios y muy devoto hijo de esta gran Madre, estando muy deseoso de saber cómo la llamaría de modo que se comprendiese algo de su grandeza, una vez mientras decían las letanías de esta Señora los

congregantes de estudios, cuyo padre espiritual era él, vio una inexplicable claridad y luz del Cielo, y en ella a nuestra Señora, que le dijo, que se cifraban muchas de sus grandezas en estas palabras: ‘Mater admirabilis’, esto es, Madre admirable: dejando al santo padre tan lleno de gozo y del concepto que formó de la grandeza de la Señora, que prorrumpió, sin poder más, en voces exteriores, llamándola a gritos, todo elevado y fuera de sí: ‘Madre admirable, Madre admirable,’ repitiendo y saboreando estas palabras. Pues ¿cómo no será Madre admirable y maravillosísima la que es Madre de Dios, Madre del que fue desde toda la eternidad, Madre del que es Padre de todas las criaturas, Madre de su Criador, Madre del mejor Hijo del mundo, Madre del Hijo tan bueno y santo como el mismo Espíritu Santo, Madre del tal Hijo, que no le tiene Dios mejor, Madre del que es nuestra vida, Madre de nuestro Redentor, Madre del que es una Persona Infinita, Madre de quien es Dios y Hombre? ¿Cómo no será Madre admirable la que es Madre y Virgen, la que es más madre que todas las madres del mundo, y la que es más virgen que todas las vírgenes? Madre admirable, porque es Madre sin dolor al alumbrar, sin menoscabo de su virginidad al concebir y sin trabajo en la preñez. Madre admirable, porque no quiso ser madre sino del hijo que quiso: y quiso no a otro hijo, que el mismo Dios; no teniendo esta elección de hijo las otras madres. Madre admirable, que con ser Madre de Dios, quiere ser Madre de los pecadores, Madre de la dicha de los hombres, y Madre de los miserables hombres. Madre Admirable, porque es Madre de Consolación, Madre de Gracia, Madre de Misericordia, Madre de las vírgenes y Madre de todas las virtudes.

Madre Admirable, porque es admirable Madre, como Dios es Padre admirable, por ser Padre virgen y ser Padre de uno que es Dios. María también es Madre virgen y Madre de Dios. ¿Decidme qué cosa es más admirable, que Dios engendre a un Hijo Dios, o que una criatura engendre al mismo Dios? ¿Que Dios engendre siendo virgen, no pudiendo ser de otra manera, o que una doncellita engendre virgen, no pudiendo ser así? ¿Que Dios engendre a su Hijo en la eternidad, o que María engendre al Eterno en tiempo? ¿Que Dios engendre a su Hijo sin haber Él sido engendrado, o que María engendre al que fue engendrado eternamente? ¿Que Dios engendre al que es una substancia consigo, o que María engendre al que es una substancia con Dios? ¿Que Dios engendre al Sempiterno, o que una criatura engendre al Sempiterno encarnado? ¡Oh admirable Padre de las misericordias! ¡Oh admirable Padre de la Luz! Conocemos nuestras tinieblas y miserias; pues no alcanzamos vislumbrar todo lo que hay que admirar en vuestro altísimo modo de engendrar. Mas, si hay que hablar de sólo lo que alcanzamos, más de admirar es ver a María Madre que a Vos Padre. Claro está, que si Dios había de engendrar, había de ser también Dios lo engendrado. Claro está, que había de engendrar Dios virgen, esto es, sin consorte; porque no había de menester ayuda, siendo de suyo la naturaleza divina bastante fecunda; y así, ya que sois Padre, no me asombra que seáis Padre virgen, ni que engendraseis una persona que sea Dios e igual a Vos. Pero sí es de admirar y de maravillar mucho que una doncellita pobre engendrara al que es Dios; y que engendrara virgen, sin tener coprincipio humano; y que tenga por Hijo a Dios, antepuesta en esto a su Hijo, por el derecho de madre, a quien debió respeto y obediencia el que era Dios, pues en este sentido se aplica el dicho de Enrique de Cusfeldia, que era María mayor que su Hijo.

Con razón, pues, se dice María Madre Admirable, pues de tantas maneras es maravillosa. Pero quizás aún es más admirable por haber en Ella alguna cosa aun más digna de admirar, que el ser Madre Admirable, esto es, por haber en María alguna cosa más grande que el ser Madre de Dios. No parece que en persona criada se pueda concebir mayor excelencia y dignidad, que en haber dado vida a su Criador, y ser Madre de su Dios. Lo cual, como dice Santo Tomás, es una dignidad en cierto modo infinita: y verdaderamente, para hacernos una idea de la grandeza de María, debemos hacerla de lo que significa ser Madre de Dios. Con todo, por boca de Jesús y aun de la misma Virgen, hay en Ella una cosa mayor aun, y que es más razón para alabarla y engrandecerla y llamarla dichosa, que por ser Madre de Dios



según la carne y la sangre; porque cuando aquella buena mujer empezó a gritos a bendecir a la Madre de Jesús, diciendo al mismo Señor: “¡Bienaventurado el vientre que te llevó y los pechos que te amamantaron!”, el Señor, como corrigiendo, o mejorando aquella plegaria, o bendición, dijo: “¡Bienaventurados más bien los que escuchan la palabra de Dios y la ponen en práctica!” Lo cual dijo el bendito Jesús, no porque no juzgase ser bienaventurada su Madre, sino porque aquella mujer no la alabó de lo que en Ella era mayor, que era aquella asombrosa e inefable santidad, caridad, humildad y obediencia, con que cumplió en todo y por todo la palabra y voluntad divinas; dándonos a entender, que esto es mejor en María, y que por ello es más bienaventurada que por haber alumbrado y dado leche al mismo Hijo de Dios. (De modo

semejante, decimos que es admirable la dignidad de un sacerdote que trae a Dios al altar; pero lo que le hace bienaventurado es una vida de santidad y el cumplir la voluntad de Dios.) Mucha grandeza es en María ser Madre de Dios, habiéndole dado su sangre; pero cosa más grande es su pequeñez y, en medio de tanta grandeza, su humildad y su obediencia a la Voluntad Divina. Mayor cosa es esta que toda la grandeza de ser Madre de Dios misma considerada en sí sola; pues por su obediencia y caridad agradó más a Dios, que por su dignidad y privilegio y beneficio de ser su Madre. Y así la misma Virgen, llena del Espíritu Santo, en aquel cántico que compuso, dice que la llamarán Bienaventurada todos los siglos, porque miró Dios su humildad y se complació en Ella: “Magnifica mi alma al Señor, y mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador. Porque miró la pequeñez de su esclava, ya desde ahora me llamarán Bienaventurada todas las generaciones. Porque ha hecho en Mí cosas grandes el que es Todopoderoso, cuyo Nombre es Santo.” Aquella santidad de María, aquella caridad y bondad, aquella virtud sobre toda virtud, son cualidades incomprensibles, inefables, estupendas de esta gran Señora; por lo cual merece ser estimada, admirada, venerada, servida y amada de millares de mundos; por lo cual San Ignacio la puede llamar fundadamente ‘celeste prodigio’; San Juan Crisóstomo, ‘gran milagro’; San Damasceno, ‘el más nuevo de todos los milagros’; San Epifanio, ‘estupendo milagro en el Cielo y en la tierra’; San Efrén, ‘excelentísimo milagro del universo mundo’, y San Bernardino, ‘milagro de milagros’.

También es muy de notar, que amando tanto Jesús a María, y holgándose tanto de ser su Hijo, y que Ella fuese su Madre antes que otra mujer de cuantas nacieron y son posibles, con todo esto pocas veces se lee en el Evangelio que la llamase Madre. Probablemente una de las causas de esto, es lo que acabamos de decir; porque más la estimaba por sus virtudes, que por ser su Madre según la carne y sangre; aunque por esto ya era muy estimada y reverenciada de Él. La estimaba, pues, sobre todo lo criado, y sobre toda la naturaleza, y sobre toda la gracia que tienen los hombres y Ángeles, por su admirable santidad y amor, humildad y pureza, y por su unión con la Voluntad de su Padre. Por la misma causa también, cuando dijeron que su madre y hermanos le estaban aguardando, respondió, que aquellos que hacían la voluntad de su Padre eran su madre y hermanos: “Mí Madre y mis hermanos son los que oyen la palabra de Dios y la guardan.” Porque como sabía cuánta grandeza es ésta, y María la tenía de forma más eminente que los mismos Serafines, cumpliendo la Voluntad de Dios en la tierra mejor que los Bienaventurados en el Cielo, al oír nombrar a su Madre, siempre se le iba el alma y el corazón, y las palabras de su boca a esto, y por esto quería que fuese María especialmente engrandecida y admirada. Con todo, porque estima también mucho el ser su Hijo, al fin de su vida quiso Jesús recompensarla, y pagarle este nombre; y así, ya que Él en muchas ocasiones no la llamó Madre, por justas y altísimas causas de su Infinita Sabiduría, quiso que no dejase de oír innumerables veces este amoroso nombre; por lo cual la encomendó a su discípulo amado, y en él a todos los fieles, diciendo:

“He aquí a tu Madre,” para que San Juan y todos nosotros la llamáramos así, no hartándonos de decir: Madre, Madre nuestra, Madre de los pecadores, Madre de Misericordia, Madre de Gracia, y, sobre todo, no sólo Madre de Jesús, sino Madre de Dios absolutamente; que no hay más que decir. ¡Oh buen Jesús! ¡Oh obedientísimo Hijo de María! Bendito seáis de mil mundos de serafines por lo que honrasteis a vuestra Madre, y por lo que nos honrasteis a nosotros. Honrasteis a vuestra Madre por lo que Ella más debía ser honrada, y a nosotros en permitir que llamemos Madre a la que os alumbró y a la que tanto os agradó, que está sobre todos los serafines.

14. Cómo debe ser amada María, Madre de Dios, por su admirable hermosura y majestad.

No cesemos, pues, de admirar esta estupenda grandeza y suma perfección de la persona de María, de este Milagro de milagros y Primor del omnipotente brazo de Dios que procuró sacar una obra digna de Sí. Zeuxis, el antiguo pintor griego, para obtener una pintura cabal y primorosa, copió de cinco hermosísimas doncellas las más acabadas y perfectas facciones que tenían. Mas Dios para formar a María puso en Ella lo mejor que hay en el orden natural y en el orden de la gracia, y lo mejor que hay en todos los santos y en los coros de los ángeles. Y si bien es verdad que es mayor la hermosura de su alma y los divinos dones con que la hermoseó el Espíritu Santo que la perfección del cuerpo, (por lo mucho que va del alma al cuerpo); empero porque nuestra rudeza no alcanza a entender lo que es hermosura espiritual, y se mueve más por esta corteza tosca de los sentidos, diremos algo de la perfección y hermosura física de esta gran Reina nuestra, con ser lo menos que hay en Ella. No ha criado Dios ni criará a persona humana, ni otra pura criatura más compuesta, más modesta, ni más hermosa que María, cuya majestad y honestísima belleza de rostro tenían suspensos, y como si estuvieran en la gloria, a los que la miraban, como de sí confiesa San Dionisio Areopagita, el cual, luego que San Juan Evangelista le puso en presencia de María, quedó tan atónito de un gozo divino que le bañó alma y cuerpo, que dice con juramento que, si la fe no le dijera lo contrario, creyera que había ya entrado en la gloria del divino cielo, y que María era Dios. Pues si este Santo tan espiritual y contemplativo, dice esto de la hermosura física de la Virgen, y estando en este valle de lágrimas, ¿qué podremos decir de la hermosura espiritual, en cuya comparación la corporal no es nada? Muchos afligidos con sólo mirar a María se consolaban e iban sólo por esto a verla; pero además del respeto y gozo de corazón que infundía en los que la miraban, les inspiraban honestidad y pureza.

Por cierto con razón San Juan Damasceno llama a esta Señora la beldad de la naturaleza, su flor, su bizarría. Y San Agustín dijo: Si te llamara rostro de Dios, digna eres de este nombre. Y a San Dionisio Areopagita, como testigo de vista, le pareció así. Pues fue tan perfecta María en todo, que aunque no fuera Madre de Dios, se le debía de derecho, por la sobreabundancia de sus excelentes y supereminentes cualidades, el principado de todo el mundo, y ser Señora del universo. Fue tan grande la fama de su hermosura y majestad que corrió entre los primeros cristianos, que de unas provincias a otras la llevaban, y de padres a hijos se divulgaba de modo que algunos cayeron en error, entendiendo que María era persona divina que tenía verdadera deidad. María no es persona divina; pero es tal, que si no es persona divina, nadie es mejor que María y nadie la aventaja.

Ahora en la gloria, ¿cuál será la majestad de la Reina de los Cielos? Ella superará toda la hermosura del Cielo, y resplandecerá sobre todos los bienaventurados y tanto cuanto es el número de todos ellos, ángeles y hombres, y el resplandor de María los llenará de mayor dignidad y claridad. Hablando de su resplandor, un Doctor dice: ‘Si todas las arenas del mar, todas las hierbas de la tierra, todos los átomos del sol, todas las estrellas del cielo, se convirtieran en otros tantos soles, de ninguna manera pudieran todos juntos llegar a la claridad de la Virgen María.’ Graves autores escriben que un devoto clérigo, muy amante de Nuestra Reina, María Santísima, habiendo oído alabar tanto su belleza, deseaba ardientemente contemplar, siquiera una vez, a su Madre y Señora, y humildemente le pedía esta gracia. Le

fue revelado por un Ángel que la Santísima Virgen le vendría a ver y se le mostraría, pero que advirtiese que no podría resistir tan hermoso espectáculo sin quedar ciego: pues no era conveniente que ojos que hubiesen visto a la Reina de los Cielos, mirasen otra cosa de la tierra. El devoto clérigo, que se moría de ansias y deseos de ver a esta Señora, dijo que no le importaba quedar ciego. Mas después pensó que, si perdía la vista totalmente, tendría que pedir limosna de puerta en puerta, porque no tendría con qué sustentarse: y así le pareció que sería una solución abrir solamente un ojo, guardando el otro cerrado, para no carecer así ni de la vista de la Virgen, ni sentir el daño de la pobreza. Así lo hizo, mas apenas se le apareció la más Hermosa de entre las hijas de los hombres, María, llena de una inefable claridad y luz, cuando aficionado a aquella tan sublime hermosura, quiso abrir el ojo que tenía cerrado para ver mejor aquella Hermosura inefable, pero María inmediatamente desapareció; lo cual sólo sirvió para llorar, no por la vista perdida de un ojo, sino por no haberla contemplado con los dos, a cambio de poder contemplar más todavía a quien desean ver los mismos Ángeles. Quedó tan desconsolado de haber reparado en su pobreza y en los bienes del mundo y de no haber perdido sus dos ojos y su vida por ver más a la Virgen, que decía entre sí: “Ojalá todo yo no fuera sino ojos, ojalá todos los miembros y coyunturas de mi cuerpo fuesen otros tantos ojos para ver de nuevo a María”. Y pidiendo a esta Señora con suspiros del corazón que se le manifestase otra vez, le decía: “¡Feliz y contento perderé la vista, oh Señora mía, por tan hermosa causa, pues quedaré más enamorado de Ti y de tu hermosura!” La Virgen benignísima le concedió lo que pedía; se le mostró tan Hermosa como antes, y no sólo no le privó de la vista, sino que le restituyó la que en un ojo había perdido. Tan tierna y tan amiga de hacer bienes es María.

Pero ¿qué sorprende que así admirase la hermosura de esta Señora a un hombre mortal, cuando a los mismos bienaventurados les causa admiración y pasmo? ¡Oh Virgen Santísima, dice San Epifanio, que dejaste atónitos a los ejércitos de los ángeles! Estupendo milagro en los cielos es una Mujer vestida de sol; estupendo milagro en la tierra es una Mujer que lleva en sus brazos la Luz. San Pedro Damián dice también de María grandes loores, admirado de su hermosura, cuando piensa en Ella. Reina del Cielo, dice, Madre de nuestro Padre, fuente de la fuente viva, origen del Principio, Señora, ya no esclava, tanto más misericordiosa, cuanto más poderosa, que nos ama con un amor indecible; ver a María es la suma gloria después de ver a Dios, Virgen engendradora de Dios, de cuya hermosura el sol y la luna se pasman.

¡Oh, cómo los ojos de los bienaventurados están clavados en María! ¡Cómo la admiran los más sabios querubines! Y aun el mismo Hijo de Dios no aparta los ojos de su Madre. Concuerta con esto lo que San Gabriel dijo al beato Amadeo, que en el Cielo no estaba tanto la Virgen al lado de su Hijo, sino frente a Él, para estarla mirando siempre de cara; y que cuando se mueven de lugar Jesucristo, o su Madre, siempre es de modo que no se vuelvan la cabeza, sino que se miren de frente.

15. Cómo debe ser amada María, Madre de Dios, por la admirable hermosura de su alma.

La hermosura del alma de María, los dones divinos que en Ella puso el Espíritu Santo, la sobreabundante gracia de que la dotó, su inmensa santidad, sus virtudes heroicas, ¿quién podrá conocerlo y entenderlo? Pero aunque toscamente, veamos algo de lo que nuestra cortedad alcanza. María sola es más santa, y tiene más gracia y amor de Dios, que todos los órdenes de serafines, querubines y tronos; que todas las jerarquías de los espíritus soberanos; que todos los ejércitos de mártires, confesores y vírgenes; que todos los coros de los demás santos, que todos los bienaventurados que hay en el cielo juntos; que los justos que hay, ha habido y habrá en la tierra; porque tanto aventaja a todos cuanto heredó nombre más excelente. Y, ¿qué tiene que ver el nombre de madre con el de siervo? ¿A qué persona angélica, o humana, puede decir Jesús, sino a María: ‘mi Madre eres Tú; Tú me engendraste’? ¿Y qué criatura, sino María, podrá decir a su Criador: ‘mi Hijo eres Tú; yo te engendré’? El santo

Padre Martín Gutiérrez hizo defender esta verdad, de los merecimientos y santidad de María sobre los bienaventurados juntos, en el Colegio de Salamanca del cual era Rector. Y su discípulo el Santo y doctísimo Padre Francisco Suárez empezó a defender de esta manera la santidad de María. Vino del Cielo esta agradecidísima Señora a dar gracias al padre rector por aquel servicio que le hacía. En los sermones del discípulo se refiere otra revelación, que fue hecha a otro santo religioso de la grandeza de la gloria, en que aventaja la Reina de los Cielos a la que poseen todos los ángeles y santos. Lo mismo reveló San Gabriel al devoto Amadeo. Pero no se declara con esto toda la santidad de María, según lo que de Ella dicen los Padres de la Iglesia hablando de su dignidad; y no solamente excede a toda la santidad de los Bienaventurados juntos, Ángeles, hombres que hay y habrá, sino que Ella sola tiene más gracia que cuantos justos hay, ha habido y habrá, y la que tuvieron juntamente los espíritus y hombres justos que en algún tiempo la perdieron; y no es poca gracia esta, pues sin duda fue muchísima la que perdieron tantos Ángeles apóstatas, que fueron innumerables, y la gracia que perdieron hombres santísimos, que después perecieron, así la gracia de los Sacramentos, como la de sus buenas obras. Porque Dios no ha dado menos gracia a su Madre de la que ha repartido por otro lado; esto es, la que ha dado de diversos modos al resto de las criaturas.



María fue creada llena de gracia, y cuando concibió al Hijo de Dios en sus entrañas, además de la inefable gracia que nos mereció por aquel acto de obediencia, humildad y caridad, cuando dijo: “He aquí la Esclava del Señor, hágase en Mí según tu palabra;” por el cual solo mereció más que todos los Santos juntos (según dijo San Bernardino), recibió también como sacramentalmente, por aquella obra de la Encarnación que hizo en Ella el Espíritu Santo, más gracias para nosotros que las que se dieron en todos los siete Sacramentos a todos los hombres del mundo, y en los martirios que se han padecido. De modo que la gracia que se dio a María, sin atender a merecimiento suyo, fue mayor que cuanta se ha dado a su manera a las demás criaturas, ora se hayan salvado, ora perecido; y la gracia que se le dio por sus merecimientos, fue también mucho mayor que la que se haya dado a todas las demás criaturas por sus merecimientos, ora la hayan aumentado, ora perdido. Pero María toda la aumentó y multiplicó doblándola perpetuamente, y acumuló infinitas Gracias, no para Sí, sino en beneficio de la humanidad. De lo mucho que mereció la Virgen con el ‘sí’ que dio para la Encarnación del Hijo de Dios hay una declaración del Cielo, que confirma lo que San Bernardino dijo que fue manifestado a una persona muy santa, que la Virgen en aquella hora, obedeciendo a Dios y creyendo las palabras del Ángel, tuvo mayor mérito que el que todos los ángeles tuvieron en lo que obedecieron a Dios; mayor que todos los mártires, en sus luchas; mayor que todos los confesores y vírgenes en todas las obras de penitencia, y en la pureza virginal que guardaron.

María excede en Gracia a los demás Santos juntos, y la ventaja que lleva esta Señora a los demás bienaventurados, se ha de considerar como infinita, pues Ella es la Llena de Gracia, como algo inmenso y sin fin. Por eso dijo San Juan Crisóstomo, que había una diferencia infinita entre la Madre de Dios y sus esclavos; San Pedro Damiano dice, que la grandeza de la gloria que recibió María carece de principio, que es lo mismo que decir que es infinita. San Ildefonso la llamó ‘incomprensible’. San Buenaventura afirma que fue inmensa la gracia que llenó a María. Es también sentencia de San Anselmo, que convino que la Madre de Dios resplandeciese con tal pureza, que después de la de Dios no se pueda concebir mayor.

Son incalculables las gracias que María Santísima mereció en beneficio de la humanidad. La Virgen con cada acto nuevo que hacía acumuló grandes méritos por su puro y humilde amor; jamás puso impedimento a Dios, sino que obró todo lo que pudo obrar, conforme a la moción del Espíritu Santo, y estos actos de la Virgen fueron tan continuos, que aun durmiendo



no cesaba de merecer. Ella se dio tanta prisa en multiplicarlos, que pronto había merecido más gracia que toda la muchedumbre de elegidos; y esto aunque tuviese cada uno de este número innumerable de salvados diez millones de grados de gracias.

Para apreciar esta sobreabundancia de merecimientos de la Virgen sobre los merecimientos de tantos Santos, consideremos que si en cada acto meritorio, María excedió tanto en merecimientos, cuánto más en setenta y cinco años de vida, mereciendo de día y de noche y a cada instante aumentándolos y habiendo empezado a vivir con tal caudal de gracia, que ni el mayor serafín, ni santo alguno acabó con tanta gracia como aquella, incomparablemente mayor, con la cual la Virgen empezó, y mereciendo en el menor acto suyo más que el mayor Santo en toda su vida. Pues ¿qué diremos si a esto se junta la gracia que se le concedió en muchas ocasiones, como en la Encarnación del

Hijo de Dios, en la Natividad, en el día de la Pasión, en el de la Resurrección, en la venida del Espíritu Santo?, pues si en los Sacramentos los fieles reciben la gracia según su disposición, y la disposición de María fue tan inmensamente admirable, Ella recibió la gracia correspondiente. María es Llena de Gracia, y los dones del Espíritu Santo y los privilegios de todos los Santos y Ángeles, todo lo de todos y de cada uno, está en María con eminencia.

¿Qué consuelo tan grande es este para nosotros pobrecitos, e hijuelos de esta gran Madre, ver que es tanta y tan inmensa su grandeza? Porque así como su gracia es grande, es grande su amor y misericordia; y así nos podemos regocijar al vernos tan singularmente y tan inmensamente amados de esta Señora; pues con el mismo amor con que ama a Dios nos ama a nosotros. Y pues fue su amor de Dios tal, que quiso participar plenamente de la Pasión de Cristo para completar la Reparación al Padre Eterno; es de gran consolación vernos amados en Dios de quien tanto le amó, que su amor fue más fuerte que la muerte. El Sacrificio de la Divina María fue de tal manera imprescindible, que sin él el Sacrificio de Cristo hubiera quedado incompleto, al estar eternamente decretado por el Padre, la necesidad de la correparación y corredención de Ella, como Madre que es del Cuerpo Místico de Cristo; sin lo cual, las infinitas Gracias del Calvario no se habrían aplicado a la humanidad en ninguno de los momentos históricos de la Iglesia. ¡Oh! ¡Y qué gozo es ver a María llena de gracia; ver a este Vaso de Misericordia, todo lleno y rebosando! Porque, con cualquier oración nuestra que lo toque, no es posible sino que derrame en nosotros algo de la gracia de que está lleno.

16. Cómo debe ser amada María, Madre de Dios, por lo sumamente agradecida que es.

Su misericordia, su humildad, y todas las demás virtudes van en proporción a esta inmensa grandeza y bondad de María y, también lo que suele cautivar mucho los corazones: su agradecimiento. De este sólo hablaremos aquí cortamente; porque sería alargarnos demasiado si nos detenemos en todas sus virtudes por las cuales debe ser amada. Trataremos aquí de su agradecimiento, porque es gran motivo para robarnos el alma, ver que así agradezca lo que se hace por Ella, aun no haciendo lo que debemos; y es que, como tiene María tan ardiente inclinación y deseo de hacernos bien, anda buscando ocasiones para mostrar su gratitud. Tal agradecimiento tuvo esta gran Señora en vida; y ahora continúa siendo extremadamente agradecidísima desde el Cielo. Se ve que no hizo persona alguna buena obra a María, mientras vivía, que no se lo agradeciese Ella con alcanzarle la vida eterna. De aquellos buenos pastorcillos, que en la extrema necesidad que tuvo en Belén, cuando alumbró a su Hijo, la visitaron y socorrieron con sus presentillos rústicos, consta que fueron después santos. Más conocida cosa es la de los Reyes Magos, a los cuales alcanzó también gran santidad. También aquellas buenas Marías, que habían tenido buena correspondencia con Ella, fueron santas; y

alcanzó de su Hijo que escogiese por Apóstoles a los hijos de sus hermanas y conocidas. De los parientes y deudos de María, que Ella conoció, sabemos que al menos treinta fueron santos, esto es, casi todos, teniendo en los estados de la Iglesia, y coros del cielo, primos y sobrinos santos. Los Apóstoles más queridos, un total de diez de aquel Colegio sagrado, fueron parientes o deudos suyos, incluido el príncipe de los Apóstoles y cabeza de la Iglesia, San Pedro. Aquel dichoso ladrón que confesó a Jesús agonizante en la cruz, dicen que antes había hecho un servicio a la Virgen; y viéndole María, que estaba presente, crucificado al lado de su Hijo, y tan ciego, que le estaba maldiciendo, compadecida de él, le encomendó al bendito Jesús, y que este Señor oyó los ruegos de su afligida Madre; porque obra fue de la misericordia de María la conversión tan milagrosa de aquel hombre. Y cierto que es para enternecer el corazón la memoria que tuvo, a la hora de la Dormición, de dos buenas mujeres, que le habían hecho favores de buena vecindad; pues se acordó de ello la Virgen, y encargó a San Juan, repartiese entre ellas sus pobres utensilios; porque era tan pobre de bienes de la tierra la que era Reina del Cielo, que si no es lo que llevaba puesto, no tenía otra cosa.

Pues ya que se halla en el Cielo desde donde parece que por la majestad en que está no nos debe nada, es increíble el agradecimiento que nos tiene. San Bernardino en una dulce sentencia, y de gran consuelo, explica la agradecidísima humildad (aun allá en la Gloria) de esta Señora, y dice así: “Afabilísima es la gloriosa Reina Virgen María, que no puede ser saludada, sin que Ella se vuelva a saludar de un modo admirable. Si dijeres cada día devotamente mil avemarías, mil veces serás saludado de la Virgen.” De Adán de San Víctor sabemos, que porque saludó a la Virgen, diciendo: “Salve, Madre de Piedad, y Triclinio de la Santísima Trinidad,” la Virgen le saludó y dio las gracias. También vino desde el cielo, como hemos dicho, a agradecer al santo padre Martín Gutiérrez, de la Compañía de Jesús, el haberse difundido por su causa el conocimiento de la excelencia de sus méritos sobre los de todos los bienaventurados juntos. Por un servicio muy debido que le hizo San Ildefonso convenciendo a unos herejes, que negaban su perpetua virginidad, le quedó tan reconocida que, estando en la iglesia con el rey Recesvinto, le envió un recado, agradeciéndoselo públicamente con las palabras bien significativas. A vista de todos se apartó la piedra del sepulcro de Santa Leocadia, virgen y mártir, y saliendo la Santa de él se acercó al santo pontífice dándole el recado de la Virgen, y diciéndole: “¡Oh Ildefonso, por ti vive la honra de mi Señora!” ¿Qué mayor cortesía y agradecimiento que éste, confesar que su honra vivía por su sirvo? Después de esto volvió la mensajera del Cielo a su sepulcro, quedándose el sirvo con algunas prendas de este favor. No se contentó la agradecidísima María con agradecerlo por tercera persona a su devoto Ildefonso; sino que Ella por sí misma y con obras lo quiso hacer, trayéndole un rico presente, que fue aquella preciosa casulla con que le vistió, bajando del Cielo para esto la misma Reina de los Ángeles. A otro santo sacerdote de Tortosa trajo en señal de su agradecimiento un cingulo que hoy se guarda en la iglesia de aquella ciudad. Otra rica vestidura de las agradecidas manos de María recibieron San Benito y Santo Tomás Becket. Siendo aún joven y hallándose en conversación con otros compañeros, en la que cada uno se jactaba de algún amor loco y de los favores que les hacían algunas doncellas, el santo joven Tomás Becket de Canterbury, que no tenía otra afición sino la de la Reina del Cielo, dijo que había una persona a quien él amaba más que a su vida, y de quien había recibido mayores favores que ningún otro hombre de la persona que más le quería. Después entró en algún remordimiento de haberse jactado de ello. Estando en esta angustia, he aquí que se le aparece María, y con dulce gracia le dice: “Tomás, ¿de qué temes? Has tenido razón en decir que me amas, y que Yo te amo. Confírmalo a tus compañeros, y en señal del amor que te tengo, llévalas que vean este regalo que te hago.” La dádiva fue una arquilla, en que había una casulla de color de sangre, en señal de que María, por el amor que le tenía, le había alcanzado de Dios la gracia de ser Sacerdote y mártir: como de hecho sucedió, pues primero fue Sacerdote y Obispo de Canterbury en Inglaterra; desde donde, perseguido una vez del rey, huyó a Francia a un monasterio cisterciense, y allí, queriendo



remendarse la camisa de cilicio que solía llevar por haberse descosido, y estando poco práctico en ello, se le apareció su amada Reina, y con afecto extraordinario le quitó de las manos el cilicio y se lo compuso como debía estar. Después, volvió a Canterbury, donde murió mártir; pues el rey, en un arrebato de cólera, manifestó su deseo de librarse de él y, al oírlo cuatro barones de la corte, asesinaron al Santo Obispo con el fin de ganarse el favor del rey.

En estos casos, como el de este santo mártir, no sólo se echa de ver el agradecimiento, sino una suma humildad y afabilidad, que son otras tantas virtudes que acompañan mucho al amor, y más cuando se hallan en los superiores: y ¿quién mayor que María, entre cuantas personas criadas hay? Y ¿quién más humilde? Pues la que es Reina de todo lo criado se quiere igualar a sus esclavos, que se obliga a tales correspondencias con ellos, pagándose tanto del amor que le tienen, como si no se lo debiesen. ¿Qué mayor correspondencia? y ¿qué mayor humildad que lo que dicen muchos autores

pasó a un honesto soldado, a quien el demonio procuraba hacer caer en una fuerte tentación de deseo lascivo de una mujer? Él, por consejo de un ermitaño, rezó a la Virgen María durante un año cien avemarías, cada día. Al cabo del mismo, cuando salía de la iglesia de cumplir su devoción, encontró a una Señora hermosísima, que excedía incomparablemente a toda otra hermosura, la cual le detuvo el caballo. El soldado se quedó admirado, y fuera de sí, de ver tal donosura y belleza. La castísima Virgen le dijo: '¿Te agrada mi hermosura?' Él respondió: 'No he visto en mi vida nada más hermosa.' Replicó la humilde María: '¿Te contentarías si pudieras tenerme por esposa?' El soldado dijo: 'Por cierto que el mayor rey del mundo se pudiera tener por dichosísimo con tal compañía.' Luego dijo la Virgen: 'Pues Yo seré tu esposa, acércate a Mí, y recibe mi abrazo en señal de casto amor;' y haciéndolo así, añadió la Virgen: 'Ahora se han empezado a celebrar las bodas, y en tal día se acabarán de celebrar delante de mi Hijo.' Y luego, ¡oh estupenda humildad de María!, le hizo montar a caballo, forzándole a ello con su mandato, estando él temblando de temor y reverencia. Con esto quedó libre de aquella tentación, y murió sin haber precedido enfermedad, el día que le había fijado la Virgen en que se había de perfeccionar su desposorio.

Con San Alano de la Rupe, de la Orden de Santo Domingo, también se desposó, dándole un anillo, que había hecho de sus cabellos. Fue también muy solemne desposorio el de San Hermán José. Se le apareció la Virgen acompañada de los ángeles; uno de ellos dijo: '¿Quién es el casto esposo de esta Virgen Purísima?', y otro respondió: 'Hermán, el que está presente es su esposo.' Oyendo el santo estas palabras, lleno de vergüenza y temor se llegó a ellos, y dijo, que era indignísimo de tal nombre y tan singular merced. Aunque el santo rehusaba con humildad un favor tan grande, uno de los ángeles le tomó la mano, y la juntó con la de la Virgen Santísima, diciéndole: 'Esta es la Esposa y Virgen Purísima, que por medio nuestro te entrega el Cielo, como en otro tiempo se la entregó a José: mírala, y sírvela como Esposa querida; y de hoy en adelante te llamarás José, como se llamó su primer esposo.'

No es menos de admirar, ver cómo estima María nuestra palabra y amor. Dice Vicente de Burgundio, que había recibido cierto mancebo un anillo de una mujer a quien estaba aficionado; y queriendo jugar a la pelota, para que no le estorbase, entró en una iglesia, para dárselo allí a persona conocida; reparó en una imagen de la Virgen; y considerando su hermosura, trocado el corazón, dijo: 'Verdaderamente, Señora, más hermosa sois Vos que quien me dio esta prenda; y así desde ahora dejo aquel amor por el vuestro, que no quiero sino que me améis, y yo amaros.' Diciendo estas palabras, puso a la Virgen María el anillo en el dedo; el cual, la Virgen aceptó doblando el dedo, dándose por esposa suya; mas después, inconstante aquel mancebo, queriendo casarse, la Virgen no lo permitió; y le fue a requerir mostrándole el anillo y acusándole de infiel para con Ella, hasta que al fin

dejó totalmente el mundo, y dedicó toda su vida al servicio de la Santísima Virgen. San Edmundo se desposó también con esta gran Reina y Señora poniéndole en la mano un riquísimo anillo, que hizo fabricar para Ella, quien le correspondió fidelísimamente. ¿Qué más humilde y agradecido pecho que el de María, que se abaja, por amor de sus devotos y esclavos, a igualarse con ellos, aceptando nombre y oficio de tanta igualdad?

Por este gran agradecimiento de María se tiene por señal de salvación su devoción; a la cual algunos han llamado (y es conforme a lo que enseña San Buenaventura) carácter y marca de los elegidos. Otros afirman que es moralmente imposible condenarse quien fuere verdadero devoto de esta Señora: lo cual también parece conforme a San Anselmo, y a la razón; porque como la Virgen se inclina tanto a hacer bien, aunque no lo hayamos



merecido, juntada esta graciosa inclinación con la obligación que Ella se impone por cualquier servicio, llueven dones del Cielo sobre sus fieles devotos. Y son estas grandes prendas de salvación, por verse a cargo de tan gran valedora sin la cual nadie se salva, y que puede tanto ante Dios, como Ella misma reveló a un religioso santo, según refiere el Discípulo en sus sermones. Dijo, pues, la Reina del Cielo a aquel devoto suyo, que entre los inefables gozos que tiene en la gloria y bienaventuranza del Cielo, uno de los principales era que su voluntad y la de la Santísima Trinidad son de tal manera como una sola, que todo lo que a Ella le agrada, es con inefable favor concedido de Dios, y que la paga y galardón de los que en esta vida la sirven, está remitida a la voluntad y albedrío suyo. Y claro está, que en sus ruegos y misericordias antepondrá a sus devotos; con lo que pueden andar seguros con humilde confianza de su salvación: porque así como sería imposible que se salven aquellos a quienes la Virgen torciere el rostro, y de quienes apartare los ojos de su misericordia, dice San Anselmo, así es necesario y casi forzoso que se justifiquen y salven los dichosos, en quien esta soberana Princesa pusiese los ojos misericordiosamente para abogar e interceder por ellos. Por la misma razón sucede que la devoción verdadera a la Virgen es como la medida de la santidad; porque al paso que es uno más santo, se experimenta comúnmente ser más hijo y más devoto de esta gran Madre. Y Dios, que con eficaz suavidad dispone los medios conforme a los fines, no sólo a los elegidos parece que marca con esta señal de afecto filial a su Santísima Madre, sino que también al que escoge para darle un eminente grado de santidad, y para mayor gloria, lo dispone asimismo con una excelente piedad y mayor devoción para con la que es el Arca de la Gracia, y Reina de la Gloria, que bien podemos llamar así a María, por impetrárnosla Ella; como llamó David a su Hijo Santísimo, Rey de la Gloria, por habernos merecido que nosotros la mereciésemos.

17. Cómo debe ser amada María, Madre de Dios, por ser nuestra Reina, por ser nuestra Madre, por ser Madre de Dios y por quererlo Dios.

Por otros muchos títulos debe ser amada y reverenciada María, como son, por ser coronada por legítima Reina nuestra, por lo cual le debemos toda lealtad, amor y reverencia. ¡Oh cristianos! consolémonos con tal Señora, pues toda su grandeza es bien para nosotros: y es tanto más misericordiosa, cuanto más poderosa. ¡Oh afabilísima, mansísima potencia de María, que toda es para hacernos misericordia! Todas las cosas están sujetas al imperio de Dios, y aun la misma Virgen; y al imperio de la Virgen fueron también sujetas todas las cosas, y aun el mismo Dios. Es tan inmenso el poder de esta gran Reina que siempre puede hacer que Dios sea misericordioso para con nosotros, por muchos pecados que tengamos, con tal que se lo pidamos. Con este imperio de María, los ángeles, que son de diferente naturaleza y que ya alcanzaron su salvación, están gozosísimos y se tienen por muy honrados. Pues ¡qué sería razón tenemos nosotros, pues en la naturaleza se nos parece tanto esta Señora y la necesitamos tanto!, ¿con qué reverencia, con qué lealtad, con qué

obediencia la hemos de mirar? Aprendamos, pues, de los ángeles este respeto y sujeción con que la juraron por su Reina, y jurémosla también por nuestra Emperatriz. En la prueba de los ángeles, ellos reconocieron la realeza e imperio de María Santísima sobre la naturaleza angélica y la veneraron. Al bienaventurado Juan Menesio le fue revelada la fórmula de veneración y homenaje que hicieron a María los ángeles, cuando fue asunta al Cielo y coronada como Reina y Señora de todo lo creado, y que en nombre de los demás dijo San Miguel, el que antes había defendido su honor, y es la siguiente: “Hoy todos te aclamamos a Ti, ¡oh María! como a nuestra Reina, a Ti te honramos, Reina de los Cielos: a Ti los Tronos, Querubines y Serafines con humilde voz te confesarán. Todos nosotros te reconoceremos por nuestra Superiora: todos te veneramos por Madre de nuestro Dios.” Estos son los que reconocieron y aceptaron la divina supremacía del Verbo Humanado y la realeza e imperio de María sobre la naturaleza angélica, y les rindieron el debido homenaje en el día de su prueba. ¿Cómo no nos edificamos de este ejemplo de los Ángeles, y no nos avergonzamos de que, no debiéndole ellos tanto como nosotros, la reverencien, sirvan y obedezcan, y amen más que los que somos de su linaje, y estamos tan necesitados de la soberanía de este Reino de María? Dice el devoto Juan Tauburno: “María es muy imprescindible, y ha sido constituida por Reina del Universo, sobre toda la casa y familia de Dios; y de tal manera preside y es superiora de todas las cosas, que sin el imperio de su boca no se puede mover un pie, ni poseer una cosita, ni chistar siquiera en todo el universo; lo cual, aunque ahora no se eche de ver, será manifiesto al mundo cuando, quieran o no quieran, todas las generaciones la tendrán que proclamar Reina suya bienaventurada.”

Después de esto, debe ser amada María por ser nuestra Madre, porque aunque no es nuestra madre natural, es nuestra verdadera Madre por adopción y por ser nuestra Cocreadora; pues hemos recibido de Ella este inmenso favor, que es nuestra Madre que nos engendra a la sobrenatural vida de la Gracia, y que nos haya querido adoptar por hijos y terneros por tales, con ser nosotros lo que somos, pues muchas otras mujeres no quisieran que fuéramos sus hijos. De modo que por este parentesco legal tan estrecho que hay entre María y nosotros, le debemos el amor y reverencia que le deberíamos si fuera nuestra madre natural, y aun mayor; porque no es menos de estimar que el parentesco de sangre, este parentesco de afecto en amor y que nace de amor; y es tanto más de agradecer, cuanto menos obligación tuvo a ello, siendo totalmente libre y de gracia.

No es este título muerto, ni honorario solamente, sino muy afectuoso; porque no sólo gozamos de esta incomparable honra de llamarnos hijos de una tan poderosa Reina como María, sino también de los frutos y provechos que nos habría traído ser hijos suyos por naturaleza; pues la Virgen cuida de nosotros como si hubiéramos nacido de sus entrañas, y no escatima esfuerzos para cuidar a sus hijitos. El Cardenal San Pedro Damián dice que, estando un clérigo, devoto hijo de esta Señora, a punto de morir, fue a visitarle la Virgen como Madre; y poniéndose a la cabecera de la cama, le comenzó a acariciar, como una piadosa madre a su amado hijo, con lo cual quedó luego sano. Esta Madre piadosa hace estos regalos, para llenarnos del amor a su Hijo; pues la Virgen, para que tengamos amor a Jesús, hace semejantes favores, y si es invocada con el nombre de Madre, se tiene por más obligada. Cuando Balduino, conde de Flandes, hizo la jornada a la Tierra Santa, mandó el Papa Inocencio III que todos los monasterios de la Orden del Cister contribuyesen, dando la cuadragésima parte de sus bienes. El General y los Superiores de la Orden suplicaron a Su Santidad dispensa de aquel mandato, por ser contra los privilegios de otros Sumos Pontífices. El Papa Inocencio llevó esto muy a mal, y, engañado con falsos informes, determinó suprimir la Orden. Los santos monjes se afligieron mucho; y, no hallando favor bastante en la tierra, acudieron a su patrona y protectora, a su Madre celestial, que en el santo patriarca Bernardo los adoptó por especiales hijos. Hacían en sus monasterios cada día procesión, andando descalzos y clamando a su Madre Divina, repitiendo estas palabras: ‘Ave Maris stella; monstra te esse matrem’: Mostrad que sois nuestra Madre: mostrad que sois nuestra Madre, ¡oh,

María estrella del mar! No hablaban con madre que tuviese entrañas de piedra; no clamaban a madre que fuese sorda; porque mientras ellos la invocaban, se apareció a Raynero, confesor del Papa, y le dijo: “Da a Inocencio este recado de mi parte: Tú pretendes destruir a mis hijos: no podrás lograrlo; antes tú y todas tus cosas serán destruidas primero.” Con esta amenaza del Cielo se trocó el corazón del Pontífice; cesó en aquel intento, y favoreció a la Orden del Cister con este privilegio, que cualquier negocio de esta sagrada orden que fuese a Roma, sería preferido a otros. De esta manera mostró la Virgen ser Madre de los que la llamaban así.

Aparte de esto, el título de Madre de Dios, de Madre de nuestro Redentor Jesús, nos obliga mucho; porque, aunque ni Ella fuera nuestra reina, ni nuestra madre, ni nos hubiera hecho bien, ni se acordara de nosotros, ni fuera tan sumamente buena y santa como es, ni viéramos en Ella otra virtud, por sólo ser Madre de nuestro Salvador Jesús, de nuestro bienhechor, de nuestra vida, de nuestro Dios, debía ser reverenciada, querida y amada de todo el mundo, si hay en nosotros algún afecto y fidelidad y amor a Jesús, nuestro único bien y legítimo Rey de la gloria, Dios Verdadero.

Sobre todo esto, la razón más fuerte que hay para amar y servir a María es que Dios lo quiere, y lo quiere mucho; por lo cual la hemos de querer y reverenciar más que por todas las demás causas, aunque son tan grandes; porque de esta manera el amor a María es fina caridad; y así se agrada más a la misma Señora, que más quiere que la amemos por dar gusto a Dios, que por sí misma; porque más quiere que amemos a Dios, que a Ella, pues más ama Ella a Dios, que a Sí misma: y amando a María, porque lo quiere Dios así, cumplimos con entrambos; haciendo lo que gusta a Dios, que es amar a María, y haciendo lo que gusta a María que no es verse amada, sin ser mucho más amado Dios. Y por lo mismo, para la práctica de la devoción verdadera de la Virgen se ha de observar mucho esto, dándole este gusto, de que amemos mucho y purísimamente a Dios, y que no amemos cosa que no sea por Dios, amando mucho más a su Majestad; para lo cual es menester formar un alto concepto de cuatro cosas: De lo que es Dios, de lo que es María, de lo mucho que quiere Dios que la amemos, y de cuán justamente lo quiere. De estos sentimientos ha de nacer un cordialísimo e intensísimo amor a esta Señora, amándola porque lo quiere Dios así: y lo quiere tan de veras y tan intensamente que, para que así lo hagamos, ha determinado no dar cosa, que no sea por Ella. Y esto lo quiere por justísimas causas: por lo mucho que la ama Él; por lo mucho que Ella nos ama (pues agrada a Dios que tengamos buenas maneras y correspondencia con tan fina amadora nuestra); por los innumerables bienes que nos hace, que también quiere Su Majestad no seamos desagradecidos por los bienes que nos puede y quiere alcanzar; pues como desea Dios nuestro bien, quiere también que hagamos lo que nos sienta bien (y tanto como nos sienta bien amar a tan agradecida y bondadosa y amorosa Madre). Estos sentimientos y afectos ha de tener el verdadero amante de María, y ha de tenerlos presente cada vez que vea su imagen; y ha de amar a María, tanto porque lo quiere Dios por Sí mismo, como porque lo quiere así la misma Señora.



18. Cómo debe ser servida y amada María, Virgen y Madre de Dios, por la grande dulzura que da el servirla.

Bastantes causas hemos visto para obligarnos a amar y servir a María, Madre de Dios, por lo provechoso y lo honroso que nos es: porque ¿qué mayor honra y provecho que ser hijos amados de una reina, y más de la del Cielo? Pero porque el gusto es muy poderoso para algunos, quiero también hacerme cargo de esto; que no sé qué tiene el nombre de María, del cual nace un filial afecto para con tal Madre, que derrama miel y suavidad, y un castísimo deleite que llena el alma de dulzura; y verdaderamente para mí es esto un gran argumento de cuán conveniente y necesaria nos es la devoción a esta Señora y de lo mucho

que lo desea Dios, por sernos tan importante y pertenecer tan singularmente a la Providencia divina acerca de los elegidos. Porque así como dio Dios inclinación natural a todas las cosas hacia aquello que les es conveniente; y en el sentido y apetito puso singular deleite y gusto en las acciones necesarias para el bien y conservación del individuo; de la misma manera en el orden de la gracia, por ser bien y provecho de todos los fieles una gran inclinación y afecto a esta Señora, en su devoción y servicio ha puesto una gran suavidad y gusto por sernos tan necesaria. Esto lo dejó a la experiencia de cada uno, si se dedica de veras al servicio de esta Reina: porque presto sentirá tal dulzura y suavidad de afecto y piedad, que le llenará de un gozo y deleite santo que satisface y recrea el corazón más que cuantos gustos hay en la tierra. Porque así como nos es importante para la vida del alma servir a María, más que cuantas acciones de los sentidos necesarias o convenientes hay para conservar la vida del cuerpo; así el gusto interior de su devoción es mayor que todos los gustos de los sentidos. Por esto dijo Ricardo de San Lorenzo: “En María hallan todos y cada uno de nuestros sentidos su dulzura, su deleite y su contento”. Y en otra parte dice: “María es más dulce que la miel, porque excede su dulcedumbre a toda la dulcedumbre del mundo y de los deleites del cuerpo”.

Algunas veces se ha visto ser la dulzura del alma tan abundante que sobra para rebosar en el cuerpo. Una noble y piadosa señora le dijo a Marsilio, Obispo de Tuscia, cuando se encontraban en la Iglesia de San Severino de Colonia, que ella no pronunciaba el nombre dulcísimo de María sin que se llenara su boca y corazón de una dulzura y suavidad inefables. Admirado Marsilio de un regalo y favor tan singular, le preguntó la causa, y respondió que tenía por devoción y costumbre rezar cada día cincuenta avemarías, con otras tantas reverencias y venias, delante de la Santísima Virgen, de quien había alcanzado esta merced, que realmente la saliva de la boca le parecía más sabrosa que la miel, mientras estaba rezando su devoción. El propio Marsilio deseó probarlo; y, apenas había hecho la misma devoción por espacio de seis semanas, sintió en su boca, paladar y garganta, tan grande suavidad y dulzura, que la miel le parecía desabrida en comparación a la dulzura que sentía rezando su devoción; y lo mismo, cuenta él, aconteció a otro religioso de la Orden del Cister.

Por lo menos respecto de la suavidad y devoción interior, quédese de María quien no la gustare, si la sirviere fielmente: oigamos a algunos experimentados. Ekeberto abad dice: ‘¡Oh grande y poderosa Señora, que no podemos aun nombrarte, ni tomarte en la boca, sin que abras las almas; ni pensar en ti, sin que alegres el corazón de los que te aman! Jamás llegaste a llamar a las puertas de la memoria piadosa de tus devotos, que no les llenases de dulcedumbre y suavidad celestial.’ Lo mismo sintió y confesó San Bernardo; porque el favor que hizo la Virgen a este Santo de regalarle con su leche, si se lo concedió, una o dos veces de forma sensible, se lo otorgó invisiblemente infinitas veces. Con la misma experiencia dijo San Agustín, que María era la tierra de promisión que manaba leche y miel. Y en otra parte: ‘No hay cosa más dulce que el amor: pero no hay amor de criatura que sea comparable con el de María: luego no hay cosa más dulce que Ella.’ San Efrén la llamó ‘paraíso de deleites.’ San Ambrosio ‘maná;’ porque verdaderamente se entiende bien de María lo que dijo el Eclesiástico: “Mi Espíritu es más dulce que la miel, y mi herencia más suave que el panal de la miel.” Por lo cual Ricardo de San Lorenzo dijo: ‘El espíritu de María es dulce, porque es una muy singular despensa del Espíritu Santo, el cual se llama dulzura del Padre y del Hijo,’ y luego añade: ‘María es aquella miel que, al gustarla, ilumina los ojos del justo’. ‘Esta Señora es (dice San Pedro Damiano en el sermón de la Anunciación), la que con su dulce memoria basta para endulzar nuestros afectos, y cuyo pensamiento recrea las almas. Esta Señora es aquella sobre quien bajó el dulcísimo Dios derramando en su alma toda la suavidad y dulzura de su deidad; y así no pudo dejar de quedar dulcísima, aunque ya por sí era tan suave, dulce y apacible.’ ¿De qué deleite o de qué suavidad tan grande no gozará el que tiene a María en su memoria, o mejor dicho, para quien es el libro de sus dulces memorias? Y si sólo la memoria y el acordarse de María de esta manera, llena de dulzura y suavidad el

alma, ¿qué no hará su presencia, como infiere San Pedro Damián? Un gran siervo de Dios vio esta dulzura que sienten los devotos de la Señora, pues acertó a ver allí cómo andaba la Virgen en medio de ellos, dando a cada uno un divino néctar, que llevaba en un vaso: señal de la dulzura y devoción que les infundía.

19. De qué modo debemos amar y servir a María, Madre de Dios y Reina de los Ángeles.

Falta ahora decir, cuál ha de ser el fino y verdadero amor a la Madre de Dios, y cómo será servida y reverenciada nuestra Reina y Madre de sus fieles hijos y verdaderos devotos. Para esto es digno de mucha consideración lo que hemos ya advertido (y no importa que se repita por ser muy importante), que se ame a la Virgen María sobre los demás títulos por los cuales merece ser amada y reverenciada de mil mundos, por aquel principal de que Dios gusta sumamente de ello; pues no podremos amar a María con mayor contento suyo, que porque Dios lo quiere. Esto es, debemos amarla con amor de caridad, amando al mismo Dios y andando siempre con una gran estima de esta Señora; pues es inmenso lo que Dios la estima y lo que quiere que la amemos y reverenciamos: que es con mucha razón, y con merecimientos de María, y por una deuda de parte de Dios; pues Él sabe que la tiene con su querida Madre, a quien amó como a su alma y vida.



Importa también tener para con María afecto de esclavos y de hijos, para reverenciarla y servirla humildemente como a nuestra Reina y Señora soberana de todo lo criado, y confiar en Ella y acudir a Ella, como a Madre dulcísima y muy tierna. Hemos de mirarla juntamente como Medianera entre su Hijo y los pecadores, acogiéndonos siempre a sus piadosas y bondadosas entrañas, para que aplaque a Dios, y consiga de Él el remedio de nuestras necesidades, ofreciendo por medio de Ella todos nuestros servicios, oraciones y afectos: porque así como todas las mercedes que nos hace Dios nos vienen por Ella, así todas las gracias que le hemos de dar, y cuantos servicios hiciéramos, han de ser también por su medio. Pues es razón que por los mismos canales por donde nos vienen todos los beneficios, vaya también nuestro reconocimiento, es decir por las benditas manos de María; porque así como no hace Dios cosa que no sea por María, tampoco nosotros hemos de hacer cosa alguna que no sea por Ella, para que la ofrezca a su Hijo, y su Hijo al Padre de Misericordias. Del fruto que hay en hacer esto, tenemos entre los jesuitas algunas experiencias; baste decir, que por semejante devoción llegaron dos de ellos, el uno en sólo nueve meses, y el otro en ocho, que vivieron en la Compañía, no sólo a la perfección, sino a tan eminente grado de santidad, que el primero, que es San Estanislao de Kostka, lleva resucitados ya dieciocho muertos; de cuya devoción, por ser muy conocida en Europa, no quiero hablar más aquí. El segundo fue otro santo mozo que, aunque de menos edad, porque no vivió sino diecisiete años y medio, y menos tiempo en religión, que fue sólo de ocho meses, le imitó en la virtud y santidad; la causa fue porque tuvo igual devoción a la Santísima Virgen. Este es el casto y angélico mancebo Alonso de Obando, entre cuyas admirables virtudes se destaca el afecto que tenía a esta Señora. No hacía obra que no fuese por amor de la Virgen y acordándose de Ella. Por eso decía que el amor que tenía a la Madre de Dios era su pan cotidiano, y en todas sus devociones entraba, y es así; porque como el pan es alimento habitual, y manjar común de todas las comidas, así la devoción de la Virgen ha de ser habitual y común, que en todas las devociones debe entrar, como acontecía en las de este santo joven. Él mismo confesó a su padre espiritual, que no hacía ninguna cosa por pequeña que fuese, que no la ofreciese a la Virgen, y que tenía continuamente desvelado el pensamiento en discurrir qué servicios le podía hacer; ora fuese de dejar esto o aquello en la comida, ora de decir esto o lo otro cuando descansaba, o sentarse o ponerse en pie y otras cosas de este estilo, y cualquier cosa



que se le ocurría, la ponía en ejecución por puro amor a la Virgen y ofreciéndola a Dios por medio de Ella, porque decía: 'Como yo soy tan gran pecador, no me atrevo a pedir a Dios inmediatamente; y así me acojo a mi Madre, para que interceda por mí, mortificándome yo durante el día por su amor.' Confesó también que nunca se dejó vencer por la tentación, y que las que tenía más ordinariamente eran de tibieza; lo cual Dios permitía así, porque le agradaba el modo cómo las vencía. Dijo que lo alcanzaba facilísimamente, con sólo pensar y decir: 'Yo hago esto por la Virgen Santísima;' a la cual tenía presente en todas sus obras, preguntándose a sí mismo cómo las haría la Virgen. Con lo cual quedaba muy animado, procurando siempre hacer obras de hijo suyo, esmerándose principalmente en la pureza de alma y cuerpo, y poseyendo un eminente don de castidad. Además de esto andaba continuamente saludándola, y repetía muy a menudo: 'Monstra te esse Matrem.' Cuando en las recreaciones hablaba, siempre era de las grandezas y virtudes de esta Señora, y si no se hablaba de esto en las pláticas, luego enmudecía. Pagábale la Virgen esta afición que tenía, porque de sólo pensar en la Madre de Dios, o de día o de noche, dijo a su confesor, que se derretía en dulzura y suavidad, fuera de otros favores que recibió de manos de María. (Alonso de Obando era un novicio jesuita, nacido en España. Desde sus primeros años fue un modelo de virtud y fue considerado un ángel. Para preservar la pureza angélica, cubrió su cuerpo con cilicios, y lo convirtió en una herida mediante disciplinas. Su devoción a la Santísima Virgen era tan tierna que, al pensar en Ella, se deshacía en lágrimas de devoción. Le ofrecía todas sus acciones, esforzándose en hacerlas aceptables para Ella como su Reina y Madre. En la observancia de las reglas era sumamente exacto y nunca se le conoció por pronunciar una palabra ociosa. Su muerte se pareció mucho a la de San Estanislao, cuyas virtudes había imitado. Murió a la edad de diecisiete años y seis meses, en Lima, Perú, el 6 de noviembre del año 1614.)

Después de tener un gran afecto y tierno amor a la Madre de Dios como a querida Madre nuestra, es necesario no decaer de la dignidad de hijos de tan gran Señora, ni desdecir en las obras; porque lo que más desea la Virgen es esto: que no solamente la llamemos 'Madre, Madre,' ni que nos precieemos con la boca solamente de ser sus hijos, sino que con verdad lo seamos y con las obras lo mostremos; y el que quiere ser hijo de María ha de ser como lo fue su Hijo unigénito a quien llevó en sus entrañas, Cristo Jesús; porque está acostumbrada esta gran Madre a tener por Hijo a Dios; está habituada a ver delante de sus ojos un Hijo tan bueno y tan santo como el Espíritu Santo, y quiere que todos los demás que adopta por hijos sean como fue su Hijo natural, al cual nos pone por dechado y ejemplo al que debemos parecernos. Miremos, pues, la vida de Jesús, e imitémosla en todo, los que queramos ser sus hermanos, e hijos de su Madre; y no hagamos nada que no hiciere este Señor, el obediente y único digno Hijo de María. El de menos edad considere: qué haría Jesús a los doce, o catorce años; cómo procedería y con qué obediencia y sujeción a María, a José y otros mayores. El mancebo mire: qué haría Jesús cuando contaba sus mismos años, cuando tenía veinte o veintidós; qué modestia la de su rostro virginal; qué medida y prudencia en sus palabras; qué asiento y madurez en sus obras y qué respeto a su Madre. El varón considere también a Jesús ya hombre; qué gravedad en su persona; qué doctrina del Cielo en su boca y las obras tan heroicas que hacía. Finalmente, los de todas edades consideren la mansedumbre, la paciencia, la humildad, la oración, la caridad de este humilde Hijo de la humilde María, y procuren agradar a la Madre, haciéndose conformes a su Hijo Jesús. Y como aquello en que se imita más la vida trabajada y humilde del Hijo de Dios y de María, es en la humillación y mortificación, en estas dos cosas se han de esmerar los que quieren hacerse semejantes a Jesús, y agradar a su Madre; quien con singulares favores ha mostrado lo mucho que recompensa estas virtudes que tanto le agradan. El devoto Padre Martín de

Alberto, gran siervo de Dios y regalado hijo de la Virgen, entre otras virtudes heroicas en que se aventajó, fue en la humildad. Estando, pues, como solía (aun cuando era Sacerdote) recogiendo las basuras de toda la casa, se le apareció la Madre del humilde Jesús, alabándole por aquella acción humilde y agradeciéndosela con tan regaladas frases, que por muchos años le duró la dulzura que experimentó con aquellas palabras de la Virgen. No menos se complace esta gran Madre de ver en nosotros la mortificación de nuestro Señor Jesucristo, Hijo suyo. Para que cierto devoto de María fuese mortificado y se abrazase de veras con la cruz, le hizo este favor que cuenta Cesáreo: Estando el afectuoso siervo de esta Señora, llamado Gualterio de Birbach, oyendo Misa con otra mucha gente, cuando levantó el sacerdote el cáliz halló sobre los corporales una cruz, y una cédula que decía así: 'Da esta cruz de mi parte, esto es, de María Madre de Cristo, a mi amigo Gualterio.' Como el sacerdote leyese la cédula acabada la Misa, preguntó, habiendo subido al púlpito, si había allí alguien que llevase aquel nombre; y como estaba allí aquella persona, la llamó aparte, y le dio la cruz de parte de la Virgen, contándole todo lo sucedido. La tomó con reverencia, y entendiéndolo que la Virgen quería de él, se abrazó estrechamente con la cruz y la mortificación de Jesucristo. Esta obligación de imitar al Hijo de María, Jesús, tienen mucho los que comulgan; pues se pueden tener por más hijos de la Virgen, ya que en cierta manera se hacen sus hijos naturales. Los demás son hijos de esta Señora por adopción o afecto; mas los que se acercan a comulgar pueden preciarse de ser más que esto, como si fueran hijos por naturaleza. La razón es porque se hacen un cuerpo y sangre con el Cuerpo y Sangre de Jesús, a quien llevó María en sus entrañas, y como se hacen una carne con la del Hijo natural de María, son también como hijos naturales suyos; y Ella los mira como a su cuerpo y sangre, y los trata como si Ella los hubiera alumbrado, pues alumbró a Aquel con quien se hacen uno con unión real y substancial; y no es de extrañar que la Virgen les mire de tal modo, pues el mismo Jesús les mira como a su mismo cuerpo. Por lo cual, los que comulgamos muchas veces, principalmente los sacerdotes, hemos de mirar a María como a Madre natural, y más Madre nuestra que de otros. De aquí se ha de sacar una devoción muy agradable a esta Señora, que es comulgar con gran devoción, y tener gran afecto a este Sacramento; por el cual nos hacemos como hijos naturales suyos. Consideremos que cuanto se nos da allí, es solamente lo que tomó Jesús de esta Señora, que es la carne y sangre que recibió de sus entrañas; y que no tenemos otros huesos y reliquias del cuerpo de María si no es en el Santísimo Sacramento; el cual, como dicen los Santos, es una extensión de la Encarnación, así también se puede decir que es una extensión de la filiación natural de esta gran Madre. Llega esto a tanto, que María hace reverencia a los que comulgan, como si fueran el mismo Cristo; como fue revelado a Santa Bienvenida, y a San Benito, después de haber dicho una Misa, que oyó la Virgen, dándole luego una rica vestidura. La Eucaristía es un regalo muy propio de María para remediar el daño de aquel bocado que ofreció Eva a Adán para perdición nuestra; que así como de Eva salió aquel daño, así de María salió su antídoto; y así como no fue más que veneno lo que dio Eva, así medicina es lo que dio María. Considérese también cuánto estimó Dios el cuerpo que recibió de la Virgen, que nunca separó de él la Divinidad; y aunque separó a aquel Cuerpo de su propia Alma, nunca le dejó la Divinidad: Él murió en su Humanidad; pero aquel cuerpo formado de la carne de María nunca dejó de ser Dios.

Es también devoción muy agradable a la Virgen guardar pureza y castidad; porque como Ella fue la más pura criatura que ha habido y habrá y la Madre de la virginidad, por lo cual se nombra Virgen de vírgenes, los que ve señalarse en pureza la obligan más y son más de su casa. San José fue virgen; San Juan evangelista, con quien después vivió, también fue virgen. El primer favor que hizo a hombre alguno, después de consagrado su vientre con el Hijo de Dios, lo hizo también a un virgen; porque lo otorgó a Juan Bautista, que fue virgen toda su vida y murió por la castidad.

20. Virtudes de María, Virgen Santísima y Madre de Dios.

Conforme a lo dicho, nos podremos proponer contemplar las altísimas virtudes de María

y su estupenda santidad, para procurar su imitación; y lo primero, aquel fervor de su espíritu, aquel incendio de caridad de su alma, aquellos actos interiores, tan ardientes e intensos que tenía en su corazón, y repetía más veces que respiraba, creciendo a tan grandes pasos en santidad y méritos en beneficio de sus hijos, que siempre los iba doblando, y haciéndolos otro tanto más fervorosos e intensos que antes, de modo que el último que hacía era tan fervoroso y meritorio como todos los demás que había hecho en el resto de su vida juntos; y de esta suerte iba atesorando gracia y santidad hasta el instante en que su último acto valía por todos los demás que hizo (con ser innumerables, intensísimos y todos llenos de caridad) en setenta y cinco años de vida. Esto es tesón de virtud; esto es fervor de espíritu; esto es aprovechar; lo cual debemos imitar con todas nuestras fuerzas.

Además de estos prodigios de gracia, que pasaban en el ardiente Corazón de la Virgen, todo hecho holocausto de amor, hemos también de imitar las virtudes exteriores en que más se esmeró; si bien en todas fue igual, esto es, suma y como infinita su perfección. Con su fervorosa caridad y misericordia, cuando supo el estado en que estaba Santa Isabel tan cargada de años y encinta, voló al punto a servirla y a santificar a su hijo Juan, dejando Ella su propia casa, y la quietud y descanso de su recogimiento, tan gustoso y dulce como le era todo esto; pero se hizo superior a todo; y violentó el amor tan extraordinario que tenía al retiro; y se fue por montañas ásperas con gran prisa para hacer aquella obra de caridad espiritual, para la santificación del niño Juan en el vientre de su madre, y sirviendo a la misma madre en su preñez. Cuando no podía con obras, hacía caridad con oraciones. Bastaba advertirse a la Virgen piadosísima alguna necesidad, para pedir luego remedio a su Hijo, como pasó en aquellas bodas de Caná, en que se acabó el vino; lo cual notando la Virgen, que más atendía a si había algo que remediar, que a la fiesta, luego, para que no tuviese que avergonzarse el desposado, pidió remedio a su Hijo y ocultó aquella falta solicitando Ella misma y llamando a los criados les dijo que hiciesen todo lo que les dijera Jesús. Esta virtud podemos cultivar a imitación de esta Señora, que cuando viéremos una necesidad, y por nosotros no la pudiéremos remediar, la encomendemos a Dios; y le recemos a Ella un avemaría para obtener su remedio.

Y en cuanto a la humildad inmensa que tuvo, ¿cómo la ejercitó? No sólo llamándose esclava, sino con otras grandes humillaciones, que pretendió más que otros pretenden las honras; porque, según San Bernardo, no es verdadero humilde quien no quiere ser humillado. Verdaderamente es para maravillar cómo la Virgen María se sujetaba a todos, Ella que no tenía por qué, buscando el lugar más ínfimo y asiento último para Sí; y estando tan lejos de buscar su gloria, que de sólo verse alabada por el Ángel se turbó. Y ¿qué hecho más heroico, que aquel que dicen le pasó con San Lucas, mientras escribía los Hechos de los Apóstoles, que le pidió tan de veras y tan de corazón que la nombrase en el postrer lugar cuando nombraba a los que estaban aguardando la venida del Espíritu Santo, hasta obligar al santo Evangelista a condescender con sus ruegos? En todas las cosas quería dar la preferencia a los Apóstoles, y no se quiso meter en sus juntas y Concilios, con que gobernaban la Iglesia; sino que como si fuese inútil en el mundo se estaba callada, hasta que la preguntaban, respondiendo entonces con una prudencia celestial y como si hablara el mismo Espíritu Santo. También por cierto es de notar la humildad que tuvo esta Señora, no avergonzándose la que era más pura que los Ángeles de andar en compañía de tan pública pecadora, como fue la Magdalena: con la cual, lo mismo que con otras pecadoras, también se humilló, según cuenta Dionisio Cartujano. Y no fue pequeña humildad que pudiendo llamarse Madre de Dios, no se nombraba, ni se firmaba sino la esclava de Jesús, buscando el nombre más bajo quien tenía el título mayor de todos. Pues a imitación de la Virgen debemos ser humildes procurando ser humillados.

No menos nos mostró cómo debíamos seguir la pobreza evangélica, no sólo con el afecto, sino efectivamente; porque esta Señora, aun antes de oír lo que enseñó su Hijo, renunció a su hacienda. Porque siendo sus padres San Joaquín y Santa Ana ricos y hacendados, y

siendo Ella hija predilecta, todo lo dejó por amor de Dios; y vivió pobremente, casándose con un pobre artesano, que había renunciado a sus riquezas, y comía del trabajo de sus manos y sudor de su rostro. Después por toda su vida guardó tal pobreza que, excepto lo que llevaba puesto, no tenía nada; pues aun para sepultar a su Hijo fue menester que le diesen lo necesario. Cuando llegó el fin de su vida en la tierra, no tenía ni una alhaja de que pudiese disponer. Que sus camisas eran de estopa se averiguó en un concilio compostelano. Bien hay que hacer en imitar tan extremada pobreza de la Reina del Cielo, y no contentarnos sólo con el afecto, sino renunciar con obras a las infinitas cosas superfluas de que gozamos.



No queremos dejar de aducir aquí lo que fue revelado al beato Juan Menesio; porque nos declara una notable devoción de María al Santísimo Sacramento; pues dice que cuando fueron los Apóstoles y otros discípulos, de diversas partes a asistir al Tránsito de la Virgen, la pobre María, riquísima en merecimientos, alcanzó de su bendito Hijo modo de sustentarlos, y regalarlos muy bien, que fue recibiendo el Cuerpo de su Hijo, sustentándose los santos Apóstoles los días que estuvieron allí con solo el Santísimo Sacramento. En su devoción al Santísimo Sacramento tenemos también mucho que imitar en esta gran maestra de virtudes, que siempre tenía el Santísimo en su aposento, que era su oratorio, estando de continuo en oración delante de Él. Comulgaba cada día; se regalaba con Él; y se disponía para recibirlo con actos heroicos de caridad y humildad, y de encendidos afectos, e intensísimos actos de amor de Dios, que hizo en presencia de este Divino Sacramento, hasta que llegó finalmente su Tránsito. Tocante a la castidad, ¡con qué extrema delicadeza la guardó María, haciendo voto de ella, cosa en el mundo hasta entonces casi desconocida, excepto en la orden religiosa dedicada a Ella! Y luego, ¡con qué recato vivió en perpetuo recogimiento, con mucha penitencia, con muchos rigores de ayunos y oración y lecturas santas y otras obras penales, en que desde niña gastaba en el templo los días y las noches! Tenía tanto recato, que nunca alzaba los ojos del suelo, con tan admirable modestia y compostura que a todos causaba veneración y respeto, e infundía castidad. Era amable con todos, y terrible sólo con los menos puros.

La obediencia de María no fue menos admirable. Se sujetó a sus padres, cumpliendo el voto que había hecho de dicha virtud; luego estuvo sujeta a los sacerdotes del templo, sin hacer cosa por sólo su gusto; después se sujetó a un pobre y humilde carpintero. Cumplía las leyes, así eclesiásticas, como imperiales, aún cuando no estaba obligada. Ella se purificó, con exceptuarla la ley por ser el suyo un parto sobrenatural y virginal; pero para no ser singular, y para humillarse más, lo quiso hacer, obedeciendo a una sombra de precepto. Ella viajó desde Nazaret muchas leguas para obedecer el mandato de un tirano, que ordenaba se empadronase todo el mundo, no teniendo Ella obligación a tal ley, ni el deber de obedecerla, aunque fuera por otra parte justa, con tanta incomodidad suya. Pues después no quiso ser menos obediente a los prelados de la Iglesia que fundó su Hijo, teniendo gran reverencia a los Apóstoles, y posponiéndose a ellos con gran humildad y sumisión. La obediencia a Dios, nacida de su inefable caridad, ¿quién la podrá declarar? Basta decir, que por esta su gran obediencia y resignación de juicio quiso el Verbo Eterno hacer este particular favor a tan insigne virtud de María, que por un acto de esta obediencia obró una de las mayores maravillas que ha obrado, y puede obrar, que fue la Encarnación. Y en la muerte de su Hijo, cosa que le atravesaba el alma, ¡qué conformidad tuvo con la Voluntad Divina, no hablando una palabra por Él, ni yendo a llorar y clamar a los jueces!

Lo cual, aunque no hubiese debido aprovechar nada, es señal de la heroica y estupenda virtud de María, con que sobrellevó algo que sentía Ella más que perder millones de vidas. Y aunque fue admirable el silencio de Cristo en su Pasión, no se sabe que fuese mayor que el de su Madre; porque no nos consta que hablase palabra, ni a su Hijo, ni al discípulo amado, ni a los Apóstoles, ni a los jueces, ni a los ministros, ni a los acusadores, ni al

pueblo, ni a persona nacida para moverles a compasión. Y al pie de la Cruz, ¡qué constancia y conformidad tuvo, sin hacer extremos, sin ausentarse, sin desmayarse! Que si bien tenía su Corazón atravesado con penetrante espada de dolor, su profunda obediencia a Dios y conformidad con la Voluntad del Padre hizo aquel milagro tan grande de guardarla animosa; pues sin duda, si no fuese porque tenía el don de la inmortalidad, muriera de dolor mucho antes que su Hijo. No sé yo por cierto qué más singular dechado de obediencia nos podía dejar santo alguno, obedeciendo sin puntillos, con gran presteza, con sujeción de juicio, sin atender a si obliga o no obliga el mandamiento, sin reparar si es justo lo mandado o no, sin mirar a la persona del que manda, y con tan constante desprecio de todo gusto propio por ver cumplido el divino. De todas estas tres virtudes, castidad, pobreza y obediencia, María Santísima es supremo modelo, consagrando en sí la vida religiosa.

Y el silencio, que es también como divisa y señal de religiosidad, ¿cuál fue en María todo el tiempo que Jesús empleó en predicar? Y de antes, cada vez que habló era para dar gloria a Dios: cuando la saludó el Ángel, cuando visitó a Santa Isabel, cuando halló a su Hijo perdido, y cuando remedió aquella necesidad de las bodas de Caná; en cada una de estas ocasiones nos muestra muchas virtudes. La prudencia y constancia en su propósito, cuando la saludó el Ángel; pues como no veía entonces el modo de combinar esa maternidad con su voto de perpetua virginidad y su condición de desposada, en cosa tan grande como ser Madre de Dios, no se atrevió a aceptar, hasta que entendió que Dios lo había de hacer, y que San José ya había dado su consentimiento, por lo que Ella no siguió preguntando más. Cuando visitó a Santa Isabel nos enseñó su afabilidad, humildad y cortesía, saludando la primera, y además una ardiente devoción y agradecimiento a Dios con el cántico del ‘Magnificat’. Cuando encontró a su Hijo en el Templo de Jerusalén nos mostró un heroico amor y estima de Dios, y cómo le hemos de buscar de veras, y con qué quebranto del corazón, si le hubiéramos perdido. En las bodas nos dio ejemplo de su caridad y misericordia, para que no sea necesario que el prójimo nos pida remedio, cuando conocemos su necesidad. Después que Cristo hizo este primer milagro, por darle a María gusto, no se lee que Ella hubiese hablado palabra que no fuese provechosa; pues habló cuando Lázaro se enfermó, y hablaba para alentar, corregir y orientar prudentísimamente a los discípulos y apóstoles, siempre motivada por la gloria de Dios y el bien de las almas. Dice el Tratado de la Santa Misa: “Durante el periodo evangélico de Jesús, María se manifiesta visiblemente como Discípula y también como Maestra, ya que era modelo de docilidad a las enseñanzas de su Divino Hijo, y a la vez, como Divina Doctora, instruía e ilustraba con magistral sabiduría a muchos, principalmente a los discípulos de Cristo y a las santas mujeres que a Ella acompañaban. Además, la Divina María actuó muchas veces de forma personal y visible como intercesora ante Jesús en el remedio de las múltiples necesidades; pues, su Hijo, para demostrar el poder de la Mediación Universal de su Divina Madre, se hacía a veces aparentemente sordo ante las súplicas de los que a Él acudían, para que lo hicieran por medio de María. En otros momentos, Cristo dejaba a sus discípulos a solas con su Divina Madre a fin de que les alentara, y también les corrigiera, con amor y ternura maternal, ya que Ella poseía un especial influjo sobre los discípulos. Principalmente, la actuación de María se centraba en su trato directo con muchos de los que acudían a oír las enseñanzas de su Divino Hijo, disponiendo sus almas a una mejor aceptación y entendimiento de la doctrina. Y dada la confianza que infundía la Madre de Jesús y la delicadeza de su trato, muchos de los pecadores, conmovidos por los consejos de María, solicitaban del Divino Maestro la remisión de los pecados.”

Hay otra cosa que muy particularmente debemos imitar en María, y es la entrañable devoción y amor a la Madre del Mesías, y el deseo que tuvo de servirla como esclava cuando, al tener la ciencia infusa velada, desconocía que Ella iba a serla; porque como Ella entendiese por la Sagrada Escritura (que meditaba continuamente) lo que habían dicho los profetas (mejor que los mismos profetas que lo dijeron), sobre cómo el Hijo de Dios había de nacer de una Virgen para el bien del mundo, fue inexplicable el amor y estima que

conció María de tal Virgen, sin saber que era Ella. Pensaba de continuo en la felicidad de tal doncella, en su dignidad, en su grandeza; y se habría tenido Ella por dichosísima de ser su esclavita; y la habría servido de rodillas; y habría besado mil veces el suelo donde aquella pusiese sus plantas. La misma Virgen María declaró a Santa Isabel monja, cómo con grande instancia oraba a Dios por el bien del mundo y que la dejase ver aquella Virgen, por quien tanto bien le había de venir, suplicando ardientemente a su Majestad que permitiese que Ella fuese la más despreciada y la última esclava de su casa. Hemos de imitar este afecto a la Madre de Dios que tuvo María cuando estaba lejos de pensar que sería Ella misma, tan lejos como está el cielo de la tierra. Hemos de estimar, desear, amar y honrar a tal Doncella, que supo corresponder con su humildad a tan inmensa dignidad, teniéndonos por dichosísimos, y muy honrados, de ser esclavos suyos, ya que a los tales Ella tiene por amados hijos, y pidiéndole que tengamos continuamente reverencia de esclavos, amor de hijos, su misericordia como miserables, y su intercesión y amparo como pecadores.

21. Pedid a la Virgen su amor y devoción.

La humilde María es la Llena de Gracia, la Llena de Gloria, Madre de nuestro Dios, Madre nuestra amorosa, única esperanza de los hijos de Adán, única esperanza de los afligidos. Acudamos, miserables, a sus tiernas y misericordiosas entrañas que consagró Jesús, para que incline hacia nosotros su amoroso Corazón, que está lleno del Espíritu Santo, e incline sus piadosos ojos, que vieron los primeros de todos a nuestro Redentor nacido. Pidamos a María nuestro remedio para que se haga en nosotros lo que pretendió nuestro dulce Jesús: que amásemos a su Padre, Dios Eterno, y a María su querida y tierna Madre, a quien está agradecidísimo por el dulce hospedaje que le dio. Quiso agradecer a esta Señora por ser su Madre, con que yo fuera su hijo. Que María me admita siquiera entre sus más humildes esclavos, que esté yo en su familia, y en el último lugar de todos. No merecen mis pecados que me mire; pero no por esto pierdo la confianza, pues María es la ‘Esperanza de los pecadores’ y ‘Madre de Misericordia’; y así, en donde hay más miseria, allí ha de ser más madre. Tendré yo a mi Señora respeto de esclavo y amor de hijo; pero si María no me lo alcanza de mi Dios, no puede esperar de mí nada bueno. Por sus misericordiosísimas entrañas, y por mis grandes miserias, por su dulzura, por su blandura, como Madre del manso Jesús, y por el mismo Jesús, que le conceda a Él este gusto, y a mí esta misericordia: que ame yo a María, mi Madre, y que la sirva, pues es mi Señora.

Bien veo que no tiene necesidad de mis servicios, pues delante de María se arrodillan los Serafines; la adoran como Reina los Querubines; delante de María se humillan los Tronos, se sujetan las Dominaciones, se rinden las Potestades del cielo, se abaten las más altas Virtudes; delante de María se postran los Principados, hincan la rodilla los Arcángeles, y todos los demás Ángeles se honran de ser sus vasallos. Los Patriarcas la predicán; los Apóstoles la bendicen; los Mártires la engrandecen; los Pontífices la alaban; los Confesores la ensalzan; las Vírgenes la siguen, y el mismo Dios la obedece. Entre tantos que la sirven y reverencian, no me necesitará; pero tampoco será mucho pedir que admita a un mal siervo entre tantos buenos, para que con su compañía y ejemplo me enseñen a amarla y servirla. Los ángeles me edifican con el amor que la tienen, desinteresado cual no es el mío. Los patriarcas me avergüenzan, amándola antes de ser conscientes de sus misericordias. Los apóstoles me enseñan a servirla, pues aun antes de ser coronada por Reina de todo lo criado, la sirvieron como a su Señora; y yo, después de los innumerables beneficios que he recibido de María, y después de beneficiarme tanto de su misericordia, y después de ser constituida por mi Reina y por mi Madre, no me deshago en devoción y amor suyo. ¿En dónde está mi agradecimiento? ¿En dónde mi reconocimiento, y en dónde mi amor a Dios, y en dónde el



amor a mí mismo, si no amo a quien tanto me ama, si no amo a la fuente de todo mi bien?

Si a Nuestra Señora no acudo, ¿de dónde puedo esperar bien alguno, pues de Ella me viene toda mi dicha? Si no acudo a María, ¿de quién me podré fiar, pues María es la que más me ama después de Dios; la que me ama con toda fidelidad y ley; la que me ama incomparablemente más que yo mismo? Si a mi Señora no acudo, ¿en dónde podré hallar seguro amparo? María sola es Madre de Dios; Ella sola Santa de los Santos; Ella sola tiene autoridad para que la oiga la Justicia divina. A María la ama de tal manera su Hijo, que por amor suyo perdonará a sus enemigos. No tengo de quién esperar sino de María. Aunque tenga yo a su Hijo enojado, confío que María le podrá aplacar, pues más le agradaron los merecimientos de Ella que mis desagradecimientos le pueden airar. En mano de María está desenrojarle, que Él es manso y humilde de corazón, aun con los extraños: pues para con su Madre, y tal Madre, ¿qué ternura no tendrá?, ¿qué mansedumbre no le mostrará? ¿Para qué se llama Madre de Misericordia?, ¿para qué la hicieron Madre del misericordiosísimo Jesús, sino para que experimentemos su misericordia y la de María? ¿De dónde puedo yo esperar remedio, sino de donde lo han recibido todos? ¿Cómo es posible que no reciba yo de su misericordia, si la reciben todos los del mundo?



El Hijo de María vino a buscar la oveja perdida; ¿cómo María la habría de dejar perder, cuando Él más la busca? Su Hijo vino a llamar a los pecadores; ¿cómo María no habría de oír a quien la llama de corazón? Su Hijo rogó por los que le crucificaban; y ¿María no habría de alcanzar perdón para quien se lo ruega? Confío que Nuestra Señora probará en mí que Ella es verdadera Madre de Misericordia, verdadera Madre de nuestro Redentor, Esperanza de los hombres, Consuelo de los pecadores, Propiciatoria de Dios, Tesorera del Espíritu Santo, Dispensadora de sus Gracias. Si David halló misericordia tan fácilmente, fue porque Dios quiso que se aplicaran anticipadamente gracias del infinito caudal del Calvario, del Redentor y de la Corredentora, y más fácilmente yo la alcanzaré ahora que Ella es mi Intercesora, ahora que tenemos a su Hijo tan bueno, crucificado por nosotros, y a María, Madre buena, que lo llevó con paciencia, porque era para mi bien. ¡Que sienta yo que María es causa de mi dicha, junto con mi Redentor Jesús crucificado por mí!

Veo a Jesús mirar a su Madre llorosa, y a María mirar a su Hijo ensangrentado. Pediré a Jesús, por su Madre querida, y a María, por su Hijo amado, que tengan misericordia de mí. Jesús, el Hijo obediente y tan bueno de María, y María, Madre amorosa y tan buena de Jesús, causa son de mi bien; y no son necesarios nuevos sufrimientos para redimirme. No es necesario que Jesús derrame Sangre, ni que María derrame lágrimas, porque su Sacrificio se perpetúa en la Santa Misa. Ante el Juez justo, ¿a quién acudiré sino a la Abogada piadosa, a la Reconciliadora del mundo? ¡Oh! si mi Abogada me desecha, ¿el Juez cómo me absolverá? Pero, ¿por quién abogará esta Madre de salud, sino por el perdido? ¿Por quién intercederá la Madre del Redentor, sino por su redimido? ¿Por quién debe mirar la Madre de Misericordia, sino por el miserable? O si no, decidme si hay otro refugio para mí; si hay otra persona humana de mayor misericordia, o que más me quiera, o si hay otra más poderosa con Dios. Si no la hay, ¿qué excusa puede tener esta Abogada?, ¿acaso mi poca fe?, ¿mi poco afecto?, ¿mis grandes pecados? Por esto le pido a María una gran hazaña de su misericordia, que, no mereciendo ser oído, me oiga; que, mereciendo ser condenado, me salve, que, mereciendo ser desechado, me ampare; que yo, mereciendo ser hijo de ira, lo sea de misericordia, y sea hermano de su Hijo, sea hijo de Dios, ¡sea hijo de María Santísima!

Amadísimos hijos: Nos, tenemos un ardiente deseo de llenaros de más confianza y amor a la Santísima Virgen María. Para lo cual, será oportuno haceros ver, incluso con ejemplos, su poder, su bondad y su amor a los pecadores, y mostrar la necesidad que

tenemos de su poder y valimiento para andar por los peligrosos caminos del mundo y llegar con felicidad al puerto de nuestra dicha eterna. Veamos algo de las grandezas de María Santísima y de las grandes muestras del poder que Dios le concedió, porque nos reflejan sus excelsas gracias y privilegios.

Siete dolores o espadas de María Santísima

Cuando hablamos de las Grandezas de la Santísima Virgen María, lo primero que destaca es la gran obra de Dios al crear a María Inmaculada y llena de Gracia y de virtudes, para ser la digna Madre de Dios y Templo de la Santísima Trinidad. Después de la sagrada Humanidad de Cristo, es María Inmaculada la obra maestra de la creación: en el embellecimiento de su alma candorosa puso el Criador tanto esmero que la eximió de todo pecado y del poder del enemigo, al crear su Divina Alma al principio de la Creación, antes de pronunciar la sentencia condenatoria contra la humanidad prevaricadora en el paraíso terrenal: le dio las estrellas por corona, por vestidos los resplandores del sol, y puso la luna por escabel de sus pies. Fue enriquecida con todos los dones y frutos del Espíritu Santo, para ser su Templo; dotada de todas las inspiraciones de la eterna Sabiduría, para ser su Madre; alumbrada con todos los resplandores de lo alto por el Padre de las luces, para ser su Hija. Los bienaventurados espíritus se llenan de admiración en presencia de tanta hermosura y de tal cúmulo de perfecciones y, reverentes, se postran a sus plantas y mezclan sus alabanzas con las alabanzas del Eterno tres veces Santo.

Pero, además de reconocer la grandeza de todo lo que Dios hizo para María, debemos también profundizar en la grandeza de todo lo que María Santísima hizo para Dios, como explicó Nuestro Señor a Santa Berta Francisca Petit en 1911: “El Corazón de mi Madre tiene derecho al título de ‘Doloroso’, y quiero que se añada al de ‘Inmaculado’, porque lo tiene bien merecido... La Iglesia ha definido en el caso de mi Madre lo que Yo mismo había ordenado: su Inmaculada Concepción. Este derecho que tiene mi Madre a un título de justicia es ahora, según mi expreso deseo, para ser conocido y universalmente aceptado. Ella lo ha ganado por su identificación con mis dolores, por sus sufrimientos, por sus sacrificios y por su inmolación en el Calvario soportada en perfecta correspondencia con mi gracia para la salvación de la humanidad. En su corredención reside la nobleza de mi Madre y por eso pido que la invocación que he exigido sea aprobada y difundida en toda la Iglesia. Ella os ha obtenido ya muchas gracias; os obtendrá aún más cuando la Iglesia sea exaltada y el mundo renovado a través de su consagración al Corazón Inmaculado y Dolorido de mi Madre... La Iglesia ha reconocido en mi Madre lo que Yo mismo le di. Ahora es necesario, y Yo lo quiero, que se reconozca y se comprenda también el derecho que mi Madre tiene a un título de justicia, que merece por la identificación con todos mis Dolores, por sus sufrimientos y sacrificios, y por su inmolación en el Calvario aceptada en plena correspondencia a mi gracia y soportada por la salvación de la humanidad. Es sobre todo, en esta correspondencia, donde mi Madre fue grande y por eso pido que la invocación: ‘Corazón Inmaculado y Dolorido de María, ruega por nosotros’, tal como Yo lo he dictado, sea aprobada y difundida en toda la Iglesia, como dirigida a mi Corazón, y sea recitada por cada uno de mis Sacerdotes después del Sacrificio de la Misa. Ya ha conseguido gracias para todos sus hijos y todavía obtendrá más aun. Esto que quiero, es consecuencia de lo que hice en el Calvario; dando a mi Madre a Juan como hijo, ¿no le confié la maternidad dolorosa sobre el mundo entero? Las peores calamidades que había anunciado se han desencadenado, por eso ha llegado el tiempo y Yo quiero: que los pueblos se vuelvan al Corazón Dolorido de mi Madre. Que un mismo grito se levante de todos los corazones: ‘Corazón Inmaculado y Dolorido de María, rogad por nosotros.’ Que esta plegaria, indicada por mi Amor como último refugio, sea aprobada e indulgenciada, no sólo parcialmente y para una pequeña parte de mi grey, sino para todo el mundo, a fin de que se difunda como un soplo reparador y purificador que aplacará mi enojo. Esta devoción al Corazón Inmaculado y Dolorido, reanimará la fe y la esperanza en los corazones destrozados, y en las familias destruidas ayudará a reparar las



ruinas, endulzará los dolores, será nueva fuerza para mi Iglesia, llevando a las almas, no sólo la confianza en mi Corazón, sino también en el Corazón Dolorido de mi Madre. Es el Corazón Inmaculado de mi Madre el que Yo quiero hacer triunfar, porque después de haber cooperado en la salvación de las almas, este Corazón tiene derecho a una misma coopera-

ción en la manifestación de mi Justicia y de mi Amor. Grande es mi Madre, pero especialmente su Corazón martirizado y traspasado por la misma herida que el mío. Por eso, queriendo para este Corazón un triunfo clamoroso, he esperado la hora universal de la miseria, para que la humanidad encuentre en el Corazón Dolorido de María un eco sin límites, como lo encuentra en el mío. Adoptar esta devoción y difundirla, es cumplir mi Voluntad y responder a la esperanza de mi Corazón. Porque, merced a la plegaria y a la consagración a este Corazón, se obtendrán gracias de luz, que conducirán lentamente a las almas al pleno conocimiento de Nuestros Corazones unidos, traspasados por la misma herida, fuente inexhausta de todo bien para los hombres, y cuya gloria formará la felicidad de los elegidos. La salvación de tu patria, la paz interna, el resurgir moral del pueblo, la confianza en mi Iglesia, renacerán a través de la devoción activa y de la consagración que Yo quiero, para que sea amado y glorificado el Corazón Inmaculado y Dolorido de mi Madre. La salvación será así obra de Nuestros Corazones, el triunfo de Nuestro Amor hacia el pueblo que tomará esta consagración, confiado en mi promesa. Haz amar el Corazón de mi Madre traspasado por los Dolores que despedazan el mío. Es preciso pensar en su Corazón, como piensas en el mío... Vivir en ese Corazón, como quieres vivir en el Mío, darte a ese Corazón, como te das al Mío. He manifestado los deseos de mi Corazón respecto al de mi Madre. Hazlo amar. Este amor, será para ti y para el mundo una fuente de gracias y atraerá grandes bendiciones. Abandónate a mi Amor.” Nuestra Señora se apareció a Santa Berta y le reveló el martirio corporal que había sufrido al pie de la Cruz, y Berta vio su frente herida y sangrando, y sus manos y su corazón traspasados. Luego María dijo: “Ahora podéis comprender los dolores que soportó mi Corazón y los sufrimientos de todo mi ser por la salvación del mundo... Con voluntad resuelta quiere mi Hijo ver a las almas recurrir a mi Corazón Doloroso; Yo espero este movimiento de las almas con el Corazón lleno de ternura, no pidiendo otra cosa sino poder transmitir al Corazón de mi Hijo todo cuanto se confíe al Mío y así obtener para todos gracias de salvación.” Nuestro Señor Jesucristo dijo a Berta: “Es por el Corazón Inmaculado y Dolorido de mi Madre que triunfaré, porque habiendo cooperado en la redención de las almas, este Corazón tiene que compartir una cooperación similar en las manifestaciones de mi justicia y de mi amor. Mi Madre es noble en todo pero lo es especialmente en su Corazón herido, traspasado por la herida mía.”

Meditad con frecuencia sobre los Dolores de María. Esta práctica le agrada esencialmente a Jesús, y Él mismo reveló a Santa Verónica que si bien las lágrimas que se derraman por su Pasión le son muy agradables, por efecto del inmenso amor que tiene a su Madre prefiere que se medite sobre los dolores que María sufrió cuando Él estaba clavado en la Cruz. Dedicad especialmente a honrar los Dolores de Nuestra Señora, y no tardaréis en experimentar los efectos de esta devoción. Muchas veces se obtiene por esta santa práctica lo que no se hubiera obtenido por ningún otro medio.

La Santísima Virgen María sufrió en primer lugar por su plena participación en todos los sufrimientos de su Divino Hijo, por el desposorio de las Divinas Almas, como Correparadora y Corredentora. María Correparadora, presente en la Pasión de Cristo, sufre espiritualmente todos los padecimientos que Cristo sufre en su carne. Pero también sufrió desde sus tiernos años al ver los pecados del mundo y el olvido de Dios. Sufrió al ver todas las puertas

cerradas al Dios hecho Hombre que venía a este mundo. Sufrió al escuchar el anuncio profético de que su Hijo había de ser señal de contradicción y que una espada atravesaría su propio corazón. Sufrió al salir precipitadamente a Egipto para evitar que Herodes asesinara a su Hijo. Sufrió al vivir los tres días interminables de tinieblas al haber perdido a su Hijo en Jerusalén. Sufrió cuando murió San José, quien era su apoyo, ayuda y compañero, el siervo fiel y prudente. Sufrió sabiendo todas las burlas, ataques y persecuciones que tenía Jesús; y por la incredulidad, la aspereza, la ceguera, la obstinación, el odio, la dureza de los corazones que no aceptaban a Jesús. Sufrió al saber de Jesús apresado, traicionado, abandonado, azotado, coronado de espinas, condenado a muerte. Sufrió al encontrarse con su Hijo, todo destrozado, cargando una cruz y en el camino a la crucifixión. Sufrió al ver a su Hijo morir en una cruz. Sufrió cuando fueron traspasados los Sagrados Corazones con la lanzada y sucede su muerte espiritual. Sufrió cuando lo pusieron en su regazo maternal. Sufrió en la honda y amarga soledad del Sábado Santo, al quedarse sin el Hijo de sus entrañas. Sufrió ante los primeros golpes que recibió el Cuerpo místico de su Hijo, la Iglesia, al ver que los Apóstoles eran perseguidos, azotados, lapidados, encarcelados y martirizados. Sufrió al ver la negra ingratitud de los hombres ante la bondad de Dios en la obra salvífica de la Reparación y Redención, la poca correspondencia a este Divino Amor, los sacrilegios por la indigna recepción de los Sacramentos, y la pérdida de innumerables almas que no se animan a servir y amar a Dios. Sufrió al ver la pérdida de las vocaciones religiosas, por parte de los que han tenido dones y talentos, y no los han usado, o los han usado mal o han abusado, o quienes fueron llamados a pelear por la gloria de Dios y permanecieron inactivos. Sufrió al ver que su estancia en la tierra se prolongaba y que su ansia de estar con su Hijo no se cumplía. Una característica del amor de María es que es un amor fiel y dispuesto a llegar hasta el más grande dolor por ese amor; pues el Amor que permanece fiel en la tribulación, en el desamparo, en la ausencia, en el sufrimiento, se demuestra como amor auténtico y real.

La Santísima Virgen lloró, y lloró mucho. María lloró en su vida terrena y, lo que es más admirable, aunque está ya en el Cielo gozando de la promesa de consolación, Ella continúa llorando misteriosamente por nosotros y por las ofensas que nosotros los hombres cometemos en contra de su Hijo y de Ella misma. Lloró en La Salette, a mediados del siglo XIX en un período durante el cual el cristianismo en Francia afrontaba una creciente hostilidad. Se lamenta en Fátima, y los niños describen la tristeza de la Virgen al hablar de cuán ofendido es Dios por los pecados y muestra a los pastorcitos el horror del infierno y cuántas almas están yendo a él. En Lourdes se ha aparecido llorando, apenada y dolorosa, exhortando a la penitencia para evitar las tragedias y castigos a la humanidad. Y en Siracusa, al final de la Segunda Guerra Mundial, se dignó obrar el singular milagro de que una sencilla imagen llorara lágrimas reales que se pudieron observar y ver, y lo que es más prodigioso, recoger y analizar, comprobándose que realmente se trataba de lágrimas de la misma composición que las lágrimas humanas. También en ese período llora la imagen de la Virgen de Czestochowa, Polonia. Muchas imágenes de la Rosa Mística han manifestado lacrimaciones de agua y de sangre.

¿Qué nos quiere decir nuestra Madre llorando a través de imágenes? ¿Por qué llora la Virgen si está en el Cielo? Veamos lo que dice el Papa San Pío XII con motivo de la celebración del Año Mariano de 1954, en referencia a las lágrimas de la estatua de Siracusa: “Sin duda María es en el Cielo eternamente feliz y no sufre dolor ni tristeza; pero no es insensible, antes bien alienta siempre al amor y a la piedad a este desgraciado género humano, al cual fue dada como Madre, cuando dolorosa y llorando, estaba al pie de la cruz. ¿Comprenderán los hombres el lenguaje de aquellas lágrimas de María? Eran sobre el Gólgota lágrimas de compasión por Jesús y de tristeza por los pecados del mundo. ¿Llora todavía por las renovadas llagas producidas en el Cuerpo Místico de Jesús? O ¿llora por tantos hijos a quienes el error y el pecado han apagado la vida de la gracia y que ofenden gravemente a Dios? O ¿son las lágrimas de espera por el retorno de los hijos suyos, un día fieles y hoy arrastrados por falsos



encantos entre los enemigos de Dios? Miremos el Corazón de nuestra Madre rodeado de espinas por todas las ofensas e injurias con las cuales se le hiere, y procuremos consolarle.” Escuchemos todos este llamado; convirtámonos en almas consoladoras y reparadoras del Inmaculado y Dolorido Corazón de María. Meditar los siete Dolores de Nuestra Madre Santísima es una manera de compartir los sufrimientos más hondos de la vida de María en la tierra.

San Alfonso María de Liguorio dice: “Cuanto agradece la Virgen el que se haga memoria de sus dolores, se ve por lo sucedido el año 1239 cuando se apareció a siete devotos suyos -que luego fueron los fundadores de la congregación de los Siervos de María, o Servitas- y les impuso un hábito negro diciéndoles que si querían complacerla, meditasen con frecuencia sus dolores, que por eso quería que en recuerdo de los mismos llevaran aquel vestido

negro. El mismo Jesús reveló a Santa Verónica de Binasco que Él se complace mucho en ver que se sienta compasión por su Madre, y así le habló: ‘Hija, agradezco mucho las lágrimas que se derraman por mi Pasión; pero amando con amor inmenso a mi Madre María, me es sumamente grata la meditación en los dolores que Ella padeció en mi muerte’. Por eso son tan grandes las gracias prometidas por Jesús a los devotos de los dolores de María. Refiere Pelbarto haberse revelado a Santa Isabel de Hungría, que San Juan, después de la Asunción de la Virgen, ardía en deseos de verla; y obtuvo la gracia pues se le apareció su amada Madre y con Ella Jesucristo. Oyó que María le pedía a su Divino Hijo, gracias especiales para los devotos de sus dolores; y Jesús le prometió estas gracias especiales: 1ª. Que el que invoque a la Madre de Dios recordando sus dolores, tendrá la gracia de hacer verdadera penitencia de todos sus pecados. 2ª. Que Él los consolará en sus tribulaciones, especialmente en la hora de la muerte. 3ª. Que imprimirá en sus almas el recuerdo de su Pasión y en el Cielo se lo premiará. 4ª. Que confiará estos devotos a María para que disponga de ellos según su agrado y les obtenga todas las gracias que desee.”

En comprobación de todo lo dicho, veamos en el siguiente ejemplo de una conversión en la hora de la muerte, cuánto ayuda para la salvación eterna la devoción a los dolores de María: Se refiere en las Revelaciones de Santa Brígida que había un caballero cuya liviandad y dañadas costumbres corrían parejas con la nobleza de su cuna. Por pacto expreso se había entregado en cuerpo y alma al demonio y por espacio de sesenta años había servido como vil esclavo a su infernal señor alejado de los Sacramentos y con una vida rota y descompuesta. Al fin el hombre cayó enfermo, y Jesucristo, queriendo usar de misericordia con él, dijo a Santa Brígida, que mandara a su confesor a visitarlo y le exhortara a confesarse. El confesor de la Santa fue a ver al paciente, el cual le dijo que no tenía necesidad pues se había confesado muchas veces. Fue una segunda vez el confesor, y por segunda vez, el esclavo de Satanás rehusó confesarse y le despedía con la obstinación más ciega. De nuevo se apareció el Señor a Santa Brígida pidiéndole que de nuevo fuera el Sacerdote a visitar al anciano enfermo. Cuando volvió a verlo por tercera vez, creyó conveniente referirle la revelación hecha a la santa, y le dijo que había vuelto tantas veces en nombre de Jesucristo, porque así lo había pedido a su sierva Brígida para ser instrumento de sus misericordias. Estas palabras enternecieron al pobre enfermo y rompió a llorar diciendo: “Pero ¿hay perdón para mí que durante sesenta años he sido esclavo de Satanás y he manchado mi alma con innumerables pecados?” “Ten ánimo, hijo mío -le dijo el Sacerdote- no dudes de alcanzar misericordia; basta que te arrepientas para que yo, en nombre de Jesucristo, te perdone.” Abriendo el pecador su corazón a la confianza, dijo al confesor: “Padre, yo me tenía ya por condenado y estaba desesperado de mi salvación, pero ahora siento tan gran dolor de mis pecados que me da aliento para esperar de Dios el perdón. Ya que el Señor no me ha abandonado, quiero ahora mismo confesarme.” Se confesó aquel día cuatro veces

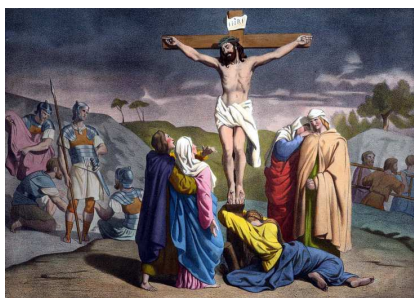
con gran dolor; al día siguiente recibió la Sagrada Comunión. No había pasado una semana cuando murió tranquilo y resignado. Poco después le reveló Jesucristo a Santa Brígida que aquel hombre se había salvado, y que estaba en el purgatorio. Y le dijo más: que se había salvado merced a la intercesión de su Santísima Madre, porque, en medio de sus desórdenes y pecados, había conservado siempre la devoción a los Dolores de María, pues cada vez que pensaba en ellos no podía dejar de compadecerse de Ella.

La Santísima Virgen comunicó a Santa Brígida de Suecia: “Miro a todos los que viven en el mundo para ver si hay quien se compadezca de Mí y medite mi dolor, mas hallo poquísimos que piensen en mi tribulación y padecimientos. Por eso tú, hija mía, no te olvides de Mí que soy olvidada y menospreciada por muchos. Mira mi dolor e imítame en lo que pudieres. Considera mis angustias y mis lágrimas, y duelete de que sean tan pocos los amigos de Dios.” Nuestra Señora le prometió que concedería siete gracias a las almas que la honren diariamente con siete Avemarías, considerando sus lágrimas y dolores: “1°. Pondré paz en sus familias. 2°. Serán iluminados en los Divinos Misterios. 3°. Los consolaré en sus penas y acompañaré en sus trabajos. 4°. Les daré cuanto me pidan con tal que no se oponga a la adorable voluntad de mi Divino Hijo y a la santificación de sus almas. 5°. Los defenderé en los combates espirituales contra el enemigo infernal, y los protegeré en todos los instantes de sus vidas. 6°. Los asistiré visiblemente en el momento de su muerte: verán el rostro de su Madre. 7°. He conseguido de mi Divino Hijo que los que propaguen la devoción a mis lágrimas y dolores, sean trasladados de esta vida terrenal a la felicidad eterna directamente, pues serán borrados todos sus pecados, y mi Hijo y Yo seremos su eterna consolación y alegría.”

La orden de los Siervos de la Bienaventurada Virgen María, o Servitas, propagó la devoción a los ‘Siete Dolores’ de María Santísima. Aunque siempre se han meditado los siete dolores de la Virgen, no hay que olvidar que ‘siete’ no es un número límite o finito, sino de totalidad y plenitud. “Oh Corazón virginal, pintado con siete espadas, y con setecientos deberían de pintarte. No es comparable el número de las estrellas del cielo, ni de las gotas del mar, con los dolores de la Virgen María,” exclamó San Bernardo. María Santísima sufrió innumerables otros dolores, pues cada ofensa a Dios le causó un nuevo dolor.

Los Siete Dolores de la Santísima Virgen María, son los siguientes: 1, la profecía del anciano Simeón. 2, la huida a Egipto. 3, la pérdida de Jesús Niño en Jerusalén. 4, el encuentro con Jesús camino del Calvario. 5, la muerte de Cristo en la Cruz. 6, la lanzada, y María recibe en sus brazos el Cuerpo de Jesús al ser bajado de la Cruz. 7, el entierro de Jesús y la soledad de María. Estos representan los siete momentos culminantes de los dolores de la Santísima Virgen, que se han pintado con una espada o con siete espadas traspasando su Corazón, aunque en realidad fueron tantas las espadas de la Madre como los dolores del Hijo. María Santísima quiere que meditemos en sus dolores. Por eso, poniéndonos a su lado, tratemos de vivir en nuestro corazón lo que experimentó su Corazón de Madre tierna y pura en cada uno de esos momentos tan dolorosos de su vida. Si lo hacemos, vamos a ir descubriendo los frutos buenos de esta devoción: empezaremos a vivir nuestros dolores como Ella lo hizo y comprenderemos el valor espiritual del dolor. Si María, que no tenía culpa alguna, experimentó el dolor, ¿por qué no nosotros?

San Alfonso María de Liguori explica con gran unción cómo debemos compadecer a nuestra Divina Madre en sus Dolores: María fue Reina de los mártires porque su martirio fue más prolongado y más grande que el de todos ellos. ¿Habría quien tenga un corazón tan duro que no se conmueva al oír el suceso más triste que haya ocurrido? Había una madre noble y santa que no tenía más que un solo hijo; éste era el más amable que imaginarse pueda: inocente, virtuoso, bello y amantísimo de su madre, hasta el punto que nunca le había dado el menor disgusto, sino que siempre le había mostrado respeto y obediencia total con toda la ternura de su corazón. Y después, ¿qué sucedió? Que ese hijo, por envidia, fue acusado por sus enemigos; y el juez, aunque conocía y confesó él mismo su inocencia, únicamente por no enfurecer a sus enemigos lo condenó a la muerte más infame, la misma



que le habían pedido a gritos. Y aquella pobre madre tuvo que sufrir el dolor de ver que le arrebataban contra toda justicia a aquel hijo tan amante y tan amado en la flor de su vida con una muerte atroz, pues lo hicieron morir a fuerza de tormentos, desangrado a la vista de la plebe, en un patíbulo infame.

¿Qué podemos decir? ¿Es digno de lástima este suceso y el dolor de esta madre? Ya me entendéis de quién hablo. Este hijo tan cruelmente ejecutado fue Jesús, nuestro amorosísimo Redentor, y esta

madre fue la Santísima Virgen María, quien por amor a nosotros consintió verlo sacrificado a la Divina Justicia por la barbarie de los hombres. Este gran dolor de María ofrecido por nosotros, que le costó más de mil muertes, merece nuestra compasión y gratitud. Y si no podemos corresponder de otra manera a tanto amor, al menos detengámonos a considerar lo cruel de este dolor por el que María se convirtió en Reina de los mártires, porque su martirio superó el dolor de todos los mártires, habiendo sido el suyo, primero, el martirio más prolongado, y segundo, el martirio más cruel.

María fue verdadera mártir. Así como Jesús es llamado Rey de dolores y Rey de los mártires porque en su vida padeció más que todos los demás mártires, así también María es llamada con toda propiedad Reina de los mártires, habiendo merecido este honor por haber sufrido el martirio mayor que pueda sufrirse después del de su Hijo. Por lo cual, con razón, la llama Ricardo de San Lorenzo ‘Mártir de los mártires’. Fue coronada con corona de tribulación; es decir, que la corona con que fue proclamada Reina de los mártires fue su mismo sufrimiento, mayor que el de todos los mártires juntos.

Que María sea Reina de los mártires no puede ponerse en duda, siendo sentencia común que para que haya martirio basta que se dé un dolor suficiente para causar la muerte, aunque de hecho no se llegue a morir. Así San Juan Evangelista es considerado mártir a pesar de que no murió en la caldera de aceite hirviendo y, en cambio, salió ileso, e incluso más juvenil de lo que entró, como dicen algunos comentaristas. Para merecer la gloria del martirio, dice Santo Tomás, basta que uno se ofrezca a obedecer hasta la muerte. María fue mártir, dice San Bernardo, por el acerbo dolor del corazón y sobre todo por su muerte espiritual en el momento de la Lanzada con la privación de la visión beatífica en todo su ser. Esta privación, fue para la Divina Covictima el mayor padecimiento sufrido en su vida terrena; ya que superó indeciblemente todos los demás juntos; incluso, los de su participación cruenta en los sufrimientos propios de su Divino Hijo y el que sufrió físicamente su Inmaculado Corazón con la misma Lanzada. Si su cuerpo no fue herido por la mano del verdugo, sin embargo su corazón sí quedó físicamente traspasado mediante milagrosa transverberación, recibiendo de esta manera los mismos efectos de la Lanzada. Su Corazón se vio traspasado por la espada del dolor de la Pasión de su Hijo, dolor suficiente para causarle no una, sino mil muertes. Y por eso, María no sólo fue verdadera mártir, sino que su martirio superó al de todos los demás al ser un martirio más prolongado, ya que toda su vida, por así decirlo, fue como un constante morir.

Como la Pasión de Jesús comenzó con su nacimiento al decir de San Bernardo, así también María, del todo semejante a su Hijo, padeció su martirio durante toda su vida. La Santa Biblia Palmariana afirma que el nombre de María, entre otras cosas, significa “mar de amarguras.” Por eso se le aplica el pasaje de Jeremías: “Grande es como el mar tu quebranto.” Sí, porque así como el mar es lo más inagotable que hay en el mundo, así la vida de María estuvo llena de amargura a la vista de la Pasión futura de su Hijo. Iluminada por el Espíritu Santo más que todos los profetas, comprendió mejor que todos ellos las predicciones referentes al Mesías que se contienen en las Sagradas Escrituras. Así se lo dijo el Ángel a Santa Brígida. Por lo que, como aseguró el mismo Ángel, al comprender la Virgen cuánto

debía padecer el Verbo encarnado por la salvación de los hombres, y al compadecer a este Salvador inocente que debía ser ejecutado con muerte tan atroz por delitos que no eran suyos, desde antes de ser Madre, comenzó a padecer dentro de sí cruel martirio.

María sufrió con intensidad progresiva. Semejante dolor no tuvo medida desde que fue hecha Madre del Salvador. Al contemplar con dolor todos los tormentos que debía sufrir su pobre Hijo, sufrió un largo y continuo martirio. Esto significó la visión que tuvo Santa Brígida en la Basílica Santa María la Mayor, cuando se le apareció la Virgen con el santo anciano Simeón y un Ángel que portaba una gran espada ensangrentada, significando con ello el acerbo y prolongado dolor que traspasó a María durante toda su vida. El abad Ruperto, hace hablar así a María: ‘Almas redimidas, queridas hijas mías, no os compadezcáis solamente por la hora en que vi morir a mi amado Jesús, pues la espada del dolor profetizada por Simeón me traspasó el alma durante toda la vida. Cuando amamantaba a mi hijo y mientras le daba calor entre mis brazos, ya pensaba en la amarga muerte que le esperaba; considerad así cuán largo y áspero fue el dolor que tuve que sufrir.’

Su vida pasó toda con dolor y lágrimas, pues sufría compadeciendo a su amado Hijo por su Pasión, que no se apartaba jamás de sus ojos, contemplando siempre todas las penas y la muerte que un día había de sufrir.

El tiempo, de ordinario, mitiga el dolor a los que sufren. A María, conforme avanzaba el tiempo, más se le acrecentaba el sufrimiento, pues conforme iba creciendo Jesús, más hermoso y amable se mostraba, de una parte, y por otra, acercándose cada vez más el tiempo de su muerte, cada vez más crecía en el corazón de María el dolor de tenerlo que perder en esta vida. Como crece la rosa entre las espinas, dijo el ángel a Santa Brígida, así la Madre de Dios pasaba los años entre tribulaciones; y como al crecer las rosas crecen las espinas, así María, esta rosa elegida del Señor, cuanto más crecía, tanto más le atormentaban las espinas de su dolor.

María, Reina de los mártires. María no sólo fue Reina de los mártires porque su martirio fue el más prolongado de todos, sino también porque entre todos fue el mayor. ¿Quién puede medir la grandeza de su dolor? Jeremías parece que no encuentra a quién comparar esta madre dolorosa al contemplar su sufrimiento por la muerte de su hijo, y dice: “¿A quién te compararé?, o ¿a quién te asemejaré, hija de Jerusalén?; ¿a quién te igualaré, y cómo te consolaré, oh virgen hija de Sión? Porque grande es como el mar tu quebranto, ¿quién te remediará?” ¿Quién se compadecerá de ti? El cardenal Hugo, comentando estas palabras, dice: “Oh Virgen bendita, tu dolor supera todos los demás dolores.” Por eso San Anselmo asegura que si Dios, con el don muy especial de la inmortalidad, no hubiera conservado a María la vida, su dolor hubiera sido suficiente para causarle la muerte en cualquier momento de su vida. San Bernardino de Siena llega a decir que el dolor de María fue tan grande, que si se repartiera entre todos los hombres bastaría para que todos ellos murieran de repente.

Pero consideremos las razones por las que el martirio de María fue más grande que el de todos los mártires. En primer lugar, se ha de considerar que los mártires han padecido su martirio en el cuerpo por medio de la espada o del fuego. María, en cambio, sufrió su martirio en cuerpo y alma, como ya se lo predijo Simeón: “Y una espada atravesará tu Alma, que está desposada con la de Él.” Como si el santo anciano le hubiera dicho: ‘Oh Virgen sacrosanta, los otros mártires verán lacerado su cuerpo con la espada, pero tú serás martirizada hasta en el alma con la Pasión de tu mismo Hijo’. Y como el alma es más noble que el cuerpo, tanto más grande fue el dolor de María que el de todos los mártires. Así lo dijo Jesucristo a Santa Catalina de Siena: “No hay comparación entre el dolor del cuerpo y el del alma.”

María entregó la vida de su Hijo, a quien amaba más que a su propia vida. San Antonino dice que los otros mártires sacrificaron su propia vida, mientras que la Virgen María padeció



sacrificando la vida de su Hijo, al que amaba más que a su propia vida. Así que padeció en cuerpo y alma todo lo que su Hijo padecía en su Cuerpo y Alma, y además causó inmenso dolor a su Corazón la vista de los sufrimientos de su Hijo.

Que María sufrió en su Corazón todos los ultrajes que hicieron a su Jesús no hay quien lo dude. Todo el mundo sabe que las penas de los hijos lo son también de las madres cuando están ellas viéndolos padecer. San Agustín, considerando el tormento que padecía la madre de los Macabeos al ver a sus hijos padecer el suplicio, dice: “ella, viéndolos padecer, sufría lo de todos; porque a todos los amaba, sufría en su alma lo que ellos en el cuerpo.” Lo mismo sucedió a María; los azotes, las espinas, los clavos y la cruz que afligieron la carne inocente de Jesús penetraron igualmente en el Corazón de María para consumar su martirio. Escribe San Amadeo: “Él padeció en la carne; Ella, en el corazón.” De manera que el Corazón de María fue como un espejo donde se reflejaban los dolores de su Hijo. En él se veían los salivazos, los golpes, las llagas y todo lo que sufría Jesús. Y considera San Buenaventura que aquellas llagas que estaban desparramadas por todo el cuerpo de Jesús, estaban unidas en el corazón de María.

De este modo, la Virgen, por la compasión hacia su Hijo, fue flagelada, coronada de espinas, despreciada y clavada en la Cruz en su Corazón amante. El mismo Santo, contemplando a María en el Monte Calvario cuando asistía a su Hijo moribundo, se pregunta: ‘Dime, Señora, ¿dónde estabas entonces? ¿Sólo cerca de la Cruz? No, más bien diré que estabas crucificada en la misma Cruz junto con tu Hijo.’ Ricardo, comentando las palabras de Isaías referentes al Redentor: “sobre Él solo, Dios cargó la iniquidad de todos nosotros,” añade: Señor, tienes razón en decir que en la obra de la humana redención has estado solo en el padecer y que no hubo un hombre que se compadeciera bastante; pero tienes una mujer que es tu Madre Santísima que sufrió en su Corazón todo lo que Tú sufriste en el Cuerpo.

Pero todo esto no es ponderar bastante el dolor de María, pues, como dijimos, además de padecer al ver los tormentos de su amado Jesús, sufrió real y místicamente en Sí misma todos los desprecios y la muerte del Hijo. Generalmente hablando, los padres sienten más los dolores de sus hijos que los suyos propios. Aunque eso no es siempre verdad, sí lo fue en María, siendo cierto que Ella amaba al Hijo inmensamente más que a su propia vida, más que a sí misma y a mil vidas que tuviera. Atestigua San Amadeo que la afligida Madre, a la vista dolorosa de los tormentos de su amado Jesús, padeció intensamente, porque lo amaba sin comparación, mucho más que a sí misma, y por eso sufría tanto. María sufría como Corredradora y Corredentora con Cristo. Los indecibles padecimientos de la Dolorosísima Madre, sufridos durante su Agonía Espiritual al pie de su Hijo muerto en la Cruz, fueron principalmente: a) Profunda aflicción al contemplar el Cuerpo de su Hijo exánime e ignominiosamente maltrecho por la Pasión, y menospreciado por aquel pérfido Pueblo Judío; b) sentimiento de amarguísima soledad al verse privada del consuelo de su Amadísimo Hijo, ya muerto; c) pavorosa contemplación de la gran multitud de los eternamente condenados, de las innumerables ingratitudes e indiferencia de muchos de los hijos de la Iglesia, y de los pecados de todo tipo, principalmente los sacrilegios contra la Eucaristía, sagradas imágenes, Sacerdotes y todo lo demás sagrado; y, en general, las persecuciones al Cuerpo Místico de Cristo que Ella iba a dar a luz; d) y avivamiento dolorosísimo de los estigmas de la Pasión de su Divino Hijo impresos en su Inmaculado Cuerpo Maternal, como Reina que es de los estigmatizados. María sufre indeciblemente porque, como dice San Bernardo, el alma está más donde ama que donde anima o donde vive. Primero que todo lo dijo el mismo Salvador: “Donde está vuestro tesoro, allí también está vuestro corazón.” Pues si María vivía por su amor más en el Hijo que dentro de sí misma, debió sufrir más por la muerte de su Hijo, que si le hubieran causado a Ella la muerte más cruel del mundo.

Y ahora, otra reflexión, por la que vemos cómo el martirio de María fue superior al de todos los demás mártires. Padecían los mártires en los tormentos que les proporcionaban los tiranos, pero el amor a Jesús tornaba sus dolores dulces y amables. Padecía San Vicente

su martirio atormentado en el potro, desgarrado con uñas de hierro, abrasado con planchas al rojo vivo, pero ¿qué? Dice San Agustín: uno parecía que hablaba y otro el que sufría. Increpaba con tanta fortaleza al tirano y con tal desprecio de los tormentos, que parecían ser distintos el Vicente que padecía y el Vicente que hablaba, tanto le confortaba Dios con la dulzura de su amor en medio de aquellas torturas.



Padecía San Bonifacio cuando era lacerado su cuerpo con uñas de hierro y le introducían astillas entre las uñas y la carne, y le echaban plomo derretido, mientras que él no se cansaba de repetir: ¡Gracias, Señor mío Jesucristo, gracias! Eran atormentados San Marcos y San Marceliano atados a un poste y clavados los pies, y cuando el tirano les decía: “Miserables, apostatad y libraos de los tormentos,” ellos le respondían: “¿De qué torturas nos hablas? ¿De qué tormentos? Nunca hemos estado más alegres que ahora en que padecemos con gusto por amor de Jesucristo.” Padecía San Lorenzo, y mientras estaba en la parrilla, como dice San León, más poderosa era la llama interior del amor para consolarlo en el alma, que las brasas para atormentar su cuerpo; el amor le hacía tan fuerte que llegaba hasta increpar al tirano diciéndole: “Tirano, si quieres comer mi carne ya tienes una parte asada, dame la vuelta y come.” Pero ¿cómo podía bromear de esa manera en medio de tales torturas y sufriendo aquella prolongada agonía? Es que -responde San Agustín-, embriagado con el vino del divino amor, no sentía ni los tormentos ni la muerte.

El Tratado de la Santa Misa explica: “El sufrimiento del estado pasible del Alma de María, así como el sufrimiento del Cuerpo Accidental privado de la impassibilidad, fue atenuado muchas veces con consolaciones espirituales. Sin embargo, durante la Dolorosísima Pasión de Cristo, Ella fue privada también de muchas de estas consolaciones para apurar al máximo la medida del sufrimiento.” Y también: “Merced, pues, al estado beatífico del Alma de la Divina María como viadora, nunca se vio Ella privada de la visión de la esencia divina, salvo en aquel preciso instante de la lanzada en el Calvario. Por lo que, la Muerte Espiritual, en sentido estricto, de la Divina María al pie de la cruz, en el instante en que la lanzada atravesó el Costado Derecho de Cristo, fue la privación momentánea, en todo su ser, y durante siete segundos, de la visión de la esencia divina; con lo cual, los sufrimientos de la Divina María superaron con creces todo lo sufrido por Ella hasta entonces con la dolorosísima Pasión y Muerte de Cristo que había compartido, y todo lo que Ella sufriría después, hasta su Dulcísima Dormición. Sin embargo, durante el tiempo en que tuvo lugar la Muerte Espiritual de la Divina María, lo cual fue su Dolorosísimo Parto de la Iglesia, a la vez que toda su Alma sufría, mantuvo en Ésta un sublime gozo sobrenatural que la inundaba toda.”

La Santa Biblia Palmariana enseña que la obra de nuestra Redención dio consuelo a María Santísima, ya que en el Calvario, el Corazón de la Madre Dolorosa quedó plenamente consolado con la presencia de las buenas obras de la humanidad en el Calvario, “pues ve en ellas los frutos de tan cruentísima Pasión, al ser muchos rescatados del cautiverio del pecado y del demonio, y engendrados a la vida de la Gracia.”

María sufría en proporción a su amor. Los mártires, cuanto más amaban a Jesús, tanto menos sentían los tormentos o la muerte, y la contemplación de los sufrimientos de un Dios crucificado, era suficiente para consolarlos. Pero nuestra Madre dolorosa ¿acaso tenía consuelo con el amor de su Hijo y a la vista de sus sufrimientos? Ciertamente que no, porque el mismo Hijo que padecía era la causa de todo su dolor, y el amor que le tenía era el único y el más cruel verdugo; es que el martirio de María consistió en ver y compadecer al inocente y amado Hijo que sufría sin medida.

Por lo que cuanto más lo amaba, tanto más amargo era su dolor. Oh Reina del Cielo, a los demás mártires, el amor les ha mitigado las penas y sanado las heridas, pero a Ti ¿quién te ha suavizado tu gran aflicción? ¿Quién ha aliviado las heridas tan dolorosas de

tu corazón? ¿Quién se compadecerá de Ti si ese mismo Hijo que podía consolarte, es con sus tormentos la razón de tu padecer, y el amor que le tienes es el que te causa ese martirio? Los demás mártires se representan con los instrumentos de su martirio; San Pablo con la espada, San Andrés con la cruz, San Lorenzo con la parrilla, pero a María se la representa con su Hijo muerto en su regazo, porque Jesús fue el único instrumento de su martirio, por razón del amor que le tenía y por su unión con Él. San Bernardo condensa así todo lo dicho en pocas palabras: “En los demás mártires la grandeza del amor alivió el dolor de los tormentos; en María, cuanto más amó, mayor fue el sufrimiento y más cruel su martirio.”

Es cierto que cuanto más se ama una cosa, más se siente perderla. Más se siente la muerte de un hermano que la de un irracional, y más la muerte de un hijo que la de un amigo. Para comprender cuánto fue el dolor de María en la muerte de su Hijo sería necesario comprender cuánto era el amor que le tenía. Pero, ¿quién puede medir semejante amor? Dice San Amadeo que en el corazón de María estaban juntas dos formas de amor a su Jesús; el amor sobrenatural con que lo amaba como a su Dios, y el amor natural con que lo amaba como a su Hijo. Y de estos dos amores se formó uno solo tan inmenso que Guillermo de París llega a decir que la Santísima Virgen amó a Jesús cuanto es capaz de amar la criatura humana. Por lo que, igual que no hay amor como su amor, así no hay dolor como su dolor. Y si inmenso fue el amor hacia su Hijo, inmenso también tuvo que ser el dolor de perderlo con la muerte. Donde hay supremo amor -dice San Alberto Magno- allí hay supremo dolor.

Imaginémonos a la Madre de Dios, a la vista de su Hijo moribundo en la cruz, que aplicándose las palabras de Jeremías, nos dice: “Oh vosotros, todos los que pasáis por el camino, atended, y mirad si hay dolor como mi dolor.” Vosotros los que pasáis por el camino de la vida y no tenéis compasión de Mí, deteneos un momento y contempladme ahora que veo morir a este mi amado Hijo, y después considerad si, entre todos los afligidos y atormentados, hay alguno con un dolor semejante al mío. No puede encontrarse, oh Madre Dolorosa, un dolor más amargo que el tuyo, porque no puede encontrarse un Hijo más querido que el tuyo. Jamás hubo en el mundo un hijo más amable que Jesús, ni madre más amante de un hijo, que María. Si no ha existido en el mundo un amor semejante al de María ¿cómo se podrá encontrar un dolor semejante al de María?

Por eso San Ildefonso no dudó en afirmar que era poco decir que los dolores de la Virgen superaron a todos los dolores de todos los mártires juntos. Y San Anselmo añade que los suplicios más crueles de todos los mártires, fueron ligeros en comparación con los dolores del martirio de María. San Basilio escribe que así como el sol aventaja en esplendor a todos los astros, así María con sus sufrimientos, superó a los de todos los mártires. Fue tan grande el dolor que sufrió esta tierna Madre en la Pasión de Jesús, que sólo Ella fue capaz de compadecer dignamente la muerte de un Dios hecho hombre.

María aceptó padecer por amor a nosotros. San Buenaventura, dirigiéndose a esta Virgen bendita, le pregunta: “Señora, ¿por qué quisiste ir a sacrificarte en el Calvario? ¿No bastaba para redimirnos un Dios crucificado, sino que había de ser crucificada también su Madre?” El Tratado de la Santa Misa clarifica: El Sacrificio de la Divina María fue de tal manera imprescindible, que sin él el Sacrificio de Cristo hubiera quedado incompleto, al estar eternamente decretado por el Padre, la necesidad de la correparación y corredención de Ella, como Madre que es del Cuerpo Místico de Cristo; sin lo cual, las infinitas Gracias del Calvario no se habrían aplicado a la humanidad en ninguno de los momentos históricos de la Iglesia.

Por eso, así como nosotros tenemos que estar agradecidos a Jesús por su Pasión, sufrida por amor nuestro, así también debemos estar llenos de gratitud hacia María por el martirio que, al morir su Hijo quiso soportar por salvarnos. Y lo quiso soportar espontáneamente, porque como reveló el Ángel a Santa Brígida, nuestra piadosa y benigna Madre, prefirió sufrir todos los martirios, antes que tolerar que las almas quedaran sin redimir y abandonadas a la perdición. El gran alivio de María en medio de su inmenso dolor por la Pasión de su

Hijo, era su gozo inenarrable de Madre al ver que con su muerte se lograba la redención del mundo perdido y quedaban reconciliados con Dios los hombres sus enemigos. Gozaba en su dolor porque se ofrecía el sacrificio por la redención de todos, con lo que se aplacaba el Divino Ofendido.

María merece nuestro amor y devoción. Tan grande amor de María merece de nosotros absoluta gratitud. Y nuestro agradecimiento ha de consistir, al menos, en meditar y compadecer su dolor. De esto se dolió con Santa Brígida, que muy pocos la compadecían y la mayor parte vivían sin pensar en ella. “Por eso, hija mía -le dijo la Virgen- aunque muchos me olviden, tú sin embargo, no te olvides de mí; contempla mi dolor, compadécete cuanto puedas e imítame.”

Todo lo que decían los Padres y Doctores de la Iglesia, grandes Santos, sobre los sufrimientos de María, demuestra que no podían expresar lo que sentían porque faltaba la doctrina palmariana que declara que, a causa del desposorio de los Corazones de Jesús y María, que es el desposorio de los divinos cuerpos de Ambos, María sufrió todo lo que sufrió Cristo física, mental y moralmente. Por eso, cuando Jesús fue flagelado y crucificado, María también recibió las mismas llagas que recibió Jesús, mas nadie lo vio. La lanzada de Longinos hirió físicamente el Corazón de María a causa del desposorio de los Cuerpos de Jesús y María. María fue torturada y crucificada físicamente en su cuerpo igual que su Hijo Jesús. Esto se vislumbra en lo que sentían los teólogos de antes, pero no comprendían cómo se había realizado esto.

Consideremos devotamente los ‘Siete Dolores’ padecidos por María Santísima.

Primer dolor: La profecía del anciano Simeón. María conoce sus futuros padecimientos. En este valle de lágrimas todo hombre nace llorando y tiene que padecer los males que cada día le sobrevienen. Pero cuán penosa sería la existencia si uno supiera los males que le van a sobrevenir. Dice Séneca: ‘calamitosa sería la situación del que conociera el futuro, porque antes de que llegasen las miserias sería ya desdichado.’ El Señor tiene esa condescendencia con nosotros al no dejarnos conocer las cruces que nos esperan para que, si las hemos de padecer, las padezcamos sólo una vez. Pero no tuvo este miramiento con María, la cual -porque Dios la quiso Reina Dolorosa y en todo semejante a su Hijo- quiso que tuviera siempre ante los ojos y que sufriera continuamente todas las penas que le esperaban. Estas penas fueron las de la Pasión y Muerte de su amado Jesús. He aquí que el santo anciano Simeón en el templo, después de haber recibido en sus brazos al Divino Infante, le predice que aquel Hijo suyo iba a ser el signo de todas las contradicciones y persecuciones de los hombres: “Éste es puesto para ruina y resurrección de muchos en Israel y para señal a la que se hará contradicción;” y que por esto la espada del dolor debía atravesar el alma de María: “Y una espada atravesará tu Alma, que está desposada con la de Él.”

Dijo la Virgen a Santa Matilde que, ante semejante aviso de Simeón, toda su alegría se volvió tristeza. Porque como le fue revelado a Santa Teresa, la Madre benditísima, aunque sabía desde el principio que su Hijo iba a ofrecer el sacrificio de su vida por la salvación del mundo, sin embargo, desde esa profecía conoció en particular y más en detalle las penas y la muerte despiadada que le había de sobrevenir a su amado Hijo. Conoció que le iban a contradecir en todo; en la doctrina, porque al afirmar que era el Hijo de Dios, en vez de creerle lo habían de tener por blasfemo, como lo declaró el impío Caifás cuando dijo: “Ha blasfemado, ¿qué necesidad tenemos ya de testigos?... ¡Es reo de muerte!” Le llevaron la contraria en la estima que se merecía porque era noble de estirpe real, y fue despreciado como plebeyo. “¿No es Éste el hijo de José el carpintero? ¿No es Éste el carpintero, hijo de María?” Era la misma Sabiduría y fue tratado de ignorante: “¿Cómo sabe Éste las Letras Sagradas, no habiéndolas estudiado?”; de falso profeta: “cubriéndole toda la cabeza, le maltrataron a puñetazos... y le preguntaban y decían: ‘Adivina Cristo, ¿quién es el que



te hirió?” Lo trataron de loco: “Está loco. ¿Por qué le escucháis?” Fue tratado de bebedor y glotón y amigo de pecadores y publicanos. Lo tuvieron por hechicero: “Éste lanza los demonios en virtud de Beelcebub, Príncipe de los demonios;” por hereje y endemoniado: “¿No decimos bien nosotros que Tú eres samaritano y que estás endemoniado?” En suma, fue tenido por criminal tan notorio que no necesitaban proceso para condenarlo, como le gritaron a Pilato: “Si Éste no fuera malhechor, no te lo habiéramos entregado.”

Tuvo que verse afligido en el alma porque hasta su Eterno Padre, para que la divina justicia quedara satisfecha, no quiso atender la oración que le dirigió en el huerto, cuando le rogó: “Padre mío, todas las cosas te son posibles. Si es posible, que pase de Mí este Cáliz. Mas no se haga como Yo quiero, sino como Tú quieras;” y lo abandonó en medio del temor, del tedio y la tristeza, de modo que el afligido Señor exclamó: “Triste está mi Alma hasta la muerte;” y abrumado de angustia llegó a sudar gotas de sangre. Contrariado y perseguido en su cuerpo y en su vida, pues basta decir que fue atormentado en todos sus sagrados miembros: en las manos y en los pies, en el rostro y en la cabeza, en todo su cuerpo, hasta llegar a morir, desangrado y denigrado, en un vil madero.

María vivió una continua inmolación. David, en medio de todos sus placeres y regias grandezas, cuando oyó que el profeta Natán le anunciaba que su hijo iba a morir, no encontraba la paz; lloró, ayunó, durmió sobre la tierra. María, en cambio, recibió con suma paz la noticia de la muerte de su Hijo y con la misma tranquilidad continuó soportando su sufrimiento; pero ¿cuál sería su dolor al encontrarse siempre ante aquel Hijo, el más amable, y oírle decir aquellas palabras de vida eterna y contemplar su comportamiento absolutamente santo?

Padeció grandes tormentos Abrahán durante aquellos tres días en que vivió con su amado hijo Isaac sabiendo que lo iba a perder. Pero, oh Dios, no durante tres días, sino durante treinta años tuvo que sufrir María semejantes penas. ¿Qué digo semejantes? Fueron tanto mayores, cuanto más amable era el Hijo de María que el hijo de Abrahán.

Reveló la misma Virgen a Santa Brígida que no hubo una hora en que no le traspasara este dolor. “Cada vez que miraba a mi Hijo, cada vez que lo envolvía en pañales, cada vez que contemplaba sus manos y sus pies, tantas veces en mi alma se recrudecía como un nuevo dolor pensando en el momento de la crucifixión.” El abad Ruperto, contemplando a María, piensa que mientras le daba el pecho a su Hijo le decía: “Hacecito de mirra es mi Amado para Mí. Con sublime ternura le cuidaré en mi regazo.” Como diciendo: Hijo mío, te estrecho entre mis brazos porque eres lo más amado para mí; pero cuanto más te amo, más te transformas en hacecito de mirra y causa de mi dolor; pues sólo pienso en tus sufrimientos.

Consideraba María, dice San Bernardino, que la Fortaleza de los santos tenía que agonizar; la Belleza del paraíso tenía que verse deformada; el Señor del mundo, ser atado como reo; el Creador de todo, amoratado a golpes; el Juez de todos, sentenciado; la Gloria del Cielo, despreciada; el Rey de reyes, coronado de espinas y tratado como rey de burlas.

Se le reveló a Santa Brígida que la afligida Madre, sabiendo cuánto tenía que padecer su Hijo, “alimentándolo, pensaba en la hiel y el vinagre; cuando lo envolvía en pañales pensaba en los cordeles con que lo habían de maniatar; cuando lo llevaba en brazos se lo imaginaba clavado en la cruz; cuando lo veía dormido recordaba que un día estaría muerto.” Y al vestirle con su túnica se acordaba de que un día se la habían de arrancar para crucificarlo; y cuando contemplaba sus sagradas Manos y sus sagrados Pies, se le venían a la mente los clavos que los habían de traspasar. Dijo María a Santa Brígida: “Mis ojos se llenaban de lágrimas y mi corazón se estremecía de dolor.”

María aceptaba con fortaleza el sufrimiento progresivo. Dice el Evangelista que “el Niño Jesús crecía y se fortalecía, lleno de sabiduría y de Gracia delante de Dios;” y también que “el Niño Jesús crecía en edad; y, conforme al plan divino, iba manifestando poco a poco, delante de Dios y de los hombres, la plenitud de Gracia y sabiduría que Él siempre poseía.” Lo que quiere decir que crecía en sabiduría y gracia ante los hombres, en cuanto a su opinión; y ante Dios, desde el principio tenía la plenitud absoluta de la gracia y sabiduría por la unión

hipostática. Si crecía Jesús en la estima y amor de la gente, cuánto más crecería en la estima y amor de María. Pero cuanto más crecía este amor, más se acrecentaba el dolor de tenerlo que perder con muerte tan cruel; y cuanto más se acercaba el tiempo de la Pasión de su Hijo, tanto más y con mayor dolor aquella espada profetizada por Simeón atravesaba el Corazón de la Madre. Así se lo manifestó el Ángel a Santa Brígida, diciéndole: “Conforme el Hijo se aproximaba a la Pasión, aquella espada de la Virgen, cada hora, se hacía más dolorosa.”



Pues si nuestro rey Jesús y su Madre Santísima no rehusaron padecer por amor nuestro a lo largo de la vida una pena tan cruel, no tenemos derecho a lamentarnos por nuestros padecimientos, ciertamente menores. Jesucristo se le apareció a sor Magdalena Orsini, dominica, mientras sufría desde hacía tiempo una gran tribulación, y la animó a permanecer en la cruz con él soportando aquel dolor. Sor Magdalena, lamentándose, le respondió: Señor, Tú sólo sufriste en la cruz tres horas, pero yo llevo años con esta tortura. Y entonces el Redentor le replicó: “¿Qué dices? Yo desde el primer instante de mi nacimiento sufrí en el corazón lo que después en la cruz padecí en el cuerpo.” Por eso, cuando nosotros padecemos cualquier aflicción y nos lamentamos, imaginémonos que Jesús y su Santa Madre nos están diciendo lo mismo.

Ejemplo. *Una octava espada en el Corazón de María.* Narra el Padre Reviglione, jesuita, que un joven tenía la devoción de visitar cada día una imagen de la Virgen dolorosa que tenía siete espadas en el corazón. Una noche el infeliz cayó en un pecado mortal; al ir por la mañana a visitar la imagen, vio en el corazón de la Virgen no siete espadas, sino ocho; mientras las contemplaba asombrado, le pareció entender que por su pecado estaba aquella nueva espada en el Corazón de María. Enternecido y compungido fue enseguida a confesarse, y por la intercesión de su Abogada recuperó la gracia de Dios.

Segundo dolor: La huida a Egipto. María, compañera del dolor. Como la cierva herida lleva su dolor a donde va con la flecha que la hirió, así la Madre de Dios, después del vaticinio de Simeón, como vimos en la consideración del primer dolor, llevó siempre consigo su dolor con el recuerdo continuo de la Pasión de su Hijo. Los pensamientos continuos de la Pasión de Jesús, le hacían a María ver a cada instante la Sangre que un día había de brotar de sus Llagas. “Tu mente, María, y tus pensamientos estaban teñidos con la Sangre de la Pasión del Señor, de tal manera que era como si viera constantemente manar la sangre de las Llagas.” El mismo Hijo era la saeta en el Corazón de María, que cuanto más amable se le mostraba tanto más le hería con el dolor de tenerlo que perder con muerte tan despiadada. Pasemos a considerar la segunda espada de dolor que le hirió en la huida a Egipto que tuvo que emprender con su Hijo por la persecución de Herodes.

Cuando oyó Herodes que había nacido el Mesías, temió neciamente que le iba a arrebatar su reino, por lo que San Fulgencio, recriminando su locura, le habla así: “Herodes, ¿por qué te turbas de ese modo? Este rey que acaba de nacer no viene a destronar reyes batallando, sino a subyugarlos de modo admirable con su muerte.” Esperaba el impío que los Reyes Magos le trajeran noticias de dónde había nacido el Rey a fin de quitarle la vida; pero al verse burlado por los Reyes Magos ordenó la matanza de todos los niños de Belén de dos años para abajo. Por eso el Arcángel San Gabriel se apareció en sueños a San José y le mandó: “Levántate, y toma al Niño y a su Madre, y huye a Egipto.” Y aquella misma noche avisó a María y tomando al Niño emprendieron la huida. “Levántate, y toma al Niño y a su Madre, y huye a Egipto.” “Oh Señor -pudo decir entonces María-, ¿tiene que huir de los hombres el que ha venido a salvar a los hombres?” Y entonces comprendió la afligida Madre que ya comenzaba a realizarse en su Hijo la profecía de Simeón: “Éste es puesto... para señal a la que se hará contradicción,” viendo que, apenas nacido, era

perseguido a muerte. Qué sufrimiento el del Corazón de María, oír que le intimaba la orden de ir con su Hijo a tan duro destierro. Huye de los suyos a los extraños, del templo a la sede de los demonios. ¿Qué mayor tribulación que ver al Recién Nacido colgado del cuello de su madre, y ésta obligada a emprender la fuga?

María en camino al destierro. Cada uno considere cuánto sufrió María en este viaje. Era grande la distancia hasta Egipto y tuvo que durar muchos días. El camino, escabroso, desconocido y poco frecuentado; el clima, desapacible. María era doncella joven y delicada, no acostumbrada a semejantes viajes. No tenían sirvientes que les atendiesen. Ellos eran sus propios sirvientes, como dice San Pedro Crisólogo: “¡Oh Señor, qué lástima daría ver a tan tierna Virgencita llevando en brazos a aquel Niño recién nacido que andaba huyendo por el mundo!”

Se pregunta San Buenaventura: ¿Cómo se las arreglaban para comer? ¿Dónde pernoctaban? ¿En qué lugares se hospedaban? ¿De qué otra cosa podían alimentarse sino de lo que llevaba San José o conseguían de limosna? ¿Dónde pernoctarían durante tan largo viaje sino sobre la arena bajo cualquier arbusto, al descubierto y al sereno, por donde merodeaban los ladrones y las fieras? Quien se hubiera encontrado con estos tres personajes, los más ilustres del mundo, ¿por qué los hubiera tomado sino por tres pobres mendigos vagabundos?

María con José y su Hijo en Egipto. Vivieron en Egipto con estrecheces durante aquellos años. Eran forasteros desconocidos, sin rentas, sin dinero, sin parientes. Tenían que sustentarse con sus modestos trabajos. Dice San Basilio: Como eran pobres, es evidente que tenían que ganar lo necesario para la vida con el sudor de sus frentes.

Refiere el Evangelio que, muerto Herodes, de nuevo se le apareció en sueños el Arcángel a San José y le dijo que volviera a Judea. Hablando San Buenaventura de este viaje, piensa que la Santísima Virgen padeció más que en el primero, por el cansancio que debió sufrir Jesús, en edad de unos siete años, pues a esa edad era lo suficientemente grande como para no poderlo llevar en brazos, pero tan pequeño que le resultaba muy difícil el camino, a pesar de tener la ayuda de un burro.

Ver a Jesús y María con San José andar por el mundo como errantes y fugitivos nos debe mover a vivir también en la tierra como peregrinos, sin apegarnos a los bienes que el mundo nos ofrece, como quienes pronto lo tendremos que dejar todo y pasar a la vida eterna. “No tenemos aquí ciudad fija, sino que vamos en busca de la celestial, que está por venir” (Hebreos). A lo que añade San Agustín: Eres huésped; mira y pasa.

Nos enseñan además a abrazar la cruz, pues no se puede vivir en este mundo sin cruces. Santa Verónica de Binasco, Agustina, fue en espíritu a acompañar a María con el Niño Jesús y San José en este viaje desde Egipto, y al fin del mismo le dijo la Madre de Dios: “Hija, has visto los trabajos que hemos pasado en este viaje; ten presente que nadie recibe gracias sin padecer. El que desee sentir alivio en los padecimientos de esta vida, es necesario que vaya en compañía de Jesús y María.” “Toma al Niño y a su Madre.” A quienes llevan en su corazón con amor a este Hijo y a esta Madre, se les hacen ligeras, dulces y amables todas las penas. Amemos y consolemos a María acogiendo dentro de nuestros corazones a su Hijo, que también ahora es perseguido y maltratado por los hombres con sus pecados.

Ejemplo. *Nuestros pecados acosan a Jesús y a María.* Se apareció María a Santa Coleta, franciscana, y le mostró al Niño Jesús todo llagado, y le dijo: “Así tratan continuamente los pecadores al Hijo mío, renovándole a Él la muerte y a Mí los dolores. Ruega por ellos, hija mía, para que se conviertan.” Y la venerable sor Juana de Jesús y María, también franciscana, meditando un día precisamente en Jesús Niño perseguido por Herodes, escuchó un gran tumulto, como de gente armada que fuera en persecución de alguien; y después vio ante sí a un Niño hermosísimo, todo asustado, que venía corriendo hacia ella y que le dijo: “Juana mía, ayúdame, escóndeme; soy Jesús de Nazaret que vengo huyendo de los pecadores que me persiguen como Herodes y me quieren matar. Sálvame tú.”

Tercer dolor: El Niño Jesús perdido en Jerusalén. María sufre la pérdida de su Hijo. Escribe el Apóstol Santiago el Menor que nuestra perfección consiste en la virtud de la paciencia:

“Vuestra Fe en Cristo se prueba con el ejercicio de la paciencia; pues con ésta se arraigan más en vosotros las virtudes, para que seáis perfectos y cabales.” Pues bien, habiéndonos dado el Señor a la Virgen María como ejemplo de perfección, fue necesario que la colmase de sufrimientos para que así nosotros pudiéramos admirar e imitar su heroica paciencia. Entre los mayores sufrimientos que la Madre de Dios padeció en su vida estuvo el que ahora vamos a meditar, es decir, el de la pérdida de su Hijo en Jerusalén.

Quien nació ciego poco siente no ver la luz del día; pero quien durante algún tiempo ha tenido vista y ha gozado de luz, siente más duramente su ceguera. De modo semejante, los infelices que cegados por el fango de esta tierra poco han conocido a Dios, poco pesar sienten por no encontrarlo; pero quien, al contrario, iluminado por luz del Cielo ha sido hallado digno de



encontrar con el amor la dulce presencia del Sumo Bien, cómo se duele cuando se siente privado de él. Veamos, pues, cuán dolorosa tuvo que ser para María, que estaba acostumbrada a gozar de la dulcísima presencia de su Jesús, esta tercera espada que la hirió cuando, habiéndolo perdido en Jerusalén, se vio por tres días privada de Él.

Narra el Evangelio que la Virgen con San José su esposo y con Jesús acostumbraban visitar el templo por la solemnidad de la Pascua, y fueron allí, según la costumbre, cuando el Niño tenía doce años; pero habiéndose quedado Jesús en Jerusalén cuando ya se volvían, Ella no se dio cuenta porque pensaba que iba con la comitiva. Por lo que al llegar la noche preguntó por el Hijo, y al no encontrarlo se volvió presurosa a Jerusalén en su busca. Y no lo encontró sino después de tres días.

Ahora consideremos qué afán tuvo que experimentar esta afligida Madre durante aquellos tres días en los que anduvo por todas partes preguntando por su Hijo, como la esposa de los Cantares: “¿Visteis por ventura al que ama mi Alma?,” sin que nadie le diera razón. María, con cuánta mayor ternura, cansada y fatigada sin haber encontrado a su amado, podía decir lo que Rubén de su hermano José: “El muchacho no aparece, ¿adónde iré yo ahora?” Mi Jesús no aparece y yo no sé qué más hacer para encontrarlo, pero ¿a dónde voy sin mi tesoro?

Ella, llorando constantemente durante aquellos tres días, podía repetir con David: “Mis lágrimas son mi pan día y noche, mientras mis enemigos me afligen diciéndome: ‘¿Dónde está tu Dios en quien tanto confías?’” Aquellas noches la afligida madre no durmió, llorando y suplicando a Dios que le hiciese encontrar a su Hijo. Y durante este tiempo, al decir de San Bernardo, se dirigía con frecuencia a su mismo Hijo con las palabras de la Esposa: “Decidme en qué frondosos prados apacienta sus ovejas o bajo qué árbol copioso sesteaba al llegar el mediodía. No sea que, deambulando en medio de mi noche oscura, tarde más en encontrarle.” Hijo, hazme conocer dónde estás para que no ande por más tiempo a la ventura buscándote en vano.

María padece la mayor amargura. Hay quien dice que este dolor de María está no sólo entre los mayores que sufrió, sino que fue el más grande y amargo de todos, y no sin alguna razón. Lo primero, porque en los otros dolores María tenía consigo a Jesús. Padeció con la profecía de Simeón en el templo y en la huida a Egipto, pero siempre con Jesús; mas en este dolor padeció lejos de Jesús, y sin saber dónde estaba. “Mi corazón está conturbado, me ha desamparado mi fuerza, y aun la luz de mis ojos me falta.” Así decía llorando: Ay, que la Luz de mis ojos, mi amado Jesús, no está conmigo, vive alejado de mí y no sé dónde está.

Dice Orígenes que, a causa del amor que esta Santa Madre tenía a su Hijo, padeció más con la pérdida de Jesús que cualquier mártir pudiera padecer con los dolores de su martirio. ¡Qué largos los tres días para María! Le parecieron como tres siglos. Días amargos, sin que nadie pudiera consolarla. “¿Y quién podría consolarme,” decía con Jeremías, “si el

único que puede consolarme está lejos de mí? Por eso no se cansan de llorar mis ojos... Por eso yo estoy llorando, y son mis ojos fuentes de agua, porque se ha alejado de mí el consolador, que haga revivir mi alma.” Y con Tobías repetía: “¿Qué alegría puedo tener cuando me veo privado de la vista, y está mi alma desolada?”

María desconoce la causa de la ausencia de Jesús. La segunda razón es que en los demás dolores María entendía la razón y el fin de los mismos, es decir, la Redención del mundo y el divino querer; pero en este caso no sabía el porqué de la ausencia de su Hijo. Dolíase la desconsolada Madre al verse alejada de Jesús, a la vez que su humildad le hacía pensar que no era suficientemente digna de tenerlo a su lado para cuidarlo y poseer tan rico tesoro. ¿Pensaría que no le había servido como se merecía? ¿Habría cometido alguna negligencia por la cual la había abandonado? Lo buscaban, dice Orígenes, temerosos de que los hubiera dejado. Y cierto que no hay sufrimiento más grande para un alma que ama a Dios que el temor de haberlo disgustado. Por eso María en ningún otro dolor se lamentó como en éste, quejándose amorosamente cuando lo encontró: “Hijo, ¿por qué has hecho esto con nosotros? Mira cómo tu Padre y Yo, angustiados te buscábamos.” Con estas palabras María no quiso reprender a Jesús, como dijeron ofuscados algunos herejes, sino que quiso manifestarle el dolor que había sentido por su pérdida teniendo el amor que le tenía. No era reproche, dice San Dionisio Cartujano, sino queja de amor.

En suma, fue tan dolorosa esta espada de dolor para el corazón de la Virgen, que la beata Bienvenida, deseando un día y rogando a la Santa Madre, le concediera poder acompañarla en este dolor, María se le presentó con su Jesús en brazos; Bienvenida estaba gozando a la vista de aquel hermosísimo Niño, pero de repente no lo vio más. Fue tanta la pena que sintió la beata, que recurrió a María pidiéndole, por piedad, que no la dejara morir de dolor. La Santísima Virgen se le apareció de nuevo después de tres días y le dijo: Has de saber, hija mía, que tu dolor no ha sido más que una pequeñísima porción del que Yo sufrí al perder a mi Hijo.

María es ejemplo en la desolación, al sufrir el silencio de Dios. Este dolor de María primeramente debe servir de consuelo a quienes están desolados y no gozan la dulce presencia de su Señor que en otro tiempo sintieron. Lloren, sí, pero con paz, como lloraba María la pérdida de su Hijo. Cobren ánimo y no teman haber perdido la divina gracia, escuchando lo que Dios dijo a Santa Teresa: Ninguno se pierde sin saberlo; y ninguno es engañado si no quiere ser engañado. Si el Señor le retira la sensación de su presencia a quien le ama, no por eso se retira de su corazón. Se esconde para que se le busque con mayor deseo y amor más ardiente. Pero el que quiera encontrar al Señor es necesario que lo busque, no entre las delicias y los placeres del mundo, sino entre las cruces y las mortificaciones, como lo buscó María; que aprenda de María a buscar a Jesús.

Por lo demás, el único bien que debemos buscar es Jesús. Cuando Job perdió todo lo que poseía: hacienda, hijos, salud y honra, hasta llegar a tener que sentarse en un muladar, como tenía a Dios, a pesar de todo era feliz. Dice San Agustín hablando de él: “Perdió lo que le había dado Dios, pero tenía a Dios.” Son de veras infelices y desdichados quienes han perdido a Dios. Si María lloró durante tres días la pérdida de su Hijo, con cuánta más razón deben llorar los pecadores que han perdido la gracia de Dios y a los que el Señor les podría decir: ‘vosotros ya no sois mi pueblo ni Yo soy para vosotros vuestro Dios.’ Porque esto es lo que hace el pecado, separa al alma de Dios: “el Señor Dios de los Ejércitos que ahora esconde su Rostro ante las iniquidades de su pueblo.” Vuestras culpas os separan de Dios y vuestros pecados le hacen esconder su rostro. Por lo cual, aunque uno sea muy rico, habiendo perdido a Dios, todo lo de la tierra no es más que humo y sufrimiento, como lo confesó Salomón: “Todo era vanidad y aflicción de espíritu.” Pero la mayor desgracia de estos pobres ciegos, dice San Agustín, es que si pierden un buey salen en su seguimiento; si pierden una oveja no dejan de hacer ninguna diligencia para encontrarla; si pierden un jumento no descansan hasta que lo hallan. Pero pierden el Sumo Bien que es Dios, y comen y beben tan tranquilos.

Ejemplo. *El puñal que hiere al Señor*. Se refiere en las Cartas anuales de la Compañía de Jesús que en las Indias, un joven queriendo salir de casa para cometer una acción pecaminosa, oyó una voz que le decía: “Detente, ¿adónde vas?” Se volvió y vio una estatua de la Virgen Dolorosa. Ella se sacó el puñal que tenía en el corazón y se lo alargó, diciendo: “Toma este puñal y hiéreme a mí primero, pero no hieras a mi Hijo con semejante pecado.” Al oír esto, el joven se postró en tierra, y del todo arrepentido y deshecho en llanto pidió al Señor y a la Virgen María el perdón de su pecado.



La participación de María en la Oración y Agonía de Jesús en el Huerto de los Olivos: El Tratado de la Santa Misa la describe así: “La Santísima Virgen María, en su imprescindible

y acerbísima misión de Corredentora y Corredentora, acompañó desde el Cenáculo a su Divino Hijo en el Dolorosísimo trance de la Oración y Agonía de Getsemaní. Pues llegado el momento en que dio comienzo ese cruentísimo Ofertorio, la Dulcísima Madre Dolorosa, sin dejar de ser vista en el Cenáculo, se hizo presente a la vez en el Huerto de los Olivos, en donde sufría en total abandono el Pacientísimo Varón de Dolores; compartiendo con Él, sin que ningún otro la viera, la contemplación de los pecados del mundo, el incontenible enojo del Padre y los cruentísimos padecimientos del Calvario. Y a fin de que la Divina María apurase el sumo padecer, Nuestro Señor Jesucristo la suspendió, como nunca hasta entonces, no sólo el don de la impassibilidad en el estado pasible de su Alma y de su Cuerpo Accidental, quedando ambos elementos sumamente sensibles al dolor, sino que también la veló gran parte de la ciencia infusa para que Ella estuviese privada del conocimiento de ciertos misterios de su misión corredentora y corredentora. La Oración y Agonía en el Cenáculo, de la Divina María, duró cuatro horas seguidas, y fue en dos fases: La primera, compartiendo con su Divinísimo Hijo Jesús la propia Agonía de Él, durante tres horas; y después, padeciendo Ella su propia Agonía, durante la hora siguiente...”

“En la segunda fase de su Agonía espiritual en el Cenáculo, durante la cuarta hora, que fue desde las tres hasta las cuatro de la madrugada, la Santísima Virgen María contempló su propia Muerte espiritual en el Calvario que le correspondía como Covíctima y Madre del Cuerpo Místico de Cristo; cuya inmolación consistiría en verse privada, durante siete segundos, de la visión de la esencia divina, de la que siempre gozaba. Y, como fuera esto para Ella más penetrante y doloroso que cualquier otro sufrimiento, sudó nuevamente Sangre, en el estado pasible de su Purísimo Cuerpo Accidental, a la vez que, con agudísima aflicción, pedía al Padre que la liberase de tan desoladora Muerte si hubiera sido posible por otro medio consumir como Covíctima la Obra Salvífica, la cual siempre deseó; por eso de nuevo se sometió al plan divino pronunciando un solemne fiat a su propia Muerte Espiritual del Calvario.”

“La consolación... le fue dada poco antes de que finalizara la hora de su propia agonía espiritual; ya que, tras pronunciar aquí el último solemne fiat, recuperó en su Alma, en el estado pasible, la parte de ciencia infusa que tenía suspendida; quedando así vigorizada en ese estado y plena de júbilo al considerar con sublime penetración el fruto que conllevaría su propia muerte espiritual al pie de la Cruz; ya que con ella daría a luz a la Iglesia y consumaría como Divina Covíctima su misión corredentora y corredentora.”

Cuarto dolor: El encuentro de María con Jesús camino del Calvario. María sufre en la misma medida de su amor. Para tener una idea del gran dolor de María al perder a su Hijo por la muerte, es necesario meditar el amor de esta Madre hacia Él.

Todas las madres sienten como propias las penas de sus hijos, por eso la Cananea, cuando le pidió al Salvador que librara a su hija poseída por el demonio, le dijo que tuviera piedad de ella, su madre, más que de la hija: “Señor, Hijo de David, ten piedad de mí, mi hija es

terriblemente atormentada del demonio.” Pero ¿qué madre amó tanto a su hijo como María amó a Jesús? Era su hijo único y criado con tantos trabajos; hijo amadísimo de la madre y tan amante de ella; hijo que al mismo tiempo era su hijo y su Dios, que habiendo venido a la tierra a encender en todos el fuego del divino amor, como él mismo dijo: “Fuego vine a poner en la Tierra; ¿y qué quiero, sino que arda? Pues, Yo he venido a incendiar la Tierra con el Fuego de la Caridad,” ¿qué llamaradas de amor no encendería en aquel Corazón de su Madre santísima, puro y vacío de todo afecto mundanal? La misma Virgen Santísima dijo a Santa Brígida que su Corazón era uno con el de su Hijo por el amor. Aquella mezcla de esclava y madre, y de Hijo y Dios, levantó en el Corazón de María un incendio de amor compuesto de mil hogueras. Pero todo este incendio de amor, al tiempo de la Pasión se convirtió en un mar de dolor.



San Bernardino dice meditando este misterio: Todos los dolores del mundo, si se juntaran de una vez, no serían tan intensos como el dolor de la gloriosa Virgen María. Y así es en verdad, porque esta madre, cuanto más tiernamente amó, tanto más profundo fue su dolor. Con cuanta más ternura lo amó, con tanto mayor dolor sintió al verlo partir, especialmente cuando se encontró a su Hijo que, ya condenado a muerte, iba con la cruz al lugar del suplicio. Y ésta es la cuarta espada de dolor que vamos a considerar.

María en la despedida a Jesús. Reveló la Virgen a Santa Brígida que cuando se acercaba el tiempo de la Pasión, sus ojos estaban siempre llenos de lágrimas pensando en el amado Hijo que lo iba a perder en esta tierra, y que tenía un sudor frío por el temor que le asaltaba al pensar en el próximo espectáculo tan lleno de dolor. Y ya cercano el día, fue Jesús llorando a despedirse de la Madre para ir a la muerte. San Buenaventura, considerando lo que haría María aquella noche, le habla así: Sin dormir la pasaste, y mientras los demás dormían, tú permaneciste en vela. Llegaron los Apóstoles de Jesucristo a esta afligida madre a traerle la noticia dolorosa del prendimiento de Jesús, cumpliéndose en Ella el texto de Jeremías: “Ella llora inconsolable en la noche, y como torrentes corren las lágrimas por sus mejillas. No hay quien la consuele entre sus amadores.”

Sintió los malos tratos cometidos contra su Hijo en casa de Caifás, padeció espiritualmente los desprecios que le hizo Herodes. Se afligió cuando el injustísimo Pilato lo condenó a muerte de cruz; sí, injustísimo, porque este juez inicuo lo mandó a la muerte. Oh Madre dolorosa, tu Hijo ya ha sido sentenciado a muerte y ya ha salido llevando Él mismo la cruz, camino del Calvario; así lo registró el Evangelio: “Y portando Jesús su Cruz al hombro, le llevaron a crucificar, recorriendo la Vía Dolorosa que terminaría en el Calvario;” ven, si quieres verlo y darle el último adiós en el camino por donde ha de pasar.

María presencia el paso de Jesús. La Santísima Virgen misma oyó la condena a muerte de Jesús. ¡Qué exceso de dolor fue para Ella ver los clavos, los martillos y los cordeles que llevaban delante los verdugos y todos los horribles instrumentos para matar a su Hijo! ¡Y qué espada para su Corazón al oír la corneta que anunciaba la sentencia contra su Jesús! Pero he aquí que después de haber pasado los verdugos con los instrumentos del martirio, el pregonero y los ministros de la justicia, alza los ojos y ¿qué ve? Ve a un joven cubierto de sangre de pies a cabeza, con una corona de espinas, con una pesada cruz sobre las espaldas; lo contempla y casi no lo conoce, diciendo entonces con Isaías: “Y nosotros le reputamos como un leproso, y como un hombre herido por la mano de Dios y humillado.” Sí, porque las heridas, las moraduras y la sangre coagulada le hacían semejante a un leproso, de modo que estaba desconocido: “Despreciado y el postrero de los hombres, Varón de Dolores, y que sabe de trabajos y padecimientos; y su Rostro como cubierto de vergüenza y despreciado, por lo que no se hace ningún aprecio de Él.” (Isaías).

Pero, al fin, el amor se hizo reconocer; y una vez que lo hubo conocido, como dice San Pedro de Alcántara: Qué lucha se entabló entre el amor y el temor en el corazón de María. Por una parte, deseaba verlo; mas, por otra, le daba temor ver algo tan digno de compasión. La más afligida de las madres va al encuentro del más afligido de los hijos; ¡y cuántos escarnios tuvo que oír de los judíos que la conocían, dirigidos contra su Hijo y, tal vez, contra Ella misma! Finalmente, se miraron; el Hijo, apartándose de los ojos un grumo de sangre que le impedía la visión, como le fue revelado a Santa Brígida, y la Madre miró al Hijo. Y sus miradas llenas de dolor fueron como otras tantas flechas que traspasaron aquellas dos almas enamoradas. Margarita, hija de Santo Tomás Moro, cuando vio que su padre iba hacia la muerte, no pudo decir más que: ¡Padre, padre!, y cayó desvanecida a sus pies. María, cuando vio a su Hijo que iba hacia el Calvario, no se desvaneció, no; porque la Madre de Dios no podía perder el uso de la razón; ni murió, pues Dios la reservaba para un mayor dolor; pero si no murió sí sufrió un dolor capaz de causar mil muertes.

Quería la Virgen abrazarlo, como dice San Anselmo, pero los esbirros la rechazan, y empujan hacia adelante al adorado Señor; y María lo sigue. Virgen Santa, ¿adónde vas? ¿Al Calvario? ¿Te atreverás a ver colgado de la cruz al que es tu vida? San Lorenzo Justiniano le dice: ‘Oh Madre afligida, detente: ¿a dónde quieres ir? Si vas con Jesús serás atormentada con su dolor y Él con el tuyo.’ Pero a pesar de que ver morir a Jesús le ha de costar un dolor tan acerbo, la amante María no quiere dejarlo. El Hijo va delante, y la Madre no lejos de Él para ser con Él crucificada. Dice Guillermo: La Madre llevaba su cruz y le seguía para ser crucificada con él. Como define el Papa San Gregorio XVII Magnísimo, “la Santísima Virgen María, al portar la Cruz espiritualmente, quedó su Hombro Derecho físicamente llagado al igual que el de Cristo; mas nadie lo vio.” De todas las llagas, la que causó más dolor a Nuestro Señor Jesucristo fue la de su Hombro Derecho. Como correspondía a su excelsa misión de Covíctima, la Dolorosísima Madre compartió con su Divino Hijo cada una de las tres caídas de la Calle de la Amargura; por lo que, su immaculado y sensibilísimo Cuerpo Accidental, se sintió espiritualmente postrado en el suelo y físicamente contusionado y herido, sin que nadie lo percibiese.

El Tratado de la Santa Misa: “No pasó, pues, inadvertida la dignidad y grandeza de María, Quien era observada atentamente por muchos con gestos de admiración, al ver la magnanimidad, entereza y paciencia inalterables de Ella ante los sufrimientos del Hijo. Esta actitud heroica de María, fue la sublime manifestación de su continuado y necesario fiat para que la Cruz tuviera la Divinísima Víctima, Cristo Jesús; Quien, como define el Papa San Gregorio XVII Magnísimo, ‘fue entregado al Patíbulo por el Padre Celestial y por la Divina María, su Madre’; ya que Ella, en su irrenunciable misión de Corredentora y Corredentora, y en su vehementísimo anhelo de que el Padre fuese reparado y la humanidad redimida, hubiera sido, incluso, capaz de crucificar con sus mismas manos a su Divinísimo Hijo, si no hubiera habido quien lo hiciese.”

Escribe San Juan Crisóstomo: Hasta de las fieras nos compadecemos. Si viéramos a una leona que va detrás de su cachorro que lo llevan a matar, daría compasión. ¿Y no dará compasión ver a María junto a su Cordero immaculado que es llevado a la muerte? Tengamos compasión de María y procuremos también nosotros acompañar a su Hijo y a Ella, llevando con paciencia la cruz que nos manda el Señor. Pregunta San Juan Crisóstomo: ¿Por qué Jesucristo quiso estar solo en los demás sufrimientos y en cambio, al llevar la cruz, quiso ser ayudado por el Cirineo? Y responde: Para que comprendas que la cruz de Cristo no te sirve de nada sin la tuya. No basta para salvarte la sola cruz de Jesús si no llevamos con resignación la nuestra hasta la muerte.

Ejemplo. *La cruz nos une a Dios*. Se le apareció el Salvador a sor Dominica, religiosa en Florencia, y le dijo: “Piensa en mí y ámame, que yo pensaré siempre en ti y te amaré.” Y le ofreció un ramillete de flores con una cruz, significando con ello que las consolaciones de los santos en este mundo han de ir siempre acompañadas de la cruz. Las cruces unen las



almas a Dios. San Jerónimo Emiliano, siendo soldado lleno de vicios, cayó en manos de sus enemigos, que lo encerraron en una mazmorra. Allí, conmovido por sus tribulaciones e iluminado por Dios para cambiar de vida, recurrió a la Santísima Virgen, y con la ayuda de esta Divina Madre comenzó a llevar vida de santo. Mereció ver el trono de gloria que Dios le tenía preparado en el Cielo. Fue Fundador de la Compañía de los Siervos de los Pobres Abandonados, murió como un santo y ha sido canonizado.

La Santa Biblia Palmariana: “La Madre Dolorosísima compartió por la Calle de la Amargura, de forma cruenta e invisible, todos los sufrimientos de Jesús; y también compartió en el Calvario el amarguísimo sabor de vino con hiel y el crudelísimo despojo de las vestiduras. La Santísima Virgen

María, Cosacerdote de Cristo y Covíctima propiciatoria, al mismo tiempo que Cristo ya despojado de sus vestiduras oraba arrodillado al Padre Celestial, Ella, de pie, imploró también consolación; y el Padre Eterno le respondió: ‘Hija mía muy amada, Yo te sostendré hasta el último instante’. Este diálogo lo oyeron el Señor y el Apóstol Juan.”

Quinto dolor: La muerte de Jesús. María al pie de la cruz. Es cosa de admirar una nueva clase de martirio: una madre condenada a ver morir ante sus ojos, ejecutado con bárbaros tormentos, a un hijo inocente y al que amaba con todo su corazón. Estaba junto a la cruz su Madre. No se nos ocurre decir otra cosa para ponderar el martirio de María; contéplala junto a la cruz a la vista de su Hijo moribundo y después dirás si hay dolor semejante a su dolor. Detengámonos también nosotros hoy en el Calvario a considerar esta quinta espada que traspasó el Corazón de María por la muerte de Jesús.

Apenas llegado al Calvario el Redentor, rendido de fatiga, los verdugos lo despojaron de sus vestiduras y clavaron a la cruz sus sagradas manos y sus pies con clavos, no afilados sino romos para más atormentarlo, como dice San Bernardo. Una vez crucificado levantaron la cruz, y así lo dejaron hasta que muriera.

Lo abandonaron los verdugos, pero no lo abandonó María. Entonces se acercó más a la cruz para asistir a su muerte. Le dijo la Santísima Virgen a Santa Brígida: “Yo no me separaba de Él y estaba muy próxima a su cruz.” San Buenaventura le habla así: ‘Señora, ¿de qué te sirvió el ir al Calvario para ver morir a este Hijo? ¿Por qué no te detuvo la vergüenza y el horror de semejante crimen? Debía retenerte la vergüenza, ya que su oprobio era también el tuyo siendo su Madre. Al menos debiera detenerte el horror de semejante delito al ver un Dios crucificado por sus mismas criaturas. Pero responde el mismo santo: Es que tu corazón no pensaba en su propio sufrimiento, sino en el dolor y en la muerte del Hijo amado; y por eso quisiste tú misma asistirle, al menos acompañándole.

Dice el abad Guillermo: ‘Oh verdadera Madre, Madre llena de amor, a la que ni siquiera el espanto de la muerte pudo separar del Hijo amado’. Pero, oh Señor, ¡qué espectáculo tan doloroso era el ver a este Hijo agonizando sobre la cruz y ver agonizar a esta Madre que sufría todas las penas que padecía el Hijo! María reveló a Santa Brígida el estado lamentable de su Hijo moribundo como Ella lo vio en la cruz: “Está mi amado Jesús en la cruz con todas las ansias de la agonía: los ojos hundidos, entornados y mortecinos; las mejillas amoratadas y el rostro desfigurado, la boca entreabierta, los cabellos ensangrentados, la cabeza caída sobre el pecho, el vientre contraído, los brazos y las piernas entumecidos y todo su cuerpo lleno de llagas y de sangre.”

María participa en todos los dolores de su Hijo. Todos estos sufrimientos de Jesús, dice San Jerónimo, eran a la vez sufrimientos de María. Cuantas eran las llagas en el cuerpo de Cristo, otras tantas eran las llagas en el cuerpo y en el corazón de María. El que entonces se hubiera hallado en el Calvario, dice San Juan Crisóstomo, hubiera encontrado dos altares en que se consumaban dos grandes sacrificios: uno en el cuerpo de Jesús y otro en el de María,

donde al mismo tiempo que su Hijo sacrificaba su Cuerpo con la muerte, María sacrificaba su Alma con la compasión. Pero más acertado me parece lo que dice San Buenaventura de que había sólo un altar, es decir, la sola cruz del Hijo, en la cual, junto con la víctima, que era este Cordero divinal, se sacrificaba también la Madre; por eso el Santo le pregunta: 'Oh María, ¿dónde estabas? ¿Junto a la cruz? Ah, con más propiedad diré que estabas en la misma cruz sacrificándote crucificada con tu mismo Hijo'. Así se expresa San Agustín: "La cruz y los clavos fueron del Hijo y de María; crucificado el Hijo, también estaba crucificada la Madre." En efecto, porque como dice San Bernardo, lo que hacían los clavos en el cuerpo de Jesús, lo hacía el amor en el de María; de manera que, al mismo tiempo que el Hijo sacrificaba el cuerpo, la Madre sacrificaba su alma.

María muestra la mayor fortaleza. Las madres, por lo común, no quieren presenciar la muerte de sus hijos; pero si una madre se ve forzada a asistir a un hijo que muere, procura darle todos los alivios posibles; le acomoda en el lecho para que esté de la manera más confortable, le suministra bebida fresca y así va la infeliz madre consolando su dolor. ¡Oh Madre, la más afligida de todas! ¡Oh María, a Ti te ha tocado asistir a Jesús moribundo, pero no has podido darle ningún alivio! Oye María al Hijo, que dice: "Tengo sed," pero no pudo Ella darle un poco de agua para refrescarlo. No pudo decirle otra cosa, sino esto: 'Hijo no tengo más que el agua de mis lágrimas'. Además, la expresión "Tengo sed," Ella la dijo también al mismo tiempo, pues la consumía esa misma sed por la salvación de las almas. Veía que el Hijo en aquel lecho de dolor, colgado de aquellos clavos, no encontraba reposo; quería abrazarlo para aliviarlo, al menos para que expirase entre sus brazos, pero era imposible. Quería abrazarlo, pero las manos, extendidas en vano, volvían hacia sí vacías.

Veía a su pobre Hijo que en aquel mar de penas andaba buscando quien le consolase, y no hubo casi nadie con Él para ayudarle; pero ¿quién iba a querer consolarlo si casi todos los hombres eran sus enemigos, si aun estando en la cruz blasfemaron de Él y se burlaban, unos de una manera y otros de otra? "Los muchos que pasaban por el Calvario, ya que continuamente iban y venían al lugar de los hechos, blasfemaban de Jesús moviendo con burla sus cabezas." Unos le decían a la cara: "Si eres el Hijo de Dios, desciende de la cruz." Y otros: "A otros hizo salvos y a Sí mismo no se puede salvar; sálvese ahora a Sí mismo, si Éste es el Cristo, el Escogido de Dios." "Si Él es el Cristo, el Rey de Israel, descienda ahora de la Cruz." Dijo la Santísima Virgen a Santa Brígida: "Oí a unos que llamaban a mi Hijo ladrón y a otros que lo llamaban impostor; a algunos, decir que nadie merecía la muerte como Él; y todas esas cosas eran como nuevas espadas de dolor."

En la Santa Biblia palmariana leemos: "Y en medio de aquel sentimiento de la más terrible orfandad... clamó Jesús con gran voz, diciendo: 'Eli, Eli, lamma sabachthani?', esto es: 'Dios mío, Dios mío, mírame, ¿por qué me has abandonado?', sin que Él recibiera respuesta alguna de su Padre..." Y el Tratado de la Santa Misa enseña: "La Santísima Virgen María, en el Monte Calvario, preguntó al Padre Eterno, al igual que Cristo: '¿Por qué me has abandonado?' Y tampoco recibió respuesta. Dichas palabras las dijo la Divina María, en privado, al mismo tiempo que Cristo las pronunciaba públicamente... La Santísima Virgen María, en el Monte Calvario, al igual que Cristo y con los mismos fines, pidió al Padre Eterno quedar pendiente de la Cruz, sufriendo hasta el fin de los tiempos; y el Padre Eterno la hizo entender, como a Cristo, que tal sacrificio sería estéril. E inmediatamente después, Ella tuvo sed. Tan vehementísimo deseo de sufrir, lo manifestó la Divina María a la vez que su Divinísimo Hijo, al tener velada, como Él, parte de la ciencia infusa en el estado pasible de su Divina Alma."

Pero lo que más acrecentó el dolor de María, junto con la compasión hacia su Hijo, fue oírle lamentarse de que hasta el Eterno Padre le había abandonado: "Dios mío, Dios mío, mírame, ¿por qué me has abandonado?" Palabras, como dijo la Madre de Dios a Santa Brígida, que no se le pudieron ya apartar de la mente ni del corazón, mientras no hacía otra cosa que ofrecer a la Justicia Divina la vida de su Hijo por nuestra salvación. Por esto



comprendemos que Ella, por mérito de sus dolores, cooperó a que nacióramos para la vida de la gracia, que por esto somos hijos de sus dolores.

María, Madre de todos al pie de la cruz. Quiso Cristo que Ella estuviera presente como cooperadora de nuestra redención; pues había decretado dárnosla como Madre, y en la cruz debía darnos a luz como hijos. Y si el Corazón de María encontró algún alivio en aquel mar de amarguras, esto era lo único que entonces la consolaba: saber que por medio de sus dolores nos estaba dando a luz para la vida eterna. Eso mismo le reveló Jesús a Santa Brígida: “María, mi Madre, por su compasión y caridad, se hizo Madre de todos en el Cielo y en la tierra.” Y de hecho éstas fueron las últimas

palabras con que Jesús se despidió de Ella antes de morir, éste fue el último recuerdo, dejarnos por sus hijos en la persona de Juan cuando le dijo: “Mujer, he aquí a tu hijo.”

María ejerce con nosotros el oficio de Madre buena, y ya se notó en aquel momento porque, como atestigua San Pedro Damiano, el buen ladrón se convirtió y se salvó por las plegarias de María: Por eso se arrepintió el buen ladrón, porque la Virgen Santísima, colocada entre la cruz del Hijo y la del ladrón, oraba por él, recompensándole con ello el servicio que en otro tiempo él le había hecho. Con esto alude a lo que afirman antiguos autores diciendo que la familia de este ladrón, en la huida a Egipto con el Niño Jesús, había sido cortés con ellos. Este oficio de intercesión la Santísima Virgen continúa realizándolo.

Ejemplo. *Un pecador se salva por los dolores de María.* En Perugia, un joven le prometió al demonio que si le facilitaba cometer cierto pecado le entregaba su alma, y le hizo escritura del trato firmada con su sangre. Cometido el pecado, el demonio quiso saldar la promesa y lo llevó al borde de un pozo, amenazándole que si no se tiraba lo llevaría en cuerpo y alma a los infiernos. El joven desgraciado, pensando que no podía escapar de sus garras, se acercó al borde del pozo para lanzarse, pero aterrorizado ante el espectro de la muerte, le dijo al enemigo que no tenía valor para arrojarle, que lo empujara él. El joven llevaba al cuello el escapulario de la Virgen Dolorosa, por lo que le dijo el demonio: Qúitate eso, que yo te ayudaré a cumplir lo prometido. Pero el joven, comprendiendo que por el escapulario le seguía protegiendo la Madre de Dios, dijo que no se lo quería quitar. Después de muchos altercados el demonio se retiró avergonzado y el pecador, reconocido a la Madre Dolorosa, fue a agradecerle el gran favor, y arrepentido de sus pecados colgó el fatal documento en un cuadro en el altar de la iglesia de Santa María la Nueva, en Perugia.

Sexto dolor: La lanzada, y Jesús es descendido de la Cruz y puesto en los brazos de su Santísima Madre. María, Madre de todo dolor. “Oh vosotros, todos los que pasáis por el camino, atended, y mirad si hay dolor como mi dolor.” (Jeremías). Almas devotas, escuchad lo que dice la Virgen Dolorosa: ‘Amadas hijas, mi Corazón está desconsolado después de la muerte de mi amado Jesús. Si queréis complacerme, esto es lo que quiero de vosotras: dejad de ofenderle con vuestros pecados, amadle sinceramente, agradecedle, y contempladme y ved si en el mundo ha existido jamás un dolor semejante al mío al ver que me arrebatan con tanta crueldad al que era todo mi amor.’

Sus dos hermanas, María Cleofás y María Salomé, en los momentos cruciales del Calvario, se unieron a la Santísima Virgen María en el dolor. Señora, ya que admites este consuelo en tanto padecer, permíteme también a mí que me una a Ti, contemplando tus dolores. Pero, con la muerte de tu Hijo no han concluido tus sufrimientos. Vas a ser herida con nueva espada de dolor al ver traspasar con una lanzada cruel el costado de tu mismo Hijo ya muerto, y después tendrás que recogerlo entre tus brazos al ser bajado de la cruz. Esto es lo que vamos a considerar en el sexto dolor que afligió a esta pobre Madre. Esto reclama nuestra atención y nuestras lágrimas, porque los dolores de Nuestra Señora la Virgen María no la atormentaron de uno en uno, sino que en esta ocasión pareciera que

acudieron todos en tropel a asaltarla.

Basta decirle a una madre que ha muerto su hijo para revivir en ella todo el amor a su hijo perdido. Algunos, para aliviar a las madres cuando han muerto sus hijos, tratan de recordarles los disgustos que les dieron. Pero, Reina mía, si yo quisiera con ese procedimiento aliviar tu dolor por la muerte de Jesús, ¿qué disgusto recibido de él podría recordar? No, porque él siempre te amó, siempre te obedeció, siempre te respetó. Y ahora lo has perdido. ¿Quién podrá ponderar de modo apropiado tu sufrimiento? Tú sola que lo probaste puedes explicarlo.

María ofrece a su Hijo al Padre. Habiendo muerto nuestro Redentor, dice un autor piadoso, el primer pensamiento de la Madre de Dios fue acompañar a su Hijo y presentarlo al Padre Eterno. Debió decirle María: ‘Te presento, Dios mío, a tu Hijo e Hijo mío, que ya te ha obedecido hasta en la muerte; recíbelo entre tus brazos. Ya está satisfecha tu Justicia y cumplida tu Voluntad; ya está consumado el gran sacrificio digno de tu eterna gloria’. Y después, mirando el cuerpo muerto de su Jesús, diría: ‘Oh llagas, llagas de amor, yo os adoro y con vosotras me congratulo, ya que por vuestro medio se ha realizado la salvación del mundo. Quedaréis abiertas en el cuerpo de mi Hijo para ser el refugio de aquellos que en vosotras se amparen. ¡Cuántos por vosotras recibirán el perdón de sus pecados y por vosotras se inflamarán en amor del Sumo Bien!’

La lanzada. Mientras María estaba llorando la muerte de su Hijo, vio que un soldado le da violentamente una lanzada y con ella le abre el costado a Jesús. “El soldado Casio abrió el Costado derecho de Jesús con una lanza, que atravesó su Corazón, saliendo de él la última Gota de Sangre que le quedaba; y, además, salió Agua.” (Santa Biblia).

Al golpe de la lanza retembló la cruz y el corazón de Jesús quedó abierto, como le fue revelado a Santa Brígida. La última Gota de Sangre que aún le quedaba, la quiso derramar el Salvador para darnos a entender que no tenía más sangre que darnos. El ultraje de esta lanza fue para Jesús, pero el dolor fue para María. Dice Lanspergio: “Compartió Cristo con su Madre su sufrimiento de esta herida, de modo que él recibió el ultraje y María el dolor.” Afirman los Padres de la Iglesia que esta fue la espada que predijo a la Virgen el santo anciano Simeón; espada no de acero, sino de dolor que traspasó su alma bendita; pues al traspasar la lanza el Corazón de Jesús donde Ella siempre moraba, traspasó místicamente el Corazón Inmaculado de María.

Así dice, entre otros, San Bernardo: “La lanza que atravesó su costado atravesó a la vez el alma de la Virgen, que no podía separarse de Él.” Reveló la Madre de Dios a Santa Brígida: “Al ver el costado de mi Hijo traspasado, entonces mi Corazón fue traspasado.” Dijo el Ángel a Santa Brígida que fueron tantos y tales los sufrimientos de María, que no murió por milagro de Dios; es decir, que sólo por el don esencial de la inmortalidad que poseía, no murió. En los demás dolores tenía al menos al Hijo que la compadecía; en éste no tenía al Hijo que la pudiera consolar.

¡Oh Madre de los Dolores! ¡Oh Reina de los mártires! La lanza de Longinos hiere el Costado de vuestro amadísimo Hijo, muerto en la Cruz; y cumpliéndose la profecía del anciano Simeón, la misma lanzada traspasa real y verdaderamente vuestro propio Corazón Inmaculado, unido al de Cristo en la Cruz... ¡Qué dolor atroz sin par y, al mismo tiempo, qué sublime gozo inenarrable de Madre! Brota de vuestros Sagrados Corazones la Iglesia lavada y renovada, cumpliéndose también vuestra Muerte mística al pie de la Cruz, mientras que dais a luz también a mí, pecador, culpable de vuestros dolores.

El Tratado de la Santa Misa dice: “La Divina María, al pie de la Cruz, en el momento de la Lanzada, tuvo la segunda fase de su Muerte Espiritual, con la cual culminó su Reparación al Padre por los pecados mortales perdonados de todos los hombres; ya que, con su Muerte Espiritual, sufrió, como jamás hasta entonces, las penas de daño y de sentido correspondientes a estos pecados. La Muerte Espiritual cruenta de María, al pie de la Cruz, que propiamente le correspondía a Ella como Cóvictima del Calvario, tuvo lugar, pues, en el mismo instante



en que fue traspasado su Inmaculado Corazón al atravesar Longinos con la lanza el Déficio Corazón de Cristo. Dicha Muerte Espiritual fue el verse privada Ella, en todo su ser, de la visión de la Esencia Divina durante siete segundos, al estar así decretado por el Altísimo. Esta privación, fue para la Divina Covíctima el mayor padecimiento sufrido en su vida terrena; ya que superó indeciblemente todos los demás juntos; incluso, los de su participación cruenta en los sufrimientos propios de su Divino Hijo y el que sufrió físicamente su Inmaculado Corazón con la misma Lanzada; pues, por muy inimaginablemente penosos que fueran para Ella todos esos padecimientos, jamás podrán compararse con el mayor dolor de verse privada de la contemplación de Dios, al ser esto connatural al estado esencialmente glorioso de su Alma y de sus Cuerpos, ya que la visión beatífica constituye la culminación de la vida del alma.”

Sermón del Papa San Gregorio XVII Magnísimo: “Mirad, San Juan Evangelista dio testimonio de lo que vio en el Calvario: Vio, del Costado derecho de Cristo, salir sangre y agua; y su testimonio es verdadero. Y ahí salieron los frutos del tálamo nupcial de Cristo y la Cruz redentora, porque si bien, con la muerte de Cristo en el Calvario, quedó ya reparado el Padre Eterno, todavía la Redención no se obró hasta que la lanzada abrió el Costado. Y en la lanzada iban todos los sacrificios de la Iglesia, y entonces salió la Gota de Sangre, aunque ya hacía una hora que Cristo había muerto, pero salió la Gota de Sangre que ya indicaba el parto. Mirad, ¡qué profundidad!... Para que saliera el fruto del desposorio de Cristo y la Cruz redentora, fue necesario que atravesaran el Costado derecho de Cristo. Diríamos como si hubiera sido necesario lo que hoy se llama cesárea para las mujeres a las que hay que sacarles el hijo, porque ya no puede salir, sino que hay que sacarlo, rajar y extraerlo. Contemplad este misterio, esto que hicieron con el Costado derecho de Cristo, sin ellos saber lo que estaban haciendo... Fue necesario hasta esto. Este sufrimiento ya no fue para Cristo, porque ya estaba muerto. Este sufrimiento fue para María. El parto de María dando a luz a nosotros, sus hijos, fue dolorosísimo. Ella, que no sufrió al dar a luz a Cristo, sí sufrió al dar a luz a nosotros. Mirad, ¡qué profundidad! La lanza de Longinos, atravesando el Costado derecho de Cristo y llegando al Corazón de María, porque María está entronizada en el Corazón de Cristo, María sintió como si le hicieran una brutal cesárea para sacar los frutos, el Cuerpo Místico de Cristo, nosotros. ¿Habéis meditado en esta profundidad? Mirad cómo ahora ya llega María, la Madre, la Esposa amantísima de Cristo, la Madre total del Cristo total, María, a su momento, aquí está ahora. Ya, este dolor no era para Cristo. Hacía una hora que había muerto. Este dolor era ahora para María, para la Madre, para la que tenía que parir, dar a luz al Cuerpo Místico de Cristo, que había concebido, al concebir por obra del Espíritu Santo a Cristo, Nuestro Señor. Mirad, ¡qué profundidad! María, dando a luz a la Iglesia por medio del Costado derecho de Cristo ya muerto, ¡qué profundidad esta! Amadísimos hijos,... medita en este misterio. Hemos salido del Costado derecho de Cristo, y no obstante hemos sido concebidos por María: Es que salimos por el Costado derecho de Cristo porque la lanza ha pasado al Corazón de María, entronizado en el Corazón de Cristo; y María nos ha dado a luz, dándonos salida por el Costado derecho de Cristo. Esa ha sido la salida de los hijos de la Santísima Virgen María, nosotros, el Cuerpo Místico de Cristo. Hemos salido por el Costado derecho de Cristo, porque el Corazón Inmaculado de María ha sido traspasado por la lanza de Longinos, al traspasar el Costado derecho de Cristo. He aquí una sublime cesárea. Es profundo esto: María, que no sufrió cuando dio a luz a Jesucristo, nuestro Dios y Señor, al Verbo Divino hecho Carne, no obstante sufrió al dar a luz al Cuerpo Místico de Cristo, nosotros, los miembros de la Iglesia. María sufrió, entiéndase espiritualmente, sufrió en su Corazón Inmaculado entronizado en el Corazón de Cristo,

sufrió una sublime cesárea, por donde salimos los miembros del Cuerpo Místico de Cristo, pues, para que la Gota de Sangre de María saliera, y, con ella, el Espíritu Santo en forma de agua, fue necesario que traspasaran el Costado derecho de Cristo, que ya estaba muerto.”

El descendimiento. Temiendo la Madre Dolorosa que le hicieran nuevos ultrajes al Hijo amado, le rogó a José de Arimatea que consiguiera de Pilato el Cuerpo de Jesús para que, al menos muerto, pudiera cuidarlo y librarlo de nuevos ultrajes. Fue José a Pilato y le expuso el dolor y el deseo de esta Madre afligida. Dice San Anselmo que la compasión de la Madre enterneció a Pilato y le movió a conceder el cuerpo del Salvador.

He aquí que ya bajan a Jesús de la cruz. Oh Virgen sacrosanta, después que Tú, con tanto amor has dado al mundo a tu Hijo por nuestra salvación, he aquí que el mundo ingrato ya te lo devuelve. Pero, oh Señor, ¿cómo te lo devuelve? María diría entonces al mundo: “Mi Amado es gallardo y complaciente,” pero tú me lo entregas lleno de cardenales y rojo, no por el color de su carne, sino por las llagas que le has hecho.” Él enamoraba con su aspecto y ahora da lástima a quien lo mire. ¡Cuántas espadas, dice San Buenaventura, hirieron el alma de esta Madre al serle presentado el Hijo bajado de la cruz! Basta considerar el sufrimiento de cualquier madre cuando le presentan a su hijo muerto.

Tratado de la Santa Misa: “El Deífico Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo fue luego descendido de la Cruz a medida que José de Arimatea y Nicodemo, con suavidad y sin ningún esfuerzo, iban soltando la sábana que lo sostenía; lo cual fue indescriptiblemente conmovedor; pues todo se hizo con tanta precaución, como si temieran causar algún daño a Jesús; por lo que guardaron para con el Santo Cuerpo muerto el amor y la veneración que habían tenido con el Salvador durante su vida. Esta inolvidable escena, fue contemplada por los piadosos circunstantes con derramamiento de abundantes lágrimas, y en el más profundo silencio y respeto.”

María recibe el cuerpo de su Hijo. Medita cómo la afligida Madre, extendiendo los brazos, va al encuentro de su amado Hijo, lo abraza y después se sienta al pie de la cruz teniéndole en su regazo. Y Ella ve aquella boca entreabierta, los ojos nublados, aquella carne lacerada, aquellos huesos descarnados; le quita la corona de espinas y ve los estragos que le ha causado en su Sagrada Cabeza; mira aquellas manos y aquellos pies traspasados, y dice: ‘¡Hijo mío, a qué te ha reducido el amor que tienes a los hombres! ¿Qué mal les has hecho que así te han tratado?’ San Bernardino de Bustos le hace decir: ‘Tú eras para mí un padre, un hermano, un esposo, mis delicias y mi gloria; tú eras todo para mí. Hijo, mira cómo estoy de afligida, mírame y consuélame. Pero tú ya no me puedes mirar. Habla, dime una palabra de alivio; pero no hablas ya porque estás muerto. Oh espinas crueles, decía contemplando aquellos instrumentos atroces, clavos, lanza despiadada, ¿cómo habéis podido atormentar así a vuestro Creador? Pero ¿qué espinas?, ¿qué clavos? Oh pecadores, exclamaba, vosotros sois los que habéis maltratado de este modo a mi Hijo.’

San Luis de Granada describe cómo María recibe en su regazo el cuerpo exánime de Jesús: “Cuando la Virgen tuvo a su Hijo en sus brazos, ¿qué lengua podrá explicar lo que sintió?... ¡Oh ángeles de la paz!, llorad con esta sagrada Virgen; llorad, cielos; llorad, estrellas del cielo; y todas las criaturas del mundo, acompañad el llanto de María. Se abrazó la Madre con aquel cuerpo despedazado y le apretó fuertemente en su pecho; sólo para esto le quedaban fuerzas. Mete su cara entre las espinas de la sagrada cabeza; júntase rostro con rostro; tñese la cara de la Madre con la sangre del Hijo, y riégase la del Hijo con las lágrimas de la Madre. ¡Oh Dulce Madre!, ¿y es ése por ventura vuestro dulcísimo Hijo? ¿Es ése el que concebiste con tanta gloria y diste a luz con tanta alegría? Pues, ¿qué



se hicieron vuestros gozos pasados? ¿Dónde se fueron vuestras alegrías antiguas? ¿Dónde está aquel espejo de hermosura en que os mirabais?... Lloraban todos los que presentes estaban, lloraban aquellas santas mujeres, lloraban aquellos nobles varones, lloraba el cielo y la tierra, y todas las criaturas acompañaban las lágrimas de la Virgen.”

¡Oh Faz adorable de Jesús! Tu Madre, con sus lágrimas, te limpió y te dejó tan pura como cuando te dio el primer beso allá en el portal de Belén. María fue, pues, quien realizó el más grande y más completo acto de reparación. En el esplendoroso trono de su regazo fuiste recibido, Jesús mío, como Príncipe que vuelve victorioso y lleno de gloria. De los brazos de la cruz, donde alcanzaste la victoria contra el pecado y la muerte de las almas, pasaste a los de tu Santísima Madre. Su rostro, bañado en lágrimas, se juntó con el tuyo ensangrentado, manchado y empalidecido por la muerte, y un beso de maternal y reverente amor los hizo resplandecer a los dos, pues la victoria del Hijo Redentor del mundo era la gloria de la Madre, consagrada por el mismo Hijo como Mediadora y Abogada, como Madre también de todos los hombres. ¡Adorable Jesús! Que por conducto de nuestra Madre la Santísima Virgen suban mis lágrimas de dolor para limpiarte de tantas manchas como te enturbian, y mis oraciones lleguen al trono del Altísimo en súplica de la conversión y del perdón de los blasfemos.

Tratado de la Santa Misa: “A la Divina María, al ver en sus brazos a su amadísimo Hijo llagado y desfigurado en su hermosura, se la renovaron los dolores de su Inmaculado Corazón; mas, a la vez, fue para Ella de sumo gozo, por la posesión de su Divinísimo Tesoro. La Divina Madre adoró con supremo culto y reverencia a su Divino Hijo sobre su regazo, y con Ella toda la Corte celestial, así como Juan, las santas mujeres y demás seguidores de Jesús allí presentes...”

Santa Biblia Palmariana: “Era necesario y lógico dar, a la que había de ser Madre del Altísimo, dos hermanas, María Cleofás y María Salomé, para que, en los momentos cruciales del Calvario, humanamente la consolaran. Esos fueron los planes divinos: Dar dos hermanas a la Santísima Virgen María para que se unieran en el dolor a Ella.” Mensaje dado al Padre Fernando, luego Papa San Gregorio XVII: “¡Qué grandeza la de estas dos santas mujeres, consolar a la Madre del Redentor, en la hora del ofrecimiento de la Víctima al Eterno Padre! Os puedo decir que, mi Madre, la Virgen María, cumplió la primera, antes que nadie, después que Yo, la misión de Sacerdote, al ofrecer al Eterno Padre la Víctima. Ella me tuvo en su regazo, y elevando la vista al Cielo, me ofreció al Eterno Padre, al igual que Yo mismo me había ofrecido como Víctima Propiciatoria. Y las otras Marías, mis tías, cumplieron la misión de coadjutoras, ayudando a la que ofreció la Víctima. Ellas dos, una a cada lado de mi Santísima Madre, ayudaron a elevar un poco mi Cuerpo muerto, para darle fuerza a la Reina de Cielos y Tierra, para ofrecer la Víctima; y ellas dos, enjugaron las lágrimas de mi Madre. La abrazaron estrechamente. Mi Madre reclinó su cabeza sobre los hombros de sus hermanas. ¿Cabe mayor amor de un Dios hacia su Madre?”

María sólo halla consuelo si evitamos el pecado. Así se expresaba María, y se lamentaba por culpa de nosotros. Pero si ahora pudiera padecer, ¿qué diría?, ¿qué pena no sentiría al ver que los hombres, después de haber muerto el Hijo suyo, continuaban persiguiéndole y crucificándole con sus pecados? No atormentemos más a esta Madre Dolorosa; y si en lo pasado la hemos afligido con nuestras culpas, hagamos lo que ahora nos dice, que es que recapacitemos. Pecadores, volved hacia el Corazón herido de Jesús; volved arrepentidos, que Él os acogerá. Parece decirnos: ‘Huye de Él para refugiarte en Él; huye del Juez, al Redentor; del tribunal, a la cruz.’ Según las revelaciones de la Virgen a Santa Brígida, a su Hijo ya bajado de la cruz, le pudo cerrar los ojos, pero le costó cruzarle los brazos, como si quisiera darle a entender que Jesucristo quiso seguir con los brazos abiertos para acoger a todos los pecadores arrepentidos que vuelven a Él. ‘Oh mundo’, parece seguir diciendo María, ‘es tu tiempo, el tiempo de amar y de ser amado. Mira, oh mundo, que mi Hijo ha muerto por salvarte y no es tiempo para el temor, sino para el amor; tiempo de amar al que

para demostrarte el amor que te tiene ha querido padecer tanto.’

Dice San Bernardino: “Por eso fue vulnerado el Corazón de Cristo, para que a través de la llaga visible se viera la herida del amor invisible.” Si, pues, al Divino Hijo, María ha querido que le fuera abierto el costado para darte su corazón, es del todo razonable que tú también le des el tuyo. Y si queréis, hijos de María, encontrar sitio en el Corazón de Jesús, sin veros rechazados, id junto a María, que Ella os conseguirá la gracia. Y en prueba de esto, he aquí un ejemplo sobre la Misericordia de Dios con un pecador arrepentido:

Refiere el ‘Discípulo’ (sobrenombre de Juan Herolt), que un pobre pecador, después de haber cometido toda suerte de crímenes hasta llegar a matar a su padre y a un hermano, como es natural, andaba fugitivo. Este hombre, un día de cuaresma, oyendo a un predicador hablar sobre la Divina Misericordia, fue a confesarse con él. El confesor, oyendo tan grandes pecados, después de absolverlo lo mandó ante el altar de la Virgen Dolorosa para que rezara ante ella la penitencia. Fue el pecador y comenzó a rezar, cayendo muerto de repente. Al día siguiente, el Sacerdote recomendó al pueblo que rogase por el alma del difunto, y en aquel momento se vio volar por la iglesia una blanca paloma que dejó caer de su pico un papel en el que estaban escritas las siguientes palabras: “El alma del difunto, apenas salir del cuerpo, ha entrado en el Paraíso; y tú, sigue predicando la misericordia de Dios y la devoción a los dolores de María como el medio más eficaz para obtener tan felices resultados.”

Séptimo dolor: La sepultura de Jesús. La soledad de María. Cuando una madre está junto al hijo que sufre, sin duda padece todas las penas del hijo; pero cuando el hijo atormentado ha muerto y va a ser sepultado y la madre tiene que despedirse de su hijo, oh Señor, el pensamiento de que no ha de verlo más es superior a todos los demás dolores. Esta es la última espada de dolor que ahora vamos a considerar, cuando María, después de haber asistido al Hijo en la cruz, después de haberlo abrazado ya muerto, debía finalmente dejarlo en el sepulcro, quedando privada de su amada presencia.

Pero a fin de considerar mejor este último misterio de dolor, volvamos al Calvario para contemplar a la afligida Madre que aún tiene abrazado al Hijo muerto. Parece que le dijera: ‘Hijo, hijo mío, te has vuelto cruel conmigo; sí, porque todas tus bellas cualidades, tu hermosura, tu gracia, tu virtud, tus modales amables, todas las muestras de amor especialísimo que me has dado se han trocado en otras tantas flechas de dolor, que cuanto más me han inflamado en tu amor, tanto más me hacen sentir ahora la pena cruel de haberte perdido. Hijo mío tan amado, al perderte a ti lo he perdido todo’. San Bernardo imagina que le habla así: ‘¡Oh verdadero Hijo de Dios, tú eras para mí padre, hijo y esposo; tú eras el alma mía! Ahora me veo huérfana de padre, quedo viuda sin esposo, me siento desolada sin hijo; habiendo perdido al hijo, lo he perdido todo.’

De este modo está María anegada en su dolor abrazada a su Hijo; pero los santos discípulos, temiendo que esta pobre Madre muriese allí de dolor, se apresuraron a quitarle de su regazo aquel Hijo muerto para darle sepultura. Por lo cual, reverentemente se lo tomaron del regazo de María y lo colocaron en la sábana que habían usado para el descenso de la Cruz. De esta manera lo bajaron de la roca del Calvario hasta la gruta del sepulcro; los Ángeles del Cielo lo acompañan; las santas mujeres van detrás, y con ellas la Madre dolorosa siguiendo al Hijo a la sepultura. Llegados al lugar del sepulcro, lo envolvieron en la sábana en la cual quiso el Señor dejar al mundo impresa su figura, como se ve hoy en Turín. Cuánto hubiera deseado María quedar en el sepulcro con su Hijo si ésa hubiera sido su voluntad. Pero como no era ése el divino querer, al menos acompañó al cuerpo sagrado de Jesús dentro del vestíbulo del sepulcro mientras lo colocaban en la cámara mortuoria interior. Al ir a rodar la piedra para cerrar el sepulcro, María se resigna a mirarlo por última vez y se despide de su Hijo, y



esta Madre dolorosa le ofrece su Corazón Inmaculado y Dolorido que deja sepultado con el de su Hijo amadísimo. Dijo la Virgen a Santa Brígida: “Puedo decir con verdad que habiendo sido sepultado mi Hijo, allí quedaron sepultados dos corazones.”

Por fin ruedan la piedra y queda encerrado en el santo sepulcro el Cuerpo de Jesús, aquel gran tesoro, que no lo hay mayor ni en el Cielo ni en la tierra. Hagamos aquí una digresión: María deja sepultado su corazón en el sepulcro con Jesús, porque Jesús es todo su tesoro. “Donde está vuestro tesoro, allí también está vuestro corazón.” ¿Y nosotros dónde tenemos puesto nuestro corazón? ¿Tal vez en las criaturas? ¿En el fango? ¿Y por qué no en Jesús que aun habiendo ascendido al Cielo ha querido quedarse, no ya muerto, sino vivo en el Santísimo Sacramento del Altar para tenernos consigo y poseer nuestros corazones?

María se despidió de su Hijo. Pero volvamos a María. Al decir de San Buenaventura, al partir del sepulcro lo bendijo diciendo: Sagrada piedra, piedra afortunada que ahora guardas dentro de ti al que ha estado nueve meses en mi seno, yo te bendigo y te envidio; te dejo que custodies este Hijo mío que es todo mi bien y todo mi amor. Y después, dirigiéndose al Eterno Padre, diría: Oh Padre, a ti encomiendo a este tu Hijo y mío.

El Tratado de la Santa Misa dice que en esos momentos: “La Divina María, a la vez que estaba físicamente viva en el Cenáculo, participaba en el sepulcro de la Muerte de Cristo, al estar Ella, místicamente muerta y sepultada con Él, en virtud de la entronización, en el Deífico Corazón de Cristo, de un Trozo de su maternal Corazón; pues, como sabemos, la mutua habitabilidad de los Corazones entre Él y Ella jamás se rompió.”

Andaba esta pobre Madre tan triste y afligida que, según San Bernardo, excitaba las lágrimas de muchos aun sin querer, de modo que por donde pasaba los que la veían no podían contener el llanto. Y añade que los que la acompañaban lloraban por el Señor y por Ella a la vez. Afirma San Buenaventura que las santas mujeres le pusieron un velo de luto, como el de las viudas, que le ocultaba en gran parte el rostro.

María en soledad. Entrando en el Cenáculo, María mira en torno, pero ya no ve a Jesús, y le vienen a la memoria todos los recuerdos de su hermosa vida y de la despiadada muerte. Se acuerda de los primeros abrazos que le dio al Hijo en la gruta de Belén, de los coloquios tenidos con él durante tantos años en la casita de Nazaret; le vienen a la mente las constantes muestras de afecto mutuo, las tiernas miradas llenas de amor, las palabras de vida eterna que salían siempre de su boca divina. Pero luego se le representan las terribles escenas vividas aquel mismo día; se le representan aquellos clavos, aquella carne lacerada de su Hijo, aquellas llagas profundas, aquellos huesos a la vista, aquella boca entreabierta, aquellos ojos sin vida. ¡Qué noche aquella de dolor para María! Contemplando a San Juan, la Madre dolorosa le preguntaría: Juan, ¿dónde está tu Maestro? Después le preguntaba a Magdalena: Dime, hija, ¿dónde está tu amado? ¿Quién te lo ha quitado? Lloró María y con Ella todos los que la acompañan.

El Papa San Gregorio XVII estableció que todos los días, en la Basílica de Nuestra Madre del Palmar Coronada, se cante el “Stabat Mater” antes del Viacrucis. Este himno en latín nos asocia al intenso dolor de María Santísima al pie de la Cruz en el Calvario. Fue escrito por el Papa San Inocencio III a principios del siglo XIII. El Stabat Mater fue usado frecuentemente en la liturgia durante siglos, y en 1727 San Benedicto XIII ordenó su rezo en la Misa de la festividad de los Siete Dolores de la Santísima Virgen María. Ponemos aquí una traducción, para que podáis llenaros de sus tiernos sentimientos de compasión. Traducción del *Stabat Mater*:

Estaba de pie la Madre dolorosa junto a la Cruz, lacrimosa, mientras pendía el Hijo.
Cuya ánima gimiendo, contristada y doliente atravesó la espada.

¡Oh cuán triste y afligida estuvo aquella bendita Madre del Unigénito!

Languidecía y se dolía la piadosa Madre que veía las penas de su excelso Hijo.

¿Qué hombre no lloraría si a la Madre de Cristo viera en tanto suplicio?

¿Quién no se entristecería al contemplar a la Madre de Cristo sufriendo con su Hijo?

Por los pecados de su gente vio a Jesús en los tormentos y doblegado por los azotes. Vio a su dulce Hijo muriendo desolado al entregar su espíritu.

Oh, Madre, fuente de amor, hazme sentir tu dolor, contigo quiero llorar.

Haz que mi corazón arda en el amor de mi Dios y en cumplir su Voluntad.

Santa Madre, yo te ruego que me traspases las llagas del Crucificado en el corazón.

De tu Hijo malherido que por mí tanto sufrió comparte conmigo las penas.

Déjame llorar contigo condolerme por el Crucificado mientras yo esté vivo.

Junto a la Cruz contigo estar y contigo asociarme en el llanto es mi deseo.

Virgen de Vírgenes preclara no te amargues ya conmigo, déjame llorar contigo.

Haz que llore la muerte de Cristo, hazme socio de su Pasión, haz que me quede con sus Llagas.

Haz que me hieran sus Llagas, haz que con la Cruz me embriague, y con la Sangre de tu Hijo.

Para que no me queme en las llamas, defiéndeme tú, Virgen santa, en el día del juicio.

Cuando, Cristo, haya deirme, concédeme que tu Madre me guíe a la palma de la victoria.

Cuando mi cuerpo muera, haz que a mi alma se conceda del Paraíso la gloria. Amén.

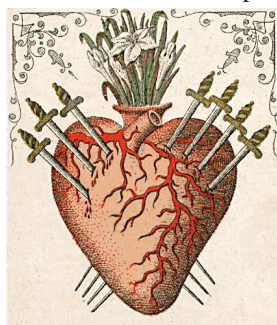
Y tú, alma mía, ¿no lloras? Vuelto hacia María, dile con San Buenaventura: “Déjame, Señora mía, que llore contigo; Tú eres la inocente y yo soy el reo.” Ruégale que al menos te admita a llorar con Ella: haz que llore contigo. Ella llora por amor, Lloro tú de dolor por tus pecados. Y de esta manera, llorando tú, podrás tener la gracia que recibió aquel de quien se habla a continuación:

Ejemplo. *Visita de María a un religioso moribundo.* Refiere el Padre Engelgrave que un religioso vivía tan atormentado por los escrúpulos, que a veces estaba casi al borde de la desesperación; pero como era devotísimo de la Virgen de los Dolores, recurría siempre a ella en sus luchas espirituales y contemplando sus dolores se sentía reconfortado. Le llegó la hora de la muerte y, entonces, el demonio le acosaba más que nunca con sus escrúpulos y lo tentaba de desesperación. Cuando he aquí que la piadosa Madre, viendo a su pobre hijo tan angustiado, se le apareció y le dijo:

¿Y tú hijo mío, te consumes de angustias cuando en mis dolores tantas veces me has consolado? Hijo mío, ¿por qué te entristeces tanto y estás lleno de temor, tú que no has hecho más que consolarme con tu compasión de mis dolores? Jesús me manda para que te consuele; así que ánimo, llénate de alegría y ven conmigo al paraíso. Y al decir esto el devoto religioso, lleno de consuelo y confianza, plácidamente expiró.

Otros ejemplos de la devoción a los Dolores de la Madre de Dios:

Participaba de los Dolores de María. Santa Gema Galgani decía: “Vaya quien quiera a contemplar a Jesús en el Tabor, yo le contemplaré en el Calvario, acompañando a mi querida Madre Dolorosa.” Por fin, un día, queriendo Jesús asociarla plenamente a la Dolorosa al pie de la Cruz, se le apareció y le dijo: “¡Gema, valor! ¡Te espero en el Calvario!” Era el 8 de junio de 1899. Oíó a la Santa: “Al anoecer, sentí un dolor tan intenso de mis pecados, que me puso a las puertas de la muerte.” Nótese que jamás cometió un solo pecado venial advertido. Prosigue la santa: “Al recogimiento interior, le siguió la pérdida de los sentidos. Me encontré en presencia de mi Madre Celestial, la cual me dirigió estas palabras: ‘Hija, en nombre de Jesús, tus pecados te son perdonados.’ Después agregó: ‘Mi Hijo te ama mucho, y quiere concederte una gracia. ¿Te harás digna de ella?’ No sabía qué responder, y ella me animó, diciendo: ‘Seré tu Madre. ¡Te portarás como mi buena hija!’ En el mismo instante, se apareció Jesús con sus llagas abiertas; pero, en vez de manar sangre, salían de ellas llamas de fuego, las cuales, tocando en mis manos, pies y costado, me causaron tan mortal dolor, que si mi Madre Celestial no me hubiera sostenido, hubiera rodado por el suelo. Permanecí varias horas en aquella posición, cubierta con el manto de mi Madre Santísima, la cual me besó en la frente. Después desapareció todo. Al volver en mí, noté que estaba en el suelo arrodillada; que las manos, pies y costado me dolían mucho; y al levantarme del suelo, vi



que de las partes doloridas manaba sangre. Desde ese día, se repetía el fenómeno periódicamente, desde la noche del jueves, como a las ocho, hasta el viernes a las tres de la tarde.” Una de las personas que vio a Gema en estos éxtasis, afirmó, con juramento, que la abundancia de la sangre era tal que corría hasta el suelo. Dios quiso que esta santa virgen participara no sólo de las llagas, sino de todos los dolores de Jesús, asociada a la Pasión con la Madre Dolorosa. He aquí cómo cuenta ella misma de qué modo la hizo Jesús participar de los dolores de la Coronación de espinas. “En la noche del 19 de julio de 1900, experimenté gran recogimiento. Jesús estaba cerca. Como en otras ocasiones, al recogimiento se siguió el perder el uso de los sentidos. Me encontré con Jesús padeciendo horribles penas. ¡Cómo iba a ver a Jesús, sin ayudarle! Se apoderó de mí un gran deseo de padecer con él, por lo cual, con repetidas instancias, supliqué a Jesús me concediera esta gracia. Al instante fueron satisfechos mis deseos. Jesús se acercó y, quitando la corona de espinas de su Sacratísima Cabeza, con sus Manos Santísimas la colocó sobre la mía, y la oprimió contra mis sienes. Momentos de dolor fueron aquellos, pero felices. Así estuve una hora sufriendo con Jesús.” “Los hechos se encargaron,” dijo su Director, “de mostrar, que eso que narra la santa no era efecto de su imaginación, sino una viva realidad. La cabeza de Gema se veía rodeada de heridas, de las cuales brotaba sangre. Y no sólo en la conferencia, sino en toda su cabeza, por debajo de sus cabellos.” Todas las semanas le concedía Jesús la misma gracia, uniéndola a los Dolores de María. ¡Gloria sea a Dios!

San Gabriel de la Dolorosa. En Asís, patria de San Francisco, nació en marzo de 1838 el hijo de Santos Possenti y de Inés Frisciotti, los cuales, por devoción a San Francisco, le pusieron por nombre Francisco. De buen carácter, ingenio rápido y corazón compasivo, era el consuelo y la esperanza de sus padres. De los doce años a los dieciocho, luchó contra las inclinaciones de la naturaleza. Determinó renunciar completamente al mundo y hacerse religioso pasionista. El 15 de agosto de 1856, día de la Asunción de la Virgen, se llevaba en procesión una venerada y hermosa imagen de la Catedral de Espoleto; el joven, en compañía de su padre, que era gobernador de la ciudad, esperaba de rodillas el paso de la Virgen, y, fijando los ojos en su cara, le pareció que le decía: “Francisco, ¿qué esperas?” Salió de entre la multitud y empezó a llorar. La Virgen había herido su corazón. Por su amor a la Pasión del Señor y su devoción a la Virgen de los Dolores, determinó ingresar en la Congregación de los Padres Pasionistas.

Siempre hablaba de la Virgen. Para hablar de María, San Gabriel de la Dolorosa no esperaba coyunturas ni oportunidades. Cualquier ocasión le parecía buena para ensalzar a la Señora y compadecerse de sus dolores. Todo le incitaba a tratar este asunto, todo le sugería ideas interesantes para traer la conversación a este terreno y para continuarla después. Todos lo sabían: trabar plática con él, era hablar de María o, por lo menos, relacionar el asunto que se ventilaba con esta Señora. Esto era para Gabriel una necesidad moral. María le había arrebatado el corazón y no había remedio. Era imposible que de un modo o de otro no platicase de Aquella en quien se cifraban todos sus afectos. Varias veces nuestro amante de María se vio obligado a tratar con superiores muy elevados y con personas de alta categoría. Pues bien, a pesar de su esmerada educación y de la cortesía que siempre le acompañaba, no podía contener su corazón; tenía que hablar de María a todos, tenía que exhortar a todos a profesar cariño entrañable a la Señora de su alma, con el entusiasmo de siempre. Se santificó en pocos años, murió antes de cumplir los veinticuatro años y hoy se venera ya en los altares con culto público, con el nombre de San Gabriel de la Dolorosa. Por haber muerto tan joven, y haber vivido tan ejemplarmente, fue tomado como patrón de la juventud junto con San Luis Gonzaga y Santo Domingo Savio.

Un devoto de Nuestra Señora de los Dolores. Los que durante su vida son devotos de los dolores de María experimentan grandes dulzuras durante su muerte. El bienaventurado Joaquín Piccolomini, célebre por su tierna devoción a la Santísima Virgen, comenzó desde su infancia a visitar tres veces al día una imagen de nuestra Señora de los Dolores, y

además los sábados ayunaba en su honor y se levantaba a media noche para meditar sobre sus dolores. La Santísima Virgen no dejó sin recompensa esta devoción: primero se le apareció cuando era joven y le inspiró la vocación de tomar el hábito de sus Siervos, en la Orden de los Servitas, como lo hizo. Más tarde la Virgen le presentó dos coronas, una de rubíes en premio de la tierna compasión que había tenido siempre por sus dolores y otra de perlas para recompensar la pureza que siempre la había consagrado; y por fin, en su última aparición, habiéndola suplicado este bienaventurado que le concediese la gracia de morir el mismo día que murió Jesucristo, le dijo: “Prepárate, porque mañana viernes, morirás repentinamente, según tus deseos, y estarás conmigo en el Paraíso.” Así sucedió en efecto: al siguiente día, cuando se cantaba en la Iglesia la Pasión de Cristo, al decir las palabras: ‘la Divina María se situó a la derecha de la Cruz’, el bienaventurado Joaquín entró en agonía, y al llegar al pasaje, ‘inclinó la Cabeza y expiró’, el bienaventurado entregó también su alma al Señor, a la vez que la iglesia se iluminó con un resplandor admirable, y se llenó de un olor suavísimo.



Un soldado devoto de María logra su poderosa protección de una manera visible. Un soldado llamado Beau-Séjour rezaba diariamente siete padrenuestros y siete avemarías en honor de los siete gozos y los siete dolores de la Santísima Virgen. Nunca había faltado a esta devoción, y si algún día se acostaba sin recordarla, se levantaba inmediatamente y rezaba sus oraciones de rodillas. Un día de batalla se encontraba Beau-Séjour en primera línea, al frente del enemigo y esperando la señal del ataque, cuando se acordó que no había rezado sus acostumbradas oraciones y en el momento trató de hacerlo, comenzando por la señal de la Cruz. Sus compañeros notaron lo que hacía y comenzaron a reír y burlarse; pero él continuó su rezo sin hacer caso, y no bien había concluido, cuando haciendo el enemigo la primera descarga cayeron muertos todos los de su fila menos él. Al ver tendidos a su lado a todos los que momentos antes se burlaban de él y de su devoción, no pudo menos de horrorizarse, pero reconoció la mano de la poderosa que le había salvado. El resto de la batalla, como toda la campaña, fue mortífero; pero aquel soldado no recibió ni la menor herida, y habiendo después obtenido su licencia absoluta, volvió a su casa y publicó por todas partes las alabanzas de Aquella a quien se reconocía deudor de la vida y la salud.

Un pecador convertido por su devoción a los Dolores de María. Este ejemplo no está en los libros, sino que lo ha referido un Sacerdote como acaecido a él mismo. Mientras este Sacerdote estaba confesando en una iglesia -no se dice la ciudad por prudencia, aunque el penitente dio licencia para publicar su caso- se colocó al frente de él un joven que parecía titubear entre confesarse y no confesarse. Mirándolo el Padre varias veces, al fin lo llamó y le preguntó si deseaba confesarse. Respondió que sí, pero como la confesión parecía que iba a ser larga, el confesor se fue con él a una habitación aislada. El penitente comenzó por decirle que era un noble forastero y que no comprendía cómo Dios le podía perdonar con la vida que había llevado. Además de los incontables pecados deshonestos, homicidios y demás, le dijo que habiendo desesperado de su salvación se había dedicado a pecar, no tanto por satisfacción cuanto por desprecio a Dios y por el odio que le tenía. Dijo que poco antes, esa misma mañana, había ido a comulgar; pero ¿para qué? Para pisotear la hostia consagrada. Y que, en efecto, habiendo comulgado, iba a ejecutar su horrendo pensamiento, pero no pudo hacerlo porque le veía la gente. Y en ese momento entregó al Sacerdote la Santa Hostia envuelta en un papel. Le contó después que pasando por delante de aquella iglesia había sentido un impulso muy grande de entrar, y que no pudiendo resistir había entrado. Después le había acometido un gran remordimiento de conciencia con un deseo confuso de confesarse, que por eso se había puesto ante el confesionario; pero estando allí era tanta su confusión y

desconfianza que quería marcharse, pero parecía como si alguien le retuviera a la fuerza, “hasta que usted, Padre, me llamó. Ahora me encuentro aquí para confesarme, pero no sé cómo.” El Padre le preguntó si había tenido alguna devoción a la Virgen María durante ese tiempo, porque tales golpes de conversión no suceden sino por las poderosas manos de María. “¿Qué devoción podía tener? Nada, Padre; yo estaba condenado.” Pero metiendo la mano en el pecho, notó que tenía el escapulario de la Virgen Dolorosa. “Hijo – continuó el confesor – ¿no ves que la Virgen es la que te ha otorgado esta gracia? Y has de saber que esta iglesia está consagrada a la Virgen María.” Al oír esto el joven se enterneció, comenzó a compungirse y a llorar. Mientras manifestaba sus pecados creció a tal punto su compunción y llanto, que se desmayó. El Padre lo reanimó y el arrepentido joven finalmente acabó la confesión, recibió la absolución con gran consuelo, y del todo contrito, y resuelto a cambiar de vida se despidió para volver a su patria, dando licencia al confesor para anunciar públicamente la gran misericordia que con él había tenido María.

Le limpió el sudor de la frente. Un Sacerdote, devotísimo de la Virgen de los Dolores, se encerraba en una capilla solitaria para meditar y compadecerse de los Dolores de María; y llegaba a tanto su compasión que, a veces, enjugaba con un pañuelo las lágrimas de una estatua de la Dolorosa que allí había. Cayó el Sacerdote gravemente enfermo, y los médicos lo declararon incurable. Cuando estaba a punto de expirar, vio a una Señora, de incomparable hermosura, que le consolaba con palabras tiernas y suaves, y con un lienzo finísimo le limpiaba el sudor de la frente. Y al punto se vio sano del todo, el Sacerdote preguntó: “Señora, ¿quién sois, que habéis usado conmigo de tanta caridad?” – “Soy,” respondió María, “aquella a quien tú has enjugado tantas veces las lágrimas.” Y desapareció.

San Jerónimo Emiliano fue en su juventud un gran libertino, de modo que no hubo goce mundanal que él no apurara hasta la saciedad. Alistado en la milicia, llevó la vida alegre y disipada de muchos de los que siguen la carrera de las armas; pero la Santísima Virgen, que le amaba entrañablemente, permitió que en una batalla cayese prisionero, y fuera encerrado en una cárcel tenebrosa, sin esperanza alguna de salir de ella. La oscuridad y tristeza de la cárcel le hicieron volver en sí, y ver la horrible oscuridad de su alma, cargada de tantos y tan enormes pecados; esta consideración levantó en él tan vivos remordimientos, que estuvo a punto de desesperar. Abandonado de todos, sentía la necesidad de convertirse a Dios; pero al levantar el corazón al Cielo, lo hacía sin esperanza, creyendo que el Señor no podía escuchar la voz de un hombre cargado de tantos y tan graves pecados. Iba ya a dejarse llevar por la fatal corriente de la desesperación, cuando se acordó de la Santísima Virgen, e hizo memoria de los crudelísimos dolores y mortales angustias que tuvo que sufrir su ternísimo Corazón, durante las horas en que Jesús estuvo preso en poder de sus implacables enemigos. El recuerdo de los Dolores de María enterneció profundamente a Jerónimo, y le movió a recurrir a la Santísima Virgen, pidiéndole que por lo que hubo de sufrir en la Vida, Pasión y Muerte de Jesús, se dignara levantar en su alma la esperanza de salvarse, que tenía perdida. “Si junto con la resignación en las penas que padezco, me alcanzáis un verdadero arrepentimiento de mis pecados, y el perdón de los mismos, Dolorida Madre mía,” le dijo, “os prometo sinceramente ser siempre vuestro devoto y hacer penitencia hasta la muerte.” La piadosísima Madre de Jesús no podía hacerse sorda a las preces del hijo afligido, que ponía en Ella la esperanza para volver a la amistad y gracia de Dios, así es que no solamente le alcanzó una verdadera contrición de sus culpas, y la seguridad de que le habían sido perdonadas, sino que además quiso que el nuevo convertido recibiera poco tiempo después la libertad. Salido de la cárcel, Jerónimo pasó el resto de sus días llorando amargamente los excesos de su vida y haciendo dura penitencia por ellos. Fundó la Orden de los Somascos, para cuidar a los pobres, enfermos y huérfanos. Murió en el Señor, y la Iglesia lo inscribió en el Santoral. Aprende a no desconfiar de Dios, y a poner tu causa en las benditas manos de María, única esperanza de los pecadores.

Alma que sufres, no creas jamás que porque tu vida se vea colmada de dolores y penas,

Dios te ama menos, antes al contrario. A nadie ama Dios tanto como a su Madre Santísima, y mientras vivió su vida en la tierra, toda ella fue de ejercicio continuo de toda clase de virtudes, en la pobreza en que vivió y en tantos sufrimientos como tuvo que soportar, sobre todo en el recuerdo constante que tenía del destino final de aquel Hijo que había de ser martirizado y crucificado por amor de sus hermanos. Que esto, alma que sufres, te sirva de consuelo, y ofrece a tu Madre del Cielo tus dolores, para la mayor extensión del Reino de su Hijo en la tierra.

Que estés Tú allí. Pidámosle, como sus fieles devotos: “Yo no sé si moriré en una cama, con mi familia y con todos mis seres queridos junto a mí... Pero yo quiero que estés Tú allí, Virgen de los Dolores. No sé si moriré después de una operación, rodeado de médicos... Pero yo quiero que estés Tú allí, Madre. Tampoco sé si moriré de un ataque al corazón durante una noche, estando solo en mi lecho, sin poder encender la luz, ni llamar a nadie, sin poder confesarme... Pero yo quiero que estés Tú allí, Madre mía, para ayudarme a bien morir. Quiero hacer en vida muchas veces el acto de contrición, para saberlo hacer bien al momento de morir.”



Las Doce Estrellas de María

Habéis leído en el tratado de la Verdadera Devoción a María Santísima, que San Luis María Grignón nos recomienda “honrar las doce privilegios y grandezas de la Santísima Virgen. Esta práctica es muy antigua y tiene su fundamento en la Sagrada Escritura. San Juan vio a una Mujer vestida de sol, con su cabeza coronada de doce estrellas, y con la media luna debajo de sus pies. Esta Mujer es María.” Las Doce Estrellas, con las que normalmente se representa aureolada a la Santísima Virgen, se refieren principalmente a sus privilegios y grandezas. Conviene que sepamos cuales son estos doce privilegios y grandezas, a fin de agradecer a Dios por todos sus beneficios, y bendecir y alabar a la Santísima Trinidad especialmente por esos privilegios que concedió a la Santísima Virgen María, y que son los más grandes de todos sus dones.

Entre otros misterios, las Doce Estrellas de María representan sus Doce Virtudes Principales. San Luis María Grignón de Montfort explica que la verdadera devoción a la Santísima Virgen es *Santa*. Es decir, que lleva a evitar el pecado e imitar las virtudes de la Santísima Virgen.

Las doce principales Virtudes de la Santísima Virgen María, son 1. Su humildad profundísima. 2. Su fe viva y aceptación de la palabra de Dios. 3. Su obediencia generosa. 4. Su caridad solícita. 5. Su sabiduría divina. 6. Su piedad devotísima. 7. Su paciencia y fortaleza en el destierro y en el dolor. 8. Su pobreza llevada con confianza en el Señor. 9. Su esperanza inquebrantable. 10. Su amor ardiente a Dios. 11. Su modestia intachable. 12. La pureza virginal de María.

Además, las doce estrellas simbolizan a los Apóstoles, que representan la Iglesia entera en torno a María; pues las doce estrellas son símbolo de la Iglesia que Cristo fundó sobre los Apóstoles y que nació en el Calvario, de los Sacratísimos Corazones de Jesús y María traspassados. También representan a las doce tribus de Israel fieles a Dios en la Iglesia del Antiguo Testamento. Las Doce Estrellas son tan importantes, que la misma Santísima Virgen María quiso verlas grabadas en su Medalla Milagrosa.

Cuando estamos ante la imagen de la Virgen Santísima y miramos sus ojos purísimos, nos parece sentir que se levantan en nuestro pecho las fuerzas más nobles del alma. Al ver a la Virgen Madre coronada de estrellas, se siente un deseo, una nostalgia, un anhelo indecible por llegar a ser bueno, dulce, puro. Quizá dirá alguno que “exageramos” en nuestro cariño y devoción hacia la Madre de Dios, o que ese amor puede resultar un obstáculo entre el Señor y nosotros. Un Obispo decía a propósito de la crítica que los protestantes hacían de nuestro amor mariano: “Si la única acusación que Nuestro Señor me hiciera el día del juicio

fuese que había amado demasiado a su Madre, me sentiría entonces plenamente feliz.”

Pero el culto a María, ¿no mengua acaso el honor que hemos de rendir a Nuestro Señor Jesucristo? ¡De ninguna manera! El culto a María va paralelamente con el culto a Jesucristo, porque ¿cómo puedo respetar al Hijo, si no rindo homenaje a su Madre? No hay que temer: por mucho que honremos a María, no podemos honrarla tanto como el mismo Dios, al escogerla para Madre de Nuestro Señor Jesucristo. Bien sabemos que toda la bondad y toda la hermosura de María son dones de Dios. Por lo tanto, todas las alabanzas que a Ella tributemos, las tributamos al Señor. Por eso, nos enseñan los teólogos que todo el honor tributado a la Madre, redundará sin duda en gloria del Hijo. Esta ha de ser nuestra divisa: A Jesús por María.

Los buenos hijos procuran imitar los buenos ejemplos y virtudes de sus padres. Si queremos ser felices eternamente y alcanzar un trono muy alto en el Cielo, imitemos a María, Nuestra Madre Celestial, principalmente en sus intenciones. Ella todo lo hacía para la mayor gloria de Dios. Hacía lo que nosotros hacemos, pero con la intención de glorificar a Dios. A nosotros nos cuesta trabajar por la gloria del Señor. Recibimos tantos tirones de una y otra parte... Un tirón lo recibimos de nuestro orgullo. La mayor parte de nuestras obras son movidas por el amor propio, el orgullo. Preguntémonos: “¿Por qué he hecho esto? ¿Con qué móvil?” Y, si somos sinceros, tendremos que responder: “Para que me vean, me estimen, me tengan consideración...” Pues esto nunca se le ocurrió a la Virgen Santísima. Otro tirón lo recibimos del ansia de ganar dinero o ventajas humanas. ¡Lo que hace la gente por sus ganancias...! Si lo hicieran por Dios, como lo hacía la Virgen María, se elevarían hasta la cumbre de la virtud. ¡Y pensar que más nos mueve la ganancia material que la gloria de Dios...! Y otro tirón nos viene del deseo de comodidades. Muchas son las cosas que hacemos solamente por estar bien, por no sufrir. De las propias comodidades no se preocupaba nunca la Santísima Virgen. Sabía que su Divino Hijo no había venido a gozar, sino a sufrir... Imitemos a María en sus altas intenciones. Poco valen nuestras obras; pero, hechas con la recta intención de la gloria de Dios, cambian del todo: se ennoblecen y aumentan su valor.

Ejemplo. *Los tres espejos*. Una joven de piosos sentimientos, pero que, de cuando en cuando, daba lugar en su alma a la vanidad y a la ambición, desde el internado en que se educaba, escribió a su mamá pidiéndole un espejo como premio a su buen comportamiento y a las calificaciones obtenidas. La madre, que quería educar a su hija como buena cristiana, no creyó oportuno negar el favor que se le pedía; pero, al mismo tiempo, quiso dar a su hija una lección afectuosa que le corrigiese el repugnante defecto de la vanidad. En este sentido, le escribió así: “Queridísima hija: Ahí te mando el espejo que me pides, sólo que... en lugar de uno van tres.” ¿Tres? Dijo la joven levantando los ojos del papel. ¿Qué querrá decir? Después, prosiguiendo la interrumpida lectura, vio que decía: “En el primero verás lo que eres, en el segundo lo que serás, en el tercero lo que debes ser.” Una vez que hubo leído la carta, la joven se quedó perpleja, y se entregó a mil conjeturas, pero sin el menor resultado. ¡Tuvo que resignarse a esperar, aunque esto le era muy enojoso a sus dieciséis años! Entretanto, se cansaba contando los días, las horas, los minutos que iban transcurriendo desde que recibió la carta hasta tener en su mano el envío anunciado. Mas he aquí que, al fin, después de tres días larguísimo, recibió un paquete. Ya en posesión de él, se fue corriendo a su habitación, y al verse sola, lo abrió con impaciencia. A poco de empezar a desenvolver el paquete, toparon sus ojos con un objeto muy envuelto y rotulado con el número 1. Lo desenvolvió con sumo cuidado, mientras su corazón le latía



violentamente, y vio... un modesto pero fiel espejo, el cual, según la promesa de su madre, le mostraba lo que era: su juventud, sus gracias y los encantos de la primavera de la vida. “¡Qué buena es mi mamá!,” exclamó la hija, y gozosa, radiante de júbilo, se contempló una y otra vez delante del espejo. Pero ¿qué cosa podía encerrarse en el segundo envoltorio, más pesado que el primero? Lo abrió con ansiedad y se encontró con un cráneo pintado, imagen fidelísima también de lo que sería ella misma en un mañana más o menos lejano. La vista de aquel objeto no pudo menos de excitar en su mente graves reflexiones, y, cayendo en la cuenta de la lección que quería darle su madre, se detuvo en el segundo espejo mucho mayor tiempo que en el primero. Le quedaba todavía por abrir el tercer envoltorio; pero, aleccionada por lo que halló en el segundo, sus manos titubeaban. Al fin se decidió a hacerlo... cuando he aquí que, de súbito, se escapó de sus labios un inmenso grito de júbilo. ¡Contenía el tercero, envuelta en finísimo lienzo, una espléndida estatua de María Inmaculada! – “He aquí lo que debo ser,” exclamó, “esto seré con la gracia de Dios”; y, postrándose de rodillas en tierra, oró largamente. Yo no sé si, desde aquel instante, nuestra joven consultó todavía al primer espejo; lo que sí sé es que siempre tuvo delante de los ojos más bien el segundo y el tercero. Y cuando se sentía desanimada a la vista de las miserias del segundo, levantaba los ojos al tercero, renaciendo de nuevo en su alma el valor, la esperanza y la alegría. Levantemos también nosotros el pensamiento y el corazón hacia María. ¡Mirémosla tan hermosa y tan pura! Tomemos sus virtudes por espejo. De esta suerte, conoceremos lo que debemos ser, y, gracias a su protección, llegaremos a serlo realmente. No hay otro medio para ser dignos hijos de tal Madre.

Recordemos y meditemos en el significado de las Doce Estrellas de María, referente a esos Doce Privilegios de María Santísima, que son los siguientes: 1º. La eterna Predestinación de María para ser Madre de Dios y la Creación de su Divina Alma. 2º. La Inmaculada Concepción de María Irredenta. 3º. La total Sumisión y perfecta Conformidad de María a la Voluntad de Dios. 4º. La eminente Santidad de María sin sombra de pecado venial. 5º. La Anunciación a María. 6º. La Maternidad Divina y el parto santísimo de María. 7º. La perpetua y perfecta Virginidad de María. 8º. El Martirio del Inmaculado y Dolorido Corazón de María al estar junto a la Cruz de su Hijo como Corredentora y Correparadora. 9º. El gozo de María en la Resurrección y Ascensión de Jesús. 10º. La Inmortalidad y Asunción de María en cuerpo y alma al Cielo. 11º. La Realeza de María, Reina y Madre de todos los Ángeles y Santos, y de todo lo creado. 12º. La Mediación Universal de María en la Dispensación de todas las gracias y su Omnipotente Intercesión ante el Señor que alcanza todo cuanto desea.

María Santísima es Reina de la Creación, de los Ángeles y de los Santos; desde el Cielo ejerce su misión de Omnipotencia Suplicante, de Mediadora y Dispensadora de las Gracias de la Redención. Se puede comprobar la poderosa intercesión de Nuestra Madre del Cielo por los innumerables milagros que, en todos los tiempos, ha obrado en favor de sus hijos de la tierra. Ella, y siempre Ella. Porque María es Madre de Misericordia, Abogada nuestra ante su Divino Hijo, Omnipotencia suplicante, Medianera de todas las gracias. Los hechos y dichos que siguen están tomados de la vida real. La devoción a María, dicen los Santos, es prenda de salvación.

Grandezas de María Santísima en ejemplos

Madre de Dios. Para refutar y condenar los errores de Nestorio, que negaba la Divina Maternidad de María, se celebró el Concilio de Éfeso en el año 431. La población del pueblo y sus alrededores se dirigió a la plaza frente a la Iglesia donde se estaba celebrando el Concilio. Se celebró, y allí permanecieron casi todo el día, impacientes por conocer los resultados. Cuando por fin, por la noche, se supo que Nestorio había sido condenado y anatematizado, y que la doctrina de la Iglesia declaraba formalmente a María como Madre de Dios, el entusiasmo de la multitud fue ilimitado; clamaban en voz alta: “¡María es en verdad la Madre de Dios! ¡María, Madre de Dios, ruega por nosotros!” Ya era de noche y los hombres encendieron antorchas para llevar a sus casas a los Padres del Concilio. Todo el pueblo



estaba iluminado y por todas partes se veían signos de verdadera fe y alegría, como prueba de su amor y devoción a María.

Salud de la Humanidad. El Abad Pleury, autor de una Historia Eclesiástica, nos refiere el hecho siguiente, que tuvo lugar en Roma en el pontificado de Gregorio I Magno: Nunca, dice, se había visto una desgracia tan terrible; jamás se había experimentado una peste tan cruel; todos los remedios eran inútiles, y el mal arrebatava diariamente un excesivo número de víctimas de todas las edades, sexos y condiciones: unos morían estornudando, otros bostezando, y casi todos sin tener tiempo para reconocerse. En vano el piadoso Pontífice predicaba la penitencia y el ayuno; en vano mandaba hacer rogativas públicas. Al fin pensó en dirigirse enteramente a la Santísima Virgen, y como por inspiración fue a buscar una imagen pintada por San Lucas, y la paseó procesionalmente por las calles de

Roma el día de la Resurrección del Señor. ¡Oh prodigio! Apenas salió del Santuario la imagen de la Madre de Dios, cesó la peste de tal manera, que no dejó ni sombra de duda sobre aquel verdadero milagro. En el mismo instante el Arcángel San Miguel se apareció sobre el sepulcro de Adriano, llamado después de esto Castillo de Sant' Angelo, bajo forma humana, envainando una espada ensangrentada como señal del fin de la epidemia, y se oyó a los Espíritus Celestiales entonar en honor de María el siguiente himno de reconocimiento: 'Regina cœli, lætare, alleluia...' al que el Soberano Pontífice añadió: 'Ora pro nobis Deum, alleluia.' La iglesia ha adoptado después este himno para saludar a la Reina del Cielo durante el tiempo pascual, que es el de sus alegrías.

Virgen fiel. María recompensa cuanto se hace en favor de sus siervos como si se hiciera por Ella misma. En un lugar de los Estados Pontificios cayó en poder de un jefe de bandoleros una joven muy devota de María, y temiendo que aquel la ultrajara de algún modo, le rogó por amor de la Santísima Virgen, que no la hiciese ningún daño, a lo que el ladrón contestó: "Nada temas, puesto que me suplicas en nombre de la Madre de Dios: solamente exijo de ti que me encomiendes a Ella en tus oraciones;" y en seguida la acompañó en su camino hasta dejarla en lugar seguro. A la noche siguiente se apareció en sueños la Virgen al ladrón, y después de alabar su buena obra, le prometió tenerla presente y aun recompensársela. Algún tiempo después cayó en manos de la justicia, y habiendo sido condenado a muerte, la noche antes del día de la ejecución se le apareció de nuevo la Virgen y le preguntó si la conocía. El reo contestó que le parecía haberla visto en otra ocasión, a lo que María añadió: "Yo soy la Madre de Dios, que vengo, en recompensa de lo que hiciste por Mí, a anunciarte que mañana morirás, pero con tal contrición que inmediatamente entrarás en el Paraíso." Estas palabras hicieron despertar al bandido tan arrepentido de sus pecados, que derramaba abundantes lágrimas, dando gracias a la Santísima Virgen. Después confesó con verdadera contrición, refirió su visión al confesor y le rogó que publicara por todas partes la gracia que María acababa de concederle, y sufrió su condena con la mayor resignación, notándose después en su rostro las señales inequívocas de los bienaventurados.

Divina Misionera y Evangelizadora. Hasta los infieles experimentan los efectos de la caridad de María invocando su santo nombre. La influencia que María recibió de su Divino Hijo, ha sido benéfica en todos los países donde la ha ejercido. Se refiere que hallándose un indio en el lecho de la muerte y abandonado de todo el mundo, recurrió a María, cuyo poder había oído celebrar por los cristianos. La Virgen Santísima se le apareció diciéndole: "Heme aquí; Yo soy la que invocas: levántate y hazte cristiano." El indio, que se sintió repentinamente curado, se levantó y fue a buscar un misionero para que le instruyese y bautizase, siendo este milagro motivo de que se convirtiesen otros muchos.

Madre de los Desamparados. Se cuenta en la vida de Sor Catalina de San Agustín que

en el mismo lugar donde vivía esta sierva de Dios habitaba una mujer llamada María que en su juventud había sido una pecadora y aún de anciana continuaba obstinada en sus perversidades, de modo que, arrojada del pueblo, se vio obligada a vivir confinada en una cueva, donde murió abandonada de todos y sin los últimos sacramentos, por lo que la sepultaron en descampado. Sor Catalina, que solía encomendar a Dios con gran devoción las almas de los que sabía que habían muerto, después de conocer la desdichada muerte de aquella pobre anciana, ni pensó en rezar por ella, teniéndola por condenada como la tenían todos. Pasaron cuatro años, y un día se le apareció un alma en pena que le dijo: “Sor Catalina, ¡qué desdicha la mía! Tú encomiendas a Dios las almas de los que mueren y sólo de mi alma no te has compadecido.” – “¿Quién eres tú?”, le dijo la sierva de Dios. – “Yo soy”, le respondió, “la pobre María que murió en la cueva.” – “Pero ¿te has salvado?”, replicó Sor Catalina. – “Sí, me he salvado por la misericordia de la Virgen María.” – “Pero ¿cómo?” – “Cuando me vi a las puertas de la muerte, viéndome tan llena de pecados y abandonada de todos, me volví hacia la Madre de Dios y le dije: ‘Señora, Tú eres el refugio de los abandonados; ahora yo me encuentro desamparada de todos; Tú eres mi única esperanza, sólo Tú me puedes ayudar, ten piedad de mí.’ La Santa Virgen me obtuvo un acto de contrición, morí y me salvé; y ahora mi Reina me ha otorgado que mis penas se abreviaran haciéndome sufrir en intensidad lo que hubiera debido purgar por muchos años; sólo necesito algunas Misas para librarme del purgatorio. Te ruego las mandes celebrar que yo te prometo rezar siempre, especialmente a Dios y a María, por ti.”

Hija Predilecta de Dios Padre. Un médico visitaba a un enfermo que tenía una úlcera en una pierna. Le curaba con gran diligencia y exquisito cuidado. La llaga iba cerrando, mas cuando parecía iba a quedar ya del todo curada, se recrudecía y volvía a abrir. Vuelta a curarla, vuelta casi a curarse, y vuelta a abrirse. “Pero ¿qué tiene esta úlcera endiablada que nunca se cierra?”, decía admirado el médico. “Mire, doctor, no se canse más; veo que siempre tendré esta llaga abierta y no se cerrará jamás. Porque le voy a hacer una confesión. Íbamos en la guerra tres amigos y encontramos en un camino una estatua de la Virgen María. La tomamos como blanco de nuestros fusiles. ‘A ver quién tiene mejor puntería.’ Tiró un amigo y le dio en la frente; tiró el segundo y le dio en el pecho; tiré yo el tercero y le di en la pierna. A los pocos días el primero caía en un combate herido en la frente; el otro, herido en el pecho, y yo, herido en esta pierna. Desde entonces no se cierra esta herida y no se cerrará. Es la herida de la Justicia de Dios.” Así se pone de manifiesto que Dios castiga severamente a los que ofenden a su Santísima Madre y premia espléndidamente a los que la honran.

Defensora Nuestra y Divina Tesorera. Cesario y Vicente de Beauvais refieren que un noble joven que había disipado toda su fortuna con sus excesos y su vida disoluta, se vio reducido a mendigar el preciso sustento para no perecer. Avergonzado de su posición, resolvió salir de un país en donde antes había figurado como uno de los más ricos, y habiendo emprendido el camino encontró a muy poca distancia a un antiguo criado de su padre, que viéndole tan afligido procuró consolarle diciéndole que él le presentaría a un príncipe muy poderoso y liberal con el que indudablemente haría su fortuna. Después acompañó al joven, y atravesando un bosque, le condujo a un lugar en que había una especie de estanque, donde el criado emprendió una conversación con un personaje invisible. Preguntó el joven al criado con quién hablaba, y el detestable criado, que no era nada menos que un mágico, respondió: “Con un demonio.” El joven se asustó; pero el perverso criado le dijo que nada temiera, y dirigiéndose al demonio, añadió: “Señor, este joven se halla en la mayor miseria, y desearía recobrar su antigua fortuna.” “Muy bien, respondió el enemigo: yo le haré más rico aún que antes con tal que me obedezca, y desde este momento lo primero que exijo es que reniegue de Dios.” El desdichado joven se horrorizó al oír semejante proposición; pero obligado y seducido por el mágico, concluyó por consentir en ello. Además, dijo el demonio, es preciso que reniegue de la Virgen María, nuestra mortal enemiga.” “¡No!”, dijo el joven, “¡eso no lo haré nunca! Prefiero mendigar a renegar de mi Santa Madre,” y abandonando a sus dos



interlocutores, en lugar de seguir su camino volvió a su país. Había en el camino una iglesia dedicada a la Santísima Virgen, y el joven, lleno del más profundo remordimiento, se puso de rodillas, y con lágrimas en los ojos rogó a María, cuya imagen se hallaba en el altar, que le obtuviera el perdón de sus pecados, y sobre todo del horroroso crimen de haber renegado de su Criador. ¡Oh prodigio! En aquel momento le pareció oír una voz que salía de boca de la imagen, con la que María intercedía con su Hijo, el cual, accediendo a todas sus instancias no rehusó nada de cuanto su Santa Madre le pedía. Todo esto tenía lugar en presencia de un rico del país, que había comprado los bienes del disipado joven, y la misericordia de María con este pecador, y las señaladas muestras de protección que acababa de recibir hicieron tal efecto en el espíritu de aquel, que le dio a su hija única en matrimonio

y le nombró heredero de todos sus bienes. De este modo recobró el joven la gracia de Dios al mismo tiempo que los bienes de fortuna por la mediación de María.

Inmaculada Concepción. Durante el invierno de 1862, un profesor de universidad, alemán y protestante, el Dr. Gustavo Bickell, sabio orientalista, se encontraba en Londres ocupado en copiar algunos poemas inéditos de San Efrén, Doctor de la Iglesia, que vivió en el siglo IV. Estos poemas están llenos de elogios a la Santísima Virgen y celebran, entre otros privilegios suyos, el de su Inmaculada Concepción. Al recorrerlos el sabio orientalista alemán, se hizo esta reflexión: “Si ya en el siglo IV las creencias marianas eran en la Iglesia las mismas que profesan en la actualidad los católicos, el protestantismo que las rechaza, no puede ser la religión verdadera.” Estudió a fondo la cuestión, y, poco después, en 1865, abrazó el catolicismo. Dos años más tarde, fue ordenado Sacerdote y celebraba su primera Misa en el altar mayor de la antigua abadía benedictina de San Bonifacio de Fulda.

Quebrantadora de la cabeza de Satanás. Es famosa la historia de Santa María Egipciaca, que se cuenta en el libro primero de las Vidas de los Padres del Desierto. A los doce años se escapó de casa de sus padres, y se fue a Alejandría, donde con su mala vida era el escándalo de toda la ciudad. Pasados otros dieciséis, salió de allí y, vagando, llegó a Jerusalén, cuando se celebraba la Fiesta de la Santa Cruz, y, viendo entrar en la iglesia a mucha gente, quiso también entrar en ella, más por curiosidad que por devoción; pero en la puerta sintió que una mano invisible la detenía. Quiso otra vez entrar, y le sucedió lo mismo, hasta por tercera y cuarta vez. Entonces la infeliz, retirándose a un rincón del atrio, conoció con Luz Divina que su mala conducta la separaba de la iglesia. Alzó los ojos y vio allí cerca, por gracia de Dios, una imagen de María Santísima, a la cual empezó a decir, llorando, de esta manera: “¡Oh, Madre de Dios, tened piedad de esta pecadora! Ni merezco que me miréis, pero Vos sois el refugio de los pecadores; amparadme y favorecedme por el amor de Jesucristo, Vuestro Santísimo Hijo. Haced que pueda entrar en la iglesia, y mudaré de vida, y me iré a hacer penitencia donde Vos me digáis.” Entonces oyó una voz interior, como de la Virgen, que le decía: “Ya que has recurrido a Mí y quieres cambiar de vida, entra en la iglesia, que ya no estará cerrada en adelante para ti.” Entró, adoró la Santa Cruz con abundancia de lágrimas, volvió a la imagen, y le dijo: “Vedme pronta, Señora: ¿dónde queréis que me retire a hacer penitencia?” —“Pasa el Jordán,” le respondió la Virgen, “y allí encontrarás tu descanso.” Se confesó y comulgó, y, pasando el río, llegó al desierto, y entendió que allí era donde se debía quedar. Los diecisiete primeros años tuvo que sufrir terribles asaltos de los demonios; pero acudía siempre a la Virgen María, y la Virgen Santísima le alcanzaba fuerzas para resistir y vencer. Finalmente, habiendo pasado en aquella soledad cincuenta y siete años, siendo ya de ochenta y siete años de edad, por Divina Providencia la encontró San Zósimo, abad, a quien refirió toda su vida, suplicándole que volviese al año siguiente con la Santa Comunión. Así lo hizo el abad, y la penitente María le pidió lo mismo para otro año, al cabo del cual volvió, pero la halló ya muerta, aunque rodeada de un gran resplandor, y con estas palabras

escritas de su mano: “Entierra aquí el cadáver de esta pecadora y pide a Dios por su alma.” Vino de pronto un león, hizo un hoyo con las garras, el Santo la sepultó, y volvió al monasterio, contando a todos las misericordias que Dios había obrado con aquella felicísima penitente.

Consuelo de los Afligidos. Cuenta una leyenda que, cuando los habitantes de Nazaret se veían dominados por alguna pena o tribulación, decían: “Vayamos a la suavidad.” Y acudían en busca de Jesús y de María. En el taller de Nazaret encontraban paz, consuelo y sosiego. Si en todas nuestras necesidades del cuerpo y del alma acudimos a la Virgen, encontraremos siempre la suavidad, la misericordia y el consuelo.

Causa de Nuestra Alegría. Narra el Padre Auriema que una pobre pastorcilla que guardaba su rebaño amaba tanto a María, que toda su delicia consistía en ir a la ermita de Nuestra Señora que había en el monte y estarse allí, mientras pastaba el rebaño, hablando y haciendo homenajes a su amada Madre. Como la imagen, que era de talla, estaba desprovista de adornos, como pudo le hizo un manto. Otro día, con flores del campo hizo una guirnalda y subiendo sobre el altar puso la corona a la Virgen, diciendo: “Madre mía, bien quisiera ponerte corona de oro y piedras preciosas, pero como soy pobre recibe de mí esta corona de flores y acéptala en señal del amor que te tengo.” Con éstos y otros obsequios procuraba siempre esta devota jovencita servir y honrar a su amada Señora. Pero veamos cómo recompensó esta Buena Madre las visitas y el amor de esta hija suya. Cayó la joven pastorcita gravemente enferma, y sucedió que dos religiosos pasaban por aquellos parajes. Cansados del viaje, se pusieron a descansar bajo un árbol. Uno de ellos dormía, pero ambos tuvieron la misma visión. Vieron una comitiva de hermosísimas doncellas, entre las que descollaba una en belleza y majestad. “¿Quién eres, Señora, y dónde vas por estos caminos?”, le preguntó uno de los religiosos a la doncella de sin igual majestad. “Soy la Madre de Dios,” le respondió, “que voy con estas Santas Vírgenes a visitar a una pastorcilla que en la próxima aldea se halla moribunda y que tantas veces me ha visitado.” Dicho esto, desapareció la visión. Los dos buenos siervos de Dios se dijeron: “Vamos nosotros también a visitarla.” Se pusieron en camino y pronto encontraron la casita y a la pastorcita en su lecho de paja. La saludaron y ella les dijo: “Hermanos, rogad a Dios que os haga ver la compañía que me asiste.” Se arrodillaron y vieron a María que estaba junto a la moribunda con una corona en la mano y la consolaba. Luego las Santas Vírgenes de la comitiva iniciaron un canto dulcísimo. En los transportes de tan celestial armonía y mientras María hacía ademán de colocarle la corona, la bendita alma de la pastorcita abandonó su cuerpo yendo con María al Paraíso.

Madre Castísima. Un joven genovés que viajaba por el mar en compañía de un religioso, se puso a leer un libro obsceno, a lo que tenía mucha afición. El religioso observó la perjudicial ocupación de su compañero, y deseando disuadirle le dijo: “¿Queréis hacer alguna cosa por la Virgen Santísima? –Sí, respondió el joven. –Pues bien, quisiera que en su honor rompieseis ese libro y lo arrojaseis al mar. –He aquí el libro, Padre mío: haced de él lo que queráis.” – “No, respondió el religioso, quiero que seáis vos mismo el que haga este sacrificio en honor de María.” El joven arrojó el libro inmediatamente y la Santísima Virgen tocó de tal modo su corazón, que a su llegada a Génova se hizo religioso. Amemos y prefiramos a María a todo lo que más estimemos, y nuestro amor no tardará en ser recompensado.

Nuestra Señora de las Nieves. Historia edificante de la milagrosa fundación de la Iglesia de Santa María la Mayor en Roma. A mediados del siglo cuarto, en el pontificado del Papa San Liberio (352-366), y reinando el emperador Constancio, el patricio Juan, de una de las familias más antiguas y distinguidas de Roma, y aun más ilustre por su piedad que por su nacimiento, quiso dar alguna pública prueba de su amor a la Santísima Virgen, de la que era singularmente devoto, y como no tenía hijos, resolvió, de acuerdo con su esposa, que no le cedía en nobleza ni en virtudes, hacer heredera de todos sus bienes a la que después de Dios ocupaba el lugar más distinguido en su corazón. Tomada ya esta resolución hicieron oraciones y limosnas con objeto de hacerse dignos de que la Santísima Virgen les indicase el modo de invertir los bienes que la habían consagrado. Esta Madre de Misericordia se dignó escuchar



las súplicas de sus piadosos siervos, y en la noche del 5 de agosto se apareció a los esposos, separadamente en sueños, manifestándoles su agrado por esta devoción, y diciéndoles que la Voluntad de su Hijo y la suya era que empleasen sus bienes en edificar un templo en honor suyo, en el monte Esquilino, en el mismo sitio donde lo encontrarían trazado milagrosamente por la nieve. Convencidos de que esta visión común a los dos era sobrenatural, fueron a ver al Papa, que en la misma noche había tenido un sueño semejante, y que viendo que ésta era cosa del Cielo, quiso justificar el hecho por sí mismo. Al efecto dispuso que el clero, el pueblo, el patricio Juan y su esposa, se dirigieran procesionalmente al lugar designado, y al llegar encontraron un sitio cubierto de nieve, no obstante ser aquella la estación de más calor. Semejante prodigio llenó de admiración a todos los concurrentes que no pudieron

menos de exclamar a una voz, y a la admiración siguieron los más vivos sentimientos de reconocimiento, respeto y devoción. Inmediatamente se edificó el templo según el plano milagrosamente trazado sobre la nieve y a expensas del Patricio. Esta maravilla, que había sido demasiado visible, no podía menos de fomentar la devoción pública, y todo el mundo comenzó a mirar esta iglesia como un lugar bendecido y singularmente privilegiado por la Santísima Virgen, que se había dignado elegirlo. A pesar de que en Roma como en todos los pueblos había oratorios consagrados a Dios y a su Santa Madre, puede decirse que ésta fue la primera iglesia de Roma dedicada a la Madre de Dios, cuya dedicación se celebra el 5 de agosto, día de la fiesta de Nuestra Señora de las Nieves, a la cual dio lugar la construcción de este templo, conocido en Roma con el nombre de Santa María la Mayor.

Puerta del Cielo. Se narra en la historia de las fundaciones de la Compañía de Jesús en el reino de Nápoles de un noble joven escocés llamado Guillermo Elphinstone. Era pariente del rey Jacobo, y habiendo nacido en la herejía, seguía en ella; pero iluminado por la gracia divina, que le iba haciendo ver sus errores, se trasladó a Francia, donde con la ayuda de un buen Padre, también escocés, y, sobre todo, por la intercesión de la Virgen María, descubrió al fin la verdad, abjuró la herejía y se hizo católico. Fue después a Roma. Un día lo vio un amigo muy afligido y lloroso, y preguntándole la causa le respondió que aquella noche se le había aparecido su madre, condenada, y le había dicho: “Hijo, feliz de ti que has entrado en la verdadera Iglesia; yo, por haber muerto obstinada en la herejía, me he perdido.” Desde entonces se enfervorizó más y más en la devoción a María, eligiéndola por su única madre, y ella le inspiró hacerse religioso, a lo que se obligó con voto. Pero como estaba enfermo, se dirigió a Nápoles para curarse con el cambio de aires. Y en Nápoles quiso Dios que muriese siendo religioso. En efecto, poco después de llegar, cayó gravemente enfermo, y con plegarias y lágrimas impetró de los superiores que lo aceptasen. Y en presencia del Santísimo Sacramento, cuando le llevaron el Viático, hizo sus votos y fue declarado miembro de la Compañía de Jesús. Después de esto, era de ver cómo enternecía a todos con las expresiones con que agradecía a su Madre María el haberlo llevado a morir en la verdadera Iglesia y en la casa de Dios, en medio de los religiosos sus hermanos. “¡Qué dicha,” exclamaba, “morir en medio de estos ángeles!” Cuando le exhortaban para que tratara de descansar, respondía: “¡No, ya no es tiempo de descansar cuando se acerca el fin de mi vida!” Poco antes de morir dijo a los que le rodeaban: “Hermanos, ¿no veis los Ángeles que me acompañan?” Habiéndole oído pronunciar algunas palabras entre dientes, un religioso le preguntó qué decía. Y le respondió que el Ángel le había revelado que estaría muy poco tiempo en el purgatorio y que muy pronto iría al Paraíso. Después volvió a los coloquios con su dulce Madre María. Y diciendo: “¡Madre, Madre!”, como niño que se reclinaba en los brazos de su madre para descansar, plácidamente expiró. Poco después supo un religioso, por revelación, que ya estaba en el Paraíso.

Madre de Piedad. Santa Blanca de Castilla, la madre de San Luis IX, rey de Francia, era conocida en todo el reino por su corazón misericordioso y compasivo. En el momento en que pasaba cierto día con las damas y caballeros del séquito junto a la prisión de París, un preso, desde una alta ventana, imploró piedad a la noble señora. “Yo por mí,” le contestó la noble dama, “no puedo darte la libertad que tanto anhelas, pero intercederé para que te sea concedida.” Y estuvo muy dispuesta a cumplir lo prometido, pues, sin perder un momento, fue a su hijo, le condujo a la misma cárcel y, ya en ésta, le dijo: “Por el amor que me tienes y que yo te tengo, concede la libertad a ese pobre infeliz que se consume en su prisión.” Así lo hizo el rey; y, dispuso que el preso fuese traído a su presencia, antes de soltarlo, le dijo: “Eres libre, pero no te olvides de que lo debes todo a mi madre; sin ella nada habrías alcanzado...” Tampoco el Rey del Cielo sabe denegar una petición de su Madre. Con harta claridad lo enseña lo acontecido en las bodas de Caná de Galilea, donde Jesús, a instancias de María, obró el primer milagro.

Escala Celestial. Una graciosa leyenda, tomada de las Florecillas de San Francisco de Asís, justifica la esperanza de los devotos de María para el día del juicio. La Reina del Cielo ha hecho esta promesa: “Yo me pondré al frente de mis siervos en la hora de su muerte, a fin de que pasen los umbrales de este mundo sin ser heridos por los enemigos que los rodeen.” San Bernardo llama a María “la escala de los pecadores,” y la siguiente leyenda concuerda con esta doctrina. Fray León, uno de los primeros compañeros de San Francisco de Asís, vio en sueños las terribles escenas del Juicio Universal. Vio que en una vasta llanura, los Ángeles, al son de las trompetas, reunían una inmensa muchedumbre de gente. Había en aquella llanura dos escaleras, una de oro y otra de plata, que llegaban desde la tierra al Cielo. En lo alto de la escalera de oro estaba Nuestro Señor Jesucristo, con rostro severo y como de Juez, y algunas gradas más abajo San Francisco, que exhortando a sus Hijos reunidos en un gran número, les decía: “Venid, Hermanos, venid y no temáis, acercaos con confianza a este Dulce Salvador, que Él es quien os invita.” Animados los religiosos con las palabras de su Padre, comenzaron a subir; pero unos, apenas se hallaban en los primeros escalones y otros ya a la mitad de la escala, caían miserablemente. Ni un solo fraile quedó en la escalera. En vista de esto, San Francisco, volviéndose a Nuestro Señor, le suplicó con fervorosas oraciones que no los arrojase lejos de sí; pero Jesús, mostrando sus llagas que manaban sangre, le dijo: “Mira cómo me han puesto tus Hermanos.” Entonces el Santo Patriarca, bajando algunas gradas, dijo a sus Hijos: “No os desaniméis, tened confianza; id a la escala de plata y subid seguros por ella.” Sobre la cima de aquella escala apareció entonces la Gloriosa Virgen, coronada de grande esplendor, llena de clemencia y misericordia, y, subiendo los religiosos, esta Piadosísima Madre les daba la mano y entraron todos con su ayuda en el Paraíso. ¡Tristes de nosotros si no acudimos a esta soberana Señora, por cuyo medio han de conseguir su salvación los que no sean dignos de subir por la escala y camino recto de la Justicia!

Faro de Salvación. En Nant, pequeña villa del departamento de Aveyrón, donde me hallaba hace algún tiempo, tuve ocasión de conocer a una obrera ya anciana, cuya tristeza me había llamado la atención. Supe que había perdido su hijo único, y queriendo mostrarle mis simpatías, me puse a hablarle de sus desgracias. He aquí, palabra por palabra, lo que poco después oí de sus labios: “Yo tenía sólo un hijo, y le amaba cuanto podéis imaginar. Él sabía corresponderme; era listo, y en la escuela siempre mereció los primeros premios. Esto me tenía tal vez demasiado orgullosa. A los dieciséis años, ganó por oposición a un empleo, y fue propuesto en primer lugar. Me resistí a su marcha. Pero se me prometía para él un brillante porvenir; se me decía que convenía mucho le dejara partir; así que consentí y cedí a sus empeños. En el momento de separarnos, le dije abrazándole: ‘Hijo mío, eres devoto de la Santísima Virgen; acuérdate de que jamás abandona a quien acude a Ella: ¿me prometes no olvidarla?’ – ‘Sí, madre,’ contestó Carlos estrechándome en sus brazos. Llegó a Marsella. Al principio me escribía con frecuencia; sus cartas eran muy afectuosas; pero poco a poco fueron escaseando. Después... lloré, supliqué, esperé, y ni una noticia



suya me llegaba. Un día, mucho tiempo después, recibí un telegrama en el que se me decía: ‘Poneos inmediatamente en camino; vuestro hijo necesita de vos.’ Veinticuatro horas más tarde estaba yo en Marsella. Corrí a casa de Carlos. El portero no me dejaba subir. – ‘Soy su madre,’ le dije: y, desatentada como una loca, entré en la alcoba de mi hijo a pesar de que dos caballeros intentaron estorbármelo. – ¡Pobre Carlos; querido hijo mío!... Estaba muy malo y abrazándome me dijo: – ‘Madre, he implorado a la Virgen y Ella me ha escuchado. Búsqueme un Sacerdote.’ – Le calmé y me contó lo que le había salvado...”

Casa de Oro. En una iglesia de Roma, una viejecita, habiendo escuchado el sermón sobre la Inmaculada Concepción, se va a la sacristía y ofrece al Sacerdote cinco mil liras para que diga una Misa por sus intenciones. El Sacerdote, maravillado por la limosna, le dice: “¡Oh, quizá habrá recibido usted alguna gracia de la Virgen!” – “¡Oh, no!; no he recibido nada especial. Este

dinero lo he adquirido con mis fatigas y ahorros, y lo ofrezco generosamente al Señor por haber hecho a la Virgen Santísima tan hermosa.” Toda hermosa como una Casa de Oro finísimo que la embellece por dentro y por fuera.

Madre y Compañía Nuestra. Su nombre era Juan Ciudad Duarte, 1495-1550. Francisco I, en guerra con Carlos V, puso sitio a Fuenterrabía. Don Fernando Álvarez de Toledo, Conde de Oropesa, se dirigió con sus soldados, entre ellos Juan, a la ciudad fronteriza. Era el año 1521, el mismo en que una bala francesa hirió en Pamplona al hidalgo Ignacio de Loyola. Juan, que entonces tiene 26 años, se hace querer de todos por su dulzura y humildad; pero el contacto con la liviana soldadesca le va apartando, poco a poco, de sus acostumbradas devociones. Un día, en alas de la caridad siempre viva en él, parte montado en una mula, recién tomada al enemigo, en busca de agua para sus compañeros heridos y enfermos. Pero la mula se rebela y, en loco galope, lo aleja de los suyos y le lleva tierras de Francia adentro, hasta dejarlo descalabrado a una orilla del camino. Al volver Juan de su desmayo, viéndose herido y lejos de los suyos, recurrió a la Virgen; y al punto se le aparece en forma de pastora que, tras darle de beber agua en el cuenco de sus purísimas manos, le dice: “Yo soy Aquella que has llamado en tu socorro.” Le reconviene por su tibieza y le encarga que no abandone la oración. Arrepentido de su pasada falta de fervor, se postra de rodillas y reza... hasta que un Ángel se le aparece y le ordena que se encamine en busca de los suyos. Vuelto a su campamento, reanuda sus tareas de soldado, pero sin descuidar sus prácticas religiosas. Como había sido robado un rico botín confiado a su custodia, estuvo a punto de ser ahorcado. Se encomendó a la Virgen y Ella le salvó, en el último momento, por la intervención de un jefe de alta graduación, que llegó casualmente al lugar del suplicio de Juan, y condolido de él, le perdonó la vida, conmutándole la pena por la expulsión del ejército. Más tarde se alista entre los soldados que acuden a la defensa de Viena, sitiada por los turcos. Después de su carrera militar, la Santísima Virgen María le animó a trabajar con los pobres y enfermos. El Niño Jesús le dio el nombre ‘Juan de Dios’ y le dirigió a Granada. Y al final de sus días, estando para morir, San Juan de Dios esperaba la visita de María, de la que era tan gran devoto; pero no viéndola aún, se sentía afligido y se le quejaba tristemente. Mas cuando llegó su hora, en el momento oportuno se le apareció la Madre de Dios, y casi reprendiéndole de su poca confianza le dijo estas tiernas palabras que deben animar a todos los devotos de María: “Juan, no es mi manera de proceder abandonar a mis devotos en este trance.” Como si dijese: “Juan, hijo mío, ¿qué pensabas? ¿Que yo te había abandonado? ¿No sabes que yo no puedo abandonar a mis devotos en la hora de la muerte? No vine antes porque no era el tiempo oportuno; ahora que lo es, aquí me tienes para llevarte. ¡Ven conmigo al Paraíso!” Poco después expiró el Santo, entrando en el Cielo para agradecer eternamente a su amantísima Reina.

Auxilio de los Moribundos. Efectos admirables de recurrir a María, aun en la más deplorable situación. Había en Turín, en 1610, un hereje tan obstinado, que ni aun en el artículo de la muerte quería convertirse, a pesar de que varios sacerdotes le exhortaban a ello hacía ocho días. Por fin uno consiguió, casi a la fuerza, que pronunciara estas palabras: “Madre de Jesús, socorredme” y en aquel momento, pareció como si el hereje despertara de un sueño, y dijo: “Quiero morir católico.” En efecto, a las dos horas se había reconciliado con la Iglesia y entregado su alma.

Torre de David. Es una historia del tiempo de Napoleón III. Francia, en prenda de gratitud y con los cañones de Sebastopol, va a levantar grandiosa estatua a la Madre de Dios y secular Emperatriz de los francos. Un jesuita está encargado de recoger los donativos del pueblo. Un día, y con ese objeto, se presentó a un judío millonario: “¡Cómo!,” exclama éste, más que sorprendido indignado por la petición. “¿Ignora por ventura que soy judío?” — “Precisamente por eso os lo pido,” responde, imperturbable, el jesuita. “Antes que la maravilla del mundo y del Cielo, María es la gloria de Israel.” La reflexión convence al judío, que sin replicar una sola palabra, va a su escritorio y, sin contar, da al peticionario algunos billetes de mil francos. Dos años después, postrado ante la gigantesca escultura ya levantada, desde la que María parece velar por Francia, un hombre, hace ya largo tiempo, ora entre la inquieta muchedumbre, como se debe orar en medio de los Ángeles, allá en el Cielo. Es el judío. La Virgen le ha pagado sus billetes de banco con esa fe ardorosa que no pueden dar los banqueros de la tierra.

Áncora de Salvación. Estando en Roma San Francisco de Borja, General de la Compañía de Jesús, se presentó un eclesiástico que deseaba hablarle. Pero el Santo, que estaba muy ocupado en aquel momento, envió en su lugar al Padre Acosta a quien el eclesiástico refirió lo siguiente: “Yo soy Sacerdote y predicador: he profanado el santo hábito que llevo con los más vergonzosos desórdenes, y para colmo de las ofensas que he hecho a Dios, he llegado hasta desconfiar de su Infinita Misericordia. Un día que acababa de predicar contra los pecadores obstinados que viven envueltos en el pecado y desesperan del perdón, se me presentó un hombre para que le confesase, y después de haberme referido su historia, concluyó diciéndome que estaba condenado sin remedio. Para cumplir con mi ministerio le contesté que si cambiaba de vida podía esperarlo todo de la Bondad de Dios. Entonces el hombre se levantó y me dijo: ‘Y tú que tan bien sabes predicar a los otros, ¿por qué no abandonas el pecado y vives en la desesperación? Sabe que soy un Ángel enviado del Cielo, y los pecados que te dije son los tuyos. Vuelve al Señor y te perdonará.’ Dichas estas palabras, desapareció; dejándome con la firme intención de aprovechar su advertencia, y durante algún tiempo abandoné mis malas costumbres; pero después volví a pecar como antes, y estando un día celebrando, Jesucristo me habló sensiblemente en la Hostia: ‘¿Por qué me maltratas, me dijo, a Mí que con tanta benignidad te trató?’ Este aviso me hizo de nuevo pensar en convertirme; pero no fui más fuerte que antes y volví a mis pasadas costumbres. Hoy, en fin, hallándome solo en mi aposento, he visto entrar a un joven que sacando de debajo de su capa un Cáliz y de éste una Hostia, y mirándome con ojos encendidos de cólera me ha dicho: ‘¿Reconoces al Señor que tengo en mis manos? ¿Recuerdas todas las gracias que te ha dispensado? Pues he aquí el castigo de tu ingratitud.’ Y sacando una espada que pendía de su cintura se disponía a quitarme la vida. Yo me puse de rodillas y exclamé: En nombre de María y por su amor te pido que me dejes vivir para hacer penitencia. El joven suspendió el golpe, y me dijo: ‘Sólo este recurso te quedaba para salvarte de la muerte; pero aprovéchalo, porque es el último para ti.’ Después ha desaparecido y vengo a rogaros que me admitáis en la Compañía.” El Padre Acosta procuró animar al eclesiástico, quien por consejo de San Francisco



entró, no en la Compañía, sino en otra Orden religiosa donde vivió y murió santamente.

Madre de la Humanidad. La célebre cantante vienesa Miliza Korjus (1909-1980), en la cumbre de su apogeo, en medio de una gira profesional, iba a perder la mitad de su vida: su voz, según el diagnóstico de los mejores especialistas. Esa voz que le había dado tantos triunfos, y que ya sólo quedaría en las cintas cinematográficas. La gira iniciada por México en 1946 quedaría interrumpida, así como tantos otros contratos pendientes. ¿Qué hacer en aquellas circunstancias? Humanamente todo estaba perdido. Entonces fue cuando empezó a cobrar nuevo valor en su mente agitada el recuerdo turístico de los 15.000 peregrinos que pasaban cada día por la Basílica del Tepeyac. Ella misma, protestante, había presenciado en sus visitas aquel espectáculo, pero admirándolo sólo con ojos turísticos, y como una escena típica. Ahora el fervor mariano de aquel abigarrado pueblo la hizo invocar confiadamente a la Virgen de Guadalupe, pidiendo que la curase. Llegó el día fijado para la ineludible operación. Antes de practicarla, los médicos hicieron rutinariamente el examen previo. La admiración se dibujó en sus rostros. Miraron otra vez y confirmaron atónitos que era verdad. —“Pero, ¿qué ha hecho usted?” —“Tomé las medicinas que me indicaron para prepararme a la operación.” —“No, no. ¿Qué ha hecho usted para curarse?” —“Le pedí a la Virgen de Guadalupe que me sanara.” —“¿Y ha probado ya su voz?” —“Ustedes me prohibieron que cantara.” —“Pues vea si puede cantar.” La voz de la artista resonó limpia y armoniosa. La examinaron cuidadosamente y la declararon completamente sana. Al día siguiente una peregrina más se sumaba al río de gente que iba a arrodillarse a los pies de la Virgen de Guadalupe. Otra placa de mármol blanco aparecía, días después, a la entrada de la sacristía de la Basílica. Decía solamente: “Gracias, Madre mía - Miliza Korjus.” La víspera de su vuelta a Europa, declaró a un periodista: “Vine protestante y vuelvo católica, porque todo lo que he pedido a la Virgen de Guadalupe me lo ha concedido.”

Espejo de Justicia. El hijo de un príncipe, llamado Eskil, fue mandado por su padre a estudiar a Hildesheim, ciudad de la Baja Sajonia; pero el noble joven se dio a una vida licenciosa y rota. Cayendo gravemente enfermo, a los pocos días estaba a las puertas de la muerte. Viéndose al cabo de la vida, tuvo una visión: Se vio en un horno de fuego; creía estar en el infierno, pero impensadamente pudo salir de él y se encontró en un palacio; al entrar en un gran salón vio a la Santísima Virgen que le dijo: “¿Cómo has tenido valor para presentarte en mi presencia? Sal de aquí y vete al fuego del infierno que tienes bien merecido.” El joven imploró la misericordia de la Virgen, y vuelto a unas personas que se hallaban en el salón les rogó que unieran sus oraciones a las de él. Así lo hicieron, pero la Santísima Virgen les dijo: “¿Ignoráis la vida licenciosa que ha llevado sin haberse dignado siquiera rezar un avemaría?” Los abogados le dijeron: “Señora, ya cambiará de vida.” A lo que el joven añadió: “Prometo enmendarme de veras y seré tu fiel y leal servidor.” Mitigando entonces la Virgen su severidad, le contestó: “Está bien, acepto tu promesa, séme fiel, recibe mi bendición, para que te veas libre de morir en pecado y del infierno.” Dicho esto, desapareció la visión. Volviendo Eskil de su visión, refirió a los demás la gracia que de María había recibido. Desde entonces comenzó a llevar una vida santa, alimentando siempre en su corazón un grande y tierno amor a María. Más tarde fue nombrado Arzobispo de Luna, en Dinamarca, donde convirtió a muchos infieles. Ya mayor, renunció a la mitra y se hizo monje de Claraual en donde a los cuatro años de una vida penitente y retirada murió con la muerte de los justos. Algunos autores lo cuentan entre los santos del Cister.

Dulce Sostén de sus Devotos. Cuenta el Padre Razzi, camaldulense, como un joven, muerto su padre, fue mandado por la madre a la corte de un príncipe. La madre, que era devotísima de la Virgen, al despedirlo le hizo prometer que todos los días rezaría un avemaría con esta jaculatoria: “Virgen Bendita, ayúdame en la hora de la muerte.” Llegado a la corte, al poco tiempo el joven se hizo tan disoluto que el príncipe lo despatchó. Desesperado y no sabiendo qué hacer, se convirtió en saltador de caminos; pero, con todo, no dejaba de rezar lo que le había prometido a la madre. Por fin cayó en manos de la justicia y fue condenado a muerte.

En la cárcel, la víspera de ser ejecutado, pensando en su deshonra y en el dolor que le iba a causar a su madre y espantado por la muerte que le esperaba en el patíbulo lloraba desconsolado. El demonio, al verlo oprimido por tan gran tristeza, se le apareció en forma de un gallardo joven y le dijo que él podía librarlo de la cárcel si hacía lo que le mandase. El condenado se allanó a todo. Entonces el fingido joven le manifestó que era el demonio que venía en su ayuda. En primer lugar, le exigió que renegase de Jesucristo y de los santos Sacramentos. El joven aceptó. Enseguida le exigió el demonio que renegase de la Virgen María y que renunciase a su protección. “Esto no lo haré jamás”, respondió al instante el joven; y volviéndose hacia María le dijo su acostumbrada oración: “Virgen Bendita, ayúdame a la hora de la muerte.” Al oír estas palabras, desapareció el demonio. El joven quedó consternado



por la infamia que había cometido de renegar de Jesucristo. Pero recurriendo a la Virgen le pidió un gran dolor de todos sus pecados, luego se confesó muy contrito y deshecho en llanto. De camino al patíbulo, en un nicho, vio una imagen de María, y él la saludó con su acostumbrada oración: “Virgen Bendita, ayúdame en la hora de la muerte.” Y la estatua, a la vista de todos, inclinó la cabeza saludándolo. Él, enternecido, pidió que le dejaran besar los pies de la imagen. Los esbirros no querían, pero ante el alboroto que se estaba armando entre el pueblo, le dejaron. Se inclinó el joven para besar los pies de la imagen; entonces María extendió el brazo y lo tomó de la mano tan fuertemente que no había manera de soltarlo. Ante tal portento, todos empezaron a gritar pidiendo perdón para el condenado a muerte. Y le fue concedido el perdón. Vuelto a su patria llevó una vida ejemplar, viviendo con sumo fervor su devoción a María que le había librado de la muerte temporal y eterna.

Protectora Eficacísima. El venerable Padre Bernardo, que tanta celebridad tuvo en París en el siglo XVII, por su caridad para con los presos y por su devoción a la Santísima Virgen, auxiliaba un día a un condenado a muerte en el momento de ser conducido al patíbulo. Este desgraciado, que añadía a sus pasados crímenes las más horribles blasfemias, había ya agotado la paciencia de cuantos le exhortaran a convertirse; pero el Padre Bernardo, que no desconfiaba de conseguir su conversión, le acompañó hasta el pie de la horca, subió con él la escalera, y cuando por un efecto de su piadoso celo iba a abrazarle, recibió de él un puntapié que le hizo caer de lo más alto de ella. El Padre Bernardo, aunque herido, no dejó por eso de levantarse, y poniéndose de rodillas invocó a su poderosa Protectora con la oración que tenía de costumbre: ‘Acordaos, etc.’ Pero ¡oh admirable efecto de la Protección de María! Antes de terminar su oración se vio que el reo, deshecho en lágrimas de penitencia, pedía perdón públicamente, se confesó, y edificó tanto con su arrepentimiento como había horrorizado con su obstinación.

Reina de todo lo Creado. El 31 de mayo de 1889, a causa de lluvias torrenciales, un inmenso pantano situado cerca de Johnstown, Pensilvania (Estados Unidos), rompió de repente sus diques y, escapándose 20 millones de toneladas de agua con violencia inaudita, inundaron aquella ciudad y gran número de pueblos circunvecinos. Como más de dos mil personas perecieron en la catástrofe, con la cual está ligado el hecho verdaderamente prodigioso que vamos a relatar. En el momento en que la espantosa inundación se desencadenó sobre Cambria-City, se celebra con toda pompa el mes de María; la iglesia estaba llena de fieles, los cuales, al oír el ruido de la corriente que se acercaba, huyeron precipitadamente. En pocos minutos el nivel de las aguas llegó en la iglesia a la altura de más de cuatro metros. La inundación hacía estragos en el interior y en el exterior del templo, rompiendo todo lo que encontraba a su paso. Cuando se pudo entrar en la iglesia, se ofreció a la vista el espectáculo de la devastación más completa. Un solo objeto había quedado libre del furor de las aguas. La estatua de la Santísima Virgen, vestida y adornada para los ejercicios del

mes, apareció intacta como el día en que se la había colocado. Las flores, las coronas y hasta el velo de encajes, todo estaba limpio e intacto. Imposible era descubrir allí la menor mancha. Y, sin embargo, las huellas impresas en los muros de cuatro metros de altura, indicaban a todos que la estatua de la Santísima Virgen, que sólo estaba a un metro del suelo, había estado sumergida bajo una masa de agua, furiosamente agitada, de más de tres metros de alto, sin sufrir detrimento. Cuantos vieron la estatua después de la inundación, no pudieron dudar del milagro y confesaron que el hecho era algo sobrenatural. Este prodigio, que pueden certificar muchos testigos, produjo gran sensación en todo Estados Unidos.

Madre Virginal. Se refiere de Miguel Ángel Buonarroti que mostró a otro artista una preciosísima imagen de la Virgen que acababa de ejecutar. Este le dijo que parecía muy joven. Y contestó Miguel Ángel: “Siempre fue joven y siempre fue hermosa, porque siempre fue virgen.” ¡Cuánta razón tenía! A María se le pueden dar todos los títulos honoríficos porque todos los posee en grado heroico. Pero la llamamos la Virgen porque lo que más sobresale en Ella es su pureza inmaculada, virginal.

Libertadora de las almas. El Padre Rheo, y el Padre Lereo, refieren que hacia el año 1465 vivía en Güeldres una joven llamada María, a la que envió su tío al mercado de Nimega, con el objeto de hacer algunas compras, encargándole que si se la hacía tarde para volver de día, fuese a pasar la noche en casa de otra tía que vivía en aquella ciudad. La joven obedeció; pero al ir por la tarde a casa de la tía, ésta la despidió con tal aspereza que no tuvo más recurso que emprender el camino de vuelta, desesperada y llena de miedo. Cayó la noche por el camino, y en uno de aquellos terribles momentos ella, encolerizada, llamó en voz alta al demonio en su ayuda. Entonces se le apareció en figura de un joven que se ofrecía a acompañarla y servirla en todo con tal de que le hiciese una promesa, y la infeliz contestó: “Haré cuanto quieras.” “Sólo exijo de ti”, dijo el demonio, “que en adelante no vuelvas a hacer la señal de la Cruz y que te cambies de nombre.” “En cuanto a la señal de la cruz, repuso la joven, te prometo no hacerla; pero mi nombre de María me es demasiado querido para cambiarle.” – “¡Está bien! pero yo no te ayudaré”, dijo el demonio. Al fin, después de un gran debate, convinieron en que la joven tomaría el nombre de la primera letra de María, es decir, Eme o Emma, y con este pacto emprendieron el camino de Amberes, en donde aquella desgraciada vivió seis años en compañía de su detestable compañero, llevando una vida rota, con escándalo de todos. Al cabo de este tiempo la joven tuvo deseos de volver a su patria, y el demonio, aunque se opuso al principio, accedió por fin a sus instancias y se pusieron en camino para Nimega. Al llegar a la ciudad fueron al teatro, en donde se representaba una obra cuyo asunto estaba tomado de la vida de la Santísima Virgen, y la pobre María, por aquel poco de devoción hacia la Madre de Dios que había conservado, prorrumpió en un amargo llanto. “¡Cómo!”, dijo su compañero, “¿quieres acaso que yo presencie dos tragedias a un tiempo?” Y diciendo esto la agarró del brazo para sacarla de aquel lugar, pero ella se resistía, por lo que él, viendo que se le escapaba su presa de las manos, montó en cólera y levantándola en el aire la arrojó en medio del salón. La desgraciada joven, cuando volvió del aturdimiento producido por su caída, refirió su triste historia, y fue a buscar un Sacerdote para que la confesase; pero éste la envió al Arzobispo de Colonia, y aquel al Papa. El Soberano Pontífice, después de haberla oído en confesión, la dio por penitencia que llevara tres aros de hierro, uno al cuello y uno en cada brazo, y la penitente, después de haber obedecido, se marchó a Maastrich, donde se encerró en un Monasterio de Arrepentidas en el que vivió catorce años ejercitándose en la más austera penitencia. Un día al despertar vio que los tres aros se habían roto por sí mismos, y dos años después murió en olor de santidad pidiendo que se la enterrara con aquellos aros que de esclava del infierno la habían convertido en dichosa esclava de su Libertadora, María Santísima.

Fuente de Gracia. En marzo de 1842, un joven príncipe ruso, Sergio de Chetzoulepnikof, se presentó al abad Desgenettes, y le refirió cómo venciendo dificultades mil y luchando contra todo el poder del imperio moscovita, dejó el cisma griego y se convirtió al catolicismo,

solo por haber leído los Anales de la Archicofradía del Corazón Santísimo de María, que una dama polaca hizo llegar a sus manos, por una casualidad. Hallándose ya el príncipe en la capital de Francia, como continuasen contra él las persecuciones del gobierno ruso, y se viese en la imposibilidad de regresar a su país, cayó en tal languidez, melancolía y desaliento, que se enfermó gravemente, y vacilaba ya acerca de si perseveraría o no en la Fe católica que había abrazado tan heroicamente. Entonces se ofrecieron muchas oraciones por el desgraciado joven al Corazón Purísimo de María, en la Archicofradía de París. ¡Cosa admirable! Al punto mismo el generoso príncipe dejó sus vacilaciones, y no solamente se afirmó en sus sentimientos católicos, sino que renunció al mundo y sus vanidades, abrazó la carrera eclesiástica, se hizo misionero apostólico, y consagró toda su vida a propagar la verdadera Fe de Cristo en los Estados Unidos.



Estrella Matutina. “Regresando de una peregrinación a El Palmar en Semana Santa de 1979, San Escolástico María me dijo que pensaba que Nuestra Señora nos daría una señal, dado que esta fue la peregrinación más penitencial que habíamos tenido. Al regresar a Irlanda, mientras viajaba en automóvil desde el aeropuerto de Dublín a Howth aproximadamente a las 8 de la mañana, el cielo estaba nublado con sol intermitente. Mirando al cielo, pensé ¿cómo podría haber dos soles, uno directamente al este y otro al norte? Al examinarlo más de cerca, pude ver claramente la silueta hacia el norte, no el sol, sino Nuestra Señora como se describe en el himno ‘Hermosa Sois’. Posteriormente, al acercarme a la carretera marítima, vi una extraordinaria danza del sol, que giraba a izquierda y derecha y pulsaba hacia nuestro parabrisas. San Escolástico María, que iba en el coche, me preguntó después si había visto algo más que el sol bailando. Le expliqué que había visto a Nuestra Señora en el cielo. ‘Ah, tú también la viste’, dijo. Le expliqué que la había visto en silueta vestida de sol. Me dijo que había visto claramente a Nuestra Señora y me explicó que Ella estaba sonriendo en nuestra dirección. Aunque San Escolástico María habló con otros sobre cómo habíamos visto bailar el sol, nunca, que yo sepa, mencionó que también habíamos visto a Nuestra Señora.” Un fiel palmariano.

Fortaleza de los moribundos. La Virgen Santísima protege y ayuda a sus verdaderos devotos, a veces hasta de un modo visible. Cuando San Antonio de Padua llegó a su hora postrera, luego que hubo recibido los Santos Sacramentos, la Celestial Señora se le apareció y le consoló mostrándole a su Divino Hijo, que le sonreía y le alargaba los brazos... San Jerónimo asegura que María no se contenta con asistir a sus devotos en la última hora, sino que sale al encuentro de sus almas, y Ella misma las presenta e intercede por ellas ante su Divino Hijo. Además, la Iglesia enseña que, con su predicación en el juicio particular, María auxilia grandemente a todos los que llegan en estado de gracia y los mueve a hacer necesariamente un acto de perfecto amor a Dios por el cual se les perdonarán todas las culpas veniales, con posibilidad de adquirir nuevos méritos e indulgencia parcial o total de la pena temporal. Y a todos los que llegan en pecado mortal, los auxilia para que escojan la salvación y se salven.

Madre Fidelísima. Una joven que vivía muchos años en los mayores desórdenes, lloraba en silencio, sin embargo, los vergonzosos pecados a que la habían conducido tanto el vicio como la indigencia, cuando un día que estaba en su habitación muy preocupada pensando en su triste estado, vio con sorpresa que su cómplice entró con los ojos bajos, confuso y con una cartera en la mano, y la dijo estas palabras: “Bastante tiempo hemos vivido en el desorden; es preciso que renunciemos a este género de vida y pensemos en hacer penitencia. Yo me retiro a expiar mis culpas, y tú debes hacer lo mismo. En esta cartera encontrarás lo necesario para tu subsistencia, por todo el resto de tus días: retírate, consagra a Dios el corazón que habías dado a la criatura.” La joven le oyó al principio con asombro; pero penetrando después

las palabras de su amante en el fondo de su alma, sintió romperse las cadenas que la esclavizaban, y con el corazón contrito y lleno de reconocimiento hacia un Dios que la facilitaba su conversión, corrió a buscar un Sacerdote que la guiase en la nueva vida de penitencia que quería emprender, y que siguió en efecto el resto de sus días. Sorprendido el confesor de tan dichoso cambio, le preguntó si aun en medio de su vida desarreglada había observado alguna práctica piadosa, a lo que ella contestó que ningún sábado había dejado de oír Misa en honor de la Santísima Virgen, porque su madre se lo había mandado en los últimos momentos de su vida. Uno y otra comprendieron entonces que la Madre de Dios había querido recompensar con tan señalados favores aquella ligera muestra de piedad.

Auxilio de los Cristianos. El glorioso San Esteban I, rey de Hungría, es un ejemplo de la verdad del dicho de San Anselmo, que así como es imposible que se salve aquel de quien María aparte sus ojos de piedad, así es imposible que sea réprobo y se pierda aquel que constantemente la obsequia y ama. Desde su niñez lo hizo Esteban con singular ternura, y, siendo ya rey, quiso que Ella se llamase la Gran Señora de todo su reino. Puso su corona y cetro y todo su poder en manos de la Reina del Cielo, queriendo ser reputado y tenido por uno de sus humildísimos siervos. En el año 1030 Conrado II, emperador del Sacro Imperio y príncipe ambicioso, resolvió conquistar Hungría. Apenas supo Esteban que las tropas del Imperio estaban ya en las fronteras y se adelantaban a jornadas dobles para sorprenderle, lejos de sobrecogerse, dio las órdenes oportunas a fin de frenar la invasión, y luego, postrándose delante de la imagen de María, hizo esta breve oración: “Si queréis, Señora, que una parte de vuestros dominios sea asolada, os ruego no permitáis que esto se atribuya a mi poca confianza en vuestra protección; si el pastor ha merecido el castigo, pague él solo la pena.” Se levantó, y salió a la campaña con valor invencible; pero apenas anduvo media jornada, un correo le trajo la noticia de la retirada del ejército imperial, por haber recibido orden de volver a Alemania, orden que, sin duda, fue comunicada de arriba, porque el emperador no tuvo conocimiento de ella. El santo rey gobernó después en paz y con mucha sabiduría su reino cuarenta y dos años, y el Señor coronó sus merecimientos con una muerte preciosa el día mismo de la Asunción de Nuestra Señora, según los vehementes deseos que había tenido siempre de celebrar el triunfo de la Virgen entre los escogidos, aumentando su número en día tan precioso.

Reina de Todos los Santos. Narra Cesáreo que un monje cisterciense, muy devoto de la Santísima Virgen María, tenía un deseo muy grande de ver a su amada Señora, y no cesaba de pedirle este favor. Salió cierta noche al jardín del monasterio, y poniéndose a contemplar el estrellado firmamento, exhalaba encendidos suspiros que dirigía a la Reina de sus amores y de sus deseos. De repente ve que viene por los aires una hermosa virgen, cercada de resplandor, que le dice: “¿Te gustaría, Tomás, oír mi canto?” —“¡Claro que sí!” repuso el monje. Entonces aquella virgen cantó con tan suave melodía, que el devoto religioso se creía trasladado al Cielo. Cesó el canto y desapareció la visión, con lo cual entró el monje en grandes deseos de saber quién se le había aparecido. Pensando estaba en estas cosas, cuando se le aparece otra virgen también de incomparable hermosura, que le hizo oír sus celestiales melodías. Esta vez Tomás no pudo dominar los deseos de saber quién era la que así cantaba, y le preguntó por su nombre: “La que viste hace poco,” le respondió la visión, “era Catalina de Alejandría; yo soy Inés de Roma, ambas mártires de Jesucristo. Nuestra Señora nos ha enviado para consolarte; da gracias a María y disponte a recibir una gracia mayor.” Dijo y desapareció. Con esto el religioso concibió mayores esperanzas de ver al fin a su Celestial Reina. No se equivocó en sus deseos, porque algunos momentos después sintió que el pecho se le inundaba de puro gozo; vio luego un gran foco de luz, y, entre los resplandores de la luz, divisó, rodeada de Ángeles, a la Virgen Madre de Dios, de una belleza incomparablemente mayor que la de las Santas anteriores, y Ella le dice: “Querido siervo e hijo mío, agradezco tus homenajes, y he escuchado, benigna, tus ruegos; tenías grandes deseos de verme; aquí me tienes; y ahora quiero también hacerte oír mi canto.” Y la Santísima Virgen se puso a

cantar, pero con tanta suavidad y armonía, que el devoto religioso, de puro gozo, perdió el sentido y cayó como desmayado en tierra. Tocaron a maitines; se reunieron los religiosos en el coro, y, al no ver a Tomás, fueron a buscarle en la celda y en otros lugares del monasterio; finalmente, entraron en el jardín y lo hallaron desmayado. El Superior le mandó que declarase lo que le había sucedido; y el monje, a la voz de la obediencia, volvió en sí y refirió, en presencia de todos, las mercedes que le había dispensado la Virgen Madre de Dios.

Reina de las Bellas Artes. La Santísima Virgen, Reina de las batallas, es también la Reina de las Bellas Artes. ¿A quién sino a su inspiración son debidas las Concepciones de Murillo, la Madonna de Rafael y sobre todo las divinas figuras que de la Virgen Madre de Dios y de los Ángeles nos dejó aquel celestial pintor que los artistas llaman el Angélico y los cristianos San Juan de Fiésole?

Madre Inmaculada. A una de las residencias de cierta humilde Congregación, vino una mujer a decir a uno de los Padres que su marido hacía muchos años que no se confesaba, y que la pobre no sabía qué hacer para convencerlo, porque en hablándole de confesión la apaleaba. El Padre le dijo que le diera una imagen de María Inmaculada. Al caer la tarde, la mujer de nuevo le rogó al marido que se confesara, y como no le hacía caso, le dio la estampa de la Virgen. Y apenas la recibió le dijo: “Bueno ¿cuándo quieres que me confiese? Estoy pronto.” La mujer se puso a llorar de alegría al ver el cambio tan repentino. Llegada la mañana fue con su marido a la iglesia. Al preguntarle el Padre cuánto tiempo hacía que no se confesaba, le respondió que hacía veinte años. “Y ¿qué le movió a venir a confesar?”, le dijo el Padre. “Yo estaba obstinado -le respondió- pero ayer me dio mi mujer una estampa de Nuestra Señora, y al instante sentí cambiado el corazón, tanto que cada momento me parecía mil años esperando que se hiciera el día para poder venir a confesarme.” Se confesó con gran dolor, cambió de vida y continuó durante mucho tiempo confesándose con el mismo Padre.

Reina de los Mártires. En el año 870, los daneses ocasionaban los más espantosos estragos en Escocia e Inglaterra. Cuando las religiosas de Coldingham, en la costa, al este de Edimburgo, Escocia, tuvieron noticia de que se aproximaban a su convento, quedaron aterradas, pero Dios y la Santísima Virgen cuidaron de levantar su valor a la altura del peligro que les amenazaba. Santa Ebba, que era la abadesa, más solícita en conservar su virtud y la de sus monjas que en defender la vida, reunió a todas las Hermanas en una capilla dedicada a la Virgen Santísima, y allí dirigió a la Madre Inmaculada esta conmovedora plegaria: “¡Oh María! ¡Oh la más pura de las vírgenes! Alargad vuestra Mano compasiva a vuestra humilde sierva, e inspiradle el medio de conservar su virtud y la de sus Hermanas. Extended sobre nosotras esa Mano poderosa que disipa las borrascas y tempestades, y dadnos fortaleza para morir si es necesario, antes de consentir en la pérdida de la virginidad...” Apenas concluye su plegaria, se oyen los gritos o más bien los aullidos de aquellos tigres furiosos, que vienen vomitando mil blasfemias por sus bocas infernales. La santa abadesa se levanta en el acto y habla en estos términos: “Las que amen a Dios y el precioso tesoro de su pureza, imiten mi ejemplo y nada teman. La muerte es dulce para quien sabe dar la vida por la virtud.” Y, cogiendo un hierro cortante, se desfigura con él horriblemente la cara. Movidas por tan heroico ejemplo las demás religiosas, no vacilan en seguirla, y, así desfiguradas y bañadas en sangre, se presentan a sus infames perseguidores. Ante este espectáculo, los bárbaros retroceden horrorizados y helados de asombro. Pero pronto, más furiosos todavía, al ver que se habían frustrado sus esperanzas, como el león que ve que le arrebatan la presa, pagan fuego al monasterio, que ardió completamente y se retiran, dejando en pos de sí un montón de cadáveres y ruinas. En cuanto a las nobles víctimas de la virtud angelical, Dios les recompensó con el céntuplo la hermosura pasajera que le sacrificaron con tanta



generosidad; y sus rostros, según la bella expresión de los libros santos, “brillarán un día como otros tantos soles en los esplendores eternos.”

Promesa de Salvación. En septiembre de 1839, se moría en París una joven a quien se había educado en la libertad de costumbres, y lejos de toda influencia religiosa. La enfermedad de que adolecía era la tuberculosis pulmonar, en su último grado, por lo cual se temía que de un momento a otro muriese la pobre tísica en desgracia de Dios, y consumase sus pecados con la perdición eterna. Varias personas piadosas habían agotado sus esfuerzos para obtener de la enferma que arreglase su conciencia y recibiera los auxilios de la religión; pero la moribunda no quería ni que se le hablase de Sacerdote, y se hallaba en tal estado de agitación, terror y desesperación, que infundía espanto en cuantos la veían. Un celoso Sacerdote de la parroquia donde esto acontecía, fue algunas veces a ofrecer los socorros espirituales a aquella desgraciada, pero ésta los rechazó siempre con terca obstinación. ¿Qué hacer, entonces?... Una buena y caritativa señora de la vecindad, sin hallar ya otro recurso para mover a aquella alma impenitente, se encaminó al templo de Nuestra Señora de las Victorias, y suplicó al Párroco, el abad Desgenettes, que hiciese orar por la conversión de la joven obstinada, en la Archicofradía del Corazón Compasivo de María, y que en el altar hiciese celebrar, por esta misma intención, el adorable sacrificio de la Misa, el día 3 de septiembre. Todo esto se hizo con absoluto secreto. ¡Cosa admirable!: En el momento en que principió la Misa, la enferma que no podía ni sospechar lo que se había hecho por ella, y cuyas perversas disposiciones no habían sido tampoco disminuidas por ninguna influencia exterior, esa enferma impenitente y desesperada pidió espontáneamente un Sacerdote, se confesó muy contrita de todas sus faltas y recibió el Santo Viático llena de piedad y gozo. Poco después murió con señales manifiestas de eterna salvación. ¡Milagros estupendos del Corazón Compasivo de María!

Madre del Amor Hermoso. Alboreaba el 4 de noviembre del 1632 y, de rodillas ante el altar del Rosario, San Juan Macías contemplaba el bajorrelieve del Nacimiento de Jesús y le pedía muy de veras bajara a su corazón el Divino Niño. En medio de un gran resplandor, ve a la Virgen, hermosa y radiante, que le presenta al Niño Jesús y le dice: “He aquí al Divino Infante; abrázale, acarícialo con todo tu amor, ya que tanto lo has deseado; Yo soy quien te lo da.” Embargado con tanta dicha y anonadado por su humildad, no se atreve a recibirlo, suplicándole usara con él de misericordia. Este acto de humildad agradó tanto a Dios que, en premio, la Santísima Virgen le alcanzó de su Hijo que no pudiera desear en adelante otra cosa que a Jesucristo. Tres veces le puso Ella en los brazos al Divino Infante, y otras tantas veces le pareció estar gozando con Él en el Cielo.

Báculo del Rebaño. Un fiel palmariano escribió: “Alrededor del año 1977, cuando regresaba a casa del trabajo, visité una iglesia católica romana en Clontarf llamada Iglesia de San Juan Bautista. Acababa de comenzar una Misa y decidí quedarme hasta que concluyera. Durante la Comunión de los fieles, el Sacerdote con su acólito salió del comulgatorio y procedió a dar la Sagrada Comunión a los fieles que estaban todos de pie mientras la recibían. Me acerqué a recibir pero había predeterminado recibirla de rodillas como nos dijo Nuestra Señora que lo hiciéramos. Mientras me arrodillaba y recibía la Hostia sagrada, sentí la palma de una mano en mi cabeza. No pude entender esto, sin embargo, en mi siguiente visita a El Palmar mientras oraba solo frente a la estatua de la Divina Pastora que entonces estaba ubicada afuera de la entrada principal, sentí una palma similar en mi cabeza. Entonces entendí esto como una señal que me había dado Nuestra Señora.”

Refugio de los pecadores. Es famosa la historia de Teófilo escrita por Eutiquiano, Patriarca de Constantinopla, testigo ocular de los hechos, y que es referida luego por San Pedro Damiano, San Bernardo, San Buenaventura, San Antonino y otros. Teófilo era archidiácono de la Iglesia de Adana, en Cilicia, y servía a la Iglesia con gran edificación de todos. Él era tan estimado por los fieles que lo querían por su obispo; mas él, por humildad, rehusó. Pero unos malvados lo acusaron calumniosamente y fue depuesto de su cargo. Teófilo concibió tal dolor que, cegado por la pasión y por vengarse de sus enemigos, fue en busca de un mago

judío a fin de que evocara a Satanás para que le ayudase en su desgracia. El mago así lo hizo, advirtiéndole: “No te santigües.” Cuando se apareció el demonio le exigió que, si quería su ayuda, renegase de Jesús y de María, su Santísima Madre, y lo declarase en documento firmado por su mano. Teófilo firmó el abominable documento. Y le dijo el demonio: “Vete ahora, que yo haré que te vuelvan tu oficio.” Al día siguiente, el Obispo, habiendo reconocido la falsedad de la calumnia, le pidió perdón y lo rehabilitó en su cargo. Entonces le dijo el mago a Teófilo: “¿Qué te parece cómo obra nuestro patrón?” Pero Teófilo comenzó a entristecerse, y a remorderle la conciencia, y decía con lágrimas: “¡Ay de mí! ¿Adónde iré? Y a quién pediré ayuda para mi remedio, pues negué a Cristo y a su Madre.” Y desde ese momento Teófilo, lacerado de remordimientos de conciencia por su enorme pecado, no hacía otra cosa más que llorar. Le vino al pensamiento no tomar otra intercesión sino la de la Virgen, Nuestra Señora. ¿Y qué hizo? Fue a la iglesia una noche y postrado a los pies de una imagen de María, llorando, le dijo: “Oh Madre de Dios, no me quiero desesperar teniéndote a Ti, que eres tan piadosa y me puedes ayudar... no me desampares, como yo hice a tu Hijo y a Ti.” Y así estuvo durante cuatro días ante la Santísima Virgen, llorando y rezando. Y he aquí que al fin, por la noche, se le apareció la Madre de Misericordia y le dijo: “Teófilo, ¿qué has hecho? Has renunciado a mi amistad y a la de mi Hijo. ¿Y por qué? ¿Por entregarte a mi enemigo y al tuyo?” –



“Señora, -respondió Teófilo- perdóname y consígueme el perdón de tu Hijo.” Entonces María, viendo su confianza, le dijo: “Tranquilízate, que quiero rogar a mi Hijo por ti.” Animado por esto, Teófilo redobló sus lágrimas, sus plegarias y sus penitencias, no apartándose del lado de la imagen. Y he aquí que de nuevo se le apareció María, y con rostro risueño le dijo: “Teófilo, alégrate, he presentado tus lágrimas y oraciones a Dios y Él te ha recibido y perdonado. De hoy en adelante le serás agradecido y fiel.” – “Señora -le dijo Teófilo-, esto no basta para consolarme plenamente. El enemigo tiene en su poder aquella impía escritura en que firmé mi renuncia a Ti y a tu Hijo; Tú puedes hacer que me la restituya...” Después de tres días, al despertar Teófilo, encontró sobre su pecho la malhadada escritura. Al día siguiente, mientras el Obispo oficiaba en la Iglesia, en presencia de todo el pueblo, fue Teófilo a postrarse a sus pies, confesó todo lo sucedido llorando a mares, y le entregó la maldita escritura, que el Obispo hizo quemar inmediatamente delante de todos los fieles, que no hacían más que llorar de alegría exaltando la Bondad de Dios y la Misericordia de María para con aquel gran pecador. Teófilo volvió a la Iglesia de la Virgen, donde después de tres días murió lleno de contento, dando gracias a Jesús y a su Santísima Madre.

Rosa de las Rosas. Santa Rosa de Lima, ese ángel humano, no pensaba sino en ser toda de Jesús, ayudada de María. Aguardaba un día que se abriese un crisantemo, para ponerlo con sus abiertas flores ante Jesús, mas lo halló arrancado de raíz. Muy triste quedó con esto, mas Jesús se le apareció y le dijo: “¿Por qué estás tan triste? ¿No soy Yo la Flor del campo, mejor que tu crisantemo y que todas las flores del Paraíso? Yo solo quiero ser tu flor, y por eso Yo mismo arranqué tu crisantemo.” Tenía un día su jardín lleno de rosas, y apareció entre ellas la Virgen con el Niño, mandándole le trajera el delantal lleno de ellas. Tomó María una de ellas, diciéndole: “Esta eres tú; me la guardo para mí. De las otras haz lo que quieras.” Rosa las tomó todas, hizo con ellas una guirnalda, y coronó con ellas al Niño Dios. ¿Quién no desea para sí dichas tan del Cielo, aun a precio de cualquier trabajo? ¡Oh Madre de la pureza, Virgen de vírgenes, haz nuestros corazones puros y semejantes al tuyo!

Redentora de Cautivos. En una emboscada de la guerra europea del año 1914, cae prisionero Jacques Riviere en manos de los alemanes. En su calabozo reinaban impenetrables las tinieblas; pero las de su alma eran más densas y téticas. Contagiado por el materialismo, se llegaba a complacer en sus dudas religiosas. “Me complazco en... no

encontrar nunca mi respuesta”, decía. Pero la que es Redentora de Cautivos bajó un día hasta su prisión y rompió sus cadenas. “Ayer tarde,” escribe, “rezando la Salve Regina, hice uno de esos descubrimientos felices que se hacen de cuando en cuando en las plegarias; una de sus frases, escrita para mí y pronunciada hasta entonces sin reparar en su sentido, de súbito ha desleído sobre mi boca toda su dulzura: ‘Y, después de este destierro, muéstranos a Jesús...’” Rotos sus grilletes y disipadas sus tinieblas, fue un intrépido paladín de la causa católica.

Madre y Divina Pastora de las Almas. “Hace algunos años, mientras estaba en la universidad, tenía el objetivo de inscribirme en un prestigioso programa de Ciencias de la Computación en una universidad reconocida, a varios kilómetros de distancia. Los estudiantes allí estudiaban tecnologías fascinantes y de vanguardia, como juegos de computadora avanzados, robótica, aprendizaje automático y seguridad informática, y luego obtenían trabajos lucrativos en las principales empresas del mundo. Yo había terminado todos los estudios que podía hacer en mi universidad actual y tenía muy buenas calificaciones, generalmente entre las mejores en las materias que tomé. Elaboré meticulosamente mi solicitud para la universidad, haciendo lo mejor que pude para demostrar lo calificado que estaba. Lleno de confianza, esperé con entusiasmo, preparándome para asistir a la universidad en otoño. Al final del verano recibí un mensaje de la universidad. Ese año recibieron demasiadas solicitudes y sólo aceptaron a un tercio de los mejores estudiantes. Después de revisar mi solicitud, decidieron no aceptarme. Estaba desolado. En mi arrogancia, no había hecho planes alternativos y no era tiempo de postular a otra universidad durante varios meses. Además, había solicitado asistencia financiera del gobierno para pagar mis estudios y faltar algunos meses a la escuela complicaría esta asistencia financiera. No sabía qué hacer, estaba completamente desanimado. Más tarde, mientras mi familia se preparaba para rezar el Santo Rosario Penitencial diario, me animé a ofrecer mi problema al Cielo, especialmente a la Santísima Virgen María, porque sabía que no podía resolver el problema por mí mismo. Minutos después sonó el teléfono. Una universidad local, que estaba lanzando un nuevo programa de Ciencias de la Computación, estaba ofreciendo plaza a los solicitantes rechazados de la universidad más conocida. Como era nueva, carecía de la reputación y de muchos de los cursos interesantes de la Universidad a la que solicité. Pero era obvio que esa era la respuesta de la Santísima Virgen, así que acepté. Sólo más tarde me di cuenta de cuán perfectamente lo planeó el Cielo. Como la prestigiosa universidad estaba a varios kilómetros de distancia, vivir en el campus o enfrentar un viaje diario de tres horas no me habría permitido asistir a la Santa Misa cuando el Obispo misionero palmariano estaba con nosotros, algo que estúpidamente pasé por alto. La universidad local, sin embargo, estaba a unos minutos de distancia. Además, al graduarme, me conectaron con una empresa local, no el gigante global que imaginaba, pero con un salario decente y me permitió quedarme cerca de la capilla palmariana. Esto también fue una bendición, ya que la mayoría de los trabajos disponibles en ese momento se encontraban en las ciudades más grandes y alejadas. ¡Mi Santísima Madre sabía que estaba planeando cometer un error y, como Buena Madre que es, me guió en la dirección correcta, para beneficio de mi alma, en lugar de los motivos mundanos en los que estaba pensando su tonto hijo!” -Un fiel palmariano.

Madre Generosísima de sus Devotos. Santa Brígida tuvo un hijo que siguió la profesión de soldado y murió en las guerras. Al tener la noticia de su muerte, se preocupó mucho por la salvación de su hijo, que moría en circunstancias tan peligrosas. Como Dios la favoreció a menudo con revelaciones, de las cuales compuso un libro, dos revelaciones posteriores le aseguraron la salvación de su hijo. En el primero, la Santísima Virgen le reveló que había asistido a su hijo con una protección particular en la hora de la muerte, habiéndolo



fortalecido contra la tentación y obtenido todas las gracias necesarias para que tuviera un final santo y feliz. A continuación declaró la causa de aquella singular ayuda que prestó a su hijo, y dijo que era en recompensa de la gran y sincera devoción que le había testimoniado durante su vida, en la que la había amado con un cariño muy ardiente y se había esforzado por complacerla en todas las cosas.

Virgen Poderosa. Se narra en las Crónicas de los Padres Capuchinos que había en Venecia un célebre abogado quien, con fraudes y malas artes, se había enriquecido, por lo que vivía en mal estado. No tenía de bueno más que recitar diariamente una oración a la Virgen. Y esta pequeña devoción le libró de la muerte eterna por la misericordia de María. Veamos cómo. Para su fortuna se hizo amigo de fray Mateo de Basso, y tanto le rogó al Padre que fuera a comer a su casa, que un día por fin le complació. Ya en casa le dijo el abogado: “Ahora, Padre, le voy a mostrar algo que no habrá visto jamás. Tengo una mona admirable que me sirve como un criado; lava los platos, me sirve a la mesa, me abre la puerta...” “Cuidado, le respondió el Padre, no sea que la mona sea algo muy distinto... Que la traigan aquí.” La llaman y la vuelven a llamar; la siguen buscando por todas partes, y la mona no aparece. Al fin la encuentran escondida bajo un camastro en el sótano, pero la mona se resistía a salir. “Vamos a donde está”, decide el religioso; y juntos bajaron a donde se encontraba. El religioso le grita: “Bestia infernal, sal de ahí, y de parte de Dios te mando que nos digas quién eres.” Y, he aquí que la mona respondió que era el demonio, que estaba aguardando el día en que aquel pecador dejara su acostumbrada oración a la Madre de Dios, porque en cuanto la dejase, tenía licencia de Dios para ahogarlo y pensaba llevárselo consigo al infierno. Ante semejante declaración, el pobre abogado se postró a los pies del siervo de Dios pidiéndole su ayuda. Él le animó y mandó al demonio que saliera de aquella casa sin hacer daño. “Sólo te doy licencia, para dejar un hueco en la pared, en señal de haberte marchado.” Apenas le dijo esto, se abrió, con gran estruendo, un boquete en el muro, que en mucho tiempo, por más que lo intentaron, no permitió Dios que lo pudieran tapar, hasta que, por consejo del siervo de Dios, pudieron taparlo poniéndole una placa de mármol con la escultura de un ángel. El abogado convertido, es de esperar que perseverase hasta la muerte en su nueva vida.

Madre del Verbo Divino. Defensor invicto de la Divina Maternidad de María fue el glorioso San Cirilo, Obispo de Alejandría, cuyas virtudes han sido proclamadas por el testimonio de personas privadas y por los Concilios de Éfeso y Calcedonia. Este Santo Pastor ardía en la devoción a María Santísima y en celo por la salvación de las almas. Trabajó lo indecible por preservar a su pueblo de los funestos errores y herejías que abundaban en Oriente contra la Encarnación del Verbo y la Madre de Dios. San Cirilo fue enviado por el Sumo Pontífice San Celestino I Magno a presidir el Concilio de Éfeso. En este Concilio se condenó la herejía de Nestorio y se proclamó la Divina Maternidad de María. En aquella circunstancia, él compuso una hermosa oración en honor de la Virgen Madre, que fue recitada por todos. No es de extrañar que se atrajera las iras de los adversarios y le arrojaron de la sede episcopal. Él, gloriándose de sufrir por la verdad, continuó defendiendo con la palabra y con la pluma el dogma de la Divina Maternidad de María. La Virgen no dejó de recompensar a su fiel siervo con abundantes gracias y con el regreso a la sede, adonde fue triunfalmente acogido por su pueblo y donde murió en el Señor en el año 444, volando su alma a ver a la Virgen Madre de Dios, a quien tanto había venerado y defendido en vida.

Vaso Insigne de Devoción. Corría el año 1826. Un bizarro militar que estaba de guarnición en Metz de Lorena, encontró un día en la esquina de una calle a un niño de nueve años que lloraba a lágrima viva, y le preguntó: “¿Por qué lloras, niño?” –“Porque soy muy desgraciado,” respondió el niño. –“¿Qué te pasa, pues?” –“Hace dos días perdí a mi padre y a mi madre, no me queda nadie más ni sé que hacer.” –“¿Es eso cierto?” –“¡Oh! Sí, señor; escriba usted al señor cura y le dirá lo mismo.” El generoso soldado, movido a compasión, cogió al niño de la mano y le condujo a un honesto albergue, pagó por adelantado, y dijo: “Guardadme



este niño y cuidadle bien.” Escribió en seguida al párroco, el cual le respondió: “Desgraciadamente es cierto que ese niño ha quedado huérfano de padre y madre. Enviádmelo; quizás halle alguna alma caritativa que quiera encargarse de él.” El militar respondió sin demora que él mismo se encargaba del niño, que lo adoptaba y que haría con él las veces de padre y madre. Como estaba por terminar su servicio obligatorio, se reenganchó en el ejército, por una suma de 1800 francos. Con este dinero fue al director de un colegio, y le dijo: “Aquí tiene usted la pensión por seis años de este niño, que es mi hijo adoptivo; enséñele bien y eduquele cristianamente.” Y en seguida va a postrarse a los pies de la Santísima Virgen: “Virgen Santa,” le dice, “os doy y consagro a mi hijo, cuidad de su alma, que yo proveeré a las necesidades de su cuerpo; es un pobre huérfano, servidle de Madre.” Al cabo de un año, el militar volvió a ver a su protegido; pero, ¡qué desengaño! El niño no había correspondido a

su bondad; era perezoso, disipado, lleno de vicios y de defectos. “Llévese a su hijo,” le dijo el Director, “porque no puedo sacar provecho de él, y todo me lo echa a perder.” El soldado reflexionó un momento; el dolor se pintó en su frente, y gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas. Después, con voz temblorosa por la emoción, replicó: “Le suplico que tenga paciencia seis meses más, señor Director; confío que Dios tendrá piedad de él y de mí, que se enmendará y volverá a mejor camino.” El Director convino en ello, y el piadoso soldado fue a postrarse de nuevo a los pies de María, y, con un acento que demostraba su fe de militar, le dijo: “Pero, ¡Virgen Santísima, parece que no pensáis en el encargo que os hice!... Os confié a mi hijo, os pedí que le sirviéis de Madre, ¿y lo dejaréis que se pierda? Yo me he vendido por él, ¿no haréis nada Vos para salvarle? Vamos, Madre Amorosísima, espero que ahora le protegeréis, que os prometo invocaros y amaros siempre.” Al cabo de un año volvió el militar, y tuvo el inefable consuelo de saber que María había escuchado sus votos, pues el niño se había corregido, y era, por la regularidad de su conducta, motivo de edificación para el colegio. Más tarde ingresó en el Seminario conciliar para perfeccionarse en la virtud y en las ciencias, tuvo la fortuna de ordenarse Sacerdote y ser modelo de sus colegas como lo había sido de sus condiscípulos. ¡Feliz niño por haber encontrado un soldado caritativo! ¡Feliz militar por haber ejercitado tal caridad con un huérfano abandonado!

Su Dulce Mirada es Fuego de Amor. El Santo fundador del Opus Dei, San José María Escrivá de Balaguer, relata en una de sus homilías cómo hizo en 1935 una romería a una conocida ermita de la Virgen de las cercanías de Ávila. Era un acto íntimo: iban sólo tres personas, para ofrecer su cariño a María Santísima. “En aquella romería a Sonsoles conocí el origen de esta advocación de la Virgen. Un detalle sin mucha importancia, pero que es una manifestación filial de la gente de aquella tierra. La imagen de Nuestra Señora que se venera en aquel lugar estuvo escondida durante algún tiempo, en la época de las luchas entre cristianos y musulmanes en España. Al cabo de algunos años, la estatua fue encontrada por unos pastores que, según cuenta la tradición, al verla comentaron: ‘¡Qué ojos tan hermosos! ¡Son soles!’”

Madre y Auxiliadora Nuestra. Una fiel palmariana escribe: “Desde que encontré el amor a nuestra Madre Celestial, me he convertido en una persona distinta. He encontrado una paz interior muy grande. Ella, en realidad, me ayuda cada día a aceptar y sobrellevar las dificultades y vicisitudes de la vida. Si ese gran amor a María y a Dios lo hubiera encontrado ya antes, entonces no hubiera tenido que sufrir tantas lágrimas y tristezas. El siguiente incidente ocurrió hace algunos años. Tenía yo en la mano derecha un pequeño nódulo, que en ciertos movimientos me causaba gran dolor. Estaba sola en el trabajo, en el negocio, e intentaba sacar del almacén de atrás un palé pesado. Primero no funcionaba, pero de repente tan rápido, que mi mano quedó atrapada entre el palé y un contenedor de metal. Tuve que

sentarme y apoyar la cabeza contra la pared, ya que el dolor en la mano me causó un mareo. Afuera, en el negocio, la gente comenzó a llamar por la cajera y yo dije: ‘Ya voy.’ Entre mí pensaba, ¿qué haré ahora?, y seguía sentada aguantando la mano. Entonces dije: ‘Madre mía, ayúdame por favor.’ De un momento al otro, el dolor desapareció por completo. Pude levantarme, salir a la caja y cobrar sin sentir ningún dolor en la mano. Tampoco después volvió el dolor. Unas semanas más tarde desapareció también el nódulo de la misma mano. He puesto mi vida en sus manos y agradezco a Dios por esta gracia tan grande.”

Báculo de los Enfermos. Estaba un párroco asistiendo a un rico que moría en lujosa mansión rodeado de servidumbre, parientes y amigos; pero vio también a los demonios, en formas horribles, que estaban dispuestos a llevarse su alma a los infiernos por haber vivido en pecado y estar a punto de morir sin ninguna señal de arrepentimiento. Después fue avisado el párroco para asistir a una humilde mujer que se moría y deseaba recibir los Sagrados Sacramentos. No debiendo dejar al rico, tan necesitado de ayuda, mandó un coadjutor, quien llevó a la enferma el santo Viático. En la casa de aquella buena mujer no vio criados ni acompañantes, ni muebles preciosos, porque la enferma era pobre y tenía por lecho uno de paja. Pero ¿qué vio? Vio que la estancia se iluminaba con gran resplandor y que junto al lecho de la moribunda estaba la Madre de Dios, María, que la estaba consolando. Ante su turbación, la Virgen le hizo al Sacerdote señal de entrar. La Virgen le acercó el asiento para que atendiera en Confesión a la enferma. Ésta se confesó y comulgó con gran devoción y expiró, dichosa, en brazos de María.

Madre Amantísima de Dios Hijo. Santa Teresita del Niño Jesús solía decir: “Si dirigimos nuestras súplicas a los Santos, nos harán ellos esperar un poco, es lógico; ellos tienen que elevar sus peticiones a una jerarquía más alta aún, para que de ella pase al mismo Dios. Pero si acudimos directamente a María, la Santísima Madre de Dios, si a Ella de una manera directa elevamos nuestras súplicas, el favor nos llegará sin tardanza. Probadlo, y presto os convenceréis de que es una gran verdad lo que os digo...” A Jesús por medio de María.

Estrella Guía. Decidido a ser religioso el que fue Virrey de Cataluña y gran amigo del emperador Carlos V, el célebre Duque de Gandía, San Francisco de Borja, fluctuaba entre la orden de San Francisco y la Compañía de Jesús. Después de muchas oraciones y penitencias, fue un día a su oratorio con Fray Juan de Tejada, franciscano, y, puestos ambos de rodillas ante un crucifijo, le rogó le dijese su parecer sobre en cuál de las dos órdenes sería más grato a Dios. El Santo religioso le pidió cuatro días de tiempo para contestarle, y, pasados éstos, tomó a Borja del brazo, llevándolo al oratorio y arrodillándose en el mismo sitio, le dijo: “Dios y su Santísima Madre quieren que entréis en la Compañía de Jesús.” Después, a instancias del Duque, el fraile le describió esta visión: “Estaba yo esta mañana, postrado en el suelo, con muchas lágrimas, pidiendo a la Reina del Cielo que nos iluminase, como Estrella que es, cuando me obligaron a levantar el rostro y vi a María con indecible benignidad, que me dijo: ‘Dile al Duque que entre en la Compañía de mi Hijo, porque ese es mi deseo y lo que más agrada a mi Hijo; que va a ilustrar y levantar mucho esta orden, ahora pobre y desconocida, y va a ser instrumento de grandes servicios en la Iglesia.’” Después se apareció la Santísima Virgen María al mismo San Francisco de Borja, que tan de corazón le pedía consejo, y le dijo: “Francisco, entra en la Compañía de mi Hijo.”

Madre Misericordiosísima. Refiere el Belovacense que en la ciudad de Radulfo, en Inglaterra, año 1430, vivía un joven noble llamado Ernesto, quien habiendo distribuido sus bienes entre los pobres entró en un monasterio, donde llevaba una vida tan edificante que los superiores lo apreciaban sobremedida, especialmente por su devoción a la Santísima Virgen. En la población se declaró la peste, y la gente acudió al monasterio pidiendo oraciones. El abad mandó a Ernesto que fuera a rogar a la Virgen ante su altar y no se levantara de allí hasta que hubiera obtenido una respuesta de la Señora. Allí estuvo el joven tres días hasta que obtuvo la respuesta de María que mandaba hicieran rogativas, celebradas las cuales cesó la peste. Pero más tarde este joven se enfrió en la devoción a María. El demonio lo

atacó con muchas tentaciones impuras y para que se fugara del monasterio. Por no haberse encomendado a María, decidió fugarse saltando los muros del monasterio. Cuando iba a realizar su intento, al pasar junto a una imagen de María que estaba en el claustro, la Madre de Dios le habló, diciéndole: “Hijo mío, ¿por qué me dejas?” Ernesto, confuso y compungido, cayó en tierra y respondió: “Señora, pero ¿no ves que no puedo resistir más? ¿Por qué no me ayudas?” La Virgen le respondió: “¿Y tú por qué no me has invocado? Si te hubieras encomendado a mí, no te verías en este estado. De hoy en adelante encomiéndate a mí y no dudes.” Ernesto volvió a su celda. Pero insistiendo las tentaciones y descuidando el acudir a María, al fin se fugó del monasterio, entregándose a una vida pésima. De pecado en pecado se convirtió en asesino. Tomó en arriendo una posada donde, por la noche, mataba a los pobres viandantes y los despojaba. Una noche mató a un primo del gobernador, el cual, sospechando del ventero, lo procesó y lo condenó a morir en la horca. Antes de que fuera detenido llegó a la hostería un joven caballero. El malvado ventero, según su costumbre, entró a media noche en su habitación para asesinarlo; pero he aquí que en la cama no vio al caballero, sino un crucificado lleno de llagas que, mirándolo piadosamente, le dijo: “¿No te basta, ingrato, con que yo haya muerto una vez por ti? ¿Quieres volver a matarme? ¡Puedes hacerlo!” El infeliz Ernesto se postró llorando y dijo: “Señor, aquí me tienes; ya que has tenido conmigo tan gran misericordia, quiero convertirme.” En el mismo instante abandonó la posada y emprendió el camino del claustro para hacer penitencia. Pero por el camino lo prendió la justicia; lo llevaron ante el juez, donde confesó todos sus crímenes. Inmediatamente fue condenado a la horca, sin darle tiempo ni a confesarse. Él se encomendó a María, y la Virgen hizo que cuando lo colgaron no muriese. Ella misma lo bajó de la horca y le dijo: “Torna al monasterio, haz penitencia; y cuando veas en mi mano un documento de perdón de tus pecados, prepárate a la muerte.” Ernesto volvió al convento y, habiendo contado todo al abad, hizo penitencia. Pasados los años, vio en manos de María la cédula del perdón. Se preparó a la muerte y santamente entregó su alma.

Rosa Mística. “Tras las ordenaciones en El Palmar de Troya en enero de 1976, se organizó un cenáculo en Dublín para los seguidores del Palmar. Antes de las oraciones, tuvo lugar una seria discusión entre quienes creían en la validez de las ordenaciones y otros que se oponían a ellas. Sugerí que este asunto no podía resolverse mediante discusiones, por lo que nos separamos en dos grupos de oración del cenáculo separados: los que creían en la validez de las ordenaciones y los que se oponían a ellas. Yo estaba en el grupo que creía en la validez de las ordenaciones y durante prácticamente todo el Rosario Penitencial recibí fuertes perfumes celestiales de rosas, que atribuí como provenientes de la Santísima Virgen María.” Un fiel palmariano.

Apaciguadora Nuestra. Cuando San Antonio María Claret estudiaba en Vich para sacerdote, tuvo una gran tentación, de la que salió victorioso, gracias a que invocó a la Santísima Virgen, como cuenta él mismo: “En invierno tuve un catarro: me mandaron guardar cama y obedecí. Y un día de aquellos, a las diez y media de la mañana, experimenté una tentación muy terrible. Acudía a María Santísima, invocaba a mi Santo Patrón y a los de mi especial devoción, me esforzaba en fijar la atención en objetos indiferentes para distraerme y así desvanecerme y olvidar la tentación, me signaba la frente a fin de que el Señor me librara de malos pensamientos... Pero todo en vano. Finalmente, me volví del otro lado de la cama para ver si así se desvanecía la tentación, cuando he aquí que se me presenta María Santísima, hermosísima y graciosísima... Al mismo tiempo que yo estaba en la cama, me veía a mí mismo como un niño blanco, hermosísimo, arrodillado y con las manos juntas; yo no perdía de vista a la Virgen Santísima, que me dirigió la palabra y me dijo: ‘Antonio, esta corona será tuya si vences.’ Yo estaba tan preocupado que no acertaba a decirle palabra y vi que la Virgen me ponía en la cabeza la corona de rosas que tenía en la mano derecha. Vi, además, un grupo de Santos que estaba a su lado derecho en ademán de orar. Después, a mi izquierda, vi una gran muchedumbre de demonios que se pusieron formados, como los soldados que

se repliegan después de una batalla, y yo me decía: ¡Qué multitud y qué formidables! Tan pronto como esto pasó, me hallé libre de la tentación y con una alegría tan grande que no sabía lo que por mí había pasado.”

Madre y Medianera. El Faraón dio plenos poderes a José sobre todo Egipto. A todos los que imploraban su auxilio, los remitía diciéndoles: “Id a José.” Así también obra Dios. A los que le imploran su socorro, les dice: “Id a María.” Por eso nosotros los cristianos podemos decir con mucha más razón que los egipcios decían a José: “Nuestra salvación está en tu mano.” Por eso pudo decir San Bernardo: “Dios ha decretado concedernos todas las gracias, favores y mercedes por María.”

Divina Enfermera. En los procesos que hubo en Roma para la beatificación de la famosa Azucena de Quito, Santa Mariana de Jesús de Paredes, se refieren las finezas que aquella alma privilegiada recibió de la Reina de los Ángeles, María Santísima. Santa Mariana, siendo aún niña de pocos años, tenía un dedo de la mano con una deformación, que no solo le ocasionaba grandes dolores, sino que amenazaba ya declararse la gangrena. Otra niña que se educaba con Mariana – que fue quien después relató el prodigio – movida de compasión, le advirtió con mucho afecto que aquel mal era grave, y que era necesario avisar para que la viera un médico. – “No tengas pena,” le respondió Mariana alegremente, “no se necesita tanto.” Y como poseída de espíritu superior, agregó: “Ahora verás cómo yo me curo.” Se arrodilló ante una pequeña imagen de María, que era sus delicias, y dándonos ejemplo de la fe con que deberíamos obrar también en las necesidades del cuerpo, recurrió llena de confianza a la Celestial Señora, e imploró humildemente su auxilio. Dicho y hecho. El dedo doliente apareció al momento sano y bueno, y como si jamás hubiese padecido la menor cosa. Ambas niñas quedaron sorprendidas al ver tan inmediato portento; pero volviendo rápidamente de la sorpresa, Mariana dio primero infinitas gracias a su insigne Bienhechora, y luego suplicó a su compañera que no dijese palabra sobre esto a nadie, ni de dentro ni de fuera de casa.

Madre y Dispensadora. El glorioso San Ildefonso, Arzobispo de Toledo, ornamento y gloria de España, fue un acabado modelo de las más sólidas y preclaras virtudes; pero en la que más se distinguió, fue en la devoción a Nuestra Señora, que había recibido desde el seno de su madre y que se puede decir había bebido con la leche. Buena prueba dio de esto, saliendo en defensa de la Celestial Señora contra unos desgraciados que, renovando la antigua herejía de Elvidio, negaban su perpetua virginidad. San Ildefonso salió al encuentro de los enemigos y los convenció en pública disputa; y escribió en honor de una de las más excelsas prerrogativas de su Madre Celestial, el maravilloso libro titulado ‘De la perpetua virginidad de María’. La Reina de los Cielos no se dejó vencer en generosidad, y así quiso recompensar sus servicios con largueza soberana. Era el 18 de diciembre del año 667, Fiesta de la Expectación del Parto de la Santísima Virgen. El Santo Arzobispo, acompañado de sus familiares y clero, bajó a la media noche a cantar los maitines. Los diáconos, al abrir las puertas del templo, se detuvieron de repente deslumbrados por el resplandor de una viva luz que llenaba el lugar santo. Todos los fieles asustados con la novedad de este milagro, huyeron; sólo el Santo Prelado no temió, antes, esforzando su corazón y mirando el resplandor con ojos de águila, entró en la iglesia y se puso a hacer oración delante del altar, como solía, y, alzando los ojos, vio a la Santísima Virgen, acompañada de coros de Ángeles y Vírgenes del Cielo, sentada en la cátedra donde él solía predicar al pueblo. No se pueden explicar ni comprender los sentimientos y movimientos interiores que esta visión causó en el corazón de San Ildefonso. Estaba atónito por la novedad, confuso por su vileza, temeroso por la reverencia de tan Soberana Majestad, y su espíritu luchaba consigo mismo, no sabiendo qué debía hacer: o mirar a sí o mirar a la Virgen, retirarse o acercarse más. Viendo María que su



siervo fluctuaba entre el temor y la esperanza, le dio ánimo y le dijo así: “Porque guardaste tu virginidad y defendiste la mía con pureza de corazón, fe fervorosa y amor entrañable, yo te honraré hoy con un don del tesoro celestial, y de mi mano te adornaré de esta vestidura gloriosa, para que uses de ella en mis festividades.” Y diciendo esto, le entregó una casulla que traía en las manos y comenzó a desaparecer aquella visión celestial, quedando el templo lleno de una suavísima e inefable fragancia.

Omnipotencia Suplicante. Un día se apareció San Benito a Santa Francisca Romana y, tomándola bajo su protección, prometió ser su abogado delante de la Santísima Virgen. Por eso habla así: “Señora, todo lo que pueden las oraciones de todos los Santos unidas a las vuestras, lo podéis Vos con vuestra sola intercesión, porque eres la Madre de Nuestro Salvador, la Esposa de Dios, la Reina del Cielo y de la tierra.” Corazón de María, sed la salvación mía.

Cobijo de las Almas Religiosas. En las crónicas de la Orden de San Francisco se lee que, yendo dos de sus frailes a visitar un santuario de la Virgen, se les hizo de noche cuando se hallaban en medio de un espeso bosque; por lo que confusos y afligidos no sabían qué hacer. Pero, adelantándose un poco más, les pareció que en la oscuridad divisaban una casa grande. Llegan a ella, buscan la entrada, llaman, y oyen que desde dentro les preguntan: “¿Quién es?” – “Somos unos frailes que vamos en peregrinación; hemos sido sorprendidos por la noche en el bosque y buscamos albergue.” Y he aquí que luego oyen abrir la puerta y ven dos pajes ricamente vestidos que les recibieron con gran cortesía. Los frailes preguntaron quién habitaba aquel palacio. Los pajes contestaron que vivía allí una Señora muy piadosa. “Desearíamos saludarla y darle gracias por habernos acogido,” dijeron ellos. – “Vamos luego allá, porque Ella también quiere hablarlos,” respondieron los pajes. Suben la escalera, encuentran las habitaciones todas iluminadas, adornadas elegantemente, y se percibía en ellas un olor que parecía celestial. Finalmente entran a donde se hallaba la dueña de la casa, y hallan una Señora de porte muy distinguido y sumamente hermosa, que los recibió con gran afabilidad y cortesía, y después les preguntó a dónde se dirigían. Ellos contestaron que iban a visitar una Iglesia de la Bienaventurada Virgen. “Siendo, pues así, cuando partáis quiero daros una carta mía que os será de mucho provecho,” dijo la Señora, y mientras Ella les hablaba, se sentían inflamados en el amor de Dios, experimentando una alegría que nunca habían sentido. Se fueron después a dormir, aunque poco pudieron conciliar el sueño en medio de tanto gozo que inundaba sus corazones. A la mañana se presentaron otra vez a la Señora para despedirse de Ella, darle gracias y tomar al mismo tiempo la carta que afectuosamente recibieron, y se marcharon. Apenas se habían alejado un corto espacio de la casa, advirtieron que la carta de la Señora no tenía dirección, por lo que retroceden, buscan, y ya no encuentran la casa. Finalmente, abren la carta para ver a quién iba dirigida y enterarse de su contenido; encuentran en ella que María Santísima les escribía a ellos mismos, y les daba a entender que Ella era la Señora que habían visto aquella noche, y que por la devoción que le tenían les había proveído de hospedaje y alimento en aquel bosque; les exhortaba a que continuasen sirviéndola y amándola, que Ella les recompensaría siempre con sus obsequios, y les socorrería en la vida y en la muerte. Y al pie de la carta leyeron la firma que decía: “Yo, María Virgen.” Considere aquí cada uno qué gracias más expresivas no tributarían aquellos buenos religiosos a la Divina Madre, y cuánto más vehemente fue su deseo de amarla y servirla durante toda su vida.

Madre de Gracia. En una población de Sajonia, Ponickau, estaban dos hermanos haciendo excavaciones en un pozo. Cierta día, a causa de las muchas lluvias, hubo un desprendimiento de tierra y quedaron sepultados. Otro hermano suyo, que trabajaba allí cerca, acudió presuroso y empezó los trabajos de salvamento, con el ardor y ansia que es de suponer. Al cabo de varios días de muy duras e infructuosas fatigas, creyendo, por el tiempo transcurrido y por no oír ningún rumor de vida, que sus pobres hermanos habían fallecido, se decidió a rellenar el pozo y a colocar una lápida en su memoria. Al conocer la madre la resolución tomada, acudió al punto y con llantos y requerimientos, logró que se prosiguieran las excavaciones.

Todos consideraban inútiles los trabajos, por haber pasado ya ocho días; pero quisieron condescender con los anhelos de su madre, que deseaba ver siquiera los cadáveres de sus dos hijos. Al fin dieron con los infelices que se hallaban en un gran extremo de agotamiento, ¡pero aún con vida! Decían haber oído distintamente las voces y ruidos de los trabajos de salvamento; pero que como tenían el cuerpo tan agotado y la voluntad tan debilitada, no acertaban a contestar. Al ser interrogados cómo habían podido resistir aquellos ocho días, refirieron que bebían el agua que rezumaban las paredes de su lóbrego encierro y mordisqueaban las correas y zapatos que llevaban. El amor de su madre los salvó. Lo mismo acontece con muchos pecadores, hundidos en el fango de los vicios. Todas las fatigas de los hombres para conducirlos al buen camino, son vanas. Del fondo de la profunda sima en que cayeron no viene ya ningún rumor de vida; parecen muertos a la gracia para siempre. Pero hay una Madre, que vela por ellos, y es la Virgen María. Si Ella intercede en su favor e implora de Jesucristo la salvación de aquellos hijos descarriados, se operará el milagro de los milagros: recobrarán la vida espiritual de la gracia, que les hará acreedores a la vida eterna de la gloria.



Salud de los enfermos. San Juan Damasceno, gran defensor del culto de las imágenes, fue condenado por el Califa de Damasco a cortarle la mano derecha. Chorreando sangre fue a postrarse ante la imagen de la Virgen María, diciéndole: “Bien sabes ¡oh Virgen Santa! el motivo por qué me han cortado esta mano que tenía consagrada a tu servicio. Si la Voluntad de Dios no ordena otra cosa, Vos podéis devolverme esta mano que me han cortado, pues, más que nunca sería vuestra”... Y mientras hacía la súplica, sintió que se mitigaban los dolores, que no tardaron en desaparecer. Le sobrevino un sueño apacible, donde se le apareció la Santísima Virgen y le restituyó la mano, encargándole que continuase escribiendo en defensa de la Santa Iglesia. Una fina línea encarnada alrededor de la muñeca le quedó para acreditar el milagro.

Reina de la Paz. En otro lugar de la diócesis de Salerno, mientras dábamos la santa misión, había un hombre muy enemistado con otro que le había ofendido. Uno de nuestros Padres le habló del perdón de las injurias, pero él le respondió: “Padre ¿me ha visto en la misión? No; y es por esto. Ya comprendo que estoy condenado, pero no hay remedio, me tengo que vengar.” El Padre se esforzó por convertirlo, pero viendo que perdía el tiempo le dijo: “Recíbame esta estampa de Nuestra Señora.” “Y ¿para qué quiero esta estampa?”, le respondió; sin embargo, la aceptó. Y al punto, olvidando sus rencores accedió gustoso a lo que el Padre le pedía. “Padre ¿quiere que perdone a mi enemigo? Estoy pronto a realizarlo.” Y se aplazó la reconciliación para la mañana siguiente. Mas llegada la mañana había cambiado de propósito y no quería ni oír hablar de reconciliación. El Padre le volvió a ofrecer otra estampa de la Virgen. Por nada la quería recibir. Por fin, de mala gana, la recibió. Y apenas la tuvo en la mano dijo: “Se acabó; ¿dónde está el notario?” Se hizo la reconciliación y se confesó.

Amparo de los Agonizantes. Una vez un Obispo escocés fue sorprendido por la noche en un bosque... Después de errar algún tiempo por él, vio una cabaña habitada por una pobre familia que lo acogió con amor. Pero el Obispo notó que aquella familia no podía disimular cierta tristeza, y así se lo hizo notar a sus componentes. —“¡Ah, sí!,” le explicó la madre, “estamos tristes porque en el cuarto de al lado mi padre está gravemente enfermo y él cree que está mejor de lo que está...” —“¿Podría verlo?,” preguntó el Obispo, que, cubierto con una capa, no daba señales de su dignidad episcopal... Y la buena mujer respondió: “Con mucho gusto... Venga usted conmigo a la habitación próxima...” El pobre anciano tenía aspecto cadavérico, y, en vista de ello, el Obispo, después de dirigirle algunas palabras de consuelo, le hizo una discreta alusión a la posibilidad de morir en que el enfermo se hallaba... Pero el enfermo le atajó: “No, yo no moriré todavía. Desde mi Primera Comunión,

todos los días he pedido a la Virgen la gracia de morir con un Sacerdote a mi lado...” El Obispo se quitó entonces la capa que le cubría y dejó ver su cruz pectoral sobre el pecho. Luego dijo al paciente: “Ya ves, la Virgen te ha oído, pues te ha enviado a un Obispo que andaba en la noche extraviado por el bosque...” – “Ahora sí que creo que voy a morir...,” dijo el enfermo, y después de recibir los Sacramentos, murió como un santo.

Reina de los Ángeles. Viniendo San Bernardo de tratar unos negocios graves de la Iglesia, al tiempo que llegó a su casa de Claraval, vio a la puerta a la Serenísima Reina de los Cielos que en procesión la llevaban a la iglesia rodeada de infinidad de Ángeles, y viendo el devoto Santo que los Ángeles le hacían lugar en la procesión, se atrevió a llegar al lugar donde iba la Purísima Virgen y, llevándole en medio, llegó la procesión a la iglesia, subiendo la Virgen al altar mayor, los Ángeles entonaron luego con gran música la Salve, ayudándoles el Santo Abad. La acabaron diciendo el verso y la oración que se solía decir en la Orden del Cister: O clemens, o pia, o dulcis Virgo María.



Estrella del Mar. “El perfume celestial más fuerte que recibí fue cuando estaba rezando en nuestra Capilla palmariana una oración especial a Nuestra Señora del Carmelo, y ante las palabras ‘Oh Estrella del Mar, ayúdame y protégeme, muéstrame que eres mi Madre’.” Un fiel palmariano.

Benignísima Madre. Refiere Maluenda, citando al Beato Humberto, que una devota mujer de Lombardía, oyendo cantar la Salve a los religiosos Dominicos, después de Completas, con mucha devoción, fue arrebatada en espíritu, y vio cosas admirables. Vio que, cuando los religiosos llegaron a cantar aquellas palabras de la Salve que dicen: ‘Esperanza nuestra, Salve,’ la Benignísima Señora saludó a los religiosos con gran dulzura y amor; y cuando éstos dijeron: ‘Ea, pues, Abogada nuestra,’ la Benignísima Señora se hincó de rodillas delante de su Hijo, abogando e intercediendo por ellos. Cuando éstos cantaban: ‘Vuelve a nosotros esos tus ojos misericordiosos,’ la Santísima Virgen los miraba con semblante alegre y apacible; y, al final, llegando a las palabras que dicen: ‘Muéstranos a Jesús, fruto bendito de tu vientre,’ tomando la Santísima Virgen en sus manos al Niño Jesús, lo iba mostrando, llena de cariño, a cada uno de los religiosos, que, con inexplicable gozo, lo adoraron. Concluida la Salve, desapareció la Soberana Reina, dejándolos con el consuelo que se puede pensar.

Virgen de Vírgenes. El amor de María preferido a la posesión de un reino de la tierra. El hermano de un rey de Hungría, que tenía costumbre de rezar diariamente el oficio de la Santísima Virgen, durante una enfermedad peligrosa hizo voto de castidad para el caso de recobrar la salud como en efecto sucedió. Después de la muerte de su hermano pensó en contraer matrimonio con una joven princesa. Un día, cuando todo estaba preparado para las bodas, se puso a rezar el oficio como acostumbraba, y al llegar a las palabras “¡Qué bella sois!” se le apareció María y le dijo: “Si soy tan bella como dices ¿por qué me dejas? Sabe que si renuncias a ese matrimonio, seré tu Esposa y poseerás el Reino de los Cielos en lugar del de Hungría.” Al oír el príncipe estas palabras se retiró al desierto de Aquileya, donde murió santamente.

Corredentora de la Humanidad. Había en Milán un hombre llamado Masaccio, tan perdido por el juego, que un día jugó hasta los vestidos. Ebrio de cólera, apuñaló con un cuchillo una imagen de María. De la herida saltó un chorro de sangre, que le roció la cara. Movido a compunción por su pecado, comenzó a llorar, dando gracias a María porque le había alcanzado a tiempo este favor, para poder hacer penitencia. Luego se hizo religioso cisterciense, y llevó vida tan perfecta, que Dios le favoreció con el don de profecía. Después de cuarenta años de vida religiosa, murió santamente en el Señor.

Madre de Misericordia. En España cierto religioso dejado de la mano de Dios, después de haber matado a su prelado, se salió muy aprisa del convento y, mudando traje, se fue con

todo secreto y diligencia a la costa del mar, y hallando ocasión se embarcó para Berberia, o tierra de los moros en el norte de África, donde renegó de Dios y de su Iglesia, y se dio largamente a sus apetitos. Una mora rica y principal se aficionó y casó con él. Vivieron casados muchos años, tuvo de ella tres hijos. Un día, yendo este monstruo a ver sus heredades y unas minas suyas y de su mujer, después de haber llegado, se apartó a solas un poco a rezarle a Nuestra Señora una Salve, que cada día la solía rezar, aun después de haber renegado. Estándola rezando, se le apareció Nuestra Señora y, habiéndole reprehendido por tantos y tan graves pecados, le prometió su ayuda si se volvía a su monasterio con humilde arrepentimiento, y perseveraba en su devoción. La Virgen desapareció, y él se fue a su casa muy triste



y pensativo, y como su mujer lo echase de ver y le preguntase la causa de su tristeza, si era algún desastre. Él llorando le contó el discurso de su vida, y lo que en las minas le había sucedido. La mora le dijo: “No os dé pena, señor, porque yo no solamente os dejaré ir a vuestra tierra, si gustáis, sino os daré hacienda con que allá viváis honradamente, y un hijo de estos vuestros que se vaya con vos.” Se lo agradeció mucho, y muy contento tomó a su hijo, llegó a la costa de la mar, se embarcó, y pasó a España, y al monasterio de donde había salido. Llamó a la puerta, dice al portero que avise al Superior, que un caballero extranjero necesita hablar con él. Vino a él, y él le dijo que el negocio a que venía era menester que se propusiese a todo el convento junto. El Superior hizo juntar todo el convento y luego el caballero, dejando fuera sus criados, entró con su hijo en el capítulo y, habiéndose sentado, preguntó si alguno tenía noticia de un fraile de aquel convento, llamado Fulano, que había matado a su Superior tantos años antes. Dijeron algunos que bien se acordaban. Entonces él, postrándose en tierra, dijo con extraño sentimiento y lágrimas que él era aquel malvado. Contó el suceso de su vida perdida, y la merced y favor de la Virgen Santísima, y como venía dispuesto a recibir cualquier penitencia. Les suplicó, por amor de Cristo y su Madre bendita, que le recibiesen a él y a aquel niño hijo suyo. Los frailes todos lloraban de ternura y devoción, oyendo un caso tan extraño. Los recibieron de muy buena gana. Dieron al padre una ligera penitencia, mas la que él hizo todo el resto de su vida fue tal, que bien mostró haber sido aquella verdadera vocación divina y milagrosa. Vivió y murió santamente.

Reina de los Castos. María Santísima siempre deseó ardientemente que los hombres amasen sobremanera a su Divino Hijo Jesús, que los amó con amor infinito, y se hizo Niño por su causa. Sin duda, con este objeto trasplantó del mundo a la vida religiosa, como a un escogido vergel, a muchas y preciosas plantas que regaba en el siglo con los favores más exquisitos. Una de ellas fue el bienaventurado San Estanislao de Kostka, a quien podríamos llamar el ángel de la Compañía de Jesús y uno de los hijos más queridos de la Virgen. Descendía de una familia muy ilustre de Polonia, en la que hubo muchos palatinos, electores, prelados, capitanes y otros personajes de categoría. A la edad de trece años, fue enviado a estudiar a Viena, donde fue notable su aprovechamiento en las letras, aunque su principal contento era tener el rosario en la mano, o leer algunos versos en loor de María Santísima, o hacer otra cosa que creyese había de ser agradable a la Divina Señora. En estas ocupaciones fue acometido de una enfermedad, que no pareció sino que expresamente se la había mandado la Virgen para mostrarle su amor, porque primero hizo que fuese visitado por Santa Bárbara, de quien era especial devoto, acompañada de algunos Ángeles, que le dieron la Santa Comunión; luego bajó María misma en persona a visitarle y le hizo mil finezas; entre otras, le puso sobre la cama a su Hijo Divino, a quien llevaba entre los brazos y el enfermo lo tuvo con indecible consuelo. Estando Nuestra Señora para partir, manifestó a Estanislao que era su voluntad que entrase en la Compañía de Jesús, y no tuvo que vencer pocas dificultades el angelical mancebo para lograrlo; baste decir que le fue preciso andar a pie más de mil

quinientos kilómetros, a cuyo ejercicio no estaba acostumbrado; pero todo lo facilitaba el amor que ardía en su pecho. Su conducta manifestó bien pronto de dónde venía, porque en menos de diez meses que vivió como religioso llegó a un punto a donde apenas pueden llegar los ancianos más animosos. Mientras vivía San Estanislao, consagrado por completo al amor de María, sucedió que el primero de agosto de 1568 oyó un sermón de San Pedro Canisio (21 de diciembre) en el que éste, predicando a los novicios de la Compañía de Jesús, inculcó a todos el gran consejo de vivir cada día como si fuera el último de su vida, después del cual dijo San Estanislao a sus compañeros que aquel consejo tan especial, para él había sido como la voz de Dios, pues iba a morir ese mismo mes. Dijo esto o porque Dios se lo reveló o porque tuvo una especie de presentimiento interior, como se verá por lo que acaeció. Cuatro días después fue, en compañía del Padre Sa, a Santa María la Mayor, y hablando de la próxima fiesta de la Asunción le dijo: “Padre, yo pienso que en ese día se ve en el Cielo un nuevo Paraíso al contemplarse la gloria de la Santísima Virgen coronada como Reina del Cielo y de la Tierra y colocada muy cerca del Señor sobre todos los coros de los Ángeles. Y si es verdad que todos los años, como lo tengo por cierto, se renueva la fiesta en el Cielo, espero presenciar la de este año en el Paraíso.” Habiéndole tocado en suerte a San Estanislao por su protector del mes el glorioso mártir San Lorenzo, ese día escribió una carta a su Santísima Madre, la Virgen María en la que rogaba le obtuviera la gracia de contemplar su fiesta en el Paraíso. El día de San Lorenzo, 10 de agosto, comulgó y suplicó al Santo que presentara aquella carta a la Madre de Dios interponiendo su intercesión para que María Santísima le escuchase. Y he aquí que al terminar el día tuvo un poco de fiebre, que aunque ligera él la tomó como señal cierta de que había obtenido la gracia de la próxima muerte. Al acostarse dijo, sonriente y jubiloso: “Ya no me levantaré de esta cama.” Y al Padre Acquaviva le añadió: “Padre mío, creo que San Lorenzo me ha obtenido de María la gracia de encontrarme en el Cielo en la Fiesta de la Asunción.” Pero nadie hizo caso de estas cosas. Llegó la vigilia de la fiesta y el mal seguía leve, pero el Santo le dijo a un Hermano que la noche siguiente ya estaría muerto, a lo que el Hermano le respondió: “Más milagro se requiere para morir de algo tan leve que para curar.” Pero pasado el mediodía le asaltó un mortal desfallecimiento, con sudor frío y decaimiento general de fuerzas. Acudió el superior, al que Estanislao suplicó le hiciera poner sobre ceniza en la tierra para morir como penitente. Para contentarlo, lo pusieron en el suelo sobre una estera. Luego se confesó y recibió el Santo Viático, no sin lágrimas de los presentes, pues al entrar en la estancia el Santísimo Sacramento lo vieron resplandeciente, destellando los ojos de celestial alegría y la cara inflamada de santo ardor que lo asemejaba a un serafín. Recibió también la Santa Unción, y entretanto alzaba los ojos al Cielo y otras veces contemplaba y estrechaba con afecto contra su pecho la imagen de María. Le dijo un Padre que para qué aquel rosario en la mano si no podía rezarlo, y le respondió: “Me sirve de consuelo siendo algo de la Virgen María.” – “Cuánto más,” le respondió el Padre, “te consolará el verla y besar su mano en el Cielo.” Entonces el Santo, con el rostro arrebolado, elevó las manos, manifestando de ese modo el ansia de encontrarse presto en su presencia. Luego se le apareció su Amada Madre, como lo dio a entender su rostro radiante de alegría y como él mismo lo declaró a los presentes, y poco antes del amanecer del día 15 de agosto expiró en las manos de su Divina Madre con los ojos fijos en el Cielo, sin esfuerzo ni agonía, y con un aspecto tranquilo y risueño. Los presentes le acercaron la imagen de la Virgen y viendo que no hacía ninguna demostración comprendieron que su alma había volado al Cielo junto a su amada Reina. Los testigos presenciales, conmovidos por un espectáculo tan hermoso, comentaban: “¡Oh, qué dulce y conmovedor es morir en brazos de María!”

Madre Amorosísima de los Cristianos. Ocurrió unos meses después de la batalla de Adua, en Etiopía, en la que fueron derrotados los ejércitos italianos, en 1896. Llamó un día el emperador de Abisinia Menelik a un prisionero de guerra italiano y, delante de todos los presentes, leyó la siguiente carta: “Soy una pobre madre de uno de los prisioneros de guerra.

¡Gran emperador!, tened piedad y devolved a una desgraciada madre su hijo. En nombre de la Madre de Dios os lo suplico. En nuestra iglesia le he ofrecido una vela ante su imagen, y me ha parecido que María me sonreía y me decía: ‘Ten confianza. Menelik te devolverá a tu hijo.’ Y así, en nombre de Ella, os pido nuevamente a mi hijo.” ¡Silencio de expectación!... El Emperador se vuelve al prisionero y le dice: “Eres libre. Vuelve a tu casa. Aquí tienes dinero para el viaje; y dile a tu madre que no fue Menelik, sino María, la que te devolvió la libertad. Ella es también mi Madre; y si la Madre dice sí, yo no puedo decir no.”

Modelo de Imitación Santa. Santa Francisca Javiera Cabrini, madre de los emigrantes italianos, tuvo una vez una visión muy singular. Vio a la Virgen que andaba entre las camas de un hospital, limpiando, socorriendo, ayudando a los enfermos. La Santa corrió para ayudarla. La Virgen la rechazó, diciendo: “No, no, Yo hago lo que tú no quieres hacer.” Santa Francisca Javiera comprendió el aviso. Luego abrió un hospital católico en Nueva York para los emigrantes italianos.

Fuente de Gracias. Refiere Suetonio que el Emperador Tito tenía tan grande afición a otorgar mercedes a quien se las pedía, que, si por ventura pasaba un día en que no se hubiera ofrecido ocasión de conceder alguna gracia, exclamaba contristado: “He perdido el día.” Si nuestra Madre, la Virgen María, pasara un día sin concedernos una gracia, lo cual es imposible, diría lo mismo. Y es bien cierto que más desea la Virgen repartir sus gracias que nosotros recibirlas.

Reina, Madre y Corazón de la Creación. Un Padre misionero de las Islas Filipinas tenía un lorito que había llegado a aprender estas dos frases: “Ave María Purísima.” “No te precipites.” Las había aprendido porque el misionero las repetía constantemente. Un día el misionero se encontró con la jaula abierta y el lorito desaparecido. Pocos días después se presentó un joven con el lorito y le contó que había querido ahorcarse, pero le sorprendió el lorito, que le dijo: “Ave María Purísima. No te precipites.” Fácil es comprender la emoción de aquel joven.

Madre de la Iglesia. El Cardenal San Alfredo Ottaviani dijo en el Congreso Internacional Mariano de Lourdes de 1958, que “en ninguna época han sido las apariciones de la Santísima Virgen tan espléndidas como en nuestros días.” Estamos en la ‘Era de María’. Ella, Nuestra Madre, acude solícita a remediar la peligrosa actividad descristianizadora y desmoralizante de nuestros días. Sólo la confusión del siglo XX, promovida satánicamente por los enemigos de María y de la Iglesia, en la hora de tinieblas de que habló San Pablo VI, pudo inducir a tantos cristianos a caer en el increíble engaño de tener casi por superstición la devoción a la Santísima Virgen María que habían recibido desde niños. El intento moderno de desvalorizar a María fue inspirado por Satanás. Para contrarrestar esta desgracia, San Pablo VI, después de que los obispos reunidos en el nefasto conciliábulo Vaticano Segundo se negaran a suscribir su proposición de ‘María, Mater Ecclesiæ’, él mismo, por propia iniciativa y con su autoridad personal el 21 de noviembre de 1964 hizo la proclamación, y la incluyó en las Letanías de la Santísima Virgen María a perpetuidad. El 12 de agosto de 1978 San Gregorio XVII Magnífico lo declaró infaliblemente como dogma de Fe.

Parapeto de la Ira Divina. Se cuenta de una de las representaciones más famosas de la Pasión que se hacen en el mundo: la de Oberammergau. Ocurrió el hecho durante la escena del remordimiento y desesperación de Judas. Miles de personas asistían al espectáculo, que se desarrollaba al aire libre. Judas sentía amargamente su traición, pero el sumo sacerdote se burlaba de él. Entonces el traidor empieza a considerar la posibilidad del suicidio. Se lamenta: “¿Adónde podré ir? ¡Todo está perdido!” El auditorio observa en sobrecogido silencio la marcha de Judas, que se aleja desesperado. De pronto, se oye la vocecilla de una niña: “Mamá, ¿por qué no va a ver a la Virgen?”



Caudilla de los Soldados de Cristo. Mientras los Reyes Católicos hacían los preparativos para el sitio de Granada, Hernán Pérez del Pulgar penetró una noche en la ciudad con quince intrépidos guerrilleros; mientras éstos luchaban con la guarnición que custodiaba la puerta por donde entraron, se adelantó él al galope hasta la mezquita, clavando en ella un pergamino con la inscripción “Ave María”, en señal de que tomaba posesión de la mezquita en nombre de la Reina del Cielo. El cartel, escrito por el propio Pulgar, decía en letras grandes: “Ave María,” y a continuación la frase: “Sed testigos de la toma de posesión que realizo en nombre de los reyes y del compromiso que contraigo de venir a rescatar a la Virgen María a quien dejo prisionera entre los infieles.” Según otros, decía: “Sed vosotros testigos de cómo tomo posesión de esta mezquita en nombre de los Reyes de Castilla, consagrándola desde ahora a la Virgen del Cielo, que nos ha servido de guía.”

Medianera Universal de todas las Gracias. Un corazón de madre, el de muchas de ellas, es un abismo de bondad. ¿Cómo será, entonces, el de la Santísima Virgen María? “El corazón de María – dice el Santo Cura de Ars – es tan tierno para con nosotros, que unidos los de todas las madres no son sino un pedazo de hielo al lado del suyo.” En el Cielo continúa siendo Medianera. Mientras queden hijos suyos en la tierra, su tarea de Madre no ha terminado. Afirma también este Santo Sacerdote: “Yo creo que después del fin del mundo la Santísima Virgen podrá estar muy tranquila; pero mientras dure el mundo, se la requiere por todas partes. Se parece a una madre que tiene muchos hijos: está constantemente ocupada en ir del uno al otro.”

Amonestadora de las almas en peligro. San Alano, asaltado por una fuerte tentación, estuvo a punto de perderse por no haberse encomendado a María; pero se le apareció la Santísima Virgen María y para que estuviera más prevenido para otra ocasión, le dio con la mano en la cara y le dijo: “Si te hubieras encomendado a mí, no te habrías encontrado en este peligro.” Si tuviéramos cuidado de invocar el nombre de María con toda confianza en las tentaciones, ciertamente, nunca caeríamos.

Excelsa y Digna Madre de Dios. Refería un Sacerdote a un amigo suyo lo que le acababa de suceder. Había recibido una carta de un matrimonio andaluz, amigo suyo. La mujer, un alma delicada y buena, le ponía unas palabras: “Un abrazo cariñoso para su madre.” – “Ésta,” comentaba el Sacerdote, “me manda el abrazo a mí; pero para que llegue por el camino mejor, me lo envía a través de mi madre; ¡las mujeres andaluzas son así!” Algo nos recuerda esto a aquella delicadeza de la mujer de Palestina: “¡Bienaventurado el vientre que te llevó!,” una alabanza para el Hijo... a través de la Madre. Y un pipero a la Madre.

Dulce Maestra de Santidad. Santa Rosa de Lima, esta flor americana, fue especialmente devota de la Virgen. Tenía escrúpulos de llamarse Rosa, ya que su nombre era Isabel, pero su madre, que vio una flor en su rostro, la llamó Rosa. Entonces pidió con lágrimas, a María claridad y acierto en esto, y Ella aprobó el cambio, mas le mandó que añadiese ‘de Santa María’. Todas las virtudes se concentraron en aquella Rosa de Santa María, que vivió como la más pura religiosa en medio del mundo. Desde los once años gozó de gran familiaridad con la Virgen, y frecuentemente de sus visitas. En la cuenta de conciencia que, obligada por su Director, escribió, dice que ‘muchas veces veía a la Santísima Virgen, hermosa, afable y dulcemente cariñosa y que solía detenerse más ante sus ojos, que la Humanidad de Jesucristo, que también se le aparecía muchas veces, pero poco rato.’ Y tan grande fue el amor de María a aquel ángel humano, que llegó a servirle, como dice la Bula de Canonización, hasta de camarera. Como Rosa llenaba su cama de guijarros y astillas, y al acostarse se ponía en la cabeza una corona de espinas, no dormía de noche; y al amanecer, rendida de sueño, no se despertaba a la hora de levantarse. La Virgen le prometió despertarla todos los días. Y todos los días, se acercaba puntualmente a su lecho, diciendo a Rosa: “Levántate, hija mía, levántate a oración, que ya es hora.” Un día, ni con ese aviso pudo con su sueño, ya que, aunque se incorporó en la cama, se cerraron sus párpados inconscientemente, y se durmió. Volvió la Virgen a despertarla, le dio un golpecito en la espalda, la movió un poco con maternal

caríño, y le dijo: “Levántate, hija mía, no tengas pereza.” Se levantó al punto, mas en castigo aquel día no vio a la Virgen, sino alejándose, sin ver su rostro. Un día se le olvidó un cilicio en la cama, y, no pudiendo volver a su aposento, y temiendo lo vieran, rogó a la Virgen que se lo escondiera. Después halló el cilicio donde ella lo solía esconder.

Consuelo de los Crucíferos. Oídme con atención. Aquel cuarto que allí veis, estuvo habitado por una mujer que quedó viuda. La pobre lo perdió todo; muerto el marido que atendía a su sustento, desapareció para ella toda holgura y bienestar; todos los allegados le volvieron la espalda... ¡Estaba en la más completa miseria!... Le quedaba tan sólo una niña angelical, trabajadora y piadosa como su madre, que vivía junto a ella, y las dos, trabajando como podían, se ayudaban mutuamente. ¡Pobres infelices!... Pero no; no lo eran... Mirad... Estábamos en el rigor del invierno; la noche estaba muy cerrada; fuera cayendo la nieve a grandes copos...

Todo en silencio... La madre, cuya cabellera empezaba ya a blanquear, calentando sus manos ateridas en un pequeño brasero, mientras a su lado, la hija cose que te cose con premura para acabar un abrigo antes de media noche, pues el día siguiente era domingo. Un pobre candil iluminaba aquellos dos rostros y se reflejaba en la pared donde pendía la imagen de la Virgen María; ambas guardaban silencio... no se oía más que su respiración... cuando de repente, he aquí que la hija levanta la cabeza, y, mirando a su madre con triste sonrisa, le dice: “¡Pobre mamá, usted no ha sido nunca tan pobre como ahora!” ¡Qué amargo le debe ser este pensamiento! Y en aquella voz, en aquella palabra, iba mucha ternura... con angustia. “Cree, hija mía, que Dios sabe muy bien lo que hace; al perder a tu padre, creí que el Señor nos había abandonado; pero, mira, allí nos ha quedado una Madre, María Santísima.” La joven bajó la cabeza y prosiguió cosiendo en silencio; pero la madre vio que caía sobre la tela alguna lágrima de sus ojos. “No llores, hijita. En resumidas cuentas, si somos buenas cristianas, ¿qué nos faltará? ¡Son tantos los que carecen aún de techo! Nosotras, es verdad, hemos tenido que acostumbrarnos a pasar con muy poco, pero este poco nunca nos ha faltado. Nada me ha quedado tampoco de mis riquezas, pero todavía me quedas tú, y cierto es que no te cambiaría por el mayor reino del mundo.” Al oír esto, la joven dejó caer la labor de sus manos, y se arrojó al cuello de su madre, abrazándola ternísimamente... ¿Pensabais que eran infelices? ¿Por ventura no sabían a Cielo las lágrimas que entonces derramaban?

Abogada Nuestra. Lo cuenta el escritor clásico Plutarco. Antípatro escribe al perverso Alejandro Magno, su emperador, una carta en la que acusa gravemente a Olimpia, la madre de éste. Alejandro lee la carta y luego dice a sus cortesanos sin inmutarse: “Pero ¿ignora Antípatro que una lágrima de mi madre puede borrar mil cartas de acusación como ésta?” Si una lágrima de su madre movía a compasión a este perverso, bien podemos imaginar el valor de una palabra de la Santísima Virgen María ante su Divino Hijo. Por eso Ella es la más fiable ‘Abogada nuestra.’

Generalísima de los Ejércitos de Dios. Un coronel del ejército francés refiere el hecho siguiente: “Herido de un balazo en el muslo, aguardaba yo la llegada de los camilleros. No lejos de mí, yacía uno de mis soldados, con una gran herida en la cabeza. Sacó del bolsillo un pequeño crucifijo de plata y comenzó a recitar el avemaría en latín. En esto se oyó otra voz más bajita que respondía: ‘Sancta María Mater Dei...’ Mi buen soldado volvió la cabeza y descubrió a otro soldado al lado, herido mortalmente como él. Era un alemán que le miraba con sus grandes ojos azules. El francés reflexionó un instante y luego alcanzó con la mano el crucifijo a su enemigo, ya casi agonizante. El alemán lo tomó, lo oprimió con fervor contra su corazón y se lo devolvió. Ambos se dieron la mano y añadió uno: ‘Podemos morir en paz, hemos cumplido con nuestro deber.’ – ‘Partimos,’ respondió el



otro, ‘para un país en donde el odio no se conoce.’ Poco después, exhalaban su postrer suspiro y entraban ambos en el reino eterno de la paz y del amor.”

El Dulce Nombre de María es Bálsamo Celestial. El Beato Alano decía en sus predicaciones: “El nombre glorioso de María es comparable al aceite derramado porque, así como el aceite sana a los enfermos, esparce fragancia, y alimenta la lámpara, así también el nombre de María, sana a los pecadores, recrea el corazón y lo inflama en el Divino Amor.”

Reina de las Almas Vírgenes. Entre los Fundadores que la Virgen Santísima eligió para establecer la Orden de los Servitas, San Alejo Falconieri fue singularmente ilustre por la pureza. Nacido en Florencia de noble y rica familia, a principios del siglo XIII, se dedicó desde la juventud a las obras de piedad, distinguiéndose de modo especial en la tierna devoción a la Reina de las Vírgenes. Procuró con todo esmero evitar todo aquello que pudiera manchar en lo más mínimo la santa pureza. Para mejor conseguirlo, se dedicó a la oración y a la penitencia. Habiéndose consagrado completamente al servicio de María Santísima, se dedicó con todo empeño a la mortificación de los sentidos, para conservar intacto el blanco lirio de la castidad. Después de una larga vida, llena de favores celestiales, habiendo enfermado gravemente, fue consolado con una visión del Niño Jesús, el cual le puso en la cabeza una corona de rosas, símbolo de la más pura castidad. A los ciento diez años de edad, después de que el santo anciano había recitado cien avemarías, como tenía de costumbre, el día 17 de febrero de 1310, voló al cielo para recibir el premio de sus méritos y para contemplar al Cordero Inmaculado, en el coro de las almas vírgenes.

Madre de la Amargura. A Santa Bernardita le decía la Virgen en Lourdes: “Si mi pueblo no quiere enmendarse, me veré obligada a dejar que el Brazo de mi Hijo caiga sobre él. ¡Pesa tanto que ya no lo puedo contener! ¡La violación de los días festivos y las blasfemias son los crímenes que hacen tan pesado el Brazo de mi Hijo!” Realmente la blasfemia, la profanación de las fiestas y la impureza, son los tres grandes pecados que claman venganza del Cielo. Procuremos descargar el Brazo de Jesús con una vida santa.

Canal hacia Jesús. Un penitente se negaba a confesarse, llevado de la desesperación y espanto por una vida llena de graves pecados. Acude San Vicente de Paúl y le dijo: “Amigo mío, sabiendo que Jesucristo murió en la cruz por usted, ¿duda de su Misericordia?... Quiero arrancarle de la condenación eterna.” E invitó a los presentes a rezar con fe el avemaría, a fin de obtener, por mediación de María Santísima, la conversión del pecador obstinado... Y he aquí que se mueve el corazón de aquel desgraciado, quien se confesó y murió consolado.

Fortaleza de sus devotos. Hace algunos años un alumno de la Escuela Politécnica de París encontró un rosario en un aula. Indignado porque en aquella ilustre escuela se encontrasen, según él, todavía objetos de superstición, se lo comunicó a sus condiscípulos. Reunidos en el patio, después de los ejercicios o prácticas militares, pusieron el rosario en un árbol y el alumno que lo encontró gritó: “Si alguno de los nuestros ha perdido este rosario, que venga a cogerlo, si tiene ánimo y coraje.” Un gran silencio capaz de acobardar al más valiente. Pero el joven cristiano no vacila, un tal C. T., conocido como el primero que en aquel año debía salir del ejército, se adelantó sereno y tranquilo, toma su rosario y, volviéndose al que le había desafiado, dice: “Te doy las gracias, amigo. Conservo este rosario que me dio mi madre, el cual me ha conservado cristiano. No creo que por esto haya deshonrado la Escuela Politécnica.” ¡Bien!, gritaron de todas partes. ¡He aquí uno que tiene valor! Un ilustre mariscal, testimonio de la escena, extiende su mano al soldado y le dice con profunda conmoción: “¡Valiente, amigo! Cuando se tiene valor para confesar y manifestar públicamente las propias convicciones y la propia fe, se tendrá también para defender el propio país y morir por la patria.”

Madre de las Benditas Almas del Purgatorio. Flammin y gran número de autores refieren que una distinguida doncella, de nombre Alejandra, convertida milagrosamente e inscrita en la cofradía del Rosario por Santo Domingo, se apareció al Santo después de muerta para comunicarle que estaba sentenciada a setecientos años de purgatorio a causa de los

pecados que había cometido o hecho cometer a otros con sus vanidades mundanas. Le rogó que la aliviara e hiciera aliviar con las oraciones de los cofrades del Rosario. El Santo lo hizo y, quince días después, Alejandra se le apareció de nuevo, más resplandeciente que un sol. En tan corto tiempo había sido librada de la pena, gracias a las oraciones de los cofrades del Rosario hechas en favor suyo. Hizo también saber a Santo Domingo que venía de parte de las almas del purgatorio a exhortarle a continuar predicando el Rosario y hacer que los parientes de ellas les hicieran partícipes de sus oraciones. Por lo cual ellas les recompensarían abundantemente cuando llegaran a la gloria.

Pórtico de la Gloria. Se lee en la historia de San Bernardo Morlaàs religioso dominico, que siendo sacristán del convento de Santarém, en el reino de Portugal, se dedicaba a enseñar a dos niños, quienes vestían por devoción el santo hábito de Santo Domingo, y sobre todo a inculcarles el santo temor de Dios, y a que fuesen verdaderos devotos de Jesús y de María. Sucedió a menudo que almorzando ellos ante una imagen de María, que llevaba en brazos al Buen Jesús, le convidaban del almuerzo, y la Virgen Santísima lo bajaba de sus brazos, a fin de que gustase del almuerzo de aquellos cándidos niños. Refirieron ellos el caso a su maestro San Bernardo, quien los instruyó, a fin de que pidiesen al Divino Infante y a su Santísima Madre, que los convidase también a ellos y a su maestro a la Casa de su Padre celestial. Así lo cumplieron; y respondió el Buen Jesús que quedaban convidados para de allí a tres días, cuando se iba a celebrar su Gloriosa Ascensión al Cielo, que en el año 1277 en que sucedió, fue el 6 de mayo; y he aquí que en aquél día dispuestos los tres para celebrar la solemnidad, después de oída la Santa Misa y recibida la Sagrada Comunión, al dar gracias a Dios, los tres murieron santamente, y pasaron a disfrutar eternamente del convite de la gloria. ... ¿No veis, amados hijos, como corresponden Jesús y María? Por Dios amad mucho a María; encomendaos de corazón a Ella: hacédle todos los días algún obsequio, y os aseguro que por su intercesión alcanzaréis el Amor de Dios en vida, y después de la muerte seréis todavía mejor premiados en el Cielo.

María, Refugio de pecadores, convierte a un joven materialista. Desiderio, de treinta años, de un carácter dulce, franco y leal, se había pervertido entregándose apasionadamente a falsos sistemas filosóficos. De error en error cayó finalmente en el más grosero materialismo. Miraba sobre todo con horror a la religión católica, y había concebido un odio implacable contra sus Sacerdotes, que, decía, eran el azote de la humanidad, y de la cual les llamaba destructores. Atacado de una tuberculosis pulmonar, se acercaba su fin. Una hermana suya muy virtuosa, que le amaba tiernamente, le prodigaba sus cuidados. Todos sus esfuerzos para hacerle entrar en el camino de la razón eran inútiles. Desiderio protestaba siempre que no creía que hubiese Dios, y rechazaba con blasfemias todas las verdades que se le presentaban. Una piadosa señora de la parroquia de Nuestra Señora de las Victorias, amiga de la hermana de Desiderio, conociendo el estado y las disposiciones de este infeliz, tuvo la idea de hacerle encomendar a las oraciones de la asociación, pues pensó que el medio de alcanzarle la protección de María, a pesar de su impiedad, era hacerle inscribir en la cofradía del Inmaculado Corazón de María, Refugio de pecadores. Al efecto era preciso engañar al cura, a quien fue a encontrar un sábado, y le pidió tuviese la bondad de inscribir un joven gravemente enfermo, y encomendarle a las oraciones, para obtenerle, por medio de la protección de la Virgen, la gracia de recibir los últimos Sacramentos. Al día siguiente domingo a las siete y media de la tarde fue encomendado; se hicieron por él oraciones públicas; y el lunes inmediato fueron ofrecidas en su favor varias comuniones. Este día fue uno de los más crueles para el pobre enfermo: sucesivamente experimentó muchas crisis, que lo redujeron a una especie de aniquilamiento. Por la tarde, cerca las siete y media recibió la visita de su



médico, hombre cristiano y religioso. El enfermo le preguntó sobre su estado, y el médico le respondió, que no hay remedio, y que su muerte está cercana: “Amigo – le añade – una eternidad de gloria se le ofrece, y si quiere usted merecerla, aun puede.” Desiderio, con rostro sereno, y con una voz firme le responde: “Señor doctor, ya tengo hecha mi profesión de fe... yo no quiero oír este lenguaje... yo no mudaré. No creo que haya Dios: además de que, si hay un Cielo y una eternidad, no tengo de qué acusarme. Hace siete años que me sacrifico por el bien de la humanidad, y si muero es por ella.” Es de advertir, que Desiderio no solamente era esclavo de una impiedad brutal, sino que también era un fanático partidario de todas estas astucias políticas, con las que tantos charlatanes seducían a la juventud. El médico continuó por espacio de algunos minutos sus piadosos avisos: el enfermo volvió la cabeza dando a entender que no quería escucharle. Habían llamado a una Hermana de las del Buen Socorro para cuidarle. Cuando salió el médico, Desiderio la dijo: “¡Qué hombre tan molesto! ¡No sé cuántas veces me ha hablado de religión! Bien puedo decirle que esto me cansa: él no quiere callarse.” Esta buena Hermana que observaba su debilidad y abatimiento, se contentó con decirle: “No obstante, amigo, si hay un Dios, ¿cuál será tu paradero? No hay hombre que en presencia de Dios pueda decir que se halla sin mancha.” ¡Oh benigna y omnipotente María! ¡Esta es la hora de vuestro triunfo! Desiderio da una mirada a la Hermana, reflexiona un instante, y exclama con una fuerza extraordinaria para su estado: “¡Sí; me acuerdo de un milagro que no puede negarse: todo un pueblo lo ha visto, a saber, la multiplicación de los cinco panes en el desierto! Yo reconozco a Jesucristo por mi Dios. Haced venir un Sacerdote para confesarme esta tarde: mañana tal vez ya no habrá tiempo.” ¡Oh gracia de Jesucristo!, ¡omnipotente gracia!, esto es obra tuya. Hace pocos minutos este pecador era un impío que renunciaba a Dios, que desafiaba atrevidamente a su justicia, y repentinamente, en un abrir y cerrar de ojos, lo has convertido en un pecador penitente, en un hijo sumiso fiel. ¡Ah! dignate, apoderarte de nuestros corazones, y consagrarlos para siempre al amor y a la fidelidad para con el Dios de perdón y de misericordia. Aunque era ya tarde y Desiderio se hallaba muy cansado, como el peligro era tan inminente, y el enfermo instaba tanto, no se pudo diferir al día siguiente la Confesión. Durante su enfermedad habían sido llamados muchos Sacerdotes: algunos habían sido rechazados; otros, en corto número, habían sido recibidos, pero luego despachados con desdén. Llegado el momento de quererse confesar, el mismo enfermo designó por confesor a uno de los que antes había recibido más mal, a fin de que, decía, esto sea una reparación. Este eclesiástico es miembro de una venerable congregación del vecindario de Desiderio. A su llegada, Desiderio le dice: “Padre, me hallo en mis últimos momentos... deseo confesarme.” Su confesión duró cinco cuartos de hora. Desde este instante ya no se reconocía a Desiderio: el hombre viejo, el hombre impío, el hombre dominado de las pasiones ha desaparecido, cediendo el lugar al hombre nuevo, al dulce y dócil cristiano. Poco antes estaba muy triste: ahora está muy alegre, y no sabe cómo manifestar su alegría: poco antes se hallaba abatido, caído, moribundo; mas ahora se siente animado por una fuerza extraordinaria: no duerme en toda la noche; continuamente habla de su alegría y de su felicidad, y pide que le hagan rezar oraciones. Le encargan que se calle, que descanse. “¡Oh! – dice – ya me siento mucho mejor... no estoy cansado... soy el más feliz de los hombres.” El 20 de junio se confesó otra vez con manifiestas señales de un profundo arrepentimiento. Durante el día manifestó varias veces un ardiente deseo de recibir la Sagrada Comunión. – “¿Cuándo, pues, decía, recibiré al Señor?” Por la mañana del 21, su confesor le anunció que iba a administrarle el Santísimo Viático y la Extremaunción. Luego pregunta qué cosa es la Extremaunción; y habiéndoselo explicado, queda admirado de ver que la Bondad Divina se digne dispensarle tantas gracias: pide le repitan los artículos de fe, y que se le den algunas explicaciones. – “¡Oh Dios mío!”, añade, “¡Cuán extraviado me hallaba!, ¡cuán infeliz era no creyendo lo que ahora me parece tan creíble!” Después de la Comunión se halló su corazón tan satisfecho, que no sabía cómo explicar su dicha, y confuso por la bondad que el

Señor había tenido con él exclamó: “¡Oh! ¡Y qué rico soy! ¡Cómo lo haré para dar las debidas gracias a Dios! ¡Jamás, jamás hallaré expresiones para...” Aquí se detiene, levanta los ojos al Cielo, y concluye diciendo: “... para darle pruebas de mi reconocimiento!” Luego tuvo la dicha de recibir el sacramento de la Confirmación. El Señor arzobispo de Paris, habiendo ido el 23 de junio a administrar ese Sacramento en Santa Clotilde, se dignó pasar a su casa, y le confirmó. Desde este momento su fervor pareció aumentarse: ya no hablaba sino de Dios y de la religión, pero de un modo admirable; y como si toda su vida no se hubiera ocupado sino de estos sublimes objetos. Frecuentemente decía: “No pido a Dios sino algunos días más de vida, para tener más dolores que ofrecerle en satisfacción de mis pecados, pues apenas puedo orar.” No porque no orase, sino porque hubiera orado sin cesar si no se le hubiese prohibido hasta el punto de exigirle la promesa de no hacer oración sin pedir permiso, a lo que se sometió con la docilidad de un niño. Su amor para con Dios le hizo desear ardientemente la gracia de consagrarse a su servicio en alguna orden religiosa, de suerte que pidió y obtuvo el permiso de hacer el correspondiente voto para el caso de que Dios le restituyese la salud. Con frecuencia decía: “Si Dios quiere sacarme de este mundo, estoy resignado: pero si me restituye la salud, trabajaré hasta convertir a todos aquellos que amo; sí, yo convertiré a mis amigos. Si llego a ser párroco, he de convertir a todos mis parroquianos que tuvieran la desgracia de ser impíos... yo iré a visitar los pobres.” Si le escapaba alguna palabra de impaciencia, miraba luego su crucifijo y decía: “¡Oh!, y cuánto ha padecido mi Salvador! ¡Y yo soy el que le ha crucificado! ¡Ah!, ya no me quejaré más: hágame padecer cuanto quiera, ya no me quejaré más.” Y juntando las manos, decía: “Perdonadme, Dios mío, he pecado, perdonadme.” Luego era preciso animarle. Cierta día decía: “¡Cuán dichoso sería si Dios me concediese la gracia de asistir una vez a oír el Santo Sacrificio de la Misa! ¡Yo que he negado los Sacramentos, la divinidad de Jesucristo, y toda la religión! de este modo daría a entender cuán diferentes son ahora mis sentimientos: esto sería una reparación. Mas en fin, si Él no lo quiere, ya lee mi corazón, y ve que estoy resignado a su Voluntad.” Después de su conversión tuvo la dicha de comulgar varias veces. Tres semanas pasaron disfrutando de una gran libertad de espíritu, y en un ejercicio continuo de sus preciosos sentimientos. La cuarta semana, que fue la última de su vida, la pasó en delirio, y no obstante, durante estos días de delirio, se veía que estaba ocupado en ideas religiosas. Se le oía decir: “Mis amigos, mis amigos, todos me dicen que tienen una religión... el materialismo... el materialismo... ¡Oh!, vendrá un tiempo en que los hombres entenderán que no se hallan sobre la tierra solamente para sembrar... ¿Dónde están los que no creen en el infierno?... ¡Ah!, ¡infelices los que no se convertirán!”



Desiderio volvió en sí dos días antes de su muerte, y los pasó en unión continua con Dios. En fin, el día 16 de julio, fiesta de Nuestra Señora del Carmen al pronunciar estas palabras: “Jesús, María, José, os ofrezco mi corazón, mi espíritu, mi vida,” perdió el conocimiento, y entregó al Criador su alma, que había colmado de tantas gracias, mientras ofrecían por él el divino Sacrificio de la Misa en honor de María, Refugio de pecadores, para suplicarle la gracia de proteger hasta la última hora a este hijo de su misericordia.

María Santísima, desposada con todas las almas vivas de los fieles de la Iglesia. “Gerardo, ¿por qué no te casas?”, le preguntan los vecinos de Muro viéndolo como despreocupado, más interesado en ir de capilla en capilla que en terminar los encargos de la sastrería. Pero San Gerardo María Mayela responde: “¡Me casé con la Virgen!” Pocos asocian esta respuesta con lo que había pasado en la fiesta de la Inmaculada Concepción. Al iniciar la procesión, allí estaba Gerardo en primera fila, absorto en la contemplación de la imagen. De repente, lo vieron adelantarse, quitarse un anillo y colocarlo en el dedo de la imagen, gritando: “Me he desposado con María Santísima.” Con este hecho, que parece una locura de adolescente,

Gerardo se ha comprometido para siempre con la Madre de Dios. En otra ocasión, estando en Deliceto, el Padre Cáfarlo lo manda que acompañe hasta Ciorani a dos jóvenes aspirantes redentoristas. A mitad de camino, pasan la noche en la hospedería de Ponterola. La cena es servida por una joven, acostumbrada a tratar pasajeros vulgares y ahora atraída por los modales de Gerardo. A la mañana siguiente, cuando está pagando la cuenta, ella se las ingenia para confesarle su amor a primera vista. Gerardo, entre asustado y divertido, le responde con una sonrisa: “Qué lástima, pero estoy casado hace tiempo con una mujer muy hermosa.” Y antes de que la muchacha reaccione, añade: “Me he desposado con la Virgen.” Así prosigue su marcha.



Perpetuo Socorro de las almas. Durante las guerras sangrientas de 1814 que tuvieron lugar entre la Francia napoleónica y las potencias aliadas de rusos, alemanes, ingleses y españoles, los habitantes de los Alpes abandonaban sus valles para sustraerse del furor de los enemigos, que desolaban el país, y hasta arrebatában con frecuencia las mujeres y las niñas jóvenes; pero los soldados bárbaros las perseguían hasta en sus refugios más retirados. Uno de ellos, más feroz aun que sus compañeros de armas, tuvo la crueldad de matar a un padre, porque se atrevió a defender el honor de su hija. Esta joven doncella horrorizada, toda cubierta de la sangre de su desgraciado padre que acababa de morir por ella, se fugó inmediatamente a través de las montañas. A la vista de la joven espantada, y salvando con pie ligero las agudas puntas de las rocas, otros soldados vuelan a perseguirla: ya están cerca de ella... ya van a cogerla... cuando la heroica niña llega a la cima más elevada del monte se detiene, mide con los ojos la profundidad del precipicio, que solo puede protegerla de los agravios de los bárbaros, levanta los ojos al Cielo y exclama: “Madre de Piedad, Virgen sin mancha, ¡sé mi Socorro!,” y al mismo tiempo se lanza al fondo del abismo. Asombrados a su vez los soldados, se acercan al paraje en que la joven ha debido estrellarse contra la roca; mas ¡oh prodigio! la ven de rodillas, las manos juntas, los ojos levantados hacia el Cielo, dando gracias a Nuestra Señora del Buen Socorro, que la ha protegido de un modo tan milagroso en tan inminente peligro. A vista de esto los soldados, impelidos por una fuerza omnipotente, se prosternan, imploran el perdón de su delito, publican en todo el ejército la asombrosa maravilla de que han sido testigos, y a contar desde ese día los enemigos cesaron sus horribles vejaciones en los países por donde pasaron. La tierna virgen después de haber dado gracias a la Madre de Dios, que la había protegido tan visiblemente, fue a buscar refugio en el campamento de los franceses, quienes habiendo sabido su milagrosa preservación, la tomaron bajo su salvaguardia, y, para perpetuar la memoria de tan grande beneficio, formaron el proyecto de elevar un altar en honor de la Reina de los Ángeles en el mismo lugar en que la tierna doncella había sido salvada milagrosamente. Esta se hizo un deber de consagrar a Dios la vida que le había conservado, vendió su patrimonio, y de su producto hizo construir una pequeña ermita, en la cual pasó el resto de sus días en la penitencia y en el ejercicio de las obras de piedad. Vivía de las limosnas que las almas caritativas le llevaban diariamente, y en cambio ofrecía a sus bienhechores el socorro de sus fervorosas oraciones. La piadosa solitaria murió en el año 1829, y según sus deseos su cuerpo fue enterrado bajo la primera grada del altar. Desde entonces el pueblo no cesaba de ir a visitar su sepulcro y de implorar su protección, porque nadie dudaba que Dios haya acogido en su seno a un alma tan virtuosa y pura, y todos la miraban como una nueva patrona del país. Los viajeros se complacían también en ir a visitar la tumba de la heroína de los Alpes. La vista de esos lugares por tanto tiempo habitados, y los encantos de la inocencia y la virtud favorecida del Cielo, les llenaba de una santa emoción, y hacía nacer en los corazones el deseo de la enmienda; porque el poder de la virtud es tan grande, que se hace sentir hasta de las almas menos dispuestas a practicarla. Ellos deponían su ofrenda sobre el sepulcro de la humilde

virgen, pidiéndole con confianza el socorro de sus oraciones, no dudando que serían favorables a los viajeros que venían a rendir a su virtud el tributo de sus piadosos homenajes.

Honra y Gloria de sus devotos. En un monasterio de la orden de San Benito, llamado Dolo, edificado en honor de Nuestra Señora, había un religioso muy devoto de la Reina del Cielo llamado Iostio. Este oyó decir a un arzobispo que venía de Tierra Santa, que allá reverenciaban mucho a la Madre de Dios, con cinco salmos conforme a las cinco letras de su nombre; que son a la primera letra, M: ‘Magnificat anima mea Dóminum;’ y luego cuatro salmos que empezaban por orden con las otras letras: A, R, I, A, junto con algunas otras oraciones. El dicho religioso como alma fiel que deseaba santificarse, no perdió esta ocasión y así siguió el ejemplo, que esto tienen los buenos, que de todas las buenas conversaciones sacan flores para hacer miel y dulzura en sus almas; lo hizo así este santo religioso, y perseveró en esta santa devoción muchos años hasta el año 1186 en el cual murió el 29 de noviembre, vigilia del glorioso Apóstol San Andrés. Cuando se levantaron los frailes a maitines, al pasar la lista el subprior del convento, halló que solo faltaba Iostio, que era su propio hermano. Tomó luego un farol y fue a buscarlo al dormitorio, donde lo halló en la celda muerto sobre la cama; pero vio una cosa maravillosa, es que salían cinco rosas de su rostro: una, de la boca, hermosísima con unas letras de oro que decían Magnificat, y otras dos de los ojos, y otras dos de los oídos con el principio de los otros salmos que tenemos dicho. Viendo todo esto el Padre subprior, fue al coro y acabados los maitines contó lo que había visto a los frailes, los cuales fueron allá muy prestos, y viendo tan grande milagro no osaron tocarle sin enviar primero por el arzobispo de aquella diócesis. Acudió luego con mucho contento por ver cosa tan milagrosa y nunca vista, y luego que lo vio alzó los ojos al Cielo y dio gracias a Dios y a su Santísima Madre, y vistiéndose de pontifical en solemne procesión con faroles, cirios e incensarios de suaves olores, llegó a la pobre cama del santo religioso Iostio. Sacando la rosa que le salía de la boca, la cual fácilmente siguió la mano del que la sacaba, y así, fresca y hermosa como estaba, la puso con mucha reverencia dentro de un cristal y la hizo poner sobre un altar de la iglesia catedral para que todos la viesan en testimonio del milagro, pero las otras cuatro así como fueron sacadas de los ojos y oídos, luego se marchitaron y secaron. Y el arzobispo hizo llevar el cuerpo a la iglesia mayor – que está dedicada a la gloria y honra de la Reina de los Ángeles – en donde recibió sepultura delante del altar mayor con gran veneración. Allí no faltaron muchos milagros, para mostrar Dios la clemencia de su Santísima Madre y la gloria de su santo. Este milagro fue tomado del libro del Padre Jerónimo Taix, para que así vean los fieles cómo honra la Virgen con rosas y flores aun acá en este mundo a sus devotos.

La Medalla Milagrosa

Todo el mundo conoce esta Medalla, pero a menudo se ignora la riqueza de las apariciones que enmarcan la revelación en que la Virgen la enseñó a Santa Catalina Labouré, y su contenido doctrinal. Explicaremos las apariciones brevemente.

Santa Catalina Labouré nació el 2 de mayo de 1806 en el pueblito de Fain-les-Moutiers, en Borgoña, Francia, y era la novena de una familia que contaría con once hijos. Sus padres, Pedro Labouré y Luisa Magdalena Gontard, propietarios de la granja que ellos mismos trabajaban, eran profundamente cristianos. Formaron a su numerosa familia en el temor y amor de Dios.

Pero en 1815, cuando Catalina no tenía más de nueve años, su madre murió. Huérfana de madre terrenal, la niña se buscó otra madre en la Santísima Virgen. En efecto, poco tiempo después, una criada de la granja la sorprendió subida sobre la mesa, con la estatua de María que había tomado de la chimenea, a la que estrechaba entre sus brazos.

A los doce años su padre le confió el cuidado de la casa, y a partir de los catorce, pese a sus trabajos agotadores, Catalina empezó a ayudar los viernes y sábados en el hospicio del pueblo vecino, Moutiers-Saint-Jean, distante tres kilómetros.

Desde su primera Comunión había oído la llamada de Dios y soñaba con la vida religiosa.



Sentía dudas, sin embargo, sobre qué comunidad elegir. Un sueño la ayudó a orientarse: Se vio en Fain, rezando sola, según su costumbre, en la capilla de la Santísima Virgen, cuando de repente vio salir de la sacristía a un venerable Sacerdote, al que no conocía, revestido para celebrar la Misa. El Sacerdote, que detenía en ella su mirada cada vez que se volvía hacia el pueblo, al acabar le hizo señas de que lo siguiera a la sacristía; pero Catalina, asustada, salió de la iglesia, y pasó por casa de una amiga para visitar a una persona enferma. Apenas hubo entrado, vio tras de sí al venerable Sacerdote, que la había seguido, el cual le dijo: “Está bien curar a los enfermos. Tú ahora huyes de mí, pero un día vendrás a mí. Dios tiene planes sobre ti, no lo olvides.”

¿Quién era ese Sacerdote? ¿Qué querían decir sus palabras? El misterio no tardaría en revelarse. Algún tiempo después Catalina tuvo la oportunidad de visitar un convento de las Hijas de la Caridad.

Al entrar en el locutorio, su mirada se detuvo en un cuadro adosado a la pared. “¡Ese - exclamó- es el Sacerdote al que vi en mi sueño! ¿Cómo se llama?” Le dijeron que era San Vicente de Paúl. Vivamente impresionada por esta respuesta, manifestó su sueño al párroco de allí, que le dijo decididamente: “Sí, hija mía, creo que el Sacerdote anciano que se te apareció en el sueño era San Vicente de Paúl, y lo que quiere es que seas Hija de la Caridad.”

Así fue como, después de esperar dos años el consentimiento de su padre, ingresó en abril de 1830, en el Noviciado de las Hijas de la Caridad en París, situado en la calle de Bac (Rue du Bac). Algunos días después tuvo la dicha de asistir a la traslación solemne de las reliquias de San Vicente de Paúl.

Su noviciado transcurrió en el fervor, como lo certifican las gracias extraordinarias con que fue favorecida, y su alma mariana apreció profundamente la devoción que las Hijas de San Vicente tenían a la Inmaculada Concepción. Sin embargo, nada en ella llamó la atención de los que la rodeaban.

Las apariciones: El Cielo bajó a la tierra... Desde julio hasta diciembre de 1830 Sor Catalina, joven novicia de las Hijas de la Caridad, recibe el inmenso favor de conversar tres veces con la Virgen María.

En los meses precedentes, Catalina había sido favorecida con otras apariciones. San Vicente de Paúl le enseñó su corazón. Estando en oración en la capilla, Catalina vio, tres días seguidos, el corazón de San Vicente de Paúl de tres colores distintos. Se le apareció primero blanco, color de paz; luego rojo, color de fuego; por último, negro, señal de las desgracias que iban a caer sobre Francia en general y sobre París en particular.

Poco después, Catalina vio a Cristo presente en la Eucaristía, más allá de las apariencias del pan: “Vi a Nuestro Señor en el Santísimo Sacramento, durante todo el tiempo de mi noviciado, excepto todas las veces en que dudé.” Y el 6 de junio, fiesta de la Santísima Trinidad, se le apareció Cristo como Rey crucificado, despojado de todos sus atributos reales.

Una noche de verano, el domingo 18 de julio 1830, entonces víspera de la fiesta de San Vicente de Paúl, la maestra de novicias les había hablado sobre la devoción a los santos, y en particular a la Reina de todos ellos, María Santísima. Sus palabras, impregnadas de fe y de una ardiente piedad, avivaron en el corazón de Sor Catalina el deseo de ver y contemplar el rostro de la Santísima Virgen. Como era víspera de San Vicente, les habían distribuido a cada una un pedacito de lienzo de un roquete del Santo. Catalina se lo tragó y se durmió pensando que San Vicente, junto con su Ángel de la guarda, le obtendría esa misma noche la gracia de ver a la Virgen como era su deseo. Precisamente, los anteriores favores recibidos en las diversas apariciones de San Vicente a Sor Catalina alimentaban en su corazón una confianza sin límites hacia su bienaventurado Padre, y su candor y viva esperanza no la engañaron. “La confianza consigue todo cuanto espera,” decía San Juan de la Cruz.

Todo era silencio en la sala donde dormía Sor Catalina, cuando oyó que por tres veces la llamaban por su nombre. Se despertó y apartando un poco las cortinas de su cama miró del lado que venía la voz y vio entonces un niño vestido de blanco, que parecía tener como cuatro o cinco años, el cual le dijo: “Levántate pronto y ven a la capilla; la Santísima Virgen te espera.” Sor Catalina vacila; teme ser notada por las otras novicias; pero el niño responde a su preocupación interior y le dice: “No temas; son las 11.30 de la noche; todas duermen muy bien. Ven yo te aguardo.” Ella no se detiene ya ni un momento; se viste con presteza y se pone a disposición de su misterioso guía, “que permanecía en pie sin separarse de su lecho.”

Vestida Sor Catalina, el niño comienza a andar, y ella lo sigue marchando a “su lado izquierdo.” Por donde quiera que pasaban, las luces se encendían. El cuerpo del niño irradiaba vivos resplandores y a su paso todo quedaba iluminado. Al llegar a la puerta de la capilla la encuentra cerrada; pero el niño toca la puerta con su dedito y aquella se abrió al instante. Dice Catalina: “Mi sorpresa fue más completa cuando, al entrar en la capilla, vi encendidas todas las velas y los cirios, lo que me recordaba la Misa de media noche.” (Todavía ella no ve a la Virgen.)

El niño la llevó al presbiterio, junto al sillón destinado al Padre Director, donde solía predicar a las Hijas de la Caridad, y allí se puso de rodillas, y el niño permaneció de pie todo el tiempo al lado derecho. La espera le pareció muy larga, ya que con ansia deseaba ver a la Virgen. Miraba ella con cierta inquietud hacia la tribuna derecha, por si las hermanas de vela, que solían detenerse para hacer un acto de adoración, la veían.

Por fin llegó la hora deseada, y el niño le dijo: “Ved aquí a la Virgen, vedla aquí.” Sor Catalina oyó un rumor como el frufú o roce de un traje de seda, que partía del lado de la tribuna, junto al cuadro de San José. Vio que una Señora de extremada belleza, atravesaba majestuosamente el presbiterio, “fue a sentarse en un sillón sobre las gradas del altar mayor, al lado del Evangelio.”

Sor Catalina en el fondo de su corazón dudaba si verdaderamente estaba o no en presencia de la Reina de los Cielos; el niño le dijo: “He aquí la Santísima Virgen.” Mas ella dudaba en creerlo; le es casi imposible describir lo que experimentó en aquel instante, lo que pasó dentro de ella, pero le parecía que no veía a la Santísima Virgen. Entonces el niño le habló, no como niño, sino como hombre más enérgico y con palabras muy fuertes: “¿Por ventura no puede la Reina de los Cielos aparecerse a una pobre criatura mortal en la forma que más le agrade?” Catalina corrió a arrodillarse ante María sentada en el sillón.

“Entonces, mirando a la Virgen, me puse en un instante a su lado, me arrodillé en el presbiterio, con las manos apoyadas en las rodillas de la Santísima Virgen. Allí pasé los momentos más dulces de mi vida; me sería imposible decir lo que experimenté. La Virgen me dijo cómo debía portarme con mi director, la manera de comportarme en las penas y acudir (mostrándome con la mano izquierda) a arrojarme al pie del altar y desahogar allí mi corazón, pues allí recibiría todos los consuelos de que tuviera necesidad. Entonces le pregunté qué significaban las cosas que yo había visto, y ella me lo explicó todo.” Catalina recibe el anuncio de una misión y una petición: que se funde una Cofradía de las Hijas de María; lo que hará el Padre Aladel, diez años más tarde, el 2 de febrero de 1840.

Instrucciones de la Santísima Virgen: “Dios quiere confiarte una misión; te costará trabajo, pero lo vencerás pensando que lo haces para la gloria de Dios. Tú conocerás cuán bueno es Dios. Tendrás que sufrir hasta que lo digas a tu director. No te faltarán contradicciones; mas te asistirá la gracia; no temas. Háblale a tu director con confianza y sencillez; ten confianza, no temas... Los tiempos son muy calamitosos... El mundo entero se verá afligido por calamidades de todas clases (al decir esto la Virgen estaba muy triste). Venid a los pies de este altar, donde se prodigarán gracias a todos los que las pidan con confianza y fervor; a todos, grandes y pequeños, ricos y pobres. Deseo derramar gracias sobre tu comunidad; lo deseo ardientemente. Me causa dolor el que haya grandes abusos en la observancia, el que



no se cumplan las reglas, el que haya tanta relajación en ambas comunidades a pesar de que hay almas grandes en ellas. Díselo al que está encargado de ti, aunque no sea el superior. Pronto será puesto al frente de la comunidad. Él deberá hacer cuanto pueda para restablecer el vigor de la regla.” La Virgen mostró su deseo de que se fundara la Asociación de las Hijas de María, para celebrar con gran solemnidad el mes de mayo a Ella dedicado. Le dijo: “Yo gusto mucho de esas fiestas y concedo muchas gracias.” Después de estar con ella unas dos horas, desaparece de la vista de Sor Catalina como una sombra que se desvanece.

Aparición del 27 de noviembre del 1830: La tarde del 27 de noviembre de 1830, sábado víspera del primer domingo de Adviento, en la capilla, estaba Sor Catalina haciendo su meditación, cuando le pareció oír el roce de un traje de seda que le hace recordar la aparición anterior. Aparece la Virgen Santísima,

vestida de seda blanca con mangas largas y túnica cerrada hasta el cuello. Cubría su cabeza un velo blanco que sin ocultar su figura caía por ambos lados hasta los pies. Cuando quiso describir su rostro, solo acertó a decir que era la Virgen María en su mayor belleza. Sus pies posaban sobre un globo blanco, del que únicamente se veía la parte superior, y aplastaban una serpiente verde con pintas amarillas. Sus manos elevadas a la altura del corazón sostenían un globo pequeño de oro, con una cruz en su parte superior.

La Santísima Virgen mantenía una actitud suplicante, como ofreciendo el globo al Señor. A veces miraba al cielo y a veces a la tierra. De pronto sus dedos se llenaron de anillos adornados con piedras preciosas que brillaban y derramaban su luz en todas direcciones, circundándola en este momento de tal claridad, que no era posible verla. Tenía tres anillos en cada dedo; el más grueso junto a la mano; uno de tamaño mediano en el medio, y uno más pequeño en la extremidad. De las piedras preciosas de los anillos salían los rayos, que se alargaban hacia abajo; llenaban toda la parte baja.

Mientras Sor Catalina contemplaba a la Virgen enteramente resplandeciente, y que de sus manos derramaba hermosos rayos de luz hacia la tierra, Ella la miró y dijo a su corazón: “Este globo que ves (a los pies de la Virgen) representa al mundo entero, a Francia, y a cada alma en particular. Estos rayos simbolizan las gracias que Yo derramo sobre los que las piden. Las piedras preciosas que no emiten rayos son las gracias que las almas no me piden.” Con estas palabras la Virgen se da a conocer como la Mediadora de las gracias que nos vienen de Jesucristo. El globo de oro desapareció entonces, y la Santísima Virgen extendió sus manos, resplandecientes de luz, hacia la tierra. Sus brazos se extendieron abiertos, mientras los rayos de luz seguían cayendo sobre el globo blanco a sus pies.

La Medalla Milagrosa: En este momento se apareció una forma ovalada en torno a la Virgen y en el borde interior apareció escrita en semicírculo la siguiente invocación en letras de oro: “¡Oh María, sin pecado concebida, rogad por nosotros que recurrimos a Vos!” Estas palabras formaban un semicírculo que comenzaba a la altura de la mano derecha, pasaba por encima de la cabeza de la Santísima Virgen, terminando a la altura de la mano izquierda.

Luego la aparición dio media vuelta y Sor Catalina vio en el mismo lugar el reverso de la medalla. En él aparecía la letra inicial de María, una M, encima de la cual había una cruz descansando sobre una barra que atravesaba la letra hasta un tercio de su altura, y debajo los Sagrados Corazones de Jesús y de María, que Catalina distinguió porque uno estaba coronado de espinas y el otro traspasado por una espada. Alrededor del monograma había doce estrellas.

Oyó de nuevo la voz en su interior: “Haz que se acuñe una medalla según este modelo. Todos cuantos la lleven puesta recibirán grandes gracias. Las gracias serán más abundantes para los que la lleven con confianza.”

Un día que Sor Catalina estaba inquieta por no saber qué inscripción poner en el reverso de la medalla; durante la oración, la Virgen le dijo: “La M y los dos Corazones son bastante elocuentes.”

En el mes de diciembre de ese mismo año 1830, estando en oración, vuelve a oír Catalina un frufrú, esta vez detrás del altar, y fue favorecida con una nueva aparición en que la Santísima Virgen le reiteraba la orden de hacer acuñar la Medalla según el modelo que le había mostrado el 27 de noviembre, y que volvió a mostrarle en esa nueva aparición. El mismo cuadro de la medalla se presenta junto al tabernáculo, por detrás. Quiso la Santísima Virgen dejar muy claros los simbolismos de su aparición, por lo que volvió a recordárselos y explicárselos: “Estos rayos son el símbolo de las gracias que Yo consigo para las personas que me lo piden... En adelante, ya no me verás más, hija mía; pero oirás mi voz en la oración.” Es el final de las apariciones. Catalina comunica las peticiones de la Virgen María a su confesor, el Padre Aladel. Este la acoge muy mal y le prohíbe pensar en ello. El choque es duro. El 30 de enero de 1831, se acaba el noviciado. Catalina toma el hábito. Al día siguiente, se va a un hospicio, al Este de París, en un barrio de miserias donde atenderá a los pobres a lo largo de 46 años. Su testimonio fue fiel y fructífero, y ella fue tan discreta y humilde que no reveló su secreto a sus compañeras en toda la vida.

La Dulcísima Reina de Cielos y tierra, por amor a los hombres se manifestó a su sierva Sor Catalina, con las manos llenas de rayos de luz; a fin de hacer saber al mundo que desea derramar abundantes gracias sobre todos los que con confianza se las piden. Pidamos a nuestra Madre que derrame en nuestras almas la luz necesaria para conocer nuestra nada y nuestra miseria; y lo mucho que debemos a nuestro Padre Dios, por tantísimos beneficios que nos ha dispensado, para que, cumpliendo su Voluntad en esta vida, podamos gozarle en compañía de María Santísima eternamente en el Cielo.

Qué alegría considerar que nuestra Amorosísima Madre tiene tantos deseos de concedernos sus favores; que no espera otra cosa, sino que acudamos a Ella, para remediar nuestros males y llenarnos de sus gracias y dones. Acudamos todos siempre a María, Reina de la Corte Celestial, como nuestra única esperanza.

Podemos confiadamente repetir, siguiendo a San Bernardo: No se ha oído decir jamás, que ninguno de los que han recurrido a la protección de la piadosísima Siempre Virgen María e implorado su socorro, haya sido abandonado de Ella. Animados con esta confianza, acudamos a la Virgen de las Vírgenes; gimiendo bajo el peso de nuestros pecados, postrémonos a sus pies. La Madre del Divino Verbo, nuestra Madre amada, no despreciará nuestras súplicas; antes bien, las escuchará favorablemente, y se dignará acogerlas.

Qué consuelo tan grande sienten nuestros corazones, cuando contemplamos la imagen de la Santísima Madre de Dios, Señora y tierna Madre nuestra, como la vio Sor Catalina, con un globo en sus Divinas Manos, que representaba toda la tierra, y lo estrechaba sobre su pecho; simbolizando así el amor que tiene a los hombres. Pidamos a la Divina Madre, nuestra Madre, que sepamos corresponder a tanto amor, procurando imitar sus virtudes.

Lleguemos ante el santísimo Altar de la Virgen Inmaculada, para contemplar sus virtudes y exponer nuestras penas. ¡Qué aliento santo cobra nuestro espíritu, al acercarnos ante su Sagrada Imagen!, donde vemos representada la más profunda humildad, una modestia admirable, y todas las demás perfecciones con que el Señor Dios adornó a nuestra Celestial Madre.

María es Reina del clero, de los apóstoles; Madre del Mesías; Hija predilecta de Dios Padre. Oigamos siempre los maternales avisos de esta Divina y Celestial Señora para que, arrepentidos de nuestras culpas e imitando sus virtudes, logremos la inmensa dicha de estar con nuestra Madre Santísima en el Cielo por toda la eternidad.

Hablando de la apariencia de la Virgen, Santa Catalina se esforzaba por encontrar las palabras: “La Virgen estaba de pie, vestida de blanco, estatura mediana, el rostro tan bello que me sería imposible decir su belleza. Llevaba un vestido de seda blanco-aurora, hecho, como se dice, ‘al estilo virgen’, sin escote, mangas lisas. La cabeza cubierta con un velo



blanco que le descendía por ambos lados hasta los pies. Debajo del velo llevaba el cabello partido y liso, bajo una especie de pañoleta, guarnecida de una puntilla de dos dedos de anchura, sin fruncido, ligeramente apoyada sobre el cabello, el rostro muy descubierto. Los ojos tan pronto levantados hacia el cielo como bajados. Los pies apoyados sobre una esfera, es decir, la mitad de una esfera, o al menos a mí me pareció la mitad.”

Difusión y eficacia de la Medalla Milagrosa: Santa Catalina venció todos los obstáculos y contradicciones que le había anunciado la Santísima Virgen, y después de dos años de entrevistas y de observación de su conducta, el Sacerdote informó al Arzobispo de París de lo sucedido sin revelar la identidad de Catalina. La propuesta fue aceptada, las autoridades eclesiásticas aprobaron en 1832 la acuñación de la Medalla, la cual se difundió rápidamente. Una vez

propagada profusamente, los acontecimientos dieron pruebas del origen divino de su mensaje.

La doctrina de la Inmaculada Concepción aún no era oficial, pero la medalla con las palabras ‘Concebida sin pecado’ influyó en el Papa San Pío IX Magno al proclamar el dogma de la Inmaculada Concepción el 8 de diciembre de 1854.

En febrero de 1832 se declaró en París una terrible epidemia de cólera, que dejaría más de 20.000 muertos. Las Hijas de la Caridad empezaron a distribuir en junio las 2.000 primeras medallas acuñadas a petición del Padre Aladel. Originalmente se le nombraba ‘la Medalla de la Inmaculada Concepción’, pero las curaciones, así como las protecciones y conversiones obtenidas a través de ella, fueron tan numerosas, que se la empezó a llamar la Medalla que cura, la Medalla que salva, la Medalla que obra milagros, y finalmente se la designó popularmente como ‘la Medalla Milagrosa’.

En el otoño de 1834 ya se habían distribuido más de 500.000 medallas, y en 1835, más de un millón en todo el mundo. En 1839 la Medalla se había propagado hasta alcanzar más de diez millones de ejemplares. A la muerte de Santa Catalina, en 1876, el cómputo superaba los cien millones de medallas.

La Iglesia aprobó la Medalla primero de manera general, y luego, habiendo estudiado minuciosamente las diversas circunstancias de sus múltiples manifestaciones, le concedió una Misa especial para el 27 de noviembre, día en que Nuestra Señora la manifestó y mandó acuñar.

Esta Medalla, que parece un objeto insignificante, ha manifestado indiscutiblemente, por los milagros espectaculares realizados a través de ella, que quien vino desde el Cielo para darnosla no es otra que la *Virgo Potens*, la Virgen todopoderosa delante de Dios.

Parece ser que no hay enfermedad que le resista. A su contacto, súbitamente o después de una novena, se ha visto desaparecer la locura, la lepra, el escorbuto, la tuberculosis, los tumores, la hidropesía, la epilepsia, las hernias, la parálisis, la fiebre tifoidea y demás fiebres, el chancro, las fracturas, las paperas, las palpitaciones de corazón, el cólera. En el orden espiritual se da la misma variedad: conversiones de pecadores endurecidos, de protestantes, de judíos, de apóstatas, de incrédulos, de masones, de malhechores, de comediantes. Una tercera categoría engloba los hechos de protección y de preservación: la Medalla limitó los efectos desastrosos de la guerra, y ha evitado naufragios, accidentes y duelos.

A la vista de los hechos extraordinarios, el Arzobispo de París Monseñor de Quelen mandó hacer una investigación oficial sobre el origen y los hechos de la Medalla Milagrosa. He aquí la conclusión:

“La rapidez extraordinaria con la cual esta medalla se ha propagado, el número prodigioso de medallas que han sido acuñadas y distribuidas, los hechos maravillosos y las gracias singulares que los fieles han obtenido con su confianza, parecen verdaderamente los signos por los cuales el Cielo ha querido confirmar la realidad de las apariciones, la veracidad del

relato de la vidente y la importancia de la difusión de la medalla.” Y en Roma, en 1846, como consecuencia de la ruidosa conversión del judío Alfonso Ratisbonne, el Papa San Gregorio XVI confirmó con toda su autoridad las conclusiones del Arzobispo de París. Llevar la santa medalla es proclamar nuestra fe en la súplica de la Santísima Virgen María, como Medianera Universal ante Dios.

Lourdes y la Medalla Milagrosa: La Medalla Milagrosa es conocida en el mundo entero. Pero con frecuencia se ignora que las apariciones de Nuestra Madre a Sor Catalina Labouré, en la capilla de su convento de la Calle de Bac, prepararon los grandes acontecimientos de Lourdes.

La invocación de la Medalla, “Oh María sin pecado concebida, rogad por nosotros que recurrimos a Vos,” difundida por todas partes por la Medalla Milagrosa, suscitó el gran movimiento de fe que “movió al Papa San Pío IX en 1854, a definir el dogma de la Inmaculada Concepción.” Cuatro años después, la aparición de Massabielle confirmaba de manera inesperada la definición de Roma.

“La Señora de la Gruta se me ha aparecido tal como está representada en la Medalla Milagrosa,” declaró Santa Bernardita, que la llevaba colgada al cuello.

En 1954, con ocasión del centenario de esta definición, la Santa Sede hizo acuñar una medalla conmemorativa. En el reverso de la misma, la imagen de la Medalla Milagrosa y la de la gruta de Lourdes, asociadas estrechamente, ponían de relieve el lazo íntimo que une las dos apariciones de la Virgen con la definición del dogma de la Inmaculada Concepción.

Lo mismo que Lourdes fue una fuente inagotable de gracias, la Medalla Milagrosa es siempre el instrumento de la incansable bondad de la Santísima Virgen con todos los pecadores y desdichados de la tierra.

Los cristianos que sepan meditar su significado encontrarán en ella el simbolismo de gran parte de la doctrina de la Iglesia sobre el lugar providencial que María ocupa en la Redención, y en particular su Mediación Universal.

¿Qué significan los símbolos de la Medalla Milagrosa?

La Medalla Milagrosa es realmente un pequeño y completo catecismo sobre la persona y la obra de la Santísima Virgen María.

En el anverso: Evocación del Apocalipsis. Las doce estrellas sobre la cabeza de María y el color de su vestuario muestran a la Mujer vestida de sol del libro del Apocalipsis. Al igual que la aparición de Knock en 1879, es una advertencia de que llegan los tiempos apocalípticos. Vemos a la Virgen María irradiando luz, con la inscripción: “Oh María, sin pecado concebida, rogad por nosotros, que recurrimos a Vos.” Se nos revela aquí explícitamente la identidad de María: Ella es Inmaculada desde su Concepción. De este privilegio proviene su inmenso poder de intercesión que ejerce en favor de quienes le dirigen sus súplicas, y por eso la Virgen María invita a todos a acudir a Ella, llenos de confianza, en cualquier trance. La famosa inscripción afirma la Inmaculada Concepción de la Virgen; este detalle fue manifestado a Santa Catalina el 27 de noviembre de 1830, mucho antes que se proclamara el dogma en 1854. Asimismo, indica la misión de intercesión de la Madre de Dios.

La realeza de María. El globo, que representa a la tierra, se encuentra bajo los pies de la Virgen por ser Reina del Cielo y de la tierra.

Triunfo sobre Satanás. En el anverso de la Medalla Milagrosa aparece la Virgen sobre el mundo y aplastando con los pies la cabeza de la serpiente que está sobre el mundo. Lo que indica que la Inmaculada tiene todo el poder, en virtud de su gracia, para triunfar sobre Satanás. Sus pies en medio del globo aplastan la cabeza de una serpiente. Este globo representa a la tierra, al mundo; la serpiente personifica a Satanás y las fuerzas del mal. La Virgen María toma parte en el combate espiritual, en la lucha contra el demonio y el pecado, cuyo campo de batalla es nuestro mundo.

Rayos de gracia. Las manos extendidas emanan rayos de gracia son señal de la misión que tiene la Virgen María como Madre y Mediadora de las gracias que derrama sobre el



mundo y a quienes las pidan. Los rayos de luz nos recuerdan que todas las gracias divinas pasan por las manos de María para llegar a nuestros corazones. Es la Mediación Universal de María. Los anillos de sus dedos, ornados de piedras preciosas, son un símbolo de los misterios del Rosario, fuente de gracias para quienes los rezan con devoción.

En el reverso: hay una letra M coronada con una Cruz. La M es la inicial de María, la Madre del Crucificado, símbolo de María y de su Maternidad espiritual. La Cruz es la de Cristo, es el misterio de la Reparación y Redención, el precio que pagó Cristo: obediencia, sacrificio, entrega; y está entrelazada con la 'M' de tal manera que no pueden desunirse sin romperlas, que muestra que María y la Cruz son inseparables, y así los dos signos enlazados muestran el vínculo indisoluble que existe entre Cristo y su Madre Santísima. María ha sido asociada por su Hijo Jesús a la obra de la Reparación y de la Redención de la humanidad, y participa del mismo sacrificio Reparador y Redentor de Cristo; pues, el Tratado

de la Santa Misa explica que “el Sacrificio de la Divina María fue de tal manera imprescindible, que sin él el Sacrificio de Cristo hubiera quedado incompleto, al estar eternamente decretado por el Padre, la necesidad de la correparación y corredención de Ella, como Madre que es del Cuerpo Místico de Cristo; sin lo cual, las infinitas Gracias del Calvario no se habrían aplicado a la humanidad en ninguno de los momentos históricos de la Iglesia. El cruentísimo traspaso de su Inmaculado Corazón implicó, pues, para la Divina María, su Muerte Espiritual, la cual fue su dolorosísimo Parto de la Iglesia.”

Debajo de la M se representan dos Corazones: el Sagrado Corazón de Jesús coronado de espinas, y el Corazón Inmaculado de María traspasado por la espada que anunció Simeón. Significan la unidad indisoluble de los Sagrados Corazones de Jesús y María, entronizados mutuamente mediante una partícula del Corazón y una Gota de Sangre de cada uno; recuerdan la Correparación y Corredención de María, y anuncian que llegará el reinado de ambos Sacratísimos Corazones.

Alrededor de estos signos sagrados hay doce estrellas, alusión a la gran visión del Apocalipsis: “apareció en el cielo una gran señal: Una Mujer vestida de sol, con su cabeza coronada de doce estrellas, y con la media luna debajo de sus pies.” Corresponden a los doce apóstoles, y representan a la Iglesia que nace en el Calvario de los Sagrados Corazones traspasados. También representan los doce principales privilegios de María Santísima.

El Papa San Gregorio XVII Magnísimo, en su Documento Pontificio número 47, explica la doctrina contenida en la Medalla Milagrosa. “En esta aparición sublime y de gran profundidad mariológica, la Santísima Virgen María se presenta con los brazos hacia abajo, dejando salir de sus dedos abundantes rayos, unos luminosos y otros apagados. Estos rayos representan la Dispensación de las gracias por medio de María, pues al ser Tesorera de inagotable tesoro, está llena de gracia hasta rebosar, de tal forma, que está capacitada para repartir las gracias. En los rayos luminosos se simboliza a los que acuden a Ella impetrando las gracias. Los rayos apagados simbolizan a los que no impetran las gracias de María; y no impetran porque no quieren, ya que es Doctrina Infalible que, María, está capacitada para repartir todas las gracias necesarias.” Para encender todos aquellos rayos apagados de la Medalla Milagrosa, San Gregorio XVII abolió la práctica de pagar a los sacerdotes para aplicar las Misas por las intenciones del donante, que se llamaba los estipendios de las Misas, y entregó el fruto de todas las Misas a la Santísima Virgen María, para que con plena libertad, aplique cada Misa por la persona o intención que Ella misma quiera. Así la Santísima Virgen María pone en cada Misa la intención de mayor necesidad y, sobre todo, de mayor bien espiritual, de modo que así reparte esas gracias simbolizadas

en los rayos apagados. Mediante dicha entrega, el Sacerdote, en cada Misa, confirma su profesión de esclavitud de amor a María, Purísima Esposa de los Sacerdotes.

Mensaje del Palmar: El día 3 de marzo de 1971, en el Santuario de la Medalla Milagrosa, París, Francia, la Santísima Virgen María bajo la advocación de la Milagrosa se apareció a Clemente Domínguez, le dio a besar al vidente la Medalla Milagrosa que Ella traía, y le dio el siguiente mensaje: “Hijos míos: propagad la devoción a mi Medalla Milagrosa; será buen escudo contra los enemigos. Llevadla unida a vuestros Rosarios, e invocadme bajo ese dulce nombre. Yo hago por vosotros hasta lo que creáis más imposible. Yo soy la Milagrosa. No os extrañe que a una ciudad corrompida, la convierta, si hacen oración y penitencia. ¡Europa, os acecha la gran guerra! El átomo os aniquilará a muchas de vuestras naciones, pues habéis conocido la Verdad y no la habéis practicado. Estos castigos se extenderán a otras naciones del universo... Decid al mundo: Yo soy la Milagrosa. Si me lo pedís con verdadera confianza, Yo conseguiré de la Santísima Trinidad que todos esos castigos sean aminorados. Haced oración y penitencia... Hijos míos: haced constante oración y penitencia, pues pocos avisos tendréis ya. El Padre Celestial está a punto para descargar su santa Ira sobre la humanidad ingrata.”



Milagros obrados por María, Reina de todas las Apariciones:

La Milagrosa. *Conversión de Alfonso Ratisbonne por la Medalla Milagrosa:* Alfonso Tobías Ratisbonne (1814-1884), era un abogado y banquero muy rico de Estrasburgo, de 27 años. Fanático judío y libertino, odiaba a muerte al catolicismo, y despreciaba particularmente al clero, pues estaba resentido porque su hermano Teodoro se había convertido y ordenado Sacerdote, tenía como insignia la Medalla Milagrosa y luchaba por la conversión de los judíos.

Alfonso pensaba casarse poco después con una hija de su hermano mayor, Flora, diez años menor que el, cuando en enero de 1842, haciendo un viaje de turismo a Nápoles y Malta, por una equivocación de trenes llegó a Roma. Su cultivada inteligencia, su arrogante figura, sus finos modales y más que todo su inmenso caudal, le dieron entrada en la sociedad de la aristocracia romana. Visitó los monumentos de la gran capital, y si bien despreciaba la idea religiosa que expresan, admiraba, como persona sensible, la belleza del arte cristiano. Pasaba horas enteras en los museos del Vaticano, en la Basílica de San Pedro y en los demás templos donde abundan objetos primorosos.

En Roma se sintió en la obligación de visitar a un amigo de la familia, el Barón Teodoro de Bussiere, protestante francés convertido al catolicismo, hombre devoto y consciente de su responsabilidad de evangelizar. El barón le recibió con toda cordialidad y se ofreció a enseñarle Roma. En una reunión donde Ratisbonne hablaba horrores de los católicos, este barón lo escuchó con mucha paciencia y, apreciando la nobleza de alma de su amigo Ratisbonne, se empeñaba en hacerle conocer las verdades del cristianismo y los goces que se experimentan en su seno, y le contó de los milagros que estaban ocurriendo por medio de la Medalla Milagrosa. Pero Ratisbonne lo rechazó tildándolo de supersticioso. El Barón no se dio por vencido y desafió a Ratisbonne a someterse a una simple prueba sobre la eficacia de la medalla. Debía llevarla y rezar el ‘Memorare’ o ‘Acordaos’ todos los días. Ratisbonne, ante la insistencia del Barón y para demostrar que nada le iba a persuadir a convertirse, dijo: “Acepto sólo por dar a usted gusto; pero estoy muy lejos de creer en la eficacia de semejante talismán.” El barón se la puso al cuello y le hizo rezar la oración de San Bernardo, el ‘Acordaos’.

“Había yo copiado maquinalmente la oración de San Bernardo -escribe él mismo- y sin embargo, al día siguiente, sin cesar y a pesar mío, la repetía donde quiera que fuese. ¿Cómo, ¡oh Dios mío! aquellas palabras dominaron de tal modo mi espíritu?... En vano procuraba olvidarlas; me venían siempre a la memoria y a los labios, a la manera que

suele ocurrir con ciertas composiciones musicales que parece nos persiguen, que al fin nos impacientan y que todavía mal de nuestro grado tarareamos.”

El barón pidió oraciones a varias personas, entre ellas al Conde Laferronnays quien le dijo: “Si le ha puesto la Medalla Milagrosa y le ha hecho rezar el ‘Acordaos’, seguro que se convierte.” Este conde estaba muy enfermo y ofreció su vida por la conversión del ‘joven judío.’ Sufrió un ataque al corazón, recibió los sacramentos y murió dos días después; se supo que durante esos dos días había ido a la basílica de Santa María la Mayor a rezar cien ‘Acordaos’ por la conversión de Ratisbonne.

Por la Plaza España se encuentra el barón con Ratisbonne en su último día en Roma, 20 de enero de 1842, y le invita a pasear. Pero antes tenía que pasar por la Iglesia de San Andrés a arreglar lo del funeral del conde. Ratisbonne le acompaña a la iglesia. He aquí su testimonio de lo que entonces sucedió: “a los pocos momentos de encontrarme en la iglesia, me sentí dominado por una turbación inexplicable. Levanté los ojos y me pareció que todo el edificio desaparecía de mi vista. Una de las capillas (la de San Miguel) había concentrado toda la luz, y en medio de aquel esplendor apareció sobre el altar, radiante y llena de majestad y de dulzura, la Virgen Santísima tal y como esta grabada en la medalla. Una fuerza irresistible me impulsó hacia la capilla. Entonces la Virgen me hizo una seña con la mano como indicándome que me arrodillara... La Virgen no me habló pero lo he comprendido todo.”

El barón tardó pocos instantes y volvió en busca de su amigo. Grande fue su asombro cuando le encontró en el templo, en la capilla de San Miguel, arrodillado y anegado en lágrimas, rezando con las manos juntas. Bussiere se aproxima a él y le mueve varias veces sin que advierta su presencia. Al fin Ratisbonne, lleno de emoción y con palabras entrecortadas, le dice: “¡La he visto! ¡La he visto!”, sacando su medalla y cubriéndola de besos y de lágrimas. Una fuerte impresión le dominaba y apenas podía explicarse. Se le había aparecido la Santísima Virgen... Estaba convertido.

Fuera del templo, y luego que se hubo calmado su espíritu, dice: “Hacía un instante que estaba en la iglesia cuando una conmoción inexplicable se apodera de mí. Levanté los ojos, y todo el edificio había desaparecido a mis miradas; una sola capilla quedaba en la cual se concentraba toda la luz; y en medio de este resplandor apareció de pie sobre el altar, grande, brillante, llena de majestad y dulzura, la Virgen María, tal como está grabada en la medalla. Una fuerza irresistible me impele hacia Ella. La Virgen me hace seña con la mano para que me arrodille, y parece que me dice: ‘¡muy bien!’ ¡Ella no me ha hablado pero todo lo he comprendido!”

Ratisbonne al hacer este corto relato lo interrumpió muchas veces como para respirar y moderar la impresión que le oprimía. “Le escuchábamos con santo temor, mezclado de gozo y de reconocimiento, admirando los impenetrables juicios del Altísimo y los tesoros inefables de su misericordia. Una palabra sobre todo nos había impresionado por su misteriosa profundidad: ‘¡Ella no me ha hablado pero todo lo he comprendido!’” No era fácil que Ratisbonne pudiera dar amplios detalles sobre cuanto había visto. “No obstante,” dice el señor de Bussiere, “nos refirió que en la noche precedente no había podido dormir: que había tenido constantemente presente una gran cruz, de una forma particular y sin Cristo. Hice, añadió, increíbles esfuerzos para separar de mí esta imagen, sin poderlo jamás conseguir. Algunas horas después, viendo casualmente el reverso de la ‘Medalla Milagrosa’, reconoció la cruz que, allí grabada, corona la letra inicial del nombre de María.”

Interrogado de nuevo en una última conversación, contó ingenuamente que cuando la Reina del Cielo se presentó ante sus ojos, en todo el esplendor de su gloria y de su pureza inmaculada, se sintió al punto imposibilitado para volver a contemplar los encantos deslumbradores de la belleza de María; que, impulsado por el deseo, tres veces había tratado de levantar los ojos, y otras tantas sus inútiles esfuerzos apenas le habían permitido ver las manos benditas, de donde manaba un torrente de gracias.

Ratisbonne había vivido hasta entonces en la más completa ignorancia. No conocía la

religión católica ni tampoco la israelita. Él mismo confesaba que no había querido leer nunca una obra que pudiera instruirlo en las divinas enseñanzas. Blasfemaba sin profundizar, juzgaba sin oír, despreciaba sin examinar...

Y ¡cosa admirable! aquel que estaba en las tinieblas de la ignorancia, después de la celestial visión, queda instruido de repente en la ciencia religiosa; posee la fe y las nociones de los católicos. El Padre Villefort, de la Compañía de Jesús, fue escogido para preparar al nuevo neófito. Cuando quiso comenzar las instrucciones, quedó estupefacto. “¿Quién le ha enseñado a usted?” exclamó. “Ella no me ha hablado, pero todo lo he comprendido,” había dicho el joven israelita. ¡Ah! sí, ‘todo lo ha comprendido.’ Ha visto a la



Madre de la Divina Gracia, al Trono de Sabiduría y ha recibido el Don de Dios... Alumbrado con la ciencia infusa conoce la unidad de la Iglesia... su infalibilidad... la santidad de su moral, la sublimidad de sus misterios, la grandeza y elevación de sus esperanzas. La Santísima Virgen le había traído la antorcha de la verdad y de la fe.

Ratisbonne ha reconocido el error de toda su vida. Ha comprendido cuánto vale el Cielo y ya no es el mismo hombre. Deseos, proyectos, pensamientos, afecciones de la tierra ¿qué os habéis hecho?... La Inmaculada Madre de Jesús ha roto la venda que ocultaba la verdad al pobre ciego; ¡las tinieblas se han disipado y ha aparecido la luz clara, brillante y eterna! Entonces dijo que deseaba prepararse para entrar cuanto antes en la Iglesia y confesarse.

Esta conversión hizo en Roma ruido extraordinario, y a poco, el 31 de enero, se vio en la iglesia de Jesús un joven, vestido con la blanca túnica de los catecúmenos, en medio de gran concurso conducido por el Barón de Bussiere. El Papa San Gregorio XVI envió al Cardenal Patrizi para el solemne Bautismo, la Confirmación y la Primera Comunión. “¿Qué nombre queréis llevar?” le preguntó el bautizante. “*María Alfonso*” contestó con indecible gratitud. La gente lloraba de ternura. Por orden del Papa, se inicia un proceso canónico, y fue declarado “verdadero milagro.”

La conversión de Ratisbonne fue muy famosa y tuvo gran impacto en una cultura muy influenciada por el racionalismo, que rechaza las realidades espirituales. María Alfonso Ratisbonne entró en la Compañía de Jesús. Ordenado Sacerdote en 1847, fue destinado a París donde estuvo ayudando a su hermano Teodoro en los catecúmenos para la conversión de los judíos. Después de haber sido por diez años Jesuita, con permiso sale de la orden y ayuda a su hermano, el Padre Teodoro, en la fundación de la Congregación de Nuestra Señora de Sión como cofundador de la orden. En solo los diez primeros años Ratisbonne consiguió la conversión de 200 judíos y 32 protestantes. Trabajó lo indecible en Tierra Santa, logrando comprar el terreno del antiguo pretorio de Pilato, que convirtió en convento con iglesia para las religiosas. También consiguió que estas religiosas fundasen un hospicio en Ain-Karén. Ese judío, a quien convirtió la Madre de Dios, fue después el Padre Ratisbonne, cuyo aspecto era majestuoso: de barba larga, frente abultada, ojos negros y cabellos blancos; parecía el modelo de un antiguo patriarca. Vivió en Palestina, consagrado a recoger niños judíos y convertirlos al catolicismo. El Padre Ratisbonne murió en Ain-Karén el 5 de mayo de 1884 a los setenta años de vida, cumpliéndose así sus deseos y presentimiento; y después de un éxtasis, dulce presagio de la eterna felicidad que le aguardaba, su alma voló a la mansión del Señor.

Ella os protegerá: Un general francés cuyas virtudes privadas no lo distinguen menos que sus cualidades militares, acababa de recibir el mando en jefe cuando la guerra de Crimea. Su nombre es Canrobert. Antes de partir va a ofrecer sus respetos a la emperatriz Eugenia. Su Majestad, al despedirse, le obsequia una medalla de la Santísima Virgen, diciéndole: “General, llevad con confianza esta medalla; ella os protegerá.” Estas palabras unidas a gran espíritu de piedad tuvieron su cumplimiento. Un día el general, hallándose

en el campo de batalla, siente un golpe en el pecho. Era el proyectil de una granada. Mas, sobre ese pecho valiente llevaba la ‘Medalla Milagrosa’ de la Santísima Virgen, y el pedazo de hierro que acarreaba la muerte se estrelló con la bendita insignia. El general escribió a la emperatriz Eugenia dándole las gracias.

Una conversión por la Medalla Milagrosa. En Estrasburgo, vivía un hombre que mantenía cierta culpable incredulidad, por desgracia muy común en nuestros días. Es innecesario decir que no practicaba absolutamente la religión. El año 1835, cayó enfermo de gravedad. Su familia afligida, conociendo el extremo peligro que corría el enfermo, se interesaba en hacer llamar pronto un confesor; pero nadie sabía como ingeniarse, no sólo para hablar al paciente sobre la salvación de su alma, sino también para hacer llegar hasta su cabecera un Sacerdote, dado el caso que consintiese en recibirlo. En efecto, el incrédulo había tomado con anticipación sus precauciones contra lo que él llamaba ‘la debilidad de los moribundos’. Había dicho a uno de sus amigos: “Espero te encuentres a mi lado durante mi última enfermedad; pues bien, no lo olvides, yo prohíbo terminantemente que me visite un Sacerdote; mi prohibición es absoluta; confío en ti y espero sabrás hacer cumplir mi voluntad.” No obstante, alguien que había leído sobre la Medalla Milagrosa propuso que se le pusiese una al enfermo mientras dormía. Esta feliz idea fue acogida y aceptada al punto. El triunfo de María no se hizo esperar. En el mismo instante el incrédulo se sintió enteramente cambiado, y su amigo, movido también por la gracia, no puso el menor obstáculo para que se llamase a un respetable eclesiástico. El enfermo lo recibió con singular enternecimiento. Se confesó con manifestaciones de fe y de contrición que conmovieron profundamente al confesor; recibió los sacramentos y entregó el alma a Dios con tanto fervor, que hizo derramar lágrimas a los asistentes.

La devoción se enciende en la parroquia de Nuestra Señora de las Victorias. Existe en París una parroquia que, hace algún tiempo, era casi desconocida para sus mismos pobladores. Se halla situada entre el Palacio Real y la Bolsa, en el centro de la ciudad; en su alrededor abundan los teatros y lugares de placer. Es el barrio en donde se encuentra el foco de la voluptuosidad y anidan las pasiones más criminales. Su iglesia dedicada a Nuestra Señora de las Victorias permanecía desierta; ni un hombre, ni uno solo cumplía el precepto pascual. Nadie iba a la misa mayor, y en esa parroquia, que contaba con diecisiete mil almas, a duras penas se acercaban a los sacramentos quince o veinte mujeres. Cuatro años hacía en 1836, que había sido confiada al Padre Desgenettes, dignísimo Sacerdote y anciano octogenario. Viendo éste que eran inútiles todos sus esfuerzos para convertir las almas que le había encomendado la Providencia y atribuyendo, en su profunda humildad, los escasos o nulos resultados que daba su ministerio a la indignidad del ministro, traía de algún tiempo a aquella parte, la idea de presentar su dimisión al Arzobispo de París. Un día del mes de diciembre empezó la misa bajo la impresión de tal idea. Se apoderó de su alma una turbación tan extraordinaria que, al llegar al ‘Sanctus,’ se vio obligado a detenerse para sustraerse a aquella preocupación y recogerse como conviene. Mientras así se esforzaba en recobrar la paz del corazón, he aquí que de repente, sin que hubiese cerca de él persona alguna, oye una voz clara y distinta que le dirige estas palabras: “¡Consagra tu iglesia y parroquia al Santísimo e Inmaculado Corazón de María!” Lleno de admiración el afligido Sacerdote, tomó aquella voz por una ilusión de sus turbados sentidos. “Así, pues, no tan sólo soy un mal párroco - dijo para sí- sino que también pierdo el juicio y me vuelvo loco. No debo titubear: es necesario que sin dilación presente mi renuncia.” Y animado con esta determinación, acabó el santo sacrificio con bastante calma y tranquilidad. Empleó más tiempo de lo acostumbrado en dar gracias. Otra vez se habían apoderado de él sus preocupaciones y angustias, y se afirmaba más y más en la resolución de dimitir de un cargo del que se creía evidentemente indigno. Estaba solo en el coro, arrodillado en un reclinatorio. Iba a levantarse para volverse a su casa y escribir al Arzobispo, cuando resonó a su lado la misma voz misteriosa, que le decía con acento de majestad y de mando: “Consagra tu iglesia y tu parroquia al Santísimo e

Inmaculado Corazón de María.” El santo Sacerdote, conmovido hasta el fondo de su corazón, no puede dudar ya de la realidad de lo que le acontece. Se postra humildemente y pide a Dios le diga lo que debe hacer. Vuelto a su estancia se pone a redactar los estatutos de una cofradía de Nuestra Señora de las Victorias en honor del Santísimo e Inmaculado Corazón de María: “Al fin y al cabo, dijo entre sí, no hay inconveniente alguno en que haga una tentativa.” Admirado en extremo de la rara facilidad con que había llevado a cabo aquel trabajo, lo presenta a Monseñor Quelen, de piadosa y santa memoria, Arzobispo de París, el cual, leído los estatutos, no solamente le autoriza para erigir la nueva cofradía, sino que también se lo manda de la manera más terminante: “Usted empezará el próximo domingo,” añadió. Y se



lo decía el viernes. Llegado el domingo, al anunciarla por la mañana en la misa a las pocas mujeres que componían su auditorio, el piadoso pastor esperaba que en la tarde acudirían, a lo sumo, cincuenta o sesenta fieles. ¡Cuál no sería su sorpresa cuando, al entrar en la iglesia encuentra reunidas de cuatrocientas a quinientas personas! ¿Quién las había conducido? La mayor parte ni siquiera sabían de qué se trataba. Hace la instrucción o plática, la cual es seguida del canto de las letanías de la Virgen. Al llegar a aquella invocación tan cara a nuestros corazones: ‘Refúgium peccatorum, ora pro nobis’; ‘Refugio de los pecadores, ruega por nosotros,’ una emoción involuntaria y sobrenatural se apodera de toda la concurrencia, que con voz unánime repite tres veces seguidas, como un gran grito de confianza y arrepentimiento: ¡Refúgium peccatorum, ora pro nobis! Extraordinarias gracias y favores vinieron a aumentar la confianza del Padre Desgenettes; gran número de pecadores cambiaron de vida; los indiferentes se reanimaron, la iglesia comenzó a verse invadida, y la parroquia pronto llegó a ser una de las más piadosas de París. Más de tres millones de fieles, entre los cuales figura el inmortal Pío IX, se han inscrito en esa admirable cofradía. Todos, en señal de reconocimiento y amor, llevan sobre el pecho la medalla, a la que se ha dado el calificativo de ‘Medalla Milagrosa,’ a causa de las gracias insignes de que ha sido como instrumento.

Gracia pedida, gracia concedida. En la tarde de aquel fausto día, mientras el piadoso concurso reunido en el templo de Nuestra Señora de las Victorias, cantaba con inusitado entusiasmo: ¡Refúgium peccatorum, ora pro nobis!, el piadoso Párroco de esa iglesia, abad Desgenettes, hacía a la Reina del Cielo esta oración: “Oh bondadosa Madre, escuchad benígna a esos pecadores que os llaman refugio de ellos. Dignaos adoptar por vuestra esta piadosa asociación, y en prueba de que ella os es grata dignaos alcanzarme la conversión del Sr. Joly.” Este era un anciano que contaba entonces más de ochenta años, se había educado en todos los errores del filosofismo impío del siglo XVIII, y no profesaba religión alguna. Había sido uno de los últimos ministros del martirizado rey San Luis XVI, y se acercaba a la muerte, endurecido en la impiedad. Hasta por diez veces había ido el celoso Párroco a casa de este hombre, y siempre había sido ásperamente despedido de ella. Confiado esta vez en la protección especial del Corazón dulcísimo de María, el abad Desgenettes fue el lunes, 12 de diciembre, a hacer una postrera visita al obstinado anciano, y ¡cosa admirable!, fue atentamente recibido por éste, que sin preámbulos de ninguna clase pidió a su Cura que le bendijese, y luego le dijo: “Oh señor Cura, qué bien el que me hacéis con vuestra visita; no puedo veros, porque estoy ciego, pero desde que estáis a mi lado gusto de una paz, una calma y una alegría interiores tales como jamás las he experimentado en mi vida.” Enseguida hizo su confesión con el mismo Párroco y se reconcilió con Dios; vivió cuatro meses más, y todo este tiempo, desde su conversión, lo dedicó enteramente a la práctica de las virtudes cristianas, al arrepentimiento de sus culpas, al Amor de Dios y a la más completa sumisión a su Divina Voluntad. ¡Conquistas portentosas del Corazón dulcísimo de María!

Conversión de un pecador sacrílego. En una carta del abate Bernard, cura de La Boissiere, se refiere el hecho siguiente que manifiesta como jamás debe perderse la confianza en María.

“Un hombre de mi parroquia que, a causa de su honradez, gozaba de la consideración pública, durante cierto tiempo había sido objeto de escándalo; mas hacía ya nueve años que obedeciendo a los consejos de su pastor, llevaba una vida ordenada y bastante regular. El mes de noviembre de 1844 había asistido a los ejercicios de una misión y recibido los sacramentos; pero se sintió desde entonces atormentado con crueles remordimientos, y el 29 de abril de 1845, antevíspera de la Ascensión de Nuestro Señor, formó el infernal proyecto de darse la muerte. En momentos en que se hacía la procesión de Rogativas y cuando celebraba yo el Santo sacrificio, el desgraciado, atándose al cuello una cuerda, la amarró de una viga y se colgó. Dos meses antes se había agregado a la Archicofradía del Inmaculado Corazón de María; llevaba aún sobre el pecho la ‘Medalla Milagrosa’ y la Madre de Misericordia velaba sobre él. Uno de sus vecinos iba a sentarse a la mesa para tomar desayuno; había ya recitado la oración preparatoria, cuando movido por una mano providencial, dijo entre sí: ‘Voy primero a hablar con G...’ fue a verle para ponerse de acuerdo sobre un trabajo que debían hacer en compañía. ¡Cuál no sería su terror al encontrarlo colgando del techo y próximo a expirar! Subió apresuradamente a desatar la cuerda, y tuvo la suerte de salvarle. La noticia se esparció en el acto por toda la ciudad. Luego que llegó a mis oídos fui a visitarle. El desgraciado no podía articular palabra; comprendía, sin embargo, todo lo que se le decía; y cuatro horas después ya podía hablar. El domingo siguiente a la Ascensión vino a confesarse; aun no se sentía bastante tranquilo. Las personas que le rodeaban temían un segundo atentado; y en efecto tales presunciones se vieron realizadas el viernes que precede al día de Pentecostés. Provisto de dos navajas de afeitar, las escondió en su cama, de modo que si una le fallaba con la otra lograría su intento. A las cuatro de la mañana, mientras su esposa dormía, tomó una de las navajas y se dio un tajo tan profundo en la garganta que el aire le salía como por la boca. Su esposa siente el ruido de los borbotones de sangre; se levanta, y pide socorro. Acudí de nuevo y, a pesar de que los presentes protestaban que todo recurso era inútil, envié en busca de un médico para que le cosiera la herida. Pasaron cerca de tres horas antes que llegase. En un momento en que el enfermo se creyó solo, tomó la otra navaja para darse un segundo tajo. Felizmente no faltó quien le sujetara la mano en el acto y se lo impidiese. El médico, después de examinar la herida, declaró que aquel hombre no podría vivir más de tres o cuatro días. No obstante hizo la sutura. Pasé casi todo el día junto al desdichado inspirándole sentimientos cristianos y procurando apaciguarle. Al día siguiente, víspera de Pentecostés, los que le acompañaban, sabiendo que en el confesonario me aguardaba gran número de penitentes, me dijeron no tuviese cuidado, pues el enfermo estaba tranquilo. Mas después de la media noche del día de Pentecostés, volvió a desesperarse de tal modo que gritaba como un animal feroz. A las cuatro de la mañana me llamaron con gran prisa diciéndome que los ademanos de aquel infeliz infundían pavor a los enfermeros que estaban a su lado. Durante dos horas le hablé de la Bondad de Dios, de su infinita Misericordia, citándole los rasgos más notables de la Santa Escritura y de la tradición de que hacía memoria. Le excité a tener confianza en María, a quien no en vano se la llama Refugio de los pecadores, y le referí varios sucesos prodigiosos debidos a su mediación. Me escuchó con interés, aunque interrumpiéndome a cada instante para decirme: ‘¡Ah! Señor, yo convengo en todo lo que decís; pero ninguno de esos pecadores ha sido tan malo como yo; estoy perdido, estoy condenado; es imposible que me salve...’ No pude jamás hacerle besar un crucifijo. Cuando se lo presentaba: ‘No, no, decía, yo soy un Judas.’ Me retiré con el corazón oprimido. Mas, me vino el pensamiento de un último recurso. El mes de María se celebraba a la sazón en las cinco aldeas que componen mi parroquia. Hombres y mujeres, todos asistían a tan entrañable fiesta, casi con la misma exactitud que a la Misa. El estado de este infeliz pecador era público y notorio; en una de las instrucciones lo recomendé encarecidamente a las oraciones de los fieles; el pueblo estaba consternado. Durante mi exhortación pude observar el fuerte efecto que le había producido a la gente aquella deplorable catástrofe, e insté a todos los asistentes para que pidiesen a la Santísima Virgen que alcanzase de Dios no

sucumbiera aquella alma en manos del demonio. Invité además a las personas que debían comulgar a aplicar la Comunión con tal intención, ofreciéndome a hacer por mi parte otro tanto. ¡Inefable misterio de la gracia! Concluida la Misa, el enfermo ha cambiado enteramente, está tranquilo, habla de Dios y fervorosamente lo invoca. A la mañana siguiente me llama con vivo interés para que le confiese, y el mismo que antes no quería que le acercasen a los labios un crucifijo lo estrecha ahora en los brazos y lo riega deshecho en lágrimas. Es fácil comprender en tal circunstancia su arrepentimiento. Oí su confesión. La muerte se alejó. Cinco o seis semanas demoró en sanar, y durante casi todo el tiempo lo pasaba en oración, recitando varias veces al día el santo rosario. El enfermo se ha restablecido enteramente; asiste con regularidad a los oficios divinos; se confiesa cada dos meses, y su conducta es edificante. Me ha autorizado para dar a conocer el origen de su desgracia, a fin de que se manifieste la gloria de Dios y la protección de María. La causa principal de su extravío fue la falta de sinceridad en el Sacramento de la Penitencia.”



El moribundo obstinado. El doctor José Claudio Anthelme Recamier, famoso médico de París y excelente cristiano, refería el siguiente caso: “Visitaba a un enfermo, a mi juicio irrevocablemente condenado a muerte. Una mañana, cuando le visité, me asustó su aspecto. Le tomé el pulso, le ausculté. Creí que no iba a durar más de unas horas... Animé a su mujer y a su madre, diciéndoles que lo encomendasen a Dios. Ofrecí hacerlo yo también... Vuelvo por la tarde, sin aviso alguno, y lo encuentro con vida. Lo mismo al día siguiente. Los pulmones no funcionan, la hipertrofia le obstruye todo el pecho, la respiración es imposible y su vida me parece un milagro. Lleva en el cuello una medalla y el Escapulario del Carmen. ¿Querrá sanarle la Virgen? Su mujer aprovecha la ocasión: ‘Mira, el doctor te lo va a decir. ¿No es verdad que los últimos sacramentos han sanado a muchos enfermos?’ ‘¡Dejadme!’, gritó. ‘¡Dejadme todos, que me atormentáis y me asesináis!’ Por prudencia, hice una señal para que callasen, y, acercándome al enfermo, le dije: ‘Vamos, déme usted la mano y seamos buenos amigos; no diga ni una palabra más’. Cogió mi mano y se despidió. Al salir dije a la familia: ‘Tengan confianza; he visto el Escapulario en el pecho de Federico, recen a la Virgen y esperen’.” A pesar de ser de noche Recamier se dirigió al Colegio del Sagrado Corazón y pidió oraciones por un moribundo, y luego a un Sacerdote, para que rezase el rosario. El doctor Recamier lo rezó en casa con su familia y, al final, tres avemarías por un moribundo. Al levantarse, se apoyó mal y rompió el cristal del reloj. Se levantó a las seis de la mañana y fue a ver a su enfermo. La madre sale a la escalera a darle las gracias; la esposa le estrecha la mano, llena de gratitud. “Venga, doctor, venga;” dijo el enfermo, “ahora soy feliz. Me he reconciliado con Dios; déme un abrazo.” El enfermo, sin decirle a nadie una palabra, había pedido un Sacerdote y recibió tranquilo todos los sacramentos. Poco después, estando presente Recamier, moría sin la menor agonía. Para distraer el dolor de la familia, preguntó el doctor: “¿A qué hora pidió Federico el Sacerdote y los Sacramentos?” “A las nueve y media.” Saca Recamier el reloj y lo encuentra parado a esa hora. “Miren, a las nueve y media precisamente acabamos de rezar el rosario y tres avemarías por él, porque al levantarme fue cuando se paró el reloj. La Virgen nos concedió lo que todos deseábamos: la salud de su alma.”

Una Medalla para convertir a dos almas, por la Misericordia de María. Claudio Newman era un afro-americano de 20 años. En 1943, fue arrestado y declarado culpable de homicidio, por lo que fue enviado a prisión en el corredor de la muerte, sentenciado a morir en la silla eléctrica. La mayor parte de esta información proviene del capellán de la cárcel, un Sacerdote que llegó a conocer muy bien a Claudio durante su encarcelamiento. Una noche, mientras estaba en la cárcel esperando su ejecución, Claudio vio una Medalla Milagrosa colgada de un cordón alrededor del cuello de otro prisionero. Curioso, le preguntó qué medalla era. El joven prisionero era católico, pero aparentemente no sabía (o no quería hablar) sobre la

medalla, y se quitó la medalla. Claudio la tomó y se la colocó al cuello, aunque no tenía idea de quién era la imagen; para él era simplemente una baratija, pero por alguna razón se sentía atraído por ella y quiso ponérsela. Durante la noche, mientras dormía sobre su cama, lo despertó un toque en su muñeca. Al despertar sobresaltado, allí estaba, como dijo Claudio después, “la Mujer más hermosa que Dios jamás haya creado”, pues la Santísima Virgen María se le apareció. Al principio estaba bastante asustado, sin saber qué hacer, ni qué decir a esta Mujer tan extraordinariamente bella y resplandeciente. La Señora pronto calmó a Claudio y le dijo: “Si quieres que Yo sea tu Madre y tú quieres ser mi hijo, envía por un Sacerdote de la Iglesia Católica.” Y después de decir estas palabras, desapareció. Emocionado, Claudio comenzó a gritar que quería un Sacerdote católico. El capellán fue llamado y fue a ver a Claudio, quien le contó lo sucedido la noche anterior. Profundamente impresionados por los acontecimientos, Claudio y otros cuatro hombres en su pabellón pidieron instrucción religiosa en la fe católica. El capellán comenzó la instrucción, y se enteró de que Claudio no sabía prácticamente nada sobre religión o fe cristiana. Sabía que había un Dios, pero no sabía que Jesús era Dios. Pero cuando el capellán iba a enseñar sobre el Sacramento de la Confesión, Claudio dijo: “¡Oh, ya sé eso! La Señora me dijo que cuando nos confesamos no nos arrodillamos ante un Sacerdote, sino que nos arrodillamos junto a la Cruz de su Hijo. Y que cuando realmente nos arrepentimos de nuestros pecados y los confesamos, la Sangre que Él derramó fluye sobre nosotros y nos lava libres de todos los pecados.” Y dijo a los demás prisioneros: “No debéis tener miedo de confesaros. Realmente le estás contando tus pecados a Dios, no al Sacerdote. ¿Sabes?, la Señora dijo que la Confesión es algo así como un teléfono. Hablamos con Dios a través del Sacerdote, y Dios nos responde a través del Sacerdote.” Claudio indicó que la Virgen también le había enseñado sobre la Eucaristía, y relató: “La Señora me dijo que en la Comunión solo veré lo que parece un trozo de Pan. Pero Ella me dijo que es real y verdaderamente su Hijo, y que Él estará conmigo tal como estuvo con Ella antes de nacer en Belén. Ella me dijo que debía pasar mi tiempo como Ella lo hizo durante su vida con Él: amándolo, adorándolo, agradeciéndole, alabándolo y pidiéndole bendiciones. No debería distraerme ni molestarme con nadie ni con nada más, sino debería pasar esos minutos en mis pensamientos a solas con Él.” Cuando terminaron las instrucciones del catecismo, Claudio y los demás prisioneros fueron recibidos en la Iglesia Católica, en enero de 1944. Poco después llegó el momento de ejecutar a Claudio, que iba a ser el 20 de enero. Estuvo alegre y dijo: “No voy a morir; sólo este cuerpo. Voy a estar con Ella.” Se preparó para recibir la Sagrada Comunión en el momento previo a su ejecución. Pero quince minutos antes de la ejecución, el sheriff subió corriendo las escaleras gritando: “¡Indulto, indulto, el Gobernador ha concedido un indulto de dos semanas!” Claudio no sabía que el fiscal estaba tratando de conseguir una suspensión de la ejecución para salvar su vida y, cuando se enteró, empezó a llorar, y dijo: “¡Pero no lo entiendes! Si alguna vez vieras su rostro y la miraras a los ojos, ¡no querrías vivir ni un día más!” Claudio sollozaba como si tuviera el corazón completamente destrozado, y dijo: “¿Por qué debo quedarme aquí durante dos semanas?” El capellán tuvo entonces una inspiración repentina. Le habló a Claudio de James Hughs, un prisionero blanco en la misma cárcel que odiaba intensamente a Claudio. Este prisionero había llevado una vida terriblemente inmoral y, al igual que Claudio, él también había sido condenado a ser ejecutado por asesinato. James había sido criado como católico, pero ahora era un réprobo y rechazaba a Dios y todo lo cristiano. El Padre luego dijo: “Quizás Nuestra Santísima Madre quiera que le ofrezcas esta negación de estar con Ella para su conversión. ¿Por qué no ofreces a Dios cada momento que estás separado de tu Madre Celestial por este prisionero, para que no se separe de Dios por toda la eternidad?” Claudio pensó por un momento, luego estuvo de acuerdo y le pidió al Padre que le enseñara las palabras para hacer la ofrenda. Durante su indulto de dos semanas, Claudio ofreció generosamente su sacrificio y oraciones por su compañero de prisión, el malvado James Hughs. Claudio fue finalmente ejecutado en la silla eléctrica el 4 de febrero

de 1944. Respecto a la santa muerte de Claudio, el capellán testificó: “Nunca he visto a nadie ir a la muerte con tanta alegría y felicidad. Incluso los testigos oficiales y los periodistas quedaron asombrados. Dijeron que no podían entender cómo alguien podía sentarse en la silla eléctrica y al mismo tiempo irradiar felicidad.” El aviso de muerte de Claudio se imprimió en la prensa el día de su ejecución.

Tres meses después de la ejecución de Claudio, el 19 de mayo de 1944, el hombre blanco llamado James Hughs, aquel por quien Claudio había ofrecido su sacrificio, iba a ser ejecutado. El capellán dijo: “Este hombre es la persona más sucia e inmoral que jamás he conocido. Su odio por Dios y por todo lo espiritual desafía toda descripción.” No permitía que ningún Sacerdote ni siquiera entrara en su celda. Justo antes de su ejecución, el médico del condado le pidió que al menos se arrodillara y rezara un padrenuestro antes de que el sheriff viniera a buscarlo. El prisionero escupió al médico en la cara. Cuando lo ataron a la silla eléctrica, el sheriff le dijo: “Si tienes algo que decir, dilo ahora.” El condenado empezó a blasfemar. Pero de repente, dejó de hablar, sus ojos se fijaron en la esquina de la habitación y su rostro se volvió de absoluto horror. De repente dio un grito de terror, un grito horrible que impresionó a todos los presentes, y dijo: “¡Sheriff, consígame un Sacerdote!” El capellán acudió inmediatamente al condenado. La habitación quedó libre de todos los demás y el Sacerdote escuchó la confesión del hombre. Confesó todos sus pecados con profundo arrepentimiento e intenso fervor. Mientras todos regresaban a la habitación, el sheriff se acercó al condenado y le preguntó: “Hijo, ¿qué te hizo cambiar de opinión?” El prisionero respondió: “¿Recuerdas a ese hombre negro, Claudio, a quien yo odiaba tanto? Bueno, él estaba parado allí [y señaló], en esa esquina. Y detrás de él con una mano en cada hombro estaba la Santísima Virgen María. Y Claudio me dijo: ‘Ofrecí mi muerte en unión con Cristo en la Cruz por tu salvación. Ella ha obtenido para ti este don de ver tu lugar en el infierno si no te arrepientes’. Se me ha mostrado mi lugar en el infierno y por eso grité.” James Hughs fue ejecutado según lo previsto, pero la aparición celestial de Nuestra Santísima Madre con Claudio Newman y la posterior visión del infierno convirtieron instantáneamente su alma en los últimos momentos de su vida. Con la ayuda de la Santísima Virgen María, el capellán le había enseñado a Claudio a unirse al sufrimiento de Jesús ofreciéndole sus propios sufrimientos, tal como todos podemos hacerlo por los demás, y el sufrimiento de Claudio ayudó a pagar el precio por la notable conversión y arrepentimiento de último minuto de James. Por eso nunca debemos subestimar el valor de nuestro sufrimiento unido al de Jesucristo, y también el poder y la amorosa intercesión de Nuestra Santísima Madre en el Cielo.

Primera conversión a través de la Medalla. El Arzobispo de Quelen atribuyó a la Medalla Milagrosa la conversión en el lecho de muerte de un pecador públicamente impenitente, monseñor de Pradt, ex-capellán de Napoleón y arzobispo ilegal de Mechlin (Malines), que había aceptado su cargo de manos del emperador y ahora agonizaba desafiante y no reconciliado con la Iglesia. El Arzobispo de París había intentado verlo en varias ocasiones y había sido rechazado. Así que se llevó consigo una Medalla Milagrosa y finalmente se le permitió entrar para ver al barón, quien quedó tan conmovido por la gracia que se arrepintió y confesó sus pecados. Al día siguiente recibió los Sacramentos de manos del Arzobispo y murió en sus brazos en 1837. Este fue el primer gran triunfo de la Medalla Milagrosa.

Cómo la Medalla Milagrosa obra milagros. En 1949, un Sacerdote jesuita fue enviado a ayudar al capellán de un Hospital en Cleveland, Ohio. Entre los pacientes ingresados se encontraba un niño de unos nueve años. Había estado bajando una colina en trineo, perdió el control del trineo y chocó de frente contra un árbol. Se fracturó el cráneo y las radiografías mostraron que había sufrido un daño cerebral grave, y ya había estado en coma durante diez días, sin habla, sin movimientos voluntarios del cuerpo. Su condición era tal que la única pregunta era si viviría. No se trataba de recuperarse de lo que se diagnosticó como



daño cerebral permanente e inoperable. Después de bendecir al niño y consolar a sus padres, el Sacerdote estaba a punto de salir de su habitación del hospital. Pero entonces le vino un pensamiento; que cierto Sacerdote le había dicho tiempo atrás: ‘La Medalla Milagrosa funciona; la Santísima Virgen obra milagros por la Medalla Milagrosa’. ¡Esta será una prueba de sus supuestos poderes milagrosos! El jesuita consiguió una Medalla Milagrosa, la bendijo y se la puso alrededor del cuello del niño con una cinta. Tan pronto como terminó la oración de inscripción del niño en la Cofradía de la Medalla, abrió los ojos por primera vez en dos semanas. Vio a su madre y le dijo: “Mamá, quiero un helado.” Sólo le habían administrado alimentación intravenosa. Luego comenzó a hablar con su padre y su madre. Después de unos minutos, llamaron a un médico que examinó al niño y dijo a los padres que podían darle algo de comer. Al día siguiente comenzaron una serie de pruebas sobre el estado del niño. Las radiografías mostraron que el daño cerebral había desaparecido. Luego aún más pruebas. Después de tres días, cuando todos los exámenes mostraron que su salud se había recuperado por completo, el niño fue dado de alta del hospital.



“*Hermana, quiero confesarme.*” La Medalla Milagrosa, como todos los objetos piadosos, es conveniente que esté bendecida por un Sacerdote, con lo cual por llevarlos, besarlos, etc., se beneficia uno de la oración de la Iglesia, se alcanzan las gracias que cada objeto religioso o sacramental significa y se ganan indulgencias, es decir, se obtiene mayor valor satisfactorio, o perdón de purgatorio, del que se obtendría por la obra hecha en gracia de Dios, si no estuvieran bendecidos. No es necesario llevarla al cuello, aunque sería preferible. La conversión o curación de una persona, muchas veces se ha realizado porque además de las oraciones por ella, se le ha puesto una Medalla, aun sin saberlo la persona. Así cuenta un caso el Padre Aladel en su libro: En el Hospital de Inválidos de París, el 26 de noviembre de 1884, un soldado estaba tuberculoso, a punto de morir. No quería ni oír hablar de confesión. La Hermana aprovechó un descuido suyo para meterle una Medalla, y siguió pidiendo por él. Al despertarse al día siguiente se encontraba mucho mejor. “Hermana, quiero confesarme.” Después manifestó: “Desde mi primera Comunión, hoy ha sido el día más feliz de mi vida.” El 1 de diciembre moría santamente.

San Maximiliano María Kolbe escribió: “Distribuid la Medalla Milagrosa de María Inmaculada, siempre que sea posible. A los niños, para que la lleven siempre al cuello, a los ancianos, y en particular a los jóvenes, para que bajo su cuidado tengan la fuerza suficiente para resistir tantas tentaciones y trampas que les acechan en nuestros tiempos. Y a quienes no visitan la iglesia, tienen miedo de confesarse, se burlan de las prácticas religiosas, se ríen de las verdades de la fe, están atrapados en el barro moral o se mantienen alejados de la Iglesia por herejía, es absolutamente necesario ofrecerles la Medalla Milagrosa y pedirles que la lleven, y mientras tanto implorar a la Inmaculada su conversión. Muchos encuentran el camino, incluso cuando alguien no quiere en absoluto aceptar la Medalla Milagrosa. Simplemente cóselo en secreto en sus ropas y reza, y María Inmaculada, tarde o temprano, mostrará lo que es capaz de hacer. Entonces, la Medalla Milagrosa es una bala de los Caballeros de la Inmaculada.”

Se cura una ceguera progresiva. Cuando Onofre Gallati entró el 14 de diciembre de 1946 en el Hospital de Santa María de la Scala, en Siena, estaba sentenciado por excelentes especialistas de Roma, Turín, Milán y Vercelli: un poco más y quedaría completamente ciego. Pero había venido a Siena por su amigo, el Doctor Aurelio Rizzuri, que conocía bien la pericia del Director de oftalmología del hospital. También los ojos de su alma estaban faltos de luz. Por eso a las palabras de consuelo contestaba con rudeza: “Déjeme, Hermana, déjeme en paz. Sus argumentos no sirven para mí. Ya sabe que soy ateo. No pierda tiempo.

¡Déjeme!” La Hermana no se desanimaba y contestaba con su continua abnegación. Una tarde sin saber por qué le dice: “Estoy segura de que un día dejaré el hospital con fe en el corazón y luz en los ojos.” Días más tarde comenzó a reflexionar que las curas del médico y la bondad de la Hermana no merecían tanta hostilidad de su parte. ¿Por qué la Hermana, después de tantos desprecios, volvía siempre a él serena y dulce? ¿Por qué la encontraba siempre dispuesta a llevarle la mano cuando quería escribir a su madre, que no sabía aún nada de su desgracia? La Hermana, mientras, encomienda la difícil conversión a la Virgen de la Milagrosa. Por fin, el 23 de diciembre el enfermo capituló frente a la gracia: se confesó y comulgó. Y Dios le dio en recompensa tanta serenidad, que le parecía bello el sufrimiento y hasta amaba la ceguera. ¡El milagro interior se había realizado! Ya iba a salir de la clínica, pero la Hermana le pide se quede nueve días más. Harían una novena a la Santísima Virgen por intercesión de Santa Catalina Labouré. —“No quiero pedir mi curación porque sé que he merecido la ceguera, y porque temo que al recobrar la vista pierda la fe, ahora que sé lo que vale. Una sola gracia pediré estos días: sufrir siempre más, para que no sea tan fuerte el dolor de mi madre cuando se entere.” Era Domingo. En la Misa acababan de leer el Evangelio del ciego de Jericó; y al terminar la Misa, he aquí que el prodigio se repite. Al dirigirse el enfermo a la escalera de la clínica, ve de pronto a la Hermana. Su emoción es tan grande, que tiene que apoyarse en la pared para no caer. —“¡Veo, Hermana, veo!” Los médicos reconocieron lealmente el hecho, tanto más extraordinario cuanto que la ceguera había sido progresiva. Un gran ramo de flores llegó al hospital enviado por uno de ellos, incrédulo, pero que se rendía ante los hechos: “No puedo negar que es algo extraordinario.”

Conversión de un joven por la Medalla Milagrosa. Refiere un párroco de París: “Una señora viuda, de una ciudad marítima de Francia, tenía un hijo de 23 años, a quien había dado una educación muy religiosa. Pocos años de permanencia en París bastaron para hacer perder a este joven los principios en que había sido educado. Al volver cerca de su madre, a quien amaba con la mayor ternura, se conducía para con ella con el mayor respeto y veneración. Una sola cosa hería profundamente el corazón de esta buena madre, y era el no observar en su hijo ninguna práctica de religión. Ella le exhortaba, le suplicaba, le instaba; pero todo era inútil. En este intermedio esta señora vino a París, se alojó en el distrito de mi parroquia, asistió a los oficios divinos, y vino en conocimiento de la asociación cuyo objeto es orar por la conversión de los pecadores. Luego quiso inscribirse en ella, me abrió su corazón, y suplicó que se rogase por su hijo. Poco después regresó a su tierra. Como lo que había referido de su hijo me había interesado sobremanera, se representaba con frecuencia a mi imaginación, y varias veces lo había recomendado a las oraciones de los fieles. Una señora forastera un domingo por la mañana, se me acerca en la sacristía y me dice: ‘Señor cura, ¿me reconoce usted?’ —‘Muy bien, señora, usted es la madre de un joven que usted me pidió recomendar a las oraciones de la asociación.’ —‘En efecto, señor cura, y vengo ahora expresamente a París para hablarle del asunto, y dar gracias a la Santísima Virgen por la gracia obtenida en favor de mi hijo. Ya está convertido, y me da tantos motivos de consuelo, como en otro tiempo me los dio de pesadumbre. No sólo se ha vuelto piadoso, sino que también se ha curado en un instante de una enfermedad que le había puesto en muy gran peligro. Un día, añadió, (y comparando las fechas comprobamos que fue en la semana siguiente a aquella en que habíamos rogado por él la última vez) un día nos hallábamos a la mesa cenando, mi hijo estaba enfrente de mí: no podía comer ni yo tampoco, mis ojos eran dos fuentes de lágrimas, sin atreverme a mirarle. En fin, no pude contenerme: ‘Hijo mío, le dije, ¿en qué estado te hallas! Tú no has querido seguir mis consejos, no has querido ponerte en gracia con Dios, y ahora te castiga, ¡oh!, ¡cuán cruel es para mí verte morir de una muerte lenta! Una sola cosa me resta que pedirte, te la pido por mí, y por mi consuelo.’ Con estas palabras, me quito la Medalla Milagrosa que usted me dio al recibirme en la asociación, y le digo: ‘Toma esta medalla, pónitela en el cuello al acostarte, prométeme conservarla toda la noche, y al ponértela, reza esta pequeña oración que tiene grabada.’ Me lo prometió y se



retiró. Al día siguiente por la mañana le vi más tarde que de ordinario. –‘Mamá,’ me dice, ‘¡cuán bien he dormido esta noche! Esta mañana me hallo mejor: tengo la cabeza muy despejada y libre de aquellos negros pensamientos que la ocupaban.’ Efectivamente su rostro estaba sereno, había desaparecido aquella contracción que

semanas atrás me tenía muy afligida, había recobrado sus saludables colores y la brillantez de sus ojos. ‘¿No ves, hijo mío?’, le dije, ‘no has hecho más que dar un paso hacia Dios, y ya te concede su gracia. ¡Ah! si te resolvieses a purificar tu corazón por medio de una confesión verdadera, y volver sinceramente al servicio del Señor, estoy convencida de que te curaría.’ Al momento se decide a ello: voy a buscar al señor cura, hace con él una confesión general, y recibe la Santa Comunión. Algunos días después, hallándose presente mientras hablaba de uno de nuestros conocidos, anciano de sesenta años, gravemente enfermo, el cual no quería reconciliarse con Dios: –‘¡Cómo!’ dijo mi hijo, ‘¿se permitirá, pues, que se pierda para siempre un alma redimida con la Sangre de Jesucristo? ¿Y por qué no se le habla de que se confiese?’ –‘Ya se le ha hablado, pero él rechaza todo cuanto se le dice.’ –‘¿Sabéis por qué? Porque no se le habla como se debe. Ya voy yo.’ –‘Si usted va, le despachará diciéndole que es demasiado joven para ir a darle consejos.’ –‘Él dirá cuanto quiera, pero yo le hablaré. Jesucristo ha salvado mi alma, Él me ha sacado de un abismo; ahora, pues, en señal de reconocimiento, yo quiero trabajar para ganarle este pobre pecador.’ El enfermo que ignoraba lo que le había sucedido, quedó sorprendido al principio y le recibió muy mal. No por esto mi hijo se acobardó; le habló con dulzura y con firmeza, y le explicó lo que a él le había sucedido. El enfermo dio muestras de querer mantener su modo de pensar; pero media hora después hizo llamar un Sacerdote, se confesó y murió cristianamente. Mi hijo actualmente es un cristiano fiel y fervoroso. Juzgue usted, señor cura, cuán grande no será mi dicha; era todo cuanto podía desear en la tierra. Así, pues, he venido a dar gracias a la Santísima Virgen: sírvase usted oírme en Confesión: deseo comulgar en el altar del Sagrado Corazón de María, y asistir esta noche en acción de gracias a los ejercicios que se harán por la conversión de los pecadores. Dígnese, señor cura, dar las gracias a los asociados por sus oraciones que me han procurado tanta dicha, y referirles, con todas sus circunstancias, la conversión de mi hijo para excitarlos a ellos a darlas a Dios y a la Santísima Virgen por mí y por mi hijo, y decirles que yo me hallo aquí y entre ellos.’ Cumplí con el encargo, y me sería difícil explicar los sentimientos de alegría, de devoción y de santa emulación de que aquellos fieles se sintieron penetrados al oír una relación tan edificante.”

Nuestra Señora de Lourdes. Era el 11 de febrero de 1858. Una niña de catorce años, Bernardita Soubirous, recogía leña en las orillas del Gave, acompañada de una de sus hermanas, María, de once años, y de otra jovencita de trece, Juana Abadie. Había llegado Bernardita frente a la gruta llamada de Massabielle cuando, en medio del silencio de la naturaleza, oye un ruido semejante al que causa en los árboles un ventarrón. Mira a la ribera derecha del río, poblada de álamos y los ve inmóviles. Oye de nuevo el mismo ruido y se vuelve hacia la gruta. Sobre el borde de la roca, en cierta especie de nicho, al lado de un rosal silvestre que se agita, divisa a una Señora y ve que por señas la llama. Era su rostro radiante de belleza: el vestido y el velo eran blancos, y azul el cinturón; tenía en la mano el rosario y una rosa sobre cada uno de los pies. Se turbó Bernardita al verla y se frotó los ojos, creyéndose víctima de una ilusión; pero cada vez la distingue con mayor claridad. Entonces cae instintivamente de rodillas, coge su rosario y lo recita; cuando la niña ha terminado el rezo, la visión desaparece. Ora por secreta inspiración, ora a instancias de sus compañeras, a las cuales había referido cuanto vio, vuelve Bernardita a la gruta el domingo y el jueves siguientes, y cada vez se renueva ante sus ojos el mismo fenómeno. El domingo, a fin de

conocer si la Señora misteriosa viene de parte de Dios, le echa tres veces agua bendita y recibe, en cambio, una dulcísima mirada llena de ternura. El jueves, habla la aparición a Bernardita: le dice que vuelva diariamente por una quincena. El 25 de febrero, la Virgen le dijo que comiera de las plantas que crecían libremente allí y que fuera a tomar agua de la fuente. No viendo agua en la gruta, se encaminó la niña al riachuelo cuando la vuelve a llamar la aparición y le dice que vaya al fondo de la gruta, al lugar que con el dedo le designa. Obedece Bernardita; pero no descubre más que una tierra húmeda; hace con las manos una pequeña excavación, que se llena de agua fangosa; bebe y se lava y después come cierto musgo que había en ese lugar. Apenas concluido este acto de obediencia, la aparición habla de nuevo a Bernardita; le encarga decir a los Sacerdotes que debe edificarse una capilla en el lugar donde se ha mostrado, y la niña se apresura a cumplir esta comisión yendo al cura de la parroquia. Bernardita había sido invitada a volver a la gruta, durante quince días. Lo hace exactamente y todos los días, con excepción de dos, contempla el mismo espectáculo, ante innumerable gentío que se oprime enfrente de la gruta, pero que nada ve ni oye. En esta quincena la aparición manda muchas veces a Bernardita que vaya al lugar ya indicado; le recomienda rogar por los pecadores, y renueva la petición de erigir una capilla. Por su parte la niña le pregunta quién es; pero en respuesta recibe sólo una dulce sonrisa. Había terminado la quincena, y posteriormente se realizaron todavía dos apariciones, el 25 de marzo de 1858, día de la Anunciación de la Santísima Virgen y el 5 de abril. El día de la Anunciación preguntó tres veces Bernardita a la Señora su nombre; la aparición elevó las manos, las juntó a la altura del pecho, levantó al Cielo los ojos y exclamó sonriente: “Soy la Inmaculada Concepción.” La noticia de las apariciones se esparció con la rapidez del rayo. Algunos enfermos probaron el agua de la gruta y pronto se vio el maravilloso resultado: recobraron súbitamente la salud muchos cuyas enfermedades habían resistido a los medios más enérgicos de curación... Lejos de disminuirse el entusiasmo de los pueblos por Nuestra Señora de Lourdes, aumenta con el tiempo, como aumenta diariamente el incalculable número de prodigios que obra la Virgen Inmaculada.

Un episodio de la historia de Lourdes. El señor Enrique Lasserre en su obra titulada “Nuestra Señora de Lourdes,” que es uno de los más preciosos monumentos a gloria de María, refiere, entre otros sucesos admirables, el siguiente: – Tuve, hace dos años, el honor de visitar en su casa, calle del Chai des Farines N° 6, en Burdeos, al señor Rogerio Lacassagne, empleado de las aduanas de esa ciudad. Su severo aspecto y maneras reservadas llamaron desde luego mi atención. Me preguntó el objeto de mi visita, con el modo algo brusco de los hombres de su condición. “He sabido, señor,” le dije, “la historia de vuestro viaje a la Gruta de Lourdes, y, en interés de estudios que hago en este momento, he venido para oír el relato de vuestros mismos labios.” A las palabras Gruta de Lourdes, se dulcificó el semblante severo, y la fuerte emoción del recuerdo vino a enternecer de repente sus austeras facciones. “Sentaos,” me dijo, “y perdonadme os reciba en esta pieza en desorden. Parte hoy mi familia para Arcachón, y nos veis en todo el embarazo de los preparativos.” “Nada importa. Contadme los acontecimientos de que me han hablado y de los cuales solo tengo un conocimiento confuso.” “Yo,” dijo, con voz enternecida, “en toda mi vida no olvidaré el más mínimo detalle... Señor, – continuó después de un momento de silencio, – tengo sólo dos hijos. El menor, del cual voy a hablaros se llama Julio. Pronto vendrá y veréis cuan dulce, puro, y bueno es.” Lacassagne no me dijo cuan grande era su afección al hijo menor; pero el acento de su voz, que se endulzaba en cierto modo y se hacía cariñosa al hablar de él, me revelaba la intensidad de su paternal amor. “Su salud, continuó, fue excelente hasta la edad de doce años. En esa época le sobrevino inopinadamente y sin causa física conocida una enfermedad, cuya gravedad no comprendí al principio. El 25 de enero de 1865, al sentarnos a la mesa, se quejó Julio de un entorpecimiento que sentía en la garganta y le impedía tragar cualquier alimento sólido. Hubo de limitarse a tomar un poco de sopa. Habiendo continuado lo mismo el día siguiente, hice llamar a uno de los médicos más distinguidos de Tolosa, el doctor



Nogues. ‘Es nervioso,’ dijo; y me dio esperanza de pronta curación. En efecto, a los pocos días el niño pudo comer, y ya lo creía enteramente sano, cuando volvió de nuevo la enfermedad y se mantuvo con intermitencias más o menos regulares hasta fines del mes de abril. Desde esa época el mal se estacionó, y el pobre niño quedó reducido a alimentarse exclusivamente de líquidos, leche, jugo de carne y caldo. El pobre niño se enflaquecía a ojos vistas, reducido a tan miserable alimentación. Los médicos procuraban en vano conocer claramente la enfermedad para aplicarle el remedio. Un día, era el 10 de mayo – tanto he sufrido, señor, y he pensado tanto en esta desgraciada enfermedad, que recuerdo todas las fechas

– un día vi correr a Julio en el jardín con desacostumbrada precipitación y como a saltos. Yo temía, señor, para él la menor agitación. ‘¡Julio, párate!’ exclamé yendo a él y cogiéndole de la mano. Se me escapó en el acto. ‘Papá,’ me dijo, ‘es imposible. Tengo que correr y no puedo resistir.’ Lo tomé en brazos, y sus piernas se agitaban convulsivamente. Poco después los movimientos y contorsiones se apoderaron de la cara y de la cabeza. Se declaraba por fin el verdadero carácter de la enfermedad. Mi desgraciado hijo estaba atacado de corea, una enfermedad convulsiva. Sin duda sabéis, señor, cuáles son las horribles crisis de ese mal extraordinario. Pero si el médico lo conoció, fue impotente para vencerlo. Fueron sucesiva e inútilmente aplicados por espacio de dos años toda clase de remedios. Estuvo en el campo y en los Baños de Luchón. Sólo se consiguió con esos ensayos aumentar el mal. Nuestra última experiencia fue una temporada de baños de mar. Mi mujer llevó al enfermo a San Juan de Luz. No necesito deciros que, en vista de su estado, sólo atendíamos a los cuidados físicos. Ante todo queríamos que viviera, y desde el principio suspendimos sus estudios y le prohibimos cualquier trabajo; lo tratábamos como a vegetal. Ahora bien: su inteligencia es activa, seria, y le fastidiaba en extremo la absoluta privación del ejercicio intelectual. El pobrecito se avergonzaba también de su enfermedad; veía a los otros niños robustos y se consideraba desgraciado, casi maldito: por lo mismo se aislaba.” Conmovido el padre con sus recuerdos, se detuvo un momento para ahogar un gemido. “Se aislaba,” repitió, “y se entristecía. Cuando encontraba algún libro, lo leía para distraerse. En San Juan de Luz vio un día, sobre la mesa, en casa de una señora de la vecindad, una pequeña relación de las apariciones de Lourdes. La leyó y, según parece, le hizo mucha impresión, pues dijo en la tarde a su madre que bien podría curarlo la Santísima Virgen; pero mi esposa consideró sus palabras cosas de niño y no hizo caso. De vuelta a Burdeos – poco antes había recibido yo mi traslación y ya vivíamos aquí – el niño continuó en el mismo estado. Era el mes de agosto del año pasado. Tantos esfuerzos inútiles, tantos ilustres médicos consultados en vano, tantos cuidados con pura pérdida concluyeron, como bien comprenderéis, por sumirnos en el más profundo abatimiento. Descorazonados por la inutilidad de esas diversas tentativas, suspendimos toda clase de remedios, dejando obrar a la naturaleza y resignándonos al mal inevitable que había querido enviarnos el Criador. Tanto sufrimiento había en cierto modo aumentado nuestro amor por ese niño, y el pobre Julio fue cuidado por su madre y por mí con igual ternura y con solicitud en todo momento. A ella y a mí nos han envejecido las penas: tal como me veis, señor, tengo sólo cuarenta y seis años. Las fuerzas del niño, continuó, disminuían visiblemente. Su flacura llegó a ser terrible, extrema su palidez. Ya no tenía sangre bajo la piel y se le habría tomado por una estatua de cera. Visiblemente, la muerte avanzaba a largos pasos. No sólo era cierta, era inminente. A fe mía, señor, por muy claro que viera la impotencia de la medicina, no pude, en mi dolor, abstenerme de golpear aún a su puerta. Yo no conocía otra en este mundo. Me dirigí al médico más eminente de Burdeos, el doctor Gintrac padre. Gintrac examinó la garganta del niño, la sondó y descubrió, a más del recogimiento extremo que obstruía casi del todo el conducto alimenticio, rugosidades de la peor especie. Movié la cabeza y me dio poca esperanza. Después, viendo mi terrible

ansiedad, añadió: ‘No digo que no puede sanar, pero está muy enfermo.’ Esas fueron sus palabras. ¿Qué podíamos hacer todavía? Nos habíamos dirigido a los primeros médicos de Tolosa y Burdeos, y todo era inútil. Se presentaba a mis ojos la fatal evidencia: nuestro pobre hijo estaba condenado y condenado sin apelación. Tan cruel convicción entra, señor, con mucha dificultad en el corazón de un padre. Aun procuré engañarme y, después de pensarlo con mi mujer, me determiné a tentar la hidroterapia. Nos encontrábamos en esta desesperada y desesperante situación, cuando Julio dijo a su madre, con un acento de confianza y certidumbre que la admiró, las palabras siguientes: ‘Mamá, bien lo ves: ni Gintrac ni médico alguno puede nada contra mi enfermedad. La Santísima Virgen me sanará. Envíame a la Gruta de Lourdes, y verás si no sano. Yo estoy seguro.’ Mi mujer me repitió esas palabras. ‘No debemos dudar,’ exclamé; ‘es necesario llevarlo a Lourdes, y lo más pronto.’ No era, señor, la fe lo que me movía. Ni creía en los milagros, ni consideraba posible esas intervenciones extraordinarias de la Divinidad. Pero era padre y ninguna probabilidad, por mínima que fuese, me parecía despreciable. Esperaba produjera esto en mi hijo siquiera algún saludable efecto moral. Estábamos en invierno, a principios de febrero. La estación era mala y temía para Julio el peligro de la intemperie. Resolví, pues, aguardar un buen día. Desde que mi pobre hijo hubo leído, ocho meses antes, en San Juan de Luz, la pequeña relación de las apariciones no había abandonado la esperanza que acababa de expresarnos. No se le hizo caso cuando habló de ella por primera vez, y se calló; pero guardaba la idea y la acariciaba al sufrir – y era necesario ver su paciencia, señor – al padecer las curaciones de los médicos. Esta fe tan firme, tan viva, era tanto más extraordinaria, cuanto no habíamos educado a nuestro hijo en gran devoción. Mi esposa cumplía sus deberes religiosos y nada más; yo tenía, como acabo de decir, ideas filosóficas muy diferentes. El 12 de febrero amaneció con bellísimo tiempo, y tomamos el tren de Tarbes. En el camino, el niño iba alegre y lleno de fe absoluta en su sanidad, de una fe... trastornadora. Yo, señor, alimentaba, sin compartirla, esa confianza tan grande, esa confianza que calificaría de aturdidora si no temiera faltar al respeto de Dios que la inspiraba. En Tarbes, en la fonda Dupont, donde bajamos, llamó la atención ese pobre niño tan pálido, tan enclenque y a la par de un aspecto tan dulce y encantador. Lo amaron sólo con verlo. Yo había dicho el objeto de nuestro viaje, y en los deseos expresados por esas buenas gentes se descubría como un feliz presentimiento. Cuando partimos, bien conocí se aguardaría con impaciencia nuestro regreso. A todo evento, y a pesar de mis dudas, llevé una caja de bizcochos. Al llegar a la Cripta que está sobre la Gruta se celebraba el Santo Sacrificio. Julio oró con una fe que se traslucía en sus facciones, con ardor verdaderamente celestial. ¡Estaba transfigurado el angelito!... El Sacerdote notó su fervor, y concluida la Misa, salió casi en el acto de la sacristía y vino a nosotros. Le había venido como una inspiración a la vista del niño y después de comunicármela, volviéndose a Julio, que permanecía arrodillado, le dijo: ‘Hijo mío, ¿queréis que os consagre a la Santísima Virgen?’ ‘¡Oh! sí,’ respondió Julio. Luego comenzó el Sacerdote esa sencillísima ceremonia y recitó sobre mi hijo las fórmulas sagradas. ‘Ahora,’ exclamó el niño en un tono, cuya perfecta confianza me admiró, ‘ahora, papá, voy a sanar.’ Bajamos a la Gruta. Julio se arrodilló ante la estatua de la Virgen y oró. Yo lo miraba y hoy todavía veo la expresión de su rostro, su actitud y sus manos puestas. Se levantó y nos acercamos a la fuente. El momento era terrible. Lavó su cuello y pecho; después cogió un vaso y bebió algunos tragos del agua milagrosa. Estaba sereno, feliz, alegre y resplandeciente de confianza. Yo temía y temblaba hasta desfallecer ante esa prueba suprema; pero contenía, aunque con trabajo, mi emoción y no quería dejar ver mi duda. ‘Haz ahora la prueba de comer,’ le dije, pasándole un bizcocho. Lo recibió. Volví la cabeza, no sintiéndome con fuerzas para mirarlo. Iba a decidirse de la vida o muerte de mi hijo, y en esa alternativa, formidable para el corazón de un padre, cifraba mi última esperanza. Desvanecida, mi muy querido Julio era muerto. La prueba era decisiva y no pude afrontar su aspecto. La voz de Julio, su voz alegre y dulce, me sacó pronto de esa cruel perplejidad.



‘¡Papá, ya trago; ya puedo comer; yo estaba seguro, tenía fe!’ ¡Qué golpe, señor! ¡Mi hijo, presa ya de la tumba, era salvo, y repentinamente! Y yo, yo su padre, yo asistía a esta prodigiosa resurrección. ¡Y bien! señor, para no turbar la fe de mi hijo, tuve la fuerza de ocultar mi admiración. ‘Sí, Julio mío, era seguro y no podía ser de otro modo,’ le dije con una voz que toda la energía de mi alma pudo apenas serenar. Os lo aseguro, señor; yo estaba agitado por espantosa tempestad. Si se hubiera abierto mi pecho, lo habrían encontrado ardiendo, cual si estuviera lleno de fuego. Renovamos la experiencia. De nuevo comió algunos bizcochos, no sólo sin dificultad, sino con creciente apetito. Me fue menester moderarlo. Necesitaba proclamar mi felicidad, dar gracias a Dios. ‘Aguárdame,’ dije a Julio, ‘y habla a la Santísima Virgen. Voy a la capilla.’ Y

dejándolo un momento arrodillado ante la Gruta, corrí a anunciar al Sacerdote la buena nueva. Me sentía casi delirante. A más de mi felicidad, tan inesperada y repentina, a más del trastorno de mi corazón, sentía en mi alma, en mi inteligencia, inexplicable turbación. Verdadera revolución se realizaba en mis pensamientos, confusos, agitados, tumultuarios; todas mis preocupaciones filosóficas vacilaban o caían por sí mismas. El Sacerdote desciende en el acto, y divisa a Julio, comiendo su último bizcocho. El Obispo de Tarbes se encontraba ese día en la Gruta y quiso ver a mi hijo; le conté la cruel enfermedad que acababa de concluir tan milagrosamente. Todos acariciaban al niño y compartían mi alegría. No olvidaba yo a la madre, y pensaba en la felicidad que iba a tener. Antes de volver a la fonda, corrí al telégrafo. El parte fue una sola palabra: ¡Sano! Apenas lo envié, hubiera querido retirarlo. ‘Me he apresurado quizá; tal vez habrá recaída,’ pensaba. No me atrevía a creer en mi felicidad, y cuando creía, me parecía que iba a concluirse. Pero el niño era feliz, feliz sin mezcla alguna de inquietud; brillaba su semblante de alegría y de plena seguridad. ‘Bien lo ves, papá,’ me repetía a cada instante, ‘sólo la Santísima Virgen podía curarme. Yo estaba muy seguro cuando te lo decía.’ Comió en la fonda con excelente apetito. No me cansaba de mirarlo comer. Quiso volver a la gruta, y fue a pie a dar gracias a su Libertadora. ‘¿Serás muy agradecido a la Santísima Virgen?’ le dijo un Sacerdote. Mostrándole el niño la imagen de Nuestra Señora y después el cielo, exclamó: ‘¡Ah! ¡No la olvidaré jamás!’ En Tarbes volvimos a la fonda donde habíamos estado la víspera: nos aguardaban. Tenían (creo haberlo dicho) como un feliz presentimiento, y hubo extraordinaria alegría. Se agrupaban en torno de Julio para verlo comer con tanto placer de cuanto se servía en la mesa, cuando la víspera podía apenas tragar unas cucharadas de líquido. Ese día de ayer me parecía ya muy distante. Dos años y diecinueve días había durado esta enfermedad, ante la cual fue ineficaz la ciencia de los más hábiles médicos y que acababa de ser tan milagrosamente curada. Deseábamos vivamente ver a mi esposa, y tomamos el tren expreso de Burdeos. El niño estaba extenuado; lo estaba por el viaje, no por las emociones, pues siempre conservó gran serenidad ante esa repentina curación, que lo llenaba de alegría, sin causarle sorpresa. Apenas llegó, quiso acostarse; tenía mucho sueño y no cenó. Cuando lo vio tan maltratado, molido y sin querer cenar, su madre, que se moría de contento antes de nuestra llegada, pasó a una duda terrible. Quedó desolada. Me decía que yo la había engañado y no podía convencerla de lo contrario. ¡Cuál no fue su felicidad cuando el día siguiente nuestro Julio, sentado a la mesa, almorzó con nosotros y con mayor apetito que nosotros! Sólo entonces se sintió tranquila y segura.” Y después, le pregunté, “¿ha tenido Julio alguna recaída, algún accidente?” “No, señor, absolutamente ninguno. No puedo decir que la curación hizo progresos o se consolidó; fue tan completa como instantánea. La transición de enfermedad tan antigua y rebelde a sanidad tan entera y completa se efectuó sin la menor graduación y sin ninguna conmoción aparente. Pero la salud general se mejoró a ojos vistas, a influencia de un régimen reparador, cuyos saludables efectos eran ya de todo punto necesarios a mi pobre hijo. Desde entonces,” me

dijo, “es de una piedad angelical. Vais a verlo. En su rostro se lee la nobleza de sus sentimientos. Es bien nacido, de naturaleza recta y elevada, incapaz de una mentira, de una bajeza. La piedad ha desenvuelto en el más alto grado esas prendas naturales. El pobrecito ha recuperado pronto el tiempo perdido; es muy estudioso, tiene el primer lugar en su clase y en la última distribución de premios obtuvo el de ‘excelencia’. Pero, ante todo, es el de mejor conducta y el más sumiso. Maestros y compañeros le aman a la par, y nosotros ciframos en él nuestra alegría, nuestro consuelo.” En ese momento se abrió la puerta. Julio y su madre entraron a la pieza donde nos encontrábamos. Lo atraje a mí y lo abracé enternecido. Brilla en su rostro la salud: su espaciosa frente es bellísima; su actitud respira una modestia y dulce firmeza, que infunden secreto respeto; sus ojos grandes y vivos, reflejan inteligencia singular, absoluta pureza, un alma bella. “Sois un padre feliz,” dije a Lacassagne. “Sí, señor, muy feliz; pero mi pobre mujer y yo hemos sufrido mucho.” “No os quejéis,” repuse, alejándome un poco de Julio. “El camino de los sufrimientos os condujo de las tinieblas a la luz, de la muerte a la vida, de vos mismo a Dios. La Santísima Virgen se mostró dos veces en Lourdes la Madre de los vivos: dio a vuestro hijo la vida temporal, para daros a vos la vida verdadera, la vida que no debe concluir.” Me separé de esa familia bendecida de Dios; y, con el corazón conmovido por cuanto había oído y visto, escribí lo que acabáis de leer.

Estalló una bomba. En 1905, Alfonso XIII, rey de España, visitó en París al Presidente de la República, Emilio Loubet. Al regresar de “La Opera”, estalló una bomba que acribilló la carroza en que iban ambos Jefes de Estado. Afortunadamente salieron ilesos. Al llegar a su residencia, dijo al señor Loubet su esposa: “Es la medalla la que te ha protegido.” “¿Qué medalla?”, preguntó el Presidente. –“La que coso siempre en tu chaqueta, cuando me dejas.” Era una medalla de la Virgen de Lourdes.

El Papa de la Inmaculada. El 12 de abril de 1855, el inmortal Papa, San Pío IX, de regreso de la visita a las catacumbas de San Alejandro, en la vía Nomentana, se detuvo con toda su corte en la Basílica de Santa Inés. Hechas sus devociones con todo su séquito y el Colegio de Propaganda Fide, fueron a una sala del contiguo convento de los Canónigos Lateranenses. Por la multitud de personas y las quizá deficientes condiciones de la sala, apenas sentado el Pontífice, se hundió de repente el piso y cayeron entre las ruinas. En el momento del accidente y de la confusión, el Papa imploró el auxilio de María Inmaculada. Preocupados por la salud del Pontífice, los religiosos vieron con admiración que estaba en pie sano y salvo, sin herida alguna. Luego se preocupó de su séquito y si había perecido alguno. Por gracia especial de la Inmaculada, estaban todos sanos y salvos, cuando, naturalmente, una buena parte, si no todos, debían haber perecido o, por lo menos, resultado heridos. La Inmaculada, que con tanta fe y confianza había invocado Pío IX, les había salvado. La Virgen Santísima quería demostrar su gratitud al Papa que, solemnemente, la había proclamado Inmaculada. La confirmación de la definición dogmática de la Inmaculada Concepción la tenemos en las múltiples apariciones de la Virgen de Lourdes a Santa Bernadette. Desde entonces, María Inmaculada ha mostrado su protección a innumerables enfermos de cuerpo y alma que han visitado aquel Santuario Mariano, célebre en todo el mundo.

Los que no comprenden. Poco después de la Segunda Guerra Mundial, un mutilado que en ella había perdido una de sus piernas, peregrinó a Lourdes. Se hallaba rezando fervorosamente a la Virgen, cuando un incrédulo de pocas luces y menos delicadeza, le dijo: “¿Crees acaso, iluso, que la Virgen va a devolverte tu pierna?” –“En verdad que no espero recuperar mi pierna,” respondió el mutilado, “pero rezo a la Virgen para que me ayude a vivir feliz sin esa pierna que perdí para siempre...”

Terrible castigo. Para que mejor se vea esa estimación que Dios hace de la Santísima Virgen y lo mucho que desea que nosotros la estimemos y amemos como Él, pondremos a continuación un ejemplo del modo con que castiga a los que la desprecian. Hay cerca de Gante, en Flandes, Bélgica, un santuario de la Santísima Virgen, muy semejante al de Nuestra Señora de Lourdes, a donde acuden los fieles en romería, y donde no pocas veces se han



realizado notables prodigios. He aquí uno de carácter excepcional. Dos alumnos impíos y libertinos de un colegio del Estado, pretendieron un día burlarse de lo que ellos llamaban “crédula simplicidad” de los peregrinos. Metieron en el complot a un simplón tan malvado como ellos, que debía desempeñar el papel de víctima. Le instruyeron de esta manera: “Te vendaremos los ojos, te harás el ciego y te conduciremos al manantial. Allí invocarás a la Virgen, te frotarás los ojos con el agua de la fuente y gritarás que estás curado, que has recobrado la vista.” Urdida ya la trama, los tres impíos se encaminan al santuario. En un recodo del camino vendan los ojos a su camarada y conducen de la mano al fingido ciego. Numerosos fieles rodean, mostrando simpatía, a este grupo de jóvenes que les llama la atención. Los dos estudiantes derraman lágrimas de cocodrilo por el infortunio de su amigo. Este se llega a la fuente, se le presenta el agua, se quita el vendaje para frotarse los ojos, pero ya no ve nada... ¡Había quedado realmente ciego! Grita, llora, llama a su madre, y el terror le arranca la confesión de su delito ante la apiñada multitud. El infeliz tuvo que ser colocado en una casa de salud.

Nuestra Señora del Pilar. *No explotaron las bombas.* El 3 de agosto de 1936, el alférez de aviación, Villa Caballos, que luego murió en el frente, arrojó sobre la Basílica del Pilar varias bombas, las cuales no explotaron, según él mismo cuenta: “La cosa fue de este modo. El coronel Sandino recibió en Barcelona, donde yo prestaba entonces mis servicios, la confidencia de que dentro del Templo del Pilar se recogían durante la noche algunas centurias de la Falange Española. Sandino es como mi padre espiritual y tenía en mis condiciones de piloto una confianza absoluta. Me llamó aparte y me dijo: ‘Tienes que salir esta noche para un servicio especial. Vas a volar sobre Zaragoza y a bombardear el Templo del Pilar...’ Me dispuse a cumplir lo ordenado. Preparé mi aparato y mandé equiparlo con seis bombas de cincuenta kilos cada una. Salí del aeródromo de Prat de Llobregat con tiempo magnífico. Desde nuestro frente de Aragón me habían enviado datos sobre las condiciones atmosféricas. Todo invitaba a elevarse, noche tranquila, visibilidad absoluta gracias a la luna llena, horizonte despejado... Volé hasta Zaragoza sin la menor novedad. Estaba seguro de que mi llegada había de ser una gran sorpresa y de que nadie me aguardaba. Iba a bastante altura, pero una vez que me encontré sobre la ciudad, descendí tranquilamente y empecé a fijarme en las siluetas de la Seo, expresión aragonesa por catedral, y la del Pilar. Divisaba perfectamente los dos Templos. No tuve, pues, inconveniente en colocarme encima del segundo. Los que me vieron debían creer por algunos signos del aparato que se trataba de un avión amigo. El caso es que llegué a descender hasta unos cincuenta metros sobre las bóvedas de la iglesia. Di una pequeña vuelta a fin de centrar bien mis blancos y, una vez que obtuve la seguridad del éxito, lancé cuatro bombas seguidas, una cayó al río, dos entraron en el Templo, lo vi perfectamente, la cuarta cayó delante de la puerta. Me elevé rápidamente a fin de evitar los efectos de la explosión y, cuando hube ganado altura, advertí que la explosión no llegaba. Mi asombro no tuvo límites. ¿Qué acontecía? Rondé el Pilar durante un par de minutos y nada. No estallaron las bombas. Me quedé perplejo. Estuve tentado de lanzar las dos que me quedaban en el aparato, pero mi extrañeza fue tal que preferí poner rumbo a Barcelona y averiguar la causa de lo ocurrido.” ¿No le pareció al coronel Sandino poco verosímil que pernoctasen las tropas en una iglesia? ¿Ni se acordaba que él mismo había sido bautizado en ese Santuario? Reconoce el aviador que por algunos signos debieron creer en Zaragoza que era avión amigo. Efectivamente, llevaba las luces encendidas y engañosamente pintada la bandera nacional. Después, los informes técnicos del Parque de Artillería confirmaron que las bombas llevaban detonador, no les faltaba nada... nadie podía explicar por qué no explotaron, excepto María Reina, y los Ángeles, poderosos ejecutores de las órdenes divinas.

“*Torna de muerta a viva*”. En el siglo XV, que tanto se distinguió por la devoción a

Nuestra Señora, aconteció entre otros muchos prodigios, la curación milagrosa de la reina de Navarra Doña Blanca I, (1385-1441) que, hallándose desahuciada y en el artículo de muerte, tuvo la dicha de que se le apareciera la Santísima Virgen sobre una columna de mármol y le dijera: “Sierva mía, Doña Blanca, arrimaos a este Pilar mío y tendréis salud.” Un antiguo relato de este hecho, dice que Doña Blanca “tornó de muerta a viva”, y no tardó en ir en peregrinación a Zaragoza, en 1433, con gran séquito, para cumplir el voto que hizo de orar en la Santa Capilla, como es llamada la nave central del Templo; ocupándose durante muchos días en vigiliass, oraciones y limosnas, e instituyendo, en Pamplona, la Cofradía de Nuestra Señora del Pilar, y después la Orden de Caballería del mismo nombre.

Curación de Fernando de Hontoria. Durante mucho tiempo en siglos pasados se permitió a los fieles velar toda la noche en la Santa Capilla, la nave central del templo de Nuestra Señora del Pilar. No pocos peregrinos venían con este objeto, y algunas veces en tales casos, se obraron estupendos milagros. Fernando de Hontoria fue curado en una de esas vigiliass, en 1494, después de veintiséis meses que se hallaba aquejado de una grave enfermedad. Él había asistido a unas bodas en Villamediana, Palencia, se fue a dormir, después de una abundante comida, a la sombra de un nogal. Al despertar, se encontró completamente tullido y sin poder moverse por sí solo. Así estuvo más de dos años, arrastrándose más que andando, y padeciendo crueles dolores. Fue en peregrinación, con hartas dificultades, al Santuario de Nuestra Señora del Pilar, en cuyo claustro se hospedó. Hizo una novena a la Virgen, y, en la séptima noche, oyó que Ella le dijo por dos veces claramente: “Hijo, levántate”, recobrando Fernando inmediatamente la salud.

El organista ciego de Belchite, Aragón. Domingo Saludes y Torres se quedó ciego a los pocos días de nacer. Sus padres intentaron por todos los medios y con muchos gastos su curación, pero fue imposible. A los seis años, en 1878, lo llevaron a la Escuela de Ciegos dirigida por el doctor Arellano, para que aprendiese música; lo que hizo con gran aplicación y gusto, permaneciendo en ella 15 años. Más tarde su padre, que era guardia civil, fue destinado en Belchite, Aragón, adonde se mudó la familia. Domingo se empleó allí de organista en la iglesia parroquial. Sólo distinguía bultos y sombras, por ello su afición a la música tropezaba con grandes inconvenientes para estudiar nuevas obras: para ejecutar una pieza musical, tenían que dictársela, escribirla él con el sistema Braille de puntos de relieve, y luego aprenderla de memoria. Nuestro piadoso organista, teniendo noticia de los prodigios obrados por intercesión de la Santísima Virgen del Pilar, le pidió que le diera vista al menos para leer el pentagrama escrito con tinta. Oigamos ahora cómo lo cuenta él mismo, cuando el 29 de octubre de 1907 escribió al Dr. Arellano. “Al marchar a Zaragoza, sentía yo una alegría que no me explicaba, y estando en Misa el 16 del presente mes de octubre en la Santa Capilla, me vino la inspiración de confesarme el 17, y recibir la Santa Comunión los tres días siguientes. Así lo hice, y el día 17, después de la Comunión y de dar gracias, cuando me arrodillé en la Santa Capilla, noté que veía bastante. Salí fuera y ya veía los letreros de los comercios. Conozco y distingo ya bastante bien toda la música escrita con tinta, pero, por obrar con prudencia, hasta que no pasaron ocho días no he dicho nada a nadie. Regresé a casa y aquí estoy ahora recibiendo enhorabuenas sin cesar. No necesito encargarle expresamente a usted que divulgue esta gracia, pues confío en que dirá a los compañeros de la escuela que confíen en Dios y en la Santísima Virgen.” Cuando empezó a ver los signos de los rótulos de las tiendas, no sabía todavía lo que significaban, aunque alguno iba descifrando, pues en la escuela tenían un abecedario en relieve de las letras mayúsculas. Todo su afán fue en seguida aprender a leer. El párroco le escribió las letras mayúsculas, que iba identificando, y debajo las correspondientes minúsculas: a los dos meses ya leía bastante



bien. No quedó perfectamente bien; sólo veía los objetos en frente de los ojos. Pero la Virgen le había concedido lo que él le pidió. Este milagro, aun sin proceso canónico, es uno de los más documentados y divulgados. Se recogieron testimonios firmados de sus padres, de la Escuela de Ciegos, de las principales personas de Belchite, donde llevaba ya 14 años de organista: hasta el 17 de octubre estaba ciego, y a partir de ese día, sin aplicarse ninguna medicina, sus ojos se abrieron con sólo invocar a la Santísima María, Virgen del Pilar.

Un pobre labrador recobra la pierna que le habían cortado hacía dos años y medio. Miguel Pellicer, vecino de Calanda, tenía una pierna, muerta y enterrada... Dos años y cinco meses, cosa cierta y bien probada, por médicos y cirujanos, que la tenía cortada... Se acostó en la cama y por la mañana se encontró la pierna sana como estaba... (Romance popular). Este Miguel Pellicer, nacido en Calanda (Teruel), era un mozo de diecinueve años, hijo de Miguel Pellicer, labrador pobre, y de María Blasco, su mujer. Trabajaba en Castellón de la Plana, al servicio de su tío Jaime Blasco; y cierto día tuvo la desgracia de caerse ante un carro cargado de trigo, cuyas ruedas le aplastaron la pierna derecha. Le condujeron al Hospital de Valencia, donde no acertaron a curarle. Suplicó entonces que le llevaran al Hospital de Nuestra Señora de Gracia de Zaragoza, y así lo hicieron. Llegado a esta ciudad, lo primero que hizo fue presentarse en el Templo de la Santísima Virgen del Pilar, confesarse y comulgar, suplicando a Nuestra Señora que le favoreciese en su tribulación. Cuando ingresó en el Hospital de Nuestra Señora de Gracia, tenía fiebre. Era en los primeros días de octubre de 1637. Le llevaron a la sala de operaciones, y comenzaron a examinar su pierna e intentar remedio. Dice el informe: “Y aunque le aplicaron diversos medicamentos, no aprovecharon: porque la pierna estaba muy mala, inflamada y dañada y se le puso negra, y dichos cirujanos resolvieron que él no mejoraría si no la cortaban; que de otra suerte moriría.” Los cirujanos que le cortaron la pierna, por debajo de la rodilla, fueron los doctores Estanga y Millaruelo. Así dice el proceso completísimo que se hizo poco después, firmado con juramento por numerosos testigos. Y añade luego: “Dieron una bebida al dicho Miguel Pellicer, y luego trataron de cortar como cortaron la dicha pierna derecha de aquél, cuatro dedos más abajo de la rodilla, y se la cauterizaron, mientras el paciente constantemente invocaba a Nuestra Señora del Pilar, implorando su auxilio en tan gran prueba. Uno de los practicantes tomó en sus manos la dicha pierna cortada y la mostró a diversas personas y la llevó a la capilla, en donde se depositan los cadáveres para enterrarlos en el cementerio del dicho hospital, en el cual fue enterrada.” Cicatrizada la herida, Pellicer quedó tan débil que no podía ni ayudarse de pierna de palo, y llevado de su devoción a Nuestra Señora del Pilar, se fue arrastrando como pudo de rodillas a su santo templo, y le dio gracias... suplicándole que lo ayudara para poder vivir de su trabajo. Todos los días entraba en la basílica, oía Misa, y se encomendaba a la Virgen Santísima del Pilar, rogándola se apiadase de él. Sentía dolor en la pierna y se “untaba donde le dolía con el aceite de una lámpara de la Virgen.” Así llegó el año 1640. Deseoso de ver a sus padres, después de tan larga ausencia, marchó a Calanda, su pueblo natal. Llegó tras un viaje penosísimo. Tenía entonces veintidós años. Al gozo de sus padres por verle, se unió la pena de tener un hijo inválido. Miguel, montado en una jumentilla, se iba por los pueblos pidiendo limosna para ayudar a sus padres; “teniendo en sus trabajos siempre presente pedir con devoción a la Virgen del Pilar que le amparase.” El 29 de marzo trabajó en la era; y por la noche le dolía mucho la pierna enferma con el ejercicio que había hecho. “La mostró desnuda a los vecinos de la casa de sus padres y a otros muchos, y tocaron con sus manos el corte de la pierna.” A eso de las diez, “se quitó la pierna de palo que llevaba” y se acostó en una cama improvisada a los pies de la de sus padres, pues soldados venidos al pueblo ocuparon la suya. “Se encomendó muy de veras a la Virgen Santísima del Pilar, y luego le dio un profundo sueño. Sus padres, de allí a un cuarto de hora, entraron en el aposento, y olieron una fragancia y olor suave no acostumbrado allí, y, con la luz de un candel que llevaban, reconocieron a su hijo, y vieron que tenía dos piernas, que por ser camilla corta, salían fuera de la ropa. Y maravillados y pasmados con tan grande novedad

y maravilla, despertaron a Miguel, dándole voces, y diciéndole que viese tenía dos piernas y que les dijese cómo había sido aquello. Se despertó con harta dificultad por estar muy dormido, y dijo que él no lo sabía, que cuando le despertaron estaba en un sueño muy profundo y soñaba que estaba en la Basílica de Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza, untándose la pierna enferma con el aceite de una lámpara... y que se veía con pierna... y que tenía por cierto que la Virgen del Pilar se la había traído y puesto. ... Llamaron a los vecinos, y todos se admiraron de ver a Miguel con pierna derecha, habiéndole visto sin ella hacía poco rato y tocaron y vieron la dicha pierna.” En medio de la



alegría y la gratitud, el joven curado “para saber si era su pierna la restituida, dijo a sus padres y a los dichos vecinos que mirasen si había señal en la dicha pierna derecha de la herida y rotura en la canilla... y otras dos cicatrices de rasguños de romero que había recibido yendo por el monte... Y sus padres tocaron y vieron dichas señales... Por lo cual tuvieron por cierto que era aquella la misma pierna que le habían cortado en el Hospital..., y todos dieron muchas gracias a Dios Nuestro Señor y a la Virgen Santísima del Pilar por la merced que les hacía.” Al día siguiente, viernes, el vicario de Calanda dijo una Misa de acción de gracias, asistió Miguel caminando normalmente y se confesó y comulgó, “alabando todos a Dios Nuestro Señor y a la Santísima Virgen del Pilar.” Tres días después, el 2 de abril, el Párroco del vecino pueblo de Mazaleón, prudente y previsor, al enterarse del suceso, quiso comprobarlo. Para eso llamó al notario del mismo Mazaleón, don Miguel Andreu, y con él se presentó en Calanda. El notario levantó acta ante testigos. Se conserva el original, en el cual se describen las señales que acreditan la identidad de la pierna restituida con la que había sido antes enterrada. También se conserva todo el protocolo notarial de Mazaleón, en aquel año de 1640. El 5 de junio de 1640 se inició el proceso formal en el Tribunal Eclesiástico de Zaragoza, a instancia de los Jurados de la Ciudad, del Concejo y de la Universidad, y el 27 de abril de 1641, dicta sentencia el arzobispo Apolaza, en los siguientes términos: “Con el parecer y consejo de los infrascritos ilustres Doctores..., decimos, Pronunciamos y Declaramos que a M. J. Pellicer le ha sido restituida milagrosamente su pierna derecha que antes le habían cortado.” Se conserva en 72 folios manuscritos la copia literal del proceso, que los mismos notarios del Tribunal suscribieron para el Cabildo de Zaragoza. Este es el famosísimo “Milagro de Calanda”, obrado por Nuestra Señora del Pilar en favor de un pobre labrador que la invocaba con filial confianza en medio de su desgracia. Es un milagro de primer orden. Porque restituir una pierna, enterrada hacía dos años y medio, es más que curar un tísico o un paralítico... Es el milagro de la resurrección de la carne; y está tan bien documentado, que negarlo sería llamar noche al día. El mismo rey Felipe IV hizo que Pellicer fuese a Madrid, le oyó con gran interés la relación del suceso y besó reverentemente la pierna restituida por la Virgen del Pilar. Por lo tanto, confía en María; sírvela, ámala, y también tú, lector mío y hermano mío, y dirás por experiencia propia: ¡Oh, Virgen de vírgenes! Ninguno de los que acuden a tu protección e imploran tu socorro, es desamparado por Ti.

Nuestra Señora de Guadalupe. *Un Religioso es librado milagrosamente de su cautiverio.* Fray Jerónimo de Guzmán, Vicario del Monasterio de la Trinidad, en la ciudad de Málaga, fue en romería con mucha devoción al santuario de Santa María de Guadalupe por un voto que había hecho a Nuestra Señora. Él explicó la causa de dicho voto así: “Cuando en Almería me dirigía a un Monasterio de nuestra Orden, fui asaltado por tres moros, los cuales salieron a mí, me ataron y llevaron preso a Tetuán, la ciudad de Marruecos, en África. Allí estuve por espacio de un mes y medio y pasé muchos tormentos y aflicciones. Me encomendé entonces a esta Bendita Señora diciendo así: ‘Oh, Señora, Virgen María de Guadalupe, Madre de Dios, Santísima y sin mancilla. Tú que quitas las ataduras a tus devotos y prisioneros, no me olvides a mí de entre todos ellos, que te llamo con corazón angustiado y padeciendo grandes tormentos en mi cuerpo. Ninguno te llamó, Señora, que no lo oyese; ninguno te pidió algo

que Tú no le atorgases; pues no me niegues a mí, Virgen gloriosa, lo que a todos otorgas. No sea yo más ajeno a tu Misericordia que todos tus otros servidores. Y si tu bondad me librase de esta dura prisión, yo te prometo, Señora mía, y hago voto de visitar tu Santa Iglesia de Guadalupe.' Pues hecho este voto, la Reina de los Ángeles, que en la mayor agonía consuela a los desconsolados y tristes, obró conmigo el milagro que se sigue: Pasados dos días después que yo hice esta promesa, por la tarde, a la hora de vísperas, ya había rezado todas las oraciones de las horas canónicas, recé entonces la Salve; cuando terminé de decirla, oí la voz de Nuestra Señora que me dijo tres veces: 'Anda acá, anda acá, anda acá.' Y al acabar de decir por tercera vez dichas palabras, súbitamente me hallé en el mismo lugar donde yo había sido antes cautivado en tierra de cristianos, es decir, en Almería, a más de 150 kilómetros de distancia y cruzando el mar." Habiendo sido librado del cautiverio en que estaba por medio de tan maravilloso milagro obrado por Nuestra Señora, Fray Jerónimo fue con mucha devoción a visitar su Santuario de Guadalupe, a darle gracias por tan señalado beneficio, ocurrido en el año 511, por el mes de enero.

Un corregidor gallego fue librado de una saeta mortal. Álvaro García, regidor de Betanzos, en Galicia, fue al monasterio de Nuestra Señora de Guadalupe en Cáceres, en abril de 1514. Dejó constancia de la causa de su romería, como sigue: "En el mes de noviembre del año 1513, siendo yo corregidor en Villero, escuché un alboroto y vocerío muy grandes. Fui entonces a poner paz, pero me llegó una flecha en el pecho, al lado derecho, cuya punta me traspasó hasta la espalda. Y como me viese así tan mal herido, me encomendé a Nuestra Señora de Guadalupe, prometiéndole, que si escapaba de aquella herida, iría a pie en romería, a su santuario. Me atendió entonces un cirujano y vio que la herida era mortal, me procuró todos los Sacramentos, diciendo que no podría sobrevivir. Y yo, viéndome en tanto peligro y que mi herida iba de mal en peor, me encomendaba con más devoción a Nuestra Señora ratificando el voto que había hecho, y así estuve por 15 días, y, como entonces todos me dijese que me moría, cerré los ojos para morir, encomendándome con gran ahínco a Nuestra Señora de Guadalupe. Estuve así toda aquella noche; y al otro día abrí los ojos y vi la claridad del día, di muchas gracias a Nuestra Señora, y estaba sano, sin saber cómo." Reconociendo este señor que el beneficio recibido era gracias a Nuestra Señora, acudió a cumplir su voto según lo había prometido.

Nuestra Señora cura a un burgalés de una enfermedad mortal. Cuando Juan de Salinas, comerciante, natural de Burgos, estaba en Flandes por su trabajo, le sobrevino una enfermedad tan grave, que ya no había remedio humano, pues había gastado en médicos más de trescientas doblas, la moneda castellana de aquel tiempo, sin presentar mejoría. Sobre esto le vinieron unos vómitos, de manera que estuvo doce días sin comer ni beber, y sin responder a estímulos exteriores. Le vio un médico en este estado, y le dijo que se preparase para morir; como oyó esto su criado, se fue al puerto para decir a los otros mercaderes, sus amigos, lo que pasaba. Uno de estos, como viese al dicho Juan de Salinas en tal estado, que parecía más muerto que vivo, le dijo a voces: "Juan, Juan de Salinas, encomiéndate a la Virgen de Guadalupe y ofrécete a Ella." Él lo oyó porque su amigo daba grandes voces, y aceptando el consejo, prometió en su corazón visitar su monasterio y llevarle en ofrenda una figura de hombre que pesase media libra de plata. Después contó que, cuando esto pensaba, se le apareció una Señora muy hermosa, que le dijo: "Hijo, no temas, que no morirás de esta enfermedad." Se volvió Juan de Salinas a los mercaderes, les dijo: "Amigos, id con Dios, que ya me encomendé a la Virgen de Guadalupe y me ha dicho que no moriré de esta enfermedad." Hecho este voto, aquel mismo día se le quitaron los vómitos y las fiebres, y al siguiente día pudo levantarse. Lo cual, visto por los que conocían su enfermedad, dieron por milagro del Señor y de la Virgen de Guadalupe. El 9 de septiembre del año del Señor de 1499, Juan de Salinas, que también había conocido el gran favor recibido de Dios por mediación de la Virgen de Guadalupe, llegó a aquel antiguo santuario, por entonces ya transformado en monasterio, y ofreció el valor en dinero de su ofrenda y su hechura.

En Villahermosa Nuestra Señora conserva la vida a dos personas.

Gil Moreno, natural de Villahermosa, vino a este santuario y, contando la causa de su venida y por qué traía dos mortajas, dijo que, como un cuñado suyo llegase casi a la muerte por un dolor de costado que le sobrevino, y como en tal estado estuviese por espacio de dos días, su mujer, hermana del enfermo, le dijo a voces: “Hermano, ¿quieres que te encomiende a la Virgen de Guadalupe?,” él no respondió nada, pues tenía los ojos como muerto. Por lo que su hermana, viéndole tan mal, rezó en voz alta: “Oh, Señora de Guadalupe, prometo llevarte la mortaja con que este hermano debería ser amortajado, si es que le conservas la vida.” ¡Cosa maravillosa! El enfermo, abriendo los ojos, pidió a su hermana que le diera de comer; mas ella, pensando que lo decía en delirio de muerte, le repitió la misma petición a la Santísima Virgen. El enfermo le volvió a decir: “Hermana, que yo me prometo a la Virgen de Guadalupe, como tú quieres.” Cosa rara, al decir esto se levantó de la cama y, en pocos días, quedó completamente sano. De allí a once días, sucedió que un hijo de este matrimonio enfermó de fiebres, de tal modo que permaneció nueve días sin comer ni beber y sólo se sabía que vivía porque respiraba, pero al noveno día perdió hasta la respiración. El médico, que fue llamado para que lo examinara, dijo que aquel joven estaba muerto y, si algún calor conservaba, eran restos del calor natural. Su madre, le dijo entonces a su marido: “Pues si la Virgen de Guadalupe dio la salud a mi hermano, yo espero en Ella que no abandonará a nuestro hijo; hagamos voto de llevar a su santuario la mortaja de nuestro hijo.” El marido le respondió: “Hazlo, que si sana yo lo cumpliré.” La mujer, de rodillas, comenzó a rezar: “Oh, Virgen de Guadalupe, no mires a nuestros pecados, mira a la desgracia que tenemos si perdemos nuestro hijo, pues él nos sostiene en nuestra pobreza; por esto y por tu gran misericordia, socórrenos, como cuando socorriste a mi hermano que iba a morir, y yo te prometo llevar ambas mortajas a tu santuario.” Acabado de decir esto, el joven abrió los ojos y dijo: “Mamá, no llores por mi muerte, que la Virgen de Guadalupe me ha devuelto la vida; La he visto aquí con gran claridad.” Cuando los que allí estaban oyeron esto, quedaron muy maravillados. Dando gracias a Dios y a la Virgen de Guadalupe, el joven súbitamente quedó sano, aunque con alguna debilidad. Por eso vino el dicho Gil Moreno a este santuario, y entregó las dos mortajas a los porteros. En el año 1499, el 9 de septiembre, día después de la Natividad de Nuestra Señora.

Nuestra Señora restituye el habla a un enfermo. En 1514 Antón Garcés, vecino de Oporto, reino de Portugal, llegó al Monasterio de Nuestra Señora, Santa María de Guadalupe, y contando la causa de su venida, dijo: “Soy escribano público y estando en mi oficio, por encargo del rey, fui espiado por unos de mis enemigos, y, atacándome a traición, me dieron una cuchillada en la cabeza, por la que luego los médicos me desahuciaron. Y como yo perdí el habla, fui metido en una estancia muy oscura donde no veía sol ni luna, y allí estuve sin habla por espacio de ocho meses. Como los médicos dijese que de allí no saldría y todos pensaban que moriría pronto, me encomendé a Nuestra Señora de Guadalupe, prometiéndole que si me sacaba de aquel peligro, vendría en romería a este monasterio. Y estando yo así afligido, la Señora de Guadalupe se me apareció y me dijo: ‘No temas, hijo, que no morirás de este mal.’ Entonces pude hablar y me sentí mejor, y poco a poco fui mejorando hasta que sané del todo. Y vengo ahora a cumplir lo que le prometí a Nuestra Señora, la Virgen Santa María de Guadalupe.” Después de cumplir su promesa, este devoto hombre volvió a su tierra, alabando y bendiciendo a Nuestra Señora.

Nuestra Señora resucita a un niño en Talarrubias. Juan de Mansilla, vecino de Talarrubias, Badajoz, perteneciente al Arzobispado de Toledo, vino a visitar el monasterio de Nuestra Señora de Guadalupe, por el mes de septiembre de 1594, en cumplimiento de un voto que



había hecho a Nuestra Señora y, dando cuenta del caso formalmente y con juramento, dijo que hacía dos años, en 1592, por el mes de agosto, enfermó de calenturas un hijo suyo que se llamaba también Juan, y, después de ocho días, se le agravó tanto la enfermedad que, a su parecer y el de otras personas que lo vieron, murió y estuvo así por espacio de un cuarto de hora. Desconsolado su padre, porque era el único hijo que le quedaba vivo, pues se le habían muerto los otros cinco que Dios le había dado, lo tomó en sus brazos y derramando muchas lágrimas y con mucha angustia, exclamó: “Oh, Señora mía de Guadalupe, yo te prometo llevarlo a vuestro santuario y ofrecerte su peso en trigo, si es Voluntad de Dios que, por vuestra intercesión, Dios me lo devuelva.” Sucedió algo maravilloso, ya que después de esta tan sentida plegaria, volvió el niño a la vida: se quejó, abrió los ojos, y quedó bueno y sano sin calentura y sin presentar ni muestras de enfermedad, con gran admiración de muchos vecinos, que habían venido a los gritos que dio su madre. Juntos dieron muchas gracias a Dios y a su Santísima Madre por tanta misericordia como nos hace llegar.

María Auxiliadora. Hay en Turín, consagrado a María Auxiliadora, un templo venerable y eminentemente popular. Cuando en 1865, Don Bosco, fundador de la Pía Sociedad de San Francisco de Sales, echó los cimientos de esa iglesia apenas tenía cuarenta céntimos en caja. Concluidos los trabajos en 1868 el valor alcanzaba a más de un millón de liras. Y tamaña empresa se había realizado sin correr una sola colecta. ¿Quién proporcionó los recursos? – María; sí, porque los fieles que incesantemente llegaban a Don Bosco con una piadosa ofrenda le decían al mismo tiempo que era sólo el pago de una deuda contraída con la Madre de Dios de quien habían alcanzado un señalado favor. Cada piedra de ese santuario, cada uno de los exvotos sin número que relucen en sus muros atestigua una gracia de María Auxiliadora. Sin que sea posible mencionar tantos hechos extraordinarios baste la relación del siguiente: Vivía en Vinovo, aldea cercana a Turín, una joven llamada María Stardero la cual tuvo la desgracia de perder totalmente la vista. Ansiosa de recobrarla concibió el pensamiento de hacer una peregrinación a la Iglesia de María Auxiliadora, y un sábado del mes que le está consagrado, acompañada de su tía se presentó en el templo. Después de breve oración ante la imagen de Nuestra Señora, fue conducida a la presencia de Don Bosco, en la sacristía y allí tuvo con él esta conversación: – ‘¿Cuánto tiempo hace que estáis enferma?’ – ‘Ya mucho tiempo, pero hace como un año que nada veo.’ – ‘¿Habéis consultado a los médicos? ¿Qué dicen? ¿No os han medicinado?’ – ‘Hemos usado toda clase de remedios sin resultado alguno, respondió la tía. Los médicos no dan la menor esperanza.’... y se echo a llorar. – ‘¿Distinguí los objetos grandes de los pequeños?’ – ‘No, señor; no distingo nada absolutamente.’ – ‘¿Veis la luz de esa ventana?’ – ‘No, señor; nada veo.’ – ‘¿Queréis ver?’ – ‘Señor, soy pobre, necesito la vista para buscar la subsistencia; ¿no he de quererlo?’ – ‘¿Os serviréis de los ojos para bien de vuestra alma y no para ofender a Dios?’ – ‘Lo prometo con todo mi corazón.’ – ‘Confiad en la Santísima Virgen; Ella os sanará.’ – ‘Lo espero, mas entretanto estoy ciega.’ – ‘Veréis.’ – ‘¡Ver yo!’ Entonces Don Bosco con tono y ademán solemnes exclamó: – ‘A gloria de Dios y de la bienaventurada Virgen María, decid ¿qué tengo en la mano?’ La joven abrió los ojos, los fijó en el objeto que Don Bosco le presentaba, y gritó: ‘Veo... una medalla... y de la Santísima Virgen.’ – ‘Y en este otro lado de la medalla, pregunta Don Bosco, mostrándoselo, ¿qué hay?’ – ‘Un anciano con una vara florida: es San José. Renunciamos a describir lo que entonces pasó; sólo añadiremos que habiendo María extendido la mano para coger la medalla, cayó ésta al suelo, yendo a parar a un rincón de la sacristía, y la misma María, por orden de Don Bosco, la buscó y la encontró, con lo que dejó a todos perfectamente convencidos de la realidad de la curación, la cual fue tan completa como prodigiosa, porque María Stardero no ha vuelto a padecer de los ojos.

Con Ella, todo. Hojeando la biografía de San Juan Bosco, uno se persuade de que María Auxiliadora fue el alma, el centro, el todo de la obra gigantesca realizada y sostenida por el humilde pastorcillo de Becchi. Él mismo lo confesaba con palabras que ponen de relieve su profunda humildad. “Yo no hago nada. Es María Auxiliadora quien obra tantos prodigios.

Sin Ella, ¿qué sería Don Bosco? Un pobre cura de aldea, perdido en el último rincón de los Alpes.” ¡Así hablan los Santos! Por María Auxiliadora él recogió a los rapazuelos de Turín; los albergó en colegios; fundó la Congregación Salesiana y después el Instituto de las Hijas de María Auxiliadora; sanó a miles de enfermos, resucitó muertos, volvió almas descarriadas al buen camino, propagó las buenas publicaciones, envió misioneros y educadores por todo el mundo; millares de niños, de jóvenes, de adultos le han llamado Padre y apóstol; y la Congregación Salesiana, con celo y entusiasmo por la santa causa del Señor, ha librado batallas espirituales contra los eternos enemigos de las almas. “Sin María Auxiliadora, nada; con Ella, todo”, decía Don Bosco, y también: “Confía en Jesús en el Santísimo Sacramento y en María Santísima, y verás lo que son los milagros.”



Una paralítica recobra el movimiento mientras celebran Misa por ella. En 1868, una señora de Milán fue atacada de una hemiplejía: un lado de su cuerpo quedó completamente paralizado. Su familia, viéndola amenazada de nuevos ataques, y no teniendo ya esperanza en los remedios humanos, comenzó a implorar con confianza la Misericordia Divina, por intercesión de María Auxiliadora, pues habían oído de tantos desventurados que habían experimentado sus favores. Enseguida encargaron a los salesianos de Turín, que rezaran por ella las oraciones especiales que allí rezaban en los casos graves, y que se celebrase una Misa al día siguiente en la Basílica de María Auxiliadora. Mientras a las siete de la mañana se decía en Turín el Santo Sacrificio por la enferma, sus parientes y amigos, arrodillados alrededor de su cama, unían desde lejos sus preces con las del celebrante. Pedían que la pobre paralítica pudiese, por lo menos antes de morir, volver en sí y recibir el Santo Viático. Su fervor llegó al Cielo. Hacia las siete y media, precisamente a la misma hora en que se concluía la Misa en el santuario, la enferma recobró el conocimiento y el uso de la palabra, y también pudo mover poco a poco sus paralizados miembros. Entonces, los asistentes, llenos de asombro, pensaron que este esfuerzo era tal vez el último; pero rápidamente el temor se convirtió en la más viva alegría, pues la enferma, se sentó sobre su lecho, y articuló claramente estas palabras: “Yo estoy sana.” Pidió sus vestidos, y se hizo llevar, aquella misma mañana, a la iglesia, para dar gracias a la Madre de Misericordia y recibir la Santa Comunión. Esta misma dichosa enferma, curada milagrosamente, nos ha escrito la relación de este hecho, terminando su carta así: “Deseo que a este milagro se dé la mayor publicidad posible, para que, propagando los beneficios de María Auxiliadora, esta Buena Madre sea invocada y honrada cada día más.”

“Ya no lo llamo hijo mío, sino hijo de la Santísima Virgen.” El 10 de junio de 1868, cerca del mediodía, llegó a Turín un coche de viaje, que se detuvo ante de la puerta del templo de María Auxiliadora, y del cual descendió un hombre de aspecto distinguido; fue inmediatamente a confesarse, y después se acercó con recogimiento a la Santa Comunión. Después de dar gracias, entró en la sacristía, y presentó una ofrenda al párroco de la iglesia, y le dijo: “Ruegue usted por mí y cuente a todos las maravillas que se me han hecho, gracias a la intercesión de la Santísima Virgen.” Como el Padre le rogara que se explicase, contó: “Vengo de Faenza, Emilia Romaña, a cumplir un voto. Un hijo mío, de cuatro años de edad, objeto de todas mis esperanzas, cayó gravemente enfermo, y ya no daba señales de vida; ya le llorábamos como muerto, cuando llegó un amigo y nos aconsejó que hiciéramos una novena a María Auxiliadora con la promesa de hacer una ofrenda a este templo. Yo lo prometí todo y también venir en persona a este lugar y recibir en él la Sagrada Comunión, si obtenía la gracia, que casi no podía esperarse, de que sanara mi hijo. Fui escuchado. Al quinto día de la novena se hallaba mi hijo fuera de peligro, y hoy día se encuentra perfectamente restablecido. Por lo que no le llamo ya mi hijo, sino hijo de la Santísima Virgen. He cumplido mi voto, y vuelvo a casa consolado, bendiciendo a la Madre de toda Misericordia, María Auxiliadora.”

Un médico incrédulo. En 1869, un acreditado médico de Turín se presentó en el Oratorio de San Francisco de Sales, pidiendo hablar con Don Bosco. Y tras el saludo seco, le dice: “Me han dicho que curáis toda clase de enfermedades, ¿es eso cierto?” – “De ninguna manera; nada más erróneo.” – “Me lo han asegurado.” – “Cierto que muchas personas vienen aquí a implorar alguna gracia por intercesión de María Auxiliadora. Si después de un triduo o una novena obtienen la salud, ya comprenderá usted que no soy yo quien los cura.” – “Perfectamente. Pues cúreme también a mí y creeré en semejantes milagros.” – “¿Qué enfermedad padece?” El doctor contó a Don Bosco que, padeciendo ataques epilépticos tan frecuentes y violentos que le exponían a las burlas, no podía salir de casa sin un acompañante. Que no había hallado alivio a su terrible mal y que, desesperado, acudía a él en busca de curación. – “Si es así, haced lo que los demás: Arrodillaos conmigo, disponiéndolos a purificar vuestra alma en la Santa Confesión y fortalecerla con la Santa Comunión.” – “Mandadme otra cosa, porque eso es precisamente lo único que no puedo hacer.” – “¿Por qué?” – “Porque sería una hipocresía de mi parte; yo no creo en Dios, ni en la Virgen, ni en la oración, ni en los milagros...” El santo quedó consternado ante semejante actitud de incredulidad; mas, con la ayuda de Dios, encontró palabras tan elocuentes, que el doctor se arrodilló e hizo la señal de la cruz. – “Estoy maravillado de saber hacerla, porque hace más de cuarenta años que no me había persignado.” El caso es que rezó y se confesó, e inmediatamente se sintió sano. Jamás se le repitió el menor síntoma de aquel mal, y con frecuencia ha ido a dar gracias a María Auxiliadora por cuya bendición recobró la salud del alma y del cuerpo.

Curación de un tullido. El día 4 de junio de 1874, al abrir la Iglesia de María Auxiliadora en Turín, Don Bosco halló recostado en la puerta a un enfermo, que tenía el cuerpo tullido y contrahecho, con reumatismo tenaz y afección en la espina dorsal, y sin poder moverse. Una persona caritativa le había traído en su carro y dejado a la puerta. La ciencia humana se había declarado impotente. Cuando lo tuvo en la sacristía, le preguntó Don Bosco: “¿Qué deseáis?” – “La bendición de María Auxiliadora para curar.” Don Bosco le dio la bendición... y añadió: “Si ponéis vuestra confianza en María, abrid la mano... comenzad por el dedo pulgar, poneos en pie sin la muleta... e id a arrodillaros delante del Santísimo Sacramento.” El enfermo ejecutó cuanto Don Bosco le ordenaba, y al fin exclamó radiante de alegría: “¡Dios mío! ¡Dios mío!, estoy curado. ¡María Auxiliadora, rogad por mí! Os prometo confesarme y comulgar el domingo próximo.”

Nuestra Señora de Fátima. Declaraciones muy elocuentes hechas por San Juan XXIII. El 22 de agosto de 1959, al dirigirse a un nutrido grupo de peregrinos en Castelgandolfo, dijo: “No comprendí la importancia de la devoción al Corazón Inmaculado de María hasta que fui al Santuario de Fátima, donde celebré el pontifical y pronuncié una homilía ante unos setecientos mil peregrinos, gentío importante como nunca he vuelto a contemplar en el curso de mi vida. Hay en el Corazón Inmaculado de la Virgen algo misterioso y conmovedor. Este Corazón es una visión de paz, una invitación y una guía no sólo a los bienintencionados, sino también a los descaminados...” San Juan XXIII falleció santamente el 3 de junio de 1963. Sus últimas palabras, según declaraciones del confesor que lo asistía, fueron para la Virgen: “¡Madre mía...!”, como si quisiese decir: Corazón de María, sed la salvación mía. Y hablando de esto, conviene recordar también estas otras palabras que, según informa Jean Guittou, pronunció San Juan XXIII en su lecho de muerte: “¡Suspended el Concilio! ¡Suspended el Concilio!”, pues ya se dio cuenta que aquel concilio, por la dominación del ala progresista, se había convertido en un infernal conciliábulo.

Un fotógrafo descreído. Cuando, en 1948, la Virgen Peregrina de Fátima llegó a Madrid, un fotógrafo, verdadero artista, pero descreído, se dijo para sí: “¡Qué buen negocio se presenta para mí! Prepararé mis mejores placas. Ningún otro fotógrafo sacará cosa igual.” Llegó el momento propicio. La luz está en su punto. La vista es ideal. El paisaje, maravilloso. La muchedumbre sirve de marco precioso a la estatua de la Virgen. Disparó la cámara. Las palomas y las flores salen preciosas; todo menos la Virgen, que no aparece. – “Será que la

placa no está bien. Probaré con otra mejor.” La impresiona con cuidado... y todo sale perfecto, menos la estatua de la Virgen, que no se ve. En la tercera placa, en la cuarta, en la quinta y sexta, el mismo prodigio. “Y yo, aturdido y arrepentido,” dice el fotógrafo, “caigo de rodillas exclamando: Virgen Santísima de Fátima, perdóname: ya comprendo que no soy digno de ver la belleza de tu Rostro divino. Perdóname.” Y el fotógrafo descreído se convirtió de veras. Si la Virgen hace, a veces, prodigios para salvar a los pecadores que no creen en su protección maternal, ¿qué no hará por los que nos esforzamos en honrarla?

Nuestra Madre del Palmar Coronada. *Maravillosos efectos del Agua del Pozo del Palmar.* “Nuestra hija tenía seis meses

cuando comenzó a tener ataques epilépticos, la llevamos a un hospital, pero fue necesario derivarla a una clínica especial para bebés. Como hubo complicaciones para asistir a este hospital, informamos a nuestro Obispo misionero, y oramos intensamente a la Santísima Virgen María por una pronta solución. Nuestra hija tenía hasta nueve convulsiones al día y los médicos nos dijeron que una convulsión que dura más de siete minutos puede ser muy peligrosa. Le pusimos Agua del Pozo en la lengua en cada convulsión y la convulsión se detuvo instantáneamente, por lo que nunca entró en la zona horaria peligrosa. A los pocos días se solucionaron las complicaciones del traslado hospitalario y nuestra hija recibió el tratamiento que necesitaba. Esta es una de nuestras experiencias familiares de milagros al usar el Agua del Pozo de El Palmar y los maravillosos resultados de las oraciones invocando a la Santísima Virgen María.” De una fiel palmariana.

Nace sano un bebé, gracias a Nuestra Madre del Palmar. “Cuando estaba embarazada, pedí a Su Santidad el Papa Pedro III, a los Obispos y a las Monjas, que oraran por el embarazo ya que había altos riesgos de complicaciones que podían ocurrir. Bebí el Agua del Pozo cada mañana y cada noche durante todo el embarazo y oré a la Santísima Virgen María para que protegiera a mi bebé. Por medio de la Divina Providencia sentí que algo andaba mal alrededor de los siete meses de embarazo, así que fui al hospital para un chequeo; al principio todo parecía estar bien pero cuando el médico jefe hizo un segundo chequeo notaron que la placenta comenzaba a desprenderse, tuvieron que operar muy rápido ya que el bebé ahora podía morir en minutos; el bebé nació y gracias a la Santísima Virgen el bebé nació sano. El médico dijo después que fue un milagro que estuviera yo en el hospital justo en el momento adecuado para salvar al bebé.” Una fiel palmariana.

Los nombres de la Santísima Virgen. César Alejandro Luis Lenormand parecía un tipo de esos pequeños rentistas, algo pretenciosos, que, después de una vida sobria, económica, laboriosa y honrada, disfrutaban en su vejez de un modesto bienestar. Durante treinta años fue cajero en distintas ciudades, y, al regresar después de ellos a su pueblo natal, declaró que pertenecía al partido de la religión, y aun llegaba a decir con tono muy solemne: “Yo protejo la religión.” Por lo demás, estaba en muy buenas relaciones con el párroco y oía Misa cada domingo, pero no cumplía con el precepto pascual. Una gran objeción se lo impedía. “Durante mi juventud,” decía él, “no se hablaba más que de una Santísima Virgen; pero hoy me dirijo a Honfleur y encuentro a Nuestra Señora de la Gracia; paso por Rouen y encuentro a Nuestra Señora del Buen Socorro; llego a París y encuentro a Nuestra Señora de las Victorias. Y aun después han inventado Nuestra Señora de la Salette, Nuestra Señora de Lourdes y no sé cuántas otras. ¡Han hecho mal con tantas invenciones! Si la Virgen fuera una sola, yo cumpliría con el precepto pascual.” —“Amigo mío,” le dijo un día el cura párroco, “¿me promete usted cumplir con el precepto pascual si le demuestro que no admitimos más que una sola Virgen Santísima?” —“Sin duda ninguna, señor cura: palabra de César, pero no me lo probará usted, porque es imposible.” —“Pues bien, óigame: es muy sencillo. Suponga usted que en este momento una carta del notario de Honfleur le anuncia que un comerciante de dicha ciudad



lega diez mil francos a su antiguo cajero César Lenormand. ¿Aceptaría usted?” –“¡Ya lo creo! Soy yo.” –“Mañana un nuevo aviso le anuncia que un comerciante de Rouen lega diez mil francos a su antiguo cajero Alejandro Lenormand. ¿Aceptaría usted?” –“Sin duda: soy yo también.” –“Pasado mañana un tercer aviso le comunica que un comerciante de París lega otros diez mil francos a su antiguo cajero Luis Lenormand. ¿Aceptaría usted?” –“¿Por qué no? Soy el mismo.” –“¿Y por qué aceptaría usted?” –“¡Vaya!, porque siempre sería yo el favorecido.” –“Es decir,” replicó con maliciosa sonrisa el Sacerdote, “que, aunque haya tenido usted el humor de hacerse llamar con diferente nombre en las distintas poblaciones, César en Honfleur, Alejandro en Rouen y Luis en París, no obstante, ha conservado siempre su apellido; pues, amigo mío, una cosa semejante pasa con la Santísima Virgen. Como es Tesorera y Dispensadora de todas las gracias del Cielo, según son éstas, así se la nombra con diversos títulos honoríficos en cada uno de sus innumerables santuarios, pero sólo existe una Santísima Virgen. En otros términos: ésta tiene muchísimos nombres, pero un solo apellido. Llame usted, si quiere, nombres de pila a los que nosotros llamamos advocaciones o títulos gloriosos. Lo positivo es que la Virgen Santísima es una sola. Por consiguiente, debe usted cumplir con el precepto pascual...” –“Señor Cura, tiene razón. Empeñe mi palabra de César: mañana me confesaré.” Y así lo hizo.



La Santa Casa de Loreto

Uno de los mayores milagros de la Historia es la traslación de la Casa de la Virgen desde Nazaret a Loreto. El hecho está respaldado por abundantes pruebas testimoniales y físicas, y es un milagro permanente. En el santuario de Loreto, en Italia, se conserva la Santa Casa de la Virgen María en Nazaret. En ella pronunció las benditas palabras: “He aquí la Esclava del Señor. Hágase en Mí según tu palabra,” en respuesta al anuncio del Arcángel Gabriel de que sería la Madre de Dios. La Santa Casa llegó hasta su ubicación actual en una traslación milagrosa que tuvo lugar en el siglo XIII, reconocida por numerosos Papas y que tuvo su propia fiesta litúrgica.

La ciudad de Nazaret, a las faldas de una hermosa colina, cerca del monte Tabor, era, hace veinte siglos, uno de los centros más importantes de Galilea. Sus habitantes vivían con frugalidad y sencillez, y la pureza de sus costumbres retrataba fielmente la de los antiguos patriarcas, cuyas tradiciones eran conservadas con religioso respeto.

El comercio con las comarcas vecinas florecía y a menudo llegaban de las fértiles regiones de Arabia, numerosas caravanas de camellos cargados con variados productos y exquisitas esencias que daban a la ciudad de Nazaret gran importancia y riqueza.

La Santísima Virgen María había nacido en Séforis, a unos diez kilómetros de Nazaret, por lo que fue esta región la patria de la Virgen María. Aquí tenía su modesta casa. Este humilde asilo fue, pues, testigo de la Encarnación del Verbo Divino, mientras en la casa cercana de San José fue la niñez y juventud de Jesús, escena de sus virtudes, de las bondades y divinas sonrisas con que colmaba de gozo los corazones de sus Santísimos Padres, José y María. La casa de la Virgen María es sagrada en virtud del imponderable milagro de la Encarnación del Mesías.

La Santa Casa de la Virgen en Nazaret tenía dos partes: Una parte era una pequeña gruta y la segunda parte una pequeña estructura de ladrillos que se extendía desde la entrada de la gruta. La estructura de ladrillos no tenía sino tres paredes ya que un lado pegaba con la pared de la gruta.

Pronto la Santa Casa se convirtió en lugar de reunión para la celebración de la Santa Misa de los primeros Cristianos. Júzguese del amor filial y de la veneración profunda que los Apóstoles y los primeros cristianos tendrían a este santuario incomparable... Bajo el

imperio del gran Constantino, la Emperatriz Elena, su madre, sin intimidarse por las penosas fatigas de peregrinación tan lejana, se dirigió a los santos lugares de Palestina. Visitó el Pesebre, en Belén, el Calvario y Santo Sepulcro, en Jerusalén, y después llegó a Nazaret, al sagrado recinto donde se inició nuestra redención. La piadosa Emperatriz halló la casa de la Santísima Virgen, que todavía se elevaba entre montones de informes ruinas. Su extremada pobreza y los humildes muebles que en ella quedaban le inspiraron vivos sentimientos de ternura y respeto a la Reina Soberana del universo, que con ser tan grande había escogido tan estrecha y modesta habitación.

Resolvió, sin embargo, no hacer el menor cambio. Mandó restaurar solamente el altar, en el cual los Apóstoles habían ofrecido el Santo Sacrificio, y dio terminantes órdenes a los ministros imperiales para que hicieran construir, alrededor de la Santa Casa, un augusto templo, en cuya fachada se leyera grabada en mármol, la siguiente inscripción: “Aquí fueron puestos los fundamentos de la Redención del género humano.”

Cuando el magnífico edificio estuvo concluido, una procesión no interrumpida de peregrinos acudió desde los confines de Oriente y Occidente para venerar la cuna de la fe católica. Los reyes, los príncipes, los más ilustres personajes marcharon reverentes, a veces con sus pies descalzos, a visitar aquel Cielo terrestre.

Por desgracia, con el transcurso de los años, los sarracenos se hicieron dueños de Palestina. Nazaret quedó en sus manos, la ciudad donde habitaba la Santísima Virgen María cuando el Arcángel San Gabriel fue de parte de Dios a anunciarle el gran misterio de la Encarnación del Verbo Divino. Los bárbaros musulmanes nada respetaron, pero esta casa era demasiado augusta, demasiado santa, para que la destruyeran los infieles después de haber sido habitada por el Hijo de Dios y su Divina Madre, y un día que los sarracenos se ocupaban en demoler la majestuosa basílica, vieron desaparecer ante sus ojos la Santa Casa.

El Señor, Dios Omnipotente, admirable e incomprensible en sus designios, hizo el más inaudito de los milagros, arrancando de sus cimientos la casa de su Divina Madre, para salvarla de la cólera salvaje.

Era el 10 de mayo de 1291. Algunos habitantes de las márgenes del Adriático, en Dalmacia, hoy Croacia, de la antigua Yugoslavia, iban muy de madrugada a sus faenas de campo. No lejos del mar, entre Rijeka (o Fiume) y Tersate -hoy barrio de Rijeka- miran asombrados un edificio solitario, colocado donde jamás se ha visto casa ni cabaña alguna. Disminados por inexplicable emoción, corren presurosos a anunciar lo que han visto.

Al ruido de tal prodigio, una inmensa multitud acude de todas partes, rodea la misteriosa casa y la examina con prolija curiosidad. Apenas mide diez metros de largo por unos cinco de ancho y siete de alto.

Todos se sorprenden de verla colocada, sin cimientos y sin apoyo, sobre un terreno desigual; extrañan la singularidad de su estructura y su aspecto de remota antigüedad. Hecha de piedras semejantes a ladrillos, material no usado entre ellos, muestra evidentemente no haber sido construida en el país.

Su sorpresa se aumenta cuando penetrando en el interior, por la única puerta que presenta a un costado, lo encuentran cuidadosamente adornado. El techo, pintado de azul y sembrado de estrellas doradas, está coronado de un pequeño campanario. Los muros, de cerca de medio metro de espesor, hechos sin regla y sin nivel, están dibujados con líneas semicirculares y con vasos de diversas formas. A mano derecha de la puerta hay una pequeña ventana. Al frente se eleva un altar de piedra y sobre él una antigua cruz de madera en la cual está pintada la imagen de Nuestro Señor Crucificado.

A la derecha del altar hay una estatua de la Santísima Virgen, de pie, con el Niño Jesús en los brazos. El color ligeramente plateado de sus rostros, se ve algo oscurecido por el tiempo y por el humo de los cirios que han debido de arder delante de esas santas imágenes. La cabeza de María está adornada con una corona de perlas y sus cabellos flotan alrededor de su cuello. Sus vestidos, color de oro, están ceñidos con un cinturón, que en dos largas



bandas toca sus virginales pies. Un manto celeste, cayéndole sobre las espaldas, realza su figura.

El Niño Jesús tiene un porte lleno de majestad. Sus cabellos están partidos a la nazarena. Su vestido es una larga túnica cruzada por un cinturón. Levanta los primeros dedos de la mano derecha en actitud de bendecir, y en la izquierda sostiene un globo, símbolo de su poder supremo sobre el universo.

A la izquierda del altar, llaman la atención un pequeño armario hecho en el muro – y que parece destinado a guardar los útiles de un pobre menaje – y cerca de él, una especie de chimenea antigua, terminada por un nicho y sostenida por dos columnas.

Tal es la disposición del misterioso santuario.

¿De dónde ha venido? ¿Qué significa esta habitación desconocida? ¿Cómo se encuentra aquí? ¿Qué manos la sostienen, sin cimiento alguno? ¿Qué poder invisible la ha transportado durante la noche?

He ahí las preguntas que todos se hacen y a las cuales nadie puede dar satisfactoria respuesta.

El asombro es general. A poco ven al Obispo Alejandro, que con paso firme y seguro, retratándose la alegría en su rostro, se adelanta hacia ellos... Nuevo objeto de admiración. Todo el mundo sabe que tres años hace, postrado por una hidropesía, que los médicos le han declarado incurable, no puede dar un paso y esperan de día en día verle descender a la tumba lleno de méritos y virtudes. Su enfermedad grave le había conducido a tales términos, que ninguna esperanza había de que pudiese salvar la vida. Se habían tomado todas las disposiciones para los funerales, y todos los asistentes y feligreses suyos le contaban ya por difunto. En este mismo tiempo ven que se ha levantado de la cama sano, robusto y como si no hubiera tenido tal enfermedad. Todos se quedan suspensos y pasmados al ver un caso tan maravilloso: todos acuden a él a preguntarle la causa, y a que les descifre quién ha sido el agente de tan grande maravilla. Entonces el Obispo Alejandro refiere en estos términos lo que acaba de experimentar: “Recostado en mi lecho, y ya moribundo, me anunciaron la aparición de esta maravillosa casa. Invoqué con fervor a la Santísima Virgen para que me obtuviera la salud, a fin de venir a visitarla e implorar con vosotros su omnipotente socorro... La Santísima Virgen, compadecida de mí y atendiendo mi piadoso deseo, se me apareció resplandeciente de gloria y me dijo: ‘Alejandro, pues que me habéis invocado, heme aquí en vuestra ayuda. Sabed que la casa que acaba de aparecer en este país es la misma en que viví en Nazaret, donde recibí la visita del Ángel Gabriel, donde el Verbo se encarnó en mi seno. Vos debéis ser, para todo el pueblo, la prueba incontestable de la verdad de mis palabras. Recobrad vuestra salud.’ La Santísima Virgen desapareció y yo estoy bueno.” Gozoso el pueblo eleva al Cielo un himno de gratitud, y el santo Obispo, cayendo de rodillas, hace resonar su voz en el augusto santuario, para bendecir a su piadosa bienhechora.

El relato del Obispo Alejandro causó no menos admiración a los que le oían, que la que había causado el milagro de su salud repentina. Todo el pueblo de Tersate era testigo de una tan grande misericordia de Dios. Pero ¡cuánta fue su admiración y ternura, al contemplar aquella casa muy antigua y pequeña, en figura de capilla, la cual ninguno de aquellos habitantes había visto jamás en aquel sitio! ¡Cuánta su consolación, cuando entrando, hallaron dentro un altar en frente de la puerta con una imagen de Cristo crucificado, y en un nicho de la pared una efigie de María santísima con el Niño en los brazos hecha de cedro, y en la misma postura que les había explicado el Obispo, a quien le fue también revelado que habían sido hechas por San Lucas! Cualquier cristiano que siente dentro de su corazón los verdaderos sentimientos de piedad que es capaz de producir nuestra religión sacrosanta, se persuade fácilmente que aquellos fieles venturosos se postrarían humildemente, besarían mil veces aquel suelo sagrado, y derramarían copiosas lágrimas de agradecimiento y de ternura. Creció su piedad notablemente cuando, observando la celestial casita con más

atención, en donde tantas veces María gastaría mucho tiempo en celestiales conversaciones con el Señor, vieron al fin de ella una ventana cuadrada, que ingenuamente supusieron sería por donde entró el Ángel a anunciar a María la Encarnación del Verbo Divino. A un lado de la puerta, en un rincón a la mano izquierda, hallaron también un vasar en donde encontraron algunos pocos platos, y unas escudillas de barro en que tomaba su pobre alimento.

Es indecible la ternura, alegría, admiración, compunción, sobresalto, lágrimas y otros semejantes afectos que experimentó aquella venturosa gente: dieron a Dios gracias infinitas por tamaño beneficio, y publicaron el caso por todas las regiones circunvecinas.

Entre tanto la nueva del prodigioso acontecimiento llega a los oídos del gobernador de Dalmacia, quien a su vez visita aquel lugar, toma las más minuciosas informaciones, y para asegurarse de la verdad del suceso, por una prueba material y sin réplica, dispone que cuatro comisarios partan inmediatamente a Palestina, con planos y dimensiones exactas, de la casa aparecida en Tersate. Les manda que lo examinen todo por sí mismos, pues deben declarar bajo juramento: 1º Si la casa de la Santísima Virgen, en Nazaret, ha desaparecido y de qué modo; 2º Si han quedado los cimientos; 3º Si su forma y dimensiones corresponden con las de la casa que acaba de aparecer; 4º Si los materiales del edificio son iguales; 5º Si es idéntica su construcción, de suerte que sea imposible negar que los cimientos que queden en Nazaret y la casa que examinan sean un mismo edificio en dos partes.

Los cuatro delegados, igualmente distinguidos por su ciencia y rectitud, llegan a Palestina, se dirigen a los cristianos de Nazaret y les preguntan dónde está situada la casa de la Santísima Virgen. Ellos les responden, con lágrimas en los ojos, que hace poco, ha desaparecido; que pueden mostrarles todavía los cimientos, pero nada más; que no aciertan a comprender si ha sido el poder de Dios o la turba sacrílega quien les ha arrebatado su más preciado tesoro.

Conducidos al sitio que ocupaba la casa, dan cumplimiento a su misión. Miden el largo, el ancho, el espesor de los cimientos; estudian la naturaleza de la construcción, se fijan en el tiempo que ha corrido entre la desaparición de la casa y su existencia en Dalmacia. Todo lo comprueban con exactitud perfecta. Escriben el resultado de sus investigaciones, lo llevan al gobernador, lo confirman con juramento solemne, y cien veces lo repiten delante de todo el pueblo.

El hecho es innegable. Tersate es dueña de un relicario sagrado; tiene la dicha de poseer la Santa Casa de Nazaret.

Más tarde, tres años y siete meses habían corrido desde tan extraordinario suceso. Las ofrendas de los fieles embellecían primorosamente la cima agreste y el perfume de frescas flores subía con el aroma de fervientes plegarias hasta el trono de la Madre de Dios. Un numeroso gentío la saludaba repitiendo las saluciones del Ángel y Ella derramaba, como suave rocío, copiosas gracias sobre los que allí se arrodillaban para honrarla.

¿Cuál no sería el asombro del piadoso pueblo al ver desaparecer ante sus ojos el santuario de su singular predilección? ¿Cómo describir las diversas emociones de dolor y admiración de aquellas gentes?

Corría el año de 1294. El 10 de diciembre, al caer el sol, los aldeanos y labradores se recogieron a sus hogares. La calma y el silencio de las primeras horas de la noche eran sólo interrumpidos por la brisa que agitaba las copas de los árboles y por el susurro de las aguas que descendían de la verde colina. El cielo se engalanaba con todos sus esplendores. Algunos cirios encendidos alumbraban el religioso santuario. Los fieles, antes de cerrar los ojos para buscar el descanso de las fatigas del día, invocaban a su buena Madre e imploraban su bendición.

De repente la naturaleza misma parece conmoverse. Un singular espectáculo deja atónitos a cuantos lo presencian. La Santa Casa, la cuna adorable de la Augusta Reina, suspendida en manos de los Ángeles, se eleva en los aires, y atravesando el espacio, cruza el mar Adriático y va a posarse en Italia, en medio de un bosque de laureles, a unos diez kilómetros de la ciudad de Recanati, en Marcas.

Allí los pastores son, como en Belén, los primeros favorecidos por el Señor. Acostumbrados a apacentar sus rebaños, al abrigo del follaje que les ofrecen robustos árboles, ven brillar a la distancia una luz extraordinaria, que no aciertan a explicarse, y sienten al mismo tiempo el más vivo deseo de acercarse a descubrir la causa. Mucho se admiran al cerciorarse de que aquel esplendor, semejante al de rayos solares, parte de una vieja casa que ven por primera vez en ese apartado lugar, donde jamás se ha construido vivienda alguna.

Mientras labriegos de todas partes acuden a la novedad del prodigio y razonan, cambiándose mil conjeturas, uno asegura haber visto desde lejos este desconocido asilo cuando, conducido por los aires, avanzaba hacia la ribera del mar. Se animan mutuamente a penetrar en el interior, pues, imaginan, con razón, que encontrarán en él algo de sorprendente. Y convencidos del prodigio, llenos de veneración profunda, pasan la noche entera en ese lugar sagrado.

Al rayar el alba se encaminan a la ciudad, impacientes por dar a conocer a sus señores una nueva tan extraordinaria. Estos al oír la simplicidad de semejante relación, y visto el asombro que los pastores muestran en sus uniformes aseveraciones, acompañan a aquellos aldeanos, sin poder convencerse de la verdad de un hecho que parece increíble. Se internan en el bosque y luego que llegan al sitio indicado, todo lo examinan con extrema atención.

Admiración igual, igual asombro al que tuvieron los habitantes de Tersate. La consideración atenta de este singular edificio, la novedad de su aparición, su antigüedad, su estructura, su ornamentación, su estabilidad en un suelo irregular, sin apoyo ni fundamento, el pequeño altar, la cruz de madera, la estatua de la Santísima Virgen, todo les sorprende de modo que, mirándose unos a otros, trasportados de gozo, acompañado de temor, suspiros y lágrimas, exclaman en alta voz: “¡La mano de Dios está aquí! ¡Esta pequeña habitación debe tener algo de grande, de sobrenatural, de divino!”

No les es posible, sin embargo, comprender de qué manera y con qué fin ha sido trasportada allí.

La Santísima Virgen no tarda largo tiempo en manifestárselos. Del mismo modo que se había dignado instruir al Obispo Alejandro, se aparece a San Nicolás de Tolentino, uno de los más grandes santos de la Orden de San Agustín, y al hermano Pablo, solitario que vive en una rústica ermita, labrada por la naturaleza entre las escarpas de un monte, y les da a conocer que aquella casa es la misma de Nazaret llevada por ministerio de los Ángeles.

El alboroto del milagro se extiende con gran rapidez. En todas partes se habla del bosque de laureles y de la Santa Casa de Nazaret. Día y noche, a todas horas, los caminos están llenos de gente. Nacionales y extranjeros de todos sexos, edades y condiciones acuden a contemplar el prodigio y a ofrecer a María fervoroso homenaje de veneración y de amor.

Entretanto el enemigo del género humano, rugiendo de cólera al ver obrarse tan inmenso bien, hace grandes esfuerzos para destruir la devoción de los fieles.

El santuario está en medio del bosque, como a tres kilómetros del mar. Para llegar a él, sólo hay caminos tortuosos, estrechos y difíciles. Algunos hombres impíos y desalmados, excitados por la codicia del dinero y seducidos por el demonio, se ocultan en los alrededores y tienden constantes lazos a los piadosos peregrinos.

El temor a los asesinos y bandidos retrae a los fieles de hacer sus visitas y día a día disminuye el número de visitantes a aquel asilo sagrado... Mas, este desgraciado accidente parece ser una disposición del Cielo para hacer nuevos prodigios. En efecto, ocho meses después de encontrarse allí, la Santa Casa desaparece del bosque y va a colocarse sobre una colina de Recanati, distante casi dos kilómetros del sitio que ocupaba.

Dos hermanos, dueños de esta colina, son los que más celebran el suceso. Pero al cabo de poco tiempo, viendo el altar y los muros del santuario cubiertos de ricos presentes y de exvotos que la piedad de los cristianos deposita sin cesar, se despierta en sus corazones sacrílega codicia. En su criminal intento, poco faltó para que mancharan ese suelo con sangre fratricida.

Mas Dios, que tanto detesta los robos, los sacrilegios y la disensión fraternal, como los

asesinatos cometidos en el bosque, trasporta la casa de su Divina Madre fuera de aquella propiedad y la coloca en una colina más hermosa, a tiro de fusil de la primera, en Loreto, en medio de una calle, donde se encuentra desde 1296 al presente, bajo la cúpula del templo allí construido.

Parece que, por las diferentes traslaciones, Dios hubiera querido dar tal evidencia a este acontecimiento que fuera imposible ponerlo en duda. En efecto, recayendo la atención pública en tan inaudito prodigio, se originaron nuevas y prolijas investigaciones. Por disposición pontificia, una célebre comisión, compuesta de dieciséis delegados, visita Dalmacia y Palestina para poner en claro la verdad de los hechos.

El resultado es el mismo que cinco años antes. La identidad es perfecta, el testimonio juramentado de la comisión es unánime.

A las demostraciones de la ciencia, el Cielo añade otras más visibles y palpables. Además del prodigio perpetuo de la aparición y traslación del santuario, además de la curación del Obispo Alejandro y de las revelaciones a San Nicolás de Tolentino y al humilde ermitaño, milagros patentes, públicos y repetidos confirman el hecho maravilloso. El espíritu de Dios se manifiesta visiblemente, y las multitudes, en grandes procesiones, llegan allí entonando cánticos y desplegados al aire numerosos estandartes.

La fe de los cristianos ha tomado inmenso vuelo. Europa entera se ha conmovido. Pueblos y reyes, emperadores y pontífices han ido al santuario de María Inmaculada a depositar valiosas ofrendas. La corriente no interrumpida de devotos peregrinos, que del Oriente y del Occidente se dirigían a Nazaret, cambió de rumbo y comenzó a cantar himnos de gloria en la santa colina de Loreto.

En resumen, la Santa Casa fue trasladada de Nazaret a Tersate, hoy barrio de Rijeka en Croacia, el 10 de mayo de 1291; de Tersate al bosque de Recanati, que pertenece a Marcas, Italia, el 10 de diciembre de 1294; del bosque a la colina de Recanati, 8 meses más tarde; y de esta colina a Loreto, muy cerca de allí, en 1296. Cada una de estas cuatro traslaciones cuenta con numerosos testigos oculares, que fueron “rigurosamente controlados por los Obispos locales de la época, quienes emitieron pronunciamientos canónicos de veracidad en escritos oficiales.” En los tiempos inmediatos se erigieron, consagradas a estos hechos, diversas iglesias autorizadas por sus respectivos Obispos: Fiume, Ancona, Recanati, Macerata y Nápoles, entre otros.

Las aprobaciones pontificias se sucedieron enseguida: San Nicolás IV en 1292 y San Bonifacio VIII en 1294. Y no han cesado hasta nuestros días, primero con la memoria litúrgica del milagro, que se festejaba el 10 de diciembre.

Incluso hay una confirmación en una revelación que recibió Santa Catalina de Bolonia el 25 de marzo de 1440, quien afirmó haberle sido revelado por el Señor que la Santa Casa “fue transportada por un coro de Ángeles,” primero a Dalmacia y luego a Loreto.

San Clemente VII, en el siglo XVI, para asegurarse de la realidad y de la conformidad de las cosas, envió a Nazaret a tres personas de toda su confianza y de tan profundo saber como reconocida integridad, los que reconocieron que la cámara trasladada por los Ángeles en cuatro distintas ocasiones no era sino una parte de la casa que habitaba la Santísima Virgen, en donde recibió la salutación del Ángel Gabriel. Se observó que las dimensiones de la cámara eran las mismas que las del lugar en donde había estado en otro tiempo, y se hizo constar por autorizados mineralogistas que las piedras que componían el edificio de Nuestra Señora de Loreto eran exactamente de la misma clase que las de la casa de Nazaret.

Particularmente expresiva es la bula Inter Omnia del 26 de agosto de 1852, en la cual el Papa San Pío IX da como hecho probado que “en Loreto se venera la Casa de Nazaret, tan querida para el corazón de Dios, construida en Galilea y más tarde separada de su basamento



y, por el poder de Dios, transportada muy lejos, más allá de los mares, primero a Dalmacia [en la actual Croacia] y luego a Italia.” Como señala el propio San Pío IX, esa “venerada y augustísima Casa, consagrada por los divinos misterios, iluminada por innumerables milagros, honrada por la afluencia de los pueblos, extiende ampliamente por la Iglesia universal la gloria de su nombre y conforma un objeto de culto para todas las naciones y para todas las razas humanas.” Su consideración como ‘objeto de culto’ confirma la condición de reliquia de la Santa Casa.



Pese a todos estos datos, y a causa del modernismo satánico, en el siglo veinte se difundieron, incluso en ambientes católicos, hipótesis que cuestionan o mitigan la sobrenaturalidad y carácter milagroso de la presencia de la Casa de Nazaret en Loreto.

Acerca de un traslado humano, que implicaría el desmontaje de los muros de la Santa Casa en bloques de piedra individuales en Nazaret y el posterior montaje, en cuatro ubicaciones de la costa adriática, tras recorrer más de 3000 km. por tierra y mar, son del todo imposibles desde el punto de vista ‘temporal’ o natural.

Lo atestigua la simultaneidad verificada de las fechas de salida de Nazaret (el 9 de mayo de 1291) y de llegada a Tersate (el 10 de mayo de 1291), como indica una lápida de la época. ¡En una sola noche, con medios humanos, no se puede desmontar semejante construcción, transportar la casa, o partes de ella recorriendo casi 3000 km, de un lugar a otro y volverla a montar!

También resultaría imposible una operación de ‘desmontaje’ y ‘montaje’, realizada en cinco ubicaciones distintas, en Nazaret, en Croacia y en Italia. De hecho, el análisis químico de la argamasa, en los puntos donde actualmente une las piedras, presenta características químicas especiales, propias de la zona de Nazaret, y una homogeneidad del material de los muros que excluye cualquier posibilidad de ese hipotético ‘desmontaje’ y ‘montaje’ de los muros de piedra. La argamasa que mantiene unidas las piedras es uniforme en todos los puntos y está constituida por sulfato de calcio hidratado (yeso) empastado con polvo de carbón de leña, según una técnica de la época conocida en Palestina hace dos mil años, pero que nunca se había utilizado en Italia.

Por consiguiente, la Santa Casa nunca fue ‘descompuesta’ en bloques, sino que llegó a Loreto, después de otras traslaciones misteriosas anteriores, con las piedras unidas con la misma argamasa utilizada hace más de dos mil años en Nazaret, tal como se presenta actualmente. La ubicación final en una calle de Loreto, donde aún se encuentra, también es humanamente imposible, como han atestiguado todos los arqueólogos y arquitectos que han examinado, a lo largo de los siglos, el subsuelo de la Santa Casa y la calle en la que ‘se posó’.

El arquitecto José Sacconi (1854-1905) declaró, por ejemplo, que había constatado que ‘la Santa Casa está apoyada, por una parte, encima de la extremidad de una calle antigua y, por la otra, está suspendida sobre el foso contiguo’. Dijo, además, que sin entrar en cuestiones históricas o religiosas, había que admitir que la Santa Casa no podía haber sido construida, tal como está, en el lugar donde está ubicada.

Un dato relevante a este respecto, y que demuestra que las tres Santas Paredes ‘se posaron’ sobre la calle y no fueron reconstruidas, es la singularidad de un arbusto espinoso que había en el borde de la calle en el momento del impacto y que quedó aprisionado.

Otro insigne arquitecto, Federico Mannucci (1848-1935), al que el Sumo Pontífice Benedicto XV le encargó que examinara los cimientos de la Santa Casa con ocasión de la renovación del suelo tras el incendio de 1921, escribió, afirmando perentoriamente en su Informe de 1923, que es ‘absurdo solo pensar’ que pudiera ser transportado ‘con medios

mecánicos'; añadió que 'es sorprendente y extraordinario el hecho de que el edificio de la Santa Casa, aun sin tener ningún cimiento y estar ubicado sobre un terreno que no tiene consistencia, que está suelto y sobrecargado, aunque parcialmente, por el peso de la bóveda construida en lugar del techo, siga inalterado, sin ceder lo más mínimo y sin ninguna grieta en los muros'. El arquitecto Mannucci sacó las siguientes conclusiones: 1) los muros de la Santa Casa de Loreto están formados por piedras de Palestina cementadas con la argamasa utilizada en dicha región; 2) es absurdo pensar en un transporte mecánico; 3) la construcción de la Santa Casa en el lugar donde se encuentra se opone a todas las normas de construcción y a las mismas leyes de la física.

Por consiguiente, si la Santa Casa de Nazaret por entero no pueden haberla 'transportado' hombres, solo puede haber sido transportada 'de manera milagrosa' por obra de la Omnipotencia Divina, mediante el 'ministerio angélico', como siempre ha testimoniado y transmitido la tradición, y como ha sido aprobado por 'verídico' por todos los Sumos Pontífices, durante siete siglos, desde la primera traslación hasta la actualidad. No queda, pues, lugar razonable para la duda. Sin un solo dato incompatible con la Traslación, y con numerosos datos respaldándola, puede hablarse de un hecho sobrenatural y milagroso, sin explicación humana creíble. Y de Loreto como un lugar de peregrinación, mientras la sede de la Iglesia estuvo en Roma, con la seguridad de estar contemplando el entorno personal de la Santísima Virgen.

La Santa Casa es considerada entre los lugares más sagrados del mundo. Casi un siglo antes de que la Santa Casa fuese trasladada allí, San Francisco de Asís había profetizado que un día Loreto se iba a llamar el lugar más sagrado del mundo y que por ello debían abrir una casa allí.

Muchos santos, beatos y Papas han visitado esta casa. Entre ellos: Santa Teresita de Lisieux, antes de ir a pedir permiso al Papa para entrar al Carmelo a la edad de 15 años, visitó la Santa Casa; San Alfonso María de Liguori tuvo el gran consuelo de pasar tres días allí; San Ignacio de Loyola la visitó con San Francisco Javier, el cual dijo que allí, mientras ofrecía el Santo Sacrificio de la Misa, la Santísima Virgen María le infundió aquel maravilloso celo y fortaleza para evangelizar el Oriente.

El Papa San Pío II y San Francisco de Borja se curaron de sus enfermedades al acercarse a la Santa Casa. San Carlos Borromeo la visitó con frecuencia, y anduvo ochenta kilómetros a pie, rezando todo el camino para allí pasar la noche en oración; a continuación celebró Misa Pontifical y predicó con gran fervor sobre la Santa Casa. San Luis Gonzaga pasó dulces horas en oración allí. El gran predicador San Jacobo de la Marca (o Santiago de Marcas), gravemente enfermo, recurrió a la Virgen y, mientras decía Misa en la Santa Casa, Ella se apareció y le dijo que pidiera otro favor, porque acababa de devolverle la salud. San Estanislao Kostka, mientras rezaba en la Casa santa, se encontró inflamado de una devoción tan ardiente que luego tuvo que calmar el intenso calor de su corazón con agua fría. San Francisco de Sales después de caminar a pie los más de 250 kilómetros desde Roma a Loreto, se emocionó inundado de piadosos afectos al entrar en la Casa de la Virgen e hizo allí su voto de celibato. San Benito José Labre la visitó con tanta frecuencia que le llamaban el Santo de Loreto; no se saciaba de venerarla y de besar sus paredes, y así se enardecía cada vez más en el amor a la Santa Madre de Dios. San Luis María de Montfort llegó a pie, cruzando las montañas desde Francia, y se reconfortó piadosamente durante su estadía de quince días en Loreto, donde a duras penas pudo decidirse a dejar la Santa Casa de Nazaret. San Antonio Grassi, siendo ya Sacerdote, fue alcanzado por un rayo delante de la Santa Casa y, aunque le chamuscó la ropa interior, al día siguiente se encontró con buena salud y curado repentinamente de su mala digestión; este Santo solía quedar hasta seis horas seguidas rezando en la Casa hasta el último año de su vida.

San Pedro Canisio escribió una erudita historia con pruebas convincentes de la veracidad de la traslación de la Santa Casa, refutando victoriosamente los blasfemos ataques de los luteranos. Otros sabios doctores católicos han probado también esta traslación con razones



convincentes, y han refutado victoriosamente a los protestantes que lo han negado, tales como los calvinistas que han llamado a esta Santa Casa el 'Ídolo de Loreto.' Otros autores muy respetables refieren el milagro que fue confirmado por muchos testigos, y citado por el Papa San Benedicto XIV. Dice así: "Los mismos herejes que entran en el santo edificio se convierten, y condenan con todas sus fuerzas la impiedad de los que niegan el milagro."

Muchos peregrinos iban cada año a visitar a la Santa Casa, a visitar el lugar donde la Santísima Virgen María vivió, y a recibir las gracias que Dios les daba. Era una tradición rezar de rodillas el santo Rosario alrededor de la Casa, pidiendo la intercesión poderosa de la Santísima Virgen. En Loreto es donde se ve, y se venera con el más profundo respeto, la copa de madera de que se servía la Santísima Virgen cuando vivía en Nazaret, copa verdaderamente milagrosa.

En cuanto a los devotos residentes de Tersate, en Croacia, ellos construyeron una pequeña iglesia en el lugar donde estuvo la casa, una réplica de ésta, y pusieron la siguiente inscripción: "La Santa Casa de la Virgen María vino de Nazaret el 10 de mayo de 1291, y estuvo hasta el 10 de diciembre de 1294." Los fieles de Croacia continuaron venerando a Nuestra Señora en la réplica de la Santa Casa, e iban en peregrinación a Loreto con frecuencia durante siglos, pidiendo con lágrimas a María Santísima devolverles la Casa. Fue tanta su devoción que el Papa San Urbano V envió a la gente de Tersate una imagen de Nuestra Señora en 1367; esta imagen se cree que fue esculpida por San Lucas.

Dios ha hecho su obra, el tiempo la ha respetado. Una monumental basílica, en forma de cruz latina, ostenta en su centro uno de los santuarios más venerables del mundo. Bajorrelieves de mármol de Carrara, cincelados por los más hábiles artistas, cubren sus paredes exteriores y la esbelta cúpula del templo le sirve de majestuosa coronación. Lastimosamente, la antigua imagen de la Virgen venerada en la Santa Casa fue destruida en un incendio en 1921, mas fue reemplazada pronto por la actual imagen.

La Santa Casa de María Santísima es mencionada varias veces en los Mensajes del Palmar: El jueves 25 de mayo de 1978, por mandato del Padre Pío, el entonces Padre Fernando llegó al Santuario de Nuestra Señora de Loreto, Italia, sobre las 2,30 de la tarde. Alrededor de las 5 de la tarde celebró Misa Tridentina en la Casa de la Virgen, en el Altar delante de la Imagen de Nuestra Señora de Loreto. La Santísima Virgen se le apareció al Obispo Padre Fernando y le dio el siguiente mensaje: "Mis queridos hijos: ¡Bienvenidos seáis a esta mi Casa, que lo es también vuestra! Deseo que tengáis siempre en vuestra memoria la presencia de mi Casa, para que os sintáis protegidos. Mas, ¡meditad! ¿Dónde está mi Casa ahora? Mi Casa es aquella en la cual se cumple la Voluntad de Dios. No es lo importante unos ladrillos. Lo importante es el misterio de pronunciar el Fíat siempre y en todo momento. Lo importante es el acatamiento a la Voluntad de Dios. No importa unas determinadas paredes, si dentro de esas paredes no pervive el espíritu de esa Madre. Por eso os digo: ¿Cuál es mi verdadera Casa? Yo misma os respondo: Mi Casa es aquella en la cual puedo reinar. Yo os pregunto: ¿Dónde reino? Sólo en El Palmar encuentro mi Reino. Luego, mi Casa está en El Palmar de Troya. Pensáis: ¡Qué alegría, he estado en la Casa de la Virgen en Loreto, he tocado sus paredes! Pero, hay que pensar y decir: ¡Qué alegría, estoy en El Palmar, en donde la Reina de Cielos y tierras baja frecuentemente como Madre y Maestra, para enseñarnos a nosotros, pequeños parvulillos! Y Yo os digo: En esta mi Casa, en Loreto, ya no reina Cristo. ¡Cuántas ofensas recibe! ¡Cuántas Comuniones indebidas! ¡Cuántas adulteraciones, etc., etc.! Luego, mi Casa verdadera, sólo puede ser aquella en la cual reina Cristo. Ya que siempre viví para cumplir la Voluntad de Dios. ¡Cuántas veces hay en vosotros el deseo bueno y lógico de ir a Tierra Santa! Pero, olvidáis, que El Palmar es Tierra Santa: Lugar donde el Señor pone sus benditos pies con mucha

frecuencia. ¡Cuántas personas que viven lejos de El Palmar tienen fuerte deseo de visitar el Lugar, y no es posible! Vosotros tenéis la alta dicha de tener El Palmar de Troya al alcance. Es necesario que la Gran Catedral de El Palmar de Troya supere a todas. Si se quiere, es posible. Cristo es el gran Banquero. Es lógico que, el Lugar grande en la Doctrina, en la espiritualidad, en el Culto, en la penitencia, Lugar que acoge a la Orden Religiosa más querida por el Señor, tenga una grandiosa Catedral, que sea la admiración del mundo. Y os recuerdo las palabras de Cristo: ¡Pedid y recibiréis! ¡Llamad y se os abrirá! Así, pues, a pedir y a llamar. El Banco Celestial no conoce horas de cierre. Y Esta, vuestra Madre, es una buena Secretaria del Divino Banquero. Se aproximan grandes días para El Palmar. El Palmar será el refugio seguro para todos aquellos que quieran ser fieles a Cristo. Os bendigo.” Esto confirma lo que dijo San Alfonso María: “¡Oh, con qué tiernos afectos visitan los peregrinos la santa iglesia de Loreto, o los lugares de Tierra Santa, el establo de Belén, el Calvario, el Santo Sepulcro, donde Cristo nació, murió y fue sepultado!... Pues ¡cuánto más grande debiera ser nuestro amor al vernos en el templo en presencia del mismo Jesucristo, que está en el Santísimo Sacramento! Decía San Juan de Ávila que no había para él santuario de mayor devoción y consuelo que una iglesia en que estuviese Jesús Sacramentado.”



En julio de 1980, el Papa San Gregorio XVII fue de nuevo a Loreto, donde visitó en la gran Basílica la ‘Casa de la Virgen,’ y allí oró ante la Sagrada Imagen de Nuestra Señora de Loreto.

El miércoles 4 de julio de 1979, en su viaje a Israel, el Papa San Gregorio XVII y sus acompañantes llegaron a la ciudad de Nazaret, que dista a unos 35 kilómetros de Haifa. Providencialmente, llegaron a la puerta de la Iglesia de la Anunciación a las 12 de la mañana, cuando el reloj daba las campanadas del Ángelus. Visitaron la Iglesia de la Anunciación, en donde se encuentra la Cueva en que la Virgen María recibió el anuncio del Ángel y se encarnó el Verbo en sus Purísimas Entrañas. Esta Cueva y alguna otra dependencia más, forman parte de la Casa de la Virgen, de la cual, la parte delantera, fue trasladada por los Ángeles a Loreto, Italia. A unos 200 metros hacia el norte de la Cueva de la Anunciación, visitaron la Casa de Nazaret, o Casa de San José o de la Nutrición, que es donde vivió la Sagrada Familia después de la Anunciación hasta el viaje a Belén para el Nacimiento de Jesús, salvo la Visitación, y luego después del retorno de Egipto, hasta que el Señor tuvo 30 años. Allí se encuentra el Taller de San José. Dentro de la Cueva de la Anunciación, se apareció la Santísima Virgen, muy sonriente, al Santo Padre. Da pena ver la Basílica construida por los franciscanos sobre estos santos lugares: moderna, progresista, sin imágenes y vacía de espiritualidad.

Santa Teresita del Niño Jesús y de la Santa Faz describe su visita a Loreto en noviembre de 1887: “Muchos son los detalles interesantes que podría dar sobre cada ciudad y sobre las mil peripecias de nuestro viaje, pero sería para nunca acabar, por lo que sólo voy a escribir los detalles más importantes. Me alegré de emprender el camino hacia Loreto. No me extraña que la Santísima Virgen haya elegido este lugar para transportar a él su bendita casa. Allí la paz, la alegría y la pobreza reinan como soberanas. Todo es sencillo y primitivo. Las mujeres han conservado su vistoso traje italiano y no han adoptado, como en otras ciudades, la moda de París. En una palabra, ¡Loreto me encantó! ¿Y qué puedo decir de la Santa Casa? Me emocionó profundamente encontrarme bajo el mismo techo que María Santísima, contemplar las paredes entre las cuales se obró la Encarnación del Verbo Divino, donde María dijo ‘He aquí la Esclava del Señor, hágase en Mí según tu palabra’, y concibió a Jesús por obra y gracia del Espíritu Santo, y le llevó en su seno virginal. Visité la salita donde el Ángel se apareció a la Santísima Virgen. Metí mi rosario en la pequeña escudilla del Niño Jesús. ¡Qué recuerdos tan maravillosos! Pero nuestra mayor alegría fue recibir al mismo Jesús en su

casa y convertirnos en su templo vivo en el mismo lugar que Él honró con su presencia. Es costumbre en Italia conservar el Santísimo, en las iglesias, sólo en un altar, y solamente allí se puede recibir la Sagrada Comunión. Este altar se encuentra en la misma basílica donde está la Santa Casa, encerrada como un diamante precioso en un estuche de mármol blanco. Esto no nos gustó, pues queríamos recibir la Comunión, no en el estuche, sino en el mismo diamante. Papá, con su finura habitual, hizo como todo el mundo. Pero Celina y yo fuimos a buscar a un Sacerdote que nos acompañaba por todas partes, y que en aquel preciso momento se disponía a celebrar la Santa Misa, por un privilegio especial, en la Santa Casa. Pidió dos hostias pequeñas, que consagró. Ya comprenderás, Madre querida, cuál sería nuestra ilusión al recibir las dos juntas la Sagrada Comunión en aquella casa bendita. Fue una alegría totalmente celestial que no se puede expresar en palabras. ¿Qué será entonces cuando recibamos la Comunión en la morada celestial del Rey de los Cielos? Allí ya no veremos que se nos acaba la alegría, ni existirá ya la tristeza de la partida, y para llevarnos un recuerdo no tendremos que rascar furtivamente las paredes santificadas por la presencia divina, pues su casa será la nuestra por toda la eternidad. Dios no quiere darnos su casa de la tierra; se conforma con enseñárnosla para hacernos amar la pobreza y la vida escondida. La que nos reserva es su propio palacio de la gloria, donde ya no le veremos escondido bajo la apariencia de un niño o de una blanca hostia, ¡sino tal cual es en el esplendor de su gloria infinita!"

Anécdotas y prodigios relacionados con la Santa Casa de Loreto:

Llegó un tiempo en que muchos peregrinos iban a este santuario y el Papa San Clemente VII, en el siglo XVI, mandó que se cerrara la puerta original y se construyeran tres puertas, ya que solo había una puerta y las personas se peleaban para entrar y salir. Solo había un problema y era que nadie le había pedido permiso a la Virgen María para las alteraciones. Cuando el arquitecto cogió su martillo para comenzar, su mano se marchitó y comenzó a temblar. Enseguida se fue de Loreto y nadie más quiso hacer el trabajo. Tiempo después un clérigo llamado Ventura Barino aceptó hacer el trabajo, pero primero se arrodilló y rezó a la Virgen, diciéndole que no era su culpa, sino la orden del Papa, que si Ella estaba enojada que lo tomara contra el Papa y no contra él. El clérigo pudo completar el trabajo. Las personas de Loreto también decidieron proteger la Santa Casa poniéndole una pared de ladrillo, pero después que terminaron con la pared, la pared se separó de la casa. Por eso hay un espacio entre la Santa Casa y la pared que fue construida.

Otra historia relata que un Obispo de Portugal visitó la Santa Casa y quiso llevarse una piedra para construir una iglesia en honor a la Virgen de Loreto. El Papa le dio permiso y el Obispo mandó a su secretario a sacar la piedra y llevársela. El Obispo se enfermó de repente y cuando llegó su secretario casi estaba muerto. El Obispo les pidió a algunas Hermanas religiosas que rezaran por él y algunos días después recibió este mensaje: "Nuestra Señora dice, si el Obispo desea recuperarse, debe devolver a la Virgen lo que él se ha llevado." El secretario y el Obispo se asombraron de esto, pues nadie sabía lo de la piedra de la Santa Casa. El secretario se fue inmediatamente de regreso a Loreto con la piedra y cuando llegó de vuelta, el Obispo había sanado completamente. Por esta razón, durante los siglos, los Papas han prohibido, bajo amenaza de excomunión, la extracción de cualquier parte de la Santa Casa.

La confianza en María está plenamente justificada. Un convoy de diez o doce naves que iba a Venecia se halló en alta mar la víspera de una fiesta de la Santísima Virgen, y aunque distaban muchas millas del punto en que se hallaba la iglesia de Nuestra Señora de Loreto, toda la tripulación manifestó vivos deseos de llegar al día siguiente para oír Misa. El patrón se opuso temiendo algún ataque de los corsarios turcos; pero un marinero llamado Antonio, lleno de confianza en la Virgen Santísima, dijo que él, con la protección de la Virgen María se obligaba a custodiar el convoy. Su confianza inspiró tanta en todos los demás, incluso en el jefe, que consintió en ello, y al amanecer del día siguiente saltaron a tierra todos menos Antonio. Al poco tiempo observó algunos navíos de alto bordo que se acercaban a toda vela,

y no tardó en reconocer a los turcos que por instantes se aproximaban con el fin de apoderarse de los barcos confiados a su cuidado. En aquél conflicto Antonio se encomendó a la Santísima Virgen con todo el fervor de que era capaz, y, recordándola que sus compañeros lo habían abandonado todo con el santo fin de honrarla en su santuario. Se colocó sobre la cubierta del barco más expuesto, y tomando un hacha se acostó tras del bordo, que es el costado exterior del barco; poco después sintió un movimiento del barco, y viendo que era un turco que se había cogido al bordo, se levanta, y poniéndose de rodillas, derriba de un hachazo la mano del turco, cayendo ésta sobre la cubierta. El turco da un espantoso grito que infunde el terror en todos sus compañeros. Dicen que es un lazo que se les tiende, que aquellos barcos están llenos de gente armada que se oculta para sorprenderlos, y a estas palabras huyen despavoridos. Antonio entonces levanta la cabeza y al verse libre con sus barcos da gracias a su poderosa Libertadora por tan señalado favor. Sus compañeros, que volvían de Loreto, al ver la flota que se retiraba no dudaron que Antonio y sus barcos habían sido presa de los turcos; pero ¡cuál fue su agradable sorpresa al ver a Antonio que, blandiendo su hacha de la que pendía la mano del turco, les refería el suceso! Entonces todos juntos se pusieron a cantar las Letanías de la Santísima Virgen en acción de gracias por tan brillante victoria.



Tengamos confianza en María. Escribe el Obispo Luis-Gastón de Segur: En 1843 tuve la dicha de trabar relaciones en Roma con un santo y admirable Sacerdote llamado Don Biaggio. Acababa de suceder, en calidad de superior de la congregación de los Misioneros de la Preciosa Sangre, al venerable fundador de la misma, San Gaspar de la Preciosísima Sangre, en el siglo llamado Gaspar Melchor Baltasar del Búfalo (por haber nacido el día de esos tres santos reyes), muerto en 1837 tras una vida, no solamente apostólica y santa, sino también brillante por los milagros.

Entre otros muchos admirables prodigios que Don Biaggio me refirió, de los cuales había sido testigo ocular, y a veces actor y dichoso instrumento, me contó el siguiente que excitará, sin duda, el interés de los piadosos lectores. Dejo hablar a Don Biaggio y transcribo, casi sin añadir ni quitar nada, sus propias palabras:

“Tenía veintitrés años; era en 1814. Pío VII acababa de volver del destierro y de hacer su entrada triunfal en Roma. Desde mi niñez había deseado ser sacerdote; pero la aplicación y el trabajo habían alterado sensiblemente mi salud. Sin embargo, había podido dar los primeros pasos hacia el santuario; estaba ordenado de diácono. El pecho, que era donde tenía radicada mi enfermedad, acabó por afectarse completamente; la fiebre no me abandonaba ya, y los médicos manifestaban serios temores...”

Yo no me hacía ilusiones sobre el estado cada día peor de mi salud, y por la probabilidad de un fin prematuro, pedí y obtuve la gracia de ser ordenado presbítero un año antes de la edad canónica. Las fatigas del examen y de los ejercicios preparatorios de la ordenación agotaron las pocas fuerzas que aun me quedaban; caí enfermo de gravedad; y los médicos, a quienes se llamó en consulta, declararon, después de atento y concienzudo examen, que había llegado al tercer grado de tisis pulmonar o tuberculosis incurable, y que, por consiguiente, tenía que arreglar sin demora mis asuntos del alma y del cuerpo.

Resolví ir a acabar mis días en Loreto, a la vista de la Santísima Virgen, a la sombra de la Santa Casa. El viaje fue penoso; pero para un hombre que se estaba muriendo importaba poco sufrir un poco más, o un poco menos... Al llegar a Loreto, me arrastré como pude a la Santa Casa, y rogué con fervor a María que no me desamparase en aquel terrible trance.

Pocos días hacía que estaba allí; mi mal iba en aumento. Una mañana que me sentí con más fuerzas que de ordinario, fui temprano al bendito santuario de María Santísima. Según

acostumbraba, me arrodillé un instante apoyándome en la pared... Entonces vino a arrodillarse a mi lado un joven Sacerdote, al cual no conocía ni había visto en mi vida. Estábamos solos, o casi solos. Aquel Sacerdote empezó a decir, mirando a la milagrosa Señora y como designándome a mí: 'Conviene que también este haga la misión.' Le miré; era evidente que mi vecino hablaba de mí. Como aun estuviese arrodillado, le respondí: 'De buena gana la haría si pudiese... pero no he venido aquí para predicar; soy tísico; he venido sólo para morir.' '¡Bah!', replicó el Sacerdote con dulce sonrisa; '¡tengamos confianza en María!' y añadió: 'diga usted conmigo un avemaría.' Recé con él la salutación angélica sin entender lo que significaba todo aquello... Cuando hubimos concluido, San Gaspar, (pues él era) se levantó, me hizo señas de que le siguiera, y salimos juntos de la Santa Casa. Atravesamos en silencio la gran basílica, en medio de la cual está engastada, como una reliquia, la Santa Casa de Nazaret; y así que hubimos llegado al atrio, el Padre del Búfalo se volvió hacia mí con semblante grave y lleno de cierta expresión celeste... Me dijo que el Santo Padre acababa de confiarle el encargo de predicar sin descanso misiones en las Marcas, a fin de procurar se borrasen las funestas huellas que allí habían dejado la revolución, el volterianismo y la ocupación extranjera; que había querido empezar por Loreto para que la Santísima Virgen se interesara en su empresa; pero que estaba solo y le faltaban compañeros. 'Usted vendrá conmigo,' añadió, con un tono singular de autoridad; 'mañana daremos principio a la misión; usted predicará a tal hora, yo a tal otra,' y sobre la marcha organizó el orden de los ejercicios. Me parecía que estaba soñando. No había experimentado ningún dolor en el cuerpo ni durante el avemaría ni después.

Subyugado por una fuerza secreta y teniendo absoluta confianza en María, que puede alcanzarlo todo de su Divino Hijo, no hice ninguna objeción; y al día siguiente por la mañana, con la ayuda de Dios y de la Santísima Virgen, empecé con aquel siervo de Jesucristo una serie de misiones que duraron casi sin interrupción veintitrés o veinticuatro años, hasta su dichosa muerte. Desde aquel día no he estado nunca enfermo; nunca más me ha dolido el pecho."

A su vez Don Biaggio murió pocos años después, en 1845, en olor de santidad. Oí de su misma boca la relación que precede. El venerable Gaspar del Búfalo, decía Don Biaggio, obraba los más grandes milagros con estas sencillas palabras: "Tengamos confianza en María."

Peregrinación al santuario de María en Loreto. San Francisco de Borja, Duque de Gandía, Virrey de Cataluña, íntimo amigo del Emperador Carlos V, y luego humilde religioso, mereció por sus virtudes ser elevado al generalato de los Jesuitas. Era este santo muy devoto de la Virgen de Loreto, y, ya General de la Compañía, estando muy enfermo en Roma, recordaba con amor muchas veces aquel Santuario. Arrebatado un día en éxtasis, oyó de labios de la Santísima Virgen que allí sanaría, si la visitase; y, por tanto, que podía emprender aquel viaje, aunque pareciera locura a la humana prudencia. Obedeció la indicación de María su humilde siervo, y se dispuso a partir. Los jesuitas todos, los médicos y algunos Cardenales, sus amigos, se oponían unánimes a que partiese. Él, que no quería revelar la visión ni la orden celestial que había recibido, hizo voto de ir, y así, a los que se oponían, les respondía que estaba obligado a cumplir su promesa, aunque muriese en el camino, ya que eso había ofrecido. Bajado en brazos de los jesuitas, sus Hijos, fue puesto en una litera. Cada momento, en su marcha al Santuario, empeoraba visiblemente, y con razón se temía, en el mismo camino, un triste desenlace. Cuando llegó a la colina desde donde se divisaba el Santuario, sacó el Santo la cabeza por la portezuela del coche, con gran trabajo, y envió un saludo amoroso a su Madre y Señora de Loreto. Inmediatamente se le vio mejorar, y, llegado al Santuario, afirma su biógrafo, el Cardenal Cienfuegos, se halló con nueva salud y un vigor desconocido.

Los reyes lanzados de sus estados vuelven a ocupar su trono por la poderosa invocación del nombre de María. En el año de 1683 los turcos, orgullosos de los triunfos que habían alcanzado en el imperio de Alemania, formaron el proyecto de extender sus conquistas al otro lado del Danubio y del Rin, y amenazando a toda la Cristiandad vinieron a poner sitio

a Viena con un ejército de 200 mil hombres. El espanto fue tan general que los habitantes abandonaban sus hogares huyendo por todas partes y el emperador Leopoldo I, no pudiendo disponer de bastantes fuerzas para resistir al ejército otomano, se vio obligado a salir precipitadamente de Viena en el momento en que el enemigo formalizaba el sitio por el lado opuesto. La víspera de la Asunción abrieron los turcos la trinchera, y cuando avanzaban con increíble rapidez, para colmo de desgracia, se prendió fuego en la iglesia de los escoceses y penetró en el arsenal; pero por una especial protección de la Santísima Virgen se contuvo el fuego el tiempo necesario para sacar la pólvora y municiones. Tan señalado favor de la Madre de Dios reanimó el valor de los sitiados, y aunque el continuo fuego de los sitiadores y las bombas que arrojaban destruían los edificios y llevaban la muerte y la desolación a todas partes, no por eso dejaban los habitantes de asistir a las iglesias para implorar de día y de noche el divino socorro, ni los predicadores dejaban de exhortar a los fieles a que pusieran toda su confianza en su poderosa intercesora.



El 31 de agosto llevaban los turcos sus obras tan adelantadas, que los sitiados y sitiadores se batían muchas veces en los fosos, con las estacas de las empalizadas. Viena, el baluarte de la cristiandad, se hallaba casi convertido en cenizas, cuando el día de la Natividad de la Santísima Virgen, habiendo los cristianos redoblado sus rezos y sus devociones, recibieron, como por milagro, un aviso cierto de que pronto recibirían un socorro que esperaban y del que ya empezaban a desconfiar. En efecto; a la mañana siguiente, segundo día de la octava de la Natividad de la Santísima Virgen, se vio toda la montaña de Kalemberg cubierta de tropas aliadas: era el gran Sobieski, rey de Polonia, a la cabeza de un ejército, poco numeroso en verdad, pero fuerte con el socorro de Dios. Este Rey llegó el 12 a la capilla de San Leopoldo con el príncipe Carlos de Lorena; allí oyeron una Misa que el mismo Rey quiso ayudar de rodillas y con los brazos en cruz siempre que no tenía que servir al Sacerdote; después comulgó, y poniéndose a sí mismo y a todo su ejército bajo la protección de la Santísima Virgen, después de haber recibido todo su ejército la bendición dada en nombre del Santo Padre, se levantó el piadoso Rey y dijo: “Marchemos ahora, bajo la protección de la Madre de Dios.” Cuando el pequeño ejército de los cristianos observó desde lo alto de la montaña las innumerables tropas de los infieles, comprendieron que la victoria sólo podía venirles del cielo, y en efecto, así sucedió. Después de un rudo ataque, el Kan de los tártaros emprendió la fuga y en ella fue arrastrado a pesar suyo el gran visir, que ciego de ira dejó en el campo todos los bagajes, las municiones de boca y guerra, la artillería, que ascendía a 180 piezas, 10.000 muertos y el gran estandarte. Juan Sobieski entró en Viena con el emperador Leopoldo, entonó por sí mismo el Te Deum, y desde entonces hacía siempre llevar con él una imagen de Nuestra Señora de Loreto, hallada milagrosamente, y dos ángeles que sostenían una corona colocada sobre la cabeza de la Virgen, teniendo en sus manos un pergamino en el que se leían estas palabras: “Por esta imagen de María seré vencedor.”

El Escapulario Carmelitano

En la llamada que Nos, en 2017, hicimos para la peregrinación de julio, explicamos la historia de cómo nuestra Madre, la Virgen del Carmen, dio el Escapulario a San Simón Stock en 1251, diciéndole: “Por esta prenda se han de conocer mis hijos y mis siervos.” Dada su importancia, a continuación lo repetimos:

Recordemos que esta entrañable fecha del día 16 de julio es el aniversario de la fundación de la Orden del Monte Carmelo por la Santísima Virgen María en su aparición al Santo Profeta Elías el 16 de julio del año 4280 de la Creación. La Orden del Monte Carmelo, es la primera Orden Religiosa y Madre de todas las demás. Fue fundada por intervención directa

de la Santísima Virgen María en su excelsa aparición al Santo Profeta Elías; quien es Fundador y Padre de la Orden Religiosa Carmelitana. Las demás órdenes religiosas que han existido en la Iglesia, eran pues hijas de la Orden del Monte Carmelo, Madre y Modelo de todas.

La Orden Carmelitana fue fundada para honrar a la Madre de Dios; fundada en tiempos de mucha impiedad, para ser un reducto de almas fieles que amasen a Dios sinceramente, para conservar las santas tradiciones y la auténtica Fe. Notable es el celo implacable de la Orden Carmelitana en defensa de los derechos de Dios, de la integridad de la doctrina y de la observancia de la Ley, además de su celo por la salvación de las almas. Y el abrasado celo del Profeta era causado entonces por la gran apostasía reinante en aquel tiempo; pues, los hombres, vueltas sus espaldas a Dios, pisoteaban con obstinación los Mandamientos de la Ley Divina, y se entregaban a la idolatría y demás vicios execrables, por lo que San Elías exclamó: “Yo me abraso de celo por el Señor Dios de los Ejércitos, porque la mayoría de los del Reino de Samaria te han abandonado y viven dándote las espaldas; pues, han destruido tus altares, han pasado a cuchillo a muchos de tus profetas, y aun a mí me buscan para quitarme la vida.” El mismo día de la Fundación, San Elías, con la ayuda divina, se enfrentó a los cuatrocientos cincuenta profetas del ídolo Baal, demostrándoles que el Señor es el verdadero Dios, y los degolló.

En estos tiempos apocalípticos, los Carmelitas de la Santa Faz somos los discípulos y sucesores del Santo Profeta Elías, nuestro Padre Fundador, y hemos de exclamar con él: “Yo me abraso de celo por el Señor Dios de los Ejércitos”. A la vista de los que quieren ver, es evidente que la idolatría y demás corrupciones dominan imperativamente por toda la faz de la tierra de manera incontrolable, pues cada vez son mayores las aberraciones de los hombres, apoyadas además por legislaciones inicuas. Solamente ya Dios puede dar término al libertinaje y anarquía moral reinantes, lo cual será dejando caer sobre la humanidad podrida los rigores de su Justicia Infinita.

En el folleto “¿Dónde está la Verdadera Iglesia?”, habéis visto cómo una horda de enemigos camuflados se infiltraron en la Iglesia y realizaron su diabólico ‘Masterplan’, y que muchos advirtieron de esas tramas, pero los buenos cristianos no quisieron abrir los ojos a tiempo, porque les faltaba ese celo por el Señor Dios de los Ejércitos. Lo primero de ese plan consistía en quitar de la gente las cosas externas, diciendo que eran “sin importancia”, que ofendían la sensibilidad de los “hermanos separados”, los no católicos. Procuraron que los Sacerdotes y monjas dejaran de usar sotanas y hábitos. Todas estas cosas externas “sin importancia”, eran testimonio de vidas que constantemente se mantenían en el ámbito de Dios, en torno a Cristo y a la Virgen, y eso era lo primero que hubo que quitar, porque estos hábitos eran testigo de vidas dadas a Dios. Cada hábito de una monja en la calle era un grito de vida entregada al amor a Dios, era el grito silencioso, pero constante, de que Dios y su Iglesia existen en nuestro siglo, y de tantas personas dispuestas a sacrificar su única vida por amor a Cristo. El plan era empezar a decir que los hábitos eran cosas anticuadas; que el hábito era una barrera que separaba a los ‘hermanos’ protestantes de los católicos. Tuvieron gran éxito, pues ya no se vieron más ni monjas ni Sacerdotes, ni en las calles, ni en ninguna parte. Esa fue la primera parte del plan; la parte final era conseguir que no existiesen de verdad, que la gente se olvidase de la figura del Sacerdote y de la Monja; al no verlos, la juventud iba a ignorar su existencia y así a nadie se le iba a ocurrir ni pensar en la posibilidad de hacerse Sacerdote o Monja. Dejaría de existir la figura del hombre o mujer que sacrifica toda su vida por Cristo.

Además de su ataque contra los hábitos, también hubo un plan para hacer que las personas dejaran de usar las medallas, los escapularios, los rosarios, etc. El plan consideraba todo esto ‘importantísimo’, porque estas cosas que parecen sin importancia eran las que hacían respirar amor a Dios, a Cristo y a la Virgen, y a Ellos había que destronarlos de la sociedad. En cuanto al escapulario y las medallas era fácil, decían los infiltrados: hay que insistir en que son cosas de beatos, cosas externas, cosas ‘sin importancia’, pero que ofenden las ideas de los ‘hermanos’ protestantes; por lo tanto sería mejor dejarlas, no usarlas, y así los

protestantes se acercarían a la Iglesia más fácilmente. Más de treinta Papas han recomendado el escapulario del Carmelo, lo han usado, lo han propagado con las palabras más hermosas que el vocabulario humano permite. Cientos de miles de Sacerdotes y Obispos lo han recomendado ardientemente por siete siglos y lo han usado millones de católicos. Y, de repente, nadie habla de él; va uno a conseguir un escapulario a las iglesias y no hay, ni siquiera se molestan en hacerlos. Como por magia no hay escapularios; como si no valiera para nada; como si fuera cosa de beatos. Realmente los infiltrados parecen haber tenido éxito en cuanto al escapulario. Y, sin embargo, el escapulario sigue siendo el arma sencilla de Nuestra Madre, el mimo más cariñoso de la Virgen para sus hijos. “Su misma nobleza de origen,” decía el Papa San León XIII, “su venerada antigüedad, su extraordinaria propagación, así como los saludables efectos de piedad por él obtenidos, y los insignes milagros obrados por su virtud, lo recomiendan con el mayor encarecimiento”.



En contraste con la iglesia apóstata romana, la Santa Iglesia Palmariana se distingue por haber siempre mantenido la Santa Tradición de la Iglesia y por múltiples prácticas que conducen a la santidad, entre ellas el uso del Santo Escapulario. Tales prácticas son necesarias, porque el cristiano debe uniformar los actos de su vida toda con sus convicciones y creencias religiosas.

El Santo Escapulario de la Santa Faz es de gran importancia, pues el Catecismo enseña que “el escapulario de la Santa Faz es prenda segura de salvación”, que “fue instituido por Nuestro Señor Jesucristo y la Santísima Virgen María en las apariciones de El Palmar de Troya,” y que “todo fiel palmariano debe llevar internamente el Escapulario de la Santa Faz, así como portarlo externamente en los cultos.”

Nos, repetimos las palabras de la Santísima Virgen María cuando, en un Mensaje de 1973, hizo un llamamiento para la fiesta del día 16 de julio: “A todos os llamo para que acudáis a este Sagrado Lugar, todos los que podáis, en ese día glorioso de la Festividad del Carmelo, señal de predestinación eterna, por cuanto concierne al Santo Escapulario, que libra a las almas del poder del enemigo”, porque el aniversario de la Fundación de los Carmelitas, 16 de julio, es también aniversario de la institución del Santo Escapulario Carmelitano. En el siglo XIII, hubo una terrible persecución musulmana en el Monte Carmelo, lo que obligó al Superior General, San Alán de la Espada de Dios, el Bretón, a trasladar la Sede de la Orden a Inglaterra. Este traslado favoreció mucho a la expansión de la Orden por occidente. A la muerte de San Alán de la Espada de Dios, fue elegido nuevo Superior General de los Carmelitas San Simón Stock, el cual había nacido en el condado de Kent, Inglaterra, en donde vivió como eremita hasta que la Virgen María le manifestó su deseo de que entrase en la Orden del Carmen, cuyos religiosos acababan de llegar del Monte Carmelo. Su apellido, Stock, parece deberse a que cuando era ermitaño vivía en el tronco hueco de un árbol; tenía el don celestial de obrar señalados milagros. San Simón Stock enriqueció sobremanera la Orden, fundando conventos y colegios. En lugar del eremitismo originario, se transformó en una orden mendicante, y no sólo contemplativa sino también de apostolado. Obtuvo del Papa San Inocencio IV la confirmación de las Reglas de San Alberto de Jerusalén, adaptadas a las necesidades y exigencias de la vida de occidente.

San Simón, a quien se le ha llamado “el amado de María”, llegó a componer preciosos himnos a la Virgen, Madre de Dios; se le atribuyen los himnos marianos *Flos Carmeli* y el *Ave Stella Matutina*. El suceso más digno de mención de su vida es la entrega del Santo Escapulario de manos de la Santísima Virgen María, correspondiendo así, la Divina Señora, a la solicitud de ayuda de San Simón Stock ante la recia persecución que se había levantado contra los Carmelitas. San Simón suplicaba todos los días a la gloriosísima Madre de Dios

que diera alguna muestra de su protección a la Orden de los Carmelitas, que gozaban del singular título de Hermanos de la Bienaventurada Virgen del Monte Carmelo, pidiéndole con todo el fervor de su alma que, como Flor del Carmelo, protegiese su Dulcísimo Nombre y el de los Carmelitas. El prodigio acaeció en la madrugada del 16 de julio del año 1251, cuando San Simón Stock se hallaba en su celda; pues allí se le apareció la Reina del Carmelo envuelta en luminosa nube, rodeada de multitud de Ángeles, y le entregó el escapulario como señal y testimonio de su protección poderosa en todos los peligros, diciéndole estas consoladoras palabras: “Amadísimo hijo: Recibe el escapulario de tu Orden, señal de mi confraternidad para ti y privilegio para todos los Carmelitas. Por esta prenda se han de conocer mis hijos y mis siervos. En ella te entrego una señal de predestinación, de protección en los peligros y una como escritura de paz y de alianza eterna; con tal que la inocencia de la vida corresponda con la santidad del hábito. El que tuviere la dicha de morir con esta especial divisa de mi amor, no padecerá el fuego eterno, y por singular misericordia de mi querido Hijo, gozará de la Bienaventuranza”. Desde entonces la devoción del Santo Escapulario empezó a divulgarse por todas partes, y las gentes sencillas se apresuraron a llevar esta preciosa prenda que fue enriquecida con muchas gracias por los Papas, y por su medio la Virgen María obraba muchos prodigios. San Simón Stock murió el 16 de mayo del año 1265 a los cien años de edad.

Una tradición referente al Santo Escapulario del Carmen es el llamado Privilegio Sabatino, otorgado por la Santísima Virgen María, a favor de los Carmelitas, que dice que María, Madre de Misericordia, libra del Purgatorio y lleva al Cielo, el sábado después de la muerte, a cuantos hubiesen vestido su Escapulario, con tal que hayan guardado la castidad según el propio estado, y hayan practicado ciertas devociones en su honor, según se lo manifestó en visión a San Juan XXII Magno.

El Padre Croisset, en el segundo tomo de ‘La devoción a la Santísima Virgen,’ presenta un extracto de la bula expedida por el Papa San Juan XXII Magno en el año 1316, con motivo de la aparición con que aquel Soberano Pontífice fue favorecido por la Santísima Virgen, que le dirigió las palabras más consoladoras para los siervos de esta gran Reina, y las cuales, aunque relativas a las Cofradías del Santo Escapulario del Carmen, son aplicables a todos sus hijos, cuando depositan en Ella su confianza. Dice esta Augusta Protectora y Libertadora de las almas del purgatorio: “Yo que soy la Madre de Misericordia, descenderé el sábado después de la muerte de mis devotos, los libraré del purgatorio, y los llevaré conmigo a la Santa Montaña de la vida eterna.” Esta misma bula fue renovada por dicho Papa en 1321, y en una y otra refiere detalladamente el objeto y las circunstancias de la aparición con que la Santísima Virgen se había dignado honrarle, mandándole publicar su glorioso título de Libertadora de las almas de aquellos de sus siervos que estaban detenidas en el purgatorio. Dicha bula fue publicada sucesivamente por diecinueve Papas más, y en verdad que estos diecinueve Soberanos Pontífices no hubieran confirmado la bula de su predecesor San Juan XXII Magno (1314-1334) si no hubieran creído que la aparición de la Santísima Virgen que en ella se refiere era irrefutable.

Siempre ha habido condiciones para ganar estos privilegios. Para merecer la promesa de la perseverancia final, se requería haber recibido el escapulario de manos de un Sacerdote y llevarlo siempre puesto, especialmente en la hora de la muerte. Se requiere devoción a María; procurar imitarla; desear ser buenos hijos suyos. El escapulario son dos trocitos de tela que simbolizan una vestimenta, y quien viste el hábito de María debe vivir como Ella, y tener el hábito de practicar las virtudes cristianas. Esto es lo esencial del escapulario y del hábito. Cristo reprochó a los fariseos diciendo que eran hijos del diablo, y que hacían las obras de su padre, Satanás. En cambio, los que se gloríen de ser hijos de María Santísima han de imitar las obras de su Madre Celestial. Llevar su hábito es para parecernos a María y para señalarnos como hijos suyos; es manifestar nuestra intención de imitar a María y de ser como Ella. Pongamos todo nuestro empeño en hacerlo bien, para que lleguemos a ser

como imágenes vivas de María, que es Modelo de Imitación Santa. Llevar el escapulario es vestirse con el hábito de María Santísima, como Rebeca “vistió a Jacob con los mejores vestidos de Esaú, que tenía en casa”, para que su padre le diese la bendición de la primogenitura; es decir, que si realmente llegamos a ser parecidos a la Santísima Virgen, Dios nos colmará de sus mejores bendiciones.

El Escapulario del Palmar es el hábito de la Orden de los Carmelitas de la Santa Faz que todos los miembros, incluso los terciarios, deben llevar siempre; pues es una forma reducida del hábito religioso de la Orden. Aquí viene al caso el antiguo refrán: “el hábito no hace al monje”, porque es preciso que el exterior corresponda con el interior, pues aunque el hábito no hace al monje, el hábito le ayuda mucho a vivir santamente.

El Escapulario de la Santa Faz es un Sacramental y, como enseña el Catecismo, los Sacramentales son signos sensibles y sagrados instituidos por la Iglesia para honrar a Dios, para santificar las almas, impetrar dones y defendernos de los tres enemigos del alma. Los Sacramentales, por la virtud especial que les ha conferido la autoridad de la Iglesia, son de mucha más eficacia que cualquier otro acto piadoso. Sin embargo, no son lo mismo que los Sacramentos instituidos por Cristo, pues los Sacramentales no operan por sí mismos, sino que producen su efecto según las disposiciones del que los usa; sin embargo, los Sacramentos producen su efecto por su propia virtud y siempre que el sujeto no ponga obstáculo. Los Sacramentales nos alcanzan gracias actuales, mas los Sacramentos confieren la Gracia Santificante o la aumentan. Los Sacramentales, dignamente recibidos, producen saludables efectos: gracias actuales para prepararse mejor a la digna recepción de los Sacramentos; gracias actuales para obtener una mayor contrición de los pecados, una mayor devoción y una caridad más perfecta; el perdón de toda o parte de la pena temporal debida por los pecados pasados, en virtud de las indulgencias que suelen acompañar al uso de los Sacramentales; y gracias temporales, si no son obstáculo para nuestra salvación.

En El Palmar de Troya en 1970, antes de que Nuestro Señor Jesucristo estableciese el Escapulario de la Santa Faz, la Santísima Virgen María pedía a todos que llevasen puesto el Escapulario tradicional del Carmen: “Hijos míos: el Escapulario son trozos benditos de mi santo Manto bajo el cual estáis todos y con el que os salvaréis. Es una prueba de mi inmenso amor. Como Madre vuestra que soy, no quiero que se condene ningún hijo mío; por eso he venido a este Sagrado Lugar, para salvarlos. Hijos míos: llevad siempre el santo Escapulario, señal de predestinación eterna.” Luego, el día 28 de mayo de 1970, Nuestro Señor Jesucristo estableció el Escapulario de la Santa Faz y dio instrucciones al entonces vidente Clemente para confeccionarlo: “Llevad siempre esta moneda de mi Sagrada Faz. La haréis del mismo material que el santo Escapulario de mi Madre. Así llevaréis la protección de mi Santa Madre y la Mía, y pondréis las palabras: Mostrados, Señor, vuestra Faz y seremos salvos. Los llevaréis siempre colgado al cuello. Estará compuesto el Escapulario: Primero: La parte delantera mi Divina Faz; la parte trasera tendrá dos Corazones, el Mío y el de mi Santísima Madre. Con este Escapulario tendréis siempre presente la Comunión Reparadora de los tres días: Jueves, Viernes y Sábado. A los que mueran con él les prometo llevarlos, por mediación de mi Madre, a la felicidad eterna, en el mismo momento de dejar este mundo, y les prometo conservar a su familia firme en la Fe. Llegará un día en que con este Escapulario tendréis que dar con él testimonio contra los enemigos, y algunos sufriréis por enseñar mi moneda; pero mayor será la gracia que alcanzaréis en la Vida Eterna. No demoréis en llevar este Escapulario, pues mi Madre se alegrará mucho, pues Ella está más contenta estando los dos siempre juntos: Madre e Hijo.” Al Escapulario de la Santa Faz, se unió el escapulario del Carmen, formando un solo escapulario. Años después, el Papa San Gregorio XVII agregó al escapulario la imagen de San José.

La Santísima Virgen María, en otro Mensaje, aclaró la frase del Señor: “A los que mueren



con él les prometo llevarles, por mediación de mi Madre, a la felicidad eterna en el mismo momento de dejar este mundo”, diciendo que “hay que reunir las condiciones que mandan la Ley Divina y los Mandamientos de la Iglesia. Precisamente todos los que lleven este Escapulario, tendrán siempre perfecto conocimiento para cumplir los Mandamientos, pues, por este medio, mi Divino Hijo incrusta en sus corazones la Imagen de su Rostro, de tal manera que el enemigo no puede resistir la Luz del Altísimo, y decide retroceder; por lo cual, todos los que llevan este Escapulario, se van perfeccionando, llegan a amar más intensamente a la Eucaristía, ya que la Santa Faz es espejo de la Eucaristía”.

Luego el Señor, en 1971, añadió otras promesas al Escapulario: “Mirad, hijos míos, que estamos en los Últimos Tiempos, que tenéis que andar con humildad y sumisión. Yo os prometo solemnemente que todos aquellos que vengan a este Sagrado Lugar con el Santo Escapulario de mi Divina Faz y de los Sagrados Corazones, externamente colocado en sus pechos, les haré las mayores gracias, les mitigaré los castigos del Cielo y pondré paz en sus hogares. ¡Valor, hijos míos! ¡Adelante con vuestra fe! Llevad siempre el Santo Escapulario dando testimonio de Mí y de vuestra Madre. Aquellos que propaguen el llevar este Escapulario, los colmaré de gracias sobreabundantes y su corona será mayor en el Reino de los Cielos”.

A fin de abolir el Escapulario y demás objetos de piedad, los enemigos infiltrados decían que eran cosas “sin importancia”. Esto es evidentemente un engaño, porque las cosas pequeñas adquieren gran importancia cuando se hacen para agradar, o para ofender, a Dios. Lo dice el mismo Señor: “Y Yo os digo que, hasta de cualquier palabra ociosa que hablen los hombres, habrán de dar cuenta en el día del juicio”, y promete que cualquiera que diere a beber un vaso de agua a sus discípulos, no perderá su recompensa. Muchas veces Dios nos prueba en las cosas pequeñas, porque “quien es fiel en lo poco, también lo es en lo mucho; y quien es infiel en lo poco, también es infiel en lo mucho”.

La gran apostasía general de estos últimos tiempos, es señal inconfundible de la devastación llevada a cabo por los secuaces de Satanás. Nunca, como hasta ahora, ha habido tantas herejías, tanta corrupción, tanta abominación de las cosas santas. El materialismo y la desolación espiritual reinan por doquier.

Mis queridos fieles, es tan grande nuestra privilegiada condición de fieles palmarianos, que ni nosotros mismos nos damos cuenta. Mas, hemos de permanecer muy fieles a la Iglesia, para que no nos hagamos nunca indignos de tan alta gracia. ¡Cuánto debemos agradecer a Dios, Nuestro Señor, y a su Santísima Madre, la Virgen María, este singularísimo don de ser hijos de la verdadera Iglesia: la Una, Santa, Católica, Apostólica y Palmariana! Gracias a las Benditas Apariciones de la Santísima Virgen María en El Palmar de Troya, la Santa Madre Iglesia, aunque por ahora reducida a una pequeña grey, continúa incólume, y aun más vigorosa, en su misión salvadora de la humanidad.

Cuando se fundó la Orden en diciembre de 1975, el Señor dijo en un Mensaje: “Ésta es la Orden anunciada en tiempos remotísimos: la Orden vestida de saco. Vuestros hábitos simbolizan el saco. El Hábito de la Orden de los Carmelitas de la Santa Faz, es el saco; en una expresión de penitencia. Esta es la Orden anunciada desde los antiguos tiempos. La Orden preparada a reinar Conmigo, preparando el Retorno”. Y la Santísima Virgen María, el día del Traslado de la Sede Apostólica al Palmar en 1978, dijo: “Ha llegado la hora en que se manifieste la Sacrosanta Orden del Saco, la Orden de los Crucíferos, la Orden de los Carmelitas de la Santa Faz, la dulcísima Compañía de Jesús, los Jesuitas de los Últimos Tiempos”. El Credo Palmariano enseña que antes del Glorioso Retorno de Cristo, “tendrá lugar la predicación de la penitencia por los dos testigos de Dios vestidos de saco, para mover a los hombres a la conversión. Dichos dos testigos representan: uno, a los Profetas



y Apóstoles de la Tierra que son el último Papa de la Iglesia, sus Obispos, Sacerdotes y fieles; y otro, a los Profetas y Apóstoles planetarios que son Elías, Enoc, Moisés, Juan Evangelista y demás moradores del Planeta de María, los cuales vendrán a la Tierra para realizar su labor bajo la autoridad del último Papa”.

“Vestir de saco” implica penitencia, para obtener el perdón de Dios, como sucedió en Nínive, que iba a ser destruido por Dios en tiempos de Jonás. Los ciudadanos de Nínive creyeron en la palabra de Dios a través del Profeta Jonás; por lo que todos, grandes y pequeños, se vistieron de saco, hicieron penitencia y oraron a Dios. Y Dios les perdonó. Los palmarianos tenemos la misión de hacer penitencia para así aplacar la Ira del Padre y obtener la salvación de los pecadores y de orar intensamente, no sólo de palabra, sino de corazón. Recordad lo que dijo el Señor en El Palmar, el 17 de septiembre de 1974, cuando estableció el Hábito Carmelitano: “Pocos avisos os voy a dar ya. La desolación está ya a punto. Los Ángeles ya están dispuestos al exterminio de gran parte de la humanidad. Es por esto por lo que he impuesto el hábito en este Sagrado Lugar, porque los Ángeles, al ver el hábito del Carmelo en vosotros, pasarán de largo. Mas, hay que llevarlo con dignidad y enmendando cada uno su vida. Cuando los Ángeles exterminadores visiten la tierra con sus plagas y vean vuestro hábito del Carmelo, pasarán de largo y os protegerán ellos mismos. Por eso, quiero que llevéis el hábito de la Orden que no desaparecerá, ya que las demás irán desapareciendo. No lo olvidéis: la Orden del Monte Carmelo, está anunciada en antiguas profecías, estará hasta los últimos tiempos. Y todos aquellos que llevan el hábito del Carmelo, forman parte, en cierto modo, de esa gloriosa Orden. Y también, mis queridos hijos, debéis saber una cosa: Pronto llegarán los profetas, el primero, Elías. Y, como es natural, estará junto a la Orden del Carmelo y con aquellos que lleven dicho hábito. Bendecid al Padre porque os ha elegido para que forméis parte de esa Orden. Aunque, desgraciadamente, en estos tiempos, la Orden del Carmelo está muy relajada, relajadísima; pero surgirán nuevos reformadores. Prepárese el mundo a imitar a los seguidores del hábito del Carmen, porque serán la luz del mundo; pero también sufrirán persecución, dolores y tormentos, y, sobre todo, sufrirán la mofa del mundo. Bendecid al Padre por estas maravillas que vais a padecer. Mis queridos hijos: Debéis saber que el hábito deberán llevarlo todos los seguidores auténticos de este Sagrado Lugar... ¡Será grandioso contemplar ese hábito marrón en todo este Sagrado Lugar! ... ¡Oh, mis queridos hijos! ¡Qué gozo más grande de ver el hábito marrón en mis hijos! Porque corresponde al Carmelo, la Orden más antigua y la Orden que estará hasta el último momento, hasta mi Retorno, para reinar Conmigo”.

El escudo carmelitano. Al hablar de la Reina del Carmelo, conviene fijarnos en el Escudo Carmelitano que ahora figura en medio de la nave central de la Basílica Catedralicia de Nuestra Madre del Palmar Coronada, pues es un emblema verdaderamente bello por su sencillez y célebre por su antigüedad y sagrado significado.

Está compuesto de colores que representan el vestido que la Santísima Virgen llevó en vida y el hábito de los Carmelitas. Sobre la silueta del Monte Carmelo, la Cruz fue agregada por San Juan de la Cruz.

En el centro del Monte se encuentra una estrella plateada, que representa a la Santísima Virgen María. El fondo blanco de la parte superior significa que el profeta Elías contempló a la Santísima Virgen María en una nubecilla blanca, en el mismo fondo se posan dos estrellas doradas las cuales representan a los dos grandes Profetas Elías y Eliseo.

En la parte superior del escudo se encuentran doce estrellas las cuales significan la corona de la Santísima Virgen María, conforme al Apocalipsis, y simbolizan los grandes favores y gracias que concedió a su Orden y, de manera especial, los privilegios y gracias singulares con los cuales el Señor ensalzó a María.

De la corona que se encuentra en la parte superior del Escudo sale el brazo del Santo Profeta Elías, que sujeta su espada flamígera, con la cual dio muerte a los falsos profetas de Baal en el Torrente de Cisón, por la honra de Dios. Alrededor de la espada hay una



inscripción en latín que dice: ‘Zelo zelátus sum pro Dómino Deo Exércituum’, que es el lema de San Elías: ‘Yo me abraso de celo por el Señor Dios de los Ejércitos.’

Este ha de ser también el lema de todos los palmarianos. Hemos visto cómo la iglesia romana cayó en la apostasía precisamente por su falta de celo, por su indiferencia ante la corrupción de costumbres, por su apatía ante las herejías. Debemos tener ardiente celo por la gloria de Dios, y mostrárselo con nuestra fidelidad en la oración y en cumplir con los Mandamientos. Ese celo también nos obliga a trabajar con entusiasmo por la salvación de las almas.

No olvidéis que vosotros, como hijos de la Iglesia, sois miembros terciarios de la Orden de los Carmelitas de la Santa Faz en Compañía de Jesús y María: la Orden de los Últimos Tiempos, la Orden de los Crucíferos, la única Orden Religiosa que perdura, al permanecer fiel a la verdadera Iglesia. Aquí es

donde ahora se continúa la verdadera Orden del Carmelo, fundada por la Santísima Virgen María en su aparición al Santo Profeta Elías, pues las demás órdenes religiosas quedaron aniquiladas por la apostasía. Y así como la primitiva Orden del Monte Carmelo tuvo la misión de preparar la Primera Venida de Cristo como Mesías, la Orden de los Carmelitas de la Santa Faz tiene la misión de preparar la Segunda Venida de Cristo como Juez.

Nuestro Señor Jesucristo había dado antes más mensajes sobre el Escapulario: “¿Acaso no soy vuestro Padre, Yo? ¿Por qué no dais testimonio de Mí? ¿Acaso es ridículo que llevéis el Santo Escapulario externamente, dando testimonio de vuestra Fe? ¿Acaso Satán puede insistir tantas veces en que llevéis este Santo Escapulario? Cuando precisamente este Escapulario es para expulsar a Satán. Mirad, hijos míos: este Escapulario es una fuerza terrible que el enemigo no puede soportar. Es necesario que todos lo llevéis externamente. Mirad, que también los castigos están condicionados a este acto de valentía. Os advierto: Desde hoy en adelante, aquellos que estén en este Lugar asiduamente y no lleven externamente este Santo Escapulario, correrán el peligro de ser señalados por Satán, al cual le daré libertad para que así lo haga. Mirad, que el que lleve la señal de la Bestia sufrirá terriblemente. Hijos míos: Son innumerables los que están en el Cielo por causa de las Santas Cruzadas. Todos ellos portaban banderas con mi Señal y la de la Virgen Santísima, y se enfrentaban a los enemigos, sin reparar a que iban a perder sus vidas corporales. Ha llegado el momento de tener valor y de servir de mofa, si es preciso, en defensa mía. Mirad, que es mi Rostro, mi Sagrado Corazón y el de mi Madre Santísima. En estas tres Reparaciones está la salvación del mundo. Todos los que vienen aquí, tienen pruebas, más que suficientes, de la autenticidad de estos Mensajes en que se dice que hay que llevar externamente este Santo Escapulario. Observad, como a mis otros videntes, les hemos ido pidiendo los Escapularios, se los hemos bendecido, no una sola vez, sino muchas. ¿Es qué no es prueba necesaria? ¿Para qué queréis más pruebas?: Distintos videntes dando al Cielo a bendecir los Escapularios. Mas, hay un factor: Hay que hacerse niño para comprender los misterios divinos. Para comprenderme a Mí no hace falta estudio, sólo humildad y la Gracia del Espíritu Santo caerá sobre él. ¡Ay, del que se escandalizare de este Escapulario! ¡Pobre de él!”

Y en agosto de 1973, Nuestro Señor dijo: “Consagrad el mundo a la Madre del Carmen, y levantad y acrecentad la devoción al Santo Escapulario, prenda de salvación eterna.” Mensaje de Nuestro Señor en 1974: “Satán... ha sido rechazado por el Santo Escapulario, del cual siente horror y espanto. Por eso veis las confusiones que hay en El Palmar: Aquellos que no llevan el Santo Escapulario, porque es rechazar el parapeto, el escudo contra Satanás. ¡Benditos vosotros los que lleváis estos Santos Escapularios y benditos vosotros aquellos que los confeccionáis!”

En una ocasión Clemente Domínguez vio a Satán de forma monstruosa. Del Escapulario de la Santa Faz, que el vidente tenía sobre el pecho, salió un rayo de luz potentísimo, en dirección hacia donde estaba Satán, al cual cegaba y le hacía revolcarse furiosamente. Luego el Sacratísimo Corazón de Jesús le dijo, refiriéndose al Escapulario de la Santa Faz: “Hijos míos: Tenéis ahora un Escapulario digno de héroes, pues llegará un día que seréis perseguidos, ya que, muchos, no admitirán la devoción a mi Divino Rostro, ni a mi Sacratísimo Corazón, ni al Inmaculado Corazón de la Virgen María, Madre mía y vuestra; pero vosotros tendréis que dar testimonio con él.”

La Santísima Virgen María, bajo la advocación del Carmen, dijo en enero de 1971: “Hijos míos: Tened presente siempre que, si queréis ser librados de los ataques de Satán, el mejor medio para que él retroceda y se derrita, es teniendo delante, en vuestro pecho, el Divino Rostro de mi Hijo. Ante Él, el enemigo no puede seguir adelante, pues la Luz de mi Hijo lo derrumba. Cuando Satán se disfraza aparentando ser Jesús o ser Yo, vuestra Madre, y tenéis puesto externamente el Rostro de mi Hijo, inmediatamente él desaparece, porque él es soberbio y no puede soportar la majestad de Dios. Hijos míos, quisiera que vuestras mentes comprendieran el valor que tiene llevar este Santo Escapulario externamente en este Sagrado Lugar.”

Y al mes siguiente, dijo Ella también: “Es también mi deseo que todos tengáis siempre colgado en vuestros pechos el Santo Escapulario de mi Divino Hijo Jesús, con su Sagrado Corazón y mi Corazón Inmaculado. Siempre que estéis en este Sagrado Lugar, tenedlo puesto externamente para dar testimonio de Jesucristo y de Mí, vuestra Madre. Observad, hijos míos: El enemigo os acecha siempre; mas, con este Escapulario, lo expulsaréis, pues él no resiste la dulzura de Jesús, el amor de Jesús, la Divinidad de mi Hijo. Observad las palabras que pronuncio, todas de clamor a Dios, palabras que no puede pronunciar el enemigo. Jamás el enemigo puede alabar a Jesús, vuestro Dios. Multiplicad estos Santos Escapularios. En vuestras manos pongo el atraso de muchos males, o el adelanto, según cumpláis los Mensajes. Mirad, que no es un capricho, que es un deseo de mi Jesús. ¿Por qué no queréis complacerle a Jesús, vuestro Salvador? No os podéis imaginar el valor de este Santo Escapulario puesto en vuestros cuerpos sin miramientos humanos, dando testimonio de Dios. Pensad: Si no sois capaces de complacer a Jesús en esta pequeña cosa, ¿cómo vais a complacerle el día que tengáis que dar vuestras propias vidas? Hay ya pruebas más que suficientes sobre este Santo Escapulario... ¿qué más pruebas queréis? Por distintos videntes he bendecido este Escapulario. Sólo hace falta humildad, amor y entrega, y comprenderéis que debéis tener este Escapulario, externamente, cuando estéis en este Sagrado Lugar... Mirad: El Arcángel San Miguel, en su escudo, llevaba estampado el Divino Rostro de Jesús para combatir a los ángeles rebeldes. Imitad a San Miguel... Tened humildad y qué bien veréis todo lo que venga de Dios. Os bendigo.”

Días más tarde, la Santísima Virgen sigue recomendando: “Os aseguro que todos los que habéis aceptado con humildad y prontitud en poneros el Santo Escapulario externamente, alcanzaréis gracias sobreabundantes, y las gracias se derramarán sobre vuestros familiares y sobre vuestras amistades. Contagiaréis vuestra paz, vuestra luz y vuestra humildad. Hijitos míos: Seguid humildes, fieles a mis palabras. Yo os cubro con mi Santo Manto. ¡Ay, de aquellos que dudan tanto, que reaccionan con soberbia y con palabras insultantes a este Santo Escapulario! Son dignos de lástima, ¡pobre de ellos! ¡Ya es bastante ofender a Jesús! Quiero que seáis humildes y pequeños para que entréis en el Reino de los Cielos. A todos los que habéis aceptado este Santo Escapulario prontamente, os hago también responsables de extenderlo a vuestros hermanos que van llegando a este Sagrado Lugar. Mirad, que todos os hacéis responsables; pues el que cree algo, está obligado a dar testimonio de esa fe. Hay quien dice que no se pone el Escapulario por no señalarse, pero es que va a quedar más señalado en medio de tantos con ellos.”

Ya había dicho la Santísima Virgen María, en mayo de 1971: “Observadlo, hijos míos:



Los que rezáis el Rosario Penitencial, estáis unidos, rezáis ante el Divino Rostro de mi Hijo, y lleváis el Santo Escapulario, el Santo Emblema del Sagrado Lugar de El Palmar de Troya. En dicho Escapulario conocerán que sois creyentes de estas benditas Apariciones. Días vendrán que con este Santo Escapulario daréis la vida como mártires y seréis glorificados con la palma del martirio en defensa de la Verdad. Yo os pregunto: Si alguno siente vergüenza de ponerse este Santo Escapulario en tiempo de paz, ¿qué será en tiempos de combates, qué será en tiempos del Anticristo, en que el emblema de ellos será la Hoz y el Martillo? ¡Oh, hijos míos! ¡Qué fácil es todo cuando hay humildad en los corazones!; mas, ¡qué difícil cuando corroe los corazones la

soberbia, la vanidad y el espíritu de grandeza! Mirad, hijos míos: Dios revela sus misterios sagrados a los humildes y no a los sabios. La sabiduría es un don grande de Dios, mas si se pone a su servicio y no al servicio del Enemigo... Mirad, hijos míos: Estáis viviendo un tiempo de gran crisis; pero este tiempo es propicio para purificaros, y podéis hacer muchos méritos. En los momentos de combate es cuando más se purifican las almas. Observad a vuestra Santa Madre la Iglesia: En aquellos lugares en que es perseguida y martirizada, surgen grandes santos; surgen grandes defensores de la Fe, y mueren confesando a Cristo. Mas, en tiempo de bonanza, corre el peligro de abandonarse y relajarse.”

El santo Escapulario del Carmelo ha sido siempre una fuente de bendiciones para los religiosos y también para los fieles terciarios. El privilegio de los carmelitas que llevan el Sagrado Escapulario está contenido en estas palabras de Nuestra Señora a San Simón Stock: “Ecce signum salutis, salus in periculis,” es una señal de salvación eterna y una salvaguardia perpetua de toda clase de peligros, como bien por mar como por tierra; una protección y defensa contra el fuego, el trueno y el relámpago: Muchas tempestades han sido apaciguadas por el Escapulario; muchos fuegos se han apagado; muchas clases de enfermedades han sido curadas; se han vencido graves contagios; los demonios han sido puestos en fuga; y es el remedio más rápido y eficaz contra todos los engaños satánicos y brujerías que se puede hallar. San Claudio de la Colombière, Sacerdote jesuita y confesor de Santa Margarita María de Alacoque, observó: “Ninguna devoción ha sido confirmada con mayor número de milagros auténticos que el Escapulario Carmelita.” Todo esto puede demostrarse con diversos ejemplos de los notables milagros del Escapulario, de los cuales relataremos los siguientes:

En la ciudad de Aviñón en Francia, en el año 1622, un honorable soldado llamado Alejandro Domingo, natural de Lyon, yendo al ejército, se quedó en Aviñón para hacer sus devociones y celebrar, antes de su partida, la fiesta del Escapulario con los demás miembros de la cofradía. El 11 de julio, cinco días antes de dicha fiesta, se encontró con cierto enemigo suyo, que le saludó con una pistola cargada de dos balas; y habiendo hecho la descarga justo en su pecho, se retiró. Este pobre hombre, creyéndose en trance de muerte, recurrió a la Patrona de la cofradía; clamando: “¡Oh Santísima Virgen del Monte Carmelo, ayúdame!” ¡Cosa extraña! Apenas había pronunciado estas palabras, cuando sintió las dos balas caer de sus ropas; y siendo llevado a su alojamiento en el cuartel, allí se vio que su manto estaba quemado, y que las balas habían traspasado su chaleco y la camisa, dejando sus marcas en el santo Escapulario, que llevaba pegado a su piel, pero sin causar daño alguno en su persona.

En el año 1633, cerca de Cracovia en Polonia, un joven que poco antes había recibido el santo Escapulario en el convento de los Carmelitas de dicha ciudad, recibió en un combate un tiro de mosquete en el pecho, pero aunque la bala atravesó su pectoral y su ropa, reposó en su Escapulario, y no hizo más daño, sino que dejó una pequeña mancha sobre el santo hábito.

Monsieur De Cuge, corneta de una compañía de caballos, fue herido en el combate del Tesino, en el año 1636, por una bala; la cual, atravesando su costado izquierdo, le hirió en el mismo corazón, de modo que naturalmente no pudo vivir ni un momento más. Sin

embargo, estando él en pecado mortal, (como declaró después) Dios Todopoderoso, por la intercesión de la Gloriosa Virgen María, le dio tiempo para arrepentirse, y prolongó su vida por tres o cuatro horas; durante las cuales hizo su confesión, y con sus propias manos escribió su última voluntad y testamento; hecho lo cual el cirujano vino a investigar sus heridas, y halló que la bala le había clavado el Escapulario en el corazón. Al extraérselo, expiró luego, haciendo muchos actos de profunda gratitud hacia la Santísima Virgen, que prolongándole milagrosamente la vida, le había preservado de la muerte eterna.

En una batalla entre franceses y españoles, en la isla de Santa Margarita, un joven de Tolón, de la Provenza francesa, llamado Jorge Teissery, se acercó tanto a la boca de los cañones, que le quemaron toda la ropa, incluso el fuego le quitó la camisa de su cuerpo, y por la fuerza de los golpes fue arrojado a gran distancia al mar, donde, aunque privado del uso de sus sentidos, permaneció largo tiempo sobre la superficie del agua. Al volver en sí y recordar que llevaba el Escapulario, invocó a la Virgen María Inmaculada, por cuyo medio recobró fuerzas para salvarse; llegando a tierra, halló que el Escapulario estaba entero sobre él, sin haber sido tocado ni por el fuego ni por el agua.

En el año del Señor 1638, en la ciudad de Tolón en Francia, se inició un incendio en una calle cercana a la casa de Juan Richard, abogado del parlamento, cuya esposa al ver que ni la multitud de gente que allí había, ni la abundancia de agua que le echaron, pudo apagarlo, pensó ella, en este extremo del peligro, arrojar en medio de las llamas el escapulario de la Santísima Virgen, lo cual no bien lo hubo hecho, luego hizo cesar el fuego.

Varios libros antiguos tienen muchos otros ejemplos de aquellos que han sido librados de los demonios, del fuego, del agua, de las fieras, de las enfermedades, de las brujerías, del peligro en el parto, de los disparos de pistola y de muchos otros males, por medio del Escapulario. Con cuánta razón se ha escrito: ‘Bienaventurados los que se visten con el hábito y manto de la Santísima Virgen.’

Historias Milagrosas del Escapulario Carmelita.

La Virgen entregó a San Simón Stock el escapulario carmelita en 1251 y le dijo: “Tú y todos los carmelitas tendréis el privilegio, que quien muera con él no padecerá el fuego eterno.” Es decir, quien muera con él puesto, se salvará. Y luego, la Santísima Virgen se apareció al Papa San Juan XXII en el siglo XIV. Y le prometió para quienes cumplieran los requisitos de esta devoción que, “como Madre de Misericordia con mis ruegos, oraciones, méritos y protección especial, les ayudará para que, libres cuanto antes de sus penas, sean trasladadas sus almas a la bienaventuranza.”

El mismo día en que la Virgen le dio el escapulario a San Simón Stock, fue llamado a toda prisa por Pedro de Linton: “Ven pronto Padre, mi hermano se está muriendo y en desesperación.” San Simón Stock colocó su gran Escapulario sobre el moribundo, se arrepintió inmediatamente y murió como un amigo de Dios. Esa noche, el hombre fallecido se apareció a su hermano: “Me has salvado a través de la Poderosa Reina y el hábito de ese hombre como escudo.”

San Alfonso nos dice: “Los herejes modernos se burlan del antiguo escapulario. Ellos denuncian que es una de tantas necedades. Sin embargo, sabemos que varios Pontífices lo han aprobado.” Es notable que sólo 25 años después de la visión, el Papa San Gregorio X fue enterrado llevando el escapulario. Cuando su tumba fue abierta 600 años después de su muerte, su escapulario fue encontrado intacto. El Escapulario también se encontró como nuevo en las tumbas de San Juan Bosco y San Alfonso de Ligorio, a pesar de todo lo demás en sus tumbas que era corruptible se había deteriorado. San Alfonso dijo que si hiciéramos un poco más de lo que la Virgen nos pide, nosotros ni siquiera iríamos al purgatorio.

En pleno siglo XX, cuenta un Sacerdote que un día en un pueblo cerca de Chicago, lo llamaron a la cabecera de un hombre alejado de los Sacramentos durante muchos años: “No quería verme, ni hablar. Entonces le pregunté si quería el pequeño escapulario que yo le ofrecía. ‘¿Quieres llevar esto si te lo pongo?’, le pregunté y nada más. Él accedió a



llevarlo. Una hora más tarde, quería confesarse y hacer las paces con Dios. No me sorprende, porque por más de 700 años la Virgen ha estado trabajando a través de su escapulario.”

Cada mes un cargamento de 1.000 esclavos llegaba a Cartagena, América del Sur. San Pedro Claver, Apóstol de los Esclavos, usaba el Escapulario para asegurar la salvación de sus conversos. Él organizaba catequistas para darles instrucciones, y antes de que se vendieran, procuraba que fueran bautizados. Muchos eclesiásticos acusaron al Santo de celo indiscreto, pero San Pedro les contestó que él había bautizado e impuesto a todos el Escapulario de la Virgen del Carmen. Estaba seguro de que María cuidaría de cada uno. ¡Imagina! San Pedro Claver fue responsable de más de 300.000 conversos.

En 1845, el barco inglés ‘Rey del Mar’ fue azotado por un huracán salvaje. El reverendo Fisher, un ministro protestante,

junto con su esposa e hijos y otros pasajeros, fueron a la cubierta para orar pidiendo misericordia y perdón porque el final parecía cerca. Entre la tripulación había un joven católico irlandés, John McAuliffe. Este se abrió la camisa, se quitó el Escapulario, hizo la señal de la cruz sobre las furiosas olas y luego lanzó el Escapulario en el océano. En ese mismo momento el viento se calmó, y sólo una ola más lavó la cubierta, trayendo consigo el Escapulario, que aterrizó a los pies del muchacho. El ministro Fisher y su familia habían observado lo que había hecho. Le preguntaron al muchacho y él les habló de la Virgen y el Escapulario, y su promesa de protección en casos de peligro. Tan impresionados quedaron, que se convirtieron a la Iglesia Católica, para disfrutar de una protección similar.

Un Sacerdote francés en peregrinación a Einsiedeln, Suiza, estaba en camino para celebrar la Santa Misa cuando se acordó que había olvidado su escapulario. Aunque tarde, regresó a buscarlo. Mientras decía su Misa, un joven se acercó al altar, sacó un revólver y le disparó por la espalda... pero el Padre continuó diciendo Misa. En la sacristía después, exclamó el abad: “¡Pensé que el hombre lo había matado!” Pero cuando le retiraron las vestiduras, se encontró la bala adherida a su pequeño escapulario marrón.

En mayo de 1957 un Sacerdote carmelita en Alemania publicó la historia poco común de cómo el Escapulario guardó un hogar del fuego. Toda una fila de casas se había incendiado en Westboden, Alemania. Los habitantes piadosos de una casa de dos familias, al ver el fuego, inmediatamente sujetaron un escapulario en la puerta principal de la casa. Las chispas volaron sobre ella y alrededor de ella, pero la casa quedó ilesa. En 5 horas 22 casas fueron reducidas a cenizas y ruinas. Ésta casa quedó en pie sin daño en medio de la destrucción. Cientos de personas acudieron para ver el lugar que Nuestra Señora había salvado.

En 1951, el antiguo hogar de San Simón Stock en Aylesford, Inglaterra fue dedicado y las reliquias del Santo del Escapulario regresaron. Desde entonces miles de usuarios del escapulario han ido en peregrinación. En 1957 fue llevado allí el pequeño Peter, que sufría de leucemia. Sus brazos y piernas estaban cubiertos de llagas. Tenía sólo unos pocos días de vida. Cuando regresaron a su casa esa misma noche, las llagas habían sanado y había recuperado sus fuerzas. Su familia se dio cuenta de que estaba curado. Los médicos confirmaron su curación completa.

En octubre de 1952, un oficial de la Fuerza Aérea en Texas, escribió lo siguiente: “Desde hace seis meses, poco después de que empecé a usar el Escapulario, he experimentado un notable cambio en mi vida. Casi a la vez empecé a ir a Misa todos los días. Después de un breve periodo empecé a recibir la Comunión diaria. Guardé la Cuaresma con un fervor que nunca había experimentado antes. Fui introducido en la práctica de la meditación y me encontré haciendo débiles intentos en el camino a la perfección. He estado tratando de vivir con Dios. Atribuyo esto al Escapulario de María.”

El Escapulario del Carmelo da protección en todos los momentos de la vida, en la muerte y aún más allá. “En la vida protejo; en la muerte ayudo, después de la muerte salvo”, son sus credenciales por los innumerables prodigios que ha obrado. Al vestir el escapulario, y durante toda la vida, es muy importante que sepamos apreciar su profundo y rico significado. Quien viste el escapulario debe procurar tener siempre presente a la Santísima Virgen, y tratar de copiar sus virtudes y su vida, y obrar como Ella, María, obró, según sus palabras: “He aquí la Esclava del Señor, hágase en Mí según tu palabra.” Además de la gran promesa de preservar del infierno, y de la salvación en los peligros, el escapulario del Carmen es un recordatorio de todas las virtudes de María. Así lo aconsejaba a todos el Papa San Pío XII Magno, el 11 de febrero de 1950: “Reconozcan en este memorial de la Virgen un espejo de humildad y castidad. Vean, en la forma sencilla de su hechura, un compendio de modestia y candor. Vean, sobre todo, en esta librea, que visten día y noche, significada, con simbolismo elocuente, la oración con la cual invocan el auxilio divino. Reconozcan, por fin, en ella su consagración al Sacratísimo Corazón de la Virgen Inmaculada.”

Entre las devociones que los cristianos dedican a honrar a María, decía San Pío XII, “debe colocarse, ante todo, la devoción del Escapulario de los carmelitas.” En estos tiempos en que ya han apostatado todas las demás órdenes religiosas, sólo queda la de los Carmelitas de la Santa Faz. Por lo tanto, mientras que los escapularios y hábitos religiosos de los apóstatas han perdido todo su valor espiritual, el santo Escapulario de los Carmelitas de la Santa Faz ha multiplicado el suyo, y así es el sacramental más adecuado para defender a los hijos de María Santísima en su lucha contra el Anticristo y sus huestes, ya que se juntan los privilegios y promesas del tradicional escapulario del Carmelo con la protección de la Santa Faz de Nuestro Señor Jesucristo, a lo cual se añade el auxilio de los Sagrados Corazones de Jesús y María, y también el del Santísimo José.

Quien viste el escapulario del Carmen debe distinguirse por una profunda, sincera y filial devoción a la Santísima Virgen, esforzándose siempre por conocer, amar, imitar e irradiar a María, ya que la Orden del Carmen, a la que pertenece por vestir su hábito, tiene como finalidad vivir su vida y extender su culto. El título oficial de los Carmelitas era éste: Hermanos de la Bienaventurada Virgen María del Monte Carmelo.

Todo esto debe animar a los cristianos a vestir con devoción el escapulario de la Virgen María que tantos prodigios ha obrado a través de los siglos y que nos promete una ayuda especial y la protección maternal de María. Éste será el ideal o lema que se procurará vivir a toda costa: “Que mi Escapulario me acompañe siempre. Que en él vea siempre a mi Madre Celestial. Que al besarlo lo haga con amor de hijo y como promesa de amarle más y servirle mejor. Que su recuerdo y su presencia en mi pecho me anime a serle más fiel a su Divino Hijo y a Ella. Que en él vea grabadas todas las virtudes de mi Madre Celestial y trate de vivirlas. Que su constante presencia sobre mi corazón me ayude a evitar el pecado y a practicar la virtud. Que su recuerdo nunca permita que me olvide de Ella y así puedo estar seguro que Ella no me abandonará”.

Al sernos impuesto el Escapulario nos consagramos a la Virgen y elegimos, así, “el camino fácil, corto, perfecto y seguro para llegar a la unión con Nuestro Señor, que es en lo que consiste la perfección del cristiano”. Así lo practicaron y enseñaron los Santos, particularmente San Luis María Grignión de Montfort, y lo expresó María Santísima en sus apariciones. Y a través de la voz de sus Pastores, la Iglesia lo reafirma.

Hay un constante y discreto vínculo de la devoción del Escapulario, que se remonta a la Edad Media, con la impresionante secuencia de grandes apariciones marianas que comenzó a partir del siglo XIX. En dichas apariciones la misma Virgen María, haciendo un llamado apremiante para pedir oración y penitencia del mundo cada vez más pecador, insistió en la necesidad del Escapulario para los tiempos actuales.

En efecto, en Lourdes, la última aparición a Santa Bernardita tuvo lugar el 16 de julio de 1858, fiesta litúrgica de Nuestra Señora del Carmen y aniversario de la entrega del Escapulario



a San Simón Stock. Y en Fátima, en la sexta aparición, durante la cual se produjo el milagro del sol para probar su autenticidad, la Virgen quiso aparecer a los tres videntes bajo la advocación del Carmen, con el Niño Jesús en los brazos y el Escapulario, pues la Virgen quería que el Escapulario fuera tomado como parte del mensaje, ya que el Escapulario es signo de consagración al Inmaculado Corazón. El Rosario y el Escapulario son inseparables.

Concluyamos cuanto llevamos dicho sobre las ventajas de la devoción del Escapulario del Carmen, con estas palabras de un ilustre y piadoso doctor, San Alfonso María de Liguorio: “Yo sé, oh María, que los que llevan vuestro santo Escapulario, son mirados por el Señor con mirada favorable y misericordiosa; y que nada hay que no puedan prometerse de tu protección: especialmente el perdón de sus pecados, la perseverancia en la virtud, vuestra asistencia en la hora de su muerte, y finalmente, la

exención de las penas del purgatorio, o a lo menos el que se abrevie su permanencia en él.”

Práctica en honor de María, observada desde su introducción por los hombres más ilustres. Desde el bienaventurado Simón Stock, a quien la Santísima Virgen dio el precioso hábito del Escapulario, hasta nuestros días, apenas hay un solo auténtico cristiano de cualquier clase y condición que sea, que reconociendo las ventajas espirituales y temporales que proporciona la devoción del Santo Escapulario, no se haya hecho un deber de ponerla en práctica, llevando esta insignia de los verdaderos siervos de María. Entre los soberanos Pontífices que han sido devotos del Santo Escapulario, citaremos sólo a San Clemente VIII, cuya historia dice que después de su exaltación al Pontificado, el que le despojaba de sus hábitos de Cardenal quiso quitarle el Escapulario, haciéndole presente que el traje de los Pontífices contiene en alto grado toda la Virtud de los otros hábitos; pero el piadoso Pontífice lo prohibió diciendo: “Dejadme a María para que María no me deje a mí”: ‘Desine Mariam, ne María me desinat.’ Entre los cardenales más ilustres que lo han llevado con honor se encuentran Barberini, Albani, Adalbrandini, Bórghesi, Borbon, Carafa, Chisi, Colonna, Conti, Corsini, Goudagna, Adescalchi, Jauson, Médicis, Polignac, Sforzia, etcétera. Si de los cardenales se pasa a los patriarcas, a los arzobispos y los obispos que han vestido el Escapulario, no se encontrará diócesis católica que no haya visto a muchos de sus prelados revestidos con el hábito de María: entre los más ilustres se puede citar a San Lorenzo Justiniano, San Carlos Borromeo, Flechier, Obispo de Nimes, y Belsuncio, Obispo de Marsella. Inútil es hablar de los reyes, emperadores, príncipes y princesas que han llevado este Escapulario. No hay un solo reino en Europa que no cuente a alguno de sus soberanos entre los más celosos cofrades de esta Santa Asociación. Lo dicho basta para confundir el orgullo de esos cristianos que, avergonzándose de formar parte de esta cofradía, se privan de las infinitas gracias con que María enriquece a sus queridos hijos, así en este mundo como en el otro.

Gracias espirituales y corporales colectivas obtenidas por la devoción del Santo Escapulario.

Numerosos prodigios se presentan a nuestra vista, y no de esos que sólo nos han sido referidos por una o dos personas, y de cuya veracidad puede dudarse, sino justificados por el testimonio de infinitos testigos y por pueblos enteros, que de ningún modo pudieron ponerse de acuerdo para engañar al mundo.

Toda la Provenza era presa del terrible azote de la peste, y Marsella, la única ciudad que puso su confianza en el Santo Escapulario, se vio libre de sus estragos, levantando después un monumento digno de la grandeza de María y de la piedad de sus habitantes en acción de gracias por tan señalado beneficio.

En España se había cerrado el cielo como en los días de Elías, y la esterilidad reinaba como en el tiempo de José; pero se recurrió a María, llevando el Santo Escapulario procesionalmente,

y el cielo envió abundantes lluvias, y los pueblos llenaron su granero como en otro tiempo los de Egipto.

En el sitio de la isla de Malta, en 1565, y en el de la ciudad de Güeldres, en 1597, se veían unas naciones armadas contra otras, sin ansiar más que sangre y carnicería; pero se invoca a María, se lleva el Escapulario en procesión, y el aspecto de este nuevo estandarte desarma los pueblos, apaga la tea de la discordia y renacen las dulzuras de la paz.

Toda la naturaleza, todos los elementos parece que respetan la virtud de este santo hábito. Cuando ciertas enfermedades, hasta entonces desconocidas, triunfaban de la ciencia médica y dejaban desiertas las ciudades y los pueblos de la provincia de Anjou, se puso de manifiesto el Escapulario y cesó la mortandad.

Se desencadena un terrible huracán que va a devastar los fértiles campos de Saboya y Cerdeña, y por la virtud de este hábito celestial se encadenan los vientos, cesa el granizo y se disipa la tempestad.

El mar traspasa los límites que el dedo de Dios le ha señalado, y el Escapulario es el dique que se le opone contra el cual se estrellan las furiosas olas volviendo las aguas a sus límites ordinarios.

Si se pasa de los milagros obrados por la virtud del Santo Escapulario en favor de las ciudades, de las provincias y de los reinos enteros, a los prodigios que han tenido lugar en favor de particulares, serían necesarias, para referirlos, todas las lenguas que San Jerónimo deseaba poseer para celebrar dignamente las virtudes de María. En efecto, la tierra no es más que un vasto teatro en donde el cielo parece que se complace en hacer brillar la virtud del hábito de la Madre de Dios: a donde quiera que dirijamos nuestra vista, vemos milagros sobre milagros. ¡Cuántos incendios extinguidos! ¡Cuántos naufragios evitados! ¡Cuántas balas aplastadas! ¡Cuántas espadas se han embotado! ¡Cuántos ciegos han recobrado la vista! ¡Cuántos impedidos han recobrado el uso de sus miembros! ¡Cuántos paralíticos han sido curados! ¡Cuántos muertos han resucitado!

¡Quién podrá referir los triunfos del Santo Escapulario sobre el príncipe de las tinieblas! ¿Cuántas veces en presencia de este santo hábito se ha visto el enemigo del género humano obligado a abandonar las infortunadas almas que eran el juguete de su malicia y las víctimas de su furor! ¿Cuántos pactos hechos por la fuerza de la magia han sido deshechos por la virtud de este celestial vestido?

Y esta misma virtud, ¿no ha atravesado los mares millares de veces para seguir en las bárbaras regiones a los hermanos cautivos que gemían bajo el yugo de los enemigos del nombre cristiano? ¿No ha bajado con ellos a las mazmorras para consolarlos? ¿No ha roto mil veces sus cadenas y los ha restituido milagrosamente a su cara patria? ¿No ha fortificado a otros muchos en la fe en el momento en que, abrumados por el peso de sus cadenas, desconfiaban y se veían expuestos a renegar de Jesucristo y abrazar el mahometismo?

¡Cuántas veces el inocente oprimido ha debido su salvación a este milagroso hábito! ¡Cuántas veces por su virtud han visto los criminales condenados a muerte, convertidos los instrumentos de su suplicio en instrumentos de Conversión, y ser el Escapulario el origen de su libertad y el principio de su santificación! ¡Cuántas veces el viajero acometido por los ladrones se ha visto libre de ellos, salvando su fortuna y su vida sin tener más armas que el Santo Escapulario!

¡Cuántos prodigios está obrando el Escapulario a nuestra misma vista! ¿Hay acaso alguna enfermedad a la cual no sirva de remedio? ¿Algún veneno contra el que no sea un antídoto? ¿Dolor que no haya mitigado? ¿Llaga que no haya cicatrizado?

¿No ha sido hallado en medio de las llamas sin quemarse, en medio de la podredumbre sin corromperse, y dentro de las aguas sin deshacerse? ¿No ha triunfado mil veces de los herejes? ¿No ha sido, en fin, para los que lo llevan un manantial de gracias tan preciosas como abundantes?



Prodigios de la Reina del Carmelo a través de su Escapulario.

1. *Un caso prodigioso en Puente Genil, Córdoba.* En el año 1955, se realizó un prodigio muy señalado en dicha población, que, por expreso deseo de los testigos oculares que lo presenciaron, deseamos consignar aquí, para gloria de Nuestra Santísima Madre y de su bendito Escapulario. El maestro herrero y hábil mecánico, Manuel Cobacho, que desde su niñez llevó siempre el Escapulario de la Virgen del Carmen en su pecho, se encontraba montando una máquina segadora. Algunos obreros de los que le ayudaban, notando que tenía el Escapulario sobre el pecho, comenzaron a burlarse irrespetuosamente de él, sacándoselo por fuera de la camiseta. Pero el piadoso Cobacho no consintió en modo alguno que se lo quitasen, y, poniéndose serio, prosiguió su trabajo, con el Santo Escapulario sobre la ropa. De pronto, escapó con violencia una de las sierras de la máquina que montaban, con grave peligro, y quedó enredada en los mismos cordones del Escapulario, sin que nada ocurriese. Vieron el peligro los mismos obreros, quedando atemorizados, y realizándose entre ellos verdaderas conversiones, pidiendo todos, con fervor, se les impusiese el Escapulario milagroso del Carmen.

2. *Caso prodigioso en Albacete.* Volé del tren a la parroquia de San Juan, porque llegaba con algún retraso para predicar el Novenario de Nuestra Señora de los Llanos, venerada Patrona de Albacete; la grandiosa iglesia catedralicia ya estaba abarrotada de fieles; pero, en la sacristía, una jovencita llorosa aguardaba al Padre predicador para suplicarle un favor urgentísimo: Su padre, funcionario del Estado, se estaba muriendo de un cáncer en el vientre, y la había enviado sin pérdida de tiempo a buscar al Carmelita que sabía, por referencia, iba a predicar el Novenario de la Santísima Virgen, para que fuese, sin demora, a confesarle, y a atenderle. Yo no salía de mi asombro, porque sin conocer por aquel entonces a nadie en Albacete, un señor desconocido, apenas llegado, pedía mis servicios espirituales y en trance supremo. Después de escuchar a este señor, entendí todo. Dicho señor que, en los comienzos de su carrera, prestaba sus servicios como funcionario en Sevilla, mantuvo una estrecha amistad con el Padre Luis María Llop, el cual impuso al joven matrimonio el Santo Escapulario de la Virgen. Desde entonces, por apatía o por respetos humanos, no había frecuentado más los Santos Sacramentos; pero jamás se había olvidado un solo día de rezar a la Virgen del Carmen, para obtener la gracia de una santa muerte bajo su amparo misericordioso. Y así se lo concedió, en efecto, Nuestra Madre amorosísima. Bajé del púlpito y, sin despojarme de la capa blanca, por lo fatigado, fui a la cabecera del paciente, acompañado de la menor de sus hijitas, que más que correr diríase que volaba, pues me dejaba atrás cada dos pasos. Penetré en la alcoba del enfermo, que me recibió con lágrimas de alegría y como el que aguarda confiadísimo su salvación. Comencé por animarle y hacerle confiar mucho en la Misericordia Divina y en la bondad inagotable de Nuestra Madre y, al escuchar de mis labios el nombre de la Virgen del Carmen y preguntarle si llevaba su Escapulario, balbució trémulo y lloroso con el candor de un infante inocente: “Sí, Padre de mi alma, y a él y a esta Virgen bendita, que ve usted aquí, debo esta gracia tan singular de que haya dado tiempo a que usted llegase para reconciliarme con Dios y morir en su gracia y amistad. No quiero hacerle esperar, ni mi situación, por desgracia, admite dilaciones, pues me consta certísimamente que he de morir esta misma noche. Llevo preparándome cuatro o cinco días, sin abrigar más pensamiento que el de mi salvación eterna.” Me dispuse a escucharle: duró más de tres cuartos de hora su confesión ferviente, sólo interrumpida de vez en cuando por suspiros, sollozos y lágrimas dulcísimas, que, sin duda, recogió la Virgen para labrarle su corona de justificación. Cogí un taxi para traerle el Santo Viático y los Óleos Santos, y apenas administrados éstos, cuando yo le ayudaba a recitar unas breves jaculatorias, exhaló un suspiro profundísimo, diciendo: “¡Qué buena eres, Madre mía del Carmen, y qué hermoso tu bendito Escapulario; qué bien me has cumplido mis deseos de ser un siervo tuyo el que me administrara los últimos Sacramentos!” Murió como un santo.

3. *Libra María Santísima de la muerte a una mujer en un difícil alumbramiento.* Refieren

Fray León de San Juan y Fray Pablo de Todos los Santos, que, en la ciudad de Praga, por los años de 1637, una piadosa mujer, llamada Cristina, padecía en su alumbramiento tales dolores y angustias que, a juicio de todos, morirían sin remedio madre e hijo. Se había hecho todo cuanto, a juicio de los doctores de aquellos tiempos, se podía hacer, pero todo inútil. Y entonces, cuando más se desesperaba que pudieran salvarse, Cristina, devotísima que era de la Santísima Virgen del Carmen, la invocó con viva fe, implorando su auxilio soberano y misericordioso en tal aflicción, ofreciendo que el hijo que naciera llevaría, durante siete años, el hábito de la Virgen del Carmen. Hecho su ofrecimiento con grandísima fe, humildad y confianza en su maternal bondad, al punto obtuvo la gracia que anhelaba, pues dio a luz con toda felicidad a un niño hermosísimo, a quien, tan luego como le bautizó, le impuso el Santo Escapulario de la Virgen. Pasaron dos años y, olvidada la madre del ofrecimiento que hubiera hecho de que llevara el hijo externamente el hábito de Nuestra Señora, vio la infeliz con grandísima pena cómo el niño de día en día se iba desmejorando y perdiendo la salud. Advirtió al punto su ingratitud para con la Santísima Virgen y, arrepentida, hizo vestir al niño el hábito ofrecido a la Virgen nuestra Madre, con lo que al punto se vio cómo recuperaba la salud, tan quebrantada días antes. Llevada más tarde la buena madre de su vanidad, quitó al niño el hábito que llevaba, sustituyéndole por otros que mostraran el buen gusto y las riquezas de sus padres, pero por segunda vez se volvió a efectuar igual prodigio, ya que el niño, angelical e inocente, comenzó de repente a desmejorarse y perder la salud poco a poco. Ya con tales avisos, arrepentida la piadosa pero olvidadiza y desagradecida madre, lloró su culpa y vistió al niño el hábito ofrecido, con lo cual no sólo recobró perfectísimamente la salud, sino que la conservó durante toda su juventud maravillosamente. Se publicó dicho prodigio para desengaño de esas personas que se olvidan de cumplir las promesas que hacen a la Santísima Virgen, a fin de que no nos mostremos ingratos a sus beneficios y le demos constantemente las debidas acciones de gracias por sus muchas bondades.



4. *Castigo ejemplar en un soldado descreído.* El abate Moret nos refiere que, en el año 1900, en cierto regimiento de caballería, encontró un soldado descreído y disoluto un Escapulario del Carmen. Lo cogió el desgraciado, lo frotó con desprecio entre sus manos, y en tono de mofa, exclamó en voz alta, diciendo: “¿De quién son estos trapos, camaradas?” El reto del villano soldado, impío y descreído, lo recogió un muchachote fuerte y corpulento, el cual, sin el menor respeto humano y con la mayor entereza y energía, le replicó al bellaco, en tono de fervoroso creyente: “Ese bendito Escapulario es mío, y ¡ay! del cobarde que se atreviera a profanarlo.” La presencia del heroico soldado, su noble actitud y el tono decidido y marcial con que fueran pronunciadas sus palabras, hicieron que los compañeros, que parecían estar dispuestos a la burla, cambiaran de improviso de actitud y aplaudieran unánimes el gesto noble, digno y cristiano de quien sabía y hacía honor a su fe y a sus creencias religiosas. Al siguiente día, el desgraciado soldado que se había mofado del Santo Escapulario, murió a orillas de un río, en el momento de estar bañando a los caballos. El cadáver del infeliz tenía las manos cruzadas, pero crispadas también. ¿Quién sabe si en el instante de morir se arrepintió de veras de su sacrílega burla e invocó con mortal angustia a la que es Reina y Madre de misericordia y a la que jamás se invoca en vano? Procurad, por todos los medios, infundir en los fieles un profundísimo horror a menospreciar las gracias de esta dulce Madre, a fin de que todos la honren, la veneren y la amen con todas las veras de su alma, para conseguir la gracia de la perseverancia final y verla y alabarla eternamente en la Gloria.

5. *Unos cordones prodigiosos:* El Obispo de Málaga, San Manuel González y García, narra una de sus aventuras apostólicas, siendo capellán del asilo de las Hermanitas de los Pobres de Sevilla: “A pesar de las sonrisas, de la buena acogida que me hacían y de la

frecuencia de los Sacramentos de mis ancianos, no todo eran triunfos; tuve que pasar por la pena de ver algunos, muy pocos, refractarios a todo intento de atraerlos a la religión. Uno de los ancianos del asilo era de carácter reservado; oscuro de alma, huraño, molesto y siempre quejumbroso con la Hermanita que le servía. Un día le vi arrojar a la cara de ésta, el líquido con que le lavaba una llaga cancerosa de la oreja. La Hermanita se contentó con sonreír. Conmigo fue siempre correcto. Sin llegar a la amabilidad y expansión con que sus compañeros me solían recibir, se mantuvo respetuoso y agradecido a mi interés por su salud, muy quebrantada por cierto. Pero de confesión nada. A las indirectas que de cuando en cuando le hacía, me respondía con severidad, como diciendo: 'No me hable de eso.' Llegaban fiestas y solemnidades y la misma Semana Santa en que todos se confesaban, y él, inmovible, las dejaba pasar. Sólo pude conseguir en todos mis esfuerzos apostólicos con él, que recibiera el Escapulario del Carmen y lo llevara siempre. No me quedaba otra esperanza que ésta y las oraciones de las buenas Hermanitas. En los otros ancianos creo que su conducta ya no causaba escándalo, pues con ellos era también huraño y de mal humor, y por su irreligiosidad y mal carácter lo llamaban 'el judío.' Un buen día recibo aviso urgente de la Superiora para que fuera al asilo, porque un anciano se había tirado por las escaleras. Pensando en 'el judío,' y temiendo que fuera él, me fui volando al asilo y al pie de la escalera, en la que temía encontrar el cuerpo del suicida. Abajo no encontré a nadie, miro hacia arriba, y en el último piso, veo allí un grupo de Hermanitas y ancianos tirando de un hombre amarrado por la cintura y colgado sobre el hueco de la escalera. ¿Qué había pasado? Efectivamente, era el 'judío' que, en un arranque de desesperación, aprovechando la ausencia de la Hermanita y saltando la baranda, se tiró desde la parte más alta de la escalera; pero, al ir a soltar la mano con la que se tenía cogido a la baranda, y ya todo el cuerpo en el aire, se sale el cordón debilísimo del escapulario, y..., como si fuera una cadena, se enreda entre sus dedos y muñeca, formando un círculo con el brazo alrededor de uno de los hierros de la baranda; y lo deja colgado. A los gritos que la violencia de la postura y quizá el arrepentimiento le provocaron, acudieron otros ancianos y las Hermanas sobrecogidos de espanto y luego de admiración y gratitud ante el prodigio patente del Escapulario de la Virgen del Carmen. No hay que decir que el 'judío' dejó de serlo y, el poco tiempo que después vivió, fue un buen cristiano."

6. *La niña perdida*: En 'La lectura popular' de Orihuela, Alicante, del 15 de febrero de 1896, fue publicada la siguiente noticia: "Hace pocos días ha ocurrido en Rojales, pueblo de esta provincia (Alicante), un hecho singular del que queremos dar cuenta a nuestros lectores. Una niña de tres años y tres meses se extravió a media tarde del sábado 18 de enero, y, aunque la buscaron por todas partes, no apareció. Llegada la noche, sus padres, afligidísimos, acudieron a las autoridades; todo el mundo se alarmó, y el vecindario en masa, movido por el más vivo interés, se puso en movimiento para encontrar a la criatura. En vano fue todo; la noche se pasó en la más viva ansiedad, pues, a pesar de haber recorrido el monte y huertas vecinas, nada se logró. A la mañana siguiente, apenas apuntó el día, se volvió a la búsqueda; se publicaron notas en los pueblos vecinos; aumentó en mucho el número de personas que buscaban a la niña, y, sin embargo, tampoco se logró hallarla. Ya había pasado un día entero; hacía más de veinticuatro horas que la niña no había comido; la noche había sido una de las más frías del año; la niña, descubierta la cabeza y vestida ligeramente, era imposible que hubiese podido resistir; estaría muerta. Además, el monte cercano está lleno de hondonadas y precipicios abruptos que, a oscuras, es muy difícil recorrer. Mas he aquí que, a las tres de la tarde, unos tíos de la niña, buscando por aquellos peligrosos sitios, ven a la inocente criatura tendida en un extraño saliente de la montaña, y junto a un precipicio de muchos metros de profundidad, cortado casi verticalmente. —'Aquí está,' exclaman; 'pero, ¡ay!, indudablemente está muerta.' Entonces se acercan a ella y ¡oh sorpresa! La niña se levanta, y serena y tranquila abre sus bracitos y se dirige a sus tíos como si tal cosa. —'Hija mía,' gritan estrechándola contra su corazón, '¿qué te ha pasado? ¿Cómo has podido sufrir esta horrible noche de frío?' —'Si no he tenido frío,' dice la niña en su infantil lenguaje. —'¿Cómo

es posible?’ –‘Si ha estado toda la noche conmigo una mujer y me tapaba con el delantal.’ –‘¿Una mujer?’ –‘Sí, una mujer.’ –‘Pero esa mujer ¿no te hacía nada? ¿No oías tú cuando cruzábamos por aquí con luces y hacíamos ruido y te llamábamos a gritos?’ –‘Sí que lo oía; pero la mujer me decía: ‘No te muevas, hija mía, que ya vendrán por ti’.’ El asombro de los que escuchaban estas palabras llegó a su colmo: aquello, ¡era un milagro! La niña fue llevada al pueblo, y se celebró al día siguiente en la iglesia parroquial una solemne Misa de acción de gracias por su hallazgo. Y ahora viene lo admirable... Al entrar la niña al templo ve una imagen de la Virgen del Carmen, y exclama, dando un grito como si volviese a encontrar a una persona querida: –‘Mamá, ésa es la mujer que me tapaba con el delantal.’



Calcúlese la sorpresa que producirían estas palabras. Cerca de la imagen de la Virgen había una de San Juan Evangelista. –‘¿Es ésa?’ le preguntan para ver si la niña había dicho aquello por capricho. –‘No, aquella,’ contesta insistiendo en señalar a la Santísima Virgen del Carmen. El entusiasmo de la muchedumbre, que realmente llenaba la iglesia, se trocó en lágrimas de fervor; todo el mundo lloraba. Sacaron a la niña, terminada la función, y la llevaron de casa en casa. Una de ellas fue la del vicario del pueblo. La niña entra en el despacho del Sacerdote; en él había un cuadro de la Virgen del Carmen. –‘Ésa es la mujer que me tapaba con el delantal,’ repite la niña. Sigue visitando muchas casas, y entra en otra donde había otra imagen igual. –‘Ésa es la mujer que me tapaba con el delantal,’ repite por tercera vez. ‘Ya no cabe duda’, dice el pueblo entero a una voz, ‘esta niña ha sido objeto de un verdadero milagro.’ Milagro del Escapulario que vestía la Virgen, y la niña llamaba delantal.”

7. *Hacha prodigiosa:* En Aranda de Duero (Burgos), vivía un matrimonio: él, a quien las lecturas antirreligiosas y los amigos libertinos le habían inducido hasta la incredulidad y el escepticismo, increpaba continuamente a su esposa, fervorosa cristiana, por sus prácticas religiosas. Un día, volvía la esposa, después de asistir a la Santa Misa, y traía en la mano, junto con el devocionario, el Santo Escapulario del Carmen, con el que se había acercado a recibir la Sagrada Comunión. El esposo, en un arrebato de cólera, se lo quita de las manos, lo coloca sobre la piedra en que partía la carne y, lleno de coraje, toma el hacha y se dispone a partirlo en pedazos; el hacha cayó repetidas veces sobre el Santo Escapulario... pero sin lastimarle lo más mínimo. En uno de los golpes rebotó el hacha, dándole al carnicero en la frente... Este abrió los ojos a la fe ante aquel repetido prodigio y, arrodillado ante el Santo Escapulario, pidió perdón a la Santísima Virgen por su sacrilegio. Acto seguido fue a la iglesia, donde, con muchas lágrimas, se confesó y recibió la Sagrada Comunión y también el Santo Escapulario, que llevó con singular devoción durante el resto de su vida. Desde aquel entonces fue un modelo de esposo cristiano.

8. *El galán de la llama azul:* Esta es una historia fidedigna en la que figura el Santo Cura de Ars, San Juan Bautista Vianney, y una jovencita que fue más tarde ferviente religiosa. Su antiguo y venerado cura es quien contó esta historia, al que nos la dejó escrita. Antes de entrar en religión, dicha jovencita fue a ver al Santo Cura de Ars, para hacer con él una confesión general. Éste, al confesarla, le dijo: “Seguramente todavía recuerdas, hija mía, un baile al que asististe hace poco tiempo. En ese baile encontraste a un joven desconocido de todos, pero de modales distinguidos, que fue casi el héroe de la fiesta.” –“Sí, Padre, es cierto, lo recuerdo.” –“Y tú hubieses querido que te invitase a bailar, y estabas llena de celos y de despecho al ver que prefería a las demás y que nunca se dirigía a ti.” –“En efecto, Padre, así era.” –“¿No te acuerdas que, al salir el galán, creíste ver en la puerta y bajo los pies del joven dos llamas azules que desde luego tomaste por una ilusión de tus ojos, engañados por la luz y la oscuridad?” –“Sí, todo, todo es verdad, Padre.” –“Pues bien, hija mía: ese joven era el demonio, el mismo Lucifer en persona. Aquellas con quienes bailó viven en el camino de la condenación. Y, ¿sabes por qué tú no fuiste invitada

por él?... Pues fue precisamente por el Santo Escapulario del Carmen que llevabas puesto y que por la devoción a María conservabas como una defensa contra sus asechanzas.” Hijas de la Virgen: No es necesario deciros la impresión que causó esta revelación a la persona de quien hablamos, y podéis inferir fácilmente de este relato que la pureza debe evitar todas las ocasiones peligrosas y cuán útil es, para conservarse puras, la protección de la que es Reina y Madre de las Vírgenes.

9. *El poder de una invocación*: Juan Guerrero, dueño de un almacén de mercancías en Villa de Leiva, Colombia, cuenta: “Conducía un camión y antes de llegar al puente de Leiva, noté que algo iba fallando; que la dirección no andaba bien, pues se había trabado, a consecuencia de lo cual, me salí del camino y quedé en la cuneta hasta la una de la madrugada en que logré salir del atolladero. Proseguí la marcha no sin antes encomendarme con toda confianza a Dios y a la Virgen del Carmen. No me percaté de que se había roto un resorte, y, al dar una curva, no obedeció la dirección, me vi perdido e inevitablemente el camión se volcó de una manera dramática. Invoqué entonces a la Virgen del Carmen a voz en cuello: ‘¡Virgen del Carmen, ayúdanos!’ Repuesto del susto, pude ver cómo el parabrisas había quedado hecho pedazos, la carrocería destrozada y del dedo anular había volado el anillo de matrimonio, hecho trizas. Íbamos seis personas y todos quedamos ilesos, sanos y salvos, y aunque el ayudante había sido lanzado a través de la carpa por la violencia del golpe, sufrió tan sólo un leve rasguño en el rostro. Todos estuvimos convencidos de que la Virgen del Carmen nos había salvado la vida en aquella noche terrible, cuando estuvimos a punto de perderla. Desde aquel entonces prometí pagar cada año los costes de la fiesta de la Virgen del Carmen el 16 de julio, en la Iglesia de las Madres Carmelitas de Leiva. Desde hace tres años vengo cumpliendo ese acto de gratitud.”

10. *Rompe gruesas cadenas de un cofrade suyo*: Don Carlos de Verona, de noble familia, fue tomado prisionero por los moros, los cuales le pusieron en una horrible y estrecha prisión. Se hallaba encadenado de pies y manos, maltratado y tan torturado que apenas podía mover los brazos. Viéndose en tal tribulación y miseria, y que su rescate era casi imposible, por la cuantiosa suma que exigían los moros por su persona, apeló a Nuestra Madre y Señora del Carmen, con fervorosas y confiadas súplicas, rogándole con viva fe que no le desamparase en ese trance y le sacase con vida de la terrible tortura que padecía. Llevaba desde su niñez, con gran devoción, el Santo Escapulario de María y por esta misma devoción crecía su esperanza de ser liberado de aquellos tormentos. Una noche, cuando más fervorosamente rezaba desde la triste prisión, a la que es Fuente Inagotable de Misericordia, se le apareció María Santísima y transformó en Cielo aquella oscura y pestilente cárcel, los grilletes y cadenas cayeron a sus pies hechos pedazos. La Madre de Gracia le tomó luego la mano, le sacó de la cárcel y le condujo hasta dejarle en sitio seguro y a salvo de todo peligro futuro por parte de los guardianes. Vuelto Don Carlos a Nápoles, refirió y publicó a los cuatro vientos el prodigio que con él había obrado la Virgen del Carmen, a fin de que todos le acompañasen a dar gracias a María Santísima que con él se dignó realizar maravilla tan estupenda.

11. *Libra a una niña del vidrio que la ahogaba*: El día 7 de julio del año 1615, en Sevilla, una niña de ocho años de edad, hija de don Sebastián Flores y de doña Teresa, su mujer, naturales de Sevilla y con domicilio en la calle Redes, número 8, mientras jugaba con un trocito de jarro de vidrio quebrado, se lo llevó a la boca y se empezó a ahogar. Dándola ya por muerta todos cuantos la vieron en semejante trance, la pobre madre, toda desolada, con su hijita en los brazos, yerta y amoratada, y con el dolor y sentimiento que es de suponer, se sacó del pecho el Escapulario de Nuestra Madre del Carmen, que siempre llevaba, y poniéndoselo a su hijita en el cuello e invocando con gran fervor y confianza a la Santísima Virgen, de la que era en extremo devota, vio cómo al punto arrojó la niña, sin esfuerzo alguno, el vidrio que la ahogaba. Todos los presentes que lo vieron, y eran muchos, atraídos por los llantos y lamentos de la madre, confesaron a una sola voz, ser ciertamente un milagro realizado por nuestra amantísima Madre del Carmen, mediante su bendito y milagroso

Escapulario, ya que, sólo al contacto del mismo, había desaparecido el motivo de semejante aflicción. Agradecidos aquellos buenos padres a la Reina del Carmelo, corrieron presurosos al vecino convento del Carmen, a tributar humildes y rendidas gracias a su celestial Bienhechora; y, después de publicar esta maravilla en presencia de aquellos buenos religiosos, que no cesaban de alabar a su Madre dulcísima por sus muchas bondades, difundieron por toda la ciudad del Betis el prodigio que había obrado con su pequeña hijita; y, para perpetuar su memoria, hicieron pintar un devoto lienzo que atestiguase el favor y recordase a las generaciones venideras las bondades y misericordias de María Santísima del Carmen, lienzo que, como ofrenda, junto con una gargantilla de plata, se conservó en el Camarín de Nuestra Señora hasta la invasión francesa, y sirvió mucho para estimular la devoción y el fervor hacia tan dulce y amorosa Madre.



12. *Preserva a un célebre maestro de Salamanca:* El Padre Pedro Cornejo, catedrático de la Universidad de Salamanca, refirió el caso siguiente: “Días antes de recibir mi grado de maestro, estaba durmiendo durante la noche y me despertaron unas voces lastimeras como de persona a quien hubiesen malherido y se hallase en trance de muerte. De ahí que, a toda prisa, como requería el caso, salí de mi celda a medio vestir, corriendo hacia el lugar de donde sospeché que venían las voces; mas, dándome cuenta al bajar la escalera, de que sólo llevaba puesta la túnica y que iba sin Escapulario, sintiendo en mi interior como un gran desamparo, regresé rápido a mi habitación para ponérmelo. Me lo puse y besé con fervor, caminé de nuevo en busca del sitio de donde pensaba que venían las voces plañideras, estando bien despierto. Pero, cosa rarísima, aunque caminé de nuevo en busca de aquellas voces quejumbrosas, aunque anduve arriba y abajo por claustros, no volví a percibir ni el menor eco de ellas, y, como el convento dormía en el mayor silencio, decidí nuevamente volver a la cama. Al día siguiente salí a la ciudad y me fui a la Universidad para dar mi cátedra. En el camino me encontré al cura párroco de San Isidro, que, rodeado de gran muchedumbre de gente, se hallaba exorcizando a un hombre endemoniado. A los gritos del infeliz endemoniado y alboroto de los circunstantes, me acerqué para ver quién era el pobre hombre atormentado del enemigo; el cual, tan pronto como me divisara, soltando una estridente carcajada, me dijo: ‘No pude engañar al Padre Cornejo, la pasada noche con mis quejidos lastimeros, y si hubiera salido sin el Escapulario, la burla le habría sido harto pesada y funesta. Agradézcalo a la virtud que en ese Escapulario depositó Ella y a la inspiración que le dio de ponérselo.’ Lo dicho por el poseso me fue motivo de mayor confianza y de más profunda devoción para con el bendito Escapulario de la Virgen y de dar infinitas gracias a nuestra Madre, pues así me libró de un grave peligro.”

13. *Relato emocionante del protagonista:* Tiene la palabra el mismo favorecido de Nuestra Señora del Carmen: “Me encontraba yo de viaje en tren por la costa levantina, en mi trabajo de ingeniero. Las primeras horas de la jornada fueron entre monótonas y plácidas: nada de interés había tenido que registrar en mi diario. Unas pocas horas más, y el panorama cambió por completo, en un santiamén, bruscamente. Un largo silbato de la locomotora... señales de alarma, repetidas de modo inusitado, que nos advertían a los viajeros de un inminente peligro, de una inevitable y gigantesca catástrofe... Mas todo en vano: el peligro, la catástrofe, el caos, la muerte trágica... lo teníamos todo encima... El choque del tren en que yo iba, con otro que venía de frente más que a toda máquina, rotos los frenos, fue inolvidable, horroroso. El rayo fatal en una noche de tormenta puede dar una idea de la rapidez con que los dos trenes se trocaron en un montón de hierros, cadáveres, miembros mutilados, trozos de carne humana. Salían de allí gritos estridentes, ayes desgarradores, voces de llanto pidiendo socorro... A mí no me pasó nada; algo muy sobrenatural me retenía al margen de la magna,

de la indescriptible catástrofe, y... No sé cómo decirlo; me sentí como sumergido en un baño de rosas... Me desabroché el pecho, introduje en él mi mano, saqué mi Escapulario del Carmen, lo acerqué a mis labios y exclamé: ‘¡Tú me has salvado!’ Pasaron los años. Fui llamado para dirigir las obras de explotación de una mina, y, al terminar con feliz éxito mis trabajos de ingeniería, hice colocar a la entrada de la mina esta inscripción: ‘Minas de la Virgen del Carmen.’ Cuando llegó el propietario, que era protestante, dispuso que aquel letrero con que yo había bautizado la mina fuese sustituido por otro que ofendía a Nuestra Señora y hería hondamente mis profundos sentimientos religiosos... ¿Qué podía yo hacer para reparar tamaño agravio?... Yo no sé si obré bien o mal; entonces creí hacer una buena obra. Al conocer la noticia, me puse de rodillas e hice esta oración: ‘¡Virgen del Carmen, que se acabe la mina!’ Cuando me dirigía a la mina poco después, sin sospechar de qué modo podría ser escuchada mi oración, me crucé con el grupo de obreros que acababa de abandonar sus trabajos, porque de pronto, sin explicárselo nadie, el metal, que extraían en regular cantidad, se les había convertido delante de sus ojos y en sus propias manos en polvo... en tierra vulgar... Con la edad crecieron en mi alma las ansias de vivir consagrado a mi protectora la Virgen del Carmen. Largos años venía dedicando a Nuestra Señora el día dieciséis de cada mes, y en ese día me confesaba y comulgaba en su obsequio. También la veneraba levantándome de la cama todas las noches, al despertar del primer sueño, para hacer mi visita reglamentaria de una hora, delante de una imagen suya. Y he aquí otro prodigio. Fui por un largo lapso de tiempo, víctima de un reumatismo agudo, que me impedía ponerme de rodillas; y, sin embargo, cuando practicaba mi visita cada noche, como he dicho, pasaba la hora íntegra arrodillado sin dolor ni fatiga. Era como si la molesta dolencia suspendiera sus efectos durante esa hora. Yo me sentía bien, bien del todo... Todo lo que, a grandes rasgos, acabo de referir pone en mis labios un voto, un juramento sagrado, que es como una chispa que brota de la hoguera en que se abrasa mi corazón amante y agradecido: ‘¡Quiero acabar mis días... quiero morir... amando mucho a mi Virgen del Carmen!’”

14. *Le libra de morir de unas estocadas.* San Miguel de la Fuente dice que, en Palma de Mallorca, al salir cierta noche de su casa el cofrade Miguel Palau, le salieron a su encuentro dos hombres, los cuales, por enemistad con él, le cogieron en medio descargando sobre él múltiples estocadas, las cuales él trataba de esquivar con su capa; mas con toda su habilidad y diligencia no pudo en forma alguna evitar el que varias de ellas le diesen de lleno en el pecho. Mas, ¡oh milagro de María Santísima!, aunque varias veces le traspasaron sus ropas, siempre hallaron resistencia indecible en el Santo Escapulario de la Virgen Santísima, sin que recibiese el más ligero rasguño. Palau reconoció el prodigio, pues con las roturas de sus ropas no podía en manera alguna ocultarse. Henchido de gozo y de júbilo, fue corriendo al convento del Carmen, y, delante del Prior y de los religiosos, refirió con fervor y entusiasmo el suceso, que comprobaban evidentemente por las roturas, siendo el más auténtico testimonio de semejante prodigio la vida ajustada y devotísima que llevó después todos los días de su vida.

15. *El asombroso milagro de la Virgen del Carmen en Mucientes, Valladolid, España.* Después de haber sido separada la cabeza del busto a un niño por su propio padre, la Virgen María del Carmen se lo une y le da una nueva vida. En la tierra de Mucientes, Valladolid, España, en el año 1661 vivía un campesino pobre pero de familia respetable. Estando este el 14 de agosto de dicho año segando un campo en compañía de su esposa y de un niño pequeño, acosado por la fatiga, el calor y la sed, le dijo a su hijo: “Toma esta jarra pequeña y busca agua, que me muero de sed.” El niño respondió: “¿Dónde quieres que vaya a buscar?” El padre dijo que fuera a una ermita, que no estaba lejos de allí, que pertenecía a Nuestra Señora del Carmen, donde la Santísima Virgen se había aparecido en el pasado, y en memoria de ello habían construido la mencionada ermita. Tomando el niño la jarra que era de barro, fue a la ermita, donde entró, colocó la jarra en el altar y, sin tener en cuenta la necesidad de su padre, permaneció con curiosidad de niño mirando y remirando las pinturas que allí

había. Al final, queriendo salir de la ermita, desafortunadamente la jarra se rompió. Temeroso de tocarlo, no se atrevió a aparecer donde estaba su padre, quien, al ver la demora y tardanza de su hijo, le dijo a su esposa que fuera a buscarlo. Ella obedeció de inmediato, y encontró a su hijo en la calle, que llevaba agua en el sombrero, y llegando donde estaba el padre, no se atrevió a acercarse a él por miedo al castigo. El padre lo regañó, obligándolo a ir, pero temeroso no quiso obedecerle. Entonces corrió detrás de su pequeño hijo ferozmente enojado y cuando llegó, le cortó el cuello con una hoz separando la cabeza de su torso. Dándose cuenta inmediatamente del error que había cometido, lleno de miedo huyó y se escondió en la ermita. La madre, que vio con sus propios ojos la mayor desventura, tomó el cuerpo en sus brazos, y en la mano la cabeza de su hijo, estando más muerta que viva, cayó inconsciente, luego volvió a sí misma y tomó de su pecho una imagen de Nuestra Señora del Carmen (indudablemente cosida en el santo Escapulario), y derramando de sus ojos un torrente de lágrimas dijo: “Santísima Virgen del Carmen, Madre piadosísima y Abogada de tus devotos, protégeme, ayúdame, devolviendo la vida a mi pobre hijo.” Tan pronto como hizo esta súplica, y volviendo la cara, vio que había una Mujer cerca de ella, que le preguntó sobre el accidente; con brevedad fue informada de ello y luego la Virgen María (que era precisamente la Mujer) tomó el cuerpo del niño junto con su cabeza, y lo limpió de la tierra, y de la sangre, que había hecho barro, acercó su cabeza al busto y le dio un nuevo espíritu y vida, y dijo que fueran a la ermita, que encontraría en ella al marido y padre, y que todos publiquen el éxito, para que los cristianos den gracias a su Divino Hijo, y reciten el Credo tres veces, como era conveniente, y a Ella una Salve Regina; y dicho esto desapareció. Fueron llenos de júbilo y alegría la madre y el hijo hacia la ermita, y como la Gloriosa Consoladora de los afligidos les había dicho, encontraron allí al padre y marido y agradeciéndole con las más vivas expresiones de sus corazones, a su celestial Benefactora, la Santísima Virgen María del Carmen, publicaron el gran Milagro.



16. *Cae al pozo una niña de Antequera:* En la ciudad de Antequera, el día 13 de noviembre de 1924, la niña Rosarito, hija de José Sánchez y Rosario Narbona, tropezó y cayó de cabeza dentro de un pozo. ¡El momento fue desgarrador! En medio de su gran tribulación, doña Rosario invocó con toda confianza a la Virgen del Carmen, rogándola que no permitiese se ahogara su hijita del alma. Avisaron inmediatamente al padre, quien, tan pronto como llegó, se echó al pozo, para salvar a su amada hijita. Todos creían que la niña se había ahogado ya, pues hacía más de diez minutos que se encontraba dentro del agua. Mas, ¡oh, bondad y poder de la Virgen del Carmen!, vieron con asombro que no sólo salía con vida, sino que no se había hecho el más leve daño. Ya tranquilizado, dijo el marido que, al bajar al pozo, vio a la niña agarrada a un tubo que pasa por dentro. La niña aseguraba que una Señora muy linda le había cogido las manos y se las había puesto sobre aquella tubería, acariciándola y diciéndole no tuviese miedo. Creyeron fundadamente ser la Virgen del Carmen la que había salvado a su hijita, por llevar puesto el Santo Escapulario, y porque la madre La había invocado con tanto fervor. Los padres de la niña mandaron publicar este milagro, para gloria de nuestra Santísima Madre del Carmen y aumento de la devoción a su bendito y milagroso Escapulario.

17. *Salvó a una familia de un fatídico accidente:* El protagonista, Francisco Fernández Galán, narra este milagroso suceso: “Íba yo con mi señora y mis hijos en un camión de gran tonelaje, desde Montánchez en Cáceres a Sanlúcar de Barrameda, llevando un cargamento de casi tonelada y media de chacina que tenía que entregar en la mencionada localidad. Al llegar a un lugar de la carretera, entre El Ronquillo y Santa Olalla, efecto de un mal viraje, se precipitó el vehículo en la cuneta, volcando aparatosamente y cogiéndome a mí y a mi familia, sin saber cómo, entre el horrible amontonamiento de los sacos y cajas de chacina y

el destrozo total de la carrocería, completamente arruinada. ¿Cómo no morimos todos, o cómo no perecimos aplastados en aquella catástrofe? Yo sólo recuerdo que invoqué a la Santísima Virgen del Carmen, cuyo Escapulario bendito vestimos toda la familia con gran devoción, estrechándolo fervorosamente contra mi pecho; y creo firmemente que a su mucha misericordia y al poder milagroso del Santo Escapulario del Carmen, debemos el no haber perecido todos en aquel fatídico accidente, ocurrido el 10 de marzo de 1928, por lo cual ofrecimos una Misa perpetua en ese día a la Virgen Santísima y vestir su santo hábito de por vida, ayunando los sábados, en su honor, publicando eternamente sus maravillas, alabándola sin cesar y deseando que todos la alaben.”



18. *Ampara a un albañil bajo su blanco manto*: Sucedió en Estepa (Sevilla), en 1932. Se hallaba trabajando en el revestimiento de un pozo un maestro albañil de la localidad, fervoroso cofrade del Santo Escapulario, quien jamás se desprendía de él para sus trabajos. Le sobrevino un desprendimiento de materiales de más de seis metros de altura que, cayendo sobre él, lo dejó sepultado en las profundidades del pozo, sin que nadie creyese que pudiera sobrevivir. Comenzaron inmediatamente los trabajos para quitar el derrumbe, que duraron más de tres días. Estaban todos seguros de encontrarlo ya muerto; pero cuál no sería la sorpresa y alborozo de los circunstantes cuando, al tercer día de inauditos trabajos, pudieron percibir muy lejana la voz del albañil, quien, desde el fondo, les gritaba con voz firme y alegre que no se precipitasen, pues junto a él, y amparándole bajo su blanco manto, se hallaba la Virgen del Carmen, por quien tanta devoción sentía él desde niño y cuyo bendito Escapulario llevaba, la cual le decía que no temiese, pues allí estaba Ella para ampararle y sacarlo sano y salvo del todo. Publicó este relato el Correo de Andalucía, en artículo bellísimo, y lo aprobó como hecho verdaderamente milagroso el Cardenal Ilundáin y Esteban, Prelado a la sazón de la Diócesis hispalense.

19. *“A la Santísima Virgen debo yo la vida”*: Refiere el abate Moret en su ‘Ministerio Parroquial’, que en 1842 regresaba en largo tren a París desde Versalles y hubo un infernal descarrilamiento. Dos estudiantes de medicina lograron salvar la vida de tan espantosa catástrofe. Pero uno de ellos perdió en el accidente medio brazo, se quebró la pierna por la tibia y peroné, quedando todo su cuerpo hecho una verdadera lástima. El otro estudiante acompañó a su amigo al hospital, cuidándole con fraternal cariño y emocionado profundamente por el recuerdo del espantoso peligro del que había salvado la vida. Asistió a la primera cura de su compañero, y con trémula voz, dijo a la Hermana de la Caridad que asistía a su amigo: “Hermana: No voy a recomendarle a usted que vele por la salud de mi buen amigo; pues yo sobradamente sé lo que son ustedes para desvivirse por todos sus enfermos y cuidarles con gran solicitud, pero sí le suplico, con toda vehemencia, que haga usted que le impongan, cuanto antes, el Santo Escapulario de la Virgen del Carmen. Mire usted, Hermana, yo soy un cualquier cosa, pero llevo desde muy niño el Escapulario y estoy firmemente convencido de que él me ha salvado en este trance. A la Santísima Virgen le debo yo la vida; porque he sido la única persona que ha salido ilesa entre todos los que íbamos en el vagón; por ello he prometido a la Santísima Virgen difundir y propagar cuanto me sea posible el Escapulario bendito, que tan milagroso es y al que tanto debo.”

20. *¡Sálvame, Virgen del Carmen!* En el pueblo de la Colia, en Colombia, un soldado llamado Gallego, con cinco compañeros más, cayeron en manos de bandidos. Los llevaron al bandolero jefe. El consejo de guerra de aquellos desalmados fue muy elemental: “Una de dos, o se unen a nuestra facción o son fusilados en el acto.” Gallego, pensó que no valía la pena, bajo ningún concepto, traicionar su uniforme. Los otros cinco, hijos del pueblo como él, soldados como él, colombianos como él, católicos como él, pensaron lo mismo: “No somos traidores por nada de este mundo.” Fueron atadas atrás sus manos y puestos en fila delante del pelotón de bandidos. El jefezuelo, despechado y cruel, les fue pasando

lista; les rajaba la cara con su machete y les escupía. Gallego retiró el rostro y el acero llegó a rajarle el labio superior. “Aquí mismo la descarga”, ordenó el criminal. Gallego se tiró al suelo... invocando con vehemencia a la Virgen del Carmen, cuyo Escapulario le había impuesto el Padre Agudelo, su Párroco. La llamó: “¡Sálvame, Virgen del Carmen!” Y..., diciendo y haciendo, se arrastró con otro por entre el alto rastrojo y hierba en que estaban. Atado, no podía casi moverse del sitio. Oía perfectamente los ayes de agonía de los fusilados, las palabrotas de los asesinos, las pisadas de éstos, que los buscaban allí mismo, en cuatro metros de radio. Al otro, que como él se tiró al suelo y como él trató de huir, lo encontraron y lo remataron allí mismo. Y... Gallego, invocando a la Virgen del Carmen, a un metro de los asesinos, tirado entre la hierba... Cuando los bandoleros desalmados huyeron del lugar, temerosos de la tropa, que se oía venir, Gallego siguió arrastrándose y se hizo por fin visible a los soldados. Delante de ellos y de los compañeros de avanzada fusilados, contó con emoción su milagro, y dio gracias fervorosas a la Santísima Virgen del Carmen por el milagro que obrara con él.

21. *Enterrado en una mina*: El semanario ‘TÚ’, órgano de los obreros de Acción Católica, de fecha 6 de mayo de 1950, refería este hecho prodigioso de la protección que dispensa la Virgen del Carmen a todos sus devotos: “El día 12 de abril, a eso de las dos de la tarde, cuando me hallaba trabajando en el grupo minero ‘El Merujal’ (Coto del Musel) como vigilante, y estando de servicio bajo unas llaves de carbón, fui sorprendido por un potentísimo derribo de carbón que me dejó sepultado en un pequeño reducto, sin comunicación por parte alguna. El reducto en que me hallaba refugiado tendría una longitud en sentido inclinado de 1,40 por 0,40 metros aproximadamente, en cuyo hueco tuve que permanecer algo encogido. Al poder encender la lámpara, que se me había apagado, me di cuenta de que me encontraba en un caso perdido, y mi única exclamación fue: ‘¡Que la Virgen bendita del Carmen me ampare!’ En tan angustiosa situación transcurrieron las horas y los días, que, gracias a la luz de la lámpara (racionando la luz), pude por el reloj controlar, hasta que el sábado, día 15, otro movimiento me redujo aún más la cavidad, dejándome ya una pierna aprisionada por el carbón y la lámpara desaparecida. Ya en completa oscuridad, perdí la noción de la hora y del día en que me hallaba, haciendo excesivos esfuerzos por ver si podría salvarme. Desde el primer día estuve haciendo señales con una piedra sobre un zócalo, pero seguramente por la distancia, no pude ser oído, hasta que ya el domingo, en que los trabajos de salvamento iban algo avanzados, recibí señales, lo cual me alivió enormemente en la depresión moral que sufría; a pesar de ello, perdí el conocimiento varias veces, sin duda por el sufrimiento y el agotamiento físico. La sed me devoraba y era mi mayor tormento, y como la atmósfera estaba enrarecida y pésima, mi situación se hacía insostenible e imposible de todo punto; mi ánimo y las fuerzas decaían cada vez más, y gracias a la Virgen del Carmen, a quien invocaba constantemente, el martes, día 18, a las doce de la noche, ya llegaron hasta mí, abriendo un pequeño hueco. Un compañero, lleno de ánimo y valor, exclamó: ‘Bueno, Quico, ahora eres mío ya. ¡O te salvo o muero contigo!’ Pero Dios quiso que en este momento tan sumamente peligroso no nos pasara nada ni a mi salvador ni a mí... Desde mi reducto me sacaron con los ojos vendados hasta la galería, y en una camilla me trasladaron al exterior y a la enfermería de urgencia de la mina, hasta que, atendido de urgencia, me llevaron al sanatorio ‘Adaro,’ de Sama de Langreo.” Algunas preguntas que le fueron hechas y las respuestas del interesado son las siguientes: “¿Hay en lo sucedido en la mina, para usted, alguna circunstancia especial por la que sienta la convicción de haber sido favorecido por la Virgen del Carmen?” –“Mi situación, en los seis días y diez horas que duró mi encierro, fue muy crítica, por lo sumamente peligroso del reducidísimo lugar en que me hallaba; la atmósfera era muy mala y, a juzgar por los técnicos de la mina y sanitarios, fue aun más milagroso de lo que yo creía. Todo ello me lleva a la convicción de que algo sobrenatural me protegió, y no dudo que fue la Virgen del Carmen.” –“¿Desde cuándo es usted devoto de la Virgen del Carmen?” –“Desde toda mi vida. En mis abuelos y padres siempre existió una devoción ferviente por la Virgen bendita



del Carmen, y ello, sin duda, fue motivo más que suficiente para que desde mi niñez arraigara también en mí tan celestial devoción.” – “¿Vestía usted el Escapulario de la Virgen del Carmen cuando le sucedió tal percance?” – “Sí, lo llevaba, y lo llevaré siempre conmigo. También he de manifestarle que mi caso fue considerado tan excepcionalmente milagroso que, en el sanatorio ‘Adaro’, fui visitado por ingenieros, médicos y personalidades, así como por un crecidísimo número de mineros de toda la cuenca.”

22. *Librado de una terrible herida:* Antonio Busto, de Jerez de la Frontera, escribía en julio de 1929: “Me encontraba trabajando en mi oficio de carnicero, cuando se me escapó el cuchillo que tenía en la mano y que debí manejar tan violentamente que me clavé en el vientre la mitad de la hoja. Yo invoqué a la Santísima Virgen del Carmen, cuyo Escapulario, aunque indigno, llevaba, y Ella me escuchó en aquellos horribles momentos. Ya estoy bien del todo de aquella tremenda herida, que era absolutamente mortal, según aseguraban los médicos, pero como para Dios no hay imposible y más si lo pide su bendita y amorosa Madre, Ella quiso salvarme la vida, para que cuantos años me dure no deje de alabar su infinita misericordia y propagar su devoción.”

23. *Curación prodigiosa:* Miguel Ramón Borrás, vecino de Santa Fe de Bogotá, la capital de Colombia, contó este caso, acaecido en su familia: “Mi hijo, el niño Miguel Orlando Borrás Azuero, de 13 años, sufrió un serio ataque de nefritis, complicado con edema cerebral, y quedó durante tres días completamente ciego, privado del conocimiento, paralizado, en fin, para morir. Por tal lo reputaban nada menos que once médicos que examinaron al pequeño paciente en la clínica Marly de Santa Fe de Bogotá; y todos a una lo desahucieron. La madre del niño, mi esposa, en el colmo de la desesperación, pero también con ilimitada confianza, pidió fervorosamente a la Virgen del Carmen, cuyo bendito Escapulario el enfermito llevaba al cuello, que le concediera milagrosamente la salud al hijo de sus entrañas. Así sucedió. Al tercer día de aquella muerte aparente, Miguel Orlando, ante el asombro de cuantos observaban el fenómeno, comenzó a recobrar la salud, volviendo en cierto modo a nacer, pues, el 17 de diciembre, día en que tuvo principio la mejoría, era precisamente su cumpleaños. Para testimoniar a la Virgen del Carmen nuestro eterno agradecimiento, hemos mandado celebrar una Misa Solemne en su honor, en el mes de julio, consagrado a Ella por la piedad cristiana.”

24. *Gracias a Ella puede hablar:* Carmen Luque de García, hermana de un religioso carmelita, cuenta: “Me encontraba en un estado de desesperación y de angustia extrema debido a una enfermedad de laringe y tráquea, que, a pesar de una doble operación, practicada por cuatro de nuestros mejores cirujanos, humanamente no tenía remedio. Había perdido totalmente la voz, y sólo podía respirar por una cánula de plata que me fue colocada por la parte externa e inferior de la garganta; así que yo misma veía que mi vida no podía prolongarse mucho. El pensamiento de tener que dejar a mi marido y a mis hijos pequeñitos era lo que más me atormentaba, además de que, como se comprende, siempre es horrible la muerte siendo joven y con un hogar feliz. En estas condiciones acudí ya casi sin fe, para ser sincera, a mi hermano Julio a rogarle que me consiguiera del convento una reliquia bien milagrosa de algún Santo. Él, después de unos segundos de silencio; me preguntó: ‘¿Tienes puesto el Escapulario de Nuestra Santísima Madre?’ A lo que yo le contesté: ‘No, y no me explico por qué, a pesar de llamarme Carmen.’ Me dio uno y me dijo: ‘¿Qué más reliquia que ésta? Háztelo imponer y prométeme no quitártelo, propagarlo por todas partes y hacer diariamente una visita a Nuestra Madre Santísima rogando por mí y por todas las Órdenes carmelitas del mundo.’ Nos despedimos sin más comentarios, salí del convento de mi hermano, con una fe tan grande y tan tranquila que comencé esa misma mañana a hacer lo que él me dijo. Esa noche dormí como hacía muchos meses no había podido, y cuál no fue mi asombro y el de mi marido cuando al despertar comencé a hablar con voz más inteligible, sin dificultad

respiratoria y con un ánimo extraordinario. Pasados tres días y viendo los progresos cada vez mayores que hacía en mi curación sin medicinas de ningún tipo, fui al médico de cabecera, el cual quedó mudo de asombro, me quitó la cánula sin hacerme comentarios, y al final, me dijo: ‘¡Es un milagro! La felicito; tómese unas vitaminas y haga su vida normal.’”

25. *Conversión de un ateo*: Sucedió en la tarde del 22 de abril de 1925, víspera de la Coronación canónica de la Virgen del Carmen, en Jerez de la Frontera. Una jovencita de diecisiete años fue al Padre Luis María Llop a rogarle que por piedad, saliera a auxiliar a su querido padre, que se hallaba poseído del demonio y por más esfuerzos que hacía el infeliz, ayudado por su buena esposa y por su hija, no conseguía vencer el obstáculo que le impedía traspasar el umbral de la iglesia. Su padre era descreído y ateo, pero ahora quería entrar en el templo y arrodillarse ante la imagen de la Virgen. Al ver que no lograba realizarlo, su hija pedía del Sacerdote que le impusiera el Santo Escapulario allí mismo, a ver si la Madre de Dios se apiadaba de ellos y les otorgaba lo que pedían. Así lo hizo el Padre Llop. Inmediatamente después decía aquel hombre lleno de emoción: “¡Bendita seas, hija mía, pues como eres un ángel, la Virgen te ha escuchado para atraernos hacia su Hijo y devolverme la paz del corazón! Quiero verla, quiero verla y rezarle para que se apiade de mi alma.” Entró en la iglesia de rodillas hasta el presbiterio, subió luego al camarín de la Virgen y allí oró con fervor extraordinario por espacio de media hora, pasada la cual se levantó como movido de un resorte, y, dirigiéndose a su amada hijita, le dijo: “Tú has pedido a la Santísima Virgen que me confiese, y yo quiero hacerlo, siento verdadera necesidad; así que marchaos vosotras al hotel y cenad tranquilamente, que yo quiero quedar toda esta noche en la iglesia para asistir a la Adoración Nocturna y a la Santa Misa.” Madre e hija, abrazadas a su cuello y llorando de emoción y alegría, le decían, entre sollozos: “Nosotras no tenemos apetito, ni deseamos otro alimento más que ese Pan de Ángeles que deseamos recibir juntamente contigo.” Allí permanecieron junto al Sagrario, arrodillados casi toda la noche. El padre se confesó con gran arrepentimiento y comulgaron los tres en la primera Misa.

26. *Salva a un herrero*: En la ciudad de Toro (Zamora) sucedió el siguiente caso, por 1918: Un herrero, sujeto valiente, libertino, blasfemo y acaso también hábil ladrón, tuvo un encuentro violento con uno de su clase, del cual salió con muchas puñaladas. Una vez llevado al hospital, los médicos le pronosticaron pocos días de vida. Enterado de ello un Padre carmelita, fue inmediatamente a visitarlo. Al verlo el enfermo, comenzó a blasfemar contra todo lo divino y humano. El buen Padre, muy cortésmente, le dio a entender, que, como era su misión en el hospital visitar a todos los enfermos, no estaba bien que él se quedase sin su visita, máxime siendo un forastero. Por la tarde se fue el Padre a celebrar la Santa Misa, donde predicó, y, terminado el sermón, rezó un padrenuestro por un pobre moribundo que estaba a punto de condenarse. Al siguiente día volvió a visitarlo. —“¿Cómo va de ayer a hoy, buen amigo?” —“Padre, ya le dije a usted que no quiero cosas de iglesias ni de curas; lo que quiero es matar a puñaladas al que me las ha dado a mí.” —“Bueno, hombre, ahora no estás para eso. Espera a ponerte bueno y entonces ya veremos lo que hay que hacer.” Se entretuvo con él breves instantes, para no molestarlo. Otra vez en la iglesia, celebró el Padre su Misa y terminado el sermón, volvió a rezar por él, el padrenuestro. Al siguiente día notó el Padre que se hallaba algo más amansado que los anteriores días, y se atrevió a decirle: “Mira, hijo, tengo obligación de hacer por ti lo que pueda. Poco es lo que hago, pero mientras se me ofrece ocasión para algo mejor, te voy a dejar este recuerdillo; ponte este Escapulario aunque no sea más que por ser cosa mía, de un buen amigo que te desea la salud.” —“Bueno, como cosa de usted me lo pongo; pero siempre empiezan ustedes así, para engañarnos.” Con muy buen humor y con sal andaluza le refirió el Padre algunos chistes alusivos a su caso, y se marchó a celebrar y a predicar el sermón del día. Mas, al poco rato de acabado el sermón, vienen a llamar al Padre de parte del herrero, que se moría el pobrecito irremediablemente. Al llegar el buen Padre, le encuentra de rodillas en la cama: “Padre”, le dice, “¿qué me ha puesto usted al cuello que me está quemando? Pero



no me lo quiero quitar, pues no sé lo que me pasa. Ya no pienso en mi enemigo, si no es para perdonarle de corazón; enséñeme usted algo de la Religión de Cristo; quiero ser como Dios manda y confesarme.” Se confesó fervorosamente, recibió el Santo Viático y la Extremaunción, muriendo el infeliz santamente como otro San Dimas.

27. “*¡Tiende, Señora, hacia mi hijo, tu Santo Escapulario!*”: Un jovencito sano y apuesto, un mal día, amaneció gravemente enfermo. Una pleuresía purulenta en último grado hacía precisa una intervención quirúrgica, que tendría lugar el día 16 de julio de 1935. El padre acompañó al niño al hospital, y la madre corrió a la Iglesia del Carmen, y, después de confesar y comulgar, oró a la Santísima Virgen del Carmelo para que, si se llevaba a su criatura, lo hiciera sin que sufriera su hijito. —“*¡Que muera, Virgen mía, que muera si es preciso! ¡Pero que no sufra! ¡Tiende,*

Señora, hacia mi hijo tu Santo Escapulario!,” decía sin cesar entre lágrimas y sollozos. Y así continuó, envuelta en la suave penumbra de la Iglesia. De pronto sintió una mano que se posaba sobre su hombro; era la de su marido. —“*¿Ha muerto? ¿Ha muerto?*,” interrogó la madre al ver el rostro agitado del padre. —“*¡No, no; está vivo y sano, y te espera!*” —“*¿Salió bien entonces de la operación?*” —“*No, no ha sido necesaria; los médicos no se explican lo que ha ocurrido. Le llevaron a la mesa de operaciones; el doctor Ramoneda volvió a reconocerlo, y con cara de asombro llamó a los demás doctores que con él estaban. Nada hablaron, nada dijeron; yo comprendía que ocurría algo grave por sus rostros, pero no me atrevía a preguntar; creí que el niño iba a morir... Por fin se rompió el silencio: —‘Sí, sí; no existe pus; la pequeña herida hecha por la punción de ayer, cicatrizada; nada de fiebre... Asombroso, asombroso. Vean ustedes.’ Volvieron a examinar y dirigiéndose a mí, el doctor Ramoneda me dijo: —‘El niño está curado; no he sido yo; ha sido Dios, indudablemente; lléveselo usted...’ Envolví a mi niño cuidadosamente y lo traje a casa; aún no acierto a explicarme lo que ha sucedido.*” —“*¡Yo, sí; yo sí!*,” exclamó la madre. —“*Ha sido la Santísima Virgen del Carmen, que, al ver mis lágrimas, al contemplar mi dolor, ha tenido lástima y ha curado a mi hijo. ¡Lo ha salvado! ¡Me lo ha devuelto! ¡Gracias Madre mía, gracias!*”

28. *Despedaza el demonio a un lascivo después de quitarse el escapulario.* El célebre maestro Fray Juan Pinto de Victoria, certifica que en cierta ciudad de Portugal, donde estaba de Superior, había un señor principal (cuyo nombre, así como el de la ciudad omite, por ser persona de alta alcurnia y el caso bastante escandaloso). Este caballero vestía el bendito Escapulario de María, pero sólo materialmente, contentándose sólo con traerle al cuello, más sin atender para nada a las obligaciones más elementales del cristiano, y menos aún a las particulares de un cofrade de María Santísima. Vivía el tal señor licenciosamente, entregado a todo género de excesos y de vicios, siendo cual caballo sin freno en el nefasto vicio de la lujuria, que tanto abomina la Santísima Virgen en cuantos visten su preciosa librea, deseando en ellos un firmísimo propósito de no mancharse jamás con semejante pecado. Dominado aquel desgraciado señor por tan nefasto vicio, solicitó con aviesa intención a una doncella principal, y tras muchos días de livianos y amorosos flirteos, seduciéndola con halagos, promesas y dádivas de preciosas joyas, consiguió, al fin, lo que con multiplicadas ofensas a Dios había solicitado de ella por largo tiempo. La noche prefijada para llevar a cabo sus torpes deleites fue teatro funesto en que se representó la tragedia lastimosa de su triste fin. Salió aquella noche de su casa, jovial y alegre, apuesto y perfumado, encaminando sus apresurados pasos al sitio de su perdición. Mas, aunque ciego por sus torpes deseos, no le ofuscó tanto su pasión que no advirtiese le seguía muy de cerca un leblre de pelo negro, el cual vio con estupor y asombro iba creciendo poco a poco hasta llegar a convertirse en terrible alano a medida que se acercaba a la casa de su amorosa cita. Bien pudiera conocer

el infeliz no era ni podía ser otro aquel enorme alano que el mismo Lucifer, a quien acrecentaban las fuerzas sus extraviados pasos. Hizo caso omiso de todo aquel asombro, por su obstinación en el mal, y llegado a la casa hizo la señal convenida para que le abrieran la puerta, y entrase en el antro infernal y tras él aquel espantoso perrazo. ¡Oh, desdichado! ¡Si supieras que entras vivo en esta casa y saldrás cadáver! ¡Oh, si supieras que esta puerta iba a ser para ti puerta del infierno, primero morirías mil veces que intentar atravesar sus umbrales! ¡Quién te lo pudiera decir!, mas a buen seguro que no lo ibas a creer, pues no te detiene la presencia de ese feroz y monstruoso animal que te acompaña. Llegó por fin a la estancia donde esperaba satisfacer sus torpes y depravados deseos. Se asombró la tímida dama por la presencia horrorosa de aquel temible alano, mas él la sosegó diciéndole que era un lebel que se le había aficionado y había venido en su compañía por si le ocurría cualquier percance. Divertidos con algunos halagüeños coloquios amorosos, llegó al fin la hora en que se quitó el Santo Escapulario. Esta fue la señal y el instante aguardado por Lucifer para perderlo, pues quitárselo y acometerle aquella fiera del averno, disfrazada en figura de alano, fue todo uno. ¡Oh, qué horror sería verle centellear los ojos arrojando fuego por la boca! ¡Oh, qué pavor se apoderaría del alma de la dama al ver cómo, arrojándole por el suelo, hacía presa en su garganta y en su pecho, y sacándole el corazón se lo comía! Como si no estuviera satisfecho, el animal la miraba amenazador como insinuándole que sería semejante en el castigo, pues había sido semejante en el delito. Mas fue sólo un amago o amenaza para que le sirviese de escarmiento, ya que, desapareciendo, dejó el cuerpo exánime en el suelo, mientras su alma fue a presentarse ante el Juez inapelable. Horrorizada la dama con tan triste y espantoso caso, tan pronto como amaneció, corrió desolada y hecha un mar de lágrimas a la iglesia del convento del Carmen y llamando a su confesor, el Padre Pinto de Victoria, entre sinceras y dolorosas lágrimas de arrepentimiento le contó lo sucedido. Este Padre, que gozaba de gran prestigio e influjo en Portugal, dispuso que el cadáver fuese al punto enterrado en el mayor secreto, para no difamar a ambas familias; pero para que no se sepultase con él la memoria de tan ejemplar castigo, después de algunos años lo hizo imprimir, con autorización de la señora y con la aprobación del Ordinario, para que si alguno le imitase en su estragada vida, aunque lleve el Escapulario, tema incurrir en tan desastrosa muerte, y a fin de que conociéramos todos cuantos vestimos el sagrado hábito de María lo que importa el vestirla con pureza, como vestido de tan Dulcísima e Inmaculada Madre.

29. *Enciende el brasero para suicidarse:* Una Hermanita de los Pobres, que murió en Francia siendo Superiora, contaba lo que le había sucedido a ella misma: “Muerto mi padre, nos fuimos a vivir a París, mi madre, que ya era anciana, y yo. En mi casa había dinero para abrir un modesto taller; y como yo sabía, gracias a Dios, ganarme la vida con mi trabajo, logré ir haciendo un pequeño capital. Pero después mi pobre madre cayó enferma de muerte, y aunque la enfermedad iba a ser muy larga, cerré mi taller y mi tienda. Lo dejé todo, solamente me desvelaba por aliviar los padecimientos de mi madre, a la que yo amaba de todo corazón, y procuraba alargar su vida minada por un cáncer, que no tenía cura. Al cabo de dos años murió mi querida enferma, y yo quedé sola en el mundo; y no solamente quedé huérfana, sino también arruinada, porque todos mis ahorros y ganancias se habían agotado en la enfermedad. Aquella muerte, aquella soledad, aquella ruina, fueron mi perdición. Perdí en efecto la esperanza en Dios, Nuestro Señor, me desesperé, y, finalmente, para suicidarme, hice lo que vais a leer: Entré una noche del mes de julio en el cuarto que alquilaba para mí; cogí un gran brasero, lo llené de carbones y lo encendí, habiendo cerrado la puerta y la ventana, me acosté para morir dulcemente por asfixia. Serían como las cinco de la mañana cuando casualmente, es decir, providencialmente, vino a visitarme una antigua amiga mía que acababa de llegar a París a esas horas. Llamó a mi cuarto; y como nadie contestase, preguntó por mí a los vecinos; y sospechando todos alguna desgracia, descendieron la puerta de mi cuarto y quedaron espantados al verme muerta. Casualmente también, es decir, providencialmente, llegaba en ese momento a la casa el famoso doctor Recamier a visitar a



un enfermo, y, los vecinos le rogaron que pasase a verme. El doctor me examinó muy despacio, y declaró a todos los circunstantes que yo estaba muerta y bien muerta. Pero también providencialmente, vio el doctor que yo llevaba el Escapulario del Carmen, y entonces exclamó: ‘No señores, no; no puede estar muerta esta mujer; lleva el Santo Escapulario; y ningún suicida logra morir, aunque en ello se empeñe, cuando lleva consigo un trozo del sagrado manto de Nuestra Madre.’ Tomó, pues, el doctor en sus manos mi Escapulario, volvió a ponérmelo bien, tornó a mirar, a remirar, a palpar mi cuerpo yerto y a examinarme más despacio. ¡Inútil empeño! No lograba encontrar en mí ninguna señal de vida. Mas no por eso se daba por vencido el cristianísimo doctor, en cuyo rostro, muy a las claras, se leían el dolor, la pena, el asombro y la profunda meditación que le embargaban. ‘Traed,’ dijo de pronto, ‘traedme dos mazos de madera, y vamos a golpear todo el

cuerpo, particularmente por la región del estómago. No puede ser que haya muerto en medio de la desesperación quien lleva puesto el Escapulario del Carmen.’ Comenzaron a repetir suaves golpes de mazo sobre mi cuerpo frío; y el sabio y piadoso doctor examinaba atentamente, a cada minuto, mis yertos despojos, sin atisbar ninguna señal cierta de vida. Así se pasó una hora mortal: ellos dándome golpes con los mazos, y el doctor observando con mucha atención mi cadáver. Pero de repente se ilumina la cara del doctor Recamier, el cual, con lágrimas en los ojos, comenzó a gritar: ‘Ya, ya vuelve a la vida este cuerpo. Bien lo decía yo: Nuestra Señora del Carmen no podía dejar morir así a quien llevaba puesto su Santo Escapulario.’ Confusos, atónitos y espantados quedaron los circunstantes, que, después de aquella larga lucha, casi fúnebre, habían perdido ya toda esperanza. Pero todos se desvivían después por cuidar amorosamente de esta infeliz pecadora. Finalmente recuperé totalmente la salud; lloré mi pecado, pedí perdón a Dios y a los hombres, y entré en religión. Yo deberé, pues, mi salvación eterna al bendito Escapulario de la Santísima Virgen del Carmen.”

30. *Curación doble de un desahuciado*: Burdeos, 1952. El señor Álvaro Vieira do Valo Golvao, de unos treinta y tantos años de edad, natural de Meimoa-Vieira-Baixa (Portugal), se hallaba gravemente enfermo del estómago, en hospital Pellegrín. Los médicos, que acababan de desahuciarle, le sometieron a una operación como último remedio, y con esperanzas poco alentadoras. Salí con vida, pero la operación no surtió efecto: siguió desahuciado. El Padre Jaime Seijas, jesuita, que trabajaba en el Hogar Español de Burdeos, visitó a este enfermo y comenzó a apreciar las cualidades magníficas de aquel desahuciado. “Realmente,” dice el Padre Seijas, “era un profundo cristiano, de una personalidad marcadísima, y de un influjo grande en todos los que le conocían en el pabellón. Le impuse el Escapulario de la Virgen del Carmen y le dije: ‘Usted tiene que pedir la curación a la Santísima Virgen, porque usted no puede morir. Todavía tiene que hacer mucho bien a sus compañeros.’ Comenzó a rogar el enfermo insistentemente a la Virgen por su curación, y al poco tiempo se halló completamente sano.” Pero después le sobrevino un reuma tremendo. El Padre Seijas le indicó entonces que hiciera voto de peregrinar a Fátima, si la Virgen le curaba. No pasó mucho tiempo y el enfermo, totalmente curado, acudió otra vez al Padre Seijas, quien tuvo que negarse a acompañarle en su agradecida peregrinación a Fátima, a pesar de sus insistentes súplicas.

31. *Sana a un niño*: María García de Vélez-Málaga, cuenta así la curación milagrosa de su hijo: “Un día el pasado mes de enero uno de mis hijos se sintió enfermo, y, aunque sin dar al caso la menor importancia, se llamó al médico de cabecera para que le reconociese. ‘El niño,’ nos dice, ‘lo que tiene es pleuresía, y le encuentro muy grave.’ Y así era, en efecto. ¡Qué atroz sufrimiento despertaron sus palabras en nuestros corazones! Las fiebres, desde aquel momento, fueron altísimas, por lo que el médico decidió punzarle el costado, pues se había formado en él un líquido purulento que, necesariamente, había que extraer enseguida.

Así lo hizo dos veces el doctor, sacándole un litro cada vez, y asegurando que tendría que repetirse esto dos o tres veces más, hasta que no quedase ni una sola gota. Pero he aquí la protección de Nuestra Madre dulcísima del Carmen: le pedimos con toda nuestra alma la salud de nuestro amado enfermito, si convenía, y que no tuvieran que punzarle más, pues mi hijito sufrió horrores con aquel tratamiento tan doloroso, y yo, a la par que él, en mi corazón de madre. Todos los de casa comenzamos una novena a Nuestra Madre amantísima del Carmen, y en el lado enfermo le puse el Escapulario que tenía en sus manos la Virgen de nuestra imagen, pues él lleva con gran fervor el de cofrade sobre su pecho. Tantas fueron nuestras súplicas y lágrimas, que el Corazón de la Celestial Señora se conmovió seguramente, pues, a los pocos días y tras varios reconocimientos, dijo el médico: ‘Parece increíble, pero es cierto; no existe ya líquido alguno, por lo que desisto totalmente de punzarle.’ Y así sucedió, desapareciendo la fiebre por completo.”



32. *¡Oh prodigio!, desaparece la gangrena:* Alfonso Pradera escribía desde Badajoz, el 6 de abril de 1926: “El día 3 del pasado marzo, volviendo de cacería, tuve la desgracia de que se espantase mi caballo, cogiéndome desprevenido, pues me encontraba colgando la escopeta en el arzón de la silla vaquera. Con el brinco que dio el animal, caí al suelo, rompiéndome la tibia derecha. Veinte días después, apareció en la herida una mancha gangrenosa, que me angustió y que alarmó sobremanera a toda la familia. Después he sabido que los médicos también se habían preocupado muchísimo. Consciente de la extraordinaria gravedad del mal, prometí a la Santísima Virgen del Carmen, cuyo bendito y milagroso Escapulario llevo con gran fervor desde muy niño, que si no me tenían que amputar la pierna rezaría diariamente el Oficio de los Fieles y pondría en su camarín como ofrenda una pierna de plata. Comencé una novena a la Virgen en compañía de mi esposa e hijas, que son muy piadosas y amantísimas de la Reina del Carmelo, coloqué el bendito Escapulario sobre la parte dañada, y, ¡oh prodigio!, al siguiente día comenzó a desaparecer la manchita de gangrena, quedando dos días después la carne sana por completo. Los médicos han quedado tan sorprendidos como nosotros por este prodigio.”

33. *Cura a un niño de meningitis:* Rosario Suárez y Suárez escribía, el 4 de diciembre de 1952, al director de ‘El Santo Escapulario’: “Encontrándose mi hijo Antoñito, de cinco años de edad, gravísimamente enfermo de meningitis tuberculosa, le encomendé con fervor a la Santísima Virgen del Carmen, poniéndole su Escapulario, que yo llevo siempre desde pequeñita, y la Celestial Señora oyó benigna mi ardiente súplica. Mi hijito sanó rápidamente, con gran sorpresa y admiración de los médicos que le asistían, de todos mis familiares y amigos y del pueblo entero. Sus primeras palabras fueron: ‘Mamá, llévame a la iglesia a ver a la Virgen del Carmen.’ Le llevé al templo, y postrada a los pies de la sagrada imagen de Nuestra Señora, le di las gracias, llorando de alegría, y llevé dos velas, que mi mismo hijo me dijo le ofreciese. Desde este día llevo a mi hijo, a diario, al templo para que dé gracias conmigo a la Santísima Virgen, por tan singular favor.”

34. *Recobra la vista una ciegucecita:* En Jerez de la Frontera, en 1952, sucedió este prodigio: Una niña había quedado ciegucecita, víctima de una meningitis tuberculosa, sin que los médicos diesen la menor esperanza de recuperar la luz extinguida en las pupilas de la candorosa niñita. “Sólo un milagro le podría devolver la vista,” había dicho un médico fervoroso a la buena madre. La piadosa madre había ido disponiendo el corazón de su amada hijita con fe, humildad y perseverancia, a la que no sabe resistir jamás el corazón clementísimo y dulcísimo de la Madre de Dios. Y con aquella fe que quebranta las piedras y traslada montes, susurra en el corazón de su inocente hija: “Pero si no te hace el milagro, es que no lo merecemos o que te conviene más la ceguera para tu salvación.” En estas condiciones, y con el convencimiento certísimo de ser escuchadas y atendidas, llegó la hora

del besamanos a la Virgen. Cuando se acercaba la madre, entre medrosa y confiada, y sugería a su hija que esperase contra toda esperanza el ser oída y atendida por la bondad de nuestra dulce Madre, la tierna niña, dando un suspiro de amor y poniendo todo su corazón en el beso a la Virgen y al Santo Escapulario, sintió un escalofrío y un estremecimiento súbito en todo su ser, y de pronto gritó: “¡Madre, que veo a la Virgen! ¡Qué lindísima es!” Todos los circunstantes sintieron el escalofrío de lo sobrenatural y lo sublime, y con las gargantas anudadas rindieron el tributo más grande de amor a nuestra Madre Coronada.

35. *Enfermedad y curación*: El Padre Pablo de los Santos nos dice que en Praga había un caballero noble, llamado Juan Bautista Castelo, cuya esposa, Bárbara, era devotísima del Santo Escapulario y muy observante en todo cuanto se prescribe para lucrar la Indulgencia Sabatina, de todo lo cual se burlaba su incrédulo esposo. La devota señora lo sufría y soportaba con gran paciencia, pero un día le dijo: “No tomes a burla las cosas de la Virgen Santísima, no sea que atraigas sobre ti la cólera y el enojo del Señor.” Y a los pocos días le sobrevino una penosa enfermedad, que se fue agravando día tras día, hasta perder del todo la vista. Seis meses estuvo así, sin la menor esperanza de remedio, aunque llamó a los más célebres doctores de su país. Cuando se vio en tan lamentable estado, comenzó a cavilar en que había perdido su salud después de que su esposa pronunció aquella fatídica sentencia. Mas Dios, Nuestro Señor, que le quería con salud, pero arrepentido, comenzó a infundirle la luz en su alma, a fin de que, conociendo sus errores, pidiese perdón, poniendo por intercesora a nuestra dulce Madre, María Santísima. Estando concentrado en semejantes ideas, se quedó dormido en un dulce sueño, logrando en él la mejor receta para su salud, pues en el sueño vio a la Virgen Santísima con hábito del Carmen, diciéndole que se impusiera cuanto antes el Santo Escapulario, y que con él, juntamente con la vista, recibiría la salud en su alma. Vuelto en sí, contó a su devota esposa lo que le había pasado. Y ella, llena de gozo y anhelando que recibiera el Escapulario, llamó inmediatamente a su confesor, el cual se lo impuso, y escuchó su confesión humilde y fervorosa. Al momento de recibir la Sagrada Comunión, recuperó de súbito la vista, como prueba del milagro que, aunque siguiendo una receta soñada, tuvo un efecto rápido, eficaz y duradero.

36. *Librado de un accidente mortal*: San Fray Miguel de la Fuente, fallecido en 1625, dice que en Palma de Mallorca, a un noble y piadoso caballero, le dio un ataque de hemiplejía con parálisis de todo un lado del cuerpo, cuando se hallaba en una casa de campo distante algún tanto de la ciudad. Tan luego como llegaron los médicos y cirujanos, según el estado de la medicina de aquel tiempo, determinaron hacerle sangrías, extrayéndole cierta cantidad de sangre cada vez y comenzando inmediatamente. Pero sin el resultado esperado. Viendo, pues, que las medicinas y la ciencia eran impotentes para conseguir la salvación del paciente, recurrieron a todos los medios sobrenaturales. A pesar de ello, le sobrevino al buen señor un colapso que puso en grave peligro su vida, pues los médicos juzgaban que no se recuperaría. En tales circunstancias, Leonora Ortiz, terciaria carmelita, que le había encomendado muy de veras a la Virgen Santísima, tomó su Escapulario de la Virgen del Carmen y se lo puso al paciente, diciéndole: “Espere en la protección de la Virgen Santísima del Carmen, que Ella, como Madre bondadosísima y misericordiosa, le ha de sanar. Ofrézcale vestir toda la vida su santo hábito y tenga grandísima confianza en Ella.” Así lo hizo, y, recibiendo el Santo Escapulario con fervorosa devoción, lo besó con gran respeto, humilde y confiado afecto, y, al punto, con admiración y asombro de todos los presentes, sin más medicinas, se restableció del todo.

37. *Curación de un paralítico*: En el asilo de las Hermanitas de los Pobres Desamparados de Burgos, vivía el anciano Luis Beltrán, natural de Covarrubias, provincia de Burgos, de setenta y cinco años de edad, completamente imposibilitado, con las piernas rígidas y el cuerpo encorvado, sin poderse mover sino con dos muletas. Todos cuantos remedios le habían aplicado los médicos resultaron ineficaces, por lo cual le habían declarado incurable, y él se hallaba resignado a pasar en tan lamentable estado el tiempo que Dios le concediera

de vida. En 1921, durante la novena de Nuestra Madre del Carmen, que se hacía todos los años en aquel asilo con gran solemnidad, el capellán de la casa, Padre Rosendo Álvarez, le impuso el Santo Escapulario del Carmen. Tanto durante la novena, como en la Santa Misa y en el acto de la imposición, nuestro anciano se encomendó fervorosamente a la Virgen Santísima del Carmen, pidiéndole la gracia de poderse valer sin ayuda ajena, al menos en las cosas ordinarias, para no tener que molestar. No se hizo mucho de rogar esta bondadosa Madre. Cuenta el afortunado anciano que, apenas se le impuso el Santo Escapulario, notó en todo su cuerpo un temblor extraño, observando al mismo tiempo que sus piernas perdían su rigidez y que podía enderezar el tronco del cuerpo. Su primera intención fue la de tirar las muletas y comenzar a gritar “¡Milagro, milagro!,” pero fue tal la impresión que esto le causó, que no podía convencerse de lo que estaba sintiendo. Temeroso de ser víctima de una alucinación, continuó usando las muletas durante aquel día. Al llegar la noche, y antes de que el enfermo fuese, como de costumbre, a acostarse, trató de cerrar la ventana sin ayuda de las muletas, lo cual pudo hacer sin dificultad. Lleno de alegría, se desvistió y acostó sólo, siendo grande la sorpresa del enfermero cuando, al ir a meterle en la cama, le encontró ya en ella y con su rostro radiante de alegría. Al día siguiente, se vistió solo y se dirigió a la capilla como los demás, donde oyó la Santa Misa y comulgó de rodillas, cosa que no había podido hacer desde que había cogido la parálisis.



38. *La niña que nació tullida:* En 1665 fue curada por intercesión de la Virgen del Carmen una hija de Leonardo Levens, natural de Sterrebeek, Bélgica, que había nacido tullida. Lamentando sus padres la desgracia de la niña, les dijo una devota del Carmen: “¿Por qué no le ponéis el Santo Escapulario y hacéis una novena a la Virgen?” –“¡Si ya no sabemos a qué santo acudir! A nosotros no nos oyen en el Cielo.” –“Pero ¿qué cuesta? Hacedlo, que la Virgen del Carmen es muy misericordiosa.” La convicción con que aquella mujer hablaba impresionó a los padres, y al quinto día de la novena la niña andaba perfectamente. El hecho consta en una placa recordatoria en aquel lugar.

39. *Librado de un profundo pozo:* San Miguel de la Fuente, Padre carmelita, relata el siguiente hecho en su ‘Compendio Historial de Nuestra Señora del Carmen’: “En un pueblo cerca de Nápoles, un niño de diez años llamado Domingo, que vestía con devoción el Escapulario de nuestra Santísima Madre, ofendió con una simplicidad propia de sus cortos años y de su candorosa inocencia a un hombre cruel, el cual, montando en cólera, lo hirió gravísimamente y, como le pareció que estaba muerto, lo echó en un profundo pozo que había en las cercanías. Para ocultar su crimen y dificultar más que pudiera ser descubierta por alguien su monstruosa barbarie, arrojó sobre el niño gran cantidad de enormes piedras. Al echarle de menos, sus afligidos padres lo buscaron por todas partes, querían hallar vivo o muerto al hijo de sus entrañas, al que creyeron devorado por alguna fiera inhumana. Hicieron voto a la Santísima Virgen nuestra Madre de consagrarle a Ella en nuestra Orden del Carmen cuando lo encontrasen, aunque pocas esperanzas tenían ya de encontrarle vivo. En tanto, un humilde pastorcito, llamado Aníbal, que apacentaba sus ganados no lejos de aquel pozo donde se hallaba sepultado el niño devoto de la Virgen, vio que una de sus ovejitas, separándose de las demás, se acercaba al pozo, corriendo peligro de caer dentro, porque no tenía brocal. El pastorcito le tiró una piedra por ver si lograba alejarla de allí, mas, con el ruido vio que se acercaba más al borde, por lo que decidió ir él mismo a espantarla y alejarla. Mas, ¡oh milagro de la Madre de las Misericordias! Tan luego como se acercó, percibió una voz lastimera que le llamaba por su nombre desde el fondo: –‘¡Aníbal, Aníbal!’ , oyó que le gritaban. Se turbó el pastor y, asegurándose de lo que oía, corrió presuroso al pueblo a dar cuenta del suceso. Corrieron todos hacia el pozo y percibieron la misma voz que dijera Aníbal haber oído. Amarraron con una cuerda a un joven decidido y le hicieron

descender hasta el fondo. Fue quitando una a una las piedras que cubrían el cuerpo del delicado niño y que hubiesen bastado para aplastarlo y matarlo sin remedio, si la Santísima Virgen no hubiera velado por él; y cuando el joven reconoció que era Dominguito, por quien sus padres lloraban sin consuelo, comenzó a dar voces de indecible júbilo, comunicando a todos la fausta noticia. El joven le sacó vivo del pozo, aunque con poquísimos alientos, por el gran peso de las piedras que tuvo que soportar, mas al instante se recobró. Fue llevado en brazos de vuelta al pueblo, y al siguiente día, que era sábado, le vieron completamente sano, jovial y alegre, sin recordarse de lo que pasara en el fondo del pozo. Al día siguiente, domingo, le llevaron en procesión solemne a la ciudad de Nápoles, rodeándole inmensa multitud de fieles, y le condujeron a nuestro convento, donde, sin dilación, lo entregaron sus devotos padres a María Santísima, vistiéndole nuestro santo hábito.”

40. *La Virgen lo libra de morir bajo tierra:* Relación hecha por Sebastián Marín Zapata, vecino de Manizales, de 65 años de edad, sobre un hecho prodigioso que en su favor hizo la Santísima Virgen del Carmen a fines del año 1950, librándole de la muerte. Cuando trabajaba en el municipio de Manizales, se hallaba cavando una zanja para la tubería del alcantarillado de la población, en una profundidad de seis metros. De improviso ocurrió un derrumbe de tierra y piedras, quedando sepultado. Aunque había una cuadrilla de trabajadores en la obra, solamente tres estaban en la zanja, pero únicamente él fue alcanzado por la tierra. La brecha tenía un metro y medio de ancho. La tierra le cubrió completamente, de manera que cayeron sobre él varias toneladas de tierra. Al sentirse sepultado, invocó a la Santísima Virgen del Carmen, cuyo Escapulario llevaba, y trató de hacer fuerza por ver si podía librarse de la tierra que tenía encima y salir del peligro; en ese forcejeo por tratar de salir, que duró muy poco, perdió el sentido. Así, sepultado por los escombros del derrumbe, permaneció quince minutos. Según le dijeron a él, después de un cuarto de hora exacto, le descubrieron la cabeza. Entonces le quisieron dar agua, pero tenía la boca y la nariz llenas de tierra. Los bomberos le llevaron a la Clínica de la Presentación, donde a la hora y treinta minutos recuperó el conocimiento. Ante favor tan portentoso, Sebastián Marín no se cansaba de dar gracias a la Santísima Virgen del Carmen y recomendaba a todos ser muy devotos de la Celestial Señora, seguros de que siempre y en todas partes recibirán su protección maternal.

41. *La salva de morir de parto:* Refiere Fray Gonzalo de los Mártires, C. D., que en Marbella, ciudad del Obispado de Málaga, una devota mujer se hallaba en trance de muerte por encontrarse en un penosísimo parto. Cuatro días hacía que la criatura, por creerla muerta y hallarse atravesada, la ponía en peligro inminente de perder la vida. En tan críticas circunstancias llamaron los padres de la paciente al Padre Gonzalo de los Mártires, para que la confesara y ayudase a bien morir. Después de haberla confesado y antes de que le llevasen el Santo Viático, la buena mujer le rogó al Padre que le dejase por un rato su Escapulario, pues confiaba que, por la virtud que a él había vinculado la Santísima Virgen, la libraría de tan peligroso y angustioso trance. El Padre Gonzalo se quitó su Escapulario, se lo entregó a las matronas que asistían a la señora, y se retiró a orar a otro aposento algo distante. Apenas había entregado el Escapulario a las matronas, lo pusieron éstas sobre el vientre de la parturienta, y al punto se movió el feto en su interior, y dio a luz con toda felicidad un robusto niño, llenando de gozo y alegría a todos sus familiares, que corrieron presurosos a dar gracias a la Santísima Virgen en su templo, celebrando una Misa solemne para agradecer tan fausto acontecimiento.

42. *Prodigio con una mujer parturienta:* El Padre Juan de los Ángeles, carmelita, refiere como testigo presencial que cuando él se hallaba pidiendo limosna en el poblado de una finca de cañas de azúcar de Rodrigo Díaz Pacheco, en la provincia de Michoacán, en México, se enteró de que una pobre mujer llevaba más de tres días sufriendo dolores de parto, pues la criaturita, que venía atravesada, no podía nacer y estaban claramente en peligro de muerte. La devoción que había en aquella provincia, y en las demás de Hispanoamérica, hacia el Santo Escapulario del Carmen era tan profunda, tan cordial y ferviente, que les movió a

pedir del buen Padre un Escapulario para aplicárselo a la enferma, a fin de que tuviera alivio en tal aprieto. El Padre entonces les dio el Escapulario pequeño que solía ponerse para dormir. Los presentes se lo aplicaron a la paciente con muchísima fe y devoción; al punto cesaron los dolores, dando a luz una criatura hermosísima con gran facilidad y felicidad, a la que decidió la madre ponerle el nombre de María del Carmen, por el favor que les otorgara la Santísima Virgen, a la cual todos dieron las más rendidas gracias, celebrando su bondad y la celestial virtud vinculada a su benditísimo Escapulario.

43. *Herido por un rayo*: El día 12 de octubre del año 1656, se levantó de súbito una terrible tempestad precedida de muchos relámpagos y truenos, que llenó de consternación y pánico a toda la comarca de Segorbe en Valencia. Hallándose en el campo Santiago Caspe del vecino pueblo de Castellfort, cayó sobre él un rayo que le rodeó todo de fuego, reduciendo en un segundo a cenizas todos sus vestidos, y, quemando su cuerpo como un carbón. Solamente la parte anterior del Escapulario y lo que cubría quedó intacto. Este fue el primer prodigio, al que siguió no haber perdido la vida. En tan espantosa situación, estaba tan sosegado y tan ajeno a toda turbación en su ánimo, que pudo clamar con todo su corazón a María Santísima nuestra Madre, para que le amparase. Al poco rato recobró el habla y pedía a gritos confesión. La Virgen Santísima hizo que pudieran oírle desde un caserío no lejano, donde se había refugiado el cura. Corrieron los vecinos a aquel lugar y quedaron todos sorprendidos y espantados al contemplar tan horrible espectáculo. Santiago se confesó, y, pasados unos días, dijo a los que le asistían: “Tened paciencia y perdonad por amor de Dios todas las molestias que os ocasiono, pues hasta el sábado, día de mi Madre bendita del Carmen, no he de salir de esta vida para irme a gozar de Ella.” Y, en efecto así fue.



44. *Librado de los efectos de la picadura de víbora*: Filocalo Caputo, en su obra ‘El Monte Carmelo’, refiere que Antonio Ferrato, yendo de camino, vio una víbora en lo alto de una tapia, cerca de la cual tenía que pasar, y por prevenir el peligro de que pudiese morderle, la derribó con un palo al suelo. Mas he aquí que, irritada, le saltó a la cara y le hirió bajo el ojo, inflamándosele a poco rato la cabeza, de tal suerte que parecía un monstruo, quedando totalmente ciego. Los vecinos del lugar, avisados por sus gritos, recurrieron a todas las medicinas caseras que solían emplearse en tan críticos y desesperados trances, mas todas llegaron tarde o fueron ineficaces, pues ninguna surtía el deseado efecto en el infeliz campesino. Acudió su piadosa mujer, devotísima de Nuestra Madre del Carmen, alentándole a que pusiese toda su confianza en Ella, y viendo tan desesperada su salud, se fue confiada y rápidamente a la capilla de la Santísima Virgen y en un vaso trajo un poquitín de aceite de la lámpara que ardía ante su imagen milagrosa del Carmen. Lo aplicó a la cabeza de su infortunado y esperanzado esposo y al punto empezaron a mitigarse aquellos atrozísimos dolores, bajando poco a poco la inflamación, y en brevísimo tiempo pudo ya respirar sin dificultad. Pocas horas tardó en recobrar perfecta salud y al punto se trasladó al templo de la Santísima Virgen para dar fervientes gracias a esta Madre de Bondad y Misericordia, junto con su piadosa esposa.

45. *Le salva de dos rabiosos perros alanos*: El Padre Teófilo Raynaud, de la Compañía de Jesús, refiere un caso sucedido en su tiempo a la religiosa Sor María Martina, Superiora del Real Convento de los Mártires de París, y que él escuchó de sus mismos labios. Bajando dicha religiosa muy de mañana un 8 de diciembre, día de la Inmaculada Concepción, a un cuarto bajo del convento, muy cerca de los sótanos y de la carbonera, a recoger unas cosas que le eran indispensables, fue de improviso atacada por los dos perros alanos, que tenían para guardar la huerta del convento y que no la reconocieron. Los dos animales la atacaron con gran furia, la arrojaron al suelo y a dentelladas le destrozaron casi todo su hábito.

Gruñendo y dándole manotazos salvajes trataron de quitarle el Escapulario del Carmen, sin llegar a conseguirlo. Ella daba gritos y voces desesperadas, pero no podía ser oída de ninguna de las Hermanas, porque Sor María Martina se hallaba en un sitio muy apartado de los dormitorios, donde estaban las limpiadoras, y del coro, donde debía hallarse en ese momento casi toda la comunidad. En su desamparo y tribulación, invocó a Nuestra Madre, y María Santísima no desatendió la invocación que le dirigió su sierva, y así el alano que estaba a punto de ahogarla la soltó de pronto, y los dos alanos, dando fuertes y dolorosos aullidos, como si estuviesen poseídos por el demonio, fueron a arrojar a un canal cercano, donde perecieron ahogados. Recobrada un tanto la religiosa, salió como pudo del cuarto, y aunque hubiese querido ocultar a sus hijas el prodigio, no habría podido hacerlo, y con lágrimas del más profundo y sincero agradecimiento, rogó a las que la vieron, que la acompañasen al coro para entonar un Magníficat a nuestra dulcísima y amorosa Madre por el beneficio sin par que acababa de concederle.

46. *Le libra de un oso:* Refiere el historiador Daniel de la Virgen María, fallecido en 1678, que en Nápoles, hallándose de cacería el campesino Bartolomé Fayeta, descubrió una liebre entre unos matojos y siguiendo la pista, absorto y entusiasmado por darle alcance, perdió el buen hombre el sendero y cuando vino a darse cuenta no pudo orientarse, porque estaba el campo cubierto de nieve. Anduvo así al azar casi toda la tarde sin hallar el camino, y cuando más afanado estaba para que no lo sorprendiera la noche a campo abierto, se encontró con un oso, que lo arrojó sobre la nieve y le asió por la garganta para devorarlo. En la desesperada lucha se encomendó en lo más íntimo de su corazón a María, Nuestra Madre del Carmen, cuyo Escapulario vestía con devoción. En ese preciso momento, soltó aquella fiera sanguinaria su presa, y se echó a correr, dejándole tan sólo el susto del peligro imborrable en la memoria, y confirmado con los rasguños que le hiciera en la garganta, pero sin causarle ningún daño. Puesto de rodillas el devoto y afortunado Bartolomé, dio rendidas gracias a María Santísima, su salvadora, y por precaución, ya que se iba haciendo noche cerrada, se subió a un árbol, esperando la salida del sol, a fin de orientarse y de volver a casa lo antes posible. Luego que hubo amanecido, halló el sendero sin grandes dificultades y a todo correr se encaminó a Nápoles, publicando por el camino a gritos el milagro que le dispensara la tarde antes María Santísima.

47. *Al tomar el Escapulario le libra de la muerte:* Por el año 1898, había en El Havre un joven, de quince años, llamado José, hijo del capitán de un buque mercante. En él embarcó nuestro joven, lleno de confianza. El jovenzuelo, haciendo imprudente alarde de su valor, fue arrancado por una ola gigante de la proa del buque al abismo del mar. Tan sólo un marinero lo escuchó gritar débilmente a pocos metros de él, y conociendo por la voz que el caído era el hijo del capitán, se lanzó en compañía de otro marinero en la chalupa del barco a fin de socorrer al infortunado joven, que no sabía nadar. Viendo que los marineros acudían presurosos a socorrerle, el joven, manteniéndose con notable prodigio sobre las aguas y mostrándoles con una mano el Santo Escapulario, gritaba que la Santísima Virgen lo había salvado. Lograron por fin recogerle y, fue conducido a hombros de uno de los marineros al navío. Se echó entonces en los brazos de su padre, que lloraba de emoción, diciéndole en presencia de todos que la Virgen del Carmen lo había salvado, pues al caer, mientras luchaba con las olas embravecidas, oyó una voz dulcísima que le decía: “Toma en tus manos el Escapulario y no perecerás.” Sintió en el mismo instante que una mano le asía, y, sosteniéndole suavemente, le impedía irse al fondo del abismo. Luego que se restableció la calma y se apaciguaron los ánimos, hizo que todos, postrados de rodillas en la cubierta del buque, rezaran una Salve a la Virgen.

48. *Salva a una joven en la playa:* Desde Iznalloz, Granada, escribía, el día 6 enero de 1929 la señorita María Martín a la revista ‘El Santo Escapulario’: “Venerado Padre en Jesucristo: Desearía diese usted publicidad a estas líneas para gloria de Nuestra Santísima Madre del Carmen, cuyo Escapulario llevo. Hallándome, el verano pasado, en la playa de

Almería, una tarde me solté de la cuerda gruesa que se pone para los que no sabemos nadar, a cuyo tiempo vino una ola gigante, que me arrastró largo trecho y me sumergió a grandes profundidades. Yo, que no sé nadar, viéndome en tan grande apuro, invoqué el amparo y la protección de la Santísima Virgen del Carmen, cuyo Escapulario llevaba, y al punto otra ola, como movida o impulsada por la mano de la Virgen Santísima, me puso a salvo junto a mis familiares. Al punto que salí del agua me puse de rodillas para rendir ferviente acción de gracias a nuestra Madre del Carmen.”



49. *La Reina de los mares protege al misionero y a su acompañante:* Corrían los tormentosos días del mes de septiembre de 1957, en el que los frescos vientos del sur convierten el golfo de Urabá, Colombia, en el mar Caribe, en un verdadero rincón del diablo, como lo llaman los veteranos marinos del lugar. “Veníamos – cuenta el Padre misionero – de una larga jornada en la pequeña lancha de la misión, cuando nos sobrevino una gran tormenta. El indio acompañante y yo, con todo el corazón, pedimos a la Santísima Virgen del Carmen nos protegiera en aquella hora aciaga. Me parece que estoy todavía viendo al pobre indiecito, temblando de miedo, decir, con voz entrecortada, estas bellas palabras que jamás olvidaré: ‘¡Madre mía del Carmen, sálvanos, líbranos, Madre querida!’ En su pecho moreno flotaba airosa la hermosa librea de salvación: el Santo Escapulario. Huíamos navegando en retirada, dejando atrás el monstruoso mar, convertido en enemigo. ¡Aquellas olas parecían montañas! Y nosotros navegábamos plácidamente en aguas tranquilas como por encanto. Digo yo, ¿quién nos protegió en aquel terrible peligro? ¿No hay duda que fue la Reina de los Mares, la Virgen del Carmen! Esta Madre amorosa nos cubrió con su manto hasta que llegamos al pequeño puerto de Titumate sin novedad. Aquí dormimos a bordo tranquilamente, y al amanecer emprendimos el viaje de regreso, disfrutando de una mar tranquila y de un bellissimo cielo sin nubes.”

50. *No sabía nadar y se salvó:* El diario ‘ABC’, del 22 de abril de 1928 refería la siguiente noticia: “Pontevedra. En el vapor pesquero ‘Amancia’, propiedad de Luciano Soto, estalló la caldera cuando con sus tripulantes se hallaba entregado a las faenas de pesca en la ría de Marín, cerca de la isla de Sálvora. El vapor se hundió rápidamente, y los tripulantes, heridos y maltrechos, sostuvieron, durante dos horas, una rudísima lucha con el mar, logrando salvarse algunos de ellos. Los supervivientes fueron salvados por el pesquero ‘Río Ebro’, que los condujo a Marín, siendo auxiliados y atendidos en las salas de socorro del Polígono Naval. Uno de los heridos, Laureano Vilaríño, refirió a todos los presentes que no sabía nadar y que se salvó luchando tres cuartos de hora con las olas, gracias a sus invocaciones a la Santísima Virgen del Carmen y al salvavidas milagroso de su bendito Escapulario, que con gran fe llevó desde muy niño. No se cansaba de alabar a María y de encarecer a todos que se adornasen con tan bendita librea para merecer siempre su protección y su salvación a la hora de la muerte.”

51. *El voto de un marinero:* En ‘La Hormiga de Oro’ correspondiente al 16 de julio de 1887, se relata el siguiente hecho: “Hace treinta años presencié Barcelona un espectáculo conmovedor. Era el 16 de julio, festividad de Nuestra Señora del Carmen, y en las Ramblas y llano de la Boquería se veía un grupo que iba engrosando por momentos. Los hombres estaban llenos de admiración, y las mujeres lloraban enternecidas. ¿Qué sucedía? Un acto muy común entre los primeros cristianos y en la Edad Media, pero muy raro en nuestros tiempos descreídos. Un hombre de mediana edad, tostado por el sol de los trópicos, vestido de un hábito burdo, ceñido con una cuerda y atada al cuello una larga cadena que arrastraba por el suelo, andaba a gatas, y desde el barrio marítimo de la Barceloneta, se dirigía al templo de Nuestra Señora de Belén. La fatiga que esto ocasionaba al penitente era indecible. Sus rodillas se habían desollado a causa de la distancia, y las gotas de sangre que marcaban

el empedrado eran las huellas que dejaba a su paso. El peso de la cadena, lo violento de su posición y el ardiente sol que caía sobre su cabeza, le hacían sudar a mares y ocasionaban un resuello fatigoso, moviendo los ánimos a compasión. Agotadas sus fuerzas, y casi desfallecido, subió las gradas de piedra del templo, y prosiguió arrastrándose hasta la capilla de la Virgen del Carmen, iluminada por mil luces. Llegando frente al altar, besó tres veces el suelo, se incorporó sobre sus rodillas y poniendo los brazos en cruz, según se lo permitía la fatiga, exclamó sollozando: ‘¡Gracias, Madre mía! ¡Gracias, Virgen del Carmen! No en vano invoqué tu auxilio en la tempestad. Nuestro buque iba a sumergirse en el océano. Íbamos a morir sin remedio, y el recuerdo de mis pobres hijos y de mi desgraciada esposa me hacía llorar. En medio de la desesperación de mis compañeros, recordé las oraciones de mi madre y de mi esposa. Cogí el Escapulario que mi esposa me había colgado al cuello el día de nuestra despedida; le estampé un beso de ternura, y volviéndome hacia el cielo cubierto de nubes y cruzado por el rayo, entre la voz tremenda del trueno y el bramido de las olas que iban a tragarnos, hincado de rodillas grité: ‘¡Virgen del Carmen, sálvanos, que perecemos! Ten piedad de nuestras esposas y de nuestros inocentes hijos. Hago voto, si nos libras de la muerte, de visitarte en tu capilla del Carmelo, en el templo de Belén, en Barcelona, arrastrándome por el suelo con una cadena al cuello.’ La Virgen escuchó mi voto; se calmó al instante la tempestad, y el arco iris brilló en el firmamento. Allí te vi a Ti, Madre mía, como en trono de mil colores, con tu manto blanco y tu hábito pardo del Carmelo.’ Así dijo en medio de la conmoción de todos los circunstantes, y se empezó un oficio solemne en honor de la Virgen del Carmen, con el vasto templo completamente lleno de fieles.”

52. *Salva a un joven de un seguro naufragio*: El Padre Bartolomé de la Ascensión refiere un prodigioso caso que la Virgen obró con un muchacho de unos catorce años, el cual determinó su vocación al Carmelo. Navegando en una embarcación, desde el puerto de Acapulco a las Islas Filipinas, cayó el joven al mar, siendo la marejada tan recia, la tormenta tan imponente y las olas tan bravías, que no le podían socorrer. Tratando de ayudarlo, movidos más bien por la compasión y piedad que de esperanza alguna de poder realmente salvarlo, los tripulantes vieron de pronto con admiración, que el muchacho iba delante de la nave como si anduviese a pie firme sobre las olas. Procuraron como pudieron meterle luego dentro de la embarcación, y, viendo que casi no traía otra cosa sobre el cuerpo sino el Santo Escapulario de la Virgen del Carmen, le preguntaron con curiosidad que cómo había estado tanto tiempo bajo el agua sin ahogarse, a lo cual respondió que la Santísima Virgen del Carmen, de quien era el bendito Escapulario que él llevaba desde muy niño, con gran amor, le había librado de una muerte cierta sosteniéndole con su propia mano y confortándole con sus palabras llenas de piedad y de dulzura. Con tal motivo, hizo el voto de tomar el santo hábito del Carmen y consagrarse a María Santísima para servirla como amante hijo toda su vida, lo que realizó cuando pisó tierra firme, siendo en la Orden un modelo de perfección.

53. *“La Virgen me ha salvado”*: En 1940, un marino, encanecido en sales y algas de todos los mares, narró este hecho: “En cierta ocasión la mar embravecida nos lanzaba a las costas africanas, amenazando estrellarnos contra un rompeolas. Una ola gigante arrastró a un joven marinero. El mayor de mis hijos, fuerte y experto nadador, en un acto de caridad heroica, me dijo, santiguándose: ‘Padre, voy a por él.’ Al mismo tiempo que yo le gritaba: ‘¿Llevas puesto el Escapulario?’ –‘Sí, papá,’ contestó, lanzándose desde la proa... Los momentos fueron de indecible angustia. De rodillas sobre cubierta, juntamente con mi hijo menor, contemplábamos, asidos fuertemente a las maromas de la nave, los esfuerzos titánicos y desesperados que hacía mi pobre hijo por llegar hasta el desdichado grumete, que estaba a punto de perecer. Puse toda mi confianza en nuestra Madre bendita del Carmen y le hice una promesa: comprar una imagen suya para que fuese venerada por estas gentes sencillas, buenas y creyentes; y el primer atún que pescase cada año sería íntegro para fomentar su culto y su devoción (en esa región, pueden pesar hasta más de 200 kg). Todo fue en un abrir y cerrar de ojos. Vi rasgarse una nube y, en un rompimiento como de gloria, La contemplé

embelesado, extendiendo hacia mi pobre hijo su bendito Escapulario. Ya, entonces, nada temí; no sentía ni congoja ni ansiedad, estaba tranquilo y seguro de que se salvaría. No hacía otra cosa que rezar maquinalmente y de rutina la Salve, pero con una dulzura que parecía relamerme los labios con miel. Un minuto después, mi hijo traía consigo la preciosa carga del grumete salvado y se echaba en mis brazos, diciéndome: ‘¡La Virgen me ha salvado!’”

54. *San Luis IX de Francia*: El rey de Francia San Luis IX, al volver de la guerra de Palestina, el año 1254, se vio embestido por una temible tempestad, hallándose frente al Monte Carmelo. Sus navíos fueron dispersados. El desaliento y la desesperación se habían apoderado de las tripulaciones de toda la flota. El naufragio de la armada parecía inminente. Sólo el corazón magnánimo del monarca se mostraba confiado. En medio de la obscuridad del vendaval le trajo el tañido lejano de una campana, preguntó dónde sonaba, supo que era la señal de Maitines de los Monjes del Carmelo. Vuelve, entonces, los ojos en aquella

dirección, y, con ferviente súplica, hace voto de visitar a la Reina del Carmelo, si a él y a los suyos los libra de la muerte. Bastó esta plegaria. La Reina de los Mares se le apareció rodeada de luz, diciéndole: “No temas, Yo misma seré tu auxilio; vengo para librarte a ti y a tu gente de los peligros de este mar.” Después de estas palabras se serenó el cielo, se sosegó el mar, se salvaron las naves y el hijo de la reina Santa Blanca de Castilla, acompañado de sus guerreros, subió al Carmelo a rendir afectuosas gracias a su Celestial Salvadora.

55. *Otros prodigios en el mar*: Don Jaime el Conquistador y sus soldados, solamente invocando el auxilio de la “Madre de Dios del Carmen,” pudieron reunir las dispersas naves y arribar a las puertas de Palma de Mallorca. • La Virgen del Carmen salvó a la escuadra que por orden de San Felipe II salió a proteger a los Caballeros de Malta, dándoles la victoria. • La Virgen del Carmen salvó la nave Nautilus de los ciclones marinos, llegando incólume a Santander. • La Virgen del Carmen es la que libra de la muerte en el desastre naval de Santiago al alférez de navío José Rubiales, que desde el ‘Oquendo’ cae al agua gravemente herido y oprimiendo al pecho el Santo Escapulario. • La Virgen del Carmen libra del mar a una joven que se arroja a él para salvar su castidad. • La Virgen del Carmen conserva la vida entre las olas a dos niños de cuna arrojados al agua por un loco furioso. • La Virgen del Carmen en todas las épocas y en todas las playas españolas tiene un templo o santuarios que conmemoran estos hechos milagrosos...

56. *Lo salvó en el mar de Méjico*: Cuando don Tristán de Arellano, pariente próximo del Virrey, navegaba con un grupo de amigos, por los años de 1610, en Méjico, le cogió de repente un recio huracán, que volcó la embarcación, cogiendo a todos bajo ella, por lo cual perecieron ahogados todos los tripulantes quedando con vida únicamente don Tristán de Arellano. Él, al ver cómo se hundía, acudió al punto, con gran fe, a nuestra Madre Santísima del Carmen, cuyo Escapulario vestía con gran devoción desde muy niño y por cuyo medio esperaba ser socorrido y salvado por Nuestra Señora. Y, en efecto, manifestó haber estado en el agua más de media hora, en la cual, lleno de aflicción y congoja estrechaba contra su corazón el bendito Escapulario de María, haciendo innumerables promesas a la Santísima Virgen si le sacaba sano de tan terrible trance. Por fin, tras larga espera de luchar con el viento y el agua, que a él le parecieron siglos, acudieron varias canoas en su auxilio, y logró al fin su deseada salvación. Con gran admiración suya y de sus salvadores, observaron que, aunque todos sus vestidos estaban empapados, el Santo Escapulario permaneció seco. Tan pronto como llegó a tierra, voló al convento de los Carmelitas y, postrado ante el altar de la Virgen, hizo promesa de abandonar el mundo y consagrarse a la Santísima Virgen como



Hermano lego para rendirle toda su vida constantes acciones de gracias a la Madre dulcísima que le libró de una muerte física y espiritual mediante su milagroso y bendito Escapulario.

57. *El pequeño naufrago*: Sucedió en Villarreal, provincia de Castellón de la Plana, el 29 de agosto de 1928. Un cielo claro y el sol, propio del verano, inundaba de luz la fértil campiña, aromada de azahares. Una señora, con su familia, fue al campo a pasar unas horas de solaz en una casita de campo de su propiedad, a orillas de la Acequia Mayor, que es un canal de regadío del río Mijares. Dicha señora ordenó a una niñera que tenía a su servicio partir almendras fuera de la casa. Tras la niñera siguió el pequeño hijo del ama, llamado Miguel Cantavella Pitarch, que hacía días había cumplido tres años de edad. Transcurrido un rato de absoluto silencio, la señora ni oía la voz del hijo ni la de la niñera, ni el ruido que ésta debía hacer con las almendras. Ignoraba que la joven criada se había alejado de la casa, dejando al niño solo, al borde de la caudalosa acequia. Salió para dar un vistazo, buscó con la mirada angustiada a su Miguelín... ¿Dónde estaría el niño? Al dirigir su vista a la acequia, vio a su pequeño hijo que flotaba en la superficie, sin hundirse y sin ser arrastrado por la corriente. Nótese que la acequia tenía la profundidad de un metro aproximadamente y su anchura oscila entre cuatro y cinco metros; por el desnivel del cauce, era entonces casi impetuoso. Y, a pesar de todo, el niño de tres años estaba en la superficie, flotando como una boya. Si la angustiada madre hubiera reflexionado se habría convencido de que su hijo, que no había perecido, tampoco perecería: hubiera podido ver allí una mano oculta, un prodigio patente. Pero el instinto de salvar al hijo no le permitió un segundo de reflexión. Le faltó tiempo para arrojarle al agua con una niña de pecho que llevaba en brazos. Cuando la madre hubo sacado sano y salvo al niño, repuesta de la mortal congoja, trató de indagar la causa de un prodigio tan patente como inexplicable para ella. El pequeño, con la sencillez y lenguaje propios de su edad, pero como si acabara de bañarse en agua de rosas, dijo a su madre: “La Virgen me tenía así,” y mientras decía estas palabras, que luego repitió muchas veces, juntaba los codos a la cintura y extendía los antebrazos y las manos en actitud de sostener algo, el cuerpecito del niño, en este caso. La afortunada madre comprendió que la Virgen del Carmen había salvado a su hijo de una muerte inevitable; entendió perfectamente que el no sumergirse su niño, de tres años, en el caudal de agua y el no ser arrastrado por la corriente era un milagro de la Santísima Virgen por el Escapulario del Carmen, que dos días antes le había hecho imponer y que Miguelín llevaba pendiente del cuello en el momento del accidente.

58. *Un pez cierra la rotura del casco de un navío*: El valiente San Juan de España, digno de eterno recuerdo por su victoria inmortal en Lepanto, navegaba para el puerto de Nápoles con cinco galeras y un galeón. En plena navegación y en mar abierto, les sorprendió furiosa tempestad, que zarandeaba sin tregua los frágiles cascos de las embarcaciones. Creció la tempestad. Los peligros se multiplicaban por instantes; galeras frágiles, de costuras mal calafateadas, que hacían agua por mil sitios; la entrada de agua, fatalmente, acabaría por hundir la nave. En el crítico instante, el capitán Pedro de Luna, en presencia de toda la tripulación, saca de su pecho el Santo Escapulario, hinca sus rodillas, mientras lo besa con fervor, prometiendo ir como peregrino al Santuario de Nuestra Señora del Carmen de Nápoles si la Divina Señora les salvaba de tan inminente riesgo, por la virtud de su Santo Escapulario. Como en otro tiempo las aguas del Tiberíades se calmaran al imperio de la voz de Cristo, así también en la galera de San Juan cesó de entrar agua por la vía abierta en el costado. La Virgen del Carmen hizo el milagro; un pez de gran tamaño se había introducido en el agujero del casco salvando a la tripulación. Un barquito de plata y el Escapulario del capitán Pedro de Luna, colgados como ofrendas en el templo de nuestra Madre del Carmen, en Nápoles, recordaron durante varias centurias el milagro obrado por la Virgen Santísima mediante su bendito Escapulario.

59. *Prodigio con el navío “Soberano.”* El experto y bravo capitán, Juan de Lazaga, después de seis días de tremenda borrasca, viendo desaparecer en derredor suyo buques menos afortunados, mientras él capeaba los vientos, se defendía como se defienden los héroes de

los mares, aguantándose hasta perder la vida asidos a la última astilla de la nave. Pero aún le quedaba un recurso, que era exhalar un tierno y profundo suspiro y con él el dulcísimo nombre de María: “¡Madre mía del Carmen, amparaños!” Con ese suspiro y ese nombre hizo un voto que llegó hasta el Cielo. Lo acogió María e inflamó en un instante los corazones de todos sus compañeros, de aquellos hombres curtidos por las brisas de todos los mares que, adivinando el pensamiento, gritaron todos a una: “¡Virgen bendita del Carmen, sálvanos que perecemos!” Esto sucedía durante los días del 6 al 12 de septiembre de 1854. Más de quinientas personas sufrieron el horroroso temporal y huracán de seis días a bordo de un navío que contaba los cien años de surcar los mares. Treinta y un días más tardaron en arribar o tomar puerto, casi anegados y en riesgo inminente de ser absorbidos a cada instante por las olas. Se salvó el buque y se salvaron todos los hombres, sin que faltara uno solo. —“Fue la Virgen bendita del Carmen, nuestra Reina Marinera, quien nos salvó en aquel inminente peligro en que estuvimos a punto de perecer.” Así proclamaba, llorando como un niño, el capitán ante el Santo Obispo Antonio María Claret, cuando todos los marineros fueron a rendir fervientes acciones de gracias a su Madre bendita del Carmen, en la Iglesia Metropolitana de Santiago de Cuba, el día 26 de octubre de 1854, ante un público enardecido por la emoción, que no cesaba de aclamar y bendecir a la Virgen del Carmen.



60. *La lucha y la victoria:* En su larga carrera apostólica el Padre Milleriot se halló con un alma terriblemente amargada por los reveses de la vida. Falta de aliento y de valor, esta desgraciada mujer llegó al borde de la desesperación. Viéndola sin aliento ni consuelo, el Padre Milleriot le impuso el Santo Escapulario; pero ella, como no llegara pronto el consuelo que esperaba, intentó suicidarse. Se enteró el Padre, y fue a visitarla, le suplicó le prometiera que no se quitaría el Santo Escapulario. Y como ella se lo jurara, dijo el Padre, lleno de satisfacción: “Ya te he cogido. Podrás intentar matarte; pero no te morirás.” Así fue, porque dos veces se arrojó al Sena y, aunque no sabía nadar, no pereció en sus aguas. Se convirtió después, porque lo que antes la llevaba a aquella desesperación era su vida turbulenta, y al fin murió cristianamente.

61. *Prodigio en la bahía de Cádiz:* Un joven marinero de la base naval de Cádiz, natural de Salamanca, fue en las Navidades del año 1948 a disfrutar de un permiso cerca de sus padres. Antes de volver a Cádiz, quiso protegerse con el Santo Escapulario de María Santísima del Carmen, y para ello se encaminó la tarde antes de partir, con su novia, a la Iglesia del Carmen de Abajo, de Salamanca, para pedir para ambos el Santo Escapulario, que les impuso el Padre Superior de dicha residencia. Al despedirles, le insistió el Padre: “Sé siempre muy devoto de la Santísima Virgen del Carmen. Ya sabes que es Patrona especial de los marineros. Si te pasara algo, procura asirte con todo fervor a este ancla de salvación, que es el Escapulario, e invoca con gran fervor a Nuestra Madre del Carmen, que Ella te salvará.” Y así fue. A los cinco días, ya estaba nuestro marino en aguas de Cádiz y a bordo del ‘Artabro.’ La mar estaba revuelta y con fuerte marejada. Era, además, de noche, y noche cerrada. El joven marinero tuvo la desgracia de caer desde cubierta al agua, en uno de los fuertes vaivenes de la embarcación. Luchó con denuedo contra el oleaje embravecido. Trató de hacerse ver u oír del resto de la dotación. Todo en vano. En medio de su angustioso y mortal peligro, sólo una cosa le infunde confianza en su salvación: el Escapulario que hace pocos días que lleva. Clama insistentemente a la Virgen y besa con encendida y esperanzada fe su Escapulario, que de vez en vez lleva el oleaje y el viento hasta sus labios. Diez horas estuvo luchando contra la mar. Por fin, tras una lucha más que titánica contra los elementos, logra arribar a tierra, lanzado por una ola gigante, que, él decía, la impulsaba y dirigía la diestra de la Virgen Santísima para salvarle. Él mismo se lo escribió emocionado a su anciana madre,

que acudió inmediatamente a la misma Iglesia del Carmen de Abajo para dar fervientes acciones de gracias a la Virgen Santísima y rogar que también a ella se le impusiera, como a su querido hijo, el Santo Escapulario.

62. *Refrena la impetuosa corriente de un río:* Daniel de la Virgen María, fallecido en 1678, nos refiere que en el lugar llamado Roberto, a cinco km de Trento, el río Lenno creció tantísimo por efecto de las lluvias torrenciales, que venía desbordado y causando muchísimos daños. Viendo los vecinos que eran insuficientes todos los medios naturales para evitar tamaño peligro y prevenir aquella inevitable ruina de su localidad, acudieron al Señor, haciendo constantes rogativas, mas no por eso decrecían las aguas ni cesaba el caudal del río de hacer cada vez más estragos; no acertando con el medio por el cual Dios Nuestro Señor deseaba darles la paz y el consuelo. Mas he aquí que, acudiendo con reiteradas súplicas a la oración los religiosos del convento carmelita de Roberto, la Virgen Santísima se dignó inspirárselo. El Prior de dicho convento, Padre Jerónimo de Dóminis, tomó el Escapulario, lo bendijo solemnemente en la iglesia en presencia de todo el pueblo y, seguidamente, marchó en procesión con toda la comunidad a las márgenes del río. Allí, seguido de una inmensa multitud de fieles, hizo una fervorosa oración a Dios y a su bendita Madre, pidiéndole se dignase manifestar en tan inminente peligro su valiosísima protección, ya que había dicho a su siervo San Simón que era su ‘bendito Escapulario señal de salud en los peligros,’ y que por su virtud se sirviera detener las corrientes impetuosas de aquel río desbordado. Dicho esto, con vivísima fe, arrojó al agua el bendito Escapulario. Y, ¡oh prodigio!, apenas tocó el agua el celestial vestido de María, las detuvo, pues todos advirtieron con estupor y asombro que se fueron sensible y paulatinamente recogiendo y estrechando hasta quedar reducidas al cauce normal y natural del río.



63. *Conversión del maquinista de un destructor:* El Padre Vicente Vela, Vicario coronel castrense de la Marina de Guerra española, nos refiere en su documentadísima y sublime conferencia sobre la eficacia del Santo Escapulario del Carmen, el siguiente hecho prodigioso del que fuera testigo presencial: “Era el año 1943. Con otros buques de la Escuadra Española se hallaba fondeado en El Ferrol uno de los destructores tipo ‘Alsedo’. El comandante del destructor se enteró de que el maquinista suboficial del buque se encontraba en el Hospital de Marina en gravísimo estado, y sin pérdida de tiempo, fue al hospital para visitarle y consolarle. El médico de guardia, que recibe al comandante a la entrada del hospital, le informa que el enfermo no tiene remedio, porque los dos pulmones están ya invadidos y su muerte es inminente. Va el comandante a la sala del enfermo y pregunta a la religiosa sobre el estado espiritual del doliente: ‘A juzgar por la imagen de la Virgen de la Caridad que cuelga sobre su pecho – responde la Hermanita – parece creyente, pero... se negó rotundamente a confesar.’ El comandante, profundamente creyente y, por añadidura, portador del Santo Escapulario desde su infancia, llevado de celo cristiano ejemplar, le dio a besar el crucifijo, que el enfermo besó más por acatamiento y respeto a su jefe que por veneración y afecto a Cristo Crucificado. Le invitó a que se reconciliara con Dios, mas se opuso rotundamente. Le insistió con alientos paternales, pero todo fue inútil. Desvanecida toda esperanza, y ante la fatigosa respiración del enfermo, el comandante, atribulado, se retiró a rezar por él, dejándole puesto el Santo Escapulario del Carmen sobre su pecho. Minutos después, volvió el comandante, temiendo el desenlace fatal, y al hablarle por última vez, el maquinista impenitente pidió confesión. El Santo Escapulario le dio alientos para las últimas palabras; terminada su Confesión, con profundas muestras de sincero arrepentimiento, murió en paz, mientras el Padre capellán rezaba por su alma.”

64. *Salva a una pequeña en el caudaloso río:* En septiembre de 1957 en la Villa de Leiva

(Colombia), donde se venera con amor a la Virgen del Carmen, estaba escrito el siguiente gran favor. Para dar autenticidad al relato, lo firmaban Rogelio Pulido y Mercedes Avendaño, padres de la pequeña favorecida. Estos sencillos campesinos de Sotaquirá (Boyacá) son padres de dos hijas: Otilia de once años y Adela de cuatro. Las dos niñas fueron a casa de un pariente, Gabriel Calderón, que vivía al otro lado del río Chicamocha. Al tratar de pasar Adela por sobre una vara, se resbaló con tan mala fortuna que cayó al torrentoso río. Al instante Otilia, aterrada de lo ocurrido, comenzó a dar gritos desesperados, pidiendo auxilio. Al tener la primera noticia del infortunio, dice el padre de la niña: “De todo corazón pedí a la Virgen del Carmen que favoreciera y conservara la vida a la pequeña. Inmediatamente bajé al río, en cuyas orillas se había agolpado mucha gente, sin que nadie se atreviera a tirarse al agua para ver de salvar a la inocente criatura, pues el río estaba bastante caudaloso y por consiguiente el temor de ser arrastrado detenía como petrificadas las gentes a lo largo de las márgenes del Chicamocha. Lo curioso es que la niña, arrastrada por la impetuosa corriente unos 580 metros, iba flotando por encima de las aguas, al parecer plácidamente dormida, boca arriba y con los bracitos extendidos. En un ímpetu de heroísmo, Gabriel Calderón se lanzó al agua, logrando sacar a Adelita. Todos la creíamos muerta. Pero al poco tiempo, movió ligeramente las manos, lo que probó que aún vivía, comenzando después a volver en sí poco a poco. Hoy gracias a Dios y a la Virgen del Carmen, tenemos a la niña sana y salva en nuestro hogar.” Este hecho prodigioso ocurrió el 4 de septiembre de 1957.

65. *A prueba de balas:* Las galeras del Marqués de Santa Cruz a quien llamó Cervantes “padre de soldados y valiente capitán, jamás vencido,” partieron de Nápoles, hacia África. Los encuentros con los piratas fueron frecuentes. En uno de los combates, un soldado turco disparó con su mosquete (una antigua arma de fuego parecida al fusil, pero de mayor calibre), de muy cerca contra un soldado de las galeras del Marqués, dándole en el centro del pecho y derribándole sobre la cubierta de la nave. Sus compañeros le creyeron muerto. Pero pasado el fragor de la batalla, cuando se disponían a arrojarlo al mar, vieron asombrados que aquel soldado vivía y que no presentaba lesión alguna. Examinaron el sitio donde recibió el golpe. Sus ropas estaban atravesadas por el proyectil del mosquete, pero éste se detuvo al chocar con el Santo Escapulario, como contra un fuerte escudo. La frágil tela con la imagen de la Virgen había sido más fuerte que una bala de hierro. El milagro se divulgó por todas las galeras. El Marqués reclamó como preciosa reliquia el milagroso Escapulario, que fue conservado por la Marquesa de Vélez, junto con el testimonio escrito del Marqués de Santa Cruz sobre la perfecta salud del soldado. Añade el cronista del manuscrito: “Creció tanto la devoción al Santo Escapulario, que llegaron a Cartagena dos cargas de escapularios enviados por los Padres Carmelitas de Caravaca, para imponerlos a todo el personal embarcado en las galeras de las diversas escuadras.”

66. *Le libra de una bala mortal:* El 15 de abril de 1626, encontrándose en la ciudad de Barcelona el noble caballero navarro Antonio de Amaya, que esperaba la llegada de algunas galeras para trasladarse a Italia, como regresara algo tarde a su domicilio, se vio atacado por unos sujetos que de muy cerca le dispararon dos tiros, sin duda con ánimo de robarle, pero sin que le produjesen la menor lesión. Este noble señor, que desde muy niño profesaba tierna devoción a la Virgen del Carmen, y que llevaba con gran fe y amor su bendito Escapulario, atribuyó el haberse librado de una muerte segura a la virtud de este escudo de protección. Una de las balas vino a darle precisamente en el lugar sobre el que caía el Escapulario de la Virgen, y aunque le agujereó la ropa, se quedó sobre la cinta del Escapulario sin que la traspasara ni quemara.

67 *La Virgen y los soldados.* Un comandante del ejército refirió al jesuita Padre Juan Crasset, 1618-1692, que después de una batalla, encontró tendido en el campo a un soldado que tenía en la mano un rosario y un escapulario, y que a grandes voces pedía un confesor. Una bala de mosquete le había atravesado la cabeza, entrando por la frente, de tal manera que se le salían los sesos por ambas heridas; naturalmente hablando, no podía vivir. Sin



embargo, tuvo fuerzas para levantarse y confesarse con el Capellán con grande arrepentimiento, y, una vez recibida la absolución, expiró. El Padre Crasset añade que el mismo comandante del ejército le refirió que un corneta de su compañía había recibido un pistoletazo. Y cuando fue a examinar la herida que en el pecho le había causado, halló que la bala se había incrustado en el escapulario de la Virgen que llevaba puesto, sin haberle causado ninguna herida. El comandante tomó la bala y la mostró a todos los presentes.

68. Coraza contra las balas: En Flandes, un consejo de guerra condenó a pena de muerte a un soldado, por delito de rebelión. Los soldados hicieron tres descargas cerradas sobre el reo, sin que ninguna de ellas le tocara, pues todas las balas caían a sus pies. Sorprendidos de tal prodigio los oficiales, decidieron examinar el pecho del pobre condenado, para cerciorarse de que no llevaba ninguna coraza que le protegiese, no hallando otra cosa sobre su pecho que el escudo protector del bendito y milagroso Escapulario de la Santísima Virgen del Carmen, nuestra dulce Madre, en el que el infeliz soldado tenía puesta toda su confianza de salvación. Todos estuvieron de acuerdo en que aquello era un prodigio debido a la Reina de los Cielos, con que había querido mostrarles la virtud otorgada a su bendito Escapulario para salvaguardarnos en todos los peligros, por lo cual perdonaron la vida al privilegiado soldado, librándose así, por la intercesión de la Virgen Santísima del Carmen, de una muerte segura.

69. La bala encuentra un parapeto: El Padre Gregorio Nacianceno de San Basilio dice que a Jaime Teixeira, que militaba bajo las banderas españolas, hallándose en la isla de San Honorato, le alcanzó tan de cerca en las espaldas una bala de artillería que la pólvora que la disparó pudo quemarle por la espalda el jubón y la camisa, arrojándole gran trecho dentro del mar. Se hundió y estuvo sumergido todo el tiempo que tardó en volver en sí y recuperar el conocimiento. Vuelto en sí, comenzó a invocar fervorosamente a María Santísima del Carmen, y al punto se halló sobre las aguas, y, con extraordinario denuedo y valor, salió nadando a la orilla. Cuantos le vieron caer al agua admiraron un auténtico prodigio, porque el fuego que le quemara el jubón y la camisa y chamuscara sus espaldas dejó ileso el Santo Escapulario de María Santísima del Carmen. Además pudieron admirar otro nuevo prodigio, y es que, habiendo permanecido un largo rato en el agua el Santo Escapulario, estaba completamente seco.

70. Escudo contra las balas: Luis XIII, rey de Francia, hallándose en el sitio de Montpellier, tenía a su lado al general De Beauregard. Este valiente soldado recibió dos balazos en el pecho; osciló, pero no cayó, como hubiera hecho cualquier otro soldado en quien no hubiese concurrido un hecho milagroso como el acaecido a él. Se desabrochó el uniforme para recoger las dos balas y las halló aplastadas sobre el Santo Escapulario del Carmen, llenando con esto de gran satisfacción al rey.

71. Un soldado salvado de la muerte eterna: Este hecho sucedió en 1923 y lo contó al Padre Luis María Llop, carmelita, el mismo protagonista. Al salir a campaña, se hizo imponer el Santo Escapulario del Carmen en la Iglesia de los Padres Carmelitas Descalzos de Cádiz. Desgraciadamente, así en Melilla como en las diferentes posiciones donde estuvo, llevó una vida libertina y licenciosa, hasta el punto de ser causa de escándalo para sus poco escandalizables camaradas. Cuando los moros asaltaron la fortaleza de Monte Arruit, donde él se encontraba, todos los soldados fueron fusilados o pasados a cuchillo. José Luis recibió un balazo en la cabeza, que lo derribó al suelo; entonces creyó que sería degollado por los moros, como lo fueron centenares de compañeros suyos que cayeron con él; sin embargo fue el único exceptuado en aquel sangriento holocausto de vidas españolas segadas en flor por la cimitarra y el alfanje, (los sables que usaban los moros). “¿Cómo escapé yo de aquella horrible matanza y no me condené?” exclama emocionado nuestro hombre. “Todo lo debo a la misericordia sin par de esta dulce Madre y a su benditísimo Escapulario. Si yo hubiese

muerto en aquel trance, me habría presentado ante el Supremo Juez con la conciencia cargada de muchísimos pecados y es fácil que me hubiera condenado irremediablemente. Pero yo llevaba al pecho el Santo Escapulario de María, y como la impenitencia final es incompatible con él, la Virgen Santísima del Carmen me libró de aquella horrible muerte, a fin de que no muriese réprobo y me condenase, sino que alabase siempre su clemencia y misericordia y propagase por doquier la devoción a Ella y a su milagroso Escapulario.”

72. *Varias balas adornan el Escapulario:* El jesuita Teófilo Raynaud, narra el siguiente caso, que se lo refirió el mismo a quien favoreció María Santísima. Era éste un soldado llamado Juan Montaña, a quien en una batalla cercaron muchos enemigos, intentando quitarle la vida a balazos; mas Aquélla, que le defendía, dirigió de tal suerte las balas, que todas las que le alcanzaron fueron a dar en las cintas del Escapulario, quedando en él prendidas y achatadas o abolladas, como si hubiesen sido un escudo de bronce que resistía a su violencia. Pudo escapar, y pensando que al menos estaba herido, se desvistió y vio su Santo Escapulario todo revestido y adornado de balas hasta en sus cintas, todo con especial orden y proporción, y en su cuerpo, la señal correspondiente a cada bala, que sin palabras le decían que por allí hubiera entrado la muerte o al menos hubiese puesto su vida en peligro, si la Santísima Virgen no le hubiera defendido y amparado. El soldado, emocionado se consagró a la Virgen, alabándola por el resto de su vida.

73. *Libra de la metralla a un batallón:* Un bravo oficial del Ejército Español comunicaba al Director de la ‘Obra Máxima’ durante la Guerra Civil o Santa Cruzada Española por septiembre de 1937, el siguiente hecho prodigioso: “Comunico a usted un caso milagroso de la Santísima Virgen del Carmen para con los soldados a mi mando, los cuales visten todos su Escapulario: Un día que mi batallón fue a guarnecer las tapias del Pardo-Plantío, los rojos tiraban con mortero y fusilería. A mí me asombraba y maravillaba que fuesen todos dirigidos a un solo sitio y que no hiciesen bajas. ¡Cosa totalmente prodigiosa! ¡Cuál no sería mi sorpresa cuando miro hacia lo alto y veo sobre una pared una estatua de la Virgen del Carmen! Corrí como un loco; subí a por Ella. ¿Qué me importaban a mí las balas de los rojos si tenía a mi Madre expuesta? Cuando la tuve en mis brazos, lloré de emoción. Esta imagen de la Santísima Virgen preside mi tienda de campaña y viene conmigo a todos lados. Ante Ella se postran y rezan el santo Rosario todos los días los soldados de mi batallón. Si caemos en la lucha, Ella nos conducirá, sin duda, al Cielo, como premio a los que, llenos de fe y entusiasmo, damos la vida por Cristo y por la Santa Fe católica. Yo no quiero que ninguno de mis soldados entre jamás en batalla sin llevar el Santo Escapulario y haberse encomendado antes con fervor a la Virgen Santísima. Yo mismo, cuando fui herido, las primeras palabras salidas de mi boca fueron éstas: ‘¡Viva Cristo Rey! ¡Viva la Virgen del Carmen! Salve Regina, Mater Misericórdiae, Spes nostra, Salve.’ Esta fue mi oración hasta ser curado... No dejo pasar ni un sólo día sin que mis soldados oren ante la Virgen del Carmen, en la seguridad de que Ella los librará de todos los peligros y les alcanzará una santa muerte.”

74. *Los salva de los fusiles de los milicianos:* Durante la dominación de los marxistas en Mérida y con ocasión de uno de los bombardeos de las Fuerzas Nacionales, se hallaban en un refugio existente en el bar llamado ‘Medea’ la joven Carmen Hueso Escalante, acompañada de su padre, ambos profundamente católicos y muy devotos de la Santísima Virgen del Carmen. En aquel momento y de improviso, fueron encañonados por los fusiles de varios milicianos. Los encañonaron con ánimo decidido de darles muerte, cuando he aquí que cayendo la joven de rodillas y besando, entre fervientes suspiros y lágrimas, el Santo Escapulario, les suplicaba por la Virgen Santísima del Carmen que no hiciesen mal a su anciano padre, aunque a ella la quemasen viva. Los milicianos, depuesta su actitud criminal, echaron sobre la joven una mirada entre burlona y despectiva, y como movidos por un resorte mágico, se dieron media vuelta, musitando unas palabras ininteligibles, mientras los que se hallaban a las puertas de la taberna les oyeron decir: “No hay quien



pueda con estas beatas y con su fanatismo por la Virgen.”

75. *Las balas y el Escapulario*: El año 1652, luego que fue concedida la amnistía regia por Luis XIV en Burdeos, nadie turbaba la tranquilidad pública de la ciudad sino los secuaces de Orme. El 31 de octubre una partida de quinientos hombres armados se revolucionó, intentando que la amnistía que concedía el rey tuviese efecto; y para conseguir sus pretensiones amenazaban con la pena de muerte por doquier. Recorriendo los revolucionarios las calles de la ciudad, se encontraron con un consejero del rey, a quien dijeron estar bien enterados de que él era el comisionado por el parlamento para tratar el asunto con el monarca; le advirtieron que lo pagaría muy caro si le informaba mal de la plebe. El consejero despreció sin inmutarse las amenazas. Al punto desenvainaron los revoltosos sus espadas, y uno de ellos disparó un arma de fuego, a quemarropa y por tres veces, contra el consejero del rey, lo que fue censurado con indignación y

protestas de parte de los buenos ciudadanos. Pero las tres balas, con ser disparadas a bocajarro, no pasaron la piel. Se acababa de obrar un gran milagro. Fue unánime la aclamación frenética del pueblo, que atribuía la salvación del consejero a un milagro del Santo Escapulario, que el agredido llevaba puesto en el momento de la cobarde agresión. En vista de tan estupendo milagro, en la ciudad de Burdeos se vio aumentar maravillosamente el culto de la Cofradía del Santo Escapulario del Carmen, que había fundado San Simón Stock. El agraciado de la Virgen, protagonista del presente relato, era D'Andraut; hombre de mucha piedad, y durante toda su vida no pasó día sin pagar tributo de gratitud a su Soberana Bienhechora, la Virgen del Carmen, que le salvó la vida por la virtud milagrosa de su Sagrado Escapulario.

76. *Los libra de un bombardeo*: Sucedió en 1936. Celebraba una sobrina del Padre José Hendará, agustino, su onomástico en la ciudad de Ávila, y se hallaban reunidas unas veinte personas en una habitación de la casa, cuando los aviones de los comunistas sobrevolaron la ciudad. Y he aquí que una bomba potentísima vino a caer sobre el techo de la habitación donde se hallaban reunidos. Una sola exclamación salió de los corazones: “¡Virgen Santísima del Carmen, sálvanos!” y un silencio sepulcral sucedió a la explosión... El techo se había derrumbado y la bomba había llenado la habitación de metralla. La señora de la casa, Carmen Hendará, creyó que todos habían perecido. Cuando, ¡cosa admirable!, de entre los escombros fueron saliendo todos, polvorientos y asustados, pero sanos e ilesos; sólo tres de ellos presentaban algún que otro rasguño leve, efecto más bien del nerviosismo. Pero lo que es de admirar sobre toda ponderación es que todos cuantos allí se encontraban llevaban al pecho el Santo Escapulario y todos lo estrecharon con efusión contra sus corazones, esperanzados y confiados en la protección maternal de la Virgen Santísima.

77. *Una bala en Montpellier*: Cuando el rey Luis XIII, al frente de un numeroso ejército, sitió a la ciudad de Montpellier, un puñado de valientes del ejército real se lanzó con temerario arrojo, intentando forzar la entrada, pero uno sólo de aquellos héroes logró penetrar en la ciudad, a pesar de haber recibido un disparo de arcabuz en el pecho. A la vista de aquel valiente, que se defendía de innumerables enemigos con una serenidad y un valor admirables, el entusiasmo del ejército sitiador llegó al colmo, y precipitándose en la brecha, logró penetrar en el interior de la ciudad. La batalla en las calles se hizo encarnizada y sangrienta, hasta que, por fin, la victoria se inclinó a favor del ejército real, entrando Luis XIII triunfante en Montpellier. Uno de los primeros actos del Monarca fue mandar que trajeran a su presencia a aquel heroico soldado que logró penetrar el primero en la plaza. —“Eres un héroe y quiero recompensarte,” dijo el rey, poniéndole familiarmente su mano sobre el hombro. —“¡Señor!, agradezco el honor que Vuestra Majestad me dispensa” contestó, resueltamente, el soldado, “pero no es mío todo el mérito. Si Vuestra Majestad

me ha visto penetrar el primero en la plaza y me contempla de pie, ileso, a pesar de haber recibido un balazo en el pecho, es porque ignoráis que cubre mi pecho una cota invulnerable.” Esto diciendo, se desabrochó su casaca y descubrió su pecho, en el que pendía el Santo Escapulario de la Virgen del Carmen. Los circunstantes quedaron asombrados contemplando la bala que debiera haberle destrozado el corazón, detenida y achatada como por respeto ante la santa imagen de la Virgen que estaba grabada en la superficie anterior del Escapulario. Testigo de aquella maravilla el mismo rey, hizo desde entonces voto de vestir para siempre aquel bendito Escudo protector, y recomendarlo a todos sus súbditos para que en adelante les preservara de todos los peligros.

78. *Vence a un poderoso ejército de turcos*: El Padre Juan Bonet refiere que siendo Gobernador de Calabria el Gran Maestre de la Orden Militar de San Juan, Hurruitiner, aragonés de nacimiento y fervoroso devoto de la Virgen del Carmen, amaneció una mañana, en el puerto y las playas de esta bella ciudad, la armada turca a las órdenes del General Zigala, quien desembarcó setenta mil hombres, intentando adueñarse por sorpresa de la plaza, ya que cogía del todo desprevenidos a los defensores. El Gobernador, hombre de fe, animoso y decidido como todos los aragoneses, alentaba a sus huestes, que, muy inferiores en número, pues sólo había podido reunir, entre infantes y de caballería, unos mil doscientos, se hallaban indecisos entre dar o rehusar el combate, puesto que ya se habían adueñado de muchos pertrechos, así como de las principales posiciones. No obstante ser tantos en número, no desmayaba el ánimo del valiente capitán y enardecía a sus aguerridas huestes haciéndoles ver que lograrían infaliblemente el triunfo. Uno de sus capitanes, tomando la palabra en nombre de todos, le dijo: “¿Con qué armas y hombres hemos de resistir a setenta mil enemigos que nos cercan?” El piadoso y valeroso Hurruitiner, sacando el Santo Escapulario del pecho, se lo mostró elevándolo en sus manos y les dijo: “Éste es la verdadera Esperanza de nuestra segura victoria.” Lanzados decididos al combate y saliendo él al frente de sus huestes, le siguieron todos sin vacilar, y, arremetiendo con una fe ciega contra aquel ejército tan numeroso, no sólo lo diezmaron y arrollaron con su ímpetu incontenible, sino que le pusieron en precipitada y desesperada fuga.

79. *El Escapulario apaga el fuego*: En la imperial ciudad de Toledo, el día 5 de diciembre del año 1699, cuando la construcción era principalmente de madera, se prendió fuego a toda una acera de la plaza de Zocodover y, como los esfuerzos humanos no era suficientes para apagarlo, recurrieron a la intervención divina. Y Dios fue complacido de aplacarlos por intercesión de su Madre Santísima del Carmen, pues unos sacaron a Nuestra Madre del Carmen a la plaza de Zocodover, cuando el peligro era más inminente, y el fuego devorador se convirtió en humo; y alguien echó su bendito Escapulario en el incendio, y al punto cesó el fuego, con gran contento de todos. El Santo Escapulario que se arrojó a las llamas fue encontrado intacto entre los carbones de cuanto lo rodeaba. Todo Toledo fue testigo presencial del prodigio. Hoy se venera dicho Escapulario en el convento del Carmen, puesto en un relicario magnífico de plata costado por la Hermandad de Plateros de la ciudad.

80. *Milagro en Villalba del Alcor*: El año de 1633, el 15 de agosto, en casa de la viuda Ana Fernández, en Villalba del Alcor, Huelva, se declaró un incendio en unos desvanes donde había almacenada gran cantidad de heno para alimento de las caballerías. Las campanas dieron la alarma, como se suele hacer en tales casos, y acudió gran multitud de hombres para apagar o sofocar el fuego. Entre las muchas personas que entraron en la casa, una arrojó al desván el Santo Escapulario de la Virgen del Carmen que llevaba al cuello, extinguiéndose de pronto el incendio sin haber necesidad de echar más agua. Al entrar en los desvanes, para ver si había peligro de que se derrumbasen las techumbres y para quitar las cenizas aún humeantes, hallaron, con gran admiración de todos, que el Santo Escapulario estaba sin daño alguno. Fueron testigos de esta maravilla la inmensa mayoría de los vecinos del lugar, que se hallaron presentes cuando ocurrió el hecho, creciendo mucho, con semejante prodigio, la devoción de los fieles en aquella villa al Santo Escapulario.



81. *El fuego derrite varias joyas y deja intacto el Escapulario:*

Daniel de la Virgen María, fallecido en 1678, publicó que cierta noche prendió fuego en la casa del Gobernador de Mequilingia. Estaban ya dormidos él y su mujer, y despertaron por el ruido del derrumbe de un tabique, que se desplomó porque el fuego lo había traspasado. Ellos pensaron que el ruido se debía a que tal vez ladrones hubiesen entrado en su casa, y despertaron sobresaltados, pero el humo les dio a conocer el peligro inminente que corrían. Llenos de miedo y confusión, dieron voces a la familia hasta que lograron por fin ponerse a salvo. Acudieron muchos vecinos a sofocar el incendio, y por más esfuerzos que hicieron, no pudieron impedir que el fuego llegase hasta su mismo dormitorio, haciendo arder todos los objetos y destrozando o reduciendo a cenizas hasta una caja metálica donde guardaban las alhajas. Luego que se apagó el incendio, entraron en la habitación para reconocer los daños, encontrando que encima de una mesita había puesto la señora antes

de dormir las joyas y los anillos de su adorno, y junto con ellas unos libritos de devoción sobre los cuales dejó un Escapulario de Nuestra Madre del Carmen, que le habían regalado unas religiosas la tarde anterior; la mesita estaba toda quemada y las joyas derretidas; mas, ¡oh prodigio!, el Escapulario había quedado intacto y sin la más leve señal de tizne ni quemadura de ningún tipo, aunque estaba encima de todo lo quemado.

82. *Se quema el cofre y el Escapulario, no:* Siendo Obispo de Ávila el Padre Jaime Escumin, hubo un incendio en el palacio episcopal, sin que pudieran salvar las alhajas ni eclesiásticas ni profanas. Todo lo devoró el fuego abrasador, que en pocas horas consumió y derrumbó gran parte del edificio. Una hermana del Prelado, religiosa carmelita descalza, le había regalado, hacia pocos días, un pequeño Escapulario que ella bordara con gran primor para su buen hermano, y que éste, con gran estima, lo guardó entre sus alhajas de oro y plata. Al siguiente día, buscando entre las ruinas del incendio encontraron el cofre que guardaba tales joyas, pero lo hallaron reducido a cenizas y el oro y la plata todo derretido; mas, revolviendo con un palo las cenizas para recoger el oro y la plata que se pudiese, ¡oh, portentoso!, la alhaja que no buscaban – el Santo Escapulario – estaba ilesa, como si les dijese elocuentemente: “Poned toda vuestra estimación en mí y no en el oro y la plata, que perecen, pues ahora conoceréis lo que son y lo que soy, por gracia y favor singular de María Santísima. Yo soy muy superior al fuego, y por eso me respeta; el oro y la plata son vil escoria de la tierra y por eso el fuego, que es superior a ellos, los consume sin piedad.” Entendieron así los circunstantes esta acertada reprensión y pusieron toda su estima en este precioso tesoro. Unos lo besaban devotamente, otros se lo llevaban a los ojos y lo ponían sobre su corazón, y todos querían tocarlo por si era mera ilusión de sus sentidos, y todos, al ver que era prodigiosa realidad, lo admiraban por portentosa maravilla de la misericordia de María Santísima.

83. *Fuego en casa:* El Padre Francisco Boersio cuenta que en Ada, lugar del Obispado de Milán, se declaró un incendio en la casa de Alejandro Coto. Sólo estaban él y un hermano suyo para apagarlo. Tras hacer esfuerzos desesperados, vieron, con gran sentimiento y dolor, que por todas partes el inmueble era presa de las llamas. En tal tribulación, se le ocurrió a uno de ellos echar sobre las llamas el Escapulario de la Santísima Virgen del Carmen que tenía pendiente de su cuello. Suplicaron a la vez, con ansias, a María Santísima se dignase poner remedio, mediante su bendito Escapulario, a aquella aflicción. No tardó la Santísima Virgen en socorrerles, pues al punto se trocaron en denso humo las voraces llamas y ellos reconocieron la virtud del Santo Escapulario. Los dos hermanos respiraron consolados con tal prodigio, y, puestos de rodillas, no cesaban de dar gracias con indecible júbilo a la Madre de Dios. Al levantarse de su oración, quiso el Cielo que admirasen otro milagro mayor, pues entre vivas ascuas hallaron el Santo Escapulario de María intacto, sin

que el fuego lo dañara en lo más mínimo.

84. *La ciudad de Jerez de la Frontera es favorecida por la Santísima Virgen:* Nuestra Madre dulcísima del Carmen libró al centro de Jerez de una de las mayores catástrofes, y un peligro inminente para los habitantes y sus casas, mediante su bendito Escapulario del Carmen. Dicen así los testimonios fidedignos: Era la noche de San Lorenzo, diez de agosto de 1635, cuando en la “Especiería” y en las tiendas colindantes con el convento del Carmen, se declaró un voraz incendio que amenazaba con extenderse a las manzanas circundantes y a casi todo el centro de entonces de Jerez de la Frontera, en Cádiz. Acudió una ingente multitud para sofocarlo; pero, advertidos de que en dos o tres de dichas tiendas existía gran cantidad de pólvora y objetos explosivos, huyeron los más despavoridos, presintiendo todos el trágico fin que amenazaba a todos ellos y a sus familias. En tan angustioso trance, y cuando las circunstancias eran más críticas y el peligro más inminente, acuden todos a la intercesión y patrocinio de Nuestra Madre Santísima del Carmen, invocándola a voces en medio de la calle, a fin de que los amparase y librara de tan horrible catástrofe. Acuden los religiosos, con su superior a la cabeza, unos a la iglesia a postrarse a los pies de Nuestra Madre y con fervientes súplicas impetrar su auxilio; otros, en medio de la calle, donde todo lo asolaba el voraz incendio, haciendo que todos los presentes, lejos de entregarse al desaliento o la confusión atolondrada, rezasen con fervor la Salve. Y cosa inaudita y por extremo milagrosa: al echar uno de los religiosos su Escapulario a las llamas, súbitamente se extinguió el voraz incendio, sin que en lo humano pudiera explicarse la causa que lo motivó. Y lo que es aún más de maravillar, que el fuego había llegado, no sólo al sitio donde se guardaba la pólvora, sino a quemar una tabla de una de las cajas donde estaba almacenada. Todos tuvieron este hecho por milagroso, acudiendo al día siguiente en acción de gracias al templo de Nuestra Santísima Madre del Carmen, donde se celebró una devotísima Santa Misa.

85. *En un cortijo de Córdoba:* Hallándose la familia de Francisco Argote en su cortijo de labranza ‘del Canciller’, Córdoba, por descuido de uno de los criados, se originó un incendio, prendiendo el fuego en la techumbre de paja de un ala del cortijo. El fuego tomó tales proporciones que se hacía materialmente imposible el apagarlo o reducirlo. En tan críticas y trágicas circunstancias, la señora Jacinta Carrillo, niñera de los hijos del matrimonio Argote, mujer de acrisolada fe y acendrada piedad, invocó con toda la devoción y confianza a Nuestra Madre Santísima del Carmen, y tomando el Escapulario que llevaba al cuello, lo puso con gran fe en una de las cubetas de agua y lo arrojó juntamente con ella sobre el fuego. Arrojar el Santo Escapulario y contenerse de súbito el fuego por el sitio donde lo echara, cesando luego inmediatamente, fue cosa de un santiamén. Dos días después, estando el criado Luis de Pedrajas limpiando de escombros y ruinas el lugar del incendio, halló entre las cenizas el dicho Escapulario que arrojara la señora Carrillo, el cual se hallaba intacto y sin la más leve señal de quemadura. Este prodigio se demostró plenamente siendo cuatro los testigos y firmando los autos el Vicario General del Obispado. El milagroso Escapulario se conservó hasta la exclaustación en un magnífico relicario, que se exponía a la pública devoción de los fieles en las solemnidades del Carmen y que besaban como preciada reliquia.

86. *Un incendio en Damprach:* El 20 de noviembre de 1857, en medio de una noche oscura de invierno y de una tempestad de viento violentísima, se declaró en Damprach (o Dampfach, en alemán), en Baviera, un incendio voraz y en extremo horroroso. Al toque de alarma de las campanas, acudió todo el vecindario al lugar del siniestro, trabajando con la mayor actividad y celo tratando de remediar semejante desgracia, que afectaba a gente muy humilde. Desgraciadamente, todo fue en vano; los techos se desplomaban, las llamas se avivaban más y más, los edificios contiguos iban a ser muy pronto pasto de las llamas; siendo general el espanto y la angustia de aquellas buenas gentes. De repente, una joven llamada Ana Reynaud dijo: “Hay que tirar en medio de las llamas un Escapulario bendito de la Virgen del Carmen. María, Nuestra Madre, hará lo demás.” Varias veces trató la joven de poner en ejecución su feliz pensamiento, mas la fuerza del viento se lo impedía, por lo cual



tuvo que sujetar el Escapulario a una piedra y así pudo tirarlo al sitio donde más arreciaba el incendio. Y lo mismo fue caer el Santo Escapulario entre las llamas que detenerse de súbito los progresos del voraz fuego, que, poco a poco, fue apagándose entre la admiración y el asombro general de los espectadores. Pero no terminó aquí todo lo prodigioso. Al día siguiente, entre las cenizas del incendio todavía humeantes, se encontró el Santo Escapulario perfectamente conservado, el cual, recogido por el párroco, fue enseñado y dado a besar a todos los vecinos del pueblo, que, atónitos, contemplaban la grandeza de aquel prodigio de que fueran testigos, no cesando de alabar a la Santísima Virgen, nuestra Madre, por la virtud que diera a su gloriosa librea.

87. *Le libra del fuego:* En la ciudad de Salerno, Italia, el día 5 de junio del año 1595, hallándose Juan Sereno y Lilia, su esposa, cociendo pan en el horno de Murci Firsí, de pronto se extendió el fuego a una gran cantidad de leña que estaba

amontonada sobre el horno, propagándose de allí a las casas vecinas con imponentes llamaradas. Poco a poco cogió el fuego el techo del inmueble, amenazando con propagarse a todos los edificios colindantes. Acudieron gran cantidad de vecinos al sonido de las campanas, pero todos se declaraban impotentes para poderlo sofocar o extinguir, ya que los medios eran insuficientes y el fuego crecía por momentos amenazando a toda una manzana. En tal consternación, Lilia, que era devotísima de la Virgen del Carmen y de su milagroso Escapulario, en el que hallaba siempre remedio para todas sus necesidades, se quitó el que llevaba puesto, y lo arrojó sobre el fuego a fin de que no pasara adelante, rogando con fe a la Virgen que se apiadase de semejante desgracia. Lo mismo fue tocar las llamas el Santo Escapulario, que retirarse el fuego, el cual en pocos minutos quedó extinguido, sin más. Pasados unos días, cuando vinieron unos albañiles a reparar los daños causados y levantar una nueva planta en lo quemado del inmueble, removiendo los escombros y cenizas, encontraron el bendito Escapulario que la piadosa Lilia, con motivo del fuego, había arrojado, sin que las llamas lo hubiesen chamuscado ni siquiera tocado.

88. *Colgado en el aire:* Filocalo Caputo, en su obra 'El Monte Carmelo', dice que trabajando el carpintero Pedro de Pablo en el artesonado de la Iglesia de San Antonio de Conforto, se levantó de pronto un terrible huracán, y, temeroso Pedro de lo que sucedió después, dejó la obra y bajó del andamio hasta que cesara o se aplacase aquel viento huracanado. Por aprovechar el tiempo, se puso a rezar los siete padrenuestros y avemarías en que comúnmente solían conmutar las abstinencias de los miércoles y sábados que reclama el Santo Escapulario, como parte necesaria para lograr el privilegio sabatino. Al encontrarle en tierra el encargado de la obra, le reprochó que tomaba como pretexto el huracán para cesar en su trabajo; Pedro, que lo vio con tan duro ceño y malhumorado, se decidió a subir otra vez al andamio, pasara lo que pasara. Volvió a su trabajo suplicando a María Santísima que aplacara tan terrible viento, y de improviso, un fuerte remolino lo arrojó del andamio donde se hallaba trabajando, a una distancia como de diez pasos del muro donde trabajaba el infeliz. En tan angustiosa situación apeló el buen hombre al patrocinio de María, Nuestra Madre amable del Carmelo, viéndola al punto en el aire, junto a sí; era la Inmaculada Señora, la cual, asiéndole por un hombro y también del Santo Escapulario que llevaba, le bajó suavemente, sosteniéndole para que sin la menor violencia llegase hasta tocar tierra. Todos los presentes pensaron que se moriría, y tan pronto como pisó tierra se acercaron a reconocerle, viendo con admiración que no se había hecho la menor lesión, ni un solo rasguño en su cuerpo.

89. *Cae desde una altura de cincuenta metros:* Sucedió en febrero de 1952, en la sierra de Monachil, al vecino de Granada y cofrade fervoroso de Nuestra Madre del Carmen, Manuel Morales Fernández. Había ido de caza con algunos amigos y cayó a un barranco de

profundidad aproximada de unos cincuenta metros. No le dio más tiempo que para encomendarse a la Virgen Santísima del Carmen, cuyo Escapulario llevaba al cuello, por ser gran devoto de María, y le dijo con fe: “¡Virgen del Carmen, sálvame!” Perdió el conocimiento del tremendo golpe que se diera en lo profundo del barranco, que recobró al cabo de largas horas. Cuando los compañeros acudieron en su busca, creyeron hallarle en muy mal estado, y consideraban imposible que no se hubiera destrozado al caer desde tamaña altura. Solamente tenía algunos magullamientos; pero pudo ir por sus propios pies hasta el sitio donde tenían las cabalgaduras. En un principio ni se atrevían a creerlo, máxime al comprobar que la escopeta, que llevaba cargada, ni siquiera se había disparado, al sufrir tan tremendo golpe. Y de allí a pocos días se hallaba totalmente restablecido y optimista, sin sentir el más leve dolor ni molestia, dando infinitas gracias a Nuestra Santísima Madre del Carmen por el prodigio que con él había obrado, mediante su Santo Escapulario.



90. *En la caída, la Virgen la salva:* El 16 de julio de 1953 ocurrió este hecho en Alcobendas, Comunidad de Madrid: La niña de dos años María Jesús Calvo Muñoz, hija del practicante del pueblo, se hallaba jugando en una habitación del piso segundo de su casa, donde también se encontraba cosiendo su madre. En un descuido de ésta, se acercó la niña a una ventana que no tenía reja, con tan mala fortuna que perdió el equilibrio y cayó a la acera de la calle, que era de cemento. La atribulada madre, aterrada al verla caer, sin que lo pudiera evitar, no pudo más que prorrumpir en exclamación de fervorosa y esperanzada súplica: “¡Virgen del Carmen, sálvala, por tu Santo Escapulario que lleva al cuello!” Y cuál no sería su admiración, su gratitud y su alegría, cuando, habiendo caído desde una altura de siete metros y yendo a dar con el acerado de la calle, de cemento y adoquines, creyendo que se habría muerto, sin duda alguna, la halló sin la menor lesión y sin fractura alguna, sino sólo ligeramente conmocionada por el susto natural en una criatura tan pequeña.

91. *¡Misericordia, oh Santísima Madre del Carmen!* El Padre Francisco Boersio nos dice que, cuando en Mantua ajusticiaron a cuatro reos, uno de ellos vestía el Santo Escapulario, y aunque de vida viciosa que merecía justamente el castigo, era, no obstante, devoto de la Santísima Virgen, y observaba con todo rigor las abstinencias de miércoles y sábados. Llegados al lugar de la ejecución, el devoto de María Santísima, fiado hasta entonces en su misericordia, prosiguió con más fervor en sus súplicas, fiando en María todas sus esperanzas, y, mientras subía las escaleras, le rezaba devotamente una Salve. Puesta ya la soga a la garganta y teniendo en sus manos una imagen pequeñita de la Señora, empezó a clamar con recia voz: “¡Misericordia, oh Santísima y Misericordiosísima Madre del Carmen!” Y llamando la atención a los presentes prosiguió de esta suerte: “¡Oh, vosotros, los que sois padres, tened gran cuidado en que vuestros hijos nunca dejen la devoción a María Santísima!” Dicho todo esto, se volvió a un crucifijo y fervorosamente le pidió perdón de sus enormes culpas. Como era tiempo de ejecutar la justicia, trataron de quitarle la santa imagen que estrechaba contra su pecho, mas no la quiso soltar. Así fue arrojado para cumplir la sentencia, pero la soga se partió y el reo cayó al suelo, quedándose el infeliz de rodillas, y venerando la imagen de la Virgen, y clamando fervorosamente: “Tales favores reciben los verdaderos devotos de la Virgen Santísima del Carmen.” Entre tanto, el verdugo, excediéndose en la obligación de su oficio, tomó en su mano una espada y, ciego de furor, levantó el brazo para degollarle. Pero no lo pudo conseguir porque se le paralizó el brazo. Con este segundo prodigio no se pudo disimular ya tan portentoso milagro. Le quitaron las sogas del cuello y no hallaron ni la más leve señal que atestigüase haber estado pendiente de la horca; así como tampoco de su caída al suelo. Dieron los jueces la sentencia por cumplida, y fue absuelto jurídicamente de sus delitos. El sábado siguiente le

llevaron al convento de los carmelitas, donde cantaron una solemne Misa a Nuestra Madre en acción de gracias por semejante prodigio. Fue llevado después ante el Duque de Mantua, para que le diese las gracias por su absolución. El Duque se alegró mucho de verle, y sonriente, alzándole del suelo, donde yacía arrodillado, le dijo: “No a mí, que quise e intenté castigarte, sino a la Virgen Santísima del Carmen, que milagrosamente te ha librado, debes rendir toda la vida fervientes acciones de gracias.”

92. “*Virgen del Carmen de Leiva, no dejes que caiga*”: Nicanor Pérez Rodríguez, oriundo de Cómbita, pueblecito cercano a Tunja, Colombia, contó su interesante relato con voz entrecortada y con reprimida emoción, al Padre Eladio, carmelita del convento de Leiva (Colombia), en el año 1957: “Estaba, Padre, trabajando en el Palacio de Justicia de la ciudad de Tunja, trabajando en un andamio en el tercer piso del edificio. Y, cuando menos lo pensé, se desprendió el andamio desde una altura de casi 20 metros, viniendo el madero con estruendoso estrépito a tierra. Yo entonces, para no caerme juntamente con el andamiaje al suelo, me agarré como pude, desesperadamente, a unos alambres, y ahí como un acróbata, estuve varios minutos balanceándome y bregando por asirme fuertemente a un poste, hasta que al fin lo conseguí. Fueron momentos de intensa angustia, los más terribles que he pasado en mi vida. Viéndome así al borde de la muerte, sólo recuerdo que gritaba a todo pulmón: “¡Virgen del Carmen, sálvame!, ¡Virgen del Carmen de Leiva, no me dejes que caiga!” Además en medio de ese peligro tan espantoso en que me vi, en mi interior hice la promesa de venir a Leiva a confesarme, pues hacía varios años que no lo hacía, y hacerle una visita de acción de gracias a la Virgen del Carmen, cuyo Escapulario no me abandona desde mi niñez. Y... bajé milagrosamente, sin hacerme el menor daño.”

93. *Una conversión maravillosa*: El Obispo de Solsona, Cataluña, en una hermosa pastoral sobre el Santo Escapulario, nos refiere el siguiente caso, sucedido a él mismo: “Era el mes de junio de 1938. Hacía dos meses escasos que las fuerzas nacionales habían llegado al Mediterráneo, liberando la parroquia de Vinaroz, a la que llegamos a los siete días de la liberación y en la que ejercimos el ministerio parroquial durante más de cinco años. Un oficio recibido de las autoridades militares solicitaba nuestra cooperación para prestar auxilios espirituales a diez condenados a muerte, que habían de ser ejecutados al amanecer. A las once de la noche los reos fueron llevados a una habitación, en espera de su ejecución, y desde aquel momento los tres Sacerdotes que éramos entonces en Vinaroz entramos en comunicación con ellos, ofreciéndoles la vida eterna, ya que no podíamos salvar su vida temporal. Ocho de ellos se confesaron enseguida, con grandes y visibles muestras de arrepentimiento y fervor. Uno, que había sido comisario político en el ejército rojo, apenas si permitió que nos acercáramos a él. Todas nuestras tentativas fueron inútiles y no podíamos lograr que se confesara. El otro llamaba poderosamente la atención. Era un hombre de unos sesenta años, natural de La Galera, Tarragona, vestía el antiguo traje de los campesinos catalanes: medias blancas y calzones cortos, pero con unos modales finos y distinguidos que contrastaban con su vestimenta. Uno de los Sacerdotes se puso a trabar conversación con él, mientras los demás atendíamos a los restantes. Cuando ya se habían confesado ocho y mientras yo estaba hablando con algunos de ellos, consolándolos en aquel trance tan terrible y recibiendo sus recomendaciones y encargos para transmitirlos después a sus respectivas familias, se me acerca el coadjutor y me dijo al oído: ‘Padre, nada he podido conseguir con aquel hombre, ¿por qué no lo prueba usted?’ Fui allá, me recibió muy atentamente, estuve hablando con él un buen rato y comprendí enseguida que era un hombre culto y que tenía, además, una formación cristiana poco corriente. Aquellos detalles me animaron y adquirí la íntima convicción de que no sería difícil conseguir que se confesase. Pero mi desilusión fue grande cuando, después de haber hablado con él por más de media hora, me dijo estas palabras textuales: ‘Mire, Padre, yo le agradezco muy sinceramente lo que usted está haciendo por mí. Comprendo que usted está pasando una mala noche por mi causa, ya que no ha de conseguir que yo me confiese. Yo le estoy sumamente agradecido,

pero le suplico que no insista; desde ahora le puedo asegurar que no voy a confesarme. Fui educado cristianamente, pero he perdido la fe.’ Quedé aturdido de momento, casi sin saber qué decir. Pero, inspirado, sin duda, por la Santísima Virgen, me atreví a proponerle: –‘¿Me haría usted un favor?’ –‘El que usted quiera,’ me contestó, ‘con tal que no me pida que me confiese.’ –‘¿Me permitiría,’ añadí, ‘que le impusiese el Santo Escapulario?’ –‘No tengo ningún inconveniente,’ me dijo; ‘a mí no me dicen nada esas cosas, pero si con ello le he de complacer, puede hacerlo.’ Le impuse inmediatamente el Santo Escapulario del Carmen; después él fue a sentarse en un rincón, al extremo de uno de los bancos que había en aquella sala y yo me retiré a la habitación contigua a orar por él a la Virgen Santísima. Aún no habían pasado cinco minutos, cuando oí como una especie de rugido y unos sollozos fuertes y entrecortados, que me alarmaron. Entré de nuevo en la habitación y vi a aquel hombre que se me echaba encima llorando inconsolablemente y que me decía, en medio de sus lágrimas: –‘Quiero confesarme, quiero confesarme.



No merezco esta gracia de Dios. La Virgen me ha salvado.’ Ante la admiración y el asombro de todos los presentes, se confesó, sin dejar de derramar lágrimas ni un solo momento, con una contrición realmente extraordinaria y enternecedora. Y cuando, a última hora, antes de llevarlos al lugar de la ejecución, me despedí de ellos, me abrazó y me besó, mientras me decía: –‘Gracias, Padre; gracias por el bien inmenso que me ha hecho. En el Cielo rogaré por usted. Gracias y hasta el Cielo...’ Confieso sinceramente que me conmovió aquella escena y que mis lágrimas se unieron a las suyas, mientras daba gracias al Señor por aquella maravilla y agradecía a la Santísima Virgen el que me hubiese permitido ser testigo de aquella manifestación espléndida de su amor maternal y misericordioso.”

94. *¡Quiero confesarme!* El Cardenal y periodista Ángel Herrera Oria contó este caso, que le sucedió a él mismo, al Superior de los carmelitas descalzos de Santander, que es quien nos cuenta la historia. “Llamó por teléfono el Sr. Obispo D. Ángel y me dijo: –‘¿A qué hora me podría recibir?’ Pero yo, que me disponía a salir, le dije que con mucho gusto iría yo mismo a verle –‘Venga inmediatamente,’ me contestó. Llego a su casa y me dice: –‘¿Cuánto siento que no voy a estar en Santander el día del Carmen! Le tengo mucha devoción a la Santísima Virgen del Carmen y a todo lo carmelita, a Santa Teresa y a San Juan de la Cruz, muchísima devoción. ¡Qué maravilloso el Santo Escapulario del Carmen! Tenga la bondad y escúcheme: No hace todavía quince días, me llamaron a la cárcel. Debía atender a un pobrecito, sin perdón divino ni humano; esposadas las manos; fieros los ojos..., le dije: –‘¿Hijo, crees en Dios?’ –‘Sí y espero que Él me haga justicia...’ –‘¿Crees que hay Cielo e infierno?’ –‘¿No voy a creer?’ –‘Confíesate, pues, para comulgar.’ –‘Eso nunca, no creo en los curas...’ Transcurren unos minutos, durante los cuales doy unas vueltas, atendiendo a otros. Nuevamente vuelvo a él: –‘Hijo, ¿crees en Dios?’ –‘Ya le he dicho que sí, que creo en Dios como el primero.’ –‘¿Crees en Jesucristo Redentor?’ –‘También.’ –‘Confíesate para comulgar.’ –‘No me interesa; eso es cosa de curas; y usted perdone si le falto.’ Otra breve ausencia y vuelvo a la carga: –‘¿Crees en Dios?’ –‘Que sí, Padre, y espero que me haga justicia...’ –‘¿Crees en Jesucristo?’ –‘También.’ –‘¿Crees en la Santísima Virgen María, Madre de Dios?’ Un levantar de ojos; un suspiro... –‘También creo en la Virgen...’ –‘Confíesate, pues y comulga, hijo mío.’ –‘Que no, déjeme ya en paz...’ Por tercera vez le dejé rumiando su negativa; y ¡volví! El mismo interrogatorio... –‘¿Crees en la Santísima Virgen María?’ –‘Así como creo en mi madre...’ –‘¿Me aceptas un Escapulario de la Virgen del Carmen?’ –‘¿Por qué no? Póngamelo usted.’ Se lo metió en el bolsillo. Él tenía las manos atadas y no era oportuno desabrocharle el pecho ni exhibirlo... El pobre hombre, fue a sacar el pañuelo para secarse los ojos húmedos y se le cayó el Escapulario. –‘Don Ángel, se me ha

caído, hágame el favor.’ Se lo recogí y se lo entregué. —‘¿Quieres confesarte?’ —‘¡¡Sí, señor!!’ Fue el Escapulario de la Virgen del Carmen el que hizo el milagro.”

95. *Convierte a un “pez gordo”*: Sucedió por 1955 en la Prefectura Apostólica de Urabá (Colombia). El mismo Prefecto, Padre Arteaga vivió esta historia. Como en todas partes, no faltan unos cuantos que constituyen la piedra de escándalo en toda la comarca. Uno de estos indeseables se hallaba por entonces gravemente enfermo. Una buena persona informó al Prefecto de ello, que se trasladó de inmediato a la casa del moribundo. Este lo recibió con la más fría indiferencia. No obstante, el Padre le amonestó con tiernas y amorosas palabras a fin de que volviera los ojos al Dios misericordioso en sus últimos momentos; mas el imprudente, despreció al celoso misionero, quien tuvo que dejarlo, retirándose en silencio, llevando en el corazón inmensa amargura. Al salir de aquella casa dejó en las manos de su señora un Escapulario de la Santísima Virgen del Carmen para que disimuladamente lo colocara debajo de la almohada del enfermo sin que éste se diera cuenta, y les dijo: “Hasta luego”; y así fue. Se acostó bastante tarde, como dando tiempo a una llamada de aquella casa del diabólico agonizante, y, pasada la media noche, golpearon la puerta gritando: “Padre, que el enfermo le llama, que corra.” Inmediatamente salió a la casa del moribundo y cuál no sería su sorpresa cuando al llegar junto a su lecho, el enfermo le dice espontáneamente: “Padre, quiero confesarme...” Un alma más salvada con sólo la inestimable reliquia del Santo Escapulario. Este sacramental le movió el corazón cuando ya estaba al borde del abismo. Se confesó, recibió la unción de enfermos privándose tan sólo del Santo Viático, porque esa pobre población carecía de iglesia. Momentos más tarde aquellos ojos se cerraron para siempre, pero su alma se encaminaba a la gloria eterna gracias a la Madre bondadosa del Carmen.

96. *San Claudio de La Colombière*. Al famosísimo Padre La Colombière, de la ínclita Compañía de Jesús, se le llama, con harta razón, el Apóstol del Sacratísimo Corazón de Jesús; pero con muchísima más razón le deberíamos llamar el Gran Apóstol del Santo Escapulario del Carmen, puesto que de su pluma de oro salieron las más dulces y convincentes palabras al hablar de la devoción al Santo Escapulario del Carmen. Decía este sublime orador: “Grandes y sublimes cosas se han dicho acerca de las bendiciones que nos vienen con ser devotos de María Santísima; pero yo quiero deciros ahora algo más grande a favor de los que lleváis impuesto el Santo Escapulario del Carmen. No basta el decir que esta santa librea es señal de predestinación. Es algo más, es más que eso: El Santo Escapulario del Carmen es la gran señal de predestinación, es la más cierta señal de bienaventuranza eterna entre todas las diversas señales de predestinación que conocemos. ¿A qué devoción, por tanto, nos abrazaremos con más cariño, con más celo y con mayor perseverancia que a ésta?” Y a los pecadores obstinados les decía: “Si todas las gracias que sobre vosotros derrama a manos llenas la Santísima Virgen no logran convertiros; si sois sordos a tantas voces y ciegos a tanta luz; si os obstináis en morir impenitentes... no lo dudéis: moriréis como réprobos. Sí, hermanos míos, moriréis en las garras de la impenitencia final; pero en este caso ¡es imposible que podáis morir vestidos con el santo escapulario! Porque si María Santísima no logra por vuestra criminal obstinación arrancaros del lodazal de vuestras culpas, Ella arbitrará algún medio para despojaros entonces de su santa librea. Vosotros mismos, ¡oidlo bien!, vosotros mismos, con vuestras propias manos os arrancaréis el Santo Escapulario del Carmen antes de morir con él en las garras de la impenitencia. Sucedió así a aquella desgraciada suicida que se arrojó desesperadamente al agua para morir ahogada. Esta mujer joven, seducida por la lectura inmoral de libros obscenos, contrajo amistades y relaciones harto livianas y peligrosas que la condujeron hacia la pérdida de su alma. Presa de indecibles remordimientos, resolvió la desdichada poner término a su vida arrojándose a la corriente de un río. Se lanzó, por fin, con desesperada resolución, a la corriente impetuosa del río, y aunque la desdichada no era devota de la Santísima Virgen, llevaba, sin embargo, por costumbre, su santo y bendito Escapulario. Ya en el agua, todos los esfuerzos de la joven por sumergirse fueron inútiles, porque, a pesar de todo, seguía la infeliz flotando cual si fuera

una pluma, y le era imposible sumergirse, pues las mismas aguas la sostenían a flote contra su voluntad. Un pescador que casualmente se hallaba cerca de allí y la vio, corrió apresuradamente en su auxilio para salvarla, pero antes que el pescador llegara a ella, la desdichada, admirada de aquel prodigio que tanto brillaba en medio de las negras sombras de la desesperación, se dio cuenta de que el Santo Escapulario era el talismán divino que le cerraba la boca del infierno. A pesar de lo cual la desdichada cerró los ojos a tanta luz y los oídos a aquella voz tan elocuente, y arrancó de su cuerpo el Santo Escapulario por inspiración diabólica, arrojándolo lejos de sí. Y haciendo luego, por cuarta o quinta vez, un esfuerzo para ahogarse, las mismas aguas que antes se habían cerrado para sostenerla a flote, entonces se abrieron para tragársela, y descendió al punto al fondo de las aguas. Murió, por tanto, la infeliz, pecando, cometiendo un crimen,” dice San Claudio La Colombière, “pero lo cierto es que no pudo morir hasta que se despojó de esta prenda de salvación eterna, con la cual, -añade el mismo santo- nadie puede expirar sin gozar del privilegio de librarse del fuego eterno, según la promesa de María.” No se puede concebir página más sublime y sentida que la brotada de la pluma de oro o mejor, del corazón de fuego, todo pureza y santidad, e impregnado del amor más ferviente a María, que sintiera desde niño San Claudio La Colombière, a quien tenemos hoy la dicha de venerar en los altares. Para que nada le faltase en sus facetas de santidad a este brillante ignaciano, se distinguió, como todos los verdaderos hijos del ínclito Ignacio de Loyola, por su amor ardiente a la Virgen del Carmen y por difundir por doquier con su celo de apóstol la devoción más tierna al bendito Escapulario del Carmen.



97. *Tres casos sorprendentes del siglo XX sobre el escapulario.* A continuación, tres casos extraordinarios registrados en el siglo XX y mencionados por Plinio María Solimeo en su obra ‘La gran promesa de salvación, el Escapulario de Nuestra Señora del Carmen’. 1. El escapulario que salvó a una joven en la caída de un avión. En noviembre de 1955, en Guatemala, cayó un avión con 27 pasajeros de los cuales murieron todos, excepto una joven que, al darse cuenta de que el avión se estaba cayendo, agarró su escapulario y pidió ayuda a la Santísima Virgen del Carmen. Ella sufrió graves quemaduras y su ropa quedó toda quemada, pero al escapulario las llamas ni siquiera lo tocaron. 2. El escapulario que salvó a un carmelita en Tierra Santa. En 1944, un misionero carmelita en Tierra Santa fue llamado para administrar el sacramento de la Unción de los Enfermos. El motorista, que era árabe, lo mandó bajar cerca de seis kilómetros antes del lugar, porque el camino era demasiado peligroso debido al fango en el camino. Y era realmente tanto que, después de andar unos tres kilómetros, el misionero sintió que los pies se enterraban cada vez más en el lodo, hasta que resbaló en un pozo de lama y empezó a hundirse. Se acordó inmediatamente de Nuestra Señora y de su escapulario, lo besó y elevó su mirada al Monte Carmelo clamando: “¡Nuestra Señora del Carmen! ¡Madre Santísima! ¡Ayúdame! ¡Sálvame!” Todo lo que recuerda es que, entonces, se vio en terreno firme. —“Se que me salvé por la Virgen Santísima por medio de su escapulario marrón. Perdí los zapatos en ese lodo. Me quedé casi todo lleno de fango, pero logré andar los tres kilómetros que me faltaban, alabando siempre a Nuestra Señora.” 3. El escapulario que salvó al hombre atropellado por un tren. A principios del siglo XX, en la localidad norteamericana de Ashtabula, Ohio, un tren atropelló gravemente a un hombre. En lugar de morir en ese momento, sin embargo, permaneció consciente durante 45 minutos más, el tiempo necesario para que un sacerdote llegara y le administrara los Últimos Sacramentos. Nadie entendía cómo era posible que, con heridas tan abiertas, él no hubiera muerto inmediatamente. La única explicación encontrada colgaba de su cuello: él usaba el Escapulario.

98. *El Escapulario del Carmen de San Juan Bosco:* El periódico ‘Il Correo d’Italia’ del 19 de mayo de 1929 relataba la exhumación del cuerpo de San Juan Bosco, en estos

términos: “Cuando todos los invitados se hallaron presentes, se procedió a la piadosa ceremonia del reconocimiento de los restos de San Juan Bosco. Monseñor Salotti, asistido de los Superiores salesianos y rodeado de los médicos y demás funcionarios, ordena que se proceda al descubrimiento del féretro. Éste aparece muy pronto; la caja tiene color opaco a causa del tiempo y de la humedad, pero con el sello de seda perfectamente conservado y anudado. Examinado atentamente, y viéndolo intacto, es levantada la tapa con toda precaución. Aparece entonces la caja de zinc, que ha cedido algo por la acción del tiempo, sobre todo por los sitios soldados. Toda ella está envuelta por un verdín oscuro que denuncia el carácter fúnebre del contenido. Al abrirse la caja aparecen los restos. Todos miran con ansiedad, llena de devoción. Las manos, que son lo primero que vemos, están deformadas. El sagrado cadáver momificado, pero alrededor de sus labios persevera agradable la sonrisa que siempre fue tan propia del siervo de Dios. Los vestidos están deshechos, y los ojos de todos los circunstantes se fijan con sorpresa en el Santo Escapulario de la Virgen del Carmen y en el crucifijo, que permanecen limpios e intactos, como si hubiesen sido recién colocados sobre el pecho del Santo. Los señores que rodean el sagrado féretro se abrieron en dos alas para que el gentío que allí esperaba pudiera desfilar por delante del Santo y contemplar el sagrado Escapulario, incólume de toda corrupción. Es aquel un tributo de veneración al cadáver y de amor a la Santísima Virgen, cuya protección sobre los sagrados restos se hace patente con la conservación milagrosa del Escapulario.”

99. “¿*Quien sabe si moriré esta misma noche?*”: El jesuita francés Padre Leblanc pasaba por el dormitorio del colegio para ver si todos los colegiales se habían acostado ya, vio a uno de éstos, de diez años de edad, arrodillado junto a su cama. —“¿Por qué no te has acostado todavía?” le dijo el Padre. —“Porque he mandado mi Escapulario de la Virgen del Carmen al Hermano portero para que me lo cosiera, pues se habían descosido los cordones, y como no me lo ha traído todavía, no me atrevo a acostarme, pues podría morirme tal vez sin mi Escapulario y este solo pensamiento me horroriza.” —“No tengas miedo, hijo mío; mañana a primera hora yo haré que te entreguen tu Escapulario; acuéstate ahora y duermes sin temor.” —“Padre; yo no puedo acostarme; ¿quién sabe si me moriré esta misma noche...!” Y diciendo esto, comenzó a llorar sin consuelo el niño. Compadecido el buen Padre, y muy edificado de la piadosa confianza que el fervoroso niño tenía puesta en el Santo Escapulario, bajó a la portería, recogió el Escapulario, subió al dormitorio y se lo entregó. El niño, poniéndolo fervorosamente a su cuello y besándolo con devoción, se durmió tranquilo, invocando tiernamente el dulce nombre de María. El Padre Leblanc, al hacer la inspección a la mañana siguiente, vio que aquel niño tan amante de la Santísima Virgen aún estaba en la cama, y se acercó para despertarlo; mas cual no sería su sorpresa cuando comprobó que estaba muerto, y conservaba aún entre sus yertas manos el bendito Escapulario del Carmen, sin cuya compañía no se había querido acostar. La Virgen Santísima quiso premiar la filial confianza de su angelical servidor no permitiendo que muriese sin la preciosa reliquia por la cual confiaba hallarse libre de las penas eternas. Alabemos a Nuestra Madre dulcísima y trabajemos para que todos los niños sientan un dulce estímulo por llevar su Santo Escapulario día y noche, a fin de que les libre de todo peligro.

100. *Una Enfermera Singular*: Terence Ross, de 23 años, llamado familiarmente Terry, era sargento de los famosos alpinistas escoceses Scaforth Highlanders. Su primera acción, era muy difícil, desembarcar en Francia, a doce millas al norte de El Havre, para eliminar una estación de radio en Bruneval. Al asaltar la estación hubo una explosión como un relámpago. Cuando recobró el conocimiento, estaba en el hospital. Sufrió operaciones; pasó días largos. Terry pidió al cirujano le dijera la verdad: “Sí, ya no recuperará la vista.” Por primera vez desde su niñez lloró a lágrima viva, apretándose la sábana contra la boca. Sin saber cómo, tocó algo que agarró con fuerza. Era su Escapulario de la Virgen del Carmen. En voz baja murmuró: “Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros.” Y entonces, en su desesperación, sintió que una mano apretaba la suya, y una voz de mujer le preguntaba:

“¿Me llamas, Terry?” El pobre muchacho se aferró a la mano de la enfermera: “No, Hermana; no estaba llamando; pero, por favor, hágame compañía un rato, que me siento horriblemente solo.” – “Vamos, hombre; así no habla un soldado valiente como tú. Recuesta la cabeza un poco mientras te refresco la frente. ¿Acaso no puedes dormir? Cavilas demasiado tal vez.” Terry rompió en un torrente de confesiones y desahogos. Luego las dulces palabras de la enfermera le dejaron plenamente tranquilizado. Se durmió. Cuando despertó, la venda de los ojos se le había caído. Alzó la mano para enderezarla y se detuvo de repente. – “¿Eres tú, Juan?”, preguntó con ansiedad. – “Sí señor,” respondió el enfermero. “Perdone usted si le he despertado, pero tengo mucho que hacer y necesito empezar temprano.” – “Eso no importa, Juan. Acércate aquí más, más.” La voz de Terry sonaba excitada. – “Dime, Juan, ¿tú tienes una escoba en la mano izquierda? ¿Y eres alto y delgado y... llevas gafas?” El viejo dejó la escoba y echó a correr. A los pocos minutos llegó el doctor y le hizo un examen minucioso. – “Es imposible de explicar, Ross; pero dentro de pocas horas tendrás perfecta visión.” Ross preguntó ansiosamente. – “¿Cuál de las enfermeras estaba de servicio anoche?” – “Ninguna, Ross. ¿Por qué lo preguntas?” – “Es que cuando se apagaron las luces, yo no me quedé dormido hasta que ella vino.” – “Ella, ¿quién es ella? Te digo, Terry, que aquí no había enfermera alguna.” No; no había sido un sueño. Él había experimentado la angustia de un terror mortal, y había rezado: “Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros”... y estaba curado.



101. *Librada de la muerte*: El Padre Simón Sixto, de la Orden de San Agustín, cuenta que una mujer, muy devota de Nuestra Madre del Carmen, cayó enferma de muerte, y recibidos con fervor los Sacramentos, murió, según todos los indicios naturales: por lo pálido, rígido y desfigurado de su semblante. Después de ocho horas, una persona, muy amante suya y devotísima del Escapulario, le puso el suyo sobre el pecho, ya frío y yerto, y al punto recobró el aliento vital, para asombro de todos. Vivió después algunos años, siendo considerada con admiración como una verdadera resucitada.

102. *¡Si yo pudiera creer!*: Estaba enfermo de gravedad un joven a quien el vicio arrastraba al sepulcro en sus mejores años, y, se le acercó una persona piadosa, que le pidió que aceptara un Escapulario que le traía. El joven, dando un suspiro, que le salía del fondo del alma, dijo: “¡Ah, si yo pudiera creer!” – “Está bien,” le contestó la devota. “Acepte el Escapulario y creará.” – “Pero, mujer, si a mí ya no me engaña como a un niño; sé demasiado.” – “Pero no sabe usted lo que es un Escapulario. Tómelo usted.” Pocos días después volvió la dadora, y, sin hablarle de religión, el enfermo le dijo: “¿Sabe usted que voy ya dudando?” – “¡Oh!”, exclamó la señora, “ya cree usted; y pronto caerá de rodillas a los pies de la Virgen del Carmen.” Efectivamente; antes de quince días moría cristianamente, después de recibir los santos Sacramentos, pedidos por el que no podía creer.

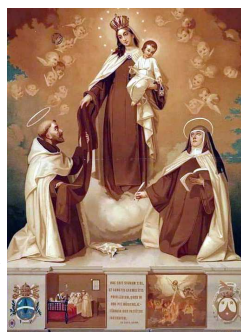
103. *Recupera los sentidos*: Por el año 1912 sucedió en el Hospital de Alegrete, Estado del Río Grande del Sur, en el Brasil, el siguiente caso: “Del Hospital llamaron a un Padre Carmelita para asistir a una moribunda. Fue el que suscribe estas líneas, y, cuando llegué, estaba la enferma sin sentido. Sospechando que no habría en ella ninguna disposición para que los sacramentos administrados en aquel estado produjeran fruto en su alma, pedí un Escapulario del Carmen y se lo impuse, rogando al mismo tiempo con mucho fervor a la Virgen que se apiadase de la infeliz. Apenas la enferma recibió el Escapulario, recuperó perfectamente el uso de la razón y de los sentidos; fue instruida en las verdades de la religión, pues era ignorantísima, se confesó y recibió la Unión de enfermos, y cuando estaba terminando de administrarle este Sacramento, murió. El que recuperase la razón y los sentidos y recibiese los sacramentos, los que tuvieron noticia detallada del caso, lo consideraron un favor extraordinario de la Virgen del Carmen, por medio de su Santo Escapulario.”

104. *Quieren confesarse*: El Padre Daniel Estepa, Sacerdote jesuita, refiere: “Se lo oí contar a un Padre Carmelita en una misión rural dada en Casariche, Sevilla. Una noche lo llaman a la cárcel para asistir a unos sentenciados a muerte. Antes de entrar le dice un guardia: ‘Padre, pierdes el tiempo, y además vas a tener que aguantar sus groserías.’ – ‘No importa,’ contesta el Sacerdote. – ‘Bien, entra.’ Su presencia fue acogida con visibles muestras de desagrado e incluso con palabras groseras. El Padre hace un esfuerzo por dominar la situación y consigue hablar: Les dice que dentro de unas horas van a morir y que, por lo tanto, piensen en Dios, con quien se encontrarán dentro de breves momentos. A continuación preguntó si alguno se quería confesar. Ya lo habían oído bastante, y tuvo que escuchar blasfemias y burlas hacia todo lo más sagrado. De pronto, por inspiración del Cielo, el Padre dijo: – ‘¿Hay alguno que quiera imponerse el Escapulario de la Virgen del Carmen?’ Se adelantaron dos pescadores fornidos. – ‘Nosotros no queremos a los curas. Pero contra la Virgen no tenemos nada.’ En efecto, les impuso los Escapularios. De nuevo preguntó: – ‘¿Hay alguno que se quiera confesar?’ Inmediatamente, y como movidos por una fuerza superior, dos hombres dan un paso adelante. – ‘Yo, Padre.’ – ‘Yo también, Padre.’ Eran los mismos que un momento antes se habían impuesto el Escapulario.”

105. *Desea recibir los Sacramentos*: Una suscriptora de ‘Reino de Cristo’ escribía emocionada (RC julio 1977) lo siguiente: “Fui con una hermana mía a ver a una amiga que vive en una barriada. Después de estar llamando varias veces en su puerta sin recibir respuesta, la vecina nos dijo: ‘No está; pero pasen a mi casa.’ Aun cuando apenas conocíamos a la familia, pasamos y estuvimos saludando y preguntando cómo estaban todos. La mujer nos dijo que su madre estaba muriendo. Como no queríamos perder la ocasión, para nuestro juicio final, del ‘estuve enfermo y me visitasteis,’ le pedimos permiso para entrar a la habitación de la enferma. En seguida nos pasó. La encontramos gravísima, sin conocimiento. Tenía en una mesa una pequeña imagen de la Virgen del Carmen. La hija nos contó: ‘Parece milagroso; toda su vida ha sido muy devota de la Virgen del Carmen, sin embargo la iglesia ni la pisaba, ni oía Misa, ni recibía los sacramentos. Pero al sentirse indispuesta, que no parecía nada grave, dijo: ‘Me encuentro muy mal, quisiera recibir los sacramentos, aunque tengo miedo, porque el párroco me va a regañar por no haber ido nunca a la iglesia.’ Tratamos de convencerla de que como no estaba tan mal, cuando estuviera buena, ella misma fuera a la iglesia, pero ella insistió en que moriría. Entonces llamamos a una vecina muy buena. Cuando la vio, tampoco la encontró mal. No obstante, como deseaba tanto recibir los sacramentos, y nunca están de más, avisó al párroco, que vino rápido; estuvo muy amable con ella y le administró los sacramentos hasta la Unción de enfermos. Los recibió dándose perfecta cuenta. A poco de marcharse el párroco, perdió el conocimiento y está en esa especie de letargo en que la ven; el médico dice morirá muy pronto. ¡Nos hemos enterado que así sucedió!’”

106. *Conversión admirable*: En ‘La Semana Católica’ de Madrid, en su número del 22 de septiembre de 1889, se refería este hecho: “D. Francisco Javier Zaldúa, presidente de la República de Colombia y eminente jurisconsulto, no se distinguió mucho por sus sentimientos católicos. Había tomado gran parte en la expulsión de los beneméritos Padres de la Compañía de Jesús y en otros desatinos parecidos. Tenía dicho señor un hijo que, habiendo terminado brillantemente sus estudios en el Colegio Americano de Roma, se ordenó Sacerdote y era muy devoto de la Santísima Virgen del Carmen. Hizo cuanto humanamente pudo por alcanzar de esta Celestial Señora la conversión de su padre, pero nada pudo conseguir. No creáis que por esto se desalentó aquel buen Sacerdote y amantísimo hijo, pues, hallándose su padre desahuciado de los médicos y esperando ya de un momento a otro la hora de la muerte, se acercó al enfermo su hijo y le dijo estas palabras: ‘Mi querido papá, ya que están agotados todos los remedios humanos, físicos o medicinales, ¿me permitirías ensayar, para bien tuyo, uno de orden espiritual?’ – ‘¿Cuál es, hijo mío?’, preguntó Zaldúa. – ‘Es sumamente sencillo: ponerte el Escapulario de la Virgen del Carmen.’ Con gran sorpresa y alegría del hijo, el presidente Zaldúa inclinó la cabeza para que se le impusiera el Santo Escapulario. Una vez

que lo hubo recibido, preguntó a su hijo: —‘¿Qué obligaciones se contraen con este acto?’ —‘La de confesaros,’ le respondió, emocionado, pero en tono imperativo, el buen hijo. —‘Pensaré en ello,’ repuso con humildad el enfermo. Mientras el hijo le daba tiempo para que se reconcentrase en sí y reflexionase, añadió el moribundo: —‘Deseo confesarme, hijo mío, llama a un Sacerdote.’ Éste, que ya se hallaba prevenido de antemano por el hijo, confesó caritativamente al señor Zaldúa, el cual, no contento con confesar contrito y arrepentido sus pecados, añadió en alta voz que moría en la fe de la Santa Iglesia Católica y que deseaba reparar todo el mal que con su conducta o con su influjo o ejemplo había hecho a las almas, expirando luego de recibir el Viático, con muestras de sincero arrepentimiento.”



107. Confía en la protección de María: Un testigo presencial refirió este hecho: Al tercer día de la batalla de Lenef, habiendo recibido orden de recuperar el campo y visitar a los heridos, ordenando que con las precauciones necesarias fuesen conducidos al hospital más próximo, observé que entre ellos había un soldado a quien se le veía por la guerrera entreabierta el Santo Escapulario pendiente del cuello, el cual pedía con vivas ansias un Sacerdote para confesarse. Me acerqué a él y vi con estupor y asombro que, entre otras varias heridas graves, tenía un sablazo en la cabeza y que un balazo le había atravesado la frente, de tal modo que por los dos lados se le veían los sesos. Viéndole en tan deplorable estado, dije a los que me seguían: “A este hombre podéis dejarle en el campo.” El desgraciado soldado, para quien no habían pasado desapercibidas mis palabras, suplicó encarecidamente que le colocasen en el carro de los heridos y le dejasen confesar con el primer Sacerdote que encontraran al paso, y que después, si querían, le dejasen en el campo o en cualquier otro sitio. Se le concedió tan justa y piadosa petición, y, a poco de caminar, se encontraron con un Sacerdote. Este confesó al moribundo, que con gran presencia de espíritu, daba muestras de un sincero dolor y arrepentimiento. Después de haber tenido la dicha de recibir la absolución sacramental, levantó su mirada al cielo y exhaló el último aliento, mientras murmuraban sus labios el dulcísimo Nombre de María. Humanamente hablando, parecía imposible que aquel soldado hubiese podido sobrevivir, después de la terrible herida que recibiera en la cabeza, y todos los circunstantes estuvieron de acuerdo en que, el haber continuado viviendo hasta recibir la absolución era debido, sin duda, a la singular y milagrosa protección que le dispensara María por medio de su bendito Escapulario de la Virgen del Carmen, que él vestía.

108. Muere en Gracia de Dios: Refiere el jesuita Padre Teófilo Raynaud, que un soldado de Croacia, desalmado y facineroso, que con otros varios compañeros de su calaña se dedicaba a vivir de sus rapiñas, quitando la vida alevosamente a los caminantes y sembrando el pánico en toda la comarca, había decidido robar a cierto poderoso señor de las cercanías. Con tan depravados propósitos iban hacia Loringia, cuando, al pasar por cierta aldea llamada Tincourt, les salió al encuentro la Justicia, avisada con antelación de sus intenciones, que se aprestaba a prenderlos. Se resistieron denodadamente para no caer en sus manos, pero, al fin, como eran más los representantes de la autoridad, dieron muerte a varios de la pandilla, y al fin quedó sólo nuestro hombre, sin querer de manera alguna entregarse. Le asestaron varios balazos y un enorme tajo en la cabeza, y, pretendiendo irritados rematarle, ya que le tuvieron derribado por tierra, le dieron repetidas cuchilladas, mas él con desfallecido acento les dijo: “En vano multiplicáis los golpes para quitarme la vida; no lograréis vuestros propósitos porque fui siempre devoto de la Santísima Virgen y, aunque indigno, visto su bendito Escapulario del Carmen, y no ha de salir mi alma de este cuerpo mortal hasta que no confiese mis culpas.” Acertó en aquel instante a pasar cerca de allí un anciano Sacerdote, quien, compadecido del infeliz, le confesó, y con señales de verdadero arrepentimiento entregó su alma a Dios.

109. *Pide la confesión:* Cuenta el Padre Juan Bonet que un señor era esclavo del oro y de la usura y llevaba una vida desastrosa. Cierta día, su esposa, mujer piadosa, advirtiéndolo tan cercana su muerte como viva y pertinaz su obstinación, le dijo con cariño: “¿No te he de ver con el Santo Escapulario de la Virgen, en el que yo tengo tanta fe, a fin de que la Santísima Virgen te conceda la salud?” A lo cual le respondió malhumorado el infeliz: “Todo cuanto no sea confesarme, ya sabes que te lo concedo.” Su mujer, que era devotísima de la Santísima Virgen, y que llevaba con sumo fervor su Santo Escapulario desde niña, viendo un rayo de esperanza en tal condescendencia, envió sin tardanza a buscar a un Padre Carmelita para que viniese a imponérselo y explicarle los privilegios vinculados a él por la Santísima Virgen. Al punto que lo recibió y sintió sobre su pecho su amorosa caricia, lo besó con suma ternura y respeto y al punto comenzó a decir, entre humilde, confuso y contrito: “Confesión, Padre mío, deseo que me absolváis.” Hizo una ferviente confesión; recibió con grandes muestras de piedad los últimos Sacramentos, y el tiempo que le restó de vida lo empleó en fervorosos actos de amor a Dios y en ordenar cuanto se debía restituir de todo lo mal habido o adquirido durante su vida de comerciante, dando ejemplo, como Zaqueo, de generosidad y de grandeza de alma.



110. *La virtud del Escapulario del Carmen:* El hermano de un cura párroco hacía 25 años que había abandonado la fe y las prácticas religiosas, y ahora se hallaba moribundo. El Sacerdote iba a tener que pasar por la humillante pena de que enterrasen a su hermano civilmente, a más de verle morir en la impenitencia. Otro Sacerdote amigo suyo le aconsejó, sin embargo, que pusiese debajo de la almohada del enfermo, sin que éste lo advirtiese, el Escapulario del Carmen. Así lo hizo, aprovechando su sueño, aunque sin mucha esperanza de éxito, por creer que la primera condición para que se cumpliese la promesa de la Virgen a San Simón Stock, de que no moriría en pecado mortal el que llevara el Santo Escapulario, era que esto fuese con conocimiento y voluntad del interesado. Pero ¡cuál no sería su asombro cuando, al despertar, el enfermo pidió espontáneamente un confesor!... Poco después de confesar, moría con señales de verdadero arrepentimiento, no sin haber dispuesto antes que le dieran sepultura eclesiástica.

111. *Conversión de un estudiante:* Refiere el Padre Matías de San Juan que había en Padua, Italia, un joven estudiante a quien sus desórdenes y excesos habían conducido a la desesperación. Por esos días concibió el proyecto diabólico de suicidarse, y, armándose de un puñal bien afilado, se asestó tres tremendas puñaladas; pero cada uno de estos tres golpes terribles se clavaron sobre el Santo Escapulario del Carmen, que por fortuna suya llevaba sobre el pecho el infeliz estudiante. Esto precisamente fue el motivo de su conversión y de su eterna salvación; pues estupefacto el infeliz ante semejante prodigio, volvió en sí mismo, y, lleno de confusión, al recordar su desastrosa vida, decidió desde aquel mismo instante mudar de vida y entrar por la senda verdadera del bien, siendo desde aquel mismo día un verdadero dechado de toda virtud. Entró más tarde en un convento de religiosos observantes del Seráfico Padre San Francisco, y fue un verdadero varón apostólico que llevó a muchas almas a Dios con su celo ferviente y santa vida. Su conversión fue para cuantos conocían su vida de joven, motivo para alabar y bendecir a Dios y a su Santísima Madre.

112. *Un patíbulo “trono de María”:* El siguiente prodigio de nuestra Madre del Carmen con el reo, condenado a tres penas de muerte, Juan José Trespalacios, en 1936, es una página sublime de las misericordias y bondades maternas de nuestra dulce Madre para con sus hijos, los más miserables. Lo refiere el Padre Bernardo María de San José, carmelita descalzo, que fue quien le impuso el Santo Escapulario de Nuestra Madre del Carmen, en Colombia. En la cárcel se convirtió en fervoroso cristiano y gran apóstol. Escribe el Padre

Bernardo: “El alma de Juan José, era un alma generosa; desalmado en su crimen, resignado en su prisión, firme ante la muerte. Si hubiera recobrado su libertad habría cumplido su promesa de erigir una cruz en la cumbre de un monte y vivir junto a ella como un perpetuo solitario. Sobre su pecho estaba su Escapulario, al que besaba cada instante con fervor y una fe delirante. ¡Cuántos no repartió entre sus compañeros de infortunio, o envió, como el máspreciado regalo, en sus cartas, a la otra parte de las rejas de su presidio! ¡Tres penas de muerte pesaban sobre él y no se alteró un momento la paz de su alma, después de haber hecho la renuncia de su vida por sus víctimas y bienhechores, y tras los enormes sacrificios y penitencias hechos en la prisión! Al darle la noticia de su ejecución, la víspera del Sagrado Corazón de Jesús, (11 junio 1953), contestó con esta fuerte explosión de júbilo indecible: ‘Gracias a Dios, me ha escuchado mi dulce Madre. Siempre había pedido fuera en viernes o sábado.’ Llegó al lugar en que estaba preparado el pequeño instrumento que le había de librar de este mundo. Cuando se hubo sentado en la silla, pronunció, sonriendo, estas palabras: ‘¡Ya estoy en mi trono!’ Después, y una vez ajustado el instrumento de muerte, cerró los ojos, inclinó la cabeza con dulce paz, y el verdugo dio la vuelta al torniquete... La Virgen del Carmen, mediante su bendito Escapulario, llevó a esta alma la luz y la paz, le concedió días de sincero arrepentimiento y de una penitencia increíble, que sirvió de edificación a todos los reclusos, recibiendo la muerte lleno de paz y esperanza en el Señor.”

113. Le salva en una mina de carbón: Por los años 1950, en las minas de carbón de Dour, en Bélgica, una terrible explosión de grisú vistió de luto y trajo duelo de muerte a muchas familias de mineros. Uno de ellos, Camilo Leré, de dieciocho años de edad, contaba de la siguiente manera lo que aquel día le aconteciera en el fondo de la mina: “Me hallaba trabajando en mi galería con varios compañeros cuando, de repente, y hacia el extremo de ella, se oyó el sordo bramido que es presagio siniestro de próxima explosión. El anuncio de la muerte, y de una muerte espantosa, nos sobrecogió a todos los mineros. Yo me amparé y escudé en mi Santo Escapulario y lo estreché tembloroso entre mis manos, gritando, con una fe proporcionada a la angustia que me oprimía el corazón: ‘¡Virgen Santísima del Carmen, sálvame!’ En aquel mismo instante el torbellino de la explosión, bramando y ardiendo en las cavernas de la mina, lanzaba por los aires a los infelices mineros, que, ardiendo también, caían a tierra moribundos o muertos. Los carriles eran arrancados de cuajo, y ellos y las vagonetas, zarandeados asimismo en revuelta y loca confusión, chocaban entre sí y contra los muros, rematando a los infelices trabajadores. Yo, que estaba rezando de rodillas, fui también arrebatado por el torbellino, y caí al borde de la boca de una chimenea, lo cual fue como arribar a puerto de salvación; porque, como toda la vena estuviese repleta del mortífero gas, que asfixiaba a los infortunados mineros que aún no habían muerto, tan solamente por las chimeneas se colaba un soplo de aire puro y refrigerante. Pero, poco a poco, el aire se iba rarificando, y yo veía que muy pronto iba a ser también víctima de la asfixia. En aquella agonía clamé con más vivas y apremiantes instancias a la Virgen bendita del Carmen, prometiéndole una Misa en acción de gracias, y confesar y comulgar en ella, juntamente con mi piadosa madre. Luego pedí socorro a voces, y a ellas, acudieron los compañeros que trabajaban en otras vetas, los cuales, repuestos un tanto del primer estupor, me arrancaron por fin de las garras de la muerte, sacándome al aire puro y libre del campo. Sí, a la Santísima Virgen del Carmen y a su bendito y milagroso Escapulario debo mi salvación. Ella fue quien me salvó en aquella hora trágica en que perecieron todos mis compañeros; por esto jamás cesaré de alabarla y bendecirla.”

114. Sale ileso de un accidente mortal: Era el 29 de septiembre de 1930. Se estaba terminando el cupulín del crucero de la iglesia de los Carmelitas de Ayala (Madrid), debida al celo apostólico del Padre Juan Bautista Felú Yagüe. Estaba el citado Padre exhortando a los albañiles en lo más alto de la obra a que por amor a la Santísima Virgen del Carmen pusieran todo su empeño en terminar cuanto antes su iglesia, cuando pisó en falso en uno de los tablones del andamio, los cuales no estaban bien asegurados, y, sin darle tiempo a exclamar

más que: “¡Madre mía del Carmen, amápame!” Fue rodando de piso en piso del andamiaje, sin el menor magullamiento ni la menor lesión, y cuando todos lo creían reventado o muerto, salió sonriente, y dirigiéndose al Sagrario, decía a voces: “¡Qué bueno eres, Jesús mío! ¡Qué bueno eres, porque permites que le termine esta casa a mi Madre querida!”

115. Libra a un niño de un accidente mortal: Rafael Rodríguez Remesal, cura párroco de Casariche, Sevilla, escribía en ‘El Santo Escapulario’: “A finales del mes de diciembre del pasado año 1925, Vidal Moriana, fervoroso propagador de la devoción del bendito Escapulario del Carmen, acompañado de un hijo suyo y de dos amiguitos de éste deciden una tarde salir al campo, y dar un paseo en camioneta. Iban a toda marcha, cuando uno de los pequeños sacó el picaporte de uno de los tableros, sobre los cuales iban recostados. Cayeron los dos amigos de la camioneta al suelo, quedando casi exánimes al golpe, a la vez que el hijo de Vidal Moriana, como empujado por una mano invisible, cayó dentro de la camioneta, sin causarse la menor lesión. Conducidos rápidamente a sus casas, causaron la impresión dolorosa que es de suponer, al verlos bañados en sangre; cuando he aquí que de labios de la señora de Moriana sale esta exclamación: ‘Estos niños no llevaban el Santo Escapulario.’ Y, en efecto, los dos amiguitos, al vestirse para el paseo, habían dejado olvidado el Escapulario en sus casas, que siempre solían vestir. Solamente el hijo del señor Moriana lo llevaba y él lo salvó, pues por ley física tenía que caer, si la Santísima Virgen no le hubiese librado de aquel trance. Los dos amigos sanaron de sus heridas, pero en ambos ha quedado la señal para perpetuar el recuerdo del milagro obrado con su amiguito.” Y termina diciendo el Padre Rodríguez, que: “esto ha dado lugar a que en todo el pueblo se estimule más y más la devoción al Santo Escapulario del Carmen.”

116. Salva a una casta doncella: Alfonso Meneses, Prefecto de las Galeras de Nápoles, tenía a su servicio una doncella, llamada Lelia, hermosa, inteligente y honesta. Era muy devota de la Virgen del Carmen, vistiendo desde su niñez el Santo Escapulario. Se enamoró de ella, ciega y apasionadamente, un infeliz joven que la acompañó en una embarcación. El perverso joven trató de violentarla, mas ella se resistió y defendió tan valerosamente que él nada pudo conseguir. Ciego de furor, el joven, la tomó por la cintura, y la arrojó al mar; a lo que Lelia no se resistió, por librarse de él, pues confiaba en el auxilio eficaz de la Virgen del Carmen. No hacía un cuarto de hora que estaba en las aguas, e invocando sin intermisión a la Santísima Virgen, cuando la Divina Providencia dispuso que pasara muy cerca de ella una nave, e, inspirada por la Reina del Cielo, comenzó a dar voces diciendo: “¡Pedro Andrés Cenemón, socórreme!” El primer pensamiento de Pedro fue creer que algún conocido, desde alguna embarcación cercana, lo llamaba; mas por todo el horizonte no podía ver ninguna. Volvió a escuchar otra vez la misma lastimera voz, y vio sobre el agua a una mujer. Se arrojó rápidamente al mar, libró de aquel peligro a la que María Santísima había querido salvar maravillosamente. Ya en la nave, y luego que Lelia se hubo recobrado, comenzó a dar gracias a María, entre suspiros y lágrimas, sin que el patrón de la nave y los demás compañeros saliesen de su asombro, ya que le había llamado por su propio nombre, sin que jamás lo hubiera visto. Cuando Pedro le preguntó cómo ella había podido llamarlo por su nombre, respondió: “Te diré, Pedro, que cuando caí al mar, me recogió en su manto una hermosísima Señora vestida de hábito del Carmen, que me dijo, cuando pasó vuestra embarcación, que te llamase por ese nombre, pues tú me sacarías del mar.” Pedro Andrés, viéndose favorecido por la Madre de Dios para librar a su devota hija de semejante peligro, se sintió tan gozoso y agradecido, que dejando el rumbo que llevaba, encaminó la proa de su embarcación hacia Nápoles, a fin de dejar allí a su protegida huésped. Llegados al puerto, desembarcó Lelia, y sin detenerse, corrió al convento de los carmelitas, publicando a voces por las calles la misericordia que María Santísima había obrado con ella.

117. Por él conserva la vida: El Padre Daniel de la Virgen María, fallecido en 1678, en su obra ‘Vinea Carmeli’ refiere este milagroso suceso: En Flandes, la Justicia condenó a la horca a un soldado español, en el año 1655, y, estando ya ahorcado, quedó su cuerpo pendiente

del cordel de la horca por espacio de tres días consecutivos, aunque el verdugo le había dado por muerto; no le quitaron la vida los cordeles ahogándole con el peso de su cuerpo; en lo cual se conoce que lo sostenía la poderosa y milagrosa mano de María, Nuestra Madre del Carmen, cuyo Escapulario vestía el soldado con grandísimo fervor y cuyo favor imploraba confiado. Al cabo de tres días, salió esa mañana de caza el Archiduque de Austria don Leopoldo, entonces Gobernador de Flandes, y, siguiendo a un animal de caza, les indicó a los monteros que fuesen a buscarlo al paraje donde se hallaba suspendido del patíbulo el ahorcado. Advirtiéndolo entonces, el soldado español, que se acercaba gente, como quien despierta de un profundo sueño, empezó a esforzar la voz, y, acudiendo alarmados los monteros, reconocieron que aún se hallaba vivo y sano. Dieron aviso al Archiduque, quien tan pronto como advirtió el prodigio, ordenó que le cortaran los cordeles. Una vez que fue informado el príncipe de los detalles del suceso por boca del mismo soldado, y del grandísimo favor que tan excelsa y divina Protectora le había dispensado, perdonó también él la vida de este soldado. Este, dando las gracias a la Virgen del Carmen y al príncipe, volvió a España, yendo en romería a Santiago de Compostela y a San Pablo de los Perdones, en la Moraleja, de donde era natural.



118. Nace muerto un niño y lo resucita: Refiere el mismo Daniel de la Virgen María que, en un pueblecito de Holanda, se había fundado, el día de la Presentación de Nuestra Señora, una cofradía del Carmen. Al siguiente día, Micaela Poller, esposa de Francisco Boucher, daba a luz un infante con todas las señales de muerto. Los parientes, amigos y conocidos estaban consternados por tal desgracia, y el padre traspasado su corazón de dolor, no queriendo afligir el corazón de su esposa con semejante noticia, recurrió a un artificio piadoso, que le sugirió su fe y su confianza en la protección de la Virgen Santísima. Como en el pueblo habían obsequiado a la Santísima Madre del Carmen con la fundación de su devota Cofradía, pensó con razón, que podían pedirle de su maternal Corazón la gracia de la vida del niño y se lo llevaron a sus Pies con el Escapulario al pecho. No salieron defraudadas sus esperanzas, pues el niño, que durante casi todo aquel día había estado sin movimiento vital alguno, tan pronto como le pusieron a los pies de la Virgen del Carmen y le echaron sobre su cuerpecito el bendito Escapulario, comenzó a dar indicios de vida. Mas al cantarse a Nuestra Santísima Madre una Misa solemne y llegar a aquellas palabras del Prefacio “Te rogamos que, con las angelicales voces, sean admitidas las nuestras,” reconociendo María por suyo al que sobre su pecho ostentaba el Santo Escapulario, comenzó a dar ciertísimas señales de vida con sus lloros y movimientos. Llamaron al párroco y le administró el Sacramento del Bautismo, dando todos, juntamente con sus agradecidos padres, las más fervientes acciones de gracias a la Santísima Virgen, que así manifestaba su piedad para con ellos.

119. Otro prodigio parecido: Daniel de la Virgen María cuenta que en Arluno, ciudad del ducado de Luxemburgo, Obispado de Tréveris, María Brande, esposa de Jaime Firme, dio a luz un niño, el cual no daba señales de vida. La matrona, preocupada por el bien espiritual de aquel ángel inocente, fue con él a la Iglesia del Carmen, distante pocos pasos de la casa de dichos señores, para ver si podría ser bautizado. Entró en una capilla que había a los pies de la iglesia a fin de hacer allí una súplica a la Santísima Virgen, para que concediera la vida al niño; mas no tuvo éxito, pues María Santísima quiso probar su fe, su humildad y perseverancia, y otorgársela mediante su imagen milagrosa del Carmen y al contacto de su bendito Escapulario. En efecto; sin reparar en la gran cantidad de gente que había en el templo, por celebrarse una función solemne, se quedó en la primera capilla de la iglesia, que estaba vacía, fue hasta el mismo altar de Nuestra Madre del Carmen, y, colocando sobre el Ara el cuerpecito exánime del recién nacido, comenzó a implorar con

piadosas lágrimas la clemencia de María Santísima. Tomó de la imagen del Niño Divino el bendito Escapulario, y lo colocó sobre el pecho del niño, redoblando más y más su fervor y sus piadosos y humildísimos ruegos. Sus gemidos, brotados del fondo de su alma, conmovieron las entrañas piadosísimas de la excelsa Madre de Dios, e hicieron despertar del profundo sueño de la muerte al recién nacido, quien, abriendo los ojos, rompió a llorar. Aquel llanto inundó de sublime alegría el corazón de aquella devota mujer, que llamó al punto a un Sacerdote para que le bautizara, y, con su júbilo y alborozo, conmovió el corazón de toda aquella multitud, que no cesaba de alabar y bendecir a la Santísima Virgen por las incontables maravillas que obra por la virtud de su Escapulario.

120. Al contacto con el Escapulario, resucita al niño: El Padre Pedro Moraga de Guevara, religioso carmelita de Murcia, refiere que en esa ciudad, vivía un matrimonio sin hijos muy devoto de Nuestra Madre del Carmen, que tenía a su servicio a una pobre mujer, viuda con varios hijos, a los cuales ellos amaban extraordinariamente. Sucedió que, enfermado gravemente el menor de ellos, de cuatro años, desahuciado por completo de los médicos, murió precisamente el día de la Santísima Virgen. Trajeron luego del convento un hábito de los que suelen usarse para los acólitos, y con él amortajaron al angelito. Cuando la señora de la casa lo vio amortajado, se afligió grandemente, y, con grandes lamentaciones y ruegos a Nuestra Madre del Carmen, entre sollozos y lágrimas, le ofreció la criatura, al mismo tiempo que le puso sobre su pecho el Santo Escapulario que ella solía llevar consigo. Siguió la buena señora en sus sollozos y llantos, con el niño en su regazo, y pronto notaron todos los allí presentes cómo el niño empezó a volver en sí y luego a llorar. Admirados todos y llorando de emoción y júbilo ante tanta maravilla, fueron presurosos a la iglesia vecina, y, postrados de rodillas, dieron gracias a Dios Nuestro Señor, que, por la intercesión de su Divina Madre y al contacto de su Escapulario, se había dignado obrar semejante milagro.



121. Salva a un enfermo desahuciado: En 1950 y en una de las arterias principales del aristocrático barrio madrileño de Salamanca, fue requerido el Padre Joaquín Guarch para administrar los últimos Sacramentos a un pobre enfermo, ya en estado comatoso. Allí no había ya nada que hacer, pues el enfermo se hallaba privado del uso de los sentidos y desvalido, según aseguraban los renombrados doctores que le asistían. Por otra parte, no se notaba gran interés por parte de la familia de que el enfermo muriese en gracia de Dios, sino que más bien había en el ambiente el deseo de dejarle morir como los paganos. No se desanimó por esto el celo apostólico del Padre Guarch, y con el desenfado y la jovialidad que le eran característicos, consiguió de los familiares que se le impusiera al enfermo el Santo Escapulario; en realidad, más por respeto y deferencia a su persona, que a la fe en el áncora de salvación de la Virgen del Carmen. El Padre Guarch se dio por contento con esto, no dudando que la Santísima Virgen haría lo demás. Así fue, contra todas las predicciones de los ilustres médicos que le asistían. El enfermo, al recibir, al cabo de tres días, una nueva visita del Padre, recobró momentáneamente el uso de los sentidos, para dar sinceras muestras de arrepentimiento y recibir la absolución sacramental.

122. Ayuda en la hora de la muerte: En 1952, en Cuéllar, Segovia, el médico de la localidad Juan de la Torre, de 74 años, estaba muy grave y sus familiares temían que muriera sin Sacramentos. Como de llamar al cura párroco recibiría el enfermo muy fuerte impresión, que le podría llevar a la muerte, optaron por llamar a un Padre carmelita del Henar. Cerca de una hora se afanó con el enfermo por las buenas. Mas cuando los familiares esperaban saliera del aposento con la confesión terminada, recibieron la dolorosa noticia: —“Que no, que no y que no. Que dice que tiene tiempo de hacerlo bien en la iglesia y que ahora lo deje

en paz.” Y el caso es que hacía dos horas que una consulta de médicos había declarado la absoluta gravedad del enfermo. Entran sus hijos, entra su esposa hecha un mar de lágrimas, entran los allegados. Nadie puede convencerle de que debe arreglar su alma para la eternidad sin dilación. “¿Tiene el Escapulario del Carmen?,” preguntó a los presentes el Padre Carmelita. “Creemos que sí,” respondieron. Trató de asegurarse y dirigió la misma pregunta a su esposa. No lo tenía. Al despedirse de la familia, les recomendó encarecidamente: “Con los que me acompañan, les mandaré un Escapulario; no dejen de ponérselo inmediatamente.” Y así lo hicieron, aceptándolo el enfermo de buen grado y quedando acto seguido dormido en sueño tranquilo. Al despertar a las tres horas, sus primeras palabras fueron: “Deseo confesar y comulgar.” Avisado el párroco, muy pronto vino y dejó aquella alma dispuesta para el viaje a la eternidad y en posesión del mejor pasaporte: el Santo Escapulario, por medio del cual la Virgen del Carmen había hecho, una vez más, gala de su poder. A los dos días moría don Juan en la paz de los justos. Era el 24 de marzo de 1952.

123. *Salva a un condenado a muerte:* Era en los primeros meses de la Santa Cruzada de 1936, en Osuna, Sevilla. Los nacionales condenaron a muerte a algunos comunistas. Para prepararlos a bien morir, llamaron a los Padres Carmelitas. Fueron los Padres Pedro Benítez y Daniel Redondo. El Padre Benítez los exhortó con gran unción y celo evangélico a prepararse para el viaje a la Patria celestial, mientras el Padre Redondo se disponía a oírles en confesión, para absolverles. Todos se hallaban bien dispuestos a dejar esta vida por alcanzar la eterna; pero, entre todos, uno se negó rotundamente a perdonar a sus enemigos; el Padre lo exhortó amable y caritativamente a que perdonase para poder darle la absolución. Todo fue inútil; no cabía en la mente de aquel hombre que fuesen tan injustos e inhumanos los seguidores de la doctrina de Jesucristo. Se les había impuesto a todos el Santo Escapulario. Y ¡oh prodigio de la ternura maternal y de la gracia de María! Todos se acercaron contritos y fervorosos a recibir el Pan de los ángeles, que habría de servirles de Viático en aquel trance terrible. El reo que se negaba a perdonar quiso también acercarse al banquete Eucarístico, pero no pudo. Llegó la hora de la justicia: Al darle a besar al pobrecito reo el Escapulario para consolarle y alentarle, éste prorrumpió en un gemido hondo y en un llanto desconsolador, diciendo: “¡Sí, perdono, Padre mío, si perdono, para que me perdone a mí Nuestro Señor de todas mis maldades!” No pudo menos de abrazarle con efusión y llorar con él de gozo, atestiguando, el Padre Daniel, que había muerto como un santo, por la virtud del bendito Escapulario del Carmen.

124. *No muere con el Escapulario quien repudia la gracia:* El Obispo de Solsona, Cataluña, nos cuenta el siguiente prodigio: “Habían sido sentenciados a muerte, en Vinaroz, dieciséis reos. Se había conseguido, después de muchos esfuerzos, que se confesasen catorce, negándose los otros dos incluso a escucharnos. Pudo decirse Misa aquel día en la capilla de la cárcel, antes de la ejecución. Misa a la que asistieron todos, y durante ella un Padre Carmelita que, como capellán militar, residía entonces en Vinaroz, los iba preparando para la Sagrada Comunión, al mismo tiempo que los animaba con la esperanza del Cielo. Poco después del Evangelio, pidieron confesión aquellos dos que no se habían confesado, y comulgaron los dieciséis, y a todos se les impuso el Santo Escapulario. Yo me retiré después de la Misa y no fui testigo presencial de los hechos que se desarrollaron después, pero, que me refirieron al siguiente día todos los que habían asistido a la ejecución. Cuando esposaron a los presos y los subieron al camión, que los había de conducir al lugar donde habían de ser ejecutados, uno de ellos empezó a blasfemar horriblemente. Ni las exhortaciones de sus compañeros, ni las reflexiones que le hiciera el Padre Carmelita y otro Sacerdote que los acompañaba, sirvieron para otra cosa que para enfurecerle más y para que aumentara cada vez con mayor rabia en sus maldiciones y blasfemias. Llegó, al fin, el momento de la ejecución y las últimas palabras que pronunció aquel reo fueron una blasfemia y horrible maldición: maldijo a Dios, a la Iglesia, a los Sacerdotes, a los militares y hasta su mujer y a sus hijos. Y con la maldición en los labios y con la rabia más feroz reflejada en su rostro, cayó muerto



instantáneamente por la descarga del piquete. Cuando el alférez que mandaba las fuerzas se adelantó, horrorizado por el hecho, a reconocer con el médico a los ajusticiados, vio en el suelo un objeto que le llamó poderosamente la atención. Se inclinó para recogerlo, y ¿cuál no sería su asombro, y hasta su horror, cuando vio que era un Escapulario y cuando comprobó, después, que era precisamente el de aquel que había muerto con la blasfemia y la maldición en los labios? Nunca jamás olvidaré la cara de aquel alférez cuando, al día siguiente, vino a contarme el suceso, enseñándome el Escapulario, que no quería soltar, y repitiendo como fuera de sí: ‘He visto un milagro, Padre, he visto un milagro.’ Realmente el caso era sorprendente e inexplicable. El Escapulario estaba intacto: no había saltado, por tanto, roto por la metralla. El reo no se lo pudo quitar, porque tenía las manos esposadas. No había caído, tampoco, en la dirección del cuerpo, sino en dirección contraria; por eso lo encontró el alférez cuando se dirigía desde su puesto de mando a reconocer a los ajusticiados. La narración del alférez, la que me hicieran por su parte el Padre carmelita y el otro Sacerdote, y también un seglar que se hallaba presente en la ejecución, coincidían realmente en todos los detalles. La Santísima Virgen, Nuestra Madre, no había querido que aquel que murió blasfemando muriese con el Santo Escapulario sobre su pecho.”

125. Se arrancó el Escapulario: Sucedió el año 1927, en la calle Bolsa de Sevilla. En una modesta pensión, se hospedaba un pobre tipógrafo anarquista, el cual se hallaba en trance de muerte, víctima de un cáncer de intestino. Los dueños de la pensión, fervientes terciarios carmelitas, llamaron al Padre Ángel Ramos, carmelita, para que le impusiera el Santo Escapulario de Nuestra Madre del Carmen, por ver si aquel pez gordo caía en la red mística de la Divina Pescadora y salvadora de almas. Sólo por darles gusto permitió que le impusieran el Escapulario. Le visitaba con frecuencia el buen Padre Ángel. Un día, entre otros, dijo el enfermo: “Si me va usted a poner el disco de la confesión y de que salve mi alma, bien puede marcharse, porque estoy resuelto a darle mi alma al demonio; así que excuse usted el tratar semejante tema, pues me pone de muy mal humor y me agrava más la enfermedad.” Transcurrían los días y el mal se agravaba por momentos, hasta tal punto que con nada se le calmaban los agudísimos dolores, que le tenían realmente revolcándose en el lecho. Un día, entre aquellas convulsiones horribles y aquellos dolores insupportables, dijo al Padre Ángel: “Ya debía estar muerto, hace mucho tiempo, pero no sé qué talismán, qué fuerza superior hay en mí que me impide acabar de una vez, cuando veo que me estoy muriendo y no acabo de morir: esto debe ser efecto del Escapulario que usted me puso al cuello, y que me retiene aferrado a esta vida, de la cual no me queda más que un hilo muy tenue.” Y luego proseguía revolcándose: “Pero yo debo morir y quiero morir, y me es aborrecible la vida.” Amorosamente le instaba el buen Padre a que confesara, para que, ya que no podía conseguir la salud del cuerpo, ni retener por mucho tiempo la vida corpórea, consiguiera su salvación eterna. Echando fuego de odio y de rencor por los ojos, despedía al celoso y virtuoso Sacerdote, diciéndole: “Le recibo como amigo compasivo y bueno que se impone amablemente tales sacrificios por consolarme y visitarme, pero como Sacerdote y como fraile le odio y aborrezco, y ya sospecho en qué está el secreto de no morirme de una vez: en el amuleto o talismán que me colgó al cuello.” Todo fue inútil con aquel hombre obstinado y empedernido en el mal. Lo visitó durante varios días el caritativo Padre, y cada vez lo halló más desesperado y con menos muestras de volverse a Dios, hasta que un día, inspirado tal vez por Lucifer, se arrancó el bendito Escapulario, lo arrojó con rabia al orinal y murió desgarrándose la garganta y el pecho con las uñas.

126. Castigo ejemplar: El Padre Pedro de Arancibia, agustino, natural de Abadiano, Vascongadas, y residente por aquellas fechas en Puerto Rico, cuenta este hecho que tuvo lugar en la ciudad de Añasco, Puerto Rico, el día 24 de diciembre de 1923. “Celebraban,”

dice el Padre Arancibia, “los protestantes una velada, intentando ridiculizar nuestras devociones y hacer burla y sátira del clero católico. En la tal velada, con una representación teatral, tomaba parte una joven de apellido Domínguez, que desempeñaba el papel de princesa. Un joven, Pietri, hacía de sacerdote católico. Pietri, exigió dinero a la joven Domínguez. Ante la negativa de ésta, el seudocura Pietri montó en cólera e insultó violentamente a la princesa, diciéndole: ‘Te vas a condenar, eres mala católica.’ La joven Domínguez, para demostrar su catolicidad, le muestra un Escapulario de la Virgen del Carmen que pendía de su cuello. El iracundo y frenético seudocura se lo arrebató de las manos, diciendo: ‘Esto es una tontería, una por...,’ levantando el brazo en actitud de arrojar al suelo el bendito Escapulario. Pero Jesús, que suele tolerar con más paciencia los agravios inferidos a su Persona adorable, suele hacer sentir su mano justiciera sobre los que se atreven a injuriar a su Santísima Madre. En el presente caso no quiso que se profanara el honor de María y quedase en ridículo la devoción predilecta del pueblo católico. El brazo que se levantara para arrojar el Santo Escapulario del Carmen, como herido por un rayo, quedó inmóvil. El joven Pietri quedó idiota. No sabía ni pudo responder a los que, estupefactos, le preguntaban qué le pasaba. El que entró en la velada rebosante de salud y alegría, salió a hombros de sus amigos, enfermo, paralítico e idiota.”

127. *No puede despojarse del Escapulario:* Juan Langa, Canónigo del Colegio de Nápoles, refiere que confesó a un esclavo, el cual, desesperado por haber perdido cierta alhaja de su amo, se ofreció al demonio, a fin de que le mostrase el lugar donde la podría hallar. Se le apareció el demonio, y le dijo que al día siguiente se la daría en el mar, que fuese a la costa. Salió, efectivamente el esclavo mar adentro, y el demonio, le mostró la alhaja dentro del mar, ordenándole que la buscase. Se desvistió nuestro hombre para entrar en el mar, y, al querer quitarse el Santo Escapulario, invisiblemente se lo impidieron otras manos más fuertes, por dos veces. Quiso entonces con el Escapulario lanzarse al mar y reparó en que le sujetaban por el mismo Escapulario y no le dejaban lanzarse de ninguna manera. Se volvió para ver quién le detenía, y vio a María Santísima, Madre de Clemencia y Misericordia, que con una mano le asía del Escapulario y lo sujetaba, y con la otra le mostraba la alhaja que había perdido días antes, y mostrándosela le dijo: “Hijo, qué cosa tan malísima es la que haces creyendo a Lucifer. Si no me sirvieras vistiendo devotamente mi Santo Escapulario, hubieras perecido sumergido en las aguas. No me vuelvas jamás las espaldas, ni dejes nunca la devoción de mi Escapulario bendito. Toma la alhaja de tu señor, vete en paz, y confiesa tu culpa con el dolor que corresponde a su gravedad.” Dicho esto, desapareció la Celestial Visión. Así lo hizo el fiel esclavo, confesándose con el Padre Langa, quien le pidió licencia para publicar este milagro, con el fin de aumentar la devoción a María Santísima y a su bendito Escapulario. El esclavo otorgó su permiso, con tal de que no manifestara su nombre.

128. *Caso dramático: se arranca el Escapulario.* Un joven, Roberto Álvarez, había ido en viaje de recreo al Valle (Colombia), por el año 1950. Cierta día, un amigo lo invitó a dar un paseo a orillas del río Cauca. Una vez llegados a las márgenes del Cauca, turbulento y torrentoso, proverbialmente insaciable de vidas humanas, el amigo dijo a Roberto: “Hombre, te he traído aquí, para que veas cómo me quito la vida, pues vivo muy aburrido.” Y diciendo y haciendo, antes de que Roberto, quien no salía de su asombro y espanto, pudiera hacer algo por impedir semejante barbaridad, su amigo se lanzó a las aguas turbias y espumosas del Cauca. Desapareció por breves instantes en el río, pero el ímpetu de las aguas lo arrojó sano y salvo a la orilla. Fuera de sí aquel desgraciado, viendo que el intento de suicidio se había frustrado, y queriendo terminar cuanto antes, se tiró de nuevo al siniestro Cauca. Pero en vano, el torbellino acuático lo sacó a flote por segunda vez. Comprendió el desdichado joven que aquello no era normal, tratándose de un río, sepulcro de innumerables víctimas que habían sucumbido, a pesar de su lucha titánica contra la voracidad del remolino. Reflexionando, dio con la clave del enigma, y furioso, con rabia satánica, exclamó en un grito: “Ya sé lo que sucede: en casa me pusieron un trapo y esto es lo que impide que yo me



ahogue.” Se arrancó del pecho con ademán desesperado, el bendito Escapulario de la Virgen del Carmen, y con ímpetu diabólico se precipitó a la corriente vertiginosa, en cuyo fondo quedó sepultado para siempre, no volviendo a dar señales de vida. Aquel infeliz rechazó la última tabla de salvación que podía librarlo con seguridad del naufragio temporal y eterno. Arrojando de sí aquella librea mariana, prenda y señal de protección de la Madre de Dios, fue presa del demonio de la desesperación, pudiendo así realizar su siniestro y fatal propósito de quitarse la vida.

129. Por vestir dignamente su Escapulario: El Padre Cristóbal de Jesús María, Prior del convento de carmelitas de Campo de Criptana, refiere este hecho: En la ciudad de Tembleque, Toledo, vivía la joven Catalina García, devotísima cofrade de Nuestra Madre del Carmen, la cual había llevado siempre, con sumo fervor, su Santo Escapulario, absteniéndose de comer carne todos los miércoles y sábados en honor de la Santísima Virgen, y guardando con sumo rigor todos los estatutos de la cofradía. El día de Nuestra Señora de las Nieves, del año 1613, se hallaba esta cofrade enferma y en una crisis mortal que duró dos horas. Vuelta en sí de dicho colapso, se la vio echar mano de su Escapulario, y, como no lo hallase, comenzó a buscarlo con gran ansiedad, pues se lo habían quitado las Hermanas por el sumo calor. Como su afligida madre le preguntó qué es lo que buscaba, respondió, en presencia de varias vecinas, que buscaba su Escapulario. Le dijeron que se tranquilizara y lo dejase, pues hacía mucho calor y podía molestarle, a lo cual respondió la enferma que, aunque se asase viva se lo iba a poner, pues cuando estaba en la crisis que había padecido, dijo que se había visto transportada al Cielo, y, al verla la Santísima Virgen, la había reprendido porque iba sin el Escapulario, diciéndole que no la reconocería por hija suya si no lo traía puesto, y, como buena hija suya, volviese a la tierra, pues no moriría hasta el día sábado para volar al instante a la gloria, puesto que había sido muy fervorosa y fiel cumplidora de todas las recomendaciones de la Santísima Virgen. Estuvieron presentes, en el momento de su muerte, dos religiosos carmelitas, que iban por el lugar pidiendo limosna, los cuales certificaron que había muerto con la placidez de un ángel, tal como había sido su vida de fervorosa y piadosa.

130. Valor de la oración para el Purgatorio: El Padre Daniel de la Virgen María, fallecido en 1678, nos refiere que en la ciudad de Barcelona, murió por el año 1620 Catalina Bosser, joven muy devota y recogida, y luego de transcurridos cuatro meses, se apareció a una prima suya, llamada Magdalena Nicolás, y le dijo que llevaba ya cerca de cinco meses sufriendo Purgatorio, por ciertos compromisos y promesas que había dejado de cumplir en la vida, rogándole le ayudase con sus oraciones y caridades a salir cuanto antes de aquel fuego abrasador. Magdalena tomó desde luego a su cargo, cumplir por su querida prima todo cuanto le había revelado en la visión, y cuál no sería su asombro cuando, pasados seis días, se le volvió a aparecer para darle las gracias por su caridad y diligencia en socorrerla. A la vez le dijo que una hermana suya, que hacía pocos días había fallecido en Cerballón, había volado al Cielo el sábado inmediato a su muerte por virtud del privilegio sabatino, que como fervorosa cofrade lograra merecer. Y añadió después: “Tú, toma y lleva con fervor el Santo Escapulario, pues yo no lo llevaba y por esto me he visto en tan grandes tribulaciones e indecibles tormentos. Dichosos, los que lo visten, pues es gran verdad que por los ruegos e intercesión de María Santísima las almas de sus cofrades vuelan al Cielo en el primer sábado después de su muerte.” Quedó consoladísima Magdalena con esta aparición, y tan inflamada en santo ardor y celo por la devoción y el culto a la Virgen Santísima del Carmen y a su bendito y milagroso Escapulario, que fue la mayor apóstola de sus tiempos en esta devoción. Después Magdalena declaró formalmente al Ordinario estas apariciones, el cual, luego de examinar su vida piadosa, seriedad y

caridad ardiente, que hacían creíbles sus afirmaciones, interpuso su jurídica autoridad y permitió que se imprimiesen en Barcelona estos hechos para gloria y alabanza de nuestra Madre dulcísima del Carmen, que así se digna favorecer a sus devotos.

131. *Desea y consigue morir en sábado:* El Padre Alonso de la Madre de Dios nos refiere que una jovencita de tierna edad, natural de Salamanca, que desde su niñez vestía con gran fervor y devoción el Santo Escapulario de la Virgen, observando inviolablemente las abstinencias de miércoles y sábados y llevando una vida angelical, cayó enferma de suma gravedad, sin que los médicos diesen la más leve esperanza de salvarla. Fueron acrecentándose de día en día sus dolores y su fiebre, hasta el punto de ser preciso administrarle los Últimos Sacramentos. En una ocasión notaron los que la asistían que se volvía hacia la pared y estuvo muchísimo rato absorta y ensimismada, como aquel a quien embelesa la contemplación de algo maravilloso que le deleita. Vuelta en sí, como le preguntaran con curiosidad la causa de tal embeleso, respondió: “Me ha visitado y acariciado la Santísima Virgen del Carmen y me ha prometido sacarme de esta vida el sábado inmediato, para llevarme directamente al Cielo.” Y el sábado, en efecto, murió, juzgando todos piadosamente que lograría el dichoso fruto que para los que cumplen con Ella tiene reservado la Santísima Virgen.

132. *Ardientes deseos de recibir el Escapulario:* San Miguel de la Fuente, fallecido en 1625, refiere este hecho del que fue testigo presencial: En Santa Cruz de la Zarza, Toledo, vivía una devota mujer, que desde su más tierna infancia, sintió vehementes deseos de vestir el Escapulario de la Virgen del Carmen para lucrar la santa indulgencia sabatina y salir cuanto antes del Purgatorio. Pero no podía lograr su anhelo porque no existía en el lugar una cofradía de Nuestra Señora del Carmen, ni tampoco frecuentaban la comarca religiosos carmelitas. Cayó gravemente enferma y aumentó sus suplicas con fervor a esta Soberana Señora, para que le concediera la dicha vestir su Santo Escapulario, antes de morir. Llegó por aquellos días a misionar en Santa Cruz, un religioso del convento carmelita de Valdemoro, el Padre Miguel de la Fuente, el cual tan pronto como le dijeron los deseos de la devota mujer, fue a casa de la paciente, que hacía tres días estaba agonizando. Le impuso el Padre La Fuente el Escapulario y a los pocos minutos expiró, con una paz y una dulzura envidiables, haciendo suponer a todos sus parientes y conocidos que la Virgen del Carmen, de quien había sido devotísima, le había otorgado esa gracia para llevarla cuanto antes al Cielo. Con este hecho se despertó tal deseo en todos los vecinos del pueblo de lograr esta santa indulgencia, que fundaron una Cofradía del Carmen, en la que se inscribieron casi todos los hombres, mujeres, jóvenes y niños de la población.

133. *El sábado es el día de la Virgen:* El Padre Juan Bautista Beltrán, cura de Alcora, Castellón, se retiraba todas las noches a su iglesia, empleando gran parte de ellas en orar ante Jesús Sacramentado, rogando por las benditas ánimas y por los agonizantes. Aconteció que, muchos viernes, los jovenzuelos del lugar, que solían salir de ronda por las calles a cortejar a las jovencitas con serenatas y cantares, oían, a eso de media noche, cómo tocaban por largo rato las ruedas de campanillas que estaban en el presbiterio de la iglesia. Como las habían escuchado ya repetidas veces, una noche, al fin, se decidieron a satisfacer su curiosidad y saber el motivo de tales campanilleos. Se aproximaron, pues, a las puertas de la iglesia, y, advirtiendo que estaba sin echar la llave, se resolvieron a entrar, mas, para no ser advertidos, empujaron suavemente la puerta, y muy suavemente y despacito, fueron deslizándose en la penumbra, y contemplaron al venerable anciano de rodillas en oración ante el Sagrario. Sorprendidos y admirados vieron que las campanitas del presbiterio se tocaban por sí solas, sin que ninguna mano visible las moviese. Entonces preguntaron al venerable párroco cómo sonaban las campanillas si nadie las tocaba. A lo cual respondió el santo Sacerdote: “Hijos



míos, habéis de saber que como ya entra el sábado van a abrirse las puertas del Purgatorio para que vuelen al Cielo las almas de los cofrades, a los cuales saca en este día de aquellas mansiones de dolor y expiación la Virgen Santísima; por eso, las almas de tales cofrades que han muerto durante esta semana, celebran acá, con estas muestras de regocijo, su buena dicha.” Quedaron edificados los jóvenes con estas palabras de su santo párroco, y decidieron ingresar todos en la santa Cofradía del Escapulario del Carmen.

134. Coraza contra el demonio: San Miguel de la Fuente dice que en Medina del Campo había un fervoroso terciario que vestía con gran devoción el bendito Escapulario. Padeecía muchas tentaciones de parte del demonio, mas de todas ellas el tentador salía derrotado, pues la Virgen Santísima defendía a su terciario mediante su bendito Escapulario. Asestó Lucifer, por último, todos sus ardides y astucias para tratar de conseguir que ese siervo de Dios se quitara el Santo Escapulario, esperando el enemigo que si lograba se lo quitase, conseguiría fácilmente su victoria. Resistió el piadoso varón con indecible fortaleza e inaudita constancia la terrible lucha que para lograrlo le hiciera durante muchos días el dragón infernal. Irritado al fin el diablo de su paciente y heroica constancia, tomó, cierta noche, forma visible, y, en figura de monstruoso gato, entrando en su aposento cuando ya el buen hombre se hallaba recogido, centelleándole los ojos, erizado el pelo y horrorizándole con lo fiero de sus uñas, se arrojó sobre él atacándolo en su garganta. El devoto de María Santísima pensó que sería ahogado, pero empuñando el Escapulario y mostrándoselo al enemigo, Luzbel enseguida se dio por vencido, y, como si le pegaran fuego, emprendió rapidísima fuga, mientras con palabras rabiosas le decía: “Quítate ese hábito de Ella, con el que constantemente nos atormenta.”

135. San Juan de la Cruz muere en sábado: A propósito de que el Místico Doctor San Juan de la Cruz muriera en sábado, comentaba el Padre Alonso de la Madre de Dios sobre sus últimas horas, lo siguiente: “Desde entonces cerró los ojos y se puso en oración, y, de cuando en cuando, preguntaba qué hora era, porque yo le había dicho que era viernes y que aquella noche, antes de entrar el sábado, le sacaría Dios de esta vida, para que siéndole luego Nuestra Señora intercesora, el dicho sábado saliese su alma del Purgatorio. Luego preguntó si era ya hora de tocar a maitines, y agregó: ‘Lo he preguntado porque, bendito sea mi Dios, iré esta noche a cantar los maitines al Cielo.’ Y, cuando oyó tocar la campana de las religiosas de la Madre de Dios a maitines, dijo: ‘Y yo también, por la bondad de mi Dios, los tengo que ir a rezar con la Virgen Nuestra Señora al Cielo.’ Y continuó hablando con Ella en esta forma: ‘Infinitas gracias os doy, Reina y Señora mía, por este favor que me hacéis queriendo que salga de esta vida en vuestro día de sábado.’ Murió el sábado 14 de diciembre de 1591.”

136. Le libera del demonio: En Gibraleón, villa de la provincia de Huelva, vivía cierto sujeto llamado Pedro Limón, hombre de carácter irascible y colérico, el cual había contraído el mal hábito de jurar, renegar y maldecir a todas horas. Ocurrió que el 29 de diciembre de 1611, cuando regresaba del monte con su burro cargado de leña, le sorprendió la noche antes de que llegase al pueblo, y, como era invierno y noche lluviosa, el burro se despistó y, tropezando, vino a caer en un lodazal. Viéndose solo en tal aprieto y con la carga caída, montó en cólera y comenzó a jurar y maldecir, ofreciendo la carga a todos los diablos, mientras descargaba sobre el inofensivo borrico una lluvia de palos. Todo fue en vano y sin remedio, pues se hallaba tan hundido y atascado en el cieno que no había fuerzas humanas para poderlo sacar al camino. El pobre hombre, ciego de cólera y fuera de sí, por verse impotente para salir de tal trance, en una de sus maldiciones, llamándoles, exclamó: “¿No habrá algún diablo de cuantos tiene el infierno que venga y me ayude a levantar esta mala bestia?” Apenas dijo esto vio luego, junto a sí, un hombre de buena apariencia, que le dijo: “Limón, ¿qué quieres de mí?” Cuando Limón se oyó nombrar, entre admirado y temeroso preguntó: “¿Quién eres tú, buen amigo?” –“Yo soy quien tú, tantas veces, has llamado para que viniese en tu ayuda; a eso he venido, y te ayudaré y haré por ti cuanto me pidas, con sola una cosa que tú hagas para mí, y es que te quites ese Escapulario del Carmen que llevas al

cuello.” Cuando Pedro Limón escuchó lo que le pedía, con gran agitación, el vello erizado y temblando de miedo, echó mano de su Escapulario y, mostrándoselo al demonio, a quien desde luego había reconocido, le dijo: “¡Que no me lo quitaré por todo el oro del mundo!” Y vuelto a la Madre de Dios, lleno de terror y espanto, La invocó de todo corazón, llamándola en su ayuda, mientras besaba con fervor su bendito Escapulario y lo ponía delante de sus ojos. El demonio, viendo que no le podía interrumpir en sus plegarias y súplicas a la Virgen Santísima, a la que no cesaba de invocar, lo dejó y desapareció de pronto. Entonces Pedro, ayudando a levantar al jumento pero dejando allí la carga, corrió despavorido hacia el pueblo y, antes de llegar a su casa, se fue al convento del Carmen para contar a los carmelitas el milagro ocurrido; entonces era Prior del Convento del Carmen de Gibraltón el Padre Luis Velázquez Godoy, y secretario el Padre Gregorio Delgado. Al día siguiente, se divulgó el suceso por todo el pueblo y su comarca, por lo cual, y también por el cambio de la vida de Pedro, muchísimos sujetos indiferentes, así de la villa como de los pueblos vecinos, vistieron devotamente el Santo Escapulario de la Virgen.



137. *La virtud poderosa del Santo Escapulario:* El Padre Enrique Jongen, franciscano, cuenta que en la ciudad de Nápoles vivía un joven de costumbres disolutas, que, a semejanza del pródigo del Evangelio, no sólo malgastó su hacienda, sino el tesoro mil veces más precioso de su honor y de sus virtudes. Cuando hubo perdido todos sus bienes, sufrió desaires de los amigos, frialdad de los parientes más próximos, y desengaños de todos los que antes le halagaban y reían sus gracias cuando tenía fortuna. Poco experimentado en los trabajos e infortunios de esta vida, tan pronto como los tuvo que sufrir, se le hicieron insoportables; de aquí que, tras los continuados desprecios y las burlas de los más atrevidos, huyó del trato y compañía de los hombres y buscó la comunicación con los demonios. Salió, pues, una noche de su casa, y se fue al campo, donde, en un lugar abrupto y solitario, empezó a invocar con desesperadas voces a los demonios, pidiéndoles que le sepultasen en cuerpo y alma en los infiernos. Viendo el infeliz que no acudían tan presto como solicitaba su desesperación, se arrojó al suelo, y, despedazándose el cuerpo con sus propias uñas, alentaba con crueldad a las huestes de Lucifer a que fueran crueles con él, y que saciaran su desesperado e infernal deseo. No fue pereza la tardanza de Lucifer en cumplir sus designios maléficos, sino temor al Santo Escapulario que llevaba al cuello, por lo cual, tomando horrenda y abominable figura, se le apareció al desesperado mancebo y le dijo: “¿Qué quieres de mí?” Obstinado en su error, le respondió: “Estoy haziado de vivir y quisiera morir cuanto antes.” A lo cual le respondió Lucifer: “Eso mismo estoy pidiendo yo desde hace ya muchos días con vivo afán, si estuviera en mi poder lo hubiese hecho, y lo haré inmediatamente, con tal de que te quites ese Escapulario que llevas.” Así se enteró el joven de la virtud poderosa del Santo Escapulario y, pasando de la desesperación a un sincero y vivísimo arrepentimiento, empezó a invocar con fervientes súplicas a María Santísima, y con repetidos golpes en el pecho manifestaba el inmenso pesar de su corazón arrepentido; mas no por eso se alejaba de su vista aquella furia del infierno. Tomó entonces, el arrepentido joven, el Santo Escapulario entre sus manos y lo besó con muestras de inusitado y delirante fervor. Apenas empuñó este soberano y celestial escudo, Lucifer dio a su presa por perdida, y al punto desapareció, quedando nuestro mozo tan esperanzado y alegre cuanto antes estuvo de angustiado y desesperado. Desde entonces, el que antes fuera ocasión de ruina y escándalo para muchos, fue un ejemplo vivo de fervor, de piedad y de vida edificante para los jóvenes de Nápoles.

138. *Libra a una posesa:* Por el mes de mayo del año 1593, llegó a Valladolid un comediante, por entonces famosísimo en su arte, llamado Alcocer, y se hospedó en una casa de huéspedes de lo mejor de la ciudad. Allí servía una joven asturiana, la cual, al trasladar el equipaje de

Alcocer desde el vestíbulo a su habitación, fue poseída súbitamente por el demonio, comenzando a hacer locuras. El cómico, que acababa de llegar, al oírlo, acudió en su ayuda diciendo: “Esperen, señores, pues ahora veremos si es que su mal es obra del demonio.” Y quitándose para ello el Santo Escapulario que llevaba al cuello, lo puso sobre la muchacha, y en el mismo instante ella comenzó a gritar y a blasfemar, alterándose de tal suerte que todos los presentes no eran suficientes para mantenerla quieta y no se maltratara; mas el comediante, con ánimo sereno, poniendo sobre ella el Santo Escapulario e invocando a la Virgen del Carmen, le decía: “Espíritu infernal, por la virtud de Nuestro Señor Jesucristo, la intercesión de su Santísima Madre, y la gracia que ha vinculado a su Santo Escapulario, yo te conjuro a que salgas al punto de esta infeliz muchacha.” Con semejantes palabras y otras repetidas con sumo fervor, logró, tras un breve espacio de lucha, que Lucifer, dando alaridos y queriendo despedazar a la joven, saliese de ésta, dejando confusos y admirados a los circunstantes de la resistencia que oponía a salir de ella y a abandonar su presa. Entonces, Alcocer, llevando a la joven al convento de los Padres Carmelitas de Valladolid para que le impusieran el Escapulario, refirió a los religiosos lo ocurrido, e hizo que la joven diese gracias a la Santísima Virgen por librarla de los ardides del enemigo, dejando como ofrenda el Escapulario que había usado para liberarla.

139. El demonio confiesa el valor del Escapulario: San Miguel de la Fuente, sacerdote carmelita fallecido en 1625, dice que un devoto de María Santísima se hallaba muy perseguido del demonio, que lo asustaba con espantosas figuras, pero cuando tomaba el Santo Escapulario en sus manos, al punto se desvanecían. En cierta ocasión tomó forma de horrible cuervo, y, batiendo sus diabólicas alas sobre el rostro del devoto de María, le atormentaba terriblemente. Pasada aquella primera turbación, empuñó el bendito Escapulario de la Virgen para defenderse, huyendo al instante el enemigo infernal. Se hallaba después dando gracias a la Virgen Santísima, y, como gozoso contemplaba y besaba el bendito Escapulario, considerándolo una prenda de su maternal y finísimo amor, en el que depositó tan excelsa virtud para resistir al astuto enemigo, le estrechó contra su corazón y lo puso sobre su pecho, entonces el maligno espíritu, volviendo a tomar otra figura más horrorosa y espantosa, le dijo: “Arroja ese vestido, infeliz. ¿Para qué vale sino para que con él nos atormentes?”

140. Con un indio brujo: El siguiente hecho, en el que se manifiesta el poder del Santo Escapulario del Carmen contra los espíritus malignos, tuvo lugar en Dabeiba, en la Prefectura Apostólica de Urabá, en Colombia, por el año 1920. El indio Justiniano Domicó enfermó de gravedad en su cabaña del Jague. Se le bajó a la casa de la Misión de Dabeiba, para ser atendido por las Hermanas Misioneras, pues se trataba de un indio buen cristiano y fiel de la Misión. Cierta día se presentó un indio de Pavarandocito, una localidad a 55 km de camino, a visitarle. Se llamaba Antonio, era en realidad el médico brujo, o curandero de los indios. Antonio se comprometió a curar al enfermo. Provisto de los remedios, dio comienzo a la curación en el silencio y oscuridad de la noche, tiempo que prefieren estos brujos para las curaciones. Tendió al enfermo en el suelo y empezó a sobar su cuerpo con unos idolitos, mientras les canturreaba sus invocaciones. De vez en cuando mojaba los ídolos en un brebaje, de antemano preparado por las indias, y le daba a beber al enfermo una pequeña cantidad. Al poco rato, dirigiéndose hacia el próximo monte, dio el curandero Antonio un fuerte y prolongado silbido, que era la llamada al espíritu. A continuación, la actitud de Antonio se trasformó; parecía poseído del demonio. Empezó a frotar de nuevo los idolitos sobre su enfermo, desde los antebrazos al pecho; mas al llegar el ídolo a tocar el Escapulario del Carmen, que el enfermo tenía impuesto, quedaba inmóvil, a pesar de los esfuerzos del curandero, que repetía una y otra vez la misma operación. Mojaba el ídolo en la pócima preparada y volvía a las sobas y fricciones; pero, al contacto del ídolo con los cordones del Escapulario, se paralizaba su movimiento. Mientras tanto, el brujo Antonio decía: “Mi espíritu no quiere llegar al corazón.” Entre convulsiones y con ademán enfurecido, empezó Antonio las fricciones desde el abdomen hacia el pecho, y al contacto del idolillo con el Escapulario,

otra vez el mismo fenómeno de paralización. De repente, quedó el curandero reconcentrado durante unos cinco minutos, luego se restregó el ídolo en su propio cuerpo y dijo, tomando el Escapulario del enfermo: “Esto tiene que quitar; mi espíritu dice: este trapo impide curar.” La Hermana que se hallaba presente le contestó: “Si esa ropa impide, también la camisa.” A lo que repuso el curandero Antonio: “Mi espíritu dice este trapo, (el Escapulario), impide pasar, porque es como Cristo.” Naturalmente, el enfermo no quiso desprenderse de su Escapulario. Las Hermanas, al darse cuenta de que el curandero no era un médico de remedios naturales sino un brujo diabólico, y al ver tan palpablemente la virtud prodigiosa del Santo Escapulario, no cesaban de alabar y bendecir a la Santísima Virgen y prorrumpieron en gritos de júbilo: “¡Viva el Escapulario de la Virgen del Carmen!” Entretanto el curandero Antonio brincaba como un poseso, como movido por oculto resorte, amenazando a los presentes con el puño y diciendo: “Si no deja curar, yo reviento esta casa; yo probaré, lo mucho que puede mi espíritu.” Una Hermana asperjó disimuladamente con agua bendita al curandero y quedó apaciguado. El enfermo Justiniano Domicó se curó con medios que la Misión le proporcionó.



141. Las tres cosas que más aborrece el demonio: El venerable Francisco de Yepes, hermano de San Juan de la Cruz y terciario Carmelita, fue devotísimo del Santo Escapulario, y hacía cuanto podía para que todos se llevasen tan sagrada librea, que él portaba constantemente como un arma poderosísima contra los asaltos del demonio. La Virgen Santísima del Carmen le demostró su agrado, correspondiendo a su devoción y apostolado del Escapulario con favores muy extraordinarios. Al fallecer su esposa, que, como él, pertenecía a la Tercera Orden del Carmen, rogaba muy apenado por su alma, cuando se le apareció la Santísima Virgen, diciéndole: “El alma de tu mujer, después de haber sufrido tres noches y dos días en el Purgatorio, hoy, sábado, la he librado de aquellas penas y goza ya de las delicias del Cielo.” En cierta ocasión que los demonios redoblaron en vano sus asaltos para que el siervo de Dios abandonara el Escapulario y dejase de propagarlo, le dijeron, llenos de rabia: “¿Qué te hemos hecho para que nos atormentes con tanta crueldad? ¿Por qué convences a tanta gente para que venere ese hábito y con él se vista? En nuestro poder caerás y lo vas a pagar caro... Quitate ese Escapulario, despójate de ese vestido, que tantas almas roba al infierno. Todos los que lo visten mueren piadosamente. ¡Ay!; tres cosas son para nosotros verdaderamente insoportables y nos atormentan más que nada: el nombre de Jesús, el nombre de María y el Escapulario del Carmen, que es llevado por todos y en todas partes.”

142. Un pacto fraterno: El mismo San Francisco de Yepes, tenía gran amistad con el terciario carmelita Antonio de Santiago, varón de notables virtudes. Ambos, vecinos de Medina del Campo, en vida habían hecho un pacto común, por el cual se comprometían, el que de los dos muriese primero, a aparecerse lo antes posible a su amigo, para manifestarle el estado de su alma en la otra vida, si Dios les concediese esa gracia. Y, en efecto, el sábado siguiente a la muerte de Antonio Santiago, que había muerto a los treinta años lleno de virtudes y méritos, se apareció a su amigo. San Francisco de Yepes estaba al rayar el alba orando ante el Sagrario y notó un suavísimo olor, vio luego, muy cerca de sí, a su amigo Antonio, quien le dijo: “Querido y fiel amigo Francisco, que Dios os pague, a ti y a los demás hermanos, lo que ante Dios habéis hecho por mí después de muerto! ¡Oh, hermano mío! ¡Si supieses lo que en el Purgatorio se pasa! Has de saber, hermano, que luego que mi alma salió de su cuerpo, fui llevado al Purgatorio, y en un día y dos noches que allí estuve, padecí grandísimos tormentos y penas amarguísimas, y hoy, sábado, al amanecer, me sacó de mis grandes penas la Virgen del Carmen, por su gran indulgencia sabatina.” Y dicho esto desapareció de la vista de su amigo, a quien luego se le apareció repetidas veces, radiante de gloria, para animarle a seguir muy presto camino del Cielo.

143. *El demonio no puede con el Escapulario*: Cuenta el Padre Francisco de la Madre de Dios, carmelita descalzo, que en la Villa de Salayas, en Méjico, existió un pobre labriego de tan depravadas costumbres, que le rindió vasallaje al demonio, para que ya fuese para siempre su esclavo. Valiéndose una vez de este dominio, los demonios lo cogieron de repente, y, llevándolo por los aires, lo arrojaron en un mezquite, árbol muy espinoso, parecido a la acacia. Allí se hallaba muy atormentado e imposibilitado de bajar de él por medios humanos, ya que es muy tupida su espesura y las muchas espinas que tiene lo hacen impenetrable. Viéndose el pobre hombre en tan miserable estado, y que no podía valerse por sí mismo, comenzó a implorar el favor de la Santísima Virgen del Carmen en tan peligroso trance, ofreciendo imponerse su bendito Escapulario y llevarlo siempre durante todo el resto de su vida, haciéndose perpetuo esclavo de María Santísima y dejando la miserable y ominosa esclavitud de Lucifer que sus pecados le habían impuesto. Acertó a pasar por allí un pobre vaquero, el cual, oyendo las voces de socorro con que imploraba le ayudasen a salir de aquel suplicio horroroso, se acercó y oyó de labios del desdichado lo que los demonios hicieran con él. Después de escucharle y compadecerle, el desventurado le preguntó si llevaba el Escapulario de la Virgen del Carmen, y habiéndole contestado afirmativamente, le rogó que se lo alargara, pues en él tenía puesta toda su esperanza de salvación en tan terrible trance y con su auxilio esperaba librarse de los arides del astuto e infernal enemigo. Entonces el vaquero, quitándose el suyo y poniéndolo en la punta de una garrocha que llevaba, así se lo dio, por no poder hacerle llegar hasta él de otro modo, debido a la espesura de las espinas del mezquite. Recibió el labriego el Escapulario, lo besó reverentemente y se lo puso sobre el pecho con gran devoción y confianza, hallándose en el mismo instante milagrosamente en tierra, y sin saber cómo ni por qué virtud se hallaba ileso. Libre del peligro en que se hallaba, dio gracias al Señor y a su bendita Madre y se fueron juntos en dirección al convento de los carmelitas, a fin de dar cuenta a los religiosos de tal maravilla y para que le impusieran el Escapulario de la Virgen. Llegados a las puertas de la villa, le pidió el vaquero su Escapulario, por tener que ausentarse y hallarse ya muy próximos al convento. Apenas se hubo quitado el Escapulario y entregado al vaquero, cuando nuevamente fue arrebatado por el diablo, quien, llevándole por los aires, le dejó en el mismo lugar de antes; mas el vaquero, que ya conocía las astucias del diablo, otra vez le alargó su Escapulario, con el que milagrosamente se halló de nuevo libre. Volvieron de nuevo al convento, sin dejar nuestro hombre el Santo Escapulario hasta que tuvo impuesto el suyo, refiriendo el caso a los religiosos, los cuales dieron gracias a la Santísima Virgen y le admitieron en el seno de la religión, siendo el hombre, de allí en adelante, el más ferviente esclavo de María y el más ferviente propagador en Méjico de la devoción del Santo Escapulario.

144. *A un capitán de los tercios*: El célebre historiador Daniel de la Virgen María, fallecido en 1678, nos refiere en su 'Spéculum' que en la ciudad de Malinas, en Flandes, Bélgica, se hallaba de guarnición un capitán llamado Carlos Juples, hombre de vida libertina. Le sobrevino una grave enfermedad, que iba a peor de día en día, y con ella su rebeldía y obstinación, pues era imposible inducirle a mudar de vida y a confesarse. El capellán del ejército, compadecido de su desdicha, procuró por cuantos medios le sugería su piedad y celo, atraerle al redil del Buen Pastor; mas todos sus intentos resultaron ineficaces, pues se estrellaban contra aquel corazón disoluto y extraviado. Mas he aquí que el Padre Matías Emboli, el capellán, supo por algunos camaradas del capitán que éste, pocos días antes de que cayese enfermo, había recibido de manos de un antiguo compañero suyo el Santo Escapulario de la Virgen del Carmen. Poco cuidadoso y solícito de la salud de su alma, nuestro alegre y juerguista capitán, apenas si lo había llevado un par de meses; quitándose luego por no soportar semejante molestia con sus aperos militares. Cuando el capellán se enteró de esto, respiró esperando y consolado, prometiéndose que lograría, por la intercesión de María Santísima, que se convirtiese. Se acercó al desahuciado capitán, y le dijo: "Carlos, ¿quieres volver a llevar el Santo Escapulario que recibiste hace unos meses de tu antiguo

compañero de la infancia, el Padre Carmelita Fray Ambrosio? No dudes, hijo mío, que por la intercesión de María Santísima lograrás salir del Purgatorio en el sábado inmediato a tu muerte, como Ella les prometió a sus devotos. Yo te doy mi palabra de celebrar el sábado siguiente una Misa por ti en el altar de la Virgen del Carmen.” Apenas el capitán oyó nombrar a esta Dulcísima y amorosa Madre, se deshizo en copiosas lágrimas, hallándose sin fuerzas para resistir una gracia tan amorosa y persuasiva como le diera con su Escapulario la Virgen Santísima. Se volvió a poner el Escapulario, recibiendo los Santos Sacramentos con visibles muestras de sincero arrepentimiento, y expiró con la placidez de un santo, en brazos del anciano capellán. Al día siguiente, estando el capellán comentando con varios oficiales de su Compañía lo admirable y prodigioso del suceso y la santa muerte que había tenido, le sobrevino al venerable Sacerdote un dolor vehementísimo en la palma de la mano izquierda, como si tuviera una brasa encendida debajo de la piel. Era tan vehemente el dolor



y tan inexplicable, que todos pensaron que era un recuerdo que le enviaba el capitán difunto desde el Purgatorio, a fin de que no se le olvidase celebrar el sábado la misa por su alma. En efecto, los dolores le continuaron durante toda la semana, sin que hallara el menor alivio con los diversos remedios que le fueron aplicados. Llegado el sábado, todos los camaradas y amigos del capitán acompañaron al Padre Emboli cuando fue a celebrar la Santa Misa por el difunto. Celebró el Santo Sacrificio en el altar de Nuestra Señora del Carmen, según le ofreciera, y en el momento de la elevación del cáliz, cesaron de improviso los dolores, mas con una novedad extraña, y fue escuchar, al hacer el memento por los difuntos, la voz del capitán, muy suave cerca de sí, dándole las gracias. Al mismo tiempo se le abrió una llaga en la palma de la mano, por la que manó copiosa sangre, que se le cerró al cabo de unos días, dejándole una cicatriz, que fue testimonio de tan extraño y singular suceso.

145. *El Escapulario que vistiera San Alfonso María de Ligorio, incorrupto:* El Padre Berruti, en su obra ‘El Espíritu de San Alfonso María de Ligorio’, escribe así: “Y como los siervos de Dios se glorían de ser también siervos de su Madre, Alfonso vistió siempre la divisa de siervo devoto y amante de María Santísima, llevando siempre sobre su pecho el sagrado Escapulario del Carmen. Y cosa admirable y prodigiosa: al hacerse el reconocimiento de sus restos mortales a los 28 años de su fallecimiento, allí donde se hallaron marchitos y pulverizados el roquete, el alba de lino y todos los ornamentos pontificales de que estaba revestido el Santo al ser sepultado, se encontró intacto de toda especie de corrupción el Santo Escapulario del Carmen. Parece como si la Celestial Señora quisiera dar a conocer al mundo cuán agradable le fue la devoción de su amado siervo, así como también darnos a conocer que el bendito Escapulario del Carmen es aquella hermosa insignia que entregó a su siervo San Simón Stock, para labrar nuestra eterna salvación.” Bastantes años más tarde sucedió otro prodigio igual con el Escapulario de San Juan Bosco.

146. *Escapulario incorrupto:* El Padre Avertano Albers, carmelita holandés y Obispo de Malang, Indonesia, contaba este hecho milagroso: La devoción a la Santísima Virgen del Carmen y a su Santo Escapulario había echado hondas raíces en nuestra naciente misión. Eran muy pocos los católicos que no llevaban el Santo Escapulario con una gran confianza y sencilla devoción a nuestra Madre. Todos los adultos, al ser recibidos en la Iglesia por el santo Bautismo, inmediatamente pedían ser puestos bajo la protección maternal de María, vistiendo su Santo Escapulario, que llevaban fervorosamente hasta la muerte. Era el año 1945, en los meses de octubre y noviembre. La guerra de independencia del país había llevado al exceso el amor patrio de los indonesios. En la estación misional de Toempang, cerca de Malang, el pueblo, en su ferocidad, asesinó a todos los europeos. Entre las víctimas se contaba un matrimonio católico, ambos fervorosos terciarios

carmelitas, devotos del Santo Escapulario, con el que vivieron y murieron piadosamente. Sus cadáveres fueron sepultados, junto con otros, en una fosa común. Cuatro años después, por mandato expreso del gobierno, se abrió la sepultura, hallándose los cuerpos en una gran putrefacción. Los vestidos aparecían en casi total descomposición, o devorados por las hormigas. No obstante, los Escapularios de ambos consortes permanecían totalmente incorruptos, sin ofrecer el más leve indicio de destrucción; ni a causa del terreno, sumamente húmedo y abundantemente regado en tiempo lluvioso, ni a causa de las hormigas y gusanos. Dichos Escapularios fueron entregados por el gobierno a un hijo superviviente del venerable matrimonio, quien los guarda como preciadas reliquias.

147. Buena lección de amor al vestido de la Madre del Cielo: Como ‘broche de oro’ de esta serie de prodigios obrados por María en favor de sus devotos que llevan con piedad su Escapulario, traemos este bonito ejemplo que demuestra el amor de un jovencito, sencillo pero sin complejos ni miedos al que dirán: De su rústica choza en la India salía un niño negro de nueve a diez años, cuando se cruzó con un capitán inglés, conocido suyo, con el que trabó conversación. En la picaresca sonrisa de su faz y en sus vivos ojitos se veía que era muy despierta la inteligencia de aquel niño, el cual, por cierto, llevaba puesto un Escapulario que le había regalado por aquel entonces el Padre misionero. —“Hola, granujilla,” le dijo el capitán inglés; “bien luces tus trapitos. Pero ¿de qué te sirven? ¿No comprendes que todo eso es una tontería del misionero?” Se mordió los labios el negrito, su cara se iluminó al oír estas palabras y con sus ojos encendidos miró con gran atención al inglés y le dijo con mucha gracia: “Mi capitán, ¿y por qué lleva esa feísima cinta en la solapa? Seguro que el blanco que le ha regalado esa ridiculez se ha burlado de usted.” —“No me ofendas, niño; esta condecoración es señal de que soy un buen servidor de mi reina y señora la reina de Inglaterra, que también es reina tuya.” —“¿De veras?” replicó el negrito, “pues este Escapulario mío, señor inglés, es señal, también, de que soy un buen servidor de mi Reina y Señora la Virgen del Carmen.”

Podríamos multiplicar los hechos milagrosos obrados por medio de este bendito sacramental de María. Pero creemos que basta con los que traemos para que nos ayuden a darle gracias al Señor por las maravillas que obra por medio de su Madre y para acrecentar en nosotros un mayor amor hacia Ella y una más perfecta imitación de sus virtudes.

La maravillosa historia del Santo Rosario

Es muy importante, necesario y de obligado cumplimiento que un palmariano sepa y deba rezar el Rosario, por la cantidad de gracias que trae y los innumerables prodigios, milagros y favores que Dios concede a aquellas almas que lo rezan con devoción. El Rosario o Salterio de la Santísima Virgen se reza con el fin de honrar a las tres personas de la Santísima Trinidad; de honrar la vida, muerte y gloria de Jesucristo, las grandezas y dolores de María Santísima, y los misterios y las gracias del gran don de la Eucaristía; de imitar a la Iglesia Triunfante, ayudar a la Iglesia Militante y aliviar a la Iglesia Purgante; de colmarnos de gracia durante la vida, de paz en la hora de la muerte y de gloria en la eternidad. Pero también conviene que se sepa cual es su historia y el porqué del número de avemarías, o saber por qué se le llama Rosario y cómo se llegó al Santo Rosario Penitencial. En esta breve historia, vamos a conocer todos estos secretos que muchos fieles desconocen.

El origen del Santo Rosario:

Esta devoción del Rosario de la Madre de Dios es la primera y más antigua devoción que tiene la Iglesia Cristiana, y la más substancial. Contiene el padrenuestro que Jesucristo Nuestro Señor enseñó a sus Apóstoles, habiéndole ellos suplicado primero que les enseñase a orar, y el avemaría, con las alabanzas que el Ángel San Gabriel trajo del Cielo de parte de la Santísima Trinidad. Después del padrenuestro, lo primero que en la Iglesia cristiana se solemnizó fue el avemaría, que es principio de todos los misterios de nuestra salvación, y la primera buena nueva de nuestro remedio. De estas dos celestiales y divinas oraciones está compuesto el Rosario, que son las mejores que tiene la Iglesia (como dice Santo Tomás de Aquino) y las

dos son muy adecuadas para conocer a Dios y a su Santísima Madre, porque Dios hecho Hombre nos dio la oración con que suplicamos al Padre Eterno nos conceda todas aquellas cosas que son para nuestro remedio, y nos libre de los males que dañan nuestras almas; y con la otra oración tomamos por intercesora a su Santísima Madre María, representando su grandeza y arrojándonos a los pies de su Divina Misericordia con propósito de no levantarnos de allí hasta que se sirva socorrernos en nuestra miseria. Estas dos oraciones son las dos alas de paloma que pedía David, con las que volamos al Cielo y abrimos sus puertas, y negociamos confiadamente con Dios; son las dos alas que San Juan vio, con las que volamos al desierto y nos libramos de la furia del dragón que con tan grandes ansias busca tragarnos; son las mejores armas que están disponibles en la torre de la Iglesia, y sólo en ellas están cifradas todas las armas para los que se quieran defender eficazmente contra tan poderosos enemigos. Como la oración del padrenuestro encierra en sí todo cuanto



los hombres pueden pretender de Dios, al acabar de rezarlo, nos ayudamos luego del avemaría, en la que se resume la grandeza y la virtud, la misericordia grande y las entrañas amorosas de la Virgen María, la cual, aunque es de nuestra naturaleza, es la criatura más enaltecida por gracia por sobre todo el género humano y los Ángeles del Cielo, es la más allegada a Dios y la que más mercedes saca de aquel fertilísimo y benditísimo fruto de su vientre, Jesús. Por esto juntamos estas dos oraciones, para que juntas nos alcancen lo que pretendemos; y de ellas, como de dos largueros grandes, se haga la mística escalera que llega al Cielo.

En cuanto a las oraciones, el Rosario encierra dos realidades: la oración mental y la vocal. *La oración mental* en el santo Rosario es la meditación de los principales misterios de la vida, muerte y gloria de Jesucristo y de su Santísima Madre. *La oración vocal* consiste en la recitación de cinco decenas de padrenuestros completos; la vocal deberá estar unida a la meditación y contemplación de las principales virtudes que Jesús y María practicaron, conforme a los misterios del santo Rosario. Y para que la lengua y el pensamiento estén de continuo ocupados en tan dulce y sabrosa consideración, para aumentar en el alma el respeto y la reverencia, el amor y el temor que se debe a Dios por tan inefables beneficios, por eso se rezan tantas veces, y se dicen las mismas palabras, sin cansar ni causar tedio el repetirlas, antes bien, se rezan con mucho gusto y placer, como maná venido del cielo, que a quien más lo come, más gusto le da.

Desde los tiempos de los Apóstoles y discípulos de Cristo, estas oraciones han estado en uso siglo tras siglo, hasta nuestros días. Antiguamente llamaban ‘cuentas’ a repetir estos padrenuestros y avemarías, cada uno según su devoción, porque las contaban para cumplir con su tarea con unas piedrecitas, como es el caso de un monje llamado Paulo, eximio varón en Egipto, el cual tuvo quinientos monjes a su cargo. Él estaba trabajando siempre con sus manos, pero de tal manera gastaba el día que se había obligado a decir cada día trescientas veces estas oraciones, y para no errar la cuenta tenía trescientas piedrecitas a su lado, y cuando se terminaban las piedras, que llamaba cuentas, sabía que había terminado sus oraciones. Y lo que decimos de este Santo podríamos decir de otros muchos. Se llamó este antiguo modo de orar salterio, porque se hizo a imitación de los salmos de David, que la Iglesia tomó para el culto divino, que eran ciento cincuenta salmos que cantaban a Dios las misericordias que había usado con aquel pueblo antiguo. Pero los misterios de la vida del Salvador son mucho más poderosos y atractivos, y arrebatan mucho más el corazón cristiano, que ninguna otra cosa criada, pues vemos que a los corazones duros como hierro, los atrae al acatamiento divino y a su presencia mucho más que la piedra imán, y aunque sean más duros que diamantes, se derriten como la cera ante el fuego, unas veces con lágrimas de

amor y otras con lágrimas de dolor llenas de suspiros. No es este salterio de menor dignidad que el de David, sino mayor, porque aunque David hizo aquel salterio iluminado por el Espíritu Santo, lo hizo bajo figuras y semejanzas escondidas bajo aquel velo de oscuridad que entonces reinaba en las sinagogas de los judíos. Pero este salterio y sus misterios santos, son de Cristo Nuestro Señor y Maestro, en la luz, claridad y verdad manifiesta en esta Iglesia militante, que es Cuerpo Místico suyo. Y aquel salterio fue figura de este; este es el que da cumplimiento y sentido verdadero a aquel, para triunfar del todo sobre el pecado y la muerte y el mal. El padrenuestro fue la oración que Cristo Nuestro Señor mandó rezar a sus Apóstoles, enseñándoles a orar en el mundo, y no los salmos de David ni otras oraciones antiguas del Antiguo Testamento; no porque no sean santas ni buenas, sino porque en la oración del padrenuestro, hecha por Nuestro Señor y Maestro Jesucristo, se contiene todo lo bueno y sustancial que los hombres en este mundo pueden pedir. Y el avemaría, fue el saludo de Dios a la Divina Doncella María Santísima, que es un resumen de sus más excelsas alabanzas, y los filiales ruegos de intercesión de la Iglesia militante.

Los fundamentos del Santo Rosario:

Ninguno tenga esta santa Devoción por nueva en el mundo, pues desde su principio ha sido el único remedio a todos los males. Y en él pusieron los ojos aquellos santos Padres antiguos. Ellos se salvaron evidentemente por la fe y creencia en estos misterios y sacramentos. De manera que la virtud de esta devoción no solamente vale a los que participan de la actual ley de gracia, sino que también valió a todos los Padres de la ley antigua, y así los unos como los otros gozamos de sus riquezas.

Para mejor comprensión se ha de advertir, que en el Santo Rosario de la Madre de Dios hay dos cosas, una *esencial* y otra *accidental*. La primera y principal es que el santo Rosario consiste en la consideración del Hijo de Dios, de su Vida santísima y de su dolorosa Muerte, de su gloriosa Resurrección y de su excelsa Gloria, que sería posteriormente enriquecida con los Misterios relativos a la Creación y los Misterios Eucarísticos, poniendo en práctica y ejercitando la fe y memoria que de ellos tenemos, que es creer verdaderamente y confesarlos de corazón; y con esta fe actual y confesión de ella, despertarnos y animarnos a toda virtud y santidad; porque lo demás que hay en esta devoción, que es el modo de rezar y el tomar el nombre de rosario, salterio o corona, y el orden de los misterios, todo esto es menos principal, y es el medio ordenado para lo primero, que con este santo ejercicio se pretende.

Este aspecto principal y esencial del Rosario, que es ejercitarse los hombres con fe actual en los misterios de la Vida y Muerte de Cristo Nuestro Señor, nos muestra cuán antiguo es este ejercicio y cuán provechoso ha sido. Porque después de que entró el pecado en el mundo, y las almas comenzaron a caer en condenación de penas eternas, como dice Santo Tomás, el remedio principal que tuvieron y han tenido siempre los hijos de Adán con uso de razón, para librarse del pecado y de la condenación, ha sido creer con fe viva y actual en el Salvador que Dios les había de enviar de la manera que fuese más agradable a su Divina Majestad, con lo cual se entendía creer en Jesucristo y en su Santa Encarnación y Nacimiento, Vida y Pasión, y los demás misterios, que desde el principio del mundo Dios descubrió a unos, que eran mayores en santidad y oficio, más clara y distintamente y a otros se los descubría más en general y en común, lo que se llama implícitamente.

Esto descubrió Dios en particular a Adán, Abrahán y David, y a los demás Profetas del Antiguo Testamento, y estos tenían por remedio y consuelo considerar con fe viva la Encarnación, el Nacimiento, y todo el curso de la Vida y Pasión, Muerte y Resurrección del Hijo de Dios. Esto es lo que con ansias deseaban ver cumplido y pedían que se cumpliese; esto es lo que la ley representaba con tantos sacrificios y ceremonias, y de aquí con la penitencia obtenían el perdón de sus pecados, la pureza de vida y la alegría de sus esperanzas. Por eso dijo Jesucristo Nuestro Señor de Abrahán: “Abrahán, vuestro padre, deseó ver con ansia este mi día; y por eso lo vio anticipadamente por visión, y se gozó de ello,” él deseó ver el tiempo de Cristo, y lo vio con ojos de fe y se alegró. Moisés tenía por mayores

riquezas los oprobios de Cristo que los tesoros de los egipcios. En esto meditaba Isaías cuando decía: “ha nacido un Niño para nosotros, y se nos ha dado un Hijo de la Virgen.” Y en otro lugar: “Él fue llagado, y despedazado por nuestros pecados. El castigo que a nosotros correspondía para alcanzar la paz con Dios, recayó sobre Él; y con sus contusiones fuimos sanados.”

Después de que estos misterios se prometieron a los antiguos, y ellos de lejos los vieron y veneraron, se cumplieron en la ley de gracia y se vieron presentes; y la fe que estaba en los antiguos, como cubierta y velada, se manifestó y descubrió a los hijos de esta Iglesia. Al fin es claro y evidente, que el principal remedio de todos los fieles es y ha sido siempre el ejercicio de la fe en Jesucristo Nuestro Señor; por eso dijo San Pablo, que el remedio con que se alcanzaba la justificación de las almas es la fe en Cristo Nuestro Señor, y este es el remedio que da fuerzas contra todas las tentaciones del enemigo. Dijo que hay que armarse en todas las tentaciones con el escudo de la Fe para poder rechazar los dardos encendidos del Maligno, para que así pierdan toda su fuerza y no recibamos daño de ellas. Este fue siempre el principal ejercicio de todos los Varones Apostólicos y Mártires de Cristo, de todos los Santos Doctores, Confesores y Vírgenes, y de todos los hijos de la Iglesia.

Y como la fe de todos aquellos Padres de la antigua Ley, y la fe de la nueva Ley es sólo una, diferenciándose en esto, que aquellos se salvaron en la Fe de Cristo Nuestro Señor que había de venir a salvarnos, y estos en la fe de aquel mismo Señor ya venido al mundo, y que puso en ejecución todo lo que había prometido, con su Vida, Pasión, Muerte y Resurrección, de aquí que los misterios también son los mismos, y no hay que dudar que este santo Rosario tiene toda esta antigüedad, aunque nosotros somos los más beneficiados. Porque, como dice San Agustín, para transportar aquel racimo que traían los exploradores de la tierra de promisión entre dos hombres colgado de un palo, iba un hombre delante y otro detrás, y el racimo en medio; y es claro, que el que iba atrás iba más bien libre y cómodo, así por llevar delante y en vista de sus ojos aquel tan hermoso fruto, como también por poder comer de él y refrescarse la boca siempre que quisiese. Así entre aquel pueblo antiguo y este pueblo cristiano, este último es el que lleva el mejor puesto, porque lleva este bendito fruto Jesús delante de sus ojos y puede tocarlo con las manos. Es decir porque nosotros, el pueblo cristiano, podemos tomar de este racimo y coger de sus sacramentos y refrescar nuestras almas, siempre que queramos y tengamos necesidad. Los devotos del Santo Rosario fieles a esta santa devoción, considerando cada día estos santos misterios de la Vida y Muerte del Salvador, y creyéndolos con fe viva, como lo hacen los siervos de Dios, no hacen otra cosa sino acercarse con la boca del alma al canal de la Vida de Cristo, fuente de infinita virtud, y recibir influjos abundantes y copiosos de gracias y consuelos divinos, con que el alma se refresca y lubrica, se hace fértil y produce frutos dignos de la bienaventuranza.

El Rosario en la Edad Primitiva de la Iglesia Cristiana:

Lo que dicen algunos autores, que el Rosario es del tiempo de los Apóstoles hasta ahora, queda claro y es cierto, pero en sus fundamentos, su antigüedad viene aun de más atrás, como queda dicho. Y lo que dicen otros, que el Rosario fue el primer breviario y las primeras horas canónicas que usó la Iglesia Cristiana en esta ley de gracia, y que lo rezaron los Apóstoles por orden de Nuestra Señora, y juntamente con ellos todos los fieles de la primitiva Iglesia, parece demostrado por aquellas palabras de los Hechos de los Apóstoles que dice San Lucas que los fieles “perseveraban en la Fe, eran observantes en las enseñanzas apostólicas y acudían al Santo Sacrificio de la Misa” y que “perseveraban unánimes en oración”, entendamos que habla del rezo del santo Rosario de padrenuestros, ya que el avemaría vino poco después, y porque nunca la Iglesia tuvo otro mejor árbol a que arrimarse, que a los misterios y sacramentos de la Vida, Pasión, Muerte y Resurrección del Salvador. Y



en esa oración perseveraban, esta doctrina aprendían y estos misterios tenían como medio, para que su oración tuviese eficacia. Lo cual queda confirmado en estas palabras de la Santísima Virgen a San Alano de Rupe: “Hijo mío, bien sabes tú de mi antigua devoción del Rosario, divulgada y renovada por tu Padre y siervo mío (Santo Domingo), y predicada por los frailes de tu orden, la cual es a Mí muy grata y a todos los cristianos muy útil y provechosa, por negligencia de los hombres está ya casi extinguida y olvidada”. Esto significa que la devoción del santo Rosario es tan antigua como la Iglesia de Cristo, y fue nuevamente ‘divulgada y renovada’ por Santo Domingo. Aconsejar ahora a los fieles de nuestros tiempos esta santa devoción es ponerles en el camino por donde aquellos santos de la primitiva Iglesia caminaron para la bienaventuranza, de los cuales se derivó esta santa devoción en los santos ermitaños de Egipto y Nitria, y de ahí se recibió por San Agustín, San Jerónimo y San Ambrosio, y otros Padres de aquel tiempo, lo cual es claro y verdadero: lo uno porque el padrenuestro y el avemaría, de los que se teje este santo Rosario, fueron, como tenemos dicho, las primeras oraciones que tuvo la Iglesia en su principio, lo otro porque los misterios en que se basa esta santa devoción son los mismos que la Iglesia entonces y ahora celebra de la Vida, Pasión, Muerte y Resurrección del Salvador y las Glorias de su Santísima Madre, así como la contemplación de la Divina Eucaristía. Se deduce de autores graves y es muy creíble que en la primitiva Iglesia, cuando no había coros ni capillas con la práctica de diversas voces y alabanzas como más tarde, sin embargo eran almas muy escogidas y dadas a contemplación, y fueron unas ascuas encendidas en el Amor Divino; y todavía contemplaban más que rezaban, y obraban más que hablaban.

Esta tradición sobre el Rosario en los primeros tiempos de la Iglesia se hace evidente por sus frutos. Mirad como Santo Domingo (s.XII-s.XIII), no pudo convertir a los herejes albigenses con su predicación, hasta que la Santísima Virgen le enseñó el secreto de cómo hacerlo con grandes frutos: mediante el rezo del santo Rosario. Es obvio entonces que María Santísima, que tuvo en vida la misión de impulsar la conversión de un mundo completamente corrompido y pagano no pudo sino enseñar a sus hijos, los Apóstoles, el uso de esta poderosa arma contra los engaños de la antigua serpiente. Además, cuando consideramos el bien documentado hecho de que en los tres primeros siglos de la Iglesia, esto es, antes de introducirse los salmos en el culto divino, más de once millones de santos mártires sufrieron atroces tormentos y dieron sus vidas en defensa de la Fe cristiana, con una fortaleza que la Reina de los Mártires sólo concede a los devotos de su Rosario, se confirma esta realidad. Así como los primeros cristianos llamaban al Santo Sacrificio de la Misa ‘la fracción del Pan,’ llamaban al Rosario el estar ‘unidos en oración.’ Bien podemos deducir que el Rosario en tiempos de los Apóstoles era muy semejante al Santo Rosario Penitencial, con un padrenuestro en cada cuenta, ya que los primeros cristianos, muy fieles a las enseñanzas de Cristo, tenían gran predilección por el rezo de esta oración que Él les había enseñado; y además, porque sabemos por la historia que los cartujos, que tenían su rosario antes del tiempo de Santo Domingo, rezaban cientos de padrenuestrros diariamente, probablemente inspirados por el ejemplo de sus antecesores que lo habían heredado de los primeros cristianos. Sabemos que la Santa Misa palmariana es muy parecida a la Misa como la celebraban los Apóstoles de Cristo y los primeros cristianos; y se hace cada vez más patente que el santo Rosario penitencial es también parecido al Rosario que rezaban ellos en los tiempos apostólicos.

El desarrollo del Santo Rosario en el culto divino:

Como fueran cayendo algunos de su primer espíritu y fervor, otros iban ordenando cosas con que se entretuviesen y conservasen. San Ignacio, Obispo de Antioquia, y después San Dámaso Magno, Papa en Roma en los años 366 a 384, incluyeron en los usos de la Iglesia los salmos de David, para adorno y cumplimiento de las horas canónicas, y así fueron otros multiplicando los detalles de aquel santo culto divino, pues como somos imperfectos, tenemos necesidad de todo, y de que la oración vocal que despierte a la mental. Que de esto no se halle nada escrito en la historia, no tiene que sorprendernos, pues de muchas cosas de aquel

tiempo, tan importantes como esta, tampoco hallamos nada.

En el siglo V Santa Brígida de Irlanda los contaba usando lo que fue considerado el primer ‘rosario’ hecho de cuentas enlazadas. Pero algunos años después de que esta santa devoción ya había sido recibida y aceptada por los fieles, comenzó a entibiarse su fervor. El santo y docto monje benedictino Beda el Venerable (siglos VII-VIII), con sus predicaciones y exhortaciones avivó ese primitivo Rosario por los reinos de Inglaterra, y la prueba de esto es (como dice San Alano de Rupe de Bretaña, a quien se debe dar gran crédito en esta historia) que los ingleses afirmaban haber recibido de sus antepasados esta devoción y modo de orar, a persuasión del venerable San Beda. Y se ven también Rosarios pintados en imágenes y retablos antiguos, y otros ofrecidos por algunas personas devotas, como aun al presente se suele hacer entre cristianos, pero esto sucedió hace ya más de mil trescientos años.



También narra el historiador Villegas que en el año 854 el Papa San León IV Magno, tan valeroso de ánimo y esforzado como santo, tan bueno para capitán y caudillo en la guerra, como discreto e insuperable en los negocios de la paz, tuvo noticias ciertas de que venían moros y bárbaros en gran número, y con un poderoso ejército a sacarle de su sede de Roma. Viendo que en esta necesidad ningún príncipe cristiano le ayudaba, reunió gente, y él mismo en persona quiso acaudillarlos. Y para salir victorioso de este hecho, les mandó a todos confesar y comulgar, y que invocasen a la Virgen del Rosario; y para que esto fuese continuo, les mandó llevar en una mano la lanza con la que habían de pelear, y en la otra mano un Rosario con el que rezasen por el camino. Saliendo de esta manera de Roma, se dirigieron al ejército contrario, que había desembarcado en el puerto de Ostia. Hecha allí una breve oración, San León IV les echó a todos su bendición, haciendo sobre ellos la señal de la Cruz, y comenzó a luchar con gran furia contra los enemigos, con tanto ánimo que aunque los moros eran muchos y se defendieron valerosamente, al cabo tuvo Dios su complacencia en dar a los nuestros una muy señalada victoria, con tanto destrozo y daño de los enemigos que fueron muertos la mayor parte de ellos y a los demás hicieron huir a sus navíos, tan espantados y llenos de temor que sin esperar un momento se dieron a la vela y se volvieron a sus casas. De esta insigne hazaña se precia el mismo San León IV en una epístola que escribió a Ludovico diciendo que todos los que en defensa de su fe y república murieron en esta ocasión peleando contra infieles, merecen por ello ante Dios grandísimo premio y lo alcanzarán en el Cielo. Otra jornada muy semejante a esta veremos que aconteció después siendo Pontífice San Pío V, en el siglo XVI.

El Santo Rosario en las Órdenes Religiosas:

Algunos dicen que estuvo esta devoción antiguamente en las santas congregaciones de San Benito (s.V-VI) y de San Bernardo (s.XI). También estuvo algún tiempo en los religiosos Padres de la orden de la Cartuja, según escribe el Padre Fray Juan de Madariaga, monje de la misma orden, historiador de la vida y hechos del bienaventurado patriarca San Bruno (s.XI), su fundador. Los Padres cartujos de entonces no se contentaron con ser ellos devotísimos del santo Rosario, sino que quisieron que también lo fuesen los frailes legos de su orden, y que rezasen el santo Rosario en lugar de las horas canónicas de los salmos. El Obispo Fray Juan López cuenta de aquel famosísimo Padre y devotísimo de la Virgen, Eloim de la cartuja de Tréveris en Alemania, en cuyo tiempo el ejercicio del santo Rosario estaba muy abandonado y casi iba a perderse totalmente, y lo restableció la Reina del Cielo con un milagro extraño, y fue que en las fronteras de Alemania había una peste tan terrible que se caían los hombres muertos, sin tener tiempo ni para arrepentirse, y tantos en número que estaban más poblados los caminos de muertos que las ciudades de vivos. En esta ocasión el mencionado Padre Eloim, como hombre a quien tanto dolía el desastre

de aquel reino, suplicaba a Nuestra Señora intensísimamente ayudase a remediar tamaña calamidad. Estando ocupado en esta oración, se le apareció la Virgen Nuestra Señora, le mandó fundar una cofradía del santo Rosario, le dio las reglas que debían guardar, mandó que los fieles lo rezasen cada día y ofreció su santa intercesión a todos los que lo rezasen bien. Se puso este mandamiento en ejecución y al punto cesó la peste, y comenzaron los fieles a navegar con este buen viento del Rosario. Bien es verdad que muerto el dicho padre santo Eloim, como faltó piloto en la nave, encalló la devoción del Rosario y así estuvo algunos años olvidada de muchos.

En el siglo X cuando, en los monasterios, aquellos monjes que no sabían leer rezaban 150 padrenuestros, en sustitución de los 150 salmos del Salterio de David que se rezaban en latín en el coro, muchos fieles hacían lo mismo; y en el siglo XI, San Pedro Damián sugirió rezar 150 Avemarías como una alternativa, aunque lo mejor y más completo hubiera sido añadir los unos a los otros, tal como se ha hecho finalmente en el Santo Rosario Penitencial. Sin embargo, a principios del siglo XIII, esta oración estaba reservada principalmente a los religiosos y sólo algunos fieles, los más devotos, la practicaba.

Después esta santa devoción se llamó Rosario, por orden de la Virgen Soberana, no porque el nombre de salterio no le conviniese, sino porque esta Divina Señora deseaba grandemente llevar a todos los fieles al conocimiento del Evangelio y a que se mirasen como en un espejo en la vida de su Hijo, que es el mayor tesoro que tiene la Iglesia. Y considerando asimismo que el Santo Evangelio, aunque es un sumario de la Vida de Cristo, y como tal lo escribieron los evangelistas, todavía es largo y no pueden todos los ingenios comprenderlo ni tenerlo en la memoria, por haber en él muchas cosas, le pareció conveniente a esta Señora hacer un brevísimo resumen de él y de sus misterios santos, del Nacimiento y Vida, Pasión y Muerte, Resurrección y Gloria de Cristo nuestro Señor. Y para que se grabasen mejor estos misterios en las mentes de los fieles, se los dio a Santo Domingo con una hermosísima diferenciación, por lo que con mucha facilidad se quedaban en la memoria.

El Milagro de Fanjeaux. En la ciudad de Fanjeaux tuvo lugar el primer milagro registrado del apostolado de Santo Domingo de Guzmán en Languedoc. Las disputas públicas y formales bajo la dirección de un árbitro no eran una experiencia inusual para aquellos que defendían la Fe en la tierra de los herejes. Por consiguiente, no les pilló por sorpresa que los albigenses de Fanjeaux les desafiaran a un debate público. Entre las ponencias preparadas por los misioneros, la de Santo Domingo fue considerada la mejor, y se le encomendó el honor de defender la Fe frente a sus adversarios. La disputa se celebró ante una gran audiencia y tuvo como resultado la completa derrota del campeón hereje. Pero los árbitros no emitieron el veredicto obvio, temiendo, sin duda, la enemistad de los herejes entre los cuales vivían. En su lugar, convocaron un nuevo juicio, en el que la decisión se tomaría automáticamente: el juicio por el fuego. Se encendería un gran fuego en el que se arrojarían los documentos que contenían los respectivos argumentos de Santo Domingo y su adversario. El documento que no fuera destruido se consideraría que contenía la verdad. Se hicieron los preparativos necesarios y los documentos del hereje, una vez arrojados a las llamas, se consumieron inmediatamente. Entonces Santo Domingo arrojó también al fuego su defensa de la doctrina católica. No sólo permaneció ilesa, sino que, ante el asombro de toda la asamblea, fue devuelta inmediatamente y se posó sobre una viga de madera. Una segunda y una tercera vez el cuaderno fue arrojado a las llamas, sólo para ser expulsado de nuevo en cada caso, atestiguando así sin lugar a dudas el carácter divino de la verdad que contenía. Pero así como los judíos de dura cerviz se negaron a convencerse de la divinidad de Cristo en presencia de los poderosos milagros que realizaba, del mismo modo la mayoría de los albigenses permanecieron fuertemente arraigados en sus errores incluso en presencia de este convincente portento. Algo parecido sucedió en el cercano poblado de Montreal, donde un grupo de albigenses leyeron un escrito de Santo Domingo. A fin de probar su veracidad, lo echaron al fuego y, aunque estuvo allí mucho tiempo y repetidas veces, quedó perfectamente intacto. Sin

embargo, sólo uno de esos herejes se convirtió al presenciar este segundo milagro. Así se hizo manifiesto que, para convertir a los herejes, se necesitaba un remedio más eficaz que la predicación y más poderoso que los milagros. ¡Se necesitaba el Santo Rosario! Cuando la Santísima Virgen María le dio este sagrado remedio, Santo Domingo luego convirtió a cien mil herejes.

Santo Domingo de Guzmán:

El fuego de la oración estaba entonces casi apagado y fue preciso que el Señor enviase un Domingo de Guzmán para que avivara de nuevo ese fuego. Tal fue la obra del gran Santo español al instituir el Rosario. Desde aquel momento se renovó en la Iglesia el espíritu de fervor y se abrieron las fuentes de la gracia. Tal fue el señalado servicio que Santo Domingo hizo a la religión estableciendo la práctica del Rosario.

En efecto, en el año 1204, Santo Domingo pidió a la Santísima Virgen María que le iluminara sobre la manera más eficaz para lograr la conversión de los herejes. Santo Domingo fue arrebatado en altísimo éxtasis y vio a Nuestra Señora con el Niño Jesús en brazos y que con la mano derecha Ella le mostraba el santo Rosario, a la vez que le indicaba la manera de rezarlo. La Santísima Virgen María dijo a Santo Domingo: “Aquí tienes el arma poderosa contra las herejías. Une a tu predicación y austeridad de vida, el rezo del Santo Rosario, que Yo te prometo que tu apostolado será muy eficaz.” De acuerdo con las instrucciones de la aparición se consolidó el diseño del Rosario, dividido en quince misterios agrupados en tres grupos de cinco decenas cada uno. Las categorías fueron designadas como Misterios Gozosos, Misterios Dolorosos y Misterios Gloriosos.

Luego Santo Domingo trabajó por unos años entre los herejes, y por medio de su predicación, sus oraciones y sacrificios, logró convertir a unos pocos. Pero, muy a menudo, por temor a ser ridiculizados y a pasar tribulaciones, los convertidos se daban por vencidos. Sin embargo, Santo Domingo no propagó con gran éxito públicamente el santo Rosario o Salterio para convertir a los herejes y a los pecadores hasta cuatro años más tarde, en el año 1208. Ocurrió de la forma siguiente, según lo cuenta San Alano de la Rupe (Alain de la Roche, 1428-1475) en su famoso libro intitulado ‘De Dignitate Rosarii’: De la Dignidad del Rosario.

Viendo Santo Domingo que la gravedad de los pecados de la gente obstaculizaba la conversión de los albigenses, cuyas herejías eran un cúmulo de depravadas aberraciones, entró en un bosque próximo a Tolosa y permaneció allí tres días y tres noches dedicado a la penitencia, a la oración continua, sin cesar de gemir, llorar y mortificar su cuerpo con disciplinas para calmar la cólera divina, hasta que cayó medio muerto. La Santísima Virgen se le apareció en compañía de tres personajes celestiales o Ángeles y le dijo que la mejor arma para convertir a las almas duras no era la flagelación, sino el rezo de su salterio: “¿Sabes, querido Domingo, de qué arma se ha valido la Santísima Trinidad para reformar el mundo?” – “¡Oh Señora, Tú lo sabes mejor que yo,” respondió él, “porque después de Jesucristo, tu Hijo, Tú fuiste el principal instrumento de nuestra salvación!” María respondió: “Quiero que sepas que, en este tipo de guerra, el arma siempre ha sido el Salterio Angélico, que es la piedra fundamental del Nuevo Testamento y el principio de la redención del género humano; esto debía ser también el principio de la conversión de los herejes y de la victoria sobre los infieles. Hijo mío, no te sorprendas de no lograr éxito con tus predicaciones. Porque trabajas en una tierra que no ha sido regada por la lluvia. Recuerda que cuando Dios quiso renovar el mundo, envió primero la lluvia de la salutación angélica. Así se renovó el mundo. Exhorta, pues, a las gentes en tus sermones a rezar el Rosario y obtendrás maravillosos resultados en sus trabajos, y continuas victorias sobre la herejía; y recogerás grandes frutos para las almas. Por lo tanto, si quieres llegar a estas almas endurecidas y ganarlas para Dios, predica mi salterio.”



Santo Domingo había estado predicando a los herejes, tratando de convencerlos y rebatir uno por uno sus errores, pero el resultado fue negativo; por lo que la Santísima Virgen también le dijo: “Hijo mío, tienes una excesiva fe en la eficacia del razonamiento, para llevar a buen camino a los herejes. ¡Tú ves cuán vanos han sido tus desvelos! Expón, tan claro como puedas, las verdades fundamentales; y de vez en cuando interrumpe tus discursos para que los oyentes se entreguen contigo a la oración. Háblales de los medios que Dios aplicó para salvar al hombre. Refiéreles la Anunciación que del Cielo me trajo el Ángel; la Encarnación del Hijo de Dios, su nacimiento, su vida, sus padecimientos y su muerte; y termina con su Resurrección y su Ascensión al Cielo. Muéstrales estos misterios con la mayor claridad posible; y reza luego el Padrenuestro y diez Avemarías, para ablandar los corazones endurecidos. Abundantes frutos cosecharás con ello, puesto que infinito es el poder de la oración...” De esta manera nació el santo Rosario.

Se levantó el santo muy consolado. Inflamado de celo por la salvación de aquellas gentes, entró en la catedral. Al momento repicaron las campanas para reunir a los habitantes, gracias a la intervención de los Ángeles. Al comenzar Santo Domingo su predicación, se desencadenó una terrible tormenta, tembló la tierra, se oscureció el sol, truenos y relámpagos repetidos hicieron temblar y palidecer a los oyentes. El terror de estos aumentó cuando vieron que una imagen de la Santísima Virgen expuesta en un lugar prominente, levantaba por tres veces los brazos al Cielo para pedir a Dios venganza contra ellos si no se convertían y recurrían a la protección de la Santa Madre de Dios. Quería el Cielo con estos prodigios promover esta nueva devoción del santo Rosario y hacer que se la conociera más. Gracias a la oración de Santo Domingo, se calmó finalmente la tormenta. Prosiguió él su predicación, explicando con tanto fervor y entusiasmo la excelencia del Santo Rosario, que casi todos los habitantes de Tolosa lo aceptaron y renunciaron a sus errores. En poco tiempo se experimentó un gran cambio de vida y de costumbres en la ciudad. Santo Domingo, inspirado por el Espíritu Santo, predicó todo el resto de su vida el santo Rosario con el ejemplo y la palabra, recorriendo las ciudades y los campos, ante los grandes y los pequeños, ante sabios e ignorantes, ante católicos y herejes, sufriendo mucho por los continuos ataques de los enemigos de esta singular devoción.

San Alano relata que Nuestro Señor Jesucristo le dijo: “Domingo, me alegro de que no te apoyes en tu sabiduría y de que trabajes con humildad en la salvación de las almas sin preocuparte por complacer la vanidad humana. Muchos predicadores quieren desde el comienzo tronar contra los pecados más graves, olvidando que antes de dar un remedio penoso es necesario preparar al enfermo para que lo reciba y aproveche. Por ello, deben exhortar antes al auditorio al amor a la oración y, especialmente, a mi salterio angélico. Porque, si todos comienzan a rezarlo, no hay duda de que la clemencia divina será propicia con los que perseveran. Predica, pues, mi Rosario.”

En cierta ocasión, Santo Domingo tenía que dar un sermón en la Iglesia de Notre Dame (Nuestra Señora) en París con motivo de la fiesta de San Juan Evangelista y, antes de hacerlo, rezó el Rosario. La Virgen se le apareció y le dijo que su sermón estaba bien, pero que mejor lo cambiara y le entregó un libro con imágenes, en el cual le explicaba lo mucho que gustaba a Dios el Rosario de avemarías porque le recordaba ciento cincuenta veces el momento en que la humanidad, representada por María, había aceptado a su Hijo como Salvador. Santo Domingo cambió su sermón y habló de la devoción del Rosario y la gente comenzó a rezarlo con devoción, a vivir cristianamente y a dejar atrás sus malos hábitos.

Cuando Santo Domingo predicaba el Rosario cerca de Carcasona, un hereje se dedicó a ridiculizar los milagros ocurridos y los quince misterios del santo Rosario. Impedía así la conversión de los herejes. Dios permitió, para castigo de este impío, legiones de demonios se apoderaran de su cuerpo. Sus padres lo condujeron entonces al Santo para que lo librara de los espíritus malignos. Santo Domingo lo exorcizó en presencia de una gran muchedumbre. Se cree que estaban presentes más de doce mil personas. Los demonios que poseían a este

infeliz fueron obligados a responder, a pesar suyo, a las preguntas del Santo y confesaron que eran quince mil los que poseían el cuerpo de aquel miserable, porque el hereje había atacado los quince misterios del Rosario. Los demonios dijeron que, con el Rosario que Santo Domingo predicaba, causaba terror y espanto a todo el infierno, y que era el hombre más odiado por ellos en el mundo a causa de las almas que les arrebatava con la devoción del Rosario; y revelaron, además, muchos otros detalles.

Santo Domingo arrojó su Rosario al cuello del poseso y les preguntó que de todos los Santos del Cielo a quién temían más y a quién debían amar y honrar más los mortales. A esta pregunta, los demonios prorrumplieron en alaridos tan espantosos, que muchos de los oyentes cayeron en tierra, sobrecogidos de espanto. Los espíritus malignos, para no responder comenzaron a llorar y lamentarse en forma tan lastimera y conmovedora, que muchos de los presentes empezaron también a llorar movidos por natural compasión. Y decían con voz dolorida por boca del poseso: “¡Domingo! ¡Domingo! ¡Ten piedad de nosotros! ¡Te prometemos no hacerle daño! Tú que tienes tanta santa compasión de los pecadores y miserables: ¡ten piedad de nosotros! ¡Mira cuánto padecemos! ¿Por qué te complaces en aumentar nuestras penas? ¡Conténtate con las que ya padecemos! ¡Misericordia! ¡Misericordia! ¡Misericordia!”

El Santo, sin inmutarse ante las dolientes palabras de los espíritus, les respondió que no dejaría de atormentarlos hasta que hubieran respondido a sus preguntas. Le dijeron los demonios, que responderían pero en secreto y al oído, no ante todo el mundo. Insistió el Santo y les ordenó que hablaran en voz alta. Pero su insistencia fue inútil: los diablos no quisieron decir palabra. Entonces, el Santo se puso de rodillas y elevó a la Santísima Virgen esta plegaria: “¡Oh poderosísima Virgen María! ¡Por virtud de tu salterio y Rosario, ordena a estos enemigos del género humano que respondan a mi pregunta!” Hecha esta oración, de repente salió una llama ardiente de las orejas, nariz y boca del poseso. Los presentes temblaban de espanto, pero ninguno sufrió daño. Los diablos gritaron entonces: “Domingo, te rogamos por la Pasión de Jesucristo y los méritos de su Santísima Madre y de todos los Santos, que nos permitas salir de este cuerpo sin decir palabra. Los Ángeles, cuando tú lo quieras, te lo revelarán. ¿Por qué darnos crédito? No nos atormentes más: ¡ten piedad de nosotros!”

“¡Infelices, sois indignos de ser oídos!”, respondió Santo Domingo. Y arrojándose de nuevo, elevó esta plegaria a la Santísima Virgen: “Oh dignísima Madre de la Sabiduría, acerca de tu salutación, de qué forma debe rezarse, ya queda instruido este pueblo, te ruego para la salud de los fieles aquí presentes que obligues a estos tus enemigos a que abiertamente confiesen aquí la verdad completa y sincera.”

Había apenas terminado esta oración, cuando vio a su lado a la Santísima Virgen, rodeada de multitud de Ángeles, que con una varilla de oro en la mano golpeaba al poseso y le decía: “¡Responde a Domingo, mi servidor!” Nótese que nadie veía ni oía a la Santísima Virgen, fuera de Santo Domingo, pero sí veían las reacciones del poseso y escuchaban lo que los demonios por su boca decían.

Entonces los demonios comenzaron a gritar: “¡Oh Enemiga nuestra! ¡Oh Ruina y Confusión nuestra! ¿Por qué viniste del Cielo a atormentarnos en forma tan cruel? ¿Será preciso que por Ti, ¡oh Abogada de los pecadores a quienes salvas del infierno!, ¡oh Camino Seguro del Cielo!, seamos obligados, a pesar nuestro, a confesar delante de todos lo que es causa de nuestra confusión y ruina? ¡Ay de nosotros! ¡Maldición a nuestros príncipes de las tinieblas! ¡Oíd, pues, cristianos! Esta Madre de Cristo es omnipotente y puede impedir que sus siervos caigan en el infierno. Ella, como un sol, disipa las tinieblas de nuestras astutas maquinaciones. Descubre nuestras intrigas, rompe nuestras redes y reduce a la inutilidad todas nuestras tentaciones. Nos vemos obligados a confesar que ninguno que persevere en su servicio se



condena con nosotros. Un solo suspiro que Ella presente a la Santísima Trinidad vale más que todas las oraciones, votos y deseos de todos los Santos. Le tememos más que a todos los Bienaventurados juntos y nada podemos contra sus fieles servidores.”

“Tengan también en cuenta que muchos cristianos que la invocan al morir y que deberían condenarse, según las leyes ordinarias, se salvan, gracias a su intercesión. ¡Ah! Si esta Marieta (así la llamaban en su furia) no se hubiera opuesto a nuestros designios y esfuerzos, ¡hace tiempo habríamos derribado y destruido a la Iglesia y precipitado en el error y la infidelidad a todas sus jerarquías! Tenemos que añadir, con mayor claridad y precisión, obligados por la violencia que nos hacen, que nadie que persevere en el rezo del Rosario, se condenará; porque Ella obtiene para sus fieles devotos la verdadera contrición de los pecados, para que los confiesen y alcancen el perdón e indulgencia de ellos.”

Entonces, Santo Domingo hizo rezar el Rosario a todos los asistentes, muy lenta y devotamente. Y, a cada avemaría que recitaban – ¡cosa sorprendente! – salía del cuerpo del poseso una multitud de demonios, en forma de carbones encendidos. Cuando salieron todos los demonios y el hereje quedó completamente liberado, la Santísima Virgen dio su bendición, de manera invisible, a todo el pueblo, que con ello experimentó sensiblemente gran alegría. Una vez liberado, el hereje abjuró de sus errores, se convirtió y se hizo inscribir en la Cofradía del Rosario, con muchos otros correligionarios suyos, conmovidos ante este castigo y la fuerza del Rosario. Este gran milagro fue causa de la conversión de muchos herejes que ingresaron en la Cofradía del Santo Rosario.

El Santo Rosario, arma potente contra los enemigos de la Iglesia:

Pero el Rosario no era sólo una nueva y hermosa costumbre de honrar a la Virgen por la repetición de la salutación angélica. Desde la época de Santo Domingo, el Rosario apareció como un arma contra los enemigos de la Iglesia.

Un documento histórico muestra a Santo Domingo victorioso por el empleo de esta oración en una famosa batalla contra los herejes. Se trata de la primera victoria del Rosario adquirida en Muret, cerca de Toulouse, el 12 de septiembre en 1213. Ochocientos caballeros católicos, convocados por el Papa San Inocencio III, se vieron enfrentados por aproximadamente 34.000 soldados enemigos. Santo Domingo con el clero y el pueblo entró en la Iglesia de Muret, y él los hizo rezar un Rosario después de otro. Simón de Montfort, el dirigente del ejército cristiano y a la vez amigo de Santo Domingo, hizo que éste enseñara a las tropas a rezar el Rosario. Lo rezaron con gran devoción antes de esta su batalla más importante en Muret. De Montfort consideró que su victoria había sido un verdadero milagro y el resultado del Rosario. Como signo de gratitud, De Montfort construyó la primera Capilla a Nuestra Señora del Rosario. Cinco meses después del suceso, un notario de Languedoc observando la humildad de Domingo, que no duda en rezar el Rosario (una oración muy humilde, una oración popular); y destacando su tesón para rezar Rosarios de cinco misterios, o coronas, rezándolos uno después de otro, consignó por escrito estos hechos. La victoria de los caballeros católicos, encabezados por Simón de Montfort fue brillante y milagrosa. Las crónicas relatan que los enemigos de la religión cayeron unos sobre otros como los árboles de un bosque bajo las sierras de un ejército de leñadores.

¿Quien podrá contar las victorias que Simón, conde de Montfort, logró sobre los albigenses, gracias a la protección de Nuestra Señora del Rosario? Fueron tan famosas, que jamás se ha visto cosa parecida. Con quinientos hombres derrotó, una vez, a un ejército de diez mil herejes. En otra ocasión, con treinta venció a tres mil. En otra, con ochocientos hombres de caballería y mil de infantería, despedazó el ejército del rey Aragón, compuesto de cien mil hombres, perdiendo solamente un soldado de caballería y ocho de infantería.

¿De cuántos peligros libró la Santísima Virgen a Alán de Lanvallay, caballero bretón que combatía en favor de la fe contra los albigenses! Mientras se hallaba cierto día rodeado de enemigos por todas partes, la Santísima Virgen lanzó contra ellos ciento cincuenta piedras y lo libró de sus manos. Otro día, en que su nave había naufragado, y estaba ya

próximo a sumergirse, esta bondadosa Madre hizo emerger de las aguas ciento cincuenta colinas, por las que caminando llegó a Bretaña. Él, como memorial de los milagros que en su favor había hecho la Santísima Virgen en recompensa del Rosario que le rezaba cada día, hizo edificar un convento en Dinán, en la Bretaña francesa, para los religiosos de la nueva Orden de Santo Domingo. Después se hizo religioso y murió santamente en Orleáns.

Igualmente, Otero, soldado bretón de Vaucouleurs, hizo huir muchas veces compañías enteras de herejes y ladrones con su Rosario y espada al brazo. Sus enemigos, después de las derrotas sufridas, le aseguraron que habían visto su espada resplandeciente y, algunas veces, un escudo en su brazo en el cual estaban grabadas las imágenes de Jesucristo, la Santísima Virgen y los Santos, que le hacían invencible y le daban fuerza en la batalla. Cierta vez, con diez compañías, venció a veinte mil herejes, sin perder uno solo de sus soldados. Hecho que impresionó tanto al general del ejército enemigo, que fue en busca de Otero, abjuró de la herejía y declaró que lo había visto cubierto de armas de fuego durante el combate.

Pero además de ser una alabanza a María, y de ser un brazo providencial para la defensa de la cristiandad, el Rosario era también un método de la predicación. Por recomendación de nuestra Señora, Santo Domingo predicó los misterios de la fe, y al mismo tiempo hizo que sus audiencias oraran el padrenuestro y las avemarías. Él actuó de esta manera porque el discurso, por muy brillante, no bastaba para convertir. Sólo la gracia de Dios puede romper resistencias secretas del alma, y esta gracia sólo puede ser obtenida por la oración. Es principalmente la oración de Santo Domingo, y él se pasaba las noches rezándolo. Este método fue especialmente adecuado para la destrucción de las herejías. Si la ausencia de la predicación católica había favorecido la implantación de las herejías, la predicación popular de los misterios del Rosario, unida a la oración del padrenuestro y el avemaría, era el remedio radical a este flagelo.

Aunque antes de Santo Domingo ya existía el santo Rosario y estuvo encargado a otros, y particularmente a los padres cartujos, sin embargo, los Sumos Pontífices dicen que el que primero lo fundó y predicó fue Santo Domingo, y esto se entiende en el orden y modo que ahora lo tenemos y está confirmado por la Santa Sede Apostólica, porque este glorioso Santo alumbrado por el Espíritu Santo y socorrido con la intercesión de la soberana Virgen fue el primero que lo propagó y a quien los Pontífices encomendaron esta empresa. Igualmente, los Sumos Pontífices llaman al mismo Santo Domingo el 'primer Inquisidor', porque fue el primero que tuvo el título de inquisidor apostólico, aunque 400 años antes, en tiempo de San Carlos I Magno, hubo otros inquisidores, los cuales inquirían secretamente de la Fe y costumbres, y castigaban severamente a los blasfemos y a los apóstatas de fe. Así de la misma manera decimos que, aunque antes de él hubo otros que trataron del Rosario y lo predicaron, se dice que Santo Domingo fue el primero, porque lo puso y enseñó en el punto y orden que luego fue confirmado por la Sede Apostólica, y por eso fue el autor y el primero que enseñó esta santa devoción al mundo, que luego fue reajustado por el Papa San Pío V, y más tarde modificado de nuevo por San Gregorio XVII; porque en tiempos anteriores, unos lo llamaban de una manera y otros de otra, unos con más misterios, otros con menos. Aunque fueron muchos los milagros que en tiempo de Santo Domingo se obraron por la predicación del Rosario, los mayores fueron estos: que disipando las tinieblas de los entendimientos de aquellos hombres, que eran las herejías, admitían esta luz soberana de los misterios del Rosario, cuyo efecto obraba ricamente en ellos, viniendo a beber a los canales de esta doctrina santa y católica de la Iglesia, predicada por el santo varón y sus compañeros; y concibieron santos propósitos de virtudes, muy contrarios a los que antes tenían, para con nueva resolución servir a Dios y hacer penitencia, preciándose de ser hijos muy fieles de la Iglesia. En definitiva, Santo Domingo fue el total restaurador de esta santa devoción.



La Orden de los Predicadores o Dominicos:

En 1215, Santo Domingo, con seis seguidores, fundó la Orden de los Predicadores o Dominicos, en Toulouse, Francia, con la aprobación del Papa. Desde el principio, los primeros predicadores demostraron ser muy celosos en la difusión de la devoción del santo Rosario. Los dominicos, dispersos por los cuatro rincones de la cristiandad, tuvieron una influencia decisiva en la expansión del Rosario y su implantación en todas las clases de la sociedad. La Orden fundada por Santo Domingo desarrolló desde sus inicios, de una manera extraordinaria, la devoción de la práctica del avemaría. Comenzaron a llamar la oración el “Salterio Mariano,” porque pensaron, y con razón, que en este celestial elogio, el Rosario, se incluyen todos los secretos divinos de los salmos; sobre todo, porque los salmos cantaban al que debía venir, mientras que esta fórmula de plegaria se dirige a la que nos lo ha traído.

Todos estos cambios tuvo esta santa devoción del Rosario, hasta que vino al mundo la ilustrísima orden de predicadores, la cual según el plan divino, tenía como regla principal en sus constituciones la predicación del Santo Evangelio y la salud del prójimo. La Virgen soberana acudió luego a encomendarles también su tan querida devoción, al mundo tan necesaria, para que juntamente la predicasen con el Evangelio, porque como los monasterios de la Cartuja ordinariamente están en lugares desiertos, los Padres de aquella santa orden no podían recomendar a menudo al pueblo cristiano el Santo Rosario, para que se aficionase a esta santa devoción, y así les cupo a ellos solamente la contemplación y ofrecimiento a Dios de estos misterios en general por la humanidad, y la Virgen soberana encomendó lo uno y lo otro a la orden de los predicadores, como a gente que Dios escogía muy en particular para estos ministerios de la contemplación y la predicación del santo Rosario. Así luego el santo Rosario fue empresa suya, y a ellos les pertenecía impulsar este santo ejercicio en el mundo y predicarlo por mandamiento expreso de la Virgen del Cielo, y por encargo de los Santos Pontífices. No debe maravillarnos que cada día los religiosos de esta orden promovieran esta santa devoción en sus sermones y sacaran a luz libros para exhortar al pueblo cristiano a la devoción del santo Rosario, pues era este su oficio propio, que la Santísima Virgen se los encomendó como herencia de su Padre Santo Domingo.

Un creciente número de hombres se unió a la obra apostólica de Santo Domingo y con gran celo predicaban y enseñaban, y los frutos de conversión se multiplicaban. A medida que la orden crecía, se extendieron a diferentes países como misioneros para la gloria de Dios y de la Virgen. Santo Domingo no puso en nada tanto empeño durante su vida como en alabar a la Santísima Virgen, predicar sus grandezas y animar a todo el mundo a honrarla con el Rosario. La poderosa Reina del Cielo, a su vez, no cesó de derramar sobre el Santo bendiciones a manos llenas. Ella coronó sus trabajos con mil prodigios y milagros y él alcanzó de Dios cuanto pidió, por intercesión de la Santísima Virgen. Para colmo de favores, le concedió la victoria sobre los herejes albigenses y le hizo Padre y Patriarca de una gran orden.

Cuando Santo Domingo trajo la devoción del Rosario a España, un milagro famoso aconteció en la ciudad de Zaragoza. Querer contar todos los milagros que se le ofrecieron al bienaventurado Padre Santo Domingo en la predicación del santo Rosario, sería nunca acabar, pero veamos uno que pondrá en grande admiración a los lectores, el cual le aconteció venido a España, hecho el primer General de su Orden, en los primeros días de marzo del año 1219. Llegando pues a la ciudad de Zaragoza, predicó su acostumbrada devoción del Rosario (entre otras muchas doctrinas que predicaba), la cual fue muy bien recibida de muchos, y asentó bien en los corazones de los oyentes. Y como la fama del santo varón creciese, venían muchos a oírle, y entre otros un caballero principal y poderoso en las cosas del mundo, aunque muy siervo y cautivo de Satanás, por sus grandes pecados, que cuando estos se apoderan de la nobleza, no hay cosa que tanto daño haga. Este caballero era un poco pariente de Santo Domingo, y había desesperado en las cosas de su alma, por ser ellas tan grandes y sin remedio a su parecer. Oyó que el Santo predicaba las maravillas del Rosario y que muchos se convertían y cambiaban de vida por este medio, y se dijo: “Había perdido la

esperanza de salvarme. Pero empiezo a recobrar la confianza. ¡Es preciso que acuda a escuchar a este hombre de Dios!” Quiso ver lo que se decía de aquel Santo, y así entró a oírle un sermón, acompañado de muchos criados, tales cuales el señor, pues le servían para su condenación. Entrando pues por la iglesia, el bienaventurado Santo Domingo estaba predicando, y decía aquellas palabras que Cristo nuestro Señor dijo a los judíos: “Todo aquel que comete pecado, esclavo es del pecado,” y cargaba la consideración sobre ellas. Y vio a este caballero, y conoció en él sus maldades, pues vio que tantos demonios le traían atado con cadenas, cuantos pecados había cometido. Y oyéndole el sermón, el Santo en el púlpito comenzó con mucha instancia a rogar en su corazón a Dios



por él, y prosiguiendo su predicación, con grandes suspiros comenzó a dar voces, diciendo: “Oh hijos de Dios, rescatados con su preciosísima Sangre, fraguados en aquellas amorosísimas entrañas en la Cruz, y lucidos con lágrimas de treinta y tres años, llamados y escogidos para traer a Dios en vuestros corazones, y la fe santa de su Evangelio, decidme, ¿cómo no os avergonzáis y confundís de admitir en ellos a los demonios, y de llevar sus medallas estampadas en ellos?” Estas y otras semejantes razones salían de aquella boca de oro, como saetas encendidas de aquel gran fuego de amor divino, que en el pecho del Santo reinaba, y pusieron miedo en aquel corazonazo obstinado, al cual la oración del Santo había ya ablandado algo con Dios. Acabado el sermón se fue muy temeroso y espantado, y aunque no convertido, cobró un poco de miedo a su estado, y amor al predicador y a su doctrina, por lo cual tornó otro día a oírle de buena gana. Santo Domingo, cuando le alcanzó a ver en la iglesia, se enterneció de nuevo con la mucha caridad que en aquel pecho ardía. Y prosiguiendo su sermón, iba suplicando a Dios por el remedio de aquella alma; y para que todos los que allí estaban vieses la extraña visión que él había visto, para que con la vergüenza y confusión el hombre perdido sanase, y a los otros fuese escarmiento y ejemplo, y permitiéndolo así la misericordia del Señor (porque los pecados y desordenes del hombre eran públicos y notorios), fue visto de todos, o de los demás lo que invisiblemente pasaba. Comprendiendo que este corazón endurecido no se convertiría sino ante un golpe extraordinario, gritó en alta voz: “Señor Jesucristo, ¡haz ver a todo este auditorio el estado del alma en que se halla la persona que acaba de entrar en tu templo!” Toda la concurrencia vio entonces a Don Pérez rodeado de una multitud de demonios en figura de bestias espantosas, que lo tenían atado con cadenas de hierro. Llenos de espanto huyeron todos desordenadamente, con inmensa confusión de Don Pérez, aterrado y avergonzado al verse convertido en objeto de horror para todo el mundo. Y fue con tanto temor y alboroto de la gente, que el miserable y triste hombre entendió ser él la causa del ruido y bullicio en la iglesia movido, porque los que lo veían así huían de él como del diablo, y un criado suyo entre los demás, que le vio cual queda dicho, huía de él y se espantaba, al cual viendo el caballero don Pedro (que así se llamaba) le preguntó por qué huía de él, y el criado respondió que él no era su amo, sino Satanás con una legión de demonios. Y finalmente su propia mujer, que a la sazón estaba en la iglesia orando en una capilla de nuestra Señora con sus doncellas y mujeres de acompañamiento, viendo el grande bullicio que había en la iglesia, salieron al cuerpo de ella todas. Y como ella viese a su marido, y ellas a su señor, con los ojos con que el Santo le veía, comenzaron a dar voces y clamores, y a huir de él como de un fuego del infierno. Duró la turbación grande rato, y al cabo de él, tornando en sí el dicho don Pedro, decía entre sí mismo con mucho desasosiego: ‘Gran perdición mía es esta, que mi mujer y criados huyan de mí, y todo el pueblo.’ Llegada ya la hora que tenía nuestro Señor guardada para su reparo, el glorioso Padre Santo Domingo le envió un compañero suyo llamado fray Bernardo, con un Rosario de los que el Santo tenía en las manos cuando predicaba, y con él un recado,



rogándole mucho rezase aquel Rosario para remediar su desgracia, antes que Dios ejecutase en él los rigurosos castigos que usó con Datán y Abirón, y la tierra se abriese y los infiernos le tragasen. Le dijo: “¡Reconoce, infeliz, el deplorable estado en que te encuentras y arrójate a los pies de la Santísima Virgen! ¡Toma este Rosario! ¡Rézalo con devoción y arrepentimiento de tus pecados y resuélvete a cambiar de vida!” Es muy saludable el temor en estas ocasiones, y no pequeña merced del Espíritu Santo que lo causa y produce. El triste don Pedro, airado y encogido con él, así por lo que veía que todos huían de él, como por las palabras que Santo Domingo le enviaba a decir, recibió el dicho Rosario, y suspirando le respondió: “Decidle Padre mío al siervo de Dios Domingo, que yo tengo en gran merced el Rosario que me ha enviado, y ya que ve mi perdición, ve más que yo, y que no

cese de rogar a Dios por mí,” y de allí se fue con el nuevo rosario, ante la imagen de nuestra Señora, y comenzó a rezarlo, y cuando lo hubo acabado se fue para el bendito Santo, que le esperaba, rogando a Dios por él; y como él dijese que se quería confesar, el siervo de Dios le oyó de penitencia, con mucho dolor y contrición de sus pecados. Y no sabiendo el Santo qué penitencia darle, por tantos y tan graves pecados, se fue ante la imagen de nuestra Señora y le suplicó con muchas veras le alumbrase para que diese saludable penitencia a aquella oveja perdida. Y la Virgen soberana, que nunca menospreció la oración de su Santo, le respondió: “Hijo, el Rosario que le hiciste comenzar, haz que lo diga en penitencia de sus pecados cada día con otras saludables penitencias.” Vuelto pues el dicho Padre con mucha alegría adonde don Pedro ya convertido estaba, con mucha angustia y tristeza de su conciencia, acabó de oírle de confesión de lo que entretanto se le había acordado, y dada cierta penitencia pública y honesta, que convenía para el buen ejemplo del pueblo, porque públicamente sabían había cometido grandes pecados y manifiestos, y haber caído en muchas excomuniones, y que de ninguna pedía absolución. Le absolvió el siervo de Dios de todas, y de los pecados que eran muy grandes, y le dio de penitencia rezase el Rosario toda la vida, mostrándole como lo había de rezar. Y consolándole le decía: “Vos señor caístéis por vuestros pecados en manos de la ira y justicia de Dios, y ahora habéis alcanzado de su divina misericordia, y pues vos no sois digno de ser oído, para que lo seáis por oraciones de otros, entrad en esta santa cofradía del Rosario.” Oídas estas y otras razones de buena gana, don Pedro se escribió en la cofradía del Rosario, y se fue a su casa dando gracias al bendito Santo. Su mujer y familia, que antes huían de él, volvieron, aunque con algún miedo al principio, pero después como de antes. Y creciendo todos grandemente en la devoción del Rosario, en discurso de tiempo le vieron, no ya con cadenas y en poder de demonios, sino muy justificado y aprovechado muchas veces rezando su Rosario y, puesto en oración, vieron sobre su cabeza unas coronas. Lo quiso así la divina providencia de consolar aquella casa tan penitente y reformada, y que viese semejantes visiones en este estado tan dichoso, pues vieron otras muy contrarias en el otro. Y Don Pedro decía muchas veces a su mujer y a otros de su casa en santa conversación y pláticas que cada vez que confesaba algún pecado al bienaventurado Padre Santo Domingo, sentía en su cuerpo, que le desataban y quitaban una grande cadena muy pesada. Y así no solamente perseveró de ahí adelante en esta santa devoción, mas puso a mucha gente en ella. Y se vio por las oraciones del siervo de Dios la casa de este caballero hecha templo suyo, la cual antes había sido cueva de ladrones y de Satanás. Y finalmente creció tanto en virtud con esta santa devoción, que alcanzó le fuese revelada la hora de su muerte, y que nuestro Señor y su Santísima Madre le visitasen en ella, y le guardasen de los enemigos. Y así dio su espíritu en manos del Señor muy alegremente con grande admiración y consuelo de todos los que le vieron morir tan santa y devotamente. Esta historia, por ser negocio tan grave, y referida por hombres muy principales, no se puede entender otra cosa, porque la cuenta el Padre Maestro Fray Juan de Monte en su

Marial, el cual en cierto tiempo fue compañero de nuestro Padre Santo Domingo, y se halla también en lo que escribió Pedro Blesense, y lo refiere asimismo el Padre Fray Tomás de Temple Español, el cual también fue compañero de nuestro Padre Santo Domingo, y el Padre Maestro Fray Hernando del Castillo, historiador de la Orden de Predicadores, y otros muchos. Pero es extraño que de este hecho tan heroico no quedase en aquella ciudad alguna señal. Algunos dicen por tradición que una capilla que estaba apegada al convento de Predicadores de Zaragoza, intitulado nuestra Señora del Milagro, que tuvo principio y nombre de este hecho, y que después viniendo de allí a poco tiempo los frailes de predicadores a fundar casa en la misma ciudad, la fundaron viviendo el glorioso Padre Santo Domingo, junto a esta capilla del dicho milagro, porque los Reyes de Aragón así lo quisieron, por tenerlos más cercanos a su palacio real de la Aljafería, y los religiosos se holgaron hacer su asiento junto a aquella capilla, la cual tan frescamente representaba el hecho de su buen Padre.

Un doctor en sagrada teología y en ambos derechos vino a ser muy devoto del Rosario. Una condesa española, instruida por Santo Domingo en la devoción del Rosario, lo rezaba a diario con maravilloso adelanto en la virtud. Nada deseaba tanto como vivir para la perfección. Pidió a un Obispo y célebre predicador, algunas prácticas de perfección para ganar algo en el amor del Señor, que esta es sed y hambre de los buenos. El buen doctor la oyó y comenzó a darle provechosas doctrinas, las ordinarias es a saber que amase a su marido y sirviese, criase sus hijos en el amor del Señor, que se guardase de chismería y hablaría y palabras ociosas etcétera. Él le dijo que era necesario le declarase el estado de su alma y sus ejercicios de piedad. Contestó ella que el principal de estos era el Rosario, que rezaba todos los días, meditando los misterios, gozosos, dolorosos y gloriosos con gran provecho espiritual. Y comenzó a decir por la devoción del Rosario tantas y tan lindas consideraciones que quedó asombrado el obispo y, al oír explicar las maravillosas enseñanzas contenidas en los misterios, le dijo entusiasmado: “Hace veinte años que soy doctor en teología y en ambos derechos, y hasta hoy nunca vi ni oí cosas tan maravillosas como las que vos me decís, y he holgado de saber vuestra vida y trato, y digo que de hoy más quiero ser vuestro discípulo y os tomaré a vos por maestra. Y pues por la devoción del Rosario comenzó en vos tanto bien, yo quiero comenzar por ahí. He leído acerca de muchas excelentes prácticas de devoción. Pero no he conocido nada más fructífero ni más conforme al cristianismo que ésta. Quiero imitaros. ¡Predicaré el Rosario!” Así lo hizo, pues comenzó a rezar el Rosario con gran aprovechamiento y lo predicó con tal éxito que al poco tiempo contempló un favorable cambio de costumbres en toda su diócesis: muchas conversiones, restituciones y reconciliaciones. Cesaron el libertinaje, el lujo y el juego, y en las familias reflorecieron la paz, la devoción y la caridad. Cambio tanto más admirable, cuanto que este Obispo había trabajado esforzadamente para reformar su diócesis pero con escasísimo fruto. Para inculcar mejor la devoción del santo Rosario, llevaba siempre uno muy bello consigo y lo mostraba a sus oyentes diciendo: “Sepan, hermanos, que el Rosario de la Santísima Virgen es tan excelente que yo, con ser su Obispo, doctor en teología y en ambos derechos, me glorió de llevarlo siempre conmigo, como el distintivo más glorioso de mi episcopado y doctorado.” Con esto trajo mucha gente a esta santa devoción del Rosario, y comenzó a hacer una vida tan singular que era un santo, y vivo ejemplo de todos, y mereció que la Virgen se le apareciese y le dijese la hora y día de su muerte en la cual Ella asistió. Y con tal Intercesora dio con mucha alegría el alma al Señor que la crió. Ninguno piense otra cosa sino que estos misterios del santísimo Rosario son tan poderosos y atractivos que no sólo a esta mujer y a este santo Doctor, sino también a todos los hombres del mundo que atentamente los contemplaren, levantarán mucho de punto en el amor del Señor que los obró.

Por estos ejemplos y otros muchos que hay de este tipo se entiende el mucho cuidado que el demonio puso, cuando con fervor se comenzó a difundir esta santa devoción y ejercicio, para que no pasase adelante; y el que tuvo la Virgen María para que nadie lo olvidase. Tanto lo uno y como lo otro muestran la importancia que tiene, y el desatino que es tenerlo por



“devoción de viejas,” o por cosa de poco valor. Y como Dios en todas las épocas y según las necesidades de cada una de ellas, ha preparado los medios que ayudasen a reformar las costumbres, como se podría demostrar con un largo discurso comenzando desde que Dios creó el mundo y prosiguiéndolo hasta nuestros tiempos, en una época en que, como hoy, la humanidad estaba sumida en vicios, preparó Dios dos órdenes religiosos tan ilustres, como son la de San Francisco y la de Santo Domingo, con cuya ayuda se defendiese el mundo del castigo que iba a recibir, como lo vio en Roma el Papa San Inocencio III Magno. En una revelación a este Papa, vio que se caía la iglesia de San Juan de Letrán y que, poniendo los hombros, estos dos ilustres Patriarcas la mantenían en pie, de lo cual entendió el Sumo Pontífice que estos dos santos varones iban a ser de gran provecho a la Iglesia de Dios con sus órdenes religiosas tan esclarecidas que por entonces fundaron. Por este tiempo, para ayuda de la misma labor y empresa, la Reina del Cielo dio su Rosario. Con todas las persecuciones que

tuvo al principio, no sólo no se acabó, sino que fue creciendo y desarrollándose.

Santo Domingo murió en 1221, después de una vida en la que se dedicó a predicar y hacer popular la devoción del Rosario entre las gentes de todas las clases sociales para el sufragio de las almas del Purgatorio, para el triunfo sobre el mal y la prosperidad de la Santa Madre la Iglesia. El glorioso patriarca Santo Domingo es gloria de España y amparo de la Fe. Su nacimiento fue lleno de prodigios divinos, su vida admirable, su doctrina más del Cielo que de la tierra, con la cual, y con los ejemplos de sus heroicas virtudes e innumerables milagros que el Señor obró por él, convirtió a la fe católica a innumerables herejes, reformó las costumbres extraviadas de los fieles, fundó una orden de varones apostólicos que sustentase la Iglesia que amenazaba ruina, y llevase por la redondez de la tierra la doctrina del Evangelio, resistiese a los enemigos de la fe y fuese sol y luz del mundo. Estas fueron las últimas palabras de Santo Domingo antes de morir: “Gracias a Dios, cuya misericordia me ha conservado en perfecta virginidad hasta este día; si deseáis guardar la castidad, evitad todas las conversaciones peligrosas y vigilad vuestros corazones.”

El Rosario se mantuvo entonces como la oración predilecta; mas todas las cosas, incluso las más sagradas, están sujetas a cambios, especialmente cuando dependen del libre albedrío del hombre. No es de extrañar que la Cofradía del Santo Rosario solo retuviera su primitivo fervor durante un siglo después de que fuera instituida por Santo Domingo. Después de esto quedó como una cosa enterrada y olvidada. Sin duda, también, la malicia y la envidia del Diablo fueron las responsables principales de que mucha gente abandonara el Rosario, para así detener los torrentes de la gracia de Dios que había traído al mundo.

La Santísima Virgen al dar el Rosario a Santo Domingo, le ordenó rezarlo y hacerlo rezar todos los días. El Santo, por su parte, no recibía en la cofradía a nadie que no tuviera la firme resolución de rezarlo diariamente. Si más tarde no se exigía en algunas cofradías del Rosario sino la recitación de un Rosario semanal, ello obedece a que se había apagado el fervor y enfriado la caridad. ¿Qué más se puede pedir a quienes rezan como a pesar suyo? “Mas al principio no fue así.”

No podía soportar el demonio tanto bien como en el mundo se hacía y desarrollaba, tanto por el Padre Santo Domingo como por sus hijos espirituales y continuadores, con la devoción del santo Rosario, y así puso mucho cuidado y diligencia en introducir tibieza en esta santa devoción. Y no es de poca consideración ver la diligencia que el demonio siempre ha tenido y tiene en deshacer este santo ejercicio y hacer que los hombres se desanimen en cosa que es tan importante para la salvación de sus almas. Se ayuda para ello de nuestra naturaleza flaca y enferma, pues con hacer que se olvide y deje, acaba con el Rosario y mata al alma. Cosas hay que para su conservación tienen necesidad de solicitud y cuidado, no solamente al

principio, sino que hay que atenderlas con cuidado particular diariamente durante toda la vida, como es una planta, que para que se pierda, basta plantarla y dejarla, que ella se secará; pero para que valga, crezca y de fruto, no nos podemos contentar con sólo plantarla, sino que es necesario regarla, vigilarla, y regalarla, y así crecerá y se podrá gozar de su belleza y fruto. No bastó que la Reina del Cielo plantase esta devoción en el mundo por medio de los Apóstoles y de aquellos Padres antiguos, y finalmente por medio del Padre Santo Domingo, ni haberla predicado él y sus hijos espirituales tanto tiempo, confirmándola con muchos milagros que hubo en la vida del Santo y sus compañeros por intercesión de la Reina del Cielo, para que esta devoción se mantuviera siempre firme, se conservara muy fresca en la memoria de los hombres y nunca fuera olvidada, porque, desgraciadamente, al final una terrible tibieza hizo mucho daño, y con ella se perdió el fervor para este santo y divino ejercicio, tan necesario para nuestra salvación.

San Alano de la Rupe:

La ‘peste negra’ o bubónica despobló la Europa católica, golpeando especialmente a las ciudades, pues, alrededor del año 1349, Dios castigó a toda Europa con la peste más terrible que jamás se había conocido. Comenzando en el Este, se extendió por toda Italia, Alemania, Francia, Polonia y Hungría, trayendo la desolación dondequiera que llegaba, ya que de cada cien hombres, en algunos lugares, apenas sobrevivían veinte para contar la historia. Muchas grandes ciudades, pueblos, aldeas y monasterios quedaron casi completamente desiertos durante los años que duró la epidemia. Más de cien millones murieron, incluyendo la mayoría de los europeos. Este flagelo de Dios fue seguido rápidamente por otros, de herejías y el trágico cisma de occidente en 1378.

Luego que, por la misericordia de Dios, cesaron estas calamidades, la Santísima Virgen ordenó a San Alano de la Rupe, célebre doctor y famoso predicador de la Orden de Santo Domingo del convento de Dinán, en la Bretaña francesa, renovar la antigua Cofradía del Santo Rosario, para que, ya que esta Cofradía había nacido en esta provincia, un religioso de la misma tuviese el honor de restablecerla. San Alano cuenta como uno de los mayores difusores del santo Rosario. Su nombre divulgado en las distintas lenguas de Europa es Alano de la Roca, Alanus de Rupe, Alain de la Roche, Alanus van der Clip, Alano de la Rupe, Beato Alán, lo que indica la extensión de su apostolado. Nació en Bretaña, Francia, cerca del 1428. A los veintidós años, por 1450, ingresó en la Orden de los Predicadores.

San Alano comenzó esta gran obra de reestablecer el rosario en 1460, después de una advertencia especial de Nuestro Señor. Así es como recibió ese mensaje urgente: Un día, cuando ofrecía la Misa, Nuestro Señor, que deseaba estimularlo a la predicación del santo Rosario, le habló en la Sagrada Hostia: “¿Cómo puedes crucificarme de nuevo otra vez?” – “¿Qué estás diciendo, Señor?”, preguntó San Alano, horrorizado. “Me crucificaste una vez antes por tus pecados,” contestó Jesús, “y volvería a ser crucificado voluntariamente, si necesario fuera, para reparar a mi Padre por los pecados que solías cometer. Me estás crucificando de nuevo ahora porque tienes todo el conocimiento y la inteligencia que necesitas para predicar el Rosario de mi Madre, y no lo estás haciendo. Si solo hicieras eso, podrías enseñar a muchas almas el camino correcto y alejarlas del pecado. Pero no lo estás haciendo, por lo que tú mismo eres culpable de los pecados que cometen.” Este terrible reproche hizo que San Alano resolviera solemnemente predicar el Rosario sin cesar.

Nuestra Señora también le dijo para inspirarlo a predicar el Rosario más y más: “Fuiste un gran pecador en tu juventud, pero obtuve de mi Hijo la gracia de tu conversión. Si tal cosa hubiera sido posible, me hubiera gustado pasar por todo tipo de sufrimiento para salvarte, porque los pecadores convertidos son una gloria para Mí. Y lo habría hecho también para hacerte digno de predicar mi Rosario por todas partes.” Santo Domingo también se apareció a San Alano y le habló de los grandes beneficios obtenidos por medio del Rosario en su ministerio: él lo había predicado sin cesar, sus sermones habían dado grandes frutos y muchas personas se habían convertido durante sus misiones.



Visione di Cristo Crocifisso al Beato Alano della Rupe o.p.

Por fin ese mismo año 1460, queriendo la Soberana Virgen María dar mayor ímpetu a esta santa devoción y ejercicio espiritual, apareció llena de resplandor y claridad a fray Alano de la Rupe de Bretaña, hijo muy espiritual y devotísimo de la Santísima Virgen; y mirándole Ella con un rostro alegre y amoroso semblante, le dijo: “Hijo mío, bien sabes tú de mi antigua devoción del Rosario, divulgada y renovada por tu Padre y siervo mío (Santo Domingo), y predicada por los frailes dominicos, la cual es a Mí muy grata, y a todos los cristianos muy útil y provechosa, aunque por negligencia de los hombres está ya casi extinguida y olvidada. Deseo, hijo mío, la salud de los hombres, la cual se alcanza fácilmente por este modo de orar muy grato a mi Hijo preciosísimo, y así una y muchas veces por el bien de las almas he renovado en el mundo

esta devoción, como quiero también renovarla ahora. Para esto me ha parecido echar mano de ti, por la mucha devoción que me tienes, para que divulgues y prediques este mi Rosario en mi nombre, y exhortes a todos los fieles que recen devotamente esta oración, convencidos de que me es muy agradable, y de mucha eficacia delante de mi Hijo, pues no hay cosa que más le agrade. Y para esto prepárate con presteza para poner por obra mi voluntad y mandato; anima y exhorta a los frailes de tu orden que hagan lo propio, que Yo os ayudaré con milagros, mostrando que Yo os he enviado.” Y dichas estas palabras, la Virgen Santísima le puso en su dedo una sortija hecha de sus virginales cabellos, con la que quedó comprometido en esta verdad; y, dándole su bendición desde el Cielo, desapareció. El santo varón con ayuda tan grande comenzó su predicación con un fervor excepcional, digno de los favores que había recibido, y animaba a los frailes de su orden hiciesen lo mismo. Era tan grande la afición y el santo celo, que este bendito Padre tenía al Rosario de la Madre de Dios que siempre lo llevaba en las manos, pasándolo de una mano a la otra, cuando estaba entre frailes o seglares, exhortándolos a todos a esta santa devoción, y les decía: “Hermanos míos carísimos, recibid con ánimo alegre el Rosario de la Virgen y Madre de Dios, Patrona y Abogada de todos los pecadores, porque ciertamente es la honda con que David derribó a Goliat. Y estas cinco cuentas (señalando los padrenuestros) son aquellas cinco piedras que el joven David escogió y con ellas se dispuso contra él, y tened por cierto que derribaréis a vuestros contrarios y enemigos, y triunfaréis de ellos, por medio de esta santa devoción, la cual asimismo es el arpa del propio David, con cuya música ahuyentaba el espíritu malo de Saúl, porque con la música de este salterio, o rosario, y con la consideración de sus santos misterios, ahuyentaréis todos los pensamientos malos que atormentan a los siervos de Dios. Porque estos santos misterios son los triunfos de Cristo Nuestro Señor, con los que triunfó del mundo, del infierno y del pecado. No hay cosa que los demonios teman más ni de la que huyan más rápidamente como de oírlos y nombrarlos, por eso, ni durante la vida ni en trance de muerte debemos dejarlo, ni un punto.” Fueron de tanta eficacia las conversaciones, diligencias y predicaciones acompañadas de milagros de este varón Santo, exhortando especialmente a la perseverancia en el santo Rosario, y a que por ninguna razón se dejase, que fue causante de que infinidad de hombres y mujeres se inscribiesen en esta santa cofradía, y fuesen devotos de la Virgen. Y en caso que algún día, o días, por negligencia, o por no poder más, se descuidasen de él, les decía San Alano, que estos no fuesen muchos, sino que luego volviesen a su carísima Madre y Reina del Cielo que tal luz les había dado.

San Alano obtuvo el doctorado en teología en 1473 con su tesis sobre “Los valores de la salutación del Ángel a María.” Se afilió al convento de más estricta observancia. Y cuántas gracias y favores recibió San Alano, el restaurador de esta devoción, de las Purísimas Manos de la Virgen María. La Santísima Virgen lo honró varias veces con su visita para ilustrarlo acerca de los medios de alcanzar la salvación, convertirse en buen Sacerdote, perfecto religioso e imitador de Jesucristo. Durante las tentaciones y horribles persecuciones del

demonio, que lo llevaban a una extremada tristeza y casi a la desesperación, Ella lo consolaba, disipando, con su dulce presencia, tantas nubes y tinieblas. Se le conoció por su gran popularidad, sobre todo como predicador fervoroso del Rosario y de su espiritualidad mariana. A los miembros de la Cofradía por él fundada, imponía el rezo diario de las 150 avemarías. Fray Alano gozaba de grandes auditorios, entre religiosos, Sacerdotes, y laicos, por lo que tiene fama de ser el más grande predicador itinerante del Rosario en el Oeste de Europa.



Regina Sacratissimi Rosarii et Beatus Alanus de Rupe o.p.

La Virgen le dijo también que se necesitarían volúmenes inmensos para registrar todos los milagros logrados por medio del Rosario y reiteró las promesas dadas a Santo Domingo: “1. A todos los que recen devotamente mi Rosario, prometo mi protección especial y grandes gracias. 2. El que perseverare en el rezo de mi Rosario recibirá alguna gracia especial. 3. El Rosario será un arma muy poderosa contra el infierno; destruirá los vicios, librará del pecado, disipará las herejías. 4. El Rosario hará florecer las virtudes y las buenas obras y obtendrá a las almas las más abundantes misericordias divinas; substituirá en los corazones el amor del mundo por el amor de Dios y los elevará al deseo de los bienes celestiales y eternos. ¡Cuántas almas se santificarán por este medio! 5. El que se confíe en Mí, con el Rosario no perecerá. 6. El que rece devotamente mi Rosario, meditando sus misterios, no se verá oprimido por la desgracia. Si es pecador, se convertirá; si es justo, crecerá en gracia y tendrá la recompensa de la vida eterna. 7. Los verdaderos devotos de mi Rosario no morirán sin los Sacramentos. 8. Los que recen mi Rosario encontrarán durante su vida y en la hora de la muerte la luz de Dios, la plenitud de sus gracias y participarán de los méritos de los Bienaventurados. 9. Libraré prontamente del purgatorio a las almas devotas de mi Rosario. 10. Los verdaderos hijos de mi Rosario gozarán de una gran gloria en el Cielo. 11. Lo que pidáis mediante mi Rosario, lo obtendréis. 12. Los que propaguen mi Rosario serán socorridos por Mí en todas sus necesidades. 13. Mi Hijo me ha concedido que todo aquel que se encomiende a Mí al rezar el Rosario tendrá como intercesores a toda la corte celestial en vida y a la hora de la muerte. 14. Los que rezan fielmente mi Rosario son todos mis hijos muy amados, hermanos y hermanas de Jesucristo. 15. La devoción a mi Rosario es una gran señal de predestinación.”

Desde que San Alano de la Rupe restauró esta devoción, la voz del pueblo fiel, que es la voz de Dios, la llamó “Rosario,” es decir, corona de rosas, lo cual significa que cuantas veces se recita el Rosario como es debido, colocamos en la cabeza de Jesús y de María una corona de cincuenta rosas blancas y rosas encarnadas del paraíso, que no perderán jamás su belleza ni esplendor. La Santísima Virgen aprobó y confirmó el nombre de Rosario, revelando a varias personas, que le presentaban tantas rosas agradables cuantas avemarías recitaban en su honor y tantas coronas de rosas como Rosarios.

El Hermano San Alfonso Rodríguez S.J., rezaba con tanto fervor, que veía con frecuencia salir de su boca una rosa encarnada a cada padrenuestro y una rosa blanca a cada avemaría: iguales ambas en belleza y fragancia y solo diferentes en el color. Y llegó al más alto grado de virtud rezando esta oración cada vez que el reloj daba las horas.

Cuentan las crónicas de San Francisco que un joven religioso tenía la laudable costumbre de rezar todos los días antes de la comida la corona de la Santísima Virgen. Cierta día, no se sabe por qué, faltó a ella. Cuando sonó la campana de la comida, rogó al superior le permitiera rezar la corona antes de sentarse a la mesa. Obtenido el permiso, se retiró a su celda. Pero, como tardase mucho en volver, el superior envió un religioso a llamarlo. Este lo encontró en su celda, iluminado de celestiales resplandores. La Santísima Virgen y dos Ángeles estaban al lado de él. A cada avemaría salía de la boca del religioso una bellísima rosa. Los Ángeles recogían las rosas, una tras otra, y las colocaban sobre la cabeza de la

Santísima Virgen que se mostraba evidentemente complacida de ello. Otros religiosos, enviados para saber la causa de la demora de sus compañeros, vieron el mismo prodigio. La Santísima Virgen no desapareció hasta que terminó el rezo de la corona. El Rosario es, pues, una gran corona de rosas celestiales que se coloca en la cabeza de Jesús y de María. La rosa es la reina de las flores. El Rosario, a su vez, es la rosa y la primera de las devociones.

San Alano relata muchas apariciones del Señor y de la Santísima Virgen a Santo Domingo para instarle y animarle más y más a predicar el santo Rosario, a fin de combatir el pecado y convertir a los pecadores y herejes. Santo Domingo, describiéndole los grandes frutos que había conseguido entre las gentes por esta hermosa devoción que él predicaba continuamente, dijo a San Alano: “Mira los frutos que he alcanzado con la predicación del santo Rosario. Que hagan lo mismo tú y cuantos aman a la Santísima Virgen, para atraer mediante el Santo ejercicio del Rosario a todos los pueblos a la ciencia verdadera de la virtud.” Mientras los predicadores, siguiendo el ejemplo de Santo Domingo, enseñaron la devoción del santo Rosario, florecían la piedad y el fervor en las órdenes religiosas que lo practicaban y en el mundo cristiano. Pero cuando se empezó a descuidar este regalo venido del Cielo, sólo vemos pecados y desórdenes por todas partes.

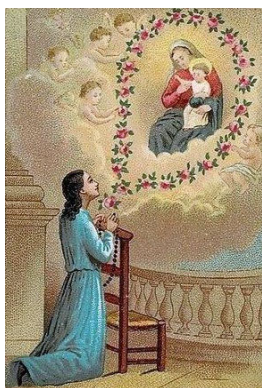
El poderoso significado de las cuentas del santo Rosario, fue revelado en visiones a San Alano de Rupe: Las cuentas del Rosario son mucho más que sólo una forma de ayudar a contar los padrenuestros, avemarías y glorias recitados. Cada una de ellas encierra un poderoso significado. Da igual si están hechas de madera u otro material. Todas ellas, al fluir entre los dedos de los devotos, desgranando uno tras otro los padrenuestros y avemarías, se convierten en algo maravilloso que refiere San Alano, pues nos dice que esas pequeñas cuentas se transforman en ‘piedras preciosas’, excavadas de la montaña de la contemplación. Una bella imagen que nos hace comprender lo importante que es gustar en el alma los misterios del santo Rosario. Compara también las cuentas del Rosario con los ‘granizos’ que caen del cielo contra los enemigos de la fe. Todos sabemos, dice el santo, que el rezo del Rosario es un arma contra Satanás y contra aquellos que quieren destruir nuestra fe, arrojando dudas y mala luz sobre nuestro Credo. Son ‘piedras en la batalla’: San Alano se refiere también al texto de la Sagrada Escritura cuando David derrota a Goliath, porque, al ser rezada, cada cuenta que fluye por nuestras manos es una pequeña pero poderosa piedra que expulsa a esos filisteos del mundo, que son Satanás y sus seguidores. Son, además, ‘escalones de la escalera de Jacob’; pues dice la Santa Biblia que el patriarca Jacob “vio en sueños una escala que, apoyada en la tierra, llegaba hasta el Cielo; y que los Ángeles de Dios subían y bajaban por ella.” Cada cuenta del Rosario que se reza, enseña San Alano, es un paso hacia el Cielo. Cada vez que rezamos el rosario damos cincuenta pasos. Al final nos encontraremos frente a la Puerta del Cielo, María Santísima, que nos llevará al Reino Bendito de su Hijo. A través de María podemos entrar en el Cielo porque Ella es la Puerta, ‘Jánua Coeli’, y Dios mismo lo ha establecido así. Recitando el santo Rosario todos los días, tendremos la certeza de alcanzar fácilmente la fecundidad eterna, porque el Rosario nos ayudará a convertirnos, amando a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a nosotros mismos.

Hasta su muerte en 1475 San Alano se dedicó muy loablemente a este ejercicio santo de la predicación del Rosario, fueron quince años de gran provecho para las almas y con tantos milagros que la Virgen hacía, así por su predicación como por la de sus compañeros, que no se podrían detallar fácilmente. Por el santo Rosario muchos muertos resucitaron; y muchos que estaban obstinados y resueltos a seguir en sus pecados, fueron reducidos a contrición, confesión y satisfacción de ellos; y los que se avergonzaban de confesar a menudo, conforme a las leyes del mundo, comenzaron con mucho cuidado a frecuentar los Sacramentos; y a los que antes tanto les preocupaba ver qué decían las gentes de ellos, después no se les daba nada, antes bien gustaban de soportar humillaciones. Muchos que habían sido infamados recobraron ricamente su fama. Otros, perseguidos por sus enemigos, se libraron de ellos. Otros puestos en diversas angustias se libraron de ellas, quedando

lentos de consuelo. Otros que perdieron dones y gracias divinas, las recobraron todas por la intercesión del santo Rosario. Y después de los dichos quince años de labor y trabajo del Santo Confesor, habiendo impulsado a más de cien mil personas a inscribirse en las cofradías del Rosario, lleno de virtudes y buenas obras dio su alma en manos de su Creador, en el convento Dubonense de la congregación en Zwolle, Holanda, en el año del Señor de 1475, el día de la Fiesta de la Natividad de la Reina de los Ángeles, en testimonio de que era muy particular hijo suyo; según escribe el maestro Padre Miguel de Lieja, que fue discípulo suyo.

Las Cofradías del Rosario:

En 1470 San Alano restableció, en Francia, la Cofradía del Salterio de la Gloriosa Virgen María, como las había fundado Santo Domingo. Sus principales objetivos eran: difundir la devoción al Rosario, crear un ambiente de espiritualidad mariana entre sus cofrades y pedir la intercesión de la Virgen. El mismo año que San Alano de Rupe murió, 1475, comenzó de nuevo la Reina del Cielo a renovar y alentar la misma devoción y cofradía en el convento de Colonia, por el prior y frailes de él, para que de allí se extendiese por todo el mundo. La causa de su renovación fue esta: En la ciudad de Colonia había un hombre muy devoto de la Virgen del Rosario, que cada día lo rezaba. Sucedió que tuvo discusiones y enfrentamientos violentos con otro, y le mató. El fallecido tenía un hermano muy esforzado y valiente, el cual después de la muerte de su hermano se propuso vengarla; buscó al homicida, y lo seguía por diversas partes, buscando la ocasión. Yendo un día el homicida de camino, y su contrario en seguimiento de él acompañado de otros, entró (sin pensar que lo iban siguiendo) en la iglesia de predicadores de la ciudad de Colonia, que le quedaba en el camino, porque tenía devoción a la Virgen soberana y se acordó que aquel día no había rezado su Rosario. Y así puesto de rodillas delante del altar e imagen de la Madre de Dios del Rosario, le rezó su salterio entero. Sus contrarios, que le estaban aguardando a la puerta para matarle, pareciéndoles que se detenía mucho, o que tal vez se hubiese ido por otra parte, entraron a buscarlo en la iglesia, y le hallaron arrodillado delante del altar e imagen de Nuestra Señora del Rosario. Vieron que delante de él estaba una hermosísima Señora, y que de su boca tomaba unas rosas blancas y rojas, y que de ellas hacía una guirnalda o corona, poniendo a diez rosas blancas una roja, así como salían de su boca, y acabado de rezar su Rosario se acabó la guirnalda, y la dicha excelsa Señora la puso sobre la cabeza de su devoto, y desapareció. Todo lo cual fue visto por sus contrarios que, como dijimos, lo estaban aguardando para matarlo. Reconociendo que era este algún gran misterio, el hermano del difunto, movido a devoción y compasión, tiró las armas que traía, y con rostro benigno se fue al devoto de Nuestra Señora del Rosario, el cual, viéndole y pensando que venía para matarle, muy turbado, buscaba como escaparse; pero el otro con apacibles palabras le abrazó y con palabras de paz le dijo: “Hermano mío, no tengas ningún miedo, ni pienses que te quiero matar; antes desde ahora te perdono generosamente por la muerte de mi hermano, y te ruego me perdones el desasosiego que te he dado. Te suplico me digas, quién era aquella Señora que estaba delante de ti, haciéndote una guirnalda de rosas blancas y rojas, que después de acabada puso sobre tu cabeza, como veo claramente que aun la tienes.” El devoto, muy maravillado de lo que oía, juraba y afirmaba no haber visto ninguna de aquellas cosas que el otro decía. Pero este, entendiendo que él rezaba alguna oración especial, le dijo: “Ya que dices que no has visto nada de lo que yo he visto; dime, ¿qué oración rezabas a la Virgen Nuestra Señora?” Le respondió que el Santo Rosario que son ciento cincuenta avemarías y quince padrenuestros, en honra y memoria de los quince misterios que en aquella santa devoción se contienen. El otro se propuso y prometió de allí en adelante rezar devotamente el santo Rosario, agradeciéndole mucho, como buen amigo, la buena obra que de su buen ejemplo había recibido. Esto todo se divulgó rápidamente



por toda la ciudad de Colonia, y la noche siguiente se apareció la Virgen Reina del Cielo al prior del convento de los frailes predicadores de allí, el cual era muy gran siervo de Dios, esclarecido en virtud, y devotísimo del santo Rosario, y le dijo que como el domingo siguiente iba a predicar en la iglesia catedral de aquella ciudad, que predicase públicamente cuánto le agradaba a Ella que de allí en adelante chicos y grandes, pobres y ricos, mozos y viejos, y de todos los estados, rezasen devotamente el santo Rosario en alabanza suya y de su preciosísimo Hijo; porque era uno de los mayores obsequios que se le podía hacer en esta vida. Y el santo prior reputándose por indigno y muy grande pecador rehusaba el encargo, y no se atrevía a prometer lo que no sabía si podría cumplir. Además de esto, pensaba que si predicaba esto al pueblo, y decía que la Virgen se lo había dicho y mandado, tal vez se burlarían de él y le tendrían por arrogante, y entonces no sería causa de devoción para el pueblo, sino que quizás se perdería la que tenía, y así se lo dijo muy de veras. Pero también, que si todavía quería que él lo hiciese, como fiel criado y devoto suyo, se dignase darle alguna señal con que autorizase su prédica, para que fuese en edificación del pueblo y gloria suya. La Santísima Virgen le respondió que estaba complacida y que dijese en su nombre lo que el día antes había pasado, con aquel devoto suyo, que poco antes hemos contado, dando los nombres tanto del que rezaba el Rosario, como del que le espiaba, y agregó también: “En testimonio de esta verdad al tercer día, después de que hubieres predicado, tú morirás y recibirás el galardón de tus trabajos en compañía de los Santos del Cielo.”

El santo varón y reverendo prior, quedó de esto tan contento como uno se puede imaginar. Y llegado el día del domingo (que era el día de su sermón) predicó muy largamente, en presencia del Emperador San Federico III y los Grandes de su Corte, y de Alejandro Boscono, Obispo de Forlivio, Legado a látere del Papa San Sixto IV Magno, y anunció solemnemente la voluntad de Nuestra Señora, con testimonio de lo que iba a pasar, y así como él lo predicó, así aconteció. Y después al tercer día el santo varón murió y pasó gloriosamente de esta vida al galardón y premio eterno que le estaba aparejado, según se mostró por las manifiestas y evidentes señales que en su muerte se vieron, porque sin calentura ni dolor, con una alegría muy grande en su rostro, hablando siempre y exaltando el culto a la Santísima Virgen, Nuestra Señora, acabó esta vida y comenzó la eterna. Lo cual todo se divulgó, y no solamente en Colonia, sino en toda Alemania hubo grandes acciones de gracias a Dios y procesiones públicas. Muchos trataron de ser muy devotos del santo Rosario, y no de cualquier manera se tomó este negocio, sino que yendo a inscribirse millares de hombres al libro de esta santa Cofradía. El primero fue su majestad el Emperador San Federico III, y después de él muchos príncipes, duques y grandes señores, cortesanos, priores, abades, obispos, doctores y muchos gentilhombres, ciudadanos y oficiales, y gente popular sin cuento, y de las mujeres muchas princesas, duquesas, baronesas, monjas, abadesas, y de todos los estados; y se regocijaron con esta santa devoción todos aquellos cortesanos de aquella corte imperial, y se complacían las almas cada día en las alabanzas de la Reina del Cielo, que había otorgado tanta merced a aquella insigne ciudad. Y como se hallaba allí el Obispo Alejandro Boscono, Legado a látere de la Sede Apostólica, enviado por el Papa San Sixto IV Magno, este Legado fue quien además de inscribirse en esta santa cofradía, a instancias del Emperador Federico III, la aprobó, y mandó hacer las reglas y constituciones para ella; y usando de los plenos poderes que tenía, concedió indulgencias a todos los que rezasen el santo Rosario, lo que fue gran consuelo para todos los fieles.

Pero como el demonio siempre anda poniendo obstáculos a las cosas que son en gran servicio de Dios, y se sirve para esto de algunos hombres perdidos e inquietos, en esta ocasión no faltaron tales, porque pronto hubo quienes murmurasen contra tan santa obra: decían que no es lícito este modo de rezar. Y entre otros se animaron dos famosos predicadores que había en Colonia, que por tener buen pico y gracia, eran muy celebrados, pero tenían más de vanidad que de espíritu, y como buena parte del pueblo es más amiga de oír cosas que le recreen, y no que le aprovechen, (atendiendo más al gusto de los oídos que al provecho),

oían mucho a estos predicadores, los cuales tomaron muy en serio persuadir que la invención del Rosario era cosa de risa, un negocio inventado por los frailes predicadores, sin que la Virgen hubiese hablado jamás de él, y que era tan cierto esto, que tenían por conveniente que los fieles abandonasen esta nueva hermandad y buscasen otras que sirviesen más a Dios y a su Madre. Y además de eso, decía uno muchas cosas que resultaban en grave daño para la cofradía y la devoción del Rosario, por lo que buena parte de la ciudad dejó de rezarlo (que para mal, vale mucho un predicador desacertado). Este vio que tenía ganado el favor del pueblo, y para lograr su objetivo, después de haber dado un sermón con mucho aplauso, se ofreció a demostrar lo poco que valía la devoción del Rosario. Se acostó con esta determinación el sábado por la noche, y le dio una tan repentina y grave apoplejía que luego murió sin que hubiese ningún testigo de su muerte, hasta que llamándole para predicar hallaron al desdichado muerto. Y su compañero, que lo era también en estorbar el fruto del Rosario, no escarmentó con el castigo ajeno, sino que sostenía que esa muerte había sido casualidad y no milagrosa. Quiso continuar los intentos del difunto, y convidó a la gente para dar fin a la cofradía del Rosario, que en los pensamientos de muchos ya estaba acabada, y subiendo al púlpito en presencia de toda la ciudad, súbitamente cayó en tierra por un ataque de apoplejía, por el que perdió el habla, aunque conservó su juicio, queriendo Dios tan sin merecerlo, dejarle abierta la puerta del remedio, y enaltecer con esto el rezo del santo Rosario. El predicador entendió rápidamente de donde le había venido el daño, y cuán justo era el castigo de su desatinado atrevimiento. Pidió entonces ayuda a la Reina del Cielo, suplicándole que le diese lengua y vida para ser perpetuo pregonero de la devoción del santo Rosario, haciendo tantas alabanzas de él, cuantas hasta allí había hecho de lo contrario. Al punto que hizo esta promesa, recobró tan cabalmente el habla y la salud, que inmediatamente subió al púlpito en presencia de tanta gente como había, sin que hubiera sido posible detenerle en su intento, y predicó aquel día las excelencias del santo Rosario, y continuó así toda su vida, haciendo más público el milagro de lo que ya era, así como las mercedes que por mano de la Virgen María recibía continuamente. Estos dos milagros fueron publicados por el Obispo Padre Juan López.



La primera Cofradía del Rosario tuvo tanto éxito entre el pueblo fiel y las autoridades civiles y eclesiásticas, que rápidamente comenzaron a fundarse Cofradías del Rosario en otros conventos dominicos, pasando a ser responsabilidad de la Curia Generalicia de la Orden de Predicadores en 1485. Desde entonces serán los dominicos los grandes difusores del Rosario, aunque también lo hicieron muchos otros Sacerdotes, religiosos y laicos.

El Santo Rosario llegó a estar extendido por todos los lugares donde hay cristiandad, y muchos practicaban este santo ejercicio, desde el Papa hasta el sacristán, y desde el rey hasta el vasallo. De donde se sigue que esta devoción es de gran importancia, tanto por haber tenido al principio mucha contradicción, como por haber comenzado con el sello de las cosas de gran calidad, superando todas las dificultades, que ha habido por esto, y que no han sido pocas ni ligeras.

Brevemente, esa es la historia de cómo Santo Domingo estableció la devoción del santo Rosario y las cofradías y de cómo San Alano de la Rupe restauró ambas.

Confirmación de esta devoción por la Santa Sede y su extensión por el mundo:

Desde el siglo XIV, comenzaron luego los Papas a favorecer esta devoción, y así hallamos letras apostólicas auténticas de los Sumo Pontífices San Urbano IV (1261-1264) y San Juan XXII Magno (1314-1334) que concedieron indulgencias por el rezo del avemaría y del Rosario. Luego, animados por el fervor de San Alano, acudieron los fieles y devotos

de la Madre de Dios, al Sumo Pontífice San Sixto IV (1471-1484), el cual aprobó y confirmó este santo ejercicio, exhortando a los fieles lo rezasen, y concediéndoles de nuevo indulgencias, como consta en una Bula suya, y después, a instancia de los Duques de Bretaña, la confirmó otra vez y concedió más indulgencias de nuevo. Desde entonces, prácticamente todos los Papas posteriores dedicaron a la devoción del santo Rosario letras apostólicas, bulas y motus propios, aprobándola y confirmándola, y concediéndole gracias, privilegios, jubileos e indulgencias, destacándose entre ellos San Pío V Magno (1565-1572) y San León XIII Magno (1878-1903).

Y no solamente los Papas en Roma, sino también sus Obispos por diversas partes del mundo, viendo tanta devoción, santidad y milagros, que con las manos tocaron y con sus ojos vieron, no se pudieron contener de aprovechar el poder que tenían a favor de esta santa devoción; y se extendió tanto el rezo del santo Rosario que fue gran ocasión para alabar a Dios; tanto por ver la fe en su Santo Evangelio tan firme en sus devotos como también la fe en su Benditísima Madre, quien tanta merced nos hace con su santa intercesión y el don de la devoción del santo Rosario, que va juntamente con la Fe adonde quiera que se extienda, pues es su proclamación y fruto suyo. Verdad es que siempre por todo eso el demonio ha hecho guerra a esta santa devoción, tan favorecida de los Santos Pontífices de muchas maneras, y ahora la hace ayudado por los enemigos de la Iglesia, que son los herejes de nuestros tiempos. Porque si vienen los herejes contra el Evangelio, vendrán también contra los misterios del Rosario y la devoción de su Santísima Madre, de manera que cuando se defiende lo uno, se defiende lo otro.

Además de todo lo dicho, el santo Rosario fue también muy usado en el siglo XVI a modo de horas canónicas por aquellos ermitaños camaldulenses de Monte Corona (cuyos loores, santidad, austeridad de vida y santos ejercicios eran muy conocidos), y es herencia de aquellos primeros Padres, con la cual Dios perfecciona en este mundo a sus amados hijos, pues para ellos esta santa devoción nunca se pierde.

En México, en el mismo siglo XVI, el Padre Tomás de San Juan, hombre de muchas prendas, fiel religioso y predicador español, era un insigne varón que hizo en México una vida muy singular, acompañada de mucha predicación y milagros, y de especial devoción a la Santísima Virgen, con grandísimo provecho; era tanto que parecía que no tenía contento alguno el día en que a la Virgen soberana no le hiciese un particular servicio. Envidioso el demonio de los grandes frutos que este célebre predicador del santo Rosario lograba con esta práctica, lo redujo con duros tratos a una larga y penosa enfermedad en la que fue desahuciado por los médicos. En todo su sufrimiento, hallaba su alivio en la meditación de la Virgen soberana, y tenía a la diestra de su cama una imagen de la Santísima Madre de Dios, Señora nuestra, con cuya vista se animaba a las meditaciones de su consuelo. A este bendito religioso le iban faltando las fuerzas, y le velaban ya con mucho cuidado para que a su muerte acudiesen todos los frailes. Sucedió pues que la última noche de su penalidad, estando él despierto, antes de media noche, se le apareció el demonio en figura muy horrible y espantosa, que se le iba acercando a la cama. El devoto enfermo levantó los ojos y el corazón hacia una imagen de la Santísima Virgen que se hallaba cerca de su lecho y, asiendo del velo que la cubría, dijo: “¡Señora mía, ayúdame ahora! ¡Socórreme! ¡Dulcísima Madre mía!” Tan pronto como pronunció estas palabras, la imagen de la Santísima Virgen extendió sus virginales manos, que tan generosas son para hacernos mercedes, y cogiendo la mano a su siervo, le dijo: “No temas, fray Tomás, que contigo estoy para ayudarte; levántate y sigue predicando mi Rosario en esta nueva región, como habías empezado a hacerlo. ¡Yo te defenderé contra todos tus enemigos!” A estas palabras de la Santísima Virgen huyó el enemigo del género humano, y quedó el desahuciado con su salud milagrosamente restablecida. Se levantó perfectamente curado, dio muchas gracias a su bondadosa Madre con abundantes lágrimas, hallándose muy gozoso de que se le hubiese mandado cosa tan importante y provechosa como la predicación del santo Rosario, y luego trató de instituir cofradías y



hacer otras diligencias santas y extraordinarias, con abundante fruto y admiración del pueblo cristiano. Le parecía al santo fraile beneficio de mucha estima, que la Virgen Santísima hubiese descubierto esta mina de tesoros del alma en tierra nueva, donde prevalece el cuidado de descubrir minas de tesoros terrenos y mundanos. Fue este santo varón un venerable fraile, hizo muchos milagros en veintiséis años que anduvo en aquella provincia, hizo rigurosísima penitencia, fue siempre devotísimo del

santo Rosario y guardó sobre todo la gracia bautismal desde su nacimiento, como él lo dijo a su confesor. Y para mayor gloria de Dios nuestro Señor, esta devoción del santo Rosario fue también introducida en toda aquella provincia de Santiago de México e Indias Occidentales, y por medio de otros milagros se extendió también hacia Oriente. Debemos dar gracias a Nuestro Señor, pues tales milagros son para que los hombres entiendan la gran importancia de esta celestial y divina devoción, y se afirmen mucho en ella, porque, para el aumento de la fe y reformación de costumbres es muy poderosa, y atractiva para llevar a los hombres al verdadero conocimiento de Dios. Y así, esta Reina del Cielo, muy solícita de nuestra salvación, nunca deja de hacer milagros extraordinarios a sus devotos.

Importancia del Santo Rosario para el mundo católico:

En 1569 el Papa dominico, San Pío V, estableció para toda la Iglesia la forma y estructura del Rosario, con las determinadas meditaciones que ilustran toda la vida de Nuestro Señor Jesucristo, y dio el encargo a su congregación de propagar el Santo Rosario. Después de esta definición del magisterio, el Rosario comenzó a rezarse de modo uniforme y experimentó una gran difusión en el pueblo cristiano.

En aquel tiempo Europa y con ella toda la cristiandad estaba en grave peligro de extinción, pues, humanamente, no había solución para la amenaza del islam. Los musulmanes se proponían hacer desaparecer, a punta de espada, el cristianismo. Ya habían tomado Tierra Santa, Constantinopla, Grecia, Albania, África del Norte y España. En esas extensas regiones el cristianismo era perseguido, y muchos mártires derramaron su sangre, muchas diócesis desaparecieron completamente. Después de casi 800 años de lucha por la reconquista, España y Portugal pudieron librarse del dominio musulmán. Esa lucha comenzó a los pies de la Virgen de Covadonga y culminó con la conquista de Granada, cuando los reyes católicos, Fernando e Isabel, pudieron definitivamente expulsar a los moros de la península en el 1492. ¡La importancia de esta victoria es trascendental ya que en ese mismo año ocurre el descubrimiento de América y la fe se comienza a propagar en el nuevo continente!

La Batalla de Lepanto en 1571: La Historia nos suministra abundantes ejemplos de la solicitud de María en socorrer a los cristianos cuando se hallan en peligro. Referiremos la victoria que por su protección obtuvieron los cristianos contra los turcos.

El Papa del Rosario, San Pío V, fue el gran impulsor de la Batalla de Lepanto contra los turcos otomanos. Este glorioso Papa, por medio de su representante el Santo Generalísimo Juan de España, hermano del Santo Emperador del Cristianísimo Imperio Español Felipe II, al mando de los ejércitos cruzados, con el auxilio de la Armipotente Virgen María, venció en la Batalla de Lepanto a la media luna del imperio turco u otomano.

Una preocupación especial del Papa San Pío V fue la defensa de la Cristiandad contra los turcos, los cuales estaban por entonces muy envalentonados por las victoriosas campañas que había llevado a cabo Solimán II el Magnífico. Su hijo y sucesor Selim II, se dispuso a la conquista de Chipre y al ataque de la península italiana, con la intención de llegar hasta Roma. Tomado Chipre, los progresos turcos en las costas mediterráneas alarmaban a la Cristiandad. Todo se estremecía al ruido de sus armas; todo respiraba sangre y carnicería; por doquiera, se oían blasfemias e imprecaciones contra Jesucristo, y la cristiandad entera



se consideraba presa de sus enemigos.

Para librarse de este peligro, el Santo Pontífice Pío V manifestó vivamente su deseo de realizar una Santa Cruzada contra los mahometanos. Se esforzó en unir en una Santa Liga a los príncipes cristianos: los exhortó a armarse contra el enemigo común; pero sólo el Rey de España y algunos príncipes italianos secundaron la voz del Vicario de Jesucristo. Entonces, San Pío V, viendo las fuerzas de los cristianos tan inferiores a las de los infieles, de manera que la victoria, humanamente hablando, hubiera sido imposible, puso toda su confianza en María Santísima: se dirige a Ella y la ruega que no permita que la Esposa de su Santísimo Hijo caiga en poder de los infieles. Ordena públicas plegarias en toda la cristiandad; y, lleno de fe, espera el socorro de

esta Madre Celestial. En mayo de 1571, bajo el potente impulso del glorioso Papa San Pío V, quedó formada una Santa Liga con los Estados Pontificios, España y Venecia, logrando reunir una poderosa armada, que fue puesta bajo el mando del Generalísimo San Juan de España (conocido como Don Juan de Austria), de veintiséis años de edad.

Para impetrar la victoria cristiana contra el islam, el Papa San Pío V mandó hacer procesiones con el rezo del santo Rosario el primer domingo de cada mes, en todo el mundo católico. Y para que los hombres viesan tan grande misericordia a los devotos de su santo Rosario en una batalla tan reñida y la atribuyesen a la Princesa del Cielo, quiso Dios que la batalla se diese en Lepanto y se obtuviese la victoria de ella, a la hora y en punto en que se hacían esas procesiones del Rosario en el primer domingo de octubre de 1571. Y los unos peleando con las armas, y los otros con los rosarios en las manos rezando, se concluyese esta victoria, y se gozase el Papa San Pío V de la fe grande que había puesto en la Reina del Cielo, en Aquella que siempre hace el oficio de Madre con los que verdaderamente son fieles y devotos suyos.

El Papa prescribió desde el principio de la expedición ayunos y rogativas públicas para aplacar la justicia divina, y el 17 de septiembre de 1569, poniendo toda su confianza en la Santa Madre de Dios, pidió que se rezase el santo Rosario; y 15 × 50 (750) días más tarde, llegó la prodigiosa victoria de Lepanto, indicando así también, con estos números propios del rosario, que el éxito se debía al rezo del santo Rosario. Toda Europa estaba en oración, y los fieles corrían en tropel a Nuestra Señora de Loreto para implorar el auxilio del cielo por intercesión de la Madre de Dios. El Santo Pontífice envió su bendición al general Don Juan, asegurándole la victoria de un modo positivo, y le mandó al mismo tiempo que despidiese a todos los soldados que parecieran animados sólo por la esperanza del saqueo, así como a todas las personas cuyas costumbres fueran relajadas, temiendo que sus pecados atrajesen sobre el ejército la cólera divina. Recomendó a todos los generales de la armada cristiana que, a los que queden bajo sus órdenes, les exigiesen una irreprochable conducta y una perfecta devoción a María. Se ejecutó religiosamente el mandato del Pontífice; todas las tripulaciones, sin exceptuar un solo hombre, se confesaron y comulgaron con fe viva; se prohibieron los juegos de naipes, y se impuso pena de muerte contra los blasfemos. El Nuncio del Santo Padre bendijo solemnemente la escuadra, y aquellos millares de valientes, seguros de la protección del Cielo, se dan a la vela para Oriente. El Soberano Pontífice, cual otro Moisés, no cesa en tanto de alzar las manos al Cielo y de dirigir a Dios fervientes oraciones para atraer las bendiciones sobre las armas de los Cristianos. Finalmente, los dos ejércitos traban pelea el día 7 de octubre de 1571.

Se jugaba el destino de la Europa cristiana. Las naves cristianas encontraron a la escuadra turca en el golfo de Corinto, cerca de la ciudad griega de Lepanto (ahora llamada Nafpaktos). A las 7 de la mañana, el vigía de la flota cristiana, formada por 200 embarcaciones y 75000

hombres, advierte que la flota turca es mucho mayor de lo que se suponía. La forman 260 navíos y 85000 hombres. A la vista del enemigo, que traía más galeras, algunos de los que capitaneaban las naves de la Santa Liga, sintieron gran temor. Pero el Generalísimo San Juan, como jefe supremo, les arengó a todos con ardor guerrero, diciéndoles que pelearan con fe en el Santo Nombre de Dios, que habían venido a vencer o morir, y que muertos o victoriosos gozarían de la inmortalidad: “A morir hemos venido, y a vencer, si el Cielo así lo dispone. No deis ocasión a que con arrogancia impía os pregunte el enemigo: ‘¿dónde está vuestro Dios?’ ¡Pelead en su Santo Nombre; que muertos o victoriosos gozaréis la inmortalidad!” Pasada la revista de sus tropas, el Santo Generalísimo, volvió a su galera, enarboló un Santo Crucifijo junto al estandarte de la Liga y se postró de rodillas, y lo mismo hicieron todos sus soldados, para recibir la absolución e indulgencia plenaria que, en nombre de San Pío V, iban a dar los jesuitas y franciscanos a quienes el Papa había encomendado esa misión. Antes del ataque, las tropas cristianas rezaron el santo Rosario con mucha devoción. Cuando las fuerzas avanzaban, se toparon con un cambio en la dirección del viento, que comenzó a venir desde el oeste, lo que beneficiaba a la flota católica. Los Sacerdotes de las galeras cristianas creyeron que aquello se debió a una intervención divina. Cuando decidido arrojo, la flota cristiana se enfrentó a la turca, y al grito de “¡Viva María!” se arrojan contra los infieles. Los turcos acometen al ejército cristiano con furor, y al parecer alcanzan alguna ventaja en un principio; pero Aquel que tiene en sus manos la victoria no tarda en declararse en favor de los Cristianos; los infieles son completamente derrotados, pierden más de treinta mil hombres y casi todo el material del ejército, y los cristianos hacen un inmenso botín y ponen en libertad a quince mil cautivos que encontraron en las naves de los mahometanos. Después de unas cinco horas de encarnizada lucha, el día 7 de octubre de 1571, la armada turca fue completamente vencida. Hubo otras señales y muestras que Dios Nuestro Señor dio en esta batalla de Lepanto, para que entendiésemos que la victoria venía de su divina mano, y conozca el cristiano que, siempre que en defensa de su Santa Fe fuere, no le faltará; y que tiene poder de hacer de noche día y del día noche, y el viento contrario hacerlo favorable, así como lo hizo en este día, que al tiempo que las armadas se descubrieron, y mucho después, hasta que se dio la señal de la batalla, tuvo la armada cristiana el viento contrario, y aun no con poco oleaje. Y llegados que fueron a embestirse, se mudó el aire, y donde nos era en proa se nos volvió en popa, de tal manera que el humo de la artillería de ambas armadas, todo caía sobre ellos, de forma que los cegaba al combatir, lo cual fue de gran ayuda para la victoria, y la mar se puso en calma como leche.

Otra señal fue, que en aquel bendito estandarte de la Liga, donde estaba pintado el Crucifijo, en el Cristo nunca llegó arcabuzazo, ni flecha, ni otra ninguna arma, siendo tantas las flechas que los mástiles, palos, cuerdas y popas estaban llenos de ellas, tanto que se tocaban las unas con las otras, y todos los demás estandartes y banderas fueron tan flechados y arcabuceados, que no quedó ninguno sano, y habiendo llegado dos flechas al estandarte real, una a la una parte del Crucifijo, y otra a la otra, luego corrió una monilla que había en la galera real de su alteza, y las arrancó y, mordiéndolas, las arrojó hacia la popa y a la mar.

De modo semejante los frailes capuchinos de San Francisco, que Su Santidad mandó ir con la armada, no obstante que estaban y andaban en lugares descubiertos animando a los soldados, teniendo cada uno un Crucifijo en la mano, a los cuales es de creer que les debieron de tirar algunos arcabuzazos y flechazos, pero jamás ninguno les pudo acertar; y cuando llegaba alguna bala a sus hábitos se detenía allí, sin sacarles ni una gota de sangre, y de esto se vieron muchas experiencias, y sacar de la capucha la bala que le habían tirado a uno.

El poderío musulmán había quedado definitivamente quebrantado. Todos reconocieron que esta prodigiosa victoria fue debida a la protección de María Santísima. Era vivo deseo de San Juan de España continuar la contienda hasta conquistar Constantinopla, Chipre, Rodas e incluso Tierra Santa, pero no contó con el apoyo del general pontificio ni con la del general veneciano.



El Santo Padre tuvo una revelación de la victoria en el mismo instante de alcanzada. Estaba ocupado en trabajar con unos secretarios; de pronto los deja, abre una ventana que daba al oriente, y después de haber mirado al cielo algunos momentos les dice: “No hablemos más de negocios, pues sólo debemos pensar ya en dar gracias a Dios por la victoria que acaba de conceder al ejército cristiano contra los turcos,” y fue entonces a arrodillarse durante horas delante del Santísimo. Sus palabras fueron escritas inmediatamente, y comunicadas a los cardenales, pero no publicadas; y fueron confirmadas dos semanas más tarde cuando llegó un mensajero de Venecia con la gloriosa noticia. Este hecho, por extraordinario que parezca, fue atestiguado del modo más auténtico, y es citado como incontestable en el proceso de la canonización del Santo Papa. Cuando luego Don Juan, camino a España, fue a arrodillarse ante el Papa, fue recibido en Roma con grandes honores; el Papa le saludó con las palabras que había pronunciado al nombrarle: ‘Hubo un hombre enviado de Dios,

que tenía por nombre Juan,’ y le confirió un hermoso escudo con un crucifijo y el glorioso lema: ‘Christus vincit; Christus regnat; Christus imperat.’ El día de Todos los Santos, 1 de noviembre, la noticia llegó a Madrid, donde el rey San Felipe II, que desde su capilla del Alcázar oraba incesantemente por el éxito de la campaña, recibió con alegría inmensa el triunfo contra los turcos, y dio gracias a Dios por la heroica hazaña de su hermano, San Juan de España, quien, desde un principio, lo atribuyó a la poderosa intercesión de Nuestra Señora del Rosario, probando todo esto que no en vano se dirigen los fieles a María.

En 1572 el Papa San Pío V, agradecido con Nuestra Madre, y para perpetuar la memoria de un acontecimiento tan glorioso a María y tan ventajoso a la Iglesia de Jesucristo, que era la victoria de los cristianos en la batalla de Lepanto el domingo 7 de octubre de 1571, conseguida mediante el rezo del Rosario, estableció la fiesta de ‘Nuestra Señora de las Victorias’ el primer domingo de octubre.

Al año siguiente, el sucesor de San Pío V, el Papa San Gregorio XIII, vio las diligencias que San Pío V había hecho en la devoción del santo Rosario y la gran confianza que en esta Reina del Cielo había puesto, y cuán favorable es para todo buen suceso, y que vino a darse la batalla en el día y hora que tenemos dicho, cuando los cofrades del santo Rosario en todo el mundo hacían las procesiones y plegarias con sus rosarios en las manos. Pareció al Papa que todo esto era milagroso, y que era evidente que las oraciones hechas a tal Señora, fueron las que aprovecharon, y que era muy conveniente que se hiciese memoria de esta Reina del Cielo, Madre de Dios y del Rosario, perpetuamente, por lo que instituyó la fiesta de Nuestra Señora del Rosario en el primer domingo de octubre cada año.

Después todo el mes se llamará del Rosario. Desde entonces los Papas, especialmente los más recientes, han sido grandes devotos del santo Rosario y de su propagación, y han puesto gran énfasis en la importancia del Rosario en familia. El Papa San Pío V también agregó a las Letanías Lauretanas el título de ‘Auxilium Christianorum’. El Papa San León XIII escribió doce encíclicas referentes al Rosario. Insistió en el rezo del rosario en familia, consagró el mes de octubre al Rosario e insertó el título de ‘Regína Sacratissimi Rosárii’ en las Letanías Lauretanas, ahora llamadas de la Santísima Virgen María. Por todo esto mereció el título de “El Papa del Rosario.” Todos los Papas del siglo XX han sido hijos devotísimos del santo Rosario. Así hablan los distintos Papas: “El Rosario es el remedio soberano contra los errores y los vicios.” “El Rosario es un medio maravilloso para destruir el pecado y recuperar la gracia.” “El Rosario azota al Diablo.” “El Rosario fue instituido por Santo Domingo para apaciguar la ira de Dios e implorar la intercesión de la Santísima Virgen María.” “El Rosario es la forma más excelente de oración. Es el remedio de todos nuestros males, la raíz de todas

las bendiciones. No hay forma más excelente de orar.” “Un arma poderosa para hacer huir a los demonios... Dadme un ejército que rece el Rosario y conquistaré el mundo.”

El sitio de Viena. Los turcos siguieron siendo poderosos en tierra y en el siglo siguiente invadieron a Europa desde el Este; después de tomar enormes territorios, en julio de 1683 sitiaron a Viena, capital de Austria. Una vez más, las tropas enemigas eran muy superiores. Si conquistaban la ciudad, el resto de Europa caería rendida. El Papa, San Inocencio XI, depositó su confianza y rogó protección a Nuestra Señora del Rosario; hizo un llamamiento a los príncipes cristianos y puso al santo rey polaco Juan III Sobieski al mando de los ejércitos cristianos. Hubo una gran resistencia de la población de Viena con gran derramamiento de sangre y ya, cuando todo parecía perdido, el día de la fiesta del Santo Nombre de María, 12 de septiembre, de 1683, el rey de Polonia, San Juan III, brillante caudillo militar, con el auxilio de la Santísima Virgen María, llegó al rescate al frente del ejército cristiano, derrotando finalmente a los turcos.

Batalla de Petrovaradin en Yugoslavia. Los turcos sufrieron otra gran derrota a manos del Príncipe Eugenio de Saboya, comandante de los ejércitos cristianos, el 5 de agosto de 1716, que era la fiesta de Nuestra Señora de las Nieves, y luego otra victoria en Temesvar, en la República Checa. El Papa Clemente XI atribuyó estas victorias a la devoción manifestada a Nuestra Señora del Rosario. En acción de gracias, mandó que la fiesta del Santo Rosario fuera celebrada por la Iglesia universal.

El Papa San León XIII destaca las amarguras que causaron a la Santa Iglesia de Dios a fines del siglo XII los hereáticos albigenses que, llevando a todas partes sus perniciosos errores y el terror de sus armas, extendían por doquiera su dominio con el exterminio y la muerte. “Contra tan terribles enemigos, Dios suscitó en su misericordia al insigne Padre y fundador de la Orden de los Dominicos. Este héroe, grande por la integridad de su doctrina, por el ejemplo de sus virtudes y por sus trabajos apostólicos, se esforzó en pelear contra los enemigos de la Iglesia Católica, no con la fuerza ni con las armas, sino con la más acendrada fe en la devoción del santo Rosario, que él fue el primero en propagar, y que sus hijos han llevado a los cuatro puntos cardinales. Preveía, en efecto, por inspiración divina, que esta devoción pondría en fuga, como poderosa máquina de guerra, a los enemigos, y confundiría su audacia y su loca impiedad. Así lo justificaron los hechos. Gracias a este modo de orar, aceptado, regulado y puesto en práctica por la Orden de Santo Domingo, principiaron a arraigarse la piedad, la fe y la concordia, y quedaron destruidos los proyectos y artificios de los herejes; muchos extraviados volvieron al recto camino y el furor de los impíos fue refrenado por las armas católicas empuñadas para resistirle... En nuestros tiempos tenemos tanta necesidad del auxilio divino como en la época en que el gran Santo Domingo levantó el estandarte del Rosario de María, a fin de curar los males de su época. Ese gran Santo, iluminado por la luz celestial, entrevió claramente que, para curar a su siglo, ningún medio podía ser tan eficaz como el atraer a los hombres a Jesucristo, que es el Camino, la Verdad y la Vida, impulsándolos a dirigirse a la Virgen, a quien está concedido el poder de destruir todas las herejías. La fórmula del santo Rosario la compuso de tal manera Santo Domingo, que en ella se recuerdan por su orden sucesivo los misterios de nuestra salvación y en este ejercicio de meditación se incorpora la mística corona, tejida de la salutación angélica; intercalándose la oración dominical de Nuestro Señor Jesucristo a Dios Padre. Nos, que buscamos un remedio a males parecidos, tenemos derecho a creer que, valiéndonos de la misma oración que sirvió a Santo Domingo para hacer tanto bien, podremos ver desaparecer asimismo las calamidades que afligen a nuestra época. Cuanto más os intereséis por honrar a María y por salvar a la sociedad humana, más debéis dedicaros a alentar la piedad de los fieles hacia la Virgen Santísima, aumentando su confianza en Ella. Nos, consideramos que entra en los designios providenciales el que en estos tiempos de prueba para la Iglesia florezca más que nunca en la inmensa mayoría del pueblo cristiano el culto de la Santísima Virgen.”

Marie Des Vallées siempre tuvo una extraordinaria devoción a la Santísima Virgen, de



quien recibió los más inefables favores. La honró particularmente con el santo Rosario, por el que sentía una atracción irresistible: “Es,” dijo, “la oración de todos, la oración de los pobres y de los ignorantes, pero contiene todos los tesoros del conocimiento y la sabiduría de Dios, todo lo que es más santo y más agradable a Dios en el cielo y en la tierra. Entonces, si solo me quedara media hora de vida y fuera mi elección usarla para lo que quisiera, rezaría mi Rosario otra vez.”

Aunquela devoción del Santo Rosario ha sido enseñada por el Cielo, recomendada con muchos milagros y ha recibido la aprobación de la Iglesia mediante Bulas pontificias, no faltan hoy libertinos, impíos y gentes orgullosas que se atreven a difamar a los que rezan el santo Rosario y procuran alejar de él a los fieles. Nadie, en efecto, podría desaprobare la devoción del santo Rosario sin condenar al mismo tiempo lo más piadoso que existe

en la religión cristiana, a saber: la oración dominical, la salutación angélica, los misterios de la Vida, Pasión, Muerte y Gloria de Jesucristo y de su Santísima Madre, y la sagrada Eucaristía.

¡Qué no han intentado los herejes, Calvino, Bucero y otros, para desacreditar la devoción del Rosario! Pero es notorio el gran fruto que ha traído a la tierra esta nobilísima devoción. ¡Cuántos por medio de él se han librado de los pecados! ¡Cuántos han llegado a tener vida santa! ¡Cuántos han logrado una buena muerte y se han salvado! Hay muchos libros que tratan de esto. En las apariciones de Lourdes (1858) y Fátima (1917) la Virgen recomendó el Rosario y lo rezó con los videntes; así esta devoción adquirió un gran impulso en su difusión.

Sin embargo, los que habían recibido la misión de predicar el Rosario para vencer todas las herejías, se olvidaron de la importancia del Santo Rosario; se limitaron a rezar sólo una parte de él cada día, y así se dejaron llevar por la corriente del modernismo. El día 24 de noviembre de 1972, Clemente Domínguez recibió este mensaje de Santo Domingo de Guzmán: “Tenéis el arma poderosa contra las herejías y el confusionismo reinantes, que es el rezo del Santo Rosario. ... ¡Ay, ay, cómo está la Orden que fundé! ¡Qué pena esos hijos míos llamados Dominicos! ¡Hasta dónde van a llegar! ¡Ellos, que son llamados a defender la Fe por medio de la predicación! Desgraciadamente, muchos de ellos están predicando contra la Fe. Y ¿sabéis la causa? La poca devoción que tienen a la que es Madre de los Dominicos y el poco amor al rezo del Santo Rosario.”

Ya en el año 1688, el venerable Padre Fray Pedro de Santa María y Ulloa avisó de tal peligro a los frailes dominicos, recordando que San Alano de la Rupe (1428-1475) había recibido de la Santísima Virgen María esta advertencia: “La Orden de Santo Domingo comenzó a existir progresando desde sus inicios: pues, por el ejemplo y la exhortación de Santo Domingo, todos los Hermanos y Hermanas de su Orden, infaliblemente, incesantemente, con la mayor devoción, nos sirvieron a Mí y a mi Hijo en este Rosario de la Santísima Trinidad. Y cada uno de los Hermanos más pequeños, como si fuera un deber diario, me ofrecía el Rosario completo de quince misterios cada día. De hecho, en estos primeros días de fervor en la Orden, esta era la convicción común de todos: si alguien omitió el Rosario, pensó que había perdido el día; y si alguien se notaba más negligente en algún asunto, se oía: ‘Hermano, o no rezáis el Salterio, o lo rezáis indevotamente’... Y por eso, cuanto más tiempo ha durado mi Salterio en esta santa Orden, más inmensamente han florecido en ella la sabiduría, observancia, milagros, fama y gloria ante Dios y los hombres; pero, cuanto más ha faltado este Salterio, tanto más ha fracasado la Orden de Predicadores.” Estas palabras, como creemos piadosamente, fueron reveladas por la Santísima Madre de Dios a su esposo San Alano, y por eso deben ser escuchadas con la máxima piedad y consideración. Habéis oído cómo la Madre Misericordiosísima se queja del fracaso de esa Orden y cómo lamenta su ruina. Y cómo la orden florece con el aumento del santo Rosario y declina con su carencia.

En siglos posteriores, los dominicos, ya relajados, han dicho que el santo Rosario prosperaba en su orden, porque una parte se recitaba diariamente en común y que por eso no les faltaba el Rosario de la Virgen Gloriosa. Pero así hablan contra sí mismos, si, como dice la Reina del mundo, cuando está firme el Rosario está firme la Orden; y cuando cae, cae: mirad su estado, y lo sabréis. ¿Acaso es sólo una parte el Rosario completo? ¿No prestáis atención a lo que dice la Santísima Virgen: que cuando el Rosario florecía en la Orden, cada uno de los Hermanos más pequeños se lo ofrecía diariamente íntegro, como si fuera su deber diario? ¿Quién en el siglo actual ha pagado esa cantidad entera cada día? ¡Ojalá no hubiera ninguno que no! De haberlo rezado entero, la orden habría florecido así como al principio. Y si decís que se lamentó la Santísima Virgen María porque, en el momento en que hablaba con San Alano, el Rosario había sido completamente olvidado, de modo que no rezaban ninguna parte del Rosario; escuchemos al propio San Alano narrar en la Apología: “¡En verdad, en verdad, ay! Hace setenta años, por un hombre muy conocido, este divino Rosario fue truncado y reducido a solo cincuenta.” Por lo tanto, rezaban entonces solo una de las tres partes, como ahora en estos tiempos de decadencia. Nuestra Reina se lamentó pues de su Rosario truncado: ¿por qué entonces no se lamentará de la omisión? Y si insistís, finalmente, en que, si bien es bueno y útil rezar diariamente todo el Rosario, sobre todo cuando se habla de religiosos en particular, sin embargo sería impedimento para un bien mayor, es decir, el estudio, que es el principal ministerio de los dominicos; por lo tanto, contentos con sólo una parte, parece que deberían prescindir del pago de las tres partes diarias. ¡Oh! Por favor responda con sinceridad: ¿La Santísima Virgen obstaculiza o ayuda en el estudio? ¿Ciega la mente o la ilumina? ¿Buscáis la vana sabiduría del mundo o el conocimiento de los santos? ¿Quién iluminó a San Alberto Magno, a Santo Tomás el Angélico, a San Vicente Ferrer y a los otros casi innumerables Doctores de aquella Orden, que llenaron la Iglesia con su sabiduría? ¿No es la misma Virgen Santísima de cuyo Rosario eran los más devotos, como Ella misma relata? ¿No la habéis oído decir que en los tiempos antiguos era creencia común entre todos los dominicos que si alguien dejaba de rezar todo el Rosario en un día, pensaba que había desperdiciado el día? ¿Había sabios en la Orden en aquella época? ¿Floreció entonces la religión, con conocimiento, sabiduría, observancia, fama y gloria por los milagros? Ya lo habéis oído. ¿Ha florecido en este siglo igual que entonces? Escuchen a la Santísima Reina continuar su mensaje: “Que vean ahora,” dice Nuestra Señora, “cuánto se ha distanciado la orden de la verdadera piedad. ¿Dónde está la antigua frecuencia de los milagros en ella? ¿Dónde está la abundancia de hombres santos? ¿Dónde está la disciplina, el vigor y el rigor en la vida? ¿Dónde está el celo por la salvación de las almas? El Rosario se ha vuelto tibio y perezoso entre vosotros; por eso habéis fallado y caéis de la perfección día tras día. Pero que se cuiden aquellos que así nos privan a Mí y a mi Hijo del honor del Rosario. Procuren, pues, a través de Mí, la Reina de la Piedad, de la Misericordia y de los Predicadores, levantarse, y vuelvan más pronto y con más devoción a los antiguos Rosarios de los antiguos Padres y Hermanas”. Así pues, tengan cuidado, no sea que, al esforzarse por predicar a los demás y aprovecharles, ellos mismos se vuelvan réprobos; pues ¿de qué les servirá ganar las almas del mundo entero si sufren la perdición eterna para sí mismos? Volvamos, pues, a la oración y penitencia. La Reina del mundo no quiere que se limiten a rezar sólo cinco misterios del antiguo Rosario. Volvamos con todas nuestras fuerzas, no sólo a una parte del Rosario, que debe rezarse vocalmente, como se acostumbra; sino pagar toda la deuda rezando el Rosario entero devotamente, vocalmente y mentalmente a Nuestra Señora cada día. Se alejaron mucho de ello; por eso fracasaron, según aquello de Sofonías: “Perecerán, pues, todos los que también dejaron de servirme a Mí, el Señor Dios.” Los hijos de la Iglesia de ahora deben decirle con San Alberto Magno: “Ponme, Señora, a tu lado y que toda mano luche contra mí.” Si así lo hacemos, la misma Madre de Misericordia liberará al Pastor y a las ovejas, a mí y a ti, a toda la Iglesia, de los ataques de los lobos y de las aves rapaces, y restaurará la Iglesia a su antigua gloria, esplendor y gloria, y a nosotros, sirviéndola en su



Rosario. Volvamos pues a María con nuestra boca, con nuestro corazón y con nuestras obras: con nuestra boca, alabándola en el Rosario; con el corazón, contemplando sus sacratísimos misterios; y en las obras, predicando devotamente y con fervor el Rosario: así entraremos en los frondosos prados de las virtudes donde Él apacienta sus ovejas; y cuando nuestros espíritus sedientos hayan sido satisfechos y nuestras almas robustecidas, nos pondremos en camino, como apóstoles fuertes capaces de llevar la cruz que Él nos mande, y así conseguiremos en cambio la salvación de las almas. ¿Qué nos mandó Cristo y qué nos mandó la Santísima Virgen? Examinemos el santísimo Rosario; pensemos en esto, abracémoslo, ampliémoslo y prediquémoslo con todas nuestras fuerzas, oremos el Rosario con una mente atenta y enseñémoslo a otros a orar; porque tal es la Voluntad de

Cristo, y así es la Voluntad de su Santísima Madre: Escuchadla, os lo ruego; porque Ella es nuestra Madre; escucha su instrucción, y sé sabio, y no la rechaces. Pues se dirigió a Santo Domingo, dice el beato Alano, con estas palabras: “La Santísima Trinidad, para vencer todos los males del mundo, ha elegido como arma principal la Salutación Angélica, de la cual se compone nuestro Salterio; fundamento de todo el Nuevo Testamento. Por tanto, si quieres conseguir el fruto que deseas en la predicación, predica mi Salterio, y pronto sentirás especialmente la ayuda de la Trinidad. Ven ahora conmigo, toma este Salterio y predícalo constantemente, y donde haya más gente, alaba, recomienda y persuade mi Salterio.” ¿Habéis oído a la Santísima Reina del Cielo, y cómo manda que se predique su santísimo Rosario, y cómo manda que en todas partes se predique, se alabe y se encomiende el Rosario? Escuchad también a Cristo nuestro Salvador, que no sólo manda, sino que también amenaza terriblemente a quienes omiten predicarlo. Cuando el Bienaventurado Alano, según él mismo afirma, estaba celebrando el Sacrificio de la Misa, (pues en ese momento estaba afectado por el temor y el cansancio de la predicación), oyó a Jesucristo desde la Sagrada Hostia que le decía: “Ahora también me crucificas por omisión. Tienes la ciencia, la licencia y el deber de predicar: eres culpable de males que habrías podido evitar si hubieses predicado el Salterio mío y de mi Madre; te has convertido en un perro mudo, incapaz de ladrar cuando el mundo está lleno de lobos. Juro por el Padre Todopoderoso que, si no te enmiendes, comerás de la falsa comida del mundo.” Dicho esto, le mostró un abismo de profundidad aparentemente inmensa y los tremendos tipos de tormentos y castigos con que son atormentados los condenados en el infierno; y concluyó diciéndole: “He aquí tu descanso, si dejas de predicar más el Salterio de mi Madre.” Mirad cómo Cristo y cómo María mandan que se predique el santo Rosario. Porque predicando el santo Rosario, se predica el Evangelio, pues el Rosario abraza todo lo que contiene el Evangelio. Si, según el mandato del Salvador, el Evangelio debe ser predicado a toda criatura, entonces el santísimo Rosario también debe ser predicado a toda criatura, y especialmente por aquellos que están obligados a predicar, a ejemplo del Patriarca Santo Domingo, porque él gastó la mayor parte de su santísima vida en aquella gloriosa predicación. Además, por razón del fin de la predicación; porque siendo el deber de la predicación la edificación y salvación de los fieles, ¿qué cosa más útil puede proponerse a este fin que el santo Rosario? Si predicando a las almas se pretende proporcionar medicina contra los vicios, en el santo Rosario están contenidas todas las virtudes en oposición a los vicios. Si con la predicación se pretende iluminar las almas; dos grandes luces, Cristo y María, están contenidas en el santo Rosario. Si con la predicación se pretende promover las almas de los fieles a las virtudes; en el santo Rosario se contienen los ejemplos más perfectos, es decir, la vida de Cristo y de María. Si se pretende fortalecer las almas en la fe; todos los Misterios de la Fe están contenidos en el santo Rosario. Si se pretende erradicar los vicios, inflamar las mentes contra el diablo, el mundo y la carne; todas las armas con que Cristo y

María se armaron contra ellos están contenidas en el santo Rosario. Si se pretende inflamar los corazones de los hombres y elevarlos hacia Dios; el fuego del amor divino para inflamar los corazones y, para volar, las dos alas de grandes águilas, es decir, Cristo y María, están contenidos en el santísimo Rosario. Para apartar a los pecadores del mal; la ayuda más poderosa, es decir, la Virgen María, que nos protege y defiende, se encuentra en el Santísimo Rosario. Para honrar a Cristo nuestro Señor y a su Santísima Madre; para ensalzar, proclamar y predicar las grandes obras de ambos; ¿quién duda que todo está contenido en el Santísimo Rosario? Si buscamos lo alto, lo grande, lo santo, ¿qué hay más profundo, más grande y más santo que la vida de Cristo y de María, contenida en el Santísimo Rosario? Si se pretende ser nuevos, si eruditos, si copiosos; el Nuevo Testamento, la doctrina de Cristo, sus signos, virtudes y milagros están contenidos en el santísimo Rosario. ¿Qué más queda por desear? No se puede esperar nada más, sino que se pongan manos a la obra. Predicad, predicad. Hay que predicar el santísimo Rosario, no con palabras doctas de sabiduría humana, sino con palabras del Espíritu Santo que muevan los corazones, y con ejemplos sencillos. Hay que entrar en los frondosos misterios del santo Rosario, alabando con la boca, contemplando con el corazón, y practicando la virtud, con los hechos de una predicación fecunda. Considera más atentamente y con constante meditación: ¿a qué lugar y con qué propósito has sido llamado? ¿No es a la familia de la Santísima Virgen? Honradla. ¿No es esto tarea y oficio de los verdaderos cristianos y apóstoles? Completad eso, para así cumplir la Voluntad de Aquel que nos llamó a ser parte de los santos.

Fueron lamentablemente llamadas que resultaron infructuosas en el siglo XX. Más tarde, la misma Madre de Dios Santísima estableció el Santo Rosario Penitencial en El Palmar de Troya; pues si ya nadie estaba dispuesto a rezar quince misterios del santo Rosario diariamente, sino sólo cinco, entonces era preciso tener un nuevo santo Rosario donde un misterio valiese tanto como tres de los antiguos.

El Santo Rosario Penitencial:

El Papa San Pedro II Magno en su Breve Informe sobre el Santo Rosario Penitencial, hace constar que el rezo del Santo Rosario Penitencial de los Padrenuestros, fue pedido en El Palmar de Troya a través de todos los videntes, por tanto, que no es un invento humano, sino una petición del Cielo en el Sagrado Lugar de El Palmar. Dado el carácter penitencial, reparador y expiatorio de este santo Rosario, Satanás ha tratado de acabar con él usando de todas las artimañas a su alcance, aunque, gracias a Dios, sus intentos van quedando infructuosos, ya que este santo Rosario de Padrenuestros, se ha rezado desde entonces diariamente en El Palmar de Troya. Veamos los orígenes de este santo Rosario, llamado también del Padre Pío, pues él lo rezaba en vida y así lo enseñó a rezar en El Palmar.

La Voz del Cielo. En abril de 1968, pocas semanas después de la primera aparición, Rosario Arenillas, una de las videntes, en los primeros momentos de sus visiones, recibió un aviso de la Virgen Santísima que le decía que un día se rezaría en El Palmar, el Rosario de Padrenuestros, no llegando a comprender entonces el significado de estas palabras, y en octubre de 1968, la Santísima Virgen María dice a María Marín, otra de las videntes de El Palmar: “Rezad muchos Padrenuestros, porque los necesito.” Pero el 1 de marzo de 1969, es cuando dicha vidente recibe las primeras instrucciones acerca del Rosario de Padrenuestros. Estaba la vidente con un grupo de personas, en su mayor parte de Sevilla, Utrera y El Palmar, rezando a las afueras de la finca de las apariciones de El Palmar de Troya. Se la apareció la Santísima Virgen María y pidió a través de la vidente: “Rezad muchos Rosarios de Padrenuestros, para que los que no crean en Mí y en mis apariciones, crean...” Acabada la visión, los presentes empezaron a discutir cómo se debía de rezar el Rosario pedido por la Santísima Virgen. Entonces se apareció el Padre Pío de Pietrelcina a la vidente, con su Rosario entre los dedos y él lo dirigió. La vidente contestaba y los fieles con ella. Rezó en cada cuenta: “Padre Nuestro... Dios te salve... Gloria... Ave María Purísima...”

Pero el vidente Clemente Domínguez y Gómez, es el Gran Apóstol del Santo Rosario



Penitencial o de Padrenuestros: Muchos son los Mensajes que este vidente recibió sobre el santo Rosario de Padrenuestros.

Cuando llegó Clemente a El Palmar de Troya, este Rosario de Padrenuestros ya había sido pedido por el Cielo, como antes indicamos; pero en El Palmar no se rezaba, salvo rara excepción. En diciembre de 1969, se le apareció Santo Domingo de Guzmán a Clemente y le dijo: “Rezad siempre, rezad siempre, rezad siempre, que es vuestra salvación. Tenéis que rezar el Santo Rosario según la misma Virgen dictó en este Sagrado Lugar; y sé que os costará muchos sacrificios, pero de esta forma se aplacará la Santa Ira del Altísimo. Rezadlo siempre que vengáis... Que se extienda y que se proclame el rezo del Santo Rosario de Padrenuestros que la Virgen ha dictado en este Sagrado Lugar...” Santo Domingo anunció al vidente que vería la Santa Faz, y ésta dijo a Clemente:

“Tienes en tus manos mensajes de salvación. Insiste que cumplan estos mandatos.”

Clemente Domínguez comenzó la dura labor de poner en práctica, en El Palmar, el Mensaje de la Santísima Virgen sobre el Rosario de Padrenuestros. Momentos de verdadera angustia, sufrimientos e incomprensiones rodearon a Clemente y a un pequeño grupo de personas que le ayudaban. Satanás recurrió a la calumnia, a la envidia, al descrédito. Clemente Domínguez estaba prácticamente solo en esta dura labor, sin poder contar con la ayuda de otros videntes, que incluso habían recibido también el mensaje de este Rosario de Padrenuestros, pero que carecerían de firmeza para imponerse y defender la verdad. Pero, poco a poco, la eficacia de este Penitencial Rosario se iba viendo. El grupo de fieles que lo rezaban se hacía mayor, y en medio de vientos contrarios y grandes tempestades, el Santo Rosario de Padrenuestros se rezaba ya diariamente en el Sagrado Lugar de El Palmar de Troya. Los mensajes celestiales explicaron la importancia del Rosario y animaron al joven vidente a seguir luchando:

El 4 de enero de 1970, Santo Domingo de Guzmán dijo: “Os quiero a todos, hijos míos, porque rezáis el Santo Rosario por el que el mundo se salvará: el Santo Rosario de Padrenuestros. Esa es la voluntad de la Siempre Virgen María. Hijos míos, os queda poco que sufrir. El Gran Milagro está cerca, pero debéis orar. Os bendigo.”

El día 3 de febrero de 1970, Nuestro Señor Jesucristo dio a Clemente Domínguez el siguiente mensaje: “Hijos míos: ¡Por qué tantos enemigos para rezar el Rosario de Padrenuestros, cuando es mi Voluntad que se rece! Muchos alegan que el otro es tradicional. Deben tener en cuenta que era el Rosario perfecto para el tiempo pasado; pero, ahora, en estos tiempos difíciles, llenos de obscuridad y tinieblas y confusiónismo, junto con la maldad de los hombres de ahora, y teniendo en cuenta que el Padre Celestial está enojado grandemente con la humanidad, hay que desagraviarle: ¡Qué mejor manera que cincuenta veces al día pidiéndole perdón en la oración que Yo os recité! Considerad la siguiente parábola: Un Padre de familia tenía ocho hijos. Era consciente de la rectitud de su esposa; por tal motivo, le confió el gobierno de sus hijos. Pasado el tiempo, viendo el padre que los hijos abusaban del gran amor de su madre, montó en cólera contra sus hijos. Entonces, la madre, les aconsejó a los hijos que pidieran perdón al padre, ya que estaba enojado y dispuesto para enviarlos a un reformatorio. Esa es la comparación, hijos míos: Hubo una época que por el mero hecho de invocar a María, mi Madre, el mundo se corregía. Pero en estos momentos desatienden los consejos de la Madre; por eso, el Padre Eterno está enojado; tomando María, entonces, la resolución de aconsejar a sus hijos que pidan perdón al Padre Celestial, ya que está dispuesto a hacer justicia. Quiero, hijos míos, que no discutáis sobre la eficacia del Santo Rosario tradicional, elevado ahora [como Santo Rosario Penitencial] a la perfección celestial, ya que se invoca al Padre, al Hijo, al Espíritu Santo y a María Inmaculada. Quiero que este Mensaje sea difundido íntegramente a todas las personas.”

El día 11 de febrero de 1970, la Santísima Virgen María dice a Clemente: “Hijos míos: Estoy muy contenta con todos vosotros, y más en estos momentos que rezáis el Santo Rosario de Padrenuestros, que es el que más me alegra y me llena de gozo y salva muchas almas. Cada vez que rezáis dicho Rosario se aplaca el dolor del Santo Padre, vuestro Vicario, a quien tanto le hacen sufrir, porque no le obedecen sus hijos, y cada vez que rezáis dicho Rosario el Santo Padre acepta con resignación todos los sufrimientos, unido con mi Hijo Divino, para salvar a las almas y convertir a tantos pecadores que ofenden al Padre Celestial.” El 4 de marzo de 1970, había allí personas enemigas del Rosario Penitencial que se negaban a rezarlo, y el Padre Eterno dijo: “¿Por qué me negáis la oración que mi Divino Hijo os enseñó que va dirigida a Mí y cuántas veces la recitáis me vuelco más hacia vosotros? Hijos míos: Con este Rosario [el de Padrenuestros] no es que se quite la mediación de mi Hija María, sino que, como el mundo está peor, hace falta que me invoquéis constantemente, ya que estoy muy enojado con vosotros. ¡Oh hijos ingratos, negarle a su Padre una oración cuando Yo os he creado y me lo debéis todo! ¡Qué distinto sería el mundo si rezarais el Rosario de Padrenuestros! El mundo se convertiría, porque Yo, que soy vuestro Padre, no puedo cerrar los oídos a las plegarias vuestras. En estos tiempos en que estoy dispuesto a enviar a mi Divino Hijo para purificar al mundo, es necesario que me invoquéis siempre. Os bendigo.” La Santísima Virgen María añadió: “Así me gusta, hijos, que recéis el Rosario de Padrenuestros, que es el que más alegra a mi Corazón Inmaculado.” El 16 de marzo de 1970, Clemente tuvo la siguiente visión: Apareció el Padre Eterno en el Cielo y empezó a descender hasta la tierra. El vidente le dijo: “Padre ¿por qué bajas hasta aquí?” Dijo el Padre Eterno: “Porque me estáis llamando.” Y es que estábamos rezando el Rosario de Padrenuestros.

A pesar de que los ataques de Satanás seguían furiosos contra el Rosario Penitencial, este Rosario se iba cada día imponiendo, y era cada vez más numeroso el grupo que lo rezaba en el Lentisco, con gran fervor, a pesar de su larga duración. De ninguna manera permitió Clemente que, en el Lentisco, se tratara de impedir el rezo del Rosario de Padrenuestros, a pesar de que sus enemigos lo intentaban con frecuencia, incluso videntes que también tenían confirmación de este Rosario, pero que, inducidos, creaban confucionismo y desazón. Y el Rosario Penitencial se iba extendiendo en El Palmar y por España, ya que los peregrinos que visitaban el Sagrado Lugar lo rezaban en sus casas y en sus Grupos de Oración.

El día 19 de abril de 1970, Clemente Domínguez recibió de la Santísima Virgen María el siguiente mensaje: “Hijo mío: Vengo como Madre de Jesús y de vosotros. Atended a las promesas de las gracias que concederé a todos aquellos que, con verdadera devoción, recen el Santo Rosario de 50 Padrenuestros, 50 Avemarías, 50 Glorias y 50 Ave María Purísima: 1º Les daré perfecto conocimiento de mi gran amor y socorro hacia mis hijos. 2º Les acercaré a la Eucaristía, donde está mi Divino Hijo. 3º Les daré profundo arrepentimiento de sus pecados. 4º Les concederé la gracia de que les sean borrados todos los pecados de su vida pasada. 5º Podrán alcanzar la conversión de sus familiares de forma rápida. 6º Les daré buen sentido para practicar la caridad con todos sus hermanos. 7º Los que rezaren este Rosario diariamente tendrán, además, una buena muerte, serán salvados de la condenación, pasando a la Vida Celestial al dejar este mundo. 8º Concederé gracias sobreabundantes a él y a todos sus familiares. 9º A los que murieren y fueren al Purgatorio, les prometo sacarlos al día siguiente. 10º A todos aquellos que rezaren este Rosario, les prometo adelantar la salida del Purgatorio a sus más allegados familiares. 11º Tendrán un aviso con antelación suficiente, antes de morir, para quedar auxiliados con los Santos Sacramentos. 12º Poco antes de morir tendrán una visión de mi Divino Hijo y de Mí, vuestra Madre. 13º Concederé paz en los hogares, en las naciones, donde se rece diariamente este Rosario dirigido a la Trinidad Augusta y a Mí, vuestra querida Madre. 14º A todos los que rezaren el dicho Rosario les cubriré toda la vida con mi Manto, en el cual estarán seguros. 15º A todos aquellos que rezaren y meditaren con el corazón entregado bajo mi protección, les daré la gracia de



alcanzar ser preservados del castigo. 16º Si alguno de los que rezan este Rosario tuviere la gracia de morir en sábado, tiene asegurada la salvación de un familiar suyo. Os bendigo a todos.” Años más tarde, San Gregorio XVII concedió además indulgencia plenaria por cada cuenta del Rosario Penitencial, siempre que se recen las cincuenta cuentas en el mismo día y se pida por las intenciones del Papa.

Ese mismo mes, Nuestro Señor Jesucristo dijo: “Hijos míos: No podéis imaginaros el gozo tan grande que siente mi Corazón cuando rezáis este Rosario del Padre Pío, ya que es de gran penitencia. Cuando lo recitáis, estáis orando por los que no oran, por los que blasfeman e injurian mi Sagrado Corazón, que sólo sale de Él misericordia para todos vosotros. Mientras más oréis, más pecadores convertiréis y más reparáis mi Divino Rostro, y más

personas se acercan a Mí en la Eucaristía, en donde me doy a vosotros para vuestra salvación. Hijos míos: Este Rosario es señal segura para estar siempre unidos a la Augusta Trinidad y a mi Santísima Madre y Madre vuestra. No me agradan las palabras de algunos hijos míos que dicen: “Voy a rezar el Rosario de la Virgen”, por el tradicional, y no se dan cuenta que, en el Rosario del Padre Pío, está el de la Virgen. Luego está perfecto. El que lo reza debe saber que invoca a la Santísima Trinidad y a la Virgen María, vuestra Madre, rodeado de los Coros Angélicos, lo que quiere decir que invocáis a toda la Corte celestial; por tanto, serán mayores las gracias que recibiréis.” Y el mismo San Pío de Pietrelcina, en julio de 1970, le dijo: “Hijo mío: No es un capricho mío el Rosario de Padrenuestros. Es una necesidad para cambiar la perversidad de la humanidad.”

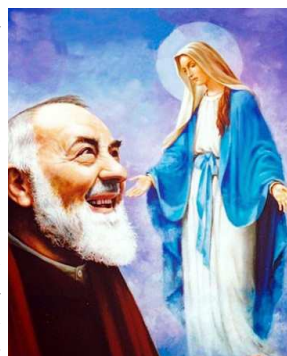
En el año 1971, el Padre Eterno: “Pronto llegará el día en que diré a mi Hijo que use de justicia con el mundo, y a sus enemigos se los pondré por escabel, y será proclamado Rey. Yo quiero que vosotros estéis coronándole; pero no de espinas, sino de gloria. Por eso es la hora del Rosario Penitencial, para clamar mi clemencia, clamar mi misericordia; y el que cincuenta veces está dirigiéndose a Mí en el día, no quedará desatendido. ¡Cincuenta veces llamando a su Padre! Si supierais el gozo que hay en Mí cuando me decís: Padre nuestro, que estás en los Cielos, santificado sea tu Nombre... Imaginaos qué será decirlo cincuenta veces, pero con el corazón. ¡Oh, hijos míos!, y cuando me ofrecéis esos Viacrucis, hago que se derrame la Sangre de mi Divino Hijo sobre vosotros y os purifique, para que un día gocéis en mi presencia. ¡Oh, hijos míos, aún estáis a tiempo! Con vuestra penitencia, vuestras oraciones, mi brazo se detendrá.”

La Santísima Virgen María, en mayo de 1971, dice a Clemente: “Hijos míos: Estáis en tiempos difíciles. Sólo la oración y la penitencia os librarán del enemigo. Nuevamente en este Sagrado Lugar os digo: que el Rosario que más me agrada es el Penitencial, porque estáis clamando al Padre, que es el que está más enojado; porque estáis glorificando a la Santísima Trinidad; y porque siguen las 50 salutations a vuestra Madre. Y aún más: 50 veces decís la salutación de mi Purísima Concepción.” Y agrega: “Quiero que meditéis en vuestros corazones, ante el Sagrario, que en el Rosario Penitencial está el Rosario que llamáis de la Virgen; es el mismo Rosario, agregándole los Padrenuestros, los Glorias y el saludo a vuestra Madre.”

Claro está, que el Rosario Penitencial es, como su nombre indica, de mucha penitencia. Pero no tenemos que olvidar que el mensaje principal y general en todas las apariciones de estos tiempos, es una llamada a la oración y a la penitencia. Y que en estos tiempos la penitencia ha de ser mayor, pues hay que estar muy ciegos o ser muy comodones, para no comprender esto. Por eso en El Palmar de Troya se hace mucha oración y penitencia diariamente.

Entre los muchos Mensajes dirigidos a los Cenáculos, podemos recordar el de la Santísima Virgen María, a Clemente, el día 19 de octubre de 1973: “Nuevamente os pido que en los Cenáculos se rece el Rosario Penitencial de los Padrenuestros.”

San Pedro II escribe: “Satanás tenía emprendida dura lucha para que en los Grupos de Oración no se rezara el Rosario Penitencial. ¡Cuánto amor propio hay en algunas personas y qué miras humanas les llenan de confusión! A algunas personas ¡cuánto les cuesta doblegar su voluntad a la de Dios después de haber recibido muchas pruebas de lo que Dios quiere y muchas gracias y bendiciones! Pero, el sello de la Obra de Dios, está en las contrariedades, en los sufrimientos; y, cuando Satanás tanto empeño pone por impedir o destruir una obra, es porque esta obra le duele al diablo, lo pone furioso. El Rosario de Padrenuestros es una arma poderosísima contra Satán, y por eso arremete contra él. Recen el Rosario de Padrenuestros y probarán su eficacia. A pesar de los ataques, está extendido por los cinco continentes, donde todos los fieles pasan diariamente las cuentas de este Rosario, llamado también del Padre Pío, y esto es una señal evidente de que es Obra del Cielo, pues a pesar de los ataques infernales, este Rosario, como una espada agudísima, va cortando las tempestades y contrariedades, siguiendo su camino de propagación hacia aquellas almas que verdaderamente desean hacer oración y penitencia.”



Todos los videntes principales del Palmar recibieron mensajes sobre el Santo Rosario Penitencial, y lo rezaron muchas veces; entre ellos: Rosario Arenillas, María Luisa Vila, José Navarro (Cayetano), Arsenia Llanos, Antonio Romero, Manolo Fernández, Antonio Anillos y María Marín.

Otros mensajes del Señor: “Es muy necesario que, durante este año de 1972, recéis el Rosario Penitencial, de los 50 Padrenuestros, 50 Avemarias, 50 Glorias y 50 Ave María Purísima; porque así, de esa manera, aplacaréis la Ira Divina y habrá grandes frutos en la Iglesia. Es necesario que meditéis sobre este Rosario Penitencial, que 50 veces clama al Padre, y que aplaca su Ira. Tantos grupos repartidos por España rezando ese Rosario Penitencial, atraerán tanta misericordia del Padre de la Misericordia, que será asombroso. Los frutos los veréis.”

El Señor, también en 1972: “¿Por qué toda esta crisis? Porque, prácticamente, son muy pocos los eclesiásticos que rezan el Santo Rosario; he ahí uno de los motivos. Hoy la norma es acción, acción, pero no se acude a la oración. Acción sin oración, trabajo perdido. Oración, hijos míos, oración, no sólo mental, sino vocal también. Hay muchos enemigos de la oración vocal, pretextando que es una rutina de oraciones tras oraciones, sin valor. Pero no se dan cuenta que Yo mismo enseñé el Padrenuestro y dije que se orara así. Luego, es que quiero la oración vocal. También es verdad que, si se vocaliza y no se pone el corazón, de nada sirve la oración. Debéis meditar lo que estáis haciendo y a quien os estáis dirigiendo, procurando no distraerse, y gozar anticipadamente del Cielo por las gracias recibidas, y ofreciendo los sufrimientos y penalidades. No es suficiente decir muchas oraciones con la boca, si no se entrega el alma en esas oraciones. Es difícil; por eso es más meritorio. Así que no hay pretexto para acabar con el Rosario. Más aún: En estos tiempos es más necesario que nunca.”

La Santísima Virgen María, ese mismo año: “Es apremiante el restablecimiento del rezo del Santo Rosario en todas las Iglesias, por el cual encontrarán las almas el remedio para todos los males que afligen a la Iglesia actualmente.” El Señor, a fines de 1972: “Si el Rosario volviera a las iglesias, a los conventos, a las casas y a todas partes, la Iglesia caminaría con gran luz. Pero, desgraciadamente, se está dando las espaldas al Rosario.”

Y Santo Domingo insistió: “Tenéis el arma poderosa contra las herejías y el confusionismo reinantes, que es el rezo del Santo Rosario, por el que tanto luché para enseñarlo y propagarlo por todas partes. ¡Tanto sufrí para propagar el Rosario, tantos enemigos me atacaron...! Acudid al Rosario, y ahogaréis y apagaréis las herejías y el confusionismo actual que reinan en la Iglesia de Jesucristo, cuya Iglesia fundó derramando su Sangre.”

1973. La Santísima Virgen María, en julio: “Seguid firmes en la oración penitencial. No

dejéis de rezar el Santo Rosario Penitencial de Padrenuestros, que nuevamente va a ser duramente combatido, para que quede abolido en los Grupos de Oración.”

San José, en agosto de 1973: “Incrementad vuestras oraciones y penitencias. Sobre todo, rezad con devoción el Santo Rosario Penitencial de Padrenuestros... Mirad, mirad: Satán arremeterá ahora contra el Rosario Penitencial; y observad cómo la Ira del Eterno Padre ha ido aplacándose, porque tantas veces al día recitáis: Padre nuestro, que estás en los Cielos, santificado sea tu Nombre, venga a nosotros tu Reino... El que tantas veces al día clama al Eterno Padre, no puede caer en la confusión y en el error. ¿Por qué hay hoy tanta confusión en los Grupos de Oración? Porque se ha ido suprimiendo el Rosario Penitencial. Y al no rezarse, no pueden acogerse a las promesas que hay a aquellos que lo rezan; y, una de ellas es la comprensión de los misterios. ¡Oh, hijitos míos: Apartaos de novedades y seguid la oración penitencial! Yo os prometo solemnemente, como Padre de la Iglesia y de todos vosotros, que en aquellas casas que todos los días se rece el Santo Rosario de Padrenuestros, sentirán mi presencia palpable en más de una ocasión y serán protegidos por Mí de forma especial.”

La Santísima Virgen María, en octubre de aquel año: “Es necesario restablecer el Santo Rosario Penitencial de Padrenuestros, en todos los cenáculos; porque, de lo contrario, la Luz no vendrá, sino que caminaréis en tinieblas. Es preciso que, aunque os quedéis dos personas solas, recéis el Santo Rosario Penitencial. Eso es lo más importante: La oración y no la cantidad de personas. Hijitos queridísimos: Mirad que os lo digo en vísperas de próximos acontecimientos. En vuestras manos, los Cenáculos, dejo esta misión de los acontecimientos venideros. A vosotros, los cenáculos, os corresponde enseñar y difundir el Santo Rosario Penitencial. Es lo que os encomiendo especialmente, para que se extienda por todas partes. Tiene mucha más importancia el Santo Rosario de Padrenuestros rezado en los Cenáculos, que cada uno individual; porque eso será enseñanza para todos. Hijitos míos: ¡Que la criba será aún peor! ¡Restableced el Santo Rosario Penitencial! Mirad que, por causa de haberse suprimido, han entrado grandes nubes en los Cenáculos. Os lo digo. Allá vosotros. Yo, como Madre, os aviso a todos. Yo os aseguro que alcanzaréis abundantes gracias todos aquellos que tengáis en el Cenáculo el Rosario Penitencial. Mirad que las promesas que Yo di, para que se cumplan es necesario que en los Cenáculos se rece dicho Rosario. No olvidéis que fueron dieciséis promesas. ¿Adónde están ya? ¿Es que no os acordáis de mis promesas a aquellos que rezan el Rosario Penitencial de Padrenuestros? ¡Oh, hijitos míos! Hijos queridísimos: ¡Firmes en el Rosario Penitencial, aun en contra de opiniones humanas! La opinión humana, nada cuenta. Lo que cuenta es la Voluntad de Dios... Queridos hijitos: ¿Acaso este es tiempo para andar en conversación y en charlas y lecturas, y no tenéis tiempo para el Rosario Penitencial?... Restableced el Santo Rosario Penitencial.”

Días después, la Santísima Virgen María: “Hijitos, ¡firmeza! Ya sabéis los combates que hay. Sobre todo, mucha firmeza en el rezo del Santo Rosario Penitencial. No lo olvidéis. Y esto va con los Cenáculos. Pocas veces voy a insistir ya. Pero los que pierdan la Luz será porque quieran. Porque Yo os exhorto a que sigáis el camino de la rectitud. Agradad al Padre Celestial con el Rosario Penitencial. Y también me agradáis a Mí, porque siguen las avemarías y es más: Están las 50 Ave María Purísima, sin pecado concebida. Hijitos queridísimos: La lucha se presenta grande. Las emboscadas del enemigo serán cada vez mayores. Hijitos queridísimos: ¡Andad con cuidado! ¡Andad con cuidado!, porque Satán emprenderá una dura batalla contra el Rosario Penitencial. ¡Firmeza en los Cenáculos! Agrade o no agrade a determinadas personas, lo importante es agradecer a Dios.”

En octubre de 1973, insistió la Santísima Virgen: “Nuevamente os pido que en los Cenáculos se rece el Rosario Penitencial de los Padrenuestros. Mirad que os lo repito: Es necesario que recéis el Rosario Penitencial. No os importe que se haga cansado; pues, mejor, más meritorio será. Además, muchos de vosotros, individualmente, lo rezáis todos los días. Ahora es preciso rezarlo en los Cenáculos. Los primeros días se hará cansado; después, encontraréis grandes

gozos y alegrías. Yo no os lo impongo, pero meditad: A mayor penitencia, más repararéis al Altísimo. Así que rezad el Rosario Penitencial en los Cenáculos... Hijitos míos: pronto me manifestaré en toda la Iglesia con mis Apóstoles Marianos bajo mi Cayado. Para lograr todo esto, es necesario más espíritu de oración y sacrificio, especialmente el Rosario Penitencial, hoy tan eficaz para aplacar la Ira del Padre.”

En noviembre de 1973. El Señor: “Mis queridos hijos: ¡Estad alerta! ¡Permaneced en oración y en penitencia! Sólo aquellos que estén en oración y penitencia, recibirán luz y protección. ¡Ay de aquellos que no los encuentre velando en los próximos acontecimientos! ¡Pobre de ellos! Sobre todo, insisto para todos los cenáculos de España y allende la frontera, recen el Santo Rosario Penitencial, si queréis mitigar los efectos de la gran guerra que se aproxima. En vuestras manos lo dejo. Usad bien de vuestra libertad. Y



repasad el Magníficat. Repasad el Magníficat: Que derribo a los poderosos y ensalzo a los humildes... ¡Alerta a los Cenáculos! ¡Alerta a los Cenáculos! Si seguís en esa postura, desbarataré muchos de vuestros Cenáculos. Porque yo quiero Cenáculos de auténtica penitencia, aunque queden dos en cada uno de ellos. Lo importante no es el número de personas, es la calidad de las personas, las que son auténticamente personas de oración y sacrificio. ¿Para qué queréis un Cenáculo lleno de personas, si no mantenéis un espíritu grande de oración y penitencia? Yo os prometo a todos los Cenáculos, aquellos que recéis el Rosario Penitencial, que seréis guiados de una forma especialísima en los días de tinieblas y, sobre todo, seréis protegidos en el próximo cisma que habrá en la Iglesia. ¡Allá vosotros! Yo os doy las normas. De vosotros depende. Queda bien claro que los Cenáculos de hoy son de gran oración y penitencia. Muchas veces tenéis tiempo para hablar, para distracción, para criticar, censurar, hablar mal de vuestros hermanos; pero no tenéis tiempo para el Rosario Penitencial. ¡Falsas excusas!... Recordad este 15 de noviembre como el día en que vuestro Salvador ha bajado a este Palmar de Troya llorando y sangrando, para que se imponga el Rosario Penitencial en todos los cenáculos. Mirad, que os lo digo: Sólo encontrarán Luz aquellos Cenáculos que recen el Rosario Penitencial, porque a mayor oración, a mayor penitencia, más Luz, más humildad... Estáis a tiempo. Mirad que eso no es capricho humano. Es la Voluntad celestial. A los cenáculos encomiendo la propagación del Rosario Penitencial, el Rosario del Padre Pío. A los cenáculos os toca la propagación de ese Santo Rosario, que es señal de Luz en medio de las tinieblas en que vivís todos. Mis queridos hijos: pronto las naciones serán acrisoladas, purificadas. Pronto oiréis el estallido de las potentes bombas que destruirán ciudades enteras, y el humo que asfixiará a grandes multitudes. Mirad, hijos míos: En vuestras manos pongo estos acontecimientos. Depende de vosotros el mitigarlos y aminorarlos. Y, sobre todo, próximamente la Doctrina Católica será grandemente falseada, incluso por Obispos y Cardenales. Y aquellos que hayan rezado con devoción este Rosario del Padre Pío, tendrán el espíritu de discernimiento para saber qué Obispo habla en nombre de Dios y qué Obispo no habla en nombre de Dios. Mis queridos hijos: Transmitid esto a vuestras respectivas ciudades: O se pone el Rosario Penitencial en los cenáculos, o el caos vendrá, inexorablemente, sobre todos. Mirad que en el Rosario Penitencial se repara a la Santísima Trinidad y a la Santísima Virgen María. Cincuenta veces diciendo ‘Padre nuestro que estás en los Cielos...’ ¿Sabéis qué significa eso? Que vuestro Padre Celestial, que está en los Cielos, abra sus brazos, abra sus oídos y os escuche amorosamente a todos, porque cincuenta veces le clamáis. ¡Mirad qué grande es ese Rosario! Pero, desgraciadamente, los hombres de este tiempo no tienen lugar para orar, no hay tiempo para nada. Pero sí hay tiempo para muchas cosas mundanas. ¡Quítese el tiempo que están en la televisión, y veréis

si hay tiempo para orar! ¡Quítese el tiempo que hay para ir al cine, para oír la radio, para leer la prensa, para discutir con uno y con otro, para pasear..., y tendréis tiempo sobrado! Mas, podéis seguir con todas estas cosas, aquellas que no sean malas, y aún tenéis tiempo para la oración. Si en los Cenáculos y en todos vosotros, hubiera más oración, no habría tanta crítica, ni tanta censura sobre los demás hermanos. Gastáis mucho tiempo hablando mal de los demás. Y esto va con todos. Cada uno examínese a sí mismo. ¡Cuánto tiempo perdido en discutir! ¡Cuánto tiempo perdido en querer ver claro esto o aquello, cuando la Luz está en la oración y en la penitencia! Ahí es donde se recibe la Luz en medio de las tinieblas. Mis queridos hijos: Este legado os doy: Oración y penitencia, oración y penitencia, oración y penitencia. Hasta que el mundo diga que estáis locos. Mientras no os llamen locos, es que todavía no andáis bien. Yo fui el primer loco para la humanidad. Mis seguidores tienen que ser iguales. Yo os enseñé a orar. ¡Cuántas veces me retiraba a orar, a hacer sacrificio, para enseñar a vosotros! Y recordad, cuando los Apóstoles pidieron que les enseñara a orar, les enseñé la oración del Padrenuestro, la oración más excelsa de todas las oraciones. Mirad: Ha habido comunidades en la Historia de la Iglesia que han llegado a rezar 200 y 300 Padrenuestros al día. Entre ellos, los cartujos. Es mi deseo que este mensaje sea difundido por todas partes y en el mayor número de lenguas, ya que concierne a toda la Iglesia y al mundo.”

En noviembre de 1973 la Santísima Virgen María dijo: “Hijos míos: ¡Adelante y firmeza! Sobre todo, rezad el Rosario Penitencial en todos los cenáculos. Os encomiendo esa misión del Santo Rosario Penitencial, por cuyo rezo encontraréis, en Jesucristo, misericordia para España.”

1974. En septiembre, dijo el Padre Eterno: “He aquí vuestro Padre Celestial con los brazos extendidos, dispuesto a acoger vuestras plegarias. He aquí vuestro tierno Padre, vuestro Padre de bondad. ¡Oh, hijos míos! ¡Qué gozo el estar rodeado de todos vosotros! ¡Oh necio mundo, que no quiere reconocer que tiene un Padre en el Cielo! ¡Oh estúpida humanidad: No medita en la bondad y el amor de este Padre, que entregó a su propio Hijo a Muerte de Cruz para salvar a la humanidad! ¡Oh, mis queridos hijos: medita y profundiza la oración excelsa del Pater Noster! Mirad, hijitos queridísimos: Cuando los Apóstoles pidieron a Jesús que les enseñara la forma de orar, Jesús les enseñó esta oración del Pater Noster. Y es en esa oración cuando escucho a todos mis hijos. Por eso descendo hasta vosotros, casi tocándoos. ¡Oh, mis queridos hijos: Qué poco meditáis en esa oración! Observad cómo el mundo va siendo perdonado de sus muchos pecados, gracias a la repetición de esa excelsa oración. Es por eso que he fundado, en estos últimos tiempos, el Rosario Penitencial, para que meditéis, para que claméis a este Padre que os escucha. Cada vez que decís: Padre Nuestro, que estás en los Cielos... este Padre está dispuesto a escuchar a sus hijos. ¡Cuánto más si cincuenta veces me llamáis Padre en ese Rosario Penitencial! ¡Cómo no voy a oír a mis hijos que están continuamente!: ¡Padre! ¡Padre! ¡Padre! ¡Padre! ¡Qué padre no escucha a sus hijos? ¡Cuánto más este Padre que os ha creado! ¡Oh!, hijos queridos: ¡Meditad en esta sublime oración! Medita y profundiza en el Rosario Penitencial. Por eso el enemigo infernal desata duros ataques contra este Rosario. Porque, Satán, ya no puede clamar a este Dios y Señor, como vosotros podéis hacerlo, con esa hermosa frase de ‘Padre Nuestro.’ Cada vez que recitáis devotamente el padrenuestro, Satán se siente convulsionado; y, en lo más profundo de los Infiernos, se agita soberbio contra su Creador. Por eso, mis queridos hijos, Recita el padrenuestro constantemente, y ya veréis cómo Satanás se aparta de vosotros. Medite el mundo, mediten las naciones y observen los acontecimientos sobre el mundo. Ya ha habido ocasión para que la tierra quedase toda arrasada. Mas, como se han rezado tantos Rosarios de Penitencia, Yo, que Soy vuestro Padre, he usado de misericordia con la humanidad. ¡Oh, mis queridos hijos! Probad meditar suavemente, lentamente, el Pater Noster, y ya veréis qué delicioso es a los sentidos del alma, cuya alma ha sido creada por este vuestro Padre. ¡Oh, hijitos queridísimos! ¡Si el mundo supiera lo que es estar en el regazo de su Padre Celestial...! Pero el mundo sólo piensa en el progreso, en la industrialización, en la política, en las

armas. Pero no piensa ni medita en el Reino de los Cielos. ¡Oh, hijos queridos! ¡Meditad sobre este Cielo, cuyas puertas están abiertas para todos los que queráis penetrar en Él! Mirad, ¡oh hijos queridísimos!, que este Padre no quiere la felicidad sólo para Sí mismo, sino que, por bondad, quiere compartirla con sus hijos. ¿Cabe una mayor bondad que ésta, la de compartir su felicidad con los hijos que ha creado? ¡Qué poco me conoce la humanidad! Sólo hablan, muchas veces, de un Padre justiciero, de un Padre de terror, de castigo y espanto y no meditan en este Padre de bondad, de misericordia, de mansedumbre, en este Padre que os llama a su Reino. Por eso, mis queridos hijos, haced una gran campaña en defensa del Rosario Penitencial, del llamado Rosario de Padrenuestros, para que el mundo sepa lo que es tener un Padre Celestial; este mundo que está huérfano, porque da las espaldas a su Dios y Señor. ¡Este mundo materialista y egoísta! Mirad, mis queridos



hijos, pocas oportunidades voy a dar a la humanidad; ya están mis Ángeles con las espadas afiladas para el exterminio de los malvados. ¡Clamad misericordia y perdón!, porque el mundo será severamente castigado por su perversidad. ¡Oh, hijos queridos! ¡Saboread la oración del Pater Noster! ¡Saboread!, y veréis la delicia en el orar. ¡Oh, necia humanidad, que quiere construir un mundo a espaldas de su Creador! ¡Torpe humanidad! ¿Adónde va? La respuesta es clara: Al precipicio, a la autodestrucción. Por eso, mis queridos hijos, ¡clamad continuamente a este vuestro Padre! Mirad, hijos míos: En estos Últimos Tiempos que prácticamente, ha sido abolido el Santo Sacrificio, por la composición de la nueva misa, que es un mero banquete, necesito muchos padrenuestros, muchos padrenuestros, para ser reparado por las infinitas ofensas que recibo constantemente. ¡Oh, hijos queridísimos! ¡Llamadme con frecuencia! Llamadme, sobre todo, con esa dulcísima frase: Padre Nuestro, que estás en los Cielos... Y estad seguros que este Padre está presto a escuchar a todos sus hijos. Por eso, mis queridos hijos, desde mañana, en este Sagrado Lugar, se aumentará otro Rosario Penitencial, para contrarrestar los grandes ataques que hay contra dicho Rosario. Así que ya sabéis: Más penitencia... Esto va a suponer un mayor sacrificio para vosotros; pero, si no lo hacéis vosotros, la antorcha de este Sagrado Lugar, ¿quién lo va a hacer? Decidme vosotros: ¿Quién va a ser capaz de defender este Rosario Penitencial? Sólo vosotros, que sois la antorcha viviente de este Lugar; con vuestros defectos, vuestros errores, vuestras debilidades, pero la antorcha. Y esta antorcha de El Palmar de Troya es la Luz del mundo en estos tiempos de confusión, de error y de tinieblas. Y Yo os pregunto, hijitos queridísimos: ¿Vais a negar otro Rosario Penitencial a vuestro Padre, que os ha concedido este Lugar como Luz y Cátedra de estos Últimos Tiempos? Ahí tenéis la forma de dar gracias a vuestro Padre. No os pido más. Y ya veréis, cómo con este Rosario Penitencial, que vais a aumentar en las oraciones de El Palmar de Troya, vendrán grandes bendiciones sobre la Iglesia y sobre el mundo. Y, especialmente, sobre este Sagrado Lugar, el Monte de Cristo Rey, mi Ungido Cristo Jesús... Mis queridos hijos: ¡Haced penitencia, mucha penitencia, porque se aproximan terribles acontecimientos sobre la Iglesia y sobre la humanidad! ¡Redoblad vuestras oraciones y sacrificios! Os bendigo.”

También en septiembre de ese año, dijo el Padre Eterno: “Mis queridos hijos: Aquí me tenéis nuevamente por la insistencia en el Rosario Penitencial. Como me estáis llamando, he aquí a vuestro Padre. Así, de esta forma, con más frecuencia, bajaré a este Sagrado Lugar. Voy a estar muy cerca de vosotros, atento siempre a vuestras súplicas, a vuestras peticiones. He aquí vuestro Padre dispuesto a otorgar Misericordia. Y ahora, en prueba de amor paternal, extendi mis brazos sobre vosotros. ¡Oh, mis queridos hijos! ¡Cuánto gozo oír, de vuestros labios, cómo me llamáis Padre!”

1975. El Señor dijo a fines de agosto: “¡Oh! Hijitos de mi Corazón: extended el Santo Rosario Penitencial por todas las naciones y, al final, el mundo se liberará del marxismo.”

Nuestro Señor Jesucristo, el 30 de septiembre de 1975: “Meditad la oración del padrenuestro. ¿Qué pedís? Su Voluntad. Y ¿qué parecéis muchas veces? Loros, loros, cotorras, que recitáis, recitáis, pero no profundizáis en las palabras que recitáis. Meditad el padrenuestro y veréis que estáis todos muy lejos de cumplir la Voluntad de Dios. ‘Hágase tu Voluntad, así en la tierra como en el Cielo,’ quiere decir que no se haga la voluntad propia, sino la Voluntad de Dios. Y todos decís tranquilamente: ¡Hágase tu Voluntad! ¡Hágase tu Voluntad! Y, a la hora que, ese Padre de Bondad, determina su Voluntad, es rechazada la Voluntad de Dios. Mas, tenéis libertad, podéis rechazar la Voluntad de Dios. ¡Allá las consecuencias!”

Junio de 1978. Nuestro Señor Jesucristo: “¡Tanta molestia por estar un solo momento de rodillas! Olvidáis que tuve tres horas de agonía en el Gólgota; mucho peor que estar de rodillas en el suelo, ¡muchísimo peor! Y siendo el Manso Cordero Inocente que cargó con vuestros pecados. ¡Qué falta de espíritu de penitencia!, ¡qué falta de espíritu de penitencia! Así no es posible encontrar la perfección; antes, al contrario, se camina a las tinieblas.”

El Santo Rosario, fuente de confianza. La Santísima Virgen María ha prometido que con el Santo Rosario Penitencial podemos conseguir la salvación de nuestros parientes y familiares. Tengamos gran confianza cuando pedimos estas gracias, y no seamos como cierta devota que rezó mucho por la conversión de su marido y, cuando le vio morir sin los sacramentos, dijo que el Señor no cumplió con sus promesas. Antes al contrario, imitemos la confianza de Santa Teresita, que se sentía devorada por la sed de almas, de las de los grandes pecadores; ardía en deseos de arrancarles del fuego eterno. Oyó hablar del gran criminal Pranzini, que iba a morir impenitente, y quiso evitar a toda costa que cayese en el infierno. “En el fondo de mi corazón yo tenía la plena seguridad de que nuestros deseos serían escuchados. Pero para animarme a seguir rezando por los pecadores, le dije a Dios que estaba completamente segura de que perdonaría al pobre infeliz de Pranzini, y que lo creería aunque no se confesase ni diese muestra alguna de arrepentimiento, tanta confianza tenía en la misericordia infinita de Jesús; pero que, simplemente para mi consuelo, le pedía tan sólo ‘una señal’ de arrepentimiento... Pranzini no se había confesado, había subido al cadalso, y se disponía a meter la cabeza en el lúgubre agujero, cuando de repente, tocado por una súbita inspiración, se volvió, cogió el crucifijo que le presentaba el Sacerdote ¡y besó por tres veces sus Llagas sagradas! Después su alma voló a recibir la sentencia misericordiosa de Aquel que dijo que habrá más alegría en el Cielo por un solo pecador que se convierta que por los noventa y nueve justos que no necesitan convertirse. Había obtenido ‘la señal’ pedida.”

Tenemos un maravilloso ejemplo de cómo María Santísima cumple con sus promesas en la muerte de la señora de Cohen, una judía y madre de Hermán Cohen, pianista judío que se convirtió y llegó a ser Sacerdote carmelita, canonizado con su nombre de religioso, San Agustín María del Santísimo Sacramento, Apóstol de la Eucaristía, cuya fiesta es el día 20 de enero. La señora de Cohen falleció el 13 de diciembre de 1855, mientras el Padre Agustín María predicaba el adviento en Lyon. Él mismo refirió la noticia a un amigo: “Dios acaba de descargar un terrible golpe sobre mi corazón. Mi pobre madre ha muerto... ¡y yo quedo en la incertidumbre! Sin embargo, tanto se ha rogado que debemos esperar que entre su alma y Dios algo habrá ocurrido en esos últimos instantes que nosotros no conocemos. He recibido orden de ir a París a consolar a la familia.” Fácil será imaginarse el dolor del Padre Agustín María al enterarse de la muerte de su madre. Había rogado tanto, y tanto había hecho rogar por su conversión...

“Yo tengo también madre,” exclamaba un día, después de hablar de Santa Mónica conversando, la víspera de su muerte, con su hijo Agustín, “la he dejado para seguir a Jesucristo, y ya no me llama su buen hijo. Sus cabellos están encanecidos, ya se le surca la frente, y tengo miedo de verla morir. ¡Oh, no! No quisiera que muriese antes de que amara a Jesucristo, y desde hace muchos años espero para mi madre lo que Mónica esperaba para

Agustín. Y ¿quién sabe si Dios no ha ligado la gracia de su conversión al fruto que sacáis de mis palabras?” No obstante, si su dolor fue muy profundo, su esperanza en la Bondad Infinita de Dios no desfalleció ni un momento. La noche del mismo día en que recibió esta penosa noticia, debía predicar. Después de haber rogado y llorado mucho, subió al púlpito, conmoviendo a todos con un sermón sobre la muerte.

Algún tiempo después, confiaba al Santo Cura de Ars las inquietudes que sentía sobre la muerte de su pobre madre, muerta sin la gracia del bautismo. “Tenga esperanza,” le respondió el hombre de Dios, “y espere. Usted recibirá un día, en la fiesta de la Inmaculada Concepción, una carta que le traerá un gran consuelo.” Estas palabras proféticas estaban casi olvidadas, cuando el 8 de diciembre de 1861, seis años después de la muerte de su madre, un Padre de la Compañía de Jesús entregaba al Padre Agustín María una carta. Estaba escrita por una venerable Sierva de Dios, que murió más tarde con fama de santidad y que era conocida por sus numerosos escritos sobre temas de espiritualidad, especialmente por su ‘Eucaristía Meditada’, que alcanzó numerosas ediciones. La carta decía así: “El 18 de octubre, después de la Santa Comunión, me hallaba en uno de esos instantes de unión íntima con Nuestro Señor, en los que me hace sentir su presencia en el Sacramento de su Amor de manera tan grata, que la fe ya no me parece necesaria para creer en ella. Al cabo de un rato, hizo que oyera su voz y se dignó darme algunas explicaciones relativas a una conversación que yo había tenido la víspera. Me acordé entonces de que, en dicha conversación, una de mis amigas me había manifestado su extrañeza de que Nuestro Señor, que había prometido otorgar todo a la oración, hubiese permanecido sordo, sin embargo, a las que el Reverendo Padre Agustín María le había dirigido tantas veces para obtener la conversión de su madre. Su sorpresa iba casi hasta el descontento, y me costó trabajo hacerle comprender que debíamos adorar la Justicia de Dios y no tratar de penetrar sus secretos. Me atreví a preguntar a mi Buen Jesús cómo era posible que, siendo la Bondad misma, hubiera podido resistir a los ruegos del Padre Agustín María y no hubiese concedido la conversión de su madre. Esta fue su respuesta: ‘¿Por qué Ana quiere siempre sondear los secretos de mi Justicia y trata de penetrar los misterios que no puede comprender? Dile que no debo la gracia a nadie, que la doy a quien me place, y que al obrar así no dejo de ser justo ni ceso de ser la justicia misma. Pero ha de saber también que, antes de faltar a las promesas que tengo hechas a la oración, trastornaré el Cielo y la tierra, y que todo ruego que busca mi gloria y la salvación de las almas, siempre es oído favorablemente, cuando va acompañado de las cualidades necesarias. Y para probaros esta verdad, quiero enterarte de lo que ocurrió cuando la muerte de la madre del Padre Hermán.’ Mi buen Jesús me iluminó entonces con un rayo de su Luz Divina y me dio a conocer, o mejor, me hizo ver en Él lo que voy a procurar contar.

“En los últimos momentos de la madre del Padre Agustín María, cuando estaba a punto de exhalar el último suspiro y que parecía estar privada de conocimiento, casi sin vida, María, nuestra Buena Madre, se presentó ante su Divino Hijo y, postrándose a sus pies, le dijo: ‘Gracia, piedad, Hijo mío, por esta alma que está a punto de perecer. Un instante más y estará perdida, perdida para siempre. Haz, te lo ruego, por la madre de mi siervo Agustín María, lo que quisieras que él hiciera por la tuya, si ésta estuviese en su lugar y Tú estuvieras en el suyo. El alma de su madre es su bien más querido. Mil veces me la ha dedicado, y la ha confiado a mi amor, a la solicitud de mi Corazón. ¿Podré soportar que perezca? No, no; esta alma me pertenece, la quiero, la reclamo como herencia, como el precio de tu Sangre y de mis Dolores al pie de tu Cruz.’ Apenas la Excelsa Suplicante había acabado de hablar, cuando una gracia fuerte, poderosa, brotó del manantial de todas las gracias, del Corazón adorable de Nuestro Jesús, y fue a iluminar el alma de la pobre judía moribunda, triunfando



instantáneamente de su obstinación y resistencia. Esta alma se volvió inmediatamente con amorosa confianza hacia Aquél cuya Misericordia la perseguía hasta en los brazos de la muerte, y le dijo: ‘¡Oh Jesús, Dios de los cristianos, Dios que mi hijo adora! Yo creo, yo espero en Ti ¡ten piedad de mí!’ En este grito, oído de Dios solo y que partía de las más íntimas profundidades del corazón de la moribunda, estaba encerrado el arrepentimiento sincero de su obstinación y de sus culpas, el deseo del bautismo, la voluntad expresa de recibirlo y de vivir según las reglas y los preceptos de nuestra santa religión, en el caso de que hubiera podido volver a la vida. Este impulso de fe y de esperanza en Jesús fue el último sentimiento de su alma. En el instante en que ella subía hacia el trono de la Divina Misericordia, los débiles lazos que la retenían a su envoltura mortal se rompieron y caía a los pies de Aquél que había sido su Salvador antes de erigírsele en Juez. Después de haberme mostrado todas estas cosas, Nuestro Señor añadió: ‘comunica todo esto al Padre Agustín María; es un consuelo que quiero otorgar a sus prolongadas penas, para que bendiga y haga bendecir por todas partes la bondad del Corazón de mi Madre y el poder que ejerce sobre el Mío.’” Esta carta, verdaderamente sorprendente e imprevisible, había sido anunciada al Padre Agustín María con toda precisión por el Santo Cura de Ars con seis años de antelación, y es algo que debe infundir gran confianza en el corazón de todos los que rezan el Santo Rosario Penitencial con verdadera devoción.

El Santo Rosario es fuente de consuelo en las pruebas. El corazón humano a menudo se ve afligido por problemas y tristezas, porque esta vida es un tiempo de prueba. En el mundo, la mayoría de las personas entran en estado matrimonial entre cantos y bailes, imaginando que han encontrado la felicidad alcanzable en la tierra. Quizás durante algunos años las cosas vayan bien, pero en la mayoría de los casos no faltan las cruces y las pruebas. Las enfermedades, los reveses económicos, los cuidados y la ansiedad afligen el alma y nublan el horizonte de la felicidad. Los jóvenes a veces se preocupan porque no tienen clara su vocación y no saben qué rumbo dar a su vida, ni cómo tomar una decisión tan importante. El Santo Rosario rezado con devoción y dejando todo en las purísimas manos de Nuestra Madre, es seguramente lo más sabio, pues Ella es poderosa, y sólo busca nuestro bien y la mayor gloria de Dios.

La devoción del Santísimo Rosario debe practicarse cada día en familia. Este es el medio más seguro de atraer sobre ella las bendiciones del Cielo por intercesión de María Santísima, la Virgen Madre de Dios. El padre debe ser el ‘sacerdote’ de este culto familiar. La esposa, los hijos y dependientes deben formar, en torno a él, una como feligresía de devotos de Nuestra Señora. De este modo, cada hogar se convertirá en un santuario dedicado a Ella, presidido por su imagen bendita, perfumado con sus oraciones y amparado por su protección.

En la vida religiosa tampoco faltan las cruces ni las pruebas. También hay enfermedades, sequedades, tentaciones, y otras pruebas, pero al vivir entregado a las cosas de Dios, con mayor frecuencia de Sacramentos y vida de obediencia, la persona consagrada tiene a su alcance más medios de santidad. Sin embargo, el rezo perseverante y ferviente del Santo Rosario es para el alma religiosa absolutamente necesario para avanzar en el camino de santidad, a la que se ha comprometido bajo grave voto. El Papa San Clemente IX rezó el Rosario con gran piedad y celo durante toda su vida. San Carlos Borromeo, San Francisco de Sales y Santa Juana Frémot tenían hecho voto de rezarlo todos los días a pesar de sus muchas ocupaciones. Debemos acostumbrarnos a invocar a María en todas las situaciones apuradas en que nos encontremos, y particularmente en los peligros del alma. Esta práctica ha sido la de todos los verdaderos devotos de María, y particularmente la de San Agustín, San Juan Damasceno, San Buenaventura, San Bernardo y Santo Domingo.

El Santo Rosario Penitencial, compendio del santo Evangelio. Aunque el Santo Rosario Penitencial se distingue por su carácter mariano, tiene como centro a Cristo. En su sencillez encierra la profundidad de todo el mensaje evangélico, del cual es como un compendio. Está formado por misterios gozosos, dolorosos, eucarísticos y gloriosos, y usa como método

repetir diez veces la misma oración en cada misterio.

Su rezo exige un ritmo tranquilo para poder meditar la vida del Señor vista a través del Corazón de María, su Madre. En él podemos incluir las penas y los gozos de la vida diaria. Mediante el Rosario se obtienen gracias abundantes.

Cuando rezamos el Santo Rosario Penitencial, lo más importante es que recemos con las debidas disposiciones, y no como aquellos que honran a Dios con los labios y su corazón está muy lejos de Él. Muchos han caído en esa trampa del demonio, y así poco a poco perdieron la luz y la Gracia, o al menos no reciben todos los beneficios espirituales y temporales que corresponden al Rosario bien rezado. En las oraciones vocales hay que advertir que el corazón debe decir cuatro veces lo que la lengua una, siempre con respeto sumo, a imitación de la misma Virgen, no con descuido, distracción e inmodestia; que esto desagrade a Dios, y tan lejos está de que le obligue lo que con irreverencia se hace, que antes le desobliga.

Aprendamos de la siguiente historia. A un santo monje cisterciense, que estaba enfermo, se le aparecieron otros monjes difuntos, quejándose uno que habló por todos de que, por la irreverencia con que rezaban por ellos en el monasterio, no habían salido del Purgatorio. Entre otras cosas le dijo: “Aunque se juntan todos para la oración, no comen con ella el espiritual manjar; pues cuando cantan y rezan tienen sus corazones y pensamientos ocupados en las vanidades del mundo. También cuando comulgan parece que aborrecen el Celestial Maná; pues lo reciben con tan poca devoción, como si fuese un manjar vil y digno de tenerse en poco. Además provocan la ira de Dios, porque cuando en honor de la Santísima Trinidad cantan el ‘Gloria Patri’, unos se están riendo y otros tienen en otra parte el pensamiento, y los unos y los otros no inclinan la cabeza; y si algunos la inclinan, es por la costumbre que tienen de humillarse, no porque mediten como se invoca y alaba entonces a la Trinidad de Dios, siendo como es cosa digna de tanta consideración. Por tanto, vete, y dile al abad de nuestra parte, que procure corregir estas negligencias de sus monjes, y entienda, que Dios le ha constituido su atalaya, para que mire lo que hacen, y los corrija.” Una vez dicho esto el difunto desapareció; y el monje volvió en sí; y se levantó, fue a la iglesia; y comenzando a rezar con su acostumbrada devoción delante de un altar, otra vez fue arrebatado; y vio por una ventana, que estaban sobre él mismo, unas luces más resplandecientes que los rayos del sol, y que entrando por la misma ventana una Mujer de hermosura admirable, poniéndose junto a él, le decía: “¿Sabes quién soy?” Pero el monje no lo sabía. Replicó aquella Señora: “Yo soy María, Madre de Jesús; y vengo a consolarte, hacer cesar tus gemidos, y mitigar tus dolores; porque me fueron gratas tus lágrimas y oraciones.” Al punto que esto le decía, los monjes que estaban en el coro rezando Maitines, llegaron al ‘Gloria Patri’; y la Santísima Virgen suspendiendo su plática con el monje, cruzó los dedos de una mano con los de la otra; e inclinó todo su cuerpo profundamente; y no se enderezó hasta que acabaron de decir: ‘et Spiritui Sancto’; entonces prosiguió la plática con el monje. Estas historias he referido para que se vea lo poco que satisface a Dios y a su Madre quien reza sin espíritu y sin la reverencia debida.

Disposiciones para el rezo:

Para prepararse, hay que tener pureza de conciencia, rectitud de intención, trabajar en vencer las pasiones y adquirir las virtudes, e imitar a Jesucristo. Es preciso no distraerse voluntariamente pensando en otras cosas, y empezar la oración con humildad, confianza y amor; ponerse en la presencia de Dios, y considerarse indigno de tener oración y por esto pedir a Dios la gracia necesaria, por intercesión de la Virgen Santísima.

Muchos Santos han escrito sobre este tema; por su claridad y profundidad seguiremos en parte a San Luis María Grignión de Montfort y a San Luis de la Puente. Ellos se referían al Rosario tradicional, mas sus palabras son igualmente adecuadas teniendo en mente el Santo





Rosario Penitencial. Estos Santos explican la disposición que más agrada a Dios y a la Santísima Virgen, a quienes se quiere honrar.

Pureza de alma. El fervor de nuestra plegaria, y no precisamente su longitud, agrada a Dios y le gana el corazón. Una sola avemaría bien dicha es más meritoria que ciento cincuenta mal dichas. Hasta principios del siglo XX, casi todos los católicos rezaban el Rosario tradicional o al menos una tercera parte del mismo o algunas decenas de avemarías. ¿Por qué, entonces, tan pocas personas se corregían de sus pecados y adelantaban de veras en la virtud? ¡Porque no rezaban como se debe! Veamos, pues, cómo se debe rezar el Rosario para agradar a Dios y hacernos santos.

Quien reza el Rosario debe hallarse en estado de gracia o estar al menos resuelto a salir del pecado. Efectivamente, la teología nos enseña que las buenas obras y plegarias realizadas en pecado mortal, son obras muertas que no logran agradar a Dios ni merecer la vida eterna por entonces; sin embargo, alcanzarán valor sobrenatural en el juicio particular, si se acepta la predicación de

la Divina María; pues, en este momento, el alma, al autodeterminar su propia salvación, renueva sobrenaturalmente con el deseo todas las buenas obras hechas en vida. Ni la alabanza ni la salutación angélica, ni la misma oración de Jesucristo pueden agradar a Dios cuando salen de la boca de un pecador impenitente: “Este pueblo me honra con los labios, mas su corazón está lejos de Mí. En vano, pues, me honran.” Esas personas, dice Jesucristo, que recitan todos los días el Rosario o parte de él, pero sin contrición alguna de sus pecados, aunque me honran con los labios, su corazón está lejos de mí. Los pecadores tienen gran necesidad de rezar el santo Rosario, porque les sería muy provechoso para alcanzar las gracias para salir de sus pecados y alcanzar la Gracia divina y la salvación eterna.

Y porque, si reza el Rosario o parte de él u otra oración con voluntad de permanecer en el pecado o sin intención de salir de él, sería uno más del número de los falsos devotos de la Santísima Virgen y de los devotos presuntuosos e impenitentes que bajo el manto de María, el escapulario sobre el pecho y el Rosario en la mano, van gritando: ‘Santa y bondadosa Virgen, yo te saludo, oh María!’ y entre tanto, crucifican y desgarran cruelmente a Jesucristo con sus pecados y se encaminan lastimosamente hacia las llamas del infierno.

Visión que tuvo un prior de la orden de la cartuja de Tréveris sobre el Santo Rosario, y su explicación. San Luis Blossio, abad de la orden de San Benito, y Juan Lanspergio, y otros muchos, cuentan de un prior de la Cartuja de Tréveris, que era muy devoto del santo Rosario. Este santo varón fue una vez arrebatado en espíritu (lo cual muchas veces le solía acontecer) y vio con los ojos del alma cómo los bienaventurados en el Cielo bendecían y alababan con inefable alegría y devoción a Jesucristo Nuestro Señor y a su Santísima Madre, pasando por todos los misterios del Rosario, los cuales el mismo Señor con su clemencia y amor había obrado para remedio de todos los hombres. Veía que a los nombres de Jesús y María hacían particular reverencia, hincándose de rodillas al nombre de Jesús e inclinando la cabeza al nombre de María. Y juntamente hacían oración a Dios y le pedían gracias y favores para las personas devotas de su santo Rosario, que se servían de este santo ejercicio, en armonía con lo que ellos hacían en el Cielo, alabando y dando gracias a Dios por estos misterios santos. Vio también cómo en el Cielo estaban preparadas coronas hermosísimas y muy resplandecientes de gloria para los devotos del santo Rosario. Vio además, como por cada uno de estos Rosarios alcanzaban el perdón de sus pecados, y alguna gracia y bendición particular en esta vida, por medio de la Santísima Virgen María, que rogaba a Dios por ellos. Y entendió por divina revelación, que en el santo Rosario y en su ejercicio santo estaba encerrada tanta gracia y tantos tesoros de bienes espirituales que se comunican por medio de él, que ninguno de los mortales lo podría comprender. Murió el santo varón que vio esto en el año 1431, y lo

dejó escrito, como lo cuenta Lanspergio. Este milagro está referido por muchos autores y muy serios, y para hombres doctos está claro cómo se ha de entender esta revelación, mas como esto se escribe para todos, es conveniente explicarlo. Alcanzar con cada Rosario perdón de los pecados, y corona de gloria en el Cielo, presupone que el que lo reza tiene contrición de sus pecados, o que los ha confesado con la disposición debida, como se entiende también en todas las indulgencias y jubileos, que, para que por ellos se perdonen los pecados en cuanto a la pena, se sobreentiende que tiene que haber contrición, o sacramento de penitencia recibido como conviene para que se quiten las culpas. Presupone también que se diga con devoción el Rosario, porque conforme a la calidad del fervor obtendrá las gracias, bendiciones y promesas tanto más excelentes cuanto mayor fuere la devoción, y se puede piadosamente creer de la bondad de Dios Nuestro Señor, que quien ejercita obra tan acepta a su Divina Majestad, como lo es la consideración y agradecimiento de los santos misterios del Rosario, que son los de su Vida y Pasión santísimas, y gloriosa Resurrección, y que toma a la Virgen soberana por abogada, con tan santas y pías oraciones como son las del Rosario, que alcanzará tal beneficio. Es verdad que si alguno, sin haber tenido contrición de sus pecados ni salido de ellos con el Sacramento de la penitencia, dijese el dicho Rosario, aunque lo diga sin tanta devoción y sentimiento como aquí conviene, pero al menos con algún buen deseo de su remedio, y con alguna atención, piadosamente creemos que no dejará de recibir favores particulares y beneficios de la Benignidad de Dios, especialmente si persevera en rezarlo, porque así como el que toca alguna cosa muy olorosa queda siempre con algún buen olor, y el que pone la mano en la harina siempre le queda pegado algún polvo de ella, así el que mediante el santo Rosario se acerca a Cristo Nuestro Redentor, fuente infinita de todos los bienes, que es sumamente comunicativo de Sí mismo, recibirá nuevos dones y misericordias de su divina Mano. Si está en gracia, recibirá algún aumento de ella, y si está en pecado, y llega como está dicho con deseo de salir de él, recibirá algunos favores y ayudas de Dios, que le vayan disponiendo para salir de él, con la penitencia, y alcanzará las dichas promesas de bienes celestiales que se dan a los que devotamente lo ejercitan.

Aconsejamos el Santo Rosario a todo el mundo: a los justos, a fin de que perseveren y crezcan en gracia de Dios; y a los pecadores, para que salgan de sus pecados. Pero no agrada ni puede agradar a Dios el que se exhorte a un pecador a hacer del manto protector de la Santísima Virgen, un manto de condenación para ocultar sus crímenes y cambiar el Rosario, que es remedio de todos los males, en veneno mortal y funesto. ¡La corrupción de lo mejor es la peor corrupción!

Ha de acompañar a las devociones y oraciones la pureza e inocencia de la vida; porque sin esto poco agradará lo demás. Un hombre de vida poco arreglada alababa todas las veces que podía a la Virgen, Señora Nuestra. Sucedió, pues, que este hombre se fue en cierta ocasión a la soledad de un páramo muy extenso, y tuvo mucha hambre. Allí se le apareció la Madre de Dios, acompañada de muchas y hermosísimas doncellas, y le trajo un manjar suavísimo y delicado en unas escudillas sucias y mal fregadas, y le dijo: “Come.” Contestó el hombre: “El manjar bueno y suavísimo es, mas no puedo comer de él por la suciedad y hedor de las escudillas.” Repuso entonces Nuestra Señora: “De esta manera me sucede a Mí; porque los loores que me dices, buenos y hermosos son, pero tu corazón está sucio; y por esto no me complacen ni me deleito en tus alabanzas.” Después que esto oyó, se arrepintió de sus pecados y se purificó con verdadera penitencia.

A Santa Brígida se quejó también Nuestra Señora de otro que la alababa mucho y pensaba que era muy su devoto; pero no cuidaba de su vida: dijo la Virgen de él, que le hablaba vueltas las espaldas, como un soldado que se ponía las armas al revés, y que entraba en la batalla con la vaina vacía, habiendo antes arrojado la espada.

Recitación atenta. Para rezar bien no basta expresar nuestra súplica con la más hermosa de las oraciones, que es el Rosario. Es preciso también hacerlo con gran atención. Porque Dios oye más la oración del corazón que la de los labios. Orar a Dios con distracciones



voluntarias sería una irreverencia capaz de hacer infructuosos nuestros Rosarios y llenarnos de pecados. ¿Cómo pretender que Dios nos escuche, cuando no nos oímos a nosotros mismos? ¿Si, mientras suplicamos a tan Augusta Majestad, nos distraemos voluntariamente corriendo tras una mariposa? Esto equivale a alejar la bendición del Señor y arriesgarse a recibir más bien la maldición divina que corresponde a quienes realizan la obra de Dios con negligencia, ejecutando con flojera el trabajo que el Señor les ha encomendado.

Es verdad que no se podrá rezar el santo Rosario sin padecer algunas distracciones involuntarias. Será aun difícil recitar un avemaría sin que la imaginación, siempre inquieta, robe parte de la atención. Pero, sí que es posible rezar sin distracciones voluntarias. Para disminuirlas y fijar la atención, se debe utilizar toda clase de medios. Para ello: colócate en presencia de Dios, pensando en que Él y su Santísima Madre te están mirando, que tu Ángel de la guarda está a tu derecha recogiendo tus padrenuestros y avemarías bien dichos, como otras tantas rosas para tejer con ellas una corona a Jesús y a María y que, por el contrario, el demonio se halla a tu izquierda y merodea a tu alrededor para devorar tus padrenuestros y avemarías dichos sin atención, devoción ni modestia y anotarlos en su libro de muerte. Sobre todo, no omitas ofrecer cada decena en honor de los misterios. Representate en la imaginación al Señor y su Santísima Madre en el misterio que contemplas.

Combatir enérgicamente las distracciones. Así como no hay oración más meritoria para el alma ni más gloriosa para Jesús y María que el Rosario bien dicho, tampoco hay nada más difícil que acostumbrarse a rezarlo bien y con perseverante atención. Esto sucede a causa de las distracciones que surgen así naturalmente de la repetición continua de la misma plegaria.

Cuando se rezan las oraciones diversas, el Santo Viacrucis, u oraciones distintas del Rosario, el cambio o diversidad de términos frenan la imaginación y recrean el espíritu. Así es más fácil rezarlos bien. Pero en el Rosario, donde siempre son los mismos padrenuestros, avemarías y glorias hilvanados en la misma forma, es fácil que te canses, te adormiles y lo abandones para irte en pos de oraciones más deleitosas y menos molestas. De suerte que necesitas más devoción para perseverar en el rezo del santo Rosario que en el de cualquier otra plegaria.

La imaginación, siempre inquieta y que no se queda tranquila un solo instante, aumenta la dificultad. Otro tanto hará la malicia del demonio, incansable en su labor de distraernos e impedirnos orar. ¿Qué no moverá contra nosotros el maligno al vernos aplicados a rezar el Rosario en contra suya? Antes de iniciar nuestra oración, acrecienta la apatía y negligencia naturales. Durante la oración, aumenta el hastío, las distracciones y el decaimiento. Y cuando hemos terminado de orar, entre mil trabajos y distracciones, nos deprime de diversas maneras y se burla de nosotros diciéndonos: 'No has hecho nada que valga la pena. Tu Rosario no vale nada. Pierdes el tiempo recitando tantas oraciones vocales sin atención. Media hora de meditación o una buena lectura te aprovecharían mucho más. Mañana, cuando estés menos adormilado, podrás orar con mayor atención. ¡Deja, pues, para mañana el resto de tu Rosario!' En esta forma, el diablo con sus artimañas consigue que abandones el Rosario en todo o en parte, lo cambies por otra oración o lo difieras.

¡No le des crédito, querido devoto del Rosario! ¡No pierdas el ánimo! Pues, aunque durante todo el Rosario, tu imaginación haya estado llena de distracciones e ideas extravagantes, siempre que hayas procurado desecharlas lo mejor posible tan pronto como te das cuenta de ellas, tu Rosario será mucho mejor. Porque es más difícil. Y es tanto más meritorio, cuanto más difícil, cuanto menos agradable te resulte naturalmente el verte acosado por infinidad de fastidiosos mosquitos y hormigas, que corriendo por una y otra parte en la imaginación, pero a pesar tuyo, no permiten al espíritu saborear tranquilamente lo que dice, ni descansar.

Si es preciso que pases todo el Rosario combatiendo contra las distracciones, lucha valerosamente con las armas en la mano. Es decir, sigue rezándolo, aunque sin gusto ni consuelo sensible. Será una lucha terrible, pero muy saludable al alma fiel. Pero si rindes las armas, es decir, si dejas el Rosario, sales vencido y, en lo sucesivo, el demonio triunfador sobre tu fuerza de voluntad, te dejará en paz, pero en el día del juicio te reprochará tu pusilanimidad e infidelidad. “Quien es fiel en lo poco, también lo es en lo mucho; y quien es infiel en lo poco, también es infiel en lo mucho... Aquí Jesús enseña que la práctica de las virtudes ha de abarcar incluso las obligaciones que parecen más pequeñas; ya que, el que no valora las cosas pequeñas, acabará por no valorar las cosas grandes.” El que se mostró digno de confianza en cosas sin importancia será digno de confianza también en las importantes. Quien es fiel en rechazar las pequeñas distracciones durante una breve plegaria lo será igualmente en las grandes empresas. Nada más cierto: ¡son palabras del Espíritu Santo!

¡Ánimo, pues, servidor bueno y fiel de Jesucristo y de la Santísima Virgen, que has tomado la resolución de rezar fielmente el Rosario todos los días! Que la multitud de moscas – esas distracciones que importunan el rezo – no logren jamás hacer abandonar cobardemente la compañía de Jesús y de María, en la que uno se halla al rezar atentamente el Rosario.

Rezar el Rosario en comunidad. Entre tantos métodos como existen de rezar el Rosario, el más glorioso para Dios, saludable para el alma y terrible para el demonio es el de salmodiarlo o rezarlo públicamente a dos coros. Dios se complace en las asambleas. Todos los Ángeles y Santos congregados en el Cielo le alaban incesantemente. Los justos de la tierra reunidos en varias comunidades le imploran en comunidad día y noche. El Señor aconsejó expresamente esta práctica a sus Apóstoles y discípulos y les prometió que, cuantas veces se reunieran dos o tres en su nombre, Él se encontraría en medio de ellos, para rogar en su nombre y rezar la misma oración. ¡Qué alegría tener a Jesús en nuestra compañía! ¡Y pensar que para poseerlo basta solamente reunirse a rezar el Rosario! Es la razón por la cual los primeros cristianos se reunían tantas veces para orar juntos, a pesar de las persecuciones de los emperadores que les prohibían reunirse. Preferían exponerse a la muerte antes que faltar a sus asambleas, en las que tenían la certeza de que Jesús les hacía compañía.

Por eso, el Rosario en familia es algo maravilloso; es un modo práctico de fortalecer la unidad de la vida familiar. La importancia del Rosario como medio eficaz de los fieles ha sido confirmada no solo por los Pontífices, sino por Nuestra Madre misma, la Virgen María. Es la oración de los sencillos y de los grandes, está al alcance de todos, en todo tiempo y lugar. El Rosario honra a Dios y a la Santísima Virgen de un modo especial. En sus apariciones, la Virgen llevaba un rosario en la mano y lo ha propagado en innumerables mensajes.

La oración en común es la más saludable al alma: 1º. Porque de ordinario la mente está más atenta durante la oración pública que durante la privada; 2º. Porque, cuando se ora en comunidad, la oración de cada persona se convierte en la de toda la asamblea y todas juntas sólo forman una oración. De suerte que si algún particular no reza tan bien, otro que lo hace mejor suple su falta. El fuerte sostiene al débil, y el fervoroso enardece al tibio, el rico enriquece al pobre y el malvado se integra a los buenos. ¿Cómo vender un kilo de cizaña? ¡Basta mezclarla con cuatro o cinco de trigo bueno! ¡Y todo se vende!; 3º. Porque una persona que reza sola el Rosario tiene el mérito de un solo Rosario, pero si lo reza con treinta personas, adquiere el mérito de treinta rosarios. Tales son las leyes de la oración pública. ¡Qué ganancia! ¡Qué ventaja! 4º. San Urbano VIII, muy satisfecho de la devoción del santo Rosario que se recitaba a dos coros en muchos lugares, especialmente los conventos, concedió una indulgencia cada vez que se rece a dos coros. Así que todas las veces que se reza el Rosario en comunidad se ganan indulgencias adicionales; 5º. Porque, la oración pública es más eficaz que la individual para apaciguar la Santa Ira de Dios y obtener su Misericordia.

Por último, el Rosario rezado en comunidad es mucho más terrible contra el demonio, pues se conforma un ejército entero para atacarlo. En ocasiones el diablo triunfa fácilmente



sobre la oración particular. Pero, si ésta se une a la de los demás, sólo con dificultad logrará sus propósitos. Es fácil romper una varita. Pero, si la unes a otras y formas un haz, no podrás romperlo: la unión hace la fuerza. Los soldados se unen en batallón para derrotar al enemigo. Los malvados se unen con frecuencia para sus orgías y danzas. Los mismos demonios se unen para perdernos. ¿Por qué no han de reunirse los cristianos para gozar de la compañía de Jesucristo, aplacar la Ira Divina, alcanzar la Gracia y Misericordia del Señor y vencer y abatir más eficazmente a los demonios?

Humildad. Además, hay que orar con humildad, como el publicano, que estaba de rodillas en tierra y no con una rodilla en el aire o sobre un banco, como hacen los orgullosos. El publicano se quedó a la entrada, sin atreverse a llegar hasta el fondo del santuario, como lo hizo el fariseo. Tenía los ojos clavados en el suelo, sin atreverse a levantarlos al Cielo; sin levantar la cabeza

ni mirando acá y allá, como el fariseo. Golpeándose el pecho, confesándose pecador e implorando perdón: “Dios mío, ten misericordia de mí, que soy un pecador.” Y no como el fariseo que se vanagloriaba de sus buenas obras y despreciaba a los demás. Evita la orgullosa oración del fariseo que volvió a su casa más endurecido y maldito. Imita más bien la humildad del publicano en su oración que le obtuvo el perdón de los pecados.

Evita correr en busca de lo extraordinario y pedir, o siquiera desear, conocimientos excepcionales, visiones, revelaciones y gracias extraordinarias que Dios comunica a veces a algunos santos, durante la recitación del Rosario.

No omitas nunca la menor parte del Rosario en las sequedades, desalientos y decaimientos interiores. Sería señal de orgullo e infidelidad. Como valiente campeón de Jesús y María, recita el padrenuestro y el avemaría en medio de la aridez, aunque sin ver, sentir ni gustar, esforzándote cuanto puedas por contemplar los misterios.

No suspires por los bombones y golosinas de los niños para comer tu pan de cada día. Para imitar más perfectamente a Jesús agonizante, prolonga la recitación de tu Rosario, precisamente cuando más te cueste el rezarlo, pues en medio de su gran sufrimiento, Jesús oraba más intensamente: “entrando en agonía, oraba con mayor vehemencia.” Así podrá aplicarse a tu caso, lo que se ha dicho de Jesucristo.

Confianza. Asimismo, ora con total confianza. Con una confianza fundada en la Bondad y Generosidad Infinitas de Dios y en las promesas de Jesucristo. Dios es fuente de agua viva que corre incesantemente al corazón de los que oran. Jesús es el Verbo de Dios, “lleno de gracia y de verdad.” Ahora bien, el mayor deseo del Padre respecto de nosotros es comunicarnos las aguas saludables de su gracia y misericordia. E invita a todos los que tengan sed, que vengan a beber agua en la oración. Y si no oras, se queja de que, al abandonarle así, le haces un mal: “Abandonarme a Mí, que soy Fuente de aguas vivas.”

Pedir gracias a Jesucristo es causarle placer, un placer mayor que el que procura a las madres naturales dar a sus hijos el néctar de sus pechos. La oración es el canal de la gracia de Dios y a modo de pecho maternal de Jesucristo. Si no acudes a Él con la plegaria, como deben hacerlo todos los hijos de Dios, Jesucristo se queja amorosamente: “Hasta aquí no habéis pedido nada... Pedid, y recibiréis, para que vuestro gozo sea cumplido.” “Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá.” Más aun, para animarnos a pedirle con mayor confianza, llega a empeñar su palabra de que el Eterno Padre nos concederá cuanto le pidamos en su Nombre.

Ejemplo. *De un caballero cuya mujer fue librada de la muerte por virtud del santo Rosario.* Se refiere en la cuarta parte del ‘Tesoro del Rosario’ que había un señor devotísimo de la Madre de Dios que había mandado hacer en su palacio un pequeño oratorio en el que ante una hermosa imagen de la Virgen solía pasar los ratos rezando, no sólo de día, sino también

por la noche, interrumpiendo el descanso para ir a visitar a su amada Señora. Su esposa, dama por lo demás muy piadosa, observando que su marido, con el mayor sigilo, se levantaba del lecho, salía del cuarto y no volvía sino después de mucho tiempo, cayó la infeliz en sospechas de infidelidad. Un día, para librarse de esta espina que la atormentaba, se atrevió a preguntar a su marido si amaba a otra más que a ella. El caballero, con una sonrisa, le respondió: “Sí, claro, yo amo a la Señora más amable del mundo. A Ella le he entregado todo mi corazón; antes prefiero morir que dejarla de amar. Si tú la conocieras, tú misma me dirías que la amase más aún de lo que la amo.” Se refería a la Santísima Virgen, a la que tan tiernamente amaba. Pero la esposa, torturada por los celos, para cerciorarse mejor le preguntó si se levantaba de noche y salía de la estancia para encontrarse con la señora. Y el caballero, que no sospechaba la gran agitación que turbaba a su mujer, le respondió que sí. La dama, dando por seguro lo que no era verdad, y ciega de pasión, una noche en que el marido, según costumbre, salió de la estancia, desesperada, tomó un cuchillo y se dio un tajo mortal en el cuello. El señor, habiendo cumplido sus devociones, volvió a la alcoba, y al ir a entrar en el lecho lo sintió todo mojado. Llama a la mujer y no responde. La zarandea y no se mueve. Enciende una luz y ve el lecho lleno de sangre y a la mujer muerta. Por fin se dio cuenta de que ella se había matado por celos. ¿Qué hizo entonces? Volvió apresuradamente a la capilla, se postró ante la imagen de la Virgen y llorando devotamente rezó así: “Madre mía, ya ves mi aflicción. Si Tú no me consuelas, ¿a quién puedo recurrir? Mira que por venir a honrarte me ha sucedido la desgracia de ver a mi mujer muerta. Tú, que todo lo puedes, remédialo.” ¿Y quién de los que ruegan a esta Madre de Misericordia con confianza no consigue lo que quiere? Después de esta plegaria siente que le llama una sirvienta y le dice: “Señor, vaya al dormitorio, que le llama la señora.” Él no podía creerlo por la alegría. “Vete,” dijo a la doncella, “mira bien a ver si es ella la que me reclama.” Volvió la sirvienta, diciendo: “Vaya pronto, señor, que la señora le está esperando.” Va, abre la puerta y ve a la mujer viva, que se echa a los pies llorando y le ruega que la perdone, diciéndole: “Esposo mío, la Madre de Dios, por tus plegarias, me ha librado de ir al infierno.” Y llorando los dos de alegría fueron a agradecer a la Santísima Virgen en el oratorio. Al día siguiente mandó preparar un banquete para todos los parientes, a los que la propia mujer les refirió todo lo sucedido. Y les mostraba la cicatriz que le quedó en el cuello. Con esto, todos se inflamaron en el amor a la Virgen María.

Perseverancia. A la confianza debes unir, además, la perseverancia en la oración. Sólo quien persevera en pedir, buscar y llamar, recibirá, encontrará y entrará. No obstante pedir a Dios una gracia durante un mes, un año, diez o veinte: no debes cansarte, sino pedir hasta la muerte y estar resuelto a obtener lo que pides al Señor para la salvación o a morir. Más aun, es preciso unir la muerte con la perseverancia en la oración y la confianza en Dios y repetir con Santa Teresita: “aun si Dios me matare, todavía confiaría en Él.” No importa que me quite la vida; seguiré esperando en Él y de Él cuanto le pido.

Ejemplo. *Felices resultados de la perseverante oración a María.* Cuenta San Alano de Rupe, y con él el obispo de Cotron, que una pobre mujer seguía pleito con una persona rica y poderosa que había corrompido a sus jueces por medio del dinero y del favor. El pleito se hacía eterno con el objeto de cansar la infeliz mujer y consumir con los costes todos sus recursos. Por último el Juez se decidió a condenarla no obstante hallarse firmemente convencido de que la razón estaba de su parte. Ella lamentaba su desgracia, y no hallando nadie que quisiera interesarse en favor de la justicia, recurrió a implorar la protección de la Santísima Virgen: se inscribió en la Cofradía del Rosario y prometió rezarlo todos los días. El Juez, que iba ya a pronunciar la sentencia en contra de su conciencia y a favor del contrario, se equivocó y sentenció a favor de la mujer; quiso después retractarse y protestar que había sido una equivocación, pero le fue imposible pronunciar otras palabras que las que había pronunciado antes, a pesar de que lo intentó tres veces. Así fue que la buena mujer se vio reintegrada de todos sus bienes, y de pobre que era por la injusticia de los hombres, se encontró en gran riqueza. Desde entonces no dejó de implorar el socorro



de la Santísima Virgen y se consagró a su servicio haciendo con su ejemplo que otros muchos la honrasen y la invocasen en todas sus necesidades.

La generosidad de los ricos y grandes de este mundo se muestra en que se anticipan a favorecer a los necesitados, aun sin esperar que les pidan ayuda. Dios, por el contrario, manifiesta su magnificencia en hacer pedir y buscar por largo tiempo las gracias que nos quiere conceder. Más aun, cuanto más preciosa es la gracia que desea otorgar, más se demora en concederla: 1º. A fin de poder aumentarla; 2º. A fin de que quien la recibe la aprecie más; 3º. A fin de que quien la recibe ponga cuidado en no perderla. Pues no se estima mucho lo que en un momento y con poco esfuerzo se ha conseguido.

Las obligaciones que impone la práctica del Rosario son bien pocas y muy fáciles de cumplir para cualquiera; no exige ayunos ni abstinencias; no obliga a dar limosnas ni a hacer votos, ni peregrinaciones. Basta saber el padrenuestro y el avemaría para tener la felicidad de poder practicar una acción muy agradable a la Santísima Virgen. ¿Y acaso se hallará un

solo cristiano que no sepa el padrenuestro y el avemaría?... En cuanto a la oración mental, para rezar el Rosario tampoco es difícil: basta meditar sobre los misterios que la Iglesia propone a nuestra fe en las diversas fiestas que celebra, como lo explicamos antes.

Tampoco es preciso estar desocupado para rezar el Rosario, ni rezarle a una hora determinada; puede rezarse el Rosario o al menos un misterio en todos los tiempos, en todos los sitios, de día o de noche, en casa, en el campo, de pie, de rodillas, sentado, acostado, paseando, viajando, trabajando, en una palabra, como a cada uno le sea posible o más conveniente, con tal que esta oración vaya acompañada de sentimientos de piedad interior, de recogimiento exterior y de las buenas disposiciones de las que hablamos arriba. Esto sólo basta para estar seguro de que agradará a la Santísima Virgen y producirá las gracias y beneficios más señalados.

Se aconseja dividir el Rosario en varias partes y recitarlo en tiempos diferentes del día, cuando sea preferible esto a rezarlo todo de una vez. Si no te alcanza el tiempo para recitarlo todo seguido, recita una decena acá y otra allá. Así habrás rezado tu Rosario entero antes de irte a acostar, a pesar de tus obligaciones y negocios. Imita en esto la fidelidad de San Francisco de Sales. Hallándose, cierta noche, muy cansado a causa de las visitas que había tenido que hacer durante el día y siendo ya casi las doce de la noche, se acordó de que le faltaban aún algunas decenas por rezar. Se puso inmediatamente de rodillas y las rezó antes de acostarse, no obstante las recomendaciones de su capellán, que, viéndolo tan fatigado, le incitaba para que aplazara hasta el día siguiente lo que faltaba por rezar.

Ejemplo. *De una mujer que mató a su marido y murió arrepentida, por el Santo Rosario.* Una mujer hizo una espada muy bien hecha para matar a su marido, porque él la dejaba por otra, y arruinaba la hacienda de sus hijos. Pasó mucho tiempo en que cada noche le iba a matar, pero tomaba en la mano el Rosario para rezar, y se le iba ablandando y corrigiendo el corazón, de manera que cuando acababa de rezar el Rosario, quedaba decidida a que lo matase Dios que lo crió, porque ella no le quería matar, sino tener paciencia y en aquel triste estado merecer la bienaventuranza. Pero, en efecto, una noche que dejó de rezar el Rosario, fue su cólera tan grande que estando él en la cama tranquilo, ella le dio con la espada y le mató. Pudo el demonio más con ella en aquella noche, que en todo el otro tiempo que lo había rezado. Ella murió después en poder de la justicia, pero la Reina del Cielo no la desamparó, y murió con tan grandes señales de salvación, que sorprendió al confesor, que no era cualquiera sino maestro en teología y graduado por Salamanca. Habría podido librarse de la cárcel y le

dieron ocasión para ello muchas veces, pero ella quiso pagar con su vida y hacer el sacrificio de sí misma en manos de la justicia para ejemplo de otros, y para que aprendiesen otras mujeres cómo habían de sufrir semejantes faltas de sus maridos, y suplicar a Dios y a su Madre Sacratísima que Ellos pongan el remedio, que será mejor que el que ella buscó.

Muchas cosas podríamos decir sobre este tema, para no dejar las santas devociones que nos protegen en el mundo a fin de que no faltemos en el servicio y amor del Señor. El día que las dejemos sólo podremos esperar desastres, pues en esos días pueden más los demonios. Así se han visto grandes daños en esas ocasiones, porque no basta tener buenos principios sino que hay que perseverar; buenos principios tuvo Judas Iscariote y hoy arde en los infiernos. Muchas flores salen muy hermosas, pero el hielo después las hiela. Y muchas semillas comienzan a nacer bien y los rayos del sol las secan, como dijo el Señor en el Evangelio. Y de esa poca constancia que tienes en la oración, ¿qué puedes esperar sino que una helada se lo lleve todo? ¿Qué quieres que Dios haga contigo, si tus propósitos son como una nubecita que aparece por la mañana y al darle el viento desaparece y se deshace? Si todos tus propósitos santos son como el rocío que cubre el campo y las hierbas y al salir el sol se secan, y no queda nada; si así son todas tus devociones, no esperes otra cosa, sino que los demonios te hagan caer. Perseverancia quiere Dios en las virtudes, y mucho más en la oración. No se puede abandonar la milicia cristiana, y mucho menos la oración, y si no recibieres pronto los favores, ten paciencia y persevera, que no quedarás sin recibir tu premio.

Persevera, pues, querido devoto del Rosario, en pedir a Dios, mediante el Santo Rosario, todas las gracias espirituales y corporales que necesitas, especialmente la Divina Sabiduría, que es un tesoro infinito. Tarde o temprano, la obtendrás infaliblemente, con tal que no abandones el Rosario ni te desanimes a medio camino. “Te queda que andar un largo camino.” Sí, aún te queda mucho por andar, muchas adversidades por atravesar, muchas dificultades por superar, muchos enemigos por vencer. Te faltan muchos padrenuestros, avemarías y glorias para alcanzar el Paraíso y ganar la hermosísima corona que espera a todo fiel devoto del santo Rosario.

No sea que alguien te arrebatte el premio. Pon mucho cuidado en que otro más fiel que tú en rezar bien y diariamente el Rosario, no te arrebatte la corona; esa que constituye tu premio. Dios te la había preparado y la tenías casi ganada con los Rosarios bien rezados. Habías empezado bien la carrera; pero por haberte detenido en el hermoso camino por el que avanzabas tan de prisa, otro pasó adelante; sí, otro más diligente y fiel adquirió y ganó con sus Rosarios y buenas obras lo que necesitaba para comprar esa corona. ¿Quién, pues, te cortó el camino hacia la conquista de tu corona? ¡Ah! ¡Los enemigos del Santo Rosario que son muchos!

¡Cuidado! Sólo alcanzarán esa corona los valerosos que la arrebatan por la fuerza. Tales coronas no son para los cobardes, que temen las burlas y amenazas del mundo. Ni para los perezosos y holgazanes, que rezan el Rosario con negligencia, a la carrera, por rutina o a intervalos y según su capricho. Ni para los débiles que se descorazonan y rinden las armas tan pronto ven a todo el infierno desencadenado contra su Rosario.

Si quieres, amado devoto del Rosario, matricularte al servicio de Jesús y María rezando el Rosario todos los días, prepárate para la tentación: “Hijo, cuando entres en el servicio de Dios, persevera firme en la virtud y en el santo temor, y prepara tu alma para hacer frente a la tentación.” ¡No te hagas ilusiones! Los herejes, los libertinos, la ‘gente buena’ según el mundo, los semidevotos y falsos profetas, en sintonía con tu naturaleza corrompida y los poderes infernales, te harán una guerra sin cuartel para obligarte a abandonar esta práctica.

Acerca de la perseverancia sólo diremos lo que sucedió a Santo Tomás Hemerken, de Kempis. Cuando era estudiante, tenía por costumbre ocuparse una hora y más, en rezar ciertas devociones a la Santísima Madre de Dios, a la cual amaba con amor muy encendido. Mas como algunas veces es inestable y mudable la devoción de los mozos, comenzó el devoto Tomás a enfriarse en este santo ejercicio, de modo que al principio dejó de decir



sus devociones un día, después dos, y poco a poco dejó de rezarlas, perdiendo su mérito y tan loable devoción. Estando, pues, en este estado, una noche tuvo una visión admirable, y le pareció que estaba en el patio con los demás estudiantes, y que en esto bajaba del Cielo, por entre las nubes, la Reina y Señora del Cielo, con hermosísimo rostro y resplandeciente vestido, y, llegando hasta dicho patio, fue a visitar a los que estaban leyendo; y como les visitaba, les iba abrazando y dándoles gracias, porque con sus lecciones procuraban que los hombres supiesen la sana doctrina, y viviesen con justicia una vida honesta, de modo que así no quedase sin fruto, en los que oían su doctrina, la Sangre de su Dulcísimo Hijo. Tomás, como vio que con tanto amor y regalo trataba a los otros, pensó que él sería también participante de igual merced; y poniendo los ojos fijos en Ella, aguardaba que fuese a ponerse a su lado. Mas no le sucedió como pensaba; porque

después que la Santísima Virgen había dado abrazos a unos y a otros, llegó a donde Tomás estaba, y con unos ojos como indignados, le dijo: “En vano deseas un abrazo de amor santo, enemigo cruel; pues dejando mi amistad por sola negligencia, no me pagas la pensión que me solías dar de tus encendidas oraciones. Dime, ¿en dónde están tus acostumbrados ruegos? ¿A dónde se fueron tus acostumbradas plegarias? ¿En dónde se hallan tus piadosos sufragios, mezclados con tantos suspiros? ¿No notas cómo se ha enfriado en ti la caridad? ¿Y que el amor se entorpeció? ¿Y cómo la devoción que antes me tenías ha vacilado? Y siendo esto así, con grande atrevimiento, como si no hubieses hecho delito alguno, ¿esperabas que te abrazase?” Y apartando el rostro de él, como indignada, le dijo: “Anda, anda, vete de Mí; y entiende que eres indigno de mis abrazos, pues con tanta facilidad dejaste de decirme las oraciones que solías.” Y dicho esto, ascendió a los Cielos. El mancebo Tomás se despertó, y escudriñó su conciencia, se halló culpable, y propuso la enmienda; y así, de allí en adelante, fue devotísimo de la Virgen Madre de Dios.

Las objeciones. Para prevenirte contra los ataques, no tanto de herejes y libertinos declarados, sino de las llamadas ‘personas buenas’ según el mundo, y aun de las personas piadosas que no gustan de esta práctica, vamos a describir con sencillez algo de lo que piensan y dicen todos los días.

“¿Qué es lo que propaga este charlatán?” (Hechos). —¡Vamos, persigamos al justo que nos molesta y que se opone a nuestra forma de actuar! ¿Qué querrá decir este rezandero? ¿Qué estará rumiando a toda hora? —¡Tamaña holgazanería! No hace sino ensartar Rosarios: ¡mucho mejor haría, si trabajara y no se perdiera en semejante santurronería!

—¡Claro que sí! ¡Basta rezar el Rosario y las alondras caerán asadas del cielo! ¡El Rosario nos va a servir la comida!

—Dios ha dicho: ¡Ayúdate, que Yo te ayudaré! ¿A qué complicarse la vida con tantas oraciones? ¡La oración corta penetra los Cielos! ¡Un padrenuestro y un avemaría bien dichos son más que suficientes! Dios no nos ha impuesto el Rosario. Que es cosa buena y hasta óptima cuando se tiene tiempo. ¡Pero, por no rezarlo, no careceremos de la oportunidad de salvarnos! ¡Cuántos santos no lo rezaron!

—Hay gentes que juzgan a todo el mundo según su propia medida. ¡Indiscretos que lo llevan todo al extremo! ¡Escrupulosos que encuentran pecado donde no lo hay y dicen que quienes no rezan el Rosario se condenarán!

—¿Rezar el Rosario? ¡Eso es bueno para mujercillas ignorantes que no saben ni leer! ¡Rezar el Rosario! ¿No sería mejor rezar el Oficio de Nuestra Señora o los siete salmos penitenciales? ¡Hay acaso algo más hermoso que estos salmos dictados por el mismo Espíritu Santo?

—¿Conque te propones rezar el Rosario todos los días? ¡Bah! ¡Humo de paja que poco dura! ¿No sería mejor emprender menos cosas y ser más fieles a ellas?

–Vamos, amigo, ¡créeme! ¡Reza bien tus oraciones de la mañana y de la noche, y trabaja por Dios durante el día! ¿Qué más te pide Dios? Si no tuvieras que ganarte la vida, bien pudieras dedicarte a rezar el Rosario, pero... ¡Rézalo, entonces, los domingos y días de fiesta en que nada tienes que hacer, pero no en los días de trabajo! ¡Hay que trabajar!

–¿Cómo? ¿Llevar un Rosario tan grande, como de mujeres? ¡Yo los he visto de una sola decena que valen tanto como los de cinco!

–¡Qué! ¡Llevar el Rosario a la cintura! ¡Qué tontería! ¡Te aconsejo ponértelo al cuello, como hacen los grandes rezaderos de Rosarios! ¡Llevan uno grande en una mano! ¡Pero, en la otra un puñal para atacar por traición!

–¡Deja, deja esas devociones exteriores! ¡Que la verdadera devoción está en el corazón!, etcétera.

Los no católicos entienden muy poco sobre las cosas relativas a la Verdadera Iglesia. El Rosario, especialmente, ha sido siempre una piedra de tropiezo para ellos. ¡No pueden comprender cómo seres humanos inteligentes pueden practicar una oración tan “tediosa”!

Cuando la reina María de Baviera consideró unirse a la Iglesia católica, un ministro protestante le tendió un rosario y le dijo en tono irónico: “Bueno, si su Alteza Real se hace católica, usted también tendrá que rezar el Rosario.” Cuál fue su sorpresa y su irritación cuando la Reina respondió: “¡Vaya, ya rezo el Rosario todos los días!”

Muchas personas de talento y grandes doctores, gentes orgullosas y pagadas de sí mismas, casi nunca te aconsejarán el Rosario. Te invitarán más bien a recitar los siete salmos u otras oraciones, pero el Rosario no.

¿Vamos a creer a esos atrevidos doctorzuelos que dicen que el Rosario es una devoción anticuada y monótona, o a la Santísima Virgen, que la inspiró a Santo Domingo y que, tanto en Lourdes, como en Fátima y en otras apariciones, no ha cesado de recomendarla? “Antonio,” dijo la Santísima Virgen en una de sus apariciones a San Antonio María Claret, “continúa predicando sin cesar mi Rosario, porque en el Rosario está cifrada la salvación de tu patria...”

Por extraño que parezca, no sólo los protestantes, sino también los llamados católicos, tienen sus prejuicios. Dicen, por ejemplo, que el Rosario, por su constante repetición, resulta fatigoso y somnífero. Es cierto que el Rosario a veces puede parecer tedioso; la culpa, sin embargo, no es del Rosario, sino de quien lo reza. Es porque ora de manera tediosa, irreflexiva, fría y distraída.

Y, aun si llegas a consultar a ciertas personas de oración, de esas que hay en el mundo, dado que no conocen por experiencia personal las excelencias del Rosario, no sólo no lo aconsejarán a nadie sino que alejarán de él a los demás invitándoles a que se dediquen a la contemplación, como si el Rosario y la contemplación fueran incompatibles y como si tantos Santos, que han sido devotos del Rosario, no hubieran llegado, justamente por el Rosario, a la más sublime contemplación.

Otros piensan que el Rosario sólo es adecuado para niños, ancianas y personas ingenuas, pero que las personas educadas e inteligentes seguramente no encontrarán satisfacción en él. Esta opinión también es errónea. El Rosario es ciertamente la oración de los humildes y de los pequeños, pero también es la oración de los grandes y eruditos. Para los más pequeños es tan sencillo que hasta los más pequeños pueden orar y comprenderlo; para los grandes y eruditos es tan sublime que nadie, ni siquiera los más inteligentes, puede sondear sus misterios.

Por otra parte, tus enemigos domésticos te atacarán con mayor crueldad cuanto más unido estés con ellos. Estos enemigos son las potencias del alma y los sentidos del cuerpo, las distracciones de la mente, el cansancio de la voluntad, las arideces del corazón, los abatimientos y enfermedades corporales... Todos juntos, de común acuerdo con los espíritus malignos que se confabularán con ellos, te gritarán: ‘¡Deja tu Rosario! ¡Él es la causa de



ese dolor de cabeza! ¡Deja tu Rosario! ¡No hay obligación de rezarlo tantas veces! Conténtate, al menos con rezar una sola parte. Tus aflicciones son señal de que Dios no quiere que lo reces. Ya lo rezarás mañana, cuando te sientas mejor’, etcétera.

Por último, el Rosario Cotidiano tiene tantos enemigos, que es uno de los favores más señalados de Dios el poder perseverar en la práctica de esta devoción hasta la muerte.

Ejemplo. *El Rosario de Recamier*. El Conde Malet, antiguo soldado de Napoleón I, que después había recibido el Sacerdocio, se hallaba enfermo y el doctor Massé había ido a verlo con su padre, amigo íntimo del Sacerdote. El joven doctor Massé tenía la esperanza de encontrarse con el doctor Recamier, cuya fama llenaba entonces toda Francia y, según lo esperaba, había de ir a ver a su amigo enfermo. En efecto, mientras hablaban de cosas indiferentes, un servidor anunció al célebre Recamier. Después de un cortés saludo a las visitas, se acercó al enfermo, le preguntó por su salud, le prescribió nuevos remedios e iba ya a retirarse cuando tuvo lugar un episodio, que nos relata el joven doctor Massé: “Recamier se levantaba ya para despedirse; pero recordando algo que se le olvidaba, volvió a poner el sombrero sobre la mesa, dejó su bastón a un lado y metiendo la mano en uno de los bolsillos del pantalón, exclamó: —¡Qué cabeza la mía! iba a olvidar un negocio muy serio. —¿Qué cosa?, preguntó el Sacerdote. —¡Me ha sucedido una desgracia, Padre! —¡Veamos! —Se trata de una fractura que espero sabréis remediar perfectamente, de una operacioncita que os ruego practiquéis. Y, mientras así hablaba el ilustre profesor, sacó la mano del bolsillo y mostraba triunfalmente... ¡un rosario dañado! Confieso que mi asombro fue grande. ¡El sabio Recamier, el ilustre profesor, encargado de enseñar no sólo en la Escuela de Medicina sino también en el Colegio de Francia, el médico de los grandes, de los señores, de los príncipes y aun de los reyes, él cuya reputación era conocida en toda Europa, recitaba el Rosario como un niño de primera comunión, como un seminarista, como una mujer! Y no había en aquel digno personaje ni sombra de ostentación: practicaba devota y santamente el rezo del Rosario y, si de ello hablaba, lo hacía con encantadora franqueza y exquisita sencillez. —Sin duda, rezo el Rosario, dijo volviéndose a nosotros sonriente... Cuando un enfermo me inquieta, cuando he agotado mis recursos, cuando encuentro la medicina impotente e ineficaz la terapéutica, yo me dirijo al que sabe curarlo todo. Y uso con Él de diplomacia: no teniendo tiempo por mis ocupaciones de interceder mucho, tomo a la Santísima Virgen de intermediaria y al ir a casa de mis enfermos le digo una o dos decenas del Rosario. Nada más fácil. ¿No es cierto? Voy tranquilamente sentado en mi carruaje, meto la mano en el bolsillo y... entro en conversación. El Rosario es mi intérprete y, como a menudo lo rezo, se me ha roto: por eso ruego al Padre que lo examine y que me lo cure; en una palabra, que por caridad, me lo repare. Mi padre manifestó su aprobación con dos o tres palabras, yo con sólo un saludo; el Padre de Malet tomó el Rosario, prometió componerlo muy pronto, y el doctor Recamier se retiró. En la noche, al acostarme, no pensaba sino en esta visita y no podía dejar de recordar las necias burlas de tantos, que encuentran bueno el Rosario sólo para los devotos y que creen rebajarse si recitan muchas veces seguidas el avemaría. —Amigo mío, me decía después Recamier en su lenguaje lleno de imágenes y pintoresco, el Rosario es una ‘campanilla’ y cada ‘avemaría’ es una llamada o, si lo prefiere, una petición muy bien recomendada. Diariamente se ve llegar a París multitud de solicitantes que vienen a hablar con las autoridades, a implorar a los poderosos y a los ricos. Y para ser admitidos en las Tullerías se necesitan protecciones, pedir audiencias, tener poderosos amigos... Para hablar a la Santísima Virgen, todo es fácil: se tira la campanilla, es decir, se toma el rosario; en el acto, la puerta se abre: se presenta la súplica y la Santísima Virgen es tan buena que, si no hay razones particulares, inmediatamente concede cuanto se le pide.”

Persevera en el piadoso rezo del santo Rosario y alcanzarás la corona admirable, preparada en el Cielo a tu fidelidad: “Sé fiel hasta la muerte y te daré la corona de la vida eterna.” (Apocalipsis).

La estructura del Rosario. El Rosario tradicional, que predicaba Santo Domingo a

principios del siglo XIII, recibió su estructura uniforme para la Iglesia por el Papa San Pío V, dominico, en 1569.

La Santísima Virgen enseñó a Santo Domingo este excelente método de orar. Y le ordenó predicarlo para despertar la piedad de los cristianos y hacer revivir el amor de Jesucristo en sus corazones. Lo enseñó también a San Alano de la Rupe. “El rezo del Rosario,” le dijo la Virgen María, “es una oración muy útil, es un obsequio que agrada mucho. Y lo es aun más y harán mucho mejor quienes lo reciten meditando la Vida, Pasión y Gloria de Jesucristo. Porque esta meditación es el alma de tales oraciones.” En efecto, el Rosario sin la meditación de los sagrados misterios de nuestra salvación sería como un cuerpo sin alma, una excelente materia sin su forma, que es la meditación, la cual distingue al Rosario de las demás devociones. Los misterios son flores olorosas del rosal místico, en las cuales se posan, como abejas diligentes, las almas piadosas para recoger el néctar maravilloso y producir la miel de una sólida devoción.



Durante siglos, el Rosario constaba de quince misterios: cinco gozosos, cinco dolorosos, y cinco gloriosos. Pero durante el primer Santo Concilio Palmariano, cuando se publicó el Credo Palmariano, el Papa San Gregorio XVII vio la necesidad de aplicar este importante lema de la tradición cristiana: *Lex orandi, lex credendi*, que significa: “la ley de lo que se reza es la ley de lo que se cree,” que significa que la oración y la creencia son parte integrante la una de la otra y que la liturgia está enlazada con la teología; se refiere a la relación entre culto y creencia. Aquellos quince misterios del Rosario sólo daban materia para meditar en quince episodios de la obra de la Reparación y Redención. Entonces el Papa añadió los misterios referentes a las Divinas Almas de Cristo y María y la Inmaculada Concepción, recordándonos los beneficios divinos durante el Antiguo Testamento. Añadió diez misterios dolorosos más, que reflejan especialmente las traiciones y humillaciones que Jesús sufrió por nosotros en su Santa Faz, su Divinísima Alma y su Sagrado Corazón, y resaltan la misión de la Divina María como Correparadora y Corredentora. Compuso también los misterios eucarísticos, centrados en la real y verdadera presencia de Jesús y María en nuestros altares donde perpetúan la obra de la Reparación y Redención, y en el inmenso amor que le llevó a darse a nosotros en este augustísimo Sacramento. Desde entonces, el Rosario consta de treinta y cinco misterios, cinco para cada día de la semana.

San Gregorio XVII Magnísimo, que fue el gran propagador del Santo Rosario Penitencial, distribuyó las vidas de Jesucristo y de la Santísima Virgen en treinta y cinco misterios, que nos representan sus virtudes y principales acciones. Son treinta y cinco cuadros, cuyas escenas deben servirnos de normas y ejemplo para orientar nuestra vida. Treinta y cinco antorchas que guían nuestros pasos en este mundo. Treinta y cinco espejos luminosos que nos permiten conocer a Jesús y María, conocernos a nosotros mismos y encender el fuego de su amor en nuestros corazones. Treinta y cinco hogueras en cuyas llamas podemos incendiarnos totalmente.

Aquel lema latino es a veces ampliado como *Lex orandi, lex credendi, lex vivendi*, que la ley de cómo rezar y cómo creer es, además, la norma de cómo hay que vivir y actuar; lo cual significa que tanto nuestras oraciones como nuestra manera de vivir, tienen que estar conformes a nuestra Santa Fe, y que tenemos que conformar nuestra vida con las vidas santísimas de Jesús, María y José, imitando sus virtudes y sometiéndonos en todo a la Ley de Dios.

En realidad, los misterios eucarísticos no son enteramente nuevos, pues fueron recomendados por el mismo Santo Domingo de Guzmán, como explica San Juan Eusebio Nieremberg: “Acerca del modo de rezar el Rosario aunque hay muchos y muy buenos, diré uno en particular, por ser muy agradable a la Virgen; pues Santo Domingo lo encomendaba, como la misma Virgen se lo enseñó, según Ella declaró a su devotísimo hijo San Alano,

religioso de los Predicadores. El modo es, que la primera parte se reza de la Encarnación del Hijo de Dios, la segunda en honra de su Pasión, la tercera en honra del Santísimo Sacramento, e institución de aquel tremendo misterio, y de los demás sacramentos. La primera para alcanzar gracia de vivir bien, la segunda para lograr una buena muerte, la tercera para honrar el cuerpo de Cristo, recibir bien los Sacramentos y no carecer de ellos al fin de la vida. Contó también la Virgen María a San Alano muchas maravillas, que por esta devoción sucedieron a un Cardenal español, conocido de Santo Domingo, por haber tomado su consejo; y dijo, que Ella misma avisó algunos días antes el día de su muerte a aquel Cardenal, a fin de que se dispusiese para ella, como lo hizo. Llegado el tiempo de su última enfermedad tuvo tal accidente, que no podía abrir la boca para recibir el Viático; y desesperados ya todos de poderse los dar, bajó la Virgen del Cielo, y con su virginal mano le abrió la boca, restituyéndole el sentido y habla, con lo que recibió el Cuerpo de Cristo; el cual comunicó tanta gracia a aquel dichoso Cardenal, que se deshacía en suspiros y lágrimas, con tal abundancia que parecían sus ojos dos ríos. Añadió la Virgen, que el corazón, de puro dolor de sus pecados y amor de Dios, le daba tales golpes en el pecho, que se oían en el aposento, creciendo tanto su afecto, que se le partió el corazón, como si le hirieran con un cuchillo, saliéndole sangre por la boca y acabando tan dichosamente su devota vida. Aquí se puede ver la estima que hace la Virgen del Santísimo Sacramento, y lo mucho que quiere que nos dispongamos para él: pues en la devoción de su Rosario, que enseñó a Santo Domingo, quiso que celebrásemos la memoria de este misterio y nos dispusiésemos para reverenciarle, y recibirle con fruto.”

La devoción debe ir acompañada de obras de virtud. No está solamente la devoción a la Virgen en rezarle el Rosario y Viacrucis y otras oraciones, sino en hacer por Ella obras de las virtudes de humildad, paciencia y misericordia; y este efecto es lo principal de la devoción, y lo que da vida y eficacia a lo demás. Obrar bien es lo que más importa, y que en orden a esto se enderecen las oraciones.

Para acrecentar el afecto y amor cordial a esta piadosa Madre, convendrá algunas veces ponderar sus grandezas y virtudes. Algunos devotos tuvo María que gastaban una hora cada día en la consideración de sus ejemplos, beneficios y prerrogativas. Así lo hacía el santo Padre Gonzalo da Silveira y otros jesuitas; y así lo hizo y encargó el espiritualísimo San Juan Taulero de la Orden de Santo Domingo. Los días dedicados a la Virgen María, claro está que no se han de pasar sin que le hagamos algún servicio extraordinario. En sus festividades y las novenas de las mismas hemos de reformarnos y despertar en nosotros mayor fervor, examinando nuestros descuidos, renovando nuestros buenos deseos, repasando los santos propósitos, confirmándonos en ellos, adelantándonos más, importunando a Nuestra Madre para que nos asista siempre con su favor.

Cualquier obra humana se realiza mejor cuando el que lo hace ha estudiado su profesión y se dedica a cumplirla con esmero. Por lo tanto, si queremos aprovechar bien el tiempo que dedicamos a rezar el Santo Rosario Penitencial y sacar abundantes frutos, nos conviene mucho averiguar cómo hacerlo de la manera más eficaz, ya que está en juego nuestra salvación eterna, nuestra perseverancia en la fe, nuestra santificación, el triunfo de la Santa Iglesia, y la salvación de nuestras familias y de otras innumerables almas.

San Pío de Pietrelcina era un firme creyente en la meditación junto con el Rosario y decía: “Ama a la Virgen y reza el Rosario, porque su Rosario es el arma contra los males del mundo de hoy... La persona que medita y vuelve su mente hacia Dios, que es el espejo de su alma, busca conocer sus faltas, trata de corregirlas, modera sus impulsos y pone en orden su conciencia”. El Papa San Pío XII subrayó los beneficios de la meditación del Rosario en sus encíclicas y escribió: “Y en verdad que, con la frecuente meditación de los misterios, el espíritu, poco a poco y sin dificultad, absorbe y asimila la virtud en ellos encerrada, se anima de modo admirable a esperar los bienes inmortales y se siente inclinado, fuerte y suavemente, a seguir las huellas de Cristo mismo y de su Madre.”

En la cuarta aparición en Fátima, el 13 de agosto de 1917, dijo la Virgen a los videntes:

“Continuad rezando el Rosario todos los días... Rezad, rezad mucho y haced sacrificios, porque van muchas almas al infierno por no haber quien rece ni se sacrifique por ellas.” ¿No sería un criminal el que, pudiendo fácilmente salvar de la muerte a un hermano suyo, no hiciera nada para lograrlo? Con nuestra oración y sacrificios podemos librar de la muerte eterna a tantas almas que van camino del infierno. No ama a Dios quien no ama al prójimo. Y no ama al prójimo quien se desentiende de su felicidad eterna. Dios nos ha creado para que, usando bien de la libertad, seamos eternamente felices en el Cielo.

La Virgen Santísima está empeñada en que todos sus hijos se salven. Pero muchos de ellos se empeñan en ser infelices eternamente en el Infierno. He aquí un extracto del Mensaje de Fátima: “He venido para exhortar a los pecadores a que cambien de vida y no ofendan más a Nuestro Señor, ya demasiado ofendido. Rezad, rezad mucho por los pecadores. Es necesario que los hombres se enmienden, que pidan perdón. Dios quiere que se establezca en todo el mundo la devoción a mi Corazón y la práctica de los primeros sábados de mes. Si se hace lo que pido, habrá paz...”



La principal obra de virtud, es procurar la salud del alma del prójimo, por lo tanto el apostolado del santo Rosario es una obra de virtud altamente grata a Dios. Los fieles devotos de la Santísima Virgen no deben contentarse con rezar diariamente y con piedad el Rosario, sino que deben también afanarse en propagar esta saludable devoción en todas aquellas personas sobre las cuales tengan alguna influencia. Con esto tengan por seguro que merecerán las complacencias de la Madre de Dios, y atraerán hacia sí sus favores y sus bendiciones; y como es notorio el influjo que la práctica del santo Rosario tiene en la adquisición de las buenas costumbres, tenga por cierto el devoto de María que habrá influido en la salvación de tantas almas cuantas fueren las personas que hubiere atraído a esta devoción; y le alcanzará aquella promesa del libro del Eclesiástico: “Los que me den a conocer obtendrán la vida eterna.”

Escuchad estas preciosas palabras del Papa San León XIII: “Prosigan los cristianos aficionándose más y más a la costumbre de rezar el Rosario, que nuestros antepasados miraban como socorro eficaz para sus males y como noble contraseña de la piedad cristiana.” Y estas otras: “Hemos demostrado que esta admirable corona, formada con la salutación angélica y la oración dominical y unida a la práctica de la meditación, es un género de plegaria excelentísimo en gran manera para conseguir, ante todo, la vida inmortal; pues ofrece, además de los frutos excelentes de las preces, un subsidio idóneo a la fe y un modelo insigne de virtud por medio de los misterios propuestos a la consideración.”

La meditación. La oración y la meditación, dice San Bernardo, están tan estrechamente unidas entre sí, que la oración viene a ser como la antorcha, de la que la meditación recibe la luz y el calor. Esto es lo que se halla en el Rosario, y lo que ha hecho decir al bienaventurado Alano de la Rupe que “el Rosario, es, por decirlo así, la Reina de todas las oraciones, ‘Regína ómnium orationum’, en razón a que es la más hermosa de todas las prácticas de devoción.” Hoy en día muchos cristianos han olvidado cómo orar y, especialmente, cómo meditar. El espíritu del mundo con toda su pompa y seducción, su amor por el placer y la alegría, cautiva los corazones de muchos. El espíritu mundano y la devoción del Rosario no son compatibles. El mundo y la Cruz, los placeres sensuales y la piedad, estarán siempre en oposición. Allí donde reina en un alma el espíritu del mundo, el Rosario parece tedioso y somnífero.

Al tomar ciertos alimentos descubrimos que al principio no nos gustan, luego empiezan a gustarnos y finalmente descubrimos en ellos un sabor delicioso. ¿Cuál es la razón? Al principio el paladar no estaba acostumbrado a ello. De manera similar, muchos cristianos al principio no disfrutaban del Rosario; pero si continuán rezándolo, les gustará; se convertirá en su deleite,

y una vez que hayan penetrado profundamente en su significado, nunca lo abandonarán. El Rosario es una de las devociones más populares porque es una de las más bellas y provechosas.

Santa Ángela de Foligno pidió un día al Señor que le indicara con qué ejercicio podía honrarlo más. Él se le apareció en la Cruz y le dijo: “Hija mía, ¡contempla mis llagas!” Así aprendió del Salvador amabilísimo que nada le es más agradable que la meditación de sus sufrimientos. Jesús le mostró después las heridas de su cabeza y varias circunstancias de sus tormentos, y le dijo: “He sufrido todo esto por tu salvación, ¿qué puedes hacer que iguale al amor que te tengo?”

El Santo Sacrificio de la Misa honra infinitamente a la Santísima Trinidad, porque representa y perpetúa la Pasión de Jesucristo y por él ofrecemos los méritos de su Obediencia, Sufrimientos y Sangre. Toda la corte celestial recibe con la Santa Misa gloria accidental. Varios doctores, entre ellos Santo Tomás, nos dicen, asimismo, que el Cielo se alegra de la Comunión que reciben los fieles, porque el Santísimo Sacramento es un memorial de la Pasión y Muerte de Jesucristo y mediante él participan los hombres de sus frutos y avanzan en el camino de la salvación. Además, según la mayor o menor disposición personal de cada uno, se beneficiarán más o menos tanto ellos como toda la Iglesia.

Ahora bien, el santo Rosario, recitado con la meditación de los sagrados misterios, es un sacrificio de alabanza a Dios por el beneficio de nuestra redención y un devoto recuerdo de la Vida, Pasión, Muerte y Gloria de Jesucristo. Por tanto, es verdad que el Rosario procura una gloria y gozos accidentales a Jesucristo, a la Santísima Virgen y a los demás Bienaventurados porque ellos no desean nada tan importante para nuestra dicha eterna, como vernos ocupados en un ejercicio tan glorioso al Señor y saludable para nosotros.

Generalmente se pone muy poco énfasis en la importancia de la meditación, que, en realidad, constituye la vida y el alma misma del Rosario. La verdadera naturaleza de la devoción del santo Rosario está contenida en pensar seriamente en los misterios y en los piadosos afectos que nuestro pensamiento suscita en nuestro corazón. Esta devoción no consiste, ni nunca tuvo la intención de consistir, en una mera repetición vocal del padrenuestro y el avemaría, junto con una digitación mecánica de las cuentas. El Rosario tiene dos partes, por así decirlo, un cuerpo y un alma. Los padrenuestros, las avemarías y las cuentas forman simplemente lo que se puede llamar el cuerpo del Rosario; mientras que la meditación es su propia vida y alma. Porque es mediante la meditación que se arrancan chispas de amor del corazón, y es en los afectos del corazón donde se encuentra el verdadero valor del Rosario.

¿Qué gloria no será para el mismo Jesucristo vernos meditar devota y amorosamente en este mundo sus humillaciones, tormentos y muerte cruel e ignominiosa? ¿Habrán algo más eficaz para conmovernos y llevarnos a sincera penitencia?

El cristiano que no medita los misterios del Rosario demuestra gran ingratitud hacia Jesucristo y la poca estima que tiene a cuanto sufrió el Divino Salvador para redimir al hombre. Su conducta parece decir que desconoce la vida de Jesucristo y que se preocupa poco o nada por conocer lo que Jesús ha hecho y sufrido para salvarnos. Y puede temer que no habiendo conocido a Jesucristo o habiéndolo olvidado, sea rechazado el día del juicio con este reproche: “¡En verdad os digo, que no os conozco!” Meditemos, pues, la vida y sufrimientos del Salvador mediante el santo Rosario. Aprendamos a conocerlo bien y a reconocer sus beneficios, para que Él nos reconozca como hijos y amigos suyos en el día del juicio.

La Santísima Madre del Salvador dedicó toda su vida a meditar las virtudes y sufrimientos de su Hijo. Cuando oyó a los Ángeles cantar himnos de alabanza en su nacimiento, cuando vio a los pastores adorarlo en el establo, se llenó de admiración y meditaba en tantas maravillas. Comparaba las grandezas del Verbo Encarnado con su profundo abatimiento; las pajas y el pesebre, con su trono y el seno del Padre; el poder de un Dios, con la debilidad de un niño; con su sabiduría, con su sencillez. Lo dice el Evangelio: “Y la Divina María guardaba todas estas cosas en su corazón.”

La Santísima Virgen dijo un día a Santa Brígida: “Cuando contemplaba la belleza,

modestia y sabiduría de mi Hijo, me sentía transportada de gozo. Cuando consideraba que sus manos y sus pies habían de ser atravesados con clavos, vertía torrentes de lágrimas y el corazón se me partía de dolor y tristeza.”

Después de la Ascensión, la Santísima Virgen dedicó el resto de su vida a visitar en espíritu los lugares que el Divino Salvador había santificado con su presencia y tormentos. Meditaba allí sobre el derroche de su caridad y los rigores de su Pasión.

Todos los verdaderos cristianos tienen una sola fe, adoran a un solo Dios, esperan una sola felicidad en el Cielo, reconocen un solo Mediador, Jesucristo, y una sola Mediadora universal con Jesús, que es María... Deben todos imitar a estos Divinos Modelos y considerar para ello los misterios de sus Vidas, sus Virtudes y su Gloria.

Es un error imaginar que la meditación de las verdades de la Fe y de los misterios de la vida de Jesucristo es sólo para los Sacerdotes, religiosos y cuantos se han alejado de los estorbos del mundo. Si los religiosos y eclesiásticos están obligados a meditar las grandes verdades de nuestra sacrosanta religión a fin de responder dignamente a su vocación, los laicos lo están igualmente, a causa de los peligros en medio de los cuales se encuentran diariamente. Deben armarse, por tanto, con el recuerdo frecuente de la Vida, Virtudes y Sufrimientos del Salvador, que los misterios del Rosario nos representan.

Por si acaso hay alguno que no sabe mucho de la meditación en la oración, vamos a tratar de este importantísimo asunto. La tierra está llena de iniquidades porque no hay ninguno que medite. La meditación es como el ojo del hombre; si él no ve ni mira en dónde pone los pies, inevitablemente caerá; del mismo modo, el hombre que no medita no ve sus necesidades ni las conoce, y por lo mismo no pide el remedio o no reza. El alma sin oración no puede vivir, por esto decía San Juan Crisóstomo: “Así como el cuerpo separado del alma está muerto, así también el alma separada de la oración está muerta.” La oración hace en el alma lo que el agua en las plantas; si estas no se riegan, no crecen y se mueren: lo propio experimentan las almas sin el ejercicio de la oración, que es el que proporciona aguas de la gracia; por eso Jesucristo, que conocía muy bien la necesidad que tenemos de la oración, nos la encarga con tanta instancia en el santo Evangelio: “Pedid, y recibiréis... Es menester orar siempre y nunca desfallecer.” “Orad sin cesar para no caer en tentación.”

Esta meditación y oración se hará ejercitando las tres potencias del alma, es decir usando de nuestra memoria, de nuestro entendimiento y nuestra voluntad dirigidas a este fin, y con la aplicación imaginaria de los sentidos corporales.

Uno debe imaginar el lugar, como si se estuviese presente en el mismo sitio en que están sucediendo todos los hechos del misterio. Al rezar, con la memoria se acordará del episodio que se quiere meditar, y se dirigirán los sentidos a las personas que han intervenido en el misterio de que se trata; a las palabras que dicen y acciones que ejecutan. Con el entendimiento discurrirá y se preguntará: ¿Quién es el que padece? ¿Qué padece? ¿Por quién padece? ¿Para qué padece?

Con la voluntad se ejercitará en producir sentimientos: de admiración... amor... acción de gracias... alegría, dolor o compasión. Renuncia de los bienes, honores y deleites del mundo a imitación de Jesucristo. Dolor y pena de lo pasado, por haberse dejado arrastrar del mal, ofendiendo al Señor. Confusión de lo presente, viendo la frialdad del corazón. Deseos de emprender la perfección y resolverse al momento.

También usando de la voluntad se hacen resoluciones: de arrancar los vicios y plantar las virtudes; y de pedir los auxilios para vencer algún vicio determinado, o adquirir alguna virtud particular, y de suplicar las gracias que necesiten nuestros prójimos.

Hay que dar gracias a Dios de habernos escuchado y ofrecerle los buenos pensamientos,



afectos, deseos y resoluciones de la oración. Pedirle que bendiga nuestras resoluciones y confiar que se alcanzará lo que se pide por los méritos de Jesucristo y por la intercesión de la Santísima Virgen. Debemos ofrecer a Dios todo lo que nos da pena, pensando en los sufrimientos de Dios Humanado, según los misterios del Rosario.

Conviene leer sobre los diferentes misterios del Rosario, todo lo que viene sobre ellos en la Sagrada Biblia y en el Tratado de la Santa Misa. La lectura espiritual es para el alma lo que la comida para el cuerpo.

Quizás alguno dirá: no sé meditar ni pensar nada. Se responde: se sabe pensar en la comida, vestido y conveniencias temporales, ¿y no se sabrá pensar en las cosas espirituales y eternas? Es porque no se quiere.

Otro dirá; no tengo tiempo. Se responde: se tiene tiempo para comer, dormir, pasear, jugar, pecar e ir al infierno, ¿y no se tendrá tiempo para salvar el alma, que es el único negocio que tenemos? Por ocupaciones jamás nos olvidamos de comer; pues no necesita menos el alma de la oración que el cuerpo del alimento. ¡Ay de nosotros si por ocupación o por otras causas no hacemos oración o la abandonamos, porque entonces ya estamos camino de la perdición, y esta es para siempre! Hagamos, pues, oración, y siempre sin interrupción, como dice Jesucristo.

Si no queremos ser arruinados por el espíritu mundano, este espíritu maligno debe ser expulsado de nuestro corazón. Rezar el Rosario contribuirá mucho a lograrlo. El espíritu del mundo, las asechanzas de Satanás y las malas inclinaciones de nuestra naturaleza caída, son nuestros tres enemigos, que ejercen poder sobre la mente, el corazón y el cuerpo. Ellos son como una serpiente de tres cabezas que estrangula a muchos cristianos y los arruina. ¿Qué arma es capaz de matar a esta gigantesca serpiente? He aquí, es el Rosario, que actúa como triple antídoto contra los enemigos del alma y además es alimento espiritual que infunde mayor fervor a la Santa Eucaristía. El Rosario con un poder invencible expulsa del corazón a esa espantosa serpiente.

El Rosario, en sus misterios gozosos y llenos de gracia está dirigido a recordarnos la generosa acción creadora y providente de Dios, que no necesitándonos para nada, nos da la existencia para comunicarnos su amor. Por lo tanto, estos misterios van contra la soberbia de la vida, la altivez, y la rebelión contra los mandamientos de Dios. Nos muestra al Hijo de Dios en su indescriptible humildad y humillación; nos muestra al Dios verdadero encarnado, el Omnipotente como un Niño débil e indefenso; el Altísimo vaciándose en un grado asombroso de humildad. Quien sabe rezar adecuadamente los misterios gozosos puede escuchar en cada misterio esta exhortación del Hijo de Dios: “Aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón.”

El Rosario en sus misterios dolorosos se dirige contra la concupiscencia de la carne, contra los deseos pecaminosos que degradan al hombre del estado sublime de semejanza con Dios y lo ponen al nivel de la bestia. Porque nos muestra los sufrimientos indecibles que soportó nuestro Salvador desde su primera infancia y durante toda su Vida terrena, especialmente en su agonía, en la traición de Judas, en el desamparo de sus discípulos, en las innumerables injurias y afrentas, en las negaciones de Pedro, en su flagelación, en su coronación de espinas, en el camino al Calvario y en la Cruz. ¡Cuán terrible fue el martirio de Jesús en su Sacratísimo Cuerpo, en su Carne inmaculada, por los pecados sensuales de la humanidad! ¡Cuán terribles fueron los sufrimientos de su Divina Madre, como Corredentora y Reparadora! Al darse cuenta de estos sufrimientos, ¿cómo puede alguien todavía cometer pecados de la carne y así contaminar su alma, comprada con la Preciosísima Sangre de Cristo?

Contra el ansia insaciable de posesiones y riquezas, la concupiscencia de los ojos, se dirige el Rosario en sus misterios gloriosos. Nos muestra a Nuestro Salvador en su victoria sobre la muerte, en su entrada triunfal al Cielo, en la riqueza de sus posesiones celestiales, que Él dispensa mediante el Espíritu Santo. El Rosario en sus misterios gloriosos nos muestra las posesiones eternas, infinitamente sublimes, que nos esperan en nuestro hermoso hogar

celestial. Si recorremos el Vía Crucis con Jesús y María, también seremos coronados por Jesús en unión con María. Quien contemple las bellezas del Cielo se llenará de desprecio por los bienes pasajeros de la tierra y de añoranza por los tesoros inestimables de la eternidad.

Además de ser un antídoto eficiente contra el triple espíritu mundano, el santo Rosario es un alimento espiritual, pues en sus misterios eucarísticos nos muestra el infinito Amor de Nuestro Redentor por la humanidad, al querer quedarse entre nosotros eucarísticamente; nos enseña los misterios obrados por Dios en este augustísimo Sacramento; nos recuerda la misión e importancia de la Santísima Virgen María y su presencia real y verdadera en la Eucaristía; en definitiva, nos prepara y fortalece con santos pensamientos para recibir con amor y devoción la Santa Eucaristía, centro de la vida espiritual de todo cristiano.



Esta devota meditación de los misterios da al Rosario todo su valor. Toda la maravillosa vida de Nuestro Salvador y de la Santísima Virgen, desde el principio, desde la creación de sus Divinas Almas, pasando por el momento de la Encarnación de Nuestro Señor hasta el gran día en que coronó a su Virgen Madre en el Cielo, debe presentarse ante los ojos del alma como un cuadro armonioso y comprensible para todos.

Ejemplo. *María instruye a sus siervos en la oración y en la vida interior.* Como uno de los principales medios de que podemos disponer para sostenernos y progresar en el bien es la oración, no es de admirar que la Madre de Dios inspire en este punto a sus hijos fieles, e incluso que a veces se tome el cuidado de instruirlos en ciertas prácticas. El bienaventurado Elzear conde de Ariam, recibió, según refiere su biógrafo, la gracia de ser instruido por la Santísima Virgen, Madre de toda Bondad, en cuanto a la oración, gracias a las súplicas de su nodriza. Ella era una mujer muy virtuosa, y temiendo por él, le encomendaba a Dios con mucha frecuencia. Un día que oyendo Misa redoblaba sus fervorosas oraciones por el niño, oyó una voz que le decía: “La Reina del Cielo se ha encargado de su instrucción”; pero la piadosa mujer, temiendo que aquello fuera una ilusión, rogó al Señor que la hiciera conocer si aquella respuesta procedía de Él, lo que le fue confirmado antes de salir de la iglesia; pero como es muy propio de las almas humildes desconfiar siempre de sí mismas, fue a referírsele a su confesor. El sabio y prudente religioso, para no incurrir en error, decidió hablar algunos ratos con el niño Elzear y enterarse por sí mismo de cómo hacía sus ejercicios de piedad, particularmente la oración, y de qué manera había aprendido a orar. El niño conde, que no sabía por qué le hacía semejantes preguntas aquel religioso, le contestó ingenuamente que desde el principio de la meditación se encomendaba a la Virgen, y suplicaba le ilustrara sobre las gracias que debía pedirle y grabase profundamente en su corazón los sentimientos que el Espíritu Santo le inspirase; en seguida decía la Salutación Angélica, y después de este pequeño homenaje que tributaba a su Buena Madre, empleaba el tiempo de la oración en santos y fervorosos afectos sin que nunca hubiese experimentado el menor disgusto. El religioso se convenció de que la Santísima Virgen, que amaba a este niño, se había encargado de instruirle y de que le había concedido el don de la oración.

Tened una tierna devoción a María, invocadla con frecuencia, y, mejor, antes de comenzar cualquier obra, por pequeña que sea; los verdaderos devotos de María la invocan siempre que da sus horas el reloj, y aun los hay que la rezan cada vez que pueden, y siempre que se despiertan por la noche.

Modo práctico de rezar el Rosario:

En la práctica, y después de todo lo que acabamos de decir, ¿qué es lo que tenemos que hacer? ¿De qué manera los fieles en general y particularmente las jóvenes que se precian de Hijas de María deben practicar la devoción del santo Rosario?

La preparación. En primer lugar, es necesario que entre todas las devociones a la Santísima

Virgen, sea el Rosario su devoción favorita y predilecta. Todo cristiano que de importancia a los intereses de su alma, no dejará pasar día alguno sin rezar el santo Rosario. Esta práctica, tan sencilla como grata a la Santísima Virgen Madre de Dios y Madre Nuestra, ha venido a ser como el distintivo de los buenos cristianos. ¡Dichosos aquellos que perseveran en el rezo del Santísimo Rosario, y cumplen con atención este deber! ¡Felices mil veces las familias que acostumbran rezar diariamente el santo Rosario! En muchas casas se reza el Rosario en común, dividida la familia en dos coros imitando el canto de los religiosos, o más bien el de los Ángeles, que en el Cielo cantan alternando las alabanzas del Señor. Bienaventuradas estas casas y sus moradores, que con semejante práctica se ganan la poderosa protección de la Santísima Virgen y se atraen las bendiciones del Cielo.



Se ha de rezar teniendo en la mano el rosario. Si el rosario está bendecido, las indulgencias son más; pero en todo caso para lucrarlas se requiere que durante el rezo no se ocupen en cosas que impidan la atención al rezo, sin ser obstáculo alguna que otra distracción involuntaria; y que en cada decena se medite el misterio correspondiente: mas los que no saben meditar, que pongan en práctica los consejos dados arriba y poco a poco irán aprendiendo a gustar y a sacar provecho espiritual de sus meditaciones; mientras tanto, ganan las indulgencias rezando devotamente.

El Credo, que se canta en la Basílica de Nuestra Madre del Palmar Coronada cada día antes del rezo del santo Rosario, es una plegaria de gran mérito, por ser un sagrado compendio y resumen de las verdades cristianas. La fe, en efecto, es la base, fundamento y principio de todas las virtudes cristianas, de todas las verdades eternas y de todas las plegarias agradables a Dios. Quien se acerca a Dios ha de comenzar por creer. Sí, quien se acerca a Dios en la oración debe comenzar con un acto de fe y cuanto mayor sea su fe, más eficaz y meritoria para él y más gloriosa para Dios será su plegaria.

No nos detendremos a explicar las palabras del Credo. Pero no se puede menos de aclarar las primeras palabras: Creo en un solo Dios. Estas encierran los actos de las tres virtudes teologales: la fe, la esperanza y la caridad. Tienen una eficacia maravillosa para santificarnos y derrotar al demonio. Muchos santos vencieron las tentaciones con las palabras: 'Creo en Dios' – especialmente las contrarias a la fe, la esperanza o la caridad – durante su vida, y a la hora de su muerte. Fueron las últimas palabras que escribió lo mejor que pudo sobre la arena y con el dedo mojado en su propia sangre San Pedro de Verona, conocido como San Pedro Mártir, cuando, gravemente herido por un hereje, se hallaba próximo a expirar.

La fe es la única clave que permite entrar en todos los misterios de Jesús y de María, contenidos en el santo Rosario. Por esto es necesario preceder el Rosario, rezando el Credo con gran atención y devoción. Y cuanto más viva y robusta sea la fe, más meritorio será nuestro Rosario. Es preciso que sea viva y animada por la caridad, es decir, que para recitar bien el santo Rosario, debes estar en gracia de Dios o en busca de ella. Es necesario, además, que la fe sea robusta y constante, es decir, que no se ha de buscar en el rezo del santo Rosario solamente el gusto sensible y la consolación espiritual. En otras palabras, no se debe dejar cuando asalten las distracciones involuntarias en la mente, un incomprensible tedio en el alma, un fastidio o sopor casi continuo en el cuerpo. Para rezar bien el Rosario no es necesario ni gusto, ni consuelo, ni suspiros, ni fervor y lágrimas, ni aplicación prolongada de la imaginación. Basta la fe pura y la recta intención.

Antes de comenzar el Rosario se ha de levantar el corazón a Dios que está presente, haciéndole una reverencia muy profunda y suplicarle su gracia para rezar este Rosario de modo que le agrade, ofreciéndole todas las palabras, pensamientos, afectos y deseos que se tuviere, enderezándolos todos a gloria suya y de la Virgen Nuestra Señora, en acción de

gracias por las mercedes que se han recibido, y en satisfacción de los pecados y descuidos que se ha tenido en su servicio, y para que conceda las virtudes que faltan y lo demás de que tenemos necesidad para servirle con perfección. Y si el Rosario se ha de ofrecer por las necesidades de la Iglesia, o de alguna persona particular viva o difunta, es ahora el momento de hacer este ofrecimiento; destacando que los cuatro fines a que puedo enderezar mi oración, que son glorificación y alabanza de Dios por ser Quien es, acción de gracias por sus beneficios, satisfacción por mis pecados, impetración de virtudes; cuando ofrezco el Rosario por otro, le doy la satisfacción que me cabía, y también puedo sin perjuicio suyo ofrecerlo también por mí para los cuatro fines.

Por qué Padrenuestro, Avemaría, Gloria y Ave María Purísima.

Después de este ofrecimiento, se rezan los diez padrenuestros, avemarías, glorias y ave María purísima con espacio y atención, pensando en el sentido de sus palabras, o en la persona a quien se refieren, que es Dios Nuestro Señor, o en la Virgen Nuestra Señora, la cual aunque está en el Cielo, nos ve y oye, y entiende nuestra oración, y puedo hablar con Ella como si estuviera cerca de mí en la tierra.

Tocante al Santo Rosario Penitencial, decía el Padre Félix Sardá y Salvany: Que nadie piense que rezar repetidamente padrenuestros, avemarías y glorias es una mera rutina. No es una simple rutina hacer siempre las cosas del mismo modo, cuando hay una razón para seguir haciéndolas así. Luego el que una cosa se repita idénticamente por siglos de siglos, cuando pueda presentar para ello sus razones, no es grosera rutina, sino laudable perseverancia. La Religión católica que profesamos no es rutina ni cosa que lo parezca, porque aunque recomiende siempre las mismas prácticas, tiene para cada una de ellas, hasta para las más minuciosas, razones elevadísimas que conocen los que tienen la buena voluntad de escudriñarlas.

Veamos algunas explicaciones de la profunda razón teológica por la cual, van siempre el avemaría tras el padrenuestro, el gloria tras los dos, y el Ave María Purísima cerrando la marcha.

Estas cuatro plegarias contienen nada menos que la parte más esencial del catolicismo, después del sacrificio de la Misa y de los Sacramentos, cual es la oración, y son su fórmula más completa y acabada. Toda la sabiduría de los más eminentes teólogos no habría acertado a prescribir un medio más sencillo y más completo de orar que uniendo al padrenuestro el avemaría, y después de los dos el gloria.

¿Sabéis qué es el padrenuestro? Es una solicitud dictada por el mismo Jesucristo en persona, que la dejó como en valioso original a sus discípulos, para que de allí lo copiásemos todos cuantas vecesuviésemos que dirigirnos en demanda de algo al Padre Celestial. La primera dificultad que aqueja al lugareño que ha de presentar a una autoridad elevada una súplica cualquiera, es el modo de expresarla. Por esto la costumbre ha puesto en práctica ciertas fórmulas de pedir que, con ligeros cambios, sirven para todos los casos. Por esto se dice al atribulado en tales apuros: “Presente usted una solicitud.” Y si por su rudeza no sabe cómo empezar, no falta por allí un oficial caritativo que le tome la pluma de las manos y se lo escriba en un dos por tres, y le diga luego: “Ea, firme usted ahora aquí al pie, y asunto concluido.” El ejemplo es ordinario, pero exactísimo. Somos delante de Dios mucho menos que rudos lugareños ante el gobernador de la provincia, y con todo, y aun con sentir mucho nuestras necesidades, no acertamos con el remedio que hemos de pedir para ellas; ni aunque lo acertáramos sabríamos tal vez pedirlo. Cristo, como enviado por Dios-Padre para instruirnos, vio esta necesidad, y nos dijo un día de qué modo hemos de pedir: “Cuando oréis, decid: Padre nuestro que estás en los cielos...” Y dictó el padrenuestro. Y a la solicitud cuyo original nos puso Cristo en las manos no le falta punto ni coma. Comprende todas las necesidades, empezando por las del alma, siguiendo por las del cuerpo, y acabando con aquel tan expresivo: ‘Líbranos del mal’, que lo dice todo. Y es brevísimo, como ha de serlo toda solicitud, que después del: ‘Excelentísimo Señor’ hasta lo de: ‘Gracia que espera, etc.’,

no ha de contener más que lo sustancial de la súplica. Aquí el encabezamiento, lo forman aquellas palabras: ‘Padre nuestro que estás en los cielos’, y la conclusión la constituye aquel ‘Amén’ que añadimos, y que significa ‘Así sea’, y que no es más que aquello de: ‘Gracia que espera obtener del buen corazón, etc.’ Esta comparación se ajusta perfectamente. La petición dictada por Cristo es completa, y no necesita apéndices, por lo que el avemaría no forma parte de ella. El avemaría es, digámoslo así, la carta de recomendación, porque también pueden influenciar en el Cielo los intercesores, pues las almas justas, tienen más poder ante Dios que el que pueden tener ante un hombre todas las buenas caras habidas y por haber. También valen en el Cielo las cartas de recomendación, porque el dogma católico las admite con el nombre de intercesión, aunque rabien los protestantes. Y cabalmente la doctrina católica nos dice que hay allí cerca del trono de Dios una Mujer, a quien los Ángeles de parte de Dios llamaron ya en este mundo ‘Llena de gracia’, y a quien nosotros reconocemos llena de gloria, de poder y de majestad. Es Madre del Rey, y con esto está dicho todo. Y es además de una hermosura incomparable, en su alma más aún que en su cuerpo. Y por ser tal puede mucho y muchísimo, y una palabrilla suya, vamos al decir, un gesto solo, un movimiento del corazón bastan para arrancar del trono de Dios la merced que suplicamos. Por esto nos asimos a su manto, y después de firmada la solicitud mencionada, unimos a ella otra petición pequeñita a la Madre del Rey, para que apoye a la primera, y si conviene lo presente Ella misma en persona. Por esto, después de dirigirla algunos saludos le decimos: ‘Ruega por nosotros pecadores’: ruega, es decir, recomienda, apoya, haz valer tu empeño. En suma, lo dicho, una verdadera y valiosa carta de recomendación.

Luego viene el ‘Gloria’. El padrenuestro es la solicitud; el avemaría es la recomendación. El ‘Gloria’ viene a ser la dirección o el sobrescrito. Y esto es algo lógico y muy natural. ¿Cuál es el término final de toda oración y de toda obra buena para un católico? No es precisamente alcanzar la gracia suplicada; es la gloria de Dios por medio de la consecución de aquella gracia. La gloria de Dios es el fin supremo de todo, así en el orden natural como en el sobrenatural. Por ella fueron criados Cielos, tierra, Ángeles, hombres, cuerpos y almas. Lo que no se dirige a la gloria de Dios es esencialmente defectuoso. El que desease la mayor y más elevada suma de heroicas virtudes, si no dirigiese implícita o explícitamente este deseo para gloria de Dios no sería un santo, sino un satánico egoísta. Hasta el deseo de salvar nuestras almas debe estar subordinado a este fin único y supremo; que sea para gloria de Dios. Por esto aquel lema bendito de un gran Santo, y de una gran Sociedad religiosa: “Ad Majórem Dei Glóriam,” es decir, “A la mayor gloria de Dios,” es más elocuente y dice más que cien libros. Si la gloria de Dios ha de ser, pues, el fin de todo, con mayor razón debe ser el fin de toda oración. Bueno es, pues, consignarlo después de ella, y como si dijésemos, añadir en el sobre de la solicitud que, acompañada de la recomendación de María, enviamos a Dios, esta dirección: “Todo lo que acabo de pedir es para gloria del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo:” ‘Gloria al Padre, gloria al Hijo, gloria al Espíritu Santo’. Esto significa, que cualquiera lo sabe, aunque no lo sepan ahora algunos jóvenes. Y cada cuenta se completa con ‘Ave María Purísima, sin pecado concebida’; con lo cual damos gracias a Dios y ponemos en manos de María Santísima las gracias que hemos recibido por su intercesión, confiando que Ella, como Buena Madre, sabrá administrarlas para la gloria de Dios y para nuestro mayor provecho.

El insigne doctor de la oración mental, San Luis de la Puente, explica cómo unir devotamente el rezo de los padrenuestros con la meditación de los misterios, en el rezo del Rosario de Nuestra Señora; y como la eficacia de la oración vocal aumenta mucho cuando se junta con la mental, expone tres de los más provechosos modos de juntarlas, para que cada uno escoja el que más ayude a su devoción, tomando una vez uno y otra vez otro, para quitar el fastidio con esta santa variedad:

El primer modo de rezar el Rosario, es meditando las palabras del padrenuestro y del avemaría. El padrenuestro es como una perla preciosa a la que está unida el avemaría. Los

labios humanos no pueden formular una oración que atraiga más fuertemente a nuestro Padre Celestial que la oración que fue enseñada por Nuestro Divino Señor mismo. Aquel que nos dio la vida de la gracia nos enseña también a orar, a preservar esta vida. La meditación se puede hacer, por ejemplo, meditando a cada diez cuentas una de las siete peticiones de la oración del padrenuestro. Para convencerse de su eficacia, conviene primero conocer la excelencia del Rosario, manifestada por las oraciones que lo componen.

El padrenuestro es breve, para que todos lo aprendan; es instructivo e inteligible para las personas comunes y está lleno de misterios para los eruditos; comprende todos nuestros deberes hacia



Dios y hacia el prójimo. Ha sido llamado apropiadamente “un resumen de todo el Evangelio” y también resume los salmos. Dice San Juan Crisóstomo que quien no ora como lo ha hecho y enseñado el Divino Maestro, no es discípulo suyo. Y que Dios Padre no escucha con agrado las oraciones que elabora el espíritu humano, sino la que su Hijo nos ha enseñado.

Debemos recitar la oración dominical con la certeza de que el Padre Eterno la escuchará por ser la oración de su Hijo, a quien Él escucha siempre, y cuyos miembros somos. ¿Podría acaso un Padre tan bueno rechazar una súplica tan bien fundada, apoyada como está en los méritos e intercesiones de Hijo tan digno? Ya aseguraba San Agustín lo que enseña el catecismo palmariano: que el padrenuestro y el avemaría bien rezados borran los pecados veniales. El justo cae siete veces por día, pero con las siete peticiones del padrenuestro puede remediar sus caídas y fortificarse contra sus enemigos. Es oración corta y fácil, a fin de que, frágiles como somos y sometidos como estamos a tantas miserias, recibamos auxilio más rápidamente rezándola con mayor frecuencia y devoción.

¡Dichoso quien recita la plegaria enseñada por el Señor meditando atentamente cada palabra! ¡Encuentra en ella cuanto necesita y puede desear! Cuando rezamos esta admirable plegaria, cautivamos desde el primer momento el corazón de Dios, invocándolo con el dulce nombre de Padre. Preferimos, por tanto, el padrenuestro a todas las demás oraciones. San Hugo, Obispo de Grenoble, rezaba el padrenuestro muchas veces durante el día, sin omitirlo ni siquiera durante la enfermedad. En una ocasión lo había repetido con frecuencia durante una noche en la que sufrió mucho; su sirviente comentó que era demasiado esfuerzo y que sin duda lo agotaría. “Oh, no”, respondió el santo Obispo, “la repetición de esta hermosa oración me consuela y fortalece.”

El padrenuestro honra a Dios. El Hijo de Dios glorificó siempre al Padre con sus obras y vino al mundo para enseñar a los hombres a glorificarlo. Y les ha enseñado la forma de honrarlo con esta oración que se dignó dictarles. Debemos, pues, rezarla con frecuencia y atención y con el mismo espíritu con que Él la compuso.

Al recitar cada una de las palabras de la Oración dominical, honramos las perfecciones divinas. Honramos su fecundidad llamándolo Padre: Padre que desde la eternidad engendras a un Hijo igual que Tú, eterno y consustancial, que es una misma esencia, una misma potencia, una misma bondad, una misma sabiduría contigo, Padre e Hijo que al amarnos dais procedencia al Espíritu Santo, que es Dios como vosotros. ¡Tres adorables personas que sois un solo Dios! Cuando rezamos devotamente esta divina oración, realizamos tantos actos de las más nobles virtudes cristianas como palabras pronunciamos.

Al decir: *Padre nuestro que estás en los Cielos*, hacemos actos de fe, adoración y humildad. ‘Padre nuestro’, el más tierno de todos los padres, omnipotente en la creación, admirable en la conservación de las criaturas, sumamente amable en su providencia e infinitamente bueno en la obra de la Redención. ¡Dios es nuestro Padre! Entonces, todos somos hermanos y el Cielo es nuestra patria y nuestra herencia. ¿No bastará esto para inspirarnos, a la vez, amor a Dios y al prójimo y desapego de todas las cosas de la tierra?

‘Padre nuestro’, es decir, Padre de la humanidad, por la creación, la conservación y la

redención; Padre misericordioso de los pecadores; Padre amigo de los justos; Padre magnífico de los bienaventurados. ¡Qué reverencia, qué confianza, qué amor deben infundir estas palabras en nuestro corazón! ¡Dios, nuestro Padre, y el mismo Cristo desea que le llamemos por ese nombre! ¡Cuán agradables a los oídos del Padre Celestial, nuestro Creador, deben ser estas palabras, pronunciadas por los labios de sus hijos! ¡Cuán bellamente se expresa así el amor fraternal que debemos tener unos por otros!

‘Que estás’. Con estas palabras admiramos la inmensidad, la grandeza y plenitud de la esencia divina, que se llama con verdad ‘El que es,’ es decir, el que existe esencial, necesaria y eternamente, que es el Ser de los seres, la Causa de todo ser. Que contiene en sí mismo en forma eminente las perfecciones de todos los seres. Que está en todos con su esencia, presencia y poder sin ser abarcado por ninguno de ellos, excepto la Santísima Virgen María, que es Templo y Sagrario de la Santísima Trinidad. Honramos su sublimidad, gloria y majestad con las palabras: ‘que estás en los Cielos’, es decir, como sentado en su trono para ejercer justicia sobre todos los hombres; y al mismo tiempo, ‘que estás en los Cielos,’ nuestro futuro hogar donde viviremos, para siempre en compañía de los santos.

Al desearle: *Santificado sea tu nombre*, manifestamos celo ardiente por su gloria y adoramos su santidad; deseamos que sea alabado en el Cielo, por los Ángeles y Santos que cantan constantemente Santo, Santo, Santo; en la tierra, por toda la humanidad, para que el Nombre de Dios sea conocido y amado en todas partes, y que por Él también nosotros alcancemos la santidad.

Cuando decimos: *Venga a nosotros tu reino*, reconocemos su soberanía y la justicia de sus leyes, anhelando la llegada de su reino, y pedimos que Dios reine en nosotros mediante su gracia y amor aquí en la tierra, como reina en su Gloria en el Cielo. ¡Que el Reino de Cristo se extienda a todas partes del mundo! Es al mismo tiempo un acto de esperanza.

Al decir: *Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el Cielo*, mostramos espíritu de perfecta obediencia, ansiando que le obedezcan los hombres en la tierra como le obedecen los Ángeles en el Cielo. Detengámonos en el pensamiento de hacer la Voluntad de Dios en la tierra como la hacen los Ángeles y los Santos en el Cielo. Esta petición abarca toda la perfección. Sometamos nuestra voluntad absolutamente a la Voluntad de Dios; no pongamos obstáculo a la obra de la Voluntad de Dios en nosotros, para que se haga en nosotros y por nosotros con total conformidad.

Pidiéndole: *El pan nuestro de cada día dánosle hoy*, creemos en su Providencia y practicamos la pobreza según el espíritu y el desapego de los bienes de la tierra. Pero también pedimos y esperamos el pan celestial de cada día para el alma, todo lo que alimenta nuestra alma, especialmente la Sagrada Comunión y la gracia de Dios.

Al rogarle: *Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores*, por una parte, le pedimos perdonar nuestros pecados, haciendo un acto de contrición, pues, ¡de cuántos pecados somos culpables diariamente! ¡Oh, que Dios los perdone! De buena gana los confesaremos, perdonaremos a nuestro prójimo y haremos expiación; y por otra parte, al perdonar a quienes nos han ofendido, ejercitamos la misericordia en la más alta perfección.

Al rogarle: *Y no nos dejes caer en la tentación, mas líbranos del mal*, reconocemos su poder; esperando que nos libre del mal, nos confiamos a su Bondad y hacemos actos de humildad, de prudencia y de fortaleza. Ya que debemos vivir en un mundo que se ha convertido en una ocasión permanente de pecado, que Dios fortalezca nuestra voluntad para resistir las tentaciones y eliminar las ocasiones de pecado. Al esperar que nos libre del mal, practicamos también la paciencia. Y también le estamos pidiendo que nos libre del



pecado, el único mal en la tierra; y así en la vida venidera, que nos libre de la muerte eterna.



Amén. Creo que Tú, oh Dios, escucharás mi oración, cuando te pido: “que así sea,” pues la oración llena de fe es oída.

Finalmente, al pedir todo esto no solo para nosotros, sino también para el prójimo y para todos los miembros de la Iglesia, nos comportamos como verdaderos hijos de Dios, lo imitamos en la caridad que abraza a todos los hombres y cumplimos el mandamiento de amor al prójimo.

En el padrenuestro se rechazan todos los pecados y se practican los mandamientos de la Ley de Dios: Detestamos, además, todos los pecados y practicamos los mandamientos de Dios, cuando, al rezar esta oración, nuestro corazón sintoniza con la lengua y no mantenemos intenciones contrarias a estas divinas palabras. Puesto

que, cuando reflexionamos en que Dios está en el Cielo – es decir, infinitamente por encima de nosotros por la grandeza de su majestad – entramos en los sentimientos del más profundo respeto en su presencia y, sobrecogidos de temor, huimos del orgullo y nos abatimos hasta el anonadamiento. Al pronunciar el nombre de ‘Padre,’ recordamos que de Dios hemos recibido la existencia por medio de nuestro padre y la instrucción por medio de nuestros maestros. Todos los cuales representan para nosotros a Dios, cuya viva imagen constituyen. Por ello, nos sentimos obligados a honrarlos, o mejor dicho, a honrar a Dios en sus personas y nos guardamos mucho de despreciarlos y afligirlos. Cuando deseamos que el santo nombre de Dios sea glorificado, estamos bien lejos de profanarlo. Cuando consideramos el reino de Dios como nuestra herencia, renunciamos a todo apego desordenado a los bienes de este mundo. Cuando pedimos con sinceridad para nuestro prójimo los bienes que deseamos para nosotros, renunciamos al odio, la disensión y la envidia.

Al pedir a Dios el pan de cada día, detestamos la gula y voluptuosidad, que se nutren en la abundancia. Al rogar a Dios con sinceridad que nos perdone como perdonamos a quienes nos han ofendido, reprimimos la cólera y la venganza, devolvemos bien por mal y amamos a nuestros enemigos. Al pedir a Dios que no nos deje caer en el pecado en el momento de la tentación, manifestamos huir de la pereza y buscar los medios para combatir los vicios y salvarnos. Al rogar a Dios que nos libre del mal, tememos su justicia y nos alegramos porque “el temor de Dios es el principio de la Sabiduría Divina.” el temor de Dios hace que el hombre evite el pecado.

‘Y no nos dejes’, por infidelidad a tu gracia, ‘caer en la tentación’ del mundo y de la carne. ‘Mas líbranos del mal’ que es el pecado, del mal de la pena temporal y eterna que hemos merecido. ¡*Amén!* Expresión muy consoladora, que es como el sello que Dios pone al final de nuestra súplica para asegurarnos que nos ha escuchado. Es como si nos respondiera: “¡*Amén!* Sí, hágase como han pedido; lo han conseguido...” Porque esto es lo que significa el término: *Amén.*

En resumen, todos los atributos de Dios están significados en el padrenuestro; contiene la práctica de todas las virtudes y los remedios contra el pecado. Cuanto más frecuentemente uno lo reza, más se obtiene de él, y más se refresca y fortalece el alma en esta clara fuente de salvación que ha brotado del Corazón mismo de Dios.

El saludo angélico. La otra oración principal del Rosario es el avemaría, que se repite cincuenta veces. Las avemarías multiplicadas son las rosas entrelazadas una tras otra en la corona del Salterio de María. El Saludo Angélico o avemaría es el mensaje de alegría traído por el Arcángel Gabriel a nuestro mundo caído tan necesitado de Redención, continuado por Santa Isabel y concluido por la Santa Iglesia para la alabanza suprema de la Madre de Dios.

Así como se medita el padrenuestro, en este primer modo de rezar el rosario se puede dividir el avemaría en cinco frases principales, y a cada diez cuentas tomar por materia de meditación una de ellas.



Por ejemplo, en la primera decena meditaré estas palabras: '*Dios te salve, María, llena eres de gracia*', ponderando las grandezas que se encierran en este dulcísimo nombre de María y la inmensidad de gracias y virtudes de que está llena esta Señora. En la segunda decena meditaré las palabras, '*el Señor es contigo, bendita tú eres entre todas las mujeres*' meditando en las grandezas encerradas en la elección de la Santísima Virgen para esta dignidad tan alta, y en los privilegios que por ella se le concedieron. En la tercera decena meditaré las palabras '*y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús*' ponderando las excelencias del nombre dulcísimo de Jesús, y las bendiciones celestiales que nos vienen por su medio. En la cuarta decena contemplaré las palabras '*Santa María, Madre de Dios y Madre*

nuestra' esto es, pensar en lo que significa tener una verdadera Madre en el Cielo que jamás nos dejará en el abandono. En la quinta decena las otras palabras, '*ruega por nosotros pecadores ahora y en la hora de nuestra muerte*', es decir, meditaré lo que encierran esas postreras palabras, ponderando la eficacia de la oración de la Virgen María, la necesidad que tengo de ella, especialmente en la hora de la muerte, mirando con qué sentimientos diré estas palabras cuando me vea en aquel trance, y procurar decirlas ahora con esos mismos.

¿Te debates en la miseria del pecado? Invoca a la excelsa María y dile: *¡Dios te salve!* Que quiere decir: ¡Te saludo con profundo respeto a Ti que eres sin pecado, ni desgracia! Ella te librará de la desgracia de tus pecados, y te convertirás en verdadero hijo de María.

¿Te envuelven las tinieblas de la ignorancia o del error? Recurre a María y dile: *¡Dios te salve, María!* Es decir, iluminada con los rayos del sol de justicia. Ella te comunicará sus luces. ¿Caminas extraviado, fuera de la senda del cielo? Invoca a María, que quiere decir Estrella del mar y Estrella polar, que guía nuestro peregrinar por este mundo. Ella te conducirá al puerto de salvación.

¿Estás afligido? Acude a María, que quiere decir mar de gracias, pues si fue llena de amarguras en este mundo, actualmente en el Cielo se ha convertido en mar de purísimas dulzuras y gracias inefables. Ella convertirá tu tristeza en gozo y tus aflicciones en consuelo.

¿Estás cargado con la cruz? Llama a María, que significa Madre, y Ella, que es Madre de Dios y Madre nuestra, te acompañará como cirinea, para que puedas perseverar en llevar tu cruz con amor, fidelidad y constancia, en pos de Cristo, para tu salvación y para la de muchas otras almas.

¿Has perdido la gracia? Honra la abundancia de gracias de que Dios llenó a la Santísima Virgen y dile: *llena eres de gracia* y de todos los dones del Espíritu Santo. Ella te comunicará de sus gracias.

¿Te sientes solo y abandonado de Dios? Dirígete a María y dile: *el Señor es contigo*, de forma más noble y más íntima que en los justos y los santos, porque eres con Él una misma cosa, pues siendo Él tu Hijo, su carne es carne tuya. Y dado que eres su Madre, estás con el Señor en semejanza perfecta y mutua caridad. Dile finalmente: Toda la Santísima Trinidad está contigo, pues eres su precioso templo. Ella te colocará bajo la protección y salvaguardia del Señor.

¿Te has convertido en objeto de la maldición divina? Dile: *bendita Tú eres entre todas las mujeres*. Te aclaman todas las naciones por tu pureza y fecundidad; Tú cambiaste las maldiciones divinas en bendición. Ella te bendecirá.

¿Estás hambriento del pan de la gracia y del pan de la vida? Acércate a quien llevó el pan vivo descendido del cielo. Dile: *bendito es el fruto de tu vientre*, el que concebiste sin detrimento de tu virginidad, que llevaste sin trabajo y diste a luz sin dolor. Bendito Jesús, que rescató al mundo esclavizado, curó al mundo enfermo, resucitó al hombre muerto, hizo volver al hombre desterrado, justificó al hombre criminal y salvó al hombre condenado.

Ciertamente tu alma será saciada del pan de la gracia en esta vida y de la vida eterna en la otra. Amén.

Concluye tu plegaria con la Iglesia y di: *Santa María*; santa en cuerpo y alma, santa por tu singular y eterna abnegación en el servicio de Dios, santa en tu calidad de Madre de Dios que te dio una santidad eminente como convenía a esta infinita dignidad.

Madre de Dios y también *Madre nuestra*, Abogada y Mediadora nuestra, Tesorera y Dispensadora de las gracias de Dios: Alcánzanos pronto el perdón de nuestros pecados y la reconciliación con la divina Majestad.

Ruega por nosotros, pecadores: pues tienes tanta compasión de los miserables, que no desprecias ni rechazas a los pecadores, sin los cuales no serías la Madre del Salvador. Ruega por nosotros *ahora*, durante el tiempo de nuestra vida corta, frágil y miserable; *ahora*, porque sólo nos pertenece el momento presente; *ahora*, cuando somos acometidos y estamos rodeados, noche y día, de poderosos y crueles enemigos.

En la hora de nuestra muerte, tan terrible y peligrosa, cuando se agoten nuestras fuerzas, cuando nuestro cuerpo y espíritu estén abatidos por el dolor y el espanto. En la hora de nuestra muerte, cuando Satanás redoblará sus esfuerzos a fin de arruinarnos para siempre. En esa hora en que se decidirá nuestra suerte para toda una eternidad, dichosa o infeliz. Ven en ayuda de tus pobres hijos, Madre compasiva, Abogada y Refugio de los pecadores. Aleja de nosotros en la hora de la muerte a los demonios, enemigos y acusadores nuestros, cuyo horroroso aspecto nos espanta. Ven a iluminarnos en las tinieblas de nuestra muerte. Guíanos y acompáñanos ante el tribunal de nuestro Juez, que es Hijo tuyo. Intercede por nosotros para que nos perdone y nos reciba en el número de los elegidos en la mansión de la gloria eterna. ¡Amén, que así sea!

Refiere el Padre Crasset que Santa María de Oignies vio a la Santísima Virgen a la cabecera de una devota viuda de Willebroek que sufría alta fiebre. La Santísima Virgen la consolaba y le mitigaba los ardores de la fiebre.

Ejemplo. *Un avemaría a María*. M. Lucas, diputado en el congreso de Francia, encontrándose en Berlín, en 15 de mayo de 1868, escribió al Correo de Augsburgo: “Permitidme comunicaros un hecho que me ha impresionado profundamente... Ayer, a eso de las diez de la mañana, en una jabonería de esta capital, a consecuencia de un escape de gas, se produjo una terrible explosión. Tres personas murieron en el acto y diecisiete quedaron heridas. En toda la ciudad no se hablaba después sino de este triste suceso... Encontrándonos en el mes de mayo, los católicos de Berlín no dejan de celebrar con todo brillo la devoción del Mes de María. En la tarde, asistía yo a esa simpática fiesta cuando vi entrar en la iglesia a una tierna niña, pobre sirvienta, con un preciosísimo ramo de flores en la mano, y que avanzando hasta el altar de María lo colocó a los pies de la imagen sin poder contener las lágrimas. Quise conocer la causa, y la misma niña me dio esta respuesta: ‘Ayer por la mañana, mi señora me envió con un encargo a una jabonería que acaba de convertirse en un montón de ruinas. Al pasar junto a una iglesia me acordé de que en la tarde no podría asistir al Mes de María, y me vino el pensamiento de rezar allí un avemaría. Entré, y luego que dije el avemaría seguí mi camino a la jabonería. Me hallaba ya a las puertas de la casa cuando sentí una espantosa detonación. Si no hubiese rezado ese avemaría hubiera llegado momentos antes y habría sido víctima de la explosión. Me encontraría ahora en el cementerio.’ Y diciendo esto la pobre niña sollozando y riendo agregaba: ‘¡Ah! ¿Qué hubiera dicho mi mamá, si yo me hubiera muerto?’ Este es el consuelo más dulce y piadoso que he recibido desde que salí de Francia.”

¿Existe acaso oración más grata a Dios y a la Santísima Virgen y más fácil, dulce y saludable para los hombres? Llevémoslas continuamente en el corazón y en la boca para



honrar a la Santísima Trinidad, a Jesucristo nuestro Salvador y a su Madre Santísima.

¿Habrá quien no admire la excelencia del Santo Rosario compuesto de partes tan excelentes como la oración dominical y la salutación angélica?

Con esta breve meditación he de juntar varios afectos, unos con Dios nuestro Señor y otros con la Virgen. De Ella, admirándome de las grandezas y virtudes que tiene, gozándome de que las tenga; y glorificando y alabando a Dios porque se las dio. Despertar en mí deseos de imitarla en ellas, y dándola siempre el parabién de todas, con esta palabra, que se ha de repetir con cada una de las otras con grande afecto, diciendo interiormente: Dios te salve, María benditísima; Dios te salve la llena de gracia, la llena de caridad, la llena de humildad; Dios te salve la que tienes a Dios contigo, la que eres su Madre y le tienes por Hijo, etcétera.

Finalmente, he de concluir con peticiones de las virtudes que he considerado en la Virgen, o de las cosas que me faltan, dirigiéndolas unas veces a Cristo Nuestro Señor por los merecimientos de su Madre, otras a la misma Madre para que me las negocie y alcance de su Hijo, otras a las demás personas de la Santísima Trinidad.

San Juan Eusebio Nieremberg dice que, en cuanto a rezar el Rosario y decir la oración del avemaría con gran afecto y ternura, a imitación del Ángel, es devoción de las de mayor dulzura y más confirmadas con milagros que podemos practicar, con tal que lo recemos con amor y devoción. Para confirmar cuánto agrada a la Virgen esta su oración, veamos lo que pasó a Santa Matilde con esta Excelsa Señora, porque de paso veremos en ello declarado por boca de la misma Madre de Dios el sentido del avemaría.

Dijo Santa Matilde un sábado a la Virgen María: “¡Oh Reina del Cielo! Si yo os pudiera saludar con una salutación tal, que jamás corazón humano pudiese imaginarla mejor, lo haría de muy buena gana.” Se le apareció luego la Virgen gloriosa, trayendo en el pecho, escrito con letras de oro, el avemaría, y le dijo: “No podrá hombre nacido llegar a hacerme mejor salutación que ésta; y nadie me podrá saludar más dulcemente, que quien me saluda con reverencia, así como la Santísima Trinidad me saludó con esta palabra: *Dios te salve*, por la que me elevó a la dignidad de Madre de Dios y me hizo saber que Dios en su omnipotencia me había preservado de toda mancha de pecado y de las calamidades a que quedó sometido nuestro linaje desde la caída del primer hombre. El Hijo, que es la Sabiduría de Dios, también de tal manera me llenó de luz, que soy una clarísima antorcha, con la que se ilustran Cielo y tierra, lo cual se entiende por el nombre de *María*, que significa estrella del mar. También el Espíritu Santo con toda su Dulzura Divina, penetrándome con su gracia en la creación de mi divina Alma, me hizo tan colmada de gracias, que puedo comunicarlas con abundancia, y cualquiera que por mí buscare la gracia, la hallará; lo cual se significa por la palabra: *llena eres de gracia*. Y diciendo: *el Señor es contigo* siento renovarse la inefable alegría que experimenté cuando la Santísima Trinidad realizó en Mí su obra y unión, juntando en una persona la sustancia de mi carne con el Alma Divinísima de Cristo ya unida a la naturaleza divina desde la Creación, de tal manera, que Dios se hizo hombre y el hombre Dios, encarnándose el Verbo Eterno en mi seno. El gozo y dulzura que en aquella hora sentí, ningún hombre lo ha conocido bien, ni lo podrá experimentar. Por aquellas palabras: *bendita tú eres entre todas las mujeres*, tributo alabanzas a la Misericordia Divina que se dignó elevarme a tan alto grado de felicidad, y toda criatura con más admiración me conoce y confiesa por bendita y ensalzada sobre todas ellas, así celestes como terrestres; con decir: *bendito es el fruto de tu vientre*, todo el Cielo se alegra conmigo al ver a Jesús, mi Hijo, adorado y glorificado por haber salvado al hombre; y en la tierra se bendice y se ensalta el excelentísimo y provechoso Fruto de mi vientre, que vivificó al hombre, su criatura, y le santificó y bendijo para siempre.”

La salutación angélica es tan sublime y elevada, que San Alano de Rupe ha creído que ninguna criatura puede comprenderla y que solamente Jesucristo, Hijo de María, puede explicarla. El avemaría resume, en la más concisa síntesis, toda la teología cristiana sobre la Santísima Virgen. En el avemaría encontramos una alabanza y una invocación. La

alabanza contiene cuanto constituye la verdadera grandeza de María. La invocación contiene cuanto debemos pedirle y cuanto podemos alcanzar de su bondad.

La Santísima Trinidad reveló la primera parte del avemaría. Santa Isabel, iluminada por el Espíritu Santo, añadió la segunda, y la Iglesia, en el primer concilio de Éfeso del año 431, sugirió la conclusión, después de condenar el error de Nestorio y definir que la Santísima Virgen es verdaderamente Madre de Dios. Ese concilio ordenó que se invocase a la Santísima Virgen bajo este glorioso título, con estas palabras: ‘Santa María Madre de Dios, ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte.’ El Doctor de la Iglesia San Pedro Canisio, jesuita, agregó esta sentencia al avemaría, lo cual fue ratificado por la Iglesia once años más tarde con su inclusión en el catecismo del Concilio de Trento de 1566. Así se restableció lo que los Apóstoles habían enseñado, que era a invocar a Nuestra Señora en el avemaría, pidiéndole que orase por nosotros pecadores, frase que con el tiempo había caído en el olvido.



La frase “y Madre nuestra” no se añadió al avemaría hasta que fue pedido en las apariciones, y fue introducido en El Palmar el día de Pentecostés en mayo de 1970 cuando Nuestro Señor dijo: “Os diré esta maravillosa oración: en el Avemaría, lo que más agrada a mi Madre, es que le digáis: ‘Santa María, Madre de Dios y Madre nuestra, ruega por nosotros pecadores ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén.’ Eso es lo que le agrada a Ella;” y la Santísima Virgen María añadió: “Hijos míos: Soy vuestra Madre. Así me gusta que me recéis, porque así recordáis siempre que, además de ser Madre de Dios, soy vuestra Madre, y que no os abandono nunca. Hijos míos: ¡Si supierais la gran alegría que me dais cuando me decís ‘Madre de Dios y Madre nuestra...’! Porque en esos momentos extendiendo mi Manto y os cubro a todos como hijos que sois de mi Inmaculado Corazón.” En otro mensaje el Señor dijo: “Por María, todo. Ella es vuestra Madre; no por cuestiones terrenales, que son efímeras, sino por ser vuestra Madre, la Inmaculada, vuestra Corredentora. Ella os acuna como a niños pequeños; no tenéis más que deslizaros en sus brazos maternos, confiando en Ella y diciéndole: ‘Santa María, Madre de Dios y Madre nuestra: Ruega por nosotros.’ Estad seguros que Ella rogará por vosotros y no dejará que ninguno se descarríe. Mas, también, estáis obligados a seguir el camino que Ella os traza como buena Madre. ¡Oh, hijos míos, qué dicha más grande!: Tenéis una Madre que os mimas. Yo os la entregué en el momento solemne en que Yo estaba clavado en la Cruz.”

La Santísima Virgen María recibió esta divina salutación del avemaría en orden a llevar a feliz término el asunto más sublime e importante del mundo, a saber, la Encarnación del Verbo Eterno, la Reconciliación entre Dios y los hombres y la Redención del género humano. Embajador de esta buena noticia fue el Arcángel San Gabriel, uno de los primeros príncipes de la corte celestial, que fue el primero en pronunciarla.

La salutación angélica contiene la fe y esperanza de los Patriarcas, de los Profetas y de los Apóstoles. Es la constancia y fortaleza de los mártires, la ciencia de los doctores, la perseverancia de los confesores y la vida de los religiosos. Es el cántico nuevo de la ley de la gracia, la alegría de los ángeles y de los hombres, y el terror y confusión de los demonios. Está tan lleno de celestiales enseñanzas que el gran Santo Tomás de Aquino predicó 40 días seguidos en Roma, sólo sobre el Avemaría.

Por la salutación angélica, Dios se hizo carne, una Virgen se convirtió en Madre de Dios, las almas de los justos fueron liberadas del limbo, se repararon las ruinas del Cielo, el pecado fue perdonado, se nos devolvió la gracia, se llamó a los desterrados, se aplacó la Santísima Trinidad y los hombres obtuvieron la vida eterna. Finalmente, la salutación angélica es el arco iris, la señal de la clemencia y de la gracia dadas al mundo por Dios, como dice San Alano.

El Avemaría – su belleza. Aunque no hay nada tan excelso como la Majestad Divina ni tan abyecto como el hombre (considerado como pecador), la Augusta Majestad no desdeña nuestros homenajes y se siente honrada cuando cantamos sus alabanzas. Ahora bien, la salutación angélica es uno de los cánticos más bellos que podemos entonar a la gloria del Altísimo: “Cantad al Señor cántico nuevo.” La salutación angélica es precisamente el cántico nuevo que David predijo se cantaría en la venida del Mesías.

Hay un cántico antiguo y un cántico nuevo. El antiguo es el que cantaron los israelitas en acción de gracias por la creación, la conservación, la liberación de la esclavitud, el paso del Mar Rojo, el maná y todos los demás favores celestiales.

El ‘cántico nuevo’ es el que entonan los cristianos en acción de gracias por la Encarnación y la Redención. Dado que estos prodigios se realizaron por el saludo de Ángel, repetimos esta salutación para agradecer a la Santísima Trinidad por tan inestimables beneficios. Alabamos a Dios Padre por haber amado tanto al mundo que le dio su Unigénito para salvarlo. Bendecimos a Dios Hijo por haber descendido del Cielo a la tierra, por haberse encarnado y habernos salvado. Glorificamos al Espíritu Santo por haber formado en el seno de la Virgen María ese cuerpo purísimo que fue Víctima de nuestros pecados. Con estos sentimientos de gratitud, debemos rezar la salutación angélica, acompañándola de actos de fe, esperanza, caridad y acción de gracias por el beneficio de nuestra salvación.

Aunque este cántico nuevo se dirige directamente a la Madre de Dios y contiene sus elogios, es, no obstante, muy glorioso para la Santísima Trinidad, porque todo el honor que tributamos a la Santísima Virgen vuelve a Dios, causa de todas sus perfecciones y virtudes. Con él glorificamos a Dios Padre porque honramos a la más perfecta de sus criaturas. Glorificamos al Hijo, porque alabamos a su purísima Madre. Glorificamos al Espíritu Santo, porque admiramos las gracias con que colmó a su Esposa.

Del mismo modo que la Santísima Virgen con su hermoso cántico, el Magnificat, dirige a Dios las alabanzas y bendiciones que le tributó Santa Isabel por su eminente dignidad de Madre del Señor, así dirige inmediatamente a Dios los elogios y bendiciones que le presentamos mediante la salutación angélica.

Si la salutación angélica glorifica a la Santísima Trinidad, también constituye la más perfecta alabanza que podemos dirigir a María.

El Avemaría; sus maravillosos frutos. Entre las revelaciones admirables de la Santísima Virgen a San Alano de la Rupe – y sabemos que este gran devoto de María confirmó con juramento sus revelaciones – hay tres de mayor importancia:

La primera, que la negligencia, tedio y aversión a la salutación angélica, que restauró al mundo, son señal probable e inmediata de estar en camino a la reprobación eterna; la segunda, que quienes tienen devoción a esta divina salutación poseen una gran señal de ser de los elegidos; la tercera, que quienes han recibido de Dios la gracia de amar a la Santísima Virgen y servirla por amor deben esmerarse con el mayor empeño para continuar amándola y sirviéndola hasta que Ella, por medio de su Hijo, los coloque en el Cielo en el grado de gloria que conviene a sus méritos.

Todos los herejes, que son hijos de Satanás y llevan señales evidentes de estar caminando hacia la reprobación, tienen horror al avemaría. Quizás aprenden el padrenuestro, pero no el avemaría. Preferirían llevar sobre sí una serpiente antes que un rosario, dice San Luis María Grignón de Montfort. “Entre los católicos, aquellos que llevan la marca de ser mundanos apenas si se interesan por el Rosario, son negligentes en rezarlo o lo recitan tibia y precipitadamente. Aunque yo no aceptara con fe piadosa lo revelado a San Alano, me basta la experiencia personal para convencerme de esta terrible y a la vez consoladora verdad. No sé ni veo con claridad cómo una devoción tan pequeña puede ser señal segura de probable eterna salvación, y su defecto, señal segura de estar en el camino de la reprobación. No obstante, nada hay más cierto. Vemos, en efecto, que quienes en nuestros días profesan novedosas doctrinas condenadas por la Iglesia, a pesar de su aparente piedad, descuidan en

demasía la devoción del Rosario y frecuentemente lo arrancan del corazón de quienes les rodean, con los pretextos más hermosos del mundo. Evitan con cuidado condenar abiertamente el Rosario y el escapulario, como hacen los calvinistas; pero su proceder es tanto más pernicioso cuanto más sutil.”

San Luis María Grignón agrega: “Mi avemaría o mi Rosario son mi oración preferida y mi piedra de toque segurísima para distinguir a quienes son conducidos por el Espíritu de Dios de quienes se hallan bajo la ilusión del espíritu maligno. He conocido almas que parecían volar como águilas hasta las nubes, por la sublimidad de su contemplación. Eran, sin embargo, miserablemente engañadas por el demonio. Sólo llegué a descubrir sus ilusiones, al ver que rechazaban el avemaría y el Rosario como indignos de su estima.”

El avemaría es un rocío celestial y divino, que al caer en el alma de un elegido le comunica una fecundidad maravillosa para producir toda clase de virtudes. Cuanto más regada esté un alma por esta oración tanto más se le ilumina el espíritu, más se le abrasa el corazón y más se fortalece contra sus enemigos.

El avemaría es una flecha inflamada y penetrante que unida por un predicador a la palabra divina que anuncia, le da la fuerza de traspasar y convertir los corazones más endurecidos, aunque el orador no tenga talento natural extraordinario para la predicación.

San Alfonso llamó al avemaría la palabra deliciosa de los Santos. Nunca experimentó un placer igual al que sintió al decir esta oración; y al recitarlo al comienzo del Oficio, a menudo derramaba dulces lágrimas de alegría, y en sus sermones hablaba constantemente de su poder a su audiencia. El sabio jesuita San Francisco Suárez (15.01.1548-25.09.1617), devotísimo de María, llegó a decir que daría toda su ciencia (que era inmensa) por el mérito de una avemaría; en sus últimos momentos repetía: “Nunca pensé que fuese tan dulce morir.”

Añadir el ‘Gloria al Padre’ es una imitación de la oración de los salmos, donde se repetía después de cada salmo como símbolo del Gloria y Sanctus eternos. El evangelista San Juan nos representa el trono de Dios en el Cielo rodeado de Ángeles y Santos, alabando y magnificando al Señor. Cuando rezamos este sublime acto de alabanza, unimos nuestras voces a las de los bienaventurados habitantes del Cielo.

Todas nuestras acciones deben realizarse para mayor honor y gloria de Dios. Es una costumbre piadosa inclinar la cabeza cada vez que se dice el Gloria al Padre; esto es para indicar los sentimientos de gran reverencia y profunda humildad que deben penetrarnos. El reconocimiento humilde de nuestra propia indignidad, de nuestra miseria y de nuestra nada, es la mejor disposición para la oración; y es una importante fuente de meditación en el rezo.

El segundo modo de rezar el Rosario, es meditando los misterios:

Misterio significa realidad sagrada y difícil de comprender. Las obras de Jesucristo son todas sagradas y divinas, porque Él es Dios y hombre al mismo tiempo. Las de la Virgen María son santísimas, por ser Ella la más perfecta de las criaturas. Con razón se da el nombre de misterios a las obras de Jesucristo y de su Santísima Madre. Están, en efecto, colmadas de maravillas, perfecciones e instrucciones profundas y sublimes, que el Espíritu Santo revela a los humildes y sencillos que los honran. Las obras de Jesús y de María pueden también llamarse flores admirables; flores cuyo perfume y hermosura sólo conocen quienes se acercan a ellas, aspiran su fragancia y abren su corola, mediante una atenta y seria meditación. La meditación de los misterios del Rosario nos conforma a Jesucristo.

Los misterios del Santo Rosario Penitencial. El segundo modo de rezar el Rosario que se propone, es tomando por materia de meditación los treinta y cinco misterios principales de Cristo nuestro Señor y de su Santísima Madre, meditando a cada decena un misterio, los cuales se dividen en cuatro órdenes.



El primero es de los misterios gozosos, que fueron materia de grande gozo para la Virgen, y son, primero, la Creación de la Divinísima Alma de Cristo antes que todas las cosas, la Creación de la Divina Alma de María, el Desposorio de las Almas de Cristo y María, la Inmaculada Concepción de la Divina María, el Nacimiento de la Divina María; y luego, la Anunciación a la Santísima Virgen María y la Encarnación del Verbo Divino, la Visitación de Nuestra Señora a su prima Santa Isabel, el Nacimiento del Hijo de Dios, la Purificación de Nuestra Señora y Presentación del Niño Jesús en el Templo, el Niño Jesús es hallado en el Templo, de los cuales se han hecho meditaciones; y porque cada misterio abraza muchos puntos y podría causar algún fastidio pensar siempre una misma cosa, se puede un día meditar un punto y otro día otro.

El segundo orden de misterios se llama dolorosos, porque fueron muy penosos para Cristo nuestro Señor y para su Madre, cuando los vivió, o cuando los consideraba. Estos son: 1º. La Preciosísima Sangre Redentora de Jesús derramada en la Circuncisión; la Oración y Agonía de Nuestro Señor Jesucristo en el Huerto de los Olivos; la Santa Faz de Jesús vilmente ultrajada al recibir el traidor beso de Judas Iscariote; el amargo y triste desamparo de Jesús, ante el abandono de sus discípulos; la Santa Faz de Jesús es sacrílegamente manchada al recibir la bofetada ante Anás. 2º. El Sacratísimo Corazón de Jesús queda sublimemente entristecido ante las tres negaciones de Pedro, Príncipe de los Apóstoles; la Santa Faz de Jesús es sacrílegamente injuriada al ser escupida por los príncipes de los sacerdotes; Jesús, en lo más profundo de su Divinísima Alma, siente amargamente los ultrajes y burlas de Herodes; los azotes que el Hijo de Dios recibió atado a la columna; la Sacratísima Cabeza de Jesús es coronada de espinas. 3º. Jesús con la Cruz a cuestas por la Calle de la Amargura, camino del Calvario; la Crucifixión, las tres horas de Agonía y la majestuosa Muerte de Nuestro Señor Jesucristo; el Costado derecho de Jesús es traspasado por la lanza de Longinos; la Muerte espiritual de María al pie de la Cruz, en el Calvario; Nace la Iglesia de los Sacratísimos Corazones de Jesús y María traspasados.

El tercer orden es de los misterios eucarísticos, en que Jesús prueba su amor instituyendo la Eucaristía en la Última Cena; la real, verdadera y física presencia de Jesús en la Eucaristía en Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad; la real y verdadera presencia espiritual de María en la Eucaristía, en Cuerpo, Sangre y Alma; los Eucarísticos Corazones de Jesús y María reparando al Padre Celestial y redimiendo a los hombres; la perpetuación de la sublime Inmolación de Jesús y María en el Santo Sacrificio de la Misa.

El cuarto orden es de los misterios gloriosos, en que resplandeció la gloria de Cristo Nuestro Señor y de su Santísima Madre, a saber: la triunfante Resurrección del Hijo de Dios; la admirable Ascensión del Hijo de Dios a los Cielos; la venida del Espíritu Santo sobre el Colegio Apostólico, estando presente la Santísima Virgen María; la Inmortalidad, Dormición y gloriosa Asunción de la Santísima Virgen María a los Cielos en Cuerpo y Alma; la Coronación de Nuestra Santísima Madre, la Virgen María, como Reina y Señora de todo lo creado.

En cada decena de padrenuestros completos hay que considerar tres puntos: El primero es pasar por la memoria el misterio o algún punto de él, meditando y ponderando brevemente las grandezas y excelencias de Cristo Nuestro Señor y de su Santísima Madre; lo que allí hacen o padecen; el gozo, el dolor o la gloria que reciben; las heroicas virtudes que ejercitan; y los grandes bienes que de allí resultan para todos los hombres, y en particular para uno mismo, considerando las causas especiales que se tiene para gozar, dolerse o gloriarse de lo que en estos misterios se representa, y moviendo la voluntad a la práctica de las virtudes que nos muestran.

En esta meditación se puede detener uno más o menos tiempo, conforme a la devoción o lugar en que estuviere, procurando siempre pasar al segundo punto, que es más importante; este es, mover la voluntad al ejercicio de los afectos gozosos o dolorosos a que el misterio provoca, haciendo amorosos coloquios con Cristo Nuestro Señor, o con su Santísima Madre, o con la Santísima Trinidad. Si el misterio es gozoso, como el de la Encarnación, puedo

ejercitar todos estos actos con pausa y sentimiento interior. Gracias te doy, Padre Eterno, por haber querido que tu Hijo se encarnase por nosotros. Me gozo de la infinita bondad, caridad y misericordia que en esta obra descubriste. ¡Oh si todo el mundo te alabase y glorificase por ella! ¡Oh Verbo divino, gracias te doy por haber escogido a la Virgen Santísima por tu Madre, queriendo hacerte Niño en sus entrañas! ¡Oh Virgen Santísima, me gozo de que hayas sido escogida por Madre del mismo Dios, y del gozo grande que tuviste con la nueva que de esto te dio su glorioso Arcángel! Me alegro también de la prudencia, castidad, humildad y conformidad con la Voluntad Divina que en esta embajada mostrasteis. ¡Oh si pudiese yo tener parte en tus gozos e imitar tus virtudes! Obtenme, Madre mía, lo que deseo, para servirte más fervorosamente.

Y si el misterio fuere doloroso, he de ejercitar afectos de dolor proporcionalmente a los dichos; mirando el misterio del Huerto de los Olivos puedo decir: Gracias te doy, Padre Eterno, por haber querido que tu Hijo Unigénito padeciera tales agonías como remedio de mis culpas. ¡Oh Salvador mío, pésame de verte tan triste y afligido por mis pecados, sudando sangre para lavarme de ellos! ¡Oh pecados míos que así afligís a mi Dios! ¡Oh quién nunca hubiera pecado ni dado causa para tan grande tormento! Péame, Dios mío, haberte ofendido, y quisiera que mi pesar fuera como el tuyo, derramando copiosas lágrimas por mis culpas, pues Tú derramas sangre por ellas. ¡Oh Virgen Santísima, cuán grave fue vuestro dolor cuando sentisteis lo que vuestro Hijo padeció en este Huerto! ¡Oh qué sentimiento tuvisteis de nuestras culpas, considerando el que vuestro Hijo tuvo de ellas! Pedidle que me haga partícipe de estos dolores, pues siendo mía la culpa es justo que pase por la pena.

Así se pueden hacer coloquios y afectos en los demás misterios, juntando con ellos el tercer punto, que es representar a Cristo Nuestro Señor y a su Madre las necesidades y miserias que padezco, pidiéndoles remedio de ellas, alegándoles por título el gozo o el dolor que allí recibieron, haciendo propósitos muy eficaces de imitar alguna de las virtudes de la Virgen, de que luego diremos.

Y si alguno, por falta de tiempo o por otra causa, no quisiere detenerse en meditar sobre el misterio, bastará que dicha decena, por lo menos se acuerde de él, y haga un breve coloquio y petición a Nuestra Señora, diciéndole: me gozo, Virgen soberana, del gozo que en este misterio recibisteis, por el cual os suplico me alcancéis perdón de mis pecados y gracia para imitar vuestras virtudes. Y en los misterios dolorosos y gloriosos diré proporcionalmente: pésame, Virgen soberana, del dolor que en este paso padecisteis, o me alegro de la gloria y alegría que en este misterio recibisteis, por el cual os suplico, etcétera.

Acabada esta breve oración mental, como está dicho, acerca de un misterio, se ha de proseguir la vocal, rezando otros diez Padrenuestros completos; y si por la moción y sentimiento pasado se fuere el corazón a lo mismo, bien se puede dejarle ir, porque semejantes afectos no son contrarios a la atención que ha de tener la oración vocal, antes la perfeccionan en gran manera.

Finalmente, aunque sólo son treinta y cinco los misterios del rosario, podemos algunas veces en lugar de los nombrados tomar otros semejantes que andan pareados con ellos. Con los gozosos podemos juntar alguna vez la Presentación de la Virgen al templo, la Imposición de su nombre al Niño Jesús, la Adoración de los reyes, la Huida a Egipto, el Retorno de Egipto. Con los dolorosos se puede meditar la Prisión de Jesús, las penalidades que padeció en la noche de la Pasión en casa de Caifás, el ser pospuesto a Barrabás. También, alguna vez se pueden tomar por materia de meditación las siete palabras que Cristo Nuestro Señor dijo en la Cruz, meditando una a cada diez Padrenuestros, ponderando los sentimientos de la Virgen María cuando las oyó decir.



En los Mensajes del Palmar de Troya, el Señor nos exhorta repetidamente a meditar en los misterios de la Sagrada Pasión:

Nuestro Señor Jesucristo, 1970: “¿No os dais cuenta que di hasta mi última gota de Sangre por vosotros? Mientras más se medite sobre mi Dolorosa Pasión, el Padre Celestial aplacará más su justa Ira... Que se medite más el Amor de un Dios que se ha hecho hombre, que ha muerto en la Cruz, que lo ha dado todo por la salvación de los hombres. Leed a los grandes santos, y veréis que, todos ellos, se llevaban largo tiempo meditando sobre mi Pasión. ¿Qué sería del mundo sin mi Dolorosa Pasión? Estaría en enemistad con el Padre Celestial... Vengo a avisaros de la gran catástrofe que se avecina a la humanidad, y en vuestras manos pongo la solución, para aplazarla y mitigarla, mediante la oración y el sacrificio... Es esta una hora terrible para la humanidad, y sólo mediante la oración y el sacrificio podrá remediarse. Debéis saber que después de la Santa Misa, está el sacrificio del Viacrucis junto con el santo Rosario. Muchos fueron los que alcanzaron la santidad rezando y meditando el Viacrucis, llenos de penitencia y hasta de sinsabores, si es preciso... Mirad, hijos míos, que es muy serio lo que se avisa en este Sagrado Lugar. Que no podéis perder el tiempo. Rezad, rezad siempre. Os prometo que aquellos que verdaderamente oren incansablemente, verán la misericordia de Dios.”

Nuestro Señor Jesucristo, 1972: “¡Oh, hijos míos: Repasad y medita mi Pasión, y veréis el amor de todo un Dios que se hace Hombre! Y ¡qué horrible Pasión hasta morir en la Cruz, para rescataros de la tiranía de Satán! ¿Cabe más amor que ése? Pues así quiero Yo de vosotros, que estéis dispuestos a dar la vida, el uno por el otro, el otro por el uno. Cuando lleguéis a eso, podréis llamar amor. Pero ¡cuándo llegará! Meditando mi Pasión, meditando mi Pasión, veréis a todo un Dios hecho el oprobio, el escarnio, tirado en el suelo como un pobre bicho, el que es el Hijo del Altísimo. Y ¿por qué todo esto? Para enseñaros a vosotros, a todos; para comunicaros el amor de todo un Dios, el deseo de salvaros.”

Nuestro Señor Jesucristo, 1973: “A partir de hoy... se procederá a la meditación y reparación a los dolores que sufrí en la coronación de espinas, al sufrimiento que padecí en el Huerto de Getsemaní, a las horas de agonía que estuve clavado en la Cruz y que poca gente repara... Es muy meritorio reparar las espinas que produjeron tanto dolor en mi Sagrada Cabeza. Mirad, que daban con palos y punzaban fuertemente hasta producirme grandes dolores. Contemplad también esa agonía del Huerto de Getsemaní: es la visión que tenía de todas las almas que, a pesar de todo, se condenarían eternamente. ¡Repasad eso! ¡Y esa agonía en la Cruz, con esas mofas que tenía la plebe!”

El Padre Eterno, 1971: “¡Oh, hijos míos, si supierais meditar sobre el amor que os tiene vuestro Padre, procuraríais no pecar, procuraríais amaros mutuamente! ¡Oh, hijos míos, qué egoísta es el hombre, qué materialista! No os preocupéis por el mundo materialista; convertíos al amor en Cristo, vuestro Salvador y Redentor. Echaos a los brazos de vuestra Madre Celestial, la Virgen María. Y saciad vuestros apetitos con alimento espiritual, principalmente con la Sagrada Eucaristía. También, con lecturas sagradas. Leed siempre, invocando al Espíritu Santo, para que ilumine vuestros sentidos... Convertíos a la penitencia, olvidad los pasatiempos terrenales, ensanchad vuestros corazones con el fuego del amor, penetrad en el camino de la rectitud. No perdáis tiempo en cosas efímeras y caducas, no andéis preocupados por las cosas humanas, buscad el sendero celestial, y Yo, que soy vuestro Padre, os colmaré de gracias... Necio es el hombre, pues quiere caminar sin su Dios, y el que así camina va al abismo... Mas, el hombre sólo debe pensar y sólo debe saber que no sabe nada. Yo os pregunto, hombres: ¿Qué sabéis? Y también os pregunto: ¿Quién es el que sabe? Y por muchas deducciones que hagáis, llegaréis a la conclusión de que sólo Dios es quien sabe... Hacedos pequeños, hacedos humildes, y cuando dejéis la tierra y vengáis un día a mi presencia, aquí comprenderéis los sagrados misterios. Hijos míos: Mirad, el tiempo se acaba; no lo malgastéis inútilmente. Convertíos a la oración y penitencia y extended el Reino de Jesucristo, y un día seréis coronados en la patria celestial, única patria eterna, pues en la tierra estáis

poco tiempo. No estáis nada.”

Los beneficios de la meditación de los misterios del Santo Rosario, deberán animarnos a abrazar esta devoción de las almas grandes, pues según San Luis María Grignón de Montfort, el santo Rosario así rezado nos eleva gradualmente al perfecto conocimiento de Jesucristo; purifica nuestras almas del pecado; nos permite vencer a nuestros enemigos; nos facilita la práctica de las virtudes; nos aviva el amor de Jesucristo; nos enriquece con gracias y méritos; nos proporciona con qué pagar todas nuestras deudas con Dios y con los hombres y nos consigue de Dios toda clase de gracias. Y él explica cada uno de estos beneficios.

El conocimiento de Jesucristo es la ciencia de los cristianos y de la salvación. Supera a todas las ciencias humanas en precio y excelencia: 1º gracias a la dignidad de su objeto, que es un Hombre-Dios, en cuya presencia todo el universo no es más que una gota de rocío o un grano de arena; 2º por su utilidad, ya que las ciencias humanas sólo nos llenan de vanidad y humo de orgullo; 3º por su necesidad, pues no es posible salvarnos, si no conocemos a Jesucristo. El que ignore todas las ciencias se salvará, con tal que esté iluminado por la ciencia de Jesucristo. ¡Dichoso Rosario que nos da la ciencia y conocimiento de Jesucristo, al permitirnos meditar su Vida, Pasión, Muerte y Gloria! La reina de Sabá, admirada ante la sabiduría de Salomón, exclamó: “¡Dichosas tus gentes, y felices tus criados, que están siempre alrededor de ti, y escuchan tu sabiduría!” Pero más dichosos son los fieles que meditan atentamente la Vida, Virtudes, Sufrimientos y Gloria del Salvador, porque, gracias a este medio, adquieren la ciencia perfecta propia de la vida eterna.

Purifica nuestras almas del pecado. La Santísima Virgen reveló a San Alano que tan pronto como Santo Domingo empezó a predicar el Rosario, pecadores empedernidos se convirtieron y lloraron amargamente sus crímenes. Hasta niños hicieron penitencias increíbles. Donde quiera predicaba el Rosario era tal el fervor, que los pecadores cambiaron de vida y edificaron al mundo con sus penitencias y enmiendas de vida.

Si sientes la conciencia cargada de pecados, toma el rosario y medita una parte del mismo en honor de algunos misterios de la Vida, Pasión o Gloria de Jesucristo. Y convéncete de que mientras meditas y honras estos misterios, Él en el Cielo mostrará al Padre sus llagas sacrosantas, intercederá por ti y te alcanzará la contrición y perdón de tus pecados.

El Señor dijo cierto día a San Alano: “¡Si esos miserables pecadores rezaran frecuentemente mi Rosario, participarían de los misterios de mi Pasión y Yo, como abogado suyo, aplacaría la Justicia Divina!”

El Rosario nos permite vencer a nuestros enemigos. Nuestra vida es de guerra y tentación continuas. Tenemos que luchar no contra enemigos de carne y hueso, sino contra las mismas potestades infernales. ¿Qué mejores armas podemos empuñar para combatirlos que la oración dominical enseñada por nuestro propio Redentor y la salutación angélica, que ahuyentó a los demonios, destruyó el pecado y renovó el mundo?

¿Habrà mejores reflexiones que la meditación de la Vida y Pasión de Jesucristo – pensamientos que debemos tener habitualmente presentes – para defendernos de los mismos enemigos que Él ha vencido y que nos atacan todos los días?

Es curiosa la leyenda de un lorito que había aprendido a decir ‘Ave María’. Perseguido por un gavilán y a punto de ser devorado por el mismo, dijo el lorito: ‘Ave María’ y el gavilán quedó muerto en el acto y el loro quedó en libertad. Puede que se trate de un cuento, pero es realmente cierto que, si en las tentaciones invocamos a la Virgen, el gavilán del demonio no podrá nada contra nosotros. El verdadero devoto de la Virgen es imposible que se condene.

Nos facilita la práctica de las virtudes y hace huir al demonio. “Desde que el demonio – dice el Cardenal Hugo – fue vencido por la humildad y Pasión de Jesucristo, apenas si se



atreve a atacar a una persona que medita estos misterios o, si la ataca, es vencido por ella ignominiosamente: ‘Revestíos de la armadura divina para poder contrarrestar las asechanzas del diablo’.” (Efesios).

¡Empuña el arma de Dios que es el santo Rosario! Con ella destrozará la cabeza del demonio y podrás resistir todas las tentaciones. De aquí proviene que aun el rosario material sea tan terrible al diablo y que los santos se han servido de él para encadenarlo y arrojarlo del cuerpo de los posesos, como atestiguan tantas historias.

Cierto hombre, refiere San Alano, había ensayado inútilmente toda suerte de devociones para liberarse del espíritu maligno, que había tomado posesión de él. Resolvió ponerse al cuello un rosario. Y con esto se alivió. Pero cuando se lo quitaba, el demonio volvía a atormentarlo cruelmente. Decidió entonces, llevarlo al cuello noche y día. Así logró arrojar para siempre al demonio que no podía soportar tan terrible cadena. San Alano atestigua que libró a muchos posesos, poniéndoles al cuello el rosario.

El Reverendo Padre Juan Amat, dominico, predicaba la cuaresma en una comarca del reino de Aragón. Cierta día le presentaron una muchacha posesa. Intentó él varias veces exorcizarla, pero inútilmente. Al ponerle al cuello el rosario, ella empezó a gritar y aullar espantosamente, diciendo: ‘¡Quítenme! ¡Quítenme esos granos que me atormentan!’ El Sacerdote por compasión con la pobre joven, le quitó del cuello el rosario. La noche siguiente, mientras el Padre descansaba en su lecho los mismos demonios que poseían a la muchacha se arrojaron rabiosamente contra él para apoderarse de su persona. Pero, con el rosario que tenía en la mano, no obstante los esfuerzos que hicieron para quitárselo, azotó y echó fuera a los demonios, diciendo: “¡Santa María, Virgen del Rosario, socórreme!” Cuando, a la mañana siguiente, el Sacerdote se dirigía a la iglesia, encontró a la pobre joven aún posesa. Uno de los demonios empezó a gritar burlándose de él: “Hermano, ¡si no hubieras tenido tu rosario, ya hubiéramos acabado contigo!” Entonces el Padre arrojó de nuevo el rosario al cuello de la joven, diciendo: “Por los nombres sacratísimos de Jesús y de María, su Madre santísima, y por la virtud del Santísimo Rosario, ¡les conjuro, espíritus malignos, a que salgan inmediatamente de este cuerpo!” Los diablos tuvieron que obedecer y la joven quedó libre. Estos hechos ponen de relieve cuál es la fuerza del santo Rosario para vencer toda clase de tentaciones diabólicas y toda suerte de pecados, porque las cuentas benditas del Rosario los ponen en fuga.

Saludables efectos que produce el meditar la Pasión: Afirma San Agustín que no hay ejercicio tan fructuoso y útil para la salvación como pensar con frecuencia en los sufrimientos del Señor.

San Alberto Magno, maestro de Santo Tomás, supo por revelación que el simple recuerdo o la meditación de la Pasión de Jesucristo es más meritorio para el cristiano que ayunar durante todo un año a pan y agua todos los viernes o disciplinarse sangrientamente cada semana o rezar los salmos todos los días. ¿Cuál no será, entonces, el mérito del Rosario, que conmemora toda la Vida y Pasión del Señor?

La Santísima Virgen reveló un día a San Alano de la Rupe, que después del Santo Sacrificio de la Misa, que es la primera y más viva memoria de la Pasión de Jesucristo, no hay oración más excelente ni meritoria que el Rosario, la cual es la segunda memoria y representación de la Vida y Pasión del Señor.

El reverendo Padre Dorland refiere que la Santísima Virgen dijo cierto día al Venerable Domingo, cartujo, devoto del santo Rosario, residente en Tréveris, en el año de 1481: “cuantas veces rezan los fieles el Rosario, en estado de gracia, meditando los misterios de la Vida y Pasión de Jesucristo, obtienen plena y completa remisión de sus pecados.” La Santísima Virgen dijo también a San Alano: “Ten por cierto que, aunque ya son muchas las indulgencias concedidas a mi Rosario, Yo añadiré muchas más por cada cinco misterios de él a quienes lo recen en estado de gracia, de rodillas y devotamente. Y a quienes perseveren en su devoción, en tales condiciones y meditaciones, les obtendré al final de su



vida, como recompensa por este servicio, la remisión total de la pena y de la culpa por todos sus pecados. Y que esto no parezca imposible: es fácil para Mí pues soy la Madre del Rey del Cielo, que me llama ‘Llena de gracia’. Y como tal haré también amplia efusión de ella a mis queridos hijos.”

La Virgen María le prometió a Santa Gertrudis tantos auxilios en la hora de la muerte cuantas fuesen las avemarías que le había rezado. Afirma el beato Alano que al rezar el avemaría, así como goza todo el cielo, así tiembla y huye el demonio. Esto lo confirmó con su experiencia Santo Tomás de Kempis, quien al decir avemaría puso en fuga al demonio que se le había aparecido. Él era un fervoroso servidor de la Santísima Virgen, y La saludaba repitiendo el avemaría cada vez que entraba en su pieza o salía de ella.

Santo Domingo estaba tan convencido de la eficacia y méritos del santo Rosario que no imponía casi nunca penitencia distinta del rezo del Rosario a quienes se confesaban con él.

“Ciertamente – dice el Abad Bloisio – el Rosario, unido a la meditación de la Vida y Pasión del Señor, resulta agradabilísimo a Jesucristo y a la Santísima Virgen, y muy eficaz para obtener cuanto desees. Podemos recitarlo por nosotros mismos, por quienes se han encomendado a nosotros y por la Iglesia. Recurramos, pues, a la devoción del santo Rosario en todas nuestras necesidades y obtendremos infaliblemente cuanto pidamos a Dios para nuestra salvación.”

El tercer modo de rezar el Rosario, es meditar las virtudes de Nuestra Señora:

Hemos de mostrar la devoción a la Virgen María, Nuestra Señora, principalmente con la imitación de sus heroicas virtudes, para lo cual ayudará mucho meditarlas en el ejercicio del Rosario, en cada decena una virtud. En una decena la humildad, en otra la pureza, en otra la obediencia, o paciencia, o caridad; y así las demás, poniendo nuestra atención en tres aspectos:

Lo primero, en los actos heroicos que la Virgen ejercitó acerca de aquella virtud, admirando su santidad, gozándose en ella, glorificando a Dios porque se la dio y alegrándose por el premio que por ella le ha dado.

Lo segundo, pondré los ojos en la falta que tengo de esa virtud, y en las culpas y defectos contrarios en que caigo, doliéndome de ellos con gran confusión y humillación, suplicando a esta Virgen Soberana me alcance el perdón de lo pasado y la gracia para enmendarme en el futuro.

Lo tercero, haré propósitos, lo más firme que pudiere, de imitar a la Virgen Santísima en aquellos actos de virtud, procurando para ello practicar alguna virtud particular, confiando en esta piadosa Madre que podré cumplirlos.

Para este modo de meditación ayudará saber las virtudes especiales de esta Señora, y ponerle como hojas blancas de la azucena, con las varitas doradas de los afectos interiores que resplandecieron en Ella, las cuales podemos meditar rezando su rosario.

El sabio Cardenal Hugo afirma: “Es necesario ser ángeles de pureza para acercarse a la Santísima Virgen y rezar la Salutación angélica”. En cambio, la Virgen María mostró un día hermosos frutos en una bandeja llena de inmundicias, a un impúdico que recitaba constantemente el Rosario todos los días. Él se quedó horrorizado. La Virgen le explicó: “¡Tú me sirves así! ¡Me presentas bellísimas rosas en un vaso sucio y contaminado! ¡Juzga tú mismo, si me agradecerán!”

De esta misma manera se puede tomar otras veces por materia de meditación los diez versos del cántico ‘Magníficat’, en cada diez cuentas uno o dos de ellos, con los varios sentimientos y afectos que se pusieron en la meditación correspondiente.

Tras rezar el Rosario examinaré brevemente el modo como lo he rezado, doliéndome de las distracciones y sequedades, y de las demás faltas que hubiere tenido, y dando gracias



a Dios por cualquier sentimiento que hubiere recibido, con deseo de rezar otro día con mayor fervor y devoción.

Consideremos los tesoros de santificación contenidos en las oraciones y meditación del Rosario:

¡Nadie podrá comprender jamás el tesoro de santificación que encierran las oraciones y misterios del santo Rosario! La meditación de los misterios de la Vida y Muerte del Señor constituye para cuantos la practican una fuente de los frutos más maravillosos. Hoy se quieren cosas que impacten, conmuevan y produzcan en el alma impresiones profundas. Ahora bien, ¿habrá en el mundo algo más conmovedor que la historia maravillosa del Redentor, desplegada en unos cuadros que nos recuerdan las grandes escenas de la Vida, Muerte y Gloria del Salvador del mundo? ¿Hay oraciones más excelentes y sublimes que la oración dominical y la salutación angélica? ¡Ellas encierran cuanto deseamos y podemos necesitar!

La meditación de los misterios y oraciones del Rosario es la más fácil de todas las oraciones. Porque la diversidad de las virtudes y estados de Jesucristo, sobre los cuales se reflexiona, recrea y fortifica maravillosamente el espíritu e impide las distracciones. Los sabios encuentran en estas fórmulas la doctrina más profunda, y los ignorantes, las instrucciones más sencillas. Es necesario ejercitarnos, como en un campo de batalla, en la adquisición de todas las virtudes, de las que son modelos perfectos los misterios del Rosario. Porque sólo ahí podremos adquirir la íntima unión con Dios.

El Padre Domingo, cartujo, devotísimo del Rosario, vio un día el Cielo abierto y toda la corte celestial ordenada admirablemente. Oyó cantar el Rosario con arrobadora melodía, honrando en cada decena un misterio de la Vida, Pasión o Gloria de Jesucristo y de la Santísima Virgen. Y advirtió que cuando los Bienaventurados pronunciaban el santo nombre de María, hacían inclinación de cabeza y al nombre de Jesús una genuflexión, y daban gracias a Dios por los grandes beneficios concedidos al Cielo y a la tierra mediante el santo Rosario. Vio igualmente a la Santísima Virgen y a los Santos que presentaban a Dios los Rosarios que los fieles recitaban en la tierra, y que rogaban por cuantos practicaban esta devoción. Vio también innumerables coronas de bellísimas y perfumadas flores preparadas para aquellos que rezan devotamente el Rosario y que cuantas veces lo rezan, hacen una corona con la que serán adornados en el Cielo. La visión de este devoto cartujo armoniza con la visión del Discípulo Amado, cuando vio una multitud incontable de Ángeles y Santos que alababan y bendecían a Jesucristo por todo cuanto hizo y sufrió en el mundo para salvarnos. Ahora, ¿no es esto lo que hacen los devotos del Rosario?

¡Créelo, querido devoto del Rosario! ¿Quieres llegar a altos grados de contemplación sin menoscabo de la oración y sin caer en las ilusiones del demonio, tan frecuentes en personas de oración? Recita, si puedes, todos los días, el santo Rosario o, si puedes rezar varios, mucho mejor. Quizás hayas llegado ya a esos grados, por gracia de Dios. Si quieres mantenerte en ellos y crecer en humildad, persevera con fidelidad en la práctica del santo Rosario.

Excelencias del Santo Rosario:

Conocemos la excelencia del Santo Rosario manifestada por las maravillas que Dios ha realizado en favor suyo. Los demonios, ya lo hemos visto, temen infinitamente al Rosario. Dice San Bernardo que la salutación angélica los echa fuera y hace temblar a todo el infierno. San Alano asegura haber visto a varias personas que se habían entregado al diablo en cuerpo y alma y habían renunciado al bautismo y a Jesucristo y que, tras abrazar la devoción del santo Rosario, fueron libradas de su esclavitud a Satanás.

El Santo Rosario es también de grandísima eficacia para el alivio de las penas que sufren las almas del Purgatorio. Si nosotros deseamos, dice San Alfonso María de Ligorio,

socorrer a aquellas pobrecitas almas que tanto sufren en aquel lugar de expiación, procuremos con incesantes ruegos interesar en su favor a la Santísima Virgen, sobre todo rezando en sufragio de ellas el santo Rosario.

Lo que, más que ninguna otra cosa, manifiesta el valor y las excelencias del santo Rosario, es el gran aprecio que de él han hecho los más santos e ilustres personajes. La reina Santa Blanca de Castilla, madre de San Luis IX de Francia, se hacía escrúpulo de pasar un solo día sin rezarlo; el rey San Luis IX de Francia a las insignias reales añadía un rosario pendiente de su cuello; el general Montmorency rezaba el Rosario marchando a la cabeza de su ejército. San Pío V, San Carlos Borromeo, San Francisco de Sales, en una palabra, todos los Santos posteriores a Santo Domingo, han acostumbrado rezar el santo Rosario todos los días, hallando en esta santa práctica tan suaves consolaciones en sus almas, que les parecía gozar las delicias de un Cielo anticipado. San Estanislao de Kostka y San Juan Berchmans, de la Compañía de Jesús, jóvenes de 19 y 22 años, respectivamente, quisieron morir teniendo en las manos el rosario que toda su vida habían rezado con grandísima devoción; y San Pedro Claver, también de la Compañía de Jesús, Apóstol de los Esclavos, distribuía anualmente de ocho a nueve mil rosarios entre los pobres esclavos, a quienes tenía consagradas todas las fatigas de su penoso apostolado. Y si ellos han apreciado así el Rosario tradicional, ¿cómo habrían ponderado y valorado el santo Rosario Penitencial, que es el mismo tradicional elevado a la perfección?

El Rosario es una oración sublime: ¡Quién más elevada en oración que Santa María Magdalena, que era transportada siete veces cada día al Cielo por los Ángeles y había estado en la escuela de Jesucristo y de su Santísima Madre! Sin embargo, cuando pidió a Dios un medio eficaz para adelantar en su amor y llegar a la más alta perfección, el Arcángel San Miguel vino a decirle de parte de Dios que no conocía ninguno distinto que considerar, ante una cruz que colocó a la entrada de su cueva, los misterios dolorosos que ella había contemplado con sus propios ojos.

¡Que el ejemplo de San Francisco de Sales, ese gran director de almas virtuosas en su tiempo, te estimule a abrazar una devoción tan santa como la del Rosario! Pues, no obstante ser santo, hizo voto de rezar el Rosario completo todos los días de su vida. San Carlos Borromeo lo recitaba igualmente todos los días y lo recomendaba con insistencia a sus Sacerdotes, a sus seminaristas y a todo el pueblo. San Pío V, uno de los Papas más eminentes de la Iglesia, rezaba todos los días el Rosario. Santo Tomás de Villanueva, arzobispo de Valencia, San Ignacio, San Francisco Javier, San Francisco de Borja, Santa Teresa, San Felipe Neri y muchos otros grandes hombres, que no menciono, se distinguieron por esta devoción. ¡Sigue sus ejemplos!

Los confesores, si quieren seguir el ejemplo de Santo Domingo de Guzmán, deberían imponer a sus penitentes la recitación del Rosario con la meditación de los sagrados misterios, en lugar de otras penitencias de menor mérito y no tan agradables a Dios, ni tan eficaces para adelantar en el camino de la virtud e impedir la caída en el pecado. Además, al rezar el Rosario, se ganan muchas indulgencias que no están concedidas a otras devociones.

El Rosario, Instrumento de salvación: Nada más divino, según San Dionisio, nada más noble ni agradable a Dios que cooperar a la salvación de las almas y a derrumbar los planes que el demonio pone en juego para perderlas. Para ello descendió a la tierra el Hijo de Dios; que con la fundación de la Iglesia destruyó el dominio de Satanás. Pero el tirano rehizo sus fuerzas y esclavizó con cruel violencia a las gentes mediante la herejía de los albigenses, los odios, disensiones y vicios abominables que durante el siglo XI hizo reinar en el mundo.

¿Cuál sería el remedio para tan graves males? ¿Cómo derribar las fuerzas de Satanás? La Virgen Santísima, protectora de la Iglesia, ofreció la devoción del Rosario como el medio más eficaz para apaciguar la cólera de su Hijo, extirpar las herejías y reformar las costumbres de los cristianos. Los hechos lo confirmaron: se reavivó la caridad, se volvió a la frecuencia de los Sacramentos como en los primeros siglos de oro de la Iglesia y se reformaron las costumbres de los cristianos. La Cofradía del Rosario fue fundada para



honrar a Dios y a la Santísima Virgen, y como un baluarte para contener las desgracias que iban a caer sobre la Iglesia. San Gregorio XIII dice que el Rosario fue ofrecido por el Cielo como medio para aplacar la Ira Divina e implorar la intercesión de la Santísima Virgen. San Julio III afirma que el Rosario fue inspirado para abrirnos más fácilmente el Cielo, gracias a la intervención de la Santísima Virgen. San Pablo III y San Pío V declaran que el Rosario fue establecido y dado a los creyentes para que pudieran obtener en forma más eficaz la paz y el consuelo espiritual. ¿Quién podrá, entonces, descuidar asociarse a una práctica instituida con tan nobles fines?

Ya conoces las consecuencias de los consejos de los mundanos: No es necesario orar tanto ni rezar tantos rosarios, si quieres vivir a la moda y condenarte a la moda, es decir, cayendo de tiempo

en tiempo en pecado mortal para luego confesarte, evitando los pecados groseros y escandalosos y salvando las apariencias. Una corta oración por la mañana y por la tarde, uno que otro Rosario impuesto por obligación, unos misterios a la carrera y cuando te venga en gana... te bastarán para aparecer ante el mundo como buen cristiano. Si haces menos, te acercas al libertinaje y si haces más, te aproximas a la singularidad y a la santurronería.

Sin embargo si piensas con seriedad en el mandato que nos dio Jesucristo de orar siempre, y reflexionas en su ejemplo, en la urgente necesidad que tenemos de la oración a causa de nuestras tinieblas, ignorancia y debilidad, y de la multitud de enemigos que nos persiguen, no te contentarás con rezar el Rosario distraídamente sino que lo recitarás puntualmente todos los días, como Dios manda, aunque no tuvieras otra obligación que la de salvarte. Jesús propuso un ejemplo sobre la necesidad de orar siempre, sin desanimarse. Estas son palabras eternas de Jesucristo, que es preciso creer y practicar, si no quieres condenarte. Explícalas como quieras. Pero no a la moda, para que no las vivas a la moda. Jesucristo nos dio la verdadera explicación con su ejemplo: “ejemplo os he dado, para que, como Yo he hecho con vosotros, vosotros también lo hagáis... con frecuencia, pasando muchas noches en oración.” Como si no le bastara el día, dedicaba también la noche a la oración. Repetía con frecuencia a sus apóstoles estas palabras: “Velad, pues, y orad,” para que estuviesen despiertos y orando. El ser humano es débil. La tentación, próxima y continua. Y si no oras siempre, caerás en ella. Los apóstoles creyeron que el Señor sólo les daba un consejo, interpretaron erróneamente sus palabras y cayeron en la tentación y en el pecado a pesar de tener a Jesús como compañía.

Pero es necesario que ores siempre, como lo enseñó Jesucristo, si, como cristiano auténtico, quieres de verdad salvarte y caminar tras las huellas de los santos, evitando caer en todo pecado mortal, rompiendo todas las cadenas y apagando todos los dardos encendidos de Satanás. Debes, al menos, rezar diariamente el Santo Rosario Penitencial y otras oraciones necesarias. Decimos ‘al menos’, porque con el Rosario cotidiano bien rezado, alcanzarás cuanto es necesario para evitar el pecado mortal, vencer todas las tentaciones, en medio de los torrentes de iniquidad del mundo que arrastran con frecuencia a quienes se creen más seguros, en medio de los espíritus malignos ahora más habilidosos que nunca y que, sabiendo que les queda poco tiempo para tentar, lo hacen con mayor astucia y éxito.

¿Ha pasado de moda el Santo Rosario? No, no ha pasado de moda. Ahora es más necesario que nunca. Si con el arma del santo Rosario, a principios del siglo XIII, Santo Domingo de Guzmán pudo acabar con la herejía de los albigenses y con la inmoralidad que invadía el sur de Francia, ¿por qué en los momentos actuales, tan difíciles para la Iglesia por las múltiples herejías que se manifiestan y por la perversión de costumbres, no se recurre a María con el rezo del santo Rosario, difundiendo y propagando su valor y eficacia? Seamos devotos de María. Dios quiere que todas sus gracias nos vengan por manos de María. Es el

acueducto de la Divina Gracia.

Holofernes, para tomar la ciudad de Betulia, mandó secar las cañerías del agua, cortando el acueducto que abastecía el agua a la ciudad. Así también Satanás cuando quiere ganar a un alma, trabaja por secarle el canal de la devoción a María. Una vez cegado este canal, con toda facilidad se apodera del castillo del corazón. Honremos, pues, a nuestra Reina, recurriendo siempre muy confiadamente a su protección. Todas las gracias de esperanza y salvación nos vienen por las manos de María.

María es la Reina de la Paz. Pidámosle, por medio del Santo Rosario, la verdadera paz para la Humanidad enloquecida. Prediquemos todos, con nuestro buen ejemplo y el rezo del Rosario, las salvadoras enseñanzas de Cristo. María es el puente tendido entre dos orillas de distancia infinita: la Divinidad de Jesús y nuestra miseria humana. Es el talismán prodigioso que nos defiende de dos fuerzas terribles: el poder de las Tinieblas y la Ira de Dios. El camino más corto y más fácil para retornar a la casa del Padre es María. Los enemigos de Dios procuran apartarnos de la devoción a María. Vayamos a María como recurso en este trance tan grave para la Iglesia y para la Humanidad.

¡Qué maravilla de gracias encierra el Santo Rosario! ¡Poder escapar del mundo, del demonio y de la carne, y salvarte para el Cielo! ¡Qué de consuelo y ternura recibe Nuestra Madre Celestial cuando de corazón la saludamos y alabamos como Dios mismo la saludó y alabó! ¡Qué hermoso homenaje tributamos a Dios cuando le recordamos el momento en que la humanidad, representada por la Santísima Virgen María, aceptó a Jesús como su Mediador! ¡Ser hijo de María, la excelsa Madre de Dios, poderosa como un ejército en orden de batalla!

El poder del Avemaría y del Santo Rosario en ejemplos:

Sería interminable si se intentara referir los favores de toda clase que se han obtenido por medio del Rosario: la conversión de los pecadores, la vuelta a la práctica de las virtudes, y una eminente santidad son los frutos principales y más comunes que se obtienen al consagrarse con verdadera piedad a este santo ejercicio, cuya eficacia se extiende hasta remediar los males del cuerpo y proporcionar los bienes temporales. El Rosario trae incontables bendiciones sobre las casas de los cristianos que practican piadosamente esta útil y santa devoción. La unión, la paz, la piedad y la santidad reinarían en familias y se verían, maridos piadosos, de buenas costumbres, reservados, retirados del mundo y consagrados al cumplimiento de sus deberes; mujeres honradas, modestas y virtuosas; hijos aplicados y obedientes, criados laboriosos y honrados; y en fin, por doquiera se gustaría anticipadamente las dulzuras del Cielo, del que serían una imagen las familias devotas del Rosario. La práctica del Rosario, como llevamos dicho, proporciona a sus devotos los bienes espirituales y los temporales. Los objetos que están consagrados a esta devoción, como los rosarios, imágenes, medallas, etcétera, proporcionan gracias extraordinarias a los que los llevan consigo o hacen de ellos cualquier otro uso que sirva para propagar su devoción. Estos preciosos objetos han devuelto la salud a los enfermos y han obrado maravillas sorprendentes.

Ave, María. Ave, Bernardo. No hay sonido más dulce para los oídos de María que la voz de sus hijos al dirigirla la salutación angélica. Esta salutación hace palpitante su corazón de gozo, como en el día de su Anunciación. Así se dignó atestiguarlo cierto día con un célebre milagro a uno de sus más ilustres devotos, el gran San Bernardo, abad de Claraval. A mediados del siglo XII, en los bosques que separaban a Flandes de Brabante, existía una abadía de religiosos benedictinos que se hizo célebre, la Abadía de Affligem. San Bernardo, que recorría entonces Francia y Alemania predicando la segunda cruzada, vino a hospedarse algunos días en aquel insigne monasterio. A un extremo del claustro se elevaba sobre un pedestal una hermosa imagen de madera de la Santísima Virgen. María, con el Divino Niño en brazos, parecía que miraba con amor y bendecía sin cesar a los religiosos que muchas veces al día pasaban por delante de ella. Siempre que Bernardo pasaba, le dirigía un avemaría. “Ave, María,” pronunciaban sus labios, al mismo tiempo que sus ojos se fijaban con ternura en la imagen bendita. Cierta día, arrodillándose delante de ella, repitió con efusión su salutación



favorita; pero aun no había acabado de decir ¡Ave, María!, cuando oyó que la estatua se animaba y le respondía: “¡Ave, Bernardo!,” que es como decir: Dios te guarde, Bernardo. ¡Qué impresión causarían estas palabras en el alma de Bernardo! Sin duda debió inundarse de alegría como Santa Isabel, cuando en el día de la Visitación resonó en sus oídos la voz de María que la saludaba y, no pudiendo menos, exclamó: “¿De dónde a mí tanta dicha que la Madre de mi Dios venga a visitarme?” Seguramente el alma de Bernardo, al oír la voz de su Madre, se derretiría de amor, como la de la Esposa de los Cantares: “Suavísimo es el eco de su voz.” Fácilmente se comprende que San Bernardo sentiría mucho abandonar la piadosa abadía de Affligem. Allí dejó, como gratitud, su báculo de abad. La estatua milagrosa se conservó intacta sobre su pedestal en el claustro hasta el año 1580, en que la despedazaron los protestantes iconoclastas. Después se encontraron los

trozos y con ellos se hicieron dos nuevas imágenes pequeñas, pero semejantes a la primitiva. Una de ellas ha sido venerada después en la iglesia de los benedictinos de Termonde.

“¡María, ayúdame!” Un joven, que había caído muchas veces en grave pecado mortal, se confesó con un piadoso Sacerdote. El buen Sacerdote quedó muy afectado al enterarse de que había caído tantas veces. Pero para animarlo le dijo: “Hijo mío, te diré un medio fácil para vencer las tentaciones a las que tantas veces has cedido; si haces lo que te digo, nunca más volverás a caer.” “Oh Padre mío,” respondió, “dime qué es, porque de todo corazón deseo vencer estos malos hábitos.” “Ponte enteramente bajo la protección de la Santísima Virgen,” dijo el Sacerdote, “reza un avemaría cada mañana y cada tarde en honor de su pureza inmaculada, y cada vez que te sientas tentado a hacer el mal, dile inmediatamente: ‘¡Oh! María, ayúdame, porque soy tuyo.’” El joven siguió este consejo, y en poco tiempo quedó completamente libre de sus malos hábitos.

Un militar valiente. Los soldados de Don Juan de España estaban rezando el Rosario, cuando se dio la señal de combate, que fue el triunfo de Lepanto. Un soldado enfermo, consumido por la fiebre, alcanza a fuerza de ruegos el puesto de mayor peligro. En breve recibe un balazo en el pecho y otro en la mano izquierda. “Retírate,” le dijo su Capitán. — “Mi Capitán; quien reza el Rosario con fe, no teme la muerte,” contestó el valiente. Este soldado tan aguerrido fue después el asombro de la literatura española: era don Miguel de Cervantes y Saavedra, el autor de ‘El Quijote’.

Distinta suerte de dos jóvenes libertinos. El ejemplo siguiente muestra bien cuánto vale la devoción a la Virgen. En el año 1714 estudiaban en Flandes dos jóvenes entregados a la disolución. Habían gastado un día entero en diversiones, borracheras y deshonestidades. Una de tantas noches, habiendo estado pecando en casa de una mujer de mala vida, uno de ellos llamado Ricardo, se fue a su casa, el otro se quedó más tiempo. Cuando Ricardo llegó a casa, mientras se desvestía para acostarse, se acordó de que no había rezado aún el avemaría a la Virgen, como tenía por costumbre. Se caía de sueño, por lo que le costó rezar, pero haciendo un esfuerzo rezó, aunque sin devoción y medio dormido. Luego se acostó y, como estaba tan cansado, se durmió al instante; pero no había pasado mucho tiempo, cuando oye unos golpes muy fuertes en la puerta de su dormitorio; se despierta, y, sin que se abriera la puerta, vio delante de sí a su infeliz compañero, horroroso y desfigurado. Lleno de terror y admirado de que hubiese podido entrar estando la puerta cerrada, dio una voz, diciendo: “¿Quién eres?” Y el desdichado contestó: “¿No me reconoces? ¡Desgraciado de mí! ¡Estoy condenado! Al salir de aquella casa infame un demonio me ahogó. Mi cuerpo está en medio de la calle y mi alma en el infierno. Y has de saber que el mismo castigo estaba preparado para ti, pero la Virgen, por ese pequeño obsequio del avemaría, te ha librado. ¡Feliz tú, si sabes aprovechar este aviso que por mi medio te manda la Madre de Dios!” Y en prueba de

la verdad, le descubrió el seno, que arrojaba llamas y le despedazaban horribles serpientes. Acabó de hablar, y desapareció. Ricardo, deshecho en llanto, se arrojó de la cama postrándose en el suelo para dar gracias a María, su Libertadora. Y mientras meditaba cómo cambiar de vida, oyó que la campana del convento de San Francisco tocaba a Maitines, y no dudando que ésta era la voz de Dios, que le llamaba, corre sin tardanza, se echa a los pies de los Padres y les pide el santo hábito con las mayores instancias, contando lo que le había pasado. No le dieron crédito al principio; pero se cercioraron de la verdad. Fueron algunos a la calle que les decía, donde encontraron el cadáver del infeliz compañero, enteramente desfigurado con muestras de haber sido ahogado y negro como un carbón. Entonces le admitieron y Ricardo empezó en el convento una vida penitente y del todo nueva, mostrándose todo el resto de su vida muy agradecido a la Piadosísima Virgen María, por cuya intercesión había recibido aquel especialísimo beneficio. De ahí en adelante se entregó a una vida ejemplar. Fue a la India a predicar el Evangelio; de allí pasó al Japón; y tuvo la gracia de morir mártir por Jesucristo, siendo quemado vivo.

Otra conversión por un rosario. El 10 de marzo de 1615, subía al cadalso, en Glasgow, un Sacerdote llamado San Juan Ogilvie. Iba a pagar con la horca el crimen de predicar el Evangelio. En esa hora suprema, puesto en pie sobre el estrado, desde donde dominaba varios miles de espectadores, queriendo dejarles un recuerdo y una prenda de aquella Fe por la que moría gustoso, cogió el último objeto que le quedaba, el rosario, y lo arrojó con mano fuerte en medio de la inmensa multitud. Vino a dar en el pecho de un joven húngaro, calvinista, llamado Juan de Heckersdorf, que viajaba en plan de recreo y se hallaba allí por casualidad. Fue vivísima su emoción. El recuerdo del rosario le persiguió por todas partes, hasta que un día, a los pies del Sumo Pontífice, abjuró en Roma de su herejía. Solía repetir que atribuía al rosario su conversión.

Santo Tomás de Aquino fue sobre todo devotísimo de María Santísima y empezó tan temprano a serlo, que se puede asegurar que nació con esta devoción. Un día la nodriza que le criaba vio que tenía un papelito en la mano y ella se lo quiso quitar. Pero el bendito niño, echándose a llorar, se resistió tanto que el ama tuvo que dejárselo. Estaba presente su madre, llamada Teodora, y, movida por la curiosidad, quiso saber lo que contenía aquel papelito, y a la fuerza se lo arrancó de su tierna mano. Lo abrió y vio en él escritas estas palabras: “Ave, María.” El niño entretanto lloraba amargamente y, para tranquilizarlo, su madre se lo devolvió. Entonces Tomasito se lo metió en la boca y lo tragó. Todos los que presenciaron o supieron después este rasgo comentaron que Tomás iba a ser muy devoto de María Santísima y, por cierto, no se equivocaron. Como la verdadera devoción a María consiste en abstenerse de todo pecado y en imitarla en sus virtudes, Tomás se abstuvo de todo pecado, singularmente de la impureza, no obstante haberse hallado en la tentación más grande en que puede hallarse un joven. La imitó en todas las virtudes y de un modo muy particular en su humildad, obediencia, castidad, mansedumbre y caridad. Era aplicadísimo al estudio y lo hacía tan piadosamente, que jamás escribía o estudiaba sin que empezase y diese fin con una piadosa oración. En sus dudas y dificultades, siempre acudía a María Santísima, y esta Buena Madre, que es la Dispensadora de todas las Gracias y Misericordias, le concedió tales conocimientos como se ve por las innumerables y profundísimas obras que nos dejó escritas.

Una idea de San Juan XXIII sobre el Rosario. Un comentario de este Papa a propósito de quienes se excusan de practicar la devoción mariana por excelencia, el santo Rosario, porque con facilidad puede entrar la monotonía: “El peor Rosario es el que no se reza.” Y una explicación de interés: “Pero en el Rosario... ¡decimos siempre lo mismo!” –“¿Siempre lo mismo? ¿Y no se dicen siempre lo mismo los que se aman? ¿Acaso no habrá monotonía en tu Rosario, porque en lugar de pronunciar palabras, con sentido, como hombre, emites sonidos como animal, estando tu pensamiento muy lejos de Dios?”

El buen fin de un legionario. España, en la época de la Casa de España. En una de las ‘banderas,’ como se llamaba a las compañías o unidades de la infantería, que era el tercio de



entonces, se encontraba un legionario llamado Jaime, que tendría como treinta y cinco años. La historia la cuenta el Sacerdote jesuita asignado a esa unidad. “Jaime era muy culto y educado. Su valor, que al principio nos sorprendió a todos, hizo comprender que él no había venido al tercio para luchar, sino para morir... Su conducta religiosa era lo más desconcertante, hablaba conmigo, su capellán, con frecuencia; sus costumbres eran austeras; sus compañeros le veían rezar brevemente todas las noches, pero jamás le vieron confesarse ni siquiera en los momentos más desesperados. Además, en sus conversaciones se mostraba ateo convencido, aunque fríamente respetuoso. Cuando alguien se atrevió a preguntarle porqué entonces de sus rezos sin fe, respondía muy serio: ‘Empeñe mi palabra, ¡y mi palabra siempre la cumplo!’

Una mañana la bandera entró en combate y una bala dio en tierra con nuestro legionario. El corazón estaba destrozado... ¡Había muerto en el acto! Al descansar de aquella jornada de guerra quise descorder, ante los legionarios que me rodeaban, el velo que cubría toda la vida de Jaime. Había nacido en una familia distinguida por sus riquezas y por sus virtudes. Todavía joven, ingresó, al mismo tiempo que un hermano suyo, en una orden religiosa. Allí brilló por su talento, virtud y perfección... y así pasaron años... Pero Jaime no fue prudente al hacer sus lecturas; perdió su fe y acabó saliendo de la congregación religiosa. Poco después, su madre estaba para morir... Y con voz dificultosa le dijo: ‘Jaime, Jaime, ven a mi cabecera. Quiero pedirte una cosa. Reza siempre, diariamente, tres avemarias.’ – ‘Madre, te lo prometo... Te lo prometo...’ Y la madre murió... Los días y las noches huían; la inquietud y el vacío reinaban en el corazón de Jaime. La vida era para él un martirio. Por entonces, en el ejército estaban reclutando gente. Jaime se sintió aliviado; había encontrado un medio noble de acabar con sus inquietudes, y se alistó en la legión, en busca de la muerte. En mis charlas con él, le insté, como Sacerdote, a confesarse. Su respuesta era invariablemente la misma: ‘Padre, quisiera creer..., pero no puedo...’ Cuando conocí la promesa hecha a su madre, me tranquilicé. Estaba convencido de que la Madre del Cielo no permitiría su condenación. Y, efectivamente, así ha sido. Ayer, muy entrada la noche, un legionario fue a mi tienda de campaña. Era Jaime. Estaba impresionado. Se limitó a decir: ‘Padre, presiento que tengo la muerte muy cerca. Vengo a confesarme...’ ¡Las tres avemarias le salvaron!”

Nuestra Señora del Rosario en Flocco. En el pequeño pueblo de Flocco, diócesis de Nola, en Italia, se verificó un acontecimiento extraordinario. Nuestra Señora del Rosario, Patrona de aquella comarca, era también la titular de la pequeña y pobre Iglesia de Flocco, y el 10 de mayo de 1875 su imagen de madera y muy antigua se encontraba expuesta a la veneración de los fieles, con ocasión del Mes de María. Se celebraba la Misa y cuando el Sacerdote llegó a la consagración, todos los circunstantes vieron que la imagen temblaba. Santo temor se apoderó de la concurrencia, temor que fue aumentando a medida que continuaba el prodigio. Concluida la Misa, corren a ver al párroco para que vaya a presenciar el extraño acontecimiento... Ante la efectividad del prodigio se asombra, pero sin turbarse. Ordena que se cierren las puertas, a fin de evitar que el viento pueda influir en el inexplicable movimiento de la imagen y manda después que la gente se aparte de la balaustrada de mármol del presbiterio, por si la aglomeración de la gente ocasionaba el fenómeno. Se hizo cuanto ordena el párroco y la imagen continúa temblando y moviéndose, mientras que permanece inmóvil la imagen de San Francisco, que estaba a su lado. Dominado el párroco por el sentimiento que conmovía a los demás espectadores, entona las Letanías Lauretanas y el pueblo lo acompaña con indecible fervor. Se ve entonces un nuevo y más estupendo prodigio: de la cabeza y del rostro de Nuestra Señora del Rosario comienza a correr copioso sudor. La iglesia estaba ya llena de gente, que había acudido presurosa a la noticia del acontecimiento, y todos a una voz prorrumpen en exclamaciones de religioso entusiasmo; y

de todos los corazones nacen ardientes sentimientos de gratitud a Dios, que les permite presenciar los efectos de su Omnipotencia. Como el sudor corriese cada vez más abundante, el cura, cogiendo uno de los paños del altar, se acerca con profundo y amoroso temor a enjugar el rostro de la imagen. Pero ¡nuevo prodigio! el paño permanece del todo seco: no se le comunica ni la más pequeña humedad. – “¡Será ilusión!”, dice admirado el cura volviéndose al pueblo. Pero nadie duda un instante, con tanta mayor razón cuanto que, mientras decía eso el párroco, el sudor de la imagen aumentaba hasta el punto de bañarle no sólo la cabeza y el rostro sino también el pecho. Por lo mismo, a una voz contestan todos: “¡Milagro!” Pronto piensa lo mismo el párroco y, para ver si otros eran más felices, llama, una por una, a diversas personas a fin de que traten la prueba que tan extraño resultado le acaba de dar a él. Pero todos los esfuerzos son igualmente inútiles: el paño permanece seco y el rostro cubierto de sudor. Entre los asistentes se hallaba una jovencita de catorce años y medio, Brígida Giuliani, hija de pobres labradores, muy conocida por su gran devoción al santo Rosario. Cuando le llegó su turno, va como los demás a enjugar el rostro de la Virgen y apenas lo toca con el paño, éste, en medio del asombro general, se empapa en el milagroso sudor. A la admiración sucede luego el deseo de hacer cada uno nuevos esfuerzos. El párroco y los demás tratan otra vez la prueba; pero otra vez quedan burladas las esperanzas de todos. La humedad no se comunica en sus manos al lienzo. Evidentemente, sólo Brígida era honrada por la Santísima Virgen con aquel favor. Acuden entonces todos a ella y cada cual le va pasando su pañuelo u otro lienzo. La jovencita enjuga una y otra vez el rostro de Nuestra Señora del Rosario y entrega a los circunstantes sendos pañuelos humedecidos en aquel prodigioso sudor, y los fieles los llevan a sus casas, como preciadísimas reliquias y recuerdo de tan singular milagro. Al día siguiente, la noticia del suceso, que había corrido veloz por las vecinas comarcas, lleva a la Iglesia de Flocco innumerable gentío. Se ven representadas todas las clases sociales, y todos aguardan ansiosos la dicha de presenciar el prodigio. Como la advocación de la milagrosa imagen es el Santísimo Rosario y ya que el Cielo había manifestado especial predilección a la jovencita que más se distinguía por su devoción a esta bendita práctica, los asistentes comienzan a recitar el Rosario en honra de María. No les había engañado su piadoso instinto. Reaparece el misterioso sudor. Como la víspera sólo Brígida tiene el privilegio de enjugarlo, y, a fin de satisfacer los deseos de los fieles, pasa en esta ocupación largo tiempo. Como en el segundo día, acontece también el tercero, ante un curso cada vez mayor y más lleno de fervor y de piedad. En la noche del tercer día, Brígida creyó recibir otro favor de Nuestra Señora del Rosario. Según decía, se le apareció en sueño la Virgen Santísima y le manifestó que el copioso sudor de su imagen indicaba los esfuerzos que Ella hacía para detener el curso de la Justicia Divina, irritada por la impiedad y las iniquidades de los hombres, y concluyó recomendándole vivamente la recitación del Rosario, como el medio más eficaz para aplacar a Dios. ¿Qué había de efectivo en tal aparición? Iba a ser muy fácil saberlo; porque, según refería Brígida, la Virgen María le había asegurado que el prodigioso sudor de la imagen duraría todo el mes de mayo y sólo ese mes. Ante el extraordinario movimiento ocasionado en el pueblo y en los lugares vecinos por los estupendos prodigios de la parroquia de Flocco, las autoridades civiles, no podrían desperdiciar la oportunidad de hacer pesar su mano. Muy pronto se supo, en efecto, que un delegado del Gobernador de Castellamare y varios oficiales de policía se habían presentado al cura, en calidad de encargados de averiguar si no se ocultaba alguna superchería en los prodigios que la voz pública refería por todas partes. ¿No es el Obispo el encargado de velar por la pureza de la fe y de condenar cuanto pueda ser nocivo a la piedad del pueblo? ¿Temía, por ventura, el Gobierno que peligrase la pública tranquilidad por la reunión de fieles en la Iglesia de Flocco? No, ciertamente. Habría sido absurdo temer revueltas de esa multitud que, llena de la más profunda piedad, movida sólo por sentimientos religiosos, iba al templo a entonar cánticos de amor y gratitud a Nuestra Señora del Rosario. Las autoridades civiles, erigiéndose por sí y ante sí guardianes de la religión, se proponían enseñar al pueblo lo que



debía creer acerca del famoso milagro y, por lo tanto, resolver si permitirían o no que continuase expuesta la imagen de la Santísima Virgen. Entraban de lleno en el terreno privativo de la autoridad eclesiástica. Tal es la lógica de los gobiernos perseguidores de la Iglesia. Ante la fuerza toda protesta era ineficaz, y el pobre párroco de Flocco no tuvo medio alguno para hacer respetar su derecho. Confiado en Nuestra Señora del Rosario, que tan especial muestra de amor estaba dando a la parroquia, dejó que los acontecimientos siguieran su curso. Saben los católicos que Dios acostumbra a burlarse de los planes de la impiedad, sirviéndose de las mismas armas de ésta para manifestar más claramente a los hombres los prodigios obrados por la Sabiduría Infinita. Y así sucedió. Ya no eran católicos fervientes los que iban a examinar la realidad

del prodigio, eran hombres llenos de preocupaciones y de ideas contrarias a la religión... Los hechos estaban por demás patentes y claros, y la policía no pudo ni siquiera encontrar pretexto para suponer un falso manejo o un engaño. Y mientras más examinaba la imagen de Nuestra Señora del Rosario el químico enviado por el Gobernador de Castellamare, más vergonzosa aparecía la derrota de los enemigos de lo sobrenatural. No hubo remedio: el químico y la policía se vieron en la necesidad de confesar que allí no había superchería. Y, temiendo la indignación popular, no se atrevieron a impedir que continuase la exposición de la imagen para su veneración. A la autoridad eclesiástica correspondía el examen de los prodigios de Flocco. Ella es la más interesada en impedir que una superchería extravíe la fe del pueblo confiado a su desvelo paternal. Apenas el Obispo de Nola conoció los sucesos, por la comunicación que inmediatamente le envió el párroco de Flocco, mandó a este pueblo a su propio Vicario General, que llegó allí el 19 de mayo, con encargo de proceder a una investigación severísima; pues la creencia en falsos milagros, error funestísimo y fatal superstición, no puede sino redundar en descrédito de la religión. Comenzó el Vicario por levantar información de lo sucedido. Oyó a no menos de cien testigos oculares, después de tomarles juramento de decir verdad, y estampó sus declaraciones acerca del movimiento y del sudor de la imagen de Nuestra Señora del Rosario: todas fueron unánimes. Pasó en seguida a los experimentos. Comenzó a rezar el Rosario con el pueblo y luego, con indecible emoción, vio que se renovaba el prodigio. Trató como los demás, de enjugar el sudor del rostro de la imagen, y como el de los demás, su empeño fue vano. Llamó entonces a Brígida, se convenció de que no tenía humedad alguna en las manos, le dio un pañuelo y le hizo secar el sudor de la estatua... El pueblo aguardaba con suma ansiedad el resultado de la prueba: de todos los labios se elevaron fervorosas acciones de gracias a María cuando Brígida volvió al Vicario el pañuelo impregnado en el maravilloso sudor. El Vicario profundamente conmovido, subió al pulpito y dirigió a los circunstantes una tierna y fervorosísima exhortación. El Obispo de Nola antes de decidir, y después de oír a su Vicario y al Promotor Fiscal, nombró una comisión especial para que estudiara el asunto. La comisión hizo ir a Nola a Brígida, a su padre y a otras personas y no entregó el informe hasta haber practicado un examen prolijo y detenido. Mientras tanto el Cielo se encargaba de probar la verdad de las palabras de Brígida haciendo durar el prodigio, como ella lo había anunciado, todo el mes de mayo. Llegó el 1º de junio y el pueblo se reunió, quizás más numeroso en la parroquia. Como en los días precedentes se rezó el Rosario y se dirigieron a la Virgen otras preces: todo signo milagroso había desaparecido. ¡El prodigio había durado todo y sólo el mes de mayo, tal cual se lo había anunciado la Santísima Virgen a Brígida en el misterioso sueño!

Yo confesé a un mudo. “Esto no es una novedad. Con frecuencia confesamos mudos. Pero esta vez..., la cosa salió de lo normal. Estaba misionando en un pueblo... Allí vivía un señor que había perdido el habla. El último día de la misión, un hijo suyo me suplicó fuera a

confesar al enfermo, que llevaba tres meses mudo y estaba gravísimo por efectos de una embolia. Fui a la casa que se me indicó. Entré en la habitación donde estaba el enfermo. Salió el hijo, y quedé solo con el mudo. Le dije: ‘Esté usted tranquilo, que yo le iré haciendo las preguntas y usted me irá respondiendo, con signos de cabeza, que sí o que no.’ El hijo me había adelantado el clima religioso en que se había desenvuelto la vida de su padre. Entonces el señor rompió a hablar. Y con voz clara y distinta, se confesó. ¡Yo no salía de mi asombro!... Como no pude disimular esto, y lo expresaba mi semblante, él me dijo con emoción: ‘Padre, usted va a comprender inmediatamente por qué hablo en estos momentos. Desde los diez años tomé la costumbre de rezar, por la mañana y por la tarde, las tres avemarías, que a todos nos aconsejaron unos Padres misioneros. Desde los catorce años perdí toda práctica religiosa, menos las tres avemarías. Jamás, ni un solo día, las he omitido, pidiendo a la Virgen María la gracia de no morir sin hacer una buena confesión; porque, como ha oído, necesitaba confesarme bien desde mi Primera Comunión, que fue a los ocho años...’ Terminada la confesión, quedó otra vez mudo. A las doce de la noche había muerto, con el alma lavada por la penitencia.”



San Alano de la Rupe refiere el siguiente hecho, que prueba la grande utilidad de la práctica del Rosario: “Un cura de Dacia, actual Rumanía, llamado Cristian, se explicaba en estos términos: ‘He ejercido el ministerio pastoral por espacio de muchos años; he predicado sobre todas las materias instructivas en el más elevado estilo que me ha sido posible; he tratado de no omitir nada de cuanto podía instruir, interesar y convertir; pero reconocí que mi trabajo era infructuoso y me decidí a no llevar a la cátedra del Espíritu Santo discursos estudiados; quise probar si obtendría mejor resultado predicando sencillamente la devoción del Rosario, que hasta entonces había echado en el olvido, a pesar de las inspiraciones con que Dios me había favorecido, temiendo que esta sencillez produjera la hilaridad de la mayor parte de mis oyentes, que miraban este asunto como demasiado trivial e indigno del púlpito, y empecé a demostrar las excelencias y las ventajas del Rosario: insistí en este ejercicio por espacio de un año y aseguro que en este tiempo hice más conversiones y saqué más ventajas que las que había obtenido durante treinta años de predicaciones.’ Es de desear que todos los párrocos, Sacerdotes y confesores empleen este medio para hacer florecer la religión y cicatrizar las llagas que la impiedad viene abriendo desde hace mucho tiempo.”

El Conde Radetzky. Este famoso general austríaco, fallecido en 1858, rezaba con frecuencia el Rosario. Breves momentos antes de la batalla de Novara, en el Piamonte, estando ya con un pie en el estribo del caballo, se dio cuenta de que había perdido su rosario, y lo buscó obstinadamente por el suelo. Un soldado que le ayudó en la tarea, fue quien lo halló. Tomó Radetzky el precioso objeto, cabalgó y a poco dio la señal de ataque. Aquel día alcanzó la brillante victoria de Novara (1849). Poseía este gran militar, en Milán, un precioso parque donde dejaba pasear a la gente como si fuera público. Cierta día, hallándose allí sentado en un banco, vio que algunos soldados se dirigían al lugar donde se encontraba. Se levantó y se fue a otro sitio. Los soldados se acomodaron en el banco... Al poco rato llegó Radetzky en busca de su rosario. Y lo halló en manos de aquellos hombres groseros, para quienes el hallazgo era motivo de burlas y soez regocijo. El valiente general les increpó: “¿Qué estáis haciendo con ese rosario? ¡Devolvédmelo, porque es mío!” Y al punto terminó el jolgorio.

El criminal y el Ave María. Un hombre condenado a muerte en Alemania se negó a oír hablar de confesión. Un Padre jesuita empleó toda clase de medios para convertirlo: oraciones, lágrimas, penitencias, exhortaciones... pero sin resultado. Finalmente le dijo: “Recemos juntos el avemaría.” El preso, para deshacerse de su visitante, accedió, y apenas lo hubo hecho, las lágrimas comenzaron a caer de sus ojos, hizo su confesión, lleno de

contrición y humildad, y sólo quiso morir con una imagen de Nuestra Señora en sus manos.

El Rosario de un rey. A José I Mataafa, rey de las islas Samoa, le rogaron que se dejara fotografiar para poder enviar su retrato a los cónsules extranjeros. José I accedió; pero, cuando llegó el fotógrafo, se encontraba el rey con el rosario en la mano, rezándolo. Y de esta manera posó. Le hicieron notar la extrañeza que produciría una foto así y que, por tanto, era preferible que se dejase fotografiar sin emblema religioso, como lo habían hecho sus antecesores. “Esto es muy cierto,” respondió Mataafa, “pero ellos no eran católicos y yo lo soy.” Esta bella anécdota nos recuerda que, a fines del siglo XVI, Pantoja de la Cruz hizo un retrato del rey español San Felipe II. Y el monarca español, teniendo entre los dedos el rosario, parece como que interrumpe el rezo para fijarse en quienes le están mirando, a través de la magnífica pintura que se conserva en el Museo del Prado, de Madrid.

Horrible atentado. Una niña de siete años asistía a la Escuela de las Hermanas de San José en Jerusalén. Su madre, según costumbre de la gente de aquel lugar, la había engalanado con varios adornos compuestos de monedas que alcanzaban a un valor como de cien francos. Este dinero excitó la codicia de una musulmana. Ofreciéndole dulces y brazaletes consiguió que la niña la siguiese hasta fuera de los muros de la ciudad. Luego que se encontró a solas con ella la ató de pies y manos y le apretó fuertemente la garganta para ahogarla. Cuando la creyó muerta se apoderó del dinero que ambicionaba y la arrojó en una cisterna, al lado del camino de Belén. La niña estaba sólo aturdida, y el agua que en pequeña cantidad manaba de la fuente, contribuyó a que recobrase los sentidos. Haciendo grandes esfuerzos consiguió desatarse los pies, y temblando de terror se sentó sobre una piedra. No cesaba de repetir el Avemaría y la Salve Regina... Tres días y tres noches pasó en esa horrible situación, llorando y clamando socorro sin lograr que la oyesen. Al fin unos carboneros que pasaban por el camino oyeron gritos, se aproximaron a la cisterna, y con una cuerda consiguieron salvar a la niña de aquella tumba. Aun se le notaban los moretones impresos en el cuello de cuando se la quiso estrangular. Conducida inmediatamente a la presencia del Patriarca, Monseñor Vicente Bracco y después a la autoridad civil, refirió todo lo ocurrido. La musulmana fue encontrada y hecha prisionera. Los doctores que examinaron a la niña declararon que había sobrevivido por gracia incontestablemente extraordinaria y milagrosa.

Cristóbal Glück, 1714-1787, el inmortal músico que asombró al mundo con sus obras líricas, rezaba con suma devoción el santo Rosario. Siendo niño, le regaló uno cierto religioso llamado Fray Anselmo, con promesa de que, si lo rezaba diariamente, le abriría el camino de la fama. Desde entonces fue el Rosario su recurso y su esperanza. Lo llamaba el breviario del músico. En sus diferentes misterios se inspiraba para componer las variadas piezas musicales que eran asombro y encanto de todos. Con una placidez celestial, que indicaba la presencia de la Virgen en sus postreros momentos, expiró el gran artista sin soltar de la mano el Rosario.

La conversión de una mujer mundana. La historia de la Archicofradía del Corazón Santísimo de María nos demuestra elocuentemente que no hay dolor, sufrimiento ni pena que no puedan ser remediados si se acude con humildad y constancia a ese Corazón Dulcísimo de María; he aquí un ejemplo. Hacia 1836 habitaba en París un señor, cristiano y de buenas costumbres, pero que se hallaba grandemente afligido a consecuencia de la vida enteramente mundana y descreída que llevaba su consorte, la que ajena a toda idea y práctica religiosa no se ocupaba sino de bailes, espectáculos y placeres. Si se le hablaba de Dios, del alma, de la Eternidad, contestaba secamente: “Yo no creo en nada de eso.” No hallando remedio a una situación tan deplorable, acudió el marido a la Archicofradía del Corazón Compasivo de María, pero tampoco obtuvo nada, hasta que se le ocurrió hacer apuntar el nombre de su mujer en la lista de los asociados de esa confraternidad, y rezar todos los días un avemaría por la conversión de aquella desgraciada pecadora. Así se hizo: fue apuntado el nombre de la impenitente mujer en el libro de la asociación y se pidió por ella. Al día siguiente, a las ocho de la mañana, ¡portentos de la Divina Gracia!, la infeliz pecadora salió de su aposento deshecha en lágrimas, fue donde su marido, se arrojó a sus pies, le pidió perdón por sus escándalos, y



le declaró que durante la noche precedente Dios le había hecho conocer el horrible estado de su alma, del cual quería salir cuanto antes por una sincera y contrita confesión de todas sus culpas. Así lo hizo efectivamente. El marido quedó consolado, y la pecadora arrepentida cambió de conducta, de tal suerte, que llegó a ser objeto de edificación para cuantos la conocían y trataban.

El Rosario transforma un monasterio. Un gentilhomme tenía muchos hijos. Había colocado a una de sus hijas en un monasterio totalmente relajado: las religiosas sólo respiraban vanidad y frivolidad. El confesor, hombre fervoroso y devoto del santo Rosario, deseando dirigir a esta joven religiosa por los senderos de la santidad, le ordenó rezar todos los días el Rosario en honor de la Santísima Virgen, meditando la Vida, Pasión y Gloria de Jesucristo. Le agradó mucho a ella esta devoción y poco a poco fue detestando la relajación de sus Hermanas. Empezó a gustar del silencio y la oración, no obstante el desprecio y burlas de las

religiosas, que interpretaban su fervor como santurronería. En aquellos días, un santo Abad llegó de visita al monasterio y, mientras oraba, tuvo una extraña visión. Le parecía ver a una religiosa que oraba en su celda ante una Señora de extraordinaria belleza y a quien acompañaban numerosos Ángeles. Estos con flechas encendidas, alejaban la multitud de demonios que intentaban entrar en la celda, los espíritus malignos corrían, en forma de animales inmundos, a refugiarse en las celdas de las otras religiosas, excitándolas al pecado, en el cual caían muchas de ellas. Comprendió el Abad por esta visión, el mal espíritu de aquel monasterio y creyó morir de tristeza. Llamó a la joven religiosa y la exhortó a perseverar. Reflexionando luego sobre la excelencia del Rosario, decidió reformar el monasterio con esta devoción. Adquirió para ello hermosos rosarios, los distribuyó entre las religiosas, aconsejándoles que recitaran el Rosario todos los días y prometiéndoles que, si aceptaban su consejo, no las obligaría a aceptar la reforma. Recibieron complacidas los rosarios y prometieron recitarlo con aquella condición. Y, ¡cosa admirable! Poco a poco dejaron las vanidades, se dedicaron al silencio y al recogimiento y en menos de un año pidieron ellas mismas la reforma. El Rosario había obrado en sus corazones más de cuanto hubiera podido el Abad con sus exhortaciones y autoridad.

Dos curaciones prodigiosas. Incontables son los casos de curaciones portentosas debidas a la intercesión poderosa del Corazón Compasivo de María; recordaremos aquí solamente los dos primeros de que hacen mención los Anales de la Archicofradía. Tres meses después de fundada esta, el 16 de marzo de 1837, se presentaron algunas personas al abad Desgenettes, suplicándole hiciese pedir en la Archicofradía del Corazón Compasivo de María por la salud de un enfermo; el Cura se negó a ello, diciendo que aquella asociación se había establecido para impetrar la conversión de los pecadores; pero a las repetidas instancias de esas buenas gentes accedió al fin, y el enfermo quedó instantáneamente curado. Con lo cual el Corazón Dulcísimo de María demostró claramente que quería se le invocase como Salud de los Enfermos. Algunos días después, ocurrió lo que el mismo venerable Desgenettes refiere: “Se me pidió hiciese recomendar en las oraciones de la Archicofradía, a una jovencita, perteneciente a una de las más respetables familias de la baja Normandía; quienes así me lo pidieron fueron la madre y las institutrices de la niña, que tenía unos 14 a 15 años. La cual desde hacía tiempo padecía un acortamiento de los músculos de una pierna y el encorvamiento de una costilla, que le hacía sufrir cruelmente, y le tenía meses y meses clavada en un lecho; su pierna demasiado encogida no le permitía ponerse de pie. Se nos pidió en favor de ella una Novena de oraciones al Corazón Santísimo de María. En los primeros días de la Novena la enferma sufrió más; pero al noveno, por la mañana, se encontró curada súbita y radicalmente.”

El Mariscal de Lattre. En la última fotografía, aureolada con la severa majestad de la muerte, el insigne General de Lattre de Tassigny, distinguido miembro de la Resistencia Francesa, aparece vestido de uniforme y con el rosario entre las manos. Así lo ordenó antes de morir. Sus dedos aprisionan amorosamente un diminuto rosario, de cuyo extremo pende una medallita con la bella imagen de la Virgen. Póstumamente fue nombrado Mariscal de Francia. ¡Qué aleccionador ejemplo en un hombre de armas, en un genial militar y gran defensor de su patria! ¡Cuántas veces creen los insensatos que la devoción es cosa de mujeres o de mentes débiles!

Protección de María a una devota suya. Refiere el Padre Carlos Bovio que en Dormans, Francia, vivía un casado que andaba en tratos deshonestos con otra mujer. Su esposa, no pudiendo soportarlo, no hacía más que pedir a Dios que los castigase. En especial un día en una iglesia, ante el altar de la Santísima Virgen, se puso a pedir castigo contra la mujer que le robaba el marido. Precisamente ante esta imagen la otra mujer pecadora iba todos los días, a rezarle un avemaría. Una noche, en sueños, se le presentó a la esposa, la Madre de Dios. Al verla comenzó a repetir como siempre: “Justicia, Madre de Dios, justicia.” La Virgen le respondió: “¿Justicia? ¿A Mí me pides justicia? Busca otro que te la haga, que Yo no puedo. Has de saber, que esa pecadora todos los días me dirige una oración tan de mi agrado que no puedo consentir que quien así me reza sufra o sea castigado por sus pecados.” Por la mañana, fue la esposa a la Santa Misa en aquella iglesia de la Virgen; y al salir, se encontró con la amiga de su marido; al verla comenzó a injuriarla, diciéndole entre otras cosas que era una hechicera, que con sus encantamientos había llegado a encantar a la Virgen Santísima. “¡Calla! ¿Qué dices?”, le decía la gente. “¿Cómo me voy a callar?,” les respondía ella, “lo que digo es la pura verdad. Se me ha aparecido la Divina Señora y, al pedirle yo que me hiciera justicia, me ha respondido que no me la podía hacer por un saludo especial que esta malvada le recita todos los días.” Le preguntaron cuál era el saludo que le recitaba a la Madre de Dios todos los días. Ella respondió que era el avemaría. Pero al darse cuenta que por aquella pequeña devoción se mostraba la Virgen tan misericordiosa, fue enseguida a postrarse a los pies de aquella santa imagen, y allí mismo, pidiendo perdón a todos, hizo voto de perpetua castidad. Además se hizo un hábito de monja y se instaló en una pequeña habitación cerca de la iglesia, donde se recluyó y perseveró en continua penitencia hasta su muerte.

Carlos Francisco Gounod, (1818-1893), terciario dominico, célebre compositor y organista, no omitía la santa devoción del Rosario, y es conocido por su magistral ‘Ave María’, basado en la música del primer preludio de ‘El clave bien temperado’ de Juan Sebastián Bach.

El rezo del Ave María transforma a un joven. Es famoso lo que refiere el Padre Ségneri en su libro “El Cristiano Instruido.” El Padre Nicolás Zuchi oyó en confesión en Roma a un joven cargado de pecados deshonestos y malos hábitos. El confesor lo acogió con caridad, y compadecido de su estado lamentable, le dijo que la devoción a Nuestra Señora podía librarlo de ese malhadado vicio, y le impuso como penitencia que hasta la próxima confesión, cada mañana y por la noche, al levantarse y antes de acostarse rezara un avemaría a la Virgen María, ofreciéndole sus ojos, sus manos y todo su cuerpo, pidiéndole que le custodiara como suyo, y que besara tres veces el suelo. El joven practicó la penitencia, al principio con poca enmienda. Pero el Padre continuó inculcándole que no dejara esa costumbre piadosa, animándole a confiar en la protección de la Virgen. Andando el tiempo, el joven penitente se fue con otros compañeros a recorrer el mundo durante varios años. Vuelto a Roma, fue en busca de su confesor, el cual, con gran júbilo y asombro, lo encontró del todo cambiado y libre de las antiguas manchas. “Pero hijo, ¿cómo has obtenido de Dios tan hermosa transformación?” “Padre”, le dijo el joven, “Nuestra Señora me consiguió la gracia debido a aquella devoción que usted me enseñó.” Y no acaban aquí las cosas portentosas. El mismo confesor narró desde el púlpito el suceso. Lo oyó un capitán que, desde hacía muchos años vivía en mal estado con una mujer. Él también se resolvió a practicar la misma devoción

para librarse de aquella terrible cadena que lo tenía esclavo del demonio. Esta intención de librarse del pecado es necesario tener para que la Virgen pueda ayudar al pecador. Pero ¿qué pasó? Al cabo de medio año, presumiendo el capitán de sus propias fuerzas se dirigió en busca de aquella mujer para ver si ella también había cambiado de vida. Pero al llegar a la puerta de aquella casa donde corría manifiesto peligro de volver a pecar, se siente rechazado por una fuerza invisible y se encontró a más de cien metros de aquella casa y fue dejado a la puerta de la suya. Comprendió con toda claridad que María lo había librado de la perdición. De esto se deduce cuán solícita es nuestra Buena Madre, no sólo para sacarnos del pecado, si con esta buena intención nos encomendamos a Ella, sino también para librarnos del peligro de nuevas caídas.



El Rosario de San Juan XXIII. El Cardenal Antonio Bacci, 1885-1971, tradicionalista, especialmente crítico de las heréticas reformas litúrgicas que se impusieron en aquel tiempo tan turbulento en la Iglesia, coautor de la obra ‘Breve análisis crítico del Novus Ordo Missæ’ con San Alfredo Ottaviani, y conocido anticomunista, publicó un libro sobre las vidas de los últimos cuatro Papas en Roma: San Pío XI, San Pío XII, San Juan XXIII y San Pablo VI. Entre otras conversaciones íntimas, cita ésta con San Juan XXIII: “Me levanto siempre alrededor de las cuatro de la mañana,” le dijo un día Su Santidad, “es mi hora.” “Pero, Santo Padre,” objetó tímidamente el Cardenal, “es muy pronto. Vuestra Santidad necesita reposo...” “Sí, necesito reposo; pero también necesito trabajar y, además de eso... se reza muy bien a esa hora cuando todo está en silencio. Y yo tengo la costumbre de rezar tres rosarios al día... Si no los rezo por la mañana, no encuentro tiempo para ello.” “Yo, Santo Padre, sólo rezo uno”, respondió sonriendo el Cardenal. “Sí, claro; pero yo soy Papa, y un Papa necesita de más ayuda que un Cardenal.”

El Padre Enrique Lacordaire, dominico, 1802-1861, el gran artista de la palabra, tan virtuoso y penitente como soberano orador, y de quien se ha podido decir que no concede Dios dos hombres iguales en un mismo siglo, como no hace brillar dos soles en un mismo día; cuando acababa de estremecer al auditorio con su palabra dulcísima y arrebatadora, rezaba humildemente su Rosario, pidiendo al Señor que alejase de él la vanidad y que las almas se aprovecharan de su oratoria.

Un medio de santificación. Cuenta San Luis de Granada el hecho siguiente: “Había un hombre que era muy devoto de Nuestra Señora, a quien rezaba su santo Rosario, y por este medio, eficaz para todo bien y aprovechamiento, le hacía Dios tantas mercedes y regalos, que por espacio de algunos años anduvo casi siempre en continua oración. Viéndose, pues, tan aprovechado en la oración mental, preguntó a un compañero suyo, llamado Gregorio, si, para darse más a ella, sería bueno dejar el Rosario. Le respondió que no; por lo cual perseveró un año en la devoción del Rosario; y, como viese que iban al mismo paso los favores del Cielo en su alma, como hombre muy espiritual, se determinó a dejar el Rosario, sin dar cuenta de ello a Gregorio. Y a pocos días que lo dejó, comenzó a tener muchos trabajos y sequedades, y casi ya a no tener oración; que a tales riesgos se expone quien piensa tener feliz navegación en la vida del espíritu sin esta Estrella del Mar, María. Dio cuenta de esto a Gregorio sin decirle la causa, que era haber dejado el Rosario; a lo cual Gregorio se sonrió y le dijo: ‘Vuelve a rezar el Rosario.’ Lo hizo así, y le fue tan bien con ello que, en breve, volvió a tener el espíritu y devoción que solía. Este Gregorio aconsejaba a los que querían aprovechar en la vida del espíritu, que rezasen devotamente el Rosario. Es hoy Venerable y se espera que la Iglesia lo incluya en el Santoral.”

La devoción perseverante a María. En medio de la noche me despertó el teléfono. –

“Padre, venga inmediatamente. Hubo un accidente ferroviario y un joven se está muriendo. Por favor, venga pronto al hospital.” Inmediatamente me levanto y tomo mi cartera para enfermos, que tengo siempre preparada. A los diez minutos estaba allí. “Pronto, Padre,” me dice la enfermera; “está agonizando.” Pero apenas había dado principio a las preces de ritual, cuando el joven recobró el sentido. Se confesó en medio de sollozos. Lo preparo para recibir la Santa Unción, cuando me doy cuenta de que, al cerrar la puerta de mi casa, había dejado en el umbral mi cartera para enfermos. “Es inútil ir a buscarla,” me dicen las enfermeras, “en dos minutos está muerto.” Sin embargo, voy; y mientras me apuro, suplico a Dios y María Santísima que conserve a mi enfermo con vida hasta mi regreso. A los diecisiete minutos me hallaba nuevamente al lado de mi moribundo, quien, con sorpresa general, conservaba todo su sentido, y, en medio de una dulce paz, parecía olvidar sus sufrimientos. Me inclino hacia él y me dice: “Padre, la Santa Comunión; quisiera recibir la Santa Comunión.” Providencialmente había traído conmigo las Sagradas Formas, a pesar de mi poca esperanza de encontrarlo todavía con vida. Después de algunas piadosas palabras de consuelo y aliento que el Señor inspira en tales casos a sus Sacerdotes, le pregunté si tenía alguna práctica de devoción preferida. “Sí, Padre,” me contestó; “antes de abandonar a los míos prometí a mi madre que nunca me entregaría al sueño sin haber rezado tres avemarías para implorar la gracia de una buena muerte y de mi salvación. Y aunque disto mucho de haber sido un buen cristiano, no he dejado un solo día de cumplir con mi promesa; hoy mismo tenía ya rezadas mis tres avemarías antes de ser atropellado por el tren.” Recibió el Santo Viático y la Santa Unción con las muestras del más vivo arrepentimiento. Repetía a menudo: “Jesús y María, os amo con todo mi corazón.” Al final de los sagrados ritos, me miró como llamándome; y, tendiéndome la única mano que el tren le había dejado, me dijo: “Padre, esto lo hará saber a mi madre.” Luego cerró los ojos, en el gran recogimiento que suele preceder a las muertes santas; pero pude oír esta plegaria que sus labios moribundos se esforzaban por articular: “Jesús mío, gracias.”

García Moreno, Presidente del Ecuador. El gran Presidente del Ecuador, San Gabriel García Moreno era un devoto fiel cristiano. Visitaba él un día a un grupo de irlandeses, que hizo venir de Estados Unidos a fin de que instalaran un aserradero mecánico. Y hablando familiarmente con ellos, les preguntó sobre sus costumbres religiosas y qué cantos sabían en honor de la Santísima Virgen María. Una dulce y hermosa canción brotó entonces de los labios de esos buenos irlandeses, a quien García Moreno escuchaba conmovido. Y les dijo: “¿Amáis mucho a la Santísima Virgen María?” – “Mucho, con toda nuestra alma.” – “Entonces nos podemos arrodillar y rezar juntos el Rosario.” Y todos de rodillas, rodeando al Presidente, rezaron con gran fervor el Rosario a María.

La Madre Celestial premia la virtud. Un caso curioso me viene a la memoria: Una muchacha de veintiún años era novia de un joven de veintitrés. Y un día me dijo ella, muy apenada, que ese joven no iba ya a verla, por lo que se sentía muy triste. Le pregunté cuál era el motivo del comportamiento de ese joven de que me hablaba, y entonces me declaró lo siguiente: “Porque él había empezado a molestarme, pretendiendo consintiera algunas libertades que no me gustan; y le dije que hablaba con él porque le creía un hombre formal y respetuoso, y me disgustaban las excesivas libertades entre nosotros, pues yo siempre suspiraba por llegar al matrimonio con un hombre que supiera respetar a la novia hasta ese día. El que yo dijera esto, le disgustó y se fue; y pasa el tiempo y no vuelve. Y esto me entristece y apena, porque, en verdad, yo le quiero mucho, puesto que lo creo bueno en el fondo. ¡No sé qué hacer, Padre! Aconséjeme...” Le di una estampa de las tres avemarías, diciéndole que encomendara su problema a la Santísima Virgen, y no se acostara ningún día sin rezarle las tres avemarías. Pasó algún tiempo, y la muchacha perseveraba en el rezo y en la confianza en la Madre de Dios; y un día, estando aquella pensando precisamente en el joven del que estaba enamorada, se presentó éste en su casa, pidiéndole perdón por su mal comportamiento anterior y prometiéndole que en adelante se portaría como novio que sabe respetar a la novia, y

manifestando su deseo y propósito de casarse cuanto antes. Ella, contentísima, me visitó, diciendo: “Padre: esto ha sido un prodigio de la práctica de las tres avemarías. ¡La Virgen me ha escuchado!... Le he contado a él lo ocurrido, y ahora no dejamos los dos de rezar diariamente las tres avemarías, a la vez que con la natural alegría e ilusión preparamos la celebración de nuestro matrimonio para el mes de agosto de este año”... ¡Veis ahí otra “pequeña maravilla” de la Santísima Virgen, realizada en favor de quien la invocó con fe y confiadamente rezándole uno y otro día las tres avemarías!...

Curada milagrosamente por el Rosario. Santa Eunice Umerah de Udowelle, una palmariana de vida cristiana ejemplar, tuvo que soportar la gran cruz de una larga y dolorosa enfermedad, desde el nacimiento de su primer hijo en 1929 hasta el año 1969. También sufrió de una hemorragia que no cedía ante ningún tratamiento médico. Ya cansada de los hospitales, volvió a casa para resignarse a la muerte; pero un día, en 1969, cuando Eunice cogió su Rosario y empezó a rezar, la Santísima Virgen María la curó milagrosamente al instante. Vivió todavía largos años, hasta 1986, cuando falleció a los 81 años.



Las tres hermanas. San Alano de la Rupe y otros autores, entre ellos San Roberto Belarmino, refieren que un buen Sacerdote aconsejó a tres hermanas penitentes suyas, que rezaran diaria y devotamente el Rosario durante un año, sin faltar a él un solo día, para tejer un hermoso vestido a la Santísima Virgen. Les dijo que era un secreto recibido del Cielo. Lo hicieron así las tres hermanas. Al año siguiente, el día de la Purificación, 2 de febrero, ya atardecido y habiéndose ellas retirado, entró en su apartamento la Santísima Virgen. Venía acompañada de Santa Catalina y Santa Inés, engalanada con un traje resplandeciente de luz, sobre el cual se leía escrito por todas partes en letras de oro: “¡Ave María, grátia plena!” La Reina del Cielo se acercó al lecho de la hermana mayor y le dijo: “¡Te saludo, hija mía! ¡Tú me has saludado frecuentemente y muy bien! ¡Vengo a darte las gracias por el hermoso vestido que me hiciste!” Las dos santas vírgenes que la acompañaban también le dieron las gracias. Después desaparecieron las tres. Una hora más tarde, volvió la Santísima Virgen con sus dos compañeras a la habitación, vestida con un traje, sin oro ni resplandor. Se acercó al lecho de la segunda hermana y le dio las gracias por el traje que le había confeccionado rezando el Rosario. Como ella había visto a la Santísima Virgen aparecerse a su hermana mayor mucho más resplandeciente, le preguntó el motivo de la diferencia. “¡Tu hermana me tejió vestidos mejores,” respondió María, “rezándome el Rosario mejor que tú!” Aproximadamente una hora más tarde, se apareció por tercera vez la Santísima Virgen a la más joven de las hermanas. Venía vestida con un harapo sucio y roto y le dijo: “¡Hija mía, así me has vestido! ¡Gracias!” La joven, llena de confusión, exclamó: “Ah, ¡Señora mía! Perdón por haberte vestido tan mal. ¡Dame tiempo suficiente para hacerte un traje hermoso, rezando mejor el Rosario!” Cuando desapareció la visión, contó la afligida joven al confesor cuanto le había ocurrido. Este la animó a ella y a sus hermanas a rezar el Rosario durante el año siguiente con mayor perfección que nunca. Lo hicieron así. Y, al cabo del año, otra vez en el día de la Purificación, al atardecer, se les apareció la Santísima Virgen, vestida con hermosísimo traje y acompañada de Santa Catalina y Santa Inés, que llevaban coronas, y les dijo: “¡Hijas mías, estad seguras del Reino de los Cielos! ¡Mañana entraréis en él con gran alegría!” A lo cual respondieron ellas: “¡Preparado está nuestro corazón, amadísima Señora, preparado está nuestro corazón!” Y la visión desapareció. Aquella misma noche, se sintieron enfermas, llamaron al confesor, recibieron los sacramentos de los enfermos y dieron gracias al director por la santa práctica que les había enseñado. Después de Completas, la Santísima Virgen se les apareció una vez más, acompañada de gran número de vírgenes. Hizo revestir con túnicas blancas a las tres hermanas, que murieron mientras los Ángeles cantaban: “Venid, esposas de Cristo. ¡Recibid las coronas que os están preparadas desde la eternidad!” Esta

historia enseña diversas verdades: es importante tener buenos directores, que inspiren santas prácticas de piedad y especialmente el santo Rosario; es importante rezar el Santo Rosario con atención y devoción; lo benigna y misericordiosa que es la Santísima Virgen con los que se arrepienten de su pasado y proponen enmendarse; lo generosa que es Ella en recompensar durante la vida, en la hora de la muerte y la eternidad los pequeños servicios que le ofrecemos con fidelidad.

La Virgen acoge siempre el ruego perseverante. En el tiempo en que ya se hacían patentes los nefastos cambios introducidos en la Iglesia Católica, muchos Sacerdotes habían dejado de usar su sotana y vestían de paisano. Más brilla, en esas circunstancias la ayuda maternal de María Santísima para con sus hijos fieles. “Recuerdo un hecho que me impresionó vivamente y aconteció el año 1967 en que tomé parte en la Gran Misión de Lima, Perú. Había terminado la misión y, para que viera algo de ese país, me llevaron unos religiosos a visitar un pueblo de la Cordillera de los Andes, cuya altura era asombrosa. Regresábamos de la excursión, y cerca de un pequeño poblado casi perdido en la inmensidad de aquellos montes, una avería del automóvil nos detuvo. Mientras el mecánico reparaba el coche, comentábamos paisajes y costumbres, a la vez que nos acongojaba observar la falta de asistencia espiritual de aquellas poblaciones privadas de Sacerdote. Pensando en esto y hablando de ello, se llegó al grupo que formábamos los expedicionarios un hombre de mediana edad, que dirigiéndose a mí, por ser el único que vestía sotana, dice: ‘Padrecito: Le ruego venga conmigo a casa, donde tengo muy enferma a mi madre ancianita. Ella pide un Sacerdote, y el más próximo está a 300 kilómetros de aquí, y no da tiempo de ir a por él porque ella dice que se encuentra muy mal y que se muere...’ No le hice repetir la súplica, le dije al buen hombre: ‘Vamos. ¿Está lejos?’ – ‘Muy cerquita’ respondió mi acompañante. Anduvimos un buen camino y nos presentamos en la casa de la anciana. Al entrar en su habitación, lo primero que me sorprende es contemplar junto a la cama, en una mesita, la estampa de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro. Animo en lo posible a la enferma, y luego la confieso... La paz de su alma se refleja en su rostro. Y con voz débil, cogiéndome la mano para besarla, dijo: ‘Esto es lo que siempre le pedí a la Virgen: no morir sin confesión... Y le rezaba tres avemarías’... Salí de aquella casa emocionado... La Madre de Dios había escuchado la oración de la sencilla mujer... ¡Maravillas con que nos recrea la Santísima Virgen!’”

El Santo Rosario. San Luis María Grignión de Montfort dijo: “En cuanto a mí, que esto escribo, aprendí por experiencia personal la eficacia de esta oración para convertir los corazones más endurecidos. He encontrado personas a quienes no conmovía la predicación de las verdades más tremendas, realizada durante la misión. Por consejo mío adquirieron la costumbre de rezar diariamente el Santo Rosario y así se convirtieron y consagraron totalmente a Dios. He podido, además, constatar una enorme diferencia de costumbres entre las poblaciones donde di misiones: unas, por haber abandonado la práctica del Rosario, volvieron a caer en las malas costumbres; otros, gracias a haber perseverado en rezarlo, se mantuvieron en gracia de Dios y crecieron día a día en la virtud.”

Salió del mundo para ir al Cielo. Un misionero redentorista escribe: “En el año 1959 mandé carta a diez mil enfermos, con la estampa de las tres avemarías. Poco tiempo después me llamaba uno de ellos. Era un hombre ilustre en el mundo de las letras y de la jurisprudencia. Lo conocía desde hacía ocho años. Al saludarle, me dijo: ‘Le he llamado para que sea usted testigo de un milagro de conversión de un pecador, que hay que atribuir a la devoción de las tres avemarías.’ – ‘¿Dónde está ese pecador?’ le dije. Y él, seriamente, exclamó: ‘Soy yo, Padre. Quiero confesarme. Y tenga paciencia, porque tenemos para un buen rato. Según recibí su carta,’ siguió diciendo, ‘tomé la estampa y empecé a rezar mañana y tarde las tres avemarías, con la jaculatoria impresa: ‘María, Madre mía, líbrame de caer en pecado mortal’. Luego la corregí, para decir: ‘María, Madre mía, líbrame de morir en pecado mortal’... Y esta mañana he sentido el impulso de hacer lo que debiera haber hecho hace más de cincuenta años.’ Le confesé... Un mes exacto después murió de repente. Dos días antes le había vuelto

a confesar, me había dicho: ‘Padre, yo voy a morir. Me falla el corazón desde hace un mes, desde aquel día en que me oyó usted en confesión. ¡Es demasiada mi alegría y mi gratitud a la Santísima Virgen, para que pueda vivir más en este pícaro mundo!’”

Elena, convertida por el rosario. Refiere el Padre Bovio sobre una prostituta llamada Elena, que entró en una Iglesia y oyó casualmente una predicación sobre el Rosario; al salir se compró uno, pero lo llevaba escondido para que no se lo viesen. Comenzó a rezarlo y, aunque lo rezaba sin devoción, la Santísima Virgen le otorgó tales consolaciones y dulzuras al recitarlo, que ya no quería dejar de rezarlo. Con esto concibió grandísimo horror a su mala vida y no podía encontrar reposo, por lo cual se sintió impelida a buscar un confesor. Se confesó con tanta contrición, que éste quedó



asombrado. Hecha la confesión, fue inmediatamente al altar de la Santísima Virgen para dar gracias a su abogada. Allí rezó el Rosario; y la Madre de Dios le habló así: “Elena, basta de ofender a Dios y a Mí; de hoy en adelante cambia de vida, que Yo te prometo colmarte de gracias.” La pobre pecadora, toda confusa, le respondió: “Virgen Santísima, es cierto que hasta ahora he sido una malvada, pero Tú, que todo lo puedes, ayúdame, a la vez que yo me consagro a Ti; y quiero emplear la vida que me queda en hacer penitencia de mis pecados.” Con la ayuda de María, Elena distribuyó sus riquezas entre los pobres y se entregó a rigurosas penitencias. Se veía combatida de terribles tentaciones, pero ella no hacía otra cosa que encomendarse a la Madre de Dios, y así siempre salía victoriosa. Llegó a obtener gracias extraordinarias, revelaciones y profecías. Por fin, antes de su muerte, de cuya proximidad le avisó María Santísima, vino la misma Virgen María con su Hijo a visitarla. Y al morir fue vista el alma de esta convertida volar al cielo en forma de bellísima paloma.

Una madre que no quiso morir. Una mujer joven se moría... Casada con un médico, y ni éste ni los más especializados compañeros de profesión que habían acudido a examinar a la enferma, encontraban recursos en la ciencia con qué poder curarla. Resignado el marido, atendió la petición de la enferma: “¡Que venga un Sacerdote!” Y el Sacerdote acudió, y encontró junto al lecho de la paciente al marido y a los dos hijos del matrimonio. El mayor contaba tres años y el menor de los niños tenía poco más de un año. Se retiró el doctor con sus hijos, para que el Padre confesara a la enferma... Cuando el Sacerdote le preguntó si aceptaba la muerte, la joven madre, cobrando energías, contestó: “¡Padre, no quiero morir...!” Y se echó a llorar, diciendo: “No por mí, sino por mis hijos y mi marido.” Calmada luego, exclamó: “¡Hágase la Voluntad de Dios! Pero..., quiera Dios librarme de la muerte. ¡Se lo pido con toda mi alma!” Entonces, el confesor le dijo: “Ponga usted por intercesora a la Santísima Virgen, que Ella es Madre y sabrá comprenderla como nadie... ¡Y Ella todo lo puede ante Dios!” Y sacando del libro de oraciones una estampa de las tres avemarías y una novena, se las dio a la enferma, indicando: “He aquí una devoción muy eficaz. Comience hoy mismo a rezar las tres avemarías, y juntos, con su marido y niños, invoquen a María, Omnipotencia Suplicante, Madre de la Sabiduría Infinita y Madre Nuestra de Misericordia. ¡Pongámoslo así todo en sus manos!” Tres días más tarde, el marido acudió a la iglesia preguntando por el Sacerdote que había confesado a su mujer, y, al verle éste, se apresuró a preguntarle: “¿Qué pasa, doctor? ¿Cómo sigue la enferma?” Y el médico, con irreprimible emoción, le contestó: “¡Padre, milagro de la Virgen María! Mi mujer, inexplicablemente, está fuera de peligro y en franca mejoría.” Y, serenándose, añadió: “Tan pronto salió usted de mi casa el otro día, pusimos en práctica su consejo, y dimos comienzo al rezo de las tres avemarías, arrodillados mi hijo mayor y yo, y en pie, a la cabecera de la cama de su madre, el pequeñín... ¡Y con qué fervor las rezamos, Padre! Igual hicimos el segundo día y hoy por la mañana... y esta tarde advertí, con asombro, que la fiebre casi había desaparecido... Y al llegar mis compañeros a efectuar su diaria visita, se sorprendieron igualmente del cambio



producido, que no tiene explicación científica... ¡Se ha curado! Ofrezca, Padre, mañana, la Santa Misa en acción de gracias a Dios y a Nuestra Señora de las Tres Avemarías.”

Las niñas del Rosario. Escuchen ahora y recuerden esta hermosa historia. Dos niñas, hermanas, estaban a la puerta de su casa recitando el Rosario devotamente. Se les aparece una hermosa Señora, que acercándose a la más pequeña, de sólo seis años, la toma de la mano y se la lleva. La hermana mayor, llena de turbación, la sigue y busca y no habiendo podido hallarla, vuelve a casa llorando y diciendo que se habían llevado a su hermana. El padre y la madre la buscan inútilmente durante tres días. Pasado este tiempo, la encuentran en la casa con el rostro alegre y gozoso. Le preguntan de dónde viene. Ella responde que la Señora a quien rezaba el Rosario la había llevado a un lugar hermoso, y le había

dado de comer cosas muy buenas y había colocado en sus brazos a un bellissimo Niño a quien había cubierto de besos. El padre y la madre, recién convertidos a la fe, llaman al Padre jesuita que les había instruido en ella y en la devoción del Rosario, y le relatan lo que había pasado. Él mismo nos lo contó. Ocurrió en el Paraguay. Imiten, queridos niños, a estas fervorosas niñas. Recen todos los días los cinco misterios del Rosario y merecerán ver a Jesús y a María, si no durante esta vida, sí después de la muerte por toda la eternidad. Amén.

Un ‘extraviado’ que volvió a Dios. Un misionero, párroco de Cuzco (Perú), escribe: “En mi extensa parroquia, y con la colaboración de un grupo de catequistas, estuve haciendo una campaña de difusión del rezo de las tres avemarías. Y el éxito ha sido grande porque Dios hace derroche de sus gracias mediante su Madre Santísima... En junio de 1969 pasé por una hacienda o finca muy alejada de los caseríos y aldeas. El dueño de la finca ya era de edad avanzada; había sido seminarista, y luego, sin contraer matrimonio por la Iglesia, se unió a una mujer con la que tuvo varios hijos. Aproveché mi visita para dejarle una estampa sobre la devoción de las tres avemarías, recomendándole que no dejara de rezarlas todos los días, y siempre que sintiese preocupación por cualquier problema. A finales del mes de octubre vinieron a buscarme de parte del dueño de aquella hacienda para pedirme con insistencia que, no obstante la distancia, fuera a aquella casa, porque dicho señor estaba muy grave y deseaba recibir los Sacramentos. Allí fui acompañado de dos catequistas, y al vernos el enfermo, llorando amargamente y con voz entrecortada, pidió confesar. A continuación declaró que había rezado las tres avemarías desde que se las había aconsejado y que a poco de rezarlas se sintió movido a regularizar su vida y volver a la gracia de Dios. Tanto le ayudó la Santísima Virgen a su cambio espiritual, que hasta empezó a rezar el santo Rosario durante su enfermedad. Como apremiaba su gravísimo estado, sin pérdida de tiempo contrajo matrimonio, recibió la Comunión juntamente con su esposa y los hijos legitimados, y le administré la Extremaunción. Media hora, exactamente, después de esto, descansó en la paz del Señor.” La Madre de Dios había acreditado una vez más su especial patrocinio respecto de quienes la invocan con las tres avemarías.

Una mujer de Amberes, liberada de las cadenas del demonio. En el año 1578, una mujer de Amberes se entregó al demonio, firmándole el compromiso con su sangre. Algún tiempo después se arrepintió y, deseando reparar el mal que había hecho, buscó un confesor prudente y caritativo para encontrar el medio de liberarse del poder de Satanás. Encontró un Sacerdote sabio y virtuoso que le aconsejó buscar al Padre Enrique, religioso del convento de Santo Domingo y director de la cofradía del Rosario, confesarse con él y pedirle la inscripción en la cofradía. Fue ella a buscarlo, pero, en lugar del Sacerdote, encontró al demonio bajo la forma de un religioso que la reprendió severamente y le dijo que no podía esperar de Dios ninguna gracia ni había medio de revocar lo que había firmado. Esto la afligió profundamente, mas no por ello perdió totalmente la esperanza en la Misericordia de Dios y volvió a buscar

al Sacerdote. Encontró nuevamente al diablo, que la rechazó como en la vez anterior. Pero, repitiendo por tercera vez el intento, permitió el Señor que encontrara al Padre Enrique a quien buscaba. Este la recibió con caridad y la exhortó a confiar en la Misericordia Divina y hacer una buena confesión. La recibió en la cofradía y le ordenó que rezara con frecuencia el santo Rosario. Cierta día, durante la Misa que el Padre Enrique celebraba por las intenciones de la susodicha mujer, la Santísima Virgen obligó al diablo a devolver el compromiso firmado. Y así quedó ella liberada por la autoridad de María y la devoción al Santo Rosario.

El Rosario a María. José Rivella era un mozo de restaurante que murió en 1942 en Roma. Tenía fama de santo, y por la gente era llamado “el camarero de Nuestra Señora.” Era devotísimo de María; pero a un camarero no le es tan fácil rezar el Rosario entre el murmullo de la gente y las manos de continuo ocupadas en el quita y pon de los utensilios. Y el buen camarero encontró, sin embargo, un medio de hacerlo, muy original por cierto. Ajeno a las conversaciones de clientes, se recogía en la intimidad de su alma y contaba las avemarías por las cabezas de los comensales. Cada diez clientes, una decena y un misterio de su Rosario... La Radio del Vaticano, al dar la noticia de su fallecimiento, comenzó con estas palabras: “¡Un hombre santo ha muerto!” Y santamente morirá quien es devoto del Rosario.

Un buen ejemplo que convierte. Una clínica, un quirófano, y, tendida sobre la mesa de operaciones, una niña de muy pocos años. La operación a practicar es francamente delicada, difícil; tres doctores en cirugía están presentes y dos médicos anestelistas. “A ver, nena,” dice uno de éstos, “cierra los ojitos, que vas a dormir.” Replica la niña, “¡Pero si es de día! Yo nunca duermo de día.” —“No importa. Ahora vas a dormir. Cierra los ojitos...” El médico no quería que la niña viera la aguja con que la tenían que pinchar para anestesarla. Y ella repetía: “Pero yo no duermo de día...” —“Sin embargo, hoy tienes que hacerlo así; has de dormir para curarte... Anda, se buena y cierra los ojitos...” —“Bueno,” dijo la pequeñita conformándose, pues comprendió muy bien que, tarde o temprano, aquellos señores se saldrían con la suya. Pero añadió: “Yo, antes de dormir, rezo siempre las tres avemarías. ¿Me dejan que las rece?” —“Sí, puedes rezar tus tres avemarías...” Y con toda sencillez, la niña se incorporó, se arrodilló, juntó sus manecitas, y empezó su oración de todas las noches: “Dios te salve, María... Ruega por nosotros, pecadores...” Luego, acabadas las tres avemarías, se tendió en la mesa y, sin esperar otra recomendación, cerró sus inocentes ojos... Ante aquel cuadro encantador, uno de los cirujanos se sintió profundamente enternecido, aunque lo disimuló, y aparentó permanecer imperturbable. Pero en cuanto pudo abandonar el quirófano, lo hizo, diciendo a sus compañeros que ellos podían terminar la operación, no haciendo falta él. Entonces se retiró a su despacho, se cerró por dentro, se puso de rodillas y empezó a llorar. Llevaba muchos años alejado de la Iglesia, sin recibir los Sacramentos y sin hacer oración... Y salió de allí decidido a realizar una buena confesión y vivir en adelante según la Ley de Dios, porque aquella niña que no se dormía sin antes haber rezado sus tres avemarías le había transformado totalmente, haciéndole recordar la inocencia y fervor religioso de su niñez.

Santificación de una parroquia mediante el Rosario. El párroco de una iglesia danesa contaba frecuentemente, para mayor gloria de Dios y con gozo de su alma, que había obtenido en su parroquia un resultado asombroso. “Había predicado todas las más atrayentes y provechosas materias, sin ningún resultado,” decía. “Al no ver cambio alguno en mi parroquia, me resolví a predicar el Rosario, explicando su excelencia y práctica. Y puedo asegurar que después de haber hecho gustar a mi pueblo esta devoción, noté un cambio patente en sólo seis meses. En verdad, esta divina oración tiene especial eficacia para mover los corazones e inspirarles el horror al pecado y el amor a la virtud.”

Una ventana al norte. Todos tenemos una ventana al norte y, a veces, una galería. Hagamos por cerrarlas cuando sintamos el huracán de todo aquello que ofenda a Dios. Todos estamos expuestos a tentaciones, unos más, otros menos; pero todos sin excepción debemos luchar contra ellas, por amor a Dios. Sucedió en un pueblo de Castilla. Una joven educada



cristianamente y muy agradecida, tuvo que ir a servir a la capital más cercana. Allí fue cazada por un acaudalado gitano que la convirtió en una celosa propagandista de la secta de “Los testigos de Jehová.” Vuelta al pueblo, se creyó poderosa para arrollar a la juventud y a sus mismos padres y atraerlos a su nueva religión. – “¿Qué es eso de ir a Misa y rezar el Rosario?” No le salieron las cuentas como deseaba. Un día la mandaron sus padres a regar unas legumbres a bastante distancia, en donde no halló a nadie. De pronto se desató una fuerte tormenta con aguacero, apenas le dio tiempo para cobijarse en el hueco de un castaño. La tormenta arreciaba y comenzó a temblar de pies a cabeza, se acordó de aquellas noches tranquilas en que sus padres la hacían dirigir el santo Rosario antes de cenar en aquella pobre y limpia cocina, y

comenzó a rezarlo con los dedos. Un trueno fuerte le hace exclamar: “¡Jesús, María y José sean mi ayuda!” al tiempo que un rayo desgaja el castaño de arriba abajo, dejando a la infeliz tendida en el suelo sin conocimiento. El rayo no la tocó, pero hirió de muerte sus nuevas creencias, siendo, después, modelo de esposas y propagadora infatigable del Santo Rosario.

El general Rafael del Riego, (1784-1823), liberal, conspirador y masón, sentenciado a muerte tras la restauración de la monarquía que puso fin en España al trienio liberal de 1820-1823, pidió un confesor. Y confesó sus culpas con tanta sinceridad y dolor, que el confesor, sorprendido y agradecido a Dios, le preguntó: “Dime, hijo mío, ¿qué has hecho para merecer este favor de Dios?” – “Padre, mi vida ha sido un tejido de iniquidades; si a alguna obra mía debo atribuir el que Dios se compadezca de mí en esta hora, ésta sola recuerdo: cuando niño, mi madre me hacía rezar con ella el Rosario y, desde entonces, jamás dejé de rezarlo.” ¡El Rosario a María!

San Edmundo y el Ave María. San Edmundo, Arzobispo de Canterbury, se había criado en una gran devoción a la Santísima Virgen. Al enviarlo a París para realizar sus estudios, su madre le recomendó que no dejara pasar un solo día sin recurrir a su Divina protectora. Aquella virtuosa madre le escribía frecuentemente que evitara malas compañías, y frecuentara los sacramentos de la Penitencia y la Eucaristía; muchas veces también le enviaba instrumentos de penitencia, para reprimir, decía, las malas inclinaciones que pudieran dañar su virtud. El santo joven, dócil a los consejos de su madre, se mostró siempre muy celoso de las Glorias de María. Varias veces al día iba a postrarse ante una de sus imágenes; y para marcar su compromiso al servicio de la Reina de los Ángeles, colocó en el dedo de una de sus imágenes un anillo, en el que había hecho grabar todo el Saludo Angélico. Veréis cuán agradable era aquella devoción tan sincera y tan perseverante a la Santísima Virgen. Después de la muerte del bienaventurado Obispo Edmundo, se observó que la misma oración estaba grabada en su anillo episcopal, al cual dicha oración comunicó una virtud tan eficaz y milagrosa, que posteriormente sirvió para obrar un gran número de curaciones. Si no grabamos las palabras del avemaría en un anillo, grabémoslas en nuestro corazón, y eso será aún mejor.

La devoción a María es una señal de predestinación. “Me acuerdo,” dice Monseñor Dupanloup, “de haber reconocido la eficacia del avemaría en una circunstancia que no olvidaré jamás. Tuve entonces una revelación del grandísimo poder del avemaría; la tuve junto a un lecho de muerte, recibiendo y bendiciendo el último suspiro de una niña que me era muy querida, de una joven a quien había preparado para su Primera Comunión. Acostumbraba no dejar hacer jamás la Primera Comunión sin recomendar a mis niños al menos la fidelidad a esta sencilla y poderosa oración, el avemaría. Esta joven apenas contaba veinte años, y hacía sólo uno que yo había bendecido su matrimonio. Desde la Primera Comunión había sido fiel a mis consejos y – era éste otro de mis encargos – recitaba todos los días algunas decenas del Rosario, y desde cuatro años atrás rezaba las cinco decenas. Hija de un viejo mariscal del imperio y de los más justamente célebres, era muy amada de su

padre, de su madre y de su marido, rica, joven, brillante, feliz por haber dado a luz un hijo; pues bien, en medio de toda esta felicidad presente y de los ensueños del porvenir, de repente, a los veinte años ¡es preciso morir! Apenas madre, fue atacada por una de esas enfermedades que no perdonan... ¡es preciso morir! Y fui yo el escogido para darle esta noticia... Entré. Su madre estaba desolada, su marido desesperado, su anciano padre abatido más aun que la madre, lo que no es raro, pues más de una vez he notado que las mujeres cristianas, en los grandes dolores, a pesar de su profunda sensibilidad, sobrellevan las penas con mayor fortaleza que los más valientes guerreros. Pasé, pues, por entre todos estos dolores, y no sabía cómo hablar a la enferma. Quedé sorprendido cuando al acercarme la vi con la sonrisa en los labios. Sí, esta joven que iba a ser arrebatada por un modo repentino, a las más brillantes esperanzas, a los más legítimos goces, a las más tiernas, vivas y puras afecciones, ¡me sonreía! La muerte avanzaba a largos pasos, la sentía, había sobre su frente un resplandor que anunciaba su llegada, y la joven madre se sonreía con cierta dulce tristeza: la alegría superabundaba. No pude contenerme: ‘¡Oh, hija mía, qué golpe!’ exclamé. Y ella con indecible acento – me siento aún conmovido al recordarlo – me dijo: ‘¿No cree acaso, que iré al Cielo?’. – ‘Hija mía, respondí, tengo grande esperanza.’ – ‘Y yo, estoy segura,’ replicó ella. ‘¿Y qué es lo que te da esa certidumbre?’ – ‘Es un consejo que usted me dio en otro tiempo’ – ‘¿Cuál es ese consejo?’ – ‘Cuando hice mi Primera Comunión, me encargó que rezase todos los días el avemaría y que la rezase bien. Lo he hecho así, y además hace cuatro años que ni un solo día he dejado de rezar el Rosario entero, y por eso estoy segura de ir al Cielo.’ – ‘Y ¿cómo?’, le dije. – ‘No puedo creer, me añadió con gravedad, y este es un pensamiento que no me deja un instante desde que la enfermedad me ha sorprendido, no puedo creer que habiendo dicho durante cuatro años, cincuenta veces al día, a la Santísima Virgen: ‘Santa María, Madre de Dios, ruega por mí pecadora ahora y en la hora de mi muerte,’ que en este momento en que voy a morir Ella no esté a mi lado. Sí, lo está; estoy segura; intercede por mí y va a llevarme al Cielo.’ Esto me dijo la joven, y vi entonces un espectáculo que no se puede describir: una muerte verdaderamente celestial. Vi a esa tierna y débil criatura arrebatada en la flor de la edad a todas las felicidades de aquí abajo, a todo lo que hace amar la vida, dejando a un padre, a una madre, a un marido que le amaban, y que ella amaba, a un pobre y tierno niño, prenda deseada y tan querida; dejando todo eso, no sin lágrimas, sino con una serenidad radiante, consolando a sus ancianos padres, bendiciendo a su pequeño hijo, alentando a su pobre marido, y en medio de todos estos lazos que se rompían, de esos brazos que en vano querían detenerla, no mirando más que el Cielo, no hablando más que del Cielo, y siendo su último suspiro una sonrisa a la gracia y a la gloria eterna.”

“*Con María todo es posible.*” El Rosario es el tren al Cielo, tren de la eternidad, tren rápido y de facilísimo acceso para todos. Quienes a él se acogen para hacer el ineludible viaje del tiempo a la eternidad, estarán seguros de llegar a su destino, sin riesgo. ¡Madre nuestra, ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte! Recuerda esta preciosa frase de un navegante famoso, Juan Sebastián Elcano, pronunciada a su regreso de la navegación que dio la vuelta al mundo por primera vez. Como muchos le felicitasen por el triunfo de su arriesgada empresa, contestó: “Con María todo es posible. Sin María todo se malogra.”

Un sacerdote convertido. Llegó al convento de San Pedro Mártir de Calatayud, un clérigo muy honrado, graduado en teología, predicador y bien prebendado, y dijo al Padre Sagastizábal: “Padre, tengo entendido que escribes un libro de la Madre de Dios del Rosario... ¿escribes en él milagros?” Respondió este que no se puede dejar de decir algunos. – “Pues Padre, quiero que sepas uno muy grande y, si te parece escribirlo, puedes porque para eso he venido aquí. Yo, Padre mío, fui en años pasados el hombre más ciego en el vicio de la carne que había en el mundo, y no es esto exageración, sino que es muy conocido; que ningún pecador llegó a ofender tanto a Dios como yo le ofendí en este vicio y de muchas maneras.” Y como era teólogo decía que viéndose tan perdido y en vicio tan asqueroso, argumentaba muchas veces con Dios a sus solas y decía: “Vos Señor ¿no sois omnipotente y lo podéis



todo? Pues yo os doy ahora mi voluntad tan depravada como Vos sabéis está, para que la enderecéis en vuestro servicio, y me apartéis de esta tan grande ceguedad.” Pero salido de esto, decía, le parecía que le tiraban con cuerdas para volver a sus pecados viejos; y para cumplir con el mundo, se confesaba y comulgaba, tan indignamente que Dios libre a todo cristiano de caer tanto. Siguió contándole: “Por misericordia de Dios me fui a confesar con un Religioso, el cual oyendo mi confesión comenzó a derramar lágrimas, como otro San Ambrosio cuando oía confesiones, y yo confesando mis pecados, y él llorándolos, terminé mi confesión. Y no puedo negar que sus lágrimas fueron causa de las mías. Tratando de la penitencia, después de una larga exhortación para bien vivir, me dijo entre otras cosas, que debía rezar el Rosario de la Virgen entero, cada día por espacio de un año, de tal manera que no podía dejar de rezarlo ni un solo día, y que si lo dejaba algún día de rezar, tenía que comenzar de

nuevo a rezarlo un año entero. Tomé mi penitencia animosamente, y comencé luego a rezarlo. Al principio aunque tuve alguna dificultad, logré mi intento, y lo recé todo un año sin faltar día, y así como te confieso esto, te confieso también, que desde el momento de aceptar mi penitencia, y levantarme de los pies de mi confesor, y comenzar a rezar mi Rosario, ni por obra, ni palabra, ni pensamiento, ni de otra manera alguna, he ofendido a Dios nunca más en este pecado; antes bien favorecido de la gracia divina, me parece que preferiría recibir martirio, antes que caer en tal vicio. Seis años viví en aquella mala vida, y ya hace más de nueve años que me veo libre de este pantanoso vicio. Esta merced tan grande y este milagro tan soberano, que es mayor que crear cielos y tierra, ha hecho Dios en mí, por la intercesión de su Santísima Madre, y de su santo Rosario, cuya devoción yo tan animosamente tomé, y me ha traído a este punto que tengo dicho. Y si de estos milagros han acontecido millares en el mundo: hablen los confesores adonde lleva esta santa devoción con calor, y verán lo que pasa.” De donde se infiere lo mucho que la Virgen del Rosario favorece y ayuda a sus devotos, en esta miserable vida, por esta santa devoción del Rosario.

Un milagro notable obtuvo la Reina de Francia. Santa Blanca, Infanta de Castilla, esposa del rey Luis VIII de Francia, pidió a Santo Domingo con mucha insistencia suplicase a Nuestro Señor les diera herederos y un sucesor para aquel reino. El Padre le aconsejó, para que Dios pusiese en ejecución sus santos deseos, que rezase el Rosario de la Virgen con mucha devoción y que mandase repartir gran suma y muchos rosarios por sus reinos, estados y señoríos, “y con tantos intercesores creo yo, señora, y confío que alcanzaréis por medio de la Virgen soberana lo que pedís y deseáis tanto,” le dijo Santo Domingo. Lo hizo así la santa reina, y Dios le dio por hijo al bienaventurado San Luis, digno fruto del Rosario; el cual, dicen historiadores, fue además el príncipe más gallardo y el mejor jinete de su tiempo. Quedó esta santa reina viuda con su hijo de doce años y, por testamento del rey su marido, gobernadora del reino, y tuvo muchas penalidades, porque los grandes de Francia le oponían resistencia, diciendo que no era conveniente que una mujer extranjera gobernase aquel reino, pero ella fue tan prudente que supo bien sosegarlo todo y ponerlo en paz con la gran devoción del Rosario, en la cual ella tenía tanta confianza, y al fin dejó un hijo tan bien criado, así en virtud y letras como en armas, que vino a ser santo entre reyes y por tal canonizado por el Papa San Bonifacio VIII; la Iglesia celebra su fiesta el 25 de agosto.

Por el Santo Rosario un caballero bretón recibe ayuda y toma el hábito. No era nuevo para el glorioso Santo Domingo ver cada día milagros y maravillas celestiales por la predicación y devoción del santo Rosario, que ya en las guerras de Tolosa contra los albigenses tenía mucha experiencia de lo que con esta oración se alcanzaba de Dios y de su gloriosa Madre. En el campo del Conde don Simón andaba un caballero bretón, llamado

Alano de Barcoloara, cerca de Dircamio, que por consejo suyo lo rezaba cada día de rodillas, y además de las ordinarias gracias que Dios le concedió en aquella guerra, se halló un día con muy poca gente, cercado de infinitos herejes, sin poder defenderse de ellos, si milagrosamente la Santísima Virgen no se le hubiera aparecido, acometiendo a sus enemigos y tirándoles unas piedras con que hizo en ellos gran matanza. Estos fueron vencidos y desbaratados vergonzosamente en aquella batalla, y Alano con los de su tropa quedaron vencedores. Por esta gracia y por otra, cuando la misma Virgen María le libró de una grandísima tormenta de la mar, hizo en su tierra un monasterio de la orden de Santo Domingo, y en vida del Santo tomó el hábito, y resultó ser un gran predicador de Nuestra Señora; está sepultado delante de su altar en Orleáns.

Un hereje es arrebatado al infierno y se convierte. En la guerra, que con carácter de cruzada se libró contra los albigenses o cátaros, ocurrió que cuando los herejes se hallaban encerrados en una casa, para quemar los artículos que Santo Domingo había escrito sobre la Confesión vocal, vieron que, puestos en el fuego, salieron sin daño, y los papeles que había allí de los herejes quedaron quemados. Uno de esos herejes, caballero principal en linaje, y sobresaliente en la herejía, que hacía quince años no se había confesado, viendo el milagro de los papeles y pensando en él mucho rato, fue arrebatado súbitamente por una legión de demonios y llevado a los infiernos, donde le fue mostrada la pena que sufren los rebeldes a este Sacramento tan necesario. Y le pareció en aquel arrebatamiento, que los desventurados tenían cada uno un terrible y monstruoso dragón pegado a los costados, que les comía muy aprisa y con rabia aquellos tristes corazones, que tan duros habían sido en confesarse. Daban con dolor grandes alaridos y bramaban como fieras. Les salían por los ojos llamaradas de fuego en lugar de lágrimas, y de sus propias bocas vertían a borbotones mil diversas suciedades asquerosísimas, y en lugar de ellas entraba otra gran multitud de sabandijas, culebras, serpientes y víboras. Y con esta visión quedó el hombre tan confundido que le parecía estar ya condenado y padeciendo las mismas penas, y así las sentía y lloraba, sin saber cómo librarse de tan intolerables tormentos, hasta que la Santísima Virgen le dio la mano. Cuando se vio libre de aquel aprieto, fue a buscar a Santo Domingo, y le contó lo que le había pasado. Se confesó con él enteramente, y Santo Domingo le encargó y mandó que con gran afán y diligencia se hiciese en adelante devoto de Nuestra Señora, y del santo Rosario, lo cual hizo tan de veras que llegando a ser capitán de los católicos contra los mismos herejes, llevaba en sus banderas puesto el Rosario por su principal arma y divisa, y toda su vida perseveró en alabanzas a Nuestra Señora, que tan grandes mercedes le había hecho, y por cuya misericordia alcanzó después muchas y señaladas victorias contra sus enemigos en aquella conquista.

Matrimonio convertido por una visión del infierno y el Santo Rosario. Por el tiempo en que arreciaban las herejías en Francia, sucedió otro caso maravilloso, y fue que un caballero católico, pero muy apartado de las virtudes, con aventuras con otras mujeres, tenía una esposa virtuosa, de la sangre real de Francia, que Dios le había dado, en quien se hallaba todo el bien que en semejante compañía se podía desear, mas sus virtudes eran mal pagadas y correspondidas (como suele acontecer) con el desamor y la deslealtad de su marido. De lo cual el demonio quiso aprovecharse para perder también el alma de ella, como tenía ya la de él; y la tentó tanto con celos (que es amor convertido en odio), que se determinó a buscar quien la quisiese, para vengarse de su marido; y aunque este pensamiento era una locura y tan contrario a la honestidad de su persona, la cegaba el verse postergada por otra mujer. Con este pensamiento tan desatinado, unas veces aborreciéndose porque lo tenía, y otras desesperando porque no lo ejecutaba, quiso Dios, que mientras dormía una noche, fuera arrebatada en espíritu y mostrarle las penas de los que caían en pecados sensibles y torpes. Tenían estos condenados unos hornos por cama ardiendo en vivas llamas, unos dragones los abrazaban fuertemente y enroscados por todo el cuerpo los ataban, sin que pudiesen defenderse ni menearse. Les salían por los ojos, narices y bocas llamas de fuego tan hediondo



y sucio, que parecían mineros de piedra azufre ardiendo, con mezcla de muchos y asquerosísimos venenos y ponzoñas, y esta corría desde la cabeza hasta los pies, como un baño muy sucio y cáustico, que penetraba rompiendo las entrañas, y ardían como una fragua. Los dragones echaban de sí por mil partes como un metal derretido, mezclado con tal ponzoña, que rompiendo las partes más sensibles y dolorosas de los atormentados, les causaba tales alaridos y sollozos que todo el infierno retumbaba, y con todo este tormento, ni morían, ni podían morir, siendo este su único deseo y el que más les desesperaba. Entre los hornos que esta mujer alcanzó a ver, había uno vacío, sin gente y lleno de fuego, y entendió que era para su marido, del cual tuvo tan gran compasión, y sin acordarse de lo que la ofendía, comenzó a gemir y llorar tan amargamente que despertó despavorida, y la visión desapareció. Quedó ella dando gracias a Nuestro Señor por haber

impedido su deshonesto propósito con la visión tan espantosa y terrible, cuya memoria hacía en ella tan fuerte impresión que aun despierta y andando, le parecía que la veía. Por lo cual lo más rápido que pudo, fue al bienaventurado Santo Domingo a confesar sus pecados y darle parte de todo lo que le había pasado. El glorioso Padre, después de haberla consolado y explicado la torpeza de su pensamiento, la animó a paciencia y sufrimiento, le aconsejó que meditase con devoción los misterios de nuestra Fe, que confiase en Nuestra Señora, y que rezase con mucho fervor el Rosario; junto con esto le dio el rosario que él usaba, para que lo pusiese a la cabecera entre las almohadas del marido, y que ella rogase a Nuestro Señor por luz y gracia, para que no se perdiese aquella alma. Se fue la noble mujer harto consolada y comenzó luego a rezar el Rosario, continuándolo por quince días, que así lo había mandado el Santo confesor, y la primera noche que puso su marido la cabeza sobre el rosario, tuvo él tan gran temor que la pasó llorando y temblando, como asustado por sus pecados, y rogando a su mujer le ayudase con sus oraciones. La noche siguiente, aunque durmió, y con sueño profundo, se soñó ante el juicio de Dios, como si realmente hubiera sido así, y despertando despavorido, sin poder pegar más los ojos, pasó el resto de la noche gimiendo y pidiendo perdón a su mujer, con firme decisión de ser otro, enmendando su vida. La noche siguiente, que fue la tercera con el rosario entre las almohadas, fue arrebatado en espíritu, y llevado como su mujer al infierno, donde vio las penas y tormentos de los condenados por aquel vicio, y el lugar que para él estaba preparado, de lo cual quedó, cuando volvió en sí, tan atemorizado y temblando, que el miedo solo parecía le iba a acabar la vida, y con muchas demostraciones de humildad y lágrimas pidió de nuevo perdón a su mujer, prometiendo guardar con pureza y lealtad lo que prometió en el matrimonio. Al otro día fue en busca del glorioso Padre Santo Domingo, con el cual él y toda su casa se confesaron y, tomando gran devoción al Rosario, nunca dejó, ni en tiempo de guerra ni en tiempo de paz, esta santa devoción, convidando a ella a todos los que podía. Acabó muy santamente su vida, con mucha paz y conformidad con su mujer, y murieron entrambos un mismo día y hora, y juntos, en una sepultura fueron puestos en la iglesia mayor de París.

Un milagro famoso que aconteció a una mujer cortesana en Roma en tiempo de Santo Domingo. Con las muchas pruebas que tenía el Santo confesor del favor que Nuestra Señora hacía a los que la invocaban y llamaban, especialmente con la oración de su santo Rosario, predicaba continuamente sus alabanzas, convidando a todos a este santo ejercicio, y en pocos días hizo tanto fruto en aquella ciudad de Roma que los Cardenales, Obispos y Prelados, y toda aquella corte romana, tomaron esta devoción por principal, y sintieron grandísimo provecho en las almas y notable mudanza en las costumbres. Había entonces una mujer de las cortesanas en Roma, de vida disoluta, llamada Catalina, muy hermosa y muy dotada de la simpatía, sagacidad, y soltura, que los hombres aman en casas ajenas, y aborrecen en las

propias. Atraía esta mujer con su hermosura tanta gente a sí, que era la destrucción de toda aquella ciudad. Mas con ser tal y de vida tan desordenada, acudía a los sermones de Santo Domingo, y recibió de su propia mano un rosario de los que algunas veces repartía. Ella comenzó a tener por reliquia preciosa este bendito rosario, y rezaba con él cada día, mas no dejaba el desorden de su vida, destruyendo muchas almas, ni había en ella más enmienda que esa. El que murió por su amor tuvo de ella misericordia, y se hizo el enconradizo con ella en una calle en figura de Hombre milagrosamente hermoso y bello, y después de algunas palabras quedaron de acuerdo que Él fuese a cenar con ella a su casa, y así lo hizo. La mujer comenzó a sentir una afición y respeto al que creía que era un hombre, pero no como a hombre sino de lo que verdaderamente era, y no porque imaginase que realmente debía a su Persona tan nuevo encogimiento y tanta reverencia, pero no se atrevía a mirarle al rostro sin volver los ojos corridos al suelo, y con esto sentía un contento y una alegría en su corazón que nunca había sentido. Sentados a la mesa el Convidado comenzó a dar algunas muestras de Sí, porque todo lo que tocaba con las manos parecía que lo dejaba como teñido de sangre. Y la mujer, pensando que se había cortado con el cuchillo, quería verlo y remediarlo. Pero Él le dijo: “Yo no me he herido, no, sino que no estaría bien que el cristiano comiese bocado que no fuese mojado con la Sangre de su Dios.” Como para ella fueran palabras tan inusuales en su casa, alzó los ojos para verlo, y la hermosura del rostro creció tanto que los bajó con vergüenza como confundida, y por no mostrar cómo se sentía, dijo: “No sé señor, decidme, que me parecéis más de lo que yo puedo juzgar, no me atreveré yo a hablarlos, hasta que me descubráis quién sois.” – “Eso lo sabrás muy pronto,” dijo Él, “cuando estemos más a solas.” La mesa fue levantada enseguida, aunque el deseo de saber, y con los sentimientos que en sí sentía, cada momento de espera se le hacía un año. Ya estando solos, el Huésped se mudó en figura del más hermoso Niño, que ni la naturaleza, ni el arte, ni el pensamiento podían formar. Tenía en la cabeza una corona de espinas, y en los hombros una cruz; las manos, pies y costado con llagas recientes de su Pasión, y el cuerpo todo rociado con viva sangre. La mujer se hubiera muerto súbitamente de espanto, si en tan grandes miedos y temores el Santísimo Jesús no le hubiera mantenido la vida, que para dársela mejor parecía que se la quitaba; pero le dijo con una voz lastimosa y tierna: “Baste ya hermana, baste ya; cese tu locura y pecar; mira lo que me cuestas; que si bien comencé cuando era Niño, nunca lo dejé hasta la muerte,” y diciendo esto tomó súbitamente la figura que tuvo al tiempo de morir, con la crueldad de sus tormentos y su rostro mortal y demudado; y al punto se trocó en la más hermosa y esclarecida forma que pudiera desearse para muestra de su gloria, mucho más claro que el sol, y con mayor hermosura en las llagas que tiene el cielo. Y volvió a decirle: “Acábense ya, oh mujer, tus devaneos. Acábesse tu perdición; mírate bien y mírame; vuelve en ti, que estás desviada y ciega; no se te olvide jamás lo que has visto, que este es el camino de tu remedio.” Desapareció luego el Señor, y quedó la mujer tan cambiada, tan fuera de sí, y en sí, que todo le parecía poco para lo que merecían sus culpas; y rechazándolas y abominándolas, determinó poner su vida en manos de Santo Domingo, a quien tenían en Roma por un ángel venido del Cielo. Se confesó con él con grandísimo arrepentimiento, y recibió la penitencia que él le dio, y la asentó de nuevo en la devoción de Nuestra Señora, y en la meditación de la Vida y Muerte de su Hijo, que son los misterios de su Rosario. En cuya oración y meditación se ocupó tan de veras, como una nueva Santa Catalina, que alcanzó de Dios muchas y muy grandes revelaciones, tanto que al bienaventurado Santo le causaba admiración ver en un alma (poco antes tan sucia) tanta pureza y santidad. Ella perseveró con la gracia de Dios, y aumentándola toda su vida, y dando su hacienda a pobres, quiso vivir retirada para hacer penitencia de sus culpas, como lo hizo. Fue después de muy largos días visitada por Nuestra Señora a la hora de su muerte, y su cuerpo sepultado en la Iglesia de San Juan de Letrán.

Un Obispo entendió por revelación divina, el valor de la devoción del Rosario. Predicaba Santo Domingo y daba al pueblo cristiano el mandamiento de Dios transmitido por su



Santísima Madre con mucho fervor, pues le parecía que si lo que decía no iba mojado con la Sangre de Cristo Nuestro Señor, y arrimado a sus merecimientos santos, no cumplía lo que se enseña en el Rosario. En esto se ocupaban sus pensamientos, para llevar a todos los del pueblo a que muy frecuentemente pensasen en nuestra Redención santa. El demonio puso muchos medios para estorbar tanto bien, y uno de ellos fue a través de un Obispo, considerado en el mundo como de grandes cualidades, era un gran letrado que hablaba con ironía de los sermones del Santo (como suelen ser los hombres de gran entendimiento y flaca voluntad para servir a Dios). Este Obispo criticaba que Santo

Domingo dejaba de predicar las cosas doctas y curiosas que son propias del púlpito y del Evangelio (como si la vida de Cristo Nuestro Señor no fuese lo principal de él) y que predicaba ejemplos acaecidos e historias de viejas. Fue menester que la Soberana Virgen del Cielo interviniera en esto, y con una visión le hiciese mudar de parecer; y fue así que tuvo una revelación en la cual veía que llegando él con mucha gente a un río peligroso y grande que venía muy crecido, todos estaban en peligro de ahogarse; de la otra parte del río vio al glorioso Padre Santo Domingo que hacía un puente firmísimo por el cual pasaba el obispo y su compañía; el puente tenía ciento cincuenta almenas hermosísimas, y quince torres muy fuertes a donde se recogían los que se escapaban de la furia e ímpetu del agua. Uno de aquellos que de tanto peligro sacó Santo Domingo, era aquel Obispo, y le llevó de la mano a un jardín fresquísimo y gracioso, lleno de tanta variedad de rosas y flores que parecía un paraíso terrenal, en especial por estar en él la Reina de los Ángeles, Nuestra Señora, puesta en aquel agradable frescor con el Niño Jesús en sus brazos. Con su virginal mano Ella daba a cada uno de los que habían pasado el río una hermosa guirnalda compuesta de fragantes flores y rosas. Llegó el Obispo con la esperanza de recibir el mismo favor, pero recibió en su lugar una buena reprensión en la cual se le recomendaba la devoción del santo Rosario, mandándole que de ahí en adelante apreciara más los sermones del santo varón, y la doctrina que predicaba del Rosario, tan útil y provechosa para reformar el mundo, cuyos males habían desbordado del cauce y anegaban a los que no querían valerse de esta firme torre del Rosario. El Obispo, como hombre desengañado, comenzó luego a rezar y predicar el Rosario; pero no fue tan de corazón, pues en breves días se descuidó y lo olvidó, hasta que la Reina del Cielo le hizo ver, por segunda vez, que se hundía en unos pantanos terribles. Para que no se ahogase, Nuestra Señora y el glorioso Santo Domingo le arrojaron una cadena con ciento cincuenta eslabones de plata, y quince sortijas grandes de oro, a la cual se asió el Obispo, y subió a un monte donde se halló seguro y libre del peligro grande en que poco rato antes se había visto. Desde entonces, como hombre ya desengañado completamente, consagró la vida a rezar y predicar los misterios del santo Rosario, como singular y maravilloso remedio dado por manos de la Virgen, para librarnos de los peligrosos sucesos que hay en la vida.

Una dama española, cautiva en tierra de moros, que la Reina del Cielo liberó y volvió a su tierra de Santiago de Galicia. En el tiempo en que estaba en España Santo Domingo, había una dama llamada doña Lucía que, enseñada por el glorioso Santo, era muy devota de Nuestra Señora del Rosario, y lo rezaba cada día con mucho provecho. Sucedió que los moros del reino de Granada mataron a su marido y la llevaron cautiva, y para mayor sufrimiento, le tocó en suerte un amo cruel. Este la hizo esclava de las demás esclavas que tenía, ocupándola cada día en los oficios más viles que tenía en su casa, y no había para aquella principal señora (aunque estaba embarazada) ni un solo momento para descansar, como de un moro de fiera condición y aborrecedor del nombre de cristiano se podía esperar. Pero en medio de una vida tan cruel, y tanto maltrato, no dejó de rezar cada día el santo Rosario, tomándolo por único descanso. En medio de tales rigores y disgustos iba a dar a luz

la noche de Navidad a la medianoche, y le vinieron los dolores de parto en un establo, estando sola entre las bestias que allí había; los dolores eran extraños, en parte por ser ella muy delicada y de pocos años, y además por ser aquel el primer parto. No tuvo otro remedio la santa señora, ya tan hecha a sufrir, sino acogerse a un refugio seguro, y comenzó a rezar su Rosario con muchas lágrimas, encomendándose a Nuestra Señora, y mientras más congojas tenía, más profundamente rezaba. Con tantos ruegos, bajó allí la Virgen del Cielo llena de resplandor y majestad, y quitó los dolores a su sierva, que alumbró en su presencia un hijo dichoso, por ser imagen del Señor, naciendo en la misma noche que Él, en el establo como Él, entre bestias como Él, y en compañía de la Virgen. Con eso quedó consolada aquellos días, hasta que el día de la Purificación, la visitó la Virgen por segunda vez, y le dijo: “Hija, persevera en lo que has comenzado, y no desmayes en tan buen propósito, que Yo estaré siempre contigo, te llevaré a tu tierra, y pondré fin a tus penalidades para que el resto de tu vida sea conforme a tus merecimientos.” Y así fue, que estando la vigilia de la Purificación en el



establo del pagano, el día de la fiesta a las diez se halló con su hijo Mariano en la iglesia del Apóstol Santiago en Galicia, de donde era natural, y donde acabó su vida con mucha virtud, perseverando en la devoción del santo Rosario, en la cual también educó a su hijo, quien vivió muchos años de vida santa y maravillosa en un desierto. Ves, cristiano lector, cómo en el establo donde para pocas cosas había ocasión, la hubo para que esta señora recibiera tan grandes mercedes por medio del santo Rosario, que es un ejercicio común y al alcance de todos. No se puede agradecer suficientemente lo que debemos a Dios por hacernos tan fácil las cosas sin las cuales no nos podemos salvar: para absolverte de tus pecados, basta un Sacerdote que diciendo: ‘Yo te absuelvo,’ quedas libre de los daños terribles que el pecado causó en tu alma. Para la Comunión del Cuerpo de Cristo Nuestro Señor, un poco de pan de trigo, que cuando lo consagra el Sacerdote es el bien de tu alma. Para el Bautismo un poco de agua, con tan fáciles y breves palabras como son: ‘Yo te bautizo en el Nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo,’ y dichas por el cristiano, hombre o mujer, eclesiástico o seglar. Estos son beneficios que solo Dios los sabe pesar, pues Él sabe lo que nos da en la salvación eterna y en las mercedes, y nadie jamás sabrá apreciarlas ni corresponder a ellas como es justo. Y por tanto hay mucho que agradecer que en cosas tan fáciles, como son decir las oraciones del padrenuestro y el avemaría, que comúnmente las saben todos, que en ellas haya puesto la Virgen la devoción del Rosario, y en cosa tan sencilla haya puesto fruto tan grande, y en ejercicio tan corto bienes tan largos, es merced inestimable, digna de su generosa mano, y corresponde a lo que necesitan los hombres en este tiempo.

Una dama romana despreciaba el Rosario, y por una revelación de la Virgen María, lo apreció mucho. Cuando Santo Domingo predicaba en Roma esta santa devoción del Rosario, fue muy bien recibida por el Papa, y por Cardenales, Prelados y toda la nobleza romana. Con todo ello, hubo una dama romana, algo porfiada y de cabeza dura, que aunque muy devota de Nuestra Señora, a quien rezaba cada día muchas oraciones, esta del Rosario no le entraba, y daba algunas razones, como hacen los porfiados, y lo que es más, es que el glorioso Santo la confesaba, y no podía dárselo a entender. Ella decía que otras cosas eran más aceptas a Dios Nuestro Señor, como ayunos, limosnas, llevar camisa de lana a las carnes, y ceñirse con sogas ásperas, tomar algunas disciplinas, y cilicios, o andar las estaciones de Roma, etcétera; con lo que cerraba la puerta a la exhortación y consejos del glorioso Santo. Santo Domingo se fue desconsoladísimo delante de una imagen de la Madre de Dios, y con un entrañable dolor y congoja comenzó a quejarse y decir: “Ya Señora tienen los hombres en poco vuestro Santísimo Rosario, la culpa es mía en no tener virtud, sensatez ni arte para convencer de su valor; no sé cómo cumplir vuestro santo mandamiento.” Con esta

congoja del Santo, se despertó otra mayor en aquella señora, que le obligó a volver a Santo Domingo, y entrando por el convento de la Minerva, que era de la orden que por entonces acababa de fundar Santo Domingo, vio que estaba el Santo predicando las grandezas del Rosario. Acabado el sermón, fue a decir Misa como acostumbraba muchas veces, la cual oyó esta mujer, y en ella fue arrebatada y llevada a juicio delante de Dios, en el cual fue ásperamente reprendida, y castigada por mano de demonios, a quien el Señor la entregó para corregirla, hasta que a instancia y ruegos de ella vino la Virgen soberana, y le manifestó lo que valía este santo ejercicio del Rosario, y entre otras muchas cosas le dijo: “Te hago saber que erraste mucho en menospreciar mi cofradía, y para que te decidas a ingresar en ella te quiero enseñar la gloria de mis cofrades.” Para este fin fue arrebatada a un lugar muy alto, donde había una ciudad hermosa y fuerte, cuyos muros resplandecían como cristal, en medio de la cual estaban los cofrades del Rosario repartidos en cruz, a manera de escuadrón, cantando con dulces voces el Rosario. “¿Qué te parece de esto?”, le dijo Nuestra Señora, “pues sabe que así como es mayor mi gloria que la que tienen los demás Santos, así es mucho mayor la que tienen mis cofrades que la que tienen los otros salvados, pues, por medio del Santo Rosario, mis cofrades se emplean en más fervientes alabanzas de la Santísima Trinidad, de la Sacratísima Humanidad de Cristo, mi Hijo, y en alabanzas a Mí.” Con estas palabras de la Virgen, volvió en sí la devota señora, y comunicó a Santo Domingo la revelación que acababa de recibir. Movida por la visión, se inscribió con toda su casa en la cofradía, y se volvió gran predicadora de esta devoción entre la gente de su condición, que fue maravilla. En adelante rezaba su Rosario con mucho fervor, teniendo horas fijas para ello, cuya importancia había entendido por el testimonio de tal Maestra como era la Reina del Cielo.

De otra señora que tenía en poco la devoción del Rosario, y por revelación divina la vino a tener en mucho. Otro caso semejante a este que hemos dicho, fue que cierta mujer de buena vida estuvo también muy dura en creer lo mucho que de esta santa devoción se decía, de suerte que disuadía a otros de rezarlo, y decía que ni se quería escribir por cofrade ni rezar esa devoción, sino decir otras devociones que ella tenía; y estando una noche en oración, fue arrebatada en espíritu y vio en el Cielo gran compañía de gentes, así hombres como mujeres que rezaban el Rosario, y resplandecían con grandísima claridad. Y con esto cada vez que acababan de decir el avemaría, salía como una estrella de la boca de aquellos de extraña claridad. Vio asimismo un libro en que toda aquella noble compañía de devotos del Rosario tenían escritos sus nombres con letras de oro, y por sus oídos oyó que la Virgen Soberana le decía: “Tú no estás escrita en este libro, que tanto bien te has perdido, ni has ganado nada, sino mi indignación; y así por haber desaconsejado a muchos que se escribiesen en él, te será dada penitencia saludable, y padecerás con una enfermedad grave.” Pasó así sin faltar un punto, porque tornando en sí la dueña, sintió en su persona una grave enfermedad, y con dolores muy agudos por espacio de muchos días. Y con eso vino a conocer que era azote de la mano de Dios para sufrirlo con paciencia y nuevo merecimiento. Y quiso la Madre de Dios que fuese muy devota del santo Rosario, y que por atajo alcanzase a otros muchos que en esta santa devoción le llevaban ventaja. Llegó a ser una santa mujer que no hacía sino exhortar a devoción del Rosario a todo el mundo, llevándolo en las manos, el cual le fue entera medicina del cuerpo y provecho del alma. Perseveró en esto hasta la muerte, y antes de morir mereció que se le apareciese la Madre de Dios y le asegurase el camino del cielo y que iría a gozar de la gloria de su Hijo.

Un famoso ladrón estuvo dos años sepultado y no murió hasta confesar sus pecados, por el Santo Rosario. En tiempos de Santo Domingo, había un ladrón famoso, que hacía grandes males robando y matando por los caminos. A este deseaba convertir Santo Domingo, y traerlo al camino de salvación, y por él hacía muy frecuentemente oración. Por Providencia de Dios, Santo Domingo se topó un día con él, y trató de predicarle y darle buenos consejos; unas veces con promesas, otras con amenazas le aconsejaba que dejase aquella vida y se pusiese camino del Cielo. Todo lo que el Santo hacía le aprovechaba poco, porque era tanta

la necedad en su cabeza, que de todo hacía burla. Y como Santo Domingo con él no pudiese más, le aconsejó la devoción a Nuestra Señora del Rosario, que es cosa tan fácil y como toda su vida era vacía y de pasatiempos, le recomendó que entre sus acciones, a lo menos en parte de ellas se emplease en esta santa devoción; así se lo prometió el ladrón de buena gana y, aunque hurtaba y robaba, rezaba su rosario cada día. Al cabo de algunos años murió este ladrón en un desierto, y los suyos le enterraron con pocas campanas y responsos, para que no se lo comiesen perros, en el campo algo apartado del camino. Pasados ya casi dos años después de estos tristes funerales, pasaba Santo Domingo por aquel camino con sus compañeros y otras personas seglares que por devoción acompañaban al Santo; y como llegasen cerca del sepulcro, comenzó desde la sepultura a dar grandes gritos, diciendo: “¡Padre Fray Domingo, siervo de Dios, apiadaos de mí!” Se repitieron estas palabras muchas veces, mas nadie veía quién las decía, y a medida que se acercaban a la sepultura, más se oían, y notaron que aquellos gritos tan recios y lastimeros salían de allí; la abrieron y salió de dentro de ella el ladrón bueno y sano, que postrándose a los pies del Santo, le pidió confesión. Maravillados todos de una cosa tan rara como aquella, le preguntaron quién le había puesto allí; respondió que él era aquel ladrón que años atrás tanto daño había hecho en aquella tierra, y que un día le vino un desmayo, y pensaron sus compañeros que estaba muerto, le hicieron aquella sepultura, y le echaron dentro. Y que estando él a punto de ser condenado a las penas del infierno por sus malas obras, la Virgen Soberana rogó por él, y alcanzó de Dios, que aunque estaba enterrado no muriese, sino que quedase el alma dentro del cuerpo, y allí padeciese gran dolor y sufrimiento hasta que confesara sus pecados e hiciera penitencia por ellos; que esos dos años que allí había estado le habían servido de un rigurosísimo purgatorio, y que toda esta gracia y privilegio le había venido por haber rezado el Rosario de la Madre de Dios por consejo del glorioso Santo Domingo que estaba allí presente; al cual con grandes lágrimas pidió que le oyese en confesión. Habiendo confesado, recibido la absolución y cumplido con su penitencia, salió el alma del cuerpo y se fue a gozar de Dios. Ha habido otros ejemplos como este, y otros pecadores también han resucitado por medio de esta santa devoción, a los cuales Dios con su poder absoluto, dispensó gracia tan grande, como la dispensó a algunos idólatras que resucitaron en tiempo de los Apóstoles y de otros varones apostólicos, los cuales una vez resucitados hicieron penitencia y se salvaron. Y así como aquellos milagros entonces fueron convenientes para asentar la fe de Cristo Nuestro Señor en los corazones de los hombres en todo el mundo, así después pareció conveniente realizar estos milagros, para que todos abracemos esta devoción tan santa y celestial del Rosario, para bien de nuestras almas.



De un abad que por virtud del Santo Rosario fue libre del demonio. En un monasterio de Alemania había un abad que vivía profanamente, y no conforme a sus votos, y oyendo un día las grandezas y excelencias de esta santa devoción determinó escribirse en la cofradía y rezar el Rosario diariamente. Acaeció que por permisión de Dios entró el demonio en el cuerpo de un hombre en aquella misma ciudad donde él estaba (el demonio entró en el cuerpo porque nunca Dios Nuestro Señor da licencia para que entren en alma; son los hombres quienes se la dan y no Dios, y dije por permisión, porque sin ella no puede el demonio entrar en ningún hombre, porque si como dice el Evangelio, cuando el Señor mandó salir aquellos demonios de aquellos dos hombres, los demonios le pidieron licencia para meterse en unos puercos, porque sin licencia del Señor no podían, con cuánta mayor razón la necesitan para entrar en los cuerpos de los hombres); era pues este demonio del cual se trata muy hablador, hacía muchas burlas y hablaba en todas las lenguas; por esto venían muchos a oírle, y el abad también, como curioso fue a verle. Cuando el demonio lo vio se rió y le dijo: “Tú

vienes acá también, señor abad, mucho me alegro de verte, porque eres de nuestros vasallos.” Y comenzó a decir delante de todos, muchos y graves pecados del abad, y por estos dijo el demonio. —“Señor abad ya eres nuestro, y si no fuese por esa cofradía en que estás inscrito, y las oraciones de los buenos que están en ella, que te han defendido, y a algunas otras cosas, agradécelo a esos granillos que traes contigo (refiriéndose al rosario) que ya tenía yo licencia de ponerte las manos encima, hasta llevarte a nuestra posada del infierno, y por eso que rezas y traes contigo, no he podido contra ti.” Oyendo esto el dicho abad, por una parte, avergonzado de sus culpas que el demonio había descubierto, y por otra, temeroso de las amenazas que le hacía, y conociendo la gran virtud del Santo Rosario, enmendó su vida, y si había sido devoto del santo Rosario y lo rezaba, de allí en adelante lo rezó mucho más asiduamente y con mayor devoción, dando infinitas gracias al Señor por la misericordia que había usado con él, y ni de día ni de noche lo dejaba, así acabó santamente.

Una mujer tuvo un hijo por las oraciones del Rosario, y después de muerto resucitó. San Alano de la Rupe escribe lo siguiente en su Historia del Rosario. En Irlanda había una mujer estéril, la cual tenía grandísimo deseo de tener hijos, y para esto usó de muchas medicinas apropiadas para ello. Dado que ninguna cosa le aprovechaba, hizo asimismo muchas devociones y promesas. Y como en aquel tiempo se había renovado la devoción y cofradía del santo Rosario, le aconsejaron que se hiciese inscribir en ella, y que rezase con devoción el santo Rosario, teniendo confianza que la Virgen Nuestra Señora le procuraría fruto de bendición conforme a su deseo. Se hizo inscribir, rezaba devotamente el Rosario de Nuestra Señora, fue oída, y al cabo de un tiempo fue madre de un hijo; pero que siendo el niño de dos o tres años murió de una enfermedad común entre los niños. La madre, que por virtud del santo Rosario le tuvo, recurrió a Nuestra Señora del Rosario, llevando al hijo difunto delante del altar, como ofreciéndolo a quien se lo había dado. Insistió tanto, y perseveró pidiendo a Nuestra Señora que, pues le había dado al niño, le devolviese la vida, pues tanto para lo uno como para lo otro tenía Ella el mismo poder. Y finalmente como mereció al hijo antes, ayudada por la Virgen, mereció ahora que dentro de pocas horas resucitase el niño, sano y salvo por haber sido hijo de tan devota madre.

De un mancebo a quien por el Rosario Nuestra Señora guardó en vida y fortaleció en la muerte. Según escribe el Padre Guillermo Brabantino, en el año 1250, había un mancebo en Alemania hijo de padres honrados y ricos, el cual, muertos su padre y su madre, sin tener quien le aconsejase bien, gastó toda su hacienda en juegos de tablas y dados, y en convites y banquetes andando por tabernas y bodegones con otros iguales a él; pero aunque anduvo de esta manera nunca perdió su castidad y pureza, la cual siempre procuró conservar. Cuando ya no tenía qué gastar, y andando perdido, topó con un hermano de su padre y, viéndole de aquella manera le movió a piedad, y le dio una reprensión, diciendo que siendo hijo de tales padres podría ser hombre valeroso y estimado en aquella ciudad, y que se había descuidado de lo uno y de lo otro. Viendo el tío que hacía poco caso de sus razones, le rogó muy encarecidamente que rezase cada día en honor de Nuestra Señora del Rosario una tercera parte de él, que son cincuenta avemarías y cinco padrenuestros; y así como de burla comenzó a rezarlo, y lo rezó un año entero. Al cabo del año, topando su tío con él, le pidió cuenta de lo que le había encomendado, y el sobrino le dijo que no quisiera dejar de rezarlo por cuanto hay en el mundo; porque aunque burlándose había comenzado con esta devoción, al continuarla se fue aficionando y encendiendo en ella, y se iba dando cuenta de cosas. El tío, alegre por esto, le rogó mucho que en el año siguiente rezase dos partes del Rosario, que son cien veces el avemaría y diez el padrenuestro. Le prometió el sobrino que lo haría, y cumplido el año, ya mejorado en su vida y costumbres, fue en busca de su tío, diciéndole que se había mantenido con su devoción y consejo, y que estaba desengañado de las cosas del mundo. El tío, emocionado de placer al oír esto, le dijo: “¡Bendita sea la Madre de Misericordia que te ha concedido tantas gracias!; no queda ahora sobrino, sino que este tercer año recés todo el Rosario completo cada día, y si perseveráis en esto, rezando ciento cincuenta avemarías y

quince padrenuestros diariamente, y ofrecéis estos misterios, yo me ofrezco y quedo obligado a darte una joven por esposa y mujer que para tu estado es lo que más te conviene.” Lo cumplió así el mozo, y el tío también en casarlo con una hermosa y virtuosa doncella. Llegado el día de las bodas, con la preparación del convite y la cena para familiares y convidados de una parte y de otra, y con el mucho regocijo que aquel día había tenido, no se había acordado el buen muchacho de rezar el Rosario, y como le pareció que, si entonces no lo rezaba, después de la cena no iba a poder rezarlo, se levantó de la mesa, pues ya se disponían a cenar, y habla al oído a su tío, rogándole hiciese detener los manjares y convidados, porque él tenía cierta necesidad que no podía pasar sin ella. Lo hizo así el tío, y el buen muchacho se retiró a un aposento retirado y comenzó a rezar el Rosario a Nuestra Señora, con tanto amor y devoción por cuanto sabía cuán obligado estaba por las gracias que había recibido de la Soberana Virgen María. Cuando hubo acabado de rezar la última avemaría de todo el salterio, se le apareció la Virgen Nuestra Señora más resplandeciente que el sol, y le mostró al mancebo tres ropas muy galanas, en las cuales estaban bordadas las palabras del avemaría, y le dijo la Santísima Virgen: “Mira aquí, hijo mío, las vestiduras que en estos tres años me hiciste, y mira las avemarías que me rezaste escritas y bordadas con letras de oro. Y porque, aunque has sido vano en las cosas del mundo, has guardado la virginidad, no quiero que la pierdas, sino que mueras virgen, como esposo mío; y así, luego te cogerá una ligera fiebre, por causa de la cual no podrás llegar a tu esposa, la fiebre te durará tres días, y al cabo de ellos, al tercer día, vendrás a Mí.” Y dicho esto la Virgen María desapareció, y el mozo salió al convite con mucha alegría, diciendo y rogando a todos que cenasen y se holgasen, que él no se sentía del todo bueno y por esa causa no quería cenar; y así se sentaron todos a la mesa y cenaron con regocijo. Se fue el mozo a su cama y acabado el convite, llamó al tío, a su esposa y a algunos amigos a su habitación, les contó todo lo que la Virgen Santísima le había dicho, y como al tercer día él iba a irse con Ella a descansar. Comenzó a tener una fiebrequilla que le duró los tres días, y al tercer día, según la palabra de la Virgen Nuestra Señora, expiró con mucha alegría, de la cual se podía conjeturar que gozó de la presencia de la Santísima Virgen María. Visto esto, todos fueron muy devotos del Rosario, y la esposa, habiendo perdido tan buen esposo, no quiso ya más casarse con otro, sino que, perseverando en su virginidad, acabó sus días al servicio de la Virgen María Señora Nuestra.



Un Sacerdote, por el Santo Rosario de la Virgen, se libró de un espantoso despeñadero en que cayó. Cuenta el Padre Pedro Ribadeneira, historiador de la vida y hechos de San Francisco de Borja, que fue Duque de Gandía, y después religioso y tercer General de la Compañía de Jesús, que andando el Padre Francisco de Borja, ya religioso jesuita, por un camino rústico, llegaron él y su compañero, el Padre Bustamante, hombre venerable y viejo, a una sierra muy áspera y fragosa, llamada de los Siete Pallares, y está al sur del río Mondego, y no lejos de la ciudad de Coimbra. Cabalgando pues por esta sierra iba el Padre Francisco delante y el Padre Bustamante, su compañero, le seguía rezando el Rosario de Nuestra Señora que llevaba en las manos, y al pasar por un paso muy estrecho y peligroso, resbaló la cabalgadura en que iba Bustamante, y comenzó a rodar por unos riscos, y por un tan espantoso despeñadero que sólo mirarlo daba espanto. El anciano Padre Bustamante comenzó a invocar a grandes voces aquellos dos dulcísimos nombres de Jesús y María, que él iba rezando. Al oír el Padre Francisco las voces de su compañero, y las de unos hombres que viéndole caer dieron grandes gritos, volvió los ojos, vio rodar por aquella cuesta abajo al buen Padre Bustamante, ya encima ya debajo de su mula, y fijos los ojos en el Cielo, dijo: “¡Jesús te ayude!” Al mismo tiempo que dijo esto, se detuvo la cabalgadura en un lugar tan peñososo, resbaladizo y dificultoso para detenerse allí, que causó no poca

admiración a los que lo vieron. Hallaron al Padre Bustamante con su Rosario en las manos, y él y la cabalgadura estaban sin lesión alguna. Unos hombres, con unas sogas, sacaron al Padre Bustamante de aquella profundidad en donde estaba, alabando todos al Señor, porque le había librado de tan claro peligro. Él atribuía después esta misericordia de Dios a la santísima intercesión de su benditísima Madre del Rosario, a la cual él llamó en su socorro, y cuyo Rosario iba rezando, y nunca soltó de las manos en todo el trance.

Por el Santo Rosario libró Dios a un religioso de los moros. Cuentan Padres muy venerables de la Compañía de Jesús, que en los primeros años de la fundación del colegio de Valencia, recibieron en la Compañía a un Hermano llamado Diego de Sarabia, hombre de mucha rectitud, gran religioso, de mucha confianza, y por tal le tuvieron toda la vida. Este religioso viniendo de Gandía a Valencia por la costa, venía rezando el Rosario de Nuestra Señora, que traía en la mano, y de pronto le salieron seis u ocho moros para hacerle cautivo como solían hacerlo algunas veces por aquellas regiones, y viéndose el buen religioso en este trance y angustia, levantó la mano del Rosario hacia el Cielo y el corazón juntamente, diciendo: “¡Oh Reina del Rosario que en esta angustia no tengo a nadie que me ayude sino Vos, os suplico me libréis de este peligro!” Cosa milagrosa: al punto quedaron ciegos todos los moros que le querían llevar cautivo y, como no le veían, preguntaban unos a otros, qué se había hecho aquel hombre, y unos a una parte y otros a otra, iban confusos; el buen religioso, que así los vio, se alejó con presteza librándose de ellos, dando gracias a la Soberana Virgen del Cielo que tan gran merced le había hecho.

Milagro en la ciudad de Vitoria con unas candelas del Rosario. Ocurrió en el año 1513, en la capital de Álava, Vitoria, en el monasterio de Santo Domingo. Allí funcionaba la cofradía del santo Rosario y estaba entonces muy adornada, y amparada con la autoridad de una imagen milagrosa que allí había de Nuestra Señora del Rosario. Era la víspera de la Purificación de Nuestra Señora, y había muchos devotos pidiendo que los inscribiesen en la cofradía, como se hizo. Pero los cofrades estaban un poco afligidos y acongojados por estar pobres de velas. Entonces compraron ocho libras de cera blanca y la hicieron labrar aquella noche mandando que se hiciesen treinta y dos velas de un cuarterón o cuarta parte de libra; las hicieron y sobró cera para hacer muchas más, de suerte que en total llegaron a obtener setenta velas, y cada una por sí pesaba un cuarterón, y todas juntas solo ocho libras (y no 17½ como correspondería). Para hacer una investigación de este hecho milagroso, se recogieron todas las velas, las cuales entre todas se reconocían fácilmente por ser hechas a mano, y las otras de baño y en molde, y se guardaron en un arca, para que el juez ordinario y vicario de la ciudad hiciese un proceso formal, y en presencia suya las pesaron. Aunque habían ardido tres días, y estaba gastado un tercio de ellas al parecer de todos, pesaron nueve libras y un cuarterón. Además, habiéndose guardado en el arca cincuenta y ocho velas, se hallaron sesenta y una, cuando en presencia del juez se hacía el recuento, el cual se hizo con mucha fidelidad y diligencia, como consta del original, y de una copia firmada y autorizada que está en el convento de Santo Domingo, el cual se guarda con parte de las candelas en un archivo que los cofrades hicieron junto al altar mayor al lado del Evangelio.

Cómo libró Nuestra Señora del Rosario a un hombre sentenciado por justicia, y le dio vida. Poco antes que sucediese lo que acabamos de decir, cuenta el obispo de Cotron, que siendo gobernador y capitán general de aquella ciudad don Fadrique de Toledo Duque de Alba, y confesor suyo el Padre fray Martín de Santis de la orden de predicadores, hombre de gran celo e insigne predicador, por cuyo acuerdo el duque había establecido un reglamento muy cristiano y harto necesario para aquellos tiempos, por el cual se daba pena de muerte a cualquier hombre blasfemo. Fueron acusados dos hombres de este delito y condenados a ahorcar, sin que aprovecharan ruegos que detuviesen la ejecución de la justicia, que tan rigurosa parecía a muchos. El Padre Fray Martín de Santis que para ayudarles y animarles en el paso de la muerte, que tanto ha menester ayuda, salió de su convento y les comenzó a persuadir la devoción del santo Rosario, y los bienes que por ese medio se podían esperar, y

lo que en aquel paso les podía valer la Virgen Santísima del Rosario, rezándole al tiempo del morir, esta santa devoción, que la Reina del Cielo premia tanto. Aceptó el consejo el uno, perseverando el otro en su obstinación y dureza, y comenzó a rezar el santo Rosario con mucho sentimiento y lágrimas de sus pecados, implorando con un fervor del cielo, el favor de la Virgen Santísima, cuyo Rosario tenía en las manos, y con esto el corazón en el Cielo, y en su santo ejercicio de que en tan breve tiempo tan gran maestro había salido. Sucedió pues que yendo en su borriquillo (conforme al estilo de Castilla), salió este de entre la gente con él, que caminaba a la horca, con tan grande ímpetu y tan aprisa, como si fuera un caballo desbocado, sin que la justicia, hombres ni soldados, pudiesen ser parte para estorbarlo, como si tuviera entendimiento, y no paró hasta ir al convento de santo Domingo, y entrarse por las puertas, y ponerse delante la capilla del Rosario. Acudió la justicia y mucha gente a querer sacarle de la iglesia, y bastó la autoridad del Padre maestro fray Juan de Vitoria y del Padre fray Martín de Santis (que dichas vísperas se habían quedado en la capilla rezando) para que nadie echase mano del delincuente, a quien la Virgen del Cielo había rezado. El reo reconoció esta merced tan grande, de manera que jamás abandonó el convento, sino que duró en él muchos años en hábito de fraile lego, conservando la devoción del santo Rosario.



Conquista del reino de Navarra y su anexión al Estado Español, gracias al Santo Rosario. Como se enteró de algunos milagros ocurridos, la duquesa de Alba se movió con particular fervor a la devoción del Rosario de la Madre de Dios. Por ese tiempo, su esposo, don Fadrique Álvarez de Toledo, segundo duque de Alba fue enviado al frente de un ejército para impedir que Navarra, con el consentimiento de los reyes de Navarra, se convirtiera en provincia francesa. La duquesa compró muchos millares de rosarios, que mandó repartir entre la gente de guarnición y soldados que San Fernando V el Católico, regente de Castilla, tenía allí para la defensa del reino de Navarra (diligencia harto importante para todo buen suceso). Creció la devoción del santo Rosario entre los soldados de tal forma, que con este socorro tuvieron por cierta la victoria contra los franceses, que estaban ya en Logroño. Y así fue: tuvieron la victoria contra los franceses y conquistaron el reino de Navarra para la corona española. Entre los navarros, después de haber perdido mucha honra en la jornada, pues la ganaron los castellanos y alaveses de valientes, y lo que es más de cristianos, quedó muy acrecentada la devoción del santo Rosario, a la cual ayudó valiosamente el Padre Martín de Santis con su predicación y los grandes favores que a la cofradía del Santo Rosario posteriormente hizo el Papa San Adriano VI.

Un clérigo que se había dado al demonio, se libró de él, por virtud del Santo Rosario. Hubo en Alemania un clérigo mundano y profano, el cual además de la culpa por lo que hacía contra Dios, a Quien tenía el deber de servir, faltándole los bienes temporales para sus malas obras, se dio por propia voluntad al demonio. Pensaba que por haber hecho aquello el demonio le daría bienes temporales, pero como la costumbre del demonio algunas veces es afligir más a los que se dan a él, en lugar de tener bienes temporales el pobre clérigo vino a mayor pobreza. No sabiendo qué camino tomar, y acusándole la conciencia de lo que tan mal había hecho, pensaba mudar de rumbo y enmendar su vida, si por ventura Dios le perdonara sus pecados, en especial aquel gran pecado de haberse dado al demonio. Como oyó que por el Santo Rosario la Virgen Santísima obraba tantas maravillas, decidió inscribirse en la cofradía del santo Rosario, y rezarlo cada día. Lo hizo y perseveró en ello algunos años, suplicando siempre a la Virgen María que le alcanzase el perdón de su Hijo, de aquel pecado tan grande, como era haberse dado al demonio. Hizo mucha penitencia por ello, se confesó, y no le faltó el socorro de la Benditísima Virgen, Nuestra Madre y Señora, porque le fue revelado que por virtud del santo Rosario, y por las oraciones de los

cofrades, Dios le había perdonado aquel grave pecado y todos los otros, y había aceptado su penitencia. Por lo cual él muy alegre, perseveró todo el tiempo que le quedó de vida en la devoción del santo Rosario de la Virgen Benditísima, e indujo a muchos a ser cofrades y devotos de él, contando las maravillas que la Virgen Nuestra Señora había obrado en él.

Un hombre ciego había desesperado de la misericordia de Dios, y por virtud del Rosario alcanzó la esperanza y acabó en paz. San Alano de Rupe cuenta este milagro como testigo presencial. “Un hombre que quedó ciego, se dejó llevar de gran desesperación, desconfiando de poder alcanzar el perdón de sus pecados. Ni yo ni otros que le tratamos le pudimos quitar esa desesperación, aunque le contábamos de la caída de David, de Santa María Magdalena, Santa María Egipciaca, y de otros santos penitentes; le hablábamos de la gloria que pierden los desesperados, con las penas eternas, todavía se mantenía en sus ideas. Buscando cómo esta alma no se perdiese por desesperación, con esperanza firme de que la Virgen María le favorecería si pudiese hacer que rezase el santo Rosario, le dije: –‘Hermano mío, tú no quieres mirar por ti, ni dar oídos a todos los que te aconsejamos para tu provecho, lo cual nos duele mucho; te ruego que, a lo menos por servir a la Madre de Dios, te hagas inscribir en el libro del Rosario, y aceptes rezarlo, para que alabes a Dios y a la Virgen María, ya que les has ofendido; que yo te prometo descanso para tu conciencia, y para nosotros consuelo.’ El hombre aceptó el consejo que le di, se hizo inscribir en la cofradía del santo Rosario, y se dispuso a rezarlo con alguna devoción, según lo que le era posible, y le valió tanto que no pasaron muchos meses y le vi tan cambiado, y tan lleno de esperanza, cuanto antes estaba falto de ella, con la cual (y con las muchas buenas obras que hizo, como siervo de Dios y de Nuestra Señora) terminó sus días en virtud, y consuelo de su alma.”

Una mujer fue libre de los celos de su marido, y de la muerte, por el Santo Rosario. En el año 1547, en la ciudad de Barcelona, se hallaban Padres de la orden de predicadores, a cuyo cargo está predicar y exhortar a los fieles la santa devoción del Rosario, como herederos de su Padre, Santo Domingo, por voluntad de la Reina del Cielo. Viendo que este santo ejercicio andaba algo olvidado, trataron de reavivarlo, y fue con tanto empeño que por medio de su predicación y exhortación al pueblo cristiano, muchos se inscribieron en esta cofradía santa, y luego acontecieron algunos milagros, con los que la Virgen soberana quiso favorecer a sus devotos. Entre otras personas que se registraron en esta santa cofradía, y que con muy particular devoción rezaban el santo Rosario, había una buena mujer cuyo marido, atormentado de celos (que es una furiosa locura y amor convertido en odio), le daba muy malos ratos y mal trato; y esto continuaba sin que valiesen razones ni ruegos. Una noche decidió matarla desesperado por sus celos: la derribó en tierra y echando mano de una daga, levantó el brazo para darle el golpe mortal. Viéndose la pobre mujer tan cercana a la muerte, dijo con breves palabras, como el caso lo pedía: “¡Oh Virgen María del Rosario protégeme; Tú sabes que soy inocente!” Apenas dio lugar la arrebatada furia del marido, para acabar súplica tan breve y descargó con gran ímpetu un golpe con que pensó acabar la vida de la que tantos sobresaltos le daba. Y fue cosa milagrosa, que se dobló la daga, como si fuera de cera blanda y no de acero, y de manera que ni aun en la ropa quedó marca, pero lo hizo en el corazón del cruel marido, y al punto le trocó de tal forma que pidió muy de veras perdón a su mujer. Él reconoció que aquella era obra de la Virgen del Rosario, hecha en defensa de esa sierva suya, y devota de su santo Rosario que estaba sin culpa. Le rogó que a la mañana siguiente fueran al convento de los frailes predicadores donde estaba la capilla y cofradía del Rosario, porque quería inscribirse en la cofradía y rezar el santo Rosario todo lo que de vida le quedase. Así lo hicieron; dieron noticia del milagro y, como testimonio y para perpetua memoria de él, colgaron la daga en la capilla; y fueron fieles siervos de la Virgen María y devotos de su santo Rosario. Sucedió este milagro en el mes de junio del año de 1550, del cual fue testigo el Padre Jerónimo Taix, que en el año de 1556 lo escribió e imprimió en un libro que hizo de esta santa devoción.

Dios libró a una mujer de los tormentos de la justicia, por el Santo Rosario. En la ciudad



de Balaguer en el principado de Cataluña, en el año 1552, había una mujer muy devota del santo Rosario, la cual fue presa de la justicia por una acusación falsa que hubo contra ella. Si el crimen hubiera sido verdadero, era grave, y de aquellos para los que hay rigurosos castigos en todos los tribunales, pues la acusaban de ser hechicera y bruja, cuando menos. Encerrada en la cárcel siendo inocente, cuando le tomaron su declaración, negó. Para que se aclarasen los indicios, o confesase el delito, fue condenada a tormento para averiguar la verdad. Ella comenzó a afligirse, viéndose por una parte sin culpa, y por otra temiendo que en una mujer flaca la fuerza de los tormentos podría hacer quizás lo que en hombres muy animosos muchas veces acaece, que es confesar lo que no es, por salir de tan penosa muerte. Se postró en esta aflicción a los pies de la Reina del Cielo, y en fin llegó la hora en que la ataron para ponerla en el potro, y le ataron una gran piedra a los dedos de los pies. Estaba allí una niña sobrinilla suya a quien dijo: “Corre hija a casa y tráeme el Rosario, que la turbación que me causaron al prenderme me hizo olvidarlo.” Le llevó el Rosario y, tomándolo en las manos comienza a rezarlo con gran devoción y profunda pena, encomendando su causa e inocencia en aquel proceso

contra ella a la Madre de Dios. Tres veces la subieron al tormento atada con una soga, mientras ella seguía invocando el favor de la Virgen, sin dejar el Rosario de las manos, que era el arma con que peleaba y se presentaba a la furia de los tormentos, y fue tan poderoso para este fin que, con asombro de los que allí estaban, la soga se rompió en pedazos las tres veces. Viendo los jueces y alguaciles un milagro tan claro, al punto la dieron por libre de la falsa acusación. No olvidó la buena y devota mujer la merced recibida, sino que reconociendo que con un mismo milagro la Virgen del Cielo la había librado del tormento y devuelto su fama y honra e incluso su vida, antes de ir a su casa fue con dos escribanos al convento de los frailes predicadores de la ciudad, y aquellos, como testigos, publicaron el milagro.

Una mujer desesperada alcanzó contrición y confesión por el Santo Rosario. En la ciudad de Dordrecht en Holanda, había una gran pecadora, que había caído en desesperación. Hacía veinticuatro años que no se confesaba, porque no creía ni esperaba alcanzar perdón de sus pecados, que eran tan graves y enormes. Y aunque un fraile de la orden de los predicadores la exhortaba y amonestaba a que se confesase, diciéndole que la Misericordia de Dios es tan grande, que no sólo basta para perdonar cuantos pecados se hicieren en este mundo, sino todos los pecados de infinitos mundos por graves que sean, si con corazón contrito se vuelve a Él. Ella por el contrario no respondía sino con seguir en su desesperación. Viendo pues el religioso por esta vía no aprovechaba nada, confiando en la Bondad y Misericordia de Dios y de su Purísima Madre, le dijo a la mujer: “Creo que aunque estés con esta desesperación, a lo menos como cristiana tendrás devoción a la Reina de los Ángeles, la Virgen María.” Y respondiendo ella que así era, le dijo el religioso: “Reza pues en honra de Nuestra Señora, Abogada de los pecadores, su santo Rosario, y ten por cierto que por virtud del santo Rosario tú alcanzarás la gracia y misericordia de Dios, para poderte confesar debidamente y alcanzar el perdón de tus pecados.” Aceptó la mujer el consejo del religioso, y comenzó a rezar el Rosario. Pasados tres días en su devoción de rezar el Rosario, y no sintiendo ninguna contrición ni dolor en sí para confesarse, volvió al religioso quejándose de que ya durante tres días había rezado el Rosario y no hallaba ni sentía consolación alguna, ni en sí más devoción que antes. El religioso la fortaleció y la animó a que perseverase, diciéndole que no se cansase en la devoción, que él se lo aseguraba y estaba cierto de que sin falta alguna, ella recibiría el consuelo de recibir lo que pedía. Volvió pues la mujer con esta esperanza a su casa, y perseveró en rezar el Rosario por espacio de tres semanas. Una vez cumplidas, le



dio Dios, por intercesión de su Santísima Madre, la Virgen María, y por virtud del santo Rosario, tanta contrición y devoción y tanto deseo de confesarse, que parecía que el corazón se le iba a reventar de dolor. Así sin dilación alguna fue al religioso y arrodillada a sus pies, se confesó enteramente de sus pecados con firme propósito de jamás volver a ofender a Dios. Y después perseverando en la devoción del Rosario, vivió todo el tiempo de su vida casta y santamente a honra y gloria de la Benditísima Virgen María Abogada y Amparo de los pecadores.

De un usurero que por la devoción del Rosario restituyó lo mal ganado. Hubo en Italia un cierto usurero llamado Jacobo, que de poco vino a tener mucho, con mucha diligencia y poca conciencia. Algo bueno tuvo este hombre entre tanto mal que hizo en la vida, y es que a persuasión del bienaventurado Santo Domingo (que entonces predicaba) le rezaba el Rosario a Nuestra Señora, llevándolo consigo. Un día, cuando este hombre estaba rezando el Rosario delante de la imagen de Nuestra Señora, oyó una voz que varias veces le dijo: “Jacobo, da a mi Hijo y a Mí tan estrecha cuenta como tú exiges de tus deudores.” Como esto lo oyó repetidas veces, le fue ocasión para enmendar su vida y restituyó lo mal ganado. Finalmente al llegar al trance de la muerte, vio como el bienaventurado San Miguel ponía en una balanza las obras buenas, y en la otra parte para contrapeso ponían los demonios las malas, pesando las malas mucho más que las buenas obras, por lo que él quedó muy triste, hasta que vio que Nuestra Señora puso un rosario en la balanza de las buenas obras, con el cual compensó sus malas obras y la balanza se inclinó a su favor. Mostrando grandísima alegría, acabó y pasó de esta vida a la que es sin fin.

Por el Santo Rosario y por las oraciones de los cofrades, un pecador confesó bien sus pecados, se curó de una enfermedad y enmendó su vida. En España había un gran señor, hombre de mala vida, que mal usaba del favor y honra que Dios le había concedido; aunque también es verdad que con un resto de devoción se hizo inscribir en el libro del Rosario de Nuestra Señora, rezándolo regularmente. Vino a caer enfermo de un flujo de sangre muy peligroso, aunque no por eso dejaba los reniegos de Dios y su Bendita Madre, con juramentos irreverentes. Esto fue motivo para que algunas buenas personas le rogasen que se calmara, y aun se confesara por el peligro en que estaba, para que no muriese en tal estado. Sucedió que pasaron por la calle de la casa del enfermo, dos hombres virtuosos que vieron en esa casa gran número de diablos volando dentro y fuera de la habitación del enfermo. Entraron en la casa y lo oyeron renegar y blasfemar espantosamente, por el gran temor de la muerte, que tenía cerca, y por la fatiga que los demonios le daban, aunque el enfermo no los veía. Estando los buenos hombres atónitos de lo que veían, oyeron una voz del Cielo que decía: “Cofrades, ayudad a este enfermo, vuestro cofrade.” Al oír el mandado celestial, acudieron a la oración, que fue el santo Rosario, y acercándose a la cama del enfermo, le hablaron de su salvación, exhortándole a que confesase sus pecados, y reconociese el peligro; y como era cofrade del Rosario de Nuestra Señora, que la invocase en tanto apuro, para que le concediese la gracia de confesarse bien. Pudieron tanto las palabras de estos dos buenos cofrades con el dicho enfermo, que no solamente le fue otorgada gracia para bien confesar, sino para recobrar su salud, y para que todo el tiempo que le quedó de vida hiciese penitencia de sus pecados, siendo en adelante muy fiel siervo de la Virgen Nuestra Señora.

La Santísima Virgen María reveló a una religiosa que lo más grato del Rosario le eran las palabras ‘Dóminus tecum’. Una religiosa, muy devota de Nuestra Señora y de su santo Rosario, rezaba cada día todo este salterio, que son ciento cincuenta veces el avemaría y quince padrenuestros; pero por rezar todo el salterio de una vez, se daba prisa en rezarlo, y no se detenía en contemplarlo. Una noche se le apareció la Virgen María, y le dice: “Hija, ¿duermes?” La religiosa viendo a la Virgen Nuestra Señora, se levantó y le respondió:

“No duermo Señora, pero, ¿cuál es la causa para que vengas a esta criada?” Respondió la Virgen: “No temas, hija de Mí, que soy Madre; te vengo a decir que tu devoción del Rosario me es muy agradable, porque Yo recibo gran contento al oír la salutación angélica del avemaría, y en especial cuando dices ‘Dóminus tecum’ (el Señor es contigo), porque oyendo aquellas palabras me parece que llevo a mi Hijo precioso en mi vientre; pero te amonesto que no las digas tan aprisa como hasta aquí las has dicho,” y desapareció. La religiosa acordándose de lo que la Virgen María le había mandado, para más detenerse en pronunciar ‘Dóminus tecum’, no rezó en adelante cada día sino cincuenta veces el avemaría, deteniéndose siempre en decir ‘Dóminus tecum’, pero con tanta contemplación en aquellas palabras, que le tomaba más tiempo una sola parte del Rosario que antes las tres; y así acabó su vida santamente, y en servicio de la Virgen María.

Un cartujo, por el Santo Rosario, recibió favores del Cielo y que unos ladrones se convirtiesen. Hubo un religioso de la orden de la cartuja, joven muy bien dispuesto, el cual, antes de que tomase el hábito, tenía por costumbre hacer cada día una guirnalda de rosas o de las flores y hierbas olorosas que hallaba, según la época del año y la ponía sobre la cabeza de la imagen de la Virgen María que estaba en la iglesia de su pueblo, sin que jamás faltase lo que a su parecer tanto agradaba a la Reina del Cielo. Con estas y otras buenas inclinaciones que el santo mozo tenía, no se quedó mucho tiempo en el siglo, donde las ocasiones para realizar sus santos intentos no eran tantas como él hubiera querido. Como en la vida religiosa tendría muchas para todo cuanto fuese a propósito para servir a Dios y a su Madre, tomó el hábito en un convento de la cartuja. Pensando que la forma que tenía de servir a la Virgen, era acertada, y por ser conforme a su inclinación y a su costumbre, se dio a buscar flores y rosas y hierbas, para hacer cada día una corona a la Virgen, ejercicio aunque bueno, no era conforme al retiro y gran recogimiento que se guardaba en aquella orden. Esto fue causa de que el prelado le mandara que lo dejase como no tan acertado para lo que allí se pretende. Con esto el mozo se comenzó a inquietar, de manera que se resolvió a dejar el hábito y el estado religioso que había comenzado, no pensando sino en que no podía servir a la Virgen como él quisiera; cosa bien propia de novatos, que son más amigos de gobernarse por sus pensamientos que por los ajenos, siendo que en esto consiste la prudencia del fraile, ya que en los pensamientos propios hay muchos peligros, aunque a nuestro parecer sean atinados. No pasaba tan desapercibido el desasosiego del religioso, por lo que el prior le preguntó la razón de su desconsuelo; él le dijo que era no poder hacer aquel servicio a Nuestra Señora, cuya indignación temía si lo dejaba; y aunque le parecían fáciles los trabajos del monasterio, esto le hacía renunciar al estado que había tomado. A fin de sublimar los santos deseos del mozo, el prior le dijo: “Hijo, yo te enseñaré a hacer una corona mucho mejor que la que hasta ahora has hecho, y que a la Virgen agradará más: Reza cada día una parte del santo Rosario, y verás luego cuán más a gusto suyo es este servicio que el que hasta aquí le has hecho.” Aceptó de buena gana el consejo pues sólo vivía con el deseo de acertar, y le resultó tanto provecho con ello que, con su entusiasmo juvenil, se mejoró en toda virtud, y era esta tan conocida de todos que en breve tiempo con común acuerdo fue prior de su convento. Sucedió en un viaje de negocios del monasterio, que tuvo que pasar por un espeso bosque donde había abundancia de salteadores, los cuales, viendo al prior y a su compañero, decidieron esperarlos en lugar seguro a fin de quitarles lo que llevaban. De pronto yendo por su camino, se acordó el santo prior que aquel día no había rezado el Rosario y, como esto era su mayor preocupación, al punto se apeó de su cabalgadura y se desvió un poco de su compañero para rezar el santo Rosario, siendo este su ejercicio regular, que por ninguna razón iba a dejar. Y por hacer esto bien hecho, hizo del monte oratorio, y de las encinas imágenes, y puesto de rodillas comenzó su Rosario. Los ladrones estaban mirando con mucho cuidado y malos deseos, que no se perdiese la presa que les ofrecía la ocasión. Y observando con mucha atención al prior, vieron una hermosísima Doncella, que cogía una rosa blanca que salía de la boca del fraile tras cada avemaría que



rezaba, y una colorada cuando decía el padrenuestro, y al acabar el Rosario tejió la Virgen María Nuestra Señora y Reina del Cielo, una hermosa corona, y la puso sobre su celestial cabeza, y coronada desapareció. El caso fue tal que en un instante cambió el corazón infame de los salteadores, y confesando su error fueron al prior, suplicándole les dijese quién era aquella Señora que había estado en su presencia. Respondió que no sabía, ni había visto cosa que pudiera contarles. Ellos le contaron lo que habían visto y le rogaron les dijese qué rezaba. Y al oír que rezaba el Rosario se convencieron que la que habían visto era sin duda la Reina del Cielo, con lo que quedaron tan cambiados que desde aquella hora dejaron la mala vida que llevaban, hicieron profesión de la devoción del Rosario, que fue la causa del buen fin de tan mala vida como habían llevado. Y con este milagro el prior se fortaleció más aún en su acostumbrado y santo ejercicio.

Por el Santo Rosario, un noble recibió sepultura en San Juan de Letrán, con admiración del Papa y Cardenales. En Roma había un noble muy devoto de la Virgen, y como tal rezaba cada día su Rosario, y era cofrade de esta santa hermandad. En ciertas discusiones que tuvo con otro, echó mano a la espada, y defendiéndose lo mató. Su enemigo era más rico y poderoso que él, y dejó dos hijos y un sobrino ya hombres, los cuales tomaron con tanto empeño la venganza, que al fin le fue forzoso ausentarse de la ciudad, y andar siempre con cuidado. No lo pudo tener tan grande (aunque lo tuvo de hacer penitencia de su cólera) pues con la diligencia y espías que tenían sus contrarios en ninguna parte estuvo seguro. Determinó de adentrarse en un bosque que estaba a poco más de treinta kilómetros de Roma, en donde estuvo tan mal escondido, que pasados pocos días vinieron allí los hijos del difunto, con mucho aparato de caza para más asegurarse. Pero al acercarse a donde estaba, le hallaron puesto de rodillas y con el rosario en las manos rezando, y en la disposición que estaba, comenzó a alegar las razones para su disculpa, les suplicó por amor de la Virgen le perdonasen la vida, pues había sido en defensa propia que mató a su padre. No sirvieron las razones a hombres tan cegados por su deseo de venganza, pues nada pudo cambiar su determinación; le mataron allí así como estaba, de rodillas y con su rosario, y se fueron. A la noche siguiente, se apareció la Virgen María al cura de San Juan de Letrán de Roma y le dijo: “Irás a la mañana, y darás aviso de mi parte al Papa y a los Cardenales, que en el bosque de Bacan hallarán un devoto capellán mío, y que le manden luego enterrar en el cementerio de esta iglesia. Verán que esto es verdad, porque estando todo el bosque lleno de nieve, donde está aquel siervo mío, no hay.” Se confundió mucho el clérigo con el encargo, y comenzó a dar excusas. Le parecía que no sabía hablar y que tenía poca autoridad, para saber tratar del negocio con personas tan ilustres, como para convencerlos de la verdad de algo que parecía tan desatinado. No aprovecharon excusas, sino que la Reina del Cielo le mandó ir enseguida, y para que le diesen crédito, dijo que les mostrase el pecho, y que como verían que no llevaba cosa alguna, que él mismo con la mano sacase lo que hallase. Con esto le fue forzoso ir a dar el aviso. Lo recibieron de la manera que él sospechaba, como negocio de risa y sin sentido, y tenían por locura creer que a él se le había aparecido la Santísima Virgen, y lo mismo les pareció que sería de la nieve, y que por cosa tan insegura, y probablemente una burla, era un desatino que fueran allí el Sumo Pontífice y los cardenales. El clérigo se sentía avergonzado, pero acordándose de la segunda señal, después de haber mostrado su pecho donde ninguna cosa había, él metió la mano y sacó un puñado de rosas blancas y coloradas y tan frescas como si en aquel momento se acabaran de cortar, y lo mismo sucedió por segunda y tercera vez. El Papa y los cardenales asombrados al ver un milagro tan grande, que lo era sin duda, pues ellos habían visto antes que él no llevaba en el pecho cosa alguna, y porque era diciembre, cuando era imposible hallar rosas tan lozanas y tan frescas. Cuatro cardenales tomaron a su cargo la búsqueda del cuerpo, y fueron con mucha diligencia,

viendo que la Virgen lo amparaba, y guiándolos el clérigo le encontraron de rodillas, y con el rosario en la mano como si estuviera vivo (milagro muy semejante al de San Pablo Ermitaño, que cuenta San Jerónimo). Lo llevaron y lo enterraron donde la Reina del Cielo había mandado. Y fue tan celebrado el milagro, que el Papa y los cardenales y otros muchos fueron desde aquel momento devotísimos del santo Rosario, entendiendo los favores que en vida y en la muerte hace la Virgen a los que de veras lo son. Es muy de notar que, si la Santísima Virgen María fue tan solícita por la honra temporal de un devoto suyo y de que su cuerpo mortal fuese enterrado dignamente, ¡cuánto más cuidará de la salvación eterna de las almas inmortales de sus amantes devotos!

La Virgen restituye un pacto de entrega al demonio, que un desdichado firmara con su sangre, por la devoción del Santo Rosario. Un infeliz que perdió su fortuna y llegó a gran miseria y pobreza (cosa que pocas veces se suele llevar con sufrimiento cristiano), por inspiración del demonio, que le prometió el remedio de tamaña necesidad si renegaba de Dios Nuestro Señor y del Santo Bautismo que había recibido, hizo juramento de sumisión de ser siempre suyo y firmó este desatino de su mano, escrito con su sangre. Puso los ojos, no en el abismo de tanto mal, sino lo que al presente le ofrecía el demonio. Y con esto el desventurado llegó al peor de los males, con tal sujeción y tan terrible obediencia. Hasta que un día en compañía de un caballero, a quien no se pudo negar, tuvo que ir a un convento de frailes de Santo Domingo a oír Misa y sermón. En este se trató de la tiranía en que tenía el demonio a los que lo servían, y de las oportunidades que daba el Señor a esos infelices para que saliesen de su ruin vida, y lo que para esto aprovechaba tener devoción a Nuestra Señora e invocarla, y rezar el santo Rosario. Con esta santa doctrina despertó el miserable, y sintió al momento en sí una gran seguridad y confianza en la piedad de la Virgen por medio del Rosario. Se hizo inscribir como cofrade, tomó un rosario en las manos y lo rezaba a menudo, esperando que la Reina del Cielo favoreciera a quien tanta necesidad tenía de ayuda, y no poca. Perseveró en su santo intento algunos meses, al cabo de los cuales fue socorrido por la Virgen Nuestra Señora. En tanto el diablo hacía burla de su devoción, pues le parecía que, con la firma que tenía, aquella alma era tan suya que no podía alegar que no le pertenecía ni salir de entre sus garras. Con la angustia que tenía el hombre, bañado en lágrimas se fue a un convento de frailes predicadores, y entró en la capilla del Rosario, se puso de rodillas ante la imagen de la Virgen María, a quien entre muchas razones le dijo: “Oyeme Señora en tan gran desgracia, y que sienta yo tu favor por virtud del santo Rosario, con el cual y por el cual dicen tus predicadores que haces grandes mercedes a tus cofrades. Con tal confianza vine a tu presencia, y en ella estaré perpetuamente hasta que vea restituida en mi poder la cédula que tiene el demonio escrita con mi sangre. Y esta señal tendré de que tu socorro es cierto, Señora: el verla borrada.” Perseverando el hombre en su oración, y mirando muchas veces a la imagen de la Virgen Nuestra Señora, vio que de su virginal mano dejaba caer la cédula que él antes había escrito y dado al demonio. La cual con mucho consuelo recibió y reconoció que era la misma cédula. Viendo borrado el pacto de servidumbre, quedó en gran paz por la merced que Nuestro Señor por medio de su Madre le había hecho, y con esto que contó al confesor, tomó muy de veras la devoción del Santo Rosario por el cual había salido de tan grave y conocido peligro. Referido por el Obispo de Cotron.

De un esclavo moro que por el Santo Rosario se curó y convirtió. En la ciudad de Nápoles había un mercader español, el cual tenía un criado esclavo del reino de Granada, que se llamaba Eledat, hombre de muy buen entendimiento. Y aunque moro, le gustaba tratar con hombres virtuosos y doctos en nuestra ley, y entre muchos tenía amistad con un religioso, hombre docto y santo, el cual muchas veces le persuadía que dejase la bestial secta del falso profeta Mahoma, y se hiciese cristiano, pues veía cuán conforme a la razón era la ley que los cristianos profesaban, y cuántas cosas había por donde se echaba de ver el desatino de la suya. Respondía el moro con razones generales dando largas a su amo y al fraile, diciendo que cuando fuese la Voluntad de Dios encaminarle a lo que fuese mejor, él estaba pronto a



seguirla, pero que hasta entonces estaba decidido a no hacer nada. Entretanto, mientras andaba dudoso, el religioso le hizo aprender la oración del padrenuestro y el avemaría. Estando las cosas en tal estado, le dio al esclavo una enfermedad grave, con un dolor que le agobiaba muchísimo, y tal que no le dejaba reposar ni un momento, ni de día ni de noche. En este aprieto le tuvo Dios algunos días, sin que hallase alivio ni remedio para su mal. Supo el fraile de su sufrimiento y le visitó, y tomó ocasión de su enfermedad para convencerle de lo que tantas veces le había dicho, y entre muchas razones le decía que si se moría ahora de aquella enfermedad, su perdición era muy probable y su salvación por poco imposible, y que Dios le tenía tan fatigado como obra de su gracia, a fin de convertirle, tomando por instrumento del remedio del alma, la enfermedad que tenía: “Si aciertas en esto que también te aflige, todo será sanar el alma por medio del Santo Bautismo, y sanar el cuerpo de las dolencias que te atormentan.

Haz firme propósito de hacer lo que te digo, y encomiéndate a la Virgen del Cielo, a quien en vuestra secta preciáis mucho, y hazle un importantísimo servicio, que entre nosotros es muy común y muy celebrado, que es rezarle el santo Rosario, de la forma que yo te enseñaré. Con lo cual, te aseguro que antes de tres días recuperarás tu salud.” Le apremiaba por una parte el dolor, y por otra parte la devoción a la Virgen le movió a pedir un rosario y a pedir que le enseñasen a rezarlo, y que si al tercer día se hallaba sin dolor, él reconocería que el remedio le había venido de la mano de la Virgen Soberana, y se haría bautizar. Comienza Eledat con esta determinación a rezar el Rosario. Lo rezó tres veces aquel día, y como iba rezando iba aflojando el dolor y la pena, de tal forma que antes del tercer día se halló del todo sano. Envío llamar al religioso, y le contó con muchas lágrimas la merced que la Virgen María le había hecho por virtud del santo Rosario, y que inmediatamente quería ser cristiano sin dilatar más el Bautismo, asunto tan serio e importante. Se bautizó y se llamó Pablo, y lo que le duró la vida fue de veras siervo de Dios y devotísimo de la Virgen María del Rosario, de cuya mano le había venido merced tan grande, sobre toda ponderación, y tanto mayor cuanto menos merecida por ser un pagano sin conocimiento de Dios.

Un caballero cristiano se libró del cautiverio de los moros por el Santo Rosario. En la ciudad de Camora en Castilla, había un noble mozo dado mucho a las letras y estudioso de la Sagrada Escritura; el cual oyendo a los frailes de Santo Domingo decir las excelencias y virtudes del santo Rosario, se hizo inscribir en la cofradía, tomó muy de veras esta devoción y rezaba cada día el Rosario, no de cumplimiento sino con mucho espíritu. Sucedió que el año 1530, habiendo embarcado para ir a Italia, cayó en manos de corsarios, los cuales le llevaron cautivo a Argel. Al gobernador de allí, llamado Barbarroja, le pareció bien el esclavo, por ser mozo bien dispuesto y de fuerzas, y mandó que le llevasen a su servicio en compañía de otros muchos que tenía en su palacio. Estuvo tres años en esta vida trabajosa, pero jamás se olvidó del Rosario, ni lo rezaba menos siendo esclavo que cuando estaba en su tierra descansado y libre, teniendo por cierto que por este medio podría mejorar su vida, ya que a su padre no le era posible pagar el gran rescate que por él pedía su señor. Y cuando los medios humanos todos faltaron, se arrojó a los pies de la Virgen, suplicando le favoreciese, teniendo más miedo al peligro de renegar de la Fe, movido con amenazas o con promesas, que no a la vida entre bárbaros, que aunque era intolerable, lo era más el sobresalto con que vivía de perder su alma. Deseaba mucho verse en tierra de cristianos, donde había mayores ocasiones para servir al Hijo y a la Madre. No le engañaban sus reflexiones, ni fue en vano su deseo, el cual comunicó a otro cautivo, gran amigo suyo, haciendo este negocio más alcanzable y menos peligroso de lo que en realidad era. Con esta determinación rompieron una noche los grillos y cadenas con que estaban sujetos y huyeron camino de Bugía sin

llevar nada para comer. Siempre evitando los caminos, caminaban por la noche, y cuando llegaba el día paraban y se escondían; su comida era yerbas y agua. El gobernador hizo grandes diligencias para que los prendiesen, pero jamás hubo de ellos noticia alguna. Encomendándose a la Santísima Virgen María y con los rosarios al cuello los dos cristianos pasaron a nado dos caudalosos ríos que hay en el camino. Con tan buena ayuda llegaron a Bugía, ciudad costera que en ese tiempo era de cristianos, donde contaron que, por gracia de Nuestra Señora y por el Rosario, habían podido huir del cautiverio. Este caballero cristiano hizo una obra en alabanza de la Virgen, que junto con el suceso de todo lo que se ha contado, refirió después en el colegio de Santo Tomás de Sevilla de la orden de los predicadores en el año 1534, cuando vivía en aquella casa el Padre Jerónimo Taix, quien escribió este milagro, que oyó de boca de dicho caballero. Más tarde el Emperador Carlos V le dio un cargo en la armada que iba a Río de la Plata, en donde murió allá con otros. El Padre Taix preguntó por él detalladamente a los compañeros que volvieron, y le dijeron que había muerto como un santo, teniendo gran devoción a la Virgen del Rosario, y con confianza muy cierta de que Ella le era amparo en su salvación.

Una viuda pobre con dos hijas, a quienes amparó la Reina del Cielo, por virtud del Santo Rosario. Una honrada mujer quedó viuda con dos hijas ya crecidas, y aunque eran nobles eran muy pobres, y era muy necesario su trabajo, que no interrumpían, para poderse sustentar, pero la ganancia era tan poca que aunque bastase para comer, no llegaban con ella a poder vestirse dignamente, lo cual era ocasión para pasar la vida encerradas en su casa, sin salir jamás de ella; allí en su oratorio la madre rezaba con mucha devoción cada día el Rosario. No fatigaba a la madre tanto la necesidad, sino ver sus hijas ya mujeres y hermosas, por lo que temía algún inconveniente de aquellos en que suelen verse mujeres con pobreza. No halló otro remedio la buena mujer sino dar a sus hijas por Madre a la que lo es de Misericordia, y con esta determinación se fue a la capilla de Nuestra Señora del Rosario, y puestas de rodillas la madre y las hijas, tomó la mano la madre y dijo: “Señora del Cielo, remedio en las necesidades, yo no tengo posibilidad para casar a mis hijas, y deseo mucho verlas casadas y fuera del peligro en que las tiene su hermosura y su pobreza; yo las pongo hoy enteramente en vuestras manos, para que miréis por ellas como por hijas vuestras, y ellas os reconozcan por Madre, y os sirvan y obedezcan como a tal.” Y diciendo esto mandó que las hijas besasen las manos de la imagen en reconocimiento de esta gracia. Volvieron a su casa, y rezaban cada día el Rosario; perseverando en esta devoción, comenzó la Reina del Cielo como Madre suya a proveer en sus necesidades con mano tan generosa, que la madre pudo vestirlas conforme a su nobleza. Salieron de su encerramiento a Misa y a los oficios divinos, y enseguida su fama comenzó a correr gran peligro, ya que muchos de aquella ciudad decían que tan repentina mudanza de hábitos en personas que ayer no salían de casa, por no tener qué vestirse, no podía fundarse en nada bueno, ni se podía suponer otra cosa sino que su mala vida las había sacado de la pobreza en que estaban, y que no se podía pensar otra cosa de mujeres mozas y de buen parecer que sin que nadie supiera de hacienda ni de herencia, tan de pronto se veían arregladas. No fueron tan secretas las murmuraciones ni tan pocos los que hablaban de las que tan sin culpa estaban, que no llegase a sus oídos y, afligidas más con este disgusto que les tocaba en la honra, que con la pobreza en que habían vivido, quisieron valerse del favor de la Virgen para que pusiese remedio en su honra como lo había puesto en su necesidad, pues peligraba la fama de sus hijas de la cual debía proveer como madre. Estando en este estado, fueron a una gran fiesta de la Virgen, mejor vestidas que nunca, y con esto crecieron las murmuraciones, y con ellas la pena de las santas doncellas cuya fama tan sin razón andaba acabada en la boca de las malas lenguas, que son siempre las más. Con este sentimiento se pusieron de rodillas delante de la imagen de Nuestra Señora del Rosario, suplicándole por medio de esta santa devoción que mirase por su honra. Estando la iglesia llena de gente, bajaron por los aires dos manojos de rosas (aunque no era tiempo de ellas) el uno se asentó en el regazo de la una doncella y el otro en las faldas de la otra, con lo que



entendió la gente que la Santísima Virgen quiso con aquel milagro tan evidente dar a conocer la santidad de estas siervas suyas, y que no su mala vida sino su virtud las había sacado de la pobreza pasada, y esa misma virtud mostraba cuán equivocado era el juicio de la gente. Todos estuvieron convencidos de que habían recibido aquel socorro por medio del santo Rosario, por lo que muchos quedaron aficionados a esta santa devoción. Perseverando en el rezo, dos varones nobles y ricos se casaron con ellas, y continuaron lo que les quedó de vida con mucha voluntad rezando el santo Rosario, y con él se conservaron en toda virtud, hasta acabar santamente sus vidas. No tiene que maravillarnos esto, pues acaeció otro tanto a Teófilo, filósofo y gentil, que burlándose de la fe y del martirio de Santa Dorotea y del jardín que ella decía

tenía Jesucristo su Esposo (cuando la sentenciaron a ser degollada) le pidió con burla que le enviase fruta y flores del jardín de su Esposo, lo cual ella prometió; aceptó la sentencia del juez, y vino luego del Cielo un Ángel en forma de un mancebo con una canasta de rosas y fruta a Teófilo, con un recado que decía: “Esta es la fruta que Dorotea te envía del jardín de su Esposo Cristo,” de lo cual él, muy maravillado por ver cosa tan hermosa aunque era 6 de enero, pleno invierno, entendió bien que era el recado del Cielo, y así creyó en Cristo, y por su santa Fe recibió el martirio. Teófilo no lo había merecido como estas devotas doncellas, las cuales no con burla sino de corazón y con gran fe en su socorro se encomendaron a la Virgen Soberana, y así, fueron señaladas con rosas, como la Virgen señala a sus devotos.

Por el Santo Rosario, una mujer se libró de los injustificados celos de su marido. En una ciudad de Cataluña había una señora muy hermosa, fervorosa cristiana y devota de Nuestra Señora y de su Santo Rosario. El demonio intentó un medio terrible para inquietar su alma, en cuyos pensamientos no reinaba sino Dios, poniendo en los de su marido terribles celos y sospechas contra la mujer. Estos se apoderaron tanto de él que ninguna razón lo convencía ni las muchas pruebas que la santa mujer alegaba bastaban para que dejase sus falsas y desatinadas imaginaciones. Por estas la encerró en un cuarto, y no contento con esto, las sospechas le ponían tan fuera de juicio que, dando a la santa señora mil sobresaltos, andaba de noche con una espada desenvainada amenazándola cerca de la cama como loco, diciendo a voces: “¡Ahora entró, yo le vi, ahí está tu galán!” Y no viendo nada, volvía a salir, quedando la mujer, siendo noble, discreta y santa, con los sobresaltos y congojas que con razón tenía. No hallaba remedio para tanto mal, y ninguno producía el efecto deseado; se acordó de recurrir a la Virgen del Rosario, a quien desde su niñez había tenido mucha devoción; comenzó a rezar con mucha diligencia el Rosario, suplicando a la Reina del Cielo que la amparase en caso tan desesperado para el cual no hallaba ningún remedio que asegurase a su marido de su inocencia. Pasó cuatro meses en estos sobresaltos y aprietos con que cada día, habiendo ya perdido el crédito tan sin razón, temía al final perder también la vida, y con ella la fama, en presencia del marido. Estando en esta turbación, habló una noche a su marido y le dijo: “Esposo mío, yo he intentado mucho y varios medios para sacarte de esa falsa sospecha en que estás, y ninguna te ha sido de provecho; pongamos este negocio en manos de Dios, el cual se servirá mostrar lo que sea cierto; toma este rosario y rézalo, y yo haré lo mismo, y supliquemos a la Reina del Cielo que haga pública la verdad, y si me hallare con culpa, aquí me tienes, márame o haz de mí a tu gusto; y si estoy sin culpa (como lo estoy) deja ya esas sospechas y los malos tratos que por ellas me das.” Le pareció bien el acuerdo y lo rezaron los dos, pero la mujer con muchas lágrimas y devoción, poniéndose en manos de la Virgen Sacratísima, y suplicándole que, como sabía su inocencia, que se la hiciese entender a su marido para que él se curase de su culpa, y ella de la pena en que estaba. Con esto se acostaron cada uno en su cama, y luego aquella noche por revelación de la Virgen entendió el marido la virtud de su mujer y el desatino de sus pensamientos; se levantó de la cama muy

lleno de lágrimas y de pena, viendo la mala vida en que había tenido a su mujer tan sin razón. En adelante vivieron siempre en gran armonía, con mucha devoción a Nuestra Señora y a su santo Rosario, el cual rezaban cada día, él con continuo agradecimiento por verse libre de tantos peligros y porque se había dignado el Señor declararle la verdad por este medio.

Un hombre se libró de ser ahogado en el caudaloso río Segre, por el Santo Rosario. Unos hombres transportaban unas maderas desde las montañas, por el río Segre a la ciudad de Lérida en Cataluña, y venían sobre ellas. Uno de ellos, que no sabía nadar, cayó al río debajo de los mismos maderos, de tal forma que de ninguna manera se podía salvar. Viéndose en tan gran peligro, su único remedio fue encomendarse a Nuestra Señora, suplicándole que por su santo Rosario quisiese librarlo de la muerte, prometiéndole que si así lo hacía lo rezaría entero todos los días de su vida. Acabado de hacer este voto, se halló libre y a la orilla del río que entonces venía más crecido que otros días. Este hombre agradecido fue luego al convento de la orden de los predicadores que había en Lérida y, puesto de rodillas delante del altar de Nuestra Señora del Rosario, le dio gracias por la merced que de Ella había recibido, y publicó en presencia de los frailes y de los que allí se hallaban, lo que había sucedido, y cómo Nuestra Señora lo había librado de la muerte por su Santo Rosario.

Nuestra Señora libró a un devoto del Rosario, de los peligros y naufragios del mar. En el año de 1572, el 14 de septiembre, hubo una tormenta muy grande por toda la costa de Portugal, la cual causó grandes estragos en mar y tierra, y se perdieron muchas barcas y navíos. Entre los cuales se perdió uno que iba de Setúbal cargado de sardinas para Sevilla. Entre otras personas que iban en el navío, iba un mozo natural de Setúbal que se llamaba Pedro Méndez. Este viendo la recia tormenta y el gran peligro en que estaba, tomó un Rosario que llevaba consigo, y se lo puso al cuello, encomendándose muy de corazón a Nuestra Señora, para que lo socorriese en aquel trance. Este navío se perdió con todo lo que allí había, y todos se ahogaron, menos solamente este mozo que, sin saber cómo, se halló en la playa sano y salvo, y con su rosario al cuello. Al tercer día llegó a Setúbal a casa de su padre, y contó todo lo que le había acontecido, delante de personas dignas de fe, a un fraile de la orden de Santo Domingo, hombre muy docto y devoto de Nuestra Señora, el cual le preguntó con detalle todo cuanto había ocurrido. Y fue aprobado este milagro con mucha diligencia por el Obispo diocesano de aquella tierra, en la cual está arraigada la devoción del Santo Rosario.

Una mujer librada de la horca, por la devoción del Santo Rosario de Nuestra Señora. En el año 1550, en el mes de mayo había en la villa de Puigcerdá, condado de Cataluña, una mujer presa, a la cual condenaron a la horca, porque riñendo con su marido le tiró un mazo de mortero y le mató. Antes de que la sacasen a ahorcar, se confesó con un religioso del convento de Santo Domingo que estaba en la villa, el cual la aconsejó que rezase el santo Rosario y se encomendase a Nuestra Señora, pidiéndola su ayuda en aquella necesidad; ella lo hizo así con mucha confianza. Después cuando el verdugo la tiró de la escalera, dijo en voz alta, que todos los circunstantes oyeron: “¡Virgen del Rosario, ayúdame!” No había terminado de hablar cuando la cuerda se hizo pedazos, y ella cayó al suelo. Los clérigos y frailes, y mucha gente que estaban allí exigieron su libertad diciendo: “¡Milagro, milagro!”, y sin que nadie se lo estorbase, la llevaron a la iglesia que está junto a la plaza. Como ella hablaba algo impedida le abrieron la boca, y le hallaron ocho o diez cuentas, que ni ella ni ellos supieron quién se las había dado, y así confirmaron que la Virgen María la había librado por el santo Rosario. La justicia que, habiendo puesto en ejecución la sentencia, había ya hecho su oficio, y conociendo por buena información que había escapado milagrosamente, la dio por libre, y desde entonces creció en aquella villa la devoción del Rosario.

Una mujer curó a muchos enfermos, poniendo sobre ellos el Santo Rosario. Había una mujer devotísima del Santo Rosario de la Virgen Madre de Dios, la cual alcanzó la gracia de que a cuantos enfermos ponía su rosario, a todos sanaba, diciéndoles estas palabras: “En testimonio de que Cristo Nuestro Señor compuso el padrenuestro, y por su mandato fue



hecha el avemaría, y en reverencia de la Pasión de mi Señor Jesucristo, y por la devoción del Santísimo Rosario, que sanes de esta enfermedad.” Oyendo esto un ermitaño, vino de su ermita a ver a esta mujer por la gran fama que ya tenía. Y le preguntó cómo curaba, y ella le respondió explicándole cómo lo hacía; pero el ermitaño no la quiso creer, antes la despreció y se burló de ella. Ella respondió: “Padre, ya que no me dais crédito; id y haced lo mismo rezando el Rosario, y experimentaréis la verdad de todo lo que os he dicho.” Lo hizo así el ermitaño, y curaba él también a todos los enfermos que tocaba con el rosario que tenía, y conoció entonces la gran virtud del Rosario; pidió perdón a la mujer, siendo de ahí en adelante muy devoto del Santo Rosario.

Un libro del Rosario en medio del fuego, no fue consumido. En el año 1580, hubo peste en la ciudad de Coimbra en Portugal. Algunos de los Padres de la Compañía de Jesús ayudaron en esta necesidad a servir a los enfermos; entre ellos había un Hermano que había trabajado con gran fervor, y el Señor le quiso consolar con una maravilla muy grande que vio. Esta fue que al quemar una cabaña en la cual habían estado algunos enfermos de peste, vio en medio de las llamas que un libro se mantenía intacto; admirado de esto, lo sacó del fuego y lo abrió, y halló que contenía los misterios del Santo Rosario de la Reina de los Ángeles. Este milagro lo dio escrito de su mano el Padre Pedro del Villar, Provincial de la Compañía de Jesús de la provincia de Aragón, diciendo que lo habían escrito así los Padres de la Compañía de Jesús de la provincia de Portugal.

En Colonia se quemó una casa, pero no se quemó el rosario que su dueño tenía a la cabecera de la cama. Escriben Iodoco y Enselmo, que en la ciudad de Colonia había un hombre muy devoto de la Virgen Nuestra Señora y de su Santo Rosario; se había hecho cofrade y rezaba su Rosario. Para mayor devoción lo llevaba al cuello, y cuando se iba a dormir lo colgaba a la cabecera de la cama en un estante que había allí para las cortinas de la cama. Aconteció que una noche por descuido se declaró un incendio en la casa y, como les tomó desprevenidos, cuando se dieron cuenta de ello, ya no pudieron remediar que toda la casa se quemase; sólo escapó el buen hombre con las personas que había en casa. Después del incendio, entraron a donde había estado la cama, y estando todo lo demás quemado, hallaron el estante donde estaba colgado el rosario sano, aunque algo chamuscado, y en él el rosario de la Virgen Madre de Dios colgado, porque el fuego no lo había tocado. Para todos fue claro que la Virgen Nuestra Señora, para aumentar más la devoción de sus devotos, había preservado al rosario del fuego.

De un caballero a quien confesó Santo Domingo, y con el Rosario le enseñó a hacerlo bien. Tenía este glorioso Santo la gracia especial de leer las conciencias, como si las viera en un espejo. Cuando el bienaventurado Santo Domingo se hallaba predicando en Italia con grandísimo fervor y celo por la salvación de las almas, un señor presente en su sermón y movido a penitencia pidió al Santo varón que le oyese en confesión, y como se confesó de sus pecados comunes, le dijo el siervo de Dios: “Señor, entre los muchos pecados que se os olvidan en esta confesión, os dejáis algunos muy graves, y confesáis las cosas de menos importancia, mas no declaráis la raíz de la maldad que está en lo más hondo, y eso es mucho peor. Esto pues os conviene confesar; tenéis que mirar quien sois, de qué manera pecasteis y cuantas veces habéis pecado, y principalmente debéis confesar cuatro pecados graves, a saber, de vuestra familia, y gente mal corregida; de la presunción que tenéis en el corazón y de la vana pompa y soberbia que habéis mostrado públicamente; del amor desordenado que habéis tenido a vuestro cuerpo, y de la poca paciencia y sufrimiento que habéis tenido con los pobres, y del poco bien que les habéis hecho. Mirad que habéis gastado mucho en comer, en cazas, perros y caballos, y los pobres de Jesucristo andan hambrientos y desnudos.” A lo cual dijo el señor: “Por cierto, Padre, nunca mis confesores me dijeron que me acusase de

esas cosas, y ¿quién, Padre mío, me enseñará a confesar provechosamente si vos me dejáis?” A lo cual respondió el bienaventurado Padre: “Yo os dejaré un maestro que nunca os abandonará: el Rosario de la Purísima Madre de Dios, con ciertas consideraciones muy provechosas.” El señor tomó el rosario, y meditando mucho en sus misterios sagrados, y en las consideraciones que el Santo le dijo, en breve tiempo llegó a menospreciar el mundo y a todas sus cosas, aborreció los pecados grandemente y se empleó muy de veras en el amor de Jesucristo Nuestro Señor y de su Santísima Madre. Siempre mantuvo gran reverencia al bienaventurado Santo Domingo. Finalmente, al cabo de un año que hubo perseverado en la devoción del Rosario, tuvo una divina revelación del Cielo, por orden de la Reina de los Ángeles: un día, cuando rezaba el santo Rosario, vio que, cada vez que decía el avemaría, un Ángel muy hermoso tomaba la cuenta del Rosario y la daba a Nuestra Señora. La cual estaba en un monte alto, y todas las avemarías que subió el Ángel a las manos virginales de Nuestra Señora se volvieron unas hermosas rosas, de las cuales Nuestra Señora hizo un gran palacio, maravillosamente hermoso, que vio edificar de las cuentas que había rezado, entendiendo con esto que, por el santo Rosario, se le preparaba una morada en el Cielo a él y a los demás devotos cofrades. Y así acabó bienaventuradamente sus días en servicio de Dios y de su Santísima Madre.



De una joven devota del Rosario que, desentrañada por un lobo, no pudo morir hasta que se confesó. En el año 1459, en una ciudad de Francia llamada Balbacense había una joven muy devota de rezar cada día el Rosario. Aconteció que un día de fiesta fue con una compañera a visitar a unas amigas suyas. En el camino había un bosque muy espeso, donde vivían algunos lobos carnívoros, y yendo por el camino descuidadas, les salieron dos muy bravos y, arremetiendo contra ellas, las despedazaron. La devota del Rosario, cuando se vio en tan gran peligro, se encomendó a Nuestra Señora, suplicándole por su santo Rosario y por el valor de los misterios que en él se encierran, rogase a su Hijo no la dejase morir sin recibir los Sacramentos, y Nuestra Señora la oyó. Un lobo mató a la otra joven, y aunque a la devota del Rosario el otro lobo le comió las manos, abrió el vientre y comió las tripas y más, pronto llegaron unos hombres que ahuyentaron a los lobos. Llevaron a una casa a esta muchacha, que estaba milagrosamente viva, y vivió otros tres días más, en los cuales, habiendo recibido todos los Sacramentos, se encomendó muy de veras a Nuestra Señora. Y la Virgen Soberana al tercer día la visitó, vino por su alma y la llevó consigo, en compañía de otras muchas vírgenes, a la Bienaventuranza de la cual están ahora gozando.

De un mancebo devoto del Santo Rosario, que resucitó para confesarse. Escribe Guido de Fulcodio Narbonense en el libro que tituló ‘De proprietatibus apuum’, que él conoció en Brabancia un mozo el cual, aunque era muy mundano y metido en vanidades, era devoto de Nuestra Señora y le rezaba cada día su Rosario entero. Este murió a consecuencias de una enfermedad. Pero tras muchas horas que lo tuvieron en su casa muerto, resucitó de pronto y a una hermana monja que estaba allí, dijo estas palabras: “Hermana mía, aquí me ves, he vuelto otra vez a esta vida, haz que pronto me llamen a un Sacerdote.” Maravillados todos de esto, llamaron al Sacerdote, y delante de todos con gran alegría, aunque con arrepentimiento de corazón se confesó, diciendo que iba a ser llevado delante del tribunal de Cristo, Justo Juez, y de tres cosas le acusaban los demonios, y que se debía pronunciar la sentencia contra él; mas lo ayudó la piadosa Madre de Dios, rogando que volviese su alma otra vez al cuerpo para que hiciese penitencia. —“En cuanto Ella lo rogó, lo alcanzó; uno de los pecados porque yo me debía de condenar era, porque había quitado a los Sacerdotes algo de los diezmos que de mis bienes les debía dar. El segundo porque con unos compañeros hurté a unos frailes unos peces que tenían. El tercero porque yendo de caza destruía los

panes de los pobres con los caballos y perros que llevaba.” Hablando él todas estas cosas delante de todos, uno de los labradores que allí estaban dijo: “¿Y por qué por este pecado último tenías que ser condenado, si nosotros te habíamos perdonado de todo corazón todos los daños que nos hacíais?” –“No me aprovechaba vuestro perdón,” respondió, “porque más pronto estaba yo para haceros mal, que vosotros me queríais perdonar,” y enseguida puso gran diligencia en que se restituyese todo lo que debía, sin que faltase cosa alguna. Ordenadas pues muy bien todas sus cosas, y muy bien dispuesta su alma, la entregó a Dios que la crió, con una maravillosa paz y alegría de su espíritu; él alcanzó todos estos bienes y misericordias por haber sido devoto de la Virgen María y de su santo Rosario.

De un Padre de la orden de Predicadores, que con el Rosario echó los demonios de una joven endemoniada. Cuenta el Padre Jerónimo Taix que él y muchos religiosos de la orden de predicadores de su tiempo de la provincia de Aragón conocieron a un venerable Padre llamado Fray Juan Amat, el cual no se contentaba con rezar entero el Rosario de la Madre de Dios cada día y llevarlo al cuello, sino que en confesiones, prédicas y charlas particulares se esforzaba mucho en que todos los fieles se inscribiesen en esta santa hermandad y rezasen el santo Rosario. Aconteció que un año tuvo que predicar la cuaresma en el pueblo de Borjas Blancas, que está como a veinticinco kilómetros de Lérida. Predicando pues el dicho Padre en este pueblo, el demonio entró en una joven y la maltrataba mucho. La llevaron a la iglesia, y los clérigos la conjuraban, pero el demonio no solamente no salió, sino que aun hacía burla de todos ellos. Llegó el dicho Padre Amat y comenzó a hacer un exorcismo y a mortificar al demonio para que saliese de la joven. En especial, por la virtud del santo Rosario, poniendo en el cuello de la endemoniada el rosario que él llevaba y que estaba bendito. De esta manera hacía dar grandes gritos al demonio dentro del cuerpo de la endemoniada, quejándose que aquellos granos le quemaban y atormentaban mucho, pero por no fatigar más a la joven, dejó el Padre de conjurarle y el demonio entonces no salió. Venida la noche, estando el dicho reverendo en su aposento, los demonios que atormentaban a la doncella, la dejaron por entonces y vinieron al Padre y comenzaron a maltratarle, unos por una parte, otros procuraban quitarle el rosario bendito del cuello, pero como él después de Dios tenía toda su confianza en la Virgen Nuestra Señora y en la devoción del Rosario, asiendo con sus dos manos el Rosario, no decía otra cosa a voces, que todos los de la casa y aun más lejos le podían oír, sino: “¡Jesús y María, Virgen del Rosario, ayudadme!” Y esto muchas veces. Duró esta lucha largo rato, en fin viendo los demonios que no le podían quitar el Rosario del cuello, y oyendo a menudo aquellos dos santos nombres que ellos tanto temen, que son Jesús y María, dejaron de molestar al religioso, y se volvieron al cuerpo de la joven. A la mañana siguiente el Padre fue a la iglesia, y halló allí a la endemoniada; el demonio le dijo por boca de ella: “¿Anoche tuviste miedo de nosotros? Pero si no fuera por esos granos que traes colgados al cuello, tú habrías visto cómo nos pagarás el tormento que ayer nos diste.” –“Pues por virtud de estos granos,” les dice el religioso, “con el nombre de mi Señor Jesucristo y de su Santísima Madre, la bendita Virgen María, tú saldrás del cuerpo de la cristiana,” y quitándose el Rosario del cuello lo echó sobre la endemoniada de tal manera que para testificación de la virtud del santo Rosario, dentro de pocas horas salió el demonio, dando señal de no volver más a aquel cuerpo. Lo cual fue visto por los del pueblo, quedando más animados y encendidos en la santa devoción del Rosario. En testimonio de lo sucedido edificaron en breve una capilla dedicada a Nuestra Señora del Rosario, tan grande y tan suntuosa que es la delicia de dicho lugar.

Una mujer endemoniada que, mientras tenía el Rosario al cuello, la dejaban los demonios. Una mujer estaba endemoniada y el demonio la atormentaba mucho de diversas formas. Sus parientes y amigos, doliéndose de su pena y teniendo mucha devoción a la Virgen María y a su santo Rosario, la hicieron inscribir en la cofradía del Rosario, y le trajeron un rosario bendito para que lo llevase al cuello o en las manos y lo rezase. Cosa maravillosa que cuando tomaba y llevaba este santo Rosario, el demonio la dejaba, y en

cuanto se lo quitaba volvía a atormentarla. De manera que esta mujer tomó la decisión de nunca quitárselo, ni de día ni de noche, y también de rezar el santo Rosario, hasta tanto que el demonio, por la perseverancia de la mujer y oraciones de los cofrades del Rosario, dejó totalmente de molestarla.

Una mujer fue enterrada viva por sus maldades, y Nuestra Señora le conservó la vida hasta que confesase sus pecados. En el reino de Bohemia, en una ciudad llamada Egra, había una moza que cayendo en una flaqueza carnal con un hombre, quedó embarazada; estaba con gran temor de ser descubierta y perder su honra, si se supiese. Estando en estas angustias fue a oír un predicador, el cual alabando la devoción del Rosario y su cofradía dijo que los que se inscribiesen en ella, y lo rezasen con devoción, serían libres de cualquier infamia y deshonra; ella, viéndose necesitada de esto, se hizo inscribir en la cofradía y rezó con perseverancia el Rosario; vino el tiempo del parto y parió un hijo sin que nadie lo viese ni se diese cuenta. Pensando pues que ya estaba libre del hijo de sus entrañas, instigada por el demonio, decidió matar a la criatura para no ser descubierta. Así lo hizo esta desventurada mujer con mucha presteza, y la enterró debajo de su cama. Dios empero, que veía esta villanía, no quiso que quedase oculta, sino que se manifestase de tal suerte que de boca en boca vino a los oídos de la justicia. La prendieron y, confesando todo, la sentenciaron a ser enterrada viva, y así se ejecutó la sentencia. Hicieron un hoyo grande y hondo, y la metieron en él viva, cubriéndola de tierra y hollando la tierra con unos pisones, y así la dejaron, entendiendo que ya estaba muerta. Después, al cabo de muchas horas, daba grandes voces diciendo: “¡Sacadme de aquí, porque estoy viva!” y repetía esto muchas veces. Los circunstantes maravillados de oír estas voces, fueron a llamar al cura de la ciudad. Y cuando él vino ya había llegado gran concurrencia de gente a ver cosa tan rara y nunca oída. Quitaron la tierra de encima y la hallaron sana y sin lesión alguna; todos le preguntaban cómo estaba viva, y respondió con juramento que lo estaba por haber sido devota de la Santísima Virgen, Madre de Dios y haber rezado su santo Rosario. Contó además, que ella no se había confesado bien, y que por ello iba a ser condenada a las penas del infierno si Nuestra Señora, por la devoción a su santo Rosario, no la hubiera conservado en vida. —“Y más os digo,” dijo ella, “que si os mostrase las grandes penas que la Virgen me mostró que había de padecer, si no hubiera rezado el santo Rosario y no hubiera sido su devota, os quedaríais turbados y llenos de espanto.” Esta mujer después de haber sido salvada, vivió mucho tiempo, gozando de buena salud, sirviendo a Nuestra Señora y rezándole cada día su santo Rosario; y acabó santamente.

Por el Santo Rosario se amansó un toro bravo. En octubre del año 1574, estaban construyendo una ermita dedicada a Nuestra Señora del Rosario en Villafranca de Lampaces, en Braganza, del obispado de Miranda en Portugal. Los del pueblo, que tenían mucha piedra cortada para la ermita en la Sierra de Peñamoris, a ocho kms de dicha villa, rogaron a los feligreses de Rebordainhos que como un servicio a Nuestra Señora, cada uno trajese un carro de piedra para la dicha ermita. Se ofreció para ir allá con su carro Juan Pérez, de Pereiros, de la misma feligresía. Al otro día salió por la mañana y no halló sus bueyes porque su mujer los había prestado, y se disgustó mucho porque no podía cumplir con la Virgen María. Decidió entonces tomar un toro bravo que tenía, de cuatro años, y ponerlo en el carro con un buey manso; llamó para esto algunos vecinos para que le ayudasen y todos se reían de él. Mas él, confiando en la Virgen Nuestra Señora, dijo que mayor poder tenía Ella. Metió entonces el buey manso en el yugo y estando el toro bravo en el extremo del corral, se vino derecho al carro y metió el cuello en el yugo, como si estuviera domado y acostumbrado a ello, y llevó el carro a la sierra; y de allí le trajo cargado de piedra a la ermita de Nuestra Señora. Yendo veintidós carros, él iba el delantero y llegó primero que todos; de allí en adelante quedó el



toro manso. Esto fue manifiesto por toda aquella tierra, y quedaron todos admirados y dieron muchas gracias a Nuestro Señor y a su bendita Madre por ello, y creció mucho la devoción de su santo Rosario. Este milagro fue aprobado por el ordinario de Miranda.

De un hombre rico, cruel con los pobres, que por la devoción del Santo Rosario se volvió compasivo y partió con ellos su hacienda. En la región de Bretaña había un señor de antigua nobleza, tan enemigo de los pobres que no sólo no les hacía bien, sino que era agresivo contra ellos, y gustaba de robarles y quitarles con malos tratos lo valioso de sus pequeñas fincas, de manera que parece se cumplía en él lo que dice el Espíritu Santo en el Eclesiástico: “el asno salvaje es presa del león en el desierto; así también los pobres son muchas veces pasto de los ricos;” porque de tal manera los confundía con intrigas que si tenían algo bueno, él se les quitaba; así actuó durante muchos años. Aconteció que oyó en un sermón las alabanzas de Nuestra Señora del Rosario y lo mucho que Dios hacía por medio de esta santa devoción; se hizo escribir en ella como cofrade, y comenzó a rezarlo. Entonces ocurrió en él un particular cambio para con los pobres, y a medida que perseveraba en esta devoción fue creciendo en generosidad y caridad, de manera que comenzó a repartir su hacienda entre los mismos pobres; y el que antes trataba de robarles, ahora se veía ocupado en atenderlos y regalarlos, y en partir con ellos la capa, como se dice popularmente, de tal forma que ninguno se igualaba a él en toda su región. Se cumplió así lo que dijo Nuestro Señor Jesucristo: “Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.” Estos milagros de enmendarse los hombres, y trocar las almas de malas en buenas conforme al Santo Evangelio, son los mayores que hay que pedir y admirar.

Un enfermo desahuciado, por intercesión de Nuestra Señora del Rosario, echó una culebra del cuerpo y quedó sano. En la ciudad de Lisboa en el año de 1575, Pedro González, carnícero, que vivía en la calle de las Parras, parroquia de San Sebastián junto a Santo Domingo, estaba muy enfermo, y tenía grandes dolores en el estómago. Estando ya desahuciado de los médicos, se encomendó mucho a la Virgen María, Nuestra Señora del Rosario, y el 16 de abril bebió del agua de las rosas que se bendecían todos los años en la capilla del Rosario del convento de Santo Domingo de Lisboa, y comió algunas hojas de ellas, y de allí a media hora, poco más o menos, echó por abajo una culebra larga de dos metros y gruesa como un dedo, y luego quedó muy sano, y fue al monasterio de Santo Domingo a dar gracias a Nuestra Señora del Rosario por el beneficio que le había hecho. Este milagro fue muy público, y como tal predicado en la iglesia de Santo Domingo y en la iglesia mayor delante el arzobispo y de todo el clero y otra mucha gente.

Nuestra Señora toma a su cargo los negocios de los que rezan su Santo Rosario. En Lisboa había una mujer, cofrade del Rosario, que lo rezaba devotamente cada día, la cual debía resolver un negocio importantísimo, por el cual andaba muy afanada y acongojada. Suplicaba con mucho fervor a Nuestra Señora ante una imagen que tenía en su casa, que la favoreciese y amparase en aquel caso. Cosa maravillosa, estaba la buena mujer rezando el Rosario de Nuestra Señora, mientras le pedía la ayuda que deseaba, y la imagen ante quien lo pedía respondió: “Hija, no tengas pena de eso que Yo me encargo de tu negocio, ya que tú me rezas mi Rosario.” Se consoló mucho la mujer y su negocio resultó muy bien, como ella lo pedía, porque la mejor Procuradora se había encargado de él. Este milagro fue predicado públicamente por San Luis de Granada poco después de la muerte de dicha mujer, y la imagen que le habló fue llevada al convento de Santo Domingo de Lisboa; era una imagen de gran majestad y que daba devoción; quedó en un altar, en el crucero de dicha iglesia.

Nuestra Señora cura a un fraile de una enfermedad grave en la garganta por el Rosario. Un religioso, devoto del Rosario, tenía una enfermedad grave en la garganta que ni le dejaba comer, tanto que los demás religiosos lo juzgaban ya por muerto. Él sin embargo, aunque no podía hablar, llamaba de corazón, a Nuestra Señora rogándole que por la virtud de su santo Rosario, lo sanase de semejante enfermedad. Lo oyó Nuestra Señora y apareciéndosele visiblemente le dijo: “Hijo, Yo soy la Reina del Cielo a quien tú tantas veces has saludado

con la devoción de mi santo Rosario, y vengo a curarte porque no corresponde que una garganta que se ha empleado en tal oración padezca tanto tormento.” Entonces le echó un cierto licor en la garganta, e inmediatamente quedó sanísimo de ella. Se levantó dando gracias a Nuestra Señora por la merced que le había hecho, reprendiendo a los otros frailes que estaban en su aposento porque no habían hecho reverencia a la Madre de Dios cuando estaba en él. Y como ellos le dijeron que no la habían visto, les contó cómo Ella era quien lo había curado. Alabaron todos a Nuestra Señora y se animaron más en la devoción del santo Rosario.

Cómo el Santo Rosario vale mucho contra la enfermedad de la peste. Afirma San Alano de Rupe que la devoción del Rosario es gran remedio contra la peste, tanto para no ser contagiados de ella, como para después de heridos quedar curados. Y así dice que él vio a muchos que por esta devoción alcanzaron remedio contra este mal. En testimonio de esto, en la ciudad de Lisboa en el año de 1494, que fue duramente atacada por la peste, sanaron muchos, encomendándose a Nuestra Señora del Rosario, particularmente una mujer que ya se moría y fue encomendada a Nuestra Señora del Rosario; se durmió con una imagen suya en los brazos, y cuando se despertó estaba sana de su enfermedad. Esto aconteció el 24 de agosto de aquel año 1494. En aquella misma semana estando otra mujer muriéndose, su marido la encomendó a Nuestra Señora del Rosario y untó la herida con el aceite de su lámpara, y curó luego sin otro remedio alguno.

Con rosas bendecidas en honor de Nuestra Señora del Rosario curan milagrosamente muchas enfermedades. En el tiempo que hay rosas se suelen bendecir muchas en esta cofradía en honor de Nuestra Señora del Rosario, y benditas las guardaban, unos echándolas en agua, otros filtrándolas, y otros guardándolas así en hojas. Y se ha visto que con estas se suelen curar muchas enfermedades milagrosamente, de las cuales, aunque son muchas, solamente relatamos dos. La primera es que el 15 de junio de 1573, en Lisboa, estando un mozo enfermo de dolor de costado y con fiebre muy alta, la persona que le curaba echó en un vaso de agua unas hojas de rosas benditas y se la dio a beber, y al momento se le quitó la calentura y dolor que tenía, y quedó sano y bueno. También en la misma ciudad de Lisboa en el año siguiente, 1574, había una mujer embarazada y enfermísima de la barriga, y sin remedio de ser curada. Confiando en Nuestra Señora, devotamente bebió del agua donde se habían echado unas pocas hojas de las rosas benditas. Cosa maravillosa: en cuanto la bebió salió de ella mucha sangre y parió dos niños uno muerto, y otro vivo y sano. Estos dos milagros fueron aprobados por tales por el ordinario de la misma ciudad de Lisboa.

De una mujer a quien ahorcaron y no murió, por haberse encomendado a Nuestra Señora del Rosario. En el año 1494 en Lisboa estaba en prisión una mujer llamada Águeda Pérez natural del pueblo Lañas de Senhorin, acusada de adulterio por su marido, y según dijeron algunos que la conocían, le había levantado falso testimonio. Esta mujer era muy devota de Nuestra Señora, y le rezaba todos los días su Rosario. Dada pues sentencia según lo alegado y probado, la llevaron a ahorcar el viernes 9 de mayo. Ella, llevando consigo el rosario de Nuestra Señora, iba muy confiada que la Virgen María, a quien ella cada día rezaba el Rosario, la iba a favorecer en aquella necesidad. Precisamente cuando la ahorcaban le pidió este socorro y ayuda, y no quedó sin recibir favor. Porque la ahorcaron, y estuvo en la horca colgada muchas horas, hasta que con licencia de la justicia la bajaron para enterrarla; con todo eso Nuestra Señora la conservó en vida. La habían bajado de la horca unos hombres de una manera tan brusca que aquello solo habría bastado para matarla, aun sin verdugo, según lo testificaron hombres dignos de fe que estaban presentes. La llevaron a enterrar a una iglesia o ermita de Nuestra Señora de los Ángeles, cubierto pues ya el rostro como es costumbre. Cuando la querían ya echar en la sepultura dio señales de vida, llamando a



Nuestra Señora del Rosario. Muchos de los que estaban preparados para enterrarla se espantaron grandemente, y algunos fueron luego al convento de Santo Domingo que está cerca de esta iglesia, y dando a los frailes relación de todo lo que pasaba, les suplicaron que fuesen por ella y la trajesen delante la imagen de Nuestra Señora del Rosario, pues ella tanto lo pedía. Lo hicieron así aquellos siervos de Dios, y la trajeron a su iglesia. Cuando la multitud de gente, que era muchísima la que se había congregado a este espectáculo, llegó a entrar en la iglesia, más de la que podía contener, todos a una y con temor y temblor, deshechos en lágrimas levantaban sus voces clamando misericordia de Dios y el socorro de la Virgen. La llevaron derecho a la capilla del Rosario, y poniéndola delante de la imagen, descubrieron el rostro a la mujer, que hasta entonces lo había tenido cubierto. Abrió los ojos, y con mucha atención los puso fijamente en la imagen de Nuestra Señora; y como para ver a la mujer se le acercaba tanta gente que no se podía defender, la llevaron de allí a la sacristía, donde, poniéndole al cuello el rosario con que la había ahorcado, se estuvo aquel día, y el sábado hasta el domingo, día en aquel año en el cual los frailes celebraban la fiesta principal del Rosario. Estuvo pues públicamente en la Misa y en el sermón, y después contó a todos los Padres cómo, cuando la ahorcaban, se le apareció Nuestra Señora confortándola y acompañándola. Y porque ella había sido siempre muy devota del Rosario, la había librado de la muerte. Esta mujer vivió después muchos años, sirviendo siempre en el adorno y limpieza de la dicha capilla del Rosario de Nuestra Señora. Este milagro fue dos veces aprobado por el ordinario de la ciudad de Lisboa en Portugal, una tan pronto como aconteció, otra muchos años después por haberse quemado un libro donde estaban este y otros milagros aprobados, y se hallaba aun gente viva que vio esta maravilla.

Un niño ahogado fue resucitado por Nuestra Señora para la devoción del Santo Rosario. En Holanda había un matrimonio, ambos cofrades, devotos del Rosario de Nuestra Señora, que lo rezaban cada día con gran devoción. Tenían un hijo pequeño que amaban mucho, el cual fue con otros muchachos a la ribera de un río, cayó dentro de él y se ahogó. Cuando lo supieron sus padres se entristecieron mucho por el acontecimiento para ellos tan desgraciado, y fueron luego en busca del cuerpo de su hijo con muchas lágrimas. Cuando lo hallaron, volvieron con él a su casa, con tanto llanto y amarguras como cada uno puede pensar, por haber perdido su único hijo. Se acordaron de las muchas maravillas que Dios Nuestro Señor obra por medio del Rosario de su Bendita Madre, se acogieron a Ella, prometiéndole que si resucitaba a aquel niño le harían cofrade de su santo Rosario, y que trabajarían para que toda su vida lo rezase. No habían acabado aun de formular la promesa cuando el niño se levantó vivo y sano, diciendo que por la virtud del santo Rosario e intercesión de Nuestra Señora había resucitado, y pedía que inmediatamente le inscribiesen por cofrade del Rosario. Toda la gente que lo vio quedó muy maravillada, y aficionada a esta santa devoción. Una vez inscrito el niño en la cofradía, fue muy devoto del Rosario toda su vida y, dando testimonio de esta merced tan grande, se empleó en el servicio de la Virgen toda su vida, y acabó bien.

De un abad que fue muy devoto de Nuestra Señora del Rosario y lo mostró en la hora de la muerte. Un abad de un monasterio era devotísimo del Rosario de la Madre de Dios y, además de sus Misas y horas canónicas, se empleaba enteramente y de todo corazón en esta santa devoción. Este abad solía muchas veces arrojarse y salir casi fuera de sí, o extender los brazos abrazando a Nuestra Señora según lo que a él le parecía. Perseveró en esta devoción muchos años, y al final de sus días, ya en trance de muerte, estuvo un gran rato arrebatado, como si ya estuviera muerto, y volviendo en sí comenzó a llorar. Los religiosos que junto a él estaban le rogaron y suplicaron por Dios y su Madre Santísima que les dijese qué había visto. Él respondió: “Esto os baste saber, que el que quiera ser salvo, que salude muchas veces con la devoción del Rosario a la Virgen Nuestra Señora.” Y acabando de decir estas palabras, con una muy grande alegría, en la cual mostraba la presencia de Nuestra Señora y de los Ángeles que con Ella habían venido, entregó su alma en las manos del Señor.

La devoción del Rosario da fortaleza en la fe, y da ánimo para recibir el martirio por la fe

de Jesucristo. Cuenta el Padre Francisco Messia en su libro del Rosario, y aparece citado también en la Crónica de los frailes Predicadores en el libro titulado 'De Viris Illústribus', que Fray Antonio de Ripoli, hijo de hábito del bienaventurado San Antonino, Arzobispo de Florencia, fue cautivo por los moros en un viaje que hacía por obediencia. Llegado a Túnez, este Fray Antonio de Ripoli, que era devotísimo de Nuestra Señora del Rosario, le rezaba cada día con mucha devoción, como su angustia pedía. Cayó en manos de un moro crudelísimo que le maltrataba de muchas maneras, confiando en que renegaría de su fe por el mal tratamiento que le hacía; al mismo tiempo le proponía tantos regalos y ofrecimientos si lo hacía que, cediendo el poco constante fraile, renegó de la fe, y se casó con una sobrina del mismo rey de Túnez, recibiendo en dote largas rentas y provechos. Ya moro, fue bien instruido en aquella mala secta, y vio que en ella había mucho mal, que era bestial, de tal manera que, con grandísimo arrepentimiento por lo que había hecho, pensaba entre sí cómo podría confesar mejor en público la fe de Jesucristo, para edificar a los cautivos y cristianos que había escandalizado. Llegaron por ese tiempo unos mercaderes florentinos con salvoconducto a Túnez, a los cuales preguntó curiosamente por las nuevas de Italia. Le dijeron que había fallecido el Arzobispo de Florencia San Antonino de la orden de Santo Domingo, que a él le había dado el hábito, y que Dios había mostrado en su muerte grandes milagros. La muerte de este santo arzobispo como le dijeron, fue el dos de mayo del año 1459. Cuando el renegado oyó esto, tocado por el Espíritu Santo, decía con lágrimas vivas: “¡Oh Padre mío San Antonino!, ¿qué cuenta daréis a Dios de esta miserable alma?” Y agregaba para sí: “¡Ay Fray Antonio!, qué vano has sido cayendo tan fácilmente, y mereciendo el infierno. Pero no ha de ser así, pues que tenemos a Dios en el Cielo, que no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta; y tenemos a una buena abogada ante Él, y es su Benditísima Madre, que no desampara a los devotos de su santo Rosario, como yo aunque indigno lo he sido y soy, y mientras viva lo seré. Vuelve, vuelve, Fray Antonio, oveja descarriada, al redil de la Santa Iglesia Católica, y que vean todos tu penitencia y fe, pues todos vieron tu culpa y blasfemia; y si has sido ocasión para que otros hiciesen lo mismo, sé tú también ahora causa para que otros se animen a morir con tu firme confesión.” Con esta determinación trató con ciertos mercaderes italianos para que le hiciesen un hábito de su orden religiosa, y cuando lo tuvo hecho, lo vistió un día que el rey entraba en Túnez de un viaje que había realizado. Y entre los actos en su recibimiento, salió el arrepentido vestido con su propio hábito, y depuso la corona delante del rey. Verdad es que primero se armó muy bien con la oración del santo Rosario, encomendando aquel hecho tan heroico que acometía a la Reina del Cielo, con cuyo favor se atrevió a emprender caso tan arduo como el martirio. Viéndole el rey vestido con aquel traje, pensó que por darle placer se había vestido de aquel traje haciendo burla de los cristianos; pero desengañado con su mucha fe y constancia que era cristiano, y que así quería morir renegando de Mahoma y de su mala ley, quiso saber si tenía algún disgusto con su mujer o familia, y, hallando que no, hizo sacarle a apedrear a la ribera del río. Cuando llegaron al lugar donde iba a ser su ejecución, tuvo tiempo para honrar a María con el Rosario entero, con tanta devoción como el caso lo pedía, suplicándole que le alcanzase de su Hijo el perdón de sus pecados. Se levantó de la oración y repartió los vestidos entre los que lo iban a apedrear, quedándose solo con el hábito, el escapulario de los frailes de Santo Domingo y su Rosario al cuello; y así con mucha paciencia sufrió la muerte de piedras como San Esteban, en expiación de sus culpas, y en testimonio de la Santa Fe católica. Que Nuestro Señor aceptó aquella muerte como sacrificio agradable, fue manifiesto por dos señales harto evidentes, de los cuales la primera fue esta: Después de apedreado el santo mártir, quisieron los moros quemar el cuerpo por mayor ignominia de nuestra fe, para lo cual se proveyeron de mucha leña. Pero,



para que no lo dañase, Dios le quitó su poder al fuego, que no hizo en él ningún efecto, y fue como si no lo tocara. Y la segunda señal sucedió después de ser enterrado por los cristianos, con licencia del rey, en la iglesia que allí tenían los cristianos, (desde el tiempo que el rey de Francia ganó a Túnez) a los pies del Crucifijo donde él había mandado ser enterrado. Había por entonces en la playa una nave de cristianos, que cogieron lastre de guijarros para carga, con propósito de navegar hacia Nápoles. Entre otros guijarros cogieron cuatro o cinco teñidos con la sangre del dicho mártir, porque recogieron lastre en aquel lugar donde fue apedreado o por su contorno. Al salir la nave del puerto con gran bonanza y próspero viento, y estando algo desviados de Túnez, se levantó de pronto una tormenta tan grande que se tuvieron por perdidos del todo. Viendo los navegantes que aquella fortuna venía sin muestra de viento, y no hallando causa natural, pensaron que venía de la mano de Dios. Uno de los que viajaban en el navío los avisó diciendo: “Yo pienso, hermanos míos, que esta tormenta nos envía Dios por el desacato que hacemos al Mártir Fray Antonio, que fue apedreado por la defensa de nuestra Santa Fe católica; porque entre las piedras que metimos como lastre en la nave hay algunas sangrientas con la sangre del mártir. Y si esto es así, como yo creo, hagamos voto que, si Nuestro Señor nos permite volver a salvo al puerto, descargaremos las piedras que en ella van, para hallar las que están bañadas en sangre, y una vez halladas, que las engastaremos en relicarios de plata a honra de Dios y testimonio de nuestra Santa Fe católica.” Estuvieron todos de acuerdo en hacer aquel voto, aprobando lo dicho, y prometiéndolo con la solemnidad que da el temor. En aquel mismo momento cesó la tempestad y navegaron con buen viento para entrar en el puerto. Como estaba prometido, descargaron la nave y, buscando con gran diligencia las piedras teñidas con sangre, que fueron cuatro o cinco, las mandaron engastar en plata para memoria del milagro, y las pusieron colgadas sobre la sepultura del dicho mártir, delante de la imagen del Crucifijo, como ya se dijo.

Como la Virgen Nuestra Señora hace mercedes a los que rezan el Rosario. Un devoto sirvió muchos años a Nuestra Señora con el rosario, rezándolo cada día, y así perseveró con paz de conciencia hasta que, andando el tiempo, fue tentado de tibieza. Le venía al pensamiento tal desgana, que le turbó, y le hizo perder la paciencia, sacándole de sus costumbres. “¿Qué es esto que yo hago? ¿Qué provecho o merced he recibido de Nuestra Señora por la diligencia que siempre tuve en rezar su Rosario? Más valdrá ocuparme en otros ejercicios espirituales de los cuales saque más fruto, y quizás Dios y su Bendita Madre reciban mayor culto,” se decía. Estando en esta confusión, que no se decidía a dejar o a seguir con la devoción del Rosario, oyó una noche una voz que le llamó por su nombre diciendo así: “No subas tan alto, que será más alta la caída, si caes. Pero, ¿de qué te quejas así?” Él respondió: “Que habiendo servido tanto tiempo a la Virgen Nuestra Señora con la devoción del Rosario, no he recibido merced ni gozo alguno.” Oyó de la voz que le hablaba: “Dime ¿a dónde están tus hermanos? ¿Acaso no murieron, quedando tú vivo y sano? Las casas de tus vecinos, ¿no se quemaron y las tuyas quedaron en pie? ¿No han muerto tus vecinos de la peste, y tú estás libre de todo mal? Pues siendo esto verdad, ¿cómo dices que no has recibido gracia ni merced por rezar el santo Rosario a la Virgen Santísima? Pero para que veas como la Virgen Reina del Cielo y de la Tierra premia a sus devotos del Rosario, alza los ojos y mira.” Levantó los ojos al Cielo, ya convencido de su error, y vio un lugar muy resplandeciente en el cual había quince castillos, y en cada uno de los castillos diez torres hermosas y maravillosamente esplendorosas. Admirándose de tal visión, oyó la voz: “Fíjate aquí en el lugar que tú has edificado rezando el Rosario, porque los quince castillos significan los quince padrenuestros, y las ciento cincuenta torres representan las ciento cincuenta avemarías del Rosario. ¡Persevera pues en la devoción y no vuelvas atrás, porque perderás tan hermoso lugar!” Visto el fruto y habiendo entendido lo absurdo de la tentación, dio gracias a Dios y a su Madre Santísima, y prosiguió con la devoción del santo Rosario, acabando gloriosamente.

Cómo por el Santo Rosario restituyó Dios el reino a un rey. A un rey anciano, los infieles le habían ocupado la mayor parte de su reino, le habían quitado el gobierno y a él lo tenían

tan oprimido que no podía defender lo poco que le quedaba. La reina era una persona muy devota y prudente, llamada Benedicta, la cual era cofrade del Rosario, y cumplía rezando el Rosario cuan devotamente podía. Viendo pues la valerosa señora la destrucción del reino y la congoja de su marido el rey, le dijo un día: “Vos, señor, sois anciano, y estáis cansado de las muchas guerras, así que la edad os excusa el tomar las armas; reposad en vuestro palacio, y dadme sólo mil hombres, que con la ayuda de Nuestro Señor y de su Bendita Madre yo recobraré vuestro reino perdido.”

Le dio el rey los mil hombres que pedía la reina, a todos los cuales mandó la reina se inscribiesen por cofrades en la cofradía del Rosario de Nuestra Señora, y que cada día lo rezasen con devoción, con la esperanza de que obtendrían bien su propósito. Obedeciendo los guerreros, aceptaron la devoción; y puestos en orden hicieron



un batallón, harto más devoto que armado. Estos pocos se presentaron delante de sus enemigos, que eran bravos, valientes y muy numerosos, dando señal de batalla los pocos a los muchos; pero los contrarios no la esperaron, sino volvieron las espaldas a toda prisa, espantados (como dijeron) de la infinidad de tropas que les pareció ver, aunque eran sólo los mil hombres. Y no es menos sino que Ángeles los ayudaron, que fue el socorro de la Emperatriz de los Cielos. Los infieles, perdida la victoria, desampararon el campo y las riquezas con todo lo que habían ganado y usurpado, y volvieron a sus tierras. Y el rey recobró lo suyo, con todas sus tierras, por la devota reina y leales caballeros. Dice San Alano que estos reyes no fueron ingratos al beneficio recibido, y perseveraron en santas y piadosas obras, aconsejando a los suyos la devoción del santo Rosario con su mucho fervor y devoción.

Por la devoción del Santo Rosario, fue librado de la muerte y del demonio. Un clérigo andaba muy ocupado con negocios seculares, pero aun así rezaba a la Virgen Nuestra Señora cada día el santo Rosario. Dicho clérigo se enfermó y llegó al punto de la muerte. Estando ya para expirar, vio una gran multitud de demonios que estaban esperando su alma para llevarla al infierno. Viéndose en peligro tan grande, invocó y llamó a la Virgen María para que le socorriese; la cual luego se presentó allí, y con Ella un Ángel, el cual traía un libro, todo escrito con letras de oro, que espantó mucho a los demonios. Pero uno de ellos dijo: “Cristo es justo juez, y no nos quitará a este hombre, el cual es nuestro, y no tiene parte en el Cielo, y si el ángel trae su libro de buenas obras, también nosotros tenemos un libro de sus malas obras; pénsese ambos libros, y veremos que pesa mucho más el libro que tenemos de las malas obras tuyas, que no el que vosotros tenéis de sus buenas obras.” Y como los demonios quisiesen con mucha furia llevar el alma, dijo la Virgen Nuestra Señora: “Esperad, que hay obras tuyas que aquí no están puestas.” Y así tomó un rosario de los que aquel había rezado en su vida, y lo puso sobre la balanza, e hizo pesar mucho más el libro de las buenas obras, que no el de las malas; por lo cual los demonios quedaron muy confusos. Y el dicho clérigo por intercesión de la Virgen Nuestra Señora volvió en sí, recobrando la salud. Enmendó su vida lo mejor que pudo, y fue muy devoto de la Virgen Nuestra Señora y de su Santo Rosario.

Por virtud del Santo Rosario se hace la paz y amistad verdadera entre los enemigos. En Francia había dos grandes señores, el uno príncipe y el otro conde, los cuales tenían muy grandes enemistades entre sí, y tan grandes que no había nadie (aunque muchos, muchas veces, lo habían tratado) que entre ellos pudiese poner paz ni hacer alguna concordia, de manera que los vasallos del uno hacían cuanto mal podían en los bienes y en personas a los vasallos del otro. Viendo esto un religioso devoto del Rosario de Nuestra Señora, pensó que, como por vía humana no había remedio que quitara las dichas enemistades, con el favor de la Virgen y de su santo Rosario se quitaría. Fue al príncipe y al conde, sin que supiese el uno del otro, y los indujo a que rezasen el Rosario. Ellos aceptaron, y fue una gran maravilla de Dios que no pasaron muchos meses después de que comenzaron a rezar el Rosario, que sin



saber ellos cómo, se reconciliaron, recobrando la paz. Y no sólo esto, sino que después fueron entrañables amigos.

Una pública pecadora de la región de Picardía, por el Rosario, se convirtió a penitencia. Cuenta San Alano de Rupe, que en Picardía había una mujer, que por sus obras era conocida como pública pecadora. Aconsejada por personas devotas de la santa devoción del Rosario, se hizo inscribir en la cofradía y comenzó a rezar cada día el santo Rosario. Cosa maravillosa, que aquella que estaba del todo apartada de Dios y no tenía ya sino el nombre de cristiana, después de pocos meses que comenzó a rezar el Rosario, se convirtió en otra Santa María Magdalena. Y la que

se vestía de camisas muy delicadas y de lienzo muy finos, después se vistió de cilicio, y llevaba ceñida una cadena penitencial. Y la que no podía dormir sino en colchones muy blandos de lana fina y de pluma, después dormía sobre la dura tierra; y la que antes buscaba para saciar su apetito manjares sabrosos y delicados, después todos los días de su vida no se alimentó sino de pan y agua, haciendo muchos días muy áspera penitencia, hasta que por su grave penitencia y muchedumbre de buenas obras, y por virtud del santo Rosario, alcanzó don de profecía. Finalmente, ayudada y favorecida por la Virgen Bendita, Nuestra Señora, a quien servía, acabó santamente su vida y se fue a la gloria para siempre. Estos milagros de la conversión de los pecadores son los más edificantes, y con estos quiere Dios que tomemos por medianera a su santísima Madre María, que es de esto gran Maestra.

Por el Santo Rosario, un mozo de Holanda alcanzó el confesarse perfectamente. Cuenta el Padre Alberto de Venecia que en una ciudad de Holanda, que se llama Leiden, había un joven de dieciséis años o más, que muchas veces se había confesado pero nunca sinceramente; antes había recibido muchas veces la Santa Comunión del Preciosísimo Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo en pecado mortal, y así se mantenía en aquel sacrilegio. Y la causa era porque había cometido un enorme pecado contra natura, y por ser cosa tan fea, tenía vergüenza de confesarlo. Oyendo pues este mozo un sermón de un venerable Padre de la orden de predicadores, llamado fray Conrado, en el cual predicó la virtud y eficacia del Rosario de la Virgen Nuestra Señora, en especial sobre la gracia de poder confesarse bien y tener contrición de los pecados, se hizo inscribir en la cofradía del Rosario. Maravillosa cosa fue que, después de que este joven se inscribiera en la cofradía y hubo rezado algunos días el santo Rosario, Dios le dio, por intercesión de su gloriosísima Madre, tanta contrición y tan grande afición y deseo de confesarse, que no pudo reposar ni descansar hasta que con lágrimas y mucha devoción se hubo confesado sinceramente de todos sus pecados. De allí en adelante, como buen siervo de Dios y de su Santísima Madre, perseveró toda su vida en el bien.

De una joven endemoniada librada del demonio, porque le hicieron rezar el Rosario y llevarlo siempre al cuello. Cuenta el Padre Jerónimo Taix, y también Iodoso y Enselmo, que en Alemania había una jovencita, que fue atormentada por el demonio. Los Sacerdotes, con sus exorcismos, lo echaban de ella, pero luego, después de pocos días, volvía y la atormentaba cruelmente. Y como esto hubiese ocurrido cuatro o cinco veces, no sabiendo sus padres y parientes qué hacer para librarla, les fue aconsejado que la hiciesen inscribir en la cofradía del Santo Rosario, que la hiciesen rezar cada día siquiera la tercera parte del Rosario, y que le pusiesen al cuello un rosario bendito, y que nunca se lo quitase. Lo hicieron así, y con la diligencia de la jovencita en rezar el santo Rosario, el demonio quedó tan espantado y atemorizado, que nunca más se atrevió a volverla a atormentar. Y así por la virtud del santo Rosario ella quedó libre del demonio, y después toda su vida fue muy devota de la Virgen María y de su Santo Rosario.

Una mujer moría impenitente, y fue convertida por virtud del Rosario. En la ciudad de Friburgo de Alemania, había una mujer muy devota, que de joven había cometido un pecado grave y, por vergüenza, jamás lo había confesado; antes bien, pensando que Nuestro Señor

Dios se lo perdonaría sin confesarse, haciendo penitencia, hacía muy muchas penitencias y asperezas de vida, pero ninguna cosa la aprovechaba. Oyendo esta mujer cuán grandes maravillas hacía la Virgen Nuestra Señora por virtud del Rosario, decidió inscribirse en la cofradía, y tomó la devoción de rezar cada día el Rosario entero, pero siempre se mantenía en su obstinación de no confesar su pecado. Cayó enferma de gravedad, y aunque la enfermedad avanzaba cada día, ella no por eso se acordaba de confesar aquel pecado, aunque rogaba por otra parte a Dios y a su Madre Santísima que la acogiesen en su Reino. Oyó nuestro Señor las oraciones de algunos devotos cofrades que rogaban por todos los cofrades que estuviesen en pecado mortal, como de continuo ruegan, y por intercesión de su Píadosísima Madre, no queriendo que el alma de esta triste mujer se perdiese, el día antes de que muriese, se le apareció Nuestro Señor Jesucristo crucificado en la Cruz y le dijo: “Mira, mujer, las llagas que por ti y por todo el mundo recibí en las manos y pies; mira la sangre que derramé por la Redención de todo el mundo, y entre ellos por salvarte a ti; y tú, por tu culpa no quieres gozar de ella, y estás obstinada en no querer confesar tu pecado ya hace tantos años; según Mi justicia tú estarías ya condenada a las penas eternas, pero por la intercesión de Mi Madre, cuyo Rosario tú aunque en pecado has rezado, y por las oraciones de los cofrades del santo Rosario, Yo he tenido misericordia de ti, y no quiero que te condenes, antes te mando que luego confieses tus pecados, porque mañana, al salir el sol tienes que venir a darme cuenta, y para que vean todos que desde ahora quiero que pases tu purgatorio, sentirás en ti grandes ardores; y cuando vean tu cuerpo, después de tu muerte, verán en él las señales del fuego que habrás pasado.” Y dicho esto desapareció Nuestro Señor Jesucristo. La mujer sintió al momento un ardor tan grande que le parecía que se quemaba en vivas llamas, pero sin olvidarse del mandamiento que había recibido, llamó a los de su familia, y les rogó que le llamasen al confesor. Cuando él estuvo ante ella, delante de todos relató su vida pasada, y contó todo lo que Nuestro Señor Jesucristo le había dicho, y cómo ya sentía el purgatorio; también que a la mañana del día siguiente iba a morir, y de la manera que hallarían después su cuerpo. Y así con mucha contrición confesó todos sus pecados, en especial aquel que no había querido confesar, y recibidos los Sacramentos, murió a la hora que había dicho. Después de muerta miraron el cuerpo, y lo hallaron como si hubiera estado en el fuego quemándose. Y aceptando por cierto lo que la mujer había dicho, ellos fueron muy devotos del Rosario, inscribiéndose en su cofradía.

Un Sacerdote herido mortalmente no pudo morir sin Confesión, por virtud del Santo Rosario. Había un Sacerdote en el ducado de Brabancia, el cual era muy devoto de la Virgen Nuestra Señora y se hizo cofrade del Rosario. Este cayó en una grave enfermedad, la cual le daba mucho dolor, y era tanto que, cayendo en desesperación, tomó un cuchillo para matarse, y se dio una herida mortal, pero con el dolor de la herida olvidó el dolor de la enfermedad; y reconsiderando lo que había hecho y conociendo el peligro de muerte eterna en que estaba, recurrió al refugio de la Virgen Nuestra Señora y de su santo Rosario, suplicándole que no consintiese que muriese sin antes confesar sus pecados. Fue cosa maravillosa que aunque, según era la herida, él debía de morir pronto, no pudo morir hasta que con mucha contrición confesó sus pecados y recibió todos los Sacramentos.

Una mujer que degollada no pudo morir sin Confesión, por el Santo Rosario. En la ciudad de Lodi, en el ducado de Milán, hubo una mujer que por la gran devoción que tenía a la Virgen Nuestra Señora se hizo inscribir en la cofradía del Rosario, y lo rezaba cada día. Esta tenía un marido algo recio de condición y rencilloso, que la hacía sufrir mucho. Ella un día, viéndose maltratada de su marido, tomó un cuchillo muy afilado y con él se cortó la garganta. Con el dolor de la herida, y con la mucha sangre que derramaba, reflexionando y conociendo cuan mal había hecho, temió perder el alma, pues para el cuerpo ya no había remedio, y comenzó a invocar a la Virgen Nuestra Señora. Le suplicaba que por la virtud del santo Rosario, y por las oraciones de los justos que estaban en la cofradía, le concediese la gracia que, ya que no podía escapar de la muerte corporal, escapase de la espiritual, y que no



muriese hasta haber confesado con dolor sus pecados. La socorrió así la piadosa mano de la Virgen Señora Nuestra, que contra todo curso de naturaleza vivió hasta que hubo confesado sus pecados y recibió los Santos Sacramentos. Después, con mucha contrición e invocando siempre a la Virgen Nuestra Señora del Rosario, murió.

En México a un joven se le apareció el demonio en figura de mujer, y se libró por virtud del santo Rosario. En la ciudad de México, cuentan los Padres de la Compañía de Jesús que, en el año de 1593, apareció el demonio en figura de una hermosa mujer a un mozo, incitándole a que ofendiese a Dios. Y consintiendo el mozo como flaco, lo llevó la mujer por diversas partes de la dicha ciudad, y llegando a media noche a un lugar muy apartado, le dijo que se quitase un rosario secreto que llevaba debajo de la

ropa. Admirado el mozo de que sin haber visto el rosario se lo mandase quitar, sospechó que era el maligno y le dijo que no se lo quitaría por nada del mundo. Luego el demonio mudó la figura de mujer en una bestia muy fiera, con uñas y cuernos, y le amenazó diciendo que lo agradeciese a la devoción que tenía a la Madre de Dios del Rosario, y a lo que le había rezado; que a no ser así, no habría salido tan bien del negocio. El joven quedó atemorizado. Después se le apareció muchas veces en diferentes tiempos y figuras, incitándole siempre a cosas malas, tanto que se vio muy afligido, y decidió ir a confesarse con un Padre de la Compañía de Jesús que vivía en aquella ciudad. Este, examinando bien su conciencia, vino a entender lo que pasaba. Y le encaminó para que cambiara de vida, le confirmó en la devoción del Santo Rosario, y en la frecuencia de los Sacramentos. Y así, por la misericordia de Dios, vino a ser en breve tiempo libre del todo de estos ataques.

Una mujer se libró del agua y de unas piedras de molinos por el Santo Rosario. El siguiente hecho ocurrió en la vigilia de Santa María Magdalena del año 1582, en un pueblo de Aragón llamado Villafeliche, del marqués de Camarasa, y del arzobispado de Zaragoza. Una mujer devotísima de Nuestra Señora del Rosario llamada Isabel Mochales, estaba casada con Andrés de Miedes, que llevaba la administración de hacer pólvora en el molino ubicado en la acequia molinar del molino de harina. Esta acequia lleva normalmente agua para hacer mover tres ruedas de molino. La buena mujer la mayoría de los días iba al molino a llevar los materiales para la pólvora, y tenía por costumbre al salir de su casa tomar el rosario y rezarlo en el camino, de tal manera que cuando llegaba, había acabado su rosario, lo besaba y veneraba, y se lo ponía en su persona. Viendo un día que una rueda del molino estaba parada, se acercó a ella y, tratando de que se moviese, le cogió la fuerza de la rueda y la derribó a la acequia, que llevaba mucha agua, y con gran fuerza la pasó por debajo de cuatro ruedas de otros molinos también de pólvora que hay en dicha acequia, diciendo ella siempre 'Jesús'. Al llegar al estanque donde se divide el agua para los canales del molino de harina, cuyo estanque tiene tres metros y medio de profundidad y donde había más peligro que nunca, se halló fuera del agua sin saber cómo ni de qué manera; y abriendo los ojos dijo: "Nuestra Señora del Rosario me ha sacado, porque me era imposible salir." Se fue a su casa, se mudó de ropa, y dio fervientes gracias a Dios y a su Santísima Madre por tan gran misericordia. La distancia que esta mujer recorrió en el agua, y entre las ruedas de dichos molinos, se ha medido, y es de más de cien metros; la mujer es muy flaca y no es dada a engañar. El Padre Diego Juárez, que luego fue abad de San Juan de la Peña, era entonces cura de dicha villa y predicando un día en el púlpito de aquella iglesia, sobre el santo Rosario, publicó este caso por ser un milagro bien conocido de él. En una visita a dicho abad, le pidieron que dijese lo que sabía de este caso, y lo refirió como queda dicho, y dijo que en su conciencia lo tiene por milagro, pues estaba muy seguro de ello. Pocos años después cayó otra mujer en dicha acequia, y una rueda la mató, y en parte la despedazó.

De un muchacho que no se despeñó, protegido por la Reina del Cielo, gracias al Santo

Rosario. Había una mujer muy pobre, aunque rica en la devoción del Rosario de Nuestra Señora, que tenía un hijo de doce o trece años, a quien le mandaba guardar un rebaño de ovejas, porque ella ya no podía hacerlo; pero cada noche cuando volvía a casa, la buena madre le instruía en la devoción de Nuestra Señora del Rosario, y entre otras cosas le tenía encargado que, siempre que se viese en alguna necesidad, acudiese con su Rosario a la Madre de Dios, que Ella le favorecería. Fue así que estando un día en el campo con sus ovejas, a la puesta del sol, vino una tempestad tan recia con granizos gruesos y relámpagos, viento y lluvia, que le descarrió el ganado, y como no pudo él juntarlo como deseaba y ya no tenía fuerzas, se dio por vencido; se acordó del buen consejo de su madre y tomó su Rosario, y se puso de rodillas a rezarlo debajo de un árbol, y pasada la tempestad era ya noche, y él, responsable de su ganado, volvió a buscarlo. Andando mucho, iba directo a un despeñadero que había unos pasos más adelante, donde se hubiera hecho pedazos. Se le apareció precisamente entonces una Pastorcita con cierto resplandor que era más que humano, y le preguntó: “¿Adónde vas, hermano?” Respondió él: “Voy en busca de mi ganado que, como la tempestad ha sido grande, temo que se haya caído en algún barranco.” La Pastorcita le dijo: “Camina por aquí, que estás cansado; Dios lo guardará, y por la mañana lo buscarás.” El mozo la creyó y lo hizo así. Mostrándole Ella una choza, le dijo: “Aquí te puedes recoger esta noche que Yo me quedo en aquella otra choza.” Así se hizo, y durmió el mozo, como estaba muy cansado, toda la noche. Al despertar fue luego en busca de su ganado, y a pocos pasos lo halló todo bueno y junto, sin que faltase ninguna oveja. Quiso volver con gozo a congratularse con la Pastorcita, y darle las gracias, pero jamás pudo hallar la choza adonde Ella se fue, y no solamente no halló aquella, sino tampoco la suya, en donde él había reposado, ni otra alguna se pudo jamás hallar en todo aquel contorno ni antes ni después de este caso, por donde comprendió luego el mozo que aquella gracia le había venido de la Reina del Cielo, y aquel aviso Ella se lo había dado, por donde toda la vida se fue intensificando su afición al santo Rosario de la Reina del Cielo. Refirió este milagro el Padre Pedro Cerbuna, Obispo de Tarazona, quien revisó este escrito, y rogó tanto, que fue mandato incluir muchos milagros en este escrito para consuelo de todos, y entre ellos me dijo podía poner este por certísimo, el cual él había predicado, y del que estaba bien enterado. Y pues Dios Nuestro Señor quiso llevárselo a su gloria antes de que este escrito saliese a luz, se puede ahora publicar lo que en privado contaba, alegrándose del mucho bien que esta santa devoción hace en el mundo. Hablando de sí mismo, dijo que desde los doce años, cuando sus padres le enviaron a estudiar a Valencia y aprendió esta santa devoción del Rosario allí, en el convento de predicadores (donde él se confesaba), jamás la había dejado en toda su vida. Con este fundamento no hay que maravillarse de que Dios le subiera a tan altas virtudes, pues se podría hacer un libro de su vida tan escogida, su casa tan reformada, lo mucho que predicó antes y después de ser Obispo, las grandes limosnas que hizo, y al fin fundador de la Universidad de la ciudad de Zaragoza, de donde tanta luz sale para muchas partes.

De la inquietud que causa el pecado en los verdaderos devotos de Nuestra Señora del Rosario. A un convento de la orden de predicadores vino un devoto del santo Rosario a hora muy inoportuna, ya de noche y tarde, y pidió que llamaran a su confesor, que quería confesarse. Este le envió mensaje, diciendo que estaba ocupado y que ya era tarde, que volviese al día siguiente temprano, que él lo recibiría. Replicó el hombre que no podía irse sin confesarse. Vino el confesor y le dijo que era hora inoportuna, que impedía cerrar las puertas, y la quietud de los frailes que se habían de levantar a maitines, que se fuese en hora buena, y que al día siguiente le confesaría. No hubo acuerdo, sino que importunó tanto que le tuvo que oír en confesión. Después que se hubo confesado pidió perdón al Padre confesor y a todos los demás que habían tenido que esperar, y le dijo al confesor que verdaderamente él no podía hacer otra cosa, porque después de que se había inscrito por cofrade de Nuestra Señora del Rosario y rezaba su santa devoción, no podía tener paz en su cama si tenía escrúpulo de haber caído en pecado mortal. Y era esto tan verdad, que pasaba toda la noche



sin cerrar los ojos, y con tales suspiros que lo notaba su mujer, y que así, por evitar sospechas que de semejantes cosas las mujeres suelen tener, no había podido evitarle aquella molestia de que le oyese en confesión, porque hecha esta quedaba tranquilo y sosegado.

La ciudad de Colonia se libró de muchos ejércitos por la devoción del Rosario. En la ciudad de Colonia estando su pueblo oprimido y muy fatigado con graves guerras y ejércitos, determinaron sus autoridades, en tan gran angustia y conflicto, invocar muy de veras a la Virgen Madre de Dios del Rosario con muy frecuentes procesiones y llamar a oraciones particulares hechas en su capilla ante su sagrada imagen, en la iglesia de los frailes

predicadores. Y quiso la Divina Bondad librarles de todos estos sufrimientos por la intercesión de la Madre de Dios y de su santo Rosario. Este milagro fue citado por el Papa, y fue una campana muy sonora que trajo gran cantidad de pueblos y gentes a esta santa devoción.

Cómo la Reina del Cielo hace que sus devotos se acuerden de sus pecados, para confesarlos. Cuentan los Padres de la Compañía de Jesús del colegio Manachense de la provincia de Alemania superior, en el año de 1588 lo que aconteció a un devoto de la Virgen. Habiéndose puesto un día a pensar muy sinceramente en las cosas de su alma para hacer una confesión muy entera, estaba pensando con mucho cuidado en todo cuanto había pensado, dicho, hecho, y dejado de hacer por negligencia, ofendiendo al Señor. Y estando en esta agonía, que sin ella pocas veces o ninguna están bien hechas las confesiones, invocó a la Virgen del Cielo en su socorro, para que en esta confesión en particular Ella hiciese de manera que no se le olvidase pecado alguno, antes bien los confesase todos a su confesor y saliese bien de ellos para gloria del Señor. Estando en esto, he aquí que bajó de lo alto una cédula blanquísima ante sus ojos, con unas letras muy pequeñas aunque muy bien hechas y formadas, en la cual venía escrito un pecado que él no recordaba, para que lo confesase y rezase por él un Rosario en honor y alabanza de la Virgen, y que saldría bien de ello, y fue así. Pero no acabó allí este milagro porque, mostrando la dicha cédula a otros amigos suyos, hermanos, y padres y superiores, ellos jamás pudieron leerla ni entender lo que él leía y a sus ojos estaba tan claro y patente.

De una visión milagrosa que se vio en México en un santo fraile devoto del Rosario. El Padre Agustín de Ávila Padilla en el primer libro que hace de la Historia de la Provincia de México, cuenta del Padre Matías de Paz, el cual vivió en la provincia de San Vicente de Guatemala, y en cuarenta años que vivió allí no se supo que hubiese tenido enojo ni pesadumbre con alguna persona, porque fue muy callado, recogido y caritativo, y particularmente sufrido y manso. Fue varias veces superior de la provincia de Guatemala, donde le sucedió un caso raro para consuelo de los devotos del santo Rosario, del cual lo era mucho este Padre, y lo rezaba al acabar los maitines, como se acostumbraba en la orden de los Predicadores. Estaba refugiado en aquella iglesia un hombre que había cometido un delito que necesitaba más defensa que la de la Iglesia. Y para cuando no le fuera posible acogerse a inmunidad del templo, los Padres le dieron un escondite, que estaba preparado en el tablado del coro, para que se quedase allí en secreto. El pobre habría dormido poco y, acabados los maitines, salió de donde estaba escondido pensando que, como se habían ido los frailes, ninguno quedaría en el coro y que podría salir y gozar de aquel aire fresco. El devoto Padre Matías de Paz estaba en su devoción rezando el Rosario de la Virgen María. El refugiado reparó en la luz que había en un rincón del coro, y le pareció que una estrella muy resplandeciente bajaba un breve trecho, y luego desaparecía. Se fijó con más atención y vio al bendito Padre que estaba rezando, y cada avemaría que rezaba parecía una estrella, desde que salía de su boca hasta que se juntaba con el número de las rezadas. De esta manera muestra Dios como asiste con la luz de su bendita gracia a los que sirven a su Madre Santísima,

y acredita la vida de los que le sirven. Dios regaló tanto a este Padre, que Cristo Nuestro Redentor y Señor le visitó en figura de un enfermo. Andaba pues por los pueblos de indios con mucha caridad visitando y enseñando. Y estando un día en su iglesia, llegó a él un indio que venía muy afligido quejándose de un grave dolor que traía; el Padre salió a recibirle muy compasivo, y apiadado de sus sufrimientos, le preguntó qué quería, y qué le dolía; le respondió que todo estaba lleno de dolores, que no quería más que lo llevasen a su casa para descansar en su pobre camilla. No había entonces otro allí a quien el Padre encomendase aquella obra de caridad, ni tampoco buscaba a alguien si él podía servir. Él mismo se puso al enfermo a cuestras llevándole con gran voluntad hacia donde él mismo guiaba. Venían de lejos unos indios y divisaron al fraile abrazado con una gran imagen de un Crucifijo, a quien venían haciendo la reverencia debida, y tanto mayor cuanto se les acercaban más; cuando el bendito Padre pasó por su lado, como los vio arrodillados y las manos juntas, les preguntó: “¿Qué es esto, qué hacéis?” Ellos le respondieron: “Padre, adoramos la imagen de Nuestro Señor Jesucristo que llevas en esa Cruz.” Entonces entendió el Santo que el Unigénito Hijo del Padre le había probado en su caridad y amor al prójimo y, sin sentir más la carga del enfermo, se volvió al convento, mientras los otros seguían viendo la figura del santo Crucifijo; y este gran amor para con el prójimo es uno de los frutos maravillosos que produce la devoción del santo Rosario, como se vio en este venerable Padre.

Del milagroso cambio del corazón de un juez en México por el Santo Rosario. Cuenta el Padre Agustín de Ávila Padilla en el segundo libro de su Historia de la Provincia de México, que estando el Padre Domingo de la Anunciación en La Florida, entre las muchas maravillas que Dios obró con él, hubo una milagrosa mudanza del corazón de un juez gracias al santo Rosario. Como era tan trabajosa aquella vida, los pobres soldados procuraban evitarla, y puestos de acuerdo dos de ellos, se ausentaron contra la orden que había dado el general. Los sorprendieron precisamente cuando salían y fueron condenados a muerte. Intercedieron los religiosos para que el general les perdonase, pero no consiguieron sino mayor indignación del juez. Mandó que se confesasen una tarde y se preparasen aquella noche para verse con Dios al día siguiente. Acudieron los religiosos a su oficio aconsejando a los sentenciados que procurasen buena muerte pues ya no tenían cómo defender su vida. Uno de ellos estaba muy indignado con el general, pareciéndole que algunas obras de amigo que por él había hecho debían haber impedido semejante sentencia. De aquí tomó motivo el demonio para encenderle en cólera y descuidarle de la muerte que le esperaba muy pronto. El otro oía con atención al bendito Padre Fray Domingo de la Anunciación que le aconsejaba que ofreciese su vida a Dios, pidiéndole que tomase su muerte en expiación de sus culpas. Le aconsejó que pidiese amparo a la Reina de los Ángeles rezando su Rosario, de cuyas maravillas está lleno el mundo. El amor a la vida obró en este hombre, y dijo: “Padre ¿no habrá algún remedio para que yo no muera?” El siervo de Dios respondió: “Hijo mío, poderoso es Dios, y mucho vale la intercesión de su Madre Santísima, pero no debemos pedir sino aquello que dé mayor gloria a Dios. Vuestra vida no hay que pretenderla ya del gobernador; encomendémosla a la Reina de los Ángeles; rezadle esta noche su Rosario, que yo también lo rezaré por vos, y hágase la Voluntad de Dios en todo.” Quedó el hombre muy consolado, y comenzó a rezar su Rosario con el sentimiento que se puede suponer. El bendito religioso rezaba también el Rosario, volando por aquellos divinos misterios que siempre ocupaban sus pensamientos, y encendiéndose con el fuego del amor al prójimo por quien oraba. La Reina de los Ángeles no era sorda a la oración de su santo Rosario, sino que pidió a su Divino Hijo, como a Rey de los reyes, en cuya mano están los corazones de los príncipes y jueces, que cambiase el de aquel juez a favor del afligido, que se amparaba con el santo Rosario, y así como no tarda la Virgen en ayudar a sus hijos y devotos, tampoco su Hijo Santísimo en oír a su Virgen Madre. Fue cosa maravillosa que antes que amaneciera se levantó el gobernador con gran preocupación, mandando que no ajusticiasen a aquel hombre, porque él quería perdonarle la vida, y que muriese sólo el otro que se había mostrado rebelde



y agraviado, y así se hizo. Cuando el Padre Domingo se vio con su hijo espiritual libre, le dijo: “Realmente hijo, es muy buena cosa encomendarse el hombre a la Reina de los Ángeles; toda vuestra vida estáis obligado a servirla como a Señora, pues por Ella cambió Dios el corazón del juez para que os perdonase.” El mismo hombre fue pregonero del milagro, y creció la devoción del santo Rosario entre aquella gente.

Por llevar el rosario al cuello, tres indios se libraron de un rayo. Cuenta el Padre Agustín de Ávila, en el libro segundo de su Historia de México, que siendo Vicario de Tepoztlán el Padre Domingo de la Anunciación, como predicaba con mucho fervor a este pueblo la devoción del santo Rosario, y la eficacia del predicador y su doctrina tenía tan ganada la voluntad de los indios, casi ninguno dejaba de llevar su rosario al cuello. Les recordaba las copiosas indulgencias que los Sumos Pontífices han concedido a los cofrades que lo llevan visiblemente, porque la Reina del Cielo quiere que sus devotos

se precien de serlo. Así como los hombres de hábito no lo encubren sino que lo muestran para su honra, también sus siervos deben mostrar la insignia del Rosario; tanto para buen ejemplo, como para librarse, por su virtud, de los infortunios y cosas adversas, como pasó en esta jornada que ahora relatamos. Venían pues del monte un día cinco indios de dicho pueblo de Tepoztlán, con sus carguillas de leña a cuestras, y les cogió en el camino un aguacero tempestuoso con extraordinaria furia de relámpagos y truenos. Se refugiaron los pobrecitos en el hueco que hacía una peña con lugar bastante para que se pudiesen defender del agua. Se sentaron los cinco casi en contorno, como el poco lugar les permitía, esperando que la fuerza de la tormenta se mitigase para que pudiesen ellos proseguir su camino. De los cinco, tres solamente traían rosario al cuello y los miraban en aquel aprieto, deseando que les valiese la intercesión de la Emperatriz del Cielo. Quiso Dios arraigar la devoción de su santo Rosario en los corazones de aquella gente recién convertida y permitió que cayese un rayo entre los cinco indios, y los que traían rosarios salieron vivos, y los que no lo traían se quedaron allí muertos. Aumenta la grandeza del milagro, la relación que dieron de este caso diciendo que los dos que murieron estaban entremezclados con los tres que quedaron con vida, y la fuerza indomable del rayo tuvo respeto de los que estaban señalados con el santo Rosario, y entresacó a los que no lo estaban. Después los que se habían salvado acudieron al siervo de Dios y contaron el caso, el cual predicó el santo varón después varias veces con mucho sentimiento y con aumento de esta santa devoción.

De la resurrección de un indio en México, para confesar sus pecados, por el Santo Rosario. El caso más milagroso que cuenta el historiador Padre Agustín de Ávila, en el libro segundo de su Historia de México, es el siguiente. En el año 1541, cuando el siervo de Dios fray Domingo de la Anunciación vivía en Tepetlaoztoc, se enfermó un indio en aquel pueblo mientras el buen Padre no se hallaba en el lugar y a la cabecera del enfermo no había ningún religioso que supiese su lengua. El enfermo pedía con insistencia que le llamasen al Padre Domingo para confesarse; pero le respondieron que estaba ausente, y dijo él: “Así es, porque ayer estuvo en tal parte y hoy está en tal de visita; vayan con brevedad a llamarle, para que yo no muera sin confesión.” Acertó el indio en los lugares que señaló, y llamaron al Padre que sin dilación se puso en camino para Tepetlaoztoc donde estaba el enfermo. Como venía a pie no pudo andar tan rápido como la muerte, que se apoderó del indio, y murió cinco o seis horas antes de que el religioso llegase al pueblo. Cuando escuchó el caso, el Padre se entristeció grandemente, temiendo que de alguna manera hubiera sido culpa suya el haber muerto aquel indio sin confesión. Con esta preocupación se fue a la casa del difunto, y allí se puso a orar, pidiendo a Nuestro Señor consuelo para su pena. Consideraba el riesgo de un

alma que sale de esta vida sin el santo Sacramento de la penitencia, y le daban vivos deseos de que aquel indio reviviera para que se confesase. Pensaba que si él hubiera apresurado más el paso le habría hallado vivo, aunque salió pronto de esta duda, porque no dilató la salida desde que le llegó el aviso. Invocándola, acudía a la Reina de los Ángeles, y rezando su santo Rosario le suplicaba que por su intercesión concediese en aquel caso una respuesta a mayor honra de Dios. En esto estaba el buen Padre cuando de pronto se levantó el difunto, con tanto asombro de los de su casa que ni amigos, ni parientes lo esperaban, y huyeron todos enseguida. Tanto temen los hombres la muerte que ni aun quieren ver a los que han estado en su poder. El difunto resucitado los llamaba, y procuraba tranquilizarlos, pero no bastaba, hasta que los llamó el buen Padre, como quien había tenido tan poderosa oración que le había vuelto de la muerte a la vida. Se sosegaron todos, y comenzó el indio a hablar palabras tan profundas como las dice y siente quien se escapa de los peligros del infierno. – “Estad atentos,” dijo, “para que veáis la justicia de Dios y conozcáis también su misericordia. Cuando yo me enfermé, procuré confesarme con el Padre Domingo, y la pena de su ausencia me agravó la enfermedad, y al fin acabé la vida sin el dolor requerido que debía tener por mis culpas. Al salir el alma del cuerpo accidental, fue recibida por los demonios, que con abominables figuras y temerosos alaridos la esperaban, iba la triste alma por unas espantosas tinieblas en medio de las cuales apareció un Ángel con grandísima claridad y resplandor, que iluminando el camino mostró su dificultad y peligros. Mandó a los demonios con imperio que dejasen el alma; pero ellos respondieron que no podían dejarla, pues era suya por haber muerto sin confesión; replicó el Ángel que la Voluntad de Dios era que volviese al cuerpo y se confesase, y expulsando con su luz a los demonios, dijo: ‘Apartaos traidores, y dejadla volver al cuerpo, porque están orando por ella.’ De esta suerte ha querido Dios que me veáis resucitado, pero en cuanto me confiese dormiré el sueño de la muerte hasta el último día.” Estaba el Padre oyendo estas cosas con los ojos llorosos y con los oídos atentos. Oyó su confesión al indio dichoso que la hizo con grandísimas muestras de contrición y amor de Dios. Enseguida, tras la absolución, se volvió a tender en el suelo, y quedó muerto. Cuando el Padre contaba después este caso, echaba poca cuenta de su oración, y atribuía todo el suceso a la infinita Misericordia de Dios y a la devoción que el indio había tenido siempre al santo Rosario, por la cual no sólo volvió de la muerte a la vida, sino que se puede creer que también cambió las penas de la muerte eterna por los gozos de la eterna bienaventuranza.

La devoción del Santo Rosario aprovecha grandemente a los difuntos. El bienaventurado San Alano de Rupe fue en su tiempo uno de los más devotos de Nuestra Señora y de su Santo Rosario, y el más famoso de esta santa devoción. Dios le regaló con ver muchos milagros del Rosario para que fuesen como frutos de sus santos trabajos y deseos. Así cuenta en el libro que escribió del Rosario, que muchas personas devotas de Nuestra Señora, y cofrades del santo Rosario, que no solo lo rezaban cada día con singular devoción por los vivos, sino también por los difuntos, se confesaron con él, y le dijeron que rezando el Rosario se les habían aparecido difuntos con la señal de la cruz puesta en sus frentes, y con otras señales que les certificaban ser verdaderas las tales visiones. Dichos difuntos les dijeron que de todas maneras rezasen el Rosario por los difuntos que tenían en el purgatorio, porque, después de la Santa Misa, el Santo Rosario era en verdad uno de los principales sufragios que se podían hacer por los difuntos. Y que ellos, porque algunas personas habían rezado el santo Rosario, habían sido liberados de las penas del purgatorio, y se iban a gozar de Dios con sus Santos a la gloria. Y no tiene que maravillarnos esto, porque como el Rosario de la Madre de Dios queda unido al Sacrificio Infinito de la Cruz en la Santa Misa por el Sacerdote Celebrante, así adquiere valor infinito, y es ofrecido con todos los merecimientos de Cristo Nuestro Señor y de su Madre Santísima, siendo estos los principales tesoros de la Iglesia; por lo cual está muy bien fundado que éstos hagan tales efectos en los difuntos, aliviándoles sus penas y sacándolos del purgatorio; cuanto más que los Sumo Pontífices han comunicado a estos sufragios generosísimamente los tesoros



de indulgencias de la Iglesia, y lo dan por muy bien aplicados.

Cómo por el Santo Rosario se libran los encarcelados. Cuenta asimismo San Alano de Rupe que en una ciudad del reino de Francia, había muchos presos en la cárcel, unos por deudas que no podían pagar, otros por diversos delitos cometidos, por los cuales los unos merecían azotes, otros destierro, otros mutilación de miembros, otros horca. Les predicó un Padre de una orden religiosa, aconsejándoles la devoción del santo Rosario, y la paciencia que en las cárceles se ha de tener. Muchos de ellos lo tomaron bien y quedaron grandemente aficionados a esta santa devoción, y se hicieron inscribir por cofrades; otros fueron necios y se quedaron obstinados en no aceptar nada de lo dicho. Y fue así que los devotos de la Madre

de Dios y su santo Rosario en breve tiempo fueron todos libres de sus penalidades y, en cambio, los que rechazaron el Rosario pagaron muy bien todo lo que debían por sus delitos, cada uno según la cantidad merecida. Lo mismo cuenta San Alano de Rupe de otro hombre que había sido condenado a muerte en Francia, y oyó de las excelencias de la santa devoción del Rosario; se aficionó tanto a ella que comenzó a rezarlo con gran fervor e hizo voto que, si Dios le permitía librarse de la cárcel, lo rezaría toda la vida. Y sucedió que en breve tiempo rompió todas sus cadenas y hierros para escaparse, como hubiera podido hacer un hombre sólo después de muchos días. Al fin se salvó, y quedó muy contento con la obligación del Santo Rosario que él mismo se había impuesto para toda la vida.

Una mujer se libró de morir ahogada en el Tíber, por la devoción del Santo Rosario. Un grupo de personas salió a recrearse en un barco por el río Tíber, en Roma, y andando algunos algo inquietos en el barco, este se volcó, y todos los que iban en él cayeron en lo más hondo del río; el barco naufragó sin poderles valer. Solo una mujer que iba con ellos era cofrade del Rosario y estaba inscrita en el libro. Esta, acordándose en este trance de su santa devoción y de lo mucho que el Rosario valía en los peligros, echó mano de él, porque lo llevaba al cuello, y se encomendó a la Reina de los Ángeles. Ella le dio amparo, la tomó de la mano, y la sacó a la orilla sana y salva, y sin lesión alguna. Cuando le preguntaban cómo había salido, decía que con el favor y amparo de Nuestra Señora del Rosario, de quien ella era devota, y a quien rezaba cada día el Rosario, que llevaba siempre consigo, y que la Virgen María en esa ocasión la tomó de la mano y la puso en salvo.

De una doncella ahogada que resucitó por el voto de su madre. En la ciudad de Egra en Bohemia, había una jovencita harto delicada, la cual estaba inscrita en la santa cofradía del Rosario, y rezaba cada día su Rosario según se lo habían enseñado. Salió pues esta jovencita con otras, y paseándose y jugando junto a un río, cayó en él y se ahogó. La madre que lo supo fue allá desolada y llena de angustia. Sacaron a la hija del agua, muerta, y la madre se fue con el cuerpo a la capilla y al altar de Nuestra Señora del Rosario, acordándose cuán devota había sido su hija y de su santa devoción. Lo que allí suplicaba a la Madre de Dios con respecto a su hija muerta, se lo puede imaginar cualquier cristiano: que se la resucitase y diese viva, para consuelo de su desolada madre, y que ya veía que ella no era digna de tan gran merced, pero que por los merecimientos de su Hijo lo consiguiese de Él. Tras de esto dijo que ella aun no estaba inscrita en el libro de la cofradía del Rosario como su hija, pero que hacía voto de inscribirse inmediatamente, y de rezar el Rosario toda su vida. Cosa maravillosa, al momento que acabó estas palabras, se levantó la hija viva, y alegró a su madre, y de allí en adelante madre e hija fueron devotísimas de Nuestra Señora del Rosario y pregoneras de este milagro, el cual escribe en su libro el Padre Alberto de Venecia.

Cuatrocientos cautivos cristianos capturaron dos galeras de Aazan Baxa, almirante y capitán general del mar del sultán de Turquía, por la devoción del Rosario. La santa devoción del Rosario es un jardín o viña tan favorecida de Dios, que extendió sus sarmientos no solamente

por levante y poniente, sino también en tierras de bárbaros e infieles, como consuelo de los que allí se hallaban cautivos, para que gozaran de su amparo, y vieran allí milagros, perseverasen en la fe, y mirasen por sus almas. De esto había mucha necesidad entre los cautivos, porque llevaban una vida de trabajos forzados y eran tratados con tanta crueldad, que bien necesitaban de este auxilio de lo alto, y que la Reina del Cielo les protegiera y amparase en muchas ocasiones.



La Providencia de Dios es tan grande, que para esto también permitía que hubiera entre los cautivos Sacerdotes y religiosos, que atendiesen y ayudasen a sus hermanos no sólo en confesarles, sino en alentarles en esta santa devoción. Por eso había cofradía del santo Rosario en Argel y en Constantinopla y otras partes donde había elevado número de cautivos. Entre ellos se vieron muchos milagros, para que no desearan de su libertad, como es este que ahora diremos. Sucedió que el 11 de junio de 1590 partieron de Constantinopla diez galeras reales, y llegaron con próspero viento a Trípoli de Berbería, en Libia, en donde se quedaron dos de ellas; las otras ocho tomaron la vuelta de Bizerta en Túnez, y dos de ellas, a saber la 'Capitana' y la 'Patrona' llevaban a Argel por sus negocios, a Aazan Baxa un renegado veneciano, almirante y capitán general del mar del llamado 'gran turco' o sultán del imperio otomano, pero los moros querían volver a Bizerta pronto para reunirse con las seis galeras que allí habían quedado y volver juntas a Constantinopla, antes de que el invierno les sobreviniese e impidiese el viaje. Los cristianos cautivos de las dichas dos galeras Capitana y Patrona, viendo que llevaban muchas riquezas, deseaban levantarse con ellas, pero nunca se les ofrecía buena ocasión; ahora estando en Argel vieron que los pasajeros iban a ir solos y no serían muchos, se decidieron a intentarlo, y acordaron conseguirlo o morir. Para esto se proveyeron secretamente de algunas armas, a saber de diez o doce sables para cada galera, que les costaban mucho dinero, porque los compraban a turcos, diciendo que los querían presentar a algunos caballeros de sus tierras. Asimismo se proveyeron de hierros falsificados para poderse desherrar cuando fuese necesario liberarse, y esto no todos, sino sólo los caudillos de esta operación, que eran diez o doce por cada galera; estos hierros falsificados eran unas chavetas partidas por medio que encajaban perfectamente, y parecía no haber allí falsedad, de tal manera que aunque un turco revisaba las cadenas de los cautivos cada noche, nunca advirtió el engaño. Después de haberse preparado de esta manera, los caudillos se juntaron, y entre sí hicieron voto prometiendo a Nuestra Señora del Rosario que si les daba la libertad y victoria en esta jornada, darían en su capilla de la primera tierra firme que llegaran y desembarcaran la galera Patrona con toda su carga, salvo la artillería. Entre estos cautivos había muchos que estaban inscritos en Argel en la cofradía del Rosario, había también otros que eran cofrades de la fundada en el convento de San Pedro Mártir que está en Gálata, la parroquia de cristianos griegos en Constantinopla. Los cristianos cautivos de dichas dos galeras se pusieron de acuerdo y se prepararon; renovaron el voto en la forma dicha, y todos unánimes y conformes partieron de Argel de vuelta a Bizerta el 26 de septiembre del mismo año. Al día siguiente, a las tres horas de la madrugada, cuando salía la estrella del alba, se hallaban a cincuenta millas, unos 80 kilómetros, de Argel hacia el levante, y a cinco o seis millas de la costa, por causa del oleaje que entonces había. Viendo pues los cautivos cristianos que ya había llegado la hora para realizar su designio, los de la Capitana hicieron su señal como habían concertado, que fue tender una camisa en la barandilla de la galera por la parte de fuera para ser vista de la Patrona, los cuales luego al momento respondieron con otra señal, dando a entender que ya estaban preparados, y viendo los cristianos de la Capitana la respuesta de los de la Patrona, comenzaron la segunda señal que fue pasar de mano en mano entre los cautivos desde popa a proa un platillo de miel diciendo que se diese a fulano.

Viendo los que reman al principio del remo la segunda señal, cada uno de ellos advertía y animaba sus compañeros, porque no todos lo sabían sino sólo los primeros de cada remo, y ellos lo iban revelando a los otros entonces; así, aunque alguno quisiese ser traidor no podía, porque estaba remando con todos; en la Patrona se hizo la segunda señal que era media cebolla, con un verso que decía: “Todo hombre reme alegre y fuertemente, y beba aguardiente”, que es un refrán de los pobres cautivos por la falta que allí hay de vino, y era tanta la alegría y gozo que los pobres cautivos cristianos tenían que el turco que los vigilaba, sospechó y dijo a un tripulante de la Patrona: “¿Qué tienen estos cristianos que están alegres y se mueven con tanto entusiasmo?” Este respondió: “Porque las galeras caminaban bien, y por darse ánimo unos a otros para remar, porque ya desmayaban de cansados.” No quedó satisfecho con esta respuesta el turco receloso, se fue a la popa y dijo al capitán que mandase esposar a los cristianos como se acostumbra cuando va una galera sola y lleva poca tripulación, a lo cual respondió el capitán: “¡Oh gallina, y ¿de qué tienes miedo, viendo cómo van las galeras tan bien provistas de guardias?” Acababa de decir esto el capitán, cuando comenzaron los cautivos cristianos de una y otra galera a dar la batalla con gran ánimo, invocando a Nuestra Señora del Rosario, que fue una cosa maravillosa. Los que tenían chavetas falsas se liberaron de las cadenas rápidamente, y tomando sus sables se fueron a la popa donde estaba la gente más importante, y a los primeros encuentros les fue mal, pero pelearon varonilmente, cada uno defendiendo su partido, quien con cuchillo, quien con las escudillas de madera en que comían, otro con las herramientas de la tienda, otro con clavos, quien finalmente hasta con las agujas que llevan para coser los sacos de biscocho. En la batalla quitaron las tablas del pasillo central, para que los turcos no pudiesen caminar por medio de la galera sino de banco en banco; y pelearon con tanta astucia y habilidad, que en un cuarto de hora los cristianos de la Capitana alcanzaron la victoria y tomaron la galera, porque todos los turcos se echaron a la mar, excepto el capitán y otros dos o tres ayudantes suyos que quisieron morir peleando. No aprovechó poco para esta victoria el ardid y astucia de un renegado, el cual de noche tomó los sables de los turcos y les enredó las correas de las fundas, de modo que no pudiesen usar bien de ellos, ni desenvainarlos, y mojó la mecha de tal manera que el fuego no pudiese prender en ella; también un cautivo cristiano francés, el cual estaba desencadenado, se fue a la cámara donde estaba la pólvora, llenó su boina de ella y la cosió, excepto un agujerillo que dejó para dar fuego, se fue arriba le dio fuego y la arrojó a la popa a donde se habían hecho fuertes los turcos y les quemó las barbas largas que algunos llevaban, y Dios los confundió. Los cristianos vieron que en la despensa había dos o tres manojos de sables nuevos sin montar, que los llevaban para vender a un mercader; cortaron presto las cuerdas con que iban atados, y se proveyeron de ellos todos los que pudieron. Viendo pues los turcos el fuego, y el relucir de los sables en las manos de los cristianos, temieron ser sus cautivos, y comenzaron a decir: “¡Ay de mí, estoy perdido!”, y cruzando los brazos se rendían por esclavos de los que poco antes lo habían sido suyos, pero los cristianos fueron para ellos como unos leones no perdonando a ninguno, y así se echaron a la mar de donde ninguno podía escapar por estar como dijimos a cinco o seis millas de la costa, y con fortuna. De esta manera, con el favor de Nuestra Señora del Rosario, quedaron los cautivos cristianos de dichas dos galeras vencedores y señores de las riquezas que llevaban, dejando muertos y ahogados a cuatrocientos turcos. Algunos de estos subían por los remos a la galera, suplicando a los cristianos que les recibiesen por esclavos, y que les darían muchas monedas de oro que llevaban consigo, pero como entonces no era tiempo de hacer prisioneros, ni admitir enemigos en casa, a ninguno quisieron recibir. Y cosa milagrosa, al momento les vino bonanza, y con viento próspero y cantando Salves a la Reina del Cielo, dieron las velas al viento, el cual les fue tan propicio que al día siguiente llegaron al puerto de Alcudia, de la isla de Mallorca, a donde tomaron algún alimento, dieron orden de curar y atender a los heridos, e hicieron banderas con insignia de cristianos, que es la Santa Cruz, y eligieron capitanes de ellos mismos. Y luego partieron de Alcudia rumbo a la península, adonde Nuestra Señora del

Rosario los llevase, la cual los trajo a Barcelona un viernes por la tarde, el cinco de octubre del dicho año 1590, donde fueron muy bien recibidos, y el sábado, víspera del primer domingo de octubre, en el cual se celebra la victoria de la batalla naval que había logrado diecinueve años antes don Juan de España en Lepanto, bajaron a tierra algunos de los dichos capitanes e hicieron cantar una Misa solemnísima a Nuestra Señora del Rosario, en acción de gracias del feliz suceso y victoria. Hicieron pintar el milagro en una tabla, y lo pusieron en su capilla que está en el monasterio de Santa Catalina Mártir de la orden de predicadores, juntamente con algunas flechas, cadenas y hierros de sus prisiones. Restablecidas allí sus fuerzas,



vendieron poco a poco lo que traían en las galeras, lo convirtieron todo en dinero, e hicieron decir Misas por los difuntos en todas las iglesias de Barcelona, llevando ellos su parte. El 4 de noviembre, que era primer domingo de mes, después de haber oído Misa en la capilla de Nuestra Señora del Rosario, salieron de Barcelona para besar las manos al rey San Felipe II, ante quien se presentaron en orden, con sus sables y escopetas. El Padre Miguel Llot hizo publicar este milagro, con licencia del ordinario, para que constase a todos.

La Reina del Cielo reprendió a una monja, porque rezaba el Rosario muy aprisa. Había en un monasterio de monjas, una religiosa muy devota de la Reina del Cielo y de su santo Rosario, y lo rezaba con mucho sosiego; le encomendaron un oficio de obediencia; pero el demonio, que es enemigo de esta santa devoción, lo aprovechó para distraerla, como pasó en efecto; así, por cumplir ella con la obligación rezaba esta santa devoción muy aprisa, y no ya con aquel sosiego y atención de antes. Se le apareció la Reina del Cielo, cuando le rezaba el Rosario delante su imagen, y le dijo: “Hija, piensa en lo que dices, que ya no está tu corazón como antes; sepas que si quieres cantar mi salterio dulcemente delante de Mí, conviene que desvíes tu corazón de las cosas que de Mí te apartan, y si no pudieras rezar el Rosario entero, reza la mitad o la tercera parte, o si no, lo que puedas, pero teniendo tu corazón en lo que reces, y con esto quedará mi Hijo contento, y Yo también.” La obediencia de esta monja, siendo cosa tan importante, no la excusó para que dijera el Rosario con poca atención, porque no estar atenta cuando rezaba, más era por su flaqueza que no por su obediencia. Cuando la obediencia manda trabajar, no quita las devociones; si en cantidad hace que sean menos, por no tener tanto tiempo para ellas, en ese algo de tiempo que todavía queda, por poco que sea, son más aceptas las oraciones delante de Dios. ¿Qué diremos de lo mucho que pierden aquellas personas que por pensar en vanidades y cosas de poco provecho rezan el Rosario de la Madre de Dios tan distraídamente, que parece más pasatiempo que oración? Pues, que aprovechan poco o nada, y tanto puede ser el distraimiento que no sólo no merezcan, sino que pequen.

Un difunto, por haber sido devoto del Santo Rosario, avisó para que se hiciesen ciertos descargos. En Tortosa, el 15 de enero del año 1571, el señor Traveset, enfermo de retención de orina, murió repentinamente. Se había confesado por la tarde y esperaba que a la mañana siguiente viniese a él el confesor suyo a reconciliarle, decirle Misa y darle el Santísimo Sacramento; se levantó al servicio y se murió sin podersele administrar ningún otro Sacramento. Después de sepultado, y hechas las exequias, sintieron en su casa, en donde vivía un hijo suyo heredero ya casado, muchas veces que les arrojaban pedazos de ladrillos, aunque no les hacían daño más que si les diera con un copo de estopa; esta novedad les causó tanto temor por continuarse tantos días que el hijo con su mujer pensaban irse de esa casa. Consultaron el caso con el Obispo Martín de Córdoba de la orden de Santo Domingo, y con el lector de aquella catedral, que entonces era el Padre Juan Izquierdo, y a los dos les pareció que era un espíritu. Pasando una noche por delante de la puerta el clérigo Lobería que después murió canónigo de aquella santa iglesia, sintió un gemido y suspiro; como hablaba con el difunto, conoció que era el propio Traveset, y divulgó a los de casa y por la

ciudad que era el señor Traveset difunto que él le había muy bien conocido en la voz. Estando los de casa en duda sobre esto, decidieron que una criada, que se llamaba Isabel, a quién más de ordinario arrojaba los pedazos de ladrillo subiese una noche al desván acompañada con algunos de casa y otros vecinos o conocidos que quedaron a la puerta, donde estaba la escalera de caracol de acceso, para que en caso que la moza se asustase, pudiesen socorrerla ya que ella estaría sola en el desván, y ellos quedaron a la puerta con una vela encendida; luego vieron que comenzó primero a arrojarles pedazos de ladrillos y después de argamasa y de terrones de la pared a unos y a otros; y la moza Isabel que subía ya instruida, cobrando ánimo le dijo: “Yo te mando de parte de Dios que me digas quién eres y qué pides.” Respondió una voz, porque nunca se vio cosa alguna, sólo oyeron la voz de entre unas vigas del desván y vieron arrojar las piedras: “Ah Isabel, tantos días hace que me haces andar por aquí arrojando piedras y nunca me has querido hablar.” La moza conociendo la voz de su señor difunto enternecida y deshecha en lágrimas comenzó a decir: “¡Ay mi señor, que no sabía que fuese vuestra merced...! ¡Ay de mí que he sido tan desconfiada! Qué es lo que manda mi señor.” Respondió la voz: “Mira Isabel, ahora no te lo puedo decir; volverás mañana al tiempo de la oración a este mismo lugar, y te lo diré.” Bajó la moza toda bañada de lágrimas, y los que estaban al cabo de la escalera, que oyeron todo lo que había pasado, certificaron que era la voz del señor Traveset difunto. Dieron parte al Obispo de lo que les había sucedido. Proveyó su señoría que su provisor y vicario general, que entonces era el Padre Gaspar Punter, fuera a la casa para ver lo que era y examinar bien el caso, pero por ocupaciones que tuvo tardó como media hora y no pudo acudir al toque de oración en punto; cuando llegó a la casa con un criado suyo, que después oyó la voz y dijo que era la propia del señor Traveset. Le estaban aguardando todos, y se quedó abajo con el hijo y nuera del difunto, subió la criada al desván con otras personas que quedaron a la puerta como el día anterior. Luego que entró, oyó la voz que le dijo a Isabel: “¿Cómo has tardado tanto, que ya quería tirar piedras?” Respondió la moza: “El vicario general no ha venido antes.” —“Isabel, dile a mi hijo que mi hermana me dejó encargado en su testamento que hiciese celebrar ciertos aniversarios en el convento de San Francisco, y no lo he cumplido; que lo cumpla él y los haga celebrar. Y también dile que el padre de Vicente me dejó diez escudos para que hiciese decir Misas por su alma, y no las he hecho celebrar; que las haga decir luego. Y sabrás, hija Isabel, que por haber tenido yo devoción al santo Rosario y haberlo rezado cada día y juntamente haber tenido la devoción de decir cada día 300 veces el nombre de Jesús y haber perseverado en estas dos devociones todos los días de mi vida, me ha concedido Dios la gracia de permitirme que volviese a cumplir este descargo, que por haber muerto tan repentinamente no lo pude hacer.” Respondió la moza, inducida por los que estaban fuera: “Señor, ¿le alegraría que el Obispo le diga alguna Misa en honor del Nombre de Jesús?” Respondió la voz: “Esa sería una gran merced y caridad para mí, y dile de mi parte que le ruego por amor del Señor que mañana me diga una Misa;” y con esto bajó la moza y dio razón de lo que había pasado al vicario general y a los que estaban aguardando, y para más examinar el hecho, mandaron a la criada volver arriba dos veces; la segunda vez le dijo si le alegraría que subiese su hijo, que entendería mejor lo que pedía, y respondió la voz: “No, Isabel, porque se espantaría.” Más tarde el Obispo de Tortosa, que entonces era aquel Padre Gaspar Punter, que fue testigo presencial y según cuya relación se escribe este milagro, dice que la criada tenía ya tan perdido el miedo y le hablaba con tanta familiaridad, que si le hubieran mandado subir setenta veces lo hubiera hecho. La tercera vez que subió le dijo: “Señor, todos entienden lo que vuestra merced pide, pero si no nos da alguna señal de ser el alma del señor Traveset no harán nada, porque piensan que es algún demonio y nos quiere engañar.” Y respondió la voz: “Basta lo dicho, y si no quieren hacerlo volveré a echar piedras.” Respondió la moza: “¡Ay señor, por amor de Dios no eche más piedras que espanta a su nuera y se quiere ir de casa!” Y con esto bajó, y dio relación de todo al vicario general, y él al Obispo Martín de Córdoba al cual pesó en el alma no haber estado presente en este

suceso, y él mismo al día siguiente celebró la Misa en honor del Nombre de Jesús como el alma pedía, y mandó que se cumpliese todo lo demás, y con esto cesó el ruido, y nunca se ha sentido cosa alguna en aquella casa hasta hoy; para que se entiendan las gracias que Dios concede a vivos y a difuntos por intercesión de la Madre de Dios del Rosario. Este milagro lo publicó el Padre Diego de Ojea en su libro, pero no con tanto detalle como aquí se publica.

En Irlanda apareció un árbol, lleno de Rosarios. Milagro referido en el libro que escribieron Pedro Babistao Claudio, y Theserante, de historias prodigiosas, y relatado también por el Padre Jerónimo Román, agustino y cronista de su orden, en la primera parte de su libro 'Repúblicas', que él publicó revisado por el Santo Oficio. En el quinto libro se lee que en el año 1575, en cuaresma pocos días antes de la Pascua de Resurrección, en la isla de Irlanda y en tierras de cierto hidalgo



católico: Nació en un campo raso un árbol de la altura de un hombre, muy diferente a todos cuantos se conocen, de cuyas ramas, en lugar de hojas, estaban colgados gran número de Rosarios, de la forma y manera que nosotros usamos, ensartados con sutiles hilos aunque fuertes, y tales que sólo con dificultad se podían romper. El conde, como católico, ensalzó mucho el milagro y tomó de aquellos Rosarios y los repartió por muchas partes como testimonio de que el Cielo aprueba los Rosarios y condena la maldad de los herejes que los abominan, y para que entienda todo el mundo que el santo Rosario es árbol de vida, y que no sólo sustenta a los católicos en la santa fe y costumbres, sino que aun librará de la muerte a todos los herejes que quieran aprovecharse de sus misterios santos.

De ciertos fieles pocos en número que pelearon con más de veinte mil, y los afrontaron por virtud del Rosario. El licenciado Pedro Cornejo, historiador de las guerras de Flandes, cuenta que después de la muerte de San Juan de España, el cual murió el primer día de octubre de 1578 y con él la defensa de la santa Fe católica en aquella partes, prosiguiendo los herejes su mal ánimo en arruinar y perseguir a los cristianos, unos por una parte y otros por otra, y en particular los de Gante, destruyeron las iglesias, robaban la plata de ellas, los adornos y vestimentas, y llevaban las campanas de las torres, persiguiendo grandemente los monasterios y religiosos a quienes con sobrada rabia y hambre canina deseaban comer y beber su sangre. Pero el Conde Felipe de Egmont, el señor de Montañi, y el de Capres, viendo el desorden tan manifiesto que con ninguna sombra podía cubrirse, juntaron sus tres regimientos que no llegaban ni a siete mil hombres y alguna caballería, con que la provincia de Arthues les asistió, y formaron campo contra los protestantes ganteses que eran más de veinte mil, llevando los cristianos las banderas y estandartes con Crucifijos e imágenes de la gloriosa Virgen María, trayendo también los soldados unos rosarios por insignia de hombro a hombro por lo cual su ejército se llamaba el ejército del Paternóster. Estos llegaron hasta las puertas de un pequeño lugar llamado Meñi donde los heréticos tenían asentados sus reales, y con ellos inmediatamente trabaron una escaramuza tan reñida que a poco menos (si la noche no les despartiera) se acabara en cruel batalla, lo cual viendo los ganteses, como gente vil y de poco precio, por haberles muerto más de cuatro mil hombres en la refriega, desampararon el sobredicho lugar de Meñi, y aquella noche huyeron, y caminaron en su seguimiento los del Paternóster hasta conseguir, mediante escaramuzas y ejercicio de guerra, echarles de la Nue de Gorga y de todos los demás pueblos que habían ganado del Artuese, y los tornaron a meter y arrinconar en su condado de Flandes. No es cosa nueva a los devotos del santo Rosario, salir bien de semejantes empresas por medio de esta santa devoción, y aunque hay algunas en este libro, se podrían poner otras muchas que por evitar prolijidad se dejen. El Conde Felipe de Egmont, al servicio del rey San Felipe II de España desde 1579, recuperó

en Flandes varias ciudades del protestantismo, hasta que murió luchando contra los herejes en la batalla de Ivry en 1590.

Un mal religioso, por permisión divina fue azotado y después, por el Santo Rosario, libre del infierno. Había un religioso sólo de nombre, porque vivía muy descuidado, pero con todo eso, era devoto de la Virgen María y de su santo Rosario. Cayó enfermo, y puesto en la enfermería le cuidaban allí. Cuando llegó la vigilia de San Juan Bautista, se fueron todos los monjes a maitines, a prima noche, y se quedó el enfermo solo en la enfermería. Vinieron a él una gran multitud de demonios, le arrebataron y llevaron a un gran palacio en donde estaban Cristo Nuestro Señor y su Santísima Madre como presidiendo; y preguntó Cristo Nuestro Dios y Señor a los demonios: “¿Qué queréis hacer con este monje?” Respondieron los demonios: “Esperamos su alma, que viva o muerta ha de ser nuestra.” Y replicó la Santísima Madre de Dios, que no tenía que ser así, sino que como era su capellán y cada día rezaba el Rosario entero, que su mal debía tener remedio. Los demonios decían que no lo había, por eso pidieron pesar sus obras en la balanza y los Rosarios que había dicho, y pesaron más las malas obras. Entonces dijo la Madre de Dios a su Hijo: “La devoción del Santo Rosario, Señor e Hijo mío, se apoya en vuestra Sangre preciosa; aplicadle Señor una gota de ella para que no se pierda, porque ha sido mi capellán.” Concedió el Hijo lo que la Madre pedía, y luego al momento alzó el peso con tanta ligereza como si de la otra parte no hubiera cosa alguna. Entonces los demonios confusos dijeron: “A lo menos, no debe quedar sin castigo por las malas obras que ha hecho porque, siendo sacristán, no se ha confesado de ciertas cosas para que el prior y el abad no le quitasen aquel oficio,” lo cual les fue concedido, y así le azotaron muy bien, le dejaron muy dolorido, y lo volvieron a la cama de donde le habían sacado. Acabados los maitines vinieron los frailes a verle, y le hallaron tan dolido y lloroso que no podía hablar, ni había fraile que supiese nada. El abad decidió llamar a todos los monjes a capítulo para que, si sabían algo lo manifestasen con juramento, y nadie sabía nada. Volvió el abad al enfermo, queriendo sacar de él alguna información que explicase lo que le pasaba. Cuando pudo controlar sus lágrimas, contó lo sucedido al abad y a los monjes juntamente, se confesó con mucha contrición, recibió los Sacramentos con mucha devoción, encargando a todos la devoción de Nuestra Señora del Rosario, y expiró con mucha alegría, por verse libre de las penas del infierno. Con esto, todos los monjes fueron confirmados en la devoción de Nuestra Señora del Rosario, y fueron muy devotos suyos. El Padre Jerónimo Taix refiere este milagro, y dice que lo sacó de un libro antiquísimo escrito a mano, el cual se titulaba ‘El Huerto de la Beatísima Señora la Virgen María’.

De un muchacho que aprendió mucho, y después se fue a la gloria por la devoción del Rosario. Una honrada señora viuda y rica, quedó con sólo un hijo que era su tesoro; le hacía estudiar para que estuviese bien ocupado y aprendiese las letras, que es un gran bien que los padres pueden dejar a sus hijos; y el niño, que era de buen ingenio, se ejercitó mucho y salió buen gramático. Quería aprender cómo componer versos, pero no podía avanzar como los otros de su edad y, viendo que sus compañeros le aventajaban, comenzó a sentir tanto pesar por no poder alcanzarles, que se empezó a consumir y enflaquecer. Fue tanto, que causó a su madre gran preocupación, y sobre ello consultó con el diácono de la iglesia, el cual era docto y muy devoto de Nuestra Señora. Este le dijo que indujese a su hijo a que cada día, antes de ir a la escuela, rezase una tercera parte del Rosario de rodillas ante una imagen de Nuestra Señora. Lo hizo así la buena madre y el hijo era tan bien dispuesto, que no fue necesario mucho para convencerlo. En breve tiempo aprovechó mucho en el arte de componer versos, alcanzó a los de su clase y fue un paso más adelante que todos. Pero fue tan grande el amor que cobró a la Reina del Cielo, y se complacía tanto en decirle avemarías, que ya no solamente le rezaba cada día la tercera parte del Rosario, sino el Rosario entero, que son ciento cincuenta avemarías y quince padrenuestros con sus misterios sagrados muy bien pensados y ofrecidos, perseverando con mucho gusto en esta santa devoción algunos meses. Se enfermó de una enfermedad tan grave, que le mandaron que estuviese en una cámara

oscura, para que la luz no le afectase. Viendo la madre que la enfermedad se agravaba mucho, le preguntó si quería confesarse, respondió que sí por cierto de muy buena gana, que le trajesen un confesor. Cuando llegó el Padre, la madre mandó a una criada delante que entrase en la habitación oscura con una vela encendida, y el enfermo preguntó: “Mamá, ¿para qué trae ella esa vela?” Respondió la madre: “Hijo, para que te vea el Padre, y esté aquí encendida mientras te confiesas.” Entonces dijo el angélico mozo casi maravillándose: “¡Jesús Señor!, y ¿no ve usted aquí a la Santísima Madre de Dios de quien me hizo devoto, a quien he rezado tantos Rosarios, y que está aquí acompañándome, alumbrando con cinco candelas en los dedos de su mano?” Pero, ni la madre ni el confesor veían cosa alguna, aunque bien entendieron el misterio que en aquello había. Se confesó el angélico muchacho de pecados veniales, que mortales no tenía, y acabada su confesión con mucha alegría en su rostro, dio el alma en manos de la Virgen y Madre de Dios, la cual la llevó con sus santos a la gloria. Este milagro es también del libro el ‘Huerto de la Beatísima Señora la Virgen María’.



Un hombre sana milagrosamente de una enfermedad grave, por su devoción al Santo Rosario. Se cuenta que en las más bravas partes de Europa, un hombre devotísimo de la Virgen que cada día le rezaba con mucha devoción su Rosario y llevaba una vida tan ejemplar que era una antorcha puesta en el candelero para ejemplo de todo el pueblo, y por eso era muy querido del Obispo. Este hombre se enfermó de una gravísima enfermedad, en tanto los labios se le hincharon y pudrieron de tal manera que, por el hedor que de ellos salía, muy pocos iban a verle. De esta manera estaba el enfermo con mucha paciencia y perseverando siempre en su santa devoción. Una noche vino un Ángel y, según al enfermo le pareció, le tomó de la mano y le dijo: “Ven a ver el lugar de descanso que por tus padecimientos está preparado para ti,” y le llevó a unos jardines muy frescos y deleitosos llenos de muchas verduras y flores, y en especial de muchas rosas; en particular vio un gran rosal con 150 rosas blancas y 15 coloradas hermosísimas que representaban el Rosario que cada día rezaba entre sus penalidades, con tanta devoción como podía. Y de allí, el Ángel lo llevó a una mansión riquísima labrada de piedras preciosas muy resplandecientes y allí vio a la Sacratísima Reina de los Ángeles sentada en su trono real entre los coros de los Ángeles más resplandecientes que el sol y la luna; Ella le llamó y abrazó como a hijo muy querido suyo, y le dijo: “No es justo que labios que tanto me saludan, con aquella salutación angelical a mí tan agradable, tanto tiempo estén tan feos y enfermos, y huelan tan mal; de hoy en adelante, hijo mío, quedarás sano y con buen olor de tu boca, conforme al licor que de ella sale que son mis alabanzas,” y al momento quedó sano, con sus labios hechos un carmesí, lindos a maravilla, y el olor de la boca tan suave que era cosa maravillosa. No se pudo disimular este milagro por las muchas circunstancias que conllevaba, y se difundió mucho. El Obispo fue a visitarle; él le contó todo lo que había pasado, y animó a todos en la devoción del santo Rosario, con la cual él tanto había mejorado, y después dio a Dios su espíritu.

A un clérigo injusto que mataron sus enemigos, como había sido muy devoto de la Virgen, por revelación recibió sepultura eclesiástica. Un clérigo, que era muy devoto del Rosario de Nuestra Señora, se descuidó, y poco a poco se fue metiendo en obligaciones del mundo llegando a favorecer a un bando malhechor, que es algo muy impropio de gente cristiana, cuanto más de eclesiásticos; y fue así que un día le hallaron sus enemigos y le quitaron la vida. Su cuerpo no fue sepultado en un cementerio cristiano, presumiendo que había muerto en mal estado como se puede sospechar de quien actuaba así. Pero no fue el caso de este clérigo; porque se arrepintió mucho y murió con tanta contrición, que le bastó para morir en gracia de Dios, y así la Virgen Santísima se apareció a un clérigo devoto suyo y le dijo que le habían hecho agravio en sepultar aquel clérigo capellán suyo fuera del cementerio cristiano,

porque cada día le rezaba su Rosario, y tras de esto había muerto con la contrición que tenemos dicho; que le sacasen de aquel lugar y lo sepultasen en lugar decente. Habló el clérigo, a quien fue revelado esto, con los parientes del muerto, y desenterrando su cuerpo para cumplir con el mandato de la Virgen, hallaron que el difunto tenía una rosa hermosísima en la boca, en testimonio de la gran devoción que había tenido a la Virgen María, y hallaron también su lengua tan sana, fresca y entera, como preparada para hablar y alabar a la Virgen Soberana y a su Divino Hijo, por lo cual dieron grandes alabanzas a Dios y a su Benditísima Madre, y fueron muy devotos del santo Rosario. Pero lo más importante en este milagro es meditar que si tan solícita fue la Madre de Dios en la honra del cuerpo de su devoto capellán, ¿qué tan solícita sería para con su alma? Verdaderamente es grande la obligación que todos tenemos de honrar a esta Reina y Señora.

De un joven a quien guardó la Reina del Cielo de unos ladrones, por una visión del Santo Rosario. En el libro del Padre Jerónimo Taix, se halla que una señora muy devota enseñó a un hijo suyo la devoción del Rosario de la Madre de Dios, y que como en tributo cada día le rezase una tercera parte del Rosario, que son cincuenta avemarías y cinco padrenuestros, el niño aceptó esto como las buenas plantas que aprovechan el favor y regalo que les hacen, y como la edad era adecuada, recibió esta devoción como primer licor en vaso nuevo. Continuó su devoción siendo ya crecido, y un día montó en un caballo, pues quería ir solo a un castillo suyo. Cuando pasaba junto a una iglesia que estaba desierta, vio que era casa de oración y se acordó que él no había cumplido con la suya, del santo Rosario. Decidió apearse del caballo y lo aseguró con sus riendas a la entrada para rezar su Rosario en la iglesia, lo cual hizo de rodillas y con mucha devoción. Unos ladrones que andaban por allí, vieron el caballo solo, lo desataron y se dispusieron a esperar a su amo para robarle o matarle, y esperando a que saliera, se asomaron al interior de la iglesia, y vieron que estaba el joven arrodillado ante una Señora hermosísima, la cual tomaba de la boca del dicho joven una rosa muy hermosa a cada avemaría que le decía, y la daba a su Hijo preciosísimo que estaba a su lado, el cual hacía con ellas una hermosísima guirnalda para su Madre Santísima, y cuando acabaron las avemarías, terminó la guirnalda; la Virgen Nuestra Señora inclinó su cabeza y el Hijo le puso la corona de rosas que había hecho, y después desapareció la Virgen y también su Divino Hijo. Al levantarse el joven de su oración, se encontró a la puerta de la iglesia con los ladrones, los cuales le pidieron perdón, por lo que habían hecho de tomarle el caballo, y también por lo que querían hacer. Le dijeron todo lo que habían visto; y de allí en adelante enmendaron sus vidas siendo muy devotos de la Madre de Dios, y acabaron bien. Y el santo joven se confirmó grandemente en la devoción del Rosario con una gracia tan grande como esta.

De un hombre sentenciado a muerte que prometió ser cofrade de la Virgen y se libró. Este milagro ha sido tomado de San Alano de Rupe. En una ciudad de Francia donde habían sentenciado a la horca a un hombre en castigo por sus delitos, y le llevaron muy bien atado para ejecutar la sentencia. El reo había sido aconsejado por su confesor a que confiase en la Virgen Nuestra Señora, y le prometiese que, si le libraba de aquel peligro, no solamente enmendaría su vida sino que todo el tiempo que le quedase, sería cofrade de la santa cofradía del Rosario, y lo rezaría con mucha devoción, cosa que él prometió. Milagrosamente se desató de cuantas ataduras llevaba, y se libró de las manos de la justicia, pasando por el medio de todos los magistrados que allí estaban y de toda la guardia, sin que ninguno le echara de menos, y se metió en una iglesia en donde se acogió al asilo, y se tuvo por salvo. Asombrado él mismo de tan gran milagro, inmediatamente comenzó lo que tenía ofrecido, y acabó bien.

De una mujer que fue guardada de pecar por virtud del Santo Rosario. Había en París un inspector empleado de la universidad que tenía una mujer muy hermosa a la vista de las gentes, pero lo era más en el alma: era devotísima del Rosario de la Madre de Dios, y lo rezaba cada día. Y como en casa de este inspector por razón del oficio entrasen y saliesen algunos estudiantes, algunos de ellos cautivados por la hermosura de su mujer comenzaron

a darle caza por todos los medios que pudieron, pero hacían en ella poco o nada, porque era tan recogida que no levantaba la vista. Viéndose los estudiantes perdidos y que ningún medio aprovechaba, decidieron buscar un mago por cuyo medio querían someter a esta mujer a su voluntad. Hallaron uno como ellos querían, el cual llamó a los demonios mediante sus conjuros, y les mandó que hiciesen que aquella mujer consintiese en los deseos de dichos estudiantes. Los demonios fueron muchas veces pero no lograron nada, y la razón que dieron al mago fue que infaliblemente rezaba el Rosario cada noche, y que esta oración tenía tanta virtud que no daba lugar a que pudiesen influir en ella. Entonces el mago les dijo: “Pues ¿no sabéis vosotros estorbar que rece el Rosario esta mujer cuando se vaya a dormir?” Como se ve, hay hombres que para el mal, son peores que demonios. Fueron los demonios con esta advertencia, y cuando era ya hora de irse a dormir, antes que tomase la mujer su Rosario para rezarlo, como tenía de costumbre, los demonios hicieron mucho ruido para espantarla y en efecto fue así: que ella se espantó y se fue de presto a acostar a la cama al lado de su marido, y como estuviese allí sin dormir y muy turbada llegaron los demonios a tentarla tan reciamente en amor de los estudiantes que, vencida por la tentación, se levantó del lado de su marido y vistiéndose su ropa, salió de su propia casa y comenzó a caminar a la casa de los estudiantes ya noche cerrada. El mago que con sus conjuras la hacía ir, estaba en un mirador alto mirando el efecto de sus conjuros, de manera que podía muy bien verla si pasaba por la calle a casa de los estudiantes, y a deshora la vio venir tan desfavorida y decidida que le movió a gran piedad ver a una mujer, hasta entonces por todos tan apreciada y honrada, que en un momento viniese a perder todo cuanto su nombre había ganado en muchos años, y que iba a perder alma, y cuerpo, y honra y crédito. Comenzó a darle voces diciendo a la mujer: “¡Alza la mano derecha y haz la señal de la cruz sobre tu frente, boca y pecho y vuélvete a casa con tu marido, y de aquí en adelante no dejes de rezar el santo Rosario como tienes de costumbre, como lo has dejado esta noche; antes bien en los mayores miedos y necesidades te has de valer mejor de él!” Lo hizo así la mujer y santiguándose, se libró de los malos pensamientos que la llevaban a perdición, y quedó tan confusa y afrentada como se puede creer de su honestidad, y volvió a la casa sin que el marido hubiese notado nada. Reconociendo la gracia que había recibido por mano de la Virgen Soberana, comenzó de nuevo, de ahí adelante a servir a la Madre de Dios con la santa devoción del Rosario. De corazón perseveró hasta acabar la vida con mucho consuelo y recogimiento, dando gracias a Dios cada día porque la había conservado en su divina sumisión en un caso tan feo. Porque las que una vez caen en él poco saben defenderse, y fue el fin tan dichoso como se podía esperar de una vida tan vigilante de no ofender a Dios.



Una conversión por el Santo Rosario Penitencial. Transcurrían los años de la década de 1980, el que escribe este relato contaba entonces con veintitantos años. “Estaba envuelto en el más nauseabundo mundanismo, hasta llegar a considerarme un ateo y para colmo en algunas ocasiones adversas hasta a blasfemar de Dios y de la Virgen. Esta era la condición entonces de este pobre pecador. Ahora veremos cómo ocurrió mi conversión y el conocimiento del Santo Rosario Penitencial. Me encontraba trabajando en el negocio de mi padre, junto con mis hermanos, como era habitual en aquel tiempo. Un día llegó a nuestro negocio un hombre que afortunadamente habló con uno de mis hermanos, y yo pensé que era el chapista que arreglaba el coche de este hermano. Cuando se marchó, salí corriendo tras él, como si algo me empujara y alcanzándole ya en la calle, le pregunté si era el chapista de mi hermano. Él me dijo que no, que era su cliente; entonces le dije: ‘Perdón me he confundido,’ pero él me preguntó qué problema tenía, entonces le respondí que tenía un problema con mi coche;



él me dijo que lo llevara a su casa, que él entendía de eso y tenía herramientas para arreglarlo. Mas el demonio ya intuía mi conversión, y no encontré su casa aunque vivía cerca de la mía. Pasaron algunos días, y este hombre volvió a nuestro negocio; le vi yo rodeado de algunos chicos jóvenes que trabajaban con nosotros, y hablando de Dios, de la Iglesia Palmariana, del verdadero Papa, del infierno, y que había que rezar el santo Rosario Penitencial. Todo aquello no me interesaba mucho, lo que más me interesó fue oír que las almas se condenaran al infierno; debe haber sido por el estado en que se encontraba mi alma en aquel entonces. Él se dio cuenta de que era yo el que más atención prestaba a su charla, entonces se dirigió más expresamente a mí, y terminando su conversación me invitó a su

casa donde tenía una capilla y rezaba con su familia el Santo Rosario Penitencial. Yo le dije que iría un día, pero no sabía cuando. Este hombre se fue, yo me olvidé del tema y seguí mi vida mundana. Pasaron algunos días, y un sábado por la noche fui a buscar una chica para salir, mas no pudo ser. Entonces dije para mí que irse a dormir un sábado por la noche era un grave disparate y, pensando qué hacer, me vino a la mente lo de este hombre y aquello del Rosario, etcétera. Me encaminé a su casa, pues ya sabía su dirección; toqué el timbre y me recibió asombrado pero contento. Inmediatamente reunió a su familia, pues tenía varios hijos pequeños pero rezadores. Me invitó a entrar en la capilla para rezar el Rosario; aquello me parecía extraño, ver tantas estampas en las paredes e imágenes hasta el altar. Me dijo que ellos rezaban en latín; entonces yo les dije que apenas sabía rezar y menos en latín. Me contestó que no me hiciera problema y que repitiera lo que ellos decían. Bueno, pues ese Rosario duró más de dos horas, y yo ya no podía más del dolor de rodillas, porque hasta entonces sólo me había arrodillado cuando se me había perdido algo en el suelo. Ya al final de ese Rosario, y cuando yo creía que aquello había terminado, me dijeron que faltaban las letanías. Entonces angustiado les pregunté: ‘¿Qué es eso?’ Me respondieron que era una alabanza a la Virgen María; entonces les pregunté si eso era largo; me dijeron que no. Por fin terminó todo aquello, y todos como si nada se levantaron, y yo me quedé como clavado en aquella madera del reclinatorio sin poder levantarme. Enseguida dos de ellos me cogieron, uno de cada brazo y me sentaron en una silla. Mientras ocurría eso el demonio me decía: ‘Estos están locos; ahora vas a quedar inválido.’ Pero ocurrió todo lo contrario. Desapareció el dolor, me puse de pie, y entró en mi alma una paz difícil de explicar. Me parecía flotar en el aire. Acepté la Santa Iglesia Palmariana, como si toda la vida hubiera sido mi Iglesia, y al Papa Gregorio XVII, sin duda ninguna, como el verdadero Papa junto con su doctrina. Tengo que reconocer, que la gracia que recibí aquel día, sin merecerla, fue providencial y milagrosa, pues aquel Rosario súper-penitencial fue el que hizo que un pagano y pecador se convirtiera a la Santa Iglesia de Cristo e incluso llegase a ser obispo.”

La práctica de la meditación en el santo Rosario:

Dada la gran importancia de la meditación de los misterios, vamos a profundizar en sus beneficios y la manera de realizarla con el máximo provecho, pues la meditación es la raíz de la enorme diferencia que existe entre las almas tibias y las almas abrasadas en el amor divino. Sabemos que la persecución del Anticristo contra la Iglesia, que ahora se acerca, va a ser tan intensa que sólo los verdaderos amantes de Jesús y María podrán perseverar; y en esto se hace patente la necesidad urgente de ejercitarnos en las benditas meditaciones del Santo Rosario Penitencial, pues es un negocio principal de nuestra vida. Resumiremos las enseñanzas de San Luis de la Puente.

La meditación de los misterios es remedio para los que sufren tentaciones y para los afligidos; es salud de los enfermos; conforta a los principiantes en la virtud, da fuerzas a los que aprovechan en ella, y será descanso de los perfectos, porque hay meditaciones y modos de rezar para cada estado.

1. *Qué es la meditación.* La oración mental es obra de las tres potencias del alma – memoria, entendimiento y voluntad – acerca de los misterios y verdades que enseña nuestra Santa Fe católica; es hablar íntimamente con Dios Nuestro Señor tratando familiarmente con Él, pidiéndole sus dones y todo lo necesario para nuestra salvación y perfección. Por lo tanto, la oración mental consiste en:

1. Con la *memoria* acordarse de Dios Nuestro Señor, y su Madre Santísima, con quienes se quiere hablar, y acordarse de las verdades del misterio que se desea meditar.

2. Con el *entendimiento* considerar aquel misterio, con todas sus causas, efectos y circunstancias, de modo que uno entienda cómo imitar las virtudes de Jesús y María de cada misterio, cuánto debemos agradecerles, y abrazar aquellas verdades que se ha meditado, para proponerlas a la voluntad, y moverla a actuar.

3. Con la *voluntad* animarse a sentimientos o actos de virtud, según lo que se ha meditado, como son: dolor de los pecados, confusión por la propia miseria, amor a Dios, confianza en su misericordia, alabanzas a Dios, acción de gracias por los beneficios recibidos, deseos de alcanzar las virtudes y propósitos de hacer buenas obras, de cambiar o mejorar la vida, resignación a la Divina Voluntad, ofrecimiento de hacer y padecer cuanto Dios disponga, deseos de conocer y cumplir la Voluntad de Dios. De esto nace la paz y alegría espiritual del alma, como frutos de esos actos de virtud, que son el fin principal de la meditación.

4. Por último, es preciso hacer peticiones a Dios, Nuestro Señor, y a su Santísima Madre. Se debe hablar con Ellos para pedirles lo que la voluntad ha deseado y el entendimiento ha comprendido, y todo lo demás que necesitamos; esto es lo que llamamos *oración*, que es una petición humilde, confiada y ferviente de las cosas que nos conviene y deseamos alcanzar de Nuestro Señor. Estas peticiones se han de dirigir unas veces al Padre Eterno, otras a su Hijo Unigénito Jesucristo, otras al Espíritu Santo y otras a la Santísima Trinidad o a María Santísima, alegándoles razones que les muevan a concedernos lo que les pedimos; por ejemplo, pidiéndole algo por su Bondad, por el Amor que nos tiene, por el deseo que tienen de nuestro bien, por su Misericordia, por su Omnipotencia, etcétera.

Del mismo modo podemos pedir a Jesucristo Nuestro Señor, verdadero Dios y Hombre, por los dolores, ignominias y tormentos de su Pasión y Muerte; o hablando con el Padre Eterno, le suplicamos nos oiga por el Amor que tiene a su Hijo, que por su amor padeció; otras veces hablando con el mismo Hijo de Dios, alegándole el Amor que nos tiene, y el oficio que tiene de Redentor y Abogado, y lo mucho que le costamos; otras veces hablando con el Espíritu Santo, pidiéndole lo mismo por el Amor que tiene a Jesucristo Nuestro Señor y por sus merecimientos.

También podemos mencionar ante Nuestro Señor las razones de nuestra necesidad y miseria: que hemos sido concebidos en pecado, que sufrimos terribles pasiones, fuertes enemigos, gravísimas ocasiones y peligros, y que nada podemos sin Él. Que somos criaturas suyas, hechas a su imagen y semejanza; y que por esta causa el demonio nos persigue para destruirnos, y así, que a Él le corresponde ampararnos. Podemos hacer un catálogo de nuestros pecados y miserias contándolas delante de Dios, con dolor de nuestro corazón; porque cuanto más insistimos en ellas, tanto más provocamos la Misericordia de Dios para que las remedie. Y debemos pedir siempre *agradeciendo fervorosamente* las mercedes recibidas de Dios y de su Santísima Madre, para disponernos a recibir las que ahora pedimos.

Estas y otras razones semejantes se han de incluir en la oración, más para mover nuestro corazón a que pida con fervor, devoción y confianza, que para mover a Dios a que nos oiga; porque mucho más desea Nuestro Señor oírnos y darnos las gracias que le pedimos, que nosotros recibirlas. Pues, como dice San Agustín, no mandaría Dios que le pidiéramos, si no quisiera y deseara darnos lo que pedimos.

San Agustín decía que la meditación engendra conocimiento de sí mismo y de Dios. Debemos acercarnos amorosa, confiada y humildemente a Dios para pedirle en la oración las cosas necesarias, con dolor por nuestros pecados y miserias, y agradecimiento a Dios



por sus misericordias. La oración con humilde confianza agrada a Dios y, en cierta forma, lo obliga a concedernos lo que pedimos, porque, al confiar en Él, estamos reconociendo su infinita grandeza y majestad, y nuestra total dependencia de sus gracias.

Ejemplo. *Pensemos bien en lo que estamos haciendo.* Un venerable Sacerdote, mientras rezaba el Santo Rosario en la Parroquia, que estaba llena de feligreses, tuvo una visión en la que el Ángel de la feligresía le decía: “¿Quieres ver cuántos son los que en verdad rezan y están hablando con Dios?” “Sí,” contestó él, “muéstramelo, Ángel de Dios.” Calló entonces el murmullo de cuantos allí estaban y se oyó solamente la voz de una humilde viejecita. “¿Cómo?,” exclamó el Sacerdote, sin poder reprimirse “¿Ella sola? ¿Pues los demás qué hacen?” “Ahora lo vas a ver”, le dijo el Ángel. Y se levantó un gran

clamor en el que parecía que todos hablaban a la vez; unos de fútbol, otras de baile o de los trajes de modas, otros de negocios, de dineros; cada cual de aquello que estaba pensando. El griterío le hizo volver de la visión y oyó otra vez el murmullo de la gente que seguía contestando al Rosario. A continuación veremos cómo evitar caer en este terrible defecto.

2. *Cómo se ha de hablar con Dios en la meditación.* La oración mental o meditación, es hablar con Dios, Nuestro Señor, de corazón, en primer lugar para alabarle y bendecirle, por ser Él Quien es, y darle gracias por los beneficios que nos hace. Para este primer objetivo, hay varias condiciones que debe reunir nuestra meditación para que sea grata a Dios. Estas son: 1. Hacer actos de amor a Dios con deseos y propósitos eficaces de servirle y obedecerle, ofreciéndonos a guardar perfectamente sus mandamientos y consejos, y, sobre todo, a cumplir su Divina Voluntad. Debemos tener deseos fervorosos de ejercitar las virtudes de obediencia, humildad y paciencia, y las demás. 2. Fomentar sentimientos de alabanzas de Dios, pensando en las excelencias y perfecciones que tiene, y en las obras que ha hecho, por las cuales es digno de que todas sus criaturas le alaben y glorifiquen: Es santo, bueno, misericordioso, justo, sabio y poderoso; digno de toda honra, gloria y alabanza, por todos los siglos. 3. Tener gozo y alegría espiritual, gozándonos de que sea Dios quien es, y de los infinitos bienes que tiene en Sí mismo, y de la gloria que le dan los Santos en el Cielo, y de los servicios que le hacen los justos en la tierra; alegrándonos por la esperanza de los bienes eternos, y por la posesión de que gozan los bienaventurados. 4. Dar gracias por los beneficios que de Nuestro Señor y de su Madre Santísima hemos recibido, contándolos todos, y alabándoles por cada uno de ellos. Y no sólo darles gracias por los beneficios propios, sino también por los que hacen a los Ángeles del Cielo y a todos los hombres de la tierra; y por los que hicieron a los condenados (antes de su condenación), que no quisieron corresponder y que no quieren agradecerles.

Con estos sentimientos de amor, de alabanza, de gozo espiritual y de acción de gracias, debemos hablar a Nuestro Señor en la oración, para darle gloria y honor.

En segundo lugar, debemos hablar con Dios Nuestro Señor, para pedirle nuevas gracias y dones celestiales para nuestra salvación y perfección, a mayor gloria suya, pues esto es el segundo objetivo de la meditación.

Unas veces debemos hablar con Él como un hijo habla con su padre, pidiéndole todo aquello que un buen hijo puede y debe pedir a un buen padre, con espíritu de amor y confianza. Lo que más debemos pedirle, es que se cumpla en nosotros su Voluntad, pues Él sólo quiere el bien de sus hijos. De esta manera hablamos con Dios en la oración del padrenuestro, en la que Cristo, Nuestro Señor, nos enseñó lo que se le ha de pedir. O podemos hablar con Dios como un pobre miserable con un hombre rico y misericordioso, pidiéndole limosna. Otras veces hablaremos con Dios; como un enfermo habla con el médico, declarándole su enfermedad, y pidiéndole remedio de ella; o como un reo habla con el juez, cuando le pide

favorable sentencia, o perdón de su delito; y en este caso usar sentimientos de humillación, de dolor de pecados, de propósitos de la satisfacción y enmienda.

También podemos hablar con Dios como habla un discípulo a su maestro, pidiéndole luz y enseñanza de las cosas que no sabemos: o como habla un amigo con otro, cuando razona con él sobre algún grave negocio, pidiéndole consejo, dirección y ayuda. Y si la confianza y el amor nos dan santo atrevimiento, podrá nuestra alma hablar con Dios como la esposa habla con su esposo.

De todas estas maneras podemos hablar con Nuestro Señor en la oración, porque Dios es nuestro Padre, nuestro Médico, nuestro Juez, nuestro Amigo y el Esposo de nuestras almas.

Podemos en la oración hablar también con la Virgen María, Nuestra Señora, con los Ángeles y Santos, para alabarlos por la santidad y virtudes que tienen, y por los beneficios que nos hacen, o para pedirles que nos ayuden y favorezcan en el negocio de nuestra salvación. A la Virgen Santísima se ha de decir que es Madre nuestra y Abogada de los pecadores, y que su Hijo le encargó este oficio para nuestro remedio, recordándole también el amor que le tiene a Jesús, y el deseo de que todos le amen y sirvan: suplicándole que haga con nosotros oficios de Madre y Abogada, y que muestre aquel amor y deseo en alcanzarnos lo que pedimos, para servir mejor al que tanto ama. Tengamos gran confianza en la Santísima Virgen, Madre de Dios y de la humanidad, como Omnipotencia Suplicante, e invoquémosla con gran fervor, pues Ella es Canal hacia Jesús y aplasta constantemente la orgullosa cabeza de Satanás.

Ejemplo. *De la Gloria.* Se encontraba Santa Matilde considerando la inmensa misericordia de Dios y la bondad de su Santísima Madre, y el mismo Señor le dijo: “Ven y observa al más mínimo de los Bienaventurados que están en el Cielo, porque en él podrás conocer mi Misericordia.” Ella se puso a mirar con atención, deseando saber quién sería aquel, de quien le hablaba el Señor. A su encuentro vino un varón de aspecto y dignidad reales, de edad florida, aspecto muy hermoso y resplandeciente, y en todo sumamente amable. La Santa le preguntó: “¿Quién eres tú, y cómo llegaste a tanto gozo y a tanta gloria?” Él le respondió: “Yo fui en el mundo un ladrón y un malhechor, pero como los males que hice fueron causados más bien por ignorancia y malos hábitos heredados de mis padres, que por malicia, por la penitencia alcancé misericordia. Pero estuve en el purgatorio cien años padeciendo grandes tormentos hasta estar completamente purificado, y ahora solamente la Misericordia de Dios me trajo a este descanso.”

3. *De las virtudes que acompañan a la oración mental.* En la meditación se ejercitan actos de las principales virtudes de la vida cristiana. Unas virtudes van delante, disponiendo al alma a rezar debidamente, como es la fe, la humildad, la reverencia y la pureza de intención. La caridad, la religión y piedad, también acompañan a la oración.

Otras innumerables virtudes siguen a la meditación, como son fervientes deseos y propósitos de todo lo bueno, en materia de obediencia y paciencia, de templanza, modestia, castidad, y las demás. Porque la humildad se junta con la confianza y con la caridad; la caridad con el agradecimiento; la religión con la obediencia y resignación, y así forman un concierto celestial. Por lo cual, la oración hace a los hombres semejantes a los Ángeles, porque les comunica una vida angelical, llena de pureza y santidad. Por la oración, participan del amor ardiente de los Ángeles, de la ciencia, de la paz, del señorío de sí mismos, del poder contra los demonios, de la fortaleza en cosas arduas, y de la obediencia en todas las cosas; y además, de la sabiduría, castidad y pureza de los espíritus celestiales. Porque nada hay, dice San Juan Crisóstomo, que pueda ser más sabio, ni más justo, ni más santo, que hablar con Dios, Autor y Dador de todo bien, como le corresponde a la criatura que ha recibido de Él abundantísimos dones y gracias; pues en esto consiste la verdadera sabiduría, y perfecta justicia y santidad. Nuestro Señor nos inspira que oremos, habla con nosotros cuando le hablamos, y conversa familiarmente con los que entran dentro de su corazón y procuran conversar con Él.



Por eso en la oración debemos hablar con Dios de tal manera, que pongamos atención a escuchar y oír lo que Él nos habla con sus inspiraciones, para obedecerlas, y disponernos a recibir los dones que por ellas quiere comunicarnos. De lo dicho se revela la excelencia y la necesidad de la oración mental, que está muy unida a todas las virtudes, pues ni ellas se pueden alcanzar ni conservar perfectamente sin oración, ni la oración perfecta se alcanzará sin practicar las virtudes. Y debemos orar pidiendo las gracias por medio de María, porque agrada a Dios concedérmolas a través de la que es su Hija Predilecta, su Madre Amantísima y su Purísima Esposa, y además, Ella nos dispone a mejor recibir las.

Ejemplo. *Recibió la gracia por un sermón.* Un médico de provincia, como de cincuenta y cinco años de edad, había ido a París, por varios asuntos. El pobre hombre, aunque católico, hacía treinta años que vivía olvidado completamente de la religión y sus prácticas, y sumido en los vicios más vergonzosos. Cierta tarde que pasaba por delante de la Iglesia de Nuestra Señora de las Victorias, al verla abierta, entró en ella por simple curiosidad. En ese momento se celebraba una de las funciones piadosas en honor del Corazón de María; un orador sagrado refería al auditorio la historia de la conversión de San Agustín. Al oírla el pobre médico se sintió inmediatamente tocado por la Gracia de Dios. “He ahí un hombre, – dijo para sí – tan pecador como yo, que jamás halló la felicidad en los placeres del mundo, como tampoco la he encontrado yo; y que convertido ha venido a ser tan grande delante de Dios y de los hombres.” Movidó por este pensamiento, se resolvió al fin a dejar la cadena de sus vicios, hizo una fervorosa confesión y emprendió, en adelante, una vida fervorosamente cristiana y piadosa.

4. *De la materia para la meditación.* La materia de la oración mental, es todo lo que Dios ha revelado en la Divina Escritura, especialmente los misterios principales de nuestra Fe, que son precisamente los misterios del Santo Rosario.

Estos misterios se pueden acomodar a los diversos estados de las personas que meditan, de los cuales, unos son pecadores que desean salir de sus pecados, otros desean mortificar los vicios y pasiones de la vida pasada, cuyo fin es purificar el alma de esos vicios, y alcanzar la limpieza de corazón.

Otros van más adelantados, aprovechan en la virtud, y tienen por objetivo ilustrar el alma con el resplandor de muchas verdades y virtudes, y alcanzar gran aumento de ellas. Otros son más ejercitados, y desean unir su espíritu y su voluntad con Dios, con unión de perfecto amor. Cada una de estas personas tiene materia de meditación acomodada a su estado y objetivo, de la cual puede fácilmente sacar los sentimientos y propósitos que conviene a su necesidad.

Esta materia se pudiera reducir a estos tres estados que se han puesto: Los pecadores que desean de veras convertirse a Dios, y mudar la vida, han de tomar por materia de meditación sus mismos pecados, y todo lo que ayude a conocer el número y gravedad de ellos, y que cause aborrecimiento y dolor de haberlos cometido. Todo lo que despierte un santo temor es materia de meditación acomodada para ellos, como son las postrimerías del hombre, muerte, juicio particular y universal, infierno, y otras cosas semejantes; también hacer examen de conciencia, para confesar bien y comulgar bien, y alcanzar la perfecta justificación. Conviene saber que esta materia puede encontrarse en cada uno de los misterios del santo Rosario, si miramos los distintos aspectos de todos ellos. Por ejemplo, en los misterios de la creación y desposorio de las Divinas Almas, recordamos cómo los demonios rechazaron honrarlas, y así terminaron en el infierno, que es el destino final de los pecadores que rechazan adorar y servir a Dios. Al meditar en la Muerte y Resurrección de Cristo, reconocemos que nosotros también tenemos que morir y llegar a nuestro destino eterno. La meditación de la Pasión nos revela lo terrible que son nuestros pecados, ya que Nuestro Señor Jesucristo y su Madre Santísima tuvieron que sufrir tan intensamente para repararlos.

Los que están ya justificados y desean aumentar sus virtudes, y crecer en ellas, han de tomar por materia preferente de su meditación los misterios de la humanidad de Cristo Nuestro Señor, mientras vivió en esta vida mortal; porque su Vida y Doctrina, su Pasión y Muerte fueron un perfectísimo dechado de toda virtud para toda suerte de justos, aunque en diferente manera; porque la caridad, junto a la penitencia, tiene los tres estados de niñez espiritual, de crecimiento, y de perfección.

Los recién justificados, que son como niños recién engendrados en el ser de la gracia, han de tomar por materia de meditación especial los misterios de la Encarnación y niñez de Jesucristo Nuestro Señor; y allí hallarán motivos suficientes, tanto para seguir purificándose de los vicios y pasiones que les han quedado de la vida pasada, como para irse fortaleciendo en las virtudes contrarias a sus vicios.

Los que aprovechan y van creciendo en la virtud, deben ir ejercitando obras de virtud, o padeciendo persecuciones y aflicciones. Y este camino, aunque es más áspero, es más eficaz para crecer en las virtudes.

Estos dos caminos anduvo con gran excelencia Cristo Nuestro Señor, que se dedicó a hacer maravillas, y a padecer penas, y todo para enseñanza nuestra. De esto se trata en la Vida del Señor y en los misterios dolorosos, que son poderosos para movernos a todo tipo de virtud.

Conviene a los hombres con culpas e imperfecciones, o afligidos con trabajos, tomar por remedio la consideración de su propia miserable naturaleza, tierra y polvo, y la de los misterios de la humanidad y humildad de Jesucristo Nuestro Señor, para beneficiarse de su doctrina y ejemplos. Tenemos otro camino para alcanzar la perfecta unión de amor, contemplando la vida gloriosa de Cristo Nuestro Señor, y las obras maravillosas que hizo después de resucitado, enviando sobre sus discípulos el Espíritu Santo, que es espíritu de amor; y con la consideración de los misterios de la Divinidad y Gloria de Cristo.

Tales meditaciones son como alas con las cuales se apartan de lo terreno y vuelan a lo celestial; y después que se han purificado y perfeccionado a sí mismos, vuelan también a purificar e ilustrar a otros, deseando que ardan todos con el amor que arde en ellos. Los que más aprovechan, sacan de las meditaciones más perfecta mortificación de sí mismos, y más puro modo de imitar a Cristo Nuestro Señor en sus virtudes.

En esta enmienda de vida, la Santísima Virgen, como Refugio de los pecadores, va ordenando los favores y dones para que los pecadores vuelvan a la vida de gracia.

Ejemplo. *María asiste a un devoto suyo.* En Reichersberg, Alta Austria, vivía Arnoldo, canónigo regular muy devoto de la Santísima Virgen. Estando para morir recibió los Santos Sacramentos y rogó a los religiosos que no le abandonasen en aquel trance. Apenas había dicho esto, a la vista de todos comenzó a temblar, se turbó su mirada y se cubrió de frío sudor, comenzando a decir con voz entrecortada: “¿No veis esos demonios que me quieren arrastrar a los infiernos?” Y después gritó: “Hermanos, invocad para mí la ayuda de María; en Ella confío que me dará la victoria.” Al oír esto empezaron a rezar las Letanías Lauretananas, al decir: ‘Santa María, ruega por él,’ dijo el moribundo: “Repetid, repetid el nombre de María, que siento como si estuviera ante el Tribunal de Dios.” Calló un breve tiempo y luego exclamó: “Es cierto que lo hice, pero luego también hice penitencia.” Y volviéndose a la Virgen Santísima le suplicó: “Oh María, yo me salvaré si Tú me ayudas.” Enseguida los demonios le dieron un nuevo asalto, pero él se defendía haciendo la señal de la cruz con un crucifijo e invocando a María. Así pasó toda aquella noche. Por fin, llegada la mañana, ya del todo sereno, Arnoldo exclamó: “María, mi Señora y mi Refugio, me ha conseguido el perdón y la salvación.” Y mirando a la Santísima Virgen María que le invitaba a seguirlo, le dijo: “Ya voy, Señora, ya voy.” Y haciendo un esfuerzo para incorporarse, no pudiendo seguirla con el cuerpo, suspirando dulcemente la siguió con el alma, como esperamos, a la gloria bienaventurada.

Cuando alguna virtud predomina en un alma, de cualquier cosa que medite toma ocasión para aumentarla. Si predomina espíritu de humildad, ya medite en el infierno, ya en el Cielo,



sea que piense en sus miserias, o en las excelencias divinas, de todo sacará afectos de humildad. Y si predomina en el corazón espíritu de amor, aunque medite en el juicio e infierno, todo lo convierte en afectos de amor. Así los principiantes, como los que aprovechan, y también los perfectos, de cualquier cosa que mediten pueden sacar los afectos y propósitos que son conformes a su estado y necesidad.

Sucede que algunos no pueden aplicarse a consideraciones de temor, y se mueven fácilmente con meditaciones de amor, y otros al revés. Unos hallan devoción y aprovechamiento considerando los misterios de la niñez de Cristo Nuestro Señor; otros considerando los misterios de su Pasión; y unos en un misterio, y otros en otro; y por esta causa Nuestra Señora ha querido que en su Santo Rosario la materia de la

meditación sea tan copiosa y extendida, para que todos puedan hallar provecho.

Ejemplo. *La Comunión de la Santísima Virgen.* La Santísima Virgen María interviene especialmente en toda la vida espiritual de San Luis de la Puente y particularmente en sus relaciones con la Eucaristía. Nos lo prueba este delicado pasaje de sus Sentimientos: “Pidiendo, un día después de Misa, a Nuestra Señora, que pusiese como Maestra en mi corazón algún sentimiento conforme al que Ella sentía cuando comulgaba, se me representó que, cuando Nuestra Señora comulgaba, recibiendo a Cristo su Hijo sacramentalmente, se le renovaba el gozo y sentimiento que tuvo cuando le recibió la primera vez en sus entrañas, concibiéndole por obra del Espíritu Santo. Y entendí que, ya que Cristo Nuestro Señor no estuvo más que en el vientre de una mujer, Madre suya, a la cual por esta causa comunicó grandísimas mercedes a favor nuestro – Bienaventurado el vientre que te llevó – quiso su Majestad, mediante este Sacramento, entrar real y verdaderamente del modo que le era posible y conveniente, dentro del pecho de todos sus fieles, y que todos le tuviesen dentro de sí, al modo (proporcionalmente) que le tenía su Madre, y comunicarles, en su tanto, algunas de las gracias y dones que a Ella. Y así, que la entrada de Cristo en el pecho del que comulga, es una imitación de la entrada que hizo en el vientre de la Virgen Santísima, para hacernos participantes de los dones que nos alcanzó Ella mediante aquella entrada.” Un sentimiento algo parecido tiene San Juan de Ávila en varios de sus escritos.

5. *Para empezar la oración.* Es un consejo del Espíritu Santo, que antes de la oración preparemos el alma, porque si vamos sin la debida disposición, es como tentar a Dios, pretendiendo el fin y fruto de la oración sin poner los medios adecuados para alcanzarle.

Antes de comenzar la meditación en los misterios, conviene levantar el corazón a Dios Nuestro Señor y a su Santísima Madre, mirándoles como están allí presentes, con una vista interior, atenta, reverencial y amorosa; porque quien debe hablar con algún príncipe, es necesario que vaya a su palacio, o al lugar donde está, y se ponga en su presencia, porque con el ausente no se puede hablar; y como Dios está presente en el Cielo y en la tierra y en todo lugar asistiendo a todo, y viéndolo todo, cuando tengo que orar y hablar con Él no es necesario ir a buscarle a otro lugar, sino avivar la fe y mirar como está presente allí donde estoy, convencido de que cuando rezo no estoy solo, sino que allí está también la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, con quien hablo, y Él me ve y me oye, y suele responder dentro del corazón con inspiraciones e ilustraciones, comunicando luces de verdades al entendimiento, afectos fervorosos de devoción a la voluntad, e infundiendo virtudes y otras gracias en el alma.

Unas veces puedo contemplar a Dios como está alrededor de mí, cercándome por todas partes, y a mí dentro de Él como están los peces en el mar; otras veces le contemplo como está dentro de mí por esencia (si estoy en gracia), presencia y poder, conociendo lo que hago, y ayudándome a que lo haga; y de esta manera entras dentro de tu corazón, y cerrando

la puerta de tus sentidos, rezas a tu Padre Celestial en privado; y tu Padre, que está allí y te ve, te dará lo que pidieres. Esta verdad de la presencia de Dios dentro de mí y alrededor de mí, donde quiera que esté orando, debo avivarla mucho, para que me mueva a reverencia y confianza y a la debida atención; pues la presencia de Dios no se debe perder de vista en todo el tiempo de la oración.

Luego, tengo que adorar a mi Dios y Señor, Padre de inmensa majestad y Rey universal, y humillarme por lo mucho que importa reverenciar a Dios en la oración para que nos oiga.

De rodillas, será bueno persignarse, pidiendo a Dios que por aquella señal nos libre de los enemigos que suelen molestarnos en la oración, diciendo: 'Por la señal + de la Santa Cruz, de nuestros + enemigos líbranos, Señor + Dios nuestro; y luego, como quien quiere comenzar su oración, no en virtud suya, sino en virtud de la Santísima Trinidad, añadir: 'En el Nombre + del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amén.' El acto de contrición es para comenzar con humillación, y suplicar a Nuestro Señor enderece nuestra oración a su honra y gloria, y nos dé la gracia necesaria para hacerla como Él quiere. Dile muy de corazón: "Yo te ofrezco, Señor, mi vida, obras y trabajos...", para que te ayude a orar de la manera que Él quiere, para gloria de su santísimo nombre y provecho de tu alma. Procuremos imitar a María Santísima y unirnos a sus sentimientos, y así orar al modo que Ella oraba, para que la oración sea agradable a Dios como fue la de Ella. Pidamos a María que nos enseñe a orar, que nos ayude a que oremos con atención, pureza y fervor, y que Ella nos mueva a pedir debidamente.

Ejemplo. *Santa Margarita María de Alacoque*. Santa Margarita María de Alacoque, que era muy mortificada, un día por cansancio y sin pensarlo mucho, se permitió rezar el Rosario sentada y no de rodillas, como tenía por costumbre. Mientras rezaba, oyó una voz que le dijo: "Hija mía, me sorprende que hoy me sirvas con tanta negligencia." Nada más oír la suave reprensión, rápidamente se arrodilló, pidiendo perdón de todo corazón y proponiéndose nunca más rezar un Rosario sentada. Desde entonces, Santa Margarita María de Alacoque comenzó a rezar diariamente los quince misterios de rodillas. En la oración mostremos a Dios, por amor a Él, todo el respeto que se merece, siempre que nos sea posible.

6. *Del modo de meditar y cómo hemos de resistir las distracciones que nos combaten*. La obra del entendimiento, que llamamos meditación, es una de las más dificultosas que hay en la oración mental; porque aunque es algo fácil pensar en varias cosas, salpicando de una en otra sin orden y concierto, sin embargo es muy difícil pensar en una sola con atención, teniendo fija la memoria y entendimiento en Dios, sin apartarse a otras.

Este mismo problema experimentamos todos, y suele proceder de varias causas. 1. Del demonio, para impedirnos el fruto de la oración. 2. De la imaginación propia, que es inestable y mal domada. 3. De algunas inclinaciones no mortificadas, las cuales llevan tras sí los pensamientos, porque donde está el tesoro, allí está el corazón. 4. De preocupaciones que agobian y parten el corazón. 5. De flojedad y tibieza, por no hacerse fuerza ni aplicarse a este noble ejercicio. 6. De ignorancia, por no saber discurrir, ni meditar, ni buscar las verdades ocultas, ni ponderarlas de modo que muevan la voluntad y despierten afectos de devoción. Pero esta ignorancia es remediable, contando con el favor del Cielo.

En la meditación debemos primeramente dedicarnos muy bien a la verdad del misterio que la fe nos enseña, procurando creerlo y entenderlo como pasó verdaderamente y como está revelado. Después debemos preguntarnos por el origen de donde procedió aquello que meditamos; luego debemos reflexionar buscando los fines a que fue ordenado. Más tarde, se debe considerar los efectos que proceden de ese misterio, esto es, los provechos o daños que trae consigo. Y por último, algunas propiedades y circunstancias que lo acompañan. Esto se entenderá claramente con este ejemplo:

Si quiero meditar el misterio de la Encarnación, primero tengo que considerar bien y entender lo que la Fe enseña, es a saber, que el Hijo de Dios juntó en Sí, en unidad de su persona nuestra humana naturaleza corpórea a su Divinísima Alma preexistente ya unida con la suya Divina, en un cuerpo, de modo que verdaderamente Dios es Hombre completo



y el Hombre completo es Dios. Luego tengo que examinar las cosas arriba propuestas, considerando que las causas y raíces de esta obra no fueron nuestros merecimientos, sino sola la Bondad y Misericordia de Dios, y los fines fueron la Reparación a Dios, la Redención del mundo y la manifestación de la Divina Bondad y Caridad. Después miraré los provechos que por ella nos vinieron; es decir, perdón de pecados, triunfo sobre la muerte, entrada en el Cielo, y otros. Además los daños que tendríamos si esta obra no se hubiera realizado: quedando todos enemigos de Dios, esclavos del demonio, condenados al infierno. Y finalmente las circunstancias de esta obra, cuanto al lugar, tiempo y modo, y las propiedades del Cuerpo que tomó Dios cuando se encarnó y las de su Divinísima Alma.

En cada fase de estas debe hacer pausa el entendimiento, deteniéndose en cada una todo el tiempo que hallare devoción y gusto espiritual, sin ansia de pasar a otra, moviendo la voluntad a varios afectos de amor y confianza, haciendo peticiones y conversación

con Nuestro Señor y María Santísima, conformes a lo que se ha meditado y deseado; y después de ponderar bien una fase de estas, puede pasar a otra con la misma tranquilidad, y así proceder en las demás. De modo semejante meditaremos en los otros misterios.

Cuando el Espíritu Santo con especial inspiración nos mueve a orar, todo es fácil y suave; porque Él sujeta la memoria, aviva los discursos y meditaciones, enciende los sentimientos, ordena las peticiones, y hace perfectamente toda la obra de la oración, cooperando nosotros sin trabajo. Mas cuando falta esta ayuda especial, es necesario que nosotros mismos, con el auxilio de la gracia que nunca nos falta, apliquemos nuestras potencias al ejercicio de sus actos en la forma que está dicho, con lo cual provocamos al Espíritu Santo para que nos ayude con sus inspiraciones; porque los que oran no deben ser como navíos que no pueden navegar si no es con viento; sino más bien tienen que ser como galeras que navegan con viento y con remo; y cuando falte el viento próspero de la divina inspiración, navegarán con el remo de sus potencias, ayudadas por la gracia, aunque no sea sensible. Y este modo de orar suele ser a veces más provechoso aunque no sea tan gustoso, por lo mucho que se merece peleando contra las distracciones y sequedades del corazón; y si perseveramos remando y orando, a su tiempo vendrá Cristo Nuestro Señor y cesará esta tempestad, como les sucedió a los Apóstoles en un caso semejante.

Consuelo de la Virgen María para los que rezan el Rosario sin la devoción que quisieran. Se le apareció la Reina del Cielo a un fervoroso devoto suyo, el cual iba a salir de la iglesia porque, a su parecer, no rezaba el Rosario con atención ni devoción, y pensaba que así no le valía; porque no estaba atento a sus misterios sagrados, y el demonio le ponía grandes tentaciones. Este tal pues, así temeroso y cobarde, pareciéndole que no hacía cosa que aprovecharse, quiso salir de la iglesia. Y se le apareció la Reina del Cielo, y le dijo: “Hijo, no huyas,” a las cuales palabras se le paralizaron los pies, de manera que ya no pudo dar paso adelante, y la Virgen le dijo: “Hijo, si dudas quien soy Yo, y quiénes son estas hijas mías que vienen conmigo, santíguate con la señal de la Cruz, que ningún espíritu de mentira resiste, y nos quedaremos contigo; y tú nos verás más claramente.” Lo cual hizo el hombre, y se le aclaró más su mente, entendiendo que Aquella era la Madre de Dios, la cual le dijo: “Sepas, hijo mío, que no se puede pasar en el mundo sin tentaciones; que hasta mi Hijo fue tentado en él; y no te escogí Yo por mi devoto para que como perezoso y cobarde te dejes vencer, sino para que como fuerte te defiendas. No te asustes por la sequedad y tibieza que has padecido algunos días; debes tomar esto por castigo y azote de la mano de Dios en penitencia de tus pecados para que seas probado y experimentado en la paciencia; ni tampoco te asustes de que no sabes meditar los divinos misterios del Rosario, porque Dios oye a todos los que van con buena intención y no pueden hacer más.” Y le dijo un ejemplo gracioso, diciendo:

“Dime, si una madre tuviese tres hijos, uno que hablase bien y supiese decir lo que piensa, otro que hablase pero con dificultad y no supiese explicar bien lo que necesita, y otro que fuese de dos meses y que nada hablase ni entendiese sino solamente voceando y gritando como hacen los niños pequeños, mostrando que tiene necesidades sin saberlas mostrar ni manifestar. Oyendo la madre las peticiones de sus hijos, y remediando a cada uno de ellos según su posibilidad, ¿de cuál de estos tendría más compasión? Por cierto de aquel que no lo sabe pedir, sino quejarse, y siendo tierno niño, enternecerá más las entrañas de su madre. Así también es Dios con sus hijos, que se enternece mucho con los ignorantes cuando tienen buena intención y fortaleza de corazón, y procuran hacer sus peticiones, aunque no saben decir lo que entienden y rezan. Así como el que va a Roma en compañía de otros que saben el camino, y él no lo conoce, por ir en tal compañía llega a Roma como los demás. De la misma forma, los devotos de este santo Rosario, yendo en compañía de tantos Santos que lo rezan y saben rezar, llegan todos a alcanzar el fin de su jornada; porque la buena medicina hace su efecto tanto en el estómago del caballero, como en el del ciudadano, o de cualquier otro hombre común: de igual manera estos misterios sagrados del Rosario son una medicina celestial con que se medicinan las almas y quedan consoladas, y así tú también debes recibir consuelo”; y desapareció la visión, quedando él muy consolado.



Las armas para pelear contra estas distracciones del corazón y sequedades del espíritu, principalmente son cuatro:

1. Humildad profunda, reconociendo nuestra flaqueza y miseria, y avergonzándonos de estar delante de Dios con tal distracción, y acusándonos de las culpas pasadas y presentes, por las cuales somos castigados en ella; porque quien de esta manera se humilla en la oración, en ella será ensalzado.

2. Fortaleza de ánimo, haciendo una resolución varonil de no admitir advertidamente pensamiento que nos aparte de lo que oramos, aunque sea algo que nos dé mucho gusto o parezca muy importante, pues durante el rezo, no hay nada más importante que atender al rezo mismo, y a Dios y su Santísima Madre, delante de quienes estoy para orar; y cuando, sin quererlo, me hallare distraído, volveré otra vez a atar el hilo del buen pensamiento comenzado; y si mil veces me distrajere, mil veces haré lo mismo, sin perder el ánimo ni la confianza.

3. La misma oración; y tiene mucha fuerza, porque la oración es tan poderosa que puede alcanzar de Dios todo, usando en medio de estas turbaciones de algunas breves oraciones a este propósito. Y si persevero clamando, aunque sea con sequedad y luchas, no dejará Cristo Nuestro Señor de compadecerse de mí, como se compadeció de esos ciegos que gritaban: ‘Señor, Hijo de David, ten misericordia de nosotros.’

4. Gran confianza en Dios Nuestro Señor, convencidos de que, si nos manda orar, nos dará gracia y ayuda para ello, con la cual podemos resistir al demonio, tener sujeta la imaginación, reprimir las pasiones, moderar los cuidados, y echar de nosotros la tibieza, de modo que no nos impidan el ejercicio de la oración. Y también gran confianza en su Santísima Madre, ya que si la Santísima Virgen libra del furor de sus enemigos a quien la honra de corazón, como se verá en el siguiente ejemplo, con mayor razón librará de los enemigos del alma a quien desea orar con devoción, y se lo pide y pone los medios para lograrlo.

Ejemplo. *Una estatua a María, por su protección maternal.* Desde hacía algunos años la parroquia de Roiffieux, cerca de Annonay, pertenecía casi entera al número de los asociados del Rosario perpetuo. Y ese fervor primitivo, lejos de entibiarse, aumentaba cada día, gracias a la piedad y al celo del venerable cura de la parroquia. En 1870-71, cuando invadida por innumerables enemigos, Francia hizo un llamamiento al denuedo y patriotismo de sus hijos,

la pequeña parroquia de Roiffieux envía a setenta y dos jóvenes: unos en el ejército de línea, otros en las guardias, otros en las movilizadas en camiones a otros destinos. El dolor de la separación, y la tristeza ocasionados por tantos lugares vacíos en el seno de las familias, fueron escenas comunes en toda la comarca. Pero en Roiffieux vino pronto a reanimar los corazones un pensamiento consolador. Hacía ‘su hora de guardia’ una cofrade del Rosario, cuando de repente exclamó: “¿No somos acaso soldados de María? ¿No hemos recibido su Rosario? Hace ya mucho tiempo que combatimos y velamos por Ella, ¿y no hará nada en favor nuestro? No es posible. María la Reina del Rosario, debe proteger a los hijos de Roiffieux; prometamos levantarle una hermosa estatua en el centro del pueblo si nos devuelve a todos nuestros soldados.” Esta idea se recibió como venida del Cielo; el voto fue aceptado y desde ese instante renació en todas las familias la esperanza. No era poco pedir la vuelta de setenta jóvenes diseminados en un inmenso campo de batalla. Muchos de los hijos de Roiffieux tuvieron que soportar fatigas inauditas y verse expuestos a los mayores peligros; tomaron parte en los combates más sangrientos. Más tarde, hacía la parroquia de Roiffieux un nuevo sacrificio y volvía a enviar otro número considerable de sus hijos, al ejército del Loira, después a los móviles de Ardeche. En medio de tantos y de tan grandes peligros, todos se vieron siempre maravillosamente protegidos: diríase que una mano invisible velaba por su protección. Concluida la guerra ¡ni uno solo dejó de volver a sus hogares! Con entusiasmo universal comenzó la suscripción para levantar, en cumplimiento del voto, una estatua de la Santísima Virgen. Cada cual presentaba su ofrenda; quien tenía mucho, mucho daba; quien tenía poco, daba cuanto podía. Hubo familias pobres que llorando daban las gracias a las colectoras porque tenían a bien recibir el óbolo de su indigencia. Gracias al entusiasmo y a la generosidad de toda la parroquia fue fácil levantar a la Santísima María un monumento digno de beneficio tan señalado.

Así también debemos cultivar en nosotros la confianza en María, pues Ella desea protegernos de las asechanzas de nuestros enemigos, que intentan impedirnos la oración, y nos ayuda a avanzar en el camino de la unión con Dios, por medio de la oración confiada.

Pero con esta confianza tenemos que juntar diligencia, procurando quitar, antes de la oración, todo lo que no queremos padecer en ella, imitando en esto la sagacidad de nuestro adversario, el cual, como dice el abad San Nilo, ordena todas las tentaciones que pone durante el día a las personas espirituales, para impedirles la oración y el fruto de ella: Las tienta de gula, para que en la oración estén pesadas y soñolientas; las tienta de impaciencia, para que estén turbadas; de curiosidad de sentidos, para que estén distraídas; de muchedumbre de negocios, para que estén inquietas; de soberbia o ingratitud, para que estén secas; y ya que no debemos ser menos prevenidos y cuidadosos de nuestro bien, que el demonio lo es de nuestro mal, es justo concertar las obras y ocupaciones del día, de modo que todas ayuden a tener una oración que sea del agrado de Dios y de su Santísima Madre, y provechosa para nosotros; y con esto, en alguna manera cumpliremos lo que Cristo Nuestro Señor enseñó: que es menester orar siempre y nunca desfallecer; pues siempre ora quien todo el tiempo gasta en oración, o en disponerse para ella.

7. De cómo nos hemos de ayudar de la imaginación y lengua y las demás potencias para la oración mental. Aunque la oración es obra de las tres potencias supremas del alma, memoria, entendimiento y voluntad, con todo eso ayudan para ejercitarla las otras potencias del alma, como la imaginativa, la cual, aunque impide notablemente la oración cuando está mal domada y es vagabunda, también ayuda mucho cuando puede formar algunas figuras de las cosas que se han de meditar; porque esto es como atarla a un solo lugar, y poner delante del alma espiritualmente aquello que medita como si lo tuviera presente. Según esto, antes de comenzar la meditación, es bueno procurar con la imaginación hacer dentro de nosotros alguna imagen de lo que pretendemos meditar, con la mayor viveza y propiedad que pudiéremos. Si voy a pensar en el infierno, imaginaré un calabozo oscuro, estrecho y horrible, lleno de fuego, y las almas dentro de él, ardiendo en medio de aquellas llamas. Y si quiero pensar en el

Nacimiento de Jesús, imaginaré un portal desabrigado, y un Niño envuelto en pañales, puesto en un pesebre; y así en lo demás, advirtiendo que esto se haga sin esforzarse excesivamente. Los muy imaginativos han de estar sobre aviso, porque sus vehementes imaginaciones les pueden ser ocasión de ilusiones, pensando que su imaginación es revelación, y que la imagen que dentro de sí forman es la realidad, convirtiendo en daño lo que tomado con moderación puede ser de provecho.

También ayuda en la oración la lengua, porque la oración mental y la vocal, que se hace con palabras exteriores, no son contrarias, sino hermanas, que se ayudan una a otra, y la oración vocal suele avivar el alma, para que tenga más atención en la mental; y así, cuando en ella nos sentimos distraídos o secos, es buen remedio atender a las palabras que nos despierten y recojan, hablando con Nuestro Señor y su Divina Madre; porque como el cuerpo ayuda al alma, así las obras del cuerpo suelen ayudar a las almas, y la palabra que dice la lengua, suele llegar al corazón. Nuestro Señor más mira que correspondan el corazón y el fervor de los afectos, que el de las palabras; y más se aplaca con las razones toscas del hijo tartamudo y del pecador arrepentido, que con las palabras muy compuestas del soberbio letrado. Así también la Santísima Virgen oye piadosa la ferviente oración de los corazones humildes y sinceros.

Ejemplo. *Ave Maria gratia plena*. Un hombre gran pecador, entró como religioso en un convento, y por ser muy rudo no pudo aprender de memoria la doctrina cristiana, ni aun siquiera el avemaría completo, sino solo estas palabras: ‘Ave María grátia plena’, las cuales repetía muchas veces, y pensaba en ellas con gran dulzura; y así constantemente las tenía en la boca y en el corazón. Este religioso murió y fue enterrado. No mucho después creció de su sepultura un árbol muy hermoso, en cuyas hojas estaban escritas con letras de oro estas palabras: ‘Ave María grátia plena’. Se divulgó el milagro, y vino el Obispo, e hizo cavar, y todos vieron que la raíz del árbol salía de su boca. ¡Qué grata a Dios habrá sido la incesante oración del sencillo religioso!

Con respecto a los sentidos corporales, no se puede dar regla cierta, porque unos se hallan mejor teniendo los ojos cerrados, otros se ayudan con abrirlos, mirando al cielo, al sagrario o alguna imagen. Lo mismo podemos decir de otros movimientos y composturas del cuerpo, como son, extender los brazos en forma de cruz, arrodillarse en el suelo, ponerse de pie fijo en un lugar o pasearse por alguna parte, o sentarse en algún asiento humilde: en todo lo cual se ha de escoger aquello que más ayude a la quietud y a la devoción del corazón, atendiendo a la flaqueza del que ora, y también a la edificación de los que están presentes, si el lugar es público, porque en tal caso se ha de tomar aquella postura del cuerpo, que ayude a la piedad de los circunstantes.

Ejemplo. *Sede de la Sabiduría*. Conocido es en los anales de la ciencia el insigne Doctor de la Iglesia San Alberto Magno, religioso de la Orden de Predicadores. Este esclarecido varón que, con su sabiduría, ha ilustrado las ciencias teológicas y filosóficas, apenas tomado el hábito de Santo Domingo, estuvo a punto de abandonar su vocación a causa de su poca capacidad para el estudio. Confuso al ver que, a pesar de sus empeñados esfuerzos, sus condiscípulos de filosofía le dejaban muy atrás en el aprovechamiento de esta difícil ciencia, llegó a creer que debía adoptar otro género de vida. Pero su devoción a la Santísima Virgen, a quien había piadosamente recurrido en demanda de luces, le salvó. Una noche, mientras dormía, le pareció ver que, mientras él colocaba una escalera en los muros del convento para fugarse, y comenzaba a trepar por ella, aparecían en lo alto de la muralla cuatro venerables matronas, entre las cuales una aventajaba a las demás en hermosura y majestad. Le parecía que éstas le impedían subir, y en vano intentó hacerlo por tres veces; pero, al fin, una de ellas le preguntó cuál era el motivo que le inducía a tomar aquella resolución. Alberto contestó:



“Me voy porque veo que mis compañeros hacen grandes progresos en filosofía, mientras que yo me aplico inútilmente.” Entonces la matrona que le había hecho la pregunta, le dijo: “He aquí la Reina del Cielo, Trono de la Sabiduría, dirígete a Ella y conseguirás lo que deseas.” Alberto, dirigiéndose a la Celestial Señora, le suplicó le diese entendimiento suficiente para aprovechar en el estudio de las ciencias. María oyó benigneamente su súplica y le aseguró que conseguiría lo que deseaba, añadiéndole: “Pero para que sepas que esta gracia la has obtenido por mi intercesión, llegará un día en que, mientras estés enseñando públicamente, olvidarás de improviso todo cuanto hubieres aprendido.” Los resultados demostraron que aquella visión no había sido un puro sueño, porque al día siguiente hizo Alberto tan rápidos progresos en las ciencias, que maravillaba a todos por su talento y sabiduría. Explicaba con admirable claridad las cuestiones más difíciles de Teología y Filosofía, y muy en breve llegó a ser el más insigne maestro de estas ciencias y la lumbrera de su siglo. Y para que nada faltase al cumplimiento de la predicción hecha por su Soberana Protectora, tres años antes de su muerte, estando en Colonia, perdió repentinamente la memoria, sin conservar ni rastro del gran caudal de ciencia con que había asombrado al mundo. Muy conmovido, refirió entonces a sus discípulos lo que le había sucedido en otro tiempo, manifestándoles que toda aquella ciencia, que le mereció el título de Magno, era dádiva generosa de la que es justamente llamada Asiento de la Sabiduría. Este prodigio nos señala a todos el camino por donde debemos buscar la sabiduría y el aprovechamiento en el estudio. Acudamos a María, todos los días, en nuestras dudas y en nuestras necesidades.

8. *Del examen de la oración y de los frutos que se han de sacar de ella.* Acabada la oración, es muy provechoso examinar lo que en ella nos ha pasado, sea Rosario o Santa Misa.

Tengo que examinar si me puse bien en la presencia de Dios, y la pureza de intención que tuve, proponiendo enmendarme de cualquier falta que hallare.

Debo examinar si estuve atento o distraído, si me contenté con sólo discursos (porque esto no será oración, sino estudio), o si tuve buenos afectos y propósitos, si pedí y hablé con Dios con reverencia y confianza, o sin ella; y si hallare que en todo me ha ido bien, daré gracias a Dios, atribuyendo esto no a mis diligencias sino a su gracia y misericordia; pero si hallare que me ha ido mal, examinaré la causa de esto, si fue alguna culpa mía, o alguna inclinación desconcertada, o alguna flojedad; y doliéndome de la culpa, propondré la enmienda con determinación de quitar lo que fue causa de este daño.

Debo examinar los propósitos que hice en la oración, para ver cuándo y cómo los tengo que poner en ejecución; y generalmente he de examinar el fruto que saco de la oración y de mi relación con Dios, porque no quiero que mi oración sea árbol sin fruto, como la higuera maldita; pues si lleva fruto, será bendita. Los frutos de la oración son estos: reformar las costumbres; apartarnos de pecados, aunque sean muy ligeros; huir de las ocasiones, y todo lo que es imperfección; domar las pasiones; enfrenar los sentidos; mortificar las inclinaciones malas; vencer las repugnancias y dificultades que siento en las virtudes; pelear valerosamente contra las tentaciones; alentarme a sufrir muchas penalidades con alegría; y, sobre todo, animarme a cumplir con prontitud la Voluntad de Dios declarada en su santa ley, en los consejos evangélicos, y por las reglas y normas de mi estado y oficio. Además, procurar el aumento de las virtudes, imitando las de Jesucristo Nuestro Señor, especialmente su caridad y humildad, su obediencia y paciencia en los trabajos y sufrimientos, el amor a la cruz y al desprecio, y a la mortificación de la carne; y en particular cada uno ha de procurar la virtud que más necesita, según su estado, sea modestia, o castidad, o fortaleza, o alguna otra de las teologales o morales, con una resolución y propósito muy eficaz. Al hacer examen de la oración, tengo que asegurarme de haber sacado alguno de estos frutos.

Ejemplo. *Cambio de conducta por oír el Rosario.* A principios del siglo XIX, antes de estallar la revolución por la independencia, en Venezuela, vivía una señora viuda, con sus hijos de corta edad, en una hacienda de las inmediaciones de Puerto Cabello. Cierta noche se presentaron en su casa dos soldados españoles, diciendo que, al ir en marcha para la

ciudad, se habían extraviado, y suplicaban se les dejase descansar allí para marchar antes de amanecer a incorporarse con su batallón. La dueña los acogió benévola, dando orden a sus criados de que les preparasen un aposento con dos camas y se les diese bien de cenar. Dicha señora tenía la costumbre de reunir a su familia para rezar el santo Rosario antes de recogerse; concluido este acto religioso, vio a los dos soldados inmóviles detrás de sus sirvientas, y aun le pareció ver rodar una lágrima por sus mejillas. Dándoles las buenas noches, les dijo: “Idos a acostar, hijos míos, que estaréis cansados.” Encargó al cocinero les tuviese el desayuno preparado antes de la aurora, teniendo cuidado de madrugar también ella para ver cumplidas sus órdenes y despedir a sus huéspedes. Estos, al verla, se conmovieron, y tomando el más resuelto la palabra, exclamó: “¡Señora, somos unos miserables que no merecemos la hospitalidad que usted nos ha dispensado! Vinimos a esta casa sólo con la idea de robarle, y huyendo como desertores; hubiéramos



sido unos grandes criminales; pero en vista de sus bondades y, sobre todo, por el rezo del santo Rosario que, sin darnos cuenta, rezamos nosotros también, acordándonos de haberlo hecho en otros tiempos con nuestras madres, nos hemos vuelto atrás y arrepentido de nuestros propósitos.” –“Damos a usted nuestra palabra de honor,” añadió el otro, “de que desde hoy seremos otros hombres; por fortuna no se notará nuestra ausencia si logramos entrar en nuestro cuartel antes del toque de diana. Si así lo conseguimos, procuraremos con nuestra conducta olvidar nuestras malas intenciones.” –“No basta eso,” dijo la señora; “si estáis verdaderamente arrepentidos, en vuestro batallón tenéis un capellán: confesando vuestras culpas ante Dios, recibiréis su absolución y también la Sagrada Eucaristía, que os dejará purificados para que vuestro propósito sea sincero; además, espero que no olvidaréis el rezo del santo Rosario, y para ello os doy estos dos que están bendecidos; invocad con ellos a María Santísima, que oirá vuestros ruegos.” Los soldados besaron la mano que se los alargaba y partieron. Poco después estalló la revolución en aquel hermoso país, sin que nada hubiera alterado la tranquilidad que reinaba en aquella casa, hasta que a los cuatro años se vio un día acometida por los insurrectos; pero, en aquellos críticos momentos, se presentó un piquete de tropas españolas con dos bizarros oficiales que la defendieron heroicamente, rechazando al enemigo. ¡Cuál no sería la admiración de la dueña al reconocer en aquéllos a sus antiguos huéspedes! –“Aquí estamos, señora, siempre reconocidos de sus bondades, y dispuestos a derramar nuestra sangre por salvar su vida e intereses. Si hoy ocupamos tan hermoso puesto, lo debemos a sus consejos y a estos rosarios, que nunca se han apartado de nosotros.” Y le mostraron, abriendo el uniforme, que los llevaban en el pecho. “Caballeros,” dijo la señora con dignidad, “hoy tengo yo mucho que agradecerlos, sin que antes hubiese hecho otra cosa que cumplir con mi deber dándoos hospitalidad. La mano de Dios fue quien os guió a mi casa como ovejas descarriadas; lo demás ha sido obra de la Santísima Virgen, por mediación del santo Rosario. A esa Madre Misericordiosa y a esta devoción a Ella tan acepta, es a quien debéis elevar vuestros agradecimientos, como los elevo yo por haberos mandado hoy a salvar mis intereses, que antes codiciasteis.” Después de una despedida afectuosa, la señora no los volvió a ver; pero supo que llegaron a ocupar puestos distinguidos en la milicia, y ella, a su vez, alcanzó las bendiciones del Cielo viendo a sus hijos establecidos y felices.

9. *Diferentes modos de orar según el objetivo y la situación.* Está el gusto del hombre tan viciado en los ejercicios del espíritu, que fácilmente cobra tedio y fastidio si el manjar se le da guisado siempre de la misma manera, aunque sea muy precioso; así como los israelitas se cansaron del maná, aunque era suavísimo, porque era siempre el mismo. Por esta razón los Santos y guías espirituales han explicado varios modos de orar, presentando la oración del santo Rosario de muchas maneras, para que esta variedad quite el fastidio que podríamos

tener al ejercitarla siempre del mismo modo. Así el espíritu de Dios nos renueva el gusto por ella, haciendo, como dice David, que siempre cantemos al Señor un cántico nuevo.

¡Con cuánto amor la Madre de Dios y Madre nuestra busca las formas más sencillas de llevarnos a Dios!

Se han de meditar las palabras que Dios dice al hombre, como quien oye a Dios, que es su maestro, legislador, consejero, protector y remunerador, oyéndole con deseo de aprender lo que enseña, de ejecutar lo que manda, de seguir lo que aconseja, de temer lo que amenaza, esperar lo que promete, y amarle por lo que dice, considerando qué es lo que manda o aconseja, amenaza o promete, o qué es lo que se pide o pretende.

Unas veces rezamos con el deseo de alabar a Dios, y agradecerle los beneficios que ha hecho a nuestra alma, o a nuestro pueblo: otras con espíritu de contrición, para pedirle perdón de nuestros pecados: y otras con espíritu de aflicción, junto con grande confianza para pedirle ayuda en las tribulaciones.

La oración lleva al conocimiento y sentimiento de las verdades de la fe para crecer en el espíritu. Debemos meditar con más atención la salutación del Ángel y la oración del 'Pater noster', porque esta es la oración de Cristo Nuestro Señor, cuyas palabras, como dijo San Pedro, son 'palabras de vida eterna,' y el mismo Señor dijo: 'Las palabras que Yo os he dicho, espíritu y vida son', y así quien las medita como conviene, sacará abundancia de espíritu, y vida purísima de gracia, por la cual se hará digno de la vida eterna.

Otro modo de orar es por vía de sentimientos, procurando que muchas veces salga de lo íntimo de nuestra alma algún afecto santo, o algún gemido del espíritu, o alguna breve oración jaculatoria, gastando el tiempo en la ponderación o sentimiento, y gusto espiritual de lo que deseamos o pedimos, o de aquello por que gemimos y suspiramos a Dios. Este modo es muy conveniente a los que aspiran y anhelan la unión actual con Dios, y con este deseo tratan de orar continua y frecuentemente; porque tan necesaria es la oración para la perfecta vida espiritual del alma, como la respiración para la vida del cuerpo. Y en testimonio de esto, cada vez que abren la boca para suspirar, quisieran orar; y ya que esto no es posible, por nuestra flaqueza, toman a ciertos tiempos algún rato para este ejercicio, frecuentando de esta manera las oraciones jaculatorias, arrojándolas al Cielo como dardos o saetas que salen del corazón, como de un arco, con gran fuego de amor.

Ejemplo. "¡Se lo voy a decir a tu Madre!" Entre un grupo de enfermos en Lourdes, había uno cuya muerte se esperaba de un momento a otro. Mientras el Sacerdote con la custodia le daba la bendición sobre su cabeza, el enfermo dijo en voz alta, con gran confianza: "¡Jesús, Hijo de María, devuélveme la salud!" Y Jesús pasó sin oír su oración. Se incorporó entonces el enfermo y, concentrando todas sus pocas energías, exclamó: "Jesús, Hijo de María, no me has curado. ¡Se lo voy a decir a tu Madre!" Y se dejó caer sobre el almohadón. Enternecido el Sacerdote, se volvió y le dio por segunda vez la bendición. Y he aquí que del Hijo de María sale una fuerza sobrenatural y curó al enfermo repentinamente, que, puesto de pie, dirigiéndose al Santísimo, gritaba: "¡Jesús, Hijo de María, me has curado! ¡Se lo voy a decir a tu Madre para que me ayude a darte gracias!"

10. *De cómo algunos pueden meditar sin tantos discursos.* El fin de todas las meditaciones y reflexiones es alcanzar tres conocimientos: 1. De sí mismo, de las innumerables necesidades y miserias de cuerpo y alma. 2. De Jesucristo Nuestro Señor, verdadero Dios y verdadero hombre, y de su Santísima Madre; junto con las esclarecidas virtudes de Ellos, especialmente las que resplandecieron en el Nacimiento del Redentor, su Pasión y su Muerte. 3. De Dios Trino y Uno, de sus infinitas perfecciones, y de los beneficios, tanto naturales como sobrenaturales, que de Él proceden. Estos tres conocimientos van muy unidos entre sí, y de ellos nace la devoción, que incluye tres tipos de afectos que tienen su correspondencia en la voluntad.

Los afectos o sentimientos a que llevan estos conocimientos, son: 1. En uno mismo, la confusión por los pecados propios y tibiezas, doliéndose de ellas, proponiéndose la enmienda, y humillándose por la nada y por la culpa que tiene de su cosecha. 2. Con respecto a Cristo

Nuestro Señor y María Santísima, llevan a la compasión de sus sufrimientos, al gozo de sus virtudes, al deseo de imitarles en ellas, y a pedirles gracia para ello. 3. Con la Santísima Trinidad, admirándose de sus grandezas, alabándole por ellas, agradeciéndole los beneficios que nos ha hecho, y ofreciéndose muy de veras a servirle por ellos. En la oración, a todo esto se debe añadir peticiones de gracias y dones celestiales para uno mismo, para toda la Iglesia y para el prójimo, nombrando especialmente aquellas necesidades más urgentes.

Si esto se ha hecho convenientemente, cualquier persona, deseosa de tener oración mental, aunque sea espiritualmente débil, puede ponerse en presencia de Dios vivo, que tiene junto a sí y dentro de sí; y ejercitar con sosiego los debidos sentimientos. Unas veces confesando a Dios todas sus miserias, una por una, humillándose con dolor, y pidiéndole que las remedie. Otras veces pasando por la memoria las virtudes que resplandecen en algún misterio de Cristo Nuestro Señor o de la Virgen Santísima, su humildad, obediencia y paciencia, con afectos y deseos de imitarlas. Otras veces contando los beneficios que de Dios ha recibido con sentimientos de agradecimiento, o acordándose de las infinitas perfecciones de Dios, de su Bondad, Misericordia y Providencia, con afectos de alabanza y gozo. Y no será difícil, con el divino favor, llegar a estos afectos, porque los misterios y verdades de nuestra Fe arrojan centellas de amor que, si el alma está bien dispuesta a recibirlas, levantan llamas de grandes sentimientos y afectos. Para hacer esto con más facilidad, ayudará mucho hacer alguna lectura sobre cada misterio, procurando guardar en la memoria algunas verdades que alimenten estos sentimientos, y tener recogidas muchas verdades de los misterios y ponerlas delante de sí, mirándolas sencillamente con los ojos del espíritu, y abrazándolas con los afectos encendidos del corazón, y aplicándolas a sí misma con propósitos de imitación. De estas se ha de tomar como base de la oración, una vez una verdad de Fe, y otra vez otra, a la manera que Cristo Nuestro Señor, recogiendo a orar en el Huerto de Getsemaní, tomó tres veces por tema de su oración estas breves palabras: “Padre mío... si es posible, que pase de Mí este Cáliz. Mas no se haga como Yo quiero, sino como Tú quieras.” Y en la reflexión sobre estas palabras gastó largo rato.

Ejemplo. *Su vocación por la devoción a María.* Cuánto ama la Virgen Santísima hacer participantes de su gracia a sus devotos, aparece manifestado en la vida de uno de sus hijos predilectos, San Bernardino de Siena, lumbrera de la Orden de San Francisco. Siendo todavía joven, manifestaba, por su singular modestia, por su amor a la castidad y por sus graves costumbres, que la Virgen María había puesto sus ojos en él para hacerle fiel imitador de Jesús joven. Pero lo que más resplandecía en el virtuoso mancebo era un afecto tan tierno y singular a la Reina de los Ángeles, que salían como rayos de su rostro cuando la nombraba. Era principalmente devoto de una imagen de Nuestra Señora, con el título de Camollia, que estaba sobre una de las Puertas de la ciudad de Siena. Todos los días iba a visitarla, e hincando en tierra ambas rodillas, le ofrecía sus obsequios y le decía que la amaba con preferencia, y que después de Dios tenía toda su confianza en Ella. Llamaba a María, su Madre, su Amiga, su Amada... No se frustró su confianza en la Madre de la Divina Gracia, porque pudo salir de un mundo lleno de peligros y entrar en la Orden de Frailes Menores, como hacía mucho tiempo que lo deseaba ardientemente. Su devoción y celo fueron tan agradables a la Santísima Virgen, que le concedió la gracia de su vocación religiosa, y después de haberle colmado de bendiciones en la Orden de San Francisco, a la que perteneció, se dignó aparecérselo un día y decirle: “Me complace tu devoción, y como prenda de mayor recompensa te concedo el talento de la predicación y el poder de obrar milagros, dones que he obtenido para ti de mi Hijo, y además te ofrezco que participarás conmigo en el Cielo de la Eterna Bienaventuranza.” Esta aparición fue después demostrada por los resultados; porque San Bernardino fue uno



de los más ilustres predicadores, e iluminó la Iglesia con su doctrina, su santidad y sus milagros. Habiendo recibido de los Superiores la misión de predicar en varias ciudades de Italia y de llamar a los hombres a la práctica de la vida cristiana, por la intercesión de María, fue milagrosamente librado de un defecto en su voz, ocasionado por una enfermedad, quedando sano para poder predicar. En muchas ciudades donde debía predicar, reinaban los vicios y la corrupción de costumbres, los odios y las luchas fratricidas, los escándalos y la usura. Mas la Virgen Santísima, bajo cuya protección había colocado todos los éxitos de sus apostólicas fatigas, le ayudó de un modo visible en la conversión de los pecadores y en la santificación de las almas. A sus predicaciones cesaban los escándalos, se componían las contiendas, se perdonaban las injurias, volvían al recto camino los extraviados. Sus viajes apostólicos eran otros tantos triunfos de la gracia sobre el pecado... Sus más íntimos amigos le oyeron decir que no creía haber recibido ninguna gracia de Dios que no fuese efecto de aquella devoción y una señal del favor de la Reina del Cielo; decía que había nacido el día de la Natividad de Nuestra Señora y recibido el Bautismo el mismo día, y en el mismo había tomado el hábito religioso y profesado. Consumado por las fatigas y por las penitencias, el día 20 de mayo de 1444 murió plácidamente y volvió a recibir la recompensa eterna, merecida por su fecunda vida apostólica. Tales fueron los frutos de su devoción a María y de una vocación practicada bajo la protección de la Madre de la Divina Gracia, que, reconocida por tantos obsequios, le concedió su amparo para promover la gloria de su Hijo y la suya, y le hizo grande delante de Dios y de los hombres.

11. De las muchas maneras como Dios se comunica en la meditación. Primeramente, Dios Nuestro Señor se comunica algunas veces a sus siervos por medio de ilustraciones, que les descubren alguna verdad; y aunque pasan presto, dejan el corazón encendido en varios afectos de amor de Dios o dolor de pecados. Con estas mismas ilustraciones toca también Dios Nuestro Señor a los pecadores para convertirlos, descubriéndoles de pronto la gravedad de sus pecados, el peligro de su condenación, y otras semejantes verdades que les mueven a mudar la vida.

Otro modo de comunicarse Nuestro Señor es hablando dentro del alma con sus inspiraciones unas palabras interiores, con las cuales enseña alguna verdad, o descubre su Voluntad con tanta eficacia, que inclina al cumplimiento de ella. Y a veces, el alma se ablanda, enternece y derrite en Amor de Dios; y la que tenía el corazón triste, desmayado, helado y duro para las cosas espirituales, con una de estas palabras interiores en un momento se pone alegre, confiada, encendida y dócil para lo que Dios quiere hacer de ella.

Estas palabras interiores de un modo ordinario pasan por todos, y se llaman inspiraciones; porque, como dice el glorioso doctor San Agustín, la forma interior de hablar de Dios Nuestro Señor es una secreta inspiración por la cual invisiblemente descubre al alma su Voluntad o alguna verdad. Con esta habla a los justos y a los pecadores, y enseña, corrige, reprende o exhorta, consuela y mueve a las obras de virtud y perfección. Y así David, como tan experimentado en sentir estas inspiraciones e impulsos divinos, decía: "Oíré lo que el Señor Dios me hable," deseando que Dios le hablase, y mostrándose dispuesto para cumplir lo que le dijese.

Dios Nuestro Señor a veces comunica al alma fervor y dulzura en las cosas del espíritu, y por la experiencia de esta dulzura y de sus maravillosos efectos viene a conocer la grandeza de Dios, la excelencia de su ley, de las virtudes y premios celestiales. Por este gusto se conoce cuán suave es, cuán bueno, cuán sabio, cuán poderoso, cuán liberal y misericordioso. Y de la misma manera podemos decir: "Gustad, y ved cuán suave es el Señor," cuán suave es su yugo y su ley; cuán suave es la obediencia y humildad; la paciencia, templanza, castidad y caridad, porque cada virtud tiene su propia dulzura. Dios tiene en sus misterios y virtudes mucha variedad y grandeza de consuelos. Porque si el maná tenía el sabor de todos los manjares, para regalar con esta dulzura corporal a los justos, ¿no va a tener Dios la dulzura de todas las cosas para consolar a los que conversan con Él en la oración? Y a unos la da meditando sus perfecciones, o meditando sus beneficios, o meditando su santa ley, o



meditando los misterios de la Vida de Jesús y María. Pero esta dulzura está reservada para los que temen a Dios y le reverencian, porque ellos solamente la gustan con más abundancia. Es cierto que también da Dios parte de ella a los principiantes, y aun a los pecadores, para desprenderles de sus consuelos terrenos; pero mucho más copiosamente la da a los que por su amor se han mortificado en privarse de ellos, pues Dios les abre los sentidos espirituales; porque, como dice San Gregorio, si el sentido exterior se cierra, el sentido interior se abre. Por el contrario, dice San Agustín, el sentido interior se duerme, si el exterior se entrega a sus deleites.

Ejemplo. *Visión de Sor Dominica del Paraíso*. Esta virtuosa hija de padres pobres nació en una aldea llamada Paraíso, cerca de Florencia, Italia. Se lee en su vida, escrita por el Padre Ignacio de Niente, dominico, que desde niña empezó a servir a la Divina Madre. Ayunaba en honra suya todos los

días de la semana, y después los sábados repartía a los pobres la comida que se había quitado de la boca, y, yendo al huerto de su casa o a los campos vecinos, recogía todas las flores que podía, y se las llevaba delante de la imagen de la Santísima Virgen con el Niño en los brazos que tenía en su casa. Pero veamos ahora con cuántos favores la agradecidísima Señora recompensó los obsequios que esta sierva suya le ofrecía. Estando una vez Dominica asomada a la ventana, cuando tenía entonces diez años, vio en la calle a una Mujer de hermoso aspecto y consigo un Niño, y que ambos alargaban la mano en actitud de pedir limosna. Va ella a tomar el pan, y he aquí que, sin abrir la puerta, los ve delante, y advierte que el Niño tenía llagas en las manos, los pies y el pecho. Por lo cual preguntó: “Decidme, Señora, ¿quién ha herido a este Niño?” Respondió la Madre: “Lo ha herido el amor.” Dominica, enamorada de la incomparable belleza y angelical modestia de aquel Niño, le preguntó si le dolían mucho aquellas llagas. Mas Él no respondió sino con una celestial sonrisa. Entretanto, estando ya cerca de la imagen de Jesús y de María, dijo la Señora a Dominica: “Dime, hija, ¿quién te mueve a coronar estas imágenes de flores?” Ella respondió: “Me mueve el amor que tengo a Jesús y María.” —“Y, ¿cuánto los amas?” —“Los amo cuanto puedo.” —“¿Y cuánto puedes?” —“Cuan to Ellos me ayudan.” —“Prosigue,” dijo entonces la Señora, “sigue amándolos, que ya verás lo bien que te lo premiarán Ellos en el Cielo.” Luego, percibiendo aquella niña que salía de aquellas llagas un suavísimo olor celestial, preguntó a la Madre con qué ungüento las ungía y si aquel ungüento se podía comprar. Respondió la Señora: “Se puede comprar con la fe y con las buenas obras.” Dominica les ofreció el pan. Repuso la Madre: “La comida de mi Hijo es el amor: dile que amas a Jesús, y le colmarás de gozo.” El Niño, al oír la palabra amor, se mostró muy contento, y vuelto a Dominica, preguntó: “¿Cuánto amas a Jesús?” Y respondió ella: “Le amo tanto que día y noche estoy pensando en Él y todo mi único afán es darle gusto en todo lo que pueda.” “Ahora bien,” añadió Él, “ámale, que el amor te enseñará qué debes hacer para darle gusto.” Se iba acrecentando la intensidad del aroma que exhalaba de aquellas llagas, hasta que Dominica, fuera de sí, exclamó: “¡Dios mío! Esta fragancia me hace morir de amor. Si el olor de este Niño es tan suave, ¿cómo será el olor del Paraíso?” Mas he aquí que la escena cambió de pronto: La Madre apareció ataviada como una reina vestida de clarísima luz, y el Niño, hermoso y resplandeciente como un sol, tomó las flores de la imagen de la Virgen y las esparció sobre la cabeza de Dominica, la cual, reconociendo ya a María y a Jesús, se había postrado en tierra como extasiada, adorando a Jesús, venerando profundamente a su Madre Santísima, y amándolos a los dos con todo su corazón. Y así dio fin la visión. Andando el tiempo, Dominica tomó el hábito de Santo Domingo y murió en olor de santidad en el año 1553.

12. *Del tiempo que se ha de dedicar a la oración*. Como dice San Basilio, más vale orar



poco y bien con atención, que orar mucho de otra manera; porque Dios no se complace en la cantidad de las oraciones, sino con el amor y fervor de ellas.

No es exageración ser muy esforzados en este santo ejercicio, porque, como dice San Buenaventura, en todo tiempo y a cada hora podemos ganar con la oración algo que vale mucho más que todo el mundo. Y es claramente así, porque si un hombre gastase todo el día en hacer actos interiores de blasfemias, venganzas, odios de Dios, y propósitos de otros graves pecados, al fin del día habría merecido terrible infierno. Luego si al contrario lo gasta en actos interiores de oración, frecuentando los buenos deseos y propósitos de agradar a Dios con peticiones de las virtudes, al fin del día se hallará con increíble ganancia de dones celestiales y del premio eterno; porque no es Dios menos liberal en premiar, que riguroso en castigar.

Ejemplo. *El mejor empleo del tiempo.* Una tarde, a fines del siglo XIX, el cura párroco de Domdam (Sena-Oise) entró en su iglesia y divisó a un anciano que rezaba de rodillas el Rosario ante un altar de la Santísima Virgen. Terminado el

Rosario, el anciano se acercó al párroco, diciéndole: “Tal vez se habrá extrañado, señor cura, de ver a estas horas a un forastero en su iglesia. Soy Chevreul (uno de los más grandes prestigios de la ciencia de aquel tiempo). Se me ha escapado el tren, andando de excursión. Y mientras espero otro, he creído que no podría emplear mejor el tiempo que viniendo a rezar a los pies de la Virgen Santísima.” El cura le dijo que ojalá todos los sabios se asemejasen a él en la fe y en la piedad cristiana. ¡Qué hermoso espectáculo ver a este sabio arrodillado con el rosario en las manos, ante el altar de María, proclamando así la hermandad de la ciencia y la fe! Eugenio Chevreul, 1786-1889, fue un eximio químico, autor de numerosas obras, gran investigador e incansable trabajador durante toda su vida más que centenaria.

13. *Algunas advertencias acerca de meditar.* Dice San Bernardo que la lectura dispone y ayuda a la meditación, y sin ella, o cosa equivalente, suele ser errada, vaga y distraída; y en tal caso conviene leer los puntos de la Biblia o del Tratado de la Santa Misa que ayuden a meditar los misterios. Y sería bueno tomar para la meditación dos o tres verdades breves de aquellas consideraciones para considerarlas más despacio.

Ejemplo. “*¡Sanadme de mi ceguera física y moral!*” Enrique Lasserre vivía en París, y pasaba noche y día largas horas en estudio sin la menor fatiga. De pronto comenzó a debilitarse su vista gradualmente hasta el punto de no poder leer ni escribir. Los remedios de los médicos más ilustres fueron inútiles. Un amigo suyo le recomendó que probase con el agua de Lourdes; y como se repitiesen las instancias de su amigo, contestó: “Voy a confesarte toda la verdad. No me falta la fe, pero tengo defectos, debilidades, innumerables miserias y por desgracia se hallan arraigados en mi pobre naturaleza. Ahora bien, una curación milagrosa me impondría la obligación de sacrificarlo todo y de ser un santo: sería terrible mi responsabilidad; soy cobarde y tengo miedo...” Al fin el agua se encargó. Lasserre cuenta: “En mi enfermedad no había variación: absoluta imposibilidad para leer y escribir. El viernes 10 de octubre de 1862, como a las cuatro de la tarde, volví a casa. Cuando iba a subir la escalera, me llamó el portero. ‘Han traído para usted una encomienda del ferrocarril’, me dijo. Volví a la portería donde encontré una cajita que tenía en un lado mi nombre y dirección, y en otro estas palabras: ‘Agua natural’. Era el agua de Lourdes. Sentí en el fondo de mi alma violenta emoción; pero me reprimí. ‘Está bien’, dije al portero. ‘Dentro de un momento la tomaré; salgo un poco para volver pronto.’ Me fui pensativo y me paseé un rato por la calle. ‘El asunto es serio,’ decía para mí. ‘Sin haberme purificado no puedo pedir a Dios un milagro en mi favor; no puedo implorar gracia tan grande con mi corazón lleno de voluntarias miserias.

¡Ea!, procura sanar tu alma, antes de suplicarle que mejore tu cuerpo'. Y fui a casa de un Sacerdote, el Padre Ferrand de Missol. Estaba muy ocupado, me dijo su sirviente, que volviera después de la comida. Volví a casa. Recibí del portero la cajita, a la cual iba unida una relación de las apariciones de Lourdes. Apenas llegué a mi aposento, me arrodillé junto a mi cama y oré. Dudaba entre abrir la caja o aguardar a la confesión. La lucha duró unos momentos y terminó con una plegaria. 'Sí, Dios mío,' exclamé... 'confesaré hoy mismo mis culpas a vuestro ministro; pero mi fe no puede aguardar. Perdonadme, Señor, y curadme. Y Vos, ¡oh Madre de Misericordia, venid en auxilio de vuestro hijo desgraciado!' Y después de haberme confortado con la oración abrí la cajita: contenía una botella llena de agua. La destapé, eché agua en una taza y saqué de mi cómoda una servilleta. Sentía el alma abrasada por la fe, por una fe viva y ardiente. Cuando concluí todos los preparativos, me arrodillé de nuevo y dije en alta voz: '¡Oh Santísima Virgen María, tened piedad de mí y sanadme de mi ceguera física y moral!' Y con el corazón lleno de confianza, me froté sucesivamente los ojos y la frente con la servilleta empapada en agua de Lourdes. La operación no duraría medio minuto. ¡Cuál sería mi sorpresa! Apenas hube tocado los ojos y la frente con el agua milagrosa, me sentí curado repentina, prontamente, sin transición y de una manera tan instantánea que, en mí imperfecto lenguaje, sólo puedo compararla al rayo. '¡He sanado!' exclamé. Y quise tomar un libro cualquiera y leer, pero me detuve. '¡No, no!' dije entre mí; 'No debo tomar un libro cualquiera.' Y fui a buscar sobre mi chimenea la relación de las apariciones. Eso era justicia. Leí ciento cuarenta páginas sin interrupción y sin sentir la más mínima fatiga. Veinte minutos antes no habría podido leer ni tres líneas. Me confesé en la noche y conté al Padre Ferrand la señalada merced que la Santísima Virgen acababa de hacerme." Agradecido por aquel insigne beneficio Lasserre ha escrito una bellísima y notable obra titulada '*Nuestra Señora de Lourdes*,' que es uno de los más preciosos monumentos a mayor gloria de María sobre sus apariciones y los acontecimientos extraordinarios ocurridos en Lourdes.

La Meditación sobre los Misterios de la Pasión de Cristo y María.

Aspectos generales de la Pasión. Debido a la gran importancia de la meditación sobre la Pasión y su utilidad para las almas, tres de las siete partes del Santo Rosario se dedican a los misterios dolorosos, y rezamos diariamente el Santo Viacrucis. Insistimos, que las meditaciones sobre los misterios de la Pasión de Cristo y María son muy provechosas para cualquier tipo de personas; los pecadores hallarán en ella motivos para purificarse de sus pecados, los principiantes, para mortificar sus pasiones; los que aprovechan, para crecer en todo género de virtudes, y los perfectos, para alcanzar la unión con Dios por el ferviente amor. Por lo cual, dice San Bernardo que la Pasión de Cristo, hasta el día de hoy, hace temblar la tierra, quebranta las piedras, abre los sepulcros, y parte por medio el velo del templo, rasgándolo de lo alto hasta abajo; porque los que debidamente la meditan, si son tierra por la culpa y afición a cosas terrenas, tiemblan con el santo temor de Dios, y por la justicia rigurosa que hace en su Hijo, moviéndose con esto a dejar su apego a lo terrestre. Si son piedras, por la dureza de corazón, se enternecen y desmenuzan por la grandeza del dolor, así de sus pecados, como de las penas que Cristo padece por ellos. Y si son sepulcros cerrados, con la vergüenza de manifestar sus culpas, se abren por la confesión, para lanzar de sí la muerte y resucitar a nueva vida. Y finalmente, para todos se rompe el velo que ponía división entre Dios y nosotros, para que podamos contemplar más al descubierto la Gloria del Señor, y el abismo de los celestiales secretos.

Con mucha razón, decía San Alberto Magno que la sencilla memoria y devota meditación de la Pasión de Cristo, aprovecha más al hombre que las buenas obras exteriores, si se practican solas; ya que éstas no son tan poderosas para purificar el corazón de vicios, ilustrarlo con verdades y virtudes, y perfeccionarlo con los afectos encendidos del Divino Amor, como lo es la meditación atenta y profunda de la Pasión de Cristo Nuestro Señor y la de su Madre Santísima; y que además, dicha meditación da espíritu y vida a las penitencias y obras exteriores, moviendo con eficacia al ejercicio fervoroso de ellas.



Ejemplo. *Conversión de la infeliz Benita.* Vivía en Florencia una joven llamada Benita, pero que más bien merecía llamarse maldita por la vida escandalosa y deshonesta que llevaba. Llegó a predicar en la ciudad Santo Domingo y ella, por mera curiosidad, fue a escucharle. Y el Señor le puso tal compunción en su corazón al oírlo, que llorando se fue a confesar con el santo. Éste la confesó, la absolvió y le impuso de penitencia rezar el rosario diariamente. Pero la infeliz, arrastrada por sus malos hábitos, volvió a su mala vida. Lo supo el santo, y yéndola a buscar, obtuvo de ella que se confesara de nuevo. Y Dios, para confirmarla en la virtud, le hizo ver el infierno y en él, a algunos que por su culpa se habían condenado. Después, en un libro abierto, le hizo leer el pavoroso recuento de sus pecados. Horrorizada Benita ante semejante visión, acudió a

la Santísima Virgen María para que la ayudase. Y entendió que esta Divina Madre le había conseguido de Dios tiempo para llorar todos sus pecados. Pasada la visión, Benita se entregó con decisión a llevar una vida de oración y penitencia. Pero esta vez hacía su oración teniendo siempre ante los ojos aquel terrible proceso que había visto, meditando en sus propias culpas. Un día se puso a rezarle así a su Consoladora: “Madre, es verdad que yo, por mis excesos debería estar en lo profundo del infierno, pero ya que Tú, con tu intercesión, me has librado obteniéndome tiempo para hacer penitencia, te pido esta otra gracia: no quiero dejar nunca de llorar mis pecados, pero haz que sean borrados de aquel libro.” Hecha esta oración, se le apareció la Virgen María y le dijo que, para obtener lo que pedía, era necesario que, en adelante, meditase en la Misericordia que Dios había tenido con ella y en la Pasión que su Hijo había sufrido por amor a ella; y que considerase que cuántos, con menos culpas que ella, se habían condenado... Benita obedeció fielmente a la Santísima Virgen, teniendo desde entonces siempre presente la Pasión y dolorosísima Muerte que Nuestro Divino Salvador y su Santísima Madre habían sufrido para reparar por las culpas de ella. Un día se le apareció Jesucristo, mostrándole aquel libro le dijo: “Mira, tus pecados están borrados y el libro en blanco: escribe ahora actos de amor y de virtud.” Así lo hizo Benita, llevando en adelante una vida santa y teniendo una santa muerte.

1. *Del fin que ha de tener la meditación de la Pasión.* Así como son diferentes las personas que meditan la Pasión de Cristo, también son diferentes los frutos espirituales, conforme al estado de cada alma: purifica de culpas y aficiones desordenadas, o adorna con heroicas virtudes, o une a Dios con fervorosos afectos de caridad. El medio para obtener todo esto es avivar el sentimiento de la compasión.

La Pasión de Cristo es el mayor beneficio de Dios, y se puede meditar centrándose en el abismo de la Divina Misericordia que nos revela: se abre la puerta del Cielo, se manifiesta la inmensidad de la Caridad, y se declara la estima que Dios tiene del hombre; porque lo que ha costado la Sangre del Hijo de Dios, no puede ser algo vil.

Otra manera de meditar la Pasión, es tomando como objeto de la reflexión lo amargo y muy penoso que fue a Nuestro Señor Jesucristo y a su Divina Madre, y que fue ocasionada por nuestros pecados; contemplando todas las virtudes de que Ellos nos dieron ejemplo, especialmente las que resplandecieron en medio de esos indescriptibles tormentos; y de esta manera movernos a tristeza y compasión por Ellos, que tanto padecieron por nosotros. El mismo Cristo se entristecía con su memoria, por lo tanto es justo que todos nos entristezcamos con Él.

Mas para que se entienda cómo ha de ser esta compasión, debemos comprender que Cristo Nuestro Señor bebió el cáliz amargo de su Pasión de dos maneras. Una, fue físicamente, por mano de los ministros y sayones, cuando fue preso, azotado, coronado de espinas y crucificado. La otra, fue espiritualmente, por la memoria y viva representación

e imaginación de los mismos padecimientos, y por la causa de ellos, que fueron nuestros pecados. María Santísima participó plenamente de estos sufrimientos, pues en su Alma y en su Cuerpo sintió todos los padecimientos espirituales y físicos de Cristo.

De aquí se siguen los fines que debemos tener en estas meditaciones, y los provechos que de ellas debemos sacar; los cuales se reducen a unirnos, transformarnos y conformarnos con Cristo y María afligidos y atormentados de las dos maneras dichas, bebiendo también en ambas formas y a nuestro modo las pocas gotas del cáliz de su Pasión, que por Misericordia Divina nos han reservado.

Lo primero, procurando en la meditación sentir en nosotros lo que sintió Cristo, con los afectos de compasión, dolor y tristeza, de modo que quedemos transformados en Cristo, triste y afligido por nosotros, y espiritualmente crucificados con Él, así como la Virgen Santísima sintió los dolores de su Hijo; por eso le dijo a Ella Simeón, que una espada traspasaría su Alma. Este modo de sentimiento de la Pasión de Cristo, es don especial del mismo Señor, el cual da ojos para ver sus penalidades y para llorarlos. Por lo cual los que reciben de Dios el espíritu de oración, con fe viva ven al que crucificaron con sus pecados, y lloran su muerte amargamente. Es gran desorden pretender dulzuras en las amarguras de Cristo, y querer consuelos, meditando sus desconuelos; los cuales se han de meditar precisamente para sentir su dolor y tener parte en él.

El segundo fin que hemos de pretender en estas meditaciones, es beber el cáliz de la Pasión también físicamente, conformándonos con Cristo Nuestro Señor en su padecer, sacando ánimo y fuerzas para sufrir, y propósitos muy eficaces, sufriendo con paciencia y alegría las cosas penosas que Dios nos enviare o permitiere. Debemos creer firmemente que, como dice San Pablo, también es don de Dios padecer por Cristo, así como lo es compadecerse de Cristo. Y así a imitación del mismo Apóstol debemos procurar, cuando meditamos la Pasión, llevar nuestra cruz de cada día. Para que pueda decir cada uno: Con Cristo estoy clavado en la cruz, tanto por la compasión, como padeciendo por Él, así como Él padeció por mí.

De aquí se sigue el tercer fin principal de estas meditaciones, que es conformarnos con Cristo en las heroicas virtudes que ejercitó, bebiendo su cáliz, espiritual y físicamente; es decir, ejercitándonos en el amor de Dios y a los hombres, en el celo por la salvación de las almas, en la pureza de intención, y en la disposición a la obediencia, humildad, paciencia y pobreza, y a las obras exteriores de estas y otras virtudes; y en especial practicando el desprecio de las cosas terrenas, y la mortificación de las inclinaciones que puede haber en procurarlas o retenerlas. De modo, que armados, como dice San Pedro, con el pensamiento de lo que Cristo padeció, en todo nos parezcamos a Él; y la meditación de su Pasión nos sirva de armadura fuerte, lucida y hermosa, que nos arme y cubra de pies a cabeza, y nos haga temibles a los demonios, terribles a la carne, admirables al mundo, agradables a los Ángeles y amables a Dios y a su Madre Santísima.

Ejemplo. *La esclavitud mariana*. El beato Marín, por los años 1000, hermano de San Pedro Damiano, fue el primero que dio el ejemplo de ofrecerse a la Virgen Santísima en calidad de esclavo. Y esto es lo que después se ha llamado la santa esclavitud mariana. Hizo profesión de sujetarse a esta esclavitud delante de un altar dedicado a la Virgen, se ofreció a Ella en calidad de esclavo y, para portarse como tal, después de haber leído el acta de su profesión, se impuso a sí mismo algunas de las prácticas de rigor y austeridad que en algunas regiones se solían emplear con los esclavos. Después de eso, puso una moneda sobre el altar de la Virgen y prometió pagarle anualmente ese tributo en calidad de esclavo y en reconocimiento de su dominio. Y desde entonces se consideró como propiedad de la gloriosa Reina del Cielo y de la tierra, a la cual pertenecía como su propio esclavo. De este acto obtuvo abundantísimos frutos para llegar al grado de santidad que brilló en su vida y en el glorioso trance de su muerte. Con el tiempo se extendió esta práctica, y se introdujo la costumbre de llevar pequeñas cadenas en señal de esclavitud. Enrique-María Boudon, 1624-



1702, en el excelente tratado que ha dejado escrito sobre esta materia, incluye un extenso catálogo de grandes hombres, de Santos, de reyes, que han tenido como honor muy particular el ser alistados entre los esclavos de la Virgen Madre de Dios.

2. *Las disposiciones que se han de tener para meditar la Pasión.* Para alcanzar estos fines que se pretenden con la meditación de la Pasión, es importante disponernos lo mejor posible a ella. Si bien es necesario, como dice el Espíritu Santo, disponer bien el alma antes de cualquier oración, y no empezar, como quien tienta a Dios, esperando la ración del Cielo sin prepararse; la preparación es más importante aún cuando la oración y meditación tiene por materia los dolores y penalidades de Nuestro Señor Jesucristo. Él mismo se dispuso con grande amor para sufrirlos, y quiere que sean considerados y meditados con mucho fervor.

Y así me acordaré muy en particular, y con gran fervor de sus penalidades y aflicciones, sintiéndolas tan tiernamente, que mi alma se duela por la grandeza de la tristeza y dolor; y no contento con pensar una vez todas sus penas, las repetiré muchas veces con mucha atención y sentimiento, sacando de ellas gran confianza.

Las disposiciones y virtudes que disponen grandemente para recibir de Dios los dones y gracias que suele comunicar a los que se ejercitan en estas meditaciones son: la humildad, la confianza, la diligencia y limpieza de corazón.

La primera es, humildad de corazón, comenzando la meditación con vergüenza y confusión de las propias culpas, porque nuestros pecados son la causa de los tormentos de Cristo, a quien se está contemplando. Como si un padre estuviese preso en la cárcel, arrojado en un calabozo, con grillos y cadenas entre ladrones, padeciendo graves dolores y deshonras, no por sus culpas, sino por las de su hijo; si el tal hijo entrase a visitarle, sin duda entraría con una humilde vergüenza y confusión de sí mismo, por ser la causa de los tormentos de su padre. Y esta humildad incluye vestirse de luto, esto es, la vestimenta adecuada cuando se celebra la memoria de la Pasión, o se medita especialmente, debe reflejar humildad exterior, pues quien va a visitar al afligido, no ha de ir con ropas de fiesta, sino de llanto, conformándose con el atribulado. También pertenece a la humildad, reconocerse indigno de asistir a estos misterios, y tener gran dolor de ellos, pensando que es un favor especial que hace Dios a sus amigos muy queridos, como lo fue compartir con tres de sus Apóstoles su tristeza en el huerto; y querer que su Madre, San Juan y la Magdalena asistiesen al pie de la Cruz en el monte Calvario. Y esta gracia se da solamente a los humildes.

La segunda disposición, es tener gran confianza en la Misericordia de Nuestro Señor, pues ya que se dignó padecer tanto por nosotros, también se dignará concedernos que nos compadezcamos con Él. Confiamos, por la compasión que allí tuvo de los pecadores, haciéndose su abogado y orando por ellos, para que fuesen capaces de recibir el fruto de su Pasión. Confiamos, por la generosidad que usó con Dimas, el buen ladrón, el cual con humildad y confianza le pidió que se acordase de él en su reino, y alcanzó mucho más de lo que pedía. Digamos, como San Lorenzo Justiniano: “Pero yo, después de confesarme por pecador como el ladrón, le diré con humildad y confianza a mi Señor colgado en la cruz: ‘Señor, acuérdate de mí, no sólo para que vaya a tu reino, sino para que me compadezca de tus dolores y participe de tu Pasión; porque bien sé que si contigo padezco, también reinaré contigo’.” Así debemos aumentar la confianza en Cristo, ya que cuanto mayor es la confianza, más capaces somos de recibir los divinos dones, pues por la humildad el corazón queda vacío de sí mismo y bien dispuesto para recibirlos. Confiamos en la que es Madre de Misericordia, que nos llevará con seguridad a Dios Nuestro Señor.

Ejemplo. *Esperaba un Sacerdote...* En un país situado detrás del ‘telón de acero’, o sea, un país comunista, en donde, en los primeros meses del año 1968, recrudeció la persecución

antirreligiosa, uno de los Obispos allí radicados recibió una nota en la que alguien le informaba confidencialmente que se preparaba un atentado contra su vida, por lo cual debía huir sin pérdida de tiempo y ocultarse. Obedeciendo el aviso recibido, el aludido Obispo salió de su residencia vestido de aldeano y huyó a campo traviesa, caminando durante todo un día. Al llegar la noche, divisó una amplia huerta. Aprovechando la oscuridad, se aproximó a una casa que vio poco distante y pidió a sus habitantes le permitiesen descansar unas horas sentado en una silla. Los ocupantes de la casa, un matrimonio con varios hijos pequeños, acogieron la petición de hospedaje del que consideraron labriego viajero, pero no sólo le ofrecieron silla, sino que le hicieron cenar con ellos y luego le acomodaron en una habitación con buena cama. Durante la cena, como notase el huésped gran preocupación y visible tristeza en el matrimonio, preguntó el motivo de tal inquietud y congoja. Entonces le contaron que el anciano padre de uno de ellos no había podido sentarse a la mesa porque estaba enfermo de mucha gravedad desde hacía unos días, y aunque le insistían cariñosamente para que se preparara conveniente a la muerte, por si sobreviniera, él les contestaba que todavía no iba a morir, y, por tanto, no se preparaba... Hubo unos breves comentarios del caso, pero por lo peligroso del tema, ninguno se atrevió a hacer mención del aspecto religioso del asunto. Retirados a descansar todos y transcurrida la noche, se dispuso el visitante y huésped a proseguir su camino; y al despedirse y dar gracias a quienes con tanta amabilidad le habían tratado, preguntó si le permitían saludar al viejecito enfermo, para comprobar el estado actual de su dolencia, a lo que, gustosamente, se accedió y le acompañaron. Una vez el labriego junto al anciano, y luego de una corta conversación afectuosa, éste último, adoptando un gesto y tono decidido, dijo: "Mire usted, yo sé que estoy muy malo y que ya no me restableceré; pero, también sé que por ahora no moriré." Al oírle hablar tan seguro, todos sonrieron al enfermo. Y ante aquellas sonrisas, añadió éste: "Se ríen porque he dicho que tengo la seguridad de que no voy a morir por ahora... Pues bien; lo repito. ¿Y sabe usted por qué?... Mire, yo no sé quién es usted, ni cómo piensa, pero como en la situación en que estoy ya no temo a nadie, le voy a decir la verdad: Mi seguridad se apoya en que soy católico; los años de persecución religiosa no me han quitado la fe; y todos los días he rezado, y rezo, las tres avemarías, pidiéndole a la Virgen María que, a la hora de la muerte, esté asistido por un Sacerdote que prepare mi alma para el tránsito, y usted comprenderá que habiéndole rogado tantas veces a la Santísima Virgen eso, la Virgen no consentirá que yo muera sin un Sacerdote a mi lado; y como no lo tengo, por eso estoy tan seguro de que por ahora no me voy a morir." Emocionado el labriego por aquella declaración del anciano, le tomó la mano y le dijo: "Esa gran fe que ha conservado, y esa súplica diaria a la Madre de Dios, rezándole las tres avemarías, han atraído el favor del Cielo y ha sido la Providencia la que me dirigió hasta aquí... La Virgen María no le ha mandado a un Sacerdote, sino a su Obispo... Porque yo soy el Obispo de esta Diócesis, que va hacia el exilio." La impresión, y al propio tiempo el gozo, del anciano y sus hijos fue enorme. Tan grande, que no sabían cómo expresar su asombro y su reverencia... Seguidamente, el Obispo ofició la Santa Misa en la habitación del enfermo, y les dio a todos la Santa Comunión; dejando al viejecito espiritualmente dispuesto para emprender su postrer viaje con término en el Cielo... Viaje que tuvo lugar dos días después de aquella Misa excepcional.

La tercera disposición, es gran fervor y diligencia en la meditación; porque sería algo vergonzoso pensar con tibieza en lo que Cristo padeció con tanto fervor. Esta diligencia hará que la meditación sea muy atenta, profunda y devota, sacudiendo de la memoria las distracciones; apartando del entendimiento, la torpeza en los discursos para ahondar en los misterios; y rechazando con la voluntad, la frialdad en los sentimientos, procurando que sean muy fervientes, como los de Jesucristo. Esto también debe llevarnos a tomar la generosa decisión de acompañarle, no durmiendo, como los tres Apóstoles en el huerto, sino velando, como Él velaba, y orando con la agonía, las súplicas y la perseverancia con que Él oraba, y ocupando en esto algunas horas, como Él las ocupó. Que no tenga que reprocharnos: "¿No



has podido velar ni una sola hora conmigo?"

La cuarta disposición es, limpieza de corazón, procurando purificar y conservarte limpio de culpas, para que entrando limpio en la oración, esté con grande confianza, sin remordimiento, y bien dispuesto para recibir los dones de Dios y los frutos de su Preciosísima Sangre; porque ningún hombre cuerdo quiere echar un licor precioso en vaso muy sucio. Por tanto, dice San Bernardo, como la bendición es muy copiosa, para recibirla preparad vasos limpios, almas devotas, espíritus vigilantes, afectos bien dirigidos, y conciencias puras, en quien se derramen tantas gracias como aquí se comunican. Estas son las disposiciones que se han de llevar para meditar estos misterios. Pero si alguno no tuviere estas disposiciones, no por eso deje la meditación, porque ella misma encenderá el deseo de ellas, así como también mueve a otras virtudes.

Ejemplo. *La devota de Roma*. Evita cuidadosamente imitar la obstinación de aquella devota de Roma de quien hablan 'Las Maravillas del Rosario'. Era una persona tan piadosa y ferviente que con su vida santa confundía a los religiosos más austeros de la Iglesia de Dios. Quiso consultar a Santo Domingo. Se confesó con él. El Santo le impuso como penitencia rezar un Rosario y le aconsejó que lo rezara todos los días. Ella se excusó diciendo que tenía todos sus ejercicios ya organizados: cada día ganaba las indulgencias de las estaciones de Roma, llevaba cilicios, tomaba disciplina varias veces por semana y hacía tantos ayunos y mil otras penitencias. El Santo la volvió a exhortar a seguir su consejo. Pero ella se negó a ello y salió del confesionario casi escandalizada por el proceder del nuevo director que quería hacerle aceptar una devoción contraria a su gusto. Cierto día que estaba en oración fue arrebatada en éxtasis, vio su alma obligada a comparecer ante el Juez Supremo. San Miguel colocó en un platillo de la balanza todas sus penitencias y oraciones y en el otro sus pecados e imperfecciones. El platillo de las buenas obras subía y subía sin lograr equilibrar al otro. Alarmada, imploró misericordia. Se dirigió a la Santísima Virgen, abogada suya, quien dejó caer en el platillo de las buenas obras el único Rosario que por penitencia había rezado. Este pesó tanto que equilibró el peso de los pecados y de las buenas obras. La Santísima Virgen la reprendió, al mismo tiempo, por no haber seguido el consejo de su servidor Domingo de rezar el santo Rosario todos los días. Al volver en sí, corrió a arrojarle a los pies de Santo Domingo. Le contó lo ocurrido, le pidió perdón de su incredulidad, prometió rezar todos los días el santo Rosario y llegó por este medio a la perfección cristiana y a la gloria eterna. Alma piadosa, ¡aprende, pues, cuál es la eficacia, el valor y la importancia de la devoción del santo Rosario y la meditación de sus misterios!

3. *De varios modos de meditar la Pasión*. Para quitar el fastidio que podría tener nuestra tibieza, meditando siempre de una misma manera, es bueno saber los diferentes modos que hay de meditar la Pasión, además de los que ya se han mencionado, meditándola como beneficio nuestro, o como dolorosa a Cristo y María. Hay otras dos formas principales, a que se reducen las demás. Así como en los convites se suele servir alternativamente de dos maneras: una, poniendo cada plato de por sí y, comido aquel, poner otro; hay otra forma que es, poniendo muchos juntos, y tomando de cada uno algún bocado, conforme al gusto o necesidad del que come. Así en este convite espiritual de los misterios de la Pasión hay dos modos de recibirlos espiritualmente. El primero y más ordinario, es, meditando cada misterio por sí, ponderando en cada uno lo que es digno de ponderación, siguiendo el orden de la historia, y en especial: contemplar a las personas que allí intervienen, así la de Cristo Nuestro Señor, como la de su Madre y discípulos, y también de sus perseguidores, penetrando las calidades y condiciones de cada una. Además, meditar en las palabras que dicen, y en las obras que hacen, aprendiendo de las que dice y hace Nuestro Señor, y huyendo de las malas que dicen y hacen sus perseguidores. Y finalmente, pensando en lo

que Cristo padece, ponderando como la Divinidad en cierto modo se ocultó, no destruyendo a sus enemigos, sino permitiéndoles que atormentasen a la Sacratísima Humanidad. De donde resulta que es justo que yo trabaje y padezca, por Quien tanto hizo y padeció por mí. Sobre esto debemos conversar amorosamente con Dios Nuestro Señor.

El segundo modo de meditar estos misterios, es, teniéndolos todos en la memoria, y tomar por materia de meditación algún padecimiento especial, o una especial virtud de Jesucristo. Por ejemplo, si quiero meditar la humildad de Nuestro Señor, iré discurriendo y ponderando los actos de humildad que hizo primero, cuando lavó los pies a los apóstoles; después los del prendimiento, cuando se sometió bajo sus enemigos, y así procederé hasta los que ejercitó en la cruz. Y si quiero comenzar más atrás, puedo meditar en los actos de humildad que hizo desde su nacimiento, niñez y juventud, los de su vida pública, y sacando de todos ellos motivos para ejercitar esta virtud enteramente, porque en cada misterio resplandece algo especial que pertenece a su perfección. De este mismo modo se puede meditar la obediencia, la caridad, la paciencia del Salvador.

Y de la misma manera se puede tomar por materia de meditación algún género especial de trabajo, o dolor o deshonra, recorriendo los misterios de la Pasión, concentrándose solamente lo que toca a este padecimiento como sería meditar las veces que fue desvestido con grande ignominia; las veces que derramó su Preciosa Sangre; las estaciones que anduvo en este tiempo; las afrentas en materia de virtud o en materia de sabiduría que sufrió, procurando con cada cosa de estas compadecerme del Salvador, y alentarme a sufrir algo por Él en aquella suerte de penalidad. Y otras veces puedo tomar por materia de meditación el dolor especial que Cristo padeció en algunos de sus miembros o sentidos, como sería meditar el dolor de las manos, cuando las ataron en el huerto, y después en la columna y en la prisión, y cuando las clavaron en la cruz, y así en lo demás.

A estos dos modos de meditar la Pasión se puede añadir un tercero, aplicando los sentidos interiores del alma, a cada misterio. Lo primero, ver con los ojos del alma el aspecto exterior de Cristo Nuestro Señor tan lastimoso, y el estado interior de su alma, por una parte tan bella, y por otra tan afligida, admirándome y compadeciéndome de que, siendo el Ungido de Dios y figura de su sustancia, esté tan desfigurado por mis pecados. Lo segundo, oír interiormente, y sentir las palabras tan benignas y amorosas de este Señor; los clamores contra Él tan ásperos y furiosos de sus enemigos; el ruido de las bofetadas, de los golpes, de los azotes y martillazos, sintiendo en mi corazón lo que Cristo y María sentirían en sus corazones. Lo tercero, oler con el olfato interior, tanto la hediondez de los pecados que causaron la muerte de este Sumo y Eterno Sacerdote, como la suave fragancia del sacrificio que ofreció por ellos, y el aroma de las virtudes que ejercitó en esta oblación tan devota de su Pasión; considerando cómo aplacó con ella la ira del Eterno Padre, que nos dio por señal de reconciliación, no el arco iris que se forma en las nubes, sino a su Hijo, extendido como arco en la cruz, lloviendo sangre por nosotros. Lo cuarto, gustar las amarguras e hieles de Cristo, amargándome y entristeciéndome con ellas, como si corporalmente las gustara. Y gustar también la dulzura del amor con que las padecía, y la que Dios comunica a los que padecen por su causa con amor, admirándome de ver unida tanta dulzura a tanta amargura. Lo quinto, tocar con el tacto del alma los terribles instrumentos de la Pasión de Cristo, el rigor y aspereza de las sogas, azotes, espinas, cruz y clavos, sintiendo en mi espíritu lo que el Señor sentiría en su cuerpo, y ejercitando los afectos que suelen brotar de tales sentimientos.

Ejemplo. *Favor de María hacia un pecador.* Refiere el venerable Juan Herolt, que se llamaba por humildad 'el Discípulo', que había un casado en desgracia de Dios. No pudiendo su esposa hacerle desistir del pecado, le suplicó que al menos, en aquel miserable estado, tuviera para con la Madre de Dios la atención de que siempre que pasara ante alguna imagen suya la saludara con el avemaría. Y el marido comenzó esa devoción. Yendo una noche aquel malvado a pecar, vio una luz; se fijó y advirtió que era una lámpara que ardía ante una devota imagen de María con el Niño Jesús en los brazos. Rezó su avemaría como de



costumbre, pero entonces vio al Niño cubierto de llagas que manaban sangre fresca. Aterrado y enternecido, pensando que él con sus delitos había llagado así a su Redentor, rompió a llorar. Y observó que el Niño le volvía la espalda, por lo que, lleno de confusión, recurrió a la Virgen Santísima, diciéndole: “Madre de Misericordia, tu Hijo me rechaza; yo no puedo encontrar Abogada más piadosa y poderosa que Tú, que eres mi Madre; Reina mía, ayúdame y ruégale por mí.” La Madre de Dios le respondió desde la imagen: “Vosotros, los pecadores, me llamáis Madre de Misericordia, pero luego no dejáis de hacerme madre de miserias renovando la Pasión de mi Hijo y mis Dolores.” Pero como María no es capaz de dejar desconsolado al que se postra a sus pies, se volvió a rogar a su Hijo que perdonase a aquel pecador. Jesús seguía reacio a perdonarle. Y la Virgen, dejando al Niño en el trono, se postró ante él

diciendo: “Hijo mío, mírame a tus pies pidiendo perdón por este pecador.” Y entonces Jesús le dijo: “Madre, yo no te puedo negar nada. ¿Quieres que le perdone? Yo por tu amor le perdono; que se acerque y me bese estas llagas.” Se acercó el pecador llorando copiosamente, y conforme besaba las llagas del Niño éstas se iban cerrando. Por fin Jesús le dio un abrazo como muestra de perdón. El hombre cambió de vida, llevando en adelante una vida santa, y fue devotísimo de la Virgen María que le había obtenido gracia tan extraordinaria.

Aspectos fundamentales de la Pasión de Cristo y María. Lo que se ha de considerar en cada misterio de la Pasión, se puede reducir a nueve puntos principales, que son: quién es la persona que padece estos tormentos; cuántos y cuán graves fueron; de qué personas los padece; por quién, y por qué causa; con qué amor y afectos; las virtudes que ejercitó padeciéndolos; los recorridos que Cristo anduvo en su Pasión; los dolores que con Él padecía su gloriosa Madre, y las heroicas virtudes que Ella practicó en la Pasión de su Hijo.

1. De la Persona que padece. En la persona de Cristo Nuestro Señor, que padece estos tormentos, se pueden considerar tres cosas que mueven con más eficacia a sentimientos de compasión, de agradecimiento, de amor y deseo de imitación.

La primera, es la inocencia y santidad de este Señor; el cual era Inocentísimo, sin mancha de pecado; Santísimo con todo género de santidad, lleno de todas las gracias y virtudes; Sapientísimo y Prudentísimo, en quien estaban encerradas las riquezas espirituales de la Sabiduría de Dios, y su Divino Espíritu sin medida; por lo cual se ve, que cuanto padecía era sin culpa suya, aunque sus enemigos fingían que la tenía, y le atormentaban como a culpado. Pues ¿cómo no me compadeceré de ver padecer a un Señor tan Inocente, Sabio y Santo? Si el centurión y otros muchos que se hallaron en el Monte Calvario herían sus pechos de dolor, viendo padecer al que tenían por justo, ¿cómo no hirió yo el mío, considerando que padece, no cualquier justo, sino el Supremo de los justos, sin haber dado ocasión culpable para tantos sufrimientos? Oh corazón mío, más duro que las piedras, ¿cómo no te partes de dolor, al ver cuánto padeció esta Fuente de la Gracia y Dechado de toda Santidad?

La segunda, consideraré, la Omnipotencia y la magnánima Generosidad de este Señor en hacer bien a todos, y ser Universal Bienhechor de todos; porque toda su vida la ocupó en hacer el bien: liberaba a los posesos por el demonio, daba la vista a los ciegos, limpiaba los leprosos, sanaba los enfermos y resucitaba los muertos. Y además de esto hacía bien a las mismas almas, perdonando los pecados, librándolas del infierno, comunicándoles luz de doctrina maravillosa y fuego de caridad, con el resplandor de todas las virtudes, y, finalmente abriéndoles con su Muerte las Puertas del Cielo. De donde se sigue que padecía tormentos y deshonras, no sólo sin culpa, sino por lo que merecía justamente sumo premio y honra. Por esto dice San Agustín, que Cristo vivió en el mundo haciendo cosas maravillosas, y padeciendo cosas muy penosas, hasta ser colgado de un madero. Pues, ¿cómo, alma mía, no te deshaces de pena, viendo padecer a este Bienhechor tuyo y de

todo el mundo, el cual, haciendo bien y provecho a todos, recibe de todos mal y daño? Oh, ¿quién pudiese alcanzar la gracia de padecer algún mal y penalidad por su amor haciendo el bien, como mi Señor? No quiero de los hombres premio por mis buenas obras, pues mi Redentor recibió por ellos graves tormentos.

La tercera, consideraré la infinita Caridad de este Señor en darse a todos, y hacerse uno con todos, ponderando como es mi Padre, mi Maestro, mi Médico, mi Redentor, mi Pastor, mi Creador, mi Bienaventuranza, Esposo de mi alma, Dios mío, y mi todo. Y poco antes de su Pasión se hizo mi manjar y bebida para entrar en mí y hacerse uno conmigo; por lo cual he de tomar sus padecimientos como míos, y compadecerme de ellos y sentirlos como si fueran míos, pues tan mío es el que los padece y tanto amor me tiene. Si el hijo llora la muerte de su padre, y la esposa la de su esposo, y el amigo la de su amigo muy querido, ¿cómo no lloraré la Pasión y muerte de tal Padre, de tal Esposo, de tal Amigo?

Ejemplo. *Un sueño que aumentó la devoción y el amor a Dios.*

Hace algunos años un fiel palmariano tuvo un sueño, que consideraba una gran gracia de Dios. Se vio a la vera de un camino, donde había mucha gente, que gritaba enfurecida. No tardó en darse cuenta que era la Vía Dolorosa y que el objeto de su odio era Jesús, que marchaba lastimosamente con la Cruz al hombro. El corazón le empezó a latir aceleradamente. Los soldados romanos, como en procesión, marchaban con ruido de armas, palos, gritos. Hombres, mujeres, todos caminando atropelladamente para ver al Divino Reo y gritarle algo. De pronto un hombre delante de él, y del que sólo veía la espalda, da unos pasos decididos hacia Jesús y le quiere dar un feroz golpe. Echa su mano derecha hacia atrás, para dar el golpe con más violencia y entonces el fiel le cogió la mano con fuerza para impedir que lo golpeará y dio un grito: “¡No!” El hombre furioso entonces se volvió a él y lo miró con fiera... y el fiel se reconoció él mismo; era su propio rostro, ¡era él, quien quería golpear a Jesús! Despertó con sobresalto y bañado en sudor. Este fiel había llevado siempre una vida ordenada, pero este sueño le aumentó en mucho su devoción y amor a Dios, y hoy lo veneramos en los altares como San Antonio Ferri; pues había llegado a comprender profundamente Quién es el que sufre y por qué sufre así.

2. *De la infinidad y gravedad de los tormentos de Cristo Nuestro Señor.* La infinidad y gravedad de los tormentos que Nuestro Señor Jesucristo padeció en su Pasión se pueden reducir, en general, a dos órdenes: unos exteriores, figurados por el bautismo, que baña el cuerpo por fuera; otros interiores, figurados por la bebida del cáliz, que entra y penetra adentro, porque de estas dos semejanzas usó el mismo Señor para declararlos, cuando dijo: “¿Podéis beber el cáliz que Yo he de beber, o ser bautizados con el bautismo de sangre con que Yo seré bautizado?”

Primeramente, comenzando por los tormentos exteriores, se debe meditar en todos los tipos de penalidades físicas, en las que Él padeció grandemente. En su hacienda y bienes que poseía, llegó a padecer tanta pobreza y desnudez, que murió públicamente casi desnudo en la cruz, tomando los soldados sus vestiduras, y repartiéndolas entre sí. Además, en su propio cuerpo padeció terribles dolores, tanto porque eran en sí penosísimos, como porque su complexión era delicadísima, así sentía mucho más que otros cualquier dolor y lesión corporal.

Como todo lo que el mundo considera bienes, fue el engaño que nos llevó a pecar de codicia, de carnalidad y de soberbia, Vos, Señor, queréis padecer en todas las cosas, pobreza, tormento y humillación. ¡Que esas cosas me sean desde hoy más bien instrumentos para servirlos, como hasta aquí lo fueron para ofenderlos! Oh alma mía, compara las excelencias de esta Divina Persona con las ignominias y dolores que padece, para que te confundas por tu soberbia y sensualidad, y te animes a padecer imitándole, por amor a Él.



Lo segundo, se puede pensar en los cinco sentidos de Cristo Nuestro Señor, considerando lo mucho que padeció en cada uno de ellos. Porque primeramente sus *ojos* fueron afligidos viendo los gestos, mofas y agitaciones de sus enemigos, y las lágrimas y sollozos de sus amigos; y fueron también enturbiados, pues arrojaban sobre su Divinísimo Rostro, entre otras inmundicias, salivas y tierra, con tanto exceso que le cegaban los ojos; además sufría por su Preciosísima Sangre que corría de su cabeza y entraba en sus ojos, y con el ardor de las encendidas lágrimas que vertía por sus hijos. Sus *oídos*, además de ser perforados por las espinas de la corona, padecieron oyendo contra sí muchas y muy grandes blasfemias, injurias, falsos testimonios, y terribles acusaciones de sus enemigos. El *olfato* padeció sufriendo el mal olor del Monte Calvario, donde fue crucificado. El *gusto* padeció terrible sed, y en ella fue, no aliviado, sino atormentado con hiel y vinagre. El *tacto* padeció gravísimos dolores de azotes, espinas y clavos que traspasaron su cuerpo. ¡Oh, sentidos de mi dulce y amado Jesús, dignos de ser recreados con todas las cosas apacibles de la tierra, cómo estáis afligidos con todo lo más amargo y penoso de esta vida! ¡Oh, si mis sentidos se conformasen con los de mi Señor, padeciendo las mismas penas, pues de ellos salieron las culpas!

Meditemos también en que las mismas aflicciones atormentaron real y místicamente a su Santísima Madre. Ella conoce todos los dolores y todas las aflicciones, y usa las nuestras para ayudarnos a llegar a Dios.

Ejemplo. *Leyenda bretona*. Según una antigua leyenda bretona, un joven se enamoró perdidamente de una mujer caprichosa y despiadada, la cual exigió al amante, como prueba de un amor rendido, nada menos que el corazón de su propia madre. El joven mató a la madre y le arrancó el corazón. Yendo de camino con él en la mano, tropezó con una piedra y cayó. El corazón rodó por el suelo. Al agacharse para recogerlo, el hijo oyó una pregunta solícita que provenía de aquel corazón chorreando sangre: “¡Hijo!, ¿te has hecho daño?” La leyenda habla del amor de la madre. Uno se imagina el de la Madre del Cielo por cada uno de sus hijos...

En tercer lugar, de los padecimientos exteriores se puede también discurrir por todos los miembros y partes principales del cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo, en los cuales padeció extraordinarios dolores y tormentos. La cabeza fue punzada con espinas, y golpeada con la caña; los cabellos y barbas arrancadas; el rostro abofeteado; los brazos descoyuntados, de modo que se podían contar los huesos; las muñecas atadas fuertemente con sogas; las manos y pies agujereados con clavos; las espaldas y todo el cuerpo herido con azotes muy crueles; y como las llagas eran en partes tan sensibles, causaban dolores excesivos. ¡Oh, Cuerpo delicadísimo, con cuánta razón se puede decir de ti, que desde la planta del pie hasta la coronilla de la cabeza no tenías parte sana, sino todas llenas de heridas y cardenales, de llagas y dolores muy terribles! ¡Oh, cuánta mayor razón había, para que mi cuerpo fuera atormentado en todas sus partes y sentidos, pues con todas y de todas han manado innumerables pecados! Sana, oh buen Jesús, con las llagas de tu Cuerpo las llagas de mi alma; y por tus dolores corporales líbrame de mis males espirituales.

Ejemplo. *Perdonar las injurias, repara a Cristo y a María*. Como un desalmado hubiese matado a su hermano, Juan Galberto buscaba al asesino para vengar su muerte. Y sucedió que un día de esos, encontró al asesino; pero éste, viéndose en tan grande aprieto, se arrodilló ante Juan y le decía una y otra vez a voces: “¡Por Jesucristo, perdóname!” Respondió entonces Juan: “Por Cristo, te perdono, para que Él también me perdone a mí”, y le dejó ir. Todavía conmovido por lo ocurrido, Juan entró en una iglesia y se postró ante un crucifijo. De pronto Cristo crucificado tomó vida y, desclavándose el brazo derecho, se quitó con él la corona de espinas de la cabeza, agradeciéndole lo que por su amor había hecho, dándole a entender que, con su buena obra, había reparado por la corona de espinas que sufrió en su Pasión. Tocado en su interior por la gran gracia de Dios, recibida por intercesión de María Santísima, Juan Galberto entró en religión.

El segundo aspecto a meditar se refiere a considerar los padecimientos y dolores interiores

de Nuestro Señor, que acompañaban a los exteriores, y fueron también muchos y muy graves en todas las cosas que el Alma Purísima del Salvador podía padecer sin imperfección, como fueron desamparos interiores del Padre Eterno, suspensión de los consuelos sensibles del corazón, tristezas vehementes de la Voluntad, por las injurias que se hacían a Dios y por la perdición de los hombres; temores, tedios y agonías terribles; de las cuales fue testimonio el sudor de sangre, como vemos en la meditación de los misterios del huerto.

Públicamente se lo afligió en su interior en la honra, pues padeció innumerables burlas y afrentas, tratándole como a ladrón, malhechor, y blasfemo contra Dios; blasfemando contra Él por esta causa. En la fama padeció muchos falsos testimonios con que pretendían desacreditarle; por lo que en materia de virtud y santidad, fue despreciado y tenido por pecador, por samaritano, endemoniado, revolvedor del pueblo, comedor, bebedor y blasfemo. Y por consiguiente, fue tenido por hombre reprobado por Dios y condenado, que es la suma afrenta que puede haber. Además de esto, en cuanto a sabiduría y ciencia fue despreciado y tenido por ignorante y sin letras, por loco y delirante, por imprudente y necio. En cuanto a sus milagros fue tenido por embustero y encantador, y por hombre que tenía pacto con Belcebú y Satanás. Finalmente, padeció en sus amigos y allegados: en parte, porque sus Apóstoles le desampararon; y en parte, porque estando presentes, se compadecía por el dolor y la afrenta que ellos padecían, especialmente su Madre Santísima. ¡Oh, generosísimo Redentor, cuán bien pagáis nuestras deudas con vuestras penas!



Finalmente, aunque fueron terribles los dolores del cuerpo, fueron mayores los del espíritu; porque en lo interior tomaba tanta pena cuanto quería; y como amaba mucho, quería que fuese mucha, para reparar plenamente al Eterno Padre y para mayor bien de los que tanto amaba. ¡Oh dulce Redentor, ahora veo con cuánta razón dice de Ti Isaías: “Varón de Dolores, y que sabe de trabajos y padecimientos,” pues por todas partes estás rodeado de dolores y cercado de aflicciones! Las tempestades del mar amargo bañaron y atormentaron tu cuerpo, y sus olas entraron en tu alma. Por de fuera te afligió el bautismo de sangre muy penoso, y por dentro el cáliz de la tristeza muy amargo. ¡Concédeme, Señor, que sea semejante a Ti en todas estas penas, para que mi cuerpo y espíritu te agraden, y queden limpios de todas sus mancillas! ¡Oh, Madre de Misericordia! ¡Por el mar de amarguras que Os afligió, ten piedad de las nuestras y protégenos con tu Manto!

Ejemplo. *Lágrimas de amor a Dios*. La bienaventurada Santa Clara sentía tanta compasión por los indecibles sufrimientos de Cristo y María en su dolorosísima Pasión que, rezando, derramaba ternísimas lágrimas y, en ocasiones, en forma tan abundante, que no podía dejar de sollozar. El demonio, que sabía el provecho que ella sacaba de ellas para mover su voluntad a la de Dios, la tentó, apareciéndosele como un mancebo negro, que la aconsejaba: “No llores tanto, Clara, porque te vas a quedar ciega: esa vista te la dio Dios, para que viendo le sirvas y no puedes gastarla llorando, pues sería como tomar lo ajeno.” Santa Clara le respondió: “Con estas lágrimas lavo yo los ojos con los que tengo que ver en el Cielo la Sagrada Humanidad de Jesucristo, mi Redentor.” No satisfecho el demonio con esta derrota, volvió a tentarla, y de nuevo vino a ella, diciendo: “Mira que vas a perder la vista y no podrás rezar el oficio divino; y así perderás lo más por cuidar lo menos: tendrás que dejar la obligación, por lo que es devoción.” Pero la Santa resistió a las tentaciones, reconociendo con la luz divina que venían de Satanás. Ella perseveró en sus lágrimas, que unas veces eran de ternura en coloquios amorosos con su Dulce Esposo; otras de compasión, de lo que por ella padecieron Jesús y María; otras de contrición por sus pecados y los muchos que pudiera cometer, si no la sostuviera la poderosa mano de María Santísima. También tenía lágrimas de caridad de los males ajenos y las necesidades del prójimo, tanto espirituales como corporales.

3. *De los perseguidores y enemigos que atormentaron a Cristo Nuestro Señor en su Pasión.* Sobre este punto, se ha de considerar primero la muchedumbre y calidad de las personas que se conjuraron contra Nuestro Señor para despreciarle y atormentarle en su Pasión, ponderando como concurrieron reyes, jueces, gobernadores, sumos pontífices, sacerdotes, letrados y religiosos de aquel tiempo, cortesanos, soldados, gentiles y judíos; el rey Herodes con su corte le escarnece; el juez Pilato le condena; Anás y Caifás, sumos sacerdotes, le reprueban; los escribas y fariseos le acusan; los soldados le prenden y se mofan de Él; los verdugos le azotan, coronan y crucifican; el pueblo da voces contra Él, pidiendo que muera; un Apóstol lo vende, otro le niega, y todos le desamparan. A lo cual se ha de añadir, que todos estos habían recibido del Señor innumerables beneficios, para que le amasen, honrasen y sirviesen; porque además de los beneficios generales que como Dios y Redentor comunicaba a todos, en especial había hecho otros muy particulares a los de aquel pueblo, enseñándoles su doctrina, haciendo en su presencia muchos milagros, curándoles sus enfermedades y las de sus hijos, criados o amigos, dándoles de comer milagrosamente, por lo cual le querían proclamar rey, y le recibieron en su ciudad con la mayor pompa que jamás fue recibido príncipe de la tierra.

Pues todos los que no eran de los seguidores de Jesús se trocaron y convirtieron contra su Dios y Redentor, y contra su Bienhechor Infinito, injuriando, atormentando y matando a quien tanto bien les había hecho, a quien poco antes juzgaban por digno de suma honra, y le aclamaban por autor de la vida. Oh dulce Jesús, Rey de los reyes, Juez de los vivos y muertos, Sumo Pontífice y Sumo y Eterno Sacerdote, Fuente de la ciencia y santidad, Piedra angular de gentiles y judíos, ¿cómo eres perseguido por los reyes y jueces terrenos; por los sacerdotes y sabios de la tierra, y por todos los pueblos y naciones del mundo? No me espanto que te persigan los que no te conocen; pero ¡verte perseguido por los que te conocían, y que estaban obligados a servirte! ¡Oh quisiera nunca haberte afligido con mis pecados! No permitas, Señor, que te aflija más con ellos, sino que con mis servicios corresponda fielmente a tus innumerables beneficios.

En segundo lugar, se ha de ponderar la crueldad y fiera de estos enemigos y perseguidores; porque como eran soberbios, ambiciosos, codiciosos, hipócritas y fingidos, eran también enemigos de la verdad y del Maestro que la enseñaba, y del médico que deseaba curar sus mortales llagas. Y además de esto, estaban poseídos de odio, de rencor y envidia contra Cristo, porque les reprendía sus vicios, y oscurecía sus honras vanas con la autoridad de su sabiduría, santidad y milagros, y así deseaban hundirle: unos por malicia, para vengar sus injurias; otros por temor, por no perder la gracia del César o del pueblo; otros por ignorancia, por no conocer bien Quien era; otros por falso celo de la religión y del bien público; cuyo celo, cuando se juntaba con envidia, aumentando la crueldad, y los convertía en más terribles que fieras. ¡Oh Cordero mansísimo, con mucha razón dijiste, con el Santo Profeta David, que Te habían cercado muchos perros y becerros, y toros gruesos y leones muy feroces, porque tus enemigos, a modo de fieras Te rodeaban y espantaban con sus bramidos, desgarraban con sus uñas, mordían con sus dientes, y con sus cuernos Te llevaban de una parte a otra, de tribunal en tribunal, hiriéndote con tanta crueldad, como si no fueras hombre, sino desecho del pueblo! ¡Oh quién pudiera librarte de su furia endemoniada, mas tu caridad no da lugar a tu omnipotencia, que podía librarte, para que en medio de tantas fieras resplandezcan tus soberanas virtudes! ¡Pero veo con grandísima confusión de mi parte, que soy yo quien te atormenta así, que son mis pecados los que desgarran tus carnes y mi cobardía te traiciona! ¡Ayúdame, Señor, a amarte con toda mi alma, para que mi oración sea bálsamo en tus heridas y repare mis culpas y las de mis hermanos! Que María Santísima nos ayude a vencer a los que con furor nos atacan, especialmente a nuestros enemigos del alma.

Ejemplo. *Para ahuyentar al demonio.* La Santísima Virgen reveló a Santa Brígida que no hay pecador tan tibio en el Amor Divino que, invocando el nombre de María con propósito de enmendarse, no ahuyente de sí al demonio. Y se lo confirmó diciendo que los demonios

de tal manera respetan y temen su Nombre que, al oírlo pronunciar, dejan al alma libre de las garras con que la tenían asida. Nada hay más dulce a las almas santas, ni más provechoso a las pecadoras, que juntar estos dos Nombres, 'Jesús-María', y pronunciarlos e invocarlos a menudo con toda devoción. Y para mayor provecho aún, repetir con amor: ¡Jesús, María, José, os amo; salvad las almas!

Además meditaré, cuán grandes eran las penas del Señor, porque con los ojos de su Alma Sapientísima conocía la ira de sus enemigos; no solamente por las obras y señales exteriores, como los demás hombres, sino porque penetraba sus corazones, veía claramente las ansias endemoniadas que tenían de atormentarle mucho más de lo que por fuera mostraban. Pues aunque fueron muchos y muy graves los tormentos que le dieron, muchos más y mayores querían darle si hubieran podido. ¡Oh sapientísimo Jesús! Tu misma ciencia aumenta tu dolor, sin entibiarse por esto tu amor; porque más lleno está tu Corazón de amor con tus enemigos, para padecer en su provecho, que el suyo de aborrecimiento para buscar tu daño. ¡Lléname, Señor, de tu encendida caridad, para que imite tu invencible paciencia y tu heroica obediencia a los mandatos del Padre Eterno!

Finalmente, ponderaré cómo los principales perseguidores de Jesús fueron las potestades de las tinieblas infernales, que son los demonios, los cuales le aborrecían terriblemente, porque los echaba de los cuerpos, les quitaba su poder contra las almas y destruía su reino, que era el reino del pecado. De modo que por vengarse de Él, avivaban la fiera de los hombres para que le persiguiesen. Satanás instigó a Judas para que le vendiese; a los soldados, que inventasen los escarnios que le hicieron; y en los judíos, encendía la ira con que ardían. La permisión divina que para esto le dieron, no fue con la limitación que se le dio contra el santo Job, por lo que no se contentó con arrojarle lleno de llagas en un estercolero, sino que quiso quitarle la vida con terribles tormentos. ¡Oh Jesús, mi Redentor! ¿Cómo es posible que a Satanás se le dé tal poderío sobre tu Sagrado Cuerpo? Oh amor insaciable, que no contento con ser atormentado por los hombres, quieres que sus atizadores sean los demonios, para librarme con tus tormentos de los que ellos me reservaban por mis pecados.

También a nosotros nos afligen los espíritus infernales, pero debemos confiar en la Santísima Virgen, pues Ella es la que aplasta su orgullosa cabeza, y nos protege para que podamos servir con amor a Dios.

Ejemplo. *Atacado por Satanás, con el "Acordaos" encontró la paz del alma.* Cuando San Francisco de Sales tenía diecisiete años, y estudiaba en París, permitió el Señor que el demonio le hiciese creer que era inútil cuanto hacía para adelantar en el camino de la santificación, porque estaba irremisiblemente condenado. Al mismo tiempo, le dejó el Señor en el alma gran oscuridad y aridez, pues se encontraba insensible a los pensamientos más dulces sobre la Divina Bondad, con lo que la tentación tuvo más fuerza para afligir el corazón del santo joven, de modo que perdió el apetito, el sueño, el color y la alegría, causando compasión de sólo mirarle. En medio de esta borrasca, todos los pensamientos y palabras del Santo eran de confianza y dolor, prorrumpiendo en lamentos como: "¿Conque he de vivir privado de la gracia de mi Dios que antes se mostraba conmigo tan suave y amoroso? ¡Oh, Amor, oh, Belleza Infinita, a quien he consagrado toda mi alma! ¿Se acabaron para mí vuestras consolaciones? ¡Oh, Virgen Purísima, Madre de Dios, la más hermosa de las hijas de Jerusalén! ¿Conque jamás he de ver en el Cielo vuestro hermoso rostro? ¡Ah, Señora! Si ha de ser tan grande mi desgracia, a lo menos no permitáis que en el infierno diga blasfemias contra Vos." Tales eran los tiernos sentimientos de aquel amor afligido y enamorado de Dios y de su Santísima Madre. La prueba duró un mes, al cabo del cual tuvo el Señor a bien librarle por medio de María Santísima, a quien el Santo había consagrado su virginidad, y en quien decía tener colocada toda su esperanza. Volvía una tarde a casa y de paso entró en



una iglesia, donde vio una imagen de la Virgen, y escrita al pie la oración de San Bernardo, que empieza: “Acordaos, oh piadosísima Virgen María, que jamás se ha oído decir, que ninguno de los que han acudido a vuestra protección, implorando vuestra asistencia y reclamando vuestro socorro, haya sido abandonado de Vos...” Se postra allí delante, dice esta oración con gran devoción, renueva su voto de virginidad, promete, además, rezar el santo Rosario todos los días, y añade: “Reina y Señora mía, sé mi abogada ante tu Divino Hijo, a quien no me atrevo a recurrir. Madre mía, si es que en el otro mundo he de tener la suma desgracia de no amar a mi Dios, tan digno de ser amado, alcánzame, a lo menos, que en esta vida le ame todo cuanto pueda. Esta es la gracia que pido y espero de Ti.” Pero apenas había concluido su oración, en un instante la Virgen le libró de la tentación. Recuperó del todo la paz del alma, y vivió devotísimo de María, cuyas alabanzas y misericordias no cesó de anunciar en predicaciones y libros toda su vida.

4. *De las personas por cuyo bien padece Cristo Nuestro Señor y las causas por qué padece.* Primero, se ha de considerar cómo Cristo Nuestro Salvador padeció todos estos desprecios y dolores por los pecados de los hombres pasados, presentes y futuros, pagando las deudas de todos con el precio de su Sangre, derramada con tanto dolor y desprecio.

De esto podemos sacar las causas de esta soberana Pasión. Esto es: para defender la honra de su Padre, injuriado con tantas ofensas, para aplacar la justa indignación que tenía contra los hombres, reconciliándolos con Él, y librándolos de sus culpas y de las penas que por ellas merecían, así temporales como eternas; y para merecerles y alcanzarles la gracia y caridad, y todas las virtudes, con los medios necesarios y convenientes para su justificación y perfección. Y finalmente, para abrirles la Puerta del Cielo, y entrarlos en la gloria y vida eterna, quitando todos los estorbos que había.

De aquí que, como los pecados de los hombres eran infinitos en el número y en la gravedad, por ser contra Dios infinito, era necesario que fuese de infinita excelencia la persona que padecía estos dolores, para poder pagar con ellos la deuda; y aunque cualquier dolor de Cristo Nuestro Señor y cualquier gota de su sangre habría bastado para esto por ser de persona tan infinita, quiso padecer tantos tormentos, para que su Redención fuese más copiosa y los hombres conociésemos la infinita gravedad de nuestros pecados porque, como dice San Bernardo, “por la consideración del remedio veo la grandeza de mi peligro.” ¡Oh cuán graves son las llagas, por las cuales fue necesario que Cristo fuese llagado! ¡Si no fueran llagas de muerte, y de muerte eterna, no habría muerto por ellos el Hijo de Dios!

Miraba nuestro Redentor todo el cuerpo místico del linaje humano, llagado de pies a cabeza con innumerables culpas, y para curarle quiere que su Cuerpo de pies a cabeza sea llagado con innumerables heridas, y su espíritu afligido con graves ignominias, adecuando la medicina a la llaga.

Por nuestras codicias desordenadas de hacienda, estás, Señor, casi desnudo en una cruz; por la soberbia de los letrados, eres tenido por loco; por la vanidad de los que presumen de santos, eres escarnecido como pecador; por la hinchazón de los poderosos, eres tratado como miserable y flaco; por los placeres de los sensuales, eres cargado de tormentos. Los dolores de tus cinco sentidos, pagan los excesos de los nuestros; tu cabeza es coronada de espinas, en castigo de nuestras ambiciones; tu lengua es amargada con hiel y vinagre, por nuestra glotonería; tus manos y pies son agujereados con clavos, en pena de nuestras malas obras y peores pasos; tus espaldas son castigadas con azotes, por los hurtos y maldades que cargamos sobre las nuestras; tus hombros fueron oprimidos con la carga de la cruz, porque los nuestros desecharon la carga de tu ley. ¡Oh Redentor generosísimo, cuya Redención es tan copiosa, que bastaría para redimir infinitos mundos, aplica esta Redención a este pobre mundo que criaste, para que todos gocen de ella y se salven!

Ejemplo. *La gravedad de la excomunión.* En una ocasión fueron a San Antonino unos fieles para pedirle que excomulgara a otros, acusándolos de algunas faltas. San Antonino no quería que los cristianos pensasen que una excomunión fuera cosa de poca importancia,

quiso mostrarles la trascendencia de la pena eclesiástica de quedar separado de la verdadera Iglesia de Cristo. Les mandó traer un pan fresco, mientras él oraba con fervor; una vez que llegaron con un pan recién hecho, San Antonino lanzó una excomunión sobre él; y al punto se volvió negro como el carbón. Entonces dijo a los acusadores que esto era para que comprendiesen el alcance de la maldición de la Iglesia, y no pidiesen esa pena sino bajo grave necesidad, y que evitasen todos, como el mayor de los males, exponerse a esta censura eclesiástica. Después absolvió al pan, y este volvió a ser como estaba antes.

Segundo, meditaré cómo Cristo Señor Nuestro padecía todos estos tormentos por los mismos enemigos que se los daban, y derramaba su Preciosísima Sangre para pagar los pecados que sus perseguidores cometían derramándola. Es testimonio de esto, que estando en la cruz, oró por ellos y los excusó. Y es tan inmensa su caridad, que ofrece su Pasión por dar caridad a los que le aborrecen, por dar honra a los que le deshonran, por dar libertad a los que le tienen prisionero, por dar descanso a los que le afligen y por dar la vida eterna a los que le dan cruel muerte. ¡Bendita sea, Salvador mío, tu inmensa caridad, y glorificada sea tu infinita misericordia! ¡Oh, si tus enemigos la conocieran, cómo se confundirían por su ingratitud, y convertidos en amigos no cesarían de alabarte y servirte con mucho más amor, que el rencor con que antes te perseguían! Abre, Señor, los ojos de los que ahora te persiguen, para que cesando de perseguirte, traten muy de veras de servirte.

Tercero, consideraré con particular atención, cómo Cristo Nuestro Señor de tal manera padecía todos estos desprecios y dolores por todos los hombres del mundo, que en especial los padecía y ofrecía por cada uno de ellos, como si él solo estuviera en el mundo, teniéndole presente en su memoria y en su corazón, y ponderando sus pecados, miserias y necesidades, como si no tuviera otras que mirar y remediar. De modo, que yo puedo decir como San Pablo, hablando de Jesucristo: “el cual me amó y se entregó a la muerte por mí.” ¡Oh alma mía, si te vieras en el Corazón de tu dulce Jesús, al tiempo que padecía estos dolores! Oh si entendieras el amor y cuidado con que los ofrecía por tus pecados, sin duda te desharías de pena, por ser tú causa de sus dolores, y te abrasarías en amor por verte tan amada en medio de ellos. Lloro, pues, ahora los pecados, por los cuales padece tanto el que tanto te amó, y ama con todas tus fuerzas al que por ti tanto padeció, y como si por ti sola las padeciera, y así aláble y glorifícale por todos los siglos.

Ejemplo. *Un devoto de María preso, por libre decisión; y un pecador convertido y libre de las prisiones por la devoción a María.* Refiere San Alano de la Rupe que un maestro de escuela, después de haber llevado una vida la más abominable, fue delatado a la justicia, que le condenó a perpetua cárcel y a pan y agua por toda su vida. Al año de haber sido sentenciado, le sorprendió ver la resignación y la alegría con que sufría igual condena uno de sus compañeros de infortunio, y habiéndole preguntado, cómo podía llevar con paciencia una desgracia que solamente cambiaría con la muerte, el preso le respondió que sólo podía atribuirlo a su devoción a la Virgen; pero el maestro repuso: “Si esa devoción que practicas con tanto esmero es tan ventajosa y produce tantos bienes a los que la tienen, ¿cómo es que sigues preso y su devoción no te proporciona la libertad?” El preso contestó: “Hace mucho tiempo que ha estado en mi mano el recobrar la libertad; pero ni he querido ni quiero aceptarla, y estoy muy contento con hacer una verdadera y áspera penitencia por el resto de mi vida para satisfacer a la Justicia Divina, evitando con los trabajos temporales las penas eternas que he merecido por mis crímenes; si saliera de aquí tengo motivos para creer que mis perversas inclinaciones me harían caer de nuevo en el abismo del vicio y de la iniquidad de que al presente me hallo libre. Considerándolo bajo este punto de vista, la



prisión me parece dulce, los ayunos me son tolerables, y prefiero todos los rigores de mi situación a los placeres del mundo. Todas estas gracias debo a la Santísima Virgen; yo rogaré que te procure la misma felicidad y verás como te protege si te haces devoto suyo.” Estas palabras convencieron al maestro, llenándole de confianza en la protección de María, y elevó la siguiente súplica. “Virgen Santa, tened piedad de vuestro siervo. Yo hago voto de serviros toda mi vida y os prometo rezar todos los días el Rosario si me sacáis de esta prisión.” Su súplica fue oída, y cuando consiguió la libertad marchó a otro país en donde volvió a ejercer su profesión, y dio a sus discípulos una instrucción completamente cristiana, inspirándoles la devoción a la Santísima Virgen María y haciéndoles rezar el Rosario cada mañana y cada tarde. Los discípulos enseñaron esta devoción a sus padres, que fueron constantes en observarla, y al cabo de algún tiempo, el maestro tomó el hábito de Santo Domingo, haciendo una vida ejemplar, y murió santamente.

5. *Del amor y afecto con que Cristo Nuestro Señor padecía.* Este punto es el más tierno y el que debe servir para hallar gusto y sabor espiritual en todo lo que meditemos de la Pasión: considerar la grandeza e inmensidad del amor con que este Señor padecía todos sus tormentos. Él no los padecía por necesidad ni por fuerza, sino, como dijo el profeta Isaías, por su Voluntad, solamente porque quiso, porque es bueno y misericordioso, e inclinado a dar gusto a su Padre Eterno. Sufrió infinitamente para hacer bien a todos los hombres, para descubrir las riquezas y los tesoros infinitos de la caridad, de la misericordia, y de la liberalidad de Dios para con sus criaturas.

De aquí que, como amaba tanto a su Eterno Padre, y por su amor, amaba tanto a los hombres, con ese mismo amor inmenso padecía todo lo que padeció por ellos, aceptándolo todo con gran gusto y consuelo por su bien. ¡Oh quién pudiera penetrar en la largura y anchura, en la altura y profundidad de la caridad de Jesús! ¡Oh quién entrara en su encendido corazón y viera el horno de fuego infinito que en Él ardía, y se derritiera con aquel fuego, saliendo todo lleno de amor, para amar como soy amado y para padecer con amor por quien padece con tanto amor! De este amor interior nacían tales señales y muestras exteriores, que bastan para derretir al corazón más helado que el mismo hielo, y más duro que el peñasco.

Porque, primero: es señal de amor a los padecimientos, desear que vengan presto; hablar con gusto de ellos, refrescar a menudo su memoria, entrar con alegría y gozo en el lugar donde ha de padecer, y afligirse al ver que se tardan en llegar, y reprender a los que se lo quieren estorbar, llamándolos Satanás y adversarios suyos. Todo esto es lo que hacía nuestro dulce Jesús, como verdadero enamorado del padecer. Por esto dijo a sus discípulos: “Con bautismo de sangre es menester que Yo sea bautizado ¡y cómo me angustio hasta que se cumpla!” ¡Oh Amado mío!, si este bautismo fuera de agua, no me admiraría que te diera pena su tardanza; mas siendo bautismo de sangre, y de sangre salida de tus venas con terribles penas, ¿cómo lo deseas, con tantas ansias? ¡Oh quién me diese tal hambre y deseo de padecer trabajos y penalidades, y que gustase de ellos más que de los descansos!

Mas, muchos presumen de los sufrimientos y los desean antes que vengan, pero, una vez que llegan los aborrecen y huyen de ellos. Hay otra señal más cierta del amor al padecer, que es, lanzarse a los mismos sufrimientos, salirlos a recibir, no huir de ellos ni impedirlos, aunque se pueda; no excusarse, ni defenderse, ni hablar en defensa propia para eximirse de ellos, aunque se sea provocado a hacerlo. Asimismo, ofrecerse dispuesto y sin resistencia a todo cuanto quisieren hacer de Él sus atormentadores, con tal mansedumbre, que los enemigos no pierdan el ánimo de atormentarle, por muchos tormentos que le den. Todo esto y mucho más practicó Cristo Nuestro Señor en su Pasión, porque se fue al huerto donde le habían de prender; podía rogar al Padre que enviase legiones de ángeles que le defendiesen, y no quiso; dio licencia a sus enemigos, que estaban postrados en tierra, para que se levantasen y le prendiesen; entregó su rostro a las bofetadas, y su cuerpo a los azotes, sin volver el rostro, ni desviar el cuerpo a dolor alguno; no quiso hacer milagros, para que Herodes le amparase, ni hablar en su defensa, para que Pilato le soltase, aunque insistía, y se admiraba de su



silencio. Y finalmente, aceptó su injusta sentencia, y abrazó dulcemente la cruz y se tendió en ella dejándose clavar con duros clavos de hierro, porque estaba ya mucho más clavado con los clavos del amor. ¡Oh amor infinito y fuego inmenso, a quien no pudieron apagar las aguas de penalidades tan inmensas, antes con ellas se encendía mucho más! Abrasádmeme, Salvador mío, con este fuego, y encendedmeme con este amor.

Pero el amor inmenso de Jesús, no se hartó con padecer lo que padeció, sino deseó padecer infinitamente más. Miraba las ansias con que sus enemigos deseaban inventar nuevos tormentos para afligirle; y dilatando más su amor, no solamente deseaba padecer los tormentos que le dieron, sino estaba dispuesto a sufrir todos los que deseaban darle. Y aun no contento con esto, estaba deseoso y dispuesto a sufrir otros

incomparablemente mayores, si hubiera servido a nuestro bien.

¡Oh fuego infinito, que siempre ardes y nunca dices basta!, ¿con qué te pagaré tal deseo de padecer? Mucho te debo, por lo mucho más que por mí padeciste; pero mucho más te debo, por lo mucho más que deseaste padecer, si hubiera servido para la salvación de mayor número de almas. Si recibiste treinta y nueve azotes, amor tenías para recibir cinco mil millares más crueles. Si tu cabeza fue traspasada con setenta y dos espinas, tu amor estaba rendido para dejarse traspasar de setenta mil de ellas. Si estuviste colgado tres horas en la cruz con excesivos dolores, dispuesto estabas para estar hasta el fin de los tiempos con tormentos mucho mayores. Más deseaste ser atormentado, que tus enemigos atormentarte; y más amaste el padecer, que todos los hombres mundanos aman el descansar. ¡Oh quién me diese un amor tan insaciable, que no se viese harto de padecer por Quien tanto padeció por mí con tan insaciable amor! Buen testimonio de este amor es lo que pasó en el huerto, donde este Señor, previniendo a los tormentos de los verdugos, quiso por su voluntad dar principio a sus penas con tales muestras de dolor, que sudó sangre.

Ejemplo. *La Cruz de Beirut*. El santo Arzobispo Atanasio recoge esta maravillosa historia, ocurrida por el año 765 en la ciudad libanesa de Beirut. En aquel entonces, era emperador de Oriente Constantino V Coprónimo, feroz iconoclasta. Unos judíos hallaron un crucifijo en una casa, que había sido de un cristiano. En su permanente odio hacia Cristo y el cristianismo, se pusieron de acuerdo, para en la próxima Semana Santa volver a crucificarle, como lo habían hecho sus antepasados. Así lo hicieron. Y llevaron su impiedad hasta traspasarle el costado, del que salió sangre y agua, que ellos recibieron en una vasija; y tembló la tierra y se oscureció el sol, como en el día de la Pasión. Los judíos se asustaron y admiraron grandemente, y dijeron: “Este sanó a muchos, veamos si ahora también los sana.” Buscaron a un paralítico, lo ungieron con la sangre, y luego sanó. Después probaron lo mismo con ciegos y mancos, y todos recibieron la salud. Tocados por la gracia de Dios, comenzaron a sentir gran congoja por sus pecados. Y como la fama de los milagros comenzase a divulgarse, lloraban los judíos de la ciudad, ya convencidos, y todos confesando a Cristo, fueron al Obispo a pedir el bautismo. Los judíos que habían presenciado el milagro confesaron ante él sus sacrilegios y lo que había ocurrido. El Obispo fue a ver el crucifijo, vio el Cristo, y lo que habían hecho los judíos, y envió de esa Sangre después a muchas iglesias de la cristiandad, para consuelo de los fieles y confirmación de nuestra Fe. Cuando todos esos judíos abrazaron la fe en Cristo, transformaron sus sinagogas en iglesias. Desde entonces se acostumbra a consagrar una iglesia, pues antes de aquella época solamente eran consagrados los altares. Es de admirar que, después de tal sacrilego atentado, los judíos que presenciaron el milagro, reconocieron que Jesús verdaderamente es el Mesías que anunciaban sus profetas, y a quien esperaban sus padres; y mostrando su arrepentimiento, buscaron al Obispo Deodato para recibir de él las aguas del Bautismo. Veintidós años más tarde, en 787, en el Segundo



Concilio de Nicea, que fue el Décimo Concilio Universal, este grandioso milagro de Beirut fue uno de los argumentos a favor de la veneración de las imágenes, y en contra de la herejía iconoclasta. Allí se definió que han de exponerse a veneración las sagradas imágenes, porque el honor a la imagen se dirige a la persona en ella representada. El milagro del Crucifijo de Beirut nos hace comprender que, si es una gran ofensa a Dios ultrajar un crucifijo, entonces le es muy agradable que veneremos las sagradas imágenes de Cristo y de su Santísima Madre.

6. De las heroicas virtudes que Cristo Nuestro Señor ejercitó en su Pasión. Lo primero, se ha de considerar cómo Cristo Nuestro Señor ejercitó en su Pasión todas las principales virtudes de la vida cristiana y perfecta, y cada una de ellas en grado heroico, en cuanto a los actos exteriores, y mucho más en cuanto a los interiores que los acompañan. Las causas de esto fueron: 1º. Porque había venido a ser maestro, ejemplo y

dechado de todas las virtudes, y entonces quiso hacer un resumen de todas, y dar de ellas singular ejemplo, como lo dijo al acabar de lavar los pies a sus Apóstoles. 2º. Porque con su Pasión nos mereció y ganó todas las virtudes; y así quiso que los merecimientos se fundasen en el ejercicio actual de todas ellas. 3º. Para defender la honra de las virtudes que estaban muy caídas y desacreditadas en el mundo, especialmente las que tienen por oficio hollar las cosas mundanas. 4º. Para dejarnos por testamento y última voluntad, confirmada con su muerte, las obras excelentes de todas las virtudes; porque así como dijo en el último sermón, “un nuevo mandamiento os doy, que os améis los unos a los otros como Yo os he amado,” así pudo decir, y dijo con sus obras: ‘Un mandamiento nuevo os doy, que os humilléis como Yo me humillé; y que obedezcáis y sufráis como Yo obedecí y sufrí.’ Oh dulce Maestro, enséñame a ejercitar estas virtudes, imitando el ejemplo que me diste, para que yo, por mi parte, defienda la honra de ellas para gloria vuestra.

Lo segundo, puedo ponderar la muchedumbre y grandeza de estas virtudes, discurriendo por los ocho actos heroicos que Cristo Nuestro Señor en el sermón del monte llamó bienaventuranzas, las cuales ejercitó en su Pasión con eminencia. Lo primero, ejercitó la pobreza de espíritu, renunciando todas las cosas hasta el propio vestido, quedando casi desnudo en la cruz. Y con la pobreza ejercitó la humildad, que se encierra en ella, hollando todas las vanas honras y pompas del mundo, y abrazando todo género de desprecios como está referido. Ejercitó la mansedumbre heroicamente en medio de tantas fieras que le mordían y despedazaban, estando como cordero sin hablar ni defenderse, ni indignarse, y con tanta fortaleza como si fuera un diamante en todo lo que sufría.

Lloró amargamente por nuestros pecados, con gran dolor y tristeza, hasta derramar, no solamente lágrimas por sus ojos, sino sangre por todos los poros de su delicado cuerpo. Tuvo hambre y sed insaciable de la justicia, no viéndose harto de hacer el bien y de padecer males, por justificarnos y darnos ejemplos de santidad; por lo cual dijo en la cruz: “Tengo sed.” Se señaló en tener misericordia de los miserables, dándoles cuanto tenía: hacienda, honra, sangre y vida para remediar sus miserias, y su mismo cuerpo en manjar para hartar su hambre, y su sangre en bebida para satisfacer a su sed. Tuvo limpieza de corazón eminentísima, conservándose en medio de tan terribles ocasiones sin pecado; antes, tomando de ellas motivo para ejercitar admirables actos de virtud. Fue excelentísimamente pacífico, pacificándonos con su Eterno Padre, ganándonos la verdadera paz, y conservándola El mismo con los que le hacían tan terrible guerra. Finalmente, fue por extremo paciente, padeciendo por la justicia las mayores persecuciones que jamás se han padecido, y con la mayor paciencia que jamás se ha tenido; por lo cual con mucha razón le son debidos todos los premios que a estas virtudes corresponden, los cuales también ganó para los que le imitasen en ellas.

¡Oh Maestro soberano, quién te oyera hablar en el Monte de las Bienaventuranzas, cuando predicabas estas virtudes; y quién te viera padecer en el Monte Calvario cuando las ejercitabas! El mismo eras, y el mismo fin tenías en ambos montes, hablando y obrando, enseñando a padecer y padeciendo. Dame gracia, Señor, para que oiga lo que me enseñaste, y ejercite lo que me mostraste, conformándome contigo en todo lo que hiciste y padeciste, tal como lo hizo tu Santísima Madre, que te escuchaba en transportes de amor, ejercitaba lo que Tú predicabas con exquisita perfección y sublime oblación de Sí misma, y se conformó a todo lo que hiciste y padeciste, pues su voluntad era una con la tuya.

Ejemplo. *Rogar a Dios por los enemigos, es inspiración del Amor Divino.* Cuando San Engelberto de Colonia, fue atacado por sus enemigos, algunos de los cuales eran de su misma familia, y le infligieron cuarenta y siete heridas, estando bañado en su propia sangre y para morir, hizo oración a Dios por los que le mataban. Desde su muerte fue venerado como mártir y por su intercesión se obraban en Colonia muchos milagros. Pasados unos años, un Sacerdote fue llamado a exorcizar a un endemoniado y el Sacerdote, antes de echar al espíritu impuro, lo obligó a hablar. Le dijo: “Di, porque San Engelberto hace más milagros en esta ciudad, que todos los otros Obispos Santos de esta ciudad juntos.” Y le respondió el demonio: “Porque Engelberto al morir, oró por sus enemigos, como su Maestro; por esta razón mereció obrar más milagros.”

Lo tercero, se pueden ponderar estas virtudes de Cristo Nuestro Señor, cada una por sí, discuriendo por las propiedades y grados que tiene cada una. Y como sería cosa larga poner ejemplo en cada una, solamente lo pondremos en la obediencia, que las abraza todas; de la cual dijo San Pablo que “Cristo se hizo obediente por nosotros hasta la muerte, y muerte de Cruz;” y que “siendo el Hijo de Dios, Cristo experimentó en el estado pasible de su Alma y de su Cuerpo los indecibles sufrimientos que conllevó su Sumo y Eterno Sacerdocio, que Él ejercitó cruentamente por obediencia al Padre Celestial.” Y esta obediencia fue heroica. 1º. Porque no sólo obedeció en cosas fáciles y prósperas, sino en cosas dificultosísimas y asperísimas, cual fue la muerte de cruz, con lo demás que precedió a ella. 2º. Porque en esa situación extrema, su obediencia fue perfectísima, sin eximirse de nada cuanto había sido anunciado por los profetas. Lo cual se nota cuando casi todas las cosas de su Pasión estaban ya cumplidas, para que se cumpliese una penalidad de las que estaban profetizadas, y faltaba por cumplir, que habían de darle a beber vinagre cuando tuviese sed, dijo: “Tengo sed,” para que así se cumpliese la Escritura. 3º. Su obediencia fue prontísima y puntual, sin dilación ni tardanza; ni réplica, ni excusas a cuanto se le mandaba, aunque fuese muy áspero, y de parte de los jueces y verdugos muy injusto. 4º. Fue humilde, sujetándose a todo género de hombres malos y perversos, porque sabía que era la Voluntad de su Padre, conforme a lo que Él dice por Isaías: “El Señor Dios me comunicó sus planes, y yo no me resistí, no me volví atrás... Mi Cuerpo di a los que me herían, y mis mejillas a los que mesaban mi barba; mi Rostro no retiré de los que me injuriaban y me escupían.” 5º. Finalmente, fue obediencia perseverante hasta la muerte, queriendo que primero le quitaran la vida antes que dejar de obedecer, y morir obedeciendo y obedecer muriendo; y todo con obediencia de amor, según aquello que el mismo Señor dijo: “Para que el mundo conozca que amo al Padre, me entregaré voluntariamente a la muerte, y así me someteré al mandamiento que el Padre me dio... levantaos, y vámonos de aquí;” levantaos y vamos a padecer.

Gracias te doy, dulcísimo Señor, por el heroico ejemplo que me diste de obediencia. ¡Oh, quién me diese obediencia semejante, fuerte, entera, pronta, puntual, perseverante y amorosa, y sujetarme a toda humana criatura por tu amor, para que todo el mundo conociese que te amo, y que cumplo tus mandamientos del modo que Tú los mandas! Por tu santísima obediencia, te pido esta obediencia; mándame, Dios mío, lo que quisieres, con tal de que me des la virtud de cumplir lo que me mandas.

De esta misma manera se puede discurrir acerca de la humildad y pobreza, silencio, modestia y demás virtudes.



Ejemplo. *Divina Doctora de la Iglesia*. El célebre teólogo franciscano San Juan Duns Escoto, conocido hoy con el sobrenombre de Doctor Sutil, siendo niño, deseaba ardientemente instruirse, pero su rudo entendimiento hacía que en la clase ocupase siempre el último lugar. Él, sin embargo, se aplicaba y estudiaba cuanto podía. Sobre todo, era muy devoto de la Santísima Virgen y no se cansaba de pedirle que le comunicase una migaja siquiera de inteligencia. La constancia y el fervor con que repitió esta oración fueron causa de que la Madre de la Sabiduría se le apareciese una noche en sueños y le prometiese el don de ciencia, con tal de que, cuando se presentase la ocasión, lo emplease en su servicio. No bien despertó del sueño, tuvo aptitudes tan extraordinarias para el estudio, que sus condiscípulos y maestros quedaron asombrados. Y fueron tales sus

progresos en las ciencias, que muy pronto acabó por ser uno de los hombres más sabios de su siglo. En esto llegó el año de 1304, y, por orden de la Santa Sede, se reunieron en París, y en presencia de sus legados, los más célebres doctores de Francia para zanjar la célebre controversia sobre la Inmaculada Concepción. Escoto se dirigió al lugar de la asamblea y, al pasar por el patio de la Universidad, se postró ante la imagen de María, haciéndole esta breve, pero ardiente súplica: 'Dignáre me laudáre te, Virgo sacráta; da mihi virtútem contra hostes tuos,' que quiere decir: 'Concédeme, oh Virgen Santa, que te alabe; dame fuerza para resistir a tus enemigos.' La estatua de la Virgen inclinó su cabeza, para significarle que le otorgaba la gracia pedida; y en esa actitud permaneció durante los siglos que sucedieron. Animado Escoto con tan extraordinarias señales, respondió satisfactoriamente a doscientos argumentos que habían inventado los doctores contrarios a la Inmaculada; y habló con tanta energía y solidez, que hizo triunfar en aquella magnífica asamblea la Concepción Inmaculada de María. Desde entonces la Universidad de París hizo voto de defender la Inmaculada Concepción de la Virgen y de celebrar todos los años su fiesta. Determinó además, no conferir a nadie grados académicos sin antes prestar juramento de observarlo inviolablemente. ¡Qué gracias tan grandes se alcanzan con la fervorosa y perseverante devoción a María!

7. *De los siete recorridos que Cristo Nuestro Señor anduvo en su Pasión*. Los recorridos que Cristo Nuestro Señor anduvo la noche de su Pasión, y el día siguiente, se pueden reducir a siete, para meditar en los siete días de la semana, comprendiendo en ellas toda la jornada de la Pasión. El primero, fue con sus discípulos, desde el cenáculo al Huerto de Getsemaní, donde se entristeció, oró y sudó sangre. El segundo, desde el huerto, donde fue preso, hasta la casa de Anás, donde fue examinado, y recibió una cruel bofetada. El tercero, a casa de Caifás, donde fue escupido, abofeteado, y padeció gravísimas injurias y dolores todo el resto de aquella noche. El cuarto, a casa de Pilato, procurador romano, donde fue acusado por los judíos con muchos falsos testimonios. El quinto, al palacio del rey Herodes, donde fue escarnecido por él, y por todo su ejército. El sexto, fue la vuelta a casa de Pilato, donde fue azotado, coronado de espinas, y escarnecido y condenado a muerte. El séptimo, fue de allí al Monte Calvario con su cruz auestas, en la cual fue allí crucificado. Por estos siete recorridos debería dar gracias a Dios siete veces al día, glorificándole por los juicios de su Justicia y Misericordia que en ellas resplandecen, pensando muy despacio Quién es la persona que anda estas jornadas, y el fin que tiene en ellas; la compañía que lleva; el lugar de donde sale; el modo como camina; el lugar donde se detiene; las cosas que dice, hace y padece, sacando, de todo, el espíritu y provecho a que se ordenaron.

1. En la persona de Jesucristo Señor Nuestro se ha de considerar su infinita dignidad, como está dicho, meditando los actos que realizaba y sentimientos del espíritu con que acompañaba los pasos del cuerpo, ordenándolos a gloria del Eterno Padre, para satisfacer por nuestros pecados. Quizá fueron siete los recorridos en castigo de los malos pasos que

hemos andado en los siete pecados capitales, y para quebrantar el orgullo de la bestia bermeja de siete cabezas, que tiraniza el mundo; para domar la soberbia y rebeldía de los mundanos, y darnos a todos ejemplo de humildad y paciencia; esto es, que los soberbios y altivos corazones, los rebeldes y ánimos perversos se humillaron y sujetaron por los caminos que anduvo este Señor eterno, trazados desde su eternidad para este fin.

¡Oh eterno Dios, y Salvador nuestro, Cordero sacrificado por nosotros desde el principio del mundo!, esclarece los ojos de mi alma, para que considere estos recorridos que anduviste por nuestro remedio, de modo que alcance el fin para el que Tú los ordenaste. Perdona, Señor, por ellos mis malos pasos, y enderézalos de aquí en adelante, según tu ley, para que no domine en mí ninguna injusticia. ¡Oh Padre Eterno, que cuentas los pasos de los hombres, así los malos para castigarlos, como los buenos para recompensarlos! Mira los pasos de tu querido Hijo, y por ellos te suplico endereces los míos, para que sean en todo conformes con los suyos. ¡Madre mía, guía mis pasos y ayúdame a encontrar el camino, si tuviera la desgracia de abandonarlo!

Ejemplo. “*Padre, quisiera confesarme.*” De cierta ciudad francesa llegó a Lourdes una peregrinación. Uno de los viajeros era un trabajador de vigorosa apariencia, llamado Esteban, incrédulo y escéptico. Había llegado con un grupo de visitantes en viaje turístico, “para presenciar con sus propios ojos la superstición.” Ya en Lourdes, iba a todas partes con los demás, pero en lugar de unirse a sus cantos y plegarias, iba y venía de un lado para otro con las manos metidas en los bolsillos, sonriendo con ironía ante aquellas escenas de piedad. Por la tarde, cuando la peregrinación se hallaba formada para tomar parte en la procesión de los enfermos, el párroco estaba buscando a alguien que llevara el estandarte de la parroquia. Consistía éste en un gran lienzo enastado, que llevaba en el anverso un Crucifijo pintado, y en el reverso el nombre de la iglesia. En la agitación y tumulto del caso, el Sacerdote tomó a Esteban de un brazo, y le dijo: “Usted es el hombre que necesitamos. Un hombrón tan fuerte es el indicado para llevar nuestra enseña...” Y antes de que aquel hombre tuviese tiempo de contestar, ya se encontraba sosteniendo el pendón, mientras alguien más piadoso le quitaba el sombrero. Con indiferencia, se encogió de hombros. Había ido a Lourdes por broma y debía seguirla hasta el final. Con una mueca cínica se puso a la cabeza del grupo, delante del párroco que dirigía los cánticos. No había transcurrido mucho rato cuando el Sacerdote advirtió que el portador del estandarte parecía agobiado por el calor. Se acercó a él para decirle que inmediatamente iban a relevarlo, pero él rechazó el ofrecimiento tan rudamente, que el párroco, perplejo, reanudó sus cánticos, pensando quién podría ser aquel hombre. Sin embargo, muy pronto circuló entre la gente el rumor de que el portador del estandarte parecía enfermo. El Sacerdote se dirigió de nuevo al comienzo de la fila: nuestro hombre estaba pálido y angustiado, y el sudor y las lágrimas resbalaban por su curtido rostro. Hizo entonces una indicación a otro hombre para que se acercara y, tocando este en el brazo a Esteban, le dijo: “Amigo mío, deje que otro lleve el estandarte...” “¡Estandarte! ¡Y llama a esto estandarte!” dijo Esteban. “He llevado a Cristo con su cruz, y sus padecimientos han destrozado mi corazón. No, no; he de llevarlo hasta el final. Terminaré mi calvario, y luego, por favor, Padre, quisiera confesarme...” ¿Otra conversión debida a la intercesión de María? Muy posiblemente...

2. En cuanto a la compañía que Cristo Nuestro Señor lleva en estos recorridos, se ha de considerar, cómo unas veces va acompañado de sus discípulos, como va el Pastor en medio de sus ovejas. Y así fue la primera estación del cenáculo al huerto, consolándolos y exhortándolos a velar y orar, amparándolos de los lobos que los querían perseguir y destrozar. Pero en las demás estaciones iba rodeado de enemigos, como oveja entre lobos, y como cordero entre leones y tigres; los cuales con excesiva crueldad y fiereza le mordían y despedazaban, afligiéndole con injurias, desprecios, dolores y tormentos, llevándole maniatado, como una oveja cuando es llevada al matadero, sin abrir su boca para quejarse. Cumplió aquí en su Persona lo que había dicho a sus discípulos: “Ved que Yo os envío



como ovejas en medio de lobos. Sed, pues, inteligentes como serpientes, y sencillos como palomas;” porque en estos recorridos, con ser terribles las persecuciones, calumnias y astucias de sus enemigos, siempre se mostró manso como cordero, sin resistirlos; sincero y sencillo como paloma, sin ofenderlos; prudente más que las serpientes, sin ser engañado por ellos; antes con admirable sabiduría los confundía, ya callando, ya hablando como convenía.

3. En cuanto a los lugares de donde sale y el modo como camina, y adónde va a parar su estación, se ha de considerar cómo todos son para Él lugares de aflicción y tormento, dejando unos y tomando otros; y casi siempre los que siguen son más terribles que los anteriores, aumentando del trabajo menor al mayor. Y todos sus pasos son de prisa, por la furia de sus enemigos, que le hace apresurar el paso; y por la grandeza del amor con que quiere darse prisa para concluir pronto nuestra Redención. De modo, que podemos decir de Él aquello de los Cantares: “Vedlo que viene glorioso saltando por los montes y atravesando los collados.” Montes y collados son los tribunales y palacios de los pontífices, presidentes y reyes; en los cuales no se detenía este Señor a gozar de los bienes que allí gozan los mundanos, sino con gran prisa pasaba por cada uno de ellos, como ciervo perseguido por los perros, siendo allí mordido: herido y atormentado, hasta que en el Monte Calvario le dieron el último alcance, y quedó descoyuntado y muerto en la cruz.

Por eso, no hay tribulación que Él no conozca, al igual que su Santísima Madre. Y Ella nos atiende y protege para que, en medio de ellas, nos encaminemos al Único Bien.

Ejemplo. *Dos heridas en la cara que piden reparación.* En 1652 los polacos proclamaron Reina de Polonia, a la Virgen de Czestochowa, venerada en un icono pintado en madera, de 122 x 82 cm y representa el busto de una Virgen negra con el Niño Jesús en los brazos, cuya realización se atribuye a San Lucas. Se conserva en el santuario de Jasna Gora, cercana a Czestochowa. Esta Virgen tiene dos heridas en la cara. En 1430 un grupo de herejes husitas invadieron el santuario y robaron el icono, pero, cuando lo metieron en su carro, los caballos rehusaron moverse. Uno de los herejes tiró el cuadro al suelo, desenvainó su espada, y con dos sablazos hirió profundamente la mejilla derecha de Nuestra Madre, mas cuando intentó herirla de nuevo, cayó retorciéndose en agonía hasta que murió. Durante el mes de agosto, en caminatas de hasta trescientos cincuenta kilómetros, en once días, se calcula que hasta 830.000 mil personas iban de toda Polonia a Czestochowa en más de 200 grupos organizados de peregrinos. Les daba lo mismo que durante el día hiciese calor o que la noche fuese muy fría. A todo lo largo del camino, los labriegos salían y festejaban a los caminantes, les ofrecían pan y leche, diversas frutas y tocino. Después del largo viaje, los peregrinos daban una vuelta a la plaza de la basílica, que era una explanada bastante grande, rezando el Vía Crucis en memoria de lo mucho que Cristo y su Madre sufrieron por nosotros. Luego entraban a saludar a su Reina, la Virgen Negra de Czestochowa.

4. Por último, en cada uno de estos lugares levantaré espiritualmente algunas tiendas, como San Pedro quería levantarlas en el Monte Tabor, para morar allí con Cristo transfigurado en dolores, ponderando detenidamente lo que allí dice, hace y padece por mi causa. Primero levantaré una tienda en el Huerto de Getsemaní, y allí moraré con Cristo triste y afligido, velando y orando con Él, oyendo las palabras que habla con su Padre Eterno y con sus discípulos, oyendo también las que el Ángel le dice cuando le conforta, y las que Él le responde, y mirando la lucha que padece dentro de Sí, y el sudor de sangre que mana de Sí, y los pasos que anda, yendo y viniendo a sus apóstoles para despertarlos, y al lugar de la oración para rogar por Sí y por ellos. Unas veces le pediré como discípulo a maestro, que me enseñe a orar y velar; y otras veces, como amigo o fiel criado, le consolaré en sus desconsuelos,

compadeciéndome de verle desconsolado, acompañándole en su soledad. Y en esta misma tienda meditaré cómo sale a recibir a sus enemigos, las palabras que les dice, los milagros que obra en ellos, y los tormentos que de ellos recibe, siendo tomado prisionero, maltratado y maniatado. Y aunque todo esto se hizo de prisa, yo lo pensaré despacio, deteniéndome en esta tienda hasta que mi alma quede satisfecha, iluminada y movida al amor e imitación de lo que allí ha visto en su Señor. Todo esto se ha de sacar de la meditación de este misterio, y de este modo se ha de proceder en los demás recorridos. También podemos levantar nuestra tienda junto a María Santísima, para acompañarla y compadecerla en sus Dolores.

Ejemplo. *La “Buena Cristiana”*. En Tánger, ciudad marroquí en la costa africana, en el siglo XV, Fátima, la hija de una familia mora y rica, tenía especial caridad con los cautivos cristianos, y, como éstos le hablaban de la verdadera religión, le entró un ardiente deseo de bautizarse, para lo cual se encomendaba con fervor a la Virgen de Guadalupe de Cáceres. Al poco tiempo, su padre trató de casarla, con lo cual Fátima sufrió tanto, que quería tirarse desde una torre. Entonces se le apareció la Virgen María, bajo la advocación de Nuestra Señora de Guadalupe. Alentada por Ella, a medianoche quitó las cadenas a los cautivos para huir con ellos. Al descolgarse por una sogá, de un alto muro, cayó; creyeron que se habría matado; no obstante, con admiración de todos, no le pasó nada. Se embarcaron alegres, cuando una tremenda tempestad los hizo amanecer de nuevo en el puerto. Los cautivos liberados y la tripulación imploraban con lágrimas a Nuestra Señora, pero no Fátima que dormía sin enterarse del peligro que corrían. Entonces se apareció otra vez Nuestra Señora a Fátima, la despertó, calmó el mar y los encaminó a tierra de cristianos. Nada más llegar, Fátima hizo que la bautizaran. No quiso llamarse María “porque no corresponde que la esclava tome el nombre de la Señora” y tomó el de Isabel. Tampoco aceptó las invitaciones para descansar unos días; quería antes de todo visitar a la Santísima Virgen de Guadalupe. A Ella se ofreció con gran fervor en servicio perpetuo. Quedó viviendo en las cercanías, donde casó, y vivió dando tal ejemplo que por ello se la conocía como ‘la buena cristiana.’ A su muerte, en 1504, grabaron en su tumba de mármol estos hechos.

8. *De los Dolores que la Virgen María, Madre y Señora Nuestra, padeció en la Pasión de su Hijo*. También se han de considerar en estos misterios de la Pasión, los dolores y penalidades de la Virgen María, Nuestra Señora, para compadecernos de lo mucho que por esta causa padeció su Hijo, sintiendo lo que padecía su gloriosa Madre, pues también lo es nuestra, y nuestros pecados son causa de sus aflicciones. Justo es sentir sus dolores, y alentarnos a imitar las excelentes virtudes que demostró en esos padecimientos.

La magnitud de estos dolores se ha de sacar de su raíz principal. Por el Divino Desposorio de Cristo y María, Nuestra Madre Santísima sufrió espiritual y físicamente, con participación plena, todos los sufrimientos de su Divino Hijo, sintiéndolos en su alma y en su cuerpo. Pues, en la Encarnación del Verbo Divino, el Espíritu Santo obró el Desposorio de los Sagrados Corazones de Jesús y María, que es la extensión del ya existente Desposorio de las Divinas Almas. De manera que Cristo y María vivían fundidos de modo majestuoso y único, llegando a una comunión perfecta y de tal manera, que todos los pensamientos, afectos, alegrías y dolores de Jesús y María, brotan de una misma fuente: Su Divino Desposorio.

Por eso sentía Ella una viva participación en los padecimientos de su Hijo, con todas sus circunstancias; y penetrándolos con luz del Cielo, y hallándose presente en ellos, no solamente ponderaba lo que Jesús padecía por fuera, sino que penetraba lo que padecía en su interior, y en todo tenía una unión tan viva, que padecía lo que el Hijo padecía, de donde procedía tener por propias todas sus prosperidades y adversidades, y dolerse de los sufrimientos del Hijo, mucho más que si fueran suyos, porque le amaba más que a sí. Y como con la fuerza de este amor salía de sí, y estaba traspasada y puesta en el Corazón del Hijo, lo que padecía Él, padecía Ella, sintiendo en sí lo que el Hijo sentía; y así podía decir mucho mejor que San Pablo: “estoy clavado en la Cruz juntamente con Él. De manera que ya no vivo yo, sino que es Cristo el que vive en mí,” y yo vivo en Cristo. Esta fue la



espada, aguzada con el conocimiento y el amor, que le anunció Simeón, cuando le dijo: “Y una espada atravesará tu Alma, que está desposada con la de Él,” además de la lanzada de Longinos, que, al traspasar el Corazón de Jesús, traspasó también real y verdaderamente el Inmaculado Corazón de María, y significó para Ella su muerte mística. De esta manera también bebió el cáliz de la Pasión, fue bautizada con el bautismo de dolor, y sumida en el mar amargo de las tribulaciones, de modo que se le puede decir a Ella: “grande es como el mar tu quebranto” y la amargura de tu aflicción.

Una mujer escuchaba un día la historia del sacrificio de Isaac, exigido por Dios para probar la obediencia de Abrahán. A esta narración contestó la mujer: “Dios jamás hubiera exigido tal sacrificio a una madre.” Aquella mujer se engañaba. El Eterno

Padre exigió a Jesús, Hijo de María, el sacrificio de la Cruz por la Redención del mundo. Jesús fue obediente hasta la muerte y muerte de Cruz. Pero María, que conocía desde un principio su sacrificio, lo consintió, presenció y acompañó a Jesús en la Pasión; María asoció sus sufrimientos a los de su Hijo, en ofrenda al Padre Celestial. Finalmente, teniendo a su Divino Hijo muerto en su regazo, María lo ofreció al Eterno Padre por nuestra salud eterna.

Ejemplo. *Señalado favor prometido a Santa Matilde.* Leyendo un día Santa Matilde las palabras que el Divino Salvador agonizante dirigió a María: “Mujer, he ahí a tu hijo”, se sintió inspirada del vivo deseo de pedir a Dios que la hiciese participante de la misma gracia que concedió a San Juan, en cuyo favor Jesucristo había pronunciado aquellas palabras desde la Cruz, y que en favor de ella dijese a la Santísima Virgen: “Mujer, he ahí a tu hija.” Aun no había acabado de hacer esta súplica, cuando tuvo feliz cumplimiento. La Santa oyó claramente cómo el Adorable Redentor la recomendaba a la piedad de su Madre en consideración a la Sangre que había derramado y a la Muerte que había sufrido por la salvación del alma de esta hija, que ya era además su esposa por los votos que Matilde había pronunciado. Inundada de gozo y de confianza después de esta recomendación, quiso hacer igual súplica a Nuestro Señor en favor de todos los devotos que le dirigieran la misma petición, y el Divino Salvador se dignó responderle que no rehusaría jamás esta gracia a quien se la pidiese con fervor. Después de esta tan señalada promesa, son muchos los que han pedido igual favor y se han sentido objeto de una providencia maternal particularísima de parte de la Santísima Virgen.

Los dolores de Nuestra Santísima Madre fueron grandes como el mar, pero además fueron intensificados por el gran amor que tenía a Cristo Nuestro Señor, porque según la medida del amor es el gozo por los bienes que tiene la persona amada y el dolor por los males que padece. Este amor y dolor fueron vehementísimos en la Virgen por muchas razones.

1. Porque Cristo Nuestro Señor era su propio hijo según la naturaleza, y a Él amaba con amor más tierno y puro que todas las madres y padres del mundo amaron a sus hijos. Siendo Ella Madre y Virgen, ya que la concepción de este Hijo fue por obra del Espíritu Santo, que es Amor, así el amor fue excepcional; y por consiguiente fue excepcional el dolor que padeció en su Muerte, de modo que pudo decir: “¡Oh vosotros, todos los que pasáis por el camino, atended, y mirad si hay dolor como mi dolor!”

2. Este Hijo era además primogénito y único, cuya vida suele ser más amada, y su muerte más sentida; y así para encarecer el llanto de alguna cosa, se le llama ‘llanto por muerte del unigénito.’ Pues ¿cómo lloraría la Virgen la muerte de este su Unigénito, que era juntamente Unigénito de Dios, viéndole crucificado con tan terrible ignominia y dolor?

3. El amor de la Virgen por su Hijo era mayor por la gran semejanza que había entre los dos, pues la semejanza, dice el Sabio, es causa del amor; y así los padres suelen amar mucho más al hijo que más se les parece. Pues como la Virgen y su Hijo eran muy semejantes

en su apariencia y condición, en las costumbres y virtudes, eran como una cosa en todo; y el dolor que traspasaba al uno, penetraba también el Corazón del otro.

4. Por la infinita Santidad y Sabiduría de su Hijo, pues la caridad, cuando está bien ordenada, ama más a los mejores, a los que están más cerca de Dios; y si con esto se junta que son cercanos a nosotros por la sangre, crece mucho el amor, y se unen la naturaleza y la gracia para su perfección. Asimismo crece el dolor, viendo padecer al que es muy santo; y como sabemos que padece sin culpa, aumenta nuestra pena. Pues si las hijas de Jerusalén lloraban amargamente los tormentos de Cristo, teniéndole por inocente, ¿cuánto más amargamente los lloraría la que sabía que era el Santo de los santos y Fuente de toda santidad?

5. Porque lo reconocía como infinito Bienhechor suyo, de quien había recibido innumerables y excelentísimos beneficios, entre ellos el sumo bien de haberla escogido por Madre. Y como el amor es agradecido, desea infinitos bienes para su bienhechor, en recompensa de los que le ha dado. Pues ¡qué dolor sentiría la Virgen María, viendo padecer tan terribles males al que deseaba que gozase infinitos bienes!

6. Porque siendo Hijo suyo, era también Hijo de Dios vivo y Dios infinito y dignísimo de ser amado con infinito amor, por su infinita bondad y hermosura; y como la Virgen con gran luz conocía esta infinita excelencia de su Hijo, le amaba con todo su corazón, alma, espíritu y fuerzas, sin quitar nada del sumo amor que podía ofrecerle. Y a esta medida creció el dolor, doliéndose con todo su corazón, con toda su alma, con todo su espíritu, y con todas sus fuerzas, por ver tan despreciado y aborrecido al que por infinitas razones merecía ser honrado y amado.

7. Finalmente, como consecuencia de su Desposorio con Cristo, el Espíritu Santo había derramado en su Corazón la caridad de Dios, uniéndola consigo con el amor unitivo, de modo que fuese un espíritu con Dios y con su Hijo, por lo que sufría indeciblemente además por el daño en las almas de los pecadores.

¡Oh Virgen Soberana!, ¿quién podrá contar la amargura que tuvisteis por estas siete razones de amor y dolor, que como siete cuchillos traspasaron vuestro corazón? Bien podéis decir en esta ocasión: “No me llaméis Noemí (esto es, graciosa) sino llamadme Mara (esto es, amarga) porque el Todopoderoso me ha llenado en extremo de amargura.” Grandes favores os hizo el Todopoderoso en el día de su Encarnación, y grandes aflicciones os ha dado el mismo Todopoderoso en el día de su Pasión. Y porque también las aflicciones son favores, suplicadle que muestre conmigo su poder, dándome sentimiento de lo que padeció, y gracia para imitarle en ello.

Estas consideraciones nos muestran que la mejor disposición para sentir los dolores de la Pasión de Cristo Nuestro Señor, es el amor; y como dice San Buenaventura: “Cuanto más encendido fuere el amor, tanto mayor será el dolor y la compasión, y con la misma compasión se aumenta el amor.” Y así de las siete razones que se han referido, tomaré las que más me hagan aumentar este fervoroso amor y la unión con Cristo, por la cual participo de sus dolores y de los dones que proceden de su preciosa imitación. Este amor y esta unión son la base de la confianza de las almas devotas.

Ejemplo. *San Fernando III, Rey de España*. Difícil de resumir la vida de este Santo, hijo del rey Alfonso IX de León y Santa Berenguela de Castilla que supo imprimir en su hijo el imborrable sello del amor a Dios, a la Virgen Santísima, y la caridad para con los pobres. Conservó toda su vida ese gran cariño a la madre que le dio el ser, que, censurándose los algunos cortesanos, les contestó: “Cuando deje de ser hijo, dejaré de ser obediente.” Desde joven hasta su muerte, su vida fue un continuo batallar, primero hasta unir León a Castilla y luego contra la secta de los moros, enemiga de la Religión Cristiana. El número de sus triunfos fue el de sus batallas. Cuatro fueron sus verdaderos amores: El amor a Dios, a la Virgen Santísima, a los pobres y a su madre. Sus ayunos eran continuos, sus penitencias rigurosas, llevando, bajo su manto real, ásperos cilicios. Durante los seis meses que duró el cerco de Sevilla, pasaba dos horas en oración diariamente y se daba tres sangrientas



disciplinas. Todos sus honores de triunfo comenzaban por María y acababan con María, y a Ella, a Dios y al valor de sus soldados, atribuía sus triunfos. Entregó su espíritu al Creador, aquella grande alma, el 30 de mayo del año 1252. Su cuerpo fue enterrado en la Iglesia Mayor de Sevilla, donde se conserva hasta el día de hoy, entero y flexible, exhalando un suave olor.

9. *De las heroicas virtudes que la Virgen nuestra Señora ejercitó en la Pasión de su Hijo.* Finalmente se han de considerar las virtudes que en esa ocasión ejercitó la Santísima Virgen Nuestra Señora, para imitarla. Las principales fueron cuatro, en las que se encierran otras muchas.

La primera, fue altísima resignación a la Divina Voluntad, negando la suya natural para conformarla con la de Dios, diciéndole como su Hijo: “No se haga lo que yo quiero, sino lo que Tú quieres;” y esta resignación es tanto más heroica, cuanto mayores son las penalidades a que por resignación nos ofrecemos.

La segunda, fue profundísima humildad, no huyendo los desprecios, sino acometiéndolos y abrazándolos, gustando de manifestarse por Madre del que tantos desprecios padecía, tomándola la parte de desprecios que le correspondía. Y con esta humildad asistió a la crucifixión de su Hijo, haciéndose cargo de su Pasión y Muerte; porque María no tuvo pecados por los cuales muriese Cristo, sino que Ella murió espiritualmente con Él.

La tercera, fue gran fortaleza y magnanimidad, con gran paciencia, acercándose a la cruz de su Hijo, y estando de pie junto a ella, sin que pudiesen alejarla, ni la crueldad de los perseguidores, ni lo terrible de los dolores que por esta causa padecía, deseando se le ofreciese ocasión de padecer y morir por Quien tanto padecía para reparar al Eterno Padre.

La cuarta, fue encendidísima caridad y amor a los hombres, y a los mismos enemigos de su Hijo, sin que sus blasfemias y crueldades la moviesen a indignación, sino antes a compasión, doliéndose de los pecados que cometían y de los castigos que merecían, rogando a Dios por ellos, y excusándolos como lo hizo su mismo Hijo. De esta manera la Virgen María juntó admirables ejercicios de virtudes con sus terribles aflicciones.

Desconsolada estáis, Virgen Santísima, exteriormente, por las penas que padecéis; pero hermosa interiormente, por las virtudes que ejercitáis; el Sol de justicia os ha puesto descolorida, porque sus tristezas son causa de las vuestras; y Él mismo os hace hermosa, porque con su ejemplo resplandece el vuestro, imitando sus virtudes. Suplicadle, Madre piadosísima, que con los rayos encendidos de su luz, illustre mi corazón, para que de tal manera medite sus padecimientos, que tenga parte en ellos, imitando sus virtudes. Amén.

San Bernardo, el gran devoto de María Santísima, practicó en su honor todas las devociones imaginables; pero tenía tan particular afecto a la meditación de sus dolores, que su solo recuerdo le hacía derramar abundantes lágrimas. Por esta santa práctica, sin duda, consiguió señalados favores y bendiciones, y pudo imitar a la Virgen Santísima en su paciencia, su fortaleza, su amor al Padre Eterno y su entrega a su Divinísima Voluntad, y en su caridad para con la humanidad caída.

Por lo que se ha dicho en estos nueve puntos para una meditación fundamental de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo y de su Santísima Madre, queda descrito en general lo que cada uno, más en particular, puede considerar en cada misterio de la Pasión, tanto en la persona de Cristo Nuestro Señor, como en la Santísima Virgen María, su Madre, tomando a los dos por principal materia de meditación e imitación, y a la Madre por abogada, para alcanzar gran sentimiento de lo que ellos padecieron.

Según San Alfonso María de Liguori, Jesucristo ha unido infinitas gracias a la devoción de María Santísima, a través de la meditación de los Dolores que Ella padeció durante la Pasión. No sin fundamento existe la piadosa creencia de que habiendo pedido la Santísima Virgen a su Divino Hijo que concediese alguna gracia especial a los que honrasen sus dolores,

Jesús les concedió, entre otras, las cuatro principales siguientes: 1. Que antes de su muerte harían verdadera penitencia de sus pecados; 2. Que les asistiría en sus tribulaciones y particularmente en la hora de su muerte; 3. Que grabaría en sus corazones la memoria de su Pasión, para recompensarles después en el Cielo; y 4. Que les confiaría a María para que dispusiese de ellos y les concediese las gracias que Ella tuviese por conveniente.

En 1921, la Santísima Virgen le anunció a Santa Berta Francisca Petit: “Los acontecimientos se avecinan como una nube que crece y se extiende desmesuradamente, sin que en ello se repare. Las naciones perecerán en el fuego y en la sangre, como si ellas fuesen alcanzadas por rayos que vienen del Cielo. ¡Terrible perspectiva! Mi Corazón de Madre se despedazaría si no conociera hasta qué punto la Justicia Divina se impone para la salvación de las almas y la purificación de los pueblos. Mira la Herida de mi Corazón semejante a la del Corazón de mi Hijo, y los torrentes de Gracias prontos a brotar. No te dejes abatir por pena ninguna, por ningún engaño, por ningún sufrimiento. Tú has comprendido los Dolores que soporto en mi Corazón, los sufrimientos que afronta todo mi Ser por la salvación del mundo. Yo misma me he llamado Inmaculada Concepción. A ti me revelo, como la Madre del Corazón Dolorido. Esta Devoción, que desea mi Hijo, me gusta más que otra alguna y por ella se concederán, en todas partes, gracias de Misericordia y de Salvación.” Y en 1924, Nuestro Señor añade: “Todas las naciones se hallan encaminadas hacia un cataclismo terrible. Yo soy el Único que puede apaciguar el odio y las discordias y emprender algo positivo para que se afiance la paz. Lo haré cuando se cumpla mi deseo respecto al Corazón de mi Madre; esto acaecerá cuando llegue la hora desesperada, en que se ha de reparar todo. Entonces, en respuesta a las súplicas que han de subir al Corazón Inmaculado y Dolorido de mi Madre, Yo manifestaré mi poder por una intervención milagrosa que se impondrá a todos. La cristianidad entera se inclinará ante este triunfo que Yo, como Hijo, deseo para mi Madre.” En 1940, confiaba Jesús a la vidente estas manifestaciones: “Son los corazones los que deben cambiarse, y esto se logrará solamente cuando esta devoción sea conocida, propagada y predicada por todas partes. Éste es el último auxilio que Yo doy antes del Fin de los Tiempos, el refugio de mi Madre, bajo el título que Yo deseo para Ella universalmente... Como Hijo, Yo he concebido esta Devoción para mi Madre, y como Dios la exijo.” Finalmente el Señor le dijo: “El Corazón de mi Madre será comprendido debidamente, y la Devoción de este Corazón unido al Mío dará la Paz, la verdadera Paz, tanto tiempo deseada y tan poco merecida... La humanidad marcha hacia una tormenta espantosa, que dividirá más aún las naciones. Reducirá a nada las organizaciones humanas y demostrará que nada subsiste sin Mí, y que Yo sigo siendo el Director del destino de los pueblos. Un espantoso huracán se está preparando. Se verán desencadenar con furor todas las fuerzas preparadas. Es éste el momento de abandonarnos al Corazón Inmaculado y Dolorido de María. Repito, que la Devoción a su Corazón unido al Mío, dará la verdadera Paz, tan suspirada pero hasta ahora tan poco merecida.”

A mediados del siglo XX, cuando ya se hacía evidente el poder del demonio en el mundo contra la Iglesia de Cristo, escribió el Padre Pacios: “El momento crucial de la lucha del demonio con los hijos de la Mujer, será al final de los tiempos, cuando Satanás será liberado para que seduzca a las naciones y haga guerra al linaje de la Mujer. La vía de seducción usada entonces por Satanás, si bien no exclusiva, será preferentemente la de orgullo, puesto que él es Espíritu de soberbia, incitando al hombre a suplantarse a Dios. Y perseguirá por todas las maneras a su alcance a quien se le resista, y se ensañará con el linaje de la Mujer. Pero ninguno de cuantos invoquen a María y recurran a Ella como a Madre, será vencido. Sobre ellos la serpiente vomitará ríos de orgullo, para con su corriente arrastrarlos; pero María estará a su lado protegiéndolos, y absorberá todos los ríos de orgullo... Hay quienes piensan que ya estamos en los últimos tiempos... Mi último tiempo será el de la hora de mi muerte. Una cosa parece cierta: que María multiplica sus intervenciones en un intento de congregar a los hijos dispersos y atraerlos a cobijarse bajo su manto, como si les esperara un peligro inminente...”



El Magníficat

Después de alabar a la Santísima Virgen María y de ponderar sus grandezas, conviene que consideremos la admirable respuesta que María dio cuando fue aclamada como Madre de Dios por primera vez, que es su cántico del ‘Magníficat.’ Es de notar que la primera aparición de María Santísima en El Palmar de Troya fue en el 1968º aniversario del Magníficat, el día 30 de marzo, precisamente para empezar así el cumplimiento apocalíptico de las profecías del Magníficat, de destronar con el Divino Poder a los jerarcas soberbios y de remplazarlos con gente humilde, de la proclamación de las bienaventuranzas de la Santísima Virgen María, de la Divina Misericordia que siempre salva a los que temen a Dios, de dar abundancia de alimento espiritual a los hambrientos, y de asistir a la Iglesia según las promesas de Dios.

Una práctica que San Luis María Grignión de Montfort recomienda a los verdaderos devotos de María Santísima es “la recitación frecuente del Magníficat, único cántico que poseemos de María, para dar gracias a Dios por sus beneficios y obtener otros nuevos. No dejes de recitarlo, sobre todo a manera de acción de gracias después de la Sagrada Comunión, como lo hacía la Virgen misma, según opina un sabio autor.” En su ‘Tratado de la Verdadera Devoción’, dice que los fieles esclavos de María Santísima “recitarán frecuentemente el Magníficat, a ejemplo de Santa María d’Oignies y de muchos otros santos, para agradecer a Dios las gracias que otorgó a la Santísima Virgen. El Magníficat es el único cántico compuesto por la Santísima Virgen, o mejor, en Ella por Jesucristo, que hablaba por boca de María. Es el mayor sacrificio de alabanza que Dios ha recibido en la ley de la gracia. Es el más humilde y reconocido; a la vez, el más sublime y elevado de todos los cánticos. En él hay misterios tan grandes y ocultos, que los Ángeles los ignoran. Conozco un tratado lleno de erudición y piedad sobre la explicación del Magníficat, que nos refiere muchas y admirables cosas de este hermoso y divino cántico. Entre otras, afirma que la Santísima Virgen lo rezaba con frecuencia, y particularmente en acción de gracias después de la Sagrada Comunión. El sabio Benzonio, al explicar el Magníficat, refiere muchos milagros obrados por su virtud, y dice que los diablos tiemblan y huyen cuando oyen estas palabras del Magníficat: ‘Desplegó el poder de su brazo: Confundió a los soberbios en los pensamientos de sus corazones’.” Es muy provechoso rezar diariamente el canto del ‘Magníficat’ puesto que al rezarlo alabamos a Dios con las mismas palabras que la Santísima Virgen María empleó para glorificarlo. Esta plegaria nos ayuda a alcanzar el favor de María y los dones e indulgencia de Dios.

María, para decir lo que va a decir, no tiene que hacerse violencia, ni reflexionar de manera especial, ni recogerse más que de costumbre. Lo que va a decir, o cantar si se quiere, es para Ella tan sencillo, tan evidente. Su alma se manifiesta aquí con palabras tan bellas y tan ricas en su sencillez, que se las podría meditar durante toda una vida sin agotarlas, y de vivirlas nos conducirían, ellas solas, a la más elevada santidad.

Con la sencillez de un niño, María Santísima pronuncia una de las profecías más admirables y formidables que jamás hayan pronunciado los labios humanos: pues se atreve a declarar, y los siglos venideros tendrán que darle la razón: “Ya desde ahora me llamarán Bienaventurada todas las generaciones. Porque ha hecho en Mí cosas grandes el que es Todopoderoso, cuyo Nombre es Santo.”

Es la verdad más pura, la realidad más incontestable. Pero, y es aquí donde se manifiesta la verdadera humildad; esta grandeza que da vértigo proviene de Dios, es una mirada de concordencia y amor de Aquel que se fijó en “la pequeñez de su esclava,” y por eso: “Magnifica mi alma al Señor”... Mi alma engrandece al Señor, se alegra y se regocija en Él... Ella querría hacerlo más grande de lo que es, pero no puede: pues, afortunadamente, a causa de la infinitud de Dios, es impotente para hacerlo; pero quiere sumarle todo lo que

una criatura puede darle, a saber: la amorosa gratitud por sus beneficios, la jubilosa afirmación de que Él es la fuente de todo lo grande, bueno y hermoso; quiere alabar, celebrarlo, y darle honor y gloria con todas sus fuerzas...

Hay escritores espirituales que afirman que la Santísima Virgen María repitió frecuentemente su 'Magnificat', especialmente más tarde, después de la Santa Comunión. De muy buena gana lo creemos. Pero lo que más cuenta y es totalmente cierto, es que su vida entera fue un 'Magnificat' ininterrumpido, esto es, una glorificación incesante y perfectísima de Dios; que Ella no obró nunca para agradar a las criaturas, que no se buscó nunca a sí misma en un egoísmo que se repliega sobre sí; que Ella no se complació nunca vanidosamente en su grandeza y santidad; que cada pensamiento, cada palabra y cada acción suya eran orientadas del modo más formal hacia Dios; y que cada instante de su vida fue un cántico de alabanza que subía hacia el Altísimo, un sacrificio de buen olor que se exhalaba desde el incensario precioso de su Corazón amantísimo.

María Santísima deseaba que toda la gloria fuese para el santo nombre de Dios, pues Ella fue el Eco fiel del Alma de Jesús, que exclamaba: "Yo no busco en mis obras el recibir gloria de los hombres, sino la gloria de mi Padre."

Así debe vivir, a ejemplo de Jesús y de María, quien ha comprendido lo que es Dios respecto de él. Así debe vivir un verdadero cristiano, un auténtico devoto de María. Así debe vivir muy especialmente el esclavo de amor de Nuestra Señora, que se ha consagrado totalmente a Ella.

San Luis María Grignón de Montfort nos recuerda esta obligación, al explicar que es menester hacer todas las acciones por la gloria de Dios como fin último, pues el alma, en todo lo que hace, debe renunciar a su amor propio, que se pone casi siempre como fin de manera imperceptible. No hay motivo más poderoso para practicar la santa esclavitud de amor que la certeza de que, de este modo, nuestra vida será un Magnificat espléndido e incesante, aprendido de María y cantado juntamente con nosotros por Aquella que es la incomparable Artista y Cantora de las Grandezas Divinas.

Las Sagradas Escrituras contienen varios venerables cánticos, para dar gracias a Dios por diversos favores extraordinarios de su Divina Bondad; pero el más santo y digno de todos esos cánticos es el 'Magnificat' de la Santísima Madre de Dios, tanto por la dignidad y santidad de la que lo hace, como por los grandes y admirables misterios que se encierran en él. Añádase a estos los milagros que Dios ha obrado por este cántico. No conocemos que haya hecho alguno por los otros cánticos. Santo Tomás de Villanueva, arzobispo de Valencia, observa, que por la pronunciación de este cántico el Espíritu Santo obró varios portentos en San Juan Bautista, precursor del Hijo de Dios, lo mismo que en su padre San Zacarías y su madre Santa Isabel; añade que la experiencia ha mostrado que es excelente medio para expulsar al demonio del cuerpo de los posesos. Varios otros autores muy serios refieren diversos milagros que han ocurrido por la recitación de este cántico. San Anselmo cuenta una experiencia personal: Padeciendo de varias dolencias que lo hacían sufrir dolores muy agudos, fue curado enteramente al recitar el Magnificat.

Cesario refiere de un santo religioso que tenía devoción particular a la bienaventurada Virgen y en especial a la recitación del Magnificat, que hallándose próximo a su fin, la Virgen se le apareció y le dijo que pasados siete días saldría de este mundo; en seguida le dio su bendición. Al día séptimo siguiente, en el momento final, estando este buen religioso en presencia del prior del monasterio, María se le apareció de nuevo acompañada de gran número de Ángeles y Santos; y estuvo presente hasta que este santo varón, con alegría inconcebible, rindió su espíritu a Dios. El cardenal Jacques de Vitry cuenta en la vida de



Santa María de Oignies, que hallándose próxima a morir y cantando este cántico de la Madre de Dios, Ella se le apareció y le advirtió que recibiera el Sacramento de la Extremaunción. Luego, se hizo presente en su final con varios santos e incluso con el Santo de los santos, su Hijo Jesús. Esto nos demuestra que es muy del agrado de nuestro Salvador y de su Divina Madre que se recite este divino cántico con devoción.

No sabemos si la Bienaventurada Virgen lo cantó o pronunció públicamente otras veces, mientras estuvo en este mundo. Pero no es posible dudar que lo haya recitado y quizás cantado varias veces en privado. Algunos autores refieren que se apareció varias veces en algunas iglesias, rodeada de gran número de Ángeles, durante la celebración de vísperas, que terminaba con el cántico del Magníficat, y se le escuchó cantar este maravilloso cántico junto con los Sacerdotes y religiosos, de manera melodiosa y encantadora, y que no hay palabras que lo puedan expresar.

Cuando lo cantes o recites, recuerda que debes darte al Espíritu Santo para unírte a la devoción y a las santas disposiciones con las que fue cantado y recitado por la Bienaventurada Virgen María y por número incontable de santos y santas que lo han cantado y recitado muy piadosamente.

Siguiendo la recomendación de San Luis María Grignión de Montfort, expondremos una explicación detallada y piadosa sobre este hermoso, admirable y divino cántico del Magníficat.

Según el Santo Evangelio: “El miércoles 30 de marzo del mismo año [5199] fue la Visitación de la Divina María a su prima Santa Isabel, misterio que sucedió así: Entró María en casa de Zacarías e Isabel, y saludándolos, cuando Isabel oyó la salutación de María, el niño Juan dio saltos de gozo en el vientre de Isabel, su madre, al quedar él presantificado y ungido profeta de grado superior. Santa Isabel, al ser presantificado su hijo San Juan Bautista, recibió un aumento de Gracias y una mayor ilustración para conocer grandes misterios, pues fue toda conmovida con espiritual júbilo, sintiéndose llena del Espíritu Santo. Y conociendo entonces el misterio de la Encarnación en la Santísima Virgen, exclamó en alta voz, diciendo a María: ‘Bendita Tú eres entre todas las mujeres, y bendito es el Fruto de tu vientre. ¿De dónde a mí tanto bien, que la Madre de mi Señor venga a visitarme? Porque he aquí, luego que llegó la voz de tu salutación a mis oídos, la criatura que llevo en mi vientre dio saltos de gozo. Bienaventurada Tú, porque has creído, porque, así como se ha cumplido la Encarnación del Hijo de Dios en tu vientre, también se cumplirá todo lo demás que te fue dicho de parte del Señor.’

Y dijo María: ‘Magnifica mi alma al Señor, y mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador. Porque miró la pequeñez de su esclava, ya desde ahora me llamarán Bienaventurada todas las generaciones. Porque ha hecho en Mí cosas grandes el que es Todopoderoso, cuyo Nombre es Santo. Y su misericordia se derrama de generación en generación sobre los que le temen. Desplegó el poder de su brazo, confundió a los soberbios en los pensamientos de sus corazones, destronó a los poderosos y ensalzó a los humildes, colmó de bienes a los hambrientos y a los ricos dejó vacíos. Amparó a Israel, su pueblo, acordándose de su misericordia, según las promesas que hizo a nuestro padre Abrahán, y a su descendencia por los siglos de los siglos’.”

Con la ayuda de San Juan Eudes, San Luis de la Puente, San Pablo Ségnéri, y del venerable Fray Pedro de Santa María Ulloa, vamos a considerar lo que la Virgen, llena de un altísimo espíritu de profecía, respondió al oír las palabras de Santa Isabel, cuando compuso el soberano cántico del ‘Magníficat.’ Mirad cómo la Virgen, habiendo oído tantas cosas en su alabanza, no dirigió su respuesta a Santa Isabel que la alababa, como lo suelen hacer comúnmente los hombres, para mostrarse agradecidos, sino que todas sus palabras fueron referidas a Dios nuestro Señor, enseñándonos el modo cómo nos hemos de comportar con los hombres cuando nos alaban; porque lo mejor y más seguro es, mudar la plática y hablar con Dios, de quien proceden los dones por los que somos alabados.

Considera como, absorta nuestra Señora y toda puesta en Dios, abriendo sus divinos

labios, compuso y dijo en voz clara aquel excelso cántico del Magnificat. Es el cántico de María Santísima. Para que mejor lo entiendas, considera cada frase por partes; que en él hallarás grandes motivos de virtud y alabanzas del Señor.

Mirad como la Virgen, que era tan prudente y tan medida en sus palabras cuando hablaba con los Ángeles y con los hombres, se alargó mucho más cuando habló con Dios, contando sus grandezas; porque lo primero es prudencia y cautela; mas lo segundo es abundancia de amor y agradecimiento, pues los que bendicen al Señor deben alabarle cuanto puedan, porque Él es mayor que todas nuestras alabanzas. Cuando alguien está lleno de Dios, todas sus pláticas son de Dios, para engrandecerle y glorificarle con todo cuanto tiene; porque de la abundancia del corazón habla la boca; así la Virgen nuestra Señora, como estaba llena de Dios, pronunció este soberano cántico, lleno de afectos de Dios, el cual tiene diez versos, y es como un salterio o arpa de diez cuerdas para glorificar a Dios. Es provechoso meditar todas sus palabras, para que sepamos rezarlo con espíritu, a honra de la Virgen, y juntando con cada palabra o verso algún afecto santo o algún gozo por las virtudes de esta Señora, pidiéndolas para nosotros también.



Dice nuestra Señora que su alma magnifica o engrandece al Señor, y su espíritu se alegró en Dios su Salvador. Estaba Santa Isabel alabando y engrandeciendo a María Santísima; y esta gran Señora responde a la Santa, dándole a entender: ‘Ninguna obra, por grande que sea, tiene que gloriarse ni alegrarse de verse engrandecida; porque la grandeza y hermosura que tiene, es del artífice que la hizo y la puso en ella, y así como la obra, cuanto mayor es, tanto más engrandece el poder y sabiduría del artífice; así mi alma magnifica y engrandece al Señor que la hizo y engrandeció: conoce que todo lo que tiene digno de bendición y alabanza, es del Señor.’ Se halla aclamada, bendita y alabada, y no se apropia a sí misma esas bendiciones, esas magnificencias y alabanzas; ni quiere que paren en su alma, ni se detengan un instante en Ella, sino que como van llegando, se las va dando al Señor, cuyas son y a quien se deben dar. Aprende por estas palabras la fidelidad que debes a Dios: no te creas de mayor dignidad por dones que son suyos; a Él se debe toda la honra, gloria y alabanza, como a principio, fuente y origen de todo lo bueno. Si las criaturas te alaban, porque ven en ti alguna cosa buena, y tú no acudes con la alabanza y estimación a Dios que puso en ti lo bueno, eres infiel y ladrón: pues retienes lo que no es tuyo y robas lo ajeno. Reconoce que en ti no hay cosa buena que sea tuya, por la cual se te deba honra, estimación ni alabanza: sino mucho malo, por donde se te debe desprecio, injurias y afrentas, sí. Y así, si te vieres honrado y estimado o alabado, no eres tú a quien te hacen esas honras, sino al que en alguna manera por sus misericordias se contempla en ti. A ese Señor devuelve, a imitación de María Santísima, lo que es suyo, si no quieres perderte con Lucifer.

El ‘Magnificat’ es el cántico del Corazón de la Madre del Amor, es decir, el cántico del Espíritu Santo. El Divino Amor de que está abrasada le hace pronunciar las palabras de ese maravilloso cántico, que según San Bernardino, son llamas de amor que brotan de la ardiente hoguera del divino amor que arde en el Corazón sagrado de esta Virgen incomparable. ¡Con qué respeto y veneración debe ser proclamado y cantado este santísimo cántico! Cuál debe ser la pureza de la lengua y la santidad de los labios que lo reciten. Ciertamente sería necesario ser todo corazón y todo amor para cantar y para pronunciar debidamente este cántico de amor.

‘*Magnifica mi alma al Señor.*’ En este primer verso nos enseña la Virgen el espíritu de alabar a Dios, sintiendo alta y magníficamente de Él, y engrandeciendo todo lo posible sus atributos; esto es, su Bondad y Misericordia; su Sabiduría y Caridad, y la excelencia de su señorío. Y esto, no solo con palabras, sino con el alma y con todas sus potencias, convidándolas para que alaben al Señor. Y no dijo que su alma magnificó o magnificará,



sino magnífica; para significar que su principal oficio y su perpetua ocupación era engrandecer a Dios, haciendo en la tierra lo que hacen los Ángeles en el Cielo. ¡Oh si mi alma engrandeciese siempre a su Señor! Oh Señor de infinita grandeza, poco puedo yo engrandecerte con mis alabanzas; mas del modo que puedo te alabo y engrandezco, y confieso que eres más grande de lo que yo puedo decir y sentir. Oh Virgen soberana, cuya alma siempre engrandeció al Señor, y convidaba a todos que le engrandeciesen, alcanzadme que la mía le engrandezca, ocupándose continuamente en cantar sus grandezas por todos los siglos. Amén.

Engrandecer al Señor, dice San Agustín, es adorar, alabar, exaltar su grandeza inmensa, su majestad suprema, sus excelencias y perfecciones infinitas. El hombre debe magnificar o engrandecer a Dios. Dios engrandece al hombre

con hacerlo grande. Siempre de su parte Dios lo engrandece, pues no satisfecho de haberlo hecho ya grande en la naturaleza, está siempre dispuesto a hacerlo infinitamente mayor en la gracia, y máximo en la gloria. El hombre, al contrario, engrandece a Dios con apocarse en su presencia; tanto más cuanto más se ve engrandecer de Dios: con humillarse, con vilipendiarse, y refundir en Dios, todos aquellos favores que tan liberalmente ha recibido de sus manos. Y esto es lo que quiso decir la Virgen en el primer verso, porque oyéndose alabar en alto grado de Isabel en aquellas palabras ‘Bienaventurada Tú, porque has creído’, no le negó las grandezas recibidas de Dios, como quien ni podía ni debía negarlas; sino que protestó que, en lo obrado en Sí, solo Dios debía confesarse y reputarse grande, pues de Él solo venía aquella grande obra. ‘Magnífica mi alma al Señor’.

Falsamente te lamentas si dices que no sabes qué hacer a gloria de Dios, pues debes humillarte en su presencia lo más que puedas comprender, y entender íntimamente que de ti nada eres, nada sabes, nada bueno puedes; y si no tienes nada que valga, di que todo es suyo, y con esto luego tú le darás aquella gloria que lo hace crecer; al menos en relación a ti mismo. Dios no puede crecer en sí, porque su grandeza no tiene medida. Pero puede sí, sin término alguno, crecer en ti, porque en la proporción de aquella baja estima que tienes de ti, con las gracias que Dios te haga, crece en ti la estima de Dios.

Es verdad que la Virgen, no contenta con engrandecer en sí sumamente a Dios, lo engrandeció también sumamente en otros, pues aquel Dios, que antes de la Encarnación no era conocido más que en una porción de la tierra, después de la Encarnación en breve vino a ser conocido del Universo. Y considerando esto, bien podía decir la Virgen ‘Magnificat ánima mea Dóminum’, porque Ella fue la que dio a Dios aquella carne, por la cual había de quedar más engrandecido en los venideros siglos.

Dale pues a la Virgen la enhorabuena de la suerte que le tocó sobre toda criatura, pero dásela especialmente porque después supo corresponder a su suerte mejor que criatura alguna. No dijo la Virgen que engrandecía a Dios con la lengua, sino que lo engrandecía con el Alma: “Magnifica mi alma al Señor;” y esto porque, sin comparación, era mucho más lo que daba de gloria a Dios María con sus potencias interiores, que lo que expresaba en las palabras. Al hablar de Dios con los hombres, la Virgen María necesitaba usar aquellos vocablos comunes a todos; mas no así al hablar de Dios entre sí y Dios mismo, en el darle gracias, en el admirarlo, en el amarlo, en el bendecirlo. En esto, no sujeta a nuestras reglas, usaba Ella de aquellos sentimientos que eran propios suyos, que son incomprensibles para nosotros. Ningún ser humano puede disponer de toda su propia alma, a honra de Dios, como María podía disponer de la suya, porque Ella sola fue su absoluta Señora, y la tenía siempre libre de distracciones importunas, de rebeliones, de repugnancias y afectos desordenados, en virtud de la impecabilidad intrínseca por Gracia; es así, porque los

Sagrados Corazones de Jesús y María “viven fundidos de modo majestuoso y único, llegando a una comunión perfecta, de tal manera, que todos los pensamientos, afectos, alegrías y dolores de Jesús y María, brotan de una misma fuente: Su Divino Desposorio.” (Tratado de la Santa Misa). Muy justamente dijo María: “Magnifica mi alma al Señor,” pues dijo lo que ninguna otra entre las puras criaturas podía decir, pues ninguna otra puede jamás llamar ‘propia’ a su Alma como la llamó María.



¿Tú acaso puedes en todo momento decir que sea tuya tu alma? ¿Cómo tuya, si tan poco puedes disponer de ella? La ambición, la ira, la envidia, la vanidad, ¿no tienen hasta ahora juntamente dominio de tiranizarla? Y ¿cómo la puedes llamar tuya con verdad? Hasta que no la recuperes de las manos de tantos bárbaros cuantas son tus pasiones, no te jactes de que la posees, pues aunque por derecho sea tuya, no lo es de hecho. Y si no lo es de hecho, ¿cómo tú podrías decir también con la Santísima Virgen francamente: ‘Magnifica mi alma al Señor’? Si lo dices, quizás los demonios se reirán de ti, sabiendo ellos con certeza que actualmente les es dado poseer aquella alma a la cual tú llamas tuya. Este término posesivo en pocos labios está absolutamente bien usado; en muchos muy mal; y en los de la Virgen María fue usado perpetuamente con perfección.

María no dice: ‘Magnifica mi alma a mi Hijo,’ sino ‘al Señor’, para ponerse más lejos de toda sombra de alabanza propia. Al decir ‘mi Hijo’ hubiera usado de un término más glorioso para sí, porque nosotros no podríamos acordarnos del Hijo sin que al mismo tiempo nos diese a entender que Ella era la Madre. Quiso decir ‘Señor’, porque entonces no le corresponde a Ella otro título que ‘la Esclava’, y este era precisamente el título en el que la Virgen María, más que en ningún otro, se complacía; tanto que, si Ella se gozaba de verse Madre del Verbo Eterno, no era por el señorío que de aquí le resultaba sobre el universo; se gozaba sí por la servidumbre más especial y más estrecha que, como Madre, debía rendir a su bendito Hijo en criarlo, cargarlo, y usar con Él de todos aquellos incesantes servicios que hace una mujer pobre a su hijo; cuanto más tierno, tanto más menesteroso. Bienaventurado, pues, aquel que nada estima más que el servir a Dios. El gozar de las más escogidas delicias de Dios en la oración, es digno de aprecio y debe estimarse, pero no tanto como el servirle. El más mínimo servicio que a Dios se haga, vale mucho más que recibir de sus manos cualquier regalo.

Tú pues que oyes cómo se portó la Virgen, coge de Ella la lección o ejemplo que te dio, de no amar en Dios otro de sus dones más que este de ser Él tu Señor. Este es el que te recuerda la obligación de emplearte todo en su servicio, y sin mirar ningún interés propio tuyo. Si sirves a Dios como a Poderoso, como a Bueno, como a Benéfico, puedes dudar si acaso te mueve a esto algún oculto amor propio tuyo; mas si lo sirves como a Señor tuyo, y de ti todo, vas muy seguro, porque así le deberás servir, y le servirás aun cuando te negase toda paga. Porque no son bienaventurados todos los que adoran al Dios verdadero, sino aquellos que, adorándolo, además lo tratan como quien es; esto es, como a su absoluto Señor.

Nota, sin embargo, que la Virgen dijo: ‘Magnifica mi alma al Señor’; es decir, lo quiso señalar sólo con el término ‘Señor’, sin añadir el limitativo ‘mío’, para que se entendiese que el Señor no es más Señor de uno que de otro; es igualmente Señor de todos. Y así, no hay ninguno que no esté obligado a servirlo de la misma manera. Dile, pues, a Dios en lo íntimo de tu corazón que Él es el Señor de todo. Y al mismo tiempo avergüénzate al pensar que un Señor de tanta majestad se humillase a tomar, por amor tuyo, forma aun de Siervo: “se anonadó a Sí mismo tomando la forma de siervo y viviendo bajo la condición de hombre.” (Filipenses). Esta también fue causa por qué la Virgen María prefirió decir ‘Magnifica mi alma al Señor’ que decirlo de otra manera: para denotar que Ella no dejaba



de reconocer por Señor a su Hijo, aun después de que lo veía reducido a estado de Siervo.

Es extraño que al servicio de todos los hombres, aun de los más viles, haya sido enviado quien de suyo tiene toda autoridad, el dominio natural, el innato y el independiente dominio, no un dominio por participación o comunicado. El Dueño del Universo no pudo hacerse el Siervo de todos sin una grandísima violencia: empujado por su infinito Amor. No es pues de extrañar que, contemplando tan profundos excesos de humillación, prorrumiese la Virgen en exclamar: ‘Magnifica mi alma al Señor’. Si el hombre, cuanto más se humilla, merece entonces ser ensalzado de todos, ¿cuánto más lo merece Dios?

Considera las otras palabras: ‘*Y mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador.*’ Como si dijera: ‘No se alegra mi espíritu, ni se ha alegrado jamás, ni en las propias alabanzas, honras y estimaciones, ni en grandezas, riquezas, ni vanidades, ni en cosa alguna fuera de Dios: solo en Dios se alegró, se alegra y se alegrará,’ porque María fuera de Dios nada quiso, nada espera y nada quiere. Esto dice nuestra Señora, para condenar la vanidad, la hermosura, las riquezas, las honras, estimaciones y glorias vanas de este mundo en que se deleitan y alegran los mundanos. Atiende, pues, a estas razones, y no te alegres en lo que hizo llorar, sudar sangre y padecer afrentosa y cruel muerte a tu Dios, y angustias y amarguras inmensas a la Madre de Dios.

‘Y mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador.’ En estas palabras descubre la Virgen el modo de gozarnos en Dios, apuntando algunas condiciones de este gozo, para que sea puro y perfecto. Porque no hemos de poner nuestro gozo y alegría principal en las cosas espirituales, ni tanto en los dones recibidos, sino en el Dador de los dones que es el mismo Dios. Aunque nos hemos de gozar en Dios, porque es Creador nuestro, principalmente debemos gozarnos en que es nuestro Salvador y Santificador; porque de esta manera es fuente de la alegría espiritual, que se funda en la salud del alma santificada con la divina Gracia. Y este gozo ha de ser principalmente en el espíritu o parte superior del alma, para que sea más limpio de todo lo que tiene resabio de carne; cual suele ser el gozo sensible del cuerpo, aunque algunas veces el gozo del espíritu redunda también en la carne.

Finalmente, nuestro espíritu no se ha de gozar en sí mismo, como si tuviese por sus merecimientos todos los dones de que se alegra, sino que su alegría ha de ser en Dios su Salvador, que se los dio; en Él ha de estribar su alegría, por lo que el alma debe alegrarse en el Señor y deleitarse en su Salvador. Tal fue el gozo de la Virgen, la cual en este punto miró al Salvador que tenía en sus entrañas, y arrebatada de su amor, dijo: ‘Mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador.’ Oh alma mía, levántate sobre ti misma en espíritu como la Virgen, y alégrate puramente en Cristo Salvador tuyo, poniendo en solo Él toda tu alegría. Si deseas gozo, gózate en Dios, y Él te cumplirá los deseos y peticiones de tu corazón, para que tu gozo sea pleno y ninguno te lo pueda quitar, hasta que después entres en el gozo eterno de tu Señor.

“Y mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador.” Considera como engrandecer a Dios es una deuda que debe ser pagada por nosotros con todas nuestras potencias interiores y exteriores, sin que nos sea posible pagar completamente tanta obligación. Cuando María dijo: ‘Magnifica mi alma al Señor’, habló del alma, porque en este cántico, hizo que participase también su cuerpo con voces de alabanza, siendo entonado ante el universo. Mas cuando habló de lo que se regocijaba en Dios, dio a su alma el nombre de espíritu, porque su regocijo quedaba en Ella, conocido sólo de Ella, que lo gustaba sin que otra persona lo pudiese vislumbrar, cuanto menos comprender; correspondiendo a la parte superior de su Alma.

¿Sabes tú la razón por qué engrandeces tan poco a Dios? Porque te regocijas poco en

Dios. Entra en ti mismo, y considera cuales son tus gozos: ¿son sensibles, o son espirituales? Te cuesta encontrar gozo solamente en el espíritu; quieres que el espíritu siempre obre en ti como alma, con darle a los sentidos cualquier contento o satisfacción que deseen, y que no obre jamás como espíritu, negándosela. Pues, no te sorprendas entonces de que te veas privado de las delicias y gozos del espíritu. El espíritu jamás puede tener verdadera alegría, si no es en Dios, cuando obra como espíritu, más bien en su parte superior. Conviene que procures en ti esta tan fina división entre alma y espíritu. El que puede hacerlo en ti, es el que lo hizo en la Virgen María.

Dos son las fuentes del gozo espiritual; la una es el bien que tan ampliamente posee Dios en sí mismo, y la otra fuente es el bien que nos comunica Dios a nosotros. El primero de estos gozos es por su naturaleza siempre mayor, porque se trata de un sumo bien, inmenso, infinito e indefinido. De donde nace que el espíritu enamorado de Dios pueda siempre, y en toda plenitud, gozarse de tal bien. El segundo es siempre menor por su naturaleza y porque es un bien limitado; bien que tal vez podrá parecerle más sensible al espíritu porque es de un bien en que él participa. El primero de estos gozos, como es más noble, ha de preceder, y el segundo debe seguir. Se ve todo esto maravillosamente expresado en estas palabras de la Virgen: “Y mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador.” Al decir ‘en Dios’, nos apunta la primera fuente del regocijo de que gozaba; y al decir después ‘mi Salvador’, nos mostró la segunda. La primera fuente era Dios mirado en sí mismo, sin relación alguna a las criaturas, y para comprimir esto dijo ‘en Dios’. La segunda era el mismo Dios, pero que encarnándose había venido a su seno Dios de salud, y para significarlo así añadió ‘mi Salvador.’ Pero si entre las puras criaturas no hubo ninguna que conociese más que la Virgen aquel bien, de que está Dios colmado en Sí, ni que más participase de Él, ¿quién podría entrever cuál sería aquel gozo que colmaba el espíritu de María de estas dos fuentes juntas? Fue un gozo propio de la visión beatífica, que produjo en Ella el efecto de llenarla de inefable júbilo. Los santos en la tierra no se llenan de este júbilo inefable que corresponde a los Santos en el Cielo, porque siempre ven a Dios de forma velada. No fue así para la Santísima Virgen, porque tenía en sí misma este Bien Infinito, que la llenó de exultación y júbilo, alegrándose no en sí, sino en Dios, que es lo que hacen los Bienaventurados en el Cielo.

Qué alegre felicitación le debes dar a la Virgen Madre por el gran regocijo y júbilo que le tocó, que fue tal que no lo ha gustado semejante ninguna pura criatura mientras vivía en la tierra. Tú, ya que no has de probar en la tierra semejante exultación o alegría, ruega a lo menos a la Virgen que te consiga que lo goces en el Cielo.

Considera cómo el Verbo no fue Dios de Salud para sola la Virgen María, sino que igualmente lo fue para todo el género humano. Y sin embargo, la Santísima Virgen se lo apropió tanto, que lo miró como suyo: “Y mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador.” Lo hizo así con razón, pues primeramente con esto la Virgen nos dio ejemplo de lo que debe hacer cada uno de los fieles. Cada uno debe tener en sí por indudable que Cristo vino al mundo por el bien de todos los hombres. Y para los pecadores vino con más generosidad, a fin de morir para reparar nuestros pecados y redimirnos. No menos debe corresponder cada uno a este beneficio, como si no hubiese venido más que por él al mundo. Nadie en esto puede jamás engañarse, porque Cristo vino así por todos como por cada uno, y así vino por uno como por todos.

Pero aunque Cristo vino al mundo por todos, es cosa cierta que entre todos distinguió al mismo tiempo a la Virgen María de tal suerte que Cristo vino más por amor a María Santísima, que a todos cuantos jamás fueron juntos en una, aunque Ella no necesitaba





redención, ya que era Irredenta. Y siendo esto así, ¿cómo no debía la Virgen llamar Salvador suyo al que principalmente por Ella se encarnó? Finalmente, pudo la Virgen francamente llamar suyo a Cristo, porque era su verdadero hijo y fruto de su vientre, y aunque cualquier madre puede sin duda llamar suyo al hijo que nació de ella, ninguna es tan madre de su hijo como lo fue María de Cristo, pues según la carne puede decirse que fue todo de María. Al decir “Y mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador,” demostró su amor para con Dios y el amor de Dios para con Ella. Dios la preservó de todo mal, y la saturó de gracia hasta el último colmo; esto es, llena en sí totalmente, llena para otros con plenitud de superabundancia hasta lo infinito, y llena sobre todos los otros seres angélicos y humanos juntos.

La Virgen no se regocijó en la salud o salvación dada de Dios; se alegró en Dios que se la dio: ‘en Dios mi Salvador,’ y no ‘en

la salvación’; para que tú aprendas que no te has de complacer tanto en los dones que te reparte Dios, sino en el mismo Dios. Si te complaces en sus dones sin referirlos a Dios, jamás te será posible el llenarte de júbilo y exultación, porque haces sólo lo que aun el pecador sabe hacer en la tierra. Mas si te complaces en Dios solo y en su bondad, será posible que te regocijes con este inefable júbilo, porque haces lo que continuamente hacen los Bienaventurados en el Cielo.

Considera las palabras que siguen: ‘*Porque miró la pequeñez de su esclava, ya desde ahora me llamarán Bienaventurada todas las generaciones. Porque ha hecho en Mí cosas grandes el que es Todopoderoso, cuyo Nombre es Santo.*’ Como si dijera: ‘Miró el Señor la pequeñez y humildad de su esclava, se agradó de ella; y como Poderoso y Santo obró en mí grandes maravillas y misterios inefables: por cuya causa todas las generaciones me aclamarán, predicarán y confesarán por bendita.’ Atiende como la sacratísima Reina no solo le vuelve al Señor, como verdadera humilde, las bendiciones y alabanzas que le da Santa Isabel, sino que vuelve a Él también las que le habían de dar todas las generaciones en tiempo y eternidad, ya desde entonces las consagra al Autor de sus prerrogativas y excelencias; y advierte cómo continúa con la humildad el agradecimiento. Y puesto que profetiza Nuestra Señora sus alabanzas en todas las generaciones, y que estas se le han de dar, por lo que obró el Señor en su sacratísima alma y cuerpo; de ahí viene a ser, que las alabanzas y bendiciones que se dan a María Santísima, redundan en el Señor que la engrandeció; y así alabando a María Santísima, alabas y bendices a Dios.

‘Porque miró la pequeñez de su esclava.’ En este verso y en los siguientes declara la Virgen diez soberanos beneficios, tres particulares y siete generales; los cuales son las principales causas y títulos que tiene para engrandecer a Dios y alegrarse en Él, y mostrársele tan agradecida. El primero es, porque miró la humildad y pequeñez de su esclava; con las cuales palabras la Virgen apunta a dos raíces de los divinos beneficios; una principal de parte de Dios, y otra de parte nuestra. De parte de Dios es, dignarse mirarnos con buenos ojos y acordarse de nosotros para hacernos bien. Porque aunque es verdad que ve todas las cosas; pero no se dice mirar, ni hacer caso de las que deja en el abismo de la nada o en el profundo de su miseria, sino de las que mira para usar con ellas de grande misericordia.

La raíz de parte nuestra es el reconocimiento de nuestra pequeñez, por el cual nos disponemos a recibir los dones de la divina largueza; y así la Virgen, como tan ilustrada de Dios, juntó ambas cosas, engrandeciendo a Dios porque se dignó mirar la humildad de su esclava. Por estas palabras no tanto confiesa de sí que tiene la virtud de la humildad, cuanto la ejercita; porque como verdadera humilde, no se tiene por tal o lo callara, sino con humildad confiesa que es pequeña, vil y despreciable como esclava; y que a pesar de esto, no se desdeñó Dios de mirarla. Con lo cual nos enseñó, que el fundamento de las

alabanzas de Dios y de la acción de gracias por los beneficios que nos hace, ha de ser el reconocimiento de nuestra pequeñez e indignidad, porque de esta manera no habrá peligro de mezclarse vana complacencia, como le sucedió al soberbio fariseo del Evangelio; antes esta pequeñez ha de ser motivo para pedir a Dios que me mire con buenos ojos y me haga grandes mercedes; porque su inclinación es mirar las cosas pequeñas en el cielo y en la tierra, y hacerles grandes misericordias. Porque Dios mira la humildad y pequeñez de sus siervos, y libra sus almas de todas sus miserias. Oh Dios Altísimo, que habitas en las alturas del Cielo, mira la pequeñez de este vil esclavo, y usa con él de tu acostumbrada misericordia, levantando del polvo a este mendigo, y del estiércol a este pobre, para colocarle con los príncipes, haciéndole santo como a ellos. Amén.

Si nos asusta ser contados entre los esclavos de Satanás

pero deseamos ser del número de los hijos de Dios, tengamos horror a la ambición, al orgullo, a la soberbia, a la presunción y a la vanidad. Declaremos guerra mortal a esos monstruos del infierno y no toleremos que ocupen nuestros pensamientos, sentimientos, palabras y obras. Esforcémonos en cambio, cuanto nos sea posible con la gracia de Dios, por establecer en nosotros el reino de la santísima humildad de Jesús y de María.

‘Ya desde ahora me llamarán Bienaventurada todas las generaciones.’ Este es el segundo título que tuvo la Virgen para engrandecer a Dios, porque desde aquel momento que miró su pequeñez, y porque la miró, la llamarían bienaventurada todas las naciones de los hombres que creyesen en Cristo, las de entonces y las por venir, por todos los siglos. Con lo cual no toma la Virgen por motivo de gozo sus propias alabanzas, sino las grandezas que Dios la dio, en que se fundan, y el bien que resultaría a todos los que la sirviesen y alabasen. Oh Virgen soberana, yo de mi parte quiero cumplir vuestra profecía y ser uno de los que os llaman Bienaventurada. Vos sois Bienaventurada, porque creísteis, como dijo vuestra prima; y sois Bienaventurada, porque trajisteis en vuestro vientre al Salvador; y mucho más Bienaventurada, porque oísteis su palabra y la guardasteis. También sois Bienaventurada con las ocho bienaventuranzas que vuestro Hijo predicó en el Sermón de la Montaña: sois pobre de espíritu, y es vuestro el Reino de los Cielos; sois mansa, y poseéis la tierra de los vivos; llorasteis los males del mundo, y así sois consolada; tuvisteis hambre y sed de la justicia, y ahora estáis harta; sois misericordiosa, y alcanzasteis misericordia, siendo Madre de Misericordia; sois pacífica, y así por excelencia sois Hija de Dios; sois limpia de corazón, y estáis viendo claramente a Dios; padecisteis persecuciones por la justicia, y ahora es vuestro el Reino de los Cielos, como Reina suprema de todos sus moradores; oh Reina soberana, me gozo de que seáis Bienaventurada por tantos títulos. ¡Oh si todas las naciones del mundo se convirtiesen a vuestro Hijo, y os llamasen con gran fe Bienaventurada, para que por vuestro medio llegasen todos a ser bienaventurados, imitando aquí vuestra vida, y gozando después de vuestra gloria! De aquí también deduciré cuán gran motivo de alegrarnos en Dios es la esperanza cierta de ser bienaventurados; por lo cual dijo Cristo Nuestro Señor a sus discípulos: “no os gocéis con vanidad porque los espíritus infernales os estén sujetos, sino gozaos de que, por vuestras buenas obras, vuestros nombres estén escritos en los Cielos.” Y San Pablo dice a los Romanos que nos gocemos con la esperanza de alcanzar la bienaventuranza que nos esta prometida.

‘Porque ha hecho en Mí cosas grandes el que es Todopoderoso, cuyo Nombre es Santo.’ Este es el tercer título que declara la Virgen para glorificar a Dios, porque en ese momento tuvo presente en su memoria las cosas milagrosas que Dios había obrado en Ella, y los grandes beneficios que le había hecho desde el instante de su creación hasta entonces; especial-





mente aquel gran milagro de ser Virgen y Madre; y no cualquier madre, sino del mismo Dios y, admirada de tantas grandezas, alabó a Dios por ellas, atribuyéndolas a su Omnipotencia y a la Santidad de su nombre, porque con su Omnipotencia las hizo, y con su Santidad quiso hacerlas, para que su nombre fuese santificado y glorificado por todos los siglos. Y al decir que hizo Dios en Ella cosas grandes, da también a entender que la hizo grande en las cosas que hacen a los hombres grandes delante de Dios, que es la santidad y dones celestiales; porque siendo el Hijo grande, también lo había de ser su Madre. Por donde consta que no es contra la humildad reconocer en sí los dones de Dios; antes, el mismo Divino Espíritu nos los descubre, para que se los agradezcamos, atribuyéndolos no a nuestros merecimientos; sino a la Potencia y Santidad de Dios, haciendo junta de estos dos atributos, como los cuatro misteriosos animales que daban la gloria a Dios, diciendo: ‘Santo, Santo, Santo, es el Señor Dios de los Ejércitos: El que es, El que era, y El que siempre será’. (Apocalipsis).

Dios eligió a María Santísima desde el principio para ser Hija de Dios Padre, Madre de Dios Hijo y Esposa de Dios Espíritu Santo. Este fue un favor tan sublime que por eso no podía jamás cesar de glorificar a quien se lo había dispensado y de llenarse en Dios de júbilo inefable. Dice: “miró la pequeñez de su esclava,” pues la Virgen sobresale especialmente en la hermosa virtud de la humildad, al considerarse la ‘Esclava del Señor’, ya que verdaderamente conocía su propia nada (que tan poco conocemos nosotros) para significar que en cuanto a sí misma ni existe sino como criatura de Dios, quien desde la eternidad la destinó para la dignidad de Madre de Dios. María nunca tuvo ambición de ser grande ni poderosa; sólo anhelaba servir a Dios y cumplir su Divina Voluntad en todo. Ella no atribuye a sus propios méritos los beneficios recibidos, sino a la Bondad y Misericordia de Dios, y con esto enseña a todos los cristianos la suma importancia de tener la virtud de la humildad. Muchos no llegan a ser humildes porque no llegan a penetrar bien cuánta es su vileza y miseria: “si alguno presume de ser algo, a sí mismo se engaña, pues verdaderamente no es nada por sí mismo” (Gálatas). La Virgen Inmaculada se rebaja al máximo al decir que Dios “miró la pequeñez de su esclava,” pues no pudo decir como cualquiera de nosotros: “Dios ha visto mi iniquidad,” ni tampoco pudo decir lo que dijo su antepasado el Rey David: “ten en cuenta, Señor, que en pecado me concibió mi madre, que en culpa nací,” porque no sería verdad.

Parece que, de razón, la humildad debería ser virtud propia de pecadores, que tienen tantas iniquidades de que acusarse y avergonzarse; y con todo, nunca ha sido mayor que en María y en los más justos: “Aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón.”

“Ya desde ahora me llamarán Bienaventurada todas las generaciones.” La bienaventuranza en la tierra no consiste en verse libre de padecer. Vives engañado si crees que el que se halla libre de toda angustia es bienaventurado. Esta es bienaventuranza de la vida venidera, pero ciertamente no lo es de la presente. Antes, la bienaventuranza de la vida presente consiste en padecer mucho por amor de Dios, por lo que se ha de creer más bienaventurado cada uno de los viadores en cuanto tuviere más que padecer: “Bienaventurados los que padecen persecución a causa de la justicia,” porque así puede con más fundamento esperar la bienaventuranza eterna: “Bienaventurado aquel que sufre con paciencia la tentación y la tribulación, porque después que fuere así probado, recibirá la corona de vida eterna que Dios ha prometido a los que le aman.” (Santiago).

¿Por qué todas las generaciones llaman a María ‘Bienaventurada’? No sólo por la suprema

dignidad de Madre de Dios, sino porque María correspondió perfectísimamente a esta dignidad; pues en todo se portó como dignísima Madre de Dios y compañera de Cristo en la Reparación y Redención. Para que seas bienaventurado, no basta que Dios te elija y llame para obras de su gloria, sino que es necesario que tú después correspondas a tal elección.



María Santísima profetizó: “Ya desde ahora me llamarán Bienaventurada todas las generaciones,” diciendo que en todos los siglos venideros el universo iba a darle el título de Bienaventurada. ¿Quieres ver cuanta verdad es esta? Pues advierte que cuando tú oyes decir: ‘la Bienaventurada Virgen’, no dudas de si se habla de Santa Inés, o de Santa Cecilia, o de Santa Águeda, o de Santa Catalina, aunque todas estas sean vírgenes y bienaventuradas; sabes con certeza que únicamente se habla de María Santísima. Tanto es verdad, que se mira como suyo propio el bello título de Bienaventurada, absolutamente, que todos le dan. Aun en esta vida, se comenzó a darle este gran título: “¡Bienaventurado el vientre que te llevó!” Y lo confirmó el Señor: “¡Bienaventurados más bien los que escuchan la palabra de Dios y la ponen en práctica!”, señalando que María es Bienaventurada más bien por cumplir la Voluntad de Dios. Fue esto en tanto grado que, al mismo paso con que se propagó sobre la tierra la Fe de Cristo, se propagó también la suma Bienaventuranza de la Madre. Y lo más admirable es que no veamos que un ardor tal en celebrarla haya enfriado en la Iglesia, aun después de tantos siglos, sino que es aun más vivo y ardiente que en sus principios; pues, aunque llegó el tiempo de la gran apostasía romana, justamente porque el pueblo fiel cayó en el satánico engaño de creer que honrarla no es tan importante, en la Iglesia verdadera la devoción a María Santísima ha crecido notablemente. Parece que la Virgen preveía en espíritu todo esto que después iba a hacer la Iglesia para honrarla. Y entre aquellos que previó la Virgen, tan ansiosos de ensalzarla, ¿te previó también a ti? Si te previó, alégrate; que razón tienes para alegrarte. Dirás a la Virgen: ‘Bienaventurada’; y Ella, en cambio, te hará a ti bienaventurado. No temas, que jamás deja vencerse por alguno en los obsequios; siempre será mayor su correspondencia.

“Porque ha hecho en Mí cosas grandes el que es Todopoderoso, cuyo Nombre es Santo.” Para Dios, infinito y todopoderoso, todas las obras son pequeñas y fáciles. Pero en María, Dios empleó todo su infinito poder. Aunque María sea pura criatura, Ella sola es de mayor excelencia que todas las demás criaturas juntas, pues es Templo y Sagrario de la Santísima Trinidad: Hija predilecta de Dios Padre, Madre amantísima de Dios Hijo, y Esposa purísima de Dios Espíritu Santo. Hasta que no llegues a conocer la grandeza del Poder Divino, no puedes conocer cuanta sea la grandeza de la Virgen María. Es incalculable cuán grandes fueron los tesoros que derramó Dios en el Alma de la Virgen a fin de mostrarse para con Ella magnífico sin medida, pues la medida fue el poder de Dios y la santidad de Dios, cuyo poder y santidad no tienen término. Se puede decir que llegó Dios al último esfuerzo de su poder, no pudiendo hacer una Madre que fuese mayor.

Si tú quieres hacer una cosa que le sea grata a la Virgen, debes emplearte en dar gracias al Altísimo por los favores que hizo a la Virgen llenándola de Gracia; tanto más, que estos, aunque se le hicieron a Ella, se le dieron estas gracias en tanta abundancia para que de Ella se derivasen también a ti.

Pasa ahora a las otras palabras que se siguen. Considera lo que dice esta soberana Reina: ‘Y su misericordia se derrama de generación en generación sobre los que le temen.’ Es consiguiente esta palabra a las de arriba. Allí dijo María Santísima que todas las generaciones le darán bendiciones y alabanzas; y ahora dice que la misericordia del Señor se extenderá a todas las generaciones. Con que has de entender e inferir de las palabras de la



Reina de los Angeles, que con sus alabanzas andan juntas las divinas misericordias y así, en todas las generaciones del mundo, hasta el fin, cualquiera que la alabare y bendijere en su santísimo Rosario, cuyas alabanzas son las mayores que se le pueden dar en los cielos y en la tierra; este conseguirá la divina misericordia por el perdón de las culpas y el temor santo para no pecar.

‘Y su misericordia se derrama de generación en generación sobre los que le temen.’ Este es el cuarto título porque la Virgen engrandece a Dios, no solamente por los beneficios recibidos, sino por otros muchos que esperaba recibir; y no solo por los beneficios propios, sino por los que reciben todas las naciones del mundo, alegrándose de que la misericordia de Dios sea continua, infinita y sempiterna, y se extienda a todos los que le sirven y temen, de cualquier nación que sean. Porque propio

es de los santos, cuando reconocen las mercedes que Dios les ha hecho, esperar que de su misericordia les hará otras muchas, como dijo San Pablo (II Cor.): ‘Él fue Quien nos libró y nos sigue librando de tan graves peligros, y en Quien confiamos que todavía nos ha de librar.’ Y también es propio de los santos no pensar que solamente amanece el Sol de justicia por sus casas, sino sentir altamente de su misericordia, y que se extiende a otros muchos y por todos los siglos; por lo cual dan gracias a Dios, tomando por propios los beneficios de todos los hombres, gozándose de tener un Dios tan misericordioso, que a ninguno que le teme, niega su misericordia, como lo confiesa David en su salmo de alabanza de las Divinas Misericordias, en el cual no hace otra cosa, que glorificar a Dios por estos dos títulos de misericordia para con él y para con los demás justos.

“Y su misericordia se derrama de generación en generación sobre los que le temen.” ¿Qué es esto que hace que desconfíes de participar de tales gracias? ¿No es lo miserable de tu condición? Por eso la Virgen María quiere que, entre los innumerables atributos que Dios posee, ordenados a hacerte bien, pongas los ojos principalmente en la misericordia. Si hubiera dicho que su bondad, o benevolencia, o liberalidad, se derrama sobre los que le temen, entonces sólo podrían esperarlos los buenos que lo merecen; pero de la misericordia cualquiera puede esperar tanto como otro. Incluso, donde es mayor la miseria, tiene mayor lugar de triunfar la misericordia. Y la Virgen te alienta vivamente, afirmando que la Divina Misericordia va de generación en generación; feliz anuncio, pues es continua y es grandísima, pues se extiende a todos y a todo con generalidad, sin poder faltar. Aquí en su cántico, María se refiere a la Encarnación como la misericordia más grande que pudo Dios usar con el género humano, pues era la misericordia prometida de Dios a los primeros patriarcas, deseada de ellos por tantos siglos; la que pedían y la que continuamente tenían en sus mentes, y en cuya fe confiaban para hallar puerto. Esta misericordia tenía que llegar a todas las generaciones y a todos los pueblos. No hay ninguno tan miserable que, en virtud de ella, no pueda elevarse a una suma felicidad. Sea el pecador que fuese, el más perdido, el más pérfido que se hallare; sólo con que quiera, puede en un instante pasar a ser un gran santo. Pero advierte que esta misericordia se derrama sólo “sobre los que le temen,” porque cada uno tiene que poner de su parte para que sea eficaz. Debemos temer a Dios con un temor reverencial y filial, el cual nace de la sublime estimación que se debe a la Grandeza de Dios, que es el temor de ofenderle o desagradarle. Este temor, cuando crece más, nos hace más gratos a Dios y más idóneos para invocarlo con viva fe; y a quien teme le está prometida la misericordia constante. La Virgen no pide mucho a cada uno cuando, para prometerle la misericordia de Dios, sólo le pide que le tema. El temer a Dios no es difícil; al contrario, nada le es más fácil a un hijo que temer a su Padre; a un siervo, que temer a su Señor; a un súbdito, que temer a su Príncipe. Así sabemos qué hacer para temerle, siendo así que Dios,

con respecto a cada uno de nosotros, es Padre, Señor, Príncipe, y todo cuanto se pueda concebir de grande. Sin embargo, la extraña perversidad del humano entendimiento no sabe rendirse a verdades tan patentes.

Considera las otras palabras: *‘Desplegó el poder de su brazo, confundió a los soberbios en los pensamientos de sus corazones.’* Es decir, que ostentó en su brazo el poder, y dividió y esparció a los que en su corazón y estimación son soberbios. Habiendo profetizado nuestra Señora, que la misericordia está preparada en todos los siglos para los que la bendijeren y alabaren; ahora prosigue explicando el poder de la Divina Justicia contra los soberbios, altivos y contumaces, que por altivez de sus corazones no quieren humillarse a solicitar por ese medio la misericordia, y así dice nuestra Señora, que el Padre Eterno manifestó el poder de su justicia en su brazo, que es el Hijo Santísimo: brazo fuerte, que con su fortaleza



arruinó el poder de Egipto; y que con su poderosa mano y excelso brazo, sacó al pueblo escogido de la esclavitud del demonio, por el mar rojo de su sangre, tormentos y Pasión. En este brazo fuerte que humilló y sujetó al infierno, manifestará el Señor su justicia y rigor a los soberbios del mundo y los dividirá; y esparcidos como polvo arrebatado del viento sobre la tierra, los perderá: al modo que hizo con los altivos de Babel, que querían levantar una torre hasta el cielo, pretendiendo conseguirlo por sus fuerzas y no por la Divina Misericordia; les confundió la lengua y, confusos, los dividió por el mundo, y divididos murieron los más de ellos a la gracia, con muerte del alma. Advierte, que el Señor manifiesta su poder y justicia en el brazo que es el Hijo, y manifiesta su misericordia en la mano que es la Madre, como dice San Alberto Magno. Ahora mira tú, si quieres la Misericordia; y si la quieres, acude a María Santísima, que la tiene en su mano, y si no acudes a Ella, te cogerá desprevenido y ¿quién te librará de la Justicia?

‘Desplegó el poder de su brazo.’ El quinto título para glorificar a Dios es, las obras de su omnipotencia que ha hecho con su propia virtud y fortaleza, sin ayuda de otro, las cuales repasó la Virgen en su memoria, acordándose de la creación del mundo, de su conservación y gobierno con tanta providencia, de las cosas prodigiosas que hizo, sacando a su pueblo de Egipto, y llevándole por el desierto a la tierra de promisión, con todas las demás que cuenta la Escritura; y principalmente se acordó de la obra de la Encarnación, en la cual mostró Dios su poder y la virtud de su brazo. Por todas estas cosas engrandeció a Dios, diciendo en una palabra lo que David hizo largamente, cantando todas estas obras poderosas de Dios con detalle. Además de esto, en este verso y en los siguientes, no solo cuenta la Virgen lo que Dios ha hecho, sino lo que suele hacer, o lo que tiene costumbre de hacer, conforme a su Bondad, y así le glorifica, porque con su brazo suele obrar poderosamente y hacer obras poderosas cuando quiere y como quiere, y con quien Él quiere; y como las hizo en el tiempo pasado, las hace en el presente, y las hará en el futuro. Todo lo cual me ha de ser motivo de grande alegría en Dios, confiando que también hará en mí cosas poderosas con su fuerte brazo.

‘Confundió a los soberbios en los pensamientos de sus corazones.’ El sexto título para glorificar a Dios es, no solamente la omnipotencia que muestra en las obras de su misericordia, sino también la que ha mostrado en las obras de justicia, castigando a los soberbios, deshaciendo sus planes y confundiendo los pensamientos de sus corazones. Esto discurría la Virgen en su memoria, acordándose como Dios había deshecho los planes del soberbio Lucifer, que quería subir al cielo, poner su silla sobre las estrellas, y ser semejante al Altísimo. Los planes de los soberbios que querían edificar la torre de Babel; y los castigos que hizo en el Faraón y en otros semejantes soberbios. Y por todo esto engrandecía también a Dios, pues por ello es digno de ser alabado, así como lo hizo Cristo



nuestro Señor en el Evangelio, cuando dijo: ‘Yo te alabo, Padre mío, Señor del Cielo y de la Tierra, porque has encubierto estas cosas grandes a los tenidos por sabios y prudentes en este mundo, y las has revelado a los pequeños y humildes. Así es, oh Padre, porque ha sido de tu agrado.’

Considera las otras palabras: ‘Destronó a los poderosos y ensalzó a los humildes, colmó de bienes a los hambrientos y a los ricos dejó vacíos.’ Derribó el Señor de sus sillas a los poderosos y levantó los humildes: llenó de sus bienes a los hambrientos y dejó vacíos a los ricos. Propone nuestra Señora dos ejemplos para que sirvan de escarmiento y con ellos obligar a los pecadores que busquen con tiempo la misericordia. Uno es de los Ángeles apóstatas y otro de los judíos: aquellos los derribó el Señor de los tronos del Cielo, y levantó al Cielo a los hombres de naturaleza baja y humilde. Luego, a los judíos que estaban ricos de doctrina de Santos, de profecías y de los tesoros propios de criaturas santas, los dejó vacíos de todo, y llenó a los gentiles que estaban hambrientos: cuando los judíos rechazaron a Cristo, el Señor les quitó la Iglesia, la Gracia divina, la luz de

la fe, el culto divino y la comprensión de las escrituras, y todo se lo dio a los cristianos; y así dejó vacíos a los unos y hartos a los otros, en castigo de que ellos no acudían con los frutos de bendición que por esos bienes debían a Dios. Y lo mismo hace entre los cristianos mismos que estando entre la misma hartura, mueren a la Gracia y perecen de hambre sus almas; y otras están llenas de virtudes y buenas obras. Estas sirven a Dios y nada les falta; aquellas al mundo, y, como éste no paga si no es con vanidad, por esto todos están vanos o vacíos.

‘Destronó a los poderosos y ensalzó a los humildes, colmó de bienes a los hambrientos y a los ricos dejó vacíos.’ Estos dos versos abrazan otros dos títulos para alabar a Dios porque reúnen su misericordia con su justicia, mostrando su poder en echar de sus tronos y sillas a los poderosos del mundo, quitándoles los reinos o dignidades, y las grandezas que tenían; y en su lugar suele ensalzar y entronizar a los pequeñuelos y bajos. Así vemos como echó del trono celestial a los Ángeles soberbios, y levantó a los hombres humildes; y del trono de este mundo echó a su soberbio príncipe Satanás que le tenía tiranizado, y en su lugar levantó a Cristo, maestro de la humildad; el cual siendo pequeño, como una piedra bajada del cielo, que sin mano alguna que la moviese, ni por obra de hombres, derribó la estatua, que significaba las cuatro monarquías del mundo, y por humildad creció y llegó a ser un gran monte (Dan.); y esta costumbre ha guardado siempre, cumpliendo lo que está escrito, que quien se ensalzare será humillado, y quien se humillare será ensalzado. Y de la misma manera a los hambrientos y pobres, que se tienen por necesitados y tienen hambre y sed de la justicia, les llena de bienes espirituales, cumpliendo sus deseos, y por el contrario, deja vacíos a los ricos, que se tienen por abundantes y piensan que no tienen necesidad de otros; por lo cual, los ricos quedarán con necesidad y hambre; mas los que buscan a Dios tendrán abundancia de todo bien. Oh alma mía, engrandece a tu Señor por la nobilísima condición que muestra en favorecer tanto a los humildes y hambrientos de la tierra. Oh espíritu mío, alégrate en Dios tu Salvador, porque te corona con misericordias, y llena tu deseo de innumerables bienes. Préciate de ser pequeño, hambriento y menesteroso, para que Dios te levante, harte y llene tus deseos; y tiembla de ser soberbio y rico fastidioso, para que no te arroje de tu silla, ni te deje vacío de su gracia.

Considera las últimas palabras del cántico: ‘Amparó a Israel, su pueblo, acordándose de su misericordia, según las promesas que hizo a nuestro padre Abrahán, y a su descendencia por los siglos de los siglos.’ Así recibió Israel al Hijo de Dios niño, al cual había prometido el Padre, diciéndoles a los santos Padres, Abrahán y sus hijos se les daría por

los siglos de la eternidad. En donde debes ponderar, como habiendo nuestra Señora dicho que el Señor había venido al mundo para abatir a los soberbios y ensalzar a los humildes para hartar a los pobres hambrientos y despojar a los ricos avarientos; luego prosigue ponderando las finezas de Dios, y cuán fiel y verdadero es en sus promesas; pues habiendo prometido darnos a su Hijo, para que nos redimiese y salvase, lo cumplió como lo prometió: para con esto mover nuestros corazones al agradecimiento de un tan grande beneficio, y obligarnos a la correspondencia, dándonos a quien se nos da, y consagrándonos enteramente al servicio de quien para siempre nos recibe en las moradas gloriosas de su reino.

‘Amparó a Israel, su pueblo, acordándose de su misericordia, según las promesas que hizo a nuestro padre Abrahán, y a su descendencia por los siglos de los siglos.’ Estos dos versos abrazan otros dos títulos poderosísimos para regocijarnos en Dios y movernos a alabarle.

Uno es el cuidado y providencia que tiene de mirar por los que ha tomado a su cargo, como hijos y familiares suyos, acudiendo personalmente a remediarlos; y aunque parece que por algún tiempo se olvida de ellos, pero a su tiempo se acuerda de su Misericordia, y los remedia, como se acordó de Israel y del mundo todo, y vino a remediarlo cuando se encarnó. El otro título es la fidelidad grande que tiene Dios en cumplir las promesas que tiene hechas a nuestros padres, cumpliéndolas fielmente en todos sus descendientes hasta el fin del mundo; así como cumplió la palabra que dio a Abrahán y a David, de que vendría a remediarlos, y a dar salud y vida a todos sus hijos, por todos los siglos. Con estas dos consideraciones se encendió el alma de la Virgen, para engrandecer a Dios, y su espíritu se alegró en Dios su Salvador, y con ellas mi alma y mi espíritu se han de encender con semejantes afectos, pues cada día veo esta providencia que Dios tiene con sus hijos, y la fidelidad con que cumple lo que prometió a los Apóstoles, Padres nuestros, no olvidándose de los fieles que son sus descendientes, hasta el fin del mundo. Estos son los diez títulos o razones que en este cántico declara la Santísima Virgen para glorificar a Dios, inspirada por el Verbo Eterno Encarnado que tenía en sus entrañas, de los cuales puedo yo hacer otro salterio y arpa de diez cuerdas para el mismo fin, alabando a Dios, ya por un título, ya por el otro; y porque no sé hacer esto como debo, tengo que suplicar al Verbo Encarnado que me lo enseñe, como lo enseñó a su Madre, y a Ella que me lo alcance para gloria de su Hijo. Amén.

Como esclavo de amor, debes intentar copiar a María Santísima, respecto de Dios, en la absoluta docilidad de Esclava del Señor, e intentar vivir su ‘Magnificat’ y buscar la gloria de Dios en todo lo que haces, poniendo el amor divino en tu vida entera y viviendo con la Trinidad Santísima en tu alma, en una familiaridad incesante, muy respetuosa y filial. Debes ser fiel a Jesús en todo, por todo, no amando más que a Él, no viviendo sino por Él, no aspirando sino a sus intereses, a su reinado, deseando siempre una más estrecha unión con Él. Debes imitar la humildad de María, y reconocer prácticamente que tus talentos, éxitos y virtudes vienen de Dios, considerando con frecuencia tu nada, tus defectos, tus miserias. No te pongas por encima de los demás en pensamientos, palabras o actos, para que así sientas alegría al ser desconocido y tenido en nada. Para llenar tu alma de los sentimientos de María Santísima, es preciso que reces con frecuencia el Magnificat, y sobre todo que lo tengas bien grabado en el corazón para mejor amar, servir y glorificar a Dios en unión con su Santísima Madre. Además, el Magnificat es una oración muy agradable a Dios, que ha sido recomendado especialmente como una oración de gran poder para casos difíciles, desesperados y urgentes.

En los Mensajes del Palmar de los años 1972 y 73 hay varias exhortaciones a meditar sobre el Magnificat. La primera cita es de la Santísima Virgen María; las otras cuatro son del Señor:





“Dios es Infinitamente Misericordioso. Pero también está, al lado de la Misericordia, su Justicia. Sólo los que se humillen, alcanzarán la misericordia. Los soberbios quedarán en la cuneta. ¡Ay, de los soberbios! ¡Ay, de los soberbios! Que mediten el Magníficat. Que mediten el Magníficat. ¡Ay, de los soberbios!”

“Hoy los auténticos seminarios están en los lugares de apariciones, donde se enseña la verdadera fe, la verdadera doctrina, donde se enseña a amar a Dios como se merece, a proclamar los dogmas de la Eucaristía, los dogmas de María, y a profesar el verdadero credo. Pero los sabios teólogos no admiten que pobres ignorantes sepan más que ellos; no comprenden que, gentes incultas, de poca preparación, den una explicación teológica que espanta a las ciencias y a las letras. Y he ahí la mano de Dios que se manifiesta a los humildes, que abre los sentidos a los humildes y cierra los sentidos a los soberbios. He ahí el canto del Magníficat. ¡Pobres teólogos! ¡Pobres listos! ¡Pobres licenciados en letras, cuyos corazones están duros y cerrados a la Verdad! Pero estos Lugares, pobres y míseros, serán los que darán Luz a la vida actual.”

“Todo vidente debe reconocer que todas estas gracias son gratuitas por mi Voluntad y no por méritos de ellos. Y siempre creerse el último de todos, el último de todos, que tampoco quiere decir que deje de cumplir su misión que le corresponde. Este que está aquí, pobre pecador, es el último de todos los videntes, el estiércol y la basura. Y por ser esa basura, Yo he querido escogerlo para grandes misiones; porque, Yo Soy el que escojo como quiero, cuando quiero y a quien quiero. De la basura hago grandezas. Medita siempre el Magníficat: ‘Porque miró la pequeñez de su esclava, ya desde ahora me llamarán Bienaventurada todas las generaciones. Porque ha hecho en Mí cosas grandes el que es Todopoderoso, cuyo Nombre es Santo.’ Si la misma Virgen dice esto ¿Qué puede decir un vidente? Defiende estos Lugares, pero también ceñirás corona de espinas, para luego convertirse en rosas.”

“Benditos aquellos que, siendo grandes sabios, reconocen que son necios ante la Sabiduría de Dios: Benditos aquellos, han recibido la Luz de Dios. Por eso, hijos míos, recordad estas mis palabras: ‘Yo te alabo, Padre mío, Señor del Cielo y de la tierra, porque has encubierto estas cosas grandes a los tenidos por sabios y prudentes en este mundo, y las has revelado a los pequeños y humildes. Así es, oh Padre, porque ha sido de tu agrado.’ Y recordad también el Magníficat, que es enseñanza de María para toda la humanidad: ‘Porque miró la pequeñez de su esclava, ya desde ahora me llamarán Bienaventurada todas las generaciones. Porque ha hecho en Mí cosas grandes el que es Todopoderoso, cuyo Nombre es Santo.’ Como la otra parte, en que ha destronado a los poderosos y ha ensalzado a los humildes: Mas cuidado también en estas palabras, que pueden ser espadas de dos filos: No todo aquel que es pobre humanamente, es humilde. Y tampoco todo aquel que es rico, es soberbio. ¡No! El poderoso puede darse en el rico, en el mediano y en el pobre.”

“Usad bien de vuestra libertad. Y repasad el Magníficat. Repasad el Magníficat: Que derribo a los poderosos y ensalzo a los humildes... Y la humildad está en aceptar la palabra de Dios y cumplirla. Y dejar las cosas personales y seguir el camino del Cielo.”

Santa María de Jesús de Ágreda explica lo que la misma Santísima Virgen María le reveló: A las palabras de Santa Isabel, con que engrandeció a nuestra gran Reina, respondió la Maestra de la sabiduría y humildad, remitiéndolas todas a su Autor mismo y con dulcísima y suavísima voz entonó el cántico del Magníficat que refiere el Evangelio. Como Santa Isabel fue la primera que oyó este dulce cántico de la boca de María Santísima, así también fue la primera que lo entendió y con su infusa inteligencia lo comentó. Entendió en él grandes misterios de los que encerró su autora en tan pocas razones. Magnificó el espíritu de María Santísima al Señor por la excelencia de su Ser Infinito; refirió y dio a Él toda la gloria y alabanza, como a principio y fin de todas sus obras, conociendo y confesando que

sólo en Dios se debe gloriarse y alegrar toda criatura, pues Él solo es todo su bien y su salud. Confesó asimismo la equidad y magnificencia del Altísimo en atender a los humildes y poner en ellos su Divino Amor y espíritu con abundancia, y cuán digna cosa es que los mortales vean, conozcan y ponderen que por esta humildad alcanzó Ella que todas las generaciones la llamasen bienaventurada; y con Ella merecerán también esta misma dicha todos los humildes, cada uno en su grado. Manifestó también en sola una palabra todas las misericordias, beneficios y favores que hizo con Ella el Todopoderoso cuyo nombre es santo y admirable, llamándolas ‘cosas grandes’, porque ninguna fue pequeña en capacidad y disposición tan inmensa como la de esta gran Reina y Señora.



Y como las misericordias del Altísimo redundaron de la plenitud de María Santísima en beneficio para todo el linaje humano y Ella fue la Puerta del Cielo por donde todas salieron y salen y por donde hemos de entrar a la participación de la Divinidad, por esto confesó que la Misericordia del Señor con Ella se extendería por todas las generaciones para comunicarse a los que le temen. Y así como las misericordias infinitas levantan a los humildes y buscan a los que temen a Dios, también el poderoso brazo de su justicia disipa y confunde a los soberbios en los pensamientos de su corazón y los derriba de su solio o trono para colocar en él a los pobres y humildes. Esta justicia del Señor se estrenó con admiración y gloria en la cabeza de los soberbios, Lucifer, y en sus secuaces, cuando los dispó y derribó el brazo poderoso del Altísimo de aquel lugar y asiento levantado de la naturaleza y de la gracia, que tenían en la primera voluntad de la Mente Divina y de su Amor, con que quiere que sean todos salvos; y su precipitación fue su envanecimiento con que intentaron subir adonde ni podían ni debían, y con esta arrogancia toparon contra los justos e inescudriñables juicios del Señor, que despojaron y derribaron al ángel soberbio y a todos los de su séquito, que ellos mismos se precipitaron al infierno, y en su lugar fueron colocados los humildes por medio de María Santísima, Madre y Trono de Misericordia.

Por esta misma razón dice y confiesa también esta Divina Señora que Dios enriqueció a los pobres, llenándolos de la abundancia de sus tesoros de gracia y gloria, y a los ricos de propia estimación, presunción y arrogancia, y a los que llenan su corazón de los falsos bienes que tiene el mundo por riquezas y felicidad, a éstos los despidió y despide el Altísimo de Sí mismo, vacíos de la verdad, que no puede caber en corazones tan ocupados y llenos de mentira y falacia. Recibió a su siervo y a su niño Israel, acordándose de su Misericordia, para enseñarle dónde está la prudencia, dónde está la verdad, dónde está el entendimiento, dónde la vida larga y su alimento, dónde está la lumbre de los ojos y la paz. A éste enseñó el camino de la prudencia y las ocultas sendas de la sabiduría y disciplina, que se escondió de los príncipes de las gentes y no la conocieron los poderosos que predominan sobre las bestias de la tierra y se entretienen y juegan con las aves del cielo y amontonan los tesoros de plata y oro; ni la alcanzaron los sabios y prudentes soberbios de este mundo. Pero el Altísimo la entrega a los que son hijos de luz y de Abrahán por la fe, por la esperanza y obediencia, porque así se lo prometió a él y a su posteridad y generación espiritual, por el bendito y dichoso fruto del vientre virginal de la Santísima Virgen María.

Entendió Santa Isabel estos escondidos misterios, oyendo a la Reina de las criaturas; y no sólo eso entendió la dichosa matrona, sino también otros muchos y mayores misterios. Pero en las dulces pláticas y conferencias divinas que tuvieron estas dos señoras y mujeres santas y prudentes, María purísima y su prima Isabel, el encendido amor de estas divinas Señoras excedía a todos los serafines, y sola María Santísima amaba más que todos ellos. En este divino incendio se abrasaban, para volar a la más sublime comprensión de los misterios del



Altísimo. Ambas concertaron guardar el secreto del misterio del Rey para sí solas toda la vida, estando humilladas y aniquiladas en su baja estimación a la vista de tanta Majestad, pues María Santísima encerraba en su virginal vientre al mismo Dios de la majestad, y con razón y toda verdad diremos que cubría el trono donde el Señor tenía su asiento.

En esta publicación hemos recogido muchos milagros, y así como se pusieron esos, se podrían agregar otros más, hasta el infinito, pues se ve que no hay cosa más frecuente ni que abunde más, que los milagros hechos por intercesión de la Santísima Virgen María y por su santo Rosario. Cristo Nuestro Señor hizo innumerables portentosos milagros en el mundo. Mas, de María Santísima está escrito: “Fueron tantas las almas que Ella, en la ciudad de Éfeso, atrajo al camino de la verdad y vida eterna, y las obras milagrosas que hizo con este fin, que ni en muchos libros se podrían escribir.” Así decimos también,

que si los milagros que Dios ha hecho por medio de su Santísima Madre a través de los siglos se hubiesen de escribir todos, sería de nunca acabar. Baste saber que el primer milagro público que Cristo Nuestro Señor hizo en el mundo, fue en las bodas convertir el agua en vino, y esto a petición de su Santísima Madre, para que entendiéramos, sus hijos y devotos, los beneficios que de su generosa mano podemos esperar. Dios no se contenta con que le conozcamos a Él como Sumo Bien y Suma Verdad, sino que quiere que conozcamos también a su Santísima Madre, y que la honremos y veneremos en la tierra como la honran los Santos y Ángeles en el Cielo, y nos valgamos de su intercesión para con su Divino Hijo.

Hemos visto algo de la excelsa Grandeza que Dios ha obrado en María, y de la Grandeza de lo que, en insuperable correspondencia, María ha hecho por Dios. También hemos visto algo de la Grandeza de María en los innumerables milagros que ha obrado a favor de sus hijos a través de la historia. Pero es preciso que reconozcamos los grandes milagros que está obrando en estos tiempos actuales en que, según el Apocalipsis, como lo explica la Santa Biblia Palmariana: “‘Fueron dadas a la Mujer dos alas de águila grande para que volase al desierto, al lugar que Dios le había preparado, y en donde es guardada por un tiempo, dos tiempos y medio tiempo, de la presencia de la serpiente infernal.’ En este pasaje está profundamente representado, el traslado de la Cátedra de la Iglesia desde Roma a El Palmar de Troya... ‘Entonces la serpiente infernal fue en pos de la Mujer vomitando de su boca ríos de infamia, persecución, confusión, seducción y otras múltiples inmundicias, a fin de arrastrarla en la corriente y acabar con Ella. Mas, la Tierra socorrió a la Mujer; pues, abriendo la Tierra su boca, se sorbió al río que el Dragón había vomitado de la suya. Viendo el Dragón que no podía acabar con la Mujer, para vengarse de Ella, se fue a hacer la guerra contra su descendencia, que son los que guardan los Mandamientos de Dios y dan fiel testimonio de Jesucristo’. En este pasaje se simboliza a la Iglesia Palmariana terriblemente perseguida por Satanás y sus huestes. La Tierra simboliza a la Santísima Virgen María que, como Madre, Pastora y Doctora de la Iglesia, pisotea invencible la Cabeza de la maldita serpiente infernal. Ésta, viendo que la Iglesia en sí misma es absolutamente indestructible, tomó venganza combatiendo furiosamente contra sus hijos, los fieles. Con el establecimiento de la Iglesia Palmariana, dio comienzo el Sacro Imperio Hispano Palmariano, o Reinado de los Sagrados Corazones de Jesús y María, si bien dicho imperio y dicho reinado están por ahora reducidos al Sagrado Lugar del Palmar de Troya o místico desierto apocalíptico.”

El milagro actual no es un portentoso particular, sino un continuo milagro de la gracia por el cual María Santísima está apacantando a sus hijos fieles refugiados en el desierto espiritual, protegiéndolos de la corrupción y obscenidades que les rodean por todos lados, y aun así conservándolos en Gracia, al igual que fueron preservados en medio de las llamas los tres

jóvenes del horno de Babilonia. Aquí resalta la grandeza de María Santísima en su amor de predilección a sus fieles hijos, que se honran en querer ser sus esclavos, lo cual exige gran generosidad en nuestra correspondencia, según aquella sentencia de Cristo: “a todo aquel a quien mucho fue dado, mucho le será exigido; y al que mucho encomendaron, más se le pedirá.” ¿Y cómo hay que corresponder a tanto amor? “El amor sólo con amor se paga;” por lo cual es evidente que ahora se impone consagrarnos a María Santísima por la santa esclavitud de amor, y hacerlo todo “por María, con María, en María y para María.”

Recordad lo que se dice en el Credo Palmariano, referente a los tiempos que se acercan: “Creo que, por la gran apostasía general de la iglesia romana, sobrevendrán la terrible Tercera Guerra Mundial y los primeros Tres Días de Tinieblas de la Era Apocalíptica; todo lo cual, será un espantoso castigo purificador, como manifestación de la justa Ira de Dios. Creo que, con esta gran purificación, será la apoteósica Aparición de la Santísima Virgen María o Gran Milagro de El Palmar de Troya, el Pentecostés sobre los Apóstoles Palmarianos, el nuevo



encadenamiento de Satanás, la universal exaltación de la Santa Iglesia Palmariana, y la conquista del Sacro Imperio Palmariano Hispano o Reinado de los Sagrados Corazones de Jesús y María, llevado a cabo por la Orden de los Carmelitas de la Santa Faz o Crucíferos, capitaneados por el Papa”.

El “Gran Milagro” vendrá después de los castigos y la purificación del mundo. Hasta ahora los milagros en El Palmar han sido más pequeños. Esto es también una gracia, para mayor mérito de los buenos, para que así obren por la fe. Y es una misericordia para los malos, posponer el Gran Milagro hasta que estén dispuestos a aceptarlo, porque si viniese ahora tendrían aún mayor culpa al rechazarlo. Así lo explicó Nuestro Señor Jesucristo en un Mensaje en enero de 1970: “Tened fe. ¿Qué mérito tienen los que crean después del Milagro? Ahora es cuando tiene mérito creer, que es a lo que se le llama Fe.” Seguid firmes en la fe por el camino de la salvación, sin apartaros de lo que manda la Iglesia. Esperad con paciencia, que un día llegará el Gran Milagro del Palmar, cuando “Nuestra Madre Celestial mostrará los resplandores de su gloria como jamás entonces había mostrado en aparición alguna. Con su gloriosa y triunfal manifestación apocalíptica, la Santísima Virgen María dará prueba universal e inequívoca de la veracidad de la Iglesia Una, Santa, Católica, Apostólica y Palmariana,” como está anunciado en el Libro del Apocalipsis.

Los miembros de la Iglesia militante, estamos llamados a cooperar, como fieles hijos de María Santísima, para alcanzar ese triunfo de su Inmaculado y Dolorido Corazón. ¿Y cómo? Por la santidad de nuestras vidas, entregadas a la Voluntad de Dios, y por nuestras oraciones, impetrando el auxilio de la Madre de Dios, sobre todo por medio del Santo Rosario Penitencial rezado con atención y meditando profundamente en sus misterios.





Índice

Las Grandezas de la Santísima Virgen María

Introducción	1
Siete dolores o espadas de María Santísima	43
Las Doce Estrellas de María	75
La Medalla Milagrosa	113
La Santa Casa de Loreto	148
El Escapulario Carmelitano	161
La maravillosa historia del Santo Rosario	236
El Magníficat	436

